

***¿REFORMA O
REVOLUCIÓN?
DEMOCRACIA***

José López

joselopezsanchez.wordpress.com

Septiembre de 2011

Una revolución simplemente política puede consumarse en pocas semanas. Una revolución social y económica exige años. Los indispensables para penetrar en la conciencia de las masas. Para organizar las nuevas estructuras, hacerlas operantes y ajustarlas a las otras. Imaginar que se pueden saltar las fases intermedias es utópico.

No es posible destruir una estructura social y económica, una institución social preexistente, sin antes haber desarrollado mínimamente la de reemplazo. Si no se reconoce esta exigencia natural del cambio histórico, la realidad se encargará de recordarla. Salvador Allende.

Atender a las reivindicaciones populares es la única forma de contribuir de hecho a la solución de los grandes problemas humanos; porque ningún valor universal merece ese nombre si no es reductible a lo nacional, a lo regional y hasta a las condiciones locales de existencia de cada familia. Salvador Allende.

Caminamos hacia el socialismo no por amor académico a un cuerpo doctrinario. Nos impulsa la energía de nuestro pueblo que sabe el imperativo ineludible de vencer el atraso y siente al régimen socialista como el único que se ofrece a las naciones modernas para reconstruirse racionalmente en libertad, autonomía y dignidad. Vamos al socialismo por el rechazo voluntario, a través del voto popular, del sistema capitalista y dependiente cuyo saldo es una sociedad crudamente desigualitaria, estratificada en clases antagónicas, deformada por la injusticia social y degradada por el deterioro de las bases mismas de la solidaridad humana. Salvador Allende.

La emancipación de la clase obrera debe ser obra de la propia clase obrera. Estatutos de la Asociación Internacional de los Trabajadores.

Socialismo sin Libertad es Esclavitud; Libertad sin Socialismo es Barbarie. Mijail Bakunin.

La acción espontánea del pueblo mismo es la única que puede crear la libertad popular. Mijail Bakunin.

Si el pueblo debe preservarse del gobierno de los sabios, con mayor razón debe premunirse contra el de los idealistas inspirados. Cuanto más sinceros son esos creyentes y esos poetas del cielo, más peligrosos se vuelven. Mijail Bakunin.

La revolución no es un tren fuera de control, es la aplicación de los frenos de emergencia. Walter Benjamin.

La democracia es una fe reflexiva en la capacidad de juicio inteligente, de deliberación y de acción de todos los seres humanos, cuando se les proporcionan las condiciones adecuadas. Richard Bernstein.

Desgraciado el país que necesita héroes. Bertolt Brecht.

Se ha escrito tanto sobre Marx que éste ha acabado siendo un desconocido. Bertolt Brecht.

La construcción del socialismo (al contrario del desarrollo del capitalismo, que puede ser abandonado a las fuerzas del mercado) sólo puede ser un acto colectivo y consciente de la inmensa mayoría. Maurice Brinton.

Sin una clara comprensión de los objetivos, y de cuáles son las fuerzas (incluido las fuerzas ideológicas) que nos impiden avanzar -en resumen, sin una perspectiva histórica-, la lucha revolucionaria tiende a convertirse en algo donde «el movimiento es todo y la dirección nada». Sin perspectivas claras, los revolucionarios suelen caer en trampas -o meterse en callejones sin salida- que, con un poco de conocimiento de su propio pasado, hubieran esquivado fácilmente. Maurice Brinton.

Aclaremos de una vez que lo que se ha dado en llamar socialismo real no es el socialismo. El culto a la personalidad, la dictadura del partido único, la nomenklatura, la falta de respeto a los derechos humanos y la persecución del disidente no tienen absolutamente nada que ver con el pensamiento de Carlos Marx. Pablo Castellano.

Desenmascarar a los enemigos de ayer nos puede ayudar a desenmascarar a los de hoy, a reconocerlos como condición previa para combatirlos. Andrés Devesa.

Una sociedad indeseable es aquella que pone barreras interna y externamente al libre intercambio y comunicación de la experiencia. Una sociedad es democrática en la medida en que facilita la participación en sus bienes de todos sus miembros en condiciones iguales y que asegura el reajuste flexible de sus instituciones mediante la interacción de las diferentes formas de vida asociada. John Dewey.

Sólo la costumbre y la tradición, más que la convicción razonada, junto con una vaga fe en el cumplimiento de las propias obligaciones cívicas, llevan a las urnas a un elevado porcentaje del 50% que aún vota. Y de ellos, como se suele observar, un gran número realmente vota en contra de algo o de alguien, y no a favor de algo o alguien. John Dewey.

La clase de expertos se encuentra tan inevitablemente alejada de los intereses comunes que se convierte en una clase con unos intereses privados y un conocimiento privado que en cuestiones sociales no es conocimiento en modo alguno... Todo gobierno de expertos en el que las masas no tengan oportunidad de informar a éstos de cuáles son sus necesidades no puede ser otra cosa que una oligarquía gestionada en interés de unos pocos. John Dewey.

La democracia es más que una forma de gobierno; es principalmente un modo de vida asociada, de experiencia compartida. John Dewey.

Dondequiera que exista una actividad conjunta cuyas consecuencias se juzguen buenas por todas las personas particulares que intervienen en ella, y donde la consecución de ese bien produzca un deseo firme y un esfuerzo decidido por conservarlo justamente como lo que es, como un bien compartido por todos, dondequiera que ocurra esto —digo— habrá una comunidad. La clara conciencia de una vida comunitaria, con todas sus implicaciones, constituye la idea de democracia. John Dewey.

Si el fantasma que recorría el mundo feudal del siglo XVIII era la democracia formal, el fantasma que recorre el mundo burgués del siglo XXI, es la democracia participativa. Heinz Dieterich Steffan.

Toda organización requiere de un centro de decisión que permite reacciones rápidas a las circunstancias cambiantes, y esto limita las posibilidades de la democratización organizacional. Heinz Dieterich Steffan.

La emancipación del proletariado no será posible más que como un acto internacional.
Friedrich Engels.

La producción económica y la organización social que se deriva de ella necesariamente, forman, en cada época histórica, la base de la historia política e intelectual del momento; por consiguiente (después de la disolución de la arcaica propiedad común de la tierra), toda la historia ha sido la de las luchas de clases, luchas entre clases explotadas y explotadoras, entre clases dominadas y dominantes, en los diferentes estadios del desarrollo social; ahora bien, esta lucha ha alcanzado actualmente un grado en que la clase explotada y oprimida (el proletariado) no puede liberarse de la clase que la explota y oprime (la burguesía) sin liberar al mismo tiempo y para siempre la sociedad entera de la explotación, de la opresión y de las luchas de clases. Friedrich Engels.

El simple conocimiento, incluso cuando fuese más lejos y más al fondo que el de la economía burguesa, no basta para someter las potencias sociales al dominio de la sociedad. Se necesita ante todo un acto social. Friedrich Engels.

Si la gente supiera lo que hacen los bancos con su dinero, al día siguiente habría una Revolución. Henry Ford.

La escolástica, el bizantinismo y el dogmatismo han sido siempre trabas para un crecimiento verdadero del saber. Las únicas corrientes científicas válidas son las que parten de la práctica y vuelven a ella, enriquecidas por síntesis profundas y recomendaciones pertinentes. Mijail Gorbachov.

La mejor pedagogía es el ejemplo. Ernesto "Che" Guevara.

Cuando se postula al ser humano social como la base filosófica de la democracia socialista, no se está planteando la negación del individuo, lo que se afirma es que la naturaleza humana individual es eminentemente social, y que al desarrollar valores sociales, como por ejemplo, la solidaridad, se está desarrollando más plenamente el individuo. Hay una relación dialéctica complementaria entre el ser individual y el ser social que imposibilita que en el ser humano se pueda establecer una separación de su carácter individual y su entorno social. Marta Harnecker.

El arte de dirigir consiste en saber cuándo hay que abandonar la batuta para no molestar a la orquesta. Herbert Von Karajan.

La dictadura del proletariado como condición en el Estado y la sociedad, no tiene mayor obstáculo que la idea de la dictadura como forma de la organización del Estado y de los partidos obreros. Karl Kautsky.

Quien hace, puede equivocarse, quien nada hace ya está equivocado. Daniel Kon.

La revolución socialista no es un acto único, ni una única batalla en un frente aislado, sino toda una época de agudos conflictos de clases, una larga serie de batallas en todos los frentes, es decir, batallas alrededor de todos los problemas de la economía y de la política, que sólo pueden culminar con la expropiación de la burguesía. Sería por completo erróneo pensar que la lucha por la democracia pueda distraer al proletariado de la revolución socialista, o relegarla, posponerla, etc. Por el contrario: así como es imposible un socialismo victorioso que no realice la democracia total, un proletariado que no libere una lucha revolucionaria general y consecuente por la democracia, no puede prepararse para la victoria sobre la burguesía. Lenin.

La historia en general, y la de las revoluciones en particular, es siempre más rica de contenido, más variada de formas y aspectos, más viva y más 'astuta' de lo que imaginan los mejores partidos, las vanguardias más conscientes de las clases más avanzadas. Lenin.

El socialismo no es más que el monopolio capitalista de Estado puesto al servicio de todo el pueblo y que, por ello, ha dejado de ser monopolio capitalista. Lenin.

La burguesía no sólo se mantiene por la violencia, sino también a causa de la inconsciencia, la rutina, la ignorancia y la falta de organización de las masas. Lenin.

La experiencia de los gobiernos burgueses y terratenientes del mundo entero ha creado dos métodos para mantener la esclavización del pueblo. El primero es la violencia. Nicolás Románov I (Nicolás Garrote) y Nicolás II (el Sanguinario) enseñaron al pueblo ruso todo lo posible e imposible en estos métodos de verdugo. Pero hay, además, otro método, que han elaborado mejor que nadie las burguesías inglesa y francesa, "aleccionadas" por una serie de grandes revoluciones y movimientos revolucionarios de masas. Es el método del engaño, de la adulación, de las frases, de las promesas sin fin, de las míseras limosnas, de las concesiones en las cosas insignificantes para conservar lo esencial. Lenin.

Los capitalistas siempre han llamado "libertad" a la libertad de lucro para los ricos y a la libertad de morir de hambre para los trabajadores. Los capitalistas llaman libertad de expresión a la libertad de soborno de la prensa por los ricos, a la libertad de utilizar la riqueza para fabricar y falsear la llamada opinión pública. Lenin.

Hemos empezado nosotros. No importa dónde, cuando ni qué trabajadores o en qué país sean los que finalicen este proceso; lo verdaderamente importante es que se ha roto el hielo, se ha trazado la senda, el camino está libre. Lenin.

Únicamente quien no hace nada no se equivoca. Lenin.

Habría que considerar irremisiblemente perdidos a aquellos comunistas que imaginaran que se puede consumir una empresa de alcance histórico mundial, como la de establecer las bases de una economía socialista (sobre todo en un país de pequeños campesinos), sin errores, sin retrocesos, sin recomenzar de nuevo múltiples veces tareas inacabadas o mal ejecutadas. No están perdidos (y con mucha probabilidad no sucumbirán) los comunistas que no se dejen arrastrar por las ilusiones ni por el desánimo, y que conserven la fuerza y la flexibilidad necesaria para recomenzar desde cero y consagrarse a una tarea de las más difíciles. Lenin.

Sin “desorganización” del ejército no se ha producido ni puede producirse ninguna gran revolución. Porque el ejército es el instrumento más fosilizado en que se apoya el viejo régimen, el baluarte más petrificado de la disciplina burguesa y de la dominación del capital, del mantenimiento y la formación de la mansedumbre servil y la sumisión de los trabajadores ante el capital. [...] La contrarrevolución no ha tolerado ni pudo tolerar jamás que junto al ejército existieran obreros armados. [...] El primer mandamiento de toda revolución triunfante ha sido deshacer el viejo ejército, disolverlo y reemplazarlo por un ejército nuevo. Lenin.

La democracia no es un status en el que cómodamente nos podamos instalar, sino una permanente y constante conquista cotidiana. José Luís López Aranguren.

Los procesos revolucionarios son procesos de aprendizaje. Domenico Losurdo.

La libertad, sólo para los miembros de gobierno, sólo para los miembros del Partido, aunque muy abundante, no es libertad del todo. La libertad es siempre la libertad de los disidentes. La esencia de la libertad política depende no de los fanáticos de la justicia, sino de los efectos vigorizantes y benéficos de los disidentes. Si “libertad” se convierte en “privilegio”, la esencia de la libertad política se habrá roto. Rosa Luxemburgo.

No es cierto que el socialismo surgirá automáticamente de la lucha diaria de la clase obrera. El socialismo será consecuencia de las crecientes contradicciones de la economía capitalista y la comprensión por parte de la clase obrera de la inevitabilidad de la supresión de dichas contradicciones a través de la transformación social. Rosa Luxemburgo.

El revisionismo no espera a ver la maduración de las contradicciones del capitalismo. No propone eliminar esas contradicciones mediante una transformación revolucionaria. Quiere disminuir, atenuar las contradicciones capitalistas. De modo que el antagonismo que existe entre la producción y el cambio se reducirá mediante la terminación de las crisis y la formación de cárteles capitalistas. El antagonismo entre el capital y el trabajo será resuelto mejorando la situación de la clase obrera y conservando las clases medias. Y la contradicción entre el Estado clasista y la sociedad quedará liquidada a través del incremento del control estatal y el progreso de la democracia. Rosa Luxemburgo.

Quien desee el fortalecimiento de la democracia, debe también desear el fortalecimiento, y no el debilitamiento, del movimiento socialista. Quien renuncia a la lucha por el socialismo, renuncia también a la movilización obrera y a la democracia. Rosa Luxemburgo.

La Revolución Rusa no hizo más que confirmar lo que constituye la lección básica de toda gran revolución, la ley de su existencia: o la revolución avanza a un ritmo rápido, tempestuoso y decidido, derriba todos los obstáculos con mano de hierro y se da objetivos cada vez más avanzados, o pronto retrocede de su débil punto de partida y resulta liquidada por la contrarrevolución. Nunca es posible que la revolución se quede estancada, que se contente con el primer objetivo que alcance. Y el que trata de aplicar a la táctica revolucionaria la sabiduría doméstica extraída de las disputas

parlamentarias entre sapos y ratones lo único que demuestra es que le son ajenas la psicología y las leyes de existencia de la revolución, y que toda la experiencia histórica es para él un libro cerrado con siete sellos. Rosa Luxemburgo.

No se puede mantener el "justo medio" en ninguna revolución. La ley de su naturaleza exige una decisión rápida: o la locomotora avanza a todo vapor hasta la cima de la montaña de la historia, o cae arrastrada por su propio peso nuevamente al punto de partida. Y arrollará en su caída a aquellos que quieren, con sus débiles fuerzas, mantenerla a mitad de camino, arrojándolos al abismo. Rosa Luxemburgo.

En realidad, lo que pone a un movimiento obrero todavía joven a merced de las veleidades de dominación de los académicos es su apresamiento dentro de la coraza de un centralismo burocrático que rebaja al proletariado combativo a la condición de un instrumento dócil de un "comité". Por el contrario, lo único que protege de verdad al movimiento obrero frente a todos los abusos oportunistas de parte de una intelectualidad ambiciosa es la actividad revolucionaria autónoma de los trabajadores y el fomento de su sentimiento de responsabilidad política. Rosa Luxemburgo.

Desde el punto de vista de la historia, los errores cometidos por un movimiento obrero verdaderamente revolucionario son infinitamente más fructíferos y valiosos que la infalibilidad del mejor "comité central". Rosa Luxemburgo.

Quienes se pronuncian a favor del método de la reforma legislativa en lugar de la conquista del poder político y la revolución social y en oposición a éstas, en realidad no optan por una vía más tranquila, calma y lenta hacia el mismo objetivo, sino por un objetivo diferente. En lugar de tomar partido por la instauración de una nueva sociedad, lo hacen por la modificación superficial de la vieja sociedad. Rosa Luxemburgo.

La lucha de clases contra la clase dominante en los límites de los Estados burgueses, y la solidaridad internacional de los trabajadores de todos los países, he aquí las dos reglas de vida inherentes a la clase obrera en lucha, y de importancia histórica mundial para su emancipación. Rosa Luxemburgo.

El marxismo es esencialmente la explicación de la historia del desarrollo de las sociedades a través de las relaciones y los conflictos entre los grupos sociales. Ernest Mandel.

Si no puedes tener la razón y la fuerza, escoge siempre la razón y deja que el enemigo tenga la fuerza. En muchos combates puede la fuerza obtener la victoria, pero en la lucha toda sólo la razón vence. El poderoso nunca podrá sacar razón de su fuerza, pero nosotros siempre podremos obtener fuerza de la razón. Subcomandante Marcos.

Yo no soy marxista. Karl Marx.

La revolución necesita para avanzar el látigo de la contrarrevolución. Karl Marx.

La explotación es la apropiación gratuita del producto de trabajo ajeno (trabajo excedente) sobre la base de la propiedad privada de los medios de producción. Karl Marx.

Vosotros os manifestáis horrorizados porque nosotros queremos abolir la propiedad privada. Pero, en vuestra sociedad, la propiedad privada está abolida para las nueve décimas partes de sus miembros. Es justamente por no existir para nueve décimas de ellos que existe para vosotros. Karl Marx.

La clase obrera posee ya un elemento de triunfo: el número. Pero el número no pesa en la balanza si no está unido por la asociación y guiado por el saber. Karl Marx.

¡Proletarios de todos los países, uníos! Karl Marx.

La sociedad no encontrará su equilibrio hasta el día en que encuentre su centro de gravitación: el trabajo. Karl Marx.

La clase obrera sabe que para realizar su propia emancipación, y con ella, esa forma de vida más elevada a la que tiende irresistiblemente la sociedad actual en virtud de su propio desarrollo económico, tendrá que pasar por largas luchas, por toda una serie de procesos históricos que transformarán completamente las circunstancias y los hombres. Karl Marx

Nuestra doctrina no es un dogma, sino una guía para la acción. Karl Marx & Friedrich Engels.

En una organización jerárquica, cuanto más alto es el nivel, mayor es la confusión. Murphy.

Los trabajadores no deben limitarse a actuar; es preciso que imaginen, reflexionen y decidan todo por sí mismos. Anton Pannekoek.

El capitalismo no es en realidad un mundo de individuos iguales que celebran contratos, sino un mundo de clases en lucha. Anton Pannekoek.

El objetivo y la misión de la clase obrera es abolir el sistema capitalista. Anton Pannekoek.

Sólo permaneciendo abierta a todas las ideas que el surgimiento de un nuevo mundo genera en la mente de los hombres, probándolas y seleccionándolas, juzgándolas y aplicándolas con su propia capacidad mental, podrá la clase trabajadora obtener la superioridad espiritual necesaria para suprimir el poder del capitalismo y erigir la nueva sociedad. Anton Pannekoek.

Casi siempre las derrotas de la clase obrera en el pasado fueron provocadas por ilusiones: ilusión de una victoria fácil y rápida, ilusión sobre la debilidad del enemigo, ilusión sobre la significación de medidas tibias, ilusión sobre el valor de las hermosas palabras paz y unidad; y donde se veía aparecer una desconfianza instintiva y justificada, algunos ensayaban -naturalmente en vano- compensar la falta de fuerza interna y de confianza en sí mismos por métodos externos, por una coacción dura y cruel. Anton Pannekoek.

La fuerza de los que gobiernan no es, realmente, más que la fuerza de los que se dejan gobernar. Guillaume Thomas Raynal.

El socialismo será libre, o no será de ninguna manera. Rudolf Rocker.

Me parece que lo que se necesita es un equilibrio exquisito entre dos necesidades conflictivas: el mayor escrutinio escéptico de todas las hipótesis que se nos presentan, y al mismo tiempo una actitud muy abierta a las nuevas ideas. Obviamente, estas dos maneras de pensar están en cierta tensión. Pero si sólo puedes ejercitar una de ellas, sea cual sea, tienes un grave problema. Carl Sagan.

La economía necesita la democracia como el ser humano necesita el oxígeno. León Trotsky.

Toda ciencia, inclusive la “ciencia de la revolución”, está sujeta a verificación experimental. León Trotsky.

Los reformistas son la policía política de la burguesía en el seno de la clase obrera. León Trotsky.

Una revolución es una situación donde las masas comienzan a tomar el destino en sus propias manos. [...] El rasgo característico más indiscutible de las revoluciones es la intervención directa de las masas en los acontecimientos históricos. León Trotsky.

Sólo estudiando los procesos políticos sobre las propias masas se alcanza a comprender el papel de los partidos y los caudillos que en modo alguno queremos negar. Son un elemento, si no independiente, sí muy importante, de este proceso. Sin una organización dirigente, la energía de las masas se disiparía, como se disipa el vapor no contenido en una caldera. Pero sea como fuere, lo que impulsa el movimiento no es la caldera ni el pistón, sino el vapor. León Trotsky.

La primera cualidad de un partido revolucionario es saber mirar cara a cara la realidad. León Trotsky.

La dominación del débil por el fuerte, de los muchos por los pocos, de los trabajadores por los explotadores es una ley básica de la democracia burguesa. León Trotsky.

Lenin y Trotsky, es decir, su sistema, prepararon el terreno y engendraron a Stalin. Volin.

No es el jefe, ni el comandante, ni el revolucionario profesional, ni la élite, que cuentan en una verdadera revolución; es la masa revolucionaria. En ella se alberga la Verdad... y la Salvación. El papel de animador, del jefe, del verdadero revolucionario, de la élite, es el de ayudar a la masa y mantenerse a la altura de la tarea. Volin.

Es imposible consolidar las conquistas de la revolución dentro de los límites del sistema capitalista. Tarde o temprano habrá que elegir: o la revolución liquida el poder económico de la oligarquía, expropia a los banqueros y a los capitalistas y emprende la dirección al socialismo, o la oligarquía y el imperialismo liquidarán la revolución. Alan Woods.

La democracia, el parlamento, las elecciones, la libertad de expresión y los sindicatos libres son vistos por la clase dominante como un mal necesario que puede tolerarse en la medida que no representa una amenaza para la dictadura de los bancos y de los

monopolios. Pero en cuanto el mecanismo de la democracia es utilizado por las masas para introducir un cambio fundamental en la sociedad, la actitud de la clase dominante cambia: comienza a gritar la palabra "dictadura" incluso cuando, como en Venezuela, el gobierno ha sido elegido democráticamente por una aplastante mayoría y utilizan su músculo económico, su control de la vida económica de la nación, su control de los medios de comunicación de masas y la judicatura para acosar, sabotear y socavar al gobierno elegido democráticamente; es decir, recurren a métodos extraparlamentarios para derrocar al gobierno. Alan Woods.

La única forma de llevar hacia delante la revolución es desde abajo. El movimiento de masas debe tener una forma y una expresión organizadas y esto sólo se logra con la creación de comités de acción elegidos democráticamente en cada centro de trabajo, barrio obrero, oficina, refinería de petróleo y pueblo. Los comités deben unirse a todas las escalas —local, regional y nacionalmente—. Sólo de esta forma se pueden sentar las bases para un nuevo poder en la sociedad: el poder obrero. Alan Woods.

El socialismo, o es democrático o no es nada. Desde el principio, el control y la administración de la industria, de la sociedad y del Estado deben estar en manos de la propia clase obrera. Ésa es la única forma de impedir la formación de una burocracia, ese abominable cáncer en el organismo de un Estado obrero, y asegurar que las masas se identifiquen activamente con la revolución desde un principio. La participación activa de las masas es la primera regla del socialismo. Alan Woods.

La burguesía puede pasar de la democracia formal a la reacción abierta y a la dictadura, con la misma facilidad con la que un hombre cambia del compartimento de fumadores al de no fumadores en un tren. Alan Woods.

Los reformistas se consideran grandes realistas. Pero en realidad son los utópicos más ciegos. Quieren un capitalismo "más humano". Exigir que el capitalismo sea humano es como pedir peras al olmo. Alan Woods.

Por el renacer de la auténtica izquierda, tan necesario en nuestros días.

¿Reforma o Revolución?

Democracia

El clásico dilema, objeto de intensos debates en la izquierda en su día, Reforma vs. Revolución, es en verdad una disyuntiva secundaria. La verdadera clave reside en la democracia. Analizando extensamente las experiencias revolucionarias históricas (sobre todo la Revolución rusa) y aprendiendo de ellas, este libro pretende contribuir a la reformulación de la teoría revolucionaria para el siglo XXI. En dicha teoría, el marxismo debe ocupar un lugar importante. Usando el propio método marxista es posible explicar los errores ideológicos y desprenderse de ellos. El marxismo, despojado de sus principales errores gracias al uso adecuado del materialismo dialéctico, puede resurgir con fuerza y contribuir notablemente a la revolución del siglo XXI. Ésta debe girar en torno al concepto de democracia, entendida ésta en su acepción original, en su sentido más amplio y profundo. Sin el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, no será posible la transformación radical de la sociedad, como la historia nos ha enseñado. Sin la suficiente democracia no será posible superar el capitalismo, alcanzar una sociedad justa y libre. La emancipación individual y social sólo puede hacerse mediante el desarrollo de la democracia. Cada individuo, el proletariado, el pueblo en general, sólo puede emanciparse por sí mismo. La democracia, la libertad, es al mismo tiempo fin y medio. El fin está contenido en los medios.

El debate entre quienes defendían la **revolución**, la ruptura brusca con el sistema capitalista representado políticamente por la *democracia liberal*, y quienes defendían el **reformismo**, la vía de las reformas graduales dentro de la propia democracia burguesa, protagonizó durante largo tiempo la actividad intelectual de la izquierda, cuando ésta estaba viva. Las discrepancias se tradujeron en escisiones, en la división de la izquierda en dos ramas principales: la izquierda revolucionaria, los marxistas y los anarquistas fundamentalmente, y la izquierda reformista, la socialdemocracia (si bien inicialmente teníamos una socialdemocracia revolucionaria, la rama reformista se quedó con el nombre de socialdemocracia, *socialdemocracia* pasó a ser equivalente a socialdemocracia *reformista*). La primera defendía la conquista del Estado burgués y su transformación en la dictadura del proletariado (como así pretendían los marxistas), o la abolición inmediata del Estado (como así querían los anarquistas), y la segunda postulaba el uso del Estado burgués para ir progresivamente cambiando el sistema a favor del proletariado, incluso se conformaba con suavizar las contradicciones del capitalismo, en vez de superarlas. Con la perspectiva del tiempo, en base a las experiencias prácticas, podemos decir que **ambas opciones, aparentemente por distintos motivos, fracasaron. El fracaso de la izquierda en general es manifiesto. Es por tanto imperativo replantearse, como mínimo, las estrategias.**

Las experiencias anarquistas fueron muy breves en el tiempo. El verdadero problema de nuestra sociedad actual es la fuerte dependencia de élites. El objetivo

supremo es conseguir una sociedad donde no haya ovejas ni pastores. Sin embargo, no parece posible luchar de forma espontánea o improvisada frente a un enemigo muy organizado, no parece probable vencer al enemigo renunciando a la lucha política o planteando una lucha política alejada de las masas y *totalmente* ajena a las reglas del juego actuales, no parece realista aplicar de forma *inmediata* la autogestión en una sociedad nada acostumbrada a ella, no parece factible pasar *de golpe* de una sociedad donde el poder está muy centralizado a una sociedad donde el poder esté *totalmente* descentralizado. Esto sólo será posible realizarlo de manera gradual. La organización global de la sociedad que plantea el anarquismo, desgraciadamente, no parece que pueda alcanzarse a corto plazo, sin una transición. Algunas de sus interesantes ideas pueden irse aplicando a ciertas escalas locales, en particular, la democracia directa, la autogestión, el federalismo, pero no parece ciertamente fácil aplicarlas inmediatamente al conjunto de la sociedad. Y sobre todo parece imposible vencer a la burguesía sin organizaciones fuertes, sin un movimiento político que acuda al campo de batalla, tal como es éste a día de hoy. No parece posible cambiar el sistema político sin hacer política. Por otro lado, la lucha sindical es insuficiente. Los anarquistas se han mostrado muy eficaces en la lucha sindical, pero no así en la política. Tal vez el espacio natural del anarquismo sea sólo el sindicalismo. Al menos por ahora. Sus principios son aplicables ya para las luchas parciales, las sindicales, pero no para la lucha global, la política. Para cambiar globalmente un sistema en las antípodas de los principios libertarios. En definitiva, **no es posible cambiar el sistema sólo desde fuera del sistema, ni de la noche a la mañana.**

Lenin, en su trabajo *¿Qué hacer?*, nos da tal vez la clave de por qué los métodos anarquistas no han funcionado para la lucha política: *La lucha política de la socialdemocracia es mucho más amplia y compleja que la lucha económica de los obreros contra los patronos y el gobierno. Del mismo modo (y como consecuencia de ello), la organización de un partido socialdemócrata revolucionario ha de ser inevitablemente de un género distinto que la organización de los obreros para la lucha económica.* Ahora bien, los métodos propugnados por Lenin se mostraron muy eficaces para conquistar el poder político, pero también para hacerlo degenerar en contra del proletariado. Indudablemente, habrá que tener en cuenta a Lenin, pero también habrá que rectificar sus métodos para volver a evitar sus errores. Quizás algunos de los principios anarquistas, como el federalismo, puedan utilizarse. Tal vez algunos principios básicos sean independientes de *por qué* se luche, dependan más bien de que se lucha y de que quienes luchan deben hacerlo de manera *conjunta*. Tal vez el objetivo de la lucha no sea tan importante y lo más importante sea el propio hecho de que se lucha. Quizás algunos principios organizativos empleados en la lucha sindical sean aplicables también a la lucha política. Tal vez lo más importante sea el hecho de organizarse y no tanto el hecho de *para qué* nos organizamos. Más en concreto, lo que determine los métodos organizativos sea sobre todo el *tamaño* de las organizaciones. Cuando éstas son pequeñas, cuando los intereses son locales, la democracia directa es factible. Pero en grandes organizaciones, cuando los intereses son mucho más globales, no hay más remedio que recurrir a la democracia representativa.

¿Es posible compaginar ambos tipos de democracia? ¿Es necesario complementarlas? ¿Puede o debe prescindirse de alguna de ellas? ¿Democracia

directa o representativa? ¿O ambas? ¿Federalismo o centralismo? ¿Es posible compatibilizarlos? Quizás las peculiaridades distintivas entre la lucha política y sindical no justifiquen métodos de organización interna muy distintos. Sobre estas cuestiones hablaremos a lo largo del libro. Pues **la clave del triunfo de la revolución y de su evolución reside en las cuestiones organizativas**. La forma en que se organice la vanguardia revolucionaria determinará el devenir de la revolución. Cómo se organice dicha vanguardia puede sentar las bases de cómo se organizará la sociedad una vez despojada la oligarquía del poder político. **La revolución es igual a la reorganización de la sociedad**. La vanguardia revolucionaria debe organizarse para posibilitar el triunfo del proletariado, de las clases populares en general, del pueblo, para alcanzar el poder político, pero también para que la revolución no degenera. La vanguardia debe experimentar en su propia carne los métodos a aplicar en el futuro en la sociedad.

El marxismo y el anarquismo coinciden en el objetivo final, la desaparición del Estado, por lo menos tal como éste existe en la actualidad, pero difieren en la manera de alcanzar dicho objetivo. Para los marxistas el Estado se extinguirá a medida que el proletariado domine la situación, es decir, el proletariado debe hacerse primero con el Estado burgués y transformarlo, para los anarquistas debe abolirse inmediatamente. En la práctica, ambas opciones han fracasado, aunque por distintos motivos. El anarquismo apenas ha podido enfrentarse y vencer a la burguesía, o en general a cualquier enemigo suyo. El marxismo, por lo menos cierta aplicación del mismo, no ha logrado un Estado proletario, no sólo porque éste degeneró, sino que incluso porque finalmente colapsó. En el libro *Los errores de la izquierda* (el cual es un extracto de mi libro *Rumbo a la democracia*) analizo en detalle las causas del fracaso del anarquismo y del marxismo. En el artículo *Relativizando el relativismo* profundizo en dichos errores: el utopismo y un exceso de determinismo se sustentaron en un relativismo mal calculado. A dichos escritos remito al lector para complementar lo dicho en el presente trabajo.

El Estado proletario, vía tomada en Rusia y exportada al resto de países llamados “comunistas”, se convirtió en un Estado burocrático que acabó actuando en contra del pueblo. **La dictadura del proletariado se transformó en la dictadura contra el proletariado**. El Estado burgués gobernado por la socialdemocracia, vía tomada sobre todo por el poderoso partido socialdemócrata alemán, y exportada al resto de Europa occidental, fracasó en la mayor parte de países, salvo quizás sobre todo en los países escandinavos donde se lograron importantes avances sociales. Pero haciendo imposible en cualquier caso superar las grandes contradicciones del capitalismo, y no sólo esto, sino que fracasando incluso en suavizar dichas contradicciones, pues con el tiempo se agudizaron. Ernest Mandel nos hace un repaso exhaustivo de las experiencias prácticas socialdemócratas en su trabajo *La naturaleza del reformismo socialdemócrata*. El Estado de bienestar, resultado sobre todo de la presión en su día del peligro “comunista”, está siendo desmantelado en la mayor parte de países con la colaboración activa e imprescindible de los partidos socialdemócratas, demostrando así de paso que no fue realmente un logro de dichos partidos. En cuanto desapareció el bloque “comunista” del Este de Europa, en verdad en cuanto su colapso ya estaba anunciado, el capital internacional contraatacó y se inició el proceso de involuciones

sociales, llamado *neoliberalismo*. Algunos importantes, aunque insuficientes, logros de la izquierda están siendo poco a poco finiquitados.

En ambos casos, reforma o revolución, el capitalismo triunfó. Ya sea por el colapso del régimen soviético que dio lugar a un capitalismo agresivo donde las mafias sustituyeron a la casta burocrática o se complementaron a ella, donde muchos de los antiguos dirigentes “comunistas” se convirtieron en capitalistas. Ya sea porque se implantó en la China “comunista” un capitalismo de Estado que provocó grandes desigualdades sociales y que lejos de erradicar la explotación del hombre por el hombre sustentó en gran medida su crecimiento económico en ella. Ya sea porque **las vías de las reformas se abandonaron y se claudicó definitivamente ante los postulados del capitalismo, como así sucedió con la socialdemocracia, convertida de facto en el mejor aliado del capital para someter a la clase trabajadora en nombre del proletariado.** No hay más que observar las políticas aplicadas por los supuestos partidos socialdemócratas en Europa en el momento histórico presente. El dominio de la derecha es absoluto y más que evidente. Si bien parece estar empezando a fraguarse un nuevo resurgimiento de la izquierda. Hay ciertos síntomas de este renacer, pero todavía queda mucho para que realmente la izquierda vuelva a tener cierta iniciativa. Por ahora, la izquierda está desaparecida en combate. Este libro pretende aportar un granito de arena para el imprescindible debate en la izquierda.

Pero, ¿fracasaron realmente ambas vías, revolución y reformismo, por distintos motivos?

A lo largo de este libro intentaré responder a esta pregunta. Mi intención es demostrar que realmente ambas vías fracasaron por el mismo motivo: su incapacidad de desarrollar la democracia, el medio político para transformar la sociedad. Lo ocurrido en los países burgueses, gobernados en ciertos periodos por partidos socialdemócratas, es de sobras conocido por todos los ciudadanos, especialmente por los que sufrieron las políticas socialdemócratas. Este libro se ha escrito desde uno de esos países: España. Si bien es cierto que en España se han dado circunstancias muy especiales (el peso del franquismo sigue siendo demasiado importante en nuestros días), en líneas generales, las políticas de los sucesivos gobiernos “socialistas” españoles han sido prácticamente calcadas de las realizadas en otros países, con ciertas diferencias de matices. En definitiva, todo el mundo conoce cómo están gobernando los partidos de la supuesta izquierda reformista en todos los países donde ha alcanzado y ejercido el poder político. La izquierda revolucionaria no ha podido alcanzar el poder político en casi ningún país de Europa o de Norteamérica, del llamado Primer Mundo en general. Lo cual, dicho sea de paso, es todo un síntoma. Del fracaso de la izquierda revolucionaria dirán algunos, de las limitaciones de las democracias burguesas dirán otros. Pero una cosa está clara: cuando la izquierda transformadora llega al poder en las democracias burguesas, se producen golpes de Estado (España en 1936, Chile en 1973, por poner sólo un par de ejemplos). Las democracias burguesas parecen terreno prohibido para la izquierda más radical. ¿O no? Latinoamérica pudiera empezar a romper esta regla no escrita. Pudiera. El tiempo hablará, como siempre.

Por consiguiente, este libro se centra sobre todo en analizar los fracasos de la izquierda revolucionaria allá donde haya gobernado. Y, dado que su gran faro ha sido la URSS (Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas), nacida como consecuencia del triunfo de la primera revolución proletaria, la revolución más importante de la historia junto con la francesa, como no podía ser de otra manera, este libro se centra sobre todo en analizar la degeneración y colapso de la revolución en dicho país. La mayor parte de países que implementaron, o intentaron construir, el socialismo, cierta forma de socialismo, imitaron el modelo ruso. La revolución china empezó donde acabó la degeneración de la revolución rusa: en el estalinismo. Lo cual demuestra, dicho sea de paso, la importancia, la, a veces, decisiva influencia de la ideología. Así como el estalinismo ruso influyó en la revolución china, que partió del propio estalinismo, no puede descartarse, ni mucho menos, la influencia del marxismo-leninismo en el estalinismo. Con una diferencia fundamental: el estalinismo chino fue una simple traslación del ruso a la China de 1949, el estalinismo chino y ruso no se contradecían, eran esencialmente lo mismo, a pesar de ciertas diferencias culturales e históricas, mientras que el estalinismo surgió a partir del marxismo-leninismo como una negación de éste. En un caso se produjo una continuación, en el otro una ruptura.

¿Cómo pudo ser eso posible? Esto sólo puede explicarse mediante la dialéctica, que nos dice que en el marxismo-leninismo existía el germen del estalinismo. Las contradicciones existentes en el marxismo-leninismo se decantaron hacia la negación del propio marxismo-leninismo. En este libro se hace especial hincapié en explicar los fundamentos del materialismo dialéctico, sin el cual es imposible explicar verdaderamente el surgimiento del estalinismo a partir del marxismo-leninismo. El objeto central de este libro es, por tanto, analizar el surgimiento del estalinismo a partir del marxismo-leninismo, cómo el blanco se convirtió en negro. Por consiguiente, el caso más analizado va a ser, con mucho, el ruso. Y el análisis se va a centrar sobre todo en la evolución de la revolución rusa hasta derivar en el estalinismo. Es más, en este libro se analizan sobre todo las posibles influencias ideológicas o metodológicas del marxismo-leninismo en el estalinismo. Esto no quiere decir que quien escribe estas líneas desprece otros factores, como los factores materiales. Para un estudio más detallado de dichos factores remito a diversos libros donde se analizan con mucha mayor profundidad, como *Rusia: del socialismo real al capitalismo real* de Ariel Dacal y Francisco Brown, como *La revolución traicionada* de León Trotsky, como *Rusia: de la revolución a la contrarrevolución* de Ted Grant, por poner unos pocos ejemplos. El lector podrá encontrar muchas más referencias bibliográficas al final del presente libro. Lo verdaderamente crucial en nuestros tiempos para intentar reconstruir la teoría revolucionaria, sin la cual no es posible la revolución, radica en determinar por qué el marxismo-leninismo dio lugar al estalinismo. En esa transición está la verdadera clave para entender por qué el “socialismo real” fracasó. Porque el “socialismo real” no cayó cuando la URSS colapsó, sino cuando surgió el estalinismo. La caída de la URSS fue una consecuencia directa, aunque retardada en el tiempo, diferida, del surgimiento del estalinismo. El verdadero fracaso fue el surgimiento del estalinismo. Es imperativo saber por qué fue ello posible.

Si no aprendemos de los errores del pasado estamos condenados a repetirlos. Este libro no es un simple pasatiempo (se me ocurren muchas cosas más interesantes que hacer, que escribir o leer un libro de historia o política), no se trata de hacer “turismo

político”, de puro entretenimiento, sino que es una cuestión de vital importancia en nuestros tiempos. Éste no es un libro de historia, en el sentido estricto de la palabra, es un trabajo que pretende aportar algo a la causa revolucionaria del presente. Si se recurre a la historia es para aprender de ella, no para solazarse en ella. Se trata de recordar y analizar para aprender, para cambiar, para actuar, en el presente y en el futuro. La historia es aquí un medio y no un fin. El pasado sirve al presente y al futuro. Y no al revés. Quien escribe estas líneas ha tenido que leer muchos libros de historia, de economía, de política, de filosofía, pero no por puro placer o divertimento. No, porque, en primer lugar, a mí la historia, la economía, la filosofía o la política, no me apasionan especialmente, y en segundo lugar, porque yo soy un trabajador que ha tenido que dedicar gran parte de su tiempo libre, de su escaso tiempo libre, a esta obra. He tenido que dedicar más tiempo y esfuerzo del que hubiera deseado. Yo no soy un intelectual que se dedica sólo a leer y a escribir. Yo no dispongo de todo el tiempo del mundo, ni mi vida está exenta de problemas o responsabilidades. Yo no estoy aburrido. ¡Ojalá lo hubiera podido estar un poco! Yo me he implicado porque he sentido la *necesidad* y el *deber* de hacerlo, porque creí que podría aportar algo y así lo he intentado. Esta labor para mí ha representado sobre todo un sacrificio, aunque desde luego me ha motivado mucho más que otras muchas cosas que he hecho en mi vida y que me quedan por hacer. Simplemente me he hartado de quejarme y de permanecer pasivo, de batallar solo, o acompañado de mi familia, en el día a día.

La lucha diaria, no cabe duda, es necesaria, pero no es suficiente. Por mucho que uno se resista *individualmente* ante el sistema, es imperativo cambiar éste *colectivamente*. No seré yo quien niegue la importancia del individuo. Si así fuera, no hubiera escrito el *Manual de resistencia anticapitalista*. Pero el sistema sólo puede cambiar si la mayoría nos implicamos, tanto *individualmente* como *colectivamente*. Son las masas quienes realmente marcan el devenir de la historia, a pesar de la gran influencia de ciertos individuos. Los individuos tienen que organizarse y unirse, pero sin anularse mutuamente ni ante al grupo, para poder cambiar las cosas. La revolución no es una idea romántica e idealista, es una *necesidad vital* para todos aquellos que todavía somos humanos, que sufrimos, que sentimos, que no nos conformamos, que vemos, que pensamos. La humanidad *necesita* cambiar para sobrevivir. Creo que ya es hora de que todos los ciudadanos corrientes nos quejemos menos e intentemos solucionar las cosas, de que pasemos a la acción. Ya sea ésta una u otra, teórica o práctica. La teoría, la conciencia, es el primer paso. Sin él no hay casi nada que hacer, pero sólo con él no basta. Debemos pasar a la acción, pero antes debemos saber *cómo* actuar, hacia *dónde* dirigirnos. La teoría revolucionaria nos permite saber el *por qué*, el *cómo*, el *dónde*. El *cuándo* nadie puede saberlo a ciencia cierta, pues la sociedad humana se comporta de cierta manera determinista, pero no de manera *completamente* determinista, ni mucho menos. Pero de lo que sí podemos estar seguros es que si antes no resolvemos, todo lo posible, el *por qué*, el *cómo*, el *hacia dónde*, no habrá *cuándo* o si surge servirá de bien poco. Se nos avecinan años potencialmente revolucionarios, Internet puede provocar una auténtica revolución democrática mundial, no hay más que ver cómo las revoluciones se están propagando a la velocidad de la luz por distintos países árabes en el momento de escribir estas líneas. Pero los *estallidos* sociales no se traducen en *revoluciones* sociales si las masas se limitan a salir a la calle, fruto de la desesperación. Más que nunca, la revolución necesita también de los factores subjetivos, de la conciencia, de la estrategia, de la

organización. Este libro, con toda humildad, pero también con toda contundencia, pretende ayudar a desarrollar dichos factores subjetivos. Debemos partir de las teorías existentes y corregirlas y adaptarlas a los tiempos actuales. Ahora contamos con un gran repositorio de experiencias revolucionarias prácticas que debemos analizar. A partir de ellas debemos aprender las lecciones históricas. La práctica realimenta a la teoría. Ésta es la esencia del método científico. Sólo podemos comprender la realidad mediante la ciencia. Sólo podremos transformarla mediante la ciencia también.

Como decía, este libro se centra sobre todo en el análisis de la transformación de la *teoría* marxista-leninista en *práctica* estalinista, en el análisis del fracaso de la vía revolucionaria. Por otro lado, en el capítulo *Los defectos de nuestra "democracia"* de mi libro *Rumbo a la democracia*, analizo los problemas de la democracia burguesa, especialmente de la española, pero en gran parte comunes a todas las democracias liberales. Esa democracia de los cinco minutos, del tiempo que se tarda en depositar una papeleta en una urna cada X años. Esa democracia donde el votante elige sin suficiente información, donde quien decide lo hace sin conocer de verdad las distintas opciones, donde lo hace estando desinformado en vez de informado, donde quien es elegido no rinde cuentas ante sus electores y se olvida de ellos hasta X años después. Esa democracia donde la participación popular es la excepción y no la regla, donde el control es simplemente ciencia ficción. Esa democracia, en definitiva, *formal* pero no *real*, esa ilusión del *poder del pueblo*. Problemas de la democracia burguesa, de la *oligocracia*, más en concreto de la *plutocracia* bajo la forma política de una *partitocracia*, que explicarían el fracaso de la línea reformista asumida por la socialdemocracia, aun admitiendo las buenas intenciones del reformismo (lo cual ya es mucho admitir, puesto que a estas alturas muy pocas dudas deberían quedarnos ya sobre las verdaderas intenciones de la socialdemocracia).

Lo dicho por Lenin en 1913 en su artículo *Marxismo y reformismo* lo hemos podido comprobar plenamente en la práctica, lo estamos comprobando también actualmente:

*A diferencia de los anarquistas, los marxistas admiten la lucha por las reformas, es decir, por mejoras de la situación de los trabajadores que no lesionan el poder, dejándolo como estaba, en manos de la clase dominante. Pero, a la vez, los marxistas combaten con la mayor energía a los reformistas, los cuales circunscriben directa o indirectamente los anhelos y la actividad de la clase obrera a las reformas. **El reformismo es una manera que la burguesía tiene de engañar a los obreros, que seguirán siendo esclavos asalariados, pese a algunas mejoras aisladas, mientras subsista el dominio del capital.***

*Cuando la burguesía liberal concede reformas con una mano, siempre las retira con la otra, las reduce a la nada o las utiliza para subyugar a los obreros, para dividirlos en grupos, para eternizar la esclavitud asalariada de los trabajadores. Por eso el reformismo, incluso cuando es totalmente sincero, se transforma de hecho en un instrumento de la burguesía para corromper a los obreros y reducirlos a la impotencia. **La experiencia de todos los países muestra que los obreros han salido burlados siempre que se han confiado a los reformistas.***

Por el contrario, si los obreros han asimilado la doctrina de Marx, es decir, si han comprendido que es inevitable la esclavitud asalariada mientras subsista el dominio del capital, no se dejarán engañar por ninguna reforma burguesa. Comprendiendo que, al mantenerse el capitalismo, las reformas no pueden ser ni sólidas ni importantes, los obreros pugnan por obtener mejoras y las utilizan para proseguir la lucha, más tesonera, contra la esclavitud asalariada. Los reformistas pretenden dividir y engañar con algunas dádivas a los obreros, pretenden apartarlos de su lucha de clase. Los obreros, que han comprendido la falsedad del reformismo, utilizan las reformas para desarrollar y ampliar su lucha de clase.

Cuanto mayor es la influencia de los reformistas en los obreros, tanto menos fuerza tienen éstos, tanto más dependen de la burguesía y tanto más fácil le es a esta última anular con diversas artimañas el efecto de las reformas. Cuanto más independiente y profundo es el movimiento obrero, cuanto más amplio es por sus fines, más desembarazado se ve de la estrechez del reformismo y con más facilidad consiguen los obreros afianzar y utilizar ciertas mejoras.

Lo más fácil para explicar el fracaso de ambas ramas de la izquierda, reformista y revolucionaria, sería acudir al trillado argumento de que el poder corrompe y quienes lo alcanzan actúan siempre igual, pero esto nos impediría detectar otros errores que, si no son corregidos, imposibilitarán que si alguna vez llega alguien menos corrupto al poder pueda ejercerlo en beneficio del pueblo, del conjunto de la sociedad. No todo el mundo es igualmente corrupto. Existen personas que han intentado cambios cuando han llegado al poder, de manera más o menos afortunada. Si quien siempre llega al poder sólo desea enriquecerse, no habría nadie que se enfrentaría a la oligarquía, nacional o internacional. Y, sin embargo, los ha habido, los hay. Quiere el ladrón, el corrupto, que todos sean vistos como de su misma condición. Recurrir a explicarlo todo por las malas intenciones de quienes llegan al poder, por la naturaleza intrínsecamente corrupta del ser humano, además de no ser cierto, no siempre por lo menos, sólo puede conducirnos al derrotismo, a la apatía. No podemos negar que las personas tenemos ciertas miserias. Pero, precisamente, si aspiramos a superarlas, debemos tenerlas muy en cuenta y establecer mecanismos concretos que las minimicen o las pongan coto. Esos mecanismos constituyen la democracia. Más importante que las intenciones de quienes llegan al poder político es el hecho de que existan mecanismos concretos, precisamente, que nos protejan de las miserias de las personas, que posibiliten que el poder pueda ser ejercido de otra manera, lo más independientemente posible de las intenciones de quienes lo alcanzan. El único sistema que puede garantizar el poder popular, el que se gobierne de acuerdo con el interés general, por lo menos en el cual se maximiza la probabilidad de que así sea, es la democracia, la verdadera. Debemos por tanto analizar los sistemas políticos que no han podido lograrlo, para detectar sus errores y corregirlos. Éste es el objetivo básico de este trabajo. Si no aprendemos de los errores, no podremos superarlos.

Y para llegar a la verdad, para acercarnos a ella, debemos desprendernos de todo dogmatismo, de todo sectarismo, los cánceres de la izquierda, del pensamiento humano en general. Pero también de todo prejuicio. Por lo menos debemos intentarlo, aun siendo conscientes de que es imposible desprenderse por completo del pensamiento dominante. Debemos contrastar todo lo posible. Quien escribe estas

líneas así lo ha intentado. Ha leído a marxistas y a anarquistas, a trotskistas y a estalinistas, a bolcheviques y a antibolcheviques, a comunistas y a anticomunistas, a socialistas autoritarios y a socialistas libertarios, a socialdemócratas, a liberales, a conservadores, a fascistas, etc., etc., etc. Debemos practicar el pensamiento crítico y libre. Es cuestión de vida o muerte, intelectual. Sin teoría revolucionaria no hay práctica revolucionaria. Y sin librepensamiento no hay teoría revolucionaria, o ésta es falsa o está muerta. Yo soy un simple ciudadano corriente que intenta aportar un granito de arena para mejorar el mundo que le ha tocado vivir. Me confieso de izquierdas, en cuanto a que aspiro a transformar radicalmente, de raíz, la sociedad actual, en cuanto a que reivindico una sociedad más libre, más igualitaria, más justa; pero no me caso con ninguna de sus corrientes, aunque por supuesto me siento más próximo a unas que a otras. Pero esto no me impide, al contrario, me impele a, criticar a la izquierda, cuando así lo estimo necesario. El mejor amigo no es el que adula, sino el que critica sinceramente, el que dice la verdad, lo que él cree que es la verdad. El crítico más sincero es, a su vez, el que permite e incluso incita a ser él mismo criticado, el que somete sus cuestionamientos a ser cuestionados, el que cuestiona y a su vez es cuestionado. Quien busca la verdad, busca, necesita imperativamente, el enfrentamiento ideológico, de igual a igual. Yo incito al lector a criticarme, a no leerme de manera acrítica, a contrastar lo dicho por mí. Al final de este libro se hallan todas las referencias bibliográficas consultadas para escribir este trabajo.

Si queremos superar el capitalismo, debemos luchar para que la izquierda transformadora vuelva a tener la necesaria fuerza para hacerlo. Debemos criticar constructivamente a la izquierda, tanto por cuanto respecta a la teoría como a la práctica. El capitalismo, probablemente, no sucumbirá por sí solo. Y si lo hace podría arrastrar al conjunto de la humanidad. Debemos luchar todos activamente para superarlo antes de que sea demasiado tarde. Y dentro de la lucha anticapitalista, la cuestión estratégica y organizativa es ineludible. La conciencia y la estrategia son los ingredientes fundamentales subjetivos de la revolución. Pero si no hay organización no hay estrategia. Sin una buena organización, que garantice el proceso revolucionario, es decir, que canalice el poder popular, de las bases, la revolución no se inicia o degenera. Pero no basta con conquistar el poder político, además hay que ejercerlo para que la revolución avance con determinación, se acelere, o por lo menos no se detenga ni retroceda. No puede haber una organización revolucionaria sin democracia. Organización revolucionaria es igual a implementación de la democracia. **La democracia es revolucionaria. Revolución es Libertad. Libertad es Revolución.** No puede hacerse la revolución sin democracia, llevada hasta las últimas consecuencias. Hacer la revolución equivale, en primer lugar, a cómo implementar la democracia, cómo desarrollarla. Y todo esto puede aplicarse también a la reforma, siempre que entendamos ésta como una revolución a una velocidad más lenta. Sea cual sea la velocidad elegida necesitamos el vehículo necesario para avanzar, para poder incluso elegir dicha velocidad. Ese vehículo tiene nombre: democracia. Ese vehículo hay que pensarlo e implementarlo, hay que diseñarlo y construirlo. Ese vehículo debe, además, perfeccionarse en el tiempo. Ese vehículo debe ser reparado o sustituido cuando se avería. Sin el vehículo apropiado no hay viaje posible. Si deseamos viajar hacia una sociedad mejor, debemos primeramente, prioritariamente, proveernos del vehículo necesario.

Volin en su libro *La revolución desconocida* comenta:

Las revoluciones precedentes nos han legado un problema importante, sobre todo las de 1789 y 1917: iniciadas extensamente contra la opresión, animadas por el poderoso aliento de la libertad y proclamando a ésta como fin esencial, ¿por qué degeneraron en una nueva dictadura de otras clases dominantes y privilegiadas y en una nueva esclavitud del pueblo? ¿Cuáles serían las condiciones que permitirían a una revolución evitar tan deleznable resultado? ¿Sería este fin, todavía por mucho tiempo, una especie de fatalidad histórica o sería el efecto de factores accidentales o sencillamente de errores y faltas que pueden corregirse en adelante? En este último caso, ¿qué medios podrían eliminar el peligro que amenaza ya a las futuras revoluciones?

El presente libro pretende contribuir a encontrar respuestas a estas preguntas. ¿Reforma o Revolución? Como intentaré demostrar a lo largo de este trabajo, la respuesta es: DEMOCRACIA. El lector juzgará si lo consigo o no. Si no lo consigo, por lo menos podré darle, tal vez, ciertas pistas. En cualquier caso, como mínimo, le haré reflexionar, habré contribuido al debate. Así lo espero. De esto se trata sobre todo.

Decir que el subrayado o resaltado en la mayor parte de las citas usadas en este libro son míos. Como, en general, así ha sido en todos mis escritos. Doy permiso explícito para poder distribuir este libro libremente, como con todos mis escritos disponibles en mi blog (<http://joselopezsanchez.wordpress.com/>). Este libro, como todos mis escritos, se ha hecho con la mejor intención y desinteresadamente, sin el menor afán de lucro, y se distribuye gratuitamente. El tiempo y el esfuerzo empleados por mí en todos mis escritos se ven sobradamente recompensados si consigo aportar un granito de arena para la causa de lograr una sociedad más libre y justa, donde todos los ciudadanos podamos vivir en condiciones dignas.

Quien escribe estas líneas es simplemente un ciudadano corriente, un trabajador normal, que, en la medida de sus posibilidades, se implica. La lucha por una sociedad mejor, por su supervivencia incluso, nos atañe a *todos* los ciudadanos. No podemos ni debemos estar en manos de ninguna élite, de ningún consejo de sabios, de ningún grupo de gurús. La emancipación del proletariado, del pueblo, de la ciudadanía, debe ser obra del mismo proletariado, del mismo pueblo, de la misma ciudadanía. Cada ciudadano puede y debe implicarse. Sólo así lograremos una sociedad emancipada. Entre todos podremos. No todos podemos implicarnos de la misma manera, pero todos podemos aportar algo. El esfuerzo de cada individuo es necesario, por pequeño que sea. Si cada ciudadano se implica algo, la fuerza del pueblo, de la inmensa mayoría, será imparable. Las élites de turno sobreviven, nos dominan, porque muchos ciudadanos permanecen apáticos, porque aceptan lo establecido, porque sólo se quejan, porque no se rebelan, porque no se implican, porque piensan que ellos no entienden, porque creen que la sociedad, que la política, es sólo cuestión de expertos. Nunca lograremos una sociedad que beneficie al interés general, si aún muchos ciudadanos se mantienen al margen del diseño y construcción de las reglas del juego políticas y sociales. Esto es lo que desean las élites para mantener su statu quo: que pensemos que nosotros, los ciudadanos corrientes, no podemos aportar nada, que nos limitemos a ejercer de ovejas, que nos dejemos llevar sumisamente. Cuando, por el contrario, los ciudadanos de a pie nos impliquemos activamente, las posibilidades

de una nueva sociedad se tornarán reales, se dispararán. ¡Animo al lector a implicarse también! ¡Aunque sea para criticarme!

Índice

1) El materialismo histórico.....	13
2) El caso de la URSS	72
2.1. De la dictadura del proletariado a la dictadura del partido.....	72
2.2. Del leninismo al estalinismo.....	97
2.3. La dictadura del proletariado según Lenin	107
2.4. Los principales errores bolcheviques	130
2.5. El fin está contenido en los medios.....	144
2.6. El “socialismo real” no era realmente aún socialismo	155
2.7. La importancia de los factores subjetivos	194
2.8. El cuestionamiento de la Revolución bolchevique.....	219
2.9. Las causas de la degeneración de la Revolución rusa	254
3) Los casos de China y Cuba.....	260
4) Lecciones históricas.....	283
4.1. La necesidad e inevitabilidad de las vanguardias	283
4.2. La importancia del método organizativo	327
4.3. La madre de todos los errores: el concepto de la dictadura del proletariado	353
4.4. Del “socialismo” del siglo XX al socialismo del siglo XXI	393
4.5. La clave reside en la democracia.....	449
5) Conclusiones.....	474
Apéndice A: El materialismo dialéctico	501
Apéndice B: Las tesis sobre Feuerbach	512
Apéndice C: El comunismo según Marx	514

1) El materialismo histórico

La historia de todas las sociedades hasta nuestros días es la historia de las luchas de clases. Hombre libre y esclavo, patricio y plebeyo, barón y siervo, maestro de gremio y oficial – en una palabra, opresores y oprimidos en perpetua oposición – han llevado una lucha ininterrumpida, ya sea secreta, ya sea abierta, y que acababa siempre o bien en una transformación revolucionaria de toda la sociedad, o bien en la ruina común de las clases en lucha. Karl Marx & Friedrich Engels.

Antes de nada, para quien no tenga nociones sobre *materialismo dialéctico* (también conocido como *dialéctica materialista*), en el apéndice A de este mismo libro se lo describe brevemente. Además, en el apéndice B he incluido el documento escrito por el propio Marx titulado *Las tesis sobre Feuerbach*, que sintetiza el pensamiento marxista, su método, el materialismo dialéctico. El materialismo histórico no es más que la aplicación del materialismo dialéctico para la historia humana. Si no se comprende el materialismo dialéctico es imposible comprender la teoría marxista. Aunque, paradójicamente, Marx desarrolló primero el materialismo histórico y luego lo completó con la dialéctica de Hegel puesta del revés (aproximadamente). Marx se desprendió del idealismo de su predecesor. Para la dialéctica materialista el pensamiento no determina la realidad, sino, al revés, la realidad el pensamiento. En verdad, más en concreto, mejor dicho, el materialismo dialéctico nos dice que el pensamiento forma parte de la realidad, que lo inmaterial está enraizado en lo material, que las ideas y las condiciones materiales de existencia son dos aspectos de lo mismo, están íntimamente relacionadas, aunque, en última instancia, todo viene determinado por lo material. Sin materia no hay ideas. Pero las ideas también influyen en lo material. Aunque cronológicamente hablando el materialismo histórico precedió al dialéctico, éste completó a aquél hasta convertirse en su base. Por otro lado, tal como afirma Henri Lefebvre en su libro *El materialismo dialéctico: aunque Marx no prosiguió nunca su proyecto, de una exposición de su metodología dialéctica, y si bien él no empleó nunca las palabras "materialismo dialéctico" para designar su doctrina, los elementos de su pensamiento son incontestablemente los que expresan estos términos.*

Engels, en el entierro de su compañero de batallas y amigo, resume de esta manera la principal aportación de Marx:

*Así como Darwin descubrió la ley del desarrollo de la naturaleza orgánica, del mismo modo descubrió Marx la **ley del desarrollo de la historia humana**: el hecho tan sencillo, pero encubierto hasta ahora bajo una proliferación de ideologías, de que los hombres deben ante todo comer, beber, tener un techo y vestirse antes de practicar la política, la ciencia, el arte, la religión, etc.; que, por tanto, la producción de los medios materiales inmediatos para la subsistencia, y con ello, el grado de desarrollo económico alcanzado en cada caso por un pueblo, o en un determinado período, constituye la base a partir de la cual se desarrollan las instituciones del Estado, las concepciones jurídicas, el*

arte, e incluso las representaciones religiosas de los hombres, y con arreglo a la cual deben, por tanto, explicarse, y no al revés, como hasta entonces se había venido haciendo.

Marx en el prólogo de *Contribución a la crítica de la economía política* nos describe los principales postulados del materialismo histórico, como así nos los compila Michael Burawoy en su trabajo *El marxismo como ciencia*:

- 1) *Para que haya historia, los hombres y mujeres deben transformar la naturaleza en medio para su supervivencia, es decir deben producir sus medios de existencia. “En la producción social de su vida, los hombres entran en relaciones definidas que son indispensables e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a una etapa definida del desarrollo de las fuerzas productivas”.*
- 2) *La “base económica” o modo de producción define los límites de variación de la superestructura. “El conjunto de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, el fundamento real, sobre el que se erige una superestructura legal y política y a la que corresponden formas definidas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de vida social, político e intelectual en general”.*
- 3) *Un modo de producción se desarrolla a través de la interacción de las fuerzas productivas (cómo producimos los medios de existencia) y las relaciones de producción (cómo se apropia y distribuye el producto del trabajo). “En una cierta fase de su desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en conflicto con las relaciones de producción existentes ... De formas de desarrollo de las fuerzas productivas estas relaciones de producción se vuelven trabas suyas. Se abre así una época de revolución social”.*
- 4) *La lucha de clases es el motor de la transición de un modo de producción a otro. “Con el cambio del fundamento económico la entera inmensa superestructura es más o menos rápidamente transformada. Al considerar esas transformaciones debe siempre distinguirse entre la transformación material de las condiciones económicas de producción, que pueden determinarse con la precisión de la ciencia natural, y las formas legales, políticas, religiosas, estéticas o filosóficas -en suma ideológicas- en las que los hombres toman conciencia de este conflicto y luchan para resolverlo”.*
- 5) *Una transición exitosa sólo puede darse cuando se cumplen las condiciones materiales. “Ningún orden social perece jamás antes que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben en él. Y nuevas y más altas relaciones de producción nunca aparecen antes que las condiciones materiales de su existencia han madurado en el seno de la propia sociedad antigua”.*
- 6) *La historia es progresiva en la medida en que acompaña la expansión de las fuerzas productivas. “A grandes rasgos el modo de producción asiático, antiguo, feudal y moderno burgués pueden considerarse épocas progresivas en la formación económica de la sociedad”.*

- 7) *El comunismo marca el fin de los antagonismos sociales y el comienzo de la emancipación de los individuos. No hacemos ya la historia empujados desde atrás sino consciente y colectivamente. “Las relaciones burguesas de producción son la última forma antagónica del proceso social de producción - antagónica no en el sentido del antagonismo individual, sino del que surge de las condiciones sociales de vida de los individuos-. Al mismo tiempo las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa crean las condiciones materiales para la solución de ese antagonismo. En consecuencia con esta formación social se cierra la prehistoria de la sociedad humana”.*

Henri Lefebvre en su magnífica *Introducción al marxismo* propone sustituir *marxismo* por *materialismo dialéctico*, pues realmente lo que se llama habitualmente *marxismo* corresponde con una cierta concepción del mundo:

¿Cuáles son las grandes concepciones del mundo que se postulan actualmente? Son tres, y sólo tres.

1) La **concepción cristiana**, formulada con gran rigor y claridad por los grandes teóricos católicos. Reducida a lo esencial, se define por la afirmación de una jerarquía estática de seres, actos, «valores», «formas» y personas. En la cima de la jerarquía se halla el Ser Supremo, el puro Espíritu, el Señor-Dios. Esta doctrina, que trata, en efecto, de dar una visión de conjunto del universo, fue formulada con máxima amplitud y rigor en la Edad Media. Los siglos posteriores agregaron poco a la obra de Santo Tomás. Por razones históricas que requerirían un estudio especial, la teoría de la jerarquía se adecuaba particularmente a la Edad Media (no porque la jerarquía estática de personas haya desaparecido desde entonces, sino porque era más visible, más oficial que posteriormente).

Esta es la concepción medieval del mundo, cuya validez se postula aún en nuestros días.

2) Viene a continuación la **concepción individualista** del mundo. Aparece con Montaigne, a fines de la Edad Media, en el siglo XVI; durante cerca de cuatro siglos, hasta nuestros días, muchos pensadores han formulado o reafirmado esta concepción con numerosos matices. No agregaron nada a sus rasgos fundamentales: el individuo (y no ya la jerarquía) aparece como la realidad esencial; poseería la razón en sí mismo, en su propia interioridad; entre esos dos aspectos del ser humano –lo individual y lo universal, es decir, la razón— existiría una unidad, una armonía espontánea, lo mismo que entre el interés individual y el interés general (el de todos los individuos), entre los derechos y los deberes, entre la naturaleza y el hombre.

El individualismo trató de sustituir la teoría pesimista de la jerarquía (inmutable en su fundamento y cuya justificación se halla en un «más allá» puramente espiritual) por una teoría optimista de la armonía natural de los hombres y las funciones humanas. Históricamente, esta concepción del mundo corresponde al liberalismo, al crecimiento del Tercer Estado, a la burguesía de la belle époque. Es pues esencialmente la concepción burguesa del mundo (aunque la

burguesía declinante la abandone actualmente y se vuelva hacia una concepción pesimista y autoritaria, y por lo tanto jerárquica, del mundo).

*3) Por último viene la **concepción marxista** del mundo. El marxismo se niega a establecer una jerarquía exterior a los individuos (metafísica, pero, por otra parte, no se deja encerrar, como el individualismo, en la conciencia del individuo y en el examen de esa conciencia aislada). Advierte realidades que escapaban al examen de conciencia individualista: son estas realidades naturales (la naturaleza, el mundo exterior); prácticas (el trabajo, la acción); sociales e históricas (la estructura económica de la sociedad, las clases sociales, etcétera).*

Además, el marxismo rechaza deliberadamente la subordinación definitiva, inmóvil e inmutable, de los elementos del hombre y de la sociedad entre sí; pero no por eso admite la hipótesis de una armonía espontánea. Comprueba, en efecto, la existencia de contradicciones en el hombre y en la sociedad humana. Así, el interés individual (privado) puede oponerse, y se opone con frecuencia, al interés común; las pasiones de los individuos, y más todavía de ciertos grupos o clases (y por lo tanto sus intereses) no concuerdan espontáneamente con la razón, el conocimiento y la ciencia. Para expresarlo con mayor generalidad: no existe la armonía que grandes individualistas como Rousseau creyeron descubrir entre la naturaleza y el hombre. El hombre lucha contra la naturaleza; no debe permanecer pasivamente a su nivel, contemplarla o sumergirse románticamente en ella; debe, por el contrario, vencerla, dominarla mediante el trabajo, la técnica, el conocimiento científico, y es de este modo como llega a ser él mismo.

Quien dice contradicción dice también problema por resolver, dificultades, obstáculos —por lo tanto lucha y acción—, pero también posibilidad de victoria, de paso adelante, de progreso. En consecuencia, el marxismo escapa tanto al pesimismo definitivo como al optimismo fácil.

Las contradicciones están por doquier. La naturaleza es en sí misma contradictoria. La ley dialéctica de la unidad y lucha de contrarios estipula precisamente esto. El ser humano es por naturaleza contradictorio. Es imposible no ver contradicciones en cualquier persona, sociedad o ideología. La única manera de no verlas es autorreprimiéndonos, no queriendo verlas. Muchos marxistas, presos del dogmatismo, parten de la hipótesis de que las ideas de Marx o de Engels son perfectas, están libres de errores. Lo cual es un grave error. Flaco favor le hacen al marxismo, que así se estanca, se apolilla. Aunque digan incluso que el marxismo no es un dogma, ellos, contradiciéndose a sí mismos, no le encuentran ningún error. Y no lo encuentran porque ni siquiera lo buscan. Ellos se contradicen a sí mismos cuando al mismo tiempo que dicen que no son dogmáticos se autoproclaman como “marxistas”. Yo no me declaro marxista, aunque esté de acuerdo con muchos de los postulados del marxismo, con su esencia más profunda, con su concepción del mundo y de la sociedad humana. Pero yo tampoco me libero de las contradicciones. El lector podrá encontrar, con toda seguridad, más o menos contradicciones en este mismo libro. La cuestión radica en esmerarse en minimizarlas, o, por lo menos, en suavizarlas. Pero la perfección no existe. Aunque debemos aspirar a acercarnos a ella. En esto consiste

avanzar. Y para ello es imprescindible practicar todo lo posible el librepensamiento, el que nos libera de los dogmatismos, de los prejuicios, de las cadenas mentales que nos limitan el pensamiento. Ese mismo librepensamiento que usó, en mayor o menor medida, pero desde luego un mínimo (más que sus contemporáneos), cualquier gran pensador de cualquier época, incluidos Marx o Engels. Ese librepensamiento que hay que maximizar, pero que nunca logramos del todo. Los errores de ciertas ideas o teorías son superados con más librepensamiento que sus creadores. Esa actitud es condición necesaria pero no suficiente. Además se necesita ciertas aptitudes y cierto contexto. Pero sin esa intención, no hay nada que hacer. Marx superó a Hegel en cuanto a la dialéctica porque practicó más librepensamiento que él, entre otros motivos (entre ellos el contexto social). Nosotros, en este siglo XXI, debemos superar a Marx o a Engels, practicando más librepensamiento que ellos. Superar no significa desechar sus teorías por completo, desechar por desechar, sino buscar imperativamente sus contradicciones e intentar resolverlas.

Si no detectamos las contradicciones no podremos superarlas. Si no las buscamos, si partimos de la premisa de que no las hay, no podremos encontrarlas. El impulso por encontrar la verdad, por detectar y corregir contradicciones, debe ser suficiente, hasta el punto de superar los dogmas, de cuestionar las bases, las hipótesis de partida. Pero no de cualquier manera. Cuestionar algo no significa automáticamente darlo por falso. Significa, precisamente, no darlo automáticamente como verdadero. No darlo automáticamente por falso o por verdadero. Por lo menos en cierto momento, sobre todo cuando las aplicaciones prácticas basadas o inspiradas en ello han fracasado. Las experiencias prácticas de las ideas nos dan pistas sobre la necesidad de cuestionarlas. Aunque, luego, finalmente, en el proceso de recuestionamiento catalizado por las experiencias prácticas, no encontremos errores fundamentales en las ideologías o teorías, no podemos descartarlos de antemano, como así hacen muchos marxistas cuando analizan las experiencias prácticas. No cuestionar en lo más mínimo al marxismo, o cuestionarlo sólo superficialmente, es contradecir al método científico en el que se basaron sus autores, es no continuar su labor, es frenarla, es traicionar el mismo espíritu del marxismo. Al cuestionarlo, asentaremos algunas de sus verdades, tal vez las esenciales, y le despojaremos de sus errores, que seguro los tiene pues sus autores eran seres humanos, que nunca son perfectos. Por lo menos lo intentaremos. Así el marxismo se somete a la esencia de la dialéctica, de que todo cambia y fluye, en la cual se basó. Así, el marxismo, cualquier ideología, evoluciona, no muere. Analizando sus contradicciones internas, el marxismo puede resurgir con mucha fuerza, puede sufrir la ley dialéctica de la conversión de la cantidad en calidad, asimismo la ley dialéctica de la negación de la negación nos dice que ideas que aparentemente han sido desacreditadas o negadas hacen su reaparición, pero a un nivel superior, enriquecidas por las nuevas experiencias y descubrimientos. Tras haber sido negado por las experiencias prácticas (por cierta interpretación simplista e interesada de los acontecimientos históricos), pero también tras haberse imposibilitado su evolución ideológica (al haber sido adoptado como un dogma por muchos "marxistas", al haber convertido éstos algo vivo en muerto, algo dinámico en estático), puede resurgir con inusitada fuerza, siempre que forcemos su evolución, siempre que empecemos por analizar sus contradicciones. Las experiencias prácticas nos proporcionan la posibilidad de replantear la teoría marxista. No aprovechar esa posibilidad atenta contra los principios más elementales del propio marxismo: la

dialéctica y la ciencia. ¡El marxismo tiene mucho que aportar, no debemos ni podemos permitir que muera!

Muchos marxistas que dicen aplicar el método marxista (el materialismo dialéctico) para cualquier cosa, se niegan a aplicarlo para con el mismo marxismo. ¿No es esto una gran y profunda contradicción? Ven contradicciones por todos los sitios, pero no en el propio marxismo. Y no las ven porque no miran. Ven la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio. Acusan a los demás de ser contradictorios (y en esto llevan razón), pero ellos son también muy contradictorios. Todos sucumbimos ante nuestro ego, en mayor o menor medida. El principal obstáculo para encontrar la verdad, es la actitud, el no buscarla suficientemente. Todos caemos ante dicho obstáculo. Aunque no de la misma manera ni con la misma intensidad. La búsqueda de la verdad sólo puede realizarse *colectivamente*, liberándonos de nuestros respectivos egos. Un ego sólo puede ser combatido con otro ego. Si escuchamos a otros podemos superar nuestros prejuicios. Unos pueden tomar el relevo a otros. Algunos de los principales enemigos del marxismo son muchos marxistas presos del dogmatismo. Así como Hegel sentó las bases de la moderna dialéctica (*moderna* porque la dialéctica ya la “inventaron” hace tiempo los griegos), el filósofo alemán no pudo superar sus prejuicios idealistas y tuvo que ser Marx, quien partiendo del gran trabajo de Hegel, le diera la vuelta a su dialéctica convirtiéndola en el *materialismo dialéctico*. Y esto pudo hacerlo Marx porque superó los prejuicios de su antecesor, porque le cuestionó. Cuestionar no significa negar por completo, ciegamente, sino estudiar sin prejuicios para separar los aciertos de los errores. De manera similar, muchos marxistas, presos de sus prejuicios, de una interpretación insuficiente del marxismo, dogmática, metafísica, víctimas de una incompreensión de su filosofía más profunda, imposibilitan el avance del marxismo. Se convierten, sin querer, en los sepultureros del marxismo, de las bases de la ciencia revolucionaria. ¡La ciencia revolucionaria debe seguir adelante! No reconsiderar la teoría, no tener en cuenta las experiencias prácticas, es estancarse, es permitir, incluso contribuir a, la muerte del marxismo. La única ideología que ha abierto seriamente las puertas de la transformación social.

Conectar los efectos con las causas más superficiales pero también con las más profundas, es la esencia del método dialéctico. El materialismo histórico no es más que la aplicación del materialismo dialéctico para la sociedad humana, para su historia.

Plejánov en su obra *El materialismo histórico* nos explica en qué consiste el modo de pensar metafísico:

*Un metafísico considera y estudia los objetos unos tras otros, e independientemente unos de otros. Cuando siente la necesidad de elevarse a una visión de conjunto, considera los objetos en su acción recíproca y ahí se mantiene; no va más lejos y no puede ir más lejos, pues los objetos siguen para él separados los unos de los otros por una especie de abismo, dado que no tiene ninguna idea del **desarrollo** que explica su origen ni de las **relaciones** que existen entre ellos.*

Engels en su trabajo *Anti-Dühring* nos resume de manera magistral lo que significa el materialismo dialéctico, cuando lo aplica para explicar el surgimiento del socialismo a partir del capitalismo:

*Por su contenido, el socialismo moderno es, ante todo, el producto de la toma de conciencia, por una parte, de las oposiciones de clase que reinan en la sociedad moderna entre poseedores y no poseedores, asalariados y burgueses, y, por otra parte, de la anarquía que reina en la producción. Pero, por su forma teórica, aparece en un principio como una **continuación** —que se quiere más consecuente— de los principios establecidos por los grandes filósofos de las luces en la Francia del siglo XVIII. Como toda teoría nueva, el socialismo ha debido empezar por vincularse al fondo de ideas pre-existentes, y tan profundamente que sus raíces se internan en los hechos económicos.*

Para Engels el socialismo moderno es, ante todo, el *producto* de una toma de conciencia. Es decir, las ideas socialistas preceden a sus realizaciones prácticas. El socialismo que se implementará, o se intentará implementar, es *efecto* de las ideas socialistas, que a su vez son *efecto* de la toma de conciencia de unas nuevas condiciones materiales (en verdad de la agudización de sus contradicciones al desarrollarse dichas condiciones) y que también son en cierta medida *influidas* por ideas que las antecedieron (la Ilustración). Las ideas también pueden ser causas y no siempre efectos. Las ideas también influyen además de ser influidas. Las condiciones materiales de existencia también pueden ser efectos y no siempre causas. Lo material también es influido además de influir. Pero si buscamos las causas *últimas* siempre nos topamos con los hechos económicos, con lo material. Todo está *enraizado* en lo material. El materialismo dialéctico combina el materialismo (que dice que las causas son las materiales) con la dialéctica (que dice que lo inmaterial también se convierte en causa, que todo está interrelacionado con todo). El idealismo decía que las causas eran *siempre* las ideas. El materialismo (metafísico) que las causas eran *siempre* las materiales. El materialismo dialéctico dice que las causas son *a veces* las condiciones materiales, *a veces* las ideas, la mayor parte de las veces ambas, y en *última instancia siempre* las condiciones materiales. En la concepción de la dialéctica materialista las ideas y las condiciones materiales de existencia no están separadas de manera estanca, no se oponen las unas a las otras (como así lo estaban en el modo de pensar metafísico), sino que ambas forman parte de la realidad, son dos formas en que ésta se expresa. En el pensamiento *metafísico* están separadas y confrontadas, son independientes. En el pensamiento *dialéctico* están íntimamente relacionadas, conforman un todo, estipulando el *materialismo* dialéctico que la *base* de todo es la realidad física, *material*.

En *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, Engels nos explica la razón por la cual existen leyes en la historia de la sociedad humana, que si bien emanan de la voluntad consciente de los seres humanos, por decirlo de alguna manera, también escapan al control absoluto de los individuos:

La historia del desarrollo de la sociedad difiere sustancialmente, en un punto, de la historia del desarrollo de la naturaleza. En ésta —si prescindimos de la reacción ejercida a su vez por los hombres sobre la naturaleza—, los factores que actúan los unos sobre los otros y en cuyo juego mutuo se impone la ley general, son todos agentes inconscientes y ciegos. De cuanto acontece en la naturaleza —lo mismo los innumerables fenómenos aparentemente fortuitos que afloran a la superficie, que los resultados finales por los cuales se

comprueba que esas aparentes casualidades se rigen por su lógica interna—, nada acontece por obra de la voluntad, con arreglo a un fin consciente. En cambio, **en la historia de la sociedad, los agentes son todos hombres dotados de conciencia, que actúan movidos por la reflexión o la pasión, persiguiendo determinados fines; aquí, nada acaece sin una intención consciente, sin un fin deseado. Pero esta distinción, por muy importante que ella sea para la investigación histórica, sobre todo la de épocas y acontecimientos aislados, no altera para nada el hecho de que el curso de la historia se rige por leyes generales de carácter interno.** También aquí reina, en la superficie y en conjunto, pese a los fines conscientemente deseados de los individuos, un aparente azar; **rara vez acaece lo que se desea,** y en la mayoría de los casos los muchos fines perseguidos se entrecruzan unos con otros y se contradicen, cuando no son de suyo irrealizables o insuficientes los medios de que se dispone para llevarlos a cabo. Las colisiones entre las innumerables voluntades y actos individuales crean en el campo de la historia un estado de cosas muy análogo al que impera en la naturaleza inconsciente. Los fines que se persiguen con los actos son obra de la voluntad, pero los resultados que en la realidad se derivan de ellos no lo son, y aun cuando parezcan ajustarse de momento al fin perseguido, a la postre encierran consecuencias muy distintas a las apetecidas. Por eso, en conjunto, **los acontecimientos históricos también parecen estar presididos por el azar. Pero allí donde en la superficie de las cosas parece reinar la casualidad, ésta se halla siempre gobernada por leyes internas ocultas, y de lo que se trata es de descubrir estas leyes.**

Los hombres hacen su historia, cualesquiera que sean los rumbos de ésta, al perseguir cada cual sus fines propios con la conciencia y la voluntad de lo que hacen; y la resultante de estas numerosas voluntades, proyectadas en diversas direcciones, y de su múltiple influencia sobre el mundo exterior, es precisamente la historia. Importa, pues, también lo que quieran los muchos individuos. La voluntad está movida por la pasión o por la reflexión. Pero los resortes que, a su vez, mueven directamente a éstas, son muy diversos. Unas veces, son objetos exteriores; otras veces, motivos ideales: ambición, “pasión por la verdad y la justicia”, odio personal, y también manías individuales de todo género. Pero, por una parte, ya veíamos que **las muchas voluntades individuales que actúan en la historia producen casi siempre resultados muy distintos de los perseguidos** —a veces, incluso contrarios—, y, por tanto, **sus móviles tienen una importancia puramente secundaria en cuanto al resultado total.** Por otra parte, **hay que preguntarse qué fuerzas propulsoras actúan, a su vez, detrás de esos móviles, qué causas históricas son las que en las cabezas de los hombres se transforman en estos móviles.**

Esta pregunta no se la había hecho jamás el antiguo materialismo. Por esto su interpretación de la historia, cuando la tiene, es esencialmente pragmática; lo enjuicia todo con arreglo a los móviles de los actos; clasifica a los hombres que actúan en la historia en buenos y en malos, y luego comprueba, que, por regla general, los buenos son los engañados, y los malos los vencedores. De donde

*se sigue, para el viejo materialismo, que el estudio de la historia no arroja enseñanzas muy edificantes, y, para nosotros, que en el campo histórico este viejo materialismo se hace traición a sí mismo, puesto que acepta como últimas causas los móviles ideales que allí actúan, en vez de indagar detrás de ellos, cuáles son los móviles de esos móviles. La inconsecuencia no estriba precisamente en admitir móviles ideales, sino en no remontarse, partiendo de ellos, hasta sus **causas determinantes**.*

[...]

*Por tanto, si se quiere investigar las fuerzas motrices que —consciente o inconscientemente, y con harta frecuencia inconscientemente— están detrás de estos móviles por los que actúan los hombres en la historia y que constituyen los verdaderos resortes supremos de la historia, **no habría que fijarse tanto en los móviles de hombres aislados, por muy relevantes que ellos sean, como en aquellos que mueven a grandes masas, a pueblos en bloque, y, dentro de cada pueblo, a clases enteras; y no momentáneamente, en explosiones rápidas, como fugaces hogueras, sino en acciones continuadas que se traducen en grandes cambios históricos.** Indagar las causas determinantes de sus jefes —los llamados grandes hombres— como móviles conscientes, de un modo claro o confuso, en forma directa o bajo un ropaje ideológico e incluso divinizado: he aquí el único camino que puede llevarnos a descubrir las leyes por las que se rige la historia en conjunto, al igual que la de los distintos períodos y países. **Todo lo que mueve a los hombres tiene que pasar necesariamente por sus cabezas; pero la forma que adopte dentro de ellas depende en mucho de las circunstancias.***

[...]

Pero mientras que en todos los períodos anteriores la investigación de estas causas propulsoras de la historia era punto menos que imposible —por lo compleja y velada que era la trabazón de aquellas causas con sus efectos—, en la actualidad, esta trabazón está ya lo suficientemente simplificada para que el enigma pueda descifrarse.

El materialismo histórico tiene por objeto, precisamente, el descubrimiento de dichas leyes, de las causas determinantes de los acontecimientos, de las causas propulsoras de la historia. Con el método marxista, la historia humana, que hasta entonces se nos aparecía como una concatenación de casualidades, como algo caótico, enigmático, se nos vuelve verdaderamente cognoscible. El aparente azar da lugar a cierto orden. El enigma empieza a resolverse. El materialismo histórico no sólo dice que es posible encontrar cierto orden en la historia de la sociedad humana, nos dice además cuáles son las causas determinantes, primigenias, nos dice dónde buscar: en las *circunstancias*, en las relaciones *sociales* entre los individuos que conforman la sociedad, además de en las ideas o en las voluntades de los individuos. El materialismo histórico dice, en esencia, que las causas de los acontecimientos históricos son, en última instancia, materiales, están en la Tierra, y no en el Cielo, en la propia historia humana y no en algo externo a ella. Nos dice que es posible

comprender la *dinámica* de la sociedad humana si comprendemos las leyes generales que la gobiernan. Pero esto no quiere decir que dichas leyes sean exactas. El ser humano no es una máquina. La sociedad humana no se comporta de manera *totalmente* determinista, pero tampoco de manera completamente azarosa, aleatoria. Las leyes de la sociedad humana son, por fuerza, probabilísticas. No podemos hablar de certeza, sino de *posibilidad*. La sociedad tiene sus *tendencias*, sus contradicciones, las cuales pueden ser conocidas, pero dichas tendencias no se resuelven siempre de la misma manera. El libro de la historia no está escrito de antemano, pero es posible conocer su gramática. Es posible escribirlo conscientemente, pero hasta cierto punto, dentro de unos límites. No hay un solo futuro posible, pero tampoco hay infinitud de posibilidades. La historia humana no se hace sola, la hacen los seres humanos, pero éstos no la pueden hacer controlándola por completo. Sin embargo, conociendo las leyes de la sociedad humana, dicho control aumenta considerablemente. Con el marxismo, no sólo es posible *conocer* mejor la historia, sino que se nos abre las puertas para poder *hacerla* de manera más consciente. Gracias al materialismo histórico, la sociedad humana puede empezar a tomar las riendas de su propio destino, aunque siempre dentro de unos límites. En verdad que estos límites se atenúan notablemente con el método marxista, pero no desaparecen.

En su obra inconclusa *Dialéctica de la naturaleza*, Engels nos resume en qué consiste el materialismo histórico, además de recordarnos la mutua dependencia entre lo material y lo inmaterial, la interdependencia entre el ser humano y su entorno:

*Mediante la combinación de la mano, los órganos lingüísticos y el cerebro, y no sólo en el individuo aislado, sino en la sociedad, se hallaron los hombres capacitados para realizar operaciones cada vez más complicadas, para plantearse y alcanzar metas cada vez más altas. De generación en generación, el trabajo mismo fue cambiando, haciéndose más perfecto y más multiforme. A la caza y la ganadería se unió la agricultura y tras ésta vinieron las artes del hilado y el tejido, la elaboración de los metales, la alfarería, la navegación. Junto al comercio y los oficios aparecieron, por último, el arte y la ciencia, y las tribus se convirtieron en naciones y Estados. Se desarrollaron el derecho y la política y, con ellos, el reflejo fantástico de las cosas humanas en la cabeza del hombre: la religión. Ante estas creaciones, que empezaron presentándose como productos de la cabeza y que parecían dominar las sociedades humanas, fueron pasando a segundo plano los productos más modestos de la mano trabajadora, tanto más cuanto que la cabeza encargada de planear el trabajo pudo, ya en una fase muy temprana de desarrollo de la sociedad (por ejemplo, ya en el seno de la simple familia), hacer que el trabajo planeado fuese ejecutado por otras manos que las suyas. Todos los méritos del rápido progreso de la civilización se atribuyeron a la cabeza, al desarrollo y a la actividad del cerebro; **los hombres se acostumbraron a explicar sus actos por sus pensamientos en vez de explicárselos partiendo de sus necesidades** (las cuales, ciertamente, se reflejan en la cabeza, se revelan a la conciencia), **y así fue como surgió, con el tiempo, aquella concepción idealista del mundo** que se ha adueñado de las mentes, sobre todo desde la caída del mundo antiguo. Y hasta tal punto sigue dominándolas todavía, hoy, que incluso los investigadores materialistas de la naturaleza de la escuela de*

Darwin no aciertan a formarse una idea clara acerca del origen del hombre porque, ofuscados por aquella influencia ideológica, no alcanzan a ver el papel que en su nacimiento desempeñó el trabajo.

Los animales, como ya hemos apuntado, hacen cambiar con su acción la naturaleza exterior, lo mismo que el hombre, aunque no en igual medida que él, y estos cambios del medio así provocados repercuten, a su vez, como hemos visto, sobre sus autores. **Nada, en la naturaleza, ocurre de un modo aislado. Cada cosa repercute en la otra, y a la inversa,** y lo que muchas veces impide a nuestros naturalistas ver claro en los procesos más simples es precisamente el no tomar en consideración este movimiento y esta interdependencia universales.

Más adelante en ese mismo libro Engels comenta:

El animal utiliza la naturaleza exterior e introduce cambios en ella pura y simplemente con su presencia, mientras que el hombre, mediante sus cambios, la hace servir a sus fines, la domina. Es esta la suprema y esencial diferencia entre el hombre y los demás animales; diferencia debida también al trabajo.

No debemos, sin embargo, lisonjearnos demasiado de nuestras victorias humanas sobre la naturaleza. Ésta se venga de nosotros por cada una de las derrotas que le inferimos. Es cierto que todas ellas se traducen principalmente en los resultados previstos y calculados, pero acarrear, además, otros imprevistos, con los que no contábamos y que, no pocas veces, contrarrestan los primeros.

[...]

Todo nos recuerda a cada paso que el hombre no domina, ni mucho menos, la naturaleza a la manera como un conquistador domina un pueblo extranjero, es decir, como alguien que es ajeno a la naturaleza, sino que formamos parte de ella con nuestra carne, nuestra sangre y nuestro cerebro, que nos hallamos en medio de ella y que todo nuestro dominio sobre la naturaleza y la ventaja que en esto llevamos a las demás criaturas consiste en la posibilidad de llegar a conocer sus leyes y de saber aplicarlas acertadamente.

No cabe duda de que cada día que pasa conocemos mejor las leyes de la naturaleza y estamos en condiciones de prever las repercusiones próximas y remotas de nuestras ingerencias en su marcha normal. Sobre todo desde los formidables progresos conseguidos por las ciencias naturales durante el siglo actual, vamos aprendiendo a conocer de antemano, en medida cada vez mayor, y por tanto a dominarlas, hasta las lejanas repercusiones naturales, por lo menos, de nuestros actos más habituales de producción. Y cuanto más ocurra esto, **más volverán los hombres, no solamente a sentirse, sino a saberse parte integrante de la naturaleza y más imposible se nos revelará esa absurda y antinatural representación de un antagonismo entre el espíritu y la materia, el hombre y la naturaleza, el alma y el cuerpo, como**

la que se apoderó de Europa a la caída de la antigüedad clásica, llegando a su apogeo bajo el cristianismo.

¡Y esto lo dice Engels en el año 1875! Su pensamiento dialéctico le permite comprender fácilmente el ecologismo. ¡El marxismo también es ecologista! El propio Marx dice en *El Capital*:

*En la agricultura, lo mismo que en la manufactura, la transformación capitalista de la producción parece no ser otra cosa que el martirologio del productor; el medio de trabajo, apenas la forma de domar, explotar y empobrecer al trabajador; la combinación social del trabajo, la opresión organizada de su vitalidad, su libertad y su independencia individuales. La dispersión de los trabajadores agrícolas en superficies más extensas quiebra su fuerza de resistencia, en tanto que la concentración aumenta la de los obreros urbanos. En la agricultura moderna, al igual que en la industria de las ciudades, el crecimiento de la productividad y el rendimiento superior del trabajo se adquieren al precio de la destrucción y la aniquilación de la fuerza de trabajo. Además, cada progreso de la agricultura capitalista es un progreso, no solo en el arte de explotar al trabajador, sino también en el de despojar el suelo. Cada progreso en el arte de acentuar su fertilidad durante un tiempo, un progreso en la ruina de sus recursos duraderos de fertilidad. Cuanto más se desarrolla un país, por ejemplo Estados Unidos, sobre la base de la gran industria, más rapidez presenta el desarrollo de ese proceso de destrucción. Por consiguiente, **la producción capitalista sólo desarrolla la técnica y la combinación del proceso social al mismo tiempo que agota las dos fuentes de las cuales brota toda riqueza: la tierra y el trabajador.***

La dialéctica nos permite ser conscientes de que *influimos* en la naturaleza y de que ésta *influye* también en nosotros. Esto ya lo sabían, por supuesto, todas las tribus primitivas que vivían en contacto *directo* con el mundo natural. Pero no del modo tan consciente en que puede llegar a saberse cuando el ser humano adopta el pensamiento dialéctico que, además, le permite *conocer las leyes naturales y saber aplicarlas acertadamente*. El marxismo ya preveía las posibles consecuencias ecológicas de un desarrollo incontrolado (como es el que provoca inevitablemente el capitalismo, la anarquía económica). Sólo cuando las nefastas consecuencias de nuestro desarrollo empezaron a ser evidentes (esperemos que no irreversibles) en la naturaleza, allá por los años 60 del pasado siglo XX, la humanidad empezó a concienciarse seriamente sobre el problema ecológico. Sin embargo, aún en nuestros días los hay quienes lo niegan. Y, lo que es peor, aun siendo conscientes del problema, no se toman las medidas necesarias. El capitalismo salvaje está poniendo en peligro de extinción al planeta y a todas las especies vivas que habitan en él, incluido el ser humano. ¡El capitalismo atenta contra la sociedad humana y su hábitat! El capitalismo no sirve a los intereses generales, incluso atenta contra ellos, contra los más elementales, como la supervivencia. El materialismo histórico, es decir, el materialismo dialéctico aplicado a la sociedad humana, ya preveía a mediados del siglo XIX el problema ecológico que ahora padecemos en el siglo XXI. Cuando una teoría es capaz no sólo de explicar el presente o el pasado, sino que, además, permite entrever el futuro, es que entonces, muy probablemente, es válida. Una teoría científica que explica satisfactoriamente la realidad y que incluso la prevé mejor que

otras teorías o modos de pensar, ha de ser forzosamente considerada como la mejor. Esto es la esencia del método científico. En la ciencia la realidad manda, ésta es la que lleva a cabo la selección natural de las mejores ideas, aquellas que mejor concuerdan con la práctica, con lo observado realmente.

Como ya mencioné, Marx en el prólogo de *Contribución a la crítica de la economía política*, nos resume de una manera bastante clara la concepción materialista de la historia. Vale la pena reproducir íntegramente el famoso párrafo:

*Mi primer trabajo, emprendido para resolver las dudas que me asaltaban, fue una revisión crítica de la filosofía hegeliana del derecho, trabajo cuya introducción vio la luz en 1844 en los Anales franco-alemanes, que se publicaban en París. Mi investigación desembocaba en el resultado de que, tanto las relaciones jurídicas como las formas de Estado, no pueden comprenderse por sí mismas ni por la llamada evolución general del espíritu humano, sino que radican, por el contrario, en las condiciones materiales de vida cuyo conjunto resume Hegel, siguiendo el precedente de los ingleses y franceses del siglo XVIII, bajo el nombre de 'sociedad civil', y que la anatomía de la sociedad civil hay que buscarla en la economía política. En Bruselas, a donde me trasladé en virtud de una orden de destierro dictada por el señor Guizot, hube de proseguir mis estudios de economía política, comenzados en París. El resultado general a que llegué y que, una vez obtenido, sirvió de hilo conductor a mis estudios, puede resumirse así: en la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción, que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. **El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia.** Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad chocan con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Y se abre así una época de revolución social. Al cambiar la base económica, se revoluciona, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella. Cuando se estudian esas revoluciones, hay que distinguir siempre entre los cambios materiales ocurridos en las condiciones económicas de producción y que pueden apreciarse con la exactitud propia de las ciencias naturales, y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, en una palabra, las formas ideológicas en que los hombres adquieren conciencia de este conflicto y luchan por resolverlo. Y del mismo modo que no podemos juzgar a un individuo por lo que él piensa de sí, no podemos juzgar tampoco a estas épocas de revolución por su conciencia, sino que, por el contrario, hay que explicarse esta conciencia por*

las contradicciones de la vida material, por el conflicto existente entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción. Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen nuevas y más altas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado en el seno de la propia sociedad antigua. Por eso, la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar, pues, bien miradas las cosas, vemos siempre que estos objetivos sólo brotan cuando ya se dan o, por lo menos, se están gestando, las condiciones materiales para su realización. A grandes rasgos, podemos designar como otras tantas épocas de progreso, en la formación económica de la sociedad, el modo de producción asiático, el antiguo, el feudal y el moderno burgués. Las relaciones burguesas de producción son la última forma antagónica del proceso social de producción; antagónica, no en el sentido de un antagonismo individual, sino de un antagonismo que proviene de las condiciones de vida de los individuos. Pero las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa brindan, al mismo tiempo, las condiciones materiales para la solución de este antagonismo. Con esta formación social se cierra, por tanto, la prehistoria de la sociedad humana.

Marx demostró la validez de su método, sucintamente explicado en las líneas anteriores, explicado más extensamente sobre todo en el capítulo primero de *La ideología alemana*, analizando el sistema económico burgués en la obra mencionada *Contribución a la crítica de la economía política* y sobre todo en *El Capital*. Sus análisis de ciertos episodios históricos como *El 18 brumario de Luís Bonaparte* o *La guerra civil en Francia*, están impregnados de materialismo histórico. Engels, en su libro *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, al cual añadió en el apéndice un documento de apenas dos páginas titulado *Las tesis sobre Feuerbach* escrito por Marx para su autoesclarecimiento, sistematizó el método materialista dialéctico para explicar la historia de la sociedad humana. Así como Marx no pudo dedicar suficiente tiempo para explicar su método, el materialismo histórico, sustentado en la dialéctica materialista, probablemente desbordado por todo su trabajo teórico y práctico (no olvidemos que no pudo acabar su principal obra *El Capital*), Engels, afortunadamente, sí pudo desempeñar una importante labor pedagógica.

Henri Lefebvre en *Introducción al marxismo* nos explica de esta manera tan sencilla (aquí es cuando alguien demuestra su verdadero talante pedagógico: en la capacidad de expresarse de manera sencilla, en la capacidad de ser entendido por cualquiera) en qué consiste el materialismo histórico:

Aunque es verdad que en el curso de su desarrollo la conciencia y el pensamiento se liberan de las relaciones inmediatas y locales (relaciones simples con el medio), jamás se separan de ellas. ¡Admitirlo sería aceptar la ilusión ideológica e idealista! La extensión y la profundización de la conciencia, la aparición y el fortalecimiento del pensamiento racional se hallan también condicionados por las relaciones sociales (por el desarrollo de las comunicaciones y el cambio, por la vida social que se organiza y se concentra en las grandes ciudades comerciales e industriales etcétera). ¿Pero qué son esencialmente esas relaciones sociales? Ciertamente son, y así se nos

presentan, sobre todo en nuestra época, extremadamente complejas. ¿Es posible separar de su entrelazamiento relaciones fundamentales? ¿Es posible distinguir, para usar una metáfora, pisos o sedimentos sucesivos sobre una base?

Marx y los marxistas afirman que sí. Hay relaciones fundamentales; **el edificio de toda sociedad reposa sobre una base**. En una casa, ciertamente, lo que importa son los pisos, las piezas habitables. ¿Pero es ésta una razón para despreocuparse de la base y de los cimientos, para olvidar que estos cimientos determinan la forma, la altura, la estructura del edificio, es decir, las grandes líneas esenciales (aunque dejando indeterminados los múltiples detalles y más aún las ornamentaciones)? Pensar de otro modo es creer que se puede comenzar una casa por el techo y terminarla por la base. Pensar que en una sociedad las ideas son fundamentales, es creer que porque las ventanas son necesarias y dan luz a las piezas constituyen la causa de la casa. **Las relaciones fundamentales para toda sociedad son las relaciones con la naturaleza. Para el hombre la relación con la naturaleza es fundamental, no porque siga siendo un ser de la naturaleza (interpretación falaz del materialismo histórico) sino, por el contrario, porque lucha contra ella**. En el curso de esta lucha, pero en las condiciones naturales, arranca a la naturaleza lo que necesita para mantener su vida y superar la vida simplemente natural. ¿Cómo? ¿Por qué medios? Por el trabajo, mediante los instrumentos de trabajo y la organización del trabajo.

Así y sólo así los hombres producen su vida, es decir superan la vida animal (natural), aunque no pueden evidentemente liberarse de la naturaleza por un decreto soberano. Los hombres no superan la naturaleza más que dentro de ciertos límites, y en las condiciones determinadas por la naturaleza misma (clima, fertilidad del suelo, flora y fauna naturales, etc.).

Las relaciones fundamentales de toda sociedad humana son por lo tanto las relaciones de producción. Para llegar a la estructura esencial de una sociedad, el análisis debe descartar las apariencias ideológicas, los revestimientos abigarrados, las fórmulas oficiales, todo lo que se agita en la superficie de esa sociedad, todo el decorado: debe penetrar bajo esa superficie y llegar a las relaciones de producción o sea las relaciones fundamentales del hombre con la naturaleza y de los hombres entre sí en el trabajo.

[...]

Las relaciones superiores y complejas que se expresan en la cultura implican y presuponen las relativamente simples relaciones de producción; esas relaciones complejas no pueden introducirse desde afuera en la estructura de una sociedad; no pueden por lo tanto separarse de ella y estudiarse aisladamente.

El desarrollo de las fuerzas productivas, sus grados, niveles alcanzados, tienen por lo tanto una importancia histórica fundamental: constituyen el fundamento del ser social del hombre en un momento dado, y, por consiguiente, de las modalidades de su conciencia y de su cultura.

Engels en una carta a José Bloch escrita en 1890 (cuando Marx ya había muerto) tiene que aclarar la concepción materialista (dialéctica) de la historia por parte del marxismo:

*Según la concepción materialista de la historia, el factor determinante en la historia es, **en última instancia**, la producción y la reproducción de la vida real. Ni Marx ni yo hemos afirmado nunca nada más. Si alguien desnaturaliza esta posición en el sentido de que el factor económico es el único determinante, lo transforma en una frase hueca, abstracta, absurda. **La situación económica es la base, pero los diversos elementos de la superestructura:** las formas políticas de la lucha de clases y sus resultados – las Constituciones establecidas una vez la batalla ganada por la clase victoriosa, etc., - las formas jurídicas, e incluso los reflejos de todas estas luchas reales en el cerebro de los participantes, teorías políticas, jurídicas, filosóficas, concepciones religiosas y su desarrollo ulterior en sistemas dogmáticos, **ejercen igualmente su acción sobre el curso de las luchas históricas y, en muchos casos, determinan de modo preponderante su forma. Hay interacción de todos estos factores**, en el interior de la cual el movimiento económico acaba por abrirse camino como una necesidad, a través de una multitud infinita de contingencias (es decir, de cosas y de acontecimientos cuya ligazón interna entre sí es tan lejana o tan difícil de demostrar que podemos considerarla como inexistente y no tomarla en consideración). Si no, la aplicación de la teoría a cualquier período histórico sería, a fe mía, más fácil que la resolución de una simple ecuación de primer grado.*

Somos nosotros mismos quienes hacemos nuestra historia, pero la hacemos, en primer lugar con arreglo a premisas y condiciones muy concretas. Entre ellas, son las económicas las que deciden en última instancia. Pero también desempeñan su papel, aunque no sea decisivo, las condiciones políticas, y hasta la tradición, que merodea como un duende en las cabezas de los hombres.

[...]

*La historia se hace de tal modo, que el resultado final siempre deriva de los conflictos entre muchas voluntades individuales, cada una de las cuales, a su vez, es lo que es por efecto de una multitud de condiciones especiales de vida; **son, pues, innumerables fuerzas que se entrecruzan las unas con las otras**, un grupo infinito de paralelogramos de fuerzas, de las que surge una resultante --el acontecimiento histórico--, que a su vez, puede considerarse producto de una fuerza única, que, como un todo, actúa sin conciencia y sin voluntad. Pues lo que uno quiere tropieza con la resistencia que le opone otro, y lo que resulta de todo ello es algo que nadie ha querido. De este modo, hasta aquí toda la historia ha discurrido a modo de un proceso natural y sometida también, sustancialmente, a las mismas leyes dinámicas. Pero del hecho de que las distintas voluntades individuales --cada una de las cuales aparece aquello a que le impulsa su constitución física y una serie de circunstancias externas, que son, en última instancia, circunstancias económicas (o las suyas propias personales o las generales de la sociedad)-- no alcancen lo que*

desean, sino que se fundan todas en una media total, en una resultante común, no debe inferirse que estas voluntades sean = 0. Por el contrario, todas contribuyen a la resultante y se hallan, por tanto, incluidas en ella.

Plejánov ya advertía en 1896 sobre la interpretación simplista que se hacía del materialismo histórico por parte de muchos marxistas:

*En el terreno de la ideología hay muchos fenómenos que sólo se pueden explicar **indirectamente** por la influencia del movimiento económico. Es algo que olvidan frecuentemente no sólo los adversarios, sino también los partidarios de la teoría histórica de Marx.*

[...]

*Si los filósofos del siglo XVIII recordaban que el hombre es un producto del medio ambiente social, negaban a la “opinión pública”, la cual, según decían, regía al mundo, toda influencia sobre ese medio. Su lógica tropezaba a cada paso con uno u otro aspecto de esta antinomia. El materialismo dialéctico la resuelve fácilmente. **Para los materialistas dialécticos la opinión de los hombres dirige efectivamente el mundo**, puesto que en el hombre, como dice Engels, “todas las fuerzas motrices de sus acciones deben necesariamente pasar por su cerebro, transformarse en móviles de su voluntad”. **Esto no impide que la “opinión pública” tenga sus raíces en el medio social y, en último análisis, en las relaciones económicas; asimismo, no impide que toda “opinión pública” dada envejezca en cuanto el modo de producción que la ha creado empieza a envejecer. La economía forma a la “opinión pública” que, a su vez, dirige al mundo.***

Muchos marxistas en la actualidad cometen el mismo error que los filósofos del siglo XVIII que, presos de un materialismo metafísico, negaban la “opinión pública”, es decir las ideas como posibles causas, por lo menos inmediatas. Esos marxistas aplican un materialismo insuficiente consistente en buscar sólo las causas más inmediatas, superficiales, directas, de los acontecimientos y dado que son materialistas se preocupan sólo de las condiciones materiales, sobre todo de las económicas. Niegan las influencias de las ideas porque se olvidan de que éstas a su vez están enraizadas en las condiciones materiales. Esos marxistas no profundizan, se quedan en la superficie. De esta manera pecan ellos mismos de idealistas pues aíslan las ideas de las condiciones materiales, se olvidan de que todas las ideas se enraízan en las condiciones materiales de existencia. Pecan de metafísicos, pues se olvidan de la interrelación entre los factores, se olvidan de que las causas se convierten en efectos y viceversa, se olvidan de que las condiciones materiales de existencia actuales son también influenciadas por las del pasado (que en el presente toman también la forma de ideas), se olvidan de que las ideas del presente son influenciadas por las condiciones materiales del presente. Se olvidan de que las condiciones materiales de existencia se transforman en ideas y viceversa. Las ideas y las condiciones materiales de existencia son en verdad dos formas de lo mismo. Como dice Plejánov: *La idea no es otra cosa que la materia trasladada y traducida en el cerebro humano*. Si hacemos un símil con la ciencia física, podemos equiparar las ideas a la energía y las condiciones materiales a la materia. Como demostró Einstein, la energía y la materia

son dos formas de lo mismo, se intercambian. Esto se resume en su famosa ecuación $E=mc^2$. Lo mismo podemos decir de las ideas y de las condiciones materiales de existencia, con la salvedad de que en *última* instancia el origen está en la materia. Lo que nos dice el materialismo dialéctico, un materialismo más elaborado, más evolucionado, es que la *fuerza* de todo es lo material, pero que lo material se transforma en inmaterial y éste en material, y así sucesivamente. Negar la influencia de las ideas es negar al propio marxismo, es tergiversarlo. Marx dijo que *cuando una idea se apodera de las mentes de las masas, se convierte en una fuerza material*. Los materialistas metafísicos se olvidan de que las ideas no son más que otra forma de materia. Por tanto, al analizar los acontecimientos sólo se preocupan de ciertas condiciones materiales (las que en el momento de su análisis aún no han tomado la forma de ideas) y se olvidan de otras (las que han tomado forma de ideas). El materialismo *dialéctico* tiene en cuenta la interrelación entre las ideas y las condiciones materiales de existencia por un lado, y la influencia del pasado sobre el presente, por el otro lado. Da explicaciones mejores de los acontecimientos porque tiene una visión de *conjunto*, porque considera *todas* las partes y sus *relaciones*, porque considera la naturaleza *dinámica* de la historia.

Como nos recuerda György Lukács en *Historia y conciencia de clase*, lo que distingue al marxismo respecto de la ideología y “ciencia” burguesas es su concepción totalizante, además de en el hecho de enraizarlo todo, en última instancia, en lo material, en la economía en el caso de la sociedad humana:

No es la preponderancia de los motivos económicos en la explicación de la historia lo que distingue de manera decisiva al marxismo de la ciencia burguesa; es el punto de vista de la totalidad. La categoría de la totalidad, la dominación, determinante y en todos los dominios, del todo sobre las partes, constituye la esencia que el método de Marx ha tomado de Hegel y que él transformó de manera original para convertirlo en fundamento de una ciencia totalmente nueva. La separación capitalista entre el productor y el proceso global de la producción, la fragmentación del proceso de trabajo en partes que dejan de lado el carácter humano del trabajador, la atomización de la sociedad en individuos que producen sin plan y sin concierto, etc., todo esto tenía necesariamente que ejercer también una influencia profunda en el pensamiento, la ciencia y la filosofía del capitalismo. Y lo que hay de fundamentalmente revolucionario en la ciencia proletaria, no es sólo que ella oponga a la sociedad burguesa contenidos revolucionarios, sino que es, en primerísimo lugar, la esencia revolucionaria del método en sí. El remado de la categoría de totalidad es el portador del principio revolucionario en la ciencia.

Él carácter revolucionario de la dialéctica hegeliana —sin perjuicio de los contenidos conservadores que tiene en Hegel— ya había sido reconocido muchas veces antes de Marx, sin que pudiera desarrollarse, partiendo de ese conocimiento, una ciencia revolucionaria. Solamente con Marx pudo la dialéctica hegeliana devenir, según la expresión de Herzen, un «álgebra de la revolución». Pero no ocurrió así simplemente en virtud de la inversión materialista. Más bien se puede decir que el principio revolucionario de la dialéctica hegeliana sólo pudo manifestarse en esa inversión y por ella porque fue salvaguardada la esencia del método, es decir, el punto de vista de la

totalidad, la consideración de todos los fenómenos parciales como momentos del todo, del proceso dialéctico captado como unidad del pensamiento y de la historia. **El método dialéctico en Marx apunta al conocimiento de la sociedad como totalidad.** Mientras que la ciencia burguesa atribuye, bien sea, por realismo ingenuo, una «realidad», bien sea, de manera «crítica», una autonomía a las abstracciones —necesarias y útiles desde el punto de vista metodológico para las ciencias particulares— que resultan por una parte de la separación entre los objetos de la investigación y, por otra, de la división del trabajo y de la especialización científicas, el marxismo, en cambio, rebasa esas separaciones elevándolas y bajándolas al rango de momentos dialécticos. El aislamiento —por abstracción— de los elementos tanto de un dominio de investigación como de grupos particulares de problemas o de conceptos en el interior de un dominio de investigación, es ciertamente inevitable. Sin embargo, lo decisivo es saber si ese aislamiento es solamente un medio para el conocimiento del todo, es decir, si se integra siempre en un justo contexto de conjunto que él mismo presupone y requiere, o bien si el conocimiento —abstracto— del dominio parcial aislado conserva su «autonomía», sigue siendo un fin para sí. Para el marxismo, en último análisis, no existen ciencia jurídica, economía política, historia, etc., autónomas; solamente hay una ciencia, histórica y dialéctica, única y unitaria, del desarrollo de la sociedad como totalidad.

El punto de vista de la totalidad no determina solamente al objeto, también determina al sujeto del conocimiento. La ciencia burguesa —de manera conciente o inconciente, ingenua o sublimada— considera siempre los fenómenos sociales desde el punto de vista del individuo. Y el punto de vista del individuo no puede llevar a ninguna totalidad; todo lo más puede llevar a aspectos de un dominio parcial, las más de las veces a algo solamente fragmentario: a «hechos» sin vinculación recíproca o a leyes parciales abstractas. La totalidad sólo puede plantearse si el sujeto que la plantea es también una totalidad; si el sujeto, para pensarse él mismo, se ve obligado a pensar el objeto como totalidad. Este punto de vista de la totalidad como sujeto, solamente las clases lo representan en la sociedad moderna. Marx, quien considera todo problema desde este ángulo, particularmente en *El Capital*, ha corregido aquí a Hegel (el cual vacila todavía entre el punto de vista del «gran hombre» y el del espíritu abstracto del pueblo) de una manera aún más decisiva y fecunda —aunque mucho menos comprendida por su sucesores— que en la cuestión del «idealismo» o el «materialismo».

La economía clásica, y todavía más sus vulgarizadores, han considerado siempre la evolución capitalista desde el punto de vista del capitalista individual y por eso se han enredado en una serie de contradicciones insolubles y de falsos problemas. En *El Capital*, Marx rompe radicalmente con este método. No es que él considere —como un agitador— cada momento directa y exclusivamente desde el punto de vista del proletariado. Una actitud tan unilateral sólo podría dar origen a una nueva economía vulgar con signos, por decirlo así, invertidos. Más bien es que él considera **los problemas de toda la sociedad capitalista como problemas de las clases que la constituyen, la**

clase de los capitalistas y la de los proletarios, captadas como conjuntos. *En qué medida se proyecta así una luz enteramente nueva sobre una serie de cuestiones, cómo surgen nuevos problemas que la economía clásica no podía siquiera percibir y aún menos resolver, cómo quedan reducidos a nada muchos de esos falsos problemas, son cuestiones que no podemos estudiar aquí, pues estas líneas sólo tienen por objeto el problema del método. Sólo queremos llamar insistentemente la atención sobre las dos condiciones previas de un tratamiento verídico —y no lúdico, como en los epígonos de Hegel— del método dialéctico, sobre la exigencia de la totalidad a la vez como objeto puesto y como sujeto ponente.*

La historia de la humanidad, por lo menos hasta el presente, tal como nos explica Marx, como consecuencia de aplicar su método, el materialismo dialéctico, es ante todo la historia de la lucha de *clases*. Lo cual tampoco significa que los individuos no pinten nada. En su concepción metafísica del materialismo, muchos marxistas que analizan la historia obvian algunos factores que aunque se pueda discutir si son los más importantes o no, también cuentan. Me refiero al hecho de que ciertos individuos influyen en los acontecimientos históricos de manera nada despreciable. A este respecto dejemos que Plejánov nos explique en qué medida los individuos influyen en la historia, como así hace en su libro *El papel del individuo en la historia*:

La causa determinante de las relaciones sociales reside en el estado de las fuerzas productivas. Este estado depende de las particularidades individuales de diferentes personas, únicamente, en el sentido de una mayor o menor capacidad de tales individuos para impulsar los perfeccionamientos técnicos, descubrimientos e inventos.

[...]

Pero ninguna otra particularidad probable garantiza a personas aisladas el ejercicio de una influencia directa en el estado de las fuerzas productivas y, por consiguiente, en las relaciones sociales por ellas condicionada, es decir, en las relaciones económicas. Cualesquiera que sean las particularidades de un determinado individuo, éste no puede eliminar unas determinadas relaciones económicas cuando éstas corresponden a un determinado estado de las fuerzas productivas. Pero las particularidades individuales de la personalidad, la hacen más o menos apta para satisfacer las necesidades sociales que surgen en virtud de unas relaciones económicas determinadas o para oponerse a esta satisfacción.

[...]

Gracias a las particularidades de su inteligencia y de su carácter, las personalidades influyentes pueden hacer variar el aspecto individual de los acontecimientos y algunas de sus consecuencias particulares, pero no pueden alterar su orientación general, que está determinada por otras fuerzas.

Por si queda alguna duda sobre la importancia del individuo y de los factores subjetivos en la historia, el marxista Alan Woods nos recuerda:

Existen momentos históricos en que todos los factores objetivos necesarios para la revolución han madurado y, por tanto, el factor subjetivo —su preparación consciente, la dirección revolucionaria— se convierte en el factor decisivo. En esos momentos todo el proceso histórico depende de la actividad de un pequeño grupo de personas o, incluso, de un solo individuo.

Gustave Le Bon, a pesar de tener una visión excesivamente idealista de la historia de la sociedad humana, es decir, a pesar de despreciar los factores objetivos frente a los subjetivos, y a pesar de su nada disimulada aversión al socialismo, dice algunas cosas interesantes en su libro *Psicología de las revoluciones* (el cual se centra sobre todo en analizar la Revolución francesa, para hacer una demoledora crítica de la misma), nos habla de la importancia de los factores psicológicos de las masas, de la importancia de los sentimientos, del credo:

Una revolución puede, finalmente, hacerse credo, pero es frecuente que comience bajo la acción de motivos perfectamente racionales: la supresión de abusos intolerables, la eliminación de un gobierno despótico detestado o de un soberano impopular, etc.

Si bien el origen de una revolución puede ser perfectamente racional, no debemos olvidar que las razones invocadas para prepararla no ejercen una influencia sobre las masas hasta tanto no se hayan transformado en sentimientos. La lógica racional puede señalar los abusos que han de ser destruidos, pero, para movilizar a la multitud, hay que despertar las esperanzas de la misma.

*Cualquiera que sea su origen, una revolución no produce resultados mientras no haya penetrado en el espíritu de la multitud. **Los acontecimientos adquieren formas especiales que resultan de la peculiar psicología de las masas.***

[...]

La multitud, por ende, es el agente de la revolución; pero no es su punto de partida. La masa constituye un ser amorfo que no puede hacer nada y no hará nada sin una cabeza que la conduzca. Superará rápidamente el impulso una vez que lo haya recibido, pero jamás lo creará.

*Las revoluciones políticas que tan fuertemente sorprenden a los historiadores son, con frecuencia, las menos importantes. **Las grandes revoluciones son las de las costumbres y las del pensamiento.** El cambiar el nombre de un gobierno no transforma la mentalidad de un pueblo. El derrocar las instituciones de un pueblo no reforma el espíritu de ese pueblo.*

Las verdaderas revoluciones, aquellas que transforman los destinos de los pueblos, la mayoría de las veces se logran tan lentamente que los historiadores apenas si pueden señalar sus orígenes. El término de “evolución” es, por lo tanto, por lejos más apropiado que el de “revolución”.

No en vano, decía el anarquista Alexander Berkman que *la revolución es meramente el punto de ebullición de la evolución.*

En su trabajo *El individuo y la historia*, el filósofo marxista Karel Kosic nos da su visión sobre la relación entre el individuo y la sociedad en la que vive:

Si el individualismo es la prioridad del individuo sobre el todo y el colectivismo la sumisión del individuo a los intereses del todo, parece que estas dos formas son idénticas en un punto: las dos privan al individuo de la responsabilidad, el individualismo porque el hombre, en tanto que individuo, es un ser social; el colectivismo porque el hombre, incluso en el seno de una comunidad, es un individuo.

[...]

El individuo sólo puede intervenir en la historia, es decir, en los procesos y las leyes de continuidad objetiva, porque es ya histórico, y esto por dos razones: porque se encuentra siempre siendo ya de hecho el producto de la historia, y, al mismo tiempo, es potencialmente el creador de la historia.

[...]

El individuo no puede transformar el mundo más que en colaboración y en relación con los otros. Pero, tanto en el marco de una realización reificada, como en el momento de la transformación de la realidad en deseo o de una transformación realmente revolucionaria de la realidad, cada individuo en tanto que tal, tiene la posibilidad de expresar su humanidad y de conservar su independencia.

Finalmente, Henri Lefebvre en su maravilloso trabajo *Introducción al marxismo*, el cual recomiendo encarecidamente, nos ilustra así sobre la relación dialéctica entre individuo y sociedad:

*Los seres humanos hacen su vida (social), su historia, y la historia general. Pero no hacen la historia en condiciones elegidas por ellos, determinadas por un decreto de su voluntad. Es cierto que desde los orígenes de la humanidad el hombre (social e individual) es activo, pero de ningún modo se trata de una actividad plena, libre y consciente. En la actividad real de todo ser humano hay una parte de pasividad más o menos grande, que disminuye con el progreso del poder y la conciencia del hombre, pero jamás desaparecerá por completo. En otros términos, **es necesario analizar dialécticamente toda actividad humana**. Actividad y pasividad se consignan en ella. **El individuo modifica, mediante su acción, la naturaleza y el mundo que lo rodean, pero soporta condiciones que de ningún modo ha creado**: la naturaleza misma, su propia naturaleza, los demás seres humanos, las modalidades ya establecidas de la actividad (tradiciones, herramientas, división y organización del trabajo, etcétera). Debido a su misma actividad los individuos entran pues en relaciones determinadas, que son relaciones sociales. No pueden separarse de estas relaciones: su existencia depende de ellas, de igual modo que la naturaleza misma de su actividad, sus límites y sus posibilidades. Lo que equivale a decir que su conciencia no crea esas relaciones, sino que está, por el contrario, comprometida en ellas, y por lo tanto determinada por ellas (aunque la conciencia interviene realmente y puede a veces liberarse de esas relaciones,*

no lo hace más que para precipitarse en lo imaginario y la abstracción). Así, las relaciones en las cuales entra necesariamente, ya que no puede aislarse, constituyen el ser social de cada individuo; y es el ser social quien determina la conciencia, no la conciencia quien determina el ser social.

El sistema (social) hace al individuo, pero también el individuo hace al sistema. Los seres humanos somos al mismo tiempo los guionistas de nuestra historia y sus víctimas, autores y actores. El individuo, en suma, se relaciona *dialécticamente* con su entorno. El marxismo, al contrario de lo que piensa mucha gente, incluso muchos marxistas, no niega el libre albedrío, la libertad de la voluntad humana, simplemente la condiciona, la supedita al contexto, a lo material. Remito al capítulo *Voluntarismo vs. Determinismo* de mi libro *Manual de resistencia anticapitalista*.

Un error de fondo del “marxismo reformista” fue el creer que la historia tiene un guión inevitable que se cumple a rajatabla, es decir, fue caer en un determinismo mecánico, en un materialismo metafísico, consistente en pensar que el socialismo surgiría inevitablemente a medida que el capitalismo fuese madurando, a medida que las condiciones materiales le fueran favorables, que la voluntad humana poco podía hacer frente al curso de la historia. Como podemos comprobar a principios del siglo XXI, el capitalismo, a pesar de sentar las *bases* del socialismo, a pesar de presentar una *tendencia* hacia el socialismo, por la agudización progresiva a largo plazo de sus contradicciones irresolubles, sin embargo, no conduce automáticamente al socialismo. Al contrario, el capitalismo tiende a asentarse a pesar de la agudización de sus contradicciones, las cuales se traducen en sus recurrentes crisis. El actual neoliberalismo demuestra que el capitalismo tiende, si no tiene enfrente ninguna fuerza social que lo pare, a radicalizarse. El socialismo deberá ser conquistado, no caerá del cielo. El capitalismo no caerá por sí solo, habrá que derrumbarlo. **Sin factores objetivos no habrá socialismo, pero tampoco sin factores subjetivos. La democracia burguesa impide, por lo menos obstaculiza seriamente, el camino al socialismo.**

Trotsky, ya en 1920 en su libro *Terrorismo y Comunismo*, el cual es una refutación de los escritos de Karl Kautsky (quien fue uno de los más importantes e influyentes teóricos del socialismo y de la Segunda Internacional), nos explica cuán absurda es esa visión mecanicista de la historia humana:

*Los políticos rutinarios, incapaces de abarcar en su complejidad, en sus contradicciones y discordancias internas el proceso histórico, se han figurado que la historia prepararía simultánea y racionalmente, en todos los lugares a la vez, el advenimiento del socialismo, de suerte que la concentración de la industria y la moral comunista del productor y el consumidor hubiesen podido evolucionar y madurar con los arados eléctricos y las mayorías parlamentarias. De aquí, la adopción de una actitud puramente mecánica frente al parlamentarismo internacional, indicaba el grado de preparación de la sociedad para el socialismo, del mismo modo que un manómetro señala la presión del vapor. **Nada hay más absurdo, sin embargo, que esta representación mecánica del desenvolvimiento de las relaciones sociales.***

*Si de la producción, fundamento de las sociedades, nos elevamos a las superestructuras —clases, Estados, derechos, partidos, etc.—, puede establecerse que la fuerza de la inercia de cada escalón en la superestructura no se añade simplemente a la de los escalones inferiores, sino que, en ciertos casos, es multiplicada por ella. Como resultado, **la conciencia política de grupos que han fingido ser durante mucho tiempo los más avanzados, aparece en el período de transición como un obstáculo terrible al desenvolvimiento histórico.***

El materialismo histórico no desprecia los factores subjetivos, los supedita a los objetivos. De acuerdo con esta visión de la historia, la influencia de ciertos individuos no es despreciable, aunque tampoco es totalmente determinante. Podríamos discutir largo y tendido en cuanto a estas cuestiones, pero de lo que no cabe duda es que los individuos también ejercen cierta influencia en los acontecimientos históricos. Influencia que no puede desdeñarse. Podremos discutir sobre *cuánto* influyen, pero indiscutiblemente influyen. Por consiguiente, tan erróneo es suponer que la historia no depende *nada* de ciertos individuos que la protagonizan en mayor medida que sus congéneres, como decir que la historia viene marcada *exclusivamente* por ellos. Incluso en ciertos momentos, siempre que los factores objetivos estén suficientemente maduros, los factores subjetivos pueden ser decisivos, críticos.

Como consecuencia de todo esto, podemos afirmar que Stalin influyó en la degeneración de la Revolución rusa, pero también Lenin. Podremos dudar sobre si esos personajes ejercieron una influencia decisiva o no, pero no podemos obviar su influencia. Tan errados están quienes achacan toda la culpa a Stalin de la contrarrevolución, como quienes dicen que la contrarrevolución se hubiera producido de la misma manera sin él. Probablemente, sin Stalin también se hubiera producido la contrarrevolución, aunque casi con toda seguridad no de la misma manera. Stalin influyó en la forma que adoptó la contrarrevolución. Pero ésta, sobre todo su surgimiento, vino marcada esencialmente por la *dinámica* de los acontecimientos, por el *contexto*, incluso por las *ideologías*, por la *filosofía* revolucionaria de quienes lideraban la revolución. Y lo mismo podemos decir en cuanto al papel de Lenin en los acontecimientos. No se le puede achacar toda la culpa del surgimiento del estalinismo, pero tampoco se le puede desvincular de él. El materialismo histórico viene a decir que las grandes líneas de los acontecimientos no dependen de individuos concretos sino de las relaciones sociales, de ciertas condiciones sociales, de ciertos factores objetivos del conjunto de la sociedad, más en concreto del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, pero también reconoce la influencia de ciertos individuos en dichos acontecimientos, aunque dicha influencia es acotada y está subordinada a las condiciones objetivas. Podríamos decir que los factores *sociales* provocan acontecimientos pero los individuos que los protagonizan influyen en la *manera* en que aquellos se producen, en el resultado de los acontecimientos. Por consiguiente quien, en base a cierto análisis “marxista”, achaca toda o casi toda la culpa a Stalin, atenta en mayor o menor medida contra el materialismo histórico. Quien dice que Lenin o Trotsky no tuvieron nada, o casi nada, que ver con el estalinismo también.

El papel de los líderes revolucionarios no puede ser obviado, no debe ser infravalorado pero tampoco sobrevalorado. Y esto se puede decir en general de todos los factores de los que depende la historia en general. La cuestión para intentar comprender la

historia radica en considerar *todos* los factores, por lo menos los principales, los más inmediatos y, a ser posible, además, dar la importancia relativa correcta a cada uno de ellos. Lo primero es más fácil, lo segundo es mucho más complicado. Como mínimo, debemos aspirar a tener en cuenta los principales factores. Pues bien, muchos analistas ni siquiera superan la primera etapa, obvian algunos factores evidentes. Ya sea el contexto social, ya sea el papel preponderante de ciertos personajes, ya sea las metodologías, las ideas en general. Algunos marxistas consideran ciertos factores cuando les conviene pero obvian esos mismos factores también cuando les conviene. Su metodología cambia en función de lo que quieran explicar. Cuando uno desea comprender algo, debe usar siempre la misma metodología, debe, por lo menos a priori, considerar todos los factores, no debe cambiar el conjunto de factores a tener en cuenta. Un científico usa siempre la misma metodología, los mismos instrumentos, para analizar los fenómenos del mismo tipo. No usa el microscopio a su antojo, lo usa siempre para analizar objetos pequeños. En verdad el instrumento puede variar en función de lo analizado, pero no así la metodología. Para analizar la historia debemos emplear el materialismo histórico, por lo menos quienes creemos que es el mejor método para analizar *cualquier* episodio histórico. Si algunos de esos factores no cuentan, esto debe deducirse a posteriori, no debe establecerse a priori. En principio, inicialmente, siempre hay que considerar el contexto, los protagonismos personales y las ideas. Todos ellos. Los factores objetivos y los subjetivos. Ambos. Si alguno de ellos no explica algún fenómeno esto sólo puede saberse *tras* tenerlo en cuenta, *tras* analizar el susodicho fenómeno y ver que aquel factor no tiene nada que ver con él. *Tras*, y no *antes*. Muchos marxistas lo hacen *antes*. Sus conclusiones coinciden con sus suposiciones porque ni siquiera cuestionan éstas. Su método de análisis delata su poca objetividad.

Nadie es objetivo al cien por cien, pero algunos se alejan más de la objetividad que otros. Marx no hubiera podido analizar y diseccionar el capitalismo si no hubiera sido objetivo, si se hubiera autorreprimido, si hubiera aplicado su método, el materialismo dialéctico, a medias o de forma caprichosa, si hubiera partido de premisas intocables, si no hubiera cuestionado el pensamiento dominante de su época. Pero cuidado, ser *objetivo* no es lo mismo que ser *insensible*. Uno puede analizar la realidad objetivamente y como consecuencia de su análisis sacar ciertas conclusiones tendentes a intentar cambiar dicha realidad. Uno puede conocer la realidad y denunciarla. Precisamente, la filosofía de la *praxis* está más cercana a la verdad por su imperiosa necesidad de transformar la realidad descrita. No puede transformarse lo que no se conoce. Lo que no se pretende transformar no necesita ser tan conocido. Quien se mantiene alejado de la práctica, quien se muestra frío, distante, con la realidad, puede permitirse más el lujo de cometer errores. La filosofía de la *praxis* es más científica porque integra más la teoría y la práctica. La ciencia se basa esencialmente en el contraste entre la teoría y la práctica. El marxismo, al interrelacionar íntimamente la teoría y la práctica, al hacer la primera dependiente de la segunda, la cual es su razón de ser, al hacer que la teoría sea no sólo una descripción de la práctica sino que también un posible guión de ella, supone un enorme salto en las ciencias sociales. Con el marxismo la teoría y la práctica se relacionan dialécticamente, la teoría no es sólo influenciada por la práctica sino que la influencia, la teoría no es sólo la mera descripción de la práctica, sino que también la práctica viene determinada por la teoría. Con el marxismo las ciencias sociales se

hacen realmente científicas. Con el marxismo la sociedad humana, por fin, se hace realmente cognoscible.

Plejánov en su mencionado libro *El papel del individuo en la historia*, nos advierte de lo erróneo de los dos extremos, tanto del que dice que los acontecimientos sólo dependen de ciertos individuos, como del que dice que los individuos no ejercen ninguna influencia:

De este modo, particularidades individuales de las personalidades eminentes determinan las características individuales de los acontecimientos históricos, y el elemento accidental, en el sentido que hemos indicado, desempeña siempre algún papel en el curso de estos acontecimientos, cuya orientación está determinada, en última instancia, por las llamadas causas generales, es decir, exactamente, por el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones mutuas entre los hombres en el proceso económico-social de la producción. Los fenómenos casuales y las particularidades individuales de las personalidades destacadas son incomparablemente más patentes que las causas generales profundas. Los hombres del siglo XVIII pensaban poco en estas causas generales, explicaban la historia como resultado de los actos conscientes y las "pasiones" de las personalidades históricas. Los filósofos de este siglo afirmaban que la historia podría marchar por caminos totalmente diferentes bajo la influencia de las causas más insignificantes, por ejemplo, como consecuencia de que en la cabeza de cualquier gobernante comenzara a hacer de las suyas un "átomo" cualquiera.

Los defensores de la nueva orientación de la ciencia histórica se dedicaron a demostrar que la historia no podía seguir otro rumbo distinto al que ha seguido, a pesar de todos los "átomos". Al intentar resaltar lo mejor posible la acción de las causas generales, pasaban por alto la importancia de las particularidades individuales de los personajes históricos. Para ellos, la sustitución de una personalidad por otra más o menos capaz, no modificaba en nada los acontecimientos históricos. Pero una vez admitida semejante hipótesis, nos vemos obligados a reconocer que el elemento individual no tiene absolutamente ninguna importancia en la historia y que todo en ella se reduce a la acción de las causas generales, de las leyes generales, del movimiento histórico. Esta idea se llevó a un extremo que no deja margen para la partícula de verdad contenida en la concepción opuesta. Por esta razón, precisamente, la concepción opuesta conservaba aún cierto derecho a la existencia. El choque de estas dos concepciones adquirió la forma de una antinomia, una de cuyas partes eran las leyes generales y la otra, la acción de las personalidades. Desde el punto de vista de la segunda parte de la antinomia, la historia aparecía como una simple concatenación de casualidades, desde el punto de vista de la primera parte, parecía que incluso los rasgos individuales de los acontecimientos históricos obedecían a la acción de las causas generales. Pero si los rasgos individuales de los acontecimientos se deben a la influencia de las causas generales y no dependen de las particularidades individuales de las personalidades históricas, resulta que estos rasgos están determinados por las causas generales y no pueden ser modificados por más que cambien estos personajes. La teoría adquiere así un carácter fatalista.

De paso, Plejánov nos recuerda que no es posible explicar la historia humana simplemente, ni siquiera principalmente, por la “naturaleza humana” (explicación tan en boga todavía en nuestros tiempos):

*Actualmente, ya no es posible considerar a la naturaleza humana como la causa determinante y más general del movimiento histórico: si es constante, no puede explicar el curso, variable en extremo, de la historia, y si cambia, es evidente que sus cambios están condicionados por el movimiento histórico. Debemos reconocer que **la causa determinante y más general del movimiento histórico de la humanidad es el desarrollo de las fuerzas productivas**, que son las que condicionan los cambios sucesivos en las relaciones sociales de los hombres. **Al lado de esta causa general hay causas particulares**, es decir, la situación histórica en la cual tiene lugar el desarrollo de las fuerzas productivas de una nación dada y que, en última instancia, en sí misma es creada por el desarrollo de estas mismas fuerzas en otras naciones, es decir, por la misma causa general.*

*Finalmente, **la influencia de las causas particulares se competa por las causas singulares**, es decir, por las particularidades individuales de los hombres públicos y por otras “casualidades”, en virtud de las cuales, los acontecimientos adquieren, a fin de cuentas, su aspecto individual. Las causas singulares no pueden originar cambios radicales en la acción de las causas generales y particulares, que, por otra parte, condicionan la orientación y los límites de la influencia de las causas singulares. Pero, no obstante, es indudable que la historia tomaría otro aspecto si las causas singulares, que ejercen influencia sobre ella, fuesen sustituidas por otras del mismo orden.*

También nos explica por qué los grandes personajes de la historia lo son:

*Un gran hombre lo es no porque sus particularidades individuales impriman una fisonomía individual a los grandes acontecimientos históricos, sino porque está dotado de particularidades que le convierten en el individuo más capaz de servir a las grandes necesidades sociales de su época, surgidas bajo la influencia de causas generales y particulares. Carlyle, en su famosa obra sobre los héroes y la adulación, llama a los grandes hombres **iniciadores**. Es un nombre muy acertado. El gran hombre es, precisamente, un iniciador, porque ve más lejos que otros y desea las cosas más enérgicamente que otros. Resuelve los problemas científicos planteados por el proceso precedente del desarrollo intelectual de la sociedad, señala las nuevas necesidades sociales, creadas por el desarrollo anterior de las relaciones sociales, toma la iniciativa de satisfacer estas necesidades. Es un héroe. No en el sentido de que pueda detener o modificar el curso natural de las cosas, sino en el sentido de que su actividad constituye una expresión consciente y libre de este rumbo necesario e inconsciente. Ahí es donde reside toda su importancia y toda su fuerza, su importancia es colosal y su fuerza es tremenda.*

Sobre este aspecto de los liderazgos, de las vanguardias, volveremos más adelante. Por ahora, lo importante es quedarnos con la idea de que la historia, en sus líneas generales, viene marcada por las necesidades sociales, pero también viene influida

por ciertos *individuos*. Que esas necesidades sociales son en última instancia las materiales, pero que las ideas también tienen su importancia.

Para analizar cualquier fenómeno histórico hay, por consiguiente, que tener en cuenta *todos* los posibles factores, por lo menos los más influyentes: las condiciones materiales de existencia actuales, pero también las ideas (influidas en última instancia por las condiciones materiales de existencia presentes y pasadas), así como la influencia nada desdeñable de ciertas personas. Considerar sólo lo actual es romper la continuidad del tiempo, es desconectar el presente del pasado. Esto es lo que hacen muchos “marxistas” presos de un materialismo equivocado, anticuado. Todo influye en todo, desde el pasado hacia el futuro. Pero no todo influye en *igual* grado. Los factores del pasado más remoto influyen menos que los del pasado más reciente, por regla general. No se pueden tener en cuenta todos los factores, no se puede uno remontar en el pasado remoto indefinidamente, puesto que esto sería una labor titánica. Pero cuantos más factores tengamos en cuenta mejor podremos explicar los acontecimientos. Como mínimo, hay que considerar las condiciones materiales presentes y las ideas contemporáneas, además de las más próximas en el tiempo, las del pasado reciente. Si sólo consideramos algunos de los factores, sólo lograremos explicaciones parciales. Cuando muchos marxistas sólo consideran el contexto de la época y se olvidan de las ideas, sólo explican en parte la degeneración de la Revolución rusa. Los idealistas burgueses se olvidan del contexto y también dan una explicación parcial, sin contar la falta de rigor y objetividad a la hora de analizar, presos como están (muchas veces inconscientemente) de la ideología dominante que impide el acercamiento a la verdad por el miedo de que ésta atente contra los intereses económicos de la clase dominante.

Pero no sólo hay que tener en cuenta los principales factores para intentar explicar la historia, también hay que considerar las *interrelaciones* entre ellos. Los acontecimientos históricos se producen por cierta *combinación* de causas, materiales e inmateriales, inmediatas y no tan inmediatas. El carácter *dialéctico* del materialismo histórico nos obliga también a intentar ver cómo unos factores realimentan a otros o bien se oponen a otros. No sólo hay que tener en cuenta al contexto, a los personajes influyentes y a las ideas, también hay que preocuparse de cómo todos ellos se *relacionan* mutuamente. Como vemos, intentar explicar la degeneración de la Revolución rusa apelando sólo a algunos factores, obviando otros, y, además, no considerando como ellos mismos se interrelacionan, nos imposibilita realmente comprender qué ocurrió. Con un análisis parcial y estático, metafísico, no podemos comprender la historia y por consiguiente no podemos aprender de ella. Sólo podemos tener una comprensión muy limitada. Si queremos tener una comprensión suficiente de la historia debemos analizar ésta de manera dialéctica. La historia humana es ante todo dialéctica en acción.

El problema que tienen aquellos marxistas que no comprenden el materialismo dialéctico no consiste sólo en que no pueden analizar el pasado de manera correcta, completa, suficiente, con toda la potencialidad que proporciona el método marxista, consiste también en que dificultan enormemente la transformación de la sociedad, la construcción de un futuro mejor. Al caer en el materialismo metafísico, caen en un determinismo exacerbado, un fatalismo que les incita a no hacer nada, a pensar que los cambios vendrán por sí solos como consecuencia de cambios en el modo de

producción. Lo que no se preocupan de saber es, a su vez, cómo se producirán los cambios en el sistema económico. Piensan que éstos ocurrirán espontáneamente, o que no están bajo nuestro control, que los individuos no podemos controlarlos *nada*. Al no considerar o comprender la dialéctica siempre piensan que el individuo no tiene nada que hacer, desprecian la voluntad humana. Para ellos los cambios sociales son totalmente independientes de la voluntad de los individuos, de las ideas. En el capítulo *Voluntarismo vs. Determinismo* del libro *Manual de resistencia anticapitalista* analizo todas estas cuestiones en profundidad. En él explico la importancia de la voluntad humana como factor del cambio social.

Pero antes de nada, quisiera aclarar, por si acaso, qué es el determinismo. Recientemente tuve un debate con alguien que criticó el capítulo *Voluntarismo vs. Determinismo* del libro *Manual de resistencia anticapitalista* porque confundía determinismo con causalidad (todo efecto tiene sus causas). En el artículo *Refutación de la crítica del primer capítulo del manual de resistencia anticapitalista* (disponible en el apartado *Debates* de mi blog) profundizo en el significado del determinismo. Según el diccionario de la Real Academia Española, determinismo es la “teoría que supone que la evolución de los fenómenos naturales está *completamente* determinada por las *condiciones iniciales*”. Ésta es una de sus acepciones más comunes. Es decir, el determinismo es lo que se conoce en el lenguaje común como predeterminación. No hay que confundir determinación con predeterminación. En la definición del diccionario hay dos partes fundamentales: *completamente* y *condiciones iniciales*. Cuando creemos en el determinismo estamos diciendo que creemos que el destino está escrito de antemano, que la evolución de los acontecimientos está predeterminada, o sea *completamente* determinada por las condiciones iniciales, es decir, que sólo depende de las condiciones iniciales. El determinismo económico no es más que el determinismo aplicado a la sociedad humana, es un caso particular de determinismo. Todo lo dicho para el determinismo vale también para el económico. Éste viene a decir que las principales causas de todo lo que acontece en nuestra sociedad residen en lo económico. Si lo entendemos como determinismo *fuerte* viene a decir que *todo* depende de manera precisa de la economía (las condiciones iniciales del sistema económico son las únicas que determinan la evolución de la sociedad, incluido el propio sistema económico), si lo entendemos como determinismo *débil* (como así lo estipula el marxismo) viene a decir que la economía es la *base* de la sociedad, que las causas materiales económicas son las más importantes, pero no las únicas. En este último caso, las condiciones iniciales *influyen* notablemente pero no determinan *completamente*.

Plejánov, una vez más, nos explica cuán errónea es la visión del marxismo como una teoría fatalista de la historia, recurriendo al mismo Marx:

La humanidad sólo se plantea los problemas que puede resolver. Y, si se considera la cosa más de cerca, se descubrirá que el problema mismo sólo surge cuando existen las condiciones materiales para resolverlo o, por lo menos, cuando están a punto de darse. (Cita de Marx empleada por Plejánov).

Los materialistas metafísicos veían que los hombres están sometidos al yugo de la necesidad (“un bosque talado...”); el materialismo dialéctico muestra como ésta habrá de liberarlos.

Las relaciones burguesas de producción son la última forma contradictoria del proceso de producción social; contradictoria no en el sentido de una contradicción individual, sino de una contradicción que nace de las condiciones de existencia social de los individuos; sin embargo, las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa crean al mismo tiempo las condiciones materiales para resolver esta contradicción. Con esta formación social termina pues la prehistoria de la sociedad humana. (Cita de Marx empleada por Plejánov).

La teoría que se pretende fatalista de Marx es justamente la que por primera vez en la historia de las ciencias económicas pone fin a este fetichismo de los economistas que les hacía explicar las categorías económicas –el valor de cambio, el dinero, el capital– por la naturaleza de los objetos naturales y no por las relaciones de los hombres en el proceso de producción.

Y por si quedara alguna duda:

*Las relaciones sociales tienen su lógica, en la medida que los hombres se encuentran en determinadas relaciones mutuas, ellos necesariamente sentirán, pensarán y obrarán así y, no de un modo diferente. Sería inútil que la personalidad eminente se empeñara en luchar contra esta lógica, la marcha natural de las cosas (es decir, la misma lógica de las relaciones sociales) reduciría a la nada sus esfuerzos. Pero si yo sé en qué sentido se modifican las relaciones sociales en virtud de determinados cambios en el proceso social y económico de la producción, sé también en qué sentido se modificará a su vez **la psicología social**, por consiguiente, **tengo la posibilidad de influir sobre ella**. Influir sobre la psicología social es influir sobre los acontecimientos históricos. Se puede afirmar, por lo tanto, que, en cierto sentido, **yo puedo, con todo, hacer la historia, y no tengo necesidad de esperar hasta que la historia “se haga”**.*

Henri Lefebvre también combate la idea del fatalismo achacado al marxismo en *El materialismo dialéctico*:

El marxismo está bien lejos de afirmar que la única realidad es económica y que hay una fatalidad económica absoluta. Afirma, por el contrario, que el destino económico es relativo y provisional, que está destinado a ser superado, una vez que los hombres hayan tomado conciencia de sus posibilidades, y que esa superación será el acto esencial, infinitamente creador, de nuestra época.

Finalmente, así se expresaba Rosa Luxemburgo en *La crisis de la socialdemocracia*:

El socialismo científico nos ha enseñado a comprender las leyes objetivas del desarrollo histórico. Los hombres no hacen su historia libremente. Pero la hacen ellos mismos. El proletariado depende en su acción del grado de

*madurez correspondiente al desarrollo social, pero **el desarrollo social no se produce, al margen del proletariado, es en igual medida tanto su motor y su causa, su producto y su resultado.** Su propia acción es parte codeterminante de la historia. Y si bien no podemos saltar por encima de ese desarrollo social, pero el desarrollo social no se produce al margen de sombras, podemos acelerarlo o retrasarlo.*

El socialismo es el primer movimiento popular de la historia mundial que se ha puesto como objetivo, y está llamado por la historia a introducir en el hacer social de los hombres un sentido consciente, un pensamiento planificado y, por consiguiente, la acción libre. Por eso Federico Engels califica a la victoria definitiva del proletariado socialista de salto de la humanidad desde el reino animal hasta el reino de la libertad. Este salto es resultado de ineluctables leyes de la historia, de millares de escalones de una evolución anterior penosa y demasiado lenta. Pero nunca podrá ser llevado a cabo si, de todo ese substrato de condiciones materiales acumuladas por la evolución, no salta **la chispa incandescente de la voluntad consciente de la gran masa del pueblo. La victoria del socialismo no caerá del cielo como algo fatal.** Sólo podrá ser alcanzada superando una gran cadena de tremendas pruebas de fuerza entre los viejos y los nuevos poderes, pruebas de fuerza en las que el proletariado internacional, bajo la dirección de la socialdemocracia, aprende y trata de tomar en sus propias manos el destino, de apoderarse del timón de la vida social, de dejar de ser un juguete pasivo de la historia para convertirse en su conductor clarividente.

En la época de Rosa Luxemburgo la socialdemocracia era revolucionaria, todavía no se había producido la división entre su ala reformista (que finalmente fue la que se quedó con el nombre de *socialdemocracia*) y su ala revolucionaria. En el mencionado libro la gran revolucionaria alemana nos explica las auténticas causas de la Primera Guerra Mundial (aplicando de manera magistral el materialismo dialéctico), al mismo tiempo que denuncia la traición de los dirigentes socialdemócratas de su país a la causa proletaria. El marxismo no sólo no es fatalista, sino que nos proporciona las claves para ser dueños de nuestro propio destino, para transformar la sociedad. Por este motivo Marx y Engels ejercieron tanta influencia en la historia. La prueba más contundente y obvia de que el marxismo no es fatalista, de que no incita a la apatía, es que sus autores no sucumbieron ante ella. Todo lo contrario.

Esos marxistas que no comprenden en verdad el ABC del marxismo, el materialismo dialéctico, hacen mucho daño y contribuyen al desprestigio general y a la incompreensión de las ideas de Marx y Engels. Además, por su interpretación burda, dogmática, del marxismo, contribuyen a que no se pueda aprender de las experiencias prácticas basadas en él puesto que no son capaces de detectar los problemas ideológicos de la teoría revolucionaria marxista-leninista y, además, presos de su fatalismo, no luchan por intentar cambiar las cosas, caen en el peor error de todo revolucionario, la apatía, o bien, presos de su dogmatismo, luchan siempre de la misma manera, sin aprender de las experiencias prácticas, contribuyendo notablemente a reproducir de nuevo los errores del pasado. Unos incumplen la razón de ser del marxismo: la lucha por una sociedad mejor. Por algo decía Marx que la peor lucha es la que no se hace. Y otros incumplen el método científico que obliga a

reconsiderar la teoría, incluso las estrategias, en base a los resultados prácticos. Muchos “marxistas” contribuyen a que el marxismo como teoría se muera, pues la convierten en un dogma intocable, o contribuyen al derrotismo y al fatalismo, pues interpretan el materialismo histórico de manera metafísica, fatalista, colaborando de paso con la ideología burguesa dominante que tanto se esmera en evitar la revolución social. Uno se pregunta a veces si entre esos “marxistas” no tendremos a miembros de la quinta columna ideológica burguesa procurando por todos los medios que las peligrosas ideas del marxismo se desvirtúen. Aunque, indudablemente, también habrá muchos marxistas bienintencionados que simplemente no comprenden en su plenitud los principales postulados marxistas. No cabe duda de que la marginación de las ideas de Marx en los medios de comunicación y en los sistemas educativos no contribuye a su asimilación y comprensión. Hay que leer mucho y de manera muy activa para comprender y profundizar en el marxismo.

Cuanto más profundiza uno, más se concienza de las grandes aportaciones de Marx y de Engels. Tal vez éstos debieron haberse esmerado más en explicar y desarrollar sus postulados. Si no lo hicieron fue, probablemente, porque se vieron desbordados por todo el trabajo que hicieron y porque no trabajaron en las condiciones idóneas (debieron luchar contra la censura y la persecución política sistemáticas a las que fueron sometidos). Como nos recuerdan Maximilien Rubel y Louis Janover en su libro *Marx anarquista*, el autor de *El Capital* tenía pensado escribir un libro sobre el Estado proletario, que probablemente hubiera aportado mucha luz acerca del ambiguo concepto de la dictadura del proletariado, pero su larga enfermedad y su muerte se lo impidieron. De hecho, no pudo ni siquiera concluir su magna obra en la que disecciona al capitalismo. Según nos dice Eduardo Durán-Cousin en *Comunismo: Principio y fin de un sueño*, Marx retomó la expresión “dictadura del proletariado” de los socialistas franceses que se referían así al Estado, bajo la dirección de la clase obrera, surgido después del derrocamiento del poder político de la burguesía. Poco importa esto en verdad, el caso es que Marx recurrió a dicha expresión, pero no concretó suficientemente en qué debía consistir exactamente dicha dictadura proletaria. Por su parte, Engels no pudo, o no supo, desarrollar algunos de los postulados que a su amigo no le dio tiempo de concretar. Se “limitó” sobre todo a publicar las obras inconclusas de su compañero de batallas, a hacer pedagogía, a explicar y desarrollar el método marxista, el núcleo de la teoría marxista, el materialismo dialéctico y su “hermano gemelo” el materialismo histórico, y a intentar impedir la incipiente tergiversación de las ideas marxistas.

Mucha gente repite lo que dijeron Marx o Engels pero realmente no les comprende. Uno realmente sabe y demuestra si comprende cierto método de análisis cuando debe aplicarlo por sí mismo, cuando le toca analizar y no simplemente repetir análisis previamente hechos. Muchos marxistas con sus análisis demuestran que no comprenden realmente el método marxista, por lo menos que no lo comprenden suficientemente. Y no podemos excluir de este reproche a muchos ilustres marxistas, contemporáneos e históricos.

El materialismo histórico dice que las condiciones materiales de existencia concretas son las *principales* causas de los acontecimientos, pero no las únicas. Dice que el factor más *importante* para explicar la historia es el económico, ¡pero no el *único*! En general, el materialismo dialéctico dice que las ideas son muy influidas por las

condiciones de existencia materiales, pero no dice que éstas sean las únicas que influyen, son las que *más* influyen. La forma que yo tengo de pensar viene muy influida por mis circunstancias, por la clase social a la que pertenezco, por mis experiencias vitales concretas, por mi físico (una persona sorda o muda pensará de forma distinta a mí), por mi país, por el momento histórico,..., por el contexto en el que vivo. Pero no por completo. La dialéctica dice que lo material influye en lo inmaterial, pero al revés también. El materialismo marxista dice que lo material influye *más* en lo inmaterial que al revés. El método marxista, la combinación del materialismo y de la dialéctica, el materialismo dialéctico, nos dice que los acontecimientos ocurren en *primer* lugar por la existencia de causas materiales concretas, por cierto contexto, pero también que hay una interrelación mutua entre las ideas y sus aplicaciones prácticas. Si usamos el método marxista no podemos obviar ambas cosas. No podemos prescindir, para ver por qué degeneró la Revolución rusa, por qué surgió el estalinismo, del contexto, pero tampoco de las ideologías. Cualquiera de los dos extremos, recurrir *sólo* al contexto o *sólo* a las ideas, atenta contra el método marxista. El primero contra la dialéctica. El segundo contra el materialismo. El principal legado del marxismo fue su método y su espíritu científico.

La dialéctica dice que los efectos y las causas se intercambian, que todo se interrelaciona con todo en ambos sentidos, dentro de unos límites por supuesto (el futuro no influye en el pasado o en el presente, hasta cierto punto también pues las expectativas del futuro sí influyen en el presente). El materialismo dialéctico nos dice que todo depende, en *última* instancia, de lo material, dialécticamente no mecánicamente. En última instancia. Las ideas están enraizadas en las condiciones materiales de existencia, pero esto no significa que no puedan a su vez influir en las realizaciones prácticas. Negar esto sería contradecir la dialéctica, el sustento del marxismo. Negar la influencia de las ideas de la Ilustración en la Revolución francesa es equivalente a negar la influencia del marxismo-leninismo en la Revolución rusa. Lo que hace el marxismo no es negar esas influencias sino decir que la *principal, última*, causa de esas revoluciones reside en el sistema económico. El idealismo lo que hace es explicarlas *sólo* por las ideas. El marxismo lo que hace es explicarlas, *además, sobre todo*, por las condiciones materiales de existencia. Para el marxismo la *principal* causa de la Revolución rusa, como de cualquier revolución, como de cualquier acontecimiento histórico, reside en las condiciones materiales de existencia. El motor de la historia es la lucha de clases. Los factores objetivos son el detonante, constituyen el ingrediente fundamental de la sopa revolucionaria. La necesidad objetiva de cambio es la que manda. Sin ella no hay revolución, ni siquiera estallido social. Pero los factores subjetivos son también muy importantes (la conciencia, la estrategia, la organización, las ideas). De éstos depende cómo se hagan las revoluciones, su éxito o fracaso, incluso a veces el surgimiento de las revoluciones a partir de protestas populares inicialmente no revolucionarias. Sin necesidad *objetiva* de revolución no hay revolución o ésta es muy poco probable. Pero sin los factores *subjetivos* el estallido social, si es que se produce, no va más allá, la rebelión no da pie a la revolución o ésta fracasa. El marxismo no niega la importancia de los factores subjetivos en los acontecimientos, sino que la supedita a los factores objetivos, que son los que en última instancia mandan. El marxismo no niega la importancia de las ideas, las supedita a la realidad objetiva. El marxismo no dice que las causas no puedan ser también ideológicas, dice que si indagamos más allá, si tiramos de la

cuerda, si buscamos las causas más profundas, las causas de las causas, al final llegamos a causas materiales. Como dice Alan Woods: *La revolución rusa demuestra la enorme importancia del factor subjetivo y el papel del individuo en la historia. El marxismo es determinista, pero no fatalista.* Pero, señor Woods, lo demuestra tanto para explicar lo bueno como lo malo. El papel de Lenin, Trotsky y compañía no puede ser despreciado para explicar el triunfo de la Revolución de Octubre, pero tampoco para explicar el surgimiento del estalinismo, la degeneración de dicha revolución. ¿Por qué sí hay que tener en cuenta a dichos personajes para lo uno pero no para lo otro?

Muchos marxistas confunden *última* causa con *única* o *primera*. Muchos marxistas recurren a los factores subjetivos para explicar el triunfo de la Revolución rusa de 1917 o el fracaso de la alemana de 1918-1919, pero, sin embargo, contradictoriamente, los obvian a la hora de explicar la degeneración de la Rusia soviética. Dichos marxistas se conforman con repetir hasta la saciedad lo que sus maestros ya dijeron en su día: las causas materiales, el contexto, y no las intenciones subjetivas, cimentaron el surgimiento de la burocracia. Y el problema no es sólo esto, sino que dichas afirmaciones no son suficientemente razonadas. Tan sólo se conforman esos “marxistas” con afirmarlo. Nos dan un panorama detallado del duro contexto (que por supuesto hay que considerar), pero nada de nada de hablar de la filosofía revolucionaria, de las metodologías, de las ideologías, etc., etc. Y cuando se habla de ciertas medidas se nos dice que eran transitorias y excepcionales. Y con eso basta. Amén. Nada de demostrar que la ideología no tuvo nada que ver con la degeneración burocrática. Si tan seguros están, deberían demostrarlo, deberían “perder” el tiempo en razonarlo. Incluso aunque sólo fuese para asentar la idea de que la ideología es correcta, para evitar cualquier duda sobre ella, para liberarla de toda sospecha. Pero no, basta con decirlo y se acabó la “defensa” de las ideas marxistas-leninistas. ¿Realmente pretenden defenderlas así? ¿O es que pretenden hacerles el juego a los burgueses en el sentido de aceptarlas o negarlas *en bloque*? Según los análisis de esos marxistas, la ideología en la que se basó la Revolución rusa es *totalmente* correcta. Los burgueses dicen todo lo contrario, es *totalmente* incorrecta. De esta forma, si contrastamos estas dos versiones con la praxis, los burgueses juegan con ventaja. Así esos marxistas contribuyen con su “defensa” simplona del marxismo a su muerte. Lo que no nos explican esos “marxistas” es cómo evitar que en el futuro se vuelvan a producir los mismos o parecidos problemas que hubo en Rusia. Parece que debemos confiar en que, milagrosamente, el contexto del futuro sea más favorable, o en que las personas que lideren el proceso revolucionario respondan esta vez mejor. O sea que debemos tener *fe ciega* en que así sea. ¿Y si en el futuro deben tomarse medidas excepcionales, transitorias, peligrosas, cómo evitar que se conviertan de nuevo en permanentes? ¿Cómo evitar que la revolución se convierta de nuevo en contrarrevolución? No hay respuestas. Basta con confiar en que no ocurra otra vez lo que ocurrió. Así de fácil. Así de simple. Así de peligroso. Con semejantes análisis “científicos” lo llevamos claro.

Defender una teoría no consiste en santificarla, en declararla solemnemente como libre de pecado. Eso atenta contra el espíritu científico, contra las mismas bases del marxismo. Con esto no quiero decir que no haya que “traicionar” al marxismo (desde el librepensamiento no preocupa la fidelidad o traición a las ideologías, lo que preocupan son las mismas ideas sin importar a qué “paquete ideológico” pertenezcan, el

librepensador juzga a las ideas por sí mismas y no por su etiqueta), quiero decir que aquellos que hablan en nombre del marxismo lo traicionan, atentan contra sus principios más básicos. Ellos son contradictorios. Ellos que justifican tal o cual cosa en base a que así lo dice el marxismo, contradictoriamente, atentan contra su mismo esqueleto, contra el método marxista, contra su filosofía más profunda. Defender una teoría consiste en analizarla suficientemente, en contrastarla con la praxis, en intentar ver la influencia ejercida en la práctica, en separar sus errores de sus aciertos y en concluir que sus aciertos no se ven invalidados por sus errores, que la teoría es en líneas generales correcta. Empeñarse en no querer ver los errores, en no limpiar a la teoría de sus posibles contradicciones, es contribuir a su liquidación definitiva. Si tan seguros están esos “marxistas” de que la teoría marxista-leninista no contiene errores, lo mínimo que deben hacer es explicarlo pormenorizadamente, es no conformarse con sólo afirmarlo. Dicha teoría está, como mínimo, bajo sospecha, incluso en amplios sectores de la izquierda. La praxis acontecida no juega a su favor. Defender una ideología como hacen ellos equivale a defender a una persona en un juicio diciendo que ésta es perfecta, que es santa, que no ha cometido *ningún* pecado. De esta manera esa “defensa” se hace poco creíble. De esta manera si la persona cometió errores, no aprenderá de ellos, los volverá a cometer. Eso no es defender. Eso es hacerle el juego al fiscal. Eso es ponérselo muy fácil al enemigo.

El materialismo dialéctico dice que las causas *últimas* son siempre materiales, pero no niega que haya otras causas más inmediatas que no sean materiales. Las ideas de la Ilustración son consecuencia de la emergencia del sistema capitalista de producción, de las contradicciones del sistema feudal que le precedió, lo mismo podemos decir del marxismo, que es consecuencia de la evolución del capitalismo, de sus contradicciones. ¡Pero esto no significa que las ideas no influyan, incluso decisivamente, en otras ideas, o en la realidad material! Las revoluciones socialistas no surgieron tras el marxismo por simple casualidad. Antes del marxismo no hubiera sido posible la Revolución rusa tal como aconteció, tal vez ni siquiera se hubiera producido de ninguna de las maneras. La Revolución francesa no surgió tras la Ilustración por casualidad. Hay una clara relación causa-efecto entre Ilustración y Revolución francesa por un lado y marxismo y Revolución rusa por el otro lado. Y a su vez entre ambos acontecimientos históricos. Las ideas de la Ilustración también influyeron en el marxismo. La Revolución francesa también influyó en la rusa. Pero, como nos dice el materialismo dialéctico, el ADN del método marxista, a su vez las ideas de las que se nutrieron esas revoluciones surgieron de las condiciones materiales objetivas del momento histórico.

El marxismo es también un producto histórico, un producto de la combinación de factores objetivos y subjetivos, un producto de la combinación de determinismo y libre albedrío. El marxismo es un producto de unos intelectuales llamados Marx y Engels que usaron sus capacidades intelectuales, sus posibilidades objetivas (el hecho de que fuesen burgueses que se podían dedicar al trabajo intelectual), que tuvieron sobre todo cierta actitud, pero dichos intelectuales no hubieran podido desarrollar sus teorías sin cierto contexto social, político, económico, tecnológico, científico, sin cierto contexto, en suma, material e ideológico. El marxismo, como toda idea o realización práctica humana, es un producto de la dialéctica de la sociedad humana. A medida que cambia el contexto, cambian las ideas, por lo menos en parte. De esto se deduce

inmediatamente que el marxismo no puede ser algo estático, salvo si muere. Esto tampoco quiere decir que todas las ideas expresadas en el marxismo deban cambiar forzosamente, lo que significa es que alguna de ellas sí deberán hacerlo, aquellas que dependan de las circunstancias históricas, no así los principios más básicos, más atemporales. Y esto sin contar las exigencias del método científico: la teoría debe ajustarse a la práctica. Pero caer en un relativismo exacerbado es negar al propio relativismo. Al igual que con el determinismo, el marxismo estipula un relativismo *débil, relativo* (a pesar de que en ciertos momentos Marx y Engels caigan en un determinismo extremo). No todo es absoluto, válido para cualquier época o lugar, pero tampoco todo es relativo. Remito al artículo *Relativizando el relativismo*. En la naturaleza, y más aun si cabe en la sociedad humana, las cosas están mucho más interrelacionadas de lo que pueda parecer a primera vista. Desconectarlas es uno de los errores más graves que se puede cometer. Es no comprender la *esencia* de la naturaleza y de la sociedad humana: la dialéctica. Por consiguiente, negar las influencias de las ideas que inspiraron las revoluciones de cualquier índole atenta en primer lugar contra la dialéctica y en segundo lugar contra el materialismo dialéctico, contra el corazón del marxismo. Supone sustituir el materialismo *dialéctico* por un materialismo basto, vulgar, supone seguir pensando de forma metafísica. Supone no comprender en verdad el marxismo, interpretarlo de una manera mecánica, simplista y burda. Supone vulgarizar el marxismo, en el peor sentido de la palabra. Quien no comprende el materialismo dialéctico no puede comprender el marxismo.

Incluso a veces las causas principales de cualquier acontecimiento no son las que lo decantan de una u otra manera. Que algo sea lo principal no significa que sea lo crítico. Un factor, aunque no sea el principal, puede hacer que la cantidad se convierta en calidad, puede afectar de manera decisiva al resultado global. La sal no es el ingrediente principal de la sopa pero puede hacer que el resultado global sea uno u otro. Demasiada sal estropea la sopa y demasiada poca la hace sosa. La sal, aun no siendo el principal ingrediente, aun no formando parte ni siquiera del conjunto de los principales ingredientes, es un ingrediente crítico, decisivo. La sal no es el principal ingrediente ni cuantitativamente ni cualitativamente. La sopa se compone principalmente de agua. Sin agua no hay sopa. Es obvio que hay muchos más ingredientes que la sal y en mayor cantidad. Pero la sal tampoco caracteriza a la sopa como tal, no es el ingrediente cualitativamente más importante, ni mucho menos. Tan es así que cuando se describe la receta de la sopa ni se la menciona, se presupone que habrá que echar algo de sal. Dos sopas con sal pueden ser muy diferentes en su composición y en su resultado. Pero incluso una misma sopa con o sin sal cambia radicalmente. Puede haber sopa sin sal, pero la sal, su exceso o su defecto, puede hacer que la sopa sea incomedible. La sal, ese ingrediente casi olvidado, afecta de manera decisiva en la sopa.

Aun admitiendo que el factor ideológico no sea el principal en los acontecimientos históricos, puede ser decisivo. Las ideas pueden hacer decantar la historia de una u otra manera. Una mala decisión en un momento crítico en el campo de batalla puede hacer perder la guerra. Aunque las causas principales, últimas, de la guerra sean materiales (la lucha de clases, la lucha por el control de la economía, la lucha por los recursos materiales), las ideas pueden tener un papel crucial en determinando momento. Lo que estoy intentando demostrar en este libro es que la ideología

revolucionaria fue la sal que influyó decisivamente en la praxis revolucionaria. Al contrario de lo que afirman muchos izquierdistas, no todo es incorrecto en la teoría marxista-leninista. Al contrario de lo que afirman muchos marxistas en el sentido de que la teoría marxista-leninista no hay que retocarla en lo más mínimo, en sus líneas más esenciales, yo estoy diciendo que es necesario retocarla. Que sus errores influyeron mucho en los errores prácticos. Que una de las causas de la degeneración de la Revolución rusa fue de tipo ideológico y metodológico. Algunas de las ideas en las que se inspiró dicha revolución son erróneas, y algunos de los métodos que se aplicaron también. Si bien es imperativo tener en cuenta el contexto, éste por sí solo no explica convincentemente la contrarrevolución estalinista. Es por esto que en este libro yo insistiré sobre todo en los factores ideológicos para explicar la evolución de la Revolución rusa, lo cual no significa, ni mucho menos, que los factores objetivos materiales, las circunstancias del momento, no tuvieran su importancia.

Lo que estoy intentando demostrar, más en concreto, es que el concepto de la dictadura del proletariado es la sal del marxismo, que estropeó la sopa. ¡Es necesario corregir la sopa para que pueda ser comestible! La concepción del mundo y de la sociedad humana marxista, el materialismo dialéctico, es mucho más convincente que las concepciones existentes hasta la fecha, a las que se agarran todavía algunos intelectuales en la actualidad. No hay más que contrastar las explicaciones de algunos episodios históricos concretos dadas por las distintas visiones existentes, la materialista dialéctica con la idealista o la materialista metafísica, para comprobarlo. No hay más que analizar lo que nos ocurre en la actualidad para comprobar la vigencia de los principales postulados marxistas (la lucha de clases como motor de la historia, la naturaleza clasista del Estado actual, el progresivo deterioro del capitalismo con sus crisis cíclicas que amenazan con hacerlo colapsar cada vez más, el aumento de las desigualdades sociales, a pesar de ciertos periodos en los que disminuían, etc.). Las tendencias generales, a largo plazo, del capitalismo postuladas por el marxismo se van cumpliendo, las podemos comprobar en la actualidad. Es verdad que se han producido altibajos, es verdad que el proletariado (entendido como todas aquellas personas que deben vender su fuerza de trabajo, es decir, la inmensa mayoría de la población) se ha complejizado. Pero, en esencia, en el fondo, a grandes rasgos, las predicciones de Marx siguen siendo válidas. Es verdad que Marx se equivocó en algunas de sus predicciones, como cuando suponía que la revolución socialista surgiría *primero* en los países capitalistas más avanzados. Pero sus errores secundarios no invalidan necesariamente sus aciertos primarios, que se haya equivocado en algunos detalles no tiene por que significar que lo haya hecho en las cuestiones generales. Muchos de sus críticos se agarran al hecho de que aún no ha colapsado el capitalismo, como predecía Marx que *pudiera* ocurrir. Pero es que Marx no dijo *cuándo* iba a suceder eso, por supuesto ni siquiera sugirió el momento en que ocurriría, menos habló de corto plazo. Marx no era un adivino ni un profeta, era un científico. Ningún científico puede prever con toda exactitud nada (ni siquiera en las ciencias naturales), nada es determinista al cien por cien, siempre hay una componente de aleatoriedad. Con mayor razón en las ciencias sociales, en las ciencias inexactas. A largo plazo, el capitalismo se encamina hacia su autodestrucción. Ésta es una tendencia muy clara. Pero es sólo una *tendencia* derivada de la propia dinámica capitalista. Existen otras tendencias que pueden combatir dicha tendencia general, por lo menos temporalmente. La sociedad humana

es muy compleja y es imposible predecir con exactitud ningún acontecimiento, pero con Marx se nos vuelve más cognoscible, es posible detectar *posibilidades*, incluso luchar por implementarlas. Sus leyes (no totalmente deterministas, no por lo menos en su sentido fuerte o absoluto) se nos hacen visibles.

Por otro lado, muchos críticos antimarxistas se olvidan de que Trotsky ya en 1906 desarrolló su *teoría del desarrollo desigual y combinado de la sociedad* que enriquecía al marxismo, de tal manera que era posible prever que la revolución socialista surgiera en países capitalistas atrasados como Rusia. Esta predicción del *marxista* Trotsky, según parece, para muchos críticos del marxismo no existe. La teoría de *la revolución permanente* en la que Trotsky afirmaba que en los países atrasados la revolución democrático-burguesa sólo podía ser llevada a cabo por el proletariado, junto con el campesinado, y en la que dicha revolución de carácter burgués, aunque dirigida por el proletariado, daría lugar sin solución de continuidad a la revolución socialista, tampoco existe para aquellos “críticos” del marxismo que se empeñan en criticarlo sin ni siquiera conocerlo, o basándose en una parodia del mismo. Por supuesto, nada de mencionar que Trotsky afirmaba que así como era más probable que la revolución socialista se *iniciase* en los países atrasados, donde la incapacidad de la burguesía local forzaría al proletariado a tomar el poder para realizar la revolución democrático-burguesa, para desarrollar las fuerzas productivas capitalistas casi inexistentes, que serían la base del socialismo, las condiciones en las que podría madurar el socialismo, también era más difícil que el socialismo prosperase en dichos países donde el capitalismo estaba más atrasado. La revolución socialista podía iniciarse en los países capitalistas menos maduros, pero podía prosperar más fácilmente en los países capitalistas más desarrollados, una vez que en éstos el proletariado accediera al poder político. La revolución socialista sólo podía prosperar a nivel internacional (puesto que el capitalismo es global) pero la cadena podía romperse por los eslabones más débiles. El capitalismo internacional podía *empezar* a romperse en los países más atrasados, como así ocurrió. Muchos marxistas explican el colapso de la URSS en base a estas teorías de Trotsky, por el aislamiento internacional de la Revolución rusa, que en vez de ser influenciada por las revoluciones socialistas en países capitalistas más adelantados, como así esperaban Lenin y Trotsky, al contrario, fue Rusia quien exportó su revolución artificialmente tras la caída de la Alemania nazi en la mayor parte de países europeos. Otros marxistas explican el fin de la Unión Soviética como la prueba de que el socialismo en Rusia no estaba maduro todavía. Pero la mayor parte de, sino todos los, críticos antimarxistas se olvidan de esas explicaciones posibles, las ignoran, y ellos explican el colapso de la URSS como la prueba definitiva, indiscutible, de la inviabilidad del socialismo o del comunismo. Si estos “críticos” burgueses consideran incorrectas dichas explicaciones, lo suyo es explicar por qué, pero no, ellos simplemente las ignoran. A lo largo de este libro yo estoy intentando demostrar que dichas explicaciones, las basadas en los postulados de Trotsky, aun siendo correctas, son insuficientes. Yo estoy intentando demostrar que también hubo causas ideológicas profundas. ¡Pero para ello no basta con afirmarlo!

Esos “críticos” antimarxistas se olvidan de que el marxismo es una ciencia viva, por lo menos lo era cuando la izquierda estaba viva intelectualmente, es una ciencia que no ha dicho la última palabra, que no es cerrada. Como nos recuerda Ernest Mandel en su trabajo *El pensamiento de León Trotsky*, los acontecimientos históricos han

demostrado que la lucha de clases no puede ser controlada por esquemas preconcebidos, por muy inteligentes que éstos sean. Ninguna ciencia social humana se rige por mecanismos cerrados e ineludibles. O lo que es lo mismo, no es posible aplicar un determinismo fuerte cuando hablamos de la historia humana. Muchos marxistas han caído, en mayor o menor medida, en dicho error, incluso en algunos momentos los propios Marx y Engels (ver mi artículo *Relativizando el relativismo* y el libro *Los errores de la izquierda*). Esa ciencia puede y debe revivir y seguir evolucionando. El marxismo lo que hizo fue, ni más ni menos, que sentar las bases de la ciencia revolucionaria, de aquella que nos permite comprender y por tanto transformar activa y conscientemente nuestra sociedad. Esa ciencia no está libre de errores ni de imprecisiones, pero en líneas generales se ha mostrado correcta, cuando se tienen en cuenta sus principales postulados y se los compara con los hechos históricos, en un rango temporal suficientemente amplio, hasta Marx, y desde Marx hasta nuestros días. La lucha de clases, el Estado clasista, el materialismo histórico, el materialismo dialéctico, el marxismo en general, nos ayudan a comprender mucho mejor los acontecimientos de nuestra sociedad. La realidad ha demostrado la vigencia y corrección de dichos postulados. Incluso muchos intelectuales antimarxistas, consciente o inconscientemente, han adoptado la concepción materialista de la historia de Marx. Ya nadie puede prescindir del factor económico para explicar cualquier hecho histórico, salvo algunos “historiadores” que hacen el ridículo y nos quieren todavía seguir vendiendo la idea de que la historia es sólo un culebrón de reyes, zares, ministros, príncipes, condes, marqueses o agitadores rojos, o que es sólo una lucha *exclusivamente* idealista entre buenos y malos, entre ángeles y demonios, entre Jehová y Lucifer, entre unas ideas y otras. Si ahora Estados Unidos invade Irak, nadie puede evitar que la mayor parte de la gente piense en el petróleo existente en ese país árabe y los intereses económicos yanquis en la zona, a pesar de los discursos de “armas de destrucción masiva”, “lucha contra el terrorismo”, “guerra al eje del mal en nombre de Dios” o “la lucha por la democracia y la libertad”. Bellas y falsas *ideas*, tras las cuales se esconden simplemente intereses económicos *materiales*.

Como dice Eric Hobsbawm en su artículo *Marx y la Historia*:

*Marx sigue siendo la base esencial de cualquier estudio adecuado de la historia, porque —hasta ahora— sólo él ha intentado formular un enfoque metodológico de la historia como totalidad, y de concebir y explicar el proceso entero de la evolución social humana. En este sentido es superior a Max Weber, su único verdadero rival como influencia teórica para los historiadores, y en muchos aspectos un suplemento importante y correctivo. Una historia basada en Marx es inconcebible sin adiciones weberianas, pero la historia weberiana es inconcebible excepto en la medida en que toma a Marx, o al menos el *Fragestellung* marxista, como punto de partida. Si deseamos responder la gran pregunta de toda la historia —principalmente, cómo, por qué y a través de qué procesos ha evolucionado la humanidad, del hombre de las cavernas al astronauta, el detentador de la fuerza nuclear y el ingeniero genético— sólo podemos hacerlo formulando preguntas al estilo de Marx, aunque no aceptemos todas sus respuestas. Lo mismo se aplica si queremos responder la segunda gran pregunta implícita en la primera: por qué esta evolución no ha sido pareja y lineal, sino extraordinariamente desigual y*

combinada. Las únicas respuestas alternativas que han sido sugeridas formulan en términos de evolución biológica (la sociobiología), pero son evidentemente inadecuadas. Marx no dijo la última palabra —todo lo contrario— pero sí la primera, y todavía estamos obligados a continuar el discurso que él inauguró.

Si deseamos responder a la gran pregunta de toda la historia, sólo podemos hacerlo formulando las preguntas *al estilo de Marx*, éste no dijo la *última* palabra pero sí la *primera*, debemos continuar el discurso que él inauguró. En cualquier caso lo que nunca hay que perder de vista es que el principal legado de Marx fue su método, es decir, el materialismo dialéctico (y su hijo el materialismo histórico). El marxismo es ante todo, sobre todo, materialismo dialéctico. Aunque sólo fuese por su método, el marxismo ya habría aportado mucho, ya no podría prescindirse de él. Pero Marx y Engels no se conformaron con inventar o descubrir la dialéctica materialista, con dar un importante paso en la filosofía y en la ciencia, en perfeccionar el método para buscar la verdad sobre la naturaleza o la sociedad humana. Ellos lo aplicaron para diversos casos concretos, de hecho, lo desarrollaron y perfeccionaron a medida que lo iban aplicando. Y no sólo eso, además, pasaron a la acción práctica. Quienes acusan a Marx de estar equivocado por sus errores puntuales en algunas de sus teorías no tienen en cuenta que dichos errores no invalidan necesariamente su método. Es como acusar a un carpintero de que su martillo no vale porque el carpintero se ha equivocado al arreglar alguna silla. Si el carpintero, en base a su herramienta, ha demostrado que es capaz de arreglar varios muebles, a diferencia de sus competidores, aunque se haya equivocado al arreglar algunos de ellos, eso no demuestra necesariamente que su herramienta no valga. Una cosa es el método y otra el uso que se haga de él. Indudablemente el método debe irse perfeccionando. Pero los errores de su uso pueden ser debidos al método o no. Si el método demuestra que *siempre*, sea quien sea quien lo use, se producen grandes discrepancias entre lo previsto por él y la realidad observada, que en general es superado por otro método, entonces sí podemos descartar a dicho método como válido. El método marxista, es decir, el marxismo, debe seguir perfeccionándose, pero ha demostrado ser muy superior a otros métodos. Es más, no ha habido realmente métodos serios, es decir, científicos, que le hayan hecho la competencia. Que Marx se haya equivocado al hacer algunos de sus análisis o previsiones en base a sus herramientas metodológicas, no significa necesariamente que éstas sean inválidas. Al igual que Marx o Engels, muchos marxistas han utilizado el materialismo histórico o la dialéctica materialista más en general, es decir, el método marxista, de manera más o menos intensa, más o menos acertada, para explicar ciertos acontecimientos históricos, incluso para preverlos o intentar construirlos.

Por ejemplo, Trotsky vaticinó el posible colapso de la URSS en su libro *La revolución traicionada* escrito en 1936. Explicó por qué el Estado soviético estaba degenerando y que Rusia se encaminaba o bien hacia una revolución política para restaurar los principios marxistas-leninistas o bien hacia la restauración capitalista. Para Trotsky el problema radicaba en la degeneración burocrática del régimen soviético, y en el aislamiento de la revolución rusa en el mundo, problemas que ya el mismo Lenin advirtió poco antes de morir. Como Trotsky decía, la economía necesitaba la democracia como el ser humano el oxígeno. La falta de gestión democrática de la

economía soviética la condenaba al estallido de una revolución política para instaurar el verdadero socialismo o al colapso que daría paso de nuevo al capitalismo, como finalmente así ocurrió. Si bien el análisis de Trotsky eludía su posible responsabilidad personal (y la de Lenin o el mismo Marx) en el surgimiento del estalinismo, pecando en esta cuestión de cierta insuficiencia en el método marxista de análisis de lo acontecido en la revolución rusa y en su degeneración, a pesar de esto, de la completa desvinculación que hacía del marxismo-leninismo respecto del estalinismo (hasta cierto punto comprensible para recalcar el argumento de que el estalinismo traicionaba los principios más básicos de dicha ideología), el análisis de Trotsky supera con mucho el de muchos intelectuales burgueses, contemporáneos al revolucionario ruso y actuales. Lo que no puede discutirse es que muchos marxistas previeron el posible colapso de la URSS, además de denunciar la separación del estalinismo respecto del marxismo-leninismo. Para muchos críticos del marxismo, estas predicciones o advertencias no existen. Por otro lado, Rosa Luxemburgo también previó incluso mucho antes, y de una manera más completa y convincente, el posible deterioro y colapso de la revolución rusa en su folleto inconcluso sobre dicha revolución escrito en 1918 y publicado algunos años después. El socialismo no podía prosperar sin democracia. Para los críticos del marxismo y del socialismo en general, los llamamientos a la imprescindible democracia de muchos marxistas, incluidas las referencias a ella de Marx, Engels o Lenin, no existen.

Dichos críticos se esmeran en presentar al marxismo y a todos sus acólitos como totalitaristas. Se esmeran en hacernos creer que el marxismo era, por definición, totalitario. Una de dos: o no han leído a Marx, pero se atreven a decir lo que decía, o lo han leído e inexplicablemente dicen lo contrario de lo que dice. En cualquier caso no parece que actúen de buena fe, honestamente, como mínimo no de manera muy prudente. Hablan sin saber, o, lo que es peor todavía, mienten descaradamente. Basta recordar algunas citas. Una de Marx: *El comunismo no priva al hombre de la libertad de apropiarse del fruto de su trabajo, lo único de lo que lo priva es de la libertad de esclavizar a otros por medio de tales apropiaciones.* Y otra de Engels: *El comunismo es el salto de la humanidad del reino de la necesidad al reino de la libertad.*

Por si quedara alguna duda, Marx y Engels afirman, según nos dice Eduardo Durán-Cousin en *Comunismo: Principio y fin de un sueño*:

Nosotros no somos de esos comunistas que destruyen la libertad personal y pretenden convertir al mundo en un inmenso cuartel o en una inmensa fábrica. Hay, indudablemente, comunistas que se las arreglan muy cómodamente negando y pretendiendo abolir la libertad personal, por entender que es incompatible con la armonía: a nosotros no se nos ha pasado jamás por las mentes comprar la igualdad con el sacrificio de la libertad. Tenemos la convicción... de que en ninguna sociedad puede la libertad de la persona ser mayor que en la basada sobre un régimen de comunidad.

Marx estudia y denuncia la alienación a la que es sometido el ser humano en la sociedad capitalista, y en general a lo largo de la historia. Y no sólo eso, nos da las pautas para superarla. Al contrario de lo que afirman muchos “críticos” con el marxismo, Marx buscaba una sociedad más libre. Se podría discutir si la manera propuesta era la correcta o no, pero es indiscutible para todo aquel que se haya

atrevido a leer los escritos demonizados de Marx y sus seguidores, que la razón de ser del marxismo es la búsqueda de una sociedad más libre, es decir, más justa. Muchos, por no decir la inmensa mayoría, de los críticos del marxismo no nos informan de que los marxistas reivindicaban otro tipo de democracia, no nos hablan de las críticas marxistas a la democracia burguesa. Para dichos críticos antimarxistas, marxismo, socialismo o comunismo es igual a dictadura, mientras que el capitalismo es democracia. Sólo hay una posible democracia: la burguesa.

A todo esto hay que añadir que el uso del ineficiente (en la guerra ideológica) concepto de la *dictadura* del proletariado le facilitó enormemente la tarea a los propagandistas capitalistas. La dictadura del proletariado, concepto a mi modo de ver erróneo y bastante inapropiado (¡bien que ha explotado este error la burguesía!), se usa de un modo descontextualizado y para justificar la visión de un Marx autoritario que busca un Estado totalitario. Pero cuando los burgueses hablan de la dictadura del proletariado se guardan muy mucho de decir que Marx usó esta expresión por contraposición a la dictadura burguesa disfrazada de democracia liberal. Bien que se guardan de decir que Marx reivindicaba sustituir el actual dominio burgués de la sociedad, del Estado, por la hegemonía proletaria, el actual dominio de unas minorías por el de la mayoría. Si domina la mayoría en vez de las minorías, ¿no es así más democrático el Estado? Bien que se olvidan de otras citas de Marx donde, inequívocamente, reivindica un Estado al servicio de la sociedad, en las antípodas del Estado totalitario estalinista: *La libertad consiste en convertir al Estado de órgano superimpuesto a la sociedad en uno completamente subordinado a ella*. Si bien es cierto que en Marx existieron ciertas contradicciones, ambigüedades, imprecisiones, inconcreciones, “extrañamente”, cuando muchos “historiadores” burgueses hablan de Marx, esas contradicciones desaparecen como por arte de magia, siempre ellos se agarran a aquellas citas que pudieran ayudar para identificar *marxismo* con *estalinismo*. Asimismo, los anticomunistas más fanáticos acallan o reducen a la mínima expresión las críticas vertidas contra el estalinismo o sus gérmenes por reconocidos comunistas libertarios como Volin, Rudolf Rocker, Errico Malatesta, Emma Goldman o Alexander Berkman, entre otros muchos, o por reconocidos marxistas como Rosa Luxemburgo, Bertolt Brecht, Ernst Bloch, Isaac Deutscher, György Lukács o Ernest Mandel, entre otros muchos. O como Karl Kautsky que en su folleto *La dictadura del proletariado* critica la visión bolchevique de ésta, lo cual produjo una refutación de Lenin, *La Revolución proletaria y el renegado Kautsky*, acusando al alemán de traidor al marxismo por olvidar el carácter de clase de la democracia burguesa. O como Trotsky, que discrepaba de Stalin por cuestiones mucho más profundas que las meras diferencias personales y previó mucho antes que mucha gente la posible caída de la Unión Soviética, la restauración capitalista.

No me resisto a incluir este pasaje de Ernest Mandel perteneciente a su *Introducción al marxismo*:

El objetivo socialista que queremos alcanzar es la substitución de la sociedad burguesa basada en la lucha de todos contra todos por una sociedad comunitaria sin clases, en la cual la solidaridad social reemplace el deseo de enriquecimiento individual como móvil esencial de actividad, y en la cual la riqueza de la sociedad asegure el armonioso desarrollo de todos los individuos.

Lejos de querer «hacer iguales a todos los hombres», como pretenden los ignorantes adversarios del socialismo, los marxistas desean que sea posible, por primera vez en la historia humana, el desarrollo de toda la infinita gama de diferentes posibilidades de pensamiento y acción presentes en cada individuo. Pero comprenden que la igualdad económica y social, la emancipación del hombre de la necesidad de combatir por su pan de cada día, representa una condición previa para la conquista de esta verdadera realización de la personalidad humana en todos los individuos.

Una sociedad socialista exige, por tanto, una economía desarrollada hasta el punto de que la producción en función de las necesidades suceda a la producción por el beneficio. La humanidad socialista dejará de producir mercancías destinadas a ser intercambiadas por dinero en el mercado. Producirá valores de uso que se distribuirán a todos los miembros de la sociedad, con el fin de satisfacer a todas sus necesidades.

*Una sociedad de este tipo liberará al hombre de las cadenas de la división social y económica del trabajo. Los marxistas rechazan la tesis según la cual algunos hombres «han nacido para mandar» y otros «han nacido para obedecer». Ningún hombre, por naturaleza, está predispuesto a ser minero toda su vida, ni fresador, ni conductor de tranvía. En cada hombre dormita el deseo de ejercer un determinado número de diferentes actividades: basta con observar a los trabajadores durante sus ocios para darse cuenta de ello. En la sociedad socialista, el alto nivel de cualificación técnica e intelectual de todo ciudadano le permitirá realizar durante su vida muchas tareas diferentes y útiles a la comunidad. La elección de la «profesión» dejará de ser impuesta a los hombres por fuerzas o condiciones materiales, independientes de su voluntad. Dependerá de su propia necesidad, de su propio desarrollo individual. El trabajo dejará de ser una actividad impuesta de la que se huye, para convertirse simplemente en la realización de la propia personalidad. **El hombre será finalmente libre en el sentido real de la palabra.** Una sociedad como ésta se esforzará por eliminar todas las fuentes de conflicto entre los hombres. Destinará a la lucha contra las enfermedades, a la formación del carácter del niño, a la educación y a las bellas artes los inmensos recursos que hoy se despilfarran en objetivos de destrucción y de represión. Eliminando todos los antagonismos económicos y sociales entre los hombres, eliminará también todas las causas de guerra o de conflictos violentos. **Únicamente el establecimiento en todo mundo de una sociedad socialista puede garantizar a la humanidad esta paz universal que se ha convertido en condición para la simple supervivencia de la especie en esta época de armas atómicas y termonucleares.***

El subrayado es mío, como siempre. Se podrá discutir si ciertos métodos del marxismo son correctos o no, pero decir que el marxismo, o el socialismo en general, pretenden instaurar el totalitarismo más cruel habido y por haber es faltar a la verdad. ¡Es todo lo contrario! El faro hacia el que se dirige el socialismo es la libertad, la verdadera. Aquella que le permitirá al ser humano ser verdaderamente humano, completamente humano, que le permitirá liberarse de la animalidad, de la dura y continua supervivencia física. El socialismo es civilización, en su sentido más amplio y

profundo. Con el socialismo, es decir con la democracia, la humanidad por fin alcanza la civilización, la humanidad por fin se hace plenamente humana. ¡Menos mal que uno ha podido contrastar con los escritos originales de Marx y de sus seguidores! ¡Qué importante es contrastar en primera persona! **Contrastar es la regla de oro en la búsqueda de la verdad.** Como dice Mario Salazar Valiente en *Marx y el estalinismo: atribuir a Marx la índole intrínseca del socialismo realmente existente es análogo a responsabilizar a Jesucristo de las acciones de la Santa Inquisición*. Se podrá achacar a Marx parte de la responsabilidad del surgimiento del estalinismo, que se nutrió en última instancia de los errores del marxismo, a través de los errores del leninismo, pero decir que las intenciones del marxismo eran desde el principio totalitarias es absolutamente falso. Se podrá discutir sobre si Marx y Engels cometieron o no tales errores, pero lo que se desprende en general de sus escritos es justo lo contrario de lo que fue el estalinismo, esto es indiscutible. Esto puede comprobarlo cualquiera accediendo directamente a los escritos marxistas. El marxismo buscaba, busca, la emancipación del proletariado y del conjunto de la humanidad. Esta emancipación es su razón de ser.

Igualmente, en su afán por identificar estalinismo con marxismo, el “socialismo real” con el comunismo, en su obsesión por enterrar definitivamente al comunismo, que realmente ni siquiera comenzó (como nos explica Claude Bitot en su magnífico e imprescindible libro *El comunismo no ha empezado todavía*, uno de los análisis más serios que yo he podido leer del fracaso del socialismo en el pasado, así como de sus perspectivas de futuro, a pesar de que su autor caiga en cierto exceso de determinismo mecanicista, a pesar de que tienda a infravalorar los factores subjetivos), los propagandistas burgueses ocultan la opinión de muchos socialistas que decían en su día, que dicen ahora también, que el socialismo fracasó porque el capitalismo aún no estaba maduro, no había llegado todavía a su fase histórica de decadencia, no sólo en Rusia sino que incluso a nivel mundial. Esto podría explicar también por qué no tuvo éxito el intento de construir el socialismo, simplemente porque no había llegado aún su hora. Pero esta posible explicación, lógicamente, no interesa a quienes quieren vender la idea de que el capitalismo es eterno, el único sistema posible, el fin de la historia, de que el socialismo es irrealizable, de que nunca tendrá su hora.

Basta recordar algunas citas de los padres del marxismo que podrían explicar el fracaso del socialismo en el siglo XX. Como cuando Marx habla de la posibilidad de que el capitalismo sobreviva durante cierto tiempo a pesar de sus crecientes contradicciones porque aún no ha llegado su momento de extinción:

Una formación social no desaparece nunca antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen relaciones de producción nuevas y superiores antes de que hayan madurado, en el seno de la propia sociedad antigua, las condiciones materiales para su existencia. Por eso la humanidad se plantea siempre únicamente los problemas que puede resolver, pues un examen más detenido muestra siempre que el propio problema no surge sino cuando las condiciones materiales para resolverlo ya existen o, por lo menos, están en vías de formación.

Como cuando explica las condiciones objetivas necesarias para que pueda surgir el comunismo:

El desarrollo de las fuerzas productivas es la condición primordial e imprescindible del comunismo, pues la socialización de la miseria no podrá menos que resucitar los antiguos contrastes.

O como cuando Engels advierte de la imposibilidad de superar una etapa que aún no ha llegado a su madurez:

Lo peor que le puede llegar a suceder a un jefe de un partido extremo es verse obligado a tomar el poder en una época en que el movimiento no está maduro para la dominación de la clase que representa y para la aplicación de las medidas que exige la dominación de esta clase [...] Se encuentra colocado necesariamente ante un dilema insoluble: lo que puede hacer contradice toda su acción pasada, sus principios y los intereses inmediatos de su partido, lo que debe hacer es irrealizable.

Según nos explica Isaac Deutscher:

Tratar de imponer el control social sobre modos de producción que no sean intrínsecamente sociales es tan incongruente y anacrónico como mantener el control privado o parcial de un proceso productivo que sea eminentemente social.

Tal vez, el socialismo no podía aún prosperar a principios del siglo XX, especialmente en Rusia, donde el modo de producción capitalista, es decir, social, no era todavía el mayoritario. Todo esto es muy discutible y fue objeto de profundos y acalorados debates en el seno del propio marxismo en su época. La clave residía en saber si el capitalismo había llegado ya a un grado suficiente de madurez o no, analizado a nivel mundial. Para los bolcheviques, en 1917 sí había llegado a dicho grado de madurez en el mundo, aunque no en Rusia. Ellos esperaban que la revolución rusa fuese simplemente el preámbulo de la revolución socialista mundial, que debía surgir sobre todo en los países capitalistas más avanzados para prosperar globalmente. Parece evidente que si el capitalismo no llega a cierto grado de madurez entonces puede todavía sobrevivir por algún tiempo, entonces el terreno no está todavía suficientemente abonado para el socialismo, no tanto quizás en cuanto a la posibilidad de desarrollar la economía socialista, sino sobre todo en cuanto a la posibilidad de la revolución proletaria mundial disparada por los conflictos sociales. El capitalismo de finales del siglo XIX y principios del XX aún tenía mucho camino por delante, pero su carácter altamente agresivo provocó la rebelión proletaria. No cabe duda de que el capitalismo aprendió a autocontenerse para evitar el peligro comunista, pero tampoco cabe duda de que el capitalismo no puede resolver sus profundas contradicciones, simplemente porque son irresolubles, sólo puede suavizarlas o posponer la gran crisis final. A principios del siglo XXI, en realidad desde hace ya ciertas décadas, el capitalismo muestra claros síntomas de decadencia: crisis cada vez más intensas y frecuentes, crecimiento económico cada vez menor y cada vez más artificial, basado en burbujas especulativas y en el endeudamiento masivo de la población y de los Estados, progresiva pauperización de las clases populares, desempleo crónico y creciente, resurgimiento de las desigualdades sociales, aumento de la explotación,

retroceso del Estado de bienestar y de los derechos sociales, agudización del problema ecológico, etc. Como dice Claude Bitot muy elocuentemente: *Entonces las agujas se pondrán completamente en hora. Los hechos mostrarán por sí mismos que la "sociedad de consumo", el "capitalismo con rostro humano" y otros vanos fetiches reformistas no eran más que un paréntesis en la vida del capital, transformándose éste, en su evolución última, en mitos descoloridos.* La tendencia global del capitalismo es volver a sus inicios (el capitalismo en su forma moderna realmente surgió hace un par de siglos), es decir, el capitalismo se muestra cada vez más agresivo a medida que llega a su ciclo histórico final. Poco a poco, en pleno siglo XXI, nos vamos retro trayendo al siglo XIX, por lo que respecta a las cuestiones sociales. En estas condiciones, a pesar de experiencias fracasadas de "socialismo", a pesar de la brutal tergiversación del marxismo, no es muy difícil prever un resurgimiento de las ideas socialistas y marxistas, pero dicho renacer no debe obviar las experiencias prácticas existentes desde su nacimiento original. El socialismo científico debe ser enriquecido por las experiencias prácticas acontecidas para seguir siendo científico. El socialismo sólo podrá llevarse a la práctica mientras sea científico. La falta de perspectivas de la economía capitalista mundial salta cada vez más a la vista. Pero tampoco podemos descartar que estemos en un ciclo, nadie sabe realmente si ya estamos en el callejón sin salida al que parece conducirnos irremediamente el sistema capitalista. Aparentemente, parece que nos acercamos a él. Indudablemente, a medida que pasa el tiempo nos aproximamos más a él.

Podemos tener dudas en cuanto a si el capitalismo estaba ya suficientemente maduro en el mundo en la época de Lenin, pero parece lógico pensar que a medida que pasa el tiempo el capitalismo madura, es decir, se acerca a su fase agónica. Si en la época actual el capitalismo ya está suficientemente maduro, sin embargo, no se ve por ningún lado la posible revolución socialista, por lo menos en el primer mundo, es decir, allá donde el capitalismo, precisamente, está más avanzado. Es más, si el socialismo es un resultado casi inevitable, por lo menos su planteamiento, del desarrollo histórico objetivo del capitalismo, esto significaría que a medida que pasa el tiempo la revolución socialista debería ir entrando en agenda. Sin embargo, no parece que esto esté ocurriendo, más bien parece que esté ocurriendo justo lo contrario. La única explicación posible ante tal misterio es que el socialismo, cualquier revolución social, también necesita de los factores subjetivos. Si al desarrollo objetivo del capitalismo, con sus contradicciones crecientes, no le acompaña la concienciación y la organización del proletariado, el socialismo no deja de ser utópico, el socialismo no llama a las puertas del destino. A pesar de que en el momento de escribir este libro el mundo, especialmente la metrópoli capitalista, sufre una de las crisis económicas más profundas que se recuerda en las últimas décadas, comparable con el famoso crack de 1929, el hecho de que no haya perspectivas ideológicas, por la inercia del fracaso del "socialismo real" así como por el permanente adoctrinamiento capitalista de las masas, hace que el capitalismo no sienta, al menos por ahora, y ya llevamos varios años de crisis, un serio peligro de ser atacado, si exceptuamos ciertas amenazas puntuales en el patio trasero del imperio yanqui. Sin embargo, en el momento de escribir estas líneas, parece que, por fin, empieza a cuestionarse la democracia capitalista a gran escala incluso en Europa, sin bien no en nombre del socialismo, palabra que aún sigue siendo non grata para la mayor parte de la opinión pública. Tal vez aún le quede bastante mecha al capitalismo para estallar, o tal vez no. Tal vez la

hora del socialismo se acerque por fin, pero una cosa está clara: el capitalismo no caerá por sí solo, y si lo hace puede arrastrar a toda la humanidad con él, la burguesía no renunciará a su poder, habrá que despojarla de él.

El socialismo sólo podrá surgir y prosperar si se dan simultáneamente suficientes condiciones objetivas y subjetivas. Sin condiciones objetivas suficientes, no surgirán las también necesarias condiciones subjetivas. Éstas están supeditadas a las primeras. Pero las primeras no garantizan automáticamente las segundas. Tan erróneo es caer en el voluntarismo (el cual equivale a sobreestimar lo subjetivo) como caer en el determinismo absoluto (el cual equivale a subestimar lo subjetivo). Lo objetivo condiciona lo subjetivo, pero no lo determina por completo, mecánicamente. Incluso lo subjetivo influye en lo objetivo. Nunca debemos perder de vista la *dialéctica* materialista. Lo objetivo es la *base* pero no el *todo*. Tal vez aún no haya una situación objetiva suficiente para despertar a las masas, lo cual también podría explicar ese misterio del que hablábamos. Pero, sin duda, una situación objetiva revolucionaria no conduce necesariamente a la revolución. Creer esto es caer en un determinismo fuerte, es caer en un materialismo metafísico, es despreciar las lecciones prácticas de la historia, es imposibilitar la revolución pues se prescinde de la voluntad humana, uno de sus ingredientes críticos. Tampoco puede perderse de vista la importancia del *método* empleado para construir el socialismo. Las contradicciones del capitalismo conducen a su cuestionamiento, pero no necesariamente a su liquidación. Actualmente el capitalismo está siendo cada vez más cuestionado, sin embargo, a falta de sistemas alternativos en el horizonte, a falta de salidas ideológicas, dicho cuestionamiento no se traduce en hechos. Al menos, por ahora.

Como vemos, en cualquier caso, al margen del debate sobre cuándo el capitalismo puede dar lugar objetivamente al socialismo, deberemos tener clara la teoría revolucionaria para hacer la revolución, deberemos “trabajar” los factores subjetivos. En el análisis del fracaso del intento socialista en el siglo XX deben considerarse también los factores ideológicos y estratégicos que influyeron en él, es decir, los factores subjetivos, y no sólo los objetivos. No podemos pensar que el socialismo simplemente fracasó porque aún no había llegado su hora. El día que llegue su hora, aun admitiendo que todavía no haya llegado, habrá también que actuar de la manera acertada, y para ello debemos analizar si en el pasado así se hizo o no. **El análisis de los errores ideológicos, estratégicos y tácticos de la izquierda es ineludible. Si no aprendemos de los errores cometidos en el pasado, los nuevos intentos de implementar el socialismo volverán a fracasar. El fin del capitalismo no implica necesariamente el inicio del socialismo.** La humanidad puede entrar en un reino de barbarie si nadie lo remedia. El futuro de la humanidad parece ser: civilización o barbarie, socialismo o capitalismo. Incluso tampoco podemos descartar la posibilidad de la autoextinción. El destino no está escrito. El motor de la historia no tiene piloto automático. La historia tiene sus leyes y sus tendencias, pero la historia la hace en última instancia el ser humano, no el individual sino el social, no a su absoluto antojo, pues está fuertemente condicionado, pero la hace al fin y al cabo. Dichas leyes y tendencias, indudablemente, existen, pero no son rígidas ni absolutas. El ser humano no es una máquina perfectamente previsible. El factor sorpresa está limitado pero tampoco es nulo. El libre albedrío no es infinito, ni ilimitado. ¡Pero existe! El determinismo estipulado por el marxismo no es fatalismo. El marxismo le posibilita a la

humanidad tomar el control de su propio destino, pero no se lo garantiza. Sienta las bases para que así sea, pero dichas bases deben ser todavía desarrolladas. El socialismo científico no ha hecho más que comenzar. Como toda ciencia, debe ser despojada de errores, debe ser completada y adaptada a las circunstancias presentes, debe evolucionar en el tiempo. Todo ello de acuerdo con las experiencias prácticas. Ésta es la esencia del método científico. Pero, y esto nunca hay que perderlo de vista, el socialismo científico, como cualquier ciencia humana, no es una ciencia exacta. Sin embargo, como toda ciencia, su exactitud puede mejorar. Precisamente cuanto más inexacta es una ciencia más margen tiene aún de mejora. Las ciencias humanas, muy retrasadas con respecto a otras ciencias, tienen mucho camino por delante. ¡Recorrámoslo!

La burguesía se aprovecha de los errores del marxismo para desvirtuarlo por completo y enterrarlo definitivamente. Nosotros, desde la izquierda transformadora, que no renuncia a la emancipación de la sociedad humana, lejos de negar sus errores, los proclamamos bien en alto y los intentamos corregir para, justo al contrario, intentar que el marxismo resurja como el ave fénix. Pero manteniéndonos fieles al espíritu y al método marxistas. A su razón de ser porque seguimos reivindicando una sociedad verdaderamente humana, que merezca el calificativo de civilizada. Y a su método, el materialismo dialéctico, el método científico, porque a pesar de ciertos errores cometidos al aplicarlo, ha demostrado ser en líneas generales correcto. Estos mismos espíritu y método nos permiten intentar corregir los propios errores del marxismo. Con ese espíritu y ese método nació el marxismo, y sólo con ellos podrá resurgir y prosperar. El más importante legado de Marx (y de Engels) es sin lugar a dudas su espíritu y su método.

El marxismo, a pesar del empeño de la burguesía por enterrarlo definitivamente, por convertirlo en un mal recuerdo, en una pesadilla del pasado, sigue muy vigente. Mientras exista el capitalismo existirá el marxismo, sea cual sea su forma, sea cual sea su denominación. Mientras haya explotación habrá marxismo, pues éste busca exterminar aquella. Pero no sólo esto, la concepción marxista del mundo es un hito en el camino de la conquista de la Razón por parte de la humanidad. La burguesía sólo puede retrasar la adopción plena de la nueva concepción del mundo que trajo el marxismo. Pero así como la Iglesia no pudo impedir la nueva concepción heliocéntrica del Universo, la burguesía, tarde o pronto, no podrá evitar, o mejor dicho, le costará mucho, cada vez más, que las grandes aportaciones del marxismo sean adoptadas por el conjunto de la humanidad. La nueva concepción humanista de la sociedad humana, pues el marxismo reubica al ser humano en el centro de gravedad de su sociedad, acabará imponiéndose (si la humanidad sigue existiendo como tal), porque la verdad tarde o pronto se abre camino. Aunque no por sí sola, sino porque ciertas personas luchan por que así sea. La mentira requiere mucha labor de propaganda, la verdad mucha menos. La mentira intenta contener a la verdad, eludiendo el enfrentamiento con ella, pero en cuanto la verdad puede enfrentarse un poco con la mentira, incluso partiendo de una posición poco ventajosa, rápidamente la vence.

De hecho, muchas de las aportaciones del marxismo ya han sido asimiladas por el conjunto de la sociedad. El esqueleto ideológico del marxismo ha sido adoptado por la mayor parte de la gente, aunque ella no lo sepa. Aunque se piense que considerar las causas económicas de los acontecimientos históricos no tenga nada que ver con el

marxismo. ¡Todo lo contrario! Antes del marxismo casi no existían las causas económicas. Ahora, cuando los gobiernos actúan como actúan, a pesar de los discursos, a pesar de que intenten convencernos de que lo hacen por el “interés general”, ya casi nadie tiene dudas de que en verdad lo hacen por los intereses *económicos* de los políticos y de los capitalistas que son sus amos, en beneficio de unas *clases* y en perjuicio de otras. Causas *económicas*, *lucha de clases*, simbiosis, efecto mariposa, efecto dominó, tienen que ver con o son, la esencia del marxismo, su legado más importante: el materialismo dialéctico. El vocabulario popular está repleto de términos marxistas. Lejos de lo proclamado oficialmente, la sociedad actual está impregnada de marxismo por todos sus poros. Ni la más fanática e insistente campaña antimarxista ha podido impedir que incluso quienes la protagonizan hayan sido notablemente influidos por el marxismo.

El filósofo norteamericano John Dewey, uno de los máximos exponentes de la corriente pragmática de los años 30 del siglo XX, a pesar de mostrarse distante respecto del marxismo, fue muy influido por éste. Sus escritos están plasmados de materialismo dialéctico. Cuando afirma, por ejemplo, que *los ideales, incluido el de una individualidad nueva y efectiva, se tienen que fraguar poco a poco a partir de las posibilidades que ofrecen una serie de condiciones existentes*, cuando dice que *la estructura mental y moral de los individuos, así como los modelos de sus deseos e intenciones, cambian junto con los grandes cambios en la estructura social*, cuando da enorme importancia a las *condiciones sociales* en que se desarrolla el ejercicio mismo de la individualidad, esto es, a las *bases materiales* de la vida social necesarias para que dicha propuesta de un nuevo tipo de individualismo pueda llegar a florecer, cuando reivindica el individuo *social* y critica la concepción clásica liberal del individuo abstracto aislado de la sociedad afirmando que *sólo formando parte de una inteligencia común y participando en un mismo proyecto orientado al bien común, pueden los seres humanos realizar sus verdaderas individualidades y llegar a ser verdaderamente libres*, cuando se empeña en combatir las desigualdades sociales, cuando reivindica otro tipo de democracia más participativa, es muy difícil no reconocer la larga sombra de Marx.

El problema es que Dewey, como tantos filósofos liberales honestos, que también los hay y los hubo, no atacó a la raíz de los problemas que ellos mismos detectaron cuando vieron que muchos de los principios en los que se fundó la democracia liberal iban poco a poco siendo tergiversados: la economía, el modo de producción. Si bien llega a afirmar que *la democracia, contemplada como una idea, no es una alternativa a otros principios de la vida asociada. Es la idea misma de vida comunitaria. [...] Para que se realice, debe afectar a todos los modos de asociación humana, a la familia, a la escuela, a la industria, a la religión. Incluso en lo que se refiere a los medios políticos, las instituciones gubernamentales no son sino un mecanismo para proporcionar a una idea canales de actuación efectiva*, Dewey se centra en la práctica sólo en la educación, no llega a concretar cómo debe implementarse la democracia por ejemplo en la industria, cómo es posible hacerlo si se mantiene la propiedad privada de los medios de producción. Se olvida de que si el núcleo de la sociedad, como es la economía, funciona de forma totalitaria, la democracia acaba por desvirtuarse por completo en toda la sociedad. De hecho, los postulados de Dewey, por muy bienintencionados que fueran, no sirvieron de nada. Como los hechos han demostrado

sobradamente, la democracia ha ido degenerando irremisiblemente. La educación (teórica, en las escuelas, en las academias, en las universidades), no cabe duda, es un factor primordial, pero no el único, ni siquiera el crítico. Esas *condiciones existentes* de las que hablaba Dewey incluyen a la educación, esto es obvio, pero también a la economía y a la política. El ciudadano debe desarrollar su moralidad democrática, no sólo aprendiéndola en las escuelas, sino que sobre todo practicándola en el día a día. Si dicho ciudadano se pasa la mayor parte de su tiempo en el trabajo, donde es sometido a la más férrea dictadura, dicho aprendizaje teórico se queda en papel mojado y se olvida. El espíritu democrático se aprende en la teoría pero también, sobre todo, en la práctica. La democracia debe desarrollarse dialécticamente considerando todos los factores que influyen en ella: políticos, económicos, ideológicos, etc. Sin perder de vista que las causas últimas son las materiales. No basta con jugar sólo con algunos de dichos factores. Y, por supuesto, descuidar el factor económico, el principal, es garantizar el fracaso del proceso democratizador. Mientras no se ataquen las causas profundas de las desigualdades sociales, éstas no desaparecerán, resurgirán tarde o pronto. Mientras los grandes medios de producción pertenezcan a unas pocas personas, no será posible una sociedad más libre y justa.

Dewey propugnó un nuevo tipo de liberalismo, a mitad de camino entre el capitalismo y el socialismo, abogaba por una mayor intervención del Estado, pero sin defender la propiedad pública de los medios de producción. En suma, defendía la socialdemocracia, la posibilidad de un capitalismo regulado, con rostro más humano. Dewey, a pesar de ser en gran parte influenciado por el marxismo, a pesar de compartir alguno de sus objetivos más básicos, no pudo aplicar hasta las últimas consecuencias el materialismo dialéctico, siguió impregnado de cierto idealismo filosófico. Pero, de lo que no cabe duda, es que muchos filósofos, incluso que se declaran antimarxistas, fueron influidos, en muchos casos de manera nada despreciable, por el marxismo. Esto demuestra la veracidad de muchos postulados marxistas, de sus principales, especialmente el materialismo dialéctico. El problema es que muchos intelectuales burgueses no se atrevieron, consciente o inconscientemente, a aplicar dicho método marxista hasta las últimas consecuencias, no fueron suficientemente coherentes con ellos mismos. Marx sí lo fue. A pesar de que también cometió ciertos errores, a pesar de que no pudo evitar ciertas contradicciones, en líneas generales fue coherente consigo mismo, tanto en el campo de la teoría como en el de la praxis. De aquí proviene su verdadera fuerza.

Los logros del marxismo se ocultan a la opinión pública para evitar que se lleve hasta sus últimas consecuencias sus postulados: el control de la humanidad de su propio destino. Quien realmente sí tiene muy en cuenta al marxismo son las clases dirigentes, por mucho que en su discurso oficial le nieguen toda veracidad. Ellas sí practican constantemente la lucha de clases, ellas sí saben que lo que mueve la historia son los intereses económicos, ellas sí usan la dialéctica para que la economía controle a la política y viceversa. Realmente algunos de los verdaderos marxistas practicantes son las clases dominantes. Y lo son porque si desean seguir controlando la sociedad a su antojo necesitan primeramente comprenderla y el marxismo es la mejor teoría hasta la fecha para entenderla. Como con cualquier otra ciencia, el conocimiento puede usarse de una u otra manera. La burguesía está usando algunos de los principales postulados marxistas para seguir controlando la sociedad, pero debe negar ante la opinión pública

al marxismo porque éste también abogaba por que el proletariado sustituyera a la burguesía, por que el socialismo tomara el relevo del capitalismo. La burguesía niega la lucha de clases pero al mismo tiempo la practica intensiva y constantemente. Niega la dialéctica pero gracias a ella su control social se hace más sofisticado y eficaz. Niega la posibilidad de la dictadura del proletariado pero ella practica su dictadura burguesa disfrazada de democracia. Niega la posibilidad de controlar el devenir de la historia pero ella la practica día a día. La concienciación de la sociedad ahora no es tan difícil. Pero ahora tenemos otras dificultades. El desprestigio de las palabras *marxismo*, *anarquismo*, *socialismo* o *comunismo*. La tergiversación de la historia. ¡Y los errores cometidos por la izquierda! Pero aún contamos, desde la izquierda, con la palabra “mágica” *democracia*. En torno a ella podemos volver a concienciar y a luchar. Debemos imperativamente distanciarnos de los errores del pasado, pero primero debemos reconocerlos abiertamente para evitar volver a cometerlos.

Según la concepción dialéctica de la sociedad humana, nada es *totalmente* inevitable, nada ocurre de manera *absolutamente* certera. El marxismo nos dijo en líneas generales que en el capitalismo estaba la semilla de su propia destrucción, que *potencialmente* el capitalismo podría dar lugar a otro sistema, el socialismo, que la sociedad tenía la *tendencia* de encaminarse hacia el comunismo. Pero no necesariamente que lo alcanzaría de manera certera. Cuando Marx dice que la lucha de clases es el motor de la historia, no dice que el resultado de esa lucha vaya a ser uno u otro, simplemente dice que existen contradicciones y por tanto tendencias opuestas. Él dijo, en todo caso, que la sociedad se encaminaba hacia el comunismo o hacia la barbarie, que el capitalismo o degeneraba o era superado por otro sistema. El comunismo no vendrá inevitablemente. Lo que es inevitable, al menos por ahora, en una sociedad contradictoria como la actual, es la lucha de clases. Esta idea ha sido *plenamente* confirmada por los hechos históricos. En el momento de escribir este libro, la lucha de clases ha vuelto a resurgir, en verdad siempre ha estado allí de fondo, pero con las crisis ya no puede pasar desapercibida, incluso se agudiza. Esto no significa, ni mucho menos, que dicha lucha vaya a producirse de tal o cual manera, ni que el resultado final sea uno solo posible. Si el proletariado no reacciona ante el acoso actual del capital, la sociedad se encaminará hacia la barbarie. Por el contrario, si el proletariado resiste y pasa a la iniciativa, la sociedad puede encaminarse a superar el capitalismo, y superar el capitalismo significa construir una sociedad basada en principios distintos al capitalismo, es decir, consiste, en primer lugar, en sustituir la propiedad *privada* de los medios de producción por la propiedad *social*. En primer lugar pero no en último lugar.

El marxismo no es fatalista, por lo menos no pretendió serlo (si bien es cierto que Marx y Engels se equivocaron en ciertos momentos al caer en un exceso de materialismo, como ellos mismos reconocieron, pero en líneas generales defendían el materialismo dialéctico, y no metafísico; bien es cierto que también cayeron en algunos momentos en un exceso de determinismo, contradiciéndose a sí mismos, aunque esto no lo hayan reconocido, pero en otros momentos dejaron bien claro que la historia la hacen los seres humanos). Que Marx y Engels hayan cometido ciertos errores (reconocidos o no por ellos mismos) no significa que no hayan dado con la verdad, a grandes rasgos. Que se hayan contradicho en ciertos momentos, no significa que no hayan aportado nada al conocimiento de la sociedad humana. Tan es así que Marx y Engels no eran

fatalistas que se movilizaron todo lo posible por construir *explícitamente* cierto futuro, tanto en el campo de la teoría como en el de la praxis. Ellos sabían que el socialismo no caería del cielo, no era algo inevitable. Lo que dijeron es que el capitalismo tenía una *tendencia* general, que había que conocer y aprovechar para acelerarla, para asegurar el surgimiento del socialismo *potencial* que existía dentro del capitalismo. Esa tendencia general descrita por el marxismo se nos va viendo confirmada con el tiempo, con *suficiente* tiempo. Que la burguesía haya retrasado el posible y probable (pero no seguro, nada es seguro en la historia humana) resultado final del sistema capitalista, no significa que ese momento no pueda o no vaya a llegar. De hecho, la burguesía actúa explícitamente, de manera muy activa, cuando el colapso amenaza: por ejemplo, como ha ocurrido en la presente crisis financiera, contradiciendo uno de sus dogmas básicos de no intervención en el mercado. El rescate de la banca ha sido el más grande de la historia. El capitalismo se nos va poco a poco quitando el disfraz: se basa en la apropiación *privada* de los beneficios y en la *socialización* de las pérdidas. La sociedad mantiene a los capitalistas. Trabajando para ellos, es decir, cediéndoles la riqueza generada socialmente. Y rescatándolos cuando se cargan la economía. Ellos son “responsables” para cobrar pero no para pagar. Si el sistema funciona es gracias a ellos, pero si falla es culpa de todos. La burguesía, que nos dice que el capitalismo es el único sistema posible, que es eterno, contradiciéndose a sí misma, poniéndose en evidencia, lo rescata, lo sostiene continuamente. Impide que cualquier otro sistema le haga la competencia, tanto en el campo de la teoría como en el de la práctica. Se nos proclamaba cuando cayó el muro de Berlín el fin de la historia, el triunfo definitivo del capitalismo, pero éste se empeña en contrariar a sus apóstoles. Por tanto, si la burguesía lucha tenazmente para evitar el colapso del capitalismo que tanto le beneficia económicamente, el proletariado, las clases trabajadoras, deben, por su parte, luchar para superar el capitalismo, que tanto les perjudica, a pesar de ciertas concesiones o migajas que los capitalistas les proporcionen para evitar la revolución social. A largo plazo (cada vez menos largo) el capitalismo condena al proletariado a la miseria, a la inseguridad, a la intranquilidad, a la alienación. Condena incluso a la humanidad a su posible autodestrucción, física y mental (remito al libro *Las falacias del capitalismo*).

Al marxismo se le ha acusado de anticientífico, de ser una ciencia no neutral, etc. Pero, a pesar de todo, ha resistido las principales críticas. Es un ejercicio intelectual interesante conocer esas críticas y las réplicas. En las referencias bibliográficas de este libro, el lector podrá encontrar diversos escritos en contra y a favor del marxismo. Quienes le acusan de no ser científico, no son capaces ellos mismos de explicar de manera más convincente la realidad observada, demuestran que sus postulados liberales concuerdan menos con lo observado que el marxismo. Quienes le acusan de ser una ciencia no neutral, porque según ellos la ciencia se debe limitar a interpretar el mundo y no a transformarlo, o porque la ideología es algo independiente de la ciencia, se “olvidan” de que el liberalismo, esa otra presunta ciencia económica oficial que nos rige en la actualidad, y desde hace ya cierto tiempo, no hace más que intervenir en la realidad de acuerdo con sus principales postulados, que “casualmente” siempre benefician a las clases privilegiadas de nuestra sociedad capitalista actual, se “olvidan” de que en toda ciencia los conocimientos adquiridos se usan para alterar la realidad, para mejorar nuestra existencia. La ingeniería no es más que el uso práctico de los conocimientos científicos (aunque a su vez realimenta a la ciencia; la ingeniería y la

ciencia, es decir, la práctica y la teoría, se realimentan mutuamente; ¡esa omnipresente dialéctica!). Si hemos usado la ciencia para tener luz artificial, para poder desplazarnos más rápido, para combatir el frío, para tener una vida física más cómoda, ¿por qué no usar los conocimientos de la ciencia social, en la que el marxismo ha aportado mucho, para mejorar nuestra existencia social? ¿No es precisamente más importante usar nuestros conocimientos sobre nuestra sociedad para lograr que todos vivamos en condiciones más dignas, para, incluso, asegurar nuestra supervivencia como especie?

Como decía Engels:

Las fuerzas activas en la sociedad obran exactamente igual que las fuerzas de la naturaleza —ciega, violenta, destructoramente—, mientras no las descubrimos ni contamos con ellas. Pero cuando las hemos descubierto, cuando hemos comprendido su actividad, su tendencia, sus efectos, depende ya sólo de nosotros el someterlas progresivamente a nuestra voluntad y alcanzar por su medio nuestros fines. Esto vale muy especialmente de las actuales gigantescas fuerzas productivas. Mientras nos neguemos tenazmente a entender su naturaleza y su carácter —y el modo de producción capitalista y sus defensores se niegan enérgicamente a esa comprensión—, esas fuerzas tendrán sus efectos a pesar de nosotros, contra nosotros, y nos dominarán tal como detalladamente hemos expuesto. Pero una vez comprendidas en su naturaleza, pueden dejar de ser las demoníacas dueñas que son y convertirse, en manos de unos productores asociados, en eficaces servidores. Esta es la diferencia entre el poder destructor de la electricidad en el rayo de la tormenta y la electricidad dominada del telégrafo y del arco voltaico; la diferencia entre el incendio y el fuego que actúa al servicio del hombre. Con este tratamiento de las actuales fuerzas productivas según su naturaleza finalmente descubierta, aparece en el lugar de la anarquía social de la producción una regulación socialmente planeada de la misma según las necesidades de la colectividad y de cada individuo; con ello el modo capitalista de apropiación, en el cual el producto esclaviza primero al productor y luego al mismo que se lo apropia, se sustituye por el modo de apropiación de los productos fundado en la naturaleza misma de los modernos medios de producción: por una parte, una apropiación directamente social como medio para el sostenimiento y la aplicación de la producción; por otra parte, apropiación directamente individual como medios de vida y disfrute.

Marx y Engels, así como muchos de sus discípulos, no sólo se contentaron con postular el materialismo dialéctico, lo demostraron analizando la realidad observada, contrastando con ella. El marxismo, en líneas generales, en mi opinión, es correcto, supuso un enorme paso adelante para comprender mejor la sociedad humana y para intentar mejorarla, un hito en el camino de la conquista de la Razón por parte de la especie humana, pero no está exento de errores, ambigüedades e imprecisiones. Flaco favor le hacemos, nos hacemos, si no intentamos extirparlos. Una de las causas del estado actual de la izquierda es la desorientación ideológica, y ésta ocurre porque hasta ahora no ha habido intentos serios de reconstruir la teoría revolucionaria. Cuando ésta estaba viva, entre otros motivos, fue posible intentar la revolución socialista. Ahora que está prácticamente muerta, y así lo está porque dicha teoría se

ha convertido en dogma, porque no se aplica el método científico, gracias al cual se gestó, además de porque la burguesía se empeña por su propio interés en que se olvide para siempre (por lo menos por parte de aquellas clases populares que pueden usarla para emanciparse), es cuando la praxis revolucionaria es casi utópica, cuando no errática. Bien es cierto que la teoría marxista ha ido evolucionando en ciertos aspectos importantes (sobre todo en cuanto a la teoría económica y a la filosofía), pero no en aquellos más relacionados con la praxis revolucionaria, con la *transición* del capitalismo al socialismo, con la conquista del poder político. En los últimos tiempos el marxismo se ha distanciado de la *práctica* política, es decir, de su razón de ser, pues la sociedad sólo podrá transformarse mediante la *acción* política. No por casualidad afirmaron Marx y Engels que su doctrina era una guía para la *acción*. El marxismo a fines del siglo XX y principios del siglo XXI se recluyó en los círculos intelectuales, en las universidades, para distanciarse del proletariado, de las fábricas, de las empresas, de la realidad social. Se ha convertido en objeto de filósofos y economistas, y no de políticos, sindicalistas u obreros.

Una de las principales causas de la degeneración del marxismo es su alejamiento de la praxis. Dicha degeneración se hace evidente leyendo los escritos de muchos supuestos filósofos marxistas. Escritos que recuerdan a la pintura contemporánea, es decir, complejidad en las formas conviviendo con simpleza en el fondo, con falta de contenido, mucho ruido y pocas nueces. Lo que le ha pasado en gran parte al marxismo es algo que le ocurre a toda la ideología y la cultura que surgen en el capitalismo de los últimos tiempos: el marxismo no se ha librado de la influencia de la decadencia ideológica del capitalismo, sustentada en su decadencia material. No puede compararse la claridad de ideas, al mismo tiempo que su profundidad, de los escritores clásicos del marxismo, con la pedantería de muchos académicos actuales que no pueden disimular su podredumbre intelectual, por mucho que camuflen su falta de ideas con palabras rimbombantes o altisonantes. Probablemente, ni ellos mismos comprenden lo que dicen, si es que pretenden decir algo. Es mucho más fácil comprender a Marx o a Engels, que aportaron mucho, que a muchos de sus supuestos seguidores y continuadores, que no han aportado prácticamente nada. Los padres del marxismo se expresaban de manera sencilla, sus escritos, en general, eran amenos. No podemos decir lo mismo de muchas plumas que se dedican en sus feudos universitarios a no aportar nada al marxismo, más que confusión y pedantería. Los escritos que salen de estas plumas son, francamente, insoportables. Hablan mucho para no decir nada, desde luego nada nuevo, y aburren solemnemente. Y, por supuesto, su lenguaje es ininteligible para el proletariado, incluso para los mismos intelectuales. Esto es una consecuencia lógica del alejamiento del marxismo de su lugar natural. Con estos nuevos "filósofos marxistas", aislados de la realidad, la filosofía vuelve a sus peores vicios. A uno le viene a la mente aquello que decía Engels de que lo que no se sabe expresar es que no se sabe, cuando lee a muchos de esos escritores que no son capaces de expresarse de manera clara, tal vez porque realmente no tengan las ideas claras, esos escritores que parapetan su incapacidad intelectual con un lenguaje premeditadamente sofisticado con la esperanza así de no ser criticados, por no ser comprendidos, con incluso la esperanza de ser "adorados" por su "erudición" inaccesible al común de los mortales. Yo me pregunto cómo es posible que el mundo vaya tan mal con tantos "sabios" que pululan por los centros del saber de nuestro tiempo. Vivimos la época con más personas

formadas de la historia y, sin embargo, no parece que esto impida que se vaya asentando la barbarie a la que nos encaminamos. ¡Qué lejos están esos “sabios” de Marx o de Engels! Tanto por lo que decían éstos, como por cómo lo decían y como sobre todo por lo que hacían. ¡Un abismo les separa! No es de extrañar que Marx y Engels hayan sido objeto de culto, incluso a su pesar. ¡Qué pocas veces se han conjugado la aptitud con la actitud! ¡Qué pocas veces se ha predicado con el ejemplo!

El marxismo, en líneas generales, ha perdido el Norte. Y lo ha perdido porque el marxismo, como filosofía de la praxis, necesita imperativamente nutrirse de la realidad social, y ésta no está en las universidades, por lo menos no sólo en ellas, está sobre todo en el modo de producción, en la economía, en las fábricas, en las empresas, en la calle. Esto no significa que el intelectual no tenga nada que decir o aportar, pero para hacerlo, para aportar algo útil, es decir, conocimiento y orientación sustentada en él, debe estudiar la realidad concreta, debe “ensuciarse” en el fango, debe entrar en contacto con el mundo del trabajo (pues éste es el centro de gravedad de la sociedad), como así hicieron los padres del marxismo. La universidad está en muchos aspectos alejada del mundo real. Bien lo sabe esto cualquier estudiante que tras largos años de aprendizaje en ella casi tiene que volver a empezar en la escuela de la vida. Y este alejamiento se nota mucho en los escritos de muchos catedráticos “marxistas”. No quiero decir con esto que el marxismo no deba estar y evolucionar también en el mundo académico e intelectual, pero no debe estar o evolucionar sólo allí. Es más, nunca debe hacerlo sin estar en permanente e íntimo contacto con la realidad. Un marxismo recluso en los libros o en las cátedras no es marxismo. El marxismo se nutre del contacto directo con los obreros, con el proletariado. Cuando pierde dicho contacto se apolilla, se niega a sí mismo. Deja de ser materialista, se vuelve en cierto modo idealista, en el sentido filosófico de la palabra, pues las ideas se desconectan de la realidad material. El marxismo sólo puede seguir vivo si sigue en contacto con la vida. El marxismo sólo puede ser marxismo, sólo puede seguir siendo marxismo, sólo puede evolucionar, si practica el materialismo dialéctico, el cual es su piedra angular. ¿Y qué nos dice el materialismo dialéctico? Que en lo material está la *base* de todo, pero que lo material también es influido por lo inmaterial. Las ideas deben nutrirse fundamentalmente de las condiciones materiales de existencia, aunque las primeras también nutren a las segundas. Cuando las ideas pierden de vista la realidad dejan de ser conocimiento para convertirse en otra cosa, caemos en el idealismo, en puras elucubraciones de la mente humana. El marxismo busca, por encima de todo, *transformar* la realidad social. Y ésta no puede cambiarse sólo desde las cátedras o los despachos. Para transformar la realidad es ineludible estar en contacto con ella. El “marxismo de cátedra” ha perdido de vista la realidad porque no se preocupa de transformarla. Traiciona la principal razón de ser del propio marxismo.

El marxismo es la base de la ciencia revolucionaria al servicio del conjunto de la sociedad, de las clases populares, del proletariado. Mientras esté alejado de su “público”, de su “hábitat” natural, el marxismo sólo será una corriente filosófica, en el peor sentido de la palabra, formará parte de esa filosofía anterior a Marx, no será una guía para la acción, su filosofía estará presa de aquello que denunciaba Marx cuando decía que los filósofos se habían conformado con comprender la realidad sin aspirar a transformarla, su “filosofía” será una vuelta hacia atrás. La filosofía marxista, a diferencia de las que le precedieron, es una filosofía de la *praxis*. Esto no significa que

no deba trabajarse la teoría, significa que no hay que perder de vista que la teoría es un medio y no un fin en sí mismo. El fin es la práctica. Y gracias a este fin, es realmente posible el conocimiento. El marxismo supuso un paso adelante en la posibilidad de que la humanidad se comprendiera a sí misma, precisamente, porque buscaba transformar la realidad. Quien más necesita comprender la realidad es quien desea cambiarla, quien se pega a diario con ella, no quien permanece ajeno o alejado de ella. Necesitamos volver a la razón de ser del marxismo para que éste pueda realmente evolucionar, para que pueda renacer con fuerza. **Debemos centrarnos en cómo transformar nuestra sociedad. Es necesario retocar la teoría marxista sobre todo por cuanto respecta a la lucha política para posibilitar la transición al socialismo. Y en dicha parte del marxismo el principal concepto a considerar es, sin duda, el de la dictadura del proletariado. Este concepto no fue suficientemente desarrollado por Marx y Engels en su día, y no ha sido suficientemente cuestionado hasta ahora, o se ha hecho de una manera excesivamente maniquea, para rechazarlo por completo o para aceptarlo tal cual fue postulado en su día. Alrededor de este concepto es donde el marxismo debe renovarse, alrededor del cual deben hacerse los mayores esfuerzos por hacerlo progresar.** De esta parte del marxismo, es decir, de la lucha política para transformar la sociedad, la cual es el centro de gravedad de la doctrina marxista, se han desinteresado la mayor parte de filósofos o economistas “marxistas”. Ellos sólo se han preocupado de las partes puramente filosóficas o económicas de las ideas de Marx. Ellos se han acomodado en sus puestos de trabajo, se han adaptado a la sociedad capitalista, en vez de denunciarla y luchar contra ella, y se han puesto a desarrollar la teoría marxista en cuanto a todo aquello que se refiere a la hipotética futura sociedad comunista, pero se han olvidado de *cómo* hacer la *transición* desde la sociedad actual, es decir, se han olvidado de la parte *científica* del socialismo marxista. De hecho, así, se han convertido en nuevos utópicos. Con ellos el socialismo vuelve a ser utópico. Y es que el socialismo construido desde los despachos, desde las cátedras o desde las mentes “privilegiadas” sólo puede ser utópico. El socialismo sólo puede ser científico si se nutre de la realidad, si sus científicos salen de vez en cuando de sus laboratorios y hacen trabajo de campo. El socialismo no podrá ser construido sin las clases trabajadoras. Éstas deberán estar en permanente contacto con los intelectuales. El socialismo será un trabajo conjunto, en equipo, de toda la sociedad, de la mayor parte de ella, un trabajo en el cual la clase intelectual es sólo una parte del equipo, con un importante papel, pero no el *único*, ni siquiera el principal. Muchos marxistas se han olvidado de la lucha política, a ellos el Marx que fundó la Primera Internacional no les interesa, y otros muchos marxistas que no se han olvidado de ese Marx, sin embargo, se han olvidado de otro Marx, de aquel que reformulaba sus teorías en función de la práctica. Los unos se han olvidado de que la doctrina marxista es una guía para la *acción* y los otros de que dicha doctrina no es un *dogma*.

A principios del siglo XXI, con el recrudescimiento del capitalismo, poco a poco, el marxismo va volviendo a su lugar natural, al mundo real del trabajo, a la sociedad, a la política. ¡Pero no puede volver como si nada hubiese ocurrido en el último siglo! Muchos marxistas que no se han olvidado del leitmotiv del marxismo, sin embargo, han caído presos del dogmatismo, del que huía Marx, siguen aceptando y usando el concepto de la *dictadura del proletariado*, no se han replanteado la manera de implementarlo en la práctica, cómo evitar que degenera en la dictadura del partido

único, en la dictadura contra el proletariado, ni siquiera se han replanteado la necesidad de cambiar la manera de defenderlo en la guerra ideológica. Ya va siendo hora de cuestionarlo seriamente, tanto en la forma como en el fondo, pero sin renunciar necesariamente en bloque a todo el marxismo. ¡Al contrario! Replantarlo es seguir fiel al espíritu más profundo del marxismo. Simplemente, porque el marxismo busca transformar la sociedad, ésta es su razón de ser. Simplemente, porque Marx, tras experiencias mucho más breves, como la de la Comuna de París que apenas duró un par de meses, se replanteó el concepto de la dictadura del proletariado. ¿No tenemos ahora más motivos que Marx para hacerlo? ¿No lo hubiera hecho Marx? Algunas corrientes marxistas ya lo han hecho de manera más o menos implícita. Pero esto es insuficiente, si queremos ganar la guerra ideológica, si queremos llegar a las masas, hay que reconocer explícita y contundentemente los errores del pasado. Hay que desmarcarse de ellos de manera clara y abierta. El hacerlo no tiene por que implicar el enterramiento definitivo de la teoría revolucionaria marxista. Por el contrario, el reconocer sinceramente ante la opinión pública los errores del marxismo, el decir que no todo él es coherente, permite recuperar aquellos postulados marxistas correctos, la inmensa mayoría, juega a favor del marxismo para que éste se convierta en el eje central de la nueva teoría revolucionaria que se necesita en nuestros tiempos. Sólo si extirpamos del marxismo sus errores más groseros podrá el marxismo resurgir con fuerza. Si a la gente le hacemos comprender que el marxismo es en líneas generales correcto pero que contiene ciertos errores que hay que corregir, el marxismo podrá volver a tener credibilidad ante la opinión pública. Si nos agarramos a la idea de un marxismo impoluto, inamovible, estático, el marxismo seguirá impolutamente marginado, permanecerá inamovible y arrinconado, seguirá estáticamente enterrado ante las grandes masas, para beneficio de sus verdaderos enemigos: las minorías dominantes.

Y si queremos “purgar” al marxismo de sus errores más groseros, si queremos incluso combatir las tergiversaciones del mismo, es necesario volver a las fuentes, a lo que dijeron Marx y Engels, a reinterpretarlo a la luz de los acontecimientos posteriores a sus muertes, y sobre todo debe recurrirse al propio método marxista: el materialismo dialéctico, y especialmente el método científico. A pesar de que, como estoy intentando demostrar en este libro y en otros escritos míos, los padres del marxismo se equivocaron en el planteamiento del concepto de la dictadura del proletariado, no se podrá encontrar ninguna cita de Marx o Engels donde ellos asocien dicha dictadura con la de una vanguardia del proletariado. Cuando ellos pensaban en la dictadura del proletariado, no pensaban en un régimen de partido único dictatorial, al contrario, pensaban en una democracia obrera, de una amplitud y calidad superiores a la democracia burguesa. Basta recordar lo que decía Engels en *El programa de los emigrados blanquistas de la Comuna*:

De la idea blanquista de que toda revolución es obra de una pequeña minoría revolucionaria se desprende automáticamente la necesidad de una dictadura inmediatamente después del éxito de la insurrección, de una dictadura no de toda la clase revolucionaria, del proletariado, como es lógico, sino del contado número de personas que han llevado a cabo el golpe y que, a su vez, se hallan ya de antemano sometidas a la dictadura de una o de varias personas.

Como vemos, Blanqui es un revolucionario de la generación pasada.

Para los padres del marxismo, el blanquismo es algo del pasado. Tal vez Marx y Engels deberían haber insistido más en la idea de que la dictadura del proletariado no era la dictadura de ningún partido o élite, pero desde luego, no se desprende de sus escritos que ellos defendieran un régimen de partido único, más bien lo contrario. ¿No se pareció demasiado la Revolución rusa de 1917 a una revolución de tipo blanquista? ¿No se vio influenciado Lenin por el blanquismo, a pesar de criticarlo? La Revolución bolchevique, indudablemente, no fue sólo obra de una minoría, fue una revolución popular, donde la inmensa mayoría del proletariado participó, sobre todo en las ciudades, no así tanto en el campo, en este sentido no fue una revolución blanquista. Pero, no cabe duda de que en dicha revolución la vanguardia tuvo excesivo protagonismo, no cabe duda de que dicho protagonismo fue aumentando en el tiempo, y no cabe duda de que dicho protagonismo desbocado le permitió a dicha minoría monopolizar el proceso de construcción del socialismo. El blanquismo latente, ya existente en la ideología leninista, sustentado en las imprecisiones, ambigüedades y contradicciones del propio marxismo, fue poco a poco a más hasta convertir el proceso de construcción del socialismo soviético en un proceso de carácter claramente blanquista. El germen blanquista existente en Lenin, y sus seguidores, fue regado por las duras circunstancias hasta crecer demasiado e imposibilitar la revolución. Una minoría se situó por encima de las masas, no para dirigir las y orientarlas, sino para suplantarlas, no para servir las, sino para servirse de ellas. La revolución rusa empezó siendo poco blanquista, pero donde ya había ciertas tendencias blanquistas, y acabó siendo plenamente blanquista. Siendo así, la revolución socialista no podía triunfar a largo plazo. Ninguna revolución blanquista puede prosperar sin degenerar.

Una revolución que pretenda beneficiar al conjunto de la sociedad debe ser protagonizada por toda la sociedad, por la mayoría, y no por ninguna minoría por muy ilustrada y bienintencionada que ésta sea. **La revolución consiste sobre todo en aplicar una metodología revolucionaria. El blanquismo no es un método revolucionario, al contrario.** El blanquismo puede servir, de hecho así lo hizo y así lo hace, a las clases minoritarias, pero no a las clases populares. La revolución burguesa fue posible con el blanquismo, a pesar de haber usado la vanguardia revolucionaria burguesa, en determinados momentos, a las masas proletarias, pero la revolución socialista nunca será posible con el blanquismo. De esto ya lo advertía Engels en 1874. La revolución socialista deberá implicar la participación de las masas y de una vanguardia, pero ésta no debe tener un protagonismo excesivo. Debe haber vanguardia, pero no demasiada vanguardia. Sin vanguardia no habrá revolución, pero con demasiada vanguardia la revolución dejará rápidamente de ser revolución. Como todo en la vida, **toda revolución, para que sea verdaderamente una revolución social, es decir, que implique un nuevo sistema social, necesita un delicado equilibrio, entre vanguardia y masas, entre espontaneísmo y conciencia, entre improvisación y preparación, entre factores objetivos y subjetivos, entre necesidad y voluntad, entre teoría y práctica, entre realismo e idealismo. Dicho equilibrio debe alcanzarse dialécticamente. Los extremos deben realimentarse mutuamente para alcanzar dicho equilibrio.**

Lo primero de todo es la teoría (influida por las condiciones materiales de existencia), la cual influirá en la práctica y a su vez será influida por ésta. En base a la teoría se han hecho intentos prácticos pero éstos deben hacer replantearnos aquella, para

posibilitar una nueva praxis. Replantearse no es lo mismo que desechar por completo. No tiene por que implicar cambiar *toda* la teoría o buscar una *completamente* nueva que no reaproveche *nada* de la antigua. No necesariamente. En la actualidad, en algunos países ha surgido la revolución socialista, pero al mismo tiempo que lo intentan implementar, están repensando el socialismo, incluso éste está siendo influenciado por ciertas teorías más que dudosas, que suponen una ruptura radical con el marxismo, con la teoría más convincente que ha habido hasta el momento para comprender el capitalismo y por consiguiente para superarlo, la teoría que nos ha abierto la puerta para comprender en general nuestra sociedad y por tanto para tomar el control de nuestro destino. Dado que la teoría revolucionaria no está suficientemente desarrollada, dado que no se la ha adaptado suficientemente a los tiempos actuales, dado que todavía no se la ha retocado suficientemente en base a las experiencias prácticas, en esos países se está improvisando demasiado, con el peligro que ello conlleva. No se trata de volver a reconstruir de cero una teoría revolucionaria, sino de retocar la existente, que ha dado, a pesar de todo, algunos resultados interesantes, que explica como ninguna otra la historia humana y lo que está ocurriendo en la actualidad con el capitalismo. El marxismo debe ser considerado, pero también debe ser despojado de algunos de sus errores. ¡La teoría es el primer paso para la revolución! ¡Nunca debemos descuidar la teoría! ¡Sin teoría revolucionaria no hay práctica revolucionaria! Ésta fue una de las principales lecciones que nos enseñaron los padres del socialismo científico.

Bibliografía recomendada:

- *Introducción al marxismo* (capítulos finales *La dialéctica materialista* y *El materialismo histórico*). Ernest Mandel.
- *Introducción al marxismo*. Henri Lefebvre.
- *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*. Friedrich Engels & Karl Marx.
- *La ideología alemana*. (Capítulo I: *Feuerbach, oposición entre las concepciones materialista e idealista*). Friedrich Engels & Karl Marx.
- *El materialismo histórico*. Georgi Plejánov.
- *El papel del individuo en la historia*. Georgi Plejánov.
- *La ley del desarrollo desigual y combinado de la sociedad*. George Novack.
- *Los conceptos elementales del materialismo histórico*. Marta Harnecker.
- *Las ideas revolucionarias de Karl Marx*. Alex Callinicos.

2) El caso de la URSS

2.1. De la dictadura del proletariado a la dictadura del partido

La Rusia soviética empezó por desarrollar la democracia obrera. Los soviets eran la máxima expresión del poder popular. De hecho, esos consejos obreros fueron creados espontáneamente por los propios trabajadores rusos en la revolución de 1905 a partir de los comités de huelgas o de los comités de fábricas y talleres. Los obreros, los campesinos y los soldados fundamentalmente protagonizaban la incipiente democracia soviética. En los momentos iniciales del Estado soviético realmente las posturas marxistas y anarquistas no estaban tan distantes, pues el anarquismo defiende también la democracia directa, la autoorganización obrera. Los miembros de los soviets eran elegidos directamente por los obreros, por los soldados, por los campesinos. No percibían retribución alguna por el ejercicio de sus funciones y podían ser relevados en cualquier momento de su cargo si quienes los habían elegido consideraban que no representaban ya sus aspiraciones ni eran dignos de su confianza. La democracia soviética representaba, en este aspecto, un gran avance respecto de la democracia parlamentaria burguesa. El problema es que gradualmente el partido bolchevique, sobre todo bajo la batuta de Stalin, fue tomando excesivo protagonismo (de hecho ya lo tenía, por la inercia de los acontecimientos, pues el liderazgo bolchevique fue decisivo en el triunfo de la revolución) y fue liquidando la propia democracia soviética, como así lo denunciaba Trotsky en 1936 en su libro *La revolución traicionada: La burocracia de la URSS es algo más que una simple burocracia. Es el único estrato privilegiado y dominante en el pleno sentido de la palabra. Los medios de producción pertenecen al Estado, pero el Estado, en cierto modo, "pertenece a la burocracia"*. Si bien el mismo Trotsky también contribuyó notablemente, por lo menos siendo en parte cómplice, a la degeneración del Estado soviético que tanto denunció posteriormente. Incluso antes del acceso al poder de Stalin, los soviets fueron perdiendo gradualmente protagonismo. Mejor dicho, el partido bolchevique, influido por las duras circunstancias, pero también por su concepción de la dictadura del proletariado, acabó por controlar los soviets hasta el punto de desvirtuar su razón de ser.

A este respecto es interesante la crítica que hace Ida Mett en *La comuna de Cronstadt* a la explicación dada por Trotsky de la degeneración de la URSS:

Buscando una explicación de la génesis de la burocracia que había ahogado toda vida real en las instituciones del Estado soviético, Trotsky no tiene empacho en exponer su concepción. En su libro LA REVOLUCIÓN TRAICIONADA dice que la razón principal residía en el hecho de que los jefes desmovilizados del ejército rojo habían ocupado los puestos dirigentes en los soviets locales y habían introducido en ellos las costumbres del ejército, mientras que el proletariado se encontraba fatigado después del flujo revolucionario. De ahí el nacimiento de la burocracia. Hay que añadir que

Trotsky mismo intentó introducir estas costumbres en los sindicatos. ¿Era para evitar la fatiga al proletariado? Si éste se encontraba fatigado, ¿cómo es que todavía haya podido hacer huelgas casi generales en las ciudades más importantes e industriales? Y si el partido comunista era verdaderamente el pilar de la revolución social, ¿por qué no ha apoyado al proletariado en su lucha contra la joven, pero ya poderosa burocracia, en lugar de masacrarlo cuando ya estaba agotado por tres años de guerra imperialista y tres años de guerra civil? ¿Por qué este partido comunista se ha confundido con el Estado dictatorial?

Hay que admitir que este partido ya no era ni revolucionario ni proletario, y esto es lo que los cronstadianos le han reprochado. Su mérito es precisamente el haberlo dicho en 1921, cuando aún era tiempo de enderezar la situación y no haber esperado 15 años, cuando la derrota era definitiva.

*De hecho, la burocracia es una tara hereditaria en Rusia, quizá tan vieja como el Estado ruso mismo. **Los bolcheviques en el poder no han heredado la burocracia zarista misma, sino su espíritu y su atmósfera.** Tenían que saber que el Estado, al ampliar sus funciones a los asuntos económicos, al convertirse en el propietario de las riquezas naturales y de la industria, creaba el riesgo inmediato de ver renacer y profundizarse el espíritu burocrático.*

*Un médico que cura a un enfermo que tiene malos antecedentes hereditarios, debe aplicarle un tratamiento que tenga en cuenta sus taras y aconsejarle que tome precauciones. **¿Qué precauciones tomaron los bolcheviques para combatir la tara burocrática evidente desde los primeros años de la revolución? ¿Qué otro medio había de combatirla sino ventilar la atmósfera a través de un poderoso soplo democrático y aplicarle un control riguroso y efectivo por las masas trabajadoras?***

*Ciertamente hubo control, pero en realidad el comisariado de la Inspección Obrera y Campesina que estaba encargado de él confió estas funciones a los mismos burócratas. Por tanto, **no hay que buscar las causas del burocratismo muy lejos: residían en primer lugar en la concepción bolchevique del Estado absolutista mandado y controlado por un partido organizado él mismo sobre bases absolutistas y burocráticas; después estaban agravadas por la tradición burocrática propia de Rusia.***

Es falso hacer recaer sobre el campesinado la responsabilidad de las derrotas de la Revolución y su degeneración en régimen burocrático. Sería demasiado fácil explicar todas las dificultades de Rusia por su carácter agrario. Se dice a la vez que la revuelta cronstadiana contra la burocracia era de origen campesino y que la burocracia era igualmente de carácter campesino. Con semejante concepción del papel del campesinado, se puede uno preguntar cómo osaron entonces los bolcheviques propagar la idea de la revolución social y luchar por su aplicación en un país agrario.

Sin duda creían poder permitirse tales gestas con la esperanza de una revolución mundial, al tiempo que se consideraban como su vanguardia.

Pero una revolución en otro país, ¿no habría sido influenciada por el espíritu de la revolución rusa? Cuando se evalúa su autoridad moral en el mundo, uno se pregunta si sus desviaciones no debían marcar eventualmente con su sello a otros países en revolución. Múltiples hechos históricos autorizan semejante juicio. Aun reconociendo la imposibilidad de hacer triunfar la verdadera construcción socialista en un solo país, se puede dudar que la plaga burocrática del régimen bolchevique pueda ser curada por un soplo proveniente de otro país en revolución.

La experiencia fascista en países como Alemania demuestra que un desarrollo capitalista muy avanzado, o tradiciones democráticas como en Italia, no constituyen aún garantías suficientes contra el arraigamiento de un espíritu absolutista y autocrático. Sin intentar explicar el fenómeno, hay que constatar, no obstante, la poderosa oleada de autoritarismo proveniente de países avanzados económicamente y que amenaza con engullir nuestras antiguas ideas y tradiciones. Ahora bien, es un hecho incontestable que el bolchevismo está emparentado moralmente con este espíritu absolutista; le había creado, por así decir, un precedente peligroso. Por tanto, nadie podría afirmar que, en lugar de democratizarse, el bolchevismo no se habría manifestado por su influencia absolutista en otra revolución que hubiese seguida a la de Rusia.

¿No presentaba la vía democrática un peligro real? ¿No había que temer la influencia reformista en los soviets gracias al libre juego de la democracia? Por supuesto pensamos que existía este peligro realmente, pero no había que temerlo más que a los resultados inevitables de la dictadura incontrolable de un solo partido que tenía ya a Stalin como secretario general.

Se nos dice que el país estaba al límite de sus fuerzas y había perdido sus capacidades de resistencia. El país estaba efectivamente cansado de guerra pero, por el contrario, estaba hinchado de fuerzas constructivas y provisto en el más alto grado del deseo de instruirse y de educarse. Apenas acabada la guerra civil, se constató una verdadera riada de obreros y campesinos hacia las escuelas, universidades obreras y la enseñanza técnica. ¿No era este deseo el mejor índice de la vivacidad y de la resistencia de estas clases? En un país en el que el analfabetismo alcanzaba un grado enorme, esta instrucción habría podido contribuir ampliamente a permitir el verdadero ejercicio del poder por las masas trabajadoras.

*Pero, por esencia, **la dictadura devora las fuerzas creadoras del pueblo** y a pesar de los esfuerzos incontestables del poder central para difundir la instrucción entre los trabajadores, el instruirse se convirtió pronto en privilegio de los miembros del partido fieles a la fracción dirigente. Desde 1921 se comenzó a limpiar de sus elementos independientes las facultades obreras y las escuelas de enseñanza superior. Esta limpieza se acentuó más con el desarrollo de tendencias opositoras en el interior del partido. El esfuerzo de educación del pueblo fue comprometido cada vez más. El deseo de Lenin de que cada cocinera pudiese llegar a ser un hombre de Estado tuvo cada vez menos posibilidades de realizarse.*

Las conquistas revolucionarias no podían desarrollarse más que con la participación real de las masas. Todo intento de reemplazar a esta masa por una “élite” era profundamente reaccionario.

Maurice Brinton, en su libro *Los bolcheviques y el control obrero 1917-1921*, nos hace un relato cronológico de los acontecimientos de la Revolución rusa entre los años 1917 y 1921. En el segundo congreso panruso de los sindicatos, en enero de 1919, se sucedían las protestas de algunos delegados contra el hecho de que la democracia en las bases se convertía poco a poco en papel mojado:

Otro delegado, Perkin, protestó contra las nuevas reglas que exigían que el nombramiento de los representantes enviados por las organizaciones obreras al Comisariado del Trabajo fuera ratificado por el Comisariado. «Si elegimos a alguien como comisario en una reunión sindical -o sea si se permite en un caso dado que la clase obrera exprese su voluntad-, podría creerse que se permitiría también que ese «alguien» represente nuestros intereses en el Comisariado, sea nuestro comisario. Pues no. A pesar de que hayamos expresado nuestra voluntad –la voluntad de la clase obrera-, el comisario que hemos elegido tendrá que ser confirmado por las autoridades [...] El derecho que se concede a la clase obrera es el de hacer el ridículo. Tiene derecho, claro está, de elegir a sus representantes, pero el poder, con su derecho a ratificar o no la elección, hace lo que quiere con nuestros representantes.»

El control del Estado sobre los sindicatos -y a ese respecto ocurría lo mismo con todas las demás organizaciones-, era cada vez más estricto; y el Estado estaba ya de modo exclusivo en manos del partido y de sus agentes. Pero si el fiel de la balanza se había inclinado netamente a favor de la burocracia naciente, la organización y la conciencia de la clase obrera eran todavía lo bastante fuertes como para arrancar concesiones al menos verbales, a los líderes del partido y de los sindicatos. Los Comités de fábrica autónomos habían sido ya completamente aplastados, pero en los propios sindicatos los obreros emprendían todavía combates de retaguardia, e intentaban conservar algunos jirones de su antiguo poder.

El mismo autor nos explica que en el octavo congreso del partido bolchevique de marzo de 1919 se tomaron ciertas decisiones que marcarían el devenir de los acontecimientos:

La burocratización del propio partido provocó ásperos comentarios en el Congreso. Osinski declaró: «Es indispensable que los obreros entren en masa en el Comité central; es indispensable que sean lo bastante numerosos como para «proletarizar» al Comité central.» (Lenin llegaría a la misma conclusión en 1923, poco antes de la llamada «Promoción de Lenin».) Osinski propuso también que el Comité central pasara de 15 a 21 miembros. Era sin embargo muy ingenuo creer que esa entrada de proletarios en los órganos superiores del aparato administrativo iba a compensar el hecho de que la clase obrera hubiera perdido ya casi totalmente el poder que poseyó durante un breve periodo en sus lugares de trabajo.

Se discutió también en el Congreso sobre la decadencia de los soviets. Los soviets ya no desempeñaban ningún papel activo en relación con la producción -y el que tenían en todos los demás asuntos era insignificante. Las decisiones las tomaban cada vez más frecuentemente los miembros del partido que trabajaban en el «aparato soviético». Los soviets se habían convertido en órganos que ratificaban decisiones tomadas por otros, y estampaban sellos. Las tesis de Sapronov y de Osinski - que creían que el partido no debía tratar de «imponer su voluntad a los soviets»- fueron rechazadas categóricamente.

Los dirigentes del partido hicieron concesiones menores en todos los asuntos. Pero, tanto en el partido como en el conjunto de la economía, siguió imponiéndose al mismo ritmo un control cada vez más estricto. El Octavo Congreso creó el Politburó, el Orgburó y la Secretaría, que técnicamente eran sólo subcomités del Comité central, pero que asumieron rápidamente un poder enorme. **Era un gran paso adelante en el proceso de concentración del poder de decisión. Se reforzó la «disciplina de partido».** El Congreso decidió que todas las decisiones debían cumplirse, que sólo después de cumplidas podía presentarse un recurso a los órganos competentes del partido. «Todo lo concerniente al traslado de los elementos que efectúan un trabajo de partido depende del Comité central. Sus decisiones son obligatorias para todo el mundo.» **Empezaba la era de los «traslados» políticos –como medio de eliminar críticas molestas.**

Eduardo Durán-Cousin nos explica, en *Comunismo: Principio y fin de un sueño*, que a pesar de todas las denuncias, la tendencia concentradora no era un fenómeno artificialmente creado, sino impuesto por necesidades reales, por lo que al octavo congreso del partido bolchevique no le quedó otra alternativa que reconocer su necesidad, estableciendo en su resolución final:

La guerra civil ha colocado al Partido...en una posición en que son de una absoluta necesidad el centralismo más estricto y la disciplina más severa.

Según nos explica Brinton, el décimo congreso del partido, celebrado en marzo de 1921, convertido en una de las reuniones más dramáticas del bolchevismo, supuso la institucionalización de la contrarrevolución, allanó el camino definitivo al estalinismo:

*El tema omnipresente en el Congreso fue la «unidad». Teniendo en cuenta la amenaza exterior y la «amenaza» interna, no le resultó muy difícil a la dirección el obtener medidas draconianas. Esas medidas limitaban aún más los derechos de los miembros del partido. **Se suprimió el derecho de fracción.** «Por las razones apuntadas, el Congreso declara disueltos y prescribe disolver inmediatamente todos los grupos, sin excepción, que se hayan formado a base de una u otra plataforma (a saber «oposición obrera», «centralismo democrático», etc.). El incumplimiento de este acuerdo del Congreso acarreará la inmediata e incondicional expulsión del partido.» **Una cláusula secreta otorgó al Comité central poderes ilimitados para imponer la disciplina, incluido la expulsión de las filas del partido y hasta del propio Comité central (bastaba para ello una mayoría de dos tercios).***

Esas medidas, que abrían una nueva página de la historia de la organización bolchevique, fueron aprobadas por una aplastante mayoría. Pero hubo algunas dudas. Karl Radek afirmó: «Tengo la impresión de que se ha establecido una regla pero no sabemos muy bien contra quién podrá ser aplicada. Cuando se eligió el Comité central, los camaradas de la mayoría presentaron una lista que les daba un control completo. Todos sabemos que eso ocurrió cuando empezaron a aparecer discrepancias en el partido. Nadie puede adivinar [...] qué complicaciones pueden surgir. Los camaradas que proponen esa regla creen que es un arma dirigida contra camaradas que no piensan como ellos. **Aunque voté a favor de esa resolución, tengo la impresión de que puede volverse contra nosotros.**» Pero subrayando que tanto el partido como el Estado se encontraban en una situación peligrosa, Radek concluía: «Dejemos pues que el Comité central, en un momento de peligro, tome las medidas más severas, aunque sea contra los mejores camaradas, si lo cree necesario.» Esa actitud, o mejor dicho, esa mentalidad (la clase no puede tener razón contra el partido, el partido no puede tener razón contra el Comité central) daría ulteriormente terribles resultados, **convirtiéndose en una verdadera cuerda en torno al cuello de millares de revolucionarios honrados.** Permite comprender tanto a Trotsky, negando públicamente la existencia del «testamento» político de Lenin en 1927, como a los bolcheviques de la vieja guardia que «confesaban» crímenes que nunca habían cometido, durante los procesos de Moscú de 1936-1938. **El partido, institución deificada, no era ya más que un ejemplo de cómo puede transformarse en enajenación la actividad revolucionaria.**

Michel Olivier en *La izquierda bolchevique y el poder obrero 1919-1927* nos recuerda que existieron diversos grupos de comunistas, incluso del propio partido bolchevique ruso, que se oponían a la manera en que se estaban haciendo las cosas en la Rusia soviética.

Por ejemplo, en 1923 se entrega la *Declaración de los cuarenta y seis “viejos bolcheviques”* al buró político del partido en la que se dice textualmente:

El partido ha dejado de ser en una medida considerable una colectividad independiente viva. [...] Se observa una división creciente entre una jerarquía de secretarios [...], los funcionarios del partido reclutados por arriba, y la masa del partido que no participa en su vida común.

Por ejemplo, el documento *Plataforma de la oposición de izquierda*, también conocido como *Plataforma de los quince: en vísperas de Termidor*, fue publicado por primera vez en Francia en noviembre de 1927. Estas concepciones de la plataforma fueron presentadas en junio de 1927 al Buró político del Partido Comunista Ruso, pero, naturalmente, esta plataforma fue prohibida por el Comité Central de dicho partido.

En el prólogo de dicho documento, firmado por los grupos de vanguardia comunista, disidentes de la izquierda comunista italiana, se decía:

Se ha ligado el pensamiento del comunismo al prejuicio disciplinario y unitario: de este modo se han preparado, primero por la degeneración de la 3ª

Internacional y después por la falta de resolución, las premisas del Termidor que hoy es una realidad que se hace inexorable.

Y en este contundente documento sus firmantes, miembros del partido comunista ruso, afirman, entre otras cosas:

Los resultados generales del cambio de las relaciones de las clases durante los años de la NEP... (han conllevado) el nacimiento y el desarrollo de una burguesía de un tipo eminentemente parasitario, que ha ganado terreno en los campos del comercio, de la especulación, de la usura y, en parte, incluso de la producción.

[...]

Es necesario restablecer gradualmente los métodos de la democracia obrera que, durante los tres años de la cruel guerra civil, fueron fuertemente restringidos. Ante todo es necesario restablecer en el interior de las organizaciones la elegibilidad de todos los funcionarios.

[...]

*En lugar de mantener la elegibilidad y la revocabilidad de todo empleado del aparato estatal, que Engels defendía como el medio de protegerse contra los empleados y los todopoderosos, se ha concedido la más alta consideración al empleado "más ejemplar". **Las reuniones electorales se transforman, de formas políticas activas, en procedimiento banal para los obreros que aceptan, bajo amenaza de "consecuencias organizativas", los candidatos propuestos por arriba. Los miembros opositores del Partido no son aceptados en los Soviets aun cuando gozan de cierta popularidad entre los obreros.***

En los hechos, no hay ninguna elegibilidad, sino una simple elección sobre la base de la obediencia. En estas condiciones, los electores no disponen ya ni siquiera del derecho a retirar a sus delegados. Por el contrario, este derecho de revocación es ejercido por el aparato del Partido como un medio de eliminar a los indeseables. Los delegados no tienen ninguna responsabilidad ante los electores, ni las comisiones ejecutivas ante los Soviets. Por otro lado, los intervalos entre las convocatorias de los congresos del Partido se hacen cada vez más largos. Los informes de los delegados y de las comisiones ejecutivas a los electores tienen el carácter de discurso de presidentes de ministros y se sitúan por encima de toda crítica. El carácter revolucionario de las instituciones soviéticas pierde cada vez más vigor. Las amplias masas de la clase obrera no sólo han sido alejadas de la dirección del gobierno de los Soviets, sino que ni siquiera tienen ya ninguna posibilidad de gozar de la democracia obrera conquistada como consecuencia de la revolución. En estas condiciones, el elector obrero va a las elecciones por pura formalidad, como un pesado deber.

La autoridad de los soviets pierde su valor a los ojos de la masa obrera. Ésta esquiva las elecciones. Se está forzado a aplicar medidas coercitivas para

celebrar artificialmente los mítines electorales. La adaptación de las masas al trabajo del Estado se limita a los supuestos ascensos. Habitualmente este sistema de ascensos está representado o bien por la corrupción efectuada por medio de sueldos muy elevados, y de privilegios, o bien por el alejamiento del aparato del Partido de los obreros sospechosos, empleándolos en una empresa en la que ya casi no podrán tener contacto alguno con las masas.

*Como consecuencia de este procedimiento, **los órganos de la dictadura proletaria se transforman en mecanismos parlamentarios que se inflan para provecho de los funcionarios del “antiguo aparato”.** Este aparato es cargado como una pesada carga sobre los hombros de la clase obrera en contradicción con las organizaciones de la comuna parisiense, que resolvió el enigma del gobierno a buen precio.*

***La importancia del enorme ejército de funcionarios se acrecienta gradualmente.** En efecto, es inaprensible e irresponsable ante la clase obrera, y los medios de producción socialistas, así como los órganos ejecutivos del gobierno, le están subordinados. De esta manera, este ejército se hace más grande económica y políticamente; está interesado en el **fortalecimiento del burocratismo.** Se transforma cada vez más en una capa social independiente.*

[...]

La burocratización del Partido, la degeneración de sus elementos dirigentes, la fusión del aparato del partido con el aparato burocrático del gobierno, la influencia disminuida de la parte proletaria del partido, la introducción del aparato gubernamental en las luchas internas del partido, todo esto muestra que el Comité Central ha sobrepasado ya en su política los límites del amordazamiento del partido y comienza la liquidación y la transformación de este último en un aparato auxiliar del Estado.

[...]

Los teóricos de la corriente Stalin-Bujarin, después que han erigido a Lenin un mausoleo conteniendo su cuerpo “incorruptible” y mientras no se trata más que de hablar, inciensan su persona y su doctrina, tergiversando paso a paso su sentido, naturalmente de modo enmascarado y encubierto y hacen pasar por leninismo lo que Lenin combatió con encarnizamiento cuando vivía.

En dicho documento, y recordando lo que dijo en su día Lenin, e incluso ciertas resoluciones del propio partido bolchevique (por ejemplo, las tomadas en el décimo congreso), se reivindica, además de la elegibilidad de todos los funcionarios, su revocabilidad y salarios parecidos a los obreros, sin dejar de insistir también en la necesidad de la libertad de crítica, de la existencia de sindicatos independientes y del derecho a la huelga, entre otras cosas. Se aboga también por revitalizar los soviets. Asimismo, en la carta adjunta al susodicho documento, los disidentes bolcheviques acusan al Comité Central de acallar las voces disidentes por la fuerza, de usar el aparato gubernamental contra los miembros del partido, de reprimir las opiniones distintas, de evitar que éstas lleguen a las bases para que ellas puedan contrastar, de construir una falsa unidad, una irreal unanimidad, etc., etc., etc. ¡El emergente

estalinismo es denunciado desde las propias filas bolcheviques! Sin embargo, en dicho documento se reivindica que sólo puedan participar en los soviets los obreros y los campesinos pobres, es decir, se reivindica una democracia restringida, aunque no tan restringida como la que empieza a vislumbrarse en la dictadura del proletariado implementada, que poco a poco va convirtiéndose en la dictadura del partido único, más aun, del comité central de dicho partido. Pero, a pesar de que dicho documento reproduce en parte los errores derivados del concepto de la dictadura del proletariado, tal como la concibió Lenin, a la vista de estas críticas, provenientes del mismo campo comunista, de la disidencia interna del propio partido comunista ruso, ¿es posible desvincular la degeneración del Estado soviético de la metodología empleada para construirlo?, ¿es creíble achacar dicha degeneración exclusivamente al duro contexto? ¿No iba la URSS alejándose gradualmente de los principales postulados marxistas? ¿Ha de extrañarnos que el “socialismo real” fuera muy poco socialismo, que finalmente colapsara ante la pasividad de las masas proletarias? Lo que estoy intentando demostrar en este libro es que la ideología influyó mucho en el devenir de los acontecimientos, que no puede explicarse la degeneración burocrática del régimen soviético *sólo* por las circunstancias, es más, que el uso de métodos peligrosos se vieron en parte “avalados” por el ambiguo concepto de la dictadura del proletariado, el cual fue interpretado de cierta manera por Lenin, interpretación que abrió la puerta a lo que posteriormente se denominó estalinismo. El difícil contexto, *junto* con los errores ideológicos, posibilitó la degeneración del Estado proletario soviético. Existieron factores materiales e inmateriales que determinaron dicha degeneración, que se interrelacionaron, tal como nos dice la dialéctica.

Ciertas facciones bolcheviques luchaban contra la *manera* en que se estaba haciendo la revolución socialista. Remito al libro de Michel Olivier, donde éste nos transcribe por entero interesantes documentos, algunos de ellos surgidos en el propio Partido Comunista Ruso. Pero no me resisto a incluir estos pasajes del informe presentado al octavo congreso panruso de los soviets, el 30 de diciembre de 1920 (en la época de Lenin), por Alexandra Kollontai en nombre de la llamada Oposición Obrera:

*El mal que hace la burocracia no está sólo en el papeleo, como algunos camaradas quisieran hacernos creer cuando limitan la discusión a “la animación de las instituciones soviéticas”, sino que está sobre todo en la manera cómo se resuelven los problemas: no a través de un intercambio abierto de opiniones, o por los esfuerzos de todos los que están concernidos, sino por decisiones formales tomadas en las instituciones centrales por una sola persona o un número muy reducido de ellas, y transmitidas ya acabadas hacia abajo, mientras que las personas directamente interesadas son excluidas con frecuencia completamente. **Una tercera persona decide de la suerte de usted: he ahí la esencia de la burocracia.***

[...]

No puede haber actividad autónoma sin libertad de pensamiento y de opinión, pues la actividad autónoma no se expresa sólo en la acción y el trabajo, sino también en el pensamiento independiente. No damos ninguna libertad a la actividad de la clase, tenemos miedo de la crítica, hemos dejado de apoyarnos en las masas. Por eso está entre nosotros la burocracia. Por eso la Oposición

obrera considera que la burocracia es nuestro enemigo, nuestra peste y el peligro más grave para la existencia futura del Partido comunista mismo.

Para expulsar la burocracia que se alberga en las instituciones soviéticas, es necesario desembarazarse primero de la burocracia en el Partido mismo. Es ahí donde debemos afrontar la lucha inmediata contra el sistema. Desde el momento en que el Partido, no en teoría sino prácticamente, reconozca que la actividad autónoma de las masas es la base de nuestro Estado, entonces las instituciones soviéticas volverán a ser automáticamente esas instituciones vivas encargadas de aplicar el programa comunista y dejarán de ser las instituciones del papeleo, los laboratorios de decretos nacidos muertos en que han degenerado muy rápido.

Qué debemos hacer para destruir la burocracia en el Partido e introducir en él la democracia obrera: Primero hay que comprender que nuestros dirigentes se equivocan cuando dicen: “justo en este momento estamos de acuerdo en aflojar un poco las riendas”. Pues no hay peligro inmediato en el frente militar, pero desde el momento en que sentimos que el peligro vuelve, aplicaremos de nuevo el “sistema militar” en el Partido. Se equivocan. Hay que recordar que fue gracias al heroísmo cómo se salvó Petrogrado, cómo se salvó muchas veces Lugansk, otras ciudades y regiones enteras. ¿Fue sólo el Ejército Rojo el que organizó la defensa? No; había además la actividad heroica y la iniciativa de las masas mismas. Cualquiera camarada recuerda que durante los momentos de peligro supremo, el Partido recurrió siempre a la actividad autónoma de las masas, pues veía en ellas la tabla de salvación. Es muy cierto que en el momento de un peligro amenazador, la disciplina de partido y de clase debe ser más estricta, debe haber más sacrificios, más exactitud en cumplir las tareas, etc., pero entre estas manifestaciones del espíritu de clase y la “subordinación ciega” que ha sido desarrollada recientemente por el Partido, hay una gran diferencia.

La Oposición obrera, junto con un grupo de obreros responsables en Moscú, en nombre de la regeneración del Partido y de la eliminación de la burocracia en las instituciones soviéticas, **reclama la realización completa de todos los principios democráticos** no sólo durante el período actual de respiro, sino también durante los momentos de tensión interior y exterior. Es la condición primera y fundamental de la regeneración del Partido, de su retorno a los principios de su programa, del que se desvía cada vez más bajo la presión de elementos extraños a él.

Finalmente, y por no abusar de la paciencia del lector (pues reconozco que en el presente libro me he explayado en usar citas, ya que he considerado necesario sostener sólidamente mis argumentos en ellas, he preferido decir de más que dejar algo en el tintero), simplemente me hago eco de otro documento que aparece en el mismo libro de Michel Olivier, una carta escrita el 26 de febrero de 1922 por 22 miembros de la Oposición, pertenecientes al Partido Comunista Ruso, y dirigida a los miembros de la Conferencia Internacional de la Internacional Comunista. Le recuerdo al lector que Lenin murió en 1924 y en mayo de ese mismo año, 1922, tuvo su primer infarto. Dicha carta empezaba de la siguiente manera:

Queridos camaradas:

Hemos sabido por nuestros periódicos que el Comité ejecutivo de la Internacional estudia la cuestión del frente obrero único y estimamos que es nuestro deber comunista poner en vuestro conocimiento que la causa del frente único está gravemente comprometida en nuestro país, no sólo en el sentido amplio de la palabra, sino incluso en el interior de nuestro Partido.

*En el momento en que el elemento pequeñoburgués nos presiona enérgicamente por todas partes y penetra incluso en nuestro Partido, cuya composición social (40 % de obreros y 60 % de no proletarios) favorece este peligro, **los órganos dirigentes del Partido llevan una lucha implacable y desmoralizante contra todos aquéllos, y particularmente proletarios, que se permiten tener una opinión personal; la expresión de esta opinión es objeto, dentro del Partido, de diferentes medidas de represión.***

Querer acercar las masas proletarias al Estado es considerado como “anarcosindicalismo”, y los miembros de esta tendencia son perseguidos y, así, desacreditados.

En el movimiento sindical, mismo panorama: represión de la acción y de la iniciativa obreras, empleo de todos los medios para combatir a los malpensantes. Las fuerzas coaligadas de la burocracia del Partido y de los sindicatos abusan de su situación y de su poder e ignoran las decisiones de nuestros congresos que ordenan la aplicación de los principios de la democracia obrera. Nuestras fracciones en los sindicatos e incluso en los congresos son privadas del derecho a expresar su voluntad para la elección de los comités centrales. La tutela y la opresión de la burocracia llegan a tal punto que los miembros del Partido deben, bajo pena de exclusión y otras medidas represivas, elegir no a los que querrían elegir los comunistas, sino a los que quieren hacer elegir los grupos de intrigantes bien situados. Tales métodos de trabajo conducen al arribismo, al espíritu de intriga y al servilismo, a lo que los obreros responden yéndose del Partido.

A la vista de lo que denunciaban ciertos bolcheviques cuando Lenin dirigía la Revolución rusa, cuando era el máximo líder del partido bolchevique, ¿cómo puede desvincularse por completo el leninismo del estalinismo?, ¿es que Lenin no se enteró de lo que decían algunos de sus camaradas?, ¿puede afirmarse que Lenin no tiene *ninguna* culpa de la contrarrevolución estalinista? No, no puede obviamente afirmarse. El mismo Lenin entonó el mea culpa cuando la degeneración burocrática ya no podía pasar desapercibida, cuando, desgraciadamente, ya era demasiado tarde, cuando el mal creció hasta convertirse en un monstruo prácticamente imparable. Otra cuestión consistiría en saber hasta qué punto el líder ruso se dio cuenta de sus errores. Y es que, como estoy intentando demostrar en este libro y en otros escritos (ver *Los errores de la izquierda* y *Relativizando el relativismo*), el principal error lo cometieron ya en su día Marx y Engels al postular el concepto de la dictadura del proletariado, al menos de la manera en que lo hicieron, aunque no sólo en la forma sino también en el fondo. Los discípulos marxistas, con Lenin a la cabeza, no sólo no corrigieron el error de sus “maestros”, sino que lo agravaron. Muchos marxistas, en su afán por limpiar al

marxismo de los contagios del leninismo, cuestionan a muchos marxistas que tergiversaron el marxismo, pero no se atreven a cuestionar al propio marxismo, se siguen agarrando a algo supuestamente “impoluto”, “puro”, a un supuesto “marxismo original”, a un jardín del Edén, a un paraíso perdido. Tal vez por miedo a que al criticar en algo al marxismo se cuestione por completo al propio marxismo en general, a su núcleo más duro, tal vez para usar ciertos chivos expiatorios para librar al marxismo de toda sospecha, para culpar a otros de los propios males del marxismo, o tal vez, simplemente, como reacción opuesta, extrema, a la idea burguesa dominante consistente en decir que *todo* lo dicho por el marxismo debe ser echado al cubo de la basura. Como el movimiento del péndulo, ciertos “marxistas” tienden a decir justo lo contrario que los apologistas capitalistas: que el marxismo, *todo* él, es válido, que está libre de *toda* culpa, de *todo* error. Probablemente sin querer, esos “marxistas”, le hacen el juego a la burguesía que tiene a su favor la praxis acontecida, además de los medios de adoctrinamiento ideológico. La religión no se combate con otra religión, sino con ciencia. El marxismo es, por encima de todo, ciencia, aunque no exclusivamente, pues tras él se esconde la fe en el propio ser humano. Pero defender al marxismo mediante actos de pura fe ciega desprovista de razón atenta contra el ADN del marxismo.

Con esto no quiero decir que no haya que recuperar al marxismo original, que no haya que reinterpretarlo, que releerlo, que reestudiarlo, que no haya que despojarlo de aquello que lo empeoró o contaminó, quiero decir, precisamente, que al hacerlo sin limitaciones y considerando las experiencias prácticas (última fuente de todo conocimiento, el verdadero juez de toda teoría), descubriremos que el propio marxismo adolecía de ciertos males, de ciertas carencias, empezando por ciertas imprecisiones, ciertas ambigüedades, y acabando incluso por ciertas contradicciones irresolubles, es decir, ciertos errores. Yo creo que cuestionar al marxismo, usando el mismo método marxista, por el contrario, es ser más fiel al espíritu de Marx y de Engels. Es más, yo creo que no hay que ser fiel a ninguna persona, a ninguna ideología. Hay que serlo a la verdad. Esos “marxistas puros” procuran limpiar al marxismo de la basura ideológica que le ha ido ensuciando en el tiempo, una vez muertos Marx y Engels, pero se olvidan de extirpar la basura ideológica que tenía el propio marxismo. Practican el librepensamiento, el pensamiento crítico, para con Lenin, Trotsky o Stalin, pero lo obvian para con los mismos Marx y Engels. Se liberan del culto a la personalidad de los discípulos del marxismo, de quienes se consideraron sus sucesores o ejecutores, pero no del culto a los mismos padres espirituales del marxismo, sustituyen unos cultos por otros, unos dogmas por otros, siguen impregnados de cierto pensamiento religioso, siguen careciendo de espíritu científico, de ese mismo espíritu gracias al cual Marx y Engels desarrollaron sus innovadoras ideas. Si llevamos el librepensamiento hasta las últimas consecuencias (si no se hace, el librepensamiento es muy poco libre), nos libramos de todos los cultos, somos más fieles al espíritu científico, y de paso, para quien le preocupe (que a mí no), al espíritu más profundo del propio marxismo. A mí sobre todo me preocupa la razón de ser del marxismo: de lo que se trata es de transformar la realidad, no sólo de comprenderla.

Yo creo que la gran aportación del marxismo fue su método, el cual puede resumirse en base a la siguiente ecuación: marxismo = método científico + materialismo dialéctico. Realmente podemos decir que el segundo operando de esta suma es una

consecuencia del primero. En verdad el marxismo no es más que la aplicación del método científico para comprender (y por tanto para construir también) la sociedad humana. Al aplicar el método científico Marx descubrió la dialéctica materialista. Sin embargo, pese a sus grandes aportaciones, la más importante de las cuales fue su método, su nueva concepción del mundo, Marx y Engels también cometieron errores, como seres humanos que eran, grandes hombres, pero no perfectos, ni dioses. Así como ellos superaron los errores de los que les precedieron, nosotros debemos superar los suyos, así como las generaciones venideras superarán los nuestros. Y esto podemos hacerlo ahora más fácilmente: basta con emplear su método. Ser fiel al marxismo es ante todo ser fiel a su razón de ser y a su método. En cuanto a esto yo me declaro fiel al marxismo, por lo menos intento serlo. Si para ello hay que ser infiel a otros postulados marxistas, pues bienvenida sea dicha infidelidad. Y, por último, ser fiel al método marxista no consiste en tener fe ciega en él, sino en pensar que su método es el mejor de los descubiertos hasta el momento, cuya "creencia" se basa en lo observado, en el contraste entre dicho método y otros. El día que se descubra otro método mejor, que explique mejor lo acontecido, que posibilite controlar mejor el destino de la humanidad, habrá que enterrar al método marxista como éste hizo con sus predecesores. Pero ese día todavía no ha llegado, si es que alguna vez llegará. Por el momento, Marx nos legó el mejor método conocido para analizar la realidad, e incluso para cambiarla. ¡Apliquémoslo hasta las últimas consecuencias!

Como decía Alexandra Kollontai en el informe de la Oposición Obrera, la esencia de la burocracia es, en suma, la falta de democracia. Por tanto, la manera de combatirla es con más y mejor democracia. **El antídoto contra la lacra del burocratismo es una intensa dosis de democracia, de poder popular, proveniente desde abajo.** El problema, como explico a lo largo de este libro, es que **el concepto de la dictadura del proletariado no permitía aumentar suficientemente la democracia.** La democracia restringida, limitada, que planteaba dicho concepto, al menos tal como lo interpretó el leninismo (y tal interpretación era posible en base a lo poco y ambiguamente en que dicho concepto fue planteado por los padres del marxismo), sembraba el terreno del burocratismo, creaba una peligrosa dinámica, que incluso agravaba el problema heredado de la vieja sociedad burguesa que intentaba superarse. **La dictadura del proletariado perpetuaba, e incluso empeoraba, los problemas de la dictadura burguesa.** La cuestión no consistía en implementar una nueva democracia con otros límites, con otros protagonistas, sino que se trataba de evitar todo lo posible poner límites a la democracia, se trataba de llevar a la práctica la igualdad, sin la cual no puede haber democracia, se trataba de dar el protagonismo al conjunto de la sociedad, no sólo a algunas clases. Dicha dictadura proletaria, sustentada en una concepción burguesa del Estado y de la sociedad, no servía al proletariado, perpetuaba la vieja sociedad clasista bajo otras formas, producía tan sólo la sustitución de unas élites por otras, cuando el verdadero mal era el propio hecho de que existieran élites dominantes.

Rosa Luxemburgo afirmaba que el verdadero sentido del movimiento socialista era *la abolición de los 'dirigentes' y de la masa 'dirigida' en el sentido burgués.* Sin embargo, gran parte de la izquierda fue presa del pensamiento dominante burgués de su época, producto del modo de producción capitalista (como así prevé el propio materialismo histórico), y formuló, mejor dicho conjeturó, un concepto que impedía una verdadera

transición entre la vieja sociedad y la nueva buscada. Si Marx no pudo superar la identificación del Estado con el Estado *burgués*, pensando que *todo* Estado siempre sería clasista porque siempre *había* sido así, y proponiendo “tan sólo” que el proletariado ocupara el puesto de la burguesía para transformar, sin decir cómo, el Estado heredado, es decir, el Estado conquistado, si pecó de poco preciso e imprudente a la hora de formular el vago y malsonante concepto de la dictadura del proletariado, Lenin, por su parte, preso todavía más del pensamiento burgués de su época, influido por la tradición autoritaria de la Rusia de los zares en la que nació, creció y vivió durante muchos años, aburguesó todavía más el concepto que debía servir de sustento ideológico para superar la sociedad burguesa interpretando el concepto conjeturado vagamente por Marx y Engels a la manera burguesa, de una manera todavía más burguesa. **Para Lenin la dictadura del proletariado equivalía a la dictadura de una vanguardia que se situaba por encima del proletariado que decía representar, construyendo el nuevo sistema a la vieja manera, sólo desde arriba, posibilitando así afianzar la sociedad clasista en vez de combatirla.** El proletariado, las clases populares, el pueblo, seguían siendo alienados, seguían siendo dominados en el “nuevo” Estado. La dictadura del proletariado no era protagonizada por el proletariado y acabó convirtiéndose en la dictadura *contra* el proletariado.

Y es que el pueblo no podía *liberarse* con la vieja máquina de *dominación* heredada, con los viejos métodos heredados, necesitaba transformar *radicalmente* dicha máquina, convertirla en un instrumento de liberación. En esto coincidían casi todas las facciones revolucionarias, incluido Lenin. En esto insistieron ya los padres del marxismo. El problema vino de lo que se entendía *en concreto* por cambiar *radicalmente*, en saber *qué* debía hacerse en la *práctica*, en determinar *cómo* transformar el Estado burgués heredado para superar la sociedad clasista. Pero para poder transformar radicalmente la vieja sociedad primero había que liberarse ideológicamente de la vieja sociedad, no soñando con utopías inalcanzables, no creando un vacío insuperable entre el presente y el futuro (como así hace el anarquismo o así hacía el socialismo utópico), pero tampoco sometiéndose demasiado al pasado y al presente, tampoco hipotecándose demasiado a la inercia del pasado, no sin un impulso suficiente para superar el presente, sino que usando la dialéctica materialista que nos abría las puertas por primera vez para la realización práctica de los viejos sueños de emancipación de la humanidad. **El socialismo científico era el único que nos permitiría construir el socialismo. Pero la ciencia nunca puede avanzar o actuar sin libertad, sin la participación abierta y activa de toda la sociedad, sin el enfrentamiento igualitario, ilimitado, entre todo tipo de ideas.** La nueva sociedad sólo podía germinar usando la ciencia, es decir, justo de la manera contraria a cómo la burguesía construyó su sistema capitalista. Lenin y sus camaradas, a pesar de lo proclamado, contradiciéndose a sí mismos en muchos aspectos, se decantaron en determinado momento, no por la ciencia, sino que por la religión. El proletariado debía tener *fe* en que los de arriba sabían lo que hacían, debían *obedecer* a los que dirigían el proceso de cambio social, el rebaño debía seguir a sus nuevos pastores. La vanguardia revolucionaria, que en su día fue realmente una vanguardia, que en su día impulsó decisivamente la revolución, acabó convirtiéndose, por mor de la dialéctica, en lo contrario, en una retaguardia, en un lastre, en contrarrevolucionaria, y eso ocurrió en cuanto la parte de arriba perdió contacto con la

parte de abajo, en cuanto la vanguardia revolucionaria dio la espalda a las masas revolucionarias. Así se incumplió uno de los postulados de Marx que decía que la libertad consistía *en convertir al Estado de órgano superimpuesto a la sociedad en uno completamente subordinado a ella.*

Y es que sólo es posible construir un Estado al servicio de la sociedad con la participación activa de toda la sociedad, con un trabajo en equipo entre arriba y abajo, siendo la parte de abajo, es decir, la sociedad, quien lleve la voz cantante, y no al revés. **La sociedad clasista es básicamente una sociedad hecha desde arriba. La sociedad no clasista sólo puede construirse cuando es la parte de abajo la que controla el proceso de construcción.** La sociedad no clasista se alcanzará cuando ya no haya arriba ni abajo, mejor dicho, cuando ambas partes se interconecten hasta casi desaparecer esa distinción. Es decir, cuando quienes estén arriba, quienes ostenten ciertos cargos de responsabilidad, se sometan a la voluntad de los de abajo por completo, les sirvan en vez de servirse de ellos, sirvan a la sociedad en vez de dominarla, sean controlados por la sociedad en vez de controlarla. Nunca podrá construirse una sociedad no clasista, emancipada, *sólo* desde arriba. El protagonismo deberá venir desde abajo, deberá ser asumido cada vez más desde abajo, y no al contrario. Como mínimo, desde el principio, el proceso de construcción de la nueva sociedad deberá hacerse mediante una comunicación fluida, bidireccional, entre arriba y abajo. En cuanto dicha comunicación se vuelve unidireccional, en cuanto sólo va desde arriba hacia abajo, ya no es posible construir esa nueva sociedad perseguida, tarde o pronto se vuelve al punto de partida. Y es que, además, la libertad sólo puede alcanzarse con más libertad, y no con represión, practicando la libertad y no posponiéndola, no renunciando a ella. **El fin de la libertad se alcanza mediante el método de la libertad. El fin y los medios se interconectan dialécticamente.** La libertad es, al mismo tiempo, medio y fin. Si se usa un medio inadecuado se imposibilita el fin. Al traicionar los medios, traicionamos los fines. Los fines no justifican los medios, aquellos están incluidos en éstos, los primeros forman parte de los segundos, los fines y los medios se confunden, son dos caras de la misma moneda.

El principio de que el fin está incluido en los medios está más acorde con la dialéctica, la cual establece la íntima conexión entre teoría y práctica, pero también entre fines y medios. El marxismo-leninismo, ciertas interpretaciones del marxismo en general, en este aspecto, fueron poco dialécticos. Pero la dialéctica marxista es materialista, y esto significa que la práctica es la que manda en última instancia, que lo concreto, que los fines intermedios, que los medios empleados son los que realmente, en última instancia, mandan. Por esto, según la propia dialéctica materialista, los fines vienen determinados, en sumo grado, aunque no totalmente, por los medios, y no tanto al revés. A ciertos métodos corresponden ciertos fines. O lo que es lo mismo, el uso de métodos incorrectos mina el camino hacia los fines deseados. **La izquierda no puede emplear los mismos métodos que la derecha puesto que sus fines son distintos.** El uso de los métodos de la derecha conduce hacia una sociedad que es, en esencia, la sociedad defendida, buscada, por la derecha. Así ocurrió en la Revolución rusa, la cual, entre otras muchas cosas, careció del suficiente *materialismo dialéctico*. Dicha revolución se hizo en base al principio de que el fin justifica los medios, atentando contra el ADN del marxismo. Por esto, entre otros motivos, el régimen implantado en nombre del marxismo atentó contra él, por no usar el método marxista. La URSS

traicionó al marxismo porque traicionó a su concepción básica: el materialismo dialéctico.

Las contradicciones metodológicas (las cuales dependen del contexto material pero también de las ideologías en las que se inspiran) son las que determinan el curso de los acontecimientos históricos, y esto es especialmente cierto para los acontecimientos humanos más dialécticos posibles: las revoluciones. Podemos decir, en general, sin temor a equivocarnos mucho, que **los principales problemas (ideológicos) de las experiencias prácticas (y teóricas) basadas en el marxismo tienen que ver con la incomprensión del materialismo dialéctico, el ADN del marxismo, además de por los propios problemas que había en la misma ideología marxista, de sus contradicciones, las cuales también atentaban algunas de ellas contra dicho ADN.** El marxismo sentó las bases de la revolución socialista, pero su método, su nueva concepción del mundo, no fue suficientemente comprendido o aplicado (incluso por los propios padres del marxismo en determinados momentos), no fue suficientemente llevado hasta las últimas consecuencias; y, además, dichas bases no fueron desarrolladas, el *principio* del camino intelectual cuyas puertas abrieron Marx y Engels se convirtió en *fin*, en sus líneas más importantes, como en la teoría de *cómo* debía ser el sistema político en base al cual pudiera desarrollarse el socialismo. Marx y Engels sentaron las bases del socialismo científico pero dichas bases no fueron desarrolladas, y, además, por si fuera poco, en verdad como consecuencia de lo anterior, el marxismo no fue despojado de sus errores, los cuales fueron acrecentados en el tiempo. Y esto fue así porque se incumplió el sustento del método marxista: el método científico, que obliga a cuestionar las teorías en base a la praxis, que obliga a rastrear la teoría en busca de posibles contradicciones. **El principal drama del marxismo consistió en que su cientifismo se convirtió rápidamente en religión,** incluso en los mismos tiempos de Marx, quien renegó del término *marxista*, sin bien él y Engels no hicieron lo suficiente, lo necesario, para evitar la tergiversación de sus principales postulados, empezando por su profunda concepción basada en la ciencia, es decir, en el librepensamiento.

El concepto de la dictadura del proletariado es el paradigma de las contradicciones del propio marxismo. Dicho concepto, como estoy intentando demostrar a lo largo de este libro, atenta contra el fundamento más central del marxismo: la dialéctica materialista. Y su no cuestionamiento (a pesar de las grandes evidencias teóricas en el siglo XIX y de las empíricas ocurridas a lo largo del siglo XX) fue la causa, y sigue siendo la causa, de que ese craso error no fuese corregido, no sea aún corregido en nuestros tiempos. Ésta es la principal causa de la desnudez ideológica de la izquierda en la actualidad. La izquierda no marxista no tiene una teoría que pueda considerarse como tal. La izquierda marxista dispone de una teoría estancada con algunos errores que aún no han sido corregidos. Una vez despojado el marxismo de sus errores, sobre todo de la madre de todos sus errores, y una vez enriquecido con el anarquismo y con algunas ideas de la Ilustración, tendremos una nueva teoría revolucionaria, la revolución (y no sólo la rebelión) será realmente posible, el socialismo entrará de nuevo en la agenda de la historia, podremos de nuevo emprender con determinación el camino de la superación de la sociedad capitalista, de la sociedad clasista. En dicha nueva teoría revolucionaria el marxismo

ocupará un lugar central, será el Sol alrededor del cual orbitarán otros planetas. La teoría revolucionaria no puede prescindir de la dialéctica materialista.

Dicho concepto de la dictadura del proletariado atenta contra la *concepción* marxista del mundo, que es, a su vez, también, el *método* marxista para transformarlo, porque no cumple el principio materialista dialéctico de que el fin está contenido en los medios. La dictadura del proletariado, es decir, el empleo de los medios de la sociedad postulada por la derecha, condujo, como no podía ser de otra manera, a una sociedad de derechas en sus líneas más esenciales, condujo incluso al totalitarismo, con algunas peculiaridades muy especiales en cuanto al sistema económico. El sistema implantado en la URSS fue un sistema mutante cuyas profundas contradicciones, enraizadas en contradicciones teóricas insolubles, se resolvieron de una de las dos únicas maneras posibles, de la más probable: volviendo al capitalismo, a la sociedad burguesa que se quería superar, en vez de avanzando decisivamente hacia el socialismo. No era suficiente con estatizar los medios de producción, era imprescindible también desarrollar todo lo posible la democracia política y económica. Sin ella, como el boomerang, el capitalismo de Estado estaba condenado a volver al capitalismo, no era posible alcanzar el socialismo. **La democracia es el combustible del socialismo, de la transición de la sociedad clasista a la sociedad no clasista.**

El factor diferencial en el método a emplear para construir el socialismo es la democracia. Sin suficiente democracia se perpetúa el capitalismo (el cual se basa fundamentalmente en la dictadura económica parapetada tras la falsa democracia política, tras la dictadura política más o menos disfrazada de democracia). La democracia económica (es decir, el socialismo) sólo puede alcanzarse desarrollando todo lo posible la democracia política, practicando la democracia en el camino al socialismo, haciendo que la democracia en lo político produzca democracia económica y, a su vez, haciendo que ésta realimente a aquella. **El socialismo, previsto por Marx en base a la dialéctica materialista, sólo puede ser construido también conscientemente en base a dicha dialéctica materialista.** El marxismo, es decir, el materialismo dialéctico, no sólo nos sirve para comprender el mundo, sino que para transformarlo. Gracias a él se produce la síntesis entre teoría y práctica, entre ideales y realidad, entre pasado y futuro, entre fines y medios. Si se atenta contra él, se imposibilita la construcción de un futuro mejor, se imposibilita el control efectivo del destino, éste escapa a nuestro control. Lenin, Trotsky y tantos y tantos bolcheviques fueron superados por los acontecimientos por, entre otros motivos, no aplicar suficientemente la dialéctica materialista. Ellos posibilitaron, muy a su pesar, un régimen en las antípodas de lo que buscaban. Pero Marx y Engels también tuvieron su parte de culpa, ellos no fueron capaces de aplicar sus propios descubrimientos hasta las últimas consecuencias, y plantearon un concepto, no sólo *poco* planteado, no sólo *confusamente* planteado, no sólo *ambiguamente* planteado, sino que *mal* planteado, en el fondo y en la forma. **El concepto de la dictadura del proletariado es fruto de la insuficiencia en el propio método marxista.**

El principio de que el fin está contenido en los medios no tiene que ver sólo con la ética, que también, sino que es ante todo una cuestión práctica. De hecho, en el marxismo, lo pragmático y lo ético también se sintetizan. Quien busca una sociedad más ética, de acuerdo con cierta ética, debe hacerlo mediante una praxis que no la contradiga, que la fomente, que la realimente, que la posibilite, por lo menos a grandes

rasgos, todo lo posible. La libertad, la igualdad, la justicia, la paz, sólo pueden alcanzarse realmente practicándolas en el camino. Cuanto más las practicamos más las alcanzamos. A medida que las vamos practicando vamos impregnándonos más de ellas, como la bola de nieve que no para de crecer. Los medios realimentan los fines dialécticamente, pues no sólo los primeros *determinan* los segundos, sin que los fines también nos *indican* los medios a emplear. La libertad es al mismo tiempo el medio y el fin. Al buscarla la practicamos, al practicarla la encontramos cada vez más, y la buscamos a su vez cada vez más. En cuanto no aplicamos los medios que conducen a los fines, nos apartamos del camino que conduce a dichos fines. En cuanto nos apartamos del camino nos arriesgamos a perder la senda. Evidentemente, a veces, es necesario tomar ciertos desvíos, pero si nos desviamos demasiado no podemos alcanzar ciertos fines, si tomamos ciertos desvíos nos caemos por el barranco. En la Rusia soviética se tomaron ciertos atajos que se convirtieron en trampas, que nos llevaron al precipicio en vez de a la cumbre. **El materialismo dialéctico es al mismo tiempo el microscopio en base al cual analizamos la realidad presente y pasada, el telescopio que nos permite vislumbrar los posibles futuros, y el vehículo que nos permite conectar el presente con el futuro deseado, posible pero no seguro, de manera consciente.**

El problema de cómo y por qué la revolución rusa degeneró en contrarrevolución venía de lejos, del propio marxismo, del sustento ideológico común de la mayor parte de facciones de la izquierda revolucionaria. Tanto por no comprender y aplicar suficientemente el método marxista como por los propios problemas que existían en el mismo marxismo (producto a su vez de una insuficiente comprensión o aplicación de la nueva concepción materialista dialéctica). El concepto de la dictadura del proletariado fue la principal causa *ideológica* del burocratismo, de la deformación burocrática del Estado proletario. Dicha causa estaba enraizada, insisto, en la incompreensión del materialismo dialéctico. Pues dicho concepto fue, como mínimo, ambiguo, impreciso, fue interpretado de diversas maneras, algunas de ellas muy peligrosas, que ponían en peligro mortal el salto del capitalismo al socialismo y atentaban contra la dialéctica materialista. Tan importante como saber hacia *dónde* dirigirnos era saber *cómo* hacerlo, los medios posibilitarían o no alcanzar el fin. Los medios empleados lo imposibilitaron, nos devolvieron al punto de partida finalmente, aunque no exactamente. Ahora tenemos cierta experiencia, pues de los errores puede aprenderse, siempre que se los reconozca, siempre que se los busque. Tal como afirma la dialéctica en su ley de la negación de la negación, hemos vuelto aparentemente al punto de partida pero a un punto de partida que no es exactamente el mismo, a un punto de partida más “enriquecido”. Podremos volver a intentarlo, es verdad que hemos vuelto otra vez al capitalismo, pero el capitalismo sigue exteriorizando sus irresolubles contradicciones, pero lo ocurrido no ha pasado en vano, los intentos fallidos de construir el socialismo no han sido totalmente inútiles.

Tan importante como saber la dirección a tomar es también saber la que *no* hay que tomar. Es más, la primera se nos hace más clara cuando conocemos la segunda. Los errores y los aciertos también se relacionan dialécticamente, los unos influyen en los otros, los unos identifican a los otros, los unos no existen sin los otros. Como decía Julio Verne: *La ciencia se compone de errores, que a su vez, son los pasos hacia la verdad.* La dialéctica (materialista) es nuestra arma más poderosa. Sin ella no es

posible comprender nuestra sociedad, por tanto transformarla. Sin ella incluso tampoco es posible comprender realmente los intentos fallidos para cambiar la sociedad. **¡Sin dialéctica materialista no hay revolución socialista! ¡Es imprescindible que aprendamos a pensar y a actuar de manera dialéctica!** Para ello, es primordial comprender en su esencia más profunda la concepción marxista del mundo, el método marxista, el materialismo dialéctico, considerando ambas palabras y no sólo una de ellas, considerando la combinación entre materialismo y dialéctica, sin la cual caemos en los extremos del idealismo, que desprecia lo material, o del materialismo metafísico, que desprecia las ideas. **Y, por encima de todo, nunca hay que perder de vista el método científico.**

En cualquier caso, lo que quería resaltar ahora es que existió una oposición desde la izquierda revolucionaria, más o menos clara, aunque insuficiente en muchos casos, al derrotero que tomaba la revolución protagonizada por el partido bolchevique, dentro y fuera del país de los soviets, incluso desde dentro de ese mismo partido ruso. Existieron diversos grupos de oposición casi desde los principios del nuevo Estado proletario, mucho antes que la conocida oposición de Trotsky. Si bien los distintos grupos de oposición fueron poco a poco reprimidos, marginados o se autodisolvieron algunos de ellos. Hasta que en la época estalinista muchos bolcheviques, entre otros muchos opositores, fueron ejecutados, hasta que toda oposición acabó desapareciendo del mapa político de la URSS, al menos dejó de ser visible. Pero, insisto, lo que no hay que perder de vista es que no sólo otros revolucionarios, como los anarquistas o los comunistas antibolcheviques, se opusieron al derrotero que tomaba la Revolución rusa, sino que incluso muchos bolcheviques, dentro y fuera de Rusia, así lo hicieron también, incluso dentro del propio partido bolchevique ruso hubo cierta resistencia a los métodos empleados para hacer la revolución, existió una reivindicación de una revolución hecha desde abajo, dando el máximo protagonismo posible a las bases, a la clase obrera, a los soviets. Trotsky y Lenin, los cuales contribuyeron notablemente, probablemente muy a su pesar (basta recordar que ellos denunciaron también el burocratismo), a la degeneración del proceso de transición al socialismo, aunque dicha degeneración fue también consecuencia de las duras circunstancias, se dieron cuenta en determinado momento de que había que volver a los principios, de que era imprescindible volver a dar el protagonismo al proletariado, de que era necesario desarrollar la democracia obrera, aunque se dieron cuenta de todo esto cuando ya fue demasiado tarde, cuando la contrarrevolución ya era prácticamente irreversible.

Y, además, no se dieron cuenta de que el error provenía de mucho antes, de la época de los autores del Manifiesto Comunista, no se percataron de que era un error mucho más profundo, enraizado en el propio marxismo. Muchos marxistas en la actualidad siguen sin darse cuenta de esto y algunos otros sólo *intuyen* que la dictadura del proletariado no es un concepto satisfactorio, que es, como mínimo, problemático, pero al no comprender por qué es un concepto erróneo, no sólo lo rechazan, no sólo renuncian a él por cuestiones tácticas en la guerra ideológica, sino que también se olvidan de su razón de ser, con lo que también imposibilitan realmente la revolución. Pues en ésta la cuestión de la toma del poder político y de la transformación del Estado es insoslayable. En esto los padres del marxismo y sus principales discípulos, como el líder de la revolución bolchevique, apuntaron en la dirección correcta. Su

diagnóstico, al menos en gran parte, fue correcto, pero no así la cura propuesta. Lenin, a pesar de darse cuenta de que la URSS no iba por buen camino, no pudo reconducir la situación, por lo menos intentarlo suficientemente, debido a su enfermedad y a su prematura muerte. Trotsky, desde el exilio, víctima él mismo de los métodos de los que fue en parte cómplice, siempre pensó que el proceso de degeneración burocrática de la URSS podía revertirse, que tan sólo se necesitaba una revolución política, que las masas tarde o pronto reivindicarían el auténtico socialismo, la verdadera dictadura del proletariado. Él advertía del riesgo de restauración capitalista, pero pensaba, insisto, que aún era posible el socialismo en la URSS. Esa revolución política propugnada por Trotsky nunca llegó, ni siquiera hubo indicios de que pudiera ocurrir en la URSS, no así en la Europa del Este del “socialismo real” donde hubo serios intentos que acabaron siendo reprimidos por Moscú. Finalmente Gorbachov intentó regenerar el sistema desde arriba. Sin embargo, el sistema ya no era regenerable, el sistema colapsó. Pero prosigamos con nuestro análisis de cómo pudo ser posible tal devenir de los acontecimientos.

Pierre Broué en su libro *El partido bolchevique* nos explica cómo la democracia soviética va poco a poco, o no tan poco a poco, desapareciendo:

No obstante el predominio casi exclusivo de los bolcheviques en los organismos soviéticos dista mucho de ser la única característica distintiva del aparato estatal durante la guerra civil. De hecho, los soviets poco a poco han ido perdiendo su actividad y sus componentes al mismo tiempo que la movilización de los militantes iba llegando a los sectores clave. Tanto el Ejército Rojo como la Cheka escapan por completo a su influencia, pues tales organismos, directamente vinculados con la autoridad central, cubren una parte muy importante de la actividad política y administrativa, limitando a los soviets a una competencia puramente local y ejercida en general por su Presidium, sus comités ejecutivos y su aparato técnico de funcionarios, heredado en general del antiguo Estado zarista.

Por diversos motivos, **los soviets pasaron de ser la expresión del poder popular a ser la expresión del poder de la nueva élite política.** No cabe duda de que el duro y complejo contexto nacional e internacional influyó notablemente en los acontecimientos. La situación catastrófica del país, las hambrunas, las epidemias, los saqueos, los sabotajes, las sublevaciones, la guerra civil, el acoso militar y el bloqueo económico internacionales, la guerra mundial, el caos propio de toda situación revolucionaria, de toda situación bélica, entre otros factores, realimentaron las tendencias más peligrosas del marxismo-leninismo, derivando posteriormente en el estalinismo. Si bien nunca hay que olvidar que cualquier vanguardia lo es, *puede* usurpar el poder popular, sobre todo porque las masas se dejan dominar y controlar. Quienes acusan a cualquier liderazgo (con mucha razón, la mayor parte de las veces) de traicionar a las masas, se olvidan de que sin la complicidad, por activa o por pasiva, de éstas, dicho liderazgo no podría degenerar. Los errores del bolchevismo, de cualquier revolución popular, son en primer lugar los errores del propio pueblo, del proletariado, son consecuencia también de su mentalidad demasiado sumisa o apática. No cabe duda de que el cansancio y desánimo de las masas rusas tras largos años de luchas y sufrimientos le allanaron el camino a la vanguardia revolucionaria para finalmente suplantarlas. Pero tampoco cabe duda de que las masas raras veces

asumen el protagonismo, tan es así que cuando lo hacen hablamos de revoluciones. Las revoluciones, indudablemente, son momentos trascendentales en la historia de la humanidad, pero son instantes puntuales y excepcionales. Normalmente las masas se dejan llevar. Más, si cabe, si están agotadas, desanimadas, desorientadas, acomodadas o inconscientes. Combatir el liderazgo, la dirección perjudicial de cualquier élite revolucionaria, es también combatir la mentalidad de la mayor parte de las personas. Esta guerra sólo podrá ganarse a largo plazo. Lo cual no quiere decir que haya que renunciar a la lucha, que postergarla a un futuro indefinido. Los seres humanos somos animales de costumbres, nos cuesta cambiar. Podemos cambiar, pero no de forma inmediata, necesitamos tiempo. Las vanguardias, los liderazgos, hay que procurar combatirlos, pero mientras los vencemos, debemos usarlos, no podemos todavía prescindir de ellos, pero debemos evitar por todos los medios que degeneren, que aumenten más de lo estrictamente necesario hasta extremos demasiado peligrosos. La vanguardia revolucionaria, el liderazgo, es un mal necesario, tal como es hoy el ser humano. El objetivo a largo plazo debe ser exterminarlo, procurando a corto plazo minimizarlo y acotarlo todo lo posible. Más tarde volveremos sobre este tema. Sigamos con nuestro análisis de cómo y por qué degeneró la Revolución rusa.

Lenin, probablemente muy a su pesar, posibilitó también el estalinismo, por lo menos le allanó demasiado el camino. Por su concepción centralista, por su decidida apuesta por la férrea disciplina, por su decisiva contribución a la revolución (su fuerte liderazgo propició una revolución excesivamente dirigida por una vanguardia), por su interpretación de lo que debía ser la dictadura del proletariado. La disciplina a la que se refería Lenin no tenía tanto que ver inicialmente con la toma de decisiones, que se hacía de manera democrática dentro de su partido, por lo menos en los tiempos de la Revolución de Octubre, sino que se refería sobre todo a la aplicación de dichas decisiones. Asimismo las decisiones en los soviets, cuando éstos estaban vivos, eran democráticas. El centralismo democrático se basaba en dos principios, tal como afirmaba Trotsky en su *Programa de transición*: total libertad de discusión y completa unidad en la acción. Lenin siempre abogaba por dar el máximo protagonismo posible a las masas proletarias, a las bases (lo cual no quiere decir someterse a ellas acríticamente, rendirles culto o aceptar siempre sus postulados, aunque se crean erróneos, sino que significa explicarlas los distintos puntos de vista para que ellas decidan, intentar convencerlas, apoyarse en ellas, confiar en su capacidad de comprensión y decisión, y aceptar sus decisiones). De hecho, Lenin se apoyó en ellas en sus famosas *Tesis de abril* en 1917 contra el aparato mayoritario de su partido, convenciendo a los viejos bolcheviques de sus planteamientos. Al menos hasta en los primeros tiempos del Estado soviético, el padre de la Revolución rusa posibilitó la democracia de base. Si bien es cierto que, en determinado momento, impulsó o, como mínimo no se opuso a, ciertas medidas contra la autogestión obrera en las empresas, con el objetivo de coordinar la economía nacional, según los bolcheviques, o con el objeto de limitar el poder del proletariado, de usurparlo, según los anarquistas.

En *Un paso adelante, dos pasos atrás*, escrito a raíz del segundo congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POSDR) que tuvo lugar en 1903 clandestinamente en Londres, Lenin explicaba su concepción del partido en los siguientes términos:

Precisamente la fábrica, que a algunos les parece sólo un espantajo, representa la forma superior de cooperación capitalista que ha unificado y

disciplinado al proletariado, que le ha enseñado a organizarse y lo ha colocado a la cabeza de todos los demás sectores de la población trabajadora y explotada. Precisamente el marxismo, como ideología del proletariado instruido por el capitalismo, ha enseñado y enseña a los intelectuales vacilantes la diferencia que existe entre el factor de explotación de la fábrica (**disciplina fundada en el miedo** a la muerte por hambre) y su factor organizador (**disciplina fundada en el trabajo en común**, unificado por las condiciones en que se realiza la producción, altamente desarrollada desde el punto de vista técnico). La disciplina y la organización, que tan difícilmente adquiere el intelectual burgués, son asimiladas con singular facilidad por el proletariado, gracias precisamente a esta "escuela" de la fábrica. El miedo mortal a esta escuela, la completa incompreensión de su valor organizador, caracterizan precisamente los métodos del pensamiento que reflejan las condiciones de vida pequeñoburguesas, a las que debe su origen el tipo de anarquismo que los socialdemócratas alemanes llaman *Edelanarchismus*, es decir, anarquismo del señor "distinguido", anarquismo señorial, diría yo. Este anarquismo señorial es algo muy peculiar del nihilista ruso. La organización del Partido se le antoja una "fábrica" monstruosa; la sumisión de la parte al todo y de la minoría a la mayoría le parece un "avasallamiento" (véanse los folletos de Axelrod); la división del trabajo bajo la dirección de un organismo central hace proferir alaridos tragicómicos contra la transformación de los hombres en "ruedas y tornillos" de un mecanismo (y entre estas transformaciones, la que juzga más espantosa es la de los redactores en simples periodistas), la mención de los estatutos de organización del Partido suscita en él un gesto de desprecio y la desdeñosa observación (dirigida a los "formalistas") de que se podría vivir sin estatutos.

[...]

¿Por qué no necesitábamos antes los estatutos? Porque el Partido se componía de círculos aislados, no enlazados entre sí por ningún nexo orgánico. El pasar de un círculo a otro era simplemente cuestión de la "buena voluntad" de este o el otro individuo, que no tenía ante sí ninguna expresión netamente definida de la voluntad del todo. Las cuestiones en litigio, en el seno de los círculos, no se resolvían según unos estatutos, "sino luchando y amenazando con marcharse": esto es lo que decía yo en la "Carta a un camarada" fundándome en la experiencia de una serie de círculos en general, y en particular en la de nuestro grupo de seis que constituíamos la redacción. En la época de los círculos, tal fenómeno era natural e inevitable, pero a nadie se le ocurría elogiarlo ni hacer de ello un ideal: todos se quejaban de semejante dispersión, todo el mundo sufría a causa de ella y ansiaba la fusión de los círculos dispersos en **una organización de partido con una forma definida**. Y ahora, cuando esta fusión ha tenido lugar, se nos arrastra hacia atrás, se nos sirve, como si fueran principios superiores de organización, ¡la fraseología anarquista! A los que están acostumbrados a la holgada bata y a las zapatillas de la vida de familia de los círculos, al oblomovismo, unos estatutos formales les parecen algo estrecho, apretado, pesado, bajo, burocrático, avasallador, un estorbo para el libre "proceso" de la lucha ideológica. El anarquismo señorial no

*comprende que hacen falta unos estatutos formales precisamente para sustituir el estrecho nexo de los círculos con un amplio nexo del Partido. No se precisaba ni era posible revestir de una forma definida el nexo existente en el interior de un círculo, o entre los círculos, porque dicho nexo estaba basado en un compadrazgo o en una "confianza" incontrolada y no motivada. El nexo del Partido no puede ni debe descansar ni en el uno ni en la otra; es indispensable basarlo precisamente en unos **estatutos formales**, redactados "burocráticamente" (desde el punto de vista del intelectual relajado), y **cuya estricta observancia es lo único que nos garantiza de la arbitrariedad y de los caprichos** de los círculos, del régimen de querellas instituido en los círculos y calificado de libre "proceso" de la lucha ideológica.*

En dicho congreso Lenin luchó contra las tendencias anarquistas y oportunistas de su partido. En este congreso se configuraron las dos fracciones que posteriormente se separarían: bolcheviques (los mayoritarios) y mencheviques (los minoritarios). Aquí Lenin habla de la disciplina como la que posibilita la propia existencia de una organización. Lenin reivindica la disciplina de acatamiento de las decisiones mayoritarias, tomadas democráticamente (¿de qué sirve la democracia si las decisiones tomadas no son acatadas por todos?), de sometimiento a las normas más elementales sin las que la organización, el partido, no puede existir. Sin embargo, con el tiempo, la *disciplina fundada en el trabajo común* fue derivando en la *disciplina fundada en el miedo*. La disciplina es también dialécticamente contradictoria. Sin ella no hay partido. Pero con ella también el partido puede morir interiormente. La disciplina es necesaria para cohesionar al grupo, para que éste se comporte realmente como tal. Pero la disciplina también puede hacer que la vida interna del grupo se anule. **La disciplina debe ser la justa y debe aplicarse para lo justo. Si no, lo mismo que posibilita la existencia del partido, lo sentencia a muerte. Si la disciplina pasa de cierto umbral, la cantidad se convierte en calidad.** El problema es que, con el tiempo, el comité central fue adquiriendo demasiado poder. **El centralismo y la disciplina sobrepasaron el umbral peligroso.**

En dicho congreso del POSDR también se produjo un debate entre centralismo y federalismo. Lenin apuesta decididamente por el centralismo:

El burocratismo versus democracia, es precisamente el centralismo versus el autonomismo; es el principio de organización de la socialdemocracia revolucionaria frente al principio de organización de los oportunistas de la socialdemocracia. Este último trata de ir de abajo arriba, y por ello defiende, siempre que puede y cuando puede, el autonomismo, el "democratismo" que va (en los casos en que hay exceso de celo) hasta el anarquismo. El primero trata de empezar por arriba, preconizando la extensión de los derechos y poderes del organismo central respecto a las partes.

Su centralismo, por consiguiente, no parecía compatible con la democracia soviética, que pecaba de autonomista, de federalista. Para él, el poder debía fluir de arriba hacia abajo, del centro a la periferia. Viendo esto que decía Lenin en 1904 es muy difícil achacar la degeneración de la democracia soviética sólo al contexto. La manera de pensar de Lenin, su filosofía organizativa (no olvidemos que la revolución es ante todo organización), implicaba necesariamente el sometimiento de los soviets al centro,

incluso al partido bolchevique. El centralismo se llevó hasta extremos harto peligrosos. Incluso Trotsky en 1904 llegó a afirmar que *los métodos de Lenin conducen a esto: la organización del partido sustituye al partido en general; a continuación el Comité Central sustituye a la organización; y finalmente un solo "dictador" sustituye al Comité Central*. Si bien más adelante el mismo Trotsky se retractó de estas afirmaciones, dijo que él estaba equivocado y que Lenin estaba en lo correcto. ¿Pero las experiencias prácticas, la realidad, no le dieron la razón en verdad a Trotsky? Rosa Luxemburgo también criticaba el ultracentralismo leninista. Ella decía que el problema no era el centralismo (pues para ella también era imprescindible) sino el *grado* de centralismo propugnado por Lenin. ¿No puede decirse que ese excesivo centralismo de Lenin le facilitó enormemente el camino a Stalin, en cuanto éste controló el aparato del partido? ¿Por qué Trotsky, quien vio en su día el peligro del método leninista de organización, increíblemente, contradiciendo el método científico que dice que la realidad, la práctica, es la que manda, se aferró a la teoría leninista en vez de cuestionarla una vez que el Estado proletario había degenerado de manera muy clara? ¿Quiso, tal vez, no dar alas a los contrarrevolucionarios? ¿Quiso, tal vez, exculpar a Lenin con la esperanza de ser también él exculpado? Lenin, sin embargo, aunque quizás insuficientemente, reconoció parte de su culpa en el burocratismo que ya no podía pasar desapercibido a nadie. Nunca podremos saber si Lenin hubiera sido capaz de refutar sus propias teorías en base a los resultados prácticos, pues su enfermedad y su muerte prematura se lo impidieron. Teniendo en cuenta que él se adaptaba a las circunstancias, considerando su trayectoria, su manera de ser, no es muy descabellado pensar que, al contrario que sus seguidores, él sí se hubiera atrevido a refutar el propio leninismo, a corregirse a sí mismo. Pero por lo menos él percibió que algo no andaba bien. Tal vez no se percató del peligro de su apuesta por la excesiva centralización del poder hasta casi el final de su vida, cuando ya era demasiado tarde. Quizás pecó de ingenuo al no darse cuenta de que un Stalin pudiera surgir y usar todo el poder concentrado de manera totalmente opuesta a cómo él o los suyos lo habían hecho (o con otros fines). **La concentración del poder en pocas manos, en cada vez menos manos, era muy peligrosa para la revolución.** Como así lo advertían muchos revolucionarios. Como así lo demostraron los hechos. En pleno siglo XXI ya no deberíamos tener dudas al respecto. Ahora jugamos con ventaja: disponemos de un amplio catálogo de experiencias prácticas, siendo la experiencia de la URSS, con mucho, la más aleccionadora.

Lenin propugnaba un socialismo estatista frente al socialismo libertario. Esto es algo que no debería sorprender a nadie, ni ser motivo de crítica por parte de sus enemigos de la izquierda. Se podrá criticar en todo caso sus métodos, sus errores, sus comportamientos, pero criticarle el haber llevado a la práctica sus ideas es absurdo. Si usó en determinados momentos ciertas tácticas, como el apoyo a la autogestión obrera, para luego usar otras, cuando él mismo reconocía esos cambios tácticos, cuando los explicaba, no me parece tampoco un serio motivo para demonizarlo. Una revolución es un proceso muy complejo y requiere de una actitud cambiante, que reaccione frente al contexto cambiante. Lenin tenía sus ideas, erróneas o no, discutibles, pero procuraba, por lo menos al principio, convencer al proletariado más que imponer, construir el Estado proletario en base a la participación democrática de las masas en los soviets y en su partido. Él mismo reconoció sus errores, lo cual no puede decirse de muchos revolucionarios (ni de muchas personas en general). Su

insistencia en la disciplina tenía que ver más bien con la imperiosa necesidad de *ejecutar* las decisiones tomadas. Su apuesta estratégica consistía en *actuar* de la manera más disciplinada posible en busca de la máxima eficacia, no tenía tanto que ver con el “orden y mando”. Se trataba de respetar y de acatar las decisiones tomadas democráticamente.

Al menos esto es lo que yo concluyo en base a todo lo que he podido leer de él, de sus enemigos políticos y de otros escritos más neutrales, como la Wikipedia, si admitimos a ésta como neutral y fiable. Que lo que se dice a veces no concuerda con lo que se hace. Es cierto. Pero la única forma de acercarnos a la verdad histórica es recurriendo a la documentación escrita, suficientemente contrastada. Como dice Maurice Brinton: *Las masas hacen la historia, pero no la escriben. Y los que la escriben están casi siempre más interesados por el culto del antepasado y la justificación retrospectiva que por una presentación equilibrada de los hechos.* Por consiguiente, no descarto la posibilidad de estar equivocado en cuanto a todo esto que digo de Lenin. Por supuesto, puedo estar equivocado en otras muchas cuestiones. O no. El lector juzgará. Mis razonamientos sobre la degeneración de la revolución bolchevique parten de la premisa de que la vanguardia revolucionaria liderada por Lenin tenía buenas intenciones. En vez de recurrir a la fácil explicación de que la Revolución se traicionó a sí misma porque la vanguardia ya tenía intención de hacerlo, voy a suponer que esto no era así e intentar explicar dicha contrarrevolución por el hecho de los métodos organizativos empleados, más que por las intenciones o actitudes individuales de ciertas personas. Aunque, no cabe duda de que dichas actitudes tuvieron un papel importante también. Estoy intentando ser lo más objetivo posible, para lo cual he recurrido a todo tipo de documentación, he procurado contrastar todo lo posible entre diversas versiones. He procurado evitar explicaciones demasiado simplistas. Mi objetivo ha sido buscar todas las causas posibles del deterioro de la revolución rusa y procurar dar con las principales.

2.2. Del leninismo al estalinismo

Tal como nos relata Pierre Broué en su mencionado libro *El partido bolchevique*, diversos comunistas europeos, tras la muerte de Stalin, intentan explicar, de manera más o menos acertada, la transición del leninismo al estalinismo:

El polaco Brodzki, otro superviviente de la época preestaliniana, publica en el órgano oficial del partido polaco un análisis correcto de lo que era en realidad el partido bolchevique: «Lenin había fundado un partido problemático, no sólo en lo referente a sus tareas, únicas en la Historia, sino también en cuanto a su estructura. El partido, creado para la correcta interpretación del desarrollo dialéctico de las contradicciones: en la sociedad humana y para su utilización con objeto de transformar dicha sociedad, se caracterizó él mismo por la unidad estructural dada a las contradicciones: centralismo y democracia, disciplina férrea y libertad de discusión, intercambio de diversas opiniones y unidad de acción. También demuestra la oposición fundamental que existe entre este tipo de partido y el partido estaliniano que se considera su heredero pero cuya característica fundamental es la división «entre los que creen, piensan y determinan la política a seguir y los que sólo tienen que ejecutar las órdenes, y obedecer». Roman Jurys, un comunista de la misma generación, se refiere a la «quiebra de una concepción del partido que suele atribuirse, erróneamente y atentando contra la verdad histórica, a Lenin, cuando en realidad forma parte integrante del régimen estaliniano»: es aquella que pretende «edificar el socialismo contra las leyes objetivas, es decir, contra el desarrollo de la conciencia política de las masas». El profesor y militante sindicalista Rajkiewicz explica también la transformación y degeneración del partido: «La época estaliniana se caracteriza por el intento de fomentar la apatía entre las masas. (...) La apatía y la ausencia de responsabilidades fueron los principales factores que permitieron modelar a las masas a voluntad, manteniéndolas en la obediencia y en el servilismo respecto a los usufructuarios de la infalibilidad».

Como vemos, estos análisis coinciden básicamente en afirmar que el partido con Stalin sufre un cambio radical, si bien como afirma Brodzki, Lenin habría fundado un partido problemático en el que sus contradicciones iniciales se fueron agravando y dieron lugar con el tiempo a un partido que traicionaba los principios en base a los que se fundó. Para Roman Jurys el partido de tipo estaliniano forma parte integrante del propio régimen de Stalin, desvinculando de alguna manera el estalinismo del leninismo. Parece claro que el partido bolchevique sufrió una importante transformación cuando dejó de ser Lenin quien lo dirigía. Sin embargo, muchos análisis de ciertos comunistas no se preocupan demasiado de cómo y por qué fue posible dicha transición, y otros lo achacan sólo al contexto. Lo interesante no es sólo saber si dicho partido cambió o no, el grado del cambio sufrido, sino las causas profundas de dicho cambio. El partido fundado por Lenin no se transformó de la noche a la mañana, ni dicha transmutación fue responsabilidad única de Stalin o de unas

pocas personas. En el leninismo estaba la semilla del estalinismo, más en concreto en sus contradicciones. Si bien Lenin puede no ser el *directo* ni el *único* responsable del surgimiento del estalinismo, es muy difícil no achacarle, como mínimo, alguna responsabilidad. Tan erróneo parece desvincularle por completo del estalinismo como responsabilizarle por completo de él. Tan erróneo parece decir que el leninismo no tiene nada que ver con el estalinismo como decir que sólo se diferencian cuantitativamente. Tan erróneo parece identificar el estalinismo con el leninismo como hacerlos totalmente independientes. El contexto histórico sirvió de catalizador de las contradicciones del marxismo-leninismo, haciendo que unas se impusieran sobre las otras. La disciplina se impuso sobre la democracia, el autoritarismo sobre la libertad. El leninismo se transformó en el estalinismo porque el propio leninismo lo permitió. Aunque éste tuviera unos principios radicalmente opuestos, sus métodos, algunos de ellos, ponían en peligro a sus propios objetivos.

La disciplina es un arma de doble filo. Por encima de cierto umbral y según dónde, cómo y para qué se aplique, puede dejar de ser beneficiosa para convertirse en perjudicial. La disciplina pasó de posibilitar la revolución a obstaculizarla. Dicho en términos dialécticos, la cantidad se convirtió en calidad. En la contradicción Centralismo vs. Democracia, la primera tendencia se impuso sobre la segunda. En aras de la eficacia a corto plazo (justificada en parte por las duras circunstancias), se hipotecó la evolución de la revolución, se sentaron las bases de la contrarrevolución. **El sueño revolucionario se fue gradualmente transformando en pesadilla contrarrevolucionaria, hasta dar un importante salto y convertirse en totalitarismo.** La disciplina fue cada vez a más y se fue aplicando no sólo para acatar las decisiones tomadas democráticamente sino que también para las propias decisiones que se tomaban cada vez de forma menos democrática. Las discrepancias se iban reprimiendo cada vez más. La disciplina de acción se fue convirtiendo en disciplina de opinión. La unidad en unanimidad. Los órganos centrales del partido bolchevique se hacían cada vez más poderosos. Los cargos eran designados en vez de elegidos, actuaban para contentar a los de arriba en vez de para satisfacer a las bases. El partido se situaba por encima de los soviets y la burocracia de dicho partido por encima del propio partido. El Estado obrero, soviético, mutó en el Estado burocrático. El estado de guerra realimentó a la disciplina y al centralismo de tal manera que incluso cuando dicho estado de guerra se suavizó o desapareció ya no se renunció a la férrea disciplina ni al centralismo. Al contrario. El partido bolchevique se militarizó así como el conjunto de la sociedad rusa. Las purgas se convirtieron así en el pan nuestro de cada día en la vida del otrora partido obrero y democrático. El partido que inicialmente encauzó a las masas, que posibilitó que el proletariado hiciera su revolución, acabó distanciándose de dichas masas, para hacer *su* propia "revolución", *a pesar* del pueblo y no *gracias* a él. En vez de construir el socialismo apoyándose en el pueblo, dándole el máximo protagonismo, se pretendió hacerlo prescindiendo de él, incluso contra él. ¿Cómo podía eso tener éxito? Si el socialismo buscaba el bien del pueblo, del conjunto de la ciudadanía, ¿cómo podía construirse en su contra?

En la revolución rusa, de canalizar el poder popular se pasó a suplantarle y finalmente a reprimirlo. Con Stalin el progresivo proceso de concentración del poder llega a su cumbre, el distanciamiento entre la vanguardia revolucionaria y las masas

alcanza su apogeo. Como dice Volin en la *Revolución desconocida: Los resultados negativos de la Revolución rusa no fueron sino consecuencia de cierto progreso. Y el régimen estaliniano no es sino la resultante fatal de los procedimientos aplicados por Lenin y Trotsky mismos. Lo que éste llama traición es en realidad el ineluctable efecto de una lenta degeneración debida a falsos métodos. [...] La degeneración de la Revolución extraviada y perdida trajo a Stalin, no Stalin quien hizo degenerar la Revolución.* Las contradicciones de Trotsky no pueden pasar desapercibidas. El revolucionario ruso recurre a explicar la Revolución rusa por la combinación entre los factores objetivos y subjetivos, de acuerdo con la teoría marxista, como así hace en *Lecciones de Octubre: En el año 1917, Rusia estaba pasando por la mayor crisis social. Puede decirse con certeza, sobre la base de todas las lecciones de la historia, que, de no haber existido el partido bolchevique, la inconmensurable energía revolucionaria de las masas habría sido estérilmente gastada en explosiones esporádicas y los grandes levantamientos hubieran acabado en la más severa de las dictaduras contrarrevolucionarias. La lucha de clases es el primer motor de la historia. Necesita un programa correcto, un partido firme, una dirección valiente y digna de confianza, revolucionarios dispuestos a ir hasta el final. Esta es la mayor lección de la Revolución de Octubre.* Para Trotsky, uno de los factores claves del triunfo de la Revolución fue el papel del partido bolchevique. Llega a afirmar que sin ese partido la Revolución no hubiera triunfado. Y, probablemente, tenga razón. El marxismo reconoce que los factores subjetivos, aun supeditados a los objetivos, pueden ser decisivos, críticos. Y, sin embargo, de manera muy chocante, cuando Trotsky intenta explicar el estalinismo se basa exclusivamente en el contexto y en causas personales. Los factores subjetivos desaparecen (las ideas, las estrategias, los métodos organizativos), sobre todo los que tienen que ver con él y sus colaboradores. Los factores subjetivos, decisivos para Trotsky, a la hora de explicar el triunfo de Octubre, simplemente desaparecen del mapa para explicar la contrarrevolución. Achaca toda la culpa de la contrarrevolución a Stalin y a las duras circunstancias, al aislamiento de la Revolución rusa, incluso a las masas que estaban cansadas. Ni él ni nadie de la dirección bolchevique que, según él mismo, fue decisiva para el triunfo de la Revolución de Octubre, tienen nada que ver con el surgimiento del estalinismo. La autocrítica en Trotsky simplemente no existe (en cuanto a su posible contribución al surgimiento del estalinismo, no así en otras cuestiones). En todo caso se reconocen ciertos errores tácticos, superficiales. Pero en ningún caso se los relaciona con el estalinismo. No así era el caso de Lenin. Lenin practicó la autocrítica e intentó apartar del poder a Stalin. El padre de la Revolución rusa reconoció que contribuyó sin querer a la degeneración burocrática. El método marxista que tan bien lo usa Trotsky para explicar el triunfo de Octubre, brilla por su ausencia, o se descafeína, se amputa mortalmente, para explicar la degeneración de la Revolución rusa. Y lo que decimos de Trotsky puede decirse también de quienes le siguen ciegamente, repitiendo sus errores y llamativas contradicciones.

Stalin asentó la contrarrevolución que ya estaba creciendo de manera imparable. La *dinámica* de la Revolución, sustentada en métodos (disciplina) e incluso en cierta ideología (la dictadura del proletariado) peligrosos, junto con el contexto, provocaron el estalinismo. Recurrir sólo a la traición, a causas personales, para explicar los acontecimientos históricos, es pecar de simplismo, de reduccionismo, es atentar contra el propio método marxista de análisis de la historia, de la realidad. A lo largo de

la revolución el poder se fue concentrando en cada vez menos manos. Primero en unos pocos partidos, segundo en un solo partido, tercero en unas pocas personas de dicho partido y finalmente en una sola persona: Stalin, que concentra todo el poder, convertido así en el nuevo “zar” de la “nueva” Rusia. Al menos así nos lo dicen las versiones más aceptadas de la historia de la URSS. También es cierto que existen otras versiones que nos dicen que Stalin no era tan todopoderoso como aparentaba. En cualquier caso, él y su camarilla tenían demasiado poder. Lenin incluso ya tenía demasiado poder antes de que Stalin le sucediera. Su autoridad intelectual fue demasiado lejos y posibilitó la autoridad personal en lo político, en la acción política. De esta manera, de la dictadura del proletariado se pasó a la dictadura de la burocracia y finalmente a la dictadura personal, al totalitarismo en su más cruda expresión. Dictadura personal pero, como toda dictadura, apoyada en todo un aparato burocrático, llamado en Rusia *nomenklatura*.

Este proceso no nació de la noche a la mañana, el estalinismo no surgió repentinamente, no es sólo producto de una persona malvada, loca o equivocada (admitiendo que así fuera) que tergiversó los métodos de sus antecesores, que los llevó hasta extremos inauditos, que perpetuó el estado de excepción. Por el contrario, se fue fraguando, la cantidad fue aumentando hasta que se convirtió en calidad. El estalinismo es el resultado de una combinación de factores. Fundamentalmente de una dinámica metodológica arriesgada y errónea, sustentada en un concepto ambiguo y peligroso, como era el de la dictadura del proletariado; de una tradición autocrática de la política rusa. La vanguardia revolucionaria pecaba de cierto elitismo, de cierto jacobinismo, de cierto blanquismo (a pesar de haber sido éste criticado por los marxistas-leninistas; como suele decirse, vieron la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio), y el pueblo estaba acostumbrado a obedecer desde hacía siglos, los ciudadanos rusos estaban habituados a comportarse de manera servil. Hasta que estallaron y se rebelaron. Pero esta rebelión fue progresivamente canalizada por una vanguardia que acabó teniendo demasiado control. La mentalidad de las personas no puede cambiar de la noche a la mañana. La burocracia soviética se nutrió de muchos cuadros de la antigua burocracia zarista. El burocratismo era un viejo mal conocido en la sociedad rusa. El proletariado, que no sabía leer ni escribir en su mayor parte, se dejó llevar por los dirigentes que le demostraban estar de su lado, depositó su confianza en ellos. Y todo ello realimentado por un contexto duro y hostil. Se partió de una democracia menguada y ésta se fue podando progresivamente hasta desaparecer por completo. El mismo concepto de la dictadura del proletariado fue la raíz ideológica del mal. Raíz que, alentada por el agua envenenada con que se la regó y plantada en un terreno peligroso, fue creciendo y creciendo hasta podrir por completo todo el campo que la circundaba.

La decisión de los bolcheviques de disolver la Asamblea Constituyente en enero de 1918, donde tras las elecciones de noviembre de 1917 el partido bolchevique quedó en segundo lugar y fue claramente superado por los social revolucionarios o “*eseristas*” (apoyados masivamente por el campesinado), denotaba ya ciertas tendencias muy peligrosas de situarse por encima del pueblo, del conjunto de la sociedad. Como decía Marx, *la libertad consiste en convertir al Estado de órgano superimpuesto a la sociedad en uno completamente subordinado a ella*. Lenin, con su concepción de la dictadura del proletariado, posibilitó que el Estado proletario se

“superimpusiera” a la sociedad, contribuyendo así al retroceso de la libertad, yendo en la dirección contraria de lo que propugnaba el propio marxismo, iniciando una senda muy peligrosa que finalmente llevaría al precipicio. Si bien es cierto que el marxismo tampoco estaba exento de contradicciones. No todos los errores pueden achacarse a una sola persona, a Lenin, a Stalin, a Trotsky, a Marx, a Engels, o a ... Se produjeron múltiples errores de muchas personas. Y el contexto, nunca hay que olvidarlo, era muy complejo y hostil. Los bolcheviques consideraron que el proletariado les apoyaba masivamente (como así era al principio), que dicha clase era la que debía liderar los cambios, en vez del atrasado, disperso y más conservador campesinado, y decidieron disolver dicha asamblea aplicando la interpretación más peligrosa del peligroso concepto de la dictadura del proletariado.

Esta decisión, junto con el cariz que tomaban los acontecimientos en la Rusia soviética, fue criticada por algunos marxistas, como Rosa Luxemburgo en *La revolución rusa*:

Con toda seguridad, toda institución democrática tiene sus límites e inconvenientes, lo que indudablemente sucede con todas las instituciones humanas. Pero el remedio que encontraron Lenin y Trotsky, la eliminación de la democracia como tal, es peor que la enfermedad que se supone va a curar; pues detiene la única fuente viva de la cual puede surgir el correctivo a todos los males innatos de las instituciones sociales. Esa fuente es la vida política activa, sin trabas, enérgica, de las más amplias masas populares.

[...]

Como toda la clase media, la burguesía y la intelligentsia pequeñoburguesa boicotearon durante meses al gobierno soviético después de la Revolución de Octubre haciendo sabotaje en los ferrocarriles, las líneas postales y telegráficas, los aparatos educacional y administrativo, oponiéndose de esta manera al gobierno obrero. Naturalmente se ejercieron sobre estos sectores todas las medidas de presión posibles. Estas incluían la privación de los derechos políticos, de los medios económicos de existencia, etcétera, a fin de quebrar su resistencia con puño de hierro. Fue precisamente de esta manera que se expresó la dictadura socialista, que no puede abstenerse de usar la fuerza para garantizar o evitar determinadas medidas que afectan los intereses del conjunto. Pero cuando llega a una ley electoral que resulta en la privación del derecho del voto para amplios sectores de la sociedad, a los que políticamente se coloca fuera de los marcos sociales y, al mismo tiempo, no se está en condiciones de ubicar aunque sea económicamente dentro de esos marcos; cuando la privación de los derechos no es una medida concreta para lograr un objetivo concreto sino una ley general de largo alcance, entonces no se trata de una necesidad de la dictadura sino de una creación artificial a la que no se le puede insuflar vida. Esto se aplica tanto a los soviets como fundamento como a la Asamblea Constituyente y a la ley del sufragio general.

Pero el tema no se agota con la Asamblea Constituyente y la ley del sufragio. No hemos considerado hasta ahora la destrucción de las garantías

democráticas más importantes para una vida pública sana y para la actividad política de las masas trabajadoras: libertad de prensa, derechos de asociación y reunión, que les son negados a los adversarios del régimen soviético. En lo que hace a estos ataques (a los derechos democráticos) los argumentos de Trotsky ya citados sobre el carácter farragoso de los organismos democráticos electos distan mucho de ser satisfactorios. Por otra parte, es un hecho conocido e indiscutible que **es imposible pensar en un gobierno de las amplias masas sin una prensa libre y sin trabas, sin el derecho ilimitado de asociación y reunión.**

[...]

Lenin dice que el Estado burgués es un instrumento de opresión de la clase trabajadora, el Estado socialista de opresión a la burguesía. En cierta medida, dice, es solamente el Estado capitalista puesto cabeza abajo. Esta concepción simplista deja de lado el punto esencial: el gobierno de la clase burguesa no necesita del entrenamiento y la educación política de toda la masa del pueblo, por lo menos no más allá de determinados límites estrechos. Pero para la dictadura proletaria ése es el elemento vital, el aire sin el cual no puede existir.

“Gracias a la lucha abierta y directa por el poder —escribe Trotsky— las masas trabajadoras acumulan en un tiempo brevísimo una gran experiencia política, y en su desarrollo político trepan rápidamente un peldaño tras otro.”

Aquí Trotsky se refuta a sí mismo y a sus amigos. ¡Justamente porque es así, bloquearon la fuente de la experiencia política y de este desarrollo ascendente al suprimir la vida pública! O de otro modo tendríamos que convencernos de que la experiencia y el desarrollo eran necesarios hasta la toma del poder por los bolcheviques, y después, alcanzada la cima, se volvieron superfluos. (El discurso de Lenin: ¡ ¡ ¡Rusia ya está ganada para el socialismo! ! !)

¡En realidad, lo que es cierto es lo opuesto! Las tareas gigantescas que los bolcheviques asumieron con coraje y determinación exigen el más intenso entrenamiento político y acumulación de experiencias de las masas.

La libertad sólo para los que apoyan al gobierno, sólo para los miembros de un partido (por numeroso que éste sea) no es libertad en absoluto. **La libertad es siempre y exclusivamente libertad para el que piensa de manera diferente.** No a causa de ningún concepto fanático de la “justicia”, sino porque todo lo que es instructivo, totalizador y purificante en la libertad política depende de esta característica esencial, y su efectividad desaparece tan pronto como la “libertad” se convierte en un privilegio especial.

[...]

El control público es absolutamente necesario. De otra manera el intercambio de experiencias no sale del círculo cerrado de los burócratas del nuevo régimen. La corrupción se torna inevitable (palabras de Lenin, boletín N° 29). **La vida socialista exige una completa transformación espiritual de las masas degradadas por siglos de dominio de la clase burguesa.** Los

*instintos sociales en lugar de los egoístas, la iniciativa de las masas en lugar de la inercia, el idealismo que supera todo sufrimiento, etcétera. **Nadie lo sabe mejor, lo describe de manera más penetrante, lo repite más firmemente que Lenin. Pero está completamente equivocado en los medios que utiliza.** Los decretos, la fuerza dictatorial del supervisor de fábrica, los castigos draconianos, el dominio por el terror, todas estas cosas son sólo paliativos. **El único camino al renacimiento pasa por la escuela de la misma vida pública, por la democracia y opinión pública más ilimitadas y amplias. Es el terror lo que desmoraliza.***

*Cuando se elimina todo esto, ¿qué queda realmente? **En lugar de los organismos representativos surgidos de elecciones populares generales, Lenin y Trotsky implantaron los soviets como única representación verdadera de las masas trabajadoras. Pero con la represión de la vida política en el conjunto del país, la vida de los soviets también se deteriorará cada vez más. Sin elecciones generales, sin una irrestricta libertad de prensa y reunión, sin una libre lucha de opiniones, la vida muere en toda institución pública, se torna una mera apariencia de vida, en la que sólo queda la burocracia como elemento activo.** Gradualmente se adormece la vida pública, dirigen y gobiernan unas pocas docenas de dirigentes partidarios de energía inagotable y experiencia ilimitada. Entre ellos, en realidad dirigen sólo una docena de cabezas pensantes, y de vez en cuando se invita a una élite de la clase obrera a reuniones donde deben aplaudir los discursos de los dirigentes, y aprobar por unanimidad las mociones propuestas -en el fondo, entonces, una camarilla- una dictadura, por cierto, no la dictadura del proletariado sino la de un grupo de políticos, es decir una dictadura en el sentido burgués, en el sentido del gobierno de los jacobinos (¡la postergación del Congreso de los Soviets de periodos de tres meses a periodos de seis meses!) Sí, podemos ir aun más lejos; esas condiciones deben causar inevitablemente una brutalización de la vida pública: intentos de asesinato, caza de rehenes, etcétera. (Discurso de Lenin sobre la disciplina y la corrupción.)*

[...]

El error básico de la teoría Lenin-Trotsky es que ellos también, igual que Kautsky, oponen la dictadura a la democracia. “Dictadura o democracia”, es como plantean la cuestión tanto los bolcheviques como Kautsky. Éste se decide naturalmente en favor de “la democracia”, es decir de la democracia burguesa, precisamente porque la opone a la alternativa de la revolución socialista oponiéndola a la democracia, y por lo tanto, a favor de la dictadura. Lenin y Trotsky, por otro lado, se deciden a favor de la dictadura de un puñado de personas, es decir de la dictadura según el modelo burgués. Son dos polos opuestos, ambos igualmente distantes de una genuina política socialista. El proletariado, cuando toma el poder, no puede nunca seguir el buen consejo que le da Kautsky, con el pretexto de “la inmadurez del país”, de renunciar a la revolución socialista y dedicarse a la democracia. No puede seguir este consejo sin traicionarse a sí mismo, a la Internacional y a la revolución. Debería y debe encarar inmediatamente medidas socialistas, de la manera más

*enérgica, inflexible y firme, en otras palabras ejercer una dictadura, pero una dictadura de la clase, no de un partido o una camarilla. **Dictadura de la clase significa, en el sentido más amplio del término, la participación más activa e ilimitada posible de la masa popular, la democracia sin límites.***

Después de ver cómo Rosa Luxemburgo criticaba la manera de hacer la revolución socialista de Lenin y Trotsky, ya en 1918, mucho antes que la crítica al estalinismo expuesta en *La Revolución traicionada* por Trotsky en 1936, y de ver cómo sus pronósticos de la burocratización se cumplieron, como mínimo, debería ser tomada en cuenta la gran aportación de la revolucionaria alemana. Sin embargo, una gran parte de marxistas-leninistas desprecian lo dicho por ella, siguen aferrándose a la idea de que la degeneración de la Revolución rusa, cuyo paroxismo fue el estalinismo, fue exclusivamente debida al contexto, no tuvo nada que ver con Lenin o Trotsky. En unas pocas líneas, Rosa Luxemburgo es capaz de explicar las causas de la degeneración de la Revolución rusa, de preverla. Ella también tiene en cuenta el duro contexto para, de alguna manera, justificar ciertas medidas nada deseables, pero, como ella misma dice: *El peligro comienza cuando hacen de la necesidad una virtud, y quieren congelar en un sistema teórico acabado todas las tácticas que se han visto obligados a adoptar en estas fatales circunstancias, recomendándolas al proletariado internacional como un modelo de táctica socialista. Cuando actúan de esta manera, ocultando su genuino e incuestionable rol histórico bajo la hojarasca de los pasos en falso que la necesidad los obligó a dar, prestan un pobre servicio al socialismo internacional por el cual lucharon y sufrieron. Quieren apuntarse como nuevos descubrimientos todas las distorsiones que prescribieron en Rusia la necesidad y la compulsión, que en última instancia son sólo un producto secundario de la bancarrota del socialismo internacional en la actual guerra mundial.*

Bien es cierto que Rosa Luxemburgo, tras salir de la cárcel, donde escribió *La revolución rusa*, cambió en gran parte su opinión emitida en dicho folleto, pero esto no es lo importante. Lo verdaderamente importante es que Rosa dio en la clave del problema, es que los hechos corroboraron sus temores. Rosa acertó plenamente en sus previsiones, a pesar de que ella se retractara en parte de ellas. La realidad, y no ella, ni nadie, juzgó, y le dio la razón. La realidad es el juez supremo que debemos siempre considerar. La práctica es la que manda.

Rosa Luxemburgo, aplicando el método marxista, sobre todo su más profundo espíritu científico, la crítica, la autocrítica, el librepensamiento, llegó mucho más lejos que muchos marxistas de su época, que incluso muchos actuales. Sin embargo, ella se encontró con un serio problema: el concepto de la dictadura del proletariado. Ella lo interpreta de manera distinta a cómo lo hacen Lenin y Trotsky. Esta polémica nos da serias pistas de por dónde están los problemas en la teoría marxista. La dictadura del proletariado es, como mínimo, un concepto problemático. Incluso los marxistas más aventajados discrepan sobre su interpretación. Y esas discrepancias teóricas tienen graves implicaciones en la práctica. Los errores en la teoría tienen graves consecuencias en la práctica. Rosa Luxemburgo se encuentra con un doble problema: la fachada del concepto de la dictadura del proletariado y su contenido. La fachada porque intenta defender la democracia con la palabra *dictadura*. El contenido porque habla de la *democracia sin límites* cuando la dictadura del proletariado se refiere a la democracia del proletariado, y no de toda la población, cuando el propio concepto de

la dictadura del proletariado defiende una democracia limitada, al menos cuando es posible interpretarlo de esa manera. Si se trataba de democracia sin límites, Marx y Engels no debían haber empleado la expresión *dictadura del proletariado*, hubiera bastado simplemente con la palabra *democracia*. Pero, probablemente, para distanciarse de la versión burguesa de la democracia, renunciaron al concepto genérico de democracia y lo sustituyeron por otro que podía interpretarse de manera radicalmente opuesta. Marx y Engels interiorizaron en cierta medida el concepto burgués de democracia, hicieron la *democracia liberal* sinónima de *democracia*, permitieron que la burguesía se apropiara de la palabra *democracia*. Ése fue uno de sus errores más graves.

Luxemburgo se topa con el talón de Aquiles del marxismo, lo toca de refilón, pero no se atreve a cuestionarlo. El error de la revolucionaria alemana consistió en no haber seguido en su crítica, en haberla autorreprimido, en no seguir sus razonamientos hasta las últimas consecuencias. El concepto de la dictadura del proletariado es, como mínimo, sospechoso de ser erróneo. No sólo por su ambigüedad (esto es evidente, de aquí la polémica), no sólo por su forma de expresarlo (el uso de la palabra *dictadura* resultó inapropiado, si de lo que se trataba era de defender una democracia más amplia y profunda), sino que también por su contenido, por plantear una democracia restringida. Rosa Luxemburgo en verdad critica en parte al marxismo, da con el meollo de la cuestión, pero sin hacerlo explícitamente, tal vez lo hace sólo de manera algo inconsciente, tal vez no se atreve a criticar al marxismo para no ser acusada de antimarxista, de contrarrevolucionaria. No hay que olvidar que la Revolución rusa está en plena efervescencia cuando Luxemburgo escribe su trabajo *La revolución rusa* (que no fue publicado hasta muchos años después) y cualquier crítica a los bolcheviques podía volverse en contra de la propia Revolución, lo cual no deseaba en absoluto la revolucionaria alemana. Las difíciles circunstancias y el dogmatismo de sus camaradas marxistas limitan su propio pensamiento libre. ¡Bastante hizo con criticar el modus operandi de los bolcheviques (a pesar de apoyarlos en líneas generales) como para encima replantear también algunas bases del propio marxismo! El dogmatismo, como el pensamiento libre y crítico, es también contagioso y viene influido por el contexto. ¡Es fácil practicar el librepensamiento cuando las circunstancias le son favorables! Es casi inevitable restringir el librepensamiento cuando alrededor es muy escaso. En este aspecto el librepensamiento de Luxemburgo no se atreve a cuestionar uno de los pilares del marxismo. En cuanto a esto peca de cierto dogmatismo. El librepensamiento no es puro ni absoluto. No todos alcanzamos el mismo grado de librepensamiento, pero nunca lo alcanzamos por completo. Todos sucumbimos de alguna manera a los prejuicios o a las presiones intelectuales de nuestra época, en mayor o menor medida. Ahora es fácil criticar el concepto de la dictadura del proletariado, hay claras evidencias de que es erróneo, es obvio que es problemático, ¡pero ya me hubiera gustado verme a mí mismo en esa época! A este respecto bastante aportó ya Rosa Luxemburgo. Como con cualquier otro intelectual pasado, debemos retomar sus aportaciones, pero éstas deben constituirse en un punto de partida, no de llegada. Avanzar consiste en seguir el trabajo de quienes nos precedieron. Las críticas de la revolucionaria alemana se vieron avaladas por los hechos. Lo menos que se puede hacer es tenerlas en cuenta. El método científico nos dice que las teorías son avaladas por la práctica. El devenir de los acontecimientos históricos nos dice que Rosa Luxemburgo apuntó en la dirección adecuada: el

concepto de la dictadura del proletariado. Nosotros sólo tenemos que disparar. Sólo nos falta seguir las pistas que nos dieron. Contamos, además, con dos armas infalibles: el propio método marxista y las experiencias prácticas históricas. Nuestro trabajo no es tan difícil. Siempre que usemos las armas de que disponemos hasta las últimas consecuencias, siempre que tengamos la actitud adecuada, siempre que busquemos la verdad con suficiente ahínco.

2.3. La dictadura del proletariado según Lenin

El problema con el concepto de la dictadura del proletariado es doble: la concepción limitada, insuficiente, de la democracia que pretende defender y su ropaje lingüístico. El fin de la dictadura del proletariado era que el proletariado, las masas trabajadoras, la mayoría del pueblo, predominaran en el Estado, justo al contrario de lo que ocurre en la “democracia” burguesa. Una democracia que lo es sólo de palabra, puesto que en la práctica quien manda es la burguesía. Ésta controla la situación, aun siendo minoritaria. La democracia liberal es la dictadura de la clase burguesa, aliada con, o apoyada por, el resto de clases opulentas (la aristocracia sobre todo) y ayudada también por la vacilación de clases intermedias como la pequeña burguesía. A pesar de todas las apariencias. La democracia liberal está diseñada de tal forma que el pueblo no detenta realmente el poder, a pesar de que se le cree la ilusión de que así es. Al hacer depender todos los poderes (el político, el judicial, la prensa) del poder económico, incumpliendo la pomposamente proclamada separación de poderes, o haciendo que ésta sea insuficiente, la supuesta democracia liberal se transforma de facto en oligocracia. Esto es algo que en nuestros días, especialmente cuando hay crisis, podemos percibir todos los ciudadanos. Hace falta estar ciego o no querer ver para no verlo. El dominio del poder económico se hace patente no sólo en cuanto a la clase política (financiada por él), sino también en el control ideológico ejercido fundamentalmente a través de los medios de comunicación (pertenecientes a grandes capitalistas o controlados por gobiernos financiados por capitalistas), convertidos en los más poderosos instrumentos de adoctrinamiento, en los implementadores del pensamiento único burgués. Así no es muy peligroso preguntar al pueblo cada X años, si previamente y sistemáticamente se hace que piense como a la oligarquía interesa. No digamos ya cuando se implanta un sistema bipartidista donde cualquiera de los dos partidos defiende por igual, a pesar de ciertas apariencias de pluralidad, las reglas del juego capitalistas, que es lo que interesa a la gran burguesía. La democracia liberal es en el fondo un totalitarismo sutil, una dictadura casi imperceptible. Casi.

El objetivo de la dictadura del proletariado era combatir la dictadura burguesa. Es falso, como así afirman muchos “ideólogos” burgueses, que se buscaba simplemente una dictadura. Se buscaba otro tipo de dictadura, en verdad otro tipo de democracia. Una democracia donde quienes son mayoría, los trabajadores de todos los sectores, predominaran, como es lo que propugna la democracia en su acepción original: el poder del pueblo. El problema con el concepto de la dictadura del proletariado no residía en su objetivo, en su razón de ser, sino en la manera en que se quería implementar y en la manera de defenderla en la guerra ideológica. Como no se cansaron de repetir Marx, Engels, y después de ellos Lenin, la cuestión fundamental de la revolución es la cuestión del poder. Ellos pudieron equivocarse en la manera de plantearla, en las soluciones propuestas a dicho problema fundamental, pero no se equivocaron en el planteamiento de la cuestión del poder. Si el proletariado no accede al poder político, el socialismo, y después de él el comunismo, es, no ya utópico, sino que imposible.

La democracia post-burguesa no sólo debía dar un salto cuantitativo y cualitativo importante para el proletariado, sino para toda la población. No sólo se trataba de que los trabajadores pudieran participar más y mejor en las decisiones que les incumben, sino de que así lo hicieran todos los ciudadanos. No era necesario reprimir a la burguesía (una vez despojada del poder político y económico) porque los proletarios de toda índole se iban a imponer sobre ellos en el marco de una democracia auténtica, por una simple razón: eran mayoría (y esto es tanto más cierto cuanto más mayoritario se hace el proletariado en el tiempo, en la actualidad esto es más cierto que nunca, si no olvidamos que todo trabajador asalariado que trabaja por cuenta ajena es un proletario). Además, defender más democracia con la palabra *dictadura* no era una buena estrategia ideológica. Contraponer la *dictadura* del proletariado a la *democracia* burguesa, le facilitaba las cosas al enemigo en el campo de la guerra ideológica. Además de que podía provocar interpretaciones incorrectas y peligrosas del nuevo Estado democrático propugnado por parte de los defensores del proletariado. En el libro *Los errores de la izquierda*, explico más en detalle el problema existente con el concepto de la dictadura del proletariado.

Lenin en *Tesis e informe sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado*, presentado al primer congreso de la Tercera Internacional el 4 de marzo de 1919, nos habla en estos términos:

El desarrollo del movimiento revolucionario del proletariado en todos los países ha hecho que la burguesía y sus agentes en las organizaciones obreras forcejeen convulsivamente con el fin de hallar argumentos ideológico-políticos para defender la dominación de los explotadores. Entre esos argumentos se esgrime particularmente la condenación de la dictadura y la defensa de la democracia. La falsedad y la hipocresía de este argumento, repetido en mil variantes por la prensa capitalista y en la Conferencia de la Internacional amarilla de Berna, celebrada en febrero de 1919, son evidentes para todos los que no quieren hacer traición a los principios elementales del socialismo.

No puedo estar más de acuerdo con Lenin. Esto podemos percibirlo también en nuestros días. La hipocresía de los gobiernos que supuestamente representan al pueblo, a las masas trabajadoras (como la de nuestro actual gobierno "socialista" español) es obvia, para quien todavía tenga ojos, para quien todavía no se los tape.

Sigamos:

Ante todo, ese argumento se basa en los conceptos "democracia en general" y "dictadura en general", sin plantear la cuestión de qué clase se tiene presente. Ese planteamiento de la cuestión al margen de las clases o por encima de ellas, ese planteamiento de la cuestión desde el punto de vista -como dicen falsamente- de todo el pueblo, es una descarada mofa de la teoría principal del socialismo, a saber, de la teoría de la lucha de clases, que los socialistas que se han pasado al lado de la burguesía reconocen de palabra y olvidan en la práctica. Porque en ningún país capitalista civilizado existe la "democracia en general", pues lo que existe en ellos es únicamente la democracia burguesa, y de lo que se trata no es de la "democracia en general", sino de la dictadura de la clase es decir, del proletariado, sobre los opresores y los explotadores, es

decir, sobre la burguesía, con el fin de vencer la resistencia que los explotadores oponen en la lucha por su dominación.

De acuerdo, pero en parte. Es verdad que las democracias burguesas no son “democracias en general” sino democracias para la burguesía y en contra del proletariado. Pero Lenin arrastra el error del marxismo (o de cierta interpretación del mismo en cuanto a esta cuestión) de que la democracia proletaria debe ser, en esencia, mejor dicho, debe incluir ineludiblemente, la represión *por la fuerza, explícita* (y no sólo implícita) de la burguesía. Hay una diferencia fundamental entre la burguesía y el proletariado (entendido éste como las clases trabajadoras, como todos los trabajadores): la primera es minoritaria, necesita imponerse por la fuerza, con trampas (como la falsa democracia liberal, es decir, la oligocracia, o la dictadura pura y dura, sin disfraz, cuando no hay más remedio), el segundo es mayoritario, no necesita imponerse ni con la fuerza ni con trampas. En un Estado verdaderamente democrático el proletariado se impone de forma natural frente al resto de minorías. No hace falta en este caso excluir a éstas de la democracia, la propia democracia las pondrá en su sitio: serán dominadas por la *mayoría*. La dictadura del proletariado surgirá de manera natural mediante la más amplia y profunda democracia, al contrario que la burguesa. La “democracia en general” sí puede beneficiar al proletariado, sí puede, incluso debe, implementarlo el proletariado, al contrario que la burguesía, a la que la democracia “en general” condena. Que la burguesía no la haya usado o intentado implementar de verdad, no significa que el proletariado no pueda o no deba hacerlo.

En cualquier caso, en lo que sí lleva razón Lenin es en denunciar la hipocresía de quienes critican el concepto de la dictadura del proletariado sin explicarlo suficientemente, sin decir que quienes lo defienden (bien o mal, esa es otra cuestión) lo hacen porque acusan a la democracia liberal de ser la dictadura de la burguesía y lo hacen porque creen que todo Estado es siempre (y sólo puede ser) la dictadura de una clase. Si no se explica en qué consiste un concepto, toda crítica es malintencionada, es una descarada mofa, como dice Lenin. ¡Pero es que, precisamente, uno de los problemas del concepto de la dictadura del proletariado es que era difícil defenderlo por usar la palabra *dictadura*, es que a la burguesía se lo poníamos muy fácil para practicar la hipocresía y la demagogia! Había que contar con la reacción ideológica de la burguesía. Que contar, incluso, con que ella partía (ahora en nuestros tiempo todavía más) con ventaja ideológica, porque tiene los medios a su favor, porque lleva tiempo comiendo el coco a los ciudadanos. Había que contar con los prejuicios que tiene la ciudadanía (impregnados sistemáticamente por la oligarquía mediante su dominio de los medios de desinformación y de la educación, entre otros). En este sentido, el marxismo infravaloró al enemigo en la guerra ideológica. Por esto digo que ese concepto era poco útil en la guerra ideológica, la *manera* de defender el concepto, su ropaje lingüístico, el uso de la palabra *dictadura*, se lo ponía muy fácil a la burguesía. ¡Bastaba con proclamar que ella defiende la *democracia* mientras que los malvados marxistas defienden la *dictadura*!

Por cierto, muchas de las cosas dichas por Lenin siguen siendo esencialmente válidas en nuestros tiempos. Pero, como mínimo, debemos replantear la estrategia. Como mínimo, el concepto de la dictadura del proletariado, debería ser defendido de otra manera. Como mínimo, debiera defenderse como *democracia obrera*. Como mínimo. Además, según estoy intentando demostrar a lo largo de este libro, debe redefinirse

dicho concepto, en verdad debe desecharse. **La dictadura del proletariado debe redefinirse simplemente como democracia. Ésta debe sustituir a aquélla.** Los apellidos de *democracia* deben ser en todo caso: *verdadera, auténtica, amplia, profunda, participativa*, etc. **El proletariado debe defender la democracia más amplia y profunda posible, más y mejor democracia.** Debe retomar algunos de los postulados de la democracia liberal e implementarlos realmente en la práctica, además de añadirle nuevas características. A pesar de todo, la democracia liberal supuso un importante avance respecto del régimen absolutista, la República supuso un gran paso adelante respecto de la Monarquía. El problema es que supuso un paso insuficiente que impidió seguir avanzando, el problema es que la democracia se detuvo en el camino e inició la marcha atrás. El problema es que muchos principios de la democracia liberal se tergiversaron en la práctica. Revindicar, por ejemplo, la indivisión del poder, la fusión del poder ejecutivo y del legislativo, supondría un paso hacia atrás. Dichos poderes sólo pueden fusionarse, en todo caso, cuando se aplica la democracia directa en los ámbitos locales. Pero no es posible usar la democracia directa, al menos por ahora, en el ámbito de todo un país. Precisamente, de lo que se trata es de implementar una eficaz y verdadera separación de *todos* los poderes, considerando especialmente al poder económico, que en su día no fue considerado por la burguesía (en esta omisión consciente, pues la burguesía ostentaba poder económico y no quería lógicamente renunciar a él, está la raíz de la degeneración de la democracia liberal en plutocracia). Todos los poderes deben ser independientes entre sí, todos ellos deben ser independientes del poder económico. Al mismo tiempo, todos los poderes deben ser controlados de la manera más directa posible por el propio pueblo. Sólo así es posible alcanzar una democracia que merezca tal nombre. La oligocracia, la plutocracia, se sustentan en una separación de poderes inexistente o insuficiente, en la subordinación de todos los poderes (político, judicial, sindical, prensa, etc.), de manera directa o indirecta, respecto del poder económico.

Democracia es esencialmente separación de poderes, distribución del poder para poder distribuir todo lo demás, todo cuanto es de carácter *social*. Si Lenin, Trotsky, e incluso Stalin, según afirman sorprendentemente algunas fuentes, en plena implementación de la dictadura del proletariado, se plantearon en determinados momentos reinstaurar “viejos” conceptos “burgueses” como el pluripartidismo, la libertad de prensa, el sufragio universal, o incluso cierta separación de poderes (por ejemplo, la separación del Partido respecto del Estado o los sindicatos) es porque se dieron cuenta de que no podía prescindirse de ellos para combatir la degeneración burocrática de la dictadura del proletariado sustentada en el partido único, en la identificación del Partido con el Estado, en suma, en la concentración del poder en pocas manos. Es porque se dieron cuenta de que sin ellos el socialismo no podría prosperar. **El socialismo no puede prosperar sin democracia. Cualquier límite de la democracia es un límite del desarrollo del socialismo.** No es posible la democracia si no hay separación de poderes. Así como el socialismo se nutre del capitalismo para acabar negándolo, la democracia “proletaria”, la verdadera democracia, que no será realmente obrera ni burguesa, se nutre de la democracia burguesa para superarla y con el tiempo negarla. La negará en el sentido de que la auténtica democracia estará al servicio de toda la sociedad y no de ninguna minoría. La democracia auténtica negará *dialécticamente* a la democracia burguesa. Desarrollando suficientemente la democracia burguesa, ésta se transformará en otro

tipo de democracia que la superará decididamente, tal como el agua al calentarla suficientemente pasa del estado líquido al gaseoso. La democracia burguesa debe sufrir la conversión de la cantidad en calidad. La democracia burguesa contiene la semilla de su propia destrucción. De esto es plenamente consciente la propia burguesía. Por esto se detuvo en el camino, por esto se autorreprimió, por esto renunció a evolucionar su democracia. Dicha semilla debe ser suficientemente regada. No se trata de superar la democracia liberal negando lo positivo que potencialmente tiene, volviendo al absolutismo que la precedió (aunque bajo otras formas), ya que de esta manera no es realmente posible superarla, sino que se trata de superarla desarrollando aquellas características que inevitablemente la transformarán en una democracia auténtica. La implementación de la separación de poderes llevada hasta sus últimas consecuencias extinguirá la plutocracia burguesa, supondrá el advenimiento de la democracia propiamente dicha. Parafraseando a Engels, el Estado (clasista) no se abolirá sino que se extinguirá, mediante el desarrollo de la democracia, especialmente de la separación de los poderes. Ver mi artículo *La separación de poderes*. La revolución socialista es la heredera de la revolución burguesa, debe tomar de ésta aquello que sirva para avanzar y debe desarrollarlo, y al mismo tiempo, debe desechar de ella aquello que impida el avance democrático, aquello que incluso contradiga los principios fundamentales en los que supuestamente se basa la democracia liberal, como la libertad y la igualdad.

La democracia *representativa* debe ser realmente representativa, debe, además, evolucionar hacia una democracia más *participativa*, debe, además, complementarse con la democracia *directa* en los ámbitos más locales. La democracia debe expandirse a todos los rincones de la sociedad, especialmente a la economía, al motor de la sociedad. La dictadura del proletariado es en verdad la democracia. El proletariado, las clases populares, sólo podrán “imponerse” mediante al democracia. En la política, en la que *todo* el pueblo, sin ninguna exclusión, debe participar de la manera más igualitaria posible. Y en la economía donde los propios trabajadores deben gestionar los medios de producción. Debemos llamar a las cosas por su nombre, pero sin hacernos el haraquiri ideológico, sin facilitarle la tarea al enemigo para distorsionar o tergiversar nuestras ideas. La *democracia liberal* debemos llamarla por su verdadero nombre: *dictadura burguesa, oligocracia, plutocracia*. En vez de tanto hablar de *dictadura del proletariado y democracia liberal*, por el contrario, debemos hablar, respectivamente, de *democracia y plutocracia*. El proletariado necesita la democracia, debe a toda costa evitar cualquier dictadura, cualquier dominio de cualquier minoría, cualquier oligocracia. Por el contrario, la burguesía necesita la oligocracia, y cuando ésta no es suficiente para defender sus intereses económicos, la dictadura. ¡No debemos consentir que la burguesía, enemiga de la democracia, se apropie de la palabra *democracia*! ¡Ni debemos consentir que el proletariado, quien verdaderamente propugna la democracia, pues sin ella no es nadie, use o abuse de, la palabra *dictadura*, su enemiga mortal! El concepto de la dictadura del proletariado fue, como mínimo, un gran error en la estrategia ideológica. Además, esa manera de defender otro tipo de democracia, facilitó la implantación de una “dictadura general”, contra el proletariado y todo el pueblo. Fue, con mucho, el más grave error del marxismo, aunque sólo fuera simplemente por usar la expresión “*dictadura del proletariado*”.

Sigamos con este interesante documento de Lenin:

La historia enseña que ninguna clase oprimida ha llegado ni podría llegar a dominar sin un período de dictadura, es decir, sin conquistar el poder político y aplastar por la fuerza la resistencia más desesperada, más rabiosa, esa resistencia que no se detiene ante ningún crimen, que siempre han opuesto los explotadores. La burguesía, cuya dominación defienden hoy los socialistas, que hablan contra la "dictadura en general" y se desgañan defendiendo la "democracia en general", conquistó el poder en los países adelantados mediante una serie de insurrecciones y guerras civiles, aplastando por la violencia a los reyes, a los señores feudales, a los esclavistas y sus tentativas de restauración.

Cierto, pero en parte. La burguesía accedió al poder político por la fuerza, utilizando al proletariado (entendido éste como todas las clases trabajadoras, del campo y de la ciudad), pues éste era la mayoría. Sin el proletariado, sin la fuerza de las masas, la burguesía no habría podido acceder al poder y despojar a la aristocracia del dominio que ejercía sobre la sociedad. La burguesía usó a las masas, porque no tenía más remedio, y en cuanto alcanzó el poder se volvió contra ellas. Pero la burguesía, y cualquier clase que ha accedido al poder a lo largo de la historia, se diferencia del proletariado en un par de cuestiones fundamentales: el proletariado es la mayoría y no tiene poder económico (ni siquiera emergente). Como no me cansaré de repetir, la infravaloración de estas diferencias cualitativas fundamentales fue la causa de plantear erróneamente, tanto por la forma como, en parte, por el fondo, el concepto de la dictadura del proletariado. El proletariado, las clases mayoritarias, no necesitan la razón de la fuerza (por lo menos, una vez superada la etapa de despojar del poder a la burguesía,) sino que les basta con la fuerza de la razón. Es más, realmente su fuerza reside en el hecho de ser la mayoría. El proletariado no necesita imponerse mediante la dictadura, a diferencia de cualquier otra clase *minoritaria* que aspira a ser dominante. El proletariado no busca dominar al resto de la sociedad, simplemente busca emanciparse, no ser dominado, ejercer el "dominio" que le corresponde, a saber, la voluntad de la mayoría, y de paso emancipar al conjunto de la sociedad. La revolución socialista debe considerar el pasado, pero sin reproducirlo miméticamente. **La revolución socialista no es sólo la conquista del poder por una nueva clase. Si así se la concibe, se la imposibilita. Así se la concibió, así se la imposibilitó.**

La revolución socialista rusa se diferenció demasiado poco de la burguesa en algunos aspectos elementales. Y esto vino del hecho de interpretar que la historia sólo podía seguir siendo, en esencia, como así había sido, demasiado miméticamente. Y esto, a su vez, provino del hecho de interpretar que el Estado que siempre había sido clasista, como así fue, sólo podía seguir siéndolo. Es decir, este error provino de cierta concepción demasiado determinista de la historia humana. El marxismo pecó, en algunos aspectos, de demasiado determinista, aun contradiciéndose a sí mismo. Reconocer que la lucha de clases es el motor de la historia, que así lo ha sido por lo menos, no significa que dicha lucha deba hacerse siempre de la misma forma, ni significa que la sociedad sólo pueda organizarse mediante un Estado clasista. El marxismo reconoció que la sociedad podía superar la división clasista, nos dijo que sería posible abolir las clases, pero no nos dijo *cómo*, y, lo que es peor, nos dijo que el Estado sólo podía ser clasista. Esta contradicción nos llevó a un callejón sin salida. No podíamos por ahora prescindir del Estado pero éste no podía dejar de ser clasista. La

única solución que nos propuso el marxismo consistió en sustituir el dominio de la burguesía por el del proletariado. Pero tampoco nos concretó suficientemente *cómo* el proletariado podía ejercer su dominio. Ahora, tras las experiencias prácticas acontecidas, producto de un estado actual de conciencia superior (en el cual el marxismo influyó decisivamente), por lo menos para ciertas minorías, en el presente momento histórico sí tenemos la respuesta, el *cómo* lograr el dominio del proletariado, el *cómo* superar con el tiempo la división de la sociedad en clases: la democracia, en el sentido más profundo y amplio de la palabra.

Sigamos:

Cada obrero consciente que no haya roto con su clase comprenderá en seguida que sería una estupidez prometer la libertad de reunión a los explotadores en un período y en una situación en que los explotadores se resisten a su derrocamiento y defienden sus privilegios. La burguesía, cuando era revolucionaria, ni en la Inglaterra de 1649 ni en la Francia de 1793 dio "libertad de reunión" a los monárquicos y los nobles, que llamaban en su ayuda a tropas extranjeras y "se reunían" para organizar intentonas de restauración. Si la burguesía actual, que hace ya mucho que es reaccionaria, exige del proletariado que éste le garantice de antemano la "libertad de reunión" para los explotadores, sea cual fuere la resistencia que presten los capitalistas a su expropiación, los obreros no podrán sino reírse del fariseísmo de la burguesía.

Aquí no estoy tan de acuerdo con Lenin. Él infravalora o desprecia el hecho de que el proletariado, las clases explotadas en general, a diferencia de la burguesía, de la monarquía o de la aristocracia, es mayoritario. Por consiguiente no necesita las mismas maneras para imponerse. En todo caso, podría distinguirse entre dos periodos: el periodo transitorio (corto) en el cual la burguesía es despojada del poder político y económico (un periodo en el cual los derechos democráticos no existen para nadie o casi nadie, en el caso de una revolución violenta), y el periodo posterior en el cual el proletariado, una vez despejado el camino de los principales obstáculos, ejerce su dominio. Lenin no distingue suficientemente entre esos periodos y da a entender que la "libertad de reunión" hay que quitársela *definitivamente*, o por lo menos *indefinidamente*, a las clases enemigas del proletariado. Esto era muy peligroso porque sentaba el precedente de justificar el fin con los medios, la eliminación de la libertad de reunión para ciertos colectivos "contrarrevolucionarios" se justificaba y, lo que es peor, no se le ponía límites, por lo menos no de una manera clara y contundente, ni en el espacio ni en el tiempo. Cualquiera que se opusiera a la revolución proletaria se exponía a sufrir represión, a ser excluido de la incipiente "democracia". La nueva democracia se amputaba al nacer. El problema consistía en quién iba a estipular en determinado momento qué era revolucionario o no, quién iba a decir qué es bueno o malo para el proletariado. Así, de hecho, poco a poco la libertad de reunión fue exterminada hasta derivar en el estalinismo.

Lenin, muy a su pesar, por su concepción errónea de lo que debía ser la dictadura del proletariado, al creer que la revolución debía ser dirigida por una élite "iluminada" (contradiciéndose a sí mismo, pues también afirmaba que las masas eran las que debían tener el protagonismo, pues también decía que los obreros eran más revolucionarios que el partido más revolucionario, pues también decía que el

proletariado era mayoritario frente a la burguesía) sembró la semilla del estalinismo, contra el que finalmente luchó cuando ya estaba demasiado crecido. Garantizar la libertad de reunión para toda la población, incluidas las clases enemigas del proletariado, lejos de ser un peligro para el proletariado, al contrario, era la manera de salvaguardar la razón de ser de la revolución socialista: dar el protagonismo a las masas, al proletariado y las clases explotadas en general (como el campesinado, con mucho, la más numerosa en aquella época en Rusia). El evitar que las libertades retrocedieran, por cualquier motivo, debía ser el objetivo número uno para garantizar el devenir de la revolución. Y no al contrario. La resistencia por la fuerza de la burguesía había que vencerla indudablemente con la fuerza, pero una vez superada debía implantarse la democracia más amplia posible, sin limitaciones. Una vez superada la necesidad de usar la razón de la fuerza, ésta debía dar paso a la fuerza de la razón. Esto no era un acto de caridad o superioridad ética del proletariado con respecto a sus enemigos (que también), era sobre todo una *necesidad* para el proletariado y las clases populares. El proletariado (y el campesinado), es decir, las clases trabajadoras, contaban con la fuerza de la razón y sobre todo con la fuerza de la mayoría. No necesitaban la misma concepción de Estado que la burguesía o la aristocracia, que las clases minoritarias y dominantes que le precedieron. Al contrario, el pueblo sólo podía dominar con el *poder del pueblo*, con la democracia “general”. Lenin se fijó en lo que posibilitó el triunfo de la revolución burguesa, en lo que le posibilitó despojar del poder a la aristocracia, pero no en el hecho de que ese triunfo, por la manera en que se hicieron dichas revoluciones, perjudicó finalmente al proletariado, no en lo que provocó la degeneración de esas revoluciones, pues no olvidemos que el pueblo participó en ellas también. El proletariado no podía hacer la revolución de la misma manera que la burguesía porque tenía algunas características fundamentales muy diferentes. Distintas naturalezas (clase dominada vs. clase con cierto poder económico, mayoría vs. minoría) y distintos objetivos (emancipar vs. dominar).

Lenin reconoce el hecho diferencial de la revolución proletaria respecto de otras revoluciones:

La diferencia radical entre la dictadura del proletariado y la dictadura de las otras clases --la dictadura de los terratenientes en la Edad Media, la dictadura de la burguesía en todos los países capitalistas civilizados-- consiste en que la dictadura de los terratenientes y la burguesía ha sido el aplastamiento por la violencia de la resistencia ofrecida por la inmensa mayoría de la población, concretamente por los trabajadores. La dictadura del proletariado, por el contrario, es el aplastamiento por la violencia de la resistencia que ofrecen los explotadores, es decir, la minoría ínfima de la población, los terratenientes y los capitalistas.

De aquí dimana, a su vez, que la dictadura del proletariado no sólo debía traer consigo inevitablemente el cambio de las formas y las instituciones de la democracia, hablando en general, sino precisamente un cambio que diese una extensión sin precedente en el mundo al goce efectivo de la democracia por los hombres que el capitalismo oprimiera, por las clases trabajadoras.

Él reconoce que la dictadura del proletariado debe suponer un nuevo tipo de democracia (esto es evidente). Él reconoce que el proletariado es la mayoría frente a

los capitalistas o terratenientes, que son minorías (esto es también evidente). Sin embargo, por paradójico que pueda parecer, concibe la dictadura del proletariado, en esencia, de la misma manera que la dictadura burguesa se ha ejercido: por la fuerza, por la violencia. Habla de cambio de formas en la democracia, incluso de un cambio fundamental, pero, contradiciéndose a sí mismo, perpetúa el hecho esencial de que una clase se imponga *por la fuerza* sobre el resto. De esta manera perpetúa la falsa democracia burguesa, muy a su pesar. De esta forma sólo aspira a cambiar los actores de la obra sin cambiar el guión, sólo aspira a cambiar las formas, pero no el fondo, a pesar de lo proclamado. Justifica el uso de la razón de la fuerza por parte del proletariado por el hecho de que la burguesía lo ha hecho también. Denunciar el hecho de que la burguesía lo ha hecho estaría bien pero sólo para evidenciar la hipocresía de esta clase, pero no para imitarla y seguir su ejemplo. Sin embargo, a pesar de las diferencias esenciales reconocidas por Lenin en cuanto a la revolución socialista, no saca ninguna conclusión del hecho *radical* de que el proletariado, a diferencia del resto de clases que conquistaron el poder por la fuerza o que lo ejercieron mediante democracias falsas, es mayoritario. Ahí radica su error, su contradicción más profunda. En no concluir que por el hecho *radical* de que el proletariado es esta vez la mayoría, y no una minoría, haya que usar métodos *radicalmente* distintos a las clases predecesoras como la burguesía. Su diagnóstico es correcto pero no así la solución propuesta, que no sólo no cura la enfermedad sino que la agrava. Lenin dice al mismo tiempo que el proletariado se diferencia de la burguesía radicalmente pero que debe, como ella, imponerse por la violencia, por la fuerza. Aquí está el error más importante de Lenin: en la justificación de la violencia, del uso de la razón de la fuerza, sustentada en unas diferencias radicales que no la justifican, al contrario, que justifican cambios profundos y no sólo superficiales o de formas. Error que el mismo Lenin y sus compañeros bolcheviques acabaron por pagar también, además del proletariado en general, ruso e internacional. Si, por lo menos, Lenin se hubiera molestado en matizar suficientemente sus peligrosas afirmaciones, por ejemplo en el sentido de justificar cierto periodo transitorio, lo más breve posible de represión por la fuerza de la oligarquía, si por lo menos hubiera insistido en la necesidad de restablecer cuanto antes la democracia más amplia posible para *toda* la población, el mal hubiese sido menor.

Prosigamos con este suculento documento histórico:

La ridícula tentativa de unir el sistema de los Soviets, es decir, la dictadura del proletariado, con la Asamblea Nacional, es decir, la dictadura de la burguesía, desenmascara por completo la indigencia mental de los socialistas y socialdemócratas amarillos, su carácter político reaccionario, propio de pequeños burgueses, y sus cobardes concesiones a la fuerza, en crecimiento incontenible, de la nueva democracia, de la democracia proletaria.

A este respecto, conviene recordar lo que decía Lenin cuando analizó la experiencia de la Comuna de París en *El Estado y la Revolución*:

La Comuna sustituye el parlamentarismo venal y podrido de la sociedad burguesa por instituciones en las que la libertad de crítica y de examen no degenera en engaño, pues aquí los parlamentarios tienen que trabajar ellos mismos, tienen que ejecutar ellos mismos sus leyes, tienen que comprobar

ellos mismos los resultados, tienen que responder directamente ante sus electores. Las instituciones representativas continúan, pero desaparece el parlamentarismo como sistema especial, como división del trabajo legislativo y ejecutivo, como situación privilegiada para los diputados. Sin instituciones representativas no puede concebirse la democracia, ni aun la democracia proletaria; sin parlamentarismo, sí puede y debe concebirse, si la crítica de la sociedad burguesa no es para nosotros una frase vacua, si la aspiración de derrocar la dominación de la burguesía es en nosotros una aspiración seria y sincera y no una frase "electoral" para cazar los votos de los obreros...

Por un lado, Lenin defendía en 1917, poco antes de Octubre, la necesidad de instituciones representativas, es decir, de la democracia representativa, y por otro lado, en 1919, al contrario, defiende la disolución de la Asamblea Constituyente, que era el máximo órgano de representación de *todo* el pueblo ruso. Para Lenin el parlamentarismo *burgués* es el mismo parlamentarismo. Lo mismo podemos decir de la democracia representativa *burguesa*. Lenin identifica la democracia representativa *burguesa* con la misma democracia representativa, cuando la primera dista mucho de ser representativa. El parlamentarismo, la democracia representativa, desapareció en Rusia con Lenin en el poder. Podría haberse comprendido "limpiar" el parlamentarismo burgués de todo aquello que lo desvirtuaba, podría haberse comprendido la disolución de una asamblea caduca, con unas reglas viciadas que sólo servían a la minoría burguesa, pero no puede comprenderse que posteriormente a dicha disolución, incluso una vez transcurrido un tiempo prudencial, una vez ganada la guerra civil, no se hubiese constituido una nueva asamblea con nuevas reglas, una nueva democracia representativa, verdaderamente representativa, que representara a *todos* los rusos en igualdad de condiciones. ¿Pueden justificarse esos cambios radicales de principios tan fundamentales de Lenin por las circunstancias cambiantes, o no? Esta aparente contradicción sólo puede comprenderse si suponemos que Lenin no creía realmente en la democracia *representativa* (entendida ésta como la elección *directa* por *todo* el pueblo de los máximos representantes del Estado, del parlamento, del gobierno o del jefe de Estado), si suponemos que para Lenin la democracia representativa no era compatible con la democracia *soviética* (la democracia directa en los consejos o comunas y su federación). Tal vez Lenin, en su afán de distanciarse de la falsa democracia representativa previamente existente, que defendían sus opositores pro-burgueses, llevó demasiado lejos su razonamiento en el sentido de rechazar *toda* democracia representativa. El hecho de que Lenin, al final de su vida, viendo el proceso degenerativo del Estado obrero soviético, que ya mostraba claros síntomas de un burocratismo muy peligroso, se replanteara la posibilidad de reinstaurar ciertos principios de la democracia burguesa, como el pluripartidismo, podría concordar con esta conjetura que estamos haciendo.

En cualquier caso, el hecho de pensar que la democracia representativa era un concepto a desechar fue un grave error, consecuencia del error básico del marxismo de suponer que el Estado debía ser clasista, debía continuar siendo clasista, sólo podía ser clasista, sólo podía seguir siendo lo que indudablemente había sido. Ese excesivo determinismo en el que cayó en determinado momento el marxismo, que imposibilitó el salto. Al creer que sólo, en esencia, podía ser lo que ya había sido, al final lo nuevo fue lo de siempre, incluso peor. Obviamente, tal como estaban las cosas,

la fusión directa e inmediata de la Asamblea Nacional con los soviets no podía conducir a nada bueno, pues había un choque de dos concepciones opuestas de democracia, era el choque entre dos dictaduras: la de la burguesía ejercida con su falsa democracia representativa cuyo “templo” era la Asamblea Nacional, y la del proletariado en la que los obreros, campesinos y soldados ejercían su poder en los soviets, excluyendo de éstos a otras capas de la población. Había un choque de intereses incompatibles, contrapuestos. Pero el problema es que tras el hecho de no reconocer legitimidad a la Asamblea Nacional (aun admitiendo que en ese momento no la tuviera), se escondía la idea de que *nada* de la democracia liberal podría reaprovecharse, se presuponía que los *principios* generales en los que se basó la democracia burguesa (aunque incumplidos en la práctica por ésta), como el sufragio universal o las distintas libertades (de reunión, de expresión, etc.) no podían aplicarse más que de una sola manera: para beneficiar *explícitamente* (en este caso de manera menos sutil e hipócrita) sólo a una clase en detrimento de otras. En el fondo, se asumía siempre la concepción clasista, burguesa o aristocrática, en suma, oligárquica, del Estado. Se pensaba que de lo que se trataba era, tan sólo, de cambiar la clase dominante. Se prescindía de los principios *elementales* de la democracia, innecesariamente y peligrosamente, simplemente por el mal uso hecho por parte de la burguesía, cuando, precisamente, se trataba, por el contrario, no de prescindir de ellos, sino de implementarlos eficazmente, realmente.

En *La revolución proletaria y el renegado Kautsky* Lenin afirma:

Aun en el Estado democrático, mientras haya explotadores que dominen sobre una mayoría de explotados, será inevitablemente una democracia para los explotadores. El Estado de los explotados debe distinguirse por completo de él, debe ser la democracia para los explotados y el sometimiento de los explotadores; y el sometimiento de una clase significa la desigualdad en detrimento suyo, su exclusión de la "democracia".

En primer lugar es un error por parte de Lenin hablar de un Estado democrático donde hay explotadores que imponen su voluntad. En un Estado democrático, propiamente dicho, sólo “impone” su voluntad la mayoría. Lenin se refiere a la democracia burguesa, la de los explotadores. La que beneficia a los capitalistas. De esto no hay dudas. Él interioriza la concepción burguesa de la democracia, para él democracia es sinónimo de democracia *burguesa*. Este grave error ya viene de lejos: Marx y Engels ya practicaban con demasiada frecuencia este peligroso juego de palabras. Incluso para distanciarse de la democracia *burguesa* se “inventaron” el concepto de la *dictadura* del proletariado. En vez de reivindicar la *democracia* y de decir que el sistema burgués era en verdad una *oligocracia*, ellos reivindicaron una *dictadura*, la del proletariado, frente a la de la burguesía, que ellos mismos calificaban demasiadas veces como *democracia*. Ellos contrapusieron la *dictadura* del proletariado a la *democracia* burguesa. Si, por lo menos hubieran hablado siempre, sin dudas, sin ambigüedades, de manera sistemática, de *dictadura* proletaria frente a *dictadura* burguesa, el mal hubiese sido menor. Ellos, indudablemente, consideraban que la democracia burguesa era en verdad la dictadura de la burguesía, pues para el marxismo todo Estado es la dictadura de una clase, pero, con demasiada frecuencia, ellos llamaban a dicha dictadura *democracia* y llamaron a la democracia proletaria

dictadura. Esta manera de expresar las ideas fue el gran error del marxismo y se pagó muy caro. Lo arrastró Lenin en su teoría, y lo que es peor, en su praxis.

Podemos admitir que en dicha “democracia” burguesa los capitalistas deciden *de forma democrática* lo que a ellos les beneficia, lo cual es muy discutible, pues en el capitalismo lo que funciona es la competencia entre los capitalistas, el permanente estado de guerra, de unos capitalistas contra otros, de los capitalistas contra los trabajadores. En una guerra no hay mucho sitio para la democracia. La democracia burguesa es muy poco democrática, incluso para los propios burgueses. Quienes se imponen son los capitalistas más fuertes, no la “mayoría” de los capitalistas. Los parlamentos burgueses se parecen más bien a los circos romanos donde unos gladiadores luchan contra otros. Los capitalistas no necesitan realmente la democracia, les basta con que las reglas del juego (competencia y propiedad privada de los medios de producción) permanezcan para que puedan explotar a las otras clases sociales, para que entre ellos puedan competir por acaparar plusvalía. Los capitalistas, sobre todo los grandes, sobreviven perfectamente en las dictaduras de derechas. La “democracia” burguesa es una simple fachada para contener al resto de clases sociales que podrían poner en peligro el orden capitalista, al mismo tiempo que para poner “orden” en la misma clase burguesa, dominada por una oligarquía, es decir, por una parte de ella. Pero no es en este aspecto en el que quiero insistir. Está claro que la democracia burguesa sirve para reproducir y mantener el orden burgués, el cual beneficia en general a la burguesía, pero especialmente a la gran burguesía.

Dice Lenin que mientras haya explotadores, la “democracia” (formal) sólo puede beneficiar a éstos. No puedo estar más de acuerdo. Dicho de otra manera, mientras no haya democracia en la economía, no podrá haberla en la política, ésta estará desnaturalizada, o por lo menos tendrá el serio peligro de serlo. Dice Lenin que el Estado de los explotados debe distinguirse por completo del Estado de los explotadores. ¡No puede estar más de acuerdo! Pero, contradiciéndose a sí mismo, Lenin aboga por los mismos métodos que los explotadores: viciar la democracia obrera para “expulsar” (de una manera más burda, menos hipócrita, pero expulsar también) a los explotadores. Según Lenin, el sometimiento de una clase significa la desigualdad en detrimento suyo (esto es obvio), pero para él esto se traduce en el caso de los burgueses en su *exclusión* de la nueva democracia. ¡Craso error! Aquí está el principal error del marxismo-leninismo. La burguesía logra someter al proletariado, a las clases populares, a la mayoría, implementando una desigualdad *real* (con mil y un trucos, pero sobre todo manteniendo el control de la economía y haciendo al poder político dependiente del económico) que contradice la proclamada igualdad *formal*. Así la burguesía, es decir, una minoría, logra imponerse artificialmente, por la fuerza, una fuerza camuflada, sutil, sobre la mayoría. Así la democracia *formal* supuestamente neutral se convierte en la dictadura *de facto* burguesa. E, increíblemente, Lenin recurre al método más basto de expulsar directamente a la burguesía de la nueva democracia obrera. No sólo así se lo pone muy fácil a la burguesía en el sentido de presentarse ésta ahora como víctima, como defensora de la “democracia”, sino que Lenin lo plantea en un caso en el que precisamente es innecesario puesto que la desigualdad en detrimento de una minoría está garantizada cuando se establece unas condiciones democráticas igualitarias por el propio hecho de ser minoría. Una minoría, por definición, juega con desigualdad

(siempre que se la despoje de sus privilegios). De lo que se trata es de quitarle a la minoría dominante los privilegios que le permiten ser dominante (expropiarle económicamente fundamentalmente), no de quitarle incluso los derechos de participar en la democracia en las mismas condiciones que el resto de la población.

Lenin reproduce el “error” del Estado burgués (en verdad no es un error, es una necesidad para que la burguesía domine) y lo agrava. Y este error de Lenin se nutre del error del marxismo, del ambiguo, confuso e impreciso concepto de la dictadura del proletariado, que en verdad se refería a la *hegemonía* del proletariado. ¡Pero es que el proletariado no necesita expulsar a la burguesía para ser hegemónico! La clase trabajadora es la clase mayoritaria de la sociedad. Hay muchos más trabajadores que grandes capitalistas. El mismo Lenin reconoce a lo largo de dicho libro que los explotados son la inmensa mayoría del pueblo. Por tanto, tampoco cabe justificar dicho error por el hecho de que el proletariado (industrial) era minoritario frente al campesinado en la Rusia de 1917. Los explotados son la inmensa mayoría. Los explotadores son una minoría. Tiene razón Lenin cuando dice que el Estado de los explotados debe distinguirse por completo del Estado de los explotadores, ¡pero no en la forma que dice Lenin! Él no hace que se distinga por completo de él. Al contrario, lo mimetiza demasiado en su esencia más profunda. El nuevo Estado debe distinguirse también en su misma concepción. Los explotados, por ser mayoría, no necesitan expulsar de la democracia a los explotadores, ni necesitan tergiversar la igualdad formal para que no sea real. ¡Al contrario! Necesitan implementar una democracia verdadera, donde la igualdad sea real. Es en dicha democracia donde el proletariado será hegemónico. **La “dictadura” del proletariado es en verdad la auténtica democracia. En ella todas las personas deben tener los mismos derechos. En ella nadie debe tener privilegios. En ella la mayoría gobierna de manera natural, inevitable. En ella cualquier minoría es sometida de manera natural, inevitable.**

El proletariado no necesitaba prescindir del sufragio universal, de la libertad de reunión, de la libertad de expresión, de la separación de poderes, de la democracia representativa en general, para “imponerse”. Al contrario, los necesitaba para liberarse del dominio de cualquier minoría, no podía prescindir de ellos, simplemente debía implementarlos de otra manera, de manera que se cumplieran realmente en la práctica. Los errores ideológicos del marxismo-leninismo (la dictadura del proletariado) se vieron acompañados de errores metodológicos, en verdad consecuencia de aquellos. En la nueva democracia se prescindió del sufragio universal, de la libertad de reunión, de la libertad de prensa, de la democracia representativa, que son *siempre* esenciales para que el pueblo, la mayoría, ejerza su “dictadura”. El problema con la democracia liberal, precisamente, es que no se habían implementado. Son necesarios, aunque insuficientes. El marxismo-leninismo pensó que no eran necesarios, que la democracia obrera no debía considerar *nada* de la democracia liberal, ni siquiera sus *principios* más básicos. Este profundo error se pagó muy caro, todavía lo estamos pagando en nuestros días. La nueva democracia debía añadir, no restar. Debía profundizar, no restringir. Debía aplicar la teoría de la democracia liberal, al mismo tiempo que corrigiéndola, ampliándola y mejorándola, y no renunciar a ella por completo. La nueva democracia nació ya muy capada (porque ya lo estaba ideológicamente, en la propia teoría revolucionaria). Y lo peor de todo es que se fue progresivamente capando hasta desaparecer por completo, hasta convertirse en una

simple dictadura, aunque indudablemente con ciertas peculiaridades, inéditas en la historia. Una dictadura incluso peor que la democracia liberal, que la oligocracia, que rivalizó con la peor de las dictaduras a favor del capital: el fascismo. ¡Mejor favor no se le pudo hacer a la burguesía! Ésta está en la actualidad crecida por ese gran favor que se le hizo. Ahora el “comunismo”, el “marxismo”, es el gran enemigo del pueblo.

En el libro *La revolución proletaria y el renegado Kautsky* Lenin defiende la necesidad de la dictadura del proletariado, del uso de la violencia, de la represión explícita de la burguesía de la siguiente manera:

No puede haber igualdad real, efectiva, mientras no se haya hecho totalmente imposible la explotación de una clase por otra.

Se puede derrotar de golpe a los explotadores con una insurrección victoriosa en la capital o una rebelión de las tropas. Pero, descontando casos muy raros y excepcionales, no se puede hacer desaparecer de golpe a los explotadores. No se puede expropiar de golpe a todos los terratenientes y capitalistas de un país de cierta extensión. Además, la expropiación por sí sola, como acto jurídico o político, no resuelve, ni mucho menos, el problema, porque es necesario desalojar de hecho a los terratenientes y capitalistas, reemplazarlos de hecho en fábricas y fincas por la nueva administración obrera. No puede haber igualdad entre los explotadores, a los que durante largas generaciones han distinguido la instrucción, la riqueza y los hábitos adquiridos, y los explotados, que, incluso en las repúblicas burguesas más avanzadas y democráticas, constituyen, en su mayoría, una masa embrutecida, inculta, ignorante, atemorizada y falta de cohesión. Durante mucho tiempo después de la revolución, los explotadores siguen conservando de hecho, inevitablemente, tremendas ventajas: conservan el dinero (no es posible suprimir el dinero de golpe), algunos que otros bienes muebles, con frecuencia valiosos; conservan las relaciones, los hábitos de organización y administración, el conocimiento de todos los "secretos" (costumbres, procedimientos, medios, posibilidades) de la administración; conservan una instrucción más elevada, sus estrechos lazos con el alto personal técnico (que vive a lo burgués y piensa en burgués); conservan (y esto es muy importante) una experiencia infinitamente superior en lo que respecta al arte militar, etc., etc.

Si los explotadores son derrotados solamente en un país -y éste es, naturalmente, el caso típico, pues la revolución simultánea en varios países constituye una rara excepción-, seguirán siendo, no obstante, más fuertes que los explotados porque sus relaciones internacionales son poderosas. Además, una parte de los explotados, pertenecientes a las masas más atrasadas de campesinos medios, artesanos, etc., sigue y puede seguir a los explotadores, como lo han probado hasta ahora todas las revoluciones, incluso la Comuna (porque entre las tropas de Versalles había también proletarios, cosa que "ha olvidado" el doctísimo Kautsky).

Por tanto, suponer que en una revolución más o menos seria y profunda la solución del problema depende sencillamente de la actitud de la mayoría ante la minoría, es una estupidez inmensa, el más necio prejuicio de un liberal

adocenado, es engañar a las masas, ocultarles a sabiendas la verdad histórica. Esta verdad histórica es la siguiente: en toda revolución profunda, la regla es que los explotadores, que durante bastantes años conservan de hecho sobre los explotados grandes ventajas, opongan una resistencia larga, porfiada y desesperada. Nunca -a no ser en la fantasía dulzona del melifluido tontaina de Kautsky- se someten los explotadores a la voluntad de la mayoría de los explotados antes de haber puesto a prueba su superioridad en una desesperada batalla final, en una serie de batallas.

No cabe duda de que Lenin tiene mucha razón en muchas de las cosas que dice. Tiene muchos motivos contundentes para defender la idea de la dictadura del proletariado. Por cierto, estos motivos son obviados por los anticomunistas más radicales que se empeñan en mostrar a la opinión pública que el marxismo-leninismo es, por definición, totalitario. Sin embargo, cabe preguntarse si una vez expropiada la burguesía, una vez que ya no detenta el control del ejército, una vez que pierde el control de la sociedad, por lo menos que empieza a perderlo, que pierde gran parte del mismo, aunque no todo, no es posible enfrentarse a ella abiertamente sin necesidad de reprimirla o censurarla. Lenin apuesta por reprimirla y censurarla, por expulsarla de la nueva democracia, por la razón de la fuerza. Por supuesto, no hay que olvidar el contexto histórico. En la Rusia de 1917 el analfabetismo de las masas era tremendo. De hecho, Lenin afirma en ese mismo libro un poco más adelante que *el privar a los explotadores del derecho de voto es un problema puramente ruso, y no un problema de la dictadura del proletariado en general*. Pero si la burguesía en Rusia era menos poderosa que en otros países, si allí era necesario reprimirla para superar su resistencia, ¿no sería todavía más necesario en países capitalistas más desarrollados donde la burguesía ostentaba más poder? Si las masas analfabetas rusas fueron capaces de rebelarse frente al orden establecido, que indudablemente las alienaba, que indudablemente las dominaba ideológicamente, ¿no era posible que las masas pudiesen comprender ciertas verdades elementales una vez que dicho orden fue derrotado, una vez que fue posible despojar del poder político y militar, a las minorías dominantes? Ciertamente es que la mentalidad burguesa llevará tiempo superarla, pero suponer que esto sólo puede hacerse por la fuerza es tener muy poca fe en el pueblo, en el ser humano, en las mismas masas que fueron capaces en muy poco tiempo de concienciarse y de luchar contra el orden establecido cuando éste les era claramente perjudicial. Si en un contexto hostil, o más hostil, las masas fueron capaces de comprender, ¿por qué no lo iban a hacer en un contexto más favorable? No cabe duda de que la nueva democracia deberá ser defendida frente a los reaccionarios, de que habrá que controlar al ejército, pero esto no significa que no pueda enfrentarse abiertamente, de igual a igual, a las fuerzas contrarrevolucionarias en el campo político e ideológico. Es precisamente en dicho enfrentamiento, y no en su elusión, cómo la izquierda, la revolución, avanzará. Así es cómo interpreto yo aquella frase de Marx que decía que *la revolución necesita para avanzar el látigo de la contrarrevolución*. De esto hablo con mayor profundidad en mi artículo *Izquierda vs. Derecha*.

Yo creo que es posible que la verdad se abra camino cuando se enfrenta de igual a igual a la mentira. Yo creo que cualquier persona puede comprender ciertas cosas elementales si se le da opción. Lenin peca de cierta visión blanquista, jacobina, en la que las masas deben ser educadas por una élite, peor aun, en la que a las masas hay

que ocultarles ciertas ideas para no ser contaminadas por ellas. Lenin apuesta por construir el socialismo desde arriba, con el protagonismo (que irá in crescendo) de una élite ilustrada. Esta visión de cómo hacer la revolución dio lugar poco después al estalinismo. Si el pueblo no es capaz de comprender ciertas verdades elementales, entonces la construcción del socialismo fracasará tarde o pronto. Entonces realmente no merece la pena intentar la transición al socialismo. Nadie es inmortal, ni perfecto, ni libre de miserias. El socialismo sólo puede construirse a largo plazo con el máximo protagonismo de las masas, de todo el pueblo. No debe depender de ninguna élite. La principal labor de toda vanguardia revolucionaria es lograr que el pueblo protagonice su destino, para lo cual lo primero es que comprenda. La verdad no puede abrirse camino mediante la represión o la censura. Lenin logró, contribuyó decisivamente a, que se *iniciara* el camino hacia el socialismo, en esto tuvo mucho mérito, pero poco después de iniciado el camino, la transición al socialismo se desvió por derroteros muy peligrosos, como el mismo Lenin percibió poco antes de su muerte. Derroteros que llevaron al cabo del tiempo al capitalismo de nuevo. La evolución que tuvo la Revolución rusa no puede pasar desapercibida. No debemos usar las ideas de Lenin sin considerar lo que ocurrió más allá de su muerte. Lenin tenía razón cuando hablaba de la imperiosa necesidad de vencer la resistencia burguesa a los cambios, pero se equivocó en la manera de hacerlo. Como mínimo, debe cuestionarse algunos de sus métodos, no así su razón de ser.

Repito que no puedo estar más de acuerdo con Lenin cuando denuncia la democracia burguesa en dicho documento (*Tesis e informe sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado*), el cual recomiendo al lector encarecidamente porque ayuda a comprender cómo ocurrió la revolución rusa, y lo que es más importante, en muchos aspectos esenciales sigue plenamente vigente (en cuanto a la denuncia de la democracia burguesa por parte de su autor). El problema es que Lenin da a entender que además de expropiar a los burgueses, además de quitarles el poder político y económico (algo imprescindible), hay que implantar una democracia limitada, donde a ciertos colectivos se les priva de ciertos derechos básicos, como el sufragio o ciertas libertades. En su libro *El Estado y la Revolución*, Lenin ratifica esto que digo (remito al libro *Los errores de la izquierda*). Y esto supuso un grave error pues sentó las bases para ir extirpando gradualmente la democracia. Así la democracia obrera fue gradualmente desapareciendo. Así, poco a poco, la dictadura *del* proletariado se convirtió en la dictadura *contra* el proletariado. El proletariado sólo puede ejercer su "dictadura" con la más completa democracia. Y la democracia no puede ser completa si en base a ciertos criterios ciertos sectores de la población son apartados de ella. La nueva democracia no debe consistir en quitar derechos a algunos, sino en que todos los tengan por igual. No hay que confundir quitar privilegios (como así debe hacerse cuando decimos que hay que despojar a la burguesía del poder económico y político), con quitar derechos. La verdad sólo puede abrirse camino con la más amplia libertad. El enemigo, la derecha, es necesario para la izquierda (remito a mi artículo *Izquierda vs. Derecha*, que es un extracto del capítulo *Sin estrategia no hay cambio* de mi libro *La causa republicana*). Las ideas, las personas, los partidos, necesitan poder ser cuestionados para no degenerar. Lo que hay que garantizar es el enfrentamiento *igualitario* con el enemigo. No se trata de imposibilitar que éste nos cuestione, sino de posibilitar que cualquiera lo haga en igualdad de condiciones. Ésta es una de las grandes lecciones históricas que nos proporcionó la Revolución rusa de 1917.

Afortunadamente, poco a poco, dentro de la propia izquierda revolucionaria estas ideas de la necesidad de la más amplia y profunda democracia (que incluye, por ejemplo, el pluripartidismo, la libertad de prensa, la existencia de sindicatos independientes) van asentándose. No hay más que tener en cuenta, por ejemplo, el trabajo titulado *Democracia socialista y dictadura del proletariado*, el cual es la resolución adoptada en el XI congreso mundial de la Cuarta Internacional de 1979. En dicho esperanzador documento se llega a decir: *El marxismo, que es un pensamiento crítico por excelencia, sólo puede florecer en una atmósfera de libertad de discusión plena y entera, de confrontación constante con otras corrientes de pensamiento, es decir, en una atmósfera de pluralismo ideológico y cultural pleno y entero.* Si bien, se sigue sin romper definitivamente con el concepto de la dictadura del proletariado, no con su objetivo sino con la manera de alcanzar éste, con su implementación. Se sigue achacando la degeneración de la Rusia soviética a causas estrictamente materiales, despreciando los factores ideológicos, es decir, practicando un materialismo metafísico y no dialéctico. Se sigue defendiendo la idea de la necesidad de que el proletariado domine (lo cual me parece muy bien), pero se sigue usando la expresión “dictadura del proletariado” (lo cual me parece muy problemático), y se sigue de alguna forma defendiendo una democracia algo limitada, como cuando se habla de democracia *socialista* u *obrera* (craso error). Sin embargo, no cabe duda de que dicha resolución de la Cuarta Internacional es un claro paso en la dirección correcta. Vamos avanzando en el sentido de redefinir lo que debe ser la hegemonía del proletariado, pero aún insuficientemente. Hay que romper definitivamente con la idea de una democracia restringida, de una democracia “obrera”, hay que reivindicar la DEMOCRACIA, con mayúsculas, a secas, sin apellidos, la “general”, la única que puede beneficiar al proletariado, al pueblo en general. Y esa democracia *incluye* también la democracia obrera, la gestión democrática de la economía, de los medios de producción, ¡pero no la *restringe* a ella! Esa democracia incluye a los consejos obreros, o soviets, a las comunas incluso, pero también de alguna manera debe incluir al parlamentarismo, a las representaciones a nivel estatal o regional de *toda* la población estatal o regional. La búsqueda de la democracia “general” no contradice la lucha de clases, al contrario, la hace más eficaz para el proletariado, posibilita que algún día superemos la sociedad clasista. Sólo es posible implementar exitosamente la lucha de clases, para las clases trabajadoras, para la mayoría, en el marco de la auténtica democracia, no clasista. Sólo en la democracia más absoluta y general, sin límite alguno, la lucha de clases irá progresivamente desapareciendo a medida que las clases lo vayan haciendo. Pero la democracia, cierto grado suficiente de democracia, es un prerequisite para eso. Afortunadamente, la izquierda revolucionaria latinoamericana, que se ha convertido en la vanguardia de la revolución socialista del siglo XXI, está superando las limitaciones dogmáticas del pasado. No hay más que fijarse en lo que se está intentando en Venezuela, en los escritos de Marta Harnecker sobre el proceso bolivariano, o en artículos como *La democracia socialista del siglo XXI* de Claudio Katz, por poner unos pocos ejemplos.

Desde hace ya cierto tiempo existe en la izquierda revolucionaria cierto debate acerca de cómo superar la sociedad burguesa, a la luz de las experiencias del “socialismo real”, cierto cuestionamiento del concepto de la dictadura del proletariado. No hay más que recordar, por poner un ejemplo, el debate producido en el Partido Comunista Francés a mediados de los años 70 del pasado siglo. Debate del que se hace eco

Etienne Balibar en su libro titulado *Sobre la dictadura del proletariado*. El problema es que el debate ha sido, hasta ahora, insuficiente y ha tendido a rechazar de pleno dicho concepto, incluso su razón de ser, con el peligro consiguiente de caer en el vulgar reformismo que tan nefasto ha sido para la causa socialista. Existían dos tendencias opuestas dentro de la izquierda marxista: en una de ellas se tendía a desechar por completo la dictadura del proletariado, incluso su razón de ser, en la otra se la aceptaba acríticamente, tal cual fue concebida por Marx y Engels y “perfeccionada” por Lenin. Cualquier replanteamiento de la dictadura del proletariado va intrínsecamente unido a la cuestión del poder, a la cuestión de cómo vencer la resistencia de la burguesía a perderlo. No se trata sólo de una cuestión estratégica, tanto en el campo de la política como en el de la guerra ideológica, que también, sino sobre todo de resolver el problema fundamental de la toma del poder. No se trata tampoco sólo de alcanzar el poder político, sino de poder ejercerlo en dirección al socialismo, se trata también de evitar que se distorsione el poder popular y se pierda el rumbo al socialismo. La izquierda reformista alcanzó el poder político en muchos países, pero el capitalismo, lejos de superarse, se asentó. Lo que da la razón a quienes decían, como Lenin en su día, que era necesario transformar el Estado burgués, que no bastaba con conquistarlo, que era necesaria otro tipo de democracia. En cuanto a la necesidad de plantear la dictadura proletaria, mejor dicho, la *hegemonía* proletaria, no puede haber dudas. Como así lo han demostrado los hechos, como los fracasos de intentos revolucionarios por vías pacíficas, mediante las propias reglas de la democracia burguesa. La burguesía no se queda de brazos cruzados, no consiente que nadie la despoje del dominio de la sociedad. Basta recordar lo ocurrido, por poner unos pocos ejemplos, en España en 1936, en Chile en 1973, o en Venezuela en 2002. De lo que se trata, en esencia, es de cómo lograr la hegemonía del proletariado, partiendo de un sistema donde la burguesía, una clase minoritaria, ejerce su dictadura de clase. La cuestión fundamental consiste en lograr superar dicha dictadura burguesa. Podrán haber cambiado las formas, pero no el fondo. En esencia, el problema sigue sin estar resuelto. En esencia, el planteamiento del problema es muy similar, sino idéntico, al ocurrido en la época de Lenin. Salvo el hecho, el crucial hecho, de que ha habido experiencias prácticas basadas en el concepto de la dictadura del proletariado. Estas experiencias deben ser consideradas. No podemos eludir ni el planteamiento de la cuestión del poder, ni la forma en que se ha intentado resolver en el pasado reciente, ni el resultado de las experiencias del “socialismo real”, ni el resultado de las experiencias socialdemócratas. Cualquiera de estas omisiones impide resolver el problema. Para resolver dicho problema debemos ir a la raíz del mismo, debemos llegar a la cuestión ideológica, debemos recuestionar, al menos en parte, al leninismo, incluso al marxismo. Pero no de cualquier manera. Hay que analizar en dichas ideologías, por qué se planteó la dictadura del proletariado, y en qué fue equivocada la solución propuesta. Debemos navegar en el mar de la teoría para encontrar contradicciones, incoherencias, y debemos contrastar la teoría con la práctica. Debemos, en definitiva, aplicar el método científico.

Que aspiremos a un Estado más democrático, es decir, más neutral, democrático, o sea, neutral, no contradice al marxismo en general, en cuanto a reconocer que el Estado, hasta el presente, ha sido clasista. Reconocer lo que ha sido hasta ahora no implica necesariamente pensar que sólo puede seguir siendo así. Hacerlo supone caer en el determinismo fuerte, en pensar que las condiciones *iniciales* determinan *por*

completo el futuro. Que la burguesía proclame a bombo y platillo que el Estado actual es neutral no significa que lo sea, ¡pero tampoco que no lo pueda ser en el futuro! Sólo podremos superar el Estado clasista si, desde el principio, aspiramos a superarlo, si, desde el mismo campo de la teoría, pensamos que es posible superarlo. Todo esto, por supuesto, avalado por las experiencias prácticas. **Hasta que no intentemos la verdadera democracia, no podremos asegurar que el Estado sólo puede ser clasista. Hasta ahora lo ha sido porque no ha sido democrático, o porque lo ha sido sólo en apariencia o insuficientemente.** El Estado clasista es en verdad el Estado antidemocrático. El Estado clasista es el Estado dominado por una clase *minoritaria*. Una clase minoritaria sólo puede imponerse por la fuerza, mediante un Estado clasista, mediante una máquina diseñada para la dominación de la sociedad. Dichas clases minoritarias son las que lo necesitan imperiosamente, no las clases populares, no la mayoría trabajadora. El Estado democrático se nos aparece así, al menos en el campo de la teoría, como el posible Estado no clasista. ¡Pero esta idea sólo podremos comprobarla aplicándola! Necesitaremos suficiente democracia y suficiente tiempo para comprobar si es posible superar el Estado clasista. ¡Pero debemos intentarlo! *La única forma de descubrir los límites de lo posible es traspasarlo en dirección a lo imposible*, decía Murphy. O, como decía Bakunin: *Es soñando con lo imposible que el hombre ha realizado siempre lo posible. Los que se han conformado con lo que les parecía posible no han avanzado nunca de un solo paso.* Como estoy intentando demostrar en este libro, lo imposible no es un Estado no clasista, sino que la mayoría domine en un Estado clasista, lo imposible es usar una máquina de dominación para la emancipación, lo imposible es utilizar una máquina de reproducción de una sociedad clasista para superar la sociedad clasista. ¿Los hechos ocurridos en la URSS y en todos los regímenes herederos no apuntan, precisamente, a la idea de que la dictadura del proletariado imposibilita la superación de la sociedad clasista? ¿No hay claros indicios, basados en la práctica ocurrida, de que es necesario prescindir del Estado clasista?

En cualquier caso, lo que es obvio, es que la mayoría sólo puede dominar en el marco de la verdadera democracia. La mayoría no necesita, por lo menos a priori, las mismas trampas que las minorías, es decir, el mismo tipo de Estado, el Estado clasista (diseñado para que *a priori* una clase se imponga por la fuerza más o menos disimulada, de manera artificial). Con un Estado donde no se implementen ciertas leyes o normas que garanticen de antemano el dominio de una clase sobre otra, las clases populares acabarán imponiéndose, pero no por la fuerza. En un Estado auténticamente democrático, donde *todos* los ciudadanos, *todos* los partidos políticos, *todas* las ideologías (salvo aquellas que atenten contra los derechos humanos más elementales, más elementales, la propiedad privada de los medios de producción sociales no forma parte de dichos derechos elementales), tengan las *mismas* opciones, al cabo de poco tiempo se “impondrán” de manera natural las clases populares, simplemente porque son mayoría, además de porque la razón y la ética más elemental (incluso “burguesa”) están de su lado. Si no lo han hecho en las democracias burguesas, precisamente, es porque la proclamada igualdad *teórica* no se ha cumplido en la *práctica*. Al proletariado, a todos los trabajadores, les interesa dicha igualdad, les interesa llevarla a la práctica, no sustituir una desigualdad por otra. La mayoría no necesita la desigualdad y ésta entorpece al *poder del pueblo*. Si las clases populares compiten *en igualdad* frente a las otras clases, si las ideas socialistas

pueden enfrentarse públicamente, en igualdad de condiciones, con casi total seguridad que los postulados que propugnan una sociedad más lógica, más razonable, más justa, más libre, tarde o pronto, no muy tarde, triunfarán. Estoy convencido de ello. También lo están las clases pudientes, por esto luchan tanto en contra de la auténtica democracia. La oligarquía sólo puede sobrevivir con oligocracia, bajo sus distintas formas. Las clases ricas sólo pueden gobernar mediante la plutocracia, la democracia las condena a la extinción. El Estado clasista es el diseño técnico de un sistema político plutócrata, en el cual sus principios básicos teóricos, proclamados para aparentar que se tiene una democracia, se incumplen sistemáticamente en la práctica porque se establecen mecanismos legales que contradicen dichos principios. Por ejemplo, mediante leyes electorales que atenten contra el principio elemental “una persona, un voto”. Por ejemplo, mediante leyes de financiación de partidos políticos que permitan la financiación de éstos por personas o empresas privadas (haciendo así que el poder político dependa del económico, es decir, incumpliendo el principio de la separación de poderes). Etc., etc., etc.

Las diferencias entre los distintos tipos de Estados clasistas que han existido hasta ahora a lo largo de la historia tienen que ver con el grado de sutileza o de disimulo con el que se ha impuesto artificialmente la clase minoritaria dominante de turno. La burguesía no ha tenido más remedio que elaborar más el disfraz de su dictadura. ¡Pero el proletariado, las clases trabajadoras, no necesitan ninguna dictadura para dominar la situación! ¡Ellos son mayoritarios! Esta diferencia es crucial. No puede obviarse o infravalorarse. El error del marxismo fue, precisamente, obviar o infravalorar esa diferencia sustancial, crítica. Podría discutirse si en la época de Marx o Lenin tendría quizás más sentido plantear el concepto de la dictadura del proletariado, si pensamos que la clase obrera no era todavía la inmensa mayoría de la población (y esto es muy discutible), pero en la actualidad, si entendemos por proletariado a todos los trabajadores asalariados de cualquier sector (incluso aunque sólo considerásemos a los trabajadores de las ciudades), indudablemente, la clase trabajadora es mayoritaria. Si, además, consideramos proletarios a todos los trabajadores que también trabajan por cuenta propia pero que no tienen otros trabajadores a su cargo, es decir, los trabajadores autónomos, razón de más. Si, además, consideramos que los pequeños empresarios son casi proletarios porque sus intereses son también perjudicados por los de los grandes capitalistas (y ésta es una labor esencial de la izquierda: unir a todas las clases perjudicadas por la gran burguesía), razón de más. Si tuvo algún sentido el concepto de la dictadura del proletariado en el pasado (que en mi opinión tampoco), ahora, desde luego, no lo tiene, por ningún motivo. Porque ahora las clases trabajadoras son, indiscutiblemente, mayoría. Porque ha habido experiencias prácticas basadas en la dictadura del proletariado nefastas. Porque dicho concepto ha demostrado no servir a los intereses del proletariado. Etc., etc., etc. Aferrarse a dicho concepto es negarse a seguir evolucionando en el campo de la teoría revolucionaria, es obstaculizar la praxis revolucionaria. Es un error muy grave. Renunciar a dicho concepto no quiere decir renunciar a la hegemonía del proletariado, ni a la revolución socialista. ¡Al contrario! Significa posibilitarlos.

No podemos prescindir del Estado, de cierta organización centralizada de la sociedad, por lo menos a corto plazo. Pero, ¿qué impide implementar una verdadera separación de poderes, el mandato imperativo, el referéndum vinculante, el referéndum

revocatorio, la libertad de prensa? ¿Por qué no combinar la democracia representativa con la directa? Si las clases trabajadoras (de cualquier sector de la economía: primario, secundario o terciario) conforman la gran mayoría de la sociedad, porque a pesar de los pesares, los trabajadores son mayoría, ¿por qué temer al sufragio universal? Que alguien haya tenido una mala experiencia con un hombre o una mujer no significa que deba renunciar a *todo* hombre o a *toda* mujer. Que el proletariado haya tenido, que lo siga teniendo, con cierto tipo de democracia, no significa que deba renunciar a *toda* democracia. Al contrario. Debemos aspirar a corregir los errores de las “democracias” que hemos “disfrutado”. Que alguien haya tergiversado ciertos conceptos no significa que debamos renunciar a ellos. Que la burguesía haya falseado la separación de poderes, la libertad de expresión, el sufragio universal o la libertad de reunión, no significa que debamos renunciar a ellos. Todo lo contrario. Debemos implementarlos, justo lo contrario de lo que ha hecho la burguesía. Uno de los grandes problemas de la degeneración del Estado soviético ruso fue la falta de separación de poderes, entendida ésta en su acepción más amplia. La identificación del partido único con el Estado y con el movimiento sindical sembró el terreno de la burocratización, de la dictadura burocrática (que concentró todo el poder) *contra* el proletariado. Cuanto menos esté concentrado el poder, menos probabilidad de que sea usurpado por los enemigos del pueblo. **Democracia es en el fondo descentralización del poder.**

Una vez superada la resistencia de la burguesía en contra de la democracia, de la verdadera, no debemos nosotros mismos autorrestringirnos, debemos retomar aquello que se pueda o deba reaprovechar de la democracia liberal e implementarlo eficazmente, no debemos caer en el error de rechazar *todo* de la democracia burguesa simplemente por el hecho de ser “burgués”. De esto se trataba esencialmente cuando se planteó la revolución socialista: de continuar la labor iniciada por la burguesía allá a finales del siglo XVIII, de emancipar a *toda* la sociedad, de librarnos de *cualquier* yugo que nos oprima, no de sustituir uno por otro. Y esto sólo puede hacerlo la mayoría explotada. Y sólo puede hacerlo mediante el *poder del pueblo*. **La izquierda debe prioritariamente luchar por la democracia y debe concienciar al pueblo de su posibilidad y necesidad.** Debe concienciar a todos los trabajadores, de cualquier condición, de que a pesar de las apariencias, siguen siendo explotados, de que estar endeudado y dar por herencia a los hijos las hipotecas es una nueva forma de explotación, de que estar viviendo con el miedo permanente a perder el empleo o la vivienda, es otra forma de dominación. De que pudiendo vivir mejor y más tranquilamente, como así puede hacerlo en general la humanidad con el grado de desarrollo científico y tecnológico que ha alcanzado, y no hacerlo, es otra forma de alienación. Los bienes que gracias a, o a pesar del, capitalismo tenemos no eliminan nuestra alienación, simplemente le dan otra apariencia, la suavizan, nos hacen aceptarla. La izquierda debe hacerle ver al ciudadano el fondo de las cuestiones, su esencia más profunda.

Hay que marcar distancias contundentemente respecto de los errores del pasado, no así de los aciertos. Hay que seguir reivindicando una sociedad mejor, hay que seguir luchando por el socialismo, hay que seguir proclamando la necesidad de superar el capitalismo, pero al mismo tiempo diciendo que hay que hacerlo mediante la democracia más absoluta e ilimitada, al mismo tiempo hay que criticar el falso camino tomado en el pasado. **No hay que tener miedo de reconocer públicamente los**

errores cometidos en el pasado, al contrario, el hacerlo nos posibilitará el recuperar la credibilidad necesaria ante el pueblo. Sólo así la izquierda revolucionaria podrá resurgir con fuerza. Hay que seguir reivindicando el marxismo, pero despojándolo de sus errores. Lo mismo podemos decir del anarquismo, incluso de las ideas de la Ilustración. Hay que aprender de los errores del pasado. Hay que corregir los errores ideológicos y hay que cambiar de estrategias. Flaco favor le hacemos a Marx o a Lenin, sobre todo a nosotros mismos, si entramos en el juego (que tan bien le viene a la burguesía) de aceptar o rechazar *por completo, en bloque, todo* lo incluido en el marxismo o en el leninismo, o incluso en el anarquismo. Al entrar en ese juego, la burguesía tiene asegurada la victoria ideológica (además de por la ventaja que tiene, por el control que ostenta de la sociedad). Si nosotros decimos que *todo* lo dicho por Marx o Lenin es correcto (además de ser erróneo, poco creíble), se lo ponemos muy fácil a la burguesía pues ésta puede responder que *todo* es incorrecto, puesto que así hablaron los hechos. Ese reduccionismo, ese simplismo, beneficia a la burguesía que se ve avalada por los hechos. Ella cuenta con el fracaso real de las experiencias inspiradas en el marxismo-leninismo. Nosotros, desde la izquierda, debemos admitir ese fracaso, pero debemos analizarlo de la manera más justa y correcta posible, para concluir que se produjeron errores pero que la esencia de lo perseguido sigue siendo legítima y vigente, pero que no *todo* lo dicho por el marxismo o el leninismo, como no todo lo dicho por cualquier ideología en general, es erróneo. Al contrario, los errores que haya habido, aun habiendo sido graves, no invalidan los grandes aciertos del marxismo, del leninismo, del anarquismo, o incluso del liberalismo (que algunos tiene también, aunque menos).

Nadie es poseedor absoluto de la verdad. Hay que coger un poco de aquí y un poco de allá, pero tampoco de cualquier manera, siempre que lo cogido sea en conjunto coherente. Eso es lo que hizo también Marx cuando desarrolló sus ideas, se basó en las anteriores, las seleccionó cuidadosamente. Tomó de Hegel la dialéctica pero la despojó del error del idealismo. Tomó de sus antecesores utópicos franceses las ideas del socialismo pero las despojó del idealismo, del utopismo, las convirtió en científicas, y por tanto en posibles. Tomó de sus antecesores el materialismo pero le añadió el toque de la dialéctica, tomada de Hegel. Y a todo ello le dio una gran coherencia, pero no libre de algunas contradicciones. Debemos seguir haciendo esa labor de “cocinero” de ideas. Al mezclar los ingredientes cuidadosamente seleccionados podemos dar un importante salto, podemos “inventar” una nueva sopa, una mejor. Podemos alcanzar cierta síntesis dialéctica, dicho en plan pedante. Nuestra labor sólo es posible mediante el método científico y la más absoluta libertad de pensamiento, como así hizo Marx. Éstos son nuestros utensilios básicos. Debemos usarlos siempre y de la manera más amplia posible. Sólo así podemos evolucionar ideológicamente. Sólo así Marx posibilitó un gran salto ideológico. Sin nunca perder de vista el contexto material que, sin duda, también lo posibilitó. Todas las ideas son, en última instancia, efecto de las condiciones materiales de existencia, presentes y pasadas, ¡pero también de las ideas que las preceden!

En dicha resolución de la Cuarta Internacional de la que hablábamos antes se dice:

La teoría marxista del Estado no incluye en modo alguno la concepción de que un sistema de partido único sea una condición previa necesaria o una característica del poder de los trabajadores, del Estado obrero, o de la

dictadura del proletariado. En ningún escrito teórico de Marx, de Engels, de Lenin o de Trotsky, ni en ningún documento programático de la III Internacional en tiempos de Lenin, aparece en parte alguna esta defensa del sistema del partido único.

Cierto, pero yo añado que aunque en la teoría marxista del Estado se dijera que el partido único es un pre-requisito para el nuevo Estado proletario, eso no debería impedirnos criticar el sistema de partido único. Es más, Lenin no dijo explícitamente que se necesitaba un partido único, si bien él contribuyó, como mínimo, en la práctica, a que lo hubiera, incluso antes de la llegada de Stalin al poder. El mismo Lenin se dio cuenta de su error y se planteó el reponer el pluripartidismo, incluso cierta separación de poderes, como nos explica Moshe Lewin en su libro *El último combate de Lenin*. Pero ya era demasiado tarde, su enfermedad y su muerte prematura le impidieron luchar contra las crecientes deformaciones burocráticas del Estado proletario. Por otro lado, Marx y Engels no explicaron suficientemente en qué debía consistir la dictadura del proletariado. No hablaron de partido único, pero tampoco aclararon si el pluripartidismo era imprescindible o no. No se pronunciaron ni en un sentido ni en otro. Y eso dio pie a peligrosas interpretaciones. Uno de los principales problemas con el concepto de la dictadura del proletariado fue su inconcreción, su ambigüedad. ¡Y este error se pagó muy caro! Aún lo estamos pagando.

Desde la izquierda debemos ser siempre coherentes. De la misma manera que reivindicamos el método científico, el librepensamiento, para comprender y transformar la sociedad, debemos usarlos para comprender nuestros fracasos y superarlos. Nosotros siempre debemos buscar la verdad. Siempre debemos ir con la verdad por delante. Lo cual tampoco impide hacerlo de manera hábil, usando ciertas estrategias astutas e inteligentes que sorteen los obstáculos que nos impone la oligarquía en la guerra ideológica.

2.4. Los principales errores bolcheviques

No nos adelantemos, estábamos analizando en este capítulo la degeneración de la URSS. Prosigamos.

La disolución de la Asamblea Constituyente, junto con el aplastamiento de la rebelión de Kronstadt, en general la represión de otras fuerzas revolucionarias, como las anarquistas o las socialistas campesinas (que se produjo ya en tiempos de Lenin y Trotsky), fueron los episodios más penosos de la revolución rusa, los errores más garrafales del bolchevismo. Los propios bolcheviques estuvieron bastante divididos en cuanto a estas decisiones. Porque si el problema de la Asamblea Constituyente era que las elecciones no se hicieron en las condiciones adecuadas, lo que se tendría que haber hecho es repetirlas en mejores condiciones, una vez superada la guerra civil, tras un amplio debate donde todas las partes hubiesen tenido las mismas opciones para darse a conocer, tras introducir las suficientes reformas democráticas para lograr una verdadera democracia representativa, con una verdadera libertad de prensa, etc., etc. En esas condiciones, con mucha probabilidad, las fuerzas revolucionarias hubieran arrasado todavía más. El partido de los socialistas revolucionarios se había escindido en dos ramas poco después de las elecciones y la mayor parte de los representantes elegidos en la asamblea pertenecían a su rama derechista. La rama izquierdista estaba bastante próxima a los postulados bolcheviques y resultó tener un apoyo parecido o mayor que la derechista en las elecciones a los soviets campesinos pocas semanas después. Como nos explica Lenin en sus *Tesis sobre la Asamblea Constituyente*, las elecciones a dicha asamblea se celebraron cuando la enorme mayoría del pueblo no podía conocer todavía toda la extensión y el alcance de la Revolución de Octubre, comenzada el 25 de octubre de 1917, es decir, después de haber sido presentadas las listas de los candidatos a la Asamblea. En la ley de dicha asamblea no se reconocía el derecho del pueblo a elegir nuevos diputados en cualquier momento. Asimismo, Lenin nos recuerda que la lucha de clases, tras octubre de 1917, se agudizó y tomó la forma de guerra civil. Así pues, parecía haber motivos más que razonables para que la Asamblea Constituyente fuese disuelta. Dicha asamblea no era un reflejo actualizado de la voluntad del pueblo (en un momento histórico de cambios vertiginosos) y se convirtió en un instrumento de las fuerzas contrarrevolucionarias. Podía comprenderse su disolución *transitoria*. De hecho, Lenin reivindica en sus *Tesis sobre la Asamblea Constituyente* unas nuevas elecciones para dicha asamblea. Pero su disolución fue *definitiva*. Lenin no creía en la democracia representativa, como así lo explica en *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*, para él dicha democracia era inferior y debía ser exterminada y sustituida por la democracia soviética, es decir, por la combinación democracia directa-federalismo.

En *Cómo hicimos la Revolución rusa*, Trotsky defiende la democracia de los soviets frente a la democracia burguesa de la siguiente manera:

No estará de más establecer aquí en pocas palabras la diferencia que hay entre el papel político de los soviets y los órganos democráticos del gobierno libre. Los filisteos nos han dicho en más de una ocasión que los nuevos consejos municipales y zemstvos, elegidos por sufragio universal, son

*infinitamente más democráticos que los soviets y reflejan más fielmente las aspiraciones de todo el pueblo. Este criterio democrático formalista carece de sentido en tiempos de revolución. En efecto, **la revolución se caracteriza por el rápido cambio que se efectúa en la conciencia de clase.** Ciertos grupos del pueblo que adquieren experiencia, revisan las ideas consagradas, forman concepciones nuevas, deponen a sus antiguos jefes, nombran otros y avanzan con ellos. **En tiempos de revolución, las organizaciones democráticas establecidas sobre la complicada base del sufragio universal quedan inevitablemente al margen del desarrollo que toman las ideas políticas de las masas. No así los soviets.** Estos dependen directamente de grupos orgánicos, tales como talleres, fábricas, minas, compañías, regimientos, etc. Es verdad que en estos casos no existen las garantías legales de una elección exactamente computada, como en el caso de los consejos municipales y de los zemstvos, pero se dan las garantías más importantes del contacto directo e inmediato del diputado con sus electores. El miembro del consejo urbano o zemstvo depende de una masa amorfa de electores que lo invisten de una autoridad anual y se disuelven inmediatamente. **Los electores del soviet, por el contrario, permanecen constantemente ligados entre sí por las condiciones mismas de su existencia y de su trabajo cotidiano. El diputado está siempre sometido a la fiscalización directa de los electores, y en cualquier momento éstos pueden impartirle nuevas instrucciones, censurarlo, revocar su mandato y nombrar otro representante.** Como la evolución política general de los meses anteriores se había caracterizado por la influencia creciente que tomaban los bolcheviques a expensas de los coalicionistas, era natural que este proceso se reflejara más clara y fielmente en los soviets. Los consejos municipales y zemstvos, a pesar de su carácter democrático formal, no expresaban en igual grado los sentimientos actuales de las masas, sino los de ayer. Esto explica la gravitación hacia los consejos municipales y zemstvos que se notó en los partidos cuya influencia menguaba en las filas de la clase obrera revolucionaria. El problema aparecerá otra vez cuando se hable de la Asamblea Constituyente.*

Más adelante Trotsky justifica la disolución de la Asamblea Constituyente en enero de 1918 como sigue:

Como es bien sabido, el sistema proporcional de elecciones se basa en listas de partido. Ahora bien; las listas fueron hechas dos o tres meses antes de la Revolución de Noviembre, y los nombres de los socialistas revolucionarios de la derecha y de la izquierda figuraban confundidos en ellas, bajo una sola bandera que los amparaba indistintamente. A eso se debió que cuando ya los socialistas revolucionarios de la derecha encarcelaban a los socialistas revolucionarios de la izquierda, y cuando éstos se unían a los bolcheviques para derrocar el gobierno del socialista revolucionario Kerensky, las antiguas listas mantenían toda su validez, y los campesinos votaban según ellas, o en otros términos, votaban a la vez por Kerensky y por los conspiradores que pretendían derrocar a Kerensky.

Los meses anteriores a la Revolución de Noviembre se caracterizaron por una continua orientación de las masas hacia la izquierda, y un ingreso constante de

los obreros, soldados y campesinos en las filas del bolchevismo. Durante el mismo período, el proceso era idéntico en el seno del Partido Socialista Revolucionario, pues la izquierda crecía a medida que la derecha se debilitaba. Sin embargo, las tres cuartas partes de los nombres que figuraban en las listas electorales del Partido Socialista Revolucionario pertenecían a los antiguos jefes de la derecha, cuya reputación revolucionaria había naufragado completamente por su unión con la burguesía liberal. A esto debe agregarse que las elecciones se efectuaron en las semanas siguientes a la Revolución de Noviembre. Las noticias de los cambios ocurridos se iban propagando lentamente por provincias, cada vez en círculos más extensos, pasando de las ciudades a los pueblos y a las aldeas. En muchos distritos, las masas campesinas tenían una idea muy vaga de lo ocurrido en Petrogrado y en Moscú. Votaban por Tierra y Libertad en las representaciones de Comités Agrarios, que seguían la bandera populista. En efecto, votaban a Kerensky y Avksentiev, es decir, por los gobernantes que disolvían esos mismos Comités Agrarios y que decretaban la captura de sus miembros. El resultado era una paradoja política inverosímil: uno de los partidos que debía disolver la Asamblea Constituyente, es decir la izquierda socialista revolucionaria, era elegido en las mismas listas del partido de mayoría de la Asamblea. Los hechos referidos demuestran que **esa Asamblea Constituyente era un producto tardío extraño a la realidad de los conflictos de partido y a sus diferenciaciones.**

[...]

Como marxistas, jamás hemos sido partidarios del formalismo democrático. **En una sociedad dividida en clases, las instituciones democráticas, lejos de anular la lucha de unas clases contra otras, no hacen sino dar a los intereses de esas clases una forma imperfecta de expresión.** Las clases pudientes tienen siempre a su disposición millares de medios para alterar y adulterar la voluntad de las clases laboriosas. **En tiempos de revolución, las instituciones democráticas son todavía menos adecuadas para servir de expresión a las luchas de clase.** Marx llamó a la revolución la locomotora de la historia. Una lucha franca y directa por la conquista del poder capacita a las masas trabajadoras para adquirir en breve tiempo tesoros de experiencia política y pasar rápidamente de un estadio a otro en el proceso de su evolución mental. La pesada máquina de las instituciones democráticas no puede seguir ese rápido movimiento y tienen un retraso tanto mayor cuanto más vasto es el país y más imperfecto el material técnico de que dispone la democracia.

Los socialistas revolucionarios de la derecha formaban la mayoría de la Asamblea Constituyente. Según las prácticas parlamentarias, a ellos les correspondía encargarse del gobierno. Pero los socialistas revolucionarios de la derecha habían tenido ocasión de ser gobierno desde que comenzó el período revolucionario hasta el movimiento de noviembre, y no lo habían intentado, sino que antes bien pusieron la parte del león en manos de la burguesía liberal, con lo que perdieron el último vestigio de influencia entre los elementos más revolucionarios del pueblo, justamente cuando se veían de pronto obligados a formar gobierno, dado que eran mayoría en la Asamblea

*Constituyente. Las clases trabajadoras y la Guardia Roja tenían una profunda aversión contra los socialistas revolucionarios de la derecha. La gran mayoría del ejército apoyaba a los bolcheviques. Los elementos revolucionarios de los campos y aldeas repartían sus simpatías entre los socialistas revolucionarios de la izquierda y los bolcheviques. Los marineros, tan destacados en todos los episodios de la revolución, eran casi unánimes en su aceptación de nuestros principios. Los socialistas revolucionarios de la derecha habían tenido que dejar, en efecto, las juntas soviéticas, centro de la autoridad suprema, antes de que se reuniese la Asamblea Constituyente. ¿En qué se basaría un gabinete de ese grupo? Lo sostendrían sin duda los campesinos ricos, los intelectuales y la vieja burocracia. Acaso podría contar temporalmente con la clase media. Pero en el caso más favorable carecería de toda apariencia material del poder. En los centros de la vida política tales como Petrogrado, habría encontrado una resistencia ilimitada. **Si de acuerdo con la lógica de las instituciones democráticas, las organizaciones soviéticas hubieran entregado el poder al partido de Kerensky y Chernov, el nuevo gobierno, desacreditado e impotente, no habría producido otro resultado que aumentar la confusión en el país, sin evitar por eso una caída estrepitosa al cabo de tres o cuatro semanas.** Los grupos soviéticos resolvieron evitar aquella complicación inútil, reduciendo al mínimo la experiencia histórica que se les presentaba, y disolvieron la Asamblea Constituyente el mismo día de su primera reunión. Esto ha sido causa de graves acusaciones contra nuestro partido. No puede negarse que **la disolución de la Asamblea Constituyente produjo una impresión muy desfavorable en los grupos dirigentes de los partidos socialistas occidentales, y que un acto necesario, políticamente inevitable, fue presentado como obra de la tiranía partidista y de la arbitrariedad sectaria.***

En *Terrorismo y comunismo* el mismo Trotsky dice:

Si los gobiernos de los Estados democráticos burgueses, cuyo régimen se funda en el parlamentarismo, no han creído que podían proceder a las elecciones mientras ha durado la guerra, es totalmente absurdo pedir semejante cosa a la Rusia de los Soviets, en donde el parlamentarismo no existe. No basta con que el gobierno revolucionario ruso no haya impedido, ni aun en las horas más graves, la renovación mediante elecciones de sus Soviets locales y centrales.

Diremos, por fin, como última conclusión —la última pero no la menos importante— para ilustrar a Kautsky, que los mismos kautskistas rusos, los mencheviques Márkov y Dan, no creen posible reclamar actualmente la convocatoria de la Asamblea Constituyente, y abandonan este hermoso proyecto para tiempos mejores. ¿Pero será necesario entonces? Nosotros lo dudamos. Una vez terminada la guerra civil, la clase revelará su fuerza creadora y enseñará a las masas más atrasadas lo que puede darlas. Por la aplicación racional del trabajo obligatorio y por una organización centralizada del reparto de productos, toda la población del país ocupará un puesto en el engranaje del sistema económico y de la autogobernación soviética. Los mismos Soviets, órganos del poder hoy, se transformarán en organizaciones

puramente económicas. En estas condiciones, dudamos de que la idea de coronar el edificio real de la sociedad socialista con una arcaica Asamblea Constituyente tenga ninguna realidad; tanto más cuanto que esta Asamblea no podría hacer otra cosa que consignar la “creación, ante ella y sin ella, de todas las instituciones de que tuviera necesidad el país”.

Pido disculpas al lector por el empleo de citas tan largas, pero creo que es interesante que los protagonistas de ciertas decisiones tan polémicas expliquen sus motivos. Sin duda, esa decisión de los bolcheviques fue muy polémica. Sin duda, parecían tener serios motivos los bolcheviques para disolver dicha asamblea. Pero, sin duda también, si hubieran obrado de otra manera, incluso si hubieran insistido en el carácter *transitorio* de tales medidas, se hubieran evitado muchas críticas, muchas sospechas. Y lo que es más importante, probablemente, hubieran evitado la contrarrevolución estalinista. Por ejemplo, si no era el momento propicio de elecciones generales (y desde luego no parecía un momento muy oportuno), ¿por qué no lo dijeron antes de producirse?, ¿por qué esperaron a los resultados para decir que no era el momento de la Asamblea Constituyente?, ¿por qué no propugnaron nuevas elecciones en mejores condiciones? Más bien parece que los bolcheviques aprovecharon ciertas circunstancias como excusa para eliminar la democracia representativa en la que no creían mucho. Tampoco puede descartarse la posibilidad de que al no tener la mayoría en dicha asamblea, vieran a ésta como un obstáculo para ejercer su dominio. Las circunstancias obligaban a medidas excepcionales transitorias, como así hace cualquier gobierno, cualquier país, cuando está en guerra, pero los bolcheviques aprovecharon para hacer esas medidas permanentes, para no restablecer la democracia representativa, ni la libertad de prensa ni la libertad de asociación, etc. Bien es cierto que el peligro contrarrevolucionario no desapareció al finalizar la guerra civil, pero también es cierto que perpetuar ciertas medidas de represión se convirtió en el principal peligro contrarrevolucionario. Como así lo confirmó el veredicto del tiempo. La contrarrevolución vino de la propia élite que protagonizaba en exceso la revolución, que la monopolizaba. Dichas medidas se prolongaron demasiado en el tiempo, hasta que fue demasiado tarde para erradicarlas, para volver marcha atrás. De convertirse en factores a favor de la revolución, en sus salvadores, se transformaron en factores contrarrevolucionarios, en sus sepultureros. También la ley dialéctica de la transformación de la cantidad en calidad puede aplicarse al hecho de prolongar en exceso en el tiempo la cantidad. Demasiada cantidad produce un cambio de calidad. Pero incluso la misma cantidad aplicada demasiado tiempo también produce dicho cambio de calidad. La represión duró demasiado tiempo, además de que se intensificó en el tiempo, en vez de al contrario. La represión permanente alcanzó incluso a quienes propugnaron la represión temporal, justificada por las circunstancias, que la precedió. Dicha represión, excesiva en intensidad y en duración, dio lugar a la dictadura pura y dura, la “clásica” de una élite.

Trotsky desde luego deja bien claro, ya en 1920, que para los bolcheviques la Asamblea Constituyente, el parlamentarismo, la democracia representativa, son arcaicos. Lo poco de progresista que tenía la democracia burguesa fue proclamado por algunos de los representantes más notables del bolchevismo como arcaico mientras al mismo tiempo apostaban por, esta vez sí, el arcaico recurso a la fuerza, la manera arcaica de imponerse dictatorialmente sobre el resto de clases sociales.

¡Cuando precisamente el viejo método de la dictadura de clase no se adaptaba a las clases populares, no servía para la emancipación de la sociedad! Realmente lo arcaico consistió en intentar construir el socialismo a la vieja manera en que fue construido todos los sistemas que le precedieron. **El socialismo no puede construirse de la misma manera que el capitalismo. Y esa manera equivocada de intentar el socialismo se nutrió del arcaico concepto de la dictadura del proletariado, en vez de apostar por desarrollar la verdadera democracia, la que realmente posibilitaría el socialismo.** Métodos arcaicos condujeron, al cabo del tiempo, a la restauración del viejo sistema capitalista. Hay que combatir el viejo sistema empleando ciertos métodos arcaicos, esto es inevitable. Pero sólo es posible superar un sistema arcaico con métodos revolucionarios. Y en éstos la libertad, la democracia, son el elemento central. Sin cierto arcaísmo es imposible partir de la realidad actual, pero sin desprenderse de cierto arcaísmo es imposible también transformar dicha realidad. Como siempre que hablamos de la transformación de la sociedad, necesitamos cierto equilibrio entre realismo e idealismo. Cualquier exceso o defecto de cualquiera de los dos extremos imposibilita el cambio. ¡Fácil de decir! Pero la dificultad de implementar dicho equilibrio no hace desaparecer su imperiosa necesidad. Si no tenemos clara la teoría, nunca podremos alcanzar una práctica exitosa. Necesitamos ser realistas para emprender el camino de la revolución social, pero necesitamos también en determinado momento, no demasiado tarde pero tampoco demasiado pronto, desprendernos de los viejos métodos. En cualquier momento nunca debemos perder de vista el objetivo final. Si renunciamos al idealismo, volvemos tarde o pronto al mismo punto de partida, o casi. Los objetivos a largo plazo nunca hay que perderlos de vista, pero deben establecerse primero objetivos a corto y medio plazo menos ambiciosos.

Por si quedara alguna duda acerca de la filosofía revolucionaria bolchevique, conviene recordar lo que decía Trotsky en su mencionado libro *Terrorismo y comunismo* escrito en 1920 en plena guerra civil rusa (recordemos que él era el máximo responsable del Ejército Rojo):

*Más de una vez se nos ha acusado de haber practicado la dictadura del partido en lugar de la dictadura de los Soviets. Y, sin embargo, puede afirmarse, sin miedo a equivocarse, que **la dictadura de los Soviets no ha sido posible más que gracias a la dictadura del partido.** Gracias a la claridad de sus ideas teóricas, gracias a su fuerte organización revolucionaria, el partido ha asegurado a los Soviets la posibilidad de transformarse de informes parlamentos obreros que eran, en un instrumento de domino del trabajo. **En esta sustitución del poder de la clase obrera por el poder del partido no ha habido nada casual, e incluso, en el fondo, no existe en ello ninguna sustitución. Los comunistas expresan los intereses fundamentales de la clase trabajadora.** Es perfectamente natural que en una época en que la historia pone a debate la discusión de estos intereses en toda su magnitud, los comunistas se conviertan en los representantes reconocidos de la clase obrera en su totalidad.*

Pero ¿quién os garantiza —nos preguntan algunos espíritus malévolos— que vuestro partido será precisamente el que exprese los intereses del desenvolvimiento histórico? Suprimiendo o hundiendo en la sombra a los

demás partidos, os habéis desembarazado de su rivalidad política, fuente de emulación, y, gracias a ello, os habéis privado de la posibilidad de comprobar vuestra línea de conducta.

*Esta observación está dictada por una idea puramente liberal de la marcha de la revolución. En una época en que todos los antagonismos de clase aparecen francamente y la lucha política se transforma con rapidez en guerra civil, el partido dirigente tiene en la mano bastantes materiales y criterios, aparte de la tirada posible de los periódicos mencheviques, para comprobar su línea de conducta. Noske aniquila a los comunistas alemanes y, no obstante, su número no deja de aumentar. **Nosotros hemos aplastado a los mencheviques y socialrevolucionarios, y no queda ni rastro de ellos. Este criterio nos basta. En todo caso, nuestra misión no consiste en evaluar a cada minuto, por medio de una estadística, la importancia de los grupos que representan cada tendencia, sino en asegurar la victoria de nuestra tendencia propia —la de la dictadura proletaria— y en hallar en el proceso de esta dictadura, en los distintos razonamientos que se oponen al buen funcionamiento de su mecanismo interior, un criterio suficiente para avalar nuestros actos.***

Ese criterio, como el tiempo demostró, no fue suficiente. La dictadura del partido se volvió contra el proletariado e imposibilitó a la larga el socialismo. En estas frases de Trotsky se encuentra sintetizada la raíz ideológica de la degeneración de la revolución rusa. El partido comunista, el partido bolchevique, prescindió del imprescindible control externo de las masas, se erigió en el único y auténtico representante del proletariado, prescindiendo incluso de la opinión del mismo proletariado. Esta filosofía revolucionaria, sustentada en la interpretación más dictatorial del ambiguo concepto de la dictadura del proletariado, imposibilitó la revolución. El mismo Trotsky pagó un alto precio por esa filosofía, la pagó con su exilio y su asesinato. El mismo Trotsky, unos años más tarde, en 1936, una vez expulsado de la URSS, en su libro *La revolución traicionada*, abogaba por la libertad de prensa, por el pluripartidismo (si bien limitado a fuerzas favorables al socialismo), por la democracia obrera. En verdad que la revolución fue traicionada, pero casi desde sus principios, no sólo por Stalin, sino que también por Trotsky y Lenin, al margen de sus verdaderas intenciones. **Los medios traicionaron a los fines. La filosofía errónea de que el fin justifica los medios imposibilitó alcanzar el fin.** El éxito a corto plazo, en cuanto a despojar a la burguesía del poder, se hizo al precio del fracaso a largo plazo, pues la burguesía volvió al poder, pues se creó una nueva casta social que la sustituyó y finalmente se unió a ella cuando colapsó el “socialismo real”. La revolución debe ser protagonizada en todo momento por las masas, ningún partido debe autoerigirse en su exclusivo protagonista. La *hegemonía* del proletariado nunca puede alcanzarse con la dictadura de un partido único. El socialismo no debe ser impuesto desde arriba por ninguna élite “iluminada”, debe ser construido desde abajo con el máximo protagonismo de los ciudadanos, lo cual no significa que no haya nadie arriba, sino que los que están arriba deben responder ante los que están abajo, deben ser elegidos y controlados desde la base de la sociedad, sin limitaciones. Ésta es una dura y contundente lección que nunca deberíamos olvidar.

Para Lenin y sus discípulos, entre los que se encontraba Trotsky, que a pesar de ciertas discrepancias y ciertas notables aportaciones al marxismo, compartía la visión leninista de la revolución y del socialismo, la dictadura del proletariado es la dictadura del *partido* del proletariado, la de la *vanguardia* proletaria, y no la de la *clase*, como denunciaban otros comunistas. Es más, para Lenin y sus camaradas el único partido que puede dirigir dicha dictadura es el partido bolchevique, el suyo. La visión leninista de la dictadura del proletariado posibilitó la degeneración de la Revolución rusa, sentó las bases del estalinismo, el cual traicionaba los fines buscados por el marxismo-leninismo. ¡Y es que los medios postulados por éste traicionaban sus propios fines, los imposibilitaban! Éste fue el principal error de Lenin y sus seguidores, el no darse cuenta de que su concepción de *cómo* había que hacer las cosas imposibilitaría alcanzar los *fines* deseados. Aunque es un error fácilmente comprensible dadas las circunstancias de la época. Pero no inevitable. ¿Cómo es posible implementar la dictadura de una *clase* en la práctica? Como decía Rosa Luxemburgo en esa época, mediante la participación activa de las masas, es decir, mediante la democracia obrera. Vayamos más allá: ¿cómo lograr la superación de la sociedad clasista? Con la más amplia participación de *todas* las masas, y no sólo la clase obrera. ¿Cómo evitar que la clase obrera sea explotada? Con su *mayor* participación en la democracia económica que el resto de clases. Si los trabajadores tienen *más* peso en las decisiones que *más* les incumben, el resto de clases no podrán obligarles a hacer algo que vaya en su perjuicio. ¿Cómo evitar que los trabajadores abusen de su posición privilegiada en la sociedad (de ellos depende su funcionamiento), cómo evitar que se impongan sobre el resto de clases? Con la participación también del resto de clases en las decisiones que incumben a *toda* la sociedad. En definitiva, la sociedad clasista sólo puede irse superando si las decisiones son tomadas en primer lugar por quienes a más les incumben, pero también por todos a quienes incumben. Aquellas decisiones que afecten a *toda* la sociedad deben ser tomadas por *toda* la sociedad, y aquellas que más incumban a unos que a otros deben ser tomadas por quienes son más afectados por ellas. En la democracia económica son los trabajadores quienes deben llevar la voz cantante, pero no la única voz, pues la economía es el motor de toda la sociedad. En la economía, como los trabajadores son mayoría, las decisiones tomadas beneficiarán a los trabajadores. Pero como éstos son también mayoría en la sociedad, como los trabajadores son también ciudadanos, como a los trabajadores también interesa el buen funcionamiento de toda la sociedad, entonces las decisiones tomadas por todos los ciudadanos beneficiarán a la mayoría, a los propios trabajadores, pero no *sólo* a ellos, sino al *conjunto* de la sociedad.

El posible conflicto que podía haber a principios del siglo XX en Rusia, al no ser el proletariado urbano la clase mayoritaria de la sociedad, lo cual facilitó esa concepción tan peligrosa de la dictadura proletaria, afortunadamente, no se da a principios del siglo XXI. En verdad, siempre los trabajadores han sido mayoría. El problema es que la única parte de la clase trabajadora de la época de Lenin que podía comprender la necesidad de avanzar hacia la propiedad *social* de los medios de producción, es decir que podía construir el socialismo, era la clase obrera industrial, y no tanto el campesinado. Pues en la industria, entendida en su sentido amplio (por ejemplo, incluyendo la industria del conocimiento, incluyendo el sector servicios actual), los trabajadores trabajan de manera *social*, se interrelacionan mucho unos con otros, trabajan mucho en equipo. La concepción errónea de la dictadura del proletariado por

parte de Lenin fue consecuencia de la debilidad de la clase obrera industrial rusa, del hecho de ser minoritaria, en el conjunto de la sociedad rusa, donde la mayoría era el campesinado, del hecho de ser analfabeta también. El enorme contraste entre las masas analfabetas y la vanguardia ilustrada de la época facilitó la visión jacobina del leninismo para hacer la revolución. En nuestros tiempos ese contraste ha disminuido considerablemente. A medida que los trabajadores están mejor formados las vanguardias se hacen menos necesarias, en verdad que adoptan otras formas, se integran más con las masas, la diferencia entre arriba y abajo tiende a desaparecer. Si a esto añadimos las posibilidades tecnológicas, como las brindadas por Internet en la actualidad, entonces se comprende que las masas pueden cada vez más organizarse y concienciarse por sí mismas. Sin embargo, siempre existirán vanguardias, ciudadanos que se sitúan por delante de los demás, que toman la iniciativa. Una sociedad donde no todos son iguales, donde no son todos clones, implica necesariamente la existencia de ciertas vanguardias. Nadie es capaz por sí mismo de alcanzar suficiente conciencia, la cual deberá provenir no sólo de la experiencia práctica propia, sino también del “exterior”, de la experiencia acumulada por otras personas de otros lugares y otras épocas. Nadie puede abarcar todo el conocimiento, toda la experiencia presente y pasada de la humanidad. Así como no es posible separar las masas de las vanguardias, pues son ambas partes de un todo, se integran dialécticamente, tampoco es posible separar por completo teoría de práctica o espontaneísmo de planificación. Sin embargo la integración entre las tendencias contrapuestas no tienen por que ser estáticas, cambian en el tiempo. A medida que la sociedad evoluciona las contradicciones se van agudizando o resolviendo. En nuestra sociedad del siglo XXI las vanguardias *tienden* a integrarse más con las masas, mejor dicho, las masas tienden a prescindir de las vanguardias ajenas a ellas, que se sitúan por encima de ellas en vez de nutrirse de ellas.

No es posible una sociedad que satisfaga el interés general sin el *poder del pueblo*, sin la democracia más absoluta y completa posible. No es posible con la “democracia” burguesa, es decir, con la oligocracia, pero tampoco con la dictadura del proletariado, con la imposición por la fuerza de ninguna clase o minoría. No es posible con ninguna dictadura, sea cual sea la forma que ésta adopte. Una dictadura es, por definición, el dominio por la fuerza de una minoría sobre la mayoría de la sociedad. La “dictadura”, es decir, hegemonía, de la mayoría sólo puede implementarse en la práctica con la democracia. La democracia es, por definición, la “dictadura” de la mayoría, pero con limitaciones. El individuo, las minorías, también tienen sus derechos inalienables. La mayoría no necesita imponerse por la fuerza sobre cualquier minoría. Sin embargo, una minoría sólo es dominante si ejerce su dictadura. Burguesía vs. Proletariado. Minoría vs. Mayoría. Dictadura vs. Democracia. La forma de la dictadura del proletariado debe ser radicalmente distinta de la de la dictadura burguesa, por las distintas naturalezas de sus clases sociales hegemónicas. La forma de la dictadura del proletariado no puede ser otra que la auténtica democracia. La forma de la dictadura burguesa no puede ser otra que la plutocracia más o menos disfrazada, la dictadura más o menos camuflada. La dictadura del proletariado no puede imitar a la burguesa, si lo hace se condena a sí misma, imposibilita la superación de la sociedad burguesa, es decir, clasista, es decir, basada en la explotación del hombre por el hombre. La dictadura del proletariado, la imposición por la fuerza del proletariado sobre el resto de la sociedad, es la imagen especular de la dictadura burguesa, es la interiorización de

la sociedad burguesa por parte del proletariado, de su vanguardia intelectual. Éste fue el gran error ideológico de la izquierda. Remito al libro *Los errores de la izquierda*.

Las intenciones de los bolcheviques de no volver a posibilitar el sufragio universal quedan bastante claras en sus escritos. El bolchevismo apuesta por la implementación de una dictadura supuestamente ejercida por el proletariado, dirigida por los comunistas que pronto se convertirán, si no lo eran ya, en los verdaderos dueños de la situación. La revolución rusa quedaba en manos de unas pocas personas, de una élite que se creía la única capaz de llevarla a cabo. Se recurría a métodos demasiado arcaicos y se perpetuaban demasiado en el tiempo. El resultado final ya lo conocemos. A saber: la extinción de la URSS y el envalentonamiento de la burguesía internacional que a finales del siglo XX y principios del siglo XXI impuso la versión más agresiva del capitalismo, el neoliberalismo. Por supuesto, la caída del socialismo no puede achacarse a un solo factor, en general nada ocurre en la vida por una sola causa sino más bien por un cúmulo de causas, por cierta combinación de ellas, pero no puede obviarse el método empleado a la hora de hacer la revolución para explicar su fracaso, como así hacen muchos marxistas empeñados en no recuestionar los dogmas de sus “maestros”. “Maestros” que, por lo menos en su mayor parte y en gran medida, huyeron de todo dogmatismo.

Por cierto, aquella afirmación de Trotsky en el sentido de que como marxista no era muy partidario del formalismo democrático es más que discutible. Yo no creo que ser marxista implique no darle importancia al formalismo democrático. No creo que la hegemonía del proletariado sólo pueda lograrse mediante la dictadura del proletariado, interpretada ésta como la exclusión de la democracia del resto de clases, o como la imposición mediante la desigualdad de unas clases sobre otras, no digamos ya como la dictadura del partido único, no creo que dicha hegemonía esté reñida con la democracia, más bien creo que sólo es posible en la democracia real, la cual debe partir de la formal. La democracia formal es insuficiente, pero es necesaria. Es un prerequisite. No creo que la democracia directa en los soviets esté reñida con la democracia representativa en asambleas que representen a todos los ciudadanos del país y sean elegidas directamente por ellos, siempre que dicha democracia sea verdaderamente representativa, siempre que se lleve a la práctica el vital principio de la igualdad, es decir, siempre que todas las opciones políticas tengan las mismas posibilidades de alcanzar el poder, siempre que la ciudadanía pueda votar con la más completa información acerca de las opciones existentes y de lo que proponen cada una de ellas, siempre que los representantes elegidos respondan ante sus electores, es decir, siempre que exista un real control popular de los gobernantes.

Trotsky convierte al ambiguo e impreciso concepto de la dictadura del proletariado (apenas mencionado en los escritos de Marx y Engels, al cual dedicaron muy pocas líneas, demasiado pocas), en el epicentro de la teoría marxista, y lo que es peor, siguiendo a Lenin, hace de su interpretación de dicho concepto la única posible. Por otro lado, dice Trotsky que la población campesina no estaba bien informada acerca de lo que estaba aconteciendo en el país, en las ciudades donde se decidía el destino del mismo. Y no le falta razón, probablemente. En esa época las noticias y las ideas tardaban en llegar a los distintos lugares. Pero, precisamente, una vez que el pueblo hubiese sido informado adecuadamente, ¿no hubiese sido deseable que él eligiera quién debía gobernarlo, quién debía dirigir la revolución? ¿Con semejantes decisiones

no se sentaban las bases de una dictadura pura y dura? ¿No podía empezar a verse adónde nos conducía esa dinámica? ¿No podemos decir que Trotsky también contribuyó al burocratismo que tanto denunció posteriormente, que él mismo daba pie a que ciertas medidas transitorias se convirtieran en permanentes? ¿No podemos decir que Lenin también contribuyó a ese burocratismo que luego se convirtió en su obsesión en sus últimos días? Es cuando menos curioso ver cómo Trotsky, por un lado, nos dice que no existe una democracia ideal, teórica, que la democracia burguesa es la democracia real, y por tanto, no hay que confiar en ella, y al mismo tiempo, mejor dicho más adelante, cuando critica el socialismo implementado por Stalin, nos dice que el “socialismo real” no es el real, que hay un verdadero socialismo teórico que no concuerda con el que se está llevando a la práctica en la URSS. Si existe un concepto teórico de socialismo hacia el cual debe dirigirse el socialismo implementado en la práctica, ¿por qué no podemos decir lo mismo del concepto de democracia? Es más, yo afirmo, lo cual estoy intentando demostrar en mis escritos, que el socialismo real coincide con la democracia real, que el socialismo no es socialismo si no es democrático, que la democracia no es democracia si, entre otras muchas cosas, no hay pluripartidismo, libertad de prensa, de reunión, igualdad de oportunidades, etc., etc. No podemos prescindir de ciertos conceptos teóricos de la democracia liberal. De lo que se trata, precisamente, es que dejen de ser sólo teóricos, además de ampliar dicha democracia y complementarla con la directa, además de exportar los métodos democráticos a todos los rincones de la sociedad, especialmente a la economía, etc., etc. Se trata, en suma, de desarrollar suficientemente hasta el límite de lo posible, hasta las últimas consecuencias, la democracia. Sólo así podremos transformar la sociedad, sólo así el socialismo sucederá al capitalismo. Sólo así la humanidad podrá sobrevivir sin barbarie.

Bien es cierto que poco después de disolver la Asamblea Constituyente estalló la guerra civil, que no era momento de elecciones. Pero el caso es que tras la disolución de la Asamblea Constituyente, incluso una vez acabada la guerra, ya no se produjeron más elecciones con la participación de *todo* el pueblo. Después de lo dicho por Trotsky o Lenin en sus libros no debe sorprendernos. El sufragio universal fue prematuramente exterminado. La democracia representativa se liquidó y la democracia soviética se amputó. En dicha democracia sólo podía participar, al principio, una parte importante de los ciudadanos, la inmensa mayoría, pero no todos. Ni todos los que participaban lo hacían por igual. Se preponderaba a la clase obrera sobre las demás. En los congresos pan-rusos los obreros (los trabajadores de las ciudades) contaban con un diputado por cada 25.000 electores, mientras que los campesinos (los trabajadores de las provincias) sólo tenían uno por cada 125.000. La democracia era tocada de muerte puesto que se atentaba contra su pilar fundamental: la igualdad. Una democracia sin libertad de opinión, sin pluralidad, no es democracia. La nueva “democracia” reproducía los males de la antigua pero bajo otras formas. No todos los ciudadanos participaban en igualdad de condiciones, como así ocurría también, por otros motivos, en la antigua democracia burguesa. Bien es cierto que quienes participaban en la nueva democracia participaban más y mejor, pero esto también en poco tiempo cambió. **Los bolcheviques, por lo menos al principio, se apoyaban democráticamente en sus bases, la clase obrera de las ciudades sobre todo, pero se imponían antidemocráticamente sobre el resto de la población, sobre el campesinado especialmente. La burguesía y la aristocracia estaban excluidas de**

la democracia soviética. Como nos explica Víctor Serge en *El año I de la Revolución rusa*: no eran ni electores ni elegibles las personas que explotaban el trabajo ajeno, las que vivían de rentas que no procedían de su propio trabajo y los comerciantes; los sacerdotes, los frailes, los ex policías, los miembros de la antigua casa reinante, los locos, los condenados que hubieran sido privados de sus derechos civiles. La dictadura del proletariado iba poco a poco, o no tan poco a poco, tomando una forma cada vez más dictatorial. No pasaría mucho tiempo para que dicha dictadura se volviera contra el propio proletariado, incluso contra la vieja guardia bolchevique. La veda estaba abierta, peligrosamente abierta. Se empezaba a sentar peligrosos precedentes. La contrarrevolución empezaba a amenazar, pero desde dentro del propio campo revolucionario. La ley dialéctica de la negación de la negación empezaba a hacer acto de presencia. Con el tiempo la revolución dio paso a la contrarrevolución, la primera se negó a sí misma y dio paso a la segunda. Con el tiempo el socialismo, el intento de su construcción, la negación del capitalismo, dio paso de nuevo al capitalismo.

Pero no olvidemos el contexto de la época. En la mayor parte de democracias, el sufragio universal todavía no existía. No todas las personas podían votar. En muchos países sólo podían votar los hombres o ciertas clases sociales de la élite. El sufragio censitario fue la norma para calificar tanto a electores como a elegibles en las primeras revoluciones liberales (norteamericana, francesa, etc.) y durante el siglo XIX. Mientras que desde los principios de la Rusia soviética, en 1918, la mujer tuvo derecho a votar, en muchos países esta conquista se logró mucho más tarde. El sufragio universal se implantó en Francia en el año 1944, en Estados Unidos en 1965, en España en 1931, en Alemania en 1871, en el Reino Unido en 1928. Sin embargo, la solución adoptada por los bolcheviques, a pesar de ese contexto, fue un error. Los bolcheviques aspiraban a defender los intereses generales, y no sólo del proletariado obrero, de las ciudades. Defendían fundamentalmente a los obreros industriales porque éstos estaban más preparados, por sus condiciones de explotación, para superar el capitalismo, la raíz de sus males y del conjunto de los males de la sociedad entera. Pero el objetivo fundamental era lograr una sociedad sin explotación de ningún tipo, una sociedad más libre y justa. Basta leer cualquier escrito de Marx, Engels, Lenin o Trotsky. Basta recordar que ellos se enfrentaron al orden establecido, a la burguesía. Si ellos sólo deseaban enriquecerse y dominar, lo lógico hubiese sido unirse al poderoso, como tantos y tantos hicieron y hacen. Por tanto, a diferencia de las élites que necesitaban el sufragio censitario para evitar el poder de la mayoría, para imponerse artificialmente, la izquierda revolucionaria lo que debía hacer es defender los intereses de la mayoría, canalizarlos, contraponer el sufragio universal al censitario y no reproducir un nuevo tipo de sufragio restringido, innecesario para imponerse de forma natural. La izquierda, basada en un concepto erróneo e innecesario como la dictadura del proletariado, se equivocó en sus métodos, al adoptar y cambiar sólo ligeramente los de sus enemigos. Ella, a diferencia de la derecha, defiende los intereses generales, de clases que representan la mayoría de la población, no necesita las trampas de la derecha. Más aún, dichas trampas se pueden volver contra ella misma, como así fue. La izquierda, cuyos objetivos son *radicalmente* opuestos a los de la derecha, necesita usar métodos *radicalmente* opuestos, sin los cuales no pueden alcanzarse dichos objetivos. Si la izquierda reproduce los métodos de la

derecha, los objetivos alcanzados, tarde o pronto, beneficiarán a la derecha, la izquierda se mutará en derecha. Remito a mi artículo *Izquierda vs. Derecha*.

Lenin justifica la exclusión de la burguesía de la nueva democracia soviética en *La revolución proletaria y el renegado Kautsky* de la siguiente manera:

El negar a la burguesía el derecho de sufragio no constituye un elemento obligatorio e indispensable de la dictadura del proletariado. Tampoco en Rusia los bolcheviques, que mucho antes de Octubre habían proclamado la consigna de tal dictadura, hablaban de privar a los explotadores de derechos electorales. Este elemento de la dictadura no procede "del plan" de ningún partido, sino que ha surgido por sí mismo en el curso de la lucha. El historiador Kautsky, claro, no lo ha advertido. No comprende que la burguesía, ya cuando en los Soviets dominaban los mencheviques (partidarios de la conciliación con la burguesía), se había apartado por propia iniciativa de los Soviets, los boicoteaba, se oponía a ellos e intrigaba contra ellos. Los Soviets surgieron sin Constitución alguna y subsistieron más de un año (desde la primavera de 1917 hasta el verano de 1918) sin Constitución alguna. El frenesí de la burguesía contra la organización de los oprimidos, organización independiente y omnipotente (por comprender a todos), la lucha más desvergonzada, más egoísta y más vil de la burguesía contra los Soviets y, en fin, la complicidad manifiesta de la burguesía (desde los democonstitucionalistas hasta los eseristas de derecha, desde Miliukov hasta Kerenski) en la korniloviada, todo ello preparó la exclusión formal de la burguesía del seno de los Soviets.

No parecía faltar motivos para la exclusión *temporal* de las fuerzas reaccionarias de la incipiente democracia soviética. ¿Acaso cualquier democracia burguesa no decreta el estado de excepción cuando su orden se ve amenazado? ¿No suspende los derechos democráticos de la población en determinados momentos? ¿No se defiende frente a quienes la atacan? El mismo gobierno burgués ruso de Kerensky, sin ir más lejos, reprimió a los bolcheviques todo lo que pudo, cerrando sus imprentas, encarcelando a sus dirigentes, declarando ilegal su partido, intentó por la fuerza, mediante un golpe de Estado, reprimir la revolución, las ansias de cambios del pueblo, incluso reinstauró la pena de muerte. Ésta fue abolida rápidamente por el nuevo gobierno presidido por Lenin. El gobierno bolchevique empezó por declarar su intención de finalizar la participación de Rusia en la Primera Guerra Mundial y por repartir la tierra, cumpliendo así con las expectativas del pueblo desde el principio, asegurándose de esta manera el apoyo popular, del proletariado y del campesinado, es decir, de la mayoría de la población, apoyo que en los primeros tiempos del nuevo Estado soviético no paraba de crecer, aunque no sin dificultades, no sin cierta oposición de algunas clases sociales. El problema, para dicho gobierno burgués de Kerensky, era que las masas apoyaban a los bolcheviques, quienes eran los más decididos defensores de derrocar el orden burgués. El gobierno de Kerensky no tenía más remedio que dar una de cal y otra de arena para evitar los estallidos sociales, para evitar romper la cuerda. Si no reprimió más fue porque no pudo, porque un exceso de represión hubiera precipitado los acontecimientos por derroteros peligrosos para el orden establecido. Pero, finalmente, dicho gobierno, debilitado, dividido, no pudo evitar su caída. La revolución proletaria puso fin a la breve etapa burguesa en Rusia. Este país pasó en poco tiempo

de la monarquía absoluta a una república de corte socialista. Caso inédito en la historia.

No podemos sorprendernos ni culpar a la burguesía de intentar defender su orden establecido. Pero sí podemos criticar la manera en que lo hace y su hipocresía cuando acusa a sus enemigos de hacer lo mismo que ella. Ella que se presenta como pacifista cuando su statu quo peligra, no vacila en usar la violencia física y psicológica para machacar a sus enemigos de clase. Sobran ejemplos aquí y allá, ahora y entonces. Ella que reivindica la “democracia” cuando está a punto de perder el control de su oligocracia, bien que se guarda de hacer avanzar dicha “democracia”, bien que recurre a la dictadura más burda cuando el disfraz de su democracia ya no engaña a nadie, cuando sus intereses económicos peligran. Es más, si la burguesía, es decir, si las minorías dominantes, no se opusieran violentamente a perder su artificial e ilógico control de la sociedad, no sería necesaria ningún tipo de violencia. A la mayoría le basta con la fuerza de la razón, su fuerza reside en su carácter mayoritario, la mayoría no necesita la violencia para dominar, si la necesita es porque las minorías sí la necesitan para dominar o mantener su dominio. Si la mayoría necesita recurrir a la violencia en determinados momentos es para que las minorías dominantes dejen de ejercerla, para defenderse. Como la historia demuestra obstinadamente, ninguna minoría dominante cede su poder gratuitamente, sin ejercer cierta resistencia más o menos violenta. Si esto no fuese así el concepto de la dictadura del proletariado no hubiese ni siquiera surgido. El problema fue la solución propuesta, tanto en el fondo como en la forma, para combatir la resistencia violenta de la burguesía a perder el poder.

Porque aun admitiendo la necesidad de medidas excepcionales, propias de un estado de guerra, de una lucha de clases encarnizada, una vez superada la etapa de asentamiento de la revolución socialista, la democracia no podía prosperar sin la necesaria igualdad. Una vez vencido el enemigo, por lo menos en el campo militar y económico, una vez despojado de sus privilegios, se le debería haber restaurado sus derechos, iguales a los del resto de la población. Porque una democracia sin una verdadera igualdad, formal y real, no es democracia. Por el contrario, la dinámica revolucionaria emprendida conducía a la progresiva extinción de la democracia, en vez de al revés. A Lenin se le olvidó insistir en el hecho del carácter *transitorio* de ciertas medidas *excepcionales*. La represión no sólo no desapareció sino que fue a más y degeneró en la barbarie estalinista. La excepción se convirtió en regla y ya no hubo marcha atrás, o se intentó demasiado tarde. Lenin también tuvo su parte de responsabilidad en el colapso posterior de la URSS. ¿Qué hubiese ocurrido si la democracia directa de los soviets se hubiese visto complementada por la democracia representativa, verdaderamente representativa, con pluripartidismo, con ilimitada libertad de reunión, de asociación, de prensa? ¿No se hubiera asentado más la democracia? ¿No hubiese enraizado el proceso de construcción del socialismo en el pueblo? Nunca podremos saberlo con seguridad. Pero sí podemos saber que la progresiva limitación de la democracia acabó con ésta y esto se tradujo al cabo del tiempo en el fin del experimento socialista soviético. De esto no hay dudas. El colapso del “socialismo real” es un hecho. No parece certero desvincular por completo la caída del socialismo ruso de los métodos empleados para su construcción, como así hacen algunos marxistas.

2.5. El fin está contenido en los medios

Los métodos empleados hipotecan los resultados logrados. Frente a las falsas democracias burguesas, la izquierda auténtica debe reivindicar y construir la verdadera democracia, llevada hasta el máximo posible. No se trata de sustituir una dictadura por otra, una democracia podada o viciada por otra, se trata de implantar la DEMOCRACIA, con mayúsculas. Dice Anton Pannekoek que *el pueblo no existe, sólo existen las clases*. Y tiene en parte razón, pero *el pueblo* es esencialmente las clases populares, los trabajadores, reales y potenciales, todas aquellas personas que no viven a expensas del trabajo ajeno, la inmensa mayoría de la población. Un hijo que vive a costa de sus padres, porque tal vez no encuentra trabajo, lo hace por voluntad o consentimiento de sus progenitores, un empresario que vive de sus trabajadores lo hace en contra de la voluntad de éstos. Si bien es cierto que hay clases y subclases, en esencia, la sociedad humana se divide entre capitalistas, grandes capitalistas, los propietarios de los grandes medios de producción, y el resto. La izquierda representa al resto, a casi toda la sociedad, a lo que simplifícadamente llamamos *pueblo*. Para la izquierda el *pueblo* son los estudiantes (futuros trabajadores), los parados (trabajadores potenciales), los obreros industriales, los campesinos, los trabajadores de cualquier sector en general, incluso los pequeños empresarios y los autónomos, y todos sus familiares. Todos ellos tienen algo en común: viven de su trabajo, no viven (o por lo menos no sólo) a costa del trabajo ajeno. Porque no es lo mismo un empresario de una pequeña empresa que además trabaja en ella cada día, que cumple un papel esencial en el día a día, que hace igual o más horario que sus empleados, que un accionista de una gran empresa que ni conoce físicamente dónde está ésta, que no sabe nada de su gestión, de su idiosincrasia, que tan pronto invierte en una empresa informática como en una de perfumes. Esos grandes accionistas, junto con los grandes especuladores, son los principales enemigos de la izquierda, de la sociedad en general. Y esas personas, esos grandes capitalistas, comparados con el resto de la población son cuatro gatos. Por tanto, si bien es cierto que en verdad en la sociedad hay clases, también es cierto que lo que podemos llamar *el pueblo* es la inmensa mayoría de personas que son explotadas o no explotan. La gran labor de la izquierda es lograr que todas esas personas, que todas esas clases, perciban más sus puntos en común que sus diferencias de matices o de formas. El proletariado debe ganarse el apoyo de la pequeña burguesía. Ésta debe comprender que el gran capital es su verdadero enemigo. La burguesía, la gran burguesía, se mantiene en el poder, entre otros motivos, porque la pequeña burguesía la parapeta. El pensamiento burgués debe ser vencido globalmente, en todas las clases cuyos intereses son esencialmente contrapuestos a la gran burguesía.

El concepto de *pueblo* resume perfectamente esa “integración” social, esa idea de que la mayor parte de clases sociales tienen más en común, en lo fundamental, en el fondo, con respecto a su poder dentro de la sociedad, que de distinto. El concepto de pueblo usado por la derecha es abstracto, sirve para evitar la lucha de clases (de las bajas contra las altas), pero para la izquierda ese concepto, lejos de ser rechazado, al contrario, debe de ser implementado políticamente, tiene unas bases concretas para construirse, es el conjunto de clases sociales que son dominadas en la sociedad. Ésta

a lo largo de la historia ha cambiado en sus formas, pero no tanto en el fondo. La sociedad se ha compuesto de una o varias élites dominantes, más o menos dominantes, que incluso han competido entre ellas para dominar, y una gran masa, mayoritaria, de personas dominadas, más o menos dominadas, de una u otra forma. Para la izquierda, el *pueblo*, tiene nombres y apellidos concretos en la composición de la sociedad en clases. **El pueblo agrupa a todas las clases sociales dominadas por las élites.** Para la izquierda el pueblo es la inmensa mayoría, el *pueblo* se contraponen a las *élites* dominantes. Para la derecha *el pueblo* es una manera de olvidar o camuflar la división de la sociedad en clases, y sobre todo en clases dominantes y dominadas. Para la derecha *el pueblo* es *toda* la población, lo que ellos llaman la *nación*, en un intento de eliminar ideológicamente la existencia de élites, de mayorías dominadas por minorías, en un intento de suavizar y distorsionar la realidad, de negar lo evidente. En cualquier caso, **hay una diferencia sustancial entre la derecha y la izquierda, la primera defiende los intereses de minorías dominantes, la segunda de la mayoría dominada. Minorías vs. Mayoría. Dominantes vs. Dominados. Privilegios vs. Derechos. Élites vs. Pueblo. Derecha vs. Izquierda.**

Cuando desde la izquierda se habla de pueblo, nunca se hace para negar la división de la sociedad en clases, el pueblo equivale a las clases populares. El pueblo se reivindica como uno de los sujetos, el mayoritario, el dominado, en la lucha de clases. Marx, Engels, Lenin, Trotsky, Bakunin, Kropotkin, ..., todos ellos también usaron el concepto de pueblo, pero con un significado muy distinto a cómo lo usan los ideólogos de la derecha. El pueblo es usado desde la izquierda para contraponerlo a sus enemigos tanto internos, dentro de cada país, como externos. El pueblo es usado por la derecha, llamándolo también nación, para contraponerlo sólo contra los enemigos externos. Para la derecha no hay enemigos internos (eso es lo que proclama, pero ella tiene muy clara la realidad), sólo los hay externos. Justo al contrario que para la izquierda. Para la izquierda los enemigos de todos los proletarios del mundo son internos y externos, no tienen que ver con las naciones, sino con las clases sociales. La derecha practica el nacionalismo como forma de evitar la lucha de clases (la de las clases bajas contra las altas). La izquierda, por el contrario, practica el internacionalismo, el verdadero, el que dice que los enemigos no son los países, ni las culturas, sino las minorías sociales de todos ellos que se imponen sobre las mayorías, que las explotan. Para la izquierda la lucha gira en torno a las clases. La lucha es ante todo una lucha de clases. El nacionalismo es, en determinado momento, un medio para alcanzar la soberanía popular. Para la derecha sólo se trata de luchas entre naciones o entre individuos. El nacionalismo es para ella un medio de evitar la soberanía popular. La derecha sólo practica el internacionalismo por lo que respecta a los mercados. Para ella el internacionalismo sólo sirve para el capital, pero no para las personas ni las clases. El nacionalismo sólo es usado en la medida que sirva para los intereses económicos de las minorías. Tan pronto se recurre a él como se le obvia. La nación de la derecha es en verdad el dinero. La nación de la izquierda es el conjunto de la humanidad. Las fronteras para la derecha son geográficas, para la izquierda son sociales. El pueblo para la derecha es toda la población de un país. El pueblo para la izquierda lo conforman todos los proletarios del mundo, las clases sociales explotadas. Para la derecha el nacionalismo es un medio para dominar, para que unos países dominen a otros, para que unas minorías dominen a la mayoría de la nación correspondiente en nombre del bien común (en verdad del bien de las minorías que

apelan al bien común). Para la izquierda, por el contrario, el nacionalismo es un medio de liberación, para evitar que otras naciones dominen a otras, para liberar al pueblo *en primer lugar* del dominio de oligarquías extranjeras. El nacionalismo es una etapa intermedia para la izquierda, cuyo destino final es la liberación de toda la humanidad de toda opresión. Remito a mi artículo *Nacionalismos y nacionalismos*, el cual es a su vez un extracto del libro *La causa republicana*.

La izquierda defiende en general los intereses generales de la humanidad, de la inmensa mayoría de los seres humanos. El gran fracaso de la izquierda es no haber traducido en poder político el hecho de que esté del lado de la mayoría. Y ese error se ha producido, entre otros motivos, por no haberse separado de la derecha suficientemente, no sólo en sus fines, sino que también en sus medios, incluso en algunas concepciones ideológicas. Esto es lógico puesto que la derecha domina ideológicamente y contagia a la propia izquierda. Lógico, probable, pero no inevitable. Como dice Anton Pannekoek, *las viejas ideologías gravitan pesadamente sobre el cerebro de los hombres, influyen siempre en su pensamiento, aun cuando éstos estén movidos por ideas nuevas*. Ese error se produce, y se produjo, también por no considerar que los medios sirven a los fines, que los medios pueden traicionar a los fines, por haber pensado que el fin justifica los medios. Cuando es justo lo contrario. **Los medios determinan el fin.** Si el fin es lograr una sociedad en conjunto digna, defender los intereses generales, al mismo tiempo que los derechos humanos del individuo, el medio no puede ser otro que la democracia más desarrollada posible. El *poder del pueblo* es el único que puede darle al pueblo una vida digna. El poder de la mayoría es el único que puede beneficiarla. **Cualquier sistema político que no dé el máximo protagonismo al pueblo, a toda la sociedad, traiciona el fin último de la izquierda: una sociedad más libre y justa.** Cualquier democracia donde los ciudadanos no sean iguales, en la teoría y/o en la práctica, reproduce los males del sistema anterior. En la democracia burguesa, en el sistema político de cualquier élite, hay ciudadanos de primera y de segunda, en la teoría antaño (a veces ni siquiera, basta recordar la monarquía que tenemos en la actualidad en España), en la práctica ahora. En dicha democracia el proletario es menos que el burgués. Los proletarios son más físicamente, pero son menos política y económicamente. Esa es la gran contradicción de dicha “democracia”. Mandan las minorías. Y esto ocurre porque no todos participan en igualdad de condiciones. La desigualdad numérica es superada por las élites mediante desigualdad de participación, de oportunidades. Las élites no pueden serlo con igualdad de oportunidades. Esa contradicción demuestra que no es una democracia sino una oligocracia. Que la democracia burguesa es sólo formal, pero no real. En la verdadera democracia, por el contrario, *todos* los ciudadanos son de primera, en la teoría y en la práctica. El burgués es igual que el proletario. Y como los proletarios son muchos más, entonces éstos son más también políticamente. En la verdadera democracia se supera esa contradicción entre número de personas y poder. Manda la mayoría. Al mismo tiempo que respetando los derechos elementales del individuo, de cualquier individuo. Pero todos participan, con las mismas posibilidades. Si se mantiene la desigualdad de participación, tarde o pronto, se perpetúan los males del sistema anterior. Que el proletario participe peor en la democracia burguesa es, esencialmente, el mismo error que excluir al burgués en la democracia obrera.

El único sistema que puede combatir las élites, la división esencial de la sociedad entre dominados y dominantes, es la democracia más radical. La izquierda aspira a la verdadera democracia. Para lo cual la democracia debe avanzar, en la teoría y en la práctica, respecto de la democracia burguesa. No se trata de democracia *burguesa* frente a democracia *obrera*, o de dictadura *burguesa* frente a dictadura *proletaria*, se trata de democracia sin apellidos, a secas. Se trata de llevar a la práctica muchos de los principios declarados pomposa e hipócritamente por la burguesía. Ésta ha sentado las bases teóricas de su propia extinción como clase dominante y si la izquierda, como consecuencia de rechazar la puesta en práctica hecha por la burguesía, renuncia incluso a los principios teóricos, entonces, precisamente, le hace el juego a la burguesía, a la derecha, le facilita el trabajo. La izquierda debe aspirar a llevar a la práctica, hasta las últimas consecuencias, la libertad, la igualdad y la fraternidad. Por este motivo, rechazar todo concepto de la democracia liberal porque es burgués, es perpetuar el problema, es errar en la identificación de lo que es burgués o no. Burgués no es tanto el Estado *burgués*, es sobre todo el hecho de que el Estado tenga apellidos. Burgués no es tanto que el Estado lo domine la burguesía, sino sobre todo que lo domine cualquier clase. La dictadura del proletariado no es la alternativa a la dictadura burguesa. La alternativa es la democracia, la verdadera. El Estado *proletario* no es el que debe sustituir al *burgués*, sino el Estado a secas, neutral, el que de verdad puede superar la división clasista de la sociedad. La sociedad de clases no podrá superarse si cualquier clase domina artificialmente, imponiéndose sobre las otras, sino mediante la democracia más absoluta, y no restringiendo ésta o viciándola para que se beneficien unas clases sobre otras.

Los bolcheviques viciaron su democracia, sustituyeron la falsa democracia burguesa por otra que reproducía alguno de sus males, que incluso agravaba algunos otros, y que, en cualquier caso, no superaba sus más profundas contradicciones. No se trata de cambiar la etiqueta del Estado o de su democracia, sino de su contenido. No se trata de sustituir sus males profundos por otros similares, sino de erradicarlos, de raíz. Por lo menos, de sentar las bases para que eso sea posible. Si reproducimos de modo calcado sus vicios, contentándonos sólo con sustituir quienes se benefician de ellos, no sentamos las bases para superarlos, al contrario, podemos incluso empeorarlos. Los bolcheviques, al impedir que ciertas personas pudieran participar en el nuevo sistema político, imposibilitaban superarlo. Es más, sentaban un precedente muy peligroso: el de limitar la democracia aun en el supuesto bien de la sociedad, el justificar que la democracia pudiese o debiese acotarse. Ese precedente se tradujo al final en la completa extinción de la democracia. Si ya había poca democracia con la burguesía, con el Estado "proletario" se llegó incluso al totalitarismo, se reprodujo la dictadura burguesa más bestial, el fascismo. Aunque bajo otras formas. ¿O no tanto? El culto a la personalidad fue usado tanto por Stalin como por Hitler, las paradas de masas estalinistas se parecían mucho a las hitlerianas. En ambos regímenes hubo represión, persecución política, genocidio. ¿Porque los extremos se tocan? Más bien porque el estalinismo, al usar los métodos de la derecha, se convirtió también en extrema derecha. Y eso ocurrió porque la izquierda empezó a usar ciertos métodos de la derecha, hasta acabar en la extrema derecha. A pesar de ciertas diferencias en las políticas sociales y económicas, de ciertas diferencias en las apariencias o en las etiquetas. ¡Que les pregunten a muchos trabajadores de la extinta URSS si se sentían

pertenecer a un Estado proletario! ¡Que les pregunten a los actuales trabajadores chinos si se consideran mejor tratados que los trabajadores de los países oficialmente capitalistas! ¡Que le pregunten a cualquier trabajador español si se siente representado por su gobierno *socialista* y *obrero*! ¡No nos dejemos engañar por las etiquetas, por las apariencias, por las formas!

Esta concepción limitada y tergiversada de lo que debía ser la auténtica democracia fue el principal error del bolchevismo. Error que se nutrió de algunos de los errores del propio marxismo. La democracia no sólo no avanzó sino que derivó al cabo de poco tiempo en dictadura pura y dura. Si los bolcheviques hubiesen permitido unas nuevas elecciones nacionales a la asamblea, poniendo todos los medios para que dichas elecciones fueran lo más libres posibles, fomentando el debate generalizado, si hubiesen gobernado en coalición con los social-revolucionarios (ambos partidos habían sido los más votados, y de lejos) y con otras fuerzas revolucionarias, sobre una sólida base democrática (el ala izquierda de los “eseristas” defendía ideas muy parecidas a las bolcheviques, los intereses del proletariado y de gran parte del campesinado eran muy similares, de hecho durante unos pocos meses dichos eseristas gobernaron en coalición con los bolcheviques, los partidos de la izquierda revolucionaria tenían el apoyo de la inmensa mayoría del pueblo ruso), si no hubieran eliminado el sufragio universal, pues las clases contrarrevolucionarias tenían muy poco peso electoral (no era necesario reprimir su derecho al voto pues sus votos eran muy minoritarios), la democracia se hubiera desarrollado de manera mucho más segura, la degeneración del Estado soviético no hubiera sido tan probable, la revolución se hubiera asentado, la vanguardia se hubiera protegido de ella misma. Pero los bolcheviques, con Lenin a la cabeza, desconfiados de una parte importante del pueblo, fundamentalmente del campesinado, presos de una dinámica acelerada por tomar el poder, por aprovechar de la manera más certera posible la ocasión de hacer la revolución socialista, eligieron un atajo que finalmente se convirtió en trampa. Decidieron diseñar una “democracia” a la medida del proletariado, de una parte de él, y lo que es peor, a la medida de los bolcheviques, de la vanguardia revolucionaria. Esa apuesta resultó ser catastrófica. Casi un siglo después, la izquierda, las clases populares de todo el mundo, todavía estamos pagando un precio muy alto por dicho error. Aunque, por supuesto, la desorientación actual de la izquierda no puede achacarse únicamente al fracaso de la revolución rusa. Pero, indudablemente, dicho fracaso influyó mucho en el estado actual de la izquierda.

El problema es que esa filosofía de una vanguardia que se sitúa por encima de las masas en nombre de las masas, incluso aun admitiendo que por el propio bien de las masas, acaba por ir contra las propias masas. Es, como mínimo, muy arriesgada. Dependiendo de la élite, los acontecimientos pueden fluctuar entre un extremo y el opuesto. En el caso ruso, la dictadura *del* proletariado acabó (o empezó muy rápidamente) por ir también *contra* el propio proletariado. El Estado proletario, bajo dicha filosofía, con esa interpretación tan autoritaria de la dictadura del proletariado, estaba condenado a fracasar tarde o pronto, como así fue. El mismo Lenin luchó los últimos años de su vida, tal vez demasiado tarde, cuando su estado de salud se hacía cada vez más crítico, contra la peligrosa e incipiente burocratización del Estado proletario, incluso criticó públicamente a Stalin. El estalinismo ocultó este enfrentamiento, lo borró del mapa. Pero este enfrentamiento del padre de la revolución

rusa con el georgiano, el que sería su sucesor, fue confirmado no sólo por Trotsky sino que también por Juschov. A pesar de que Lenin luchó contra la degeneración burocrática del Estado soviético, él mismo la possibilitó, como mínimo la facilitó. En el XI congreso del partido bolchevique declara: *Se han establecido relaciones erróneas entre el partido y las organizaciones soviéticas: en cuanto a ello estamos todos de acuerdo [...] Formalmente resulta muy difícil poner remedio a esto pues nos gobierna un partido único. En muchos aspectos la culpa también ha sido mía.* Según Pierre Broué, Lenin se estaba planteando el restablecimiento del pluripartidismo. En algunos de sus manuscritos menciona la legalización de los mencheviques. Pero, cuando su partido más le necesitaba, pues la revolución estaba entrando en una fase muy peligrosa de degeneración y el país sufría una grave crisis económica, el padre de la revolución rusa murió tras una larga agonía.

Algunos viejos bolcheviques intentaron también luchar contra la desaparición de la democracia interna en su partido. Infructuosamente. Stalin, quien ya controlaba el aparato burocrático del partido único, sucedió a Lenin. Y desde luego, con el georgiano el partido único, la disciplina y el centralismo se asentaron, el Estado *soviético* se extinguió por completo y se convirtió en la dictadura implacable de la nueva burocracia, todo atisbo de democracia se acabó evaporando, el terror se convirtió en la principal herramienta de la élite dirigente. La libertad retrocedió todavía más hasta desaparecer por completo y el régimen se convirtió en uno de los más crueles de la historia, rivalizando con la barbarie nazi. Quienes posibilitaron, contribuyeron, no impidieron o no supieron prever las peligrosas consecuencias de los métodos expeditivos, fueron a su vez víctimas de ellos. Los ejecutores o los cómplices de cierta manera de hacer las cosas acabaron siendo desbordados por esa peligrosa dinámica metodológica, cayeron en sus propias trampas. Prácticamente la totalidad de la vieja guardia bolchevique, que protagonizó la Revolución de octubre, que en gran parte luchó (aunque tal vez demasiado tarde y de manera insuficiente) contra la progresiva degeneración del Estado soviético, acabó siendo deportada, encarcelada o ejecutada. El exterminio físico y moral no sólo afectó a muchos ciudadanos sino que también a muchos comunistas, incluso del partido bolchevique. La disciplina desbocada, descontrolada, llevada hasta límites extremos, grotescos y muy peligrosos, como el boomerang, se volvió también contra lo mejor del bolchevismo, empezando por el propio Lenin, quien poco antes de morir ya no controlaba el monstruoso aparato burocrático que él mismo possibilitó, del que él fue en gran parte responsable, aunque por supuesto no el único culpable.

Nunca hay que olvidar la influencia del contexto del momento, ni los antecedentes. Francamente, si se considera la situación existente en esa época, y el sustento ideológico, es difícil imaginar otra evolución de la Revolución rusa. Tampoco hay que olvidar que el pueblo ruso era analfabeto. Ni que los bolcheviques tuvieron que moverse de manera clandestina durante mucho tiempo (la represión y la censura eran el pan nuestro de cada día en el régimen zarista, el partido bolchevique fue ilegal durante mucho tiempo), tuvieron que luchar contra enemigos externos e internos, contra viento y marea. Antes, durante y después de la Revolución de Octubre. Ni tampoco hay que olvidar que el país estaba en un proceso de descomposición y de caos, propio de una situación revolucionaria en que toda la estructura del Estado salta en mil pedazos y cambia radicalmente en muy poco tiempo. Ni puede despreciarse el

hecho de que el capitalismo en Rusia cuando triunfó la Revolución era embrionario. Rusia, al mismo tiempo que intentaba construir el socialismo, procuraba madurar el capitalismo, crear una industria casi inexistente. En muy poco tiempo se intentó pasar de una sociedad casi feudal a una sociedad socialista, transitando por un capitalismo muy especial, dirigido por una burocracia. Un enorme salto en muy poco tiempo. Demasiada tarea en demasiado poco tiempo. El tiempo juega en contra de la democracia. Cuando se dispone de muy poco tiempo, cuando uno debe defenderse, cuando es cuestión de supervivencia, la democracia no ha lugar. Que se lo pregunten a cualquier soldado en el fragor de cualquier batalla de cualquier guerra. Las condiciones objetivas para el socialismo en Rusia eran bastante insuficientes, como mínimo bastante contradictorias, estaban muchas de ellas en su contra. Demasiados obstáculos, de toda índole, a todos los niveles. Existían factores a favor del estallido de la revolución, objetivos y subjetivos. Pero la mayor parte de los factores objetivos estaban en contra de que dicha revolución prosperase. De esto era muy consciente la vanguardia revolucionaria. Sabía que la revolución proletaria debía producirse en el resto de Europa, especialmente en los países capitalistas más avanzados, con Alemania a la cabeza. De hecho, en 1918 la revolución estalló en Alemania, pero no triunfó. De hecho, la revolución estuvo a punto de estallar en Italia en 1919. De hecho, entre los años 1918 y 1919 se produjeron diversos movimientos revolucionarios (creación de consejos obreros, unificación de sindicatos, tomas de fábricas o huelgas) en diversos países de Europa como Austria, Hungría, Finlandia, Checoslovaquia, Yugoslavia, Bulgaria, Países Bajos o Gran Bretaña. La Revolución rusa supuso el detonador y el modelo a seguir, pero se quedó sola, la revolución socialista no triunfó en Europa. La Revolución rusa sobrevivió, prosperó, pero a costa de hacerse el haraquiri. No puede despreciarse el factor del aislamiento internacional para explicar la evolución de la revolución rusa. ¡Pero debemos intentar no sobrevalorarlo! ¡No debemos descartar que otros factores hayan influido en la degeneración de la revolución proletaria!

Bajo esas circunstancias parecía inevitable que el socialismo degenerara rápidamente, casi desde el principio, en un capitalismo de Estado, que la revolución fuese dirigida, demasiado dirigida, por ciertas élites, parecía bastante lógico recurrir a la disciplina y al centralismo, sin los que probablemente no se hubiera logrado el poder político, o sin los que no hubiera sido posible mantenerlo o ejercerlo. ¡No sólo para recuperarse de la Primera Guerra Mundial, no sólo para ganar la guerra civil, sino que incluso para construir por primera vez en la historia de la humanidad un nuevo sistema! ¡Sin antecedentes! ¡En contra de todo el mundo! Aun en las mejores condiciones, la Revolución rusa tenía por delante una tarea verdaderamente titánica, la mayor de la historia de la humanidad. ¡Y encima el enemigo hostigando continuamente desde el interior y desde el exterior, en todos los frentes! ¿Podemos siquiera imaginarnos la enorme presión y responsabilidad de los revolucionarios que llevaban la batuta de los acontecimientos, el gigantesco reto que tenían ante sí los dirigentes del país en esos momentos históricos? ¿Somos suficientemente justos cuando les criticamos, cuando les juzgamos, sentados cómodamente en nuestros despachos? Tal vez sí, tal vez no. Pero debemos ejercer la crítica, la más justa posible, con tal de encontrar los errores que provocaron el fracaso del mayor intento revolucionario de toda la historia, y con diferencia. Nunca antes se intentaron cambios tan profundos en tan poco tiempo. Nunca antes se luchó contra tantas cosas a la vez. Rusia se situó a la vanguardia del

mundo, de la humanidad, en esos años. No ha vuelto a haber intentos de cambios tan ambiciosos como aquellos. La Revolución rusa de 1917 es, sin duda, el acontecimiento histórico más interesante e importante de todos los tiempos. ¡Qué poco se habla de ella! ¿Por qué? ¿El extraño manto de silencio que la cubre no debe hacernos sospechar? ¿Por qué tantas películas sobre el nazismo y tan pocas sobre la Revolución rusa? ¿Es que no hay material para el entretenimiento, para la reflexión?

Cambiar el mundo es lo más complicado que puede haber. Sobre todo bajo circunstancias tan extremas como las que había en 1917 en Rusia y en el mundo en general. La Primera Guerra Mundial duró entre 1914 y 1918. Aunque esto pudo ser a la vez un factor en contra y a favor. En contra porque Rusia estaba siendo atacada, a favor porque el capital internacional estaba “entretenido” en sus batallas internas. ¡Rusia hacía al mismo tiempo la Revolución socialista y la guerra mundial! La disciplina y el centralismo más absoluto se mostraban, bajo esas circunstancias, con esos antecedentes, con esas perspectivas, como los mejores aliados para defender al país, para apuntalar la Revolución y empezar a reconstruir el país, además de un nuevo sistema. Es muy difícil, por no decir imposible, luchar de manera indisciplinada contra un enemigo muy disciplinado. El ejército proletario sólo podía vencer a la burguesía y a la aristocracia si actuaba de manera disciplinada. Lo mismo podemos decir en cuanto al centralismo. En el calor de los acontecimientos, cuando éstos se precipitan, el centralismo es más eficaz, más rápido, que el federalismo, que es inherentemente más lento (aunque siempre es más deseable). La revolución estaba permanentemente amenazada, tanto desde el interior como desde el exterior del país, en todos los terrenos: en el militar, en el económico, en el psicológico. La revolución no se propagaba por Europa, quedando así Rusia aislada. La hambruna provocaba estallidos sociales y saqueos. Las fuerzas contrarrevolucionarias se sublevaron y apoyadas por las potencias extranjeras iniciaron una dura guerra civil. El país fue invadido por 21 ejércitos extranjeros. El gobierno debía organizar rápidamente la casi inexistente y retrasada industria rusa. Etc., etc., etc. La militarización de la Revolución bolchevique se nos presentaba así casi como inevitable, como cuestión de vida y muerte.

Como dijo Jean Jaurès en su *Historia Socialista*:

Cuando un país revolucionario lucha a la vez contra las facciones interiores y contra el mundo, cuando la menor vacilación o el más pequeño error pueden comprometer, durante siglos tal vez, el destino de un orden nuevo, los que dirigen esta colosal empresa no tienen tiempo para captar a los disidentes o para convencer a sus adversarios. No pueden otorgar demasiada importancia al espíritu de disputa o al de combinación. Deben matar, deben actuar y, para conservar intacta su fuerza de acción, para no diluirla, le piden a la muerte que cree a su alrededor la unanimidad inmediata que necesitan.

O como nos explica Eric Hobsbawm en *Historia del siglo XX*:

Así pues, y contra lo esperado, la Rusia soviética sobrevivió. Los bolcheviques extendieron su poder y lo conservaron, no sólo durante más tiempo del que había durado la Comuna de París de 1871 (como observó con orgullo y alivio Lenin una vez transcurridos dos meses y quince días), sino a lo largo de varios

años de continuas crisis y catástrofes: la conquista de los alemanes y la dura paz que les impusieron, las secesiones regionales, la contrarrevolución, la guerra civil, la intervención armada extranjera, el hambre y el hundimiento económico. La única estrategia posible consistía en escoger, día a día, entre las decisiones que podían asegurar la supervivencia y las que podían llevar al desastre inmediato. ¿Quién iba a preocuparse de las consecuencias que pudieran tener para la revolución, a largo plazo, las decisiones que había que tomar en ese momento, cuando el hecho de no adoptarlas supondría liquidar la revolución y haría innecesario tener que analizar, en el futuro, cualquier posible consecuencia? Uno tras otro se dieron los pasos necesarios y cuando la nueva república soviética emergió de su agonía, se descubrió que conducían en una dirección muy distinta de la que había previsto Lenin en la estación de Finlandia.

Criticar los métodos de la Revolución rusa sin considerar el complejo y durísimo contexto es como criticar a una persona por haberse defendido violentamente contra quienes atentaban contra su vida. La violencia debe ser siempre condenable, pero las circunstancias pueden hacerla, hasta cierto punto, comprensible. Nunca debe aprobarse, siempre hay que reivindicar el pacifismo, pero puede, en determinadas circunstancias extremas, comprenderse. Es por esto que en cualquier caso de homicidio en cualquier país mínimamente civilizado existen las circunstancias atenuantes. Rusia tenía demasiadas circunstancias atenuantes. Lo cual tampoco significa que debamos explicar y consentir todo por el contexto. ¡Debemos imperativamente procurar no justificarlo *todo* por el contexto! Pero si deseamos ser justos, si buscamos acercarnos a la verdad, ¡tampoco podemos obviarlo! ¿El contexto obligaba a hacer las cosas como se hicieron, o por el contrario, se usó como excusa para imponer ciertos modos que de otra manera no hubieran sido aceptados por las masas proletarias? ¿O ambas cosas? ¿En qué momentos el contexto justificaba ciertas decisiones y en qué momentos no? Hete aquí algunas de las cuestiones claves. Más aun, ¿si el contexto hubiese sido más favorable, se hubiera evitado la degeneración de la revolución, basada en el concepto leninista de la dictadura del proletariado, o la degeneración era inevitable? Y puestos a replantearnos las cosas, ¿qué hubiera pasado si Marx y Engels no se hubieran “inventado” el concepto de la dictadura del proletariado, o si por lo menos lo hubieran concretado suficientemente? Estas son algunas de las preguntas claves que debemos intentar responder para comprender lo que ocurrió y para evitar que vuelva a ocurrir.

Sin la disciplina y el centralismo el riesgo era muy grande. El riesgo de no alcanzar el poder y no mantenerlo. El problema es que la disciplina y el centralismo representaban por sí mismos otros riesgos: que el poder se volviera contra la propia revolución, como así ocurrió finalmente. Debido al duro contexto histórico esa disciplina y ese centralismo, lejos de menguar una vez tomado el poder político, como hubiese sido lo deseable, fueron creciendo hasta extremos demasiado peligrosos. Los acontecimientos históricos extremos obligaron a las élites de la revolución a radicalizarse, a defenderse de forma cada vez más agresiva, a usar métodos expeditivos que lejos de ser transitorios (como así se pretendía inicialmente, como así lo pretendía, probablemente, la élite que los puso en marcha) se convirtieron en permanentes y derivaron en el reino del miedo (sobre todo cuando la élite inicial fue

sustituída por otra). Las duras circunstancias facilitaron una dinámica, una inercia, que no se supo o no se quiso frenar, que no se invirtió, que acabó por imposibilitar la revolución socialista, no así la toma del poder por parte de un nuevo sujeto político. El no prever que con el cambio de élite los medios que posibilitaron la revolución, que facilitaron o aceleraron el acceso al poder político, podrían volverse contra la propia revolución, fue también un grave error de la vanguardia revolucionaria, con Lenin y Trotsky a la cabeza. Error que ellos también pagaron. Lenin no pudo casi pagarlo puesto que su muerte prematura (debido a su delicado estado de salud por un atentado que sufrió y por el estrés y el agotamiento que le produjeron la revolución) le impidió emprender una larga y dura batalla contra la burocracia. No es muy aventurado elucubrar que el padre de la revolución de Octubre podría haber sido víctima de los métodos que él mismo propugnó. Su viuda Krupskaja llegó a decir en plena época estaliniana, en 1927: *Si Lenin viviera estaría probablemente en una de las cárceles de Stalin*. Nunca podremos saber qué hubiera pasado si Lenin no hubiese caído enfermo y muerto. Quizás la revolución se hubiera reconducido. O tal vez no. Pero lo que está claro es que esto mismo que estamos elucubrando demuestra la debilidad de dicha revolución. Que una persona decante los acontecimientos en un sentido u otro es siempre un riesgo enorme. Un riesgo que no podemos permitirnos. Este riesgo se minimiza cuando el pueblo participa directamente, lo más directamente posible, en la revolución, cuando ésta no depende de unas pocas personas. No podemos saber qué le hubiera ocurrido a Lenin, si hubiera sucumbido también o no ante su propia burocracia, contra la que su testamento fracasó, pues en él recomendaba apartar del poder a Stalin. Pero sí sabemos qué le ocurrió a Trotsky. Fue expulsado del partido, de su país y finalmente asesinado por orden de Stalin. Y sí sabemos qué les ocurrió a Bujarin, Kámenev, Zinóviev y compañía. Todos ellos fueron juzgados y ejecutados en los procesos de Moscú.

La revolución dependía cada vez más de una élite y cuando ésta cambió se produjo la contrarrevolución, mejor dicho ésta se asentó. Lo mismo que posibilitó el triunfo de la revolución, o por lo menos que contribuyó mucho al mismo (el fuerte liderazgo, la disciplina, el centralismo, el dominio del partido bolchevique sobre los soviets, dominio ganado a pulso y de manera democrática entre los proletarios en los principios de la revolución, pero impuesto, desde el principio del nuevo Estado soviético, sobre el campesinado), provocó poco a poco la degeneración de la propia revolución. El acceso al poder de Stalin supuso el fin oficial y definitivo de la revolución, de toda esperanza revolucionaria, significó la consagración de la contrarrevolución. Pero ésta ya estaba latente en el devenir de los acontecimientos, no llegó de repente, se fue asentando previamente de manera casi irremediable. Diversas facciones de la izquierda revolucionaria, dentro y fuera del país, ya advertían de este peligro contrarrevolucionario. La manera en que se estaban haciendo las cosas y el fluir de los eventos históricos, la dinámica de los acontecimientos, conducían al exterminio del espíritu revolucionario, de la razón de ser de la revolución de Octubre. Los hechos confirmaron los peores augurios.

Las fuerzas contrarrevolucionarias finalmente lograron su objetivo, ayudadas por los errores cometidos por la izquierda. Y lo lograron de la mejor manera posible, si pensamos a largo plazo, a gran escala temporal. No pudieron expulsar del poder político a los bolcheviques, pero lograron que la revolución de 1917, la más importante

de la historia, la primera revolución proletaria, en la que el pueblo fue inicialmente el principal protagonista, degenerara irremediablemente. El gran triunfo del capitalismo fue en verdad que el “comunismo” colapsara tras cierto periodo prolongado en que pudo ser probado. Si no hubiera podido ser probado suficientemente, no hubiera sido posible presentarlo ante la opinión pública mundial como inviable. El mejor favor que le pudo hacer el estalinismo al capitalismo es hacer que el experimento socialista soviético fracasara por sí mismo, aunque desde luego esto no fuese del todo así. Pero ahora la mayor parte de la gente piensa que el “comunismo” no es viable porque ya se intentó durante más de siete décadas y no funcionó. Cuando en verdad lo que ocurrió en la URSS distó bastante del socialismo (a pesar de que los medios de producción fuesen nacionalizados y de la planificación centralizada de la economía), se trató más bien de una especie de capitalismo de Estado (algunos lo llaman capitalismo burocrático y otros colectivismo burocrático), mejor dicho, la URSS era un Estado post-capitalista y proto-socialista, un sistema a mitad de camino entre el capitalismo (con algunas características propias del capitalismo) y el socialismo (con algunas características propias del socialismo), y no tuvo casi nada que ver con el comunismo, más allá de etiquetas y propagandas. Allí se intentó una vía, de las múltiples posibles, al socialismo, y dicha vía fracasó por diversos motivos. El estalinismo convirtió al “socialismo” ruso en una macabra caricatura del socialismo. El paraíso en la Tierra, como así pretendía construir el socialismo, se convirtió en el infierno, o en algo que se le parecía demasiado en algunos aspectos esenciales, en la antítesis de lo que ideólogos como Marx, Engels, Kropotkin o Bakunin preconizaron en su día.

2.6. El “socialismo real” no era realmente aún socialismo

Engels en su *Anti-Dühring* ya decía que el mero hecho de hacer los medios de producción estatales no significa que ya tengamos socialismo, advertía sobre el error de identificar al capitalismo de Estado con el propio socialismo:

Ni la transformación en sociedades por acciones ni la transformación en propiedad del Estado suprime la propiedad del capital sobre las fuerzas productivas. En el caso de las sociedades por acciones, la cosa es obvia. Y el Estado moderno, por su parte, no es más que la organización que se da la sociedad burguesa para sostener las condiciones generales externas del modo de producción capitalista contra ataques de los trabajadores o de los capitalistas individuales. El Estado moderno, cualquiera que sea su forma, es una máquina esencialmente capitalista, un Estado de los capitalistas: el capitalista total ideal. Cuantas más fuerzas productivas asume en propio, tanto más se hace capitalista total, y tantos más ciudadanos explota. Los obreros siguen siendo asalariados, proletarios. No se supera la relación capitalista, sino que, más bien, se exagera. Pero en el ápice se produce la mutación. La propiedad estatal de las fuerzas productivas no es la solución del conflicto, pero lleva ya en sí el medio formal, el mecanismo de la solución.

Esa solución no puede consistir sino en reconocer efectivamente la naturaleza social de las modernas fuerzas productivas, es decir, en poner el modo de apropiación y de intercambio en armonía con el carácter social de los medios de producción. Y esto no puede hacerse sino admitiendo que la sociedad tome abierta y directamente posesión de las fuerzas productivas que desbordan ya toda otra dirección que no sea la suya. Con eso el carácter social de los medios de producción y de los productos — que hoy se vuelve contra los productores mismos, rompe periódicamente el modo de producción y de intercambio y se impone sólo, violenta y destructivamente, como ciega ley natural— será utilizado con plena consciencia por los productores, y se transformará, de causa que es de perturbación y hundimiento periódico, en la más poderosa palanca de la producción misma.

No hay más que volver a las fuentes originales marxistas para darse cuenta de que el sistema implementado en la URSS no era realmente aún socialismo, si bien tenía algunas características que apuntaban hacia el socialismo. Los medios de producción, los principales, deben pasar a manos del Estado, pero éste a su vez debe pasar a manos de la sociedad. La estatalización de los medios de producción es un primer paso, el siguiente, o simultáneo incluso, debe ser la democratización completa del Estado, la gestión democrática de los medios de producción por los propios productores, por el conjunto de la clase trabajadora, por la ciudadanía.

Claude Bitot en su libro *El comunismo no ha empezado todavía* nos explica las peculiaridades del sistema estalinista:

El capitalismo de Estado no es, por tanto, una forma ignorada por el marxismo. El sistema estalinista se inscribe en esta tradición estatal del capitalismo. La diferencia, no obstante, es que lleva el modelo del Estado patrón a un nivel extremo, haciendo de él la forma casi exclusiva del desarrollo capitalista en Rusia, a diferencia de Occidente en donde no ha sido nunca sino parcial. Lo que confiere al sistema estalinista cierta especificidad económica y social.

La originalidad principal de este capitalismo estalinista en construcción estribaba en el hecho de que, en lugar de ser un producto espontáneo, dejado a la iniciativa del mercado como había ocurrido en Occidente en gran medida, pretendía ser una obra consciente y racional que actuaba según un plan preciso: el Estado, al establecer los planes quinquenales y al asignar a las empresas objetivos a alcanzar en volúmenes de producción, reemplazaba a la iniciativa privada y se convertía en el gran ordenador del desarrollo económico. De ahí la ilusión del socialismo en Rusia. En efecto, ¿no decía la teoría socialista que había que abolir la propiedad privada? ¿Sustituir la anarquía del mercado por la regulación consciente? [...] El sistema estalinista, al planificar la economía en su conjunto, podía así hacerse pasar por socialista. En realidad, esta planificación estalinista era capitalista y no socialista; estaba orientada, no a la satisfacción de las necesidades humanas sino a la potencia económica, la industria pesada, a la cual había que sacrificarlo todo, dicho de otro modo, a la acumulación del capital industrial, concentrado enteramente en manos del Estado. ¿Estado que pertenecía a quién? Para la teoría socialista, “el proletariado se adueña del poder de Estado y transforma primero los medios de producción en propiedad de Estado. Pero por ahí mismo, se suprime a sí mismo como proletariado, suprime todas las diferencias y oposiciones de clase, e igualmente el Estado en tanto que Estado.” El Estado estalinista, al desarrollar, por el contrario, el proletariado, indicaba que era ese “capitalista colectivo” que evocaba Engels, explotador directo de los trabajadores y, al no dejar de reforzarse, significaba que estaba en las manos de una clase aparte: de una burguesía de Estado, llamada más comúnmente “burocracia”. En efecto, como todo pertenecía al Estado y éste estaba controlado por la susodicha “burocracia”, ésta última equivalía a una clase que disponía de los medios de producción por su propia cuenta. ¿Bajo qué forma? No, ciertamente, bajo la forma de la propiedad privada como bajo el capitalismo clásico en que, en cada caso, cada miembro de esta burguesía de Estado habría detentado una parcela de la propiedad de Estado; pero es a título colectivo como una tal burguesía disponía de tal propiedad, teniendo ella sola su control, y los trabajadores, reducidos a simples ejecutantes, siendo excluidos de hecho.

En relación con el capitalismo clásico, este capitalismo de Estado comportaba evidentemente un cierto número de anomalías. Así, como la propiedad privada de los medios de producción ha, por así decir, desaparecido, el libre mercado, con su corolario, la competencia entre empresas autónomas, ya no existe; por esto, la ley del valor no puede jugar plenamente, al estar fijados los precios por el Estado. De igual modo, en ausencia de competencia entre empresas, en

caso de mala gestión, “el único medio, como escribe T. Cliff, que queda al Estado burocrático para asegurar la eficacia de la producción es el terror contra los burócratas individuales”. En otras palabras, en lugar de una sanción económica como ocurre en el capitalismo clásico (en el que algunos capitalistas en estado de bancarrota pueden encontrarse de la noche a la mañana arruinados), es una sanción política la que se inflige a los responsables.

Estas anomalías no pueden, sin embargo, llevar a pensar que estaríamos ante un modo de producción inédito que sucede al capitalismo, como afirmaron algunos autores. El sistema estalinista se emparentaba ciertamente con el capitalismo, pero con un capitalismo aún en vías de formación (que no podía, por tanto, reproducir en su integridad su modelo acabado, occidental), encontrando su razón de ser allí donde faltaba una burguesía tradicional. Era con mucho el caso de la Rusia semiasiática que no había conocido históricamente el desarrollo gradual de una burguesía mercantil que adquiría cada vez más peso en la vida económica y que acababa por ser hegemónica, como había sucedido en Occidente. De ahí el papel del Estado como factor decisivo en el desarrollo económico, inaugurando la Rusia estalinista un modelo de capitalismo que se iba a encontrar después en toda una serie de países del tercer mundo: para el continente asiático, en China, en Corea del Norte, en Vietnam del Norte, que adoptan a su vez el modelo de capitalismo de Estado; e igualmente, en grados diversos, en África del Norte (Argelia), en África Negra (Guinea, Mozambique, Angola), en el Medio Oriente (Egipto de Nasser, Siria, Irak) e incluso en América Latina (Cuba). El modelo estalinista encontraba así una especie de consagración internacional. Bajo el cayado ideológico de un pretendido marxismo-leninismo, podía enorgullecerse a buen precio de la existencia de un “campo socialista” que se apoyaba en los éxitos de la Unión soviética, que llegó a ser la segunda potencia industrial del mundo a finales de los años 50.

El capitalismo de Estado desarrollado por el estalinismo se apoyaba en el terror, en la coerción. El capitalismo tradicional se apoya también en cierto terror, en la guerra de todos contra todos, en la competencia, en la amenaza de la ruina para quien gestiona, en el miedo para el trabajador de perder su empleo. El socialismo, por el contrario, sólo puede basarse en la democracia. Quienes gestionan en el socialismo deben hacerlo rindiendo cuentas de su gestión ante el pueblo. Quienes son gestionados deben participar todo lo posible en la gestión, empezando por controlar a quienes les gestionan. Sólo así es posible una gestión eficaz y de acuerdo con el interés general. Asimismo, en el socialismo se busca producir para satisfacer las necesidades de la sociedad, no para conseguir beneficios a toda costa, no para que éstos sean acaparados por unas pocas personas, el crecimiento económico no es un fin en sí mismo, es el medio de repartir la riqueza. La economía se pone al servicio del ser humano, en vez de al revés. El socialismo busca el reparto de la riqueza, no de la pobreza, para lo cual necesita también crear riqueza, pero busca crearla de otra manera. La creación de riqueza en el socialismo no debe hacerse en base a la explotación del hombre por el hombre. ¡El socialismo busca ante todo erradicar toda explotación, sin la cual es imposible una existencia digna! El socialismo busca que

todos los seres humanos puedan comer, vivir en lugares decentes, acceder a la sanidad, recibir una formación de calidad, pero también busca que todos los seres humanos sean libres, lo más libres posible, que nadie viva a costa de nadie, que nadie domine a nadie. ¡De poco sirve nacionalizar los medios de producción si se sigue produciendo a la antigua manera capitalista! No se trata de sustituir a los capitalistas privados por otros capitalistas “públicos”, se trata de sustituir a los capitalistas.

Éstos son los principios teóricos fundamentales del socialismo. Evidentemente, la transición del capitalismo al socialismo no puede ser inmediata, entre ambos sistemas mediará un sistema mixto peculiar que no será ni lo uno ni lo otro. Pero dicho sistema transitorio debe, lo más rápidamente posible, ir implementando las principales características del socialismo, si no quiere retroceder de nuevo al capitalismo. Si los trabajadores no mejoran su existencia en dicho sistema se corre el riesgo de poner en entredicho el propio proceso de transición. Es necesario generar riqueza, pero de manera que el trabajador lo haga sin tanta coerción como en el capitalismo. Los sacrificios pedidos a la clase trabajadora deben verse recompensados lo más rápidamente posible. Pero lo primero es que la propia clase trabajadora asuma las principales decisiones en tal proceso de transición. En el tránsito al socialismo el trabajador debe ser él mismo quien decida esforzarse, hacer ciertos sacrificios temporales, debe percibir que su esfuerzo merece la pena, que está luchando por un futuro mejor, que tarde o pronto, aunque no sea a corto plazo, recogerá los frutos de su esfuerzo. Y para ello, hay que emplear métodos radicalmente distintos a los empleados en el viejo sistema, la imposición debe dar paso al convencimiento, la coerción debe dar paso a la cogestión, la pasividad al activismo, la obediencia a la responsabilidad, el ordeno y mando al debate democrático. Si bien no será posible prescindir de cierta coerción en el sistema de transición hacia el socialismo, por lo menos dicha coerción deberá disminuir ostensiblemente. Si bien no será posible establecer una democracia plenamente desarrollada desde el principio, la democracia deberá por lo menos dar un importante salto. La mentalidad burguesa, afianzada en todos los ciudadanos de la sociedad capitalista, aunque no en todos por igual, no podrá superarse de la noche a la mañana, pero sólo podrá serlo si desde el principio se toman medidas decididas y claras para que así sea, si dichas medidas aumentan en intensidad y amplitud a medida que se avance en el camino al nuevo sistema. Para avanzar hacia el socialismo necesitaremos un importante impulso inicial y un empuje continuo en el tiempo. El principal ingrediente, el cual casi no se ha probado, a usar en el periodo de transición del capitalismo al socialismo no puede ser otro que la democracia. Desde el principio, el camino hacia el socialismo debe ser sembrado abundante y continuamente de métodos democráticos.

Las experiencias del capitalismo de Estado en los sistemas estalinistas, si algo han demostrado, es que es posible otro tipo de capitalismo, si bien dicho capitalismo, a no ser que perpetúe el estado de terror, y ni siquiera así, puede sobrevivir mucho tiempo. La URSS colapsó y los Estados estalinistas supervivientes recurren cada vez más al capitalismo privado “clásico” para sobrevivir. El socialismo, tarde o pronto, debe desarrollar también nuevas maneras de crear riqueza. La creación de riqueza en el socialismo no puede estar hipotecada a un capitalismo previo. Incluso admitiendo que un socialismo pudiera surgir a partir de un capitalismo suficientemente desarrollado, lo cual ha sido el camino clásico, sino único, que se pensó para iniciar el viaje hacia el

socialismo, que la historia se ha encargado de desmentir (pues las revoluciones socialistas surgieron precisamente en los países donde el capitalismo prácticamente era inexistente), un sistema socialista que no sepa generar suficiente riqueza tarde o pronto sucumbiría y produciría la restauración capitalista. El socialismo no necesita generar tanta riqueza como el capitalismo, pues esa no es su obsesión, pues lo que busca es que la mayor parte de la gente viva en condiciones dignas, no en condiciones de lujo, pues en el socialismo no es necesario que unos pocos acumulen mucho para que las migajas que le caigan al resto de la ciudadanía sean suficientes para impedir su rebelión, pero indudablemente, en el socialismo, en cualquier sistema económico, es imprescindible generar riqueza. Si las clases populares reciben más de la riqueza generada por el conjunto de la sociedad, como consecuencia de un mejor reparto, aunque no se genere tanta riqueza, dichas clases, indudablemente, estarán más satisfechas con el nuevo sistema aunque éste tenga tasas de crecimiento económico menores que su antecesor. El socialismo triunfará sobre el capitalismo en la medida en que sea también capaz de generar riqueza, pero añadido a esto, y no menos importante, en la medida en que sea capaz de repartirla mejor y de generarla prescindiendo de la explotación laboral, sean cuales sean las formas que ésta adopte. El socialismo sucederá al capitalismo si la mayoría de la sociedad vive mejor en el primero que en el segundo. El posible menor crecimiento económico socialista, el cual está por ver si se dará o no, vendrá compensado con creces por un mejor nivel de vida, material y espiritual, de la mayor parte de los ciudadanos.

Ernest Mandel en su libro *El pensamiento de León Trotsky*, nos explica, de acuerdo con la tradición ideológica socialista, por qué el “socialismo real” dista mucho del verdadero socialismo:

La imagen de lo que el socialismo debe ser ha sido clarificada en gran medida, en un sentido negativo, por el trágico curso de las revoluciones rusa y china, por tomar los dos ejemplos más sobresalientes. Todo ello hace mucho más fácil a los marxistas revolucionarios definir categóricamente lo que no es el socialismo. Así, el socialismo no es y no puede ser una sociedad que mantenga o incluso aumente las profundas desigualdades existentes en las rentas y en los bienes de consumo, en la educación superior, en la información y en las posiciones de poder político y social. El socialismo no puede ser una sociedad en la que las decisiones que atañen a las prioridades sociales y a las tendencias generales del desarrollo económico son tomadas por un pequeño grupo de personas, en vez de por el conjunto de la población tras debate público y democrático sobre las distintas alternativas y soluciones. El socialismo no puede ser una sociedad en la que la producción de mercancías y el dinero siguen influenciando de forma decisiva gran parte de la conducta individual y colectiva —con todas las consecuencias que se desprenden de ello. El socialismo no es ni puede ser una sociedad en la que las posibilidades de publicación de las obras literarias, de crear arte, de desarrollar libremente la investigación científica y de ejercer las libertades democráticas en general, son más restringidas y no incomparablemente mayores que en la sociedad burguesa. El socialismo no es y no puede ser una sociedad en la que la represión de los individuos que se desvían de “la norma social establecida” es más dura que bajo el capitalismo avanzado.

Muchos comunistas denunciaban la barbarie estalinista, el alejamiento del sistema ruso del socialismo. Por ejemplo, Tito decía en el sexto congreso del partido comunista yugoslavo celebrado en 1952 lo siguiente:

Hoy, treinta y cinco años después de la Revolución de Octubre y veinticuatro después de la colectivización agraria, se imponen a los koljoses unos directores designados por el Estado mientras que sus miembros abandonan estas cooperativas. Treinta y cinco años después de la Revolución de Octubre, los obreros trabajan como esclavos en las fábricas y en las empresas y se ven sometidos a la arbitrariedad de unos directores burocratizados. ¿Dónde están las conquistas del socialismo y de la gran Revolución de Octubre para los obreros? Los directores tienen derecho a condenar a trabajos forzados a los obreros que cometan alguna falta. ¿Acaso no es la situación de los obreros allí mucho peor que en los países capitalistas del tipo más retrógrado? Los dirigentes de la Unión Soviética se llenan la boca de palabras al evocar esa transición del socialismo al comunismo que, según dicen, se está operando, cuando en las fábricas están trabajando unos asalariados que no poseen derecho alguno de control sobre la administración de la empresa y cuyas ganancias son insuficientes para garantizarles un nivel de vida mínimo, por no hablar del nivel de vida de un hombre civilizado. Estos dirigentes afirman que el socialismo ya está construido y que se ha emprendido la marcha hacia el comunismo precisamente cuando millones de ciudadanos soviéticos se hacían en los campos de la muerte, obligados a realizar trabajos forzados, cuando millones de ciudadanos no rusos carecen de todo derecho, son deportados a las estepas siberianas y, una vez allí, son exterminados. Hablan del paso al comunismo cuando los campesinos tienen que apuntalar sus chozas que se hunden y calzan zuecos de rafia.

Pero Tito se contentaba, como muchos comunistas, sobre todo los dirigentes, con denunciar la barbarie estalinista sin buscar explicarla, pues explicarla podría contribuir a erradicar al propio régimen yugoslavo. Muchos comunistas tan sólo criticaban el perjudicial liderazgo de Stalin, pero no profundizaban, no criticaban la metodología que pudo dar lugar a dicho liderazgo, no criticaban por ejemplo el modelo de partido único, no reivindicaban el pluripartidismo. Sin embargo, sí hubo otros comunistas que criticaron (antes incluso que la muerte de Stalin, posteriormente las críticas se dispararon) no sólo a las personas sino que a los regímenes, a la manera antidemocrática de construir el socialismo, la raíz del verdadero problema, aunque sin llegar a criticar al propio marxismo, al concepto de la dictadura del proletariado. Este concepto, por lo menos cierta interpretación del mismo, especialmente la que se estaba implementando en Rusia, fue criticado desde el principio sobre todo por los anarquistas y por una facción de comunistas, como por ejemplo la alemana Rosa Luxemburgo quien ya en 1918 en su folleto sobre la revolución rusa critica la identificación de la dictadura del proletariado con el partido bolchevique. La revolucionaria alemana afirma: *El único medio eficaz que puede tener a mano la revolución proletaria son, aquí como siempre, medidas radicales de naturaleza social y política, la transformación más rápida posible, las garantías sociales de existencia en la masa y el despliegue del idealismo revolucionario, que sólo se puede mantener de*

manera duradera con una vida inmensamente activa de las masas, dentro de una libertad política ilimitada.

Tras la muerte de Stalin, sus herederos políticos, quienes le obedecieron y colaboraron con su régimen, iniciaron un proceso de “desestalinización” controlado con el objetivo primordial de salvaguardar a la burocracia, al régimen, tomando como chivo expiatorio al propio Stalin, quien se convirtió así casi en el único responsable de todas las barbaridades cometidas durante su “reinado”. Según el historiador Grover Furr, las acusaciones de Jruschov contra Stalin eran falsas. En cualquier caso lo que está claro es que para la burocracia era preferible abolir los peores aspectos del estalinismo desde arriba que arriesgarse a que sean abolidos desde abajo, con el consiguiente peligro para la élite. El proceso de desestalinización no debía adoptar derroteros revolucionarios, el movimiento de masas no debía poner en tela de juicio el monopolio del partido ni los privilegios de los burócratas. Había que aflojar la cuerda para evitar que se rompa. Dicho proceso de desestalinización controlado y limitado, al mismo tiempo que condenaba las prácticas de Stalin, que deshacía simbólicamente algunos de sus males, que renunciaba a algunos de sus métodos más bárbaros, que recuperaba cierta autocrítica y crítica, cierta libertad, que significaba cierto aperturismo, cierto reformismo, sin embargo, reprimía todo intento de construir otro tipo de socialismo, de implementar cambios más radicales.

Durante el gobierno de Jruschov, a pesar de la desestalinización, los cambios no atañen a la esencia del régimen político y económico. La represión, la censura, se relajan pero no desaparecen. El culto a la personalidad se denuncia formalmente pero no desaparece del todo. El genocidio pasa a ser un mal recuerdo del pasado pero la persecución política sigue. Cambia la gestión del país, pero sigue en manos de la burocracia del partido único. Los trabajadores, sometidos a menos disciplina, siguen sin embargo sin participar en la gestión de las empresas. El socialismo implementado en la URSS sigue adoleciendo de una de las características esenciales del socialismo: la gestión democrática de la economía, la participación directa del proletariado. Si bien incluso se denuncian públicamente ciertos abusos por parte de la burocracia, ésta sigue controlando de manera absoluta la situación. Poco después de iniciarla, Jruschov frena la desestalinización puesto que ésta representaba serios peligros, mortales, para la burocracia. Incluso llega a declararse como estalinista en un par de ocasiones: *Si se trata de luchar contra el imperialismo, podemos afirmar que todos nosotros somos estalinistas. [...] Desde este punto de vista me siento orgulloso de que seamos estalinistas. [...] Como el propio Stalin, el estalinismo es inseparable del comunismo. Como suele decirse, quiera Dios que cada comunista luche como Stalin lo hizo.*

Finalmente Jruschov fue fulminantemente destituido y sustituido por Brézhnev. El inmovilismo se impuso. La burocracia soviética no estaba dispuesta a arriesgar su futuro por ninguna reforma. El caos económico producido por las reformas ponía en peligro al propio sistema. Tras la muerte de Stalin, el estalinismo en su forma más cruda desapareció, pero realmente hasta el final de la URSS persistió en su esencia. Gorbachov intentó retomar el legado de Jruschov, procuró reformar el sistema soviético, un sistema que hacía ya cierto tiempo que estaba estancado, en serio peligro de colapso, pero las contradicciones del régimen eran ya tan intensas e irreversibles que la perestroika y la glasnost derivaron en un enfrentamiento mortal

entre el ala más conservadora y la más reformista de la burocracia soviética, provocando la caída de la URSS. Dicha caída fue aprovechada por la burguesía internacional para crecerse. La izquierda quedó fuera de combate por cierto tiempo. La identificación entre estalinismo y comunismo le dio alas a la burguesía en la guerra ideológica. El pensamiento único burgués se impuso fácilmente. El estalinismo, la grotesca tergiversación del marxismo, de las ideas del socialismo y del comunismo, le hicieron el trabajo sucio al pensamiento burgués. La burguesía, que hacía tiempo que se presentaba ante la opinión pública internacional como la defensora de la democracia y la libertad, pues el estalinismo le facilitó sobremanera el interpretar ese papel, tenía ahora un gran argumento a su favor: el “comunismo” es totalitario y no puede funcionar. El proletariado internacional se quedó ideológicamente desnudo. El neoliberalismo, el contraataque del capital, tenía el camino despejado de obstáculos. El capitalismo sólo tenía un enemigo: el propio capitalismo. Sus profundas contradicciones tarde o pronto pasarían factura. El capitalismo se acerca cada vez más al abismo. Pero mientras la izquierda siga desaparecida en combate, el capitalismo sobrevivirá, mal vivirá, seguirá agonizando, pero no morirá. Mientras la izquierda no lo remate, el colapso del capitalismo arrastrará al conjunto de la humanidad, o hacia la barbarie o hacia la autodestrucción.

En determinado momento, a raíz de la apertura de Jruschov, en algunos países de la órbita de la Unión Soviética, como Hungría y Polonia, reaparecieron los consejos obreros democráticos, a imagen y semejanza de los soviets rusos de la Revolución de 1917, pero las burocracias nacionales y el ejército ruso se encargaron de liquidarlos, de evitar toda apertura democrática, que ponía en peligro no al socialismo como se afirmaba hipócritamente, demagógicamente, sino que a las burocracias, que eran las auténticas enemigas del verdadero socialismo. Muchos comunistas en diversos países reclamaban incluso el pluripartidismo, si bien siempre que los partidos políticos aceptaran el socialismo, la propiedad pública de los medios de producción. Sin embargo, el estalinismo, sus piedras angulares (el partido único, la represión política, el control absoluto de la sociedad por parte de la burocracia subordinada al partido, la falta de democracia en el partido y en la sociedad, la dictadura contra el pueblo y el proletariado, en nombre del proletariado,...), a pesar de lo proclamado, a pesar de erradicar sus facetas más bárbaras, seguía en esencia vivo, sobrevivió a Stalin. La primavera de Praga en 1968 ejemplifica perfectamente la vigencia del estalinismo mucho más allá de la muerte de Stalin. Incluso en la propia URSS surgió un movimiento estudiantil que reivindicaba la vuelta a la democracia soviética, a la línea leninista, se trataba de los neo-bolcheviques o neo-leninistas, que se autodenominaban orgullosamente como los “auténticos leninistas”.

Trotsky, por su lado, desde el exilio, hablaba ya en 1936, y posteriormente desde la Cuarta Internacional, de la necesaria “revolución política en la URSS”. Por fin, los propios protagonistas de la Revolución bolchevique se daban cuenta de la importancia de la revolución política para posibilitar la revolución social. Pero era demasiado tarde, la burocracia no estaba dispuesta, de ninguna de las maneras, a renunciar a sus privilegios, menos al poder. Cualquier atisbo de democracia, por mucho que fuera propugnado incluso por muchos comunistas que criticaban al estalinismo por traicionar los principios del socialismo, por impedir el pleno desarrollo socialista, era siempre potencialmente peligroso y debía ser reprimido. Incluso en la actualidad podemos

encontrar regímenes herederos directos, en mayor o menor medida, del estalinismo, siendo China y Corea del Norte sus paradigmas en este principio de siglo XXI. La matanza de la plaza de Tian'anmen en Pekín en 1989 es otro ejemplo perfecto de la vigencia del estalinismo en nuestros días. El estalinismo todavía sigue muy vivo. Y no sólo porque gobierna en algunos países, sino porque todavía tiene demasiada presencia en ciertas facciones de la izquierda, incluso en la ideología de muchos revolucionarios, aunque embrionariamente e inconscientemente. El hecho de no hacer la necesaria revolución política antes que nada impidió la revolución económica y social. El marxismo-leninismo sucumbió ante sus propias carencias. Al no haberse preocupado suficientemente de teorizar sobre la revolución política para emprender el socialismo, el ambiguo y peligroso concepto de la dictadura del proletariado facilitó enormemente la degeneración de la revolución proletaria, la contrarrevolución. Se intentó construir el techo antes que el suelo. Se intentó transformar la sociedad sin proveerse primero de la herramienta necesaria. Y cuando ya era demasiado tarde se intentó construir dicha herramienta para reconducir la situación. El problema es que la herramienta que se reivindicaba todavía era insuficiente. No se había aprendido realmente la lección, sólo se aprendió en parte, insuficientemente.

Si la izquierda desea volver a tener cierto protagonismo entre las masas, debe imperativamente denunciar y desvincularse del estalinismo, el cáncer de la izquierda revolucionaria. Sin embargo, para poder curar dicho cáncer, hay que analizar seriamente, con la mayor profundidad posible, sus causas. No basta con preocuparse de sus síntomas, con atacar a éstos, hay que erradicar sus raíces más profundas. La forma de combatir una enfermedad no consiste sólo en eliminar o suavizar los síntomas, en quitar el dolor, hay que extirpar la causa última que los provoca. Mientras la izquierda revolucionaria no sea capaz de detectar y corregir los errores de los que se nutrió el estalinismo, el peligro que éste representa no desaparecerá. **Mientras no se corrijan los errores del leninismo y del marxismo, el estalinismo será un peligro latente.** Por esto es tan importante analizar cómo el marxismo-leninismo pudo dar pie al estalinismo. Para ello no hay que descartar la posibilidad de que Marx, Engels, Lenin o Trotsky también cometieran errores. Desde el culto a las ideas o a las personas nunca podremos transformar la sociedad. Si partimos de la hipótesis de que el marxismo-leninismo es perfecto, está impoluto, dificultamos enormemente, por no decir que imposibilitamos, la erradicación del estalinismo o de cualquier burocratismo, no combatimos el método contrarrevolucionario que inevitablemente puede provocar de nuevo la contrarrevolución. No sólo debemos contentarnos con analizar el contexto, las circunstancias en que ocurrieron las cosas, también hay que analizar las ideologías en las que se basaron las personas que hicieron historia, hay que replantear las hipótesis de partida, cuestionar las bases, los cimientos. Nadie se libra de los errores, de las contradicciones. Ni ninguna ideología. ¡Debemos imperativamente aprender de los errores! ¡Debemos practicar el pensamiento libre y crítico sin ninguna limitación!

La degeneración del sistema soviético no ocurrió sólo por simple casualidad, por un cúmulo fatal de circunstancias, por cierto contexto histórico, porque el pueblo ruso era inculto, porque la clase obrera era minoritaria, embrionaria, porque el capitalismo estaba muy poco desarrollado, porque la revolución socialista rusa no fue acompañada por la revolución internacional, por culpa sólo de tal o cual persona, sino

porque también **se empleó una metodología errónea** que podía derivar, con mucha probabilidad, en lo que finalmente derivó, como ya advertían ciertos intelectuales marxistas y anarquistas. Metodología que se relacionó dialécticamente con el contexto. El contexto realimentó a dicha metodología, pero también ésta realimentó a aquél. La estrategia emprendida por el estalinismo de implementar el socialismo en un solo país contribuyó también al fracaso de las revoluciones en otros países como Alemania, España o China (en este país no triunfó la revolución socialista sino que la estalinista). La burocracia priorizaba el asentarse en el poder sobre la revolución. Ésta se convirtió de hecho en una amenaza para ella y en nombre de la revolución se practicaba una estrategia contrarrevolucionaria. Aprovechando el prestigio heredado de la Revolución de Octubre, aprovechando que Rusia se erigía en abanderada mundial de la revolución socialista, se apropiaba y canalizaba desde arriba todo intento revolucionario que amenazaba desde abajo, se lideraba y controlaba todo proceso revolucionario desde una perspectiva imperialista, en beneficio de los intereses nacionales rusos, peor aún, de los intereses de la burocracia rusa. La Unión Soviética exportó su “revolución” a la Europa del Este militarmente, repartiéndose el mundo con las otras potencias imperialistas victoriosas de la segunda guerra mundial, al mismo tiempo que se reprimía todo intento autóctono de transición al socialismo que no tuviera el visto bueno de Moscú.

Paradójicamente, quienes afirmaban que el socialismo podía implementarse en un solo país, quienes renunciaban a la revolución proletaria internacional, se encargaban de exportar, de imponer, su modelo al resto de países por la fuerza de las armas, de la violencia militar del Ejército Rojo. El antaño internacionalismo proletario propugnado por Marx, Engels o Lenin, se convirtió en manos de Stalin, y de sus herederos, en imperialismo puro y duro, en el nacionalismo más rancio habido y por haber, el de toda la vida, el que practicó el nacionalismo ruso bajo el régimen de los zares. Otro importante síntoma del radical cambio de rumbo en el “socialismo” de la URSS fue el radical cambio de su política exterior. De luchar contra el imperialismo se pasó a practicarlo intensivamente. La URSS, que nació con la idea de combatir al capitalismo bajo todas sus formas, incluida su fase superior llamada imperialismo, se convirtió en un Estado capitalista con ciertas deformaciones socialistas, un Estado que practicaba muchos pecados capitalistas, igual o peor que los países capitalistas. La dictadura de la burguesía, o de la aristocracia, fue sustituida por la dictadura de la nueva burocracia. En muchos aspectos las condiciones de los trabajadores empeoraron, o, como mínimo, no mejoraron como se suponía que debían mejorar en un Estado proletario. Se creó riqueza, se superó el secular atraso, pero a un alto precio, al precio de las personas, especialmente del proletariado. La casta burocrática tenía unos privilegios vergonzosos, en clara contradicción con los principios socialistas tan pomposamente proclamados. Los burócratas tenían sus propias tiendas reservadas de lujo donde poder acceder a todos aquellos bienes básicos que tanto costaba al pueblo adquirir, chalets rodeados de alambradas, atenciones médicas especiales y exclusivas, etc., etc., etc. Por no hablar de la falta de libertad de expresión, del absoluto control de la prensa, de la represión política y sindical, de la policía política, etc., etc., etc. La política exterior de la Unión Soviética era calcada de la de los Estados Unidos de América. Para este país la URSS representaba un peligro real en cuanto al reparto del mundo, pero no tanto en cuanto a un modelo social alternativo. El capitalismo de Estado practicado en Rusia era potencialmente peligroso para el

capitalismo privado, pero mucho menos de lo que hubiera sido el verdadero socialismo. Si en la URSS hubiese existido un socialismo sustentado en una amplia, desarrollada y completa democracia, el capitalismo internacional hubiera tenido muchos más motivos para no dormir tranquilo.

Gracias a la barbarie estalinista, el “comunismo” se desvirtuaba por sí mismo. Stalin le hizo el papel sucio al capital, le allanó el camino para su actual dominio, facilitó enormemente el asentamiento del pensamiento capitalista único. De esta manera, la dictadura burguesa se pudo presentar ante el mundo como la defensora de la libertad, pues la “dictadura del proletariado”, además de no ocultar su naturaleza dictatorial, proclamada a los cuatro vientos, la superaba con creces. De esta manera, el capitalismo, ese totalitarismo sutil, inteligente, disimulado, pudo presentarse como el reino de la libertad. No le fue difícil hacerlo por contraposición a la burda, basta, bestial, contundente, dictadura estalinista que se autoproclamaba como comunista o socialista. El capitalismo, la cumbre en la evolución de los totalitarismos, pudo dar un paso adelante en su proceso de perfeccionamiento, de camuflar su verdadera naturaleza totalitaria. El desnudo totalitarismo “comunista” le permitió elaborar todavía más su sofisticado disfraz, y sobre todo le permitió presentarse como el único sistema posible, en todo caso como el menos malo de los sistemas, le permitió asentar en las mentes de las personas la idea de que más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer. Gracias a la degeneración de la gran Revolución rusa, de la primera autoproclamada proletaria, ahora, la mayor parte de la gente tiene miedo a la revolución, más todavía a la revolución proletaria, y auténtico pánico al comunismo y al socialismo. El capitalismo, de forma interesada, con la complicidad consciente o inconsciente de una parte de la izquierda, que se niega a aprender de los errores, a practicar el método científico propugnado por los padres de la ciencia revolucionaria, se empeña en asimilar el estalinismo al socialismo y al comunismo, garantizándose de esta manera, junto con el control de los medios de comunicación, su dominio ideológico.

Desde las propias líneas socialistas y comunistas surgieron voces críticas con el estalinismo, incluso con el leninismo. En todos los países donde hubo regímenes “comunistas”, incluso antes de la muerte de Stalin. El problema es que muchas críticas se quedaban en la superficie, se limitaban a ciertas cuestiones metodológicas, no iban más allá. Eran críticas en cuanto a la manera de interpretar y de aplicar las ideas. Muchas reivindicaciones democráticas eran limitadas. Se reivindicaba, por ejemplo, el pluripartidismo, pero al mismo tiempo la ideología única. Muchos de quienes reivindicaban el pluripartidismo lo hacían restringiéndolo a los partidos que aceptaran como irrenunciable el sistema socialista. Una de las principales causas de la degeneración de la revolución bolchevique, como fue la democracia amputada, limitada, restringida, se reivindicaba como forma de combatir al estalinismo. Se reivindicaba una democracia menos amputada, pero seguía siendo amputada. El problema de fondo no era el grado de amputación, sino el hecho de que fuera amputada. Una de las razones del surgimiento del estalinismo se reivindicaba como la cura contra el mismo. La democracia completa, plena, máxima, desarrollada todo lo posible, que es lo que verdaderamente podía combatir el estalinismo, cualquier forma de burocratismo, se volvía a amputar. Lenin definía en *Un paso adelante, dos pasos atrás* el burocratismo de la siguiente manera: *Burocratismo es subordinar los intereses*

de la causa a los intereses de la carrera, es conceder la más profunda atención a los puestos y desentenderse del trabajo, pelearse por la cooptación, en lugar de luchar por las ideas. La mejor manera, la única en verdad, de evitar que quienes ocupan ciertos cargos de responsabilidad en cualquier organización subordinen *los intereses de la causa*, es decir los intereses generales de a quienes sirven, a los *intereses de la carrera*, es decir a los suyos propios, es haciendo que dichos cargos respondan ante quienes son gestionados por ellos. Es decir, mediante la democracia más amplia y profunda posible. Las críticas de muchos comunistas se limitaban a la interpretación o implementación del concepto de la dictadura del proletariado, sin someter a dicho concepto a ninguna crítica. En definitiva, se intentaba combatir el estalinismo sin comprender en verdad por qué surgió, sin considerar todas sus causas, incluidas las ideológicas, tal vez las más importantes. Cuando uno no autorreprime el pensamiento crítico, no se conforma con sólo criticar a tal o cual líder, no sólo critica a tal o cual método, sino que incluso critica a la ideología en la que se inspiran aquellos. Y el problema es que muchos revolucionarios marxistas no se atrevieron a criticar en lo más mínimo al propio marxismo, como si éste fuese perfecto. Se conformaron con criticar ciertas interpretaciones del mismo, partiendo de la hipótesis de que había una sola interpretación posible. Cuando el simple hecho de que en nombre del marxismo se pudiera ir contra el propio marxismo demostraba, como mínimo, que dicha ideología tenía al menos un gran defecto: la posibilidad de ser interpretada de manera contradictoria en algunos de sus aspectos esenciales, como en el caso de la dictadura del proletariado. Si nuestra crítica no se detiene, si no respeta terrenos intocables (nunca debe haber terrenos intocables cuando se busca la verdad), entonces logramos profundizar más y alcanzar las causas más profundas de los acontecimientos y no sólo las más superficiales.

Algunos marxistas, practicando un materialismo burdo, mecánico, metafísico, no dialéctico, suelen decir que las causas de la degeneración de la Revolución rusa son *exclusivamente* materiales, lo justifican prácticamente *todo* por el contexto, mejor dicho por cierta parte de él. Algunos también recurren al argumento de que Stalin fue el principal, sino único, responsable de la contrarrevolución. Para ellos no hay ningún error en la teoría marxista-leninista en la que se basó la Revolución de Octubre. Flaco favor le hacen al marxismo y al leninismo, si ni siquiera se plantean la posibilidad, aunque fuese remota, de que contengan errores. Y además, al decir que dichas teorías están impolutas se conforman simplemente con afirmarlo, ni siquiera se molestan en explicar por qué afirman con tanta seguridad la perfección de la teoría. Basta con decir que el contexto fue muy duro, que la revolución socialista no se propagó por Europa y que Stalin y su camarilla usurparon el poder. Pero tan equivocado está quien achaca *por completo* el fracaso práctico a la teoría como quien descarta *por completo* la influencia de la teoría en las experiencias prácticas. Igual de simplón es el argumento de decir que los bolcheviques deseaban el poder a toda costa como acusar a Stalin de usurparlo, como achacar a su personalidad casi la única causa de la degeneración de la URSS. Muchos marxistas se autoerigen en los auténticos materialistas y a su antojo tan pronto tienen en cuenta las causas materiales para justificar los errores propios como las obvian para justificar los ajenos. Por ejemplo, no se molestan en saber realmente por qué el estalinismo surgió a partir del leninismo. Practican la misma visión simplista de la historia, muy usada por la burguesía, de explicarla en base a la manera de ser de las personas casi

exclusivamente. Se fijan en ciertas posibles causas pero no en otras, que descartan por completo, sin ni siquiera dar ninguna explicación de por qué lo hacen.

El estalinismo no nació de la nada, espontáneamente, bruscamente. El estalinismo surgió, entre otros motivos, porque el leninismo creó ciertas *condiciones materiales e inmateriales concretas, objetivas y subjetivas*, para que surgiera. A su vez el leninismo se basó en el marxismo. En la época de Lenin se tomaron ciertas decisiones en el partido bolchevique que sentaban las bases del estalinismo, se adoptaron ciertos métodos organizativos muy peligrosos, se impuso una lógica revolucionaria, una dinámica, que conducía a la degeneración de la revolución, que hacía peligrarla. Pero para muchos marxistas el estalinismo surgió porque existía una persona llamada Stalin. Muchos “marxistas materialistas” se contentan con decir que Stalin liquidó el régimen soviético. Para ellos el estalinismo simplemente “aparece” repentinamente. Stalin abolió el leninismo. Cuando en verdad el leninismo evolucionó de tal manera que en determinado momento la cantidad se convirtió en calidad, que el leninismo degeneró en estalinismo, que contradecía los principios del primero (al menos en gran medida). La dialéctica nos ayuda a explicar que en determinado momento algo se contradiga a sí mismo, que el blanco se convierta en negro. La dialéctica nos habla de la omnipresencia de contradicciones, en las personas, en las metodologías, incluso en las ideologías. Para esos marxistas para los cuales el estalinismo no tiene nada que ver con el leninismo (y en esto tienen *en parte* razón, no tiene mucho que ver en cuanto a muchos de sus principios, en cuanto a muchos de sus objetivos, pero no tanto en cuanto a sus métodos, en cuanto a que uno evolucionó del otro, a partir de las contradicciones del primero realimentadas por el contexto material) no había precedentes, no había cierta dinámica, cierta inercia. Para ellos, de repente y misteriosamente, la élite que practicaba cierta filosofía, que se comportaba de cierta manera, cambió radicalmente. Casi como por arte de magia. Y, claro, como las masas estaban cansadas y atrasadas no pudieron hacer nada y los acontecimientos degeneraron. ¡Así de simple! Lenin no tiene ninguna culpa, tampoco Trotsky, menos aun Marx o Engels. Estos “marxistas” ayudan a comprender la historia lo mismo que los burgueses que, al contrario, en el extremo opuesto, atribuyen a esos personajes toda la responsabilidad. De *ninguna* pasamos a *toda*. De *despreciar* el contexto pasamos a *sobrevalorarlo*. El contexto no existe para los burgueses (interesados en erradicar la ideología marxista como sea), y el contexto lo es todo para ciertos marxistas (interesados en dejar impoluto al marxismo como sea). Ni lo uno ni lo otro. El marxismo, en mi opinión, es a grandes rasgos una teoría correcta, pero no es perfecta, tiene algunos errores importantes. Sólo podemos intentar dar con ellos si no nos reprimimos, si somos honestos, si tenemos la actitud esencial de cualquier científico: buscar la verdad a cualquier precio, sin limitaciones, practicando todo lo posible el librepensamiento (como así hicieron los padres del marxismo). El marxismo sólo puede evolucionar de la misma manera en que fue creado: con espíritu científico.

Y el espíritu científico nos obliga a reconsiderar las bases de toda teoría en determinados momentos, especialmente cuando ha habido ciertos experimentos *prácticos* fracasados. El espíritu científico nos obliga a partir de la premisa de que todos cometemos errores, incluso los más grandes intelectuales. Según algunos marxistas, presos del dogmatismo, del culto intelectual a ciertas personas, como Marx, Engels o Lenin, estas personas no cometieron ningún error, o en todo caso sólo

cometieron errores puntuales, tácticos, superficiales, menores. No hay transición entre el leninismo y el estalinismo, se descarta la posibilidad de que pudiera ocurrir un salto cualitativo entre ambos, de que por el hecho de que la cantidad se convirtiera en calidad, en mala calidad, el leninismo pudiera derivar en estalinismo. O si se admite tal posibilidad se la achaca exclusivamente al contexto, al atraso del pueblo ruso, a ciertas condiciones materiales pero no a otras (como las que tienen que ver con el método leninista, con el partido bolchevique, con la manera de hacer las cosas), no a las posibles contradicciones prácticas y teóricas del leninismo o del marxismo. Esos marxistas dicen que el prolongado aislamiento en condiciones de atraso extremo provocó la degeneración burocrática que luego dio lugar al estalinismo. Y tienen razón, pero en parte. Obviamente el contexto influyó notablemente en la degeneración del Estado soviético. Pero no parece muy descabellado pensar que la ideología y la metodología empleada para hacer la revolución también habrán contribuido algo. Pues bien, esos marxistas lo niegan tajantemente, pero no se molestan en razonar esa negación. Pero yo me pregunto, ¿es que el proletariado ruso no estaba atrasado ya cuando la Revolución de Octubre triunfó? ¿Por qué ese retraso no fue un impedimento al principio y sí lo fue posteriormente, hasta tal punto de ser decisivo según dichos marxistas? ¿No se tomaron ciertas decisiones organizativas en los congresos del partido bolchevique que sentaban las bases de la represión de toda discrepancia, que facilitaban el burocratismo? ¿Por qué esos marxistas no hacen ni mención a dichas decisiones en el seno del partido bolchevique, con el beneplácito de Lenin?

El aislamiento de la Revolución rusa podría justificar las dificultades técnicas para instaurar el socialismo. Un solo país socialista, por muy grande que sea, no puede vivir en un mercado mundial capitalista. No por mucho tiempo. El atraso de Rusia, el hecho de que sus condiciones materiales no estuvieran maduras para el socialismo, justificaría las dificultades de implantar el socialismo. Éste necesita que el capitalismo se haya desarrollado mínimamente. El atraso de Rusia puede justificar el hecho de se implantara más bien una especie de Capitalismo de Estado. El régimen soviético tuvo que desarrollar la industria, casi inexistente. El aislamiento de la Revolución rusa puede justificar en gran parte las dificultades para implementar el socialismo. No cabe duda de que el socialismo debe vencer a nivel internacional. Que sólo podrá ir prosperando si se va afianzando especialmente primero en los países capitalistas más desarrollados. ¿Pero puede justificarse el estalinismo, la represión política, el genocidio, simplemente por el atraso de Rusia o por el aislamiento de su Revolución? ¿Cómo se explica que hubiera más democracia en los soviets y en el partido bolchevique cuando se luchaba por la conquista del poder político, antes y poco después de Octubre de 1917, en plena batalla por el poder, que cuando ya se conquistó, cuando ya se afianzó, cuando el peligro contrarrevolucionario disminuyó notablemente? ¿No hubiese sido lo más lógico justamente lo contrario? ¿Los métodos estalinistas no tienen más bien algo que ver con los métodos que le precedieron, con la dinámica de los acontecimientos, con la lógica revolucionaria? Parece muy imprudente descartar de antemano, como hacen muchos marxistas dogmáticos, las causas ideológicas y metodológicas del surgimiento del estalinismo. Es más, el más elemental sentido común nos dice que, probablemente, tienen mucho que ver. Y ese sentido común se ve acompañado de un mínimo uso de la razón. Esa percepción se ratifica cuando uno contrasta con otras versiones, cuando conoce ciertas decisiones tomadas en los congresos del partido bolchevique.

Para algunos analistas el estalinismo no es una evolución del leninismo, simplemente aparece, supone una ruptura brusca. Stalin es un traidor. Esto, junto con el contexto, lo explica todo. Esos “marxistas” contradicen uno de los principales postulados del método marxista, del materialismo histórico, de la dialéctica: cualquier fenómeno surge normalmente como una *evolución* de sus antecedentes, cuando hay cierta *continuidad*, cierta *dinámica*, que, por ciertos motivos, se dispara, da pie a una profunda transformación en muy poco tiempo, da lugar a una aparente *ruptura*. Muchos fenómenos surgen de otros originales aparentemente contrapuestos que contienen ciertas contradicciones que realimentadas por el contexto estallan y esto hace que unas tendencias se impongan sobre las opuestas. Esto lo explica perfectamente la dialéctica, las leyes de la unidad y lucha de contrarios y de la transformación de la cantidad en calidad. Muchos marxistas sustituyen el materialismo *dialéctico* por el materialismo *metafísico*. Buscan las razones materiales pero no las conectan entre sí. Tampoco las conectan con las ideas (que en última instancia tienen su origen en las condiciones materiales).

Por consiguiente, una vez aclarado todo esto, prosigamos con nuestro análisis de la degeneración de la Revolución rusa. Si no comprendemos por qué y cómo sucedió, no podremos volver a intentarlo, o los intentos tendrán una gran probabilidad de volver a fracasar. Debemos intentar analizar correctamente las experiencias históricas para que la revolución vuelva a ser posible y esta vez triunfe. El que escribe estas líneas en ello está, humildemente. El lector juzgará si él mismo cae o no en las contradicciones y errores que tanto denuncia. ¡Nadie se libra de las contradicciones!

Plejánov nos explica cómo es posible que ciertos individuos concretos ejerzan gran influencia en los acontecimientos históricos:

Dos condiciones son necesarias para que el hombre dotado de cierto talento ejerza, gracias a él, una gran influencia sobre el curso de los acontecimientos. Es preciso, en primer término, que su talento corresponda mejor que los demás a las necesidades sociales de una época determinada. [...] En segundo lugar, el régimen social vigente no debe obstaculizar el camino al individuo dotado de un determinado talento necesario y útil justo en ese momento concreto.

De acuerdo con Plejánov, por tanto, Stalin pudo tener el protagonismo que tuvo porque cumplía ambas condiciones: era quien mejor correspondía a las necesidades de la Revolución rusa, tal como ésta se desarrollaba, mejor dicho, a las necesidades de quienes la controlaban, y también el régimen social, que en este caso podemos asimilar a la dinámica de los acontecimientos revolucionarios, como mínimo, no le obstaculizaba el camino. Esto viene ratificado por el hecho de que ni siquiera Lenin pudo impedir el ascenso al poder de Stalin. Su testamento no fue cumplido por los máximos dirigentes de la Revolución bolchevique, la mayoría no hizo caso a Lenin cuando éste recomendó apartar del poder a Stalin. Podríamos incluso añadir que no sólo Stalin no tuvo obstáculos en su ascenso al poder, sino que la manera en que se estaban haciendo las cosas se lo facilitó enormemente. Es más, Stalin se aprovechó de los errores del leninismo, y hasta de los errores del propio marxismo. El concepto de la *dictadura* del proletariado le allanó el camino a él, más en general a la burocracia, para implantar la dictadura *contra* el proletariado, y el pueblo en general, contra todo aquel que se opusiera a Stalin y a sus más inmediatos colaboradores. El

culto a la personalidad, latente en el mismo marxismo (unos postulados científicos que tomaban el nombre de su autor), culto que fue practicado por muchos marxistas embaucados por el genial pensamiento de Marx, fue utilizado por el propio Stalin para consigo mismo y su régimen. El dogmatismo que practicaban en mayor o menor medida muchos marxistas fue utilizado por Stalin y su camarilla cómplice para perpetuarse en el poder, para atentar contra los principios más básicos del marxismo en nombre del marxismo. Las propias contradicciones del marxismo fueron usadas en contra de él.

No podría haber en la historia ningún dictador si no estuviera apoyado por ciertas capas de la población, aunque fuesen minoritarias, por ciertas minorías que dominan la situación. Ningún dictador por personal que fuera su dictadura pudo sostenerse sin el apoyo de cierta minoría influyente, sin cierto contexto favorable. La disciplina, adoptada como uno de los pilares esenciales en la manera de hacer la Revolución rusa, le permitió a la burocracia, representada por su figura más capaz (pues Stalin encarnaba como nadie el espíritu burocrático, como así lo demostró cuando gobernó), usurpar el poder sin casi oposición. Hubo cierta oposición pero fue claramente insuficiente, muchos bolcheviques (¡incluso Lenin!) se vieron impotentes ante el ascenso de Stalin y su camarilla al poder. El ejército Rojo, que ejerció un papel decisivo para el triunfo de la revolución, se transformó en el más fiel aliado de la contrarrevolución cuando ésta pasó a estar protagonizada por la antañónica dirección revolucionaria. La rebelión de Kronstadt ejemplificó perfectamente el devenir de los acontecimientos. Y esa rebelión y su represión ocurrieron en tiempos de Lenin. Si uno lee las demandas de los rebeldes tal como figuraron en la resolución del Petropavlovsk (uno de los barcos que protagonizaron la rebelión), francamente, es muy difícil concluir que los rebeldes fueran contrarrevolucionarios (como así afirmaron los bolcheviques para justificar el aplastamiento de la rebelión). Todo lo contrario. Como nos explica Ida Mett en *La Comuna de Cronstadt*, los rebeldes reivindicaban el poder de los soviets, la democracia soviética tal como ésta surgió en los inicios del nuevo Estado.

He aquí la famosa resolución adoptada casi por unanimidad el 28 de febrero de 1921:

Habiendo escuchado a los representantes de las tripulaciones delegados por la Asamblea general de los buques para informarse de la situación en Petrogrado, los marineros deciden:

*1º Dado que los soviets actuales no expresan la voluntad de los obreros y de los campesinos, **organizar inmediatamente nuevas elecciones a los soviets por voto secreto, cuidando de organizar una propaganda electoral libre.***

*2º **Exigir la libertad de palabra y de prensa** para los obreros y los campesinos, los anarquistas y los partidos socialistas de izquierda.*

*3º **Exigir la libertad de reunión y la libertad de las organizaciones sindicales y de las organizaciones campesinas.***

4º Organizar lo más tarde para el 10 de marzo de 1921 una conferencia de los obreros sin partido, soldados y marineros de Petrogrado, de Cronstadt y del departamento de Petrogrado.

5° Liberar a todos los presos políticos de los partidos socialistas así como a todos los obreros y campesinos, soldados rojos y marinos presos de los diferentes movimientos obreros y campesinos.

6° Elegir una comisión para revisar los expedientes de los detenidos de las prisiones y campos de concentración.

7° Suprimir todos los Politotdiel (Secciones políticas) pues **ningún partido debe tener privilegios** para la propaganda de sus ideas ni recibir del Estado recursos para este fin. En su lugar, deben ser creados círculos culturales elegidos con recursos provenientes del Estado.

8° Suprimir inmediatamente todos los destacamentos que forman las barreras de control.

9° Igualar la ración para todos los trabajadores excepto en los gremios insalubres y peligrosos.

10° Suprimir los destacamentos de combate comunistas en las unidades militares y hacer desaparecer el servicio de guardia comunista en las fábricas y talleres. En caso de necesidad de estos servicios de guardia, designarlos por compañía en cada unidad militar teniendo en cuenta la opinión de los obreros.

11° Dar a los campesinos total libertad de acción en sus tierras así como el derecho a tener ganado que ellos mismos deberán cuidar y **sin utilizar el trabajo de los asalariados**.

12° Pedir a todas las unidades militares así como a los camaradas kursantys (cadetes) que se unan a nuestra resolución.

13° Exigir que se dé en la prensa una amplia publicidad a todas las resoluciones.

14° Designar una oficina de control móvil.

15° Autorizar la **producción artesanal libre sin emplear trabajo asalariado**.

El comité revolucionario provisional de Kronstadt denunciaba al partido bolchevique en los siguientes términos:

El Partido comunista, dueño del Estado, se ha desligado de las masas y se ha mostrado incapaz de sacar al país del desconcierto. Él (el Partido) ya no cuenta después de los disturbios que acaban de producirse en Petrogrado y en Moscú, que demuestran claramente que ha perdido la confianza de las masas obreras. Tampoco tiene en cuenta las reivindicaciones obreras, pues cree que estos disturbios tienen como origen manejos contrarrevolucionarios. Se equivoca profundamente.

Los rebeldes de Kronstadt intentaron explicar sus razones ante el resto del pueblo ruso, incluso algunos anarquistas como Emma Goldman, Alexander Berkman, Perkous y Petrovsky, intentaron hacer de intermediarios, procuraron convencer a las autoridades bolcheviques para resolver el conflicto por vías pacíficas. Pero el gobierno

central, liderado por Lenin y Trotsky, optó por el aplastamiento violento, sin contemplaciones, de la ciudad revolucionaria por antonomasia, de aquella que era el faro de todos los obreros y soldados rusos revolucionarios. Según los bolcheviques la rebelión de Kronstadt era contrarrevolucionaria y estaba dirigida por generales blancos al servicio del servicio secreto francés. Como nos explica Ida Mett en *La Comuna de Cronstadt*, es cierto que en el lado de los sublevados había un general que en su día perteneció al Ejército Blanco, pero también es cierto que dicho general no tenía el verdadero poder, al igual que también es cierto que en el Ejército Rojo, controlado por los bolcheviques, también había muchos generales que formaron parte antaño del Ejército Blanco. Los rebeldes intentaron defenderse de estas acusaciones, pero fue inútil. Los bolcheviques tuvieron muchos problemas para que sus tropas atacaran a sus hermanos obreros, campesinos y marineros. Muchos soldados del Ejército Rojo querían saber los motivos de sus hermanos de Kronstadt o directamente comulgaban con ellos. Las deserciones estuvieron a la orden del día en las filas del Ejército Rojo encargado de atacar a Kronstadt, fue necesario recurrir a tropas que anémicamente estaban más distantes de los rebeldes cronstadianos (de retaguardia o de otras zonas geográficas de la extensa Rusia). Éstos repetían constantemente que estaban a favor del poder de los soviets, pero el partido bolchevique empleó todos los medios propagandísticos para que la confusión reinara en gran parte del proletariado, del campesinado y de la soldadesca del resto del país. Este episodio de Kronstadt fue, sin duda, el más lamentable de la Revolución rusa, pues supuso casi el último reducto de resistencia proletaria frente a la dictadura del partido único que se avecinaba.

El tiempo daría la razón a los rebeldes de Kronstadt. La represión bolchevique de este episodio abrió las puertas a lo que posteriormente se conoció como estalinismo. Éste nace antes de llegar Stalin al poder. La dictadura se afianzaba irremisiblemente. La dictadura *del* proletariado, la democracia de los soviets, se transformaba a marchas forzadas en la dictadura del partido único *contra* el propio proletariado. Si la represión de Kronstadt fue una medida excepcional transitoria, necesaria para salvar la Revolución, como así la justificaban los bolcheviques, con Lenin y Trotsky a la cabeza, con el tiempo dicho tipo de medidas se convirtió en norma. La represión se convirtió en el principal instrumento de la construcción del “socialismo” en la URSS. Dicho método condujo, al cabo del tiempo, a la extinción de la propia URSS. Cuando ésta colapsó, las masas no movieron un dedo para defender el “socialismo” conquistado. Lo que no es construido con el protagonismo del pueblo, no puede ser defendido por el propio pueblo. El partido decidió construir el socialismo a su manera, contra todos, incluido contra el resto de fuerzas revolucionarias, contra el propio proletariado “inculto” que según dicho partido no sabía lo que le convenía, y el partido decidió finiquitar también el régimen socialista unas cuantas décadas después. La historia de la URSS está indisolublemente unida a la historia del partido bolchevique. El mismo partido que posibilitó su existencia, posibilitó su desaparición. La historia del primer intento de construir el socialismo en la Tierra fue escrita por muy pocas personas, por ciertas facciones dominantes de un partido único. Aquí radicaba el principal problema, en que la historia la escribían unas pocas personas. El socialismo, a diferencia de otros sistemas que buscaban beneficiar a ciertas minorías, sólo podía ser construido por la mayoría, como así dijo en su día Lenin que, sin embargo, no practicó lo que predicó en determinados momentos.

Como dice Ida Mett en su mencionado libro sobre este episodio histórico de la rebelión de Kronstadt:

En 1921 la revolución se encontraba en una encrucijada: Tomar la vía democrática o seguir la vía dictatorial, ¿esa era la cuestión! Al poner en el mismo saco el parlamentarismo burgués y la democracia obrera, los bolcheviques condenaban a ambos. Pensaban construir el socialismo por arriba; por maniobras hábiles de Estado mayor; esperando la revolución mundial que no se apresuraba en llegar, construyeron un capitalismo de Estado en el que las clases trabajadoras ya no tenían el derecho a disponer de sí mismas.

*Lenin no era el único que vio que Cronstadt era una brecha en este plan dictatorial. Comprendía bien, como los bolcheviques, que el monopolio de su partido estaba en tela de juicio. **Cronstadt despejaba el camino a la democracia obrera, que no podía coexistir con este monopolio.** Lenin prefirió abatirlo, de una manera poco noble pero más segura, por la calumnia, acusando a Cronstadt de estar aliado con la burguesía y con la contrarrevolución agraria.*

El estalinismo no nació de la noche a la mañana. **El estalinismo se nutrió de los errores y de las contradicciones del leninismo y éste a su vez de los errores y de las contradicciones del marxismo.** Como el socialismo se nutre de las contradicciones del capitalismo, aunque éste sea el opuesto del primero. El capitalismo establece las condiciones materiales de existencia del socialismo. Asimismo el leninismo, junto con el duro y hostil contexto histórico, estableció, muy a su pesar, las condiciones para la existencia del estalinismo. Cuando algún fenómeno sucede en el tiempo a otro, es muy difícil, por no decir imposible, no ver el germen del segundo en el primero. No verlo sólo es posible si no se quiere ver. Y esto es tanto más cierto para quien se supone que está entrenado y formado para hacerlo: para quien comprende y aplica en otras cuestiones el método del materialismo dialéctico. ¿Por qué usar ese método para unas cosas y no para otras? ¿En base a qué criterio seleccionar cuándo y cuánto usarlo? Si es un método válido, en el que creemos, debemos usarlo siempre. Como así hacemos con el método científico. Siempre que busquemos la verdad debemos contrastar entre teorías y entre éstas y la práctica. Siempre que intentamos comprender los acontecimientos históricos debemos usar el materialismo dialéctico (el materialismo histórico no es más que un caso particular del dialéctico). Contraste, materialismo y dialéctica son nuestras principales herramientas para intentar *encontrar* la verdad. La actitud es el motor de la *búsqueda*. Si no la intentamos buscar fervientemente tampoco la encontraremos. El orgullo, la falta de humildad, la soberbia, el dogmatismo, el sectarismo, son los principales obstáculos para buscar la verdad. La encontraremos, por lo menos tendremos más probabilidad de encontrarla, si tenemos la actitud adecuada, pero también si empleamos ilimitadamente las herramientas intelectuales adecuadas.

Esos marxistas, que realmente no practican el método marxista, no por lo menos para todo lo que tenga que ver con el propio leninismo o marxismo, desconectan *totalmente* el estalinismo del leninismo. No sólo esto, desconectan *totalmente* los errores en la práctica de la teoría. Al decir que el estalinismo no tiene nada que ver con el leninismo

no se preocupan de cómo el uno pudo dar lugar al otro, de cómo fue posible que si no tienen *nada* en común, el uno pudiera dar lugar al otro. No preocuparse del fenómeno *dinámico* que ocurrió es no aplicar la dialéctica, es no aplicar el ABC del marxismo. Marx usó la dialéctica para explicar que el socialismo podría surgir del capitalismo, para decir que el socialismo no era sólo un bello sueño, sino una consecuencia lógica de la *dinámica* del capitalismo, de sus contradicciones. Esto supuso un gran paso adelante para la teoría revolucionaria, la cantidad se convirtió en calidad, el socialismo dejó de ser utópico y se convirtió en científico. No por casualidad poco después se produjeron los primeros intentos de implementarlo. Quien afirma que el estalinismo y el leninismo son cosas distintas tienen en parte razón, pero no así cuando dicen que el uno no podía derivar en el otro, no así cuando no se molestan en saber por qué, de facto, el uno derivó en el otro. Cuando niegan la posible existencia de contradicciones en el leninismo imposibilitan la comprensión de por qué surgió el estalinismo. Usan el contexto para explicarlo todo, pero sin esas contradicciones iniciales del leninismo, el contexto no podría explicar por sí solo la aparición del estalinismo. Se olvidan de la *combinación* entre las contradicciones iniciales del leninismo y el contexto, combinación que determina la dinámica de los acontecimientos. Sus afirmaciones equivalen a hacer dos fotografías *estáticas* de la situación y decir que no se parecen. Se olvidan del ABC de la dialéctica: el análisis de la *dinámica*, de la *evolución*, de cómo las contradicciones iniciales pueden decantar, *junto* con el contexto, y no sólo *por* él, los acontecimientos. Los acontecimientos sólo pueden comprenderse si consideramos las condiciones iniciales de los mismos (incluidas las no materiales, las ideológicas, que en el fondo son el reflejo de ciertas condiciones materiales) y el contexto. Ambos. Y si consideramos su dialéctica. La conexión dinámica entre todo, en el espacio y en el tiempo. Esos marxistas que tan bien analizan la necesidad científica del socialismo para superar las contradicciones del capitalismo, repitiendo en el fondo lo que ya dijeron Marx, Engels o Lenin, no analizan las contradicciones del marxismo-leninismo para explicar el estalinismo. Y esto sólo puede ser así por dos motivos: o porque no comprenden en verdad el método marxista, o porque aun siendo capaces de hacerlo se niegan a aplicarlo para con el propio marxismo-leninismo, porque parten del supuesto de que éste está libre de contradicciones, de errores. ¡Cuando nada está libre de contradicciones, cuando todo es imperfecto! Si se parte de que algo es perfecto, se convierte en un dogma, no es posible avanzar, desarrollarlo. Muchos marxistas, consciente o inconscientemente, contribuyen a que el marxismo no evolucione.

¡Si Marx levantara la cabeza! Él estaba siempre dispuesto a modificar sus teorías en base a las experiencias prácticas, fiel a su espíritu científico. Tras la breve experiencia de la Comuna de París, que apenas duró un par de meses, Marx retocó su concepción de la dictadura del proletariado, la concretó un poco. Sin embargo, sus supuestos seguidores, tras *décadas* de experiencias prácticas basadas en el marxismo y en el leninismo, se niegan a retocar las teorías en lo más mínimo. Dicen que la teoría está perfecta, que lo ocurrido no tiene nada que ver con la ideología marxista. Por lo menos en lo malo. Ellos hacen como los burgueses a la hora de explicar lo ocurrido, pero al revés. Para los burgueses los éxitos del “socialismo real” son por el contexto, por causas no achacables al marxismo, como la disciplina impuesta al proletariado, y los fracasos por la ideología. Para los marxistas dogmáticos es justo al revés. Los éxitos demuestran la viabilidad del marxismo, pero los fracasos no tienen nada que ver con

él, se deben exclusivamente al contexto o a las traiciones personales. Su explicación de la historia es la imagen especular de la explicación burguesa. Incluso se contradicen a sí mismos. Atentan contra el materialismo, cuando desvinculan la teoría marxista del contexto histórico en que fue engendrada, o contra el método científico cuando la desvinculan de la praxis. Porque si por un lado el contexto actual es distinto, lo lógico es que la teoría deba adaptarse al mismo (en esto consiste precisamente el materialismo, en que las ideas son principalmente un reflejo de las condiciones materiales del momento), y, por otro lado, si el contexto es esencialmente el mismo, entonces si no se retoca la teoría revolucionaria, si no se corrigen sus errores, éstos volverán a reproducirse. Pero los marxistas dogmáticos se niegan en rotundo al más mínimo retoque de la teoría marxista-leninista. Se limitan a decir que la solución consiste en volver a los orígenes. Pero si en dichos orígenes hay contradicciones que no se superan, porque ni siquiera se identifican, porque ni siquiera se buscan, entonces la probabilidad de que los acontecimientos sucedan de manera similar a como ya ocurrieron es demasiado alta, el riesgo de que a partir de esos orígenes tengamos resultados similares es nada despreciable. Si el contexto ha cambiado, lo lógico es que la teoría cambie. ¡Y si no ha cambiado también! Puesto que si el contexto fue, según esos marxistas, la principal y casi única causa de que el leninismo degenerara en el estalinismo, entonces a igual contexto igual resultado. Se mire como se mire, siempre llegamos a la misma conclusión: es imperativo retocar la teoría revolucionaria, es cuestión de vida o muerte para la revolución proletaria. Lo cual no significa volver a partir de cero necesariamente, no significa desechar *toda* la teoría por completo, en bloque, pero tampoco se trata de no retocar *nada* . Ni lo uno ni lo otro. Se trata de identificar sus errores y sus aciertos, de eliminar los primeros y mantener los segundos, se trata también de añadir ideas, de completar la teoría marxista. Se trata de hacerla evolucionar. De partir de la teoría que ha estado más próxima a obtener resultados concretos exitosos, la que ha posibilitado el amago más serio de superación del capitalismo, gracias a la cual se han hecho intentos serios a gran escala espacial y temporal, gracias a la cual hemos estado cerca de construir el socialismo. Se trata de saber en qué fue útil y en qué fue contraproducente. Por qué se lograron los éxitos y por qué los fracasos.

Estas contradicciones de dichos marxistas no pueden pasar desapercibidas. Muchos marxistas demuestran que no comprenden los principios básicos del marxismo cuando deben analizar situaciones distintas a las que ya fueron analizadas en su día por los grandes teóricos marxistas, cuando en vez de repetir lo que dijo tal o cual personaje histórico, que así lo hizo al aplicar el método marxista, deben ellos analizar la situación actual o posterior a dichos personajes (como el análisis de la Revolución rusa y de la URSS). Algunos marxistas usan el método marxista cuando les conviene pero lo contradicen cuando podría poner en peligro sus dogmas, sus premisas. O bien lo usan con intensidad para ciertas cuestiones pero lo usan tímidamente para otras. Por ejemplo, cuando se conforman con analizar ciertas contradicciones en ciertas teorías pero no en otras. Algunos marxistas analizan las contradicciones del leninismo, van más allá que otros marxistas que parten de la premisa de que el leninismo es perfecto, pero, sin embargo, no analizan las contradicciones de Marx o Engels, o se conforman con analizar sólo algunas de ellas, las más superficiales. Muchos marxistas contradicen la dialéctica (que forma parte también del método marxista), que dice que las causas y los efectos se intercambian, que dice que las ideas también influyen en

las realizaciones prácticas, que lo inmaterial también influye en lo material. Cuando alguien recurre a intentar explicar ciertos acontecimientos por causas ideológicas, y no necesariamente *sólo* por causas ideológicas (lo cual también sería un error, una explicación incompleta), a esos “marxistas” les basta con acusarlos de “idealistas”. ¡Cuando ellos practican el idealismo también! Idealizan las ideas de sus maestros, las hacen independientes del contexto por el mismo hecho de no retocarlas en lo más mínimo, independientemente de si el contexto cambia (esas ideas fueron expresadas en el siglo XIX, el contexto ha cambiado, algo por lo menos), y lo más grave, independientemente de si ha habido experiencias prácticas basadas en ellas fracasadas o no (ellos descartan por completo, de antemano, sin razonar siquiera un mínimo, el fracaso de las experiencias prácticas por la teoría en la que se basaron). Dichos “marxistas” contradicen el método marxista, lo usan parcialmente, desigualmente, tan pronto recurren a él como se desprenden de él, tan pronto lo usan con profundidad como lo usan tímidamente. Y lo que es peor todavía, atentan contra el más profundo espíritu de Marx, Engels o Lenin: la búsqueda de la verdad, por mucho que ésta pueda ser desagradable, por mucho que ponga en cuestión nuestros *propios* principios más elementales, por mucho que sea incómoda y nos obligue a trabajar más, a replantear las bases. En definitiva, se autorreprimen. Con autorrepresión no podemos hacer avanzar la teoría revolucionaria. El espíritu científico es el ABC de la revolución. Ese espíritu es el que posibilitó que los padres del socialismo científico desarrollaran sus ideas. El atentado contra ese espíritu, entre otros motivos, es el que está imposibilitando superar el capitalismo. Si ha habido ciertas aplicaciones prácticas fracasadas de ciertas ideas, lo *mínimo* que debe hacerse, es no descartar taxativamente que dichas ideas pudieran contener errores. Si, como dijo Lenin, sin teoría revolucionaria no hay práctica revolucionaria, el fracaso en la práctica revolucionaria debe conducir, *como mínimo*, al replanteamiento de la teoría revolucionaria, a intentar buscar los posibles errores ideológicos, a buscar las posibles contradicciones de las que pudieran haberse nutrido las contradicciones en la praxis. Esto es simplemente el método científico. Ni más ni menos.

La degeneración de la revolución rusa se produjo por múltiples motivos, entre ellos porque existió un profundo error ideológico: el concepto de la dictadura del proletariado, concepto ambiguo que fue degenerando hasta alcanzar la idea de que la revolución debía depender de una minoría “ilustrada”, la idea de que la democracia debía ser amputada, aplicada sólo para cierto subconjunto de la población. Subconjunto que fue progresivamente menguándose hasta reducirse a la mínima expresión. La verdad, que sólo puede abrirse camino mediante la libertad de pensamiento, de expresión, de opinión, fue sustituida por el dogma, que sólo puede imponerse por la fuerza, directa o indirecta, desnuda o disfrazada. La ciencia revolucionaria se transformó en religión. El debate en inquisición. La selección natural de las mejores ideas y personas en purgas, en censuras, en represión, en caza de brujas. En nombre del marxismo se implantó un Estado en las antípodas de lo buscado por Marx y Engels. En nombre del leninismo se traicionaron los principios más fundamentales de Lenin y de sus seguidores, que lideraron la Revolución de 1917. En nombre de la revolución socialista, de aquella que debía emancipar al individuo y al conjunto de la sociedad, se recurrió a los viejos métodos de la Edad Media para oprimirle todavía más. La humanidad dio un paso de gigante ... pero hacia atrás.

En líneas generales. El estalinismo fue en sí mismo contradictorio. Tuvo sus luces y sus sombras. A pesar de la represión política, el país creció económicamente de manera espectacular. Nadie niega el milagro económico soviético de la era estaliniana. “Milagro” que tiene que ver, indudablemente, con el sistema económico socialista (o en parte socialista), con la planificación de la economía. Pero el pueblo no protagonizaba la transición al socialismo. El socialismo, por otro lado, no sólo busca satisfacer las necesidades físicas más inmediatas de los seres humanos, también busca satisfacer las intelectuales, entre las cuales la libertad es esencial. Las masas obtuvieron grandes logros materiales, pero a costa de la libertad. A un gran precio. A un precio que al cabo de los años se pagó muy caro. Al precio del colapso. Y todo ello, entre otras razones, porque el método empleado para hacer la revolución era profundamente erróneo, además de muy peligroso. La vanguardia revolucionaria se erigió en todopoderosa, sus dirigentes se convirtieron en los “brujos” que decidían qué era revolucionario o contrarrevolucionario, en el consejo de “sabios” que decidía por los demás, sin ninguna posibilidad de que nadie les rebatiera, corrigiera sus errores. Presos de una paranoia galopante, quienes practicaban realmente la contrarrevolución (pues no hay nada más contrarrevolucionario que oprimir a los demás, que actuar en contra de la libertad, que reprimir al pueblo en general, que el genocidio) acusaban a quienes discrepaban de sus ideas, aunque sólo fuese en matices, como contrarrevolucionarios. No pensar exactamente como la élite estalinista era considerado automáticamente como “contrarrevolucionario”, le convertía a uno, como mínimo, en sospechoso.

Indudablemente, los crímenes del estalinismo han sido exagerados por la propaganda capitalista. Indudablemente también, los méritos de Stalin han sido exagerados por la propaganda estalinista. Probablemente, Stalin no fue tan diabólico como nos lo pintan. Según nos explica Grover Furr en *Stalin y la lucha por la reforma democrática*, los documentos desclasificados de la época estalinista demostrarían que Stalin intentó democratizar el partido único y la sociedad soviética, abogando incluso por el pluripartidismo. Sin embargo, las circunstancias (en esa época, finales de los años 30 del siglo XX, el fascismo avanzaba por Europa y amenazaba a la URSS, de hecho, la Alemania nazi finalmente invadió la Unión Soviética; las conjuras aparecían por doquier, al menos así parece que lo creían los dirigentes soviéticos), y la fuerte oposición de gran parte de la burocracia se lo impidió. En opinión de Yuri Zhukov, el principal historiador ruso que ha estudiado los archivos soviéticos de la época de Stalin, éste podría haber sido destituido, detenido por contrarrevolucionario e incluso ejecutado, es decir, podría haber sido víctima mortal de la burocracia contra la que no pudo vencer. La imagen que tengamos de Stalin puede cambiar en función de nuestras fuentes de información y de la fe que depositemos en ellas. No cabe duda de que Stalin es una de las figuras históricas más controvertidas. Pero una cosa está clara: con Stalin, de hecho, gracias a él o a pesar de él, la democracia desapareció y no reapareció, la represión política se disparó y se mantuvo en un nivel horroroso. Como mínimo. No tuvo lugar ningún congreso del partido comunista (bolchevique) en 13 años, desde 1939 hasta 1952, mientras que en la época de Lenin cada año había un congreso. Los mismos estalinistas admiten que hubo presos políticos (incluso antiguos camaradas bolcheviques), el delito de “contrarrevolucionario” se pagaba con la vida, hubo muchas deportaciones y ejecuciones. Esto es algo que nadie ha negado. Es obvio. Y ya es de por sí condenable, incluso admitiendo el duro contexto (en la

época de Lenin, cuando la Revolución estaba en sus inicios, cuando el riesgo de contrarrevolución era mucho mayor, no hubo la represión política que sí hubo en la época de Stalin). ¿Alguien puede negar que en la URSS existiera un partido único, que fuera delito la discrepancia política o ideológica, sobre todo en la época de Stalin? ¿Alguien puede negar que en la URSS, sobre todo en la época de Stalin, existiera el culto a la personalidad? Basta con leer el discurso de Stalin en el entierro de Lenin, cuando jura seguir, literalmente, los “mandamientos” del padre de la revolución bolchevique. Basta con recordar la omnipresencia de los retratos de Marx, Engels y Lenin en las paradas militares de la Plaza Roja de Moscú. Basta con considerar el hecho de que Lenin fuese embalsamado, en contra de su voluntad, y se convirtiera en objeto de peregrinación. Pueden comprenderse medidas excepcionales, hasta cierto punto, en tiempos de guerra, pero no así cuando la guerra ha finalizado, no cuando se está intentando construir el socialismo, no cuando el enemigo ha sido derrotado militarmente, no cuando el enemigo pierde el control de la sociedad, el monopolio político, económico e ideológico. La guerra ideológica, política, hay que ganarla con la razón, no con la fuerza. Y no sólo por cuestiones puramente éticas, que también, sino que por razones prácticas. Porque sólo puede ganarse la guerra ideológica con la razón, cuando todas las ideas pueden competir entre sí en igualdad de condiciones.

Aun admitiendo la explicación que nos dice que Stalin intentó también luchar contra el burocratismo, procurando democratizar el partido e incluso toda la sociedad soviética, el hecho de que Lenin y su sucesor, Stalin, no pudieran impedir el burocratismo demostraría, precisamente, que el método empleado para construir el socialismo era claramente incorrecto y peligroso, hasta el punto de que los máximos responsables soviéticos no pudieran erradicar los males que producía, hasta el punto de que el monstruo no pudiera controlarlo nadie, ni siquiera quien se situaba en la parte más alta de su jerarquía. Podemos tener dudas, y las tenemos, en cuanto a si el burocratismo se produjo *gracias* primero a Lenin, segundo a Stalin, o *a pesar* de ellos. Cuesta mucho creer que en un sistema donde el poder empezó a fluir desde arriba hacia abajo, al contrario que al principio, los máximos responsables del poder no pudieran hacer nada, o no pudieran hacer mucho. Si yo soy un dirigente y no estoy de acuerdo con el derrotero de los acontecimientos, siempre puedo dimitir, o presionar a mi equipo con la amenaza de mi dimisión o de denuncia de los males que percibo a mi alrededor, si pienso que dicho derrotero es peligroso. Como mínimo, Lenin y sobre todo Stalin infravaloraron el mal del burocratismo. Percibieron que era un mal, aparentemente, según se desprende de ciertos documentos escritos, de ciertas actas de ciertos congresos del partido, pero no se dieron cuenta de que dicho mal ponía en serio peligro, a largo plazo, al propio sistema socialista que se intentaba construir, no se dieron cuenta de la gravedad del mal, de que era un mal *crítico*, de que no se trataba sólo de luchar contra él para que el sistema funcionara mejor, sino que se trataba de luchar contra él para evitar el colapso del sistema. Trotsky, como explica en su libro *La revolución traicionada*, sí se percató del peligro, del gran peligro que representaba el burocratismo, de la gravedad de la situación en la URSS. Si bien, él también participó en el nacimiento de dicho peligro, y planteó soluciones insuficientes, él no cuestionó el concepto de la dictadura del proletariado, él planteaba la democracia, pero la democracia sólo para quienes estaban de acuerdo con el socialismo, una democracia restringida, cuando el mal precisamente radicaba en restringir la democracia, en no intentar la máxima posible, en autorreprimir el desarrollo democrático.

El problema ya venía de atrás, del propio marxismo, del mismo concepto de la dictadura del proletariado. La semilla del mal era ideológica. Las circunstancias permitieron que dicha semilla creciera sin parar hasta alcanzar proporciones escandalosas. El estalinismo, es decir, la dictadura del partido único, la represión política, el culto a la personalidad, el dogmatismo ideológico, el “socialismo” construido sólo desde arriba, sin el protagonismo de las masas, la dictadura *contra* el proletariado, alcanzó su apogeo durante el mandato de Stalin. No importa tanto si en verdad Stalin personalmente lo posibilitó o no, si se enfrentó a sus males suficientemente o no, a nosotros lo que nos importa es saber por qué ocurrió sin caer en personalismos, en esa manera, por cierto muy burguesa, de explicar la historia tan sólo en base a protagonismos personales. A nosotros no nos interesa absolver o condenar a Stalin, ni a Lenin, ni a Trotsky, ni a nadie, lo que nos interesa es evitar los males del estalinismo, de ese “socialismo” que se apartó del verdadero socialismo, que atentó contra los principios más básicos del marxismo, contra su espíritu. Ese “socialismo” que finalmente dio pie al capitalismo. A nosotros nos interesa aprender de los errores del pasado para no volver a cometerlos. No nos interesan las disputas sectarias a favor o en contra de tal o cual personaje. Con sectarismos no lograremos llegar a la verdad, ni siquiera nos acercaremos. Nos interesa la ciencia, y no la religión. No nos interesa desarrollar la fe en tal o cual persona, sino analizar tal o cual método. Por supuesto, no podemos negar la influencia, a veces decisiva, de ciertas personas en la historia. Pero nos interesan sobre todo las *condiciones* (objetivas y subjetivas) que posibilitaron dicha influencia, nos interesa sobre todo saber por qué tal o cual persona hizo lo que hizo, pudo hacerlo. En definitiva, mediante el materialismo dialéctico, es decir, analizando todos los factores, materiales e inmateriales, y su interrelación, es cómo realmente podemos comprender la degeneración de las revoluciones inspiradas en el marxismo. ¡Y no sólo recurriendo a tales o cuales personajes! Debemos usar el mismo espíritu científico del marxismo. Ese espíritu del que se han alejado demasiados “marxistas”.

Decía que Lenin y Stalin infravaloraron la gravedad del burocratismo. Al menos, tanto Lenin como Stalin, no hicieron mucho por evitarlo, no hicieron lo suficiente. Lenin tiene más excusa puesto que su enfermedad le postró a una silla y a una cama, y no tuvo tiempo de luchar contra el burocratismo por su muerte prematura. Pero Stalin, ¿qué excusa tiene? No puede descartarse tampoco que Stalin se sintiera prisionero de su propio aparato burocrático que supuestamente controlaba, todo gobernante necesita siempre una “nomenklatura” para poder gobernar. Pero en cualquiera de los casos, de las hipótesis contempladas, quedaría claro que el burocratismo era un peligro inherente al método revolucionario, al hecho de que la revolución fuese monopolizada por un partido, por unas pocas personas. El partido único, la pérdida de protagonismo de las bases, de las masas, facilitaron el burocratismo, si es que no fueron su causa más directa. Al margen de las personas concretas, de las responsabilidades personales, de a quién echamos la culpa, que yo creo que sí tuvieron una gran parte de culpa en la degeneración de la revolución rusa quienes la dirigieron, quienes ostentaron cargos de responsabilidad (otra cuestión es determinar *cuánta* parte de responsabilidad tuvieron en ella), de lo que no puede haber muchas dudas es que el método empleado para hacer la revolución era inherentemente peligroso. Por supuesto, no puede obviarse el complejo y hostil contexto de la época, pero lo que podemos y debemos aprender de la historia es que cuando la revolución es

monopolizada, la revolución tiene una gran probabilidad de degenerar. Que puede sobrevivir temporalmente mediante ciertos métodos indeseables, pero que esos mismos métodos, si no son desechados a tiempo, se vuelven a largo plazo contra la propia revolución. Ésta es la dialéctica de las revoluciones. Los medios determinan el fin. El fin está hipotecado a los medios. El fin no justifica los medios, depende de ellos. Los resultados obtenidos dependen directamente de la manera de hacer las cosas. Lo que facilita las revoluciones en determinados momentos, las imposibilita en otros momentos. A medida que las circunstancias cambian, hay que cambiar el método. En cualquier caso, hay que procurar que la revolución no sea monopolizada por nadie, las masas deben controlar la situación en todo momento. La democracia debe ser máxima. Sólo la democracia puede impedir la degeneración del socialismo. El contexto puede dificultar la implementación de la democracia (en momentos de crisis es muy difícil, por no decir imposible, reaccionar de manera rápida frente a situaciones graves muy cambiantes), pero también las ideologías pueden jugar su papel. Creo que es muy difícil no achacar parte de la culpa de la degeneración de la revolución bolchevique al concepto de la dictadura del proletariado, a la filosofía de que el fin justifica los medios. El contexto y la ideología, los errores y contradicciones de la misma, ambos, posibilitaron el burocratismo, incluso el totalitarismo. Los medios traicionan a los fines.

La verdad sólo puede abrirse camino mediante la razón, mediante su enfrentamiento *igualitario* con la mentira. Y no con la censura o la represión. La izquierda debe batallar por la igualdad de oportunidades, para erradicar *todo* monopolio, no para sustituir unos por otros. Hay que vencer la resistencia burguesa a perder el monopolio de los medios de comunicación, el control ideológico de la sociedad. Una vez que la burguesía es despojada del monopolio ideológico, del control de la sociedad, hay que posibilitar que pueda defender sus ideas también frente a la izquierda, pero en igualdad de condiciones. Los postulados de la izquierda vencerán pronto a los de la derecha en cuanto pueda enfrentarse a ellos en igualdad de condiciones. Simplemente porque la ética (incluso la ética proclamada hipócritamente por la burguesía), la razón, están del lado de la izquierda. Simplemente porque la izquierda defiende los intereses generales, de la gran mayoría de los ciudadanos. Si la izquierda intenta imponerse por la fuerza, por el contrario, no podrá vencer ideológicamente, se lo pone muy fácil a la derecha para vencer ideológicamente. Si la izquierda “supera” a la derecha en cuanto a sus métodos (como así hizo el estalinismo respecto de la democracia liberal, no así respecto del fascismo) entonces la izquierda se condena a sí misma. La derecha se presenta en esas condiciones como víctima, el verdugo puede presentarse en la batalla ideológica como víctima. El uso de la razón de la fuerza es un signo de debilidad en la guerra ideológica, es la semilla del fracaso ideológico. Si condenamos la represión política en las dictaduras fascistas, no podemos dejar de condenarla en las dictaduras de “izquierdas”. Si condenamos la represión política en las democracias liberales (eso sí más sutil, como simplemente la falta de igualdad de oportunidades de las distintas organizaciones políticas, en la que se sustenta el bipartidismo), así debemos hacer cuando no todas las opciones políticas pueden competir en igualdad de condiciones en los regímenes supuestamente alternativos, más todavía cuando se reprime explícita y brutalmente (porque condenar a muerte o al presidio a un disidente político es siempre represión brutal). El socialismo no puede construirse con los mismos métodos del capitalismo o

del fascismo. Al contrario. El socialismo no puede construirse con la dictadura del proletariado, con la imagen especular de la dictadura burguesa, cuyo extremo es la dictadura de corte fascista. **Todos los errores del estalinismo se nutren, en última instancia, del concepto de la dictadura del proletariado. La dictadura del proletariado conduce, tarde o pronto, de nuevo a la dictadura burguesa.** Sólo puede superarse ésta con más democracia, y no con otro tipo de dictadura o con otra democracia viciada o limitada. La izquierda sólo puede vencer a la derecha cuando se enfrenta a ésta de igual a igual, si no se convierte en derecha. Remito al artículo *Izquierda vs. Derecha*.

Los estalinistas se justifican diciendo que muchos de los crímenes cometidos por ellos también fueron cometidos por los capitalistas, pero eso no me parece excusa. No me parece suficiente exculparse uno mismo sacando los trapos sucios del enemigo, diciendo que el enemigo también hacía lo mismo, aunque sea cierto, que probablemente lo es. Es obvia la hipocresía y cinismo de la propaganda capitalista. Esto podemos comprobarlo cada día en la actualidad. Pero quienes aspiramos a un mundo mejor no podemos excusarnos por los males ajenos, no podemos imitar los métodos del enemigo. Debemos defendernos, obviamente, pero debemos también, por encima de todo, intentar distanciarnos lo máximo posible de los métodos del enemigo. En cuanto asumimos sus métodos nos convertimos, tarde o pronto, en él. El fin depende de los medios. El estalinismo se nutrió de la filosofía (ya presente en el marxismo-leninismo) de que el fin justifica los medios y la llevó al extremo. Y, además, la élite revolucionaria se erigió en guardiana de la Revolución, siendo ella sola la que juzgaba qué era contrarrevolucionario o no. Si ya era un error reprimir, condenar, a quien era “contrarrevolucionario”, ese error se agravó cuando quien juzgaba qué era contrarrevolucionario o no era la élite del partido único que monopolizaba el proceso revolucionario. **La revolución sólo puede avanzar, a largo plazo, con la fuerza de la razón, y no con la razón de la fuerza.** El uso de la fuerza debe ser, como máximo, transitorio, excepcional. Con el tiempo, ya vimos a qué nos condujo la filosofía del “todo vale”, de supeditar los medios a los fines, de monopolizar la transición al socialismo, de la represión por la fuerza del enemigo político. Nos condujo de nuevo al capitalismo. Y lo que es peor, facilitó enormemente la demonización del socialismo y del comunismo. La propaganda capitalista lo tuvo bien fácil con semejantes métodos represivos. Al margen de la guerra de cifras sobre cuántos muertos o presos hubo en la URSS. El caso es que hubo represión política, peor incluso que la existente en la mayor parte de regímenes capitalistas. El “socialismo” intentado en la URSS y sus satélites, basado en el erróneo y peligroso concepto de la dictadura del proletariado, se lo puso muy fácil al capitalismo para presentarse ante la opinión pública como adalid de la “libertad”. Una dictadura más camuflada y menos agresiva puede presentarse como “libre” frente a otra dictadura más descarada y agresiva.

Los males atribuidos al estalinismo son achacados por los defensores de Stalin a la propaganda anticomunista. Indudablemente, como ya dije, la propaganda capitalista existió, existe, y seguirá existiendo. La crítica, y la autocrítica, al contrario de lo que piensan muchos estalinistas, son necesarias, imprescindibles, para que la revolución avance, para que el socialismo pueda superar al capitalismo. Indudablemente, la crítica es aprovechada por los elementos contrarrevolucionarios, pero éste es un riesgo que no hay más remedio que correr. La crítica bienintencionada sólo puede ser

detectada mediante el libre debate. Las masas pueden y deben ser las que digan qué es contrarrevolucionario o no. Las masas tienen derecho a equivocarse. Si se equivocan ellas, pueden rectificar, siempre que tengan en todo momento el control de la situación. Pero si una élite les impone la “verdad”, entonces las masas no lucharán por el socialismo, no harán nada cuando otra élite lo liquide. Nadie es infalible ni perfecto, todos necesitamos ser criticados para despojarnos de nuestros errores. Nadie está libre de miserias (más aún cuando no podemos evitar ser contagiados de la mentalidad capitalista, cuyo pilar es el egoísmo, mentalidad de la cual nos costará mucho tiempo desprendernos), todos necesitamos ser controlados por otros para no sucumbir ante nuestras propias miserias. Con suficiente libertad, es posible desenmascarar a la falsa crítica, la crítica destructiva, contrarrevolucionaria. Con suficiente democracia es posible combatir la corrupción, el burocratismo. Sólo la democracia puede sembrar el terreno del socialismo, porque éste debe ser construido con el protagonismo del pueblo, mediante el *poder del pueblo*. Indudablemente, la propaganda capitalista está plagada de mentiras, de tergiversaciones, de exageraciones. ¿Pero acaso no existió también la propaganda estalinista? Indudablemente, las oposiciones a los gobiernos mienten, ¿pero no lo hacen también los gobiernos? Sólo podemos saber quién dice la verdad, cuando podemos contrastar sin limitaciones, cuando tenemos la máxima libertad posible.

A pesar de la propaganda capitalista, lo que no logran explicar los estalinistas es por qué fue necesario construir un muro para evitar las fugas del régimen “socialista” alemán. El muro de Berlín fue el símbolo físico, tangible, del fracaso del estalinismo, de un sistema que necesitó construir obstáculos físicos para evitar que la gente huyera del “socialismo real”. La represión militar por parte del Ejército Rojo de la primavera de Praga en 1968 supuso la demostración más palpable del fracaso de la vía “soviética” al socialismo, de la debilidad de todo el bloque “socialista”. El “socialismo real” sólo podía mantenerse por la fuerza bruta, mediante la coerción, artificialmente. En cuanto la fuerza militar no pudo contenerlo, el Pacto de Varsovia desapareció, e incluso la propia URSS. Lo que no logran explicar los estalinistas es por qué las masas, si tan contentas estaban con el régimen de Stalin, o el de sus herederos, como dicen esos estalinistas, no hicieron nada para evitar su colapso, más bien al contrario. Según algunos estalinistas la culpa de la caída de la URSS es sólo de los “revisiónistas” Jruschov, Brézhnev y Gorbachov. No cabe duda de que Gorbachov, por hablar sólo del último dirigente de la URSS, cometió importantes errores. Según Eric Hobsbawm en su *Historia del siglo XX: Lo que condujo a la Unión Soviética con creciente velocidad hacia el abismo fue la combinación de glasnost, que significaba la desintegración de la autoridad, con una perestroika que conllevó la destrucción de los viejos mecanismos que hacían funcionar la economía, sin proporcionar ninguna alternativa, y provocó, en consecuencia, el creciente deterioro del nivel de vida de los ciudadanos. El país se movió hacia una política electoral pluralista en el mismo instante en que se hundía en la anarquía económica. Por primera vez desde el inicio de la planificación, Rusia no tenía, en 1989, un plan quinquenal. Fue una combinación explosiva, porque minó los endebles fundamentos de la unidad económica y política de la Unión Soviética.*

Pero tampoco cabe duda de que Gorbachov heredó un sistema en franca decadencia, agonizante, que necesitaba urgentemente ser reformado. Las reformas propugnadas

por el último dirigente de la URSS, tal vez, probablemente, llegaban demasiado tarde. Una cosa es el detonante de la implosión de la URSS, y otra muy distinta sus causas profundas. Achacar sólo a Gorbachov y sus errores la desaparición de la URSS equivale a decir que la bomba explota por culpa sólo de la mecha, de la chispa que hace que la dinamita estalle. La URSS ya hacía tiempo que era pura dinamita. Si no se hubieran cometido ciertos errores en la era de Gorbachov, tal vez la URSS no hubiese implosionado. Tal vez, esto nadie puede asegurarlo. Pero no cabe duda de que la labor que le tocó realizar a Gorbachov no fue nada fácil. Si la propia burocracia percibió la necesidad de reformar el sistema, esto es la prueba más contundente de que el sistema estaba ya realmente colapsando, de que estaba en un callejón sin salida. La reforma era inevitable. Y tal vez, probablemente, cualquier reforma hubiera llevado al mismo resultado, es decir, a la restauración capitalista, de una u otra manera, tarde o pronto. China sobrevivió, es verdad, pero ¿podemos afirmar que el régimen chino es comunista, o al menos socialista, que se dirige hacia el socialismo? ¿No podemos decir, por el contrario, que China se parece cada vez más a un país capitalista?

Gorbachov, tal vez, probablemente, minó los fundamentos de la unidad económica y política de la URSS, pero esos fundamentos eran ya muy endeble. Existía un problema mucho más insalvable: la burocracia, por lo menos una gran parte de ella, que controlaba el país desde hacía más de siete décadas, no estaba dispuesta a perder el control, era hostil a cualquier reforma. No cabe duda de que la descentralización económica y territorial puesta en marcha por Gorbachov, el riesgo de desintegración del imperio soviético, jugó también un papel destacado para darle motivos a la facción más conservadora de la burocracia para intentar un golpe de Estado. Pero lo que le preocupaba sobre todo a la burocracia era su propia supervivencia. El burocratismo era un monstruo prácticamente irreformable, como mínimo muy difícilmente reformable. Cabe preguntarse qué le hubiera ocurrido a la URSS si el ala más conservadora de la burocracia no hubiera intentado un golpe de Estado, o si dicho golpe hubiera triunfado. Cabe preguntarse incluso si el golpe o la vuelta para atrás eran inevitables. En cualquier caso, podemos preguntarnos: ¿Le hubiera ocurrido a la URSS lo mismo que a China? ¿Hubiéramos tenido una Unión Soviética con un sistema político monopolizado por un partido “comunista”, al mismo tiempo que una economía cada vez más capitalista? ¿Hubiera podido la URSS seguir compitiendo con los Estados Unidos en la carrera armamentística? ¿Se hubiera desintegrado la URSS de todas formas? Es muy difícil responder a todas estas preguntas. Sólo podemos especular o hablar en términos probabilísticos. Tal vez encontremos las respuestas en lo que le ocurra finalmente al otro gigante “comunista” superviviente: China. O tal vez no, quizás lo que le ocurra al país más poblado de la Tierra no pueda extrapolarse a lo que le hubiera ocurrido al más grande. Pero sí podemos saber a ciencia cierta que el socialismo soviético cayó de manera impactante, nadie podía esperarse semejante y repentino colapso, a pesar de que el sistema parecía estar desde hacía cierto tiempo en franca decadencia. La velocidad de los acontecimientos sorprendió a diestro y siniestro. Ni en los mejores sueños podían imaginarse los apologistas del capitalismo lo que finalmente le ocurrió al “comunismo”. Esto demuestra que el sistema soviético, estalinista en esencia, a pesar de no estar ya vivo Stalin, era muy débil, que se mantenía artificialmente, que estaba en la cuerda floja, que su estado era agónico. Y ello, principalmente, porque no lo

protagonizaba el pueblo. De esto no podemos tener dudas. De esto quien escribe estas líneas no las tiene.

El colapso de la URSS supuso, de facto, el triunfo de una parte de la burocracia sobre otra. La primera pasó a controlar la política (sus cuadros se convirtieron en los “nuevos” dirigentes de las distintas repúblicas ex-soviéticas, empezando por la federación rusa) y la economía (muchos dirigentes “comunistas” se convirtieron en capitalistas, en grandes empresarios que se enriquecieron saqueando los bienes del Estado heredado). La segunda pasó a la oposición política. Mientras que gran parte de cuadros intermedios se adaptaron a la situación y sobrevivieron en sus cargos. La burocracia estalinista sobrevivió al estalinismo, a la muerte de Stalin, y al “socialismo”, a la muerte de la propia URSS, y pasó a dirigir la restauración capitalista, demostrando así, de paso, su esencia burguesa, su verdadera naturaleza. ¿Puede existir mejor prueba de la esencia contrarrevolucionaria de la élite que dirigió lo que se llamaba URSS? La transición en Rusia, y en los países que conformaron la Unión Soviética, se hizo sin un cambio de élite. Si yo hubiera formado parte de la élite de la URSS y fuera un sincero socialista, yo hubiera dimitido, no hubiera proseguido en mi cargo burocrático, no hubiera colaborado con la transición al capitalismo, menos aun la hubiera dirigido, yo hubiera pasado a la oposición, como así hicieron algunos comunistas sinceros (otra cuestión es si su concepto de socialismo es correcto o equivocado). Pero, la burocracia soviética estaba dominada por oportunistas y arribistas, ¡desde hacía ya mucho tiempo! Para muchos estalinistas nostálgicos con el sistema anterior (no estamos hablando de gran parte de la élite estalinista, la cual se ha adaptado perfectamente al nuevo sistema, estamos hablando del estalinista de base o del estalinista de la burocracia soviética que se pasó a la oposición) la gente estaba contenta con el estalinismo. Pero yo me pregunto: si eso fuese cierto, ¿por qué las masas no protestaron por las políticas de los sucesores de Stalin?, ¿por qué las masas no lucharon para volver al estalinismo “puro”?, ¿por qué el pueblo ruso consintió que el régimen soviético colapsara?, ¿por qué la mayor parte del electorado dio la espalda al partido comunista ruso? Los trotskistas acusan a Stalin de traidor, los estalinistas acusan a Trotsky, Jruschov, Brézhnev y Gorbachov de traidores. Pero todas estas disputas demuestran, precisamente, que el “socialismo” ruso estaba en muy pocas manos, que dependía casi por completo de la élite del partido único, autoerigido como el único guardián de la revolución socialista. Esa misma élite que, en gran parte, no tuvo ningún reparo en adaptarse al capitalismo, en convertirse en la “nueva” élite capitalista. La contrarrevolución ya había echado raíces desde hacía muchas décadas, más en concreto, desde el triunfo del estalinismo. La caída de la URSS fue el acto final de un largo proceso contrarrevolucionario que se remontaba hasta la época de Lenin. Podemos incluso decir, ya puestos, que la contrarrevolución hundía sus raíces ideológicas en las propias contradicciones del marxismo, en el fatídico concepto de la dictadura del proletariado. ¡No perdamos de vista la conexión de los hechos, la conexión entre el presente y el pasado, entre lo material y lo inmaterial! ¡No perdamos de vista la dialéctica!

Ludo Martens, quien achaca al revisionismo de Jruschov, Brézhnev y Gorbachov la caída del “socialismo real”, comenta en su interesante libro *La URSS y la contrarrevolución de terciopelo*:

Nosotros estábamos de acuerdo que después del período de Brézhnev, había que permitir la expresión de diferentes ideas, siempre sobre una base socialista. El pensamiento revolucionario no podía renovarse y fortalecerse más que a través de la lucha contra las corrientes burguesas.

Pero, yo me pregunto, le pregunto al lector, le preguntaría al señor Martens: ¿Cómo pueden *renovarse y fortalecerse* las ideas revolucionarias sin enfrentarse *de igual a igual* a las ideas contrarrevolucionarias? ¿Cómo es posible hacerlo si las ideas opuestas son reprimidas, si sólo se permite la expresión de ideas, *siempre sobre una base socialista*? ¿No es obvia la contradicción en que cae Ludo Martens? ¿Le gustaría a él que sus libros fuesen prohibidos porque alguien considerase que sus ideas en verdad no tienen *una base socialista*? ¿Cómo saber si realmente él tiene razón o sus contrincantes, sin el contraste libre entre las ideas opuestas? Este señor sigue preso del pensamiento estalinista que estipula que la mejor, la única manera eficaz de luchar ideológicamente es acallando al enemigo, cuando es precisamente lo contrario: **la verdad sólo puede abrirse camino si todas las ideas pueden enfrentarse entre sí en igualdad de condiciones**. No puede cuando no lo hacen en igualdad de condiciones (como así ocurre en el capitalismo, donde triunfa el pensamiento único burgués, que no tiene nada que ver con la verdad). ¡Pero tampoco puede cuando no se enfrentan (como así ocurre en las dictaduras estalinistas)! Frente a la estrategia ideológica burguesa que impide la imprescindible lucha *igualitaria* entre las ideas (imprescindible para llegar a la verdad, para lograr una sociedad más libre y justa, más estable, con mayores posibilidades de no autoextinguirse, de prosperar), el estalinismo apostó, y sigue haciéndolo (¡no ha aprendido nada de las experiencias prácticas históricas!), por la *represión* de las ideas opuestas. ¡La dictadura burguesa es más inteligente (y más hipócrita) que la dictadura “proletaria”! No es de extrañar que mucha gente, la mayoría, incluso las masas proletarias, prefieran la dictadura burguesa a la autoproclamada “proletaria”. Ése fue el principal error metodológico del “socialismo real”, error sustentado en una interpretación muy peligrosa del concepto marxista de la dictadura del proletariado, es decir, sustentado en el principal error ideológico del marxismo-leninismo, en el talón de Aquiles del propio marxismo; es, decía, el principal error ideológico que causó la degeneración de la revolución rusa: el acotar la libertad de expresión, el poner límites a la democracia, el apostar por la represión del contrario (incluso cuando el contrario ya ha sido despojado del monopolio económico, político e ideológico), el sustituir un monopolio por otro, en vez de combatir *todo* monopolio, en vez de apostar por el enfrentamiento, de igual a igual, con el enemigo. Al adoptar los métodos de la derecha, la izquierda se mutó en derecha. Remito, una vez más, a mi artículo *Izquierda vs. Derecha*, el cual es un extracto de mi libro *La causa republicana*.

¿Tan poca fe tienen esos supuestos “socialistas” en sus propias ideas para temer el enfrentamiento ideológico con sus contrincantes? ¿Tan poca fe tienen en las masas para salvaguardarlas de ideas peligrosas del enemigo, para ejercer de guardianes espirituales de las masas “ignorantes”? ¿No pecan esos “socialistas” de blanquistas? ¿No conduce esa filosofía de unos pastores que se autoproclaman como los únicos poseedores de la Verdad a que el rebaño sea cada vez más rebaño, a que el rebaño no pueda emanciparse por sí mismo? ¿Puede el rebaño emanciparse si no lo hace él mismo? ¿Puede la libertad alcanzarse si no la conquista uno mismo? ¿Es la libertad regalada o conquistada? ¿No decían los padres del marxismo y sus más aventajados

discípulos que la emancipación del proletariado debía ser obra del propio proletariado? ¿Cómo va a hacerlo si existen algunos pastores que se autoerigen en sus guardianes ideológicos, si impiden que las masas puedan contrastar libremente, sin limitaciones, entre ideas opuestas para sacar sus propias conclusiones? Este paternalismo, ideológico y político, no podía conducir de ninguna de las maneras al socialismo, menos al comunismo (la sociedad emancipada), más allá de ciertas conquistas materiales temporales. En dicho paternalismo está el origen ideológico del mal, del fracaso del “socialismo real”. El propio concepto de la dictadura del proletariado, al menos la interpretación que hizo de él Lenin, que fue a su vez tergiversada todavía más por Stalin, tiene que ver en gran parte con ese paternalismo. Es obvio que la resistencia burguesa a perder el control de la sociedad debe ser combatida, pero esto no significa que sólo pueda hacerse de una sola manera: reprimiendo toda idea que no concuerde con las ideas de la élite que monopoliza la revolución. Si la izquierda es capaz de establecer unas condiciones, políticas e ideológicas, donde *todas* las ideas puedan ser conocidas *por igual*, donde todas puedan confrontarse entre sí *en igualdad de condiciones*, entonces las ideas de la izquierda revolucionaria ganarán la guerra ideológica, pero no sólo a corto plazo (o no tan corto, pues la ideología burguesa lleva mucha ventaja, unos cuantos siglos), sino que a largo plazo. No creer esto es no creer en la justeza de las ideas del socialismo y del comunismo, supone no creer que la verdad esté de nuestro lado. Basta reprimir ciertas ideas para que mucha gente piense que son las correctas, precisamente por ser reprimidas. Las ideas capitalistas conquistaron a las masas de los países más allá del telón de acero cuando cayó el muro de Berlín, dichas masas fueron engañadas por las falsas promesas de El Dorado capitalista, porque, entre otros motivos, dichas ideas capitalistas fueron reprimidas durante mucho tiempo por sus regímenes.

Quien cree que está más cerca de la verdad que otros no elude el enfrentamiento ideológico, ¡al contrario! Quien muestra mayor determinación para dar voz al contrincante demuestra más seguridad en sus ideas, y esto no pasa desapercibido ante las masas. Si esto es cierto siempre, más lo es todavía a medida que la ciudadanía está mejor formada. La izquierda sólo podrá ganar la guerra ideológica, y por tanto la política, y por tanto la económica, si logra establecer condiciones de *igualdad* en el “ring” ideológico y político. **La izquierda, al contrario que la derecha, necesita imperativamente la libertad, la democracia, las más amplias posibles.** Por miedo a perder la *batalla* ideológica en el recién implantado nuevo régimen soviético, miedo que hizo que el partido bolchevique monopolizara el poder, que reprimiera a los contrincantes cada vez más para asentar el régimen, finalmente se perdió la *guerra* ideológica, política y económica. **El socialismo debe ser construido con una mentalidad de largo plazo.** Y esto implica intentar ganar las *batallas* decisivas, a corto plazo, pero sin comprometer la propia *guerra*, sin hipotecarse al largo plazo. Las derrotas puntuales son inevitables y ni ellas, ni las victorias, deben comprometer la lucha a largo plazo. La guerra política e ideológica de la izquierda contra la derecha no puede ser ganada con la represión política e ideológica del enemigo, con los métodos del enemigo, con métodos aún más agresivos que los del enemigo, con los de su facción más radical (el fascismo, el autoritarismo). El socialismo, la emancipación social, no puede construirse de la misma manera que el capitalismo. La represión puede posibilitar ciertas victorias *parciales*, con ella es posible ganar ciertas *batallas*, pero la *guerra* finalmente se pierde. Y esto es tanto más

cierto cuanto mayor sea la represión, cuanto mayor y más burda sea respecto de la ejercida por el enemigo. El “socialismo real” colapsó y dio lugar al capitalismo, entre otros motivos, porque ejerció más represión, más brutal, menos disimulada, que el propio capitalismo. Éste sobrevive más porque, entre otros motivos, su dictadura es normalmente más sutil, más disimulada, menos basta (salvo cuando la burguesía recurre a las dictaduras sin disfraz para salvar su sistema). La emancipación del individuo y de la sociedad nunca podrán alcanzarse reprimiendo a nadie, por lo menos una vez pasado el periodo *transitorio* en que las minorías que reprimen (aunque lo hagan sutilmente), que monopolizan, dejen de reprimir, dejen de monopolizar. No es lo mismo reprimir que impedir que se reprima. La transición del capitalismo al socialismo deberá lograr que quienes reprimen o monopolizan en la actual sociedad capitalista dejen de hacerlo, dejen de reprimir, dejen de monopolizar, de controlar la sociedad. ¡Ni más ni menos! ¡No se trata de reprimirlos sino de impedir que ellos sigan haciéndolo! No se trata de quitar derechos, sino privilegios. Se trata de llevar a la práctica la igualdad. Entre personas, entre ideas, entre partidos. En el ámbito ideológico, en el político, en el económico.

Todas esas acusaciones mutuas entre distintas facciones heredadas del bolchevismo demuestran, precisamente, que las masas no pintaban casi nada en la URSS. Que los acontecimientos dependían de “traiciones personales”. Y ese, precisamente, fue el principal problema de fondo del socialismo soviético: que se construía a espaldas, cuando no en contra, de las masas, del proletariado, del pueblo. No es de extrañar que las masas no defendieran el sistema soviético, no es de extrañar que no lucharan ahora por él. El socialismo implementado en la URSS, salvo en sus principios, era casi algo ajeno, por no decir molesto, a las masas. De hecho, las masas se manifestaron en la calle contra el golpe de Estado de 1991 del ala más conservadora (es decir, inmovilista) de la burocracia soviética. Aunque, según Eric Hobsbawm, una gran parte del pueblo ruso, más aun del pueblo de la Unión Soviética, permaneció pasiva ante los acontecimientos. Pero, desde luego, no se vieron manifestantes en las calles apoyando a los golpistas. Dicho golpe de Estado supuso el fin de la URSS, el acto final de un sistema que colapsaba desde hacía tiempo. La decadencia del “socialismo real” era bien visible. Lo que no podía preverse certeramente era *cómo* y *cuándo* se resolverían las intensas contradicciones de la Unión Soviética. Desde 1970 su economía se ralentizaba año tras año, quinquenio tras quinquenio. El producto interior bruto, la producción industrial, la producción agrícola, las inversiones de capital, la productividad del trabajo, el ingreso real per cápita, caían de manera constante. Incluso algunos parámetros sociales que miden la calidad de vida de las personas, como la esperanza de vida, se estancaban. No sólo se ralentizaba la creación de riqueza, sino que también la mejora de la calidad de vida, objetivo supremo del socialismo. Sin contar (¡como si no contara!) la escasa libertad de que disponían los ciudadanos. Pues no lo olvidemos, el socialismo no sólo busca satisfacer las necesidades físicas, básicas, de los seres humanos, busca también satisfacer las intelectuales, las psicológicas, entre las cuales la libertad ocupa un lugar primordial. La brecha económica respecto de los países capitalistas aumentaba, en vez de disminuir (como así ocurrió en las primeras décadas de la URSS). La economía no puede funcionar sin algo que la regule. Ese algo es el mercado en el capitalismo. Ese algo es el pueblo en el socialismo. Quienes gestionan la economía deben responder siempre ante algo externo. La parálisis, la atrofia del régimen soviético controlado de manera

absolutista por una burocracia que se situaba por encima del pueblo, fue la principal causa “técnica” del colapso de la URSS, como consecuencia de la decadencia que sufría el régimen “soviético” desde hacía cierto tiempo. Colapso que no fue más que el estallido de las contradicciones del régimen. Sin embargo, la principal causa (ideológica) de fondo del fin de la URSS, y de sus “repúblicas populares” satélites, fue el método empleado para construir el socialismo, método sustentado en ciertos errores ideológicos, siendo el más grave de ellos el mismo concepto de la dictadura del proletariado, agravado por la peor interpretación habida y por haber que se hizo del mismo. Un método inadecuado, entre otras cosas, dio lugar al burocratismo que, con el tiempo, lejos de disminuir fue aumentando progresivamente hasta alcanzar proporciones gigantescas, lo cual provocó el derrumbe del sistema.

Como nos recuerda Hobsbawm, el propio Marx nos da la explicación más contundente del colapso del “socialismo real”:

En la producción social de sus medios de subsistencia, los seres humanos establecen relaciones definidas y necesarias independientemente de su voluntad, relaciones productivas que se corresponden a un estadio definido en el desarrollo de sus fuerzas productivas materiales... En un cierto estadio de su desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones productivas existentes o, lo que no es más que una expresión legal de ello, con las relaciones de propiedad en las que se habían movido antes. De ser formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se transforman en sus grilletes. Entramos, entonces, en una era de revolución social.

El estalinismo permitió durante cierto tiempo el crecimiento económico, el avance hacia el socialismo, a pesar de sus graves carencias. Pero en determinado momento, se convirtió en obstáculo. En verdad podríamos incluso decir que se avanzó hacia el socialismo a pesar del método empleado, a pesar de sus errores, hasta que éstos hicieron imposible el avance. La propiedad social de los medios de producción y la planificación económica posibilitaron un espectacular crecimiento económico y grandes mejoras sociales, pero la falta de control democrático de la gestión política y económica acabó por pasar factura. El capitalismo de Estado tiene los días contados, deriva en socialismo o en capitalismo privado. Lo realmente chocante es que el “socialismo real” colapsó mucho más rápidamente que el capitalismo, que era el sistema en el que pensaba Marx, sobre todo, cuando postuló su teoría, impregnada de la ley dialéctica de la conversión de la cantidad en calidad. ¿Por qué fracasó el “socialismo”? ¿Por qué tuvo una vida tan corta? Esto sólo puede explicarse por el hecho de que sus contradicciones eran más intensas y profundas que las del capitalismo, incluso porque sus contradicciones aumentaron en el tiempo, en vez de disminuir. El “socialismo real” fracasó porque era poco socialismo, porque lo que no era en él socialismo acabó imponiéndose sobre lo que sí era socialismo. Y es que la dictadura económica es compatible con la dictadura política, bajo sus distintas formas. El capitalismo sobrevive, a pesar de sus contradicciones internas, con la oligocracia o con la dictadura sin disfraz. Su sistema económico es regulado por el mercado. Sin embargo, por el contrario, el socialismo sólo puede sobrevivir con la auténtica democracia. Sin democracia el socialismo carece de su faceta fundamental. El socialismo es ante todo democracia. La propiedad social de los medios de producción

no es un *fin* en sí mismo, es el único *medio* de que la economía sea gestionada democráticamente. No puede gestionarse lo que no se posee. El pueblo debe poseer los medios de producción, por lo menos los principales, para poder gestionarlos democráticamente. Pero si dicha propiedad social no se ve acompañada de la más amplia democracia, tarde o pronto resulta insuficiente, incluso contraproducente. Surgen contradicciones, o se agravan, hasta el punto de hacer insostenible todo el sistema. **La democracia económica sólo puede prosperar con la democracia política, y viceversa.** El sistema económico del socialismo debe ser también regulado, pero por el pueblo. El “socialismo” soviético tenía irresolubles contradicciones que tarde o pronto, más pronto que en el capitalismo, iban a estallar. Como estoy intentando demostrar a lo largo de este libro, dichas contradicciones se nutrieron de una profunda contradicción ideológica: la dictadura del proletariado. Éste concepto es la raíz (ideológica) del problema.

La China “comunista” está sobreviviendo porque está resolviendo, por ahora, sus contradicciones de cierta manera, pero a costa de renunciar, al menos de momento, al socialismo, logrando compaginar la dictadura política con la dictadura económica, no la de la burocracia sino que la del mercado. La burocracia somete progresivamente su gestión al mercado, en vez de al pueblo. De esta manera es posible seguir generando riqueza al mismo tiempo que acapararla, tal como ocurre en el capitalismo, con la diferencia de que en el capitalismo quien acapara la riqueza es la clase empresarial, que ostenta el monopolio de los medios de producción, sustentado en su propiedad privada, mientras que en el estalinismo quien acapara la riqueza (aunque en menor grado) es la “clase” burocrática, que también ostenta el monopolio de facto de los medios de producción, pero esta vez sustentado en el monopolio político, no en la propiedad formal de dichos medios. Desde el punto de vista práctico, el problema es fundamentalmente el mismo: la economía es gestionada por minorías. Esas minorías sobreviven, y con ellas el sistema, si se someten ante algo externo a ellas. Si ese algo es el mercado es posible crear riqueza. Si ese algo es el pueblo es posible, además, repartirla. El socialismo busca crear riqueza y repartirla. Para repartirla quienes la gestionan deben someterse al control popular. Es la mejor garantía, mejor dicho, la única. Cuanto mayor control popular, mayor probabilidad de que la riqueza sea disfrutada por el conjunto de la ciudadanía. No cabe duda de que hay élites y élites, de que algunas hacen más por sus pueblos que otras, pero tampoco cabe duda de que depender de una élite es siempre un alto riesgo. En China la burocracia sobrevive porque es cada vez más el mercado el que regula la economía. Cabe preguntarse si alguna vez China alcanzará el socialismo sin dar el protagonismo a las masas, sin el desarrollo de la democracia. No parece que sea ésa la tendencia en el gigante asiático. No parece que el método empleado en China, en esencia estalinista, conduzca al socialismo, menos aun al comunismo. Más bien parece todo lo contrario. China se encamina hacia el capitalismo, el riesgo de restauración capitalista es cada vez mayor en ese país.

Y es que el socialismo no puede construirse sin el protagonismo de las masas, como dijo en su día Lenin. Con elegibilidad, revocabilidad, transparencia, mandato imperativo, libertad de opinión, libertad de asociación, cuando los dirigentes responden ante las bases, ante las masas, ante el pueblo, cuando nadie, ningún partido, ninguna persona, ninguna camarilla, monopoliza el gobierno de un país, en suma, con

suficiente democracia, las posibilidades de las traiciones personales disminuyen considerablemente, el peligro del burocratismo se aleja, la incompetencia y la corrupción desaparecen, o por lo menos son acotadas. **Sólo puede lograrse un sistema que compagine justicia social con eficiencia mediante la democracia.** Justicia social porque cuando el control lo tiene el conjunto de la ciudadanía, ésta no se va a perjudicar a sí misma, actuará para beneficiar a la inmensa mayoría, y al mismo tiempo para respetar los elementales derechos de cada individuo. Eficiencia porque cuando los gestores responden ante los gestionados la gestión mejora. Quienes critican a Stalin por romper con Lenin, o, en el bando contrario, a Jruschov, Brézhnev y Gorbachov por romper con Stalin, no nos explican cómo fueron posibles semejantes “traiciones”, cómo podrían haberse evitado. Fueron posibles porque el devenir de los acontecimientos dependía primordialmente de la élite revolucionaria, de quienes dirigieran y controlaran el partido único. El método revolucionario, el monopolio político, posibilitó, por lo menos facilitó enormemente, la contrarrevolución (sin entrar en saber quién era realmente contrarrevolucionario). Muchos de quienes acusaban a los rivales de “traidores” contribuyeron de alguna forma a posibilitar dichas “traiciones”. Contribuyeron al participar, en mayor o menor medida, en una metodología que conducía, de manera casi inevitable, por ser prudente, a las “traiciones”. La verdadera traición consistió en no contar con las masas, en imponerse a ellas, en construir el socialismo sólo desde arriba, en no desarrollar la democracia, en construir un “nuevo” sistema que se parecía demasiado al anterior en algunas cuestiones metodológicas fundamentales, que lo empeoraba incluso. No puede pretenderse que un sistema construido *a pesar* del pueblo, en vez de *gracias* a él, sea defendido por el pueblo. No puede pretenderse que un sistema que busca beneficiar al conjunto de la sociedad, dependa tan sólo de una élite ajena al pueblo, apartada de él, cada vez más alejada de él.

El socialismo, a diferencia del capitalismo, debe ser construido por el *conjunto* de la ciudadanía. A diferencia del capitalismo porque éste busca beneficiar tan sólo a ciertas minorías. Parafraseando a Trotsky cuando hablaba de la necesidad de la democracia en la economía, **el socialismo necesita la democracia como el ser humano el oxígeno.** Con un socialismo construido con la participación amplia y activa del pueblo es mucho más difícil sucumbir ante la involución, regresar al capitalismo. Si se logra un sistema que funcione, que compagine cierta eficiencia económica con libertad y justicia social, y esto sólo es posible lograrlo con el *poder del pueblo*, con una amplia y profunda democracia que abarque a todos los rincones de la vida social, al político, al económico, al ideológico, si se logra un sistema donde el pueblo se acostumbre a participar activamente en las decisiones que le afectan, si en dicho sistema los ciudadanos perciben que su participación es útil, que consiguen resultados concretos que les hacen vivir mejor, física y psicológicamente, ¿alguien cree que el pueblo se quedaría de brazos cruzados si algún dirigente pretende volver al capitalismo, o quitarle poder? En el socialismo, a diferencia del capitalismo, las masas deben ser activas, no deben sucumbir ante la apatía. Y no deben hacerlo porque el socialismo se construye con el poder popular, cuando millones de personas se involucran personalmente día a día en su construcción. La apatía de las masas, que no movieron un dedo para evitar la restauración capitalista en Rusia, es una de las pruebas más contundentes del fracaso del socialismo “soviético”. Un claro síntoma para saber si el sistema socialista se va implantando o no es la actitud de las masas. Si el pueblo

permanece apático, o peor aún se vuelve cada vez más apático, si su apatía no disminuye considerablemente en el tiempo, si su actitud es parecida a la que tienen las masas en los países capitalistas, es que vamos por muy mal camino.

Lógicamente, tras siglos de capitalismo, de “democracia” de baja intensidad, las masas, salvo momentos muy puntuales como los estallidos sociales, son bastante pasivas. No es posible cambiar la mentalidad de las personas de la noche a la mañana. Pero desde el principio la transición al socialismo debe fomentar de todas las maneras posibles la participación activa y continua de la gente. Y la única manera que tiene la gente de querer participar más es participando, es dándole opciones reales de participar en los asuntos que le incumben, es dándole poder. Si la gente comprueba en la práctica que su participación sirve de algo, entonces participará cada vez más. Como dice David Held: *Las personas son capaces de aprender a participar participando, y estarán más dispuestas a buscar participar si confían en que su aporte en el proceso de toma de decisiones es tomado en cuenta.* **El socialismo debe echar profundas raíces en el pueblo. Sólo así puede sobrevivir y prosperar a largo plazo.** Los ciudadanos deben estar convencidos por sí mismos de la necesidad del socialismo. La vanguardia revolucionaria debe convencer, no imponer, debe orientar, no suplantar, debe servir al pueblo, no servirse de él, debe estar por debajo de él, y no por encima, debe ser controlada por el pueblo, y no controlarlo a él, debe luchar en igualdad de condiciones frente a todos sus enemigos por el poder político, y no monopolizarlo, debe ganárselo, y no garantizárselo. Las masas pueden necesitar cierto empujón inicial, pero deben aprender a moverse por sí mismas, a no depender de élites. Y todo esto no es posible con un régimen de partido único, o de ideología única. **Toda revolución monopolizada por cualquier minoría acaba derivando en contrarrevolución.** Todas las experiencias revolucionarias de la historia lo atestiguan irrefutablemente. Ésta es una lección vital que nunca debemos olvidar. Cuanta más gente participe en la revolución, más posibilidades de que la revolución se asiente, prospere y sobreviva.

Lo que no logran explicar los apóstoles de Stalin es por qué ahora las masas rusas, que pueden comprobar de primera mano en qué consiste el nefasto capitalismo, no luchan por restaurar el “amado” sistema soviético del pasado reciente, no se manifiestan masivamente contra el nuevo capitalismo ruso, a favor del socialismo soviético. Esto podría explicarse satisfactoriamente si sus condiciones materiales de existencia fuesen ahora mejores, lo cual no parece ser el caso (y esto fue especialmente cierto en los años críticos de transición del viejo sistema al nuevo, cuando se reinstauró el capitalismo). Y si dichas condiciones materiales fuesen ahora mejores, entonces eso significaría que el “socialismo” fracasó, pues su principal objetivo es lograr mejores condiciones de vida, materiales e inmateriales, para la inmensa mayoría. Si suponemos, como así parece ser, que ahora grandes masas de la población rusa viven peor que en el anterior régimen (como así nos dicen ciertos informes de la misma ONU), si, por lo menos suponemos que no viven mejor, que existió un gran coste social por el paso del “socialismo” al capitalismo, entonces debemos recurrir a los factores subjetivos para intentar explicar por qué el socialismo no se reinstaura en la Rusia actual. Hay una razón muy sencilla que puede explicar convincentemente por qué ahora, por el momento, las masas rusas no se rebelan contra el nuevo capitalismo que sufren. Y es que no ven perspectivas, para ellas el

capitalismo actual es mejor, o por lo menos no es peor (a pesar de que no es todo lo maravilloso que pensaban) que el “comunismo” que han conocido. Si, como dicen los estalinistas, el sistema anterior era tan bueno para el pueblo, para la inmensa mayoría del pueblo ruso, éste tendría razones más que suficientes para hacer ahora, en el siglo XXI, la revolución socialista: los rusos ya han probado otro sistema, ya saben que hay alternativas al capitalismo. ¿Por qué no se rebela el pueblo ruso? ¿Por qué el partido comunista ruso, heredero del anterior sistema, no gana las elecciones? Porque el sistema “comunista”, que tan querido fue según los estalinistas, no lo desea tener de nuevo el pueblo ruso, al menos una gran parte del mismo. ¡A pesar de todos los inconvenientes del feroz, bárbaro y mafioso capitalismo que se ha implantado en Rusia! Y esto es una de las pruebas más palpables del fracaso del socialismo intentado en la URSS. Pero también el hecho de que el partido comunista ruso sea actualmente el segundo en importancia y obtenga grandes resultados electorales (aunque con muchos altibajos) prueba que el socialismo en la URSS tenía también ciertas virtudes. Si hubiese sido un sistema con claras y rotundas virtudes, por lo menos con respecto al capitalismo, probablemente, el partido comunista ruso actual arrasaría en las elecciones. Incluso, probablemente, el pueblo se hubiera opuesto activamente en las calles a la desintegración de la URSS, a la caída del régimen soviético. Pero no es así, no fue así. A pesar de que el pueblo de la URSS se pronunció a favor del mantenimiento de la Unión, salvo en algunas repúblicas donde se boicoteó el referéndum del año 1991.

Si durante la época soviética el pueblo hubiera disfrutado de una amplia democracia, la escasa democracia actual existente en Rusia (denunciada incluso a veces por las democracias burguesas de Occidente) hubiera sido muy contestada, pero, al contrario, para el pueblo ruso ahora hay más democracia, el pluripartidismo y el poder elegir a su parlamento y a su jefe de Estado ya le parecen una gran conquista democrática, como de hecho lo es, conformándose así con una democracia de muy baja intensidad. De esto sabemos mucho en España: tras la dictadura de Franco se implantó en nuestro país una democracia de peor calidad que la de nuestros vecinos europeos, no se nos dio la opción ni siquiera de elegir entre República y Monarquía, se nos hizo el chantaje de elegir entre una democracia coronada o nada, pero para el pueblo español estas migajas eran mucho, los españoles nos conformamos con ellas viendo lo que teníamos hasta hace poco, ese pequeño paso nos pareció un gran paso, al menos por el momento. Y es que la democracia es mucho más que el pluripartidismo y el sufragio universal, pero quien no ha disfrutado de éstos suele identificarlos por completo con aquélla, más que quien lleva tiempo comprobando que no es suficiente con poder depositar una papeleta en una urna cada X años para que el pueblo ostente el poder. Se necesita, además, sobre todo, llevar a la práctica el principio de la igualdad (en la vida en sociedad quien dice igualdad dice libertad), entre las ideas y entre los partidos políticos (hablando de la democracia política), al menos cierta igualdad suficiente. Se necesita, además, también una verdadera separación de poderes, implementar la revocabilidad, cierto mandato imperativo, etc., etc., etc.

Por consiguiente, si bien el estalinismo logró que la Unión Soviética se convirtiera en la segunda potencia mundial, a largo plazo, analizando la historia en una escala temporal suficientemente amplia, fue un rotundo fracaso. Propició la restauración capitalista. Y lo que es peor aún, impregnó en las mentes de las masas, de una gran parte de ellas,

la idea de que el “comunismo” es inviable y perverso, peor que el capitalismo. La propaganda capitalista ha podido contribuir decisivamente a este prejuicio en las masas de los países que no probaron el estalinismo, pero no así en las poblaciones de los países que sí lo probaron. No puede explicarse el rechazo al “socialismo” por parte de la mayoría de los rusos por culpa exclusivamente de la propaganda capitalista. Ellos saben muy bien lo que vivieron en sus propias carnes, a diferencia de los ciudadanos de países capitalistas que no han probado ningún tipo de “socialismo”. Si Yeltsin o Putin usaron en sus campañas electorales el miedo al riesgo de volver a lo anterior, representado según ellos por el nuevo partido comunista ruso, el principal enemigo político de dichos dirigentes, y eso les dio grandes resultados, es porque la gente en Rusia, por lo menos mucha, tiene miedo de volver a lo anterior, y lo tiene porque lo anterior le gusta todavía menos, aunque tampoco le guste lo actual. En España el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) usa convenientemente el miedo a la derecha heredera del franquismo, como es en esencia su principal opositor, para mantenerse en el poder. No por casualidad el PSOE, que de hecho hace la misma política económica que sus contrincantes de la derecha, en una época de claro predominio internacional de la derecha, en la época dorada del neoliberalismo, ha sido el partido que más tiempo ha gobernado, y con mucho, durante los años de reinado de Juan Carlos I. Sin el PSOE el régimen actual no podría sostenerse. El PSOE se ha convertido en el principal aliado político de la oligarquía franquista que perpetuó su dominio en la sombra. Y ello fue posible, sobre todo, gracias al miedo existente en la mayor parte de la ciudadanía española a la derecha más rancia, a volver a un pasado aún peor. A su vez, ese miedo, del que es consciente el partido de la derecha, el Partido Popular (PP), hace que éste se contenga, por lo menos algo, y eso contribuye al equilibrio del sistema. El sistema se desmoronaría sin ese equilibrio, sin ese bipartidismo sustentado en el miedo al pasado reciente. Ese bipartidismo protagonizado por dos facciones de la derecha real es el principal componente del disfraz de democracia existente en la España post-franquista, mejor dicho, neofranquista. Así se aparenta cierta pluralidad, así el régimen de partido único, de ideología única, mucho más elaborado e inteligente que el que existió en el “socialismo real”, se perpetúa, con la complicidad de la ciudadanía. ¿Qué mejor dictadura puede existir que una que aparenta lo contrario de lo que es y que es avalada en las urnas por el propio pueblo? La “democracia” burguesa es la cumbre evolutiva de las dictaduras, es la dictadura más perfecta inventada hasta la fecha.

2.7. La importancia de los factores subjetivos

Afortunadamente, poco a poco, lentamente, demasiado lentamente para algunos ciudadanos como el que teclea el ordenador en estos momentos, cada vez más gente escapa de ese chantaje emocional, escapa de ese pensamiento, que tan bien le viene al sistema actual, de que más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer, ese pensamiento que explota convenientemente el miedo al pasado reciente para decir que lo actual es lo único posible, es lo mejor que podemos tener. Algo parecido, salvaguardando distancias, ocurre en la Rusia actual. Sin embargo, ese miedo, a medida que pasa el tiempo, va siendo poco a poco superado, en verdad olvidado (especialmente por las nuevas generaciones en las que no cala el mensaje del miedo a un pasado que les es ajeno e indiferente) y debe ser sustituido por el pensamiento capitalista único. El miedo a lo anterior va dando paso al sentimiento de que no hay alternativas, de que no es posible un futuro diferente. A medida que desaparece el pasado en la mente colectiva se hace imprescindible hacer también desaparecer en ella todo futuro que no sea la simple continuación del presente, que no sea esencialmente igual al presente. El futuro sólo consiste para la mente colectiva controlada en una sociedad organizada de la misma manera, pero con mucha más tecnología, o en el Apocalipsis. Sólo es posible la evolución tecnológica, no así la social, o el fin de la humanidad. Sólo existe futuro para la tecnología, no así para el ser humano. En la mente colectiva será posible en el futuro cualquier hito tecnológico o científico, ya sea viajar a las estrellas, incluso tal vez en el tiempo, ya sea colonizar lejanos planetas, pero el sistema económico, humano o extraterrestre, nunca podrá prescindir de las sacrosantas e inmutables propiedad privada de los medios de producción y competencia. Cuando el miedo al pasado ya no es suficiente para controlar a las masas, se recurre al desánimo, incluso al derrotismo, los cuales ambos provocan la apatía, se recurre a la negación de todo futuro que contradiga el presente en lo más esencial. La utopía desaparece o se vuelve inofensiva. El socialismo científico vuelve a ser utópico. La religión vuelve con fuerza. La gente recurre a las plegarias o pone su futuro en manos de la Diosa Fortuna. La humanidad vuelve a poner su destino en manos divinas, es decir, en manos ajenas, la humanidad deja de creer en sí misma.

El presente, el cual se resalta frente a peores pasados, cuyas diferencias respecto del pasado se explotan para justificarlo, para asentarlo, el cual fue producto de un cambio respecto al pasado, se vuelve estático. La historia se detiene, la historia llega a su fin, cuando ha llegado a la etapa que interesa a quienes, por ahora, la dominan. El cambio, omnipresente a lo largo de todo el tiempo desde los inicios del Cosmos, a lo largo de toda la historia de la humanidad, de repente, por arte de magia, sin saber por qué, desaparece. El cambio, el ADN del Universo, se evapora súbitamente, según postulan los apóstoles del nuevo milenio. Quienes nos decían que el pasado era peor, es decir, diferente del presente, ahora nos dicen que el presente ya no puede ser diferente, que sólo puede ser en todo caso como así fue el pasado. O ese pasado o el presente. ¿Dónde está el futuro? Si nuestros antepasados hubieran pensado así, ¿hubiese sido posible evolucionar? ¿No es evidente la profunda contradicción en la que caen los apóstoles actuales del orden establecido? ¿No es evidente por qué lo

hacen? ¿No suena a chantaje? ¿Por qué fue posible establecer el actual orden y ya no es posible establecer ningún otro? ¿Por qué fue posible evolucionar hasta ahora y ahora ya no es posible seguir evolucionando? ¿Por qué sólo puede haber evolución tecnológica y no social, política o económica? ¿Por qué sólo pueden evolucionar las ciencias exactas, y no las sociales? ¿Cómo es posible tener la certeza del fin de la historia humana, de la extinción de todo cambio social? ¿En base a qué? ¿Esta “certeza”, por el contrario, no contradice *toda* la historia, humana y no humana?

La izquierda debe combatir esos *sentimientos* de miedo y apatía con *razonamientos*, con memoria histórica, con coherencia, con acción ejemplar, con librepensamiento. Pero también debe combatir esos sentimientos negativos con otros sentimientos más positivos, la desesperanza con esperanza, el egoísmo con solidaridad, la pasividad con activismo, la indiferencia con amor, a uno mismo y al prójimo, a la humanidad en general. La mala actitud, fomentada por el sistema para su supervivencia, debe ser combatida con otra actitud. No sólo se trata de informar y formar mejor a la ciudadanía, de mejorar sus aptitudes, sino también, por encima de todo, de que la gente cambie radicalmente su actitud. No sólo hay que combatir la fe ciega con la razón, sino que también hay que combatir la fe en lo divino, en lo ajeno al ser humano, en lo desconocido, la fe inútil, con la fe en el propio ser humano, con aquella fe que pueda producir resultados concretos, verificables. Se trata de redirigir la fe, desde el más allá hacia el más acá. El marxismo, por paradójico que pudiera parecer, le devolvió al ser humano la fe, pero redirigida hacia sí mismo, redirigida también hacia este mundo, hacia lo tangible. Es posible otro mundo mejor, pero en esta misma vida. Asumir el método científico para comprender y transformar la sociedad humana significa primordialmente tener fe en la razón, tener confianza en la capacidad del propio ser humano de comprenderse, de dominarse, de controlar su propio destino, confianza sustentada en la experiencia práctica, no una fe ciega, sino con unos grandes ojos enfocados hacia la realidad material, presente y pasada. El marxismo es humanismo, le devuelve al ser humano el protagonismo perdido en su propia sociedad. La izquierda debe combatir la idea de que ya no existe el futuro haciéndole recordar a la mente colectiva que así como el pasado no es el presente, el presente no tiene por que ser tampoco el futuro; que así como fue posible superar el pasado, es posible superar el presente; que así como fue posible un presente mejor, es posible un futuro mejor; que el tiempo no se detiene, que la historia no tiene fin, que mientras haya humanidad habrá historia humana, que el cambio es la principal seña de identidad del Cosmos, de la vida, y sobre todo de la humanidad. Sin cambio no hay Universo, no hay vida, no hay humanidad. Es más, el cambio (en la sociedad humana) no sólo es posible, yo diría que inevitable, también es, hasta cierto punto, controlable. La dialéctica materialista nos proporciona las herramientas elementales para controlarlo. La izquierda debe liberar a la mente colectiva de prejuicios, de irracionalidad, de amnesia, de falsas creencias. ¿No es evidente la notable influencia que también ejercen las ideas en el devenir histórico?

La lucha de clases, la lucha por la emancipación, es, en primer lugar, una lucha *ideológica*. Es verdad que las ideas no surgen de la nada, de ningún espíritu santo, que no existen por sí mismas en un mundo aparte, que están enraizadas en lo material, en la realidad concreta y tangible de este mundo, pero las ideas también influyen, a veces decisivamente, en lo material, en la realidad. Las ideas forman parte

de la realidad, son al mismo tiempo efecto y causa. ¡No perdamos de vista la dialéctica! ¡No desdeñemos el enorme poder de las ideas! ¡Ni el de los sentimientos! La fe mueve montañas. La fe en otra vida, en un mundo mejor en otra dimensión, desmoviliza, o moviliza estérilmente, pero la fe en este mundo, en la posibilidad de un futuro mejor en este mismo mundo que nos ha tocado vivir, por el contrario, moviliza, fertiliza este mundo para que pueda surgir de él un mundo mejor. La fe en el ser humano posibilita un mejor ser humano. Si yo no tuviera fe en el ser humano, no me hubiera molestado en escribir este libro. Si tampoco me hubiera impulsado la indignación no hubiera iniciado mi, espero que breve, aventura de escritor. La fe, a veces, demasiadas veces, flaquea, pero un ser humano sin fe no es un ser humano. Todos tenemos fe. Lo que nos diferencia sobre todo es *en qué* tenemos fe, así como la *cantidad* de fe que podamos tener y la *manera* de expresarla. No podemos cuestionar continuamente todo. Debemos todos, incluso los que se consideran más racionales, depositar nuestra confianza en ciertas premisas. Quien dice confianza dice fe. Aunque esto no significa que dichas premisas no puedan ser cuestionadas en ciertos momentos, pero hasta que así lo sean, las consideraremos como verdaderas, aunque no nos hayamos molestado en comprobar su veracidad, aunque no podamos demostrarla. La fe es inevitable, pero no tiene por que ser absoluta, ciega, ni eterna. Nadie puede comprender *todo* a su alrededor, nadie puede comprender por completo *todo* el conocimiento acumulado por la humanidad a lo largo de su historia. Cuando nos ponemos en manos de un médico para curarnos demostramos tener cierta dosis de fe en la medicina, en la ciencia. Cuando acudimos a alguien para que nos ayude demostramos tener cierta fe en él o en ella. Podremos tener más o menos fe, pero siempre tendremos algo de fe, podremos creer en unas cosas o en otras, en unas personas o en otras, pero siempre creeremos en algo que en verdad no podemos demostrar por completo, siempre deberemos creer en alguien, aunque ese alguien sea sólo uno mismo, aun admitiendo la muy discutible hipótesis de que podamos vivir sin tener fe en alguien ajeno a nosotros. Si no tuviéramos algo de fe nos volveríamos locos. Los científicos tienen fe en la ciencia, en el método científico, confían, por lo menos durante cierto tiempo, en el conocimiento del que parten para desarrollar todavía más conocimiento. Confían en ciertos principios, como en aquel que dice que ante dos explicaciones posibles de un mismo fenómeno es mejor tomar la más sencilla (el principio de la navaja de Ockham). ¡Pero nadie puede demostrar que la explicación más sencilla es siempre la correcta!

Y hablando de fe. Unos días después de escribir estas líneas, a raíz de las manifestaciones del día 15 de mayo de 2011 por una democracia real, cuando aún no había acabado de escribir este libro, que me estaba llevando mucho tiempo porque yo trabajo también y porque estaba leyendo muchos libros, por si me aportaban algo más, por mi empeño en contrastar todo lo posible, además de por mi carácter excesivamente perfeccionista que me incitaba demasiadas veces a repasar y repasar, ¡se inició la Revolución española! Conocida ya en el mundo entero, gracias a su rápida propagación por Internet, como la #SpanishRevolution. Yo reconozco que cuando en mis diversos escritos (*Rumbo a la democracia* y *La causa republicana*) postulaba la posibilidad de una revolución democrática española y mundial, incluso predecía que España podría hacer de vanguardia de dicha revolución, me preguntaba si realmente no estaría desvariando. Mis conocidos a mi alrededor me miraban muchas veces con una cara que les delataba: me debían tomar por un loco utopista. Pero la fe que tenía

en el ser humano, además de una nueva capacidad de análisis como nunca había tenido antes (y no por mis dotes intelectuales, las cuales son bien corrientes, sino por el descubrimiento del método marxista de análisis: la dialéctica materialista), aunque muchas veces haya flaqueado, dicha fe (no ciega desde luego sino sustentada en un análisis científico), decía, me incitaba a seguir promoviendo, en la medida de mis modestas posibilidades, la idea de la posibilidad y necesidad de una revolución para lograr una democracia *real*. ¡Aunque esa idea pareciese muchas veces descabellada! Prefería pecar de optimista que de pesimista, de idealista que de derrotista, aunque siempre he procurado ser lo más realista posible. Pero ese realismo, por mor de la dialéctica materialista, la cual ha sido para mí el gran descubrimiento intelectual de mi vida, descubrimiento relativamente reciente de apenas unos tres años, cuando decidí leer a Marx, me decía que había también que ser idealista, aunque en su justa medida. Ser idealista es ser práctico. Si peco de optimista por lo menos intento cambiar las cosas. El resultado es positivo. Puedo conseguir algo. Si peco de pesimista, no hago nada, el resultado es negativo, seguro. ¿Cuál de las dos opciones es la mejor, la más práctica?

No en vano en el mayo del 68 francés, con el cual ya deseaban compararnos quienes al principio negaban la Spanish Revolution, con la esperanza de que ésta produjera los mismos resultados que aquél, es decir, ningún resultado práctico concreto, sólo un hermoso y efímero sueño; en dicho mayo francés, decía, se hizo famoso el siguiente lema: *seamos realistas exijamos lo imposible*. Sin embargo, ahora, en el siglo XXI, nosotros sabemos que lo que pedimos es lo posible, que lo imposible es seguir sin pedir lo posible, sin cambiar el esqueleto del sistema. Como decía uno de los lemas de las pancartas de la plaza de la Solución (como así fue rebautizada la madrileña plaza de la Puerta del Sol por los revolucionarios): *Ni cara A, ni cara B, queremos cambiar de disco*. O como decía otro de los lemas, que pasarán a la historia: *no somos antisistema, el sistema es antinosotros*. ¡Qué maravillosa sabiduría contenida en esas sencillas, breves, pero contundentes palabras! El problema es el sistema. O hablando en los términos informáticos de nuestra época, como decía otro de los maravillosos lemas de la plaza de la Solución, nos hemos encontrado con un error de sistema: *Error 404, democracy not found*. Debemos depurar el sistema de errores. Pero dichos errores son muy profundos, son de programación del propio sistema. ¡Hay que cambiar el guión, tenemos un error de diseño y no sólo de implementación! Pero habrá que hacer una reingeniería del sistema, no podemos volver a hacerlo desde cero, debemos rehacerlo de arriba a abajo, pero sin dejar de seguir utilizándolo. Aquí no podemos decir apaga y vámonos. Somos todos parte del sistema. Los ciudadanos de a pie somos parte esencial. “Sin nosotros no sois nada” gritaba la muchedumbre en el epicentro de la *posible* nueva Revolución global. Debemos resetear el sistema, pero no podemos apagarlo, el sistema debe seguir funcionando mientras lo reseteamos. Deberemos depurar el código más estropeado e ir progresivamente cambiando distintas unidades de “software”, hasta que todo el viejo software sea reemplazado por otro completamente nuevo. Deberemos migrar el sistema. Necesitamos una nueva versión radicalmente distinta. La versión actual ha llegado a un error irrecuperable. El sistema está cayendo. O ha caído, si consideramos una escala temporal amplia. Unos pocos años o décadas son un instante en la historia. Necesitamos una transición de la versión 1.0, completamente obsoleta, a una versión 2.0 del sistema social, incluso 3.0. En verdad necesitamos iniciar una *dinámica* para ir sustituyendo unas versiones por

otras. El sistema debe seguir cambiando, la historia debe volver a fluir. Pero el sistema social está compuesto de diversas capas, de diversos módulos. El objetivo debe ser cambiar el propio sistema operativo, no sólo eso, sino el propio paradigma de diseño y programación. El sistema operativo es la economía. El paradigma es la mentalidad de quienes componemos el sistema, de la cual se nutre el, y a su vez nutre al, método de programación. El método de programación es el sistema político.

El principal cambio de mentalidad que se necesita es que el diseño e implementación del sistema deben ser realizados por el *conjunto* del propio sistema, por *todos* quienes lo componen. Este paradigma se llama *democracia*, *democracia real*, y no la *democracia virtual* que hemos tenido hasta ahora. La *democracia virtual* conduce a un mundo virtual, es decir, sin futuro, o, como mínimo, conduce a un mundo humano virtual, donde el ser humano deja de ser humano, donde sus individuos se convierten en robots, en máquinas al servicio de un monstruo inhumano, pero inventado por los propios humanos, llamado *mercado*, en vez de al revés. El monstruo se ha descontrolado, el monstruo amenaza a su creador: a la propia humanidad. Ésta debe retomar el control de la situación, de sí misma. La *democracia real* conducirá a un futuro real, es decir, a un futuro posible, un futuro alejado de la autoextinción, física o psicológica, de la propia humanidad, a un futuro realmente humano, en el mejor sentido de la palabra, en su sentido más profundo y amplio, a un futuro que merezca la pena. No somos máquinas, no somos zombis, no somos clones unos de otros, no somos piezas de un engranaje. ¡No somos mercancía en manos de políticos o banqueros! ¡Pero tampoco en manos de ningún sistema! **El sistema debe estar al servicio de los seres humanos, y no al revés. Al servicio de la mayoría, y no de ciertas minorías.** ¡Somos seres humanos! ¡Somos una *sociedad*, no seres aislados que viven en la jungla y necesitan guerrear constantemente unos contra otros para sobrevivir! La *sociedad humana* sólo podrá sobrevivir si el egoísmo se vuelve inteligente, social, es decir, si se transforma en solidaridad. No es un bello sueño. Es una necesidad *vital*. El individuo no podrá sobrevivir si no sobrevive la sociedad en la que vive. No podremos superar el momento decisivo actual si no damos un salto evolutivo, si no se produce el susodicho cambio de paradigma. Ese cambio puede resumirse en la necesidad de que el egoísmo estúpido dé paso al inteligente, el egoísmo *antisocial* y puramente *individual* al *social*, al *colectivo*. La solidaridad debe ser el nuevo combustible de la nueva sociedad.

Si no cambiamos los seres humanos de actitud, nos vamos al garete. Ser idealista es también ser realista. Quien llega a comprender la dialéctica comprende esta aparente paradoja. Y, hete aquí, ¡maravilloso el ser humano en su impredecibilidad!, que mi pueblo inició, mucho antes de lo que yo esperaba, lo que *podría* ser un movimiento revolucionario mundial. ¡Para mi mayor sorpresa incluso antes de que acabara mi aventura pasajera de escribir para intentar sembrar el terreno de las ideas en pos de la *democracia auténtica*! ¡Pero mi pueblo es realmente la humanidad entera! Si mucha gente no hubiese tenido fe en que era posible un levantamiento popular pacífico y ejemplar (justo como tenía que ser, como sólo podía ser), entonces, tal vez, aún estaríamos hablando de posibilidades, de utopías. ¡Pero la utopía, el 15 de mayo de 2011, empezó a dejar de serlo en la Puerta del Sol madrileña, el kilómetro cero, por lo menos, de la Revolución española del siglo XXI! El pueblo español, su vanguardia más consciente y comprometida, empezó a sacudirse el miedo que le paralizaba de

encima, ese miedo que tanto ha explotado la derecha más rancia para evitar el cambio, ese miedo que tanto ha explotado para imposibilitar el sueño de la Tercera República, amenazando con lo que le ocurrió a la Segunda. La amenaza ya no funciona. Un gran cartel en la plaza de la zona cero de la Spanish Revolution decía claramente: *Cambio de régimen, por el pueblo, sin miedo*. El pueblo, al despertar, ha dado una enorme lección a todos aquellos ignorantes “ilustrados” de las élites que siempre piensan que las masas son estúpidas y no pueden por sí mismas construir nada. ¡No había más que ver la enorme sabiduría popular que había acumulada en una sola plaza, en las pancartas que invadieron la Puerta del Sol, más bella que nunca, invadida de belleza, pero de una belleza humana, no física! ¡No había más que ver la sabiduría popular concentrada en las plazas de la Revolución de todo el Estado! Lemas que pasarán a la historia como en su día lo hicieron los del mayo francés de 1968.

¡Con la diferencia de que el mayo español del año 2011 tiene un rumbo muy claro y luminoso: la democracia *real*! Ahora no se trata de la imaginación al poder, sino del pueblo al poder, de la realidad al poder. El mayo español es mucho más peligroso porque no es sólo la protesta contra el sistema actual, sino, lo que es más importante, la reivindicación de un nuevo sistema muy concreto y posible: la democracia *real*. Pero no sólo esto, esta democracia está provista de contenido, no es sólo un concepto abstracto. Los revolucionarios españoles tienen muy claro en qué debe consistir la susodicha democracia real. Esta palabra viene acompañada de muchas propuestas *concretas*. En esta revolución no hay sólo lemas, hay también manifiestos, consensuados en asambleas populares, que plantean medidas muy pero que muy concretas y realistas, además de razonables por los cuatro costados. La imaginación es sólo el medio y no aquí el fin. Con una gran imaginación y originalidad, la juventud española, acompañada de muchos veteranos que hacía tiempo que pensaban que ya no iban a ver una revolución, menos en la España del fútbol omnipresente, de la telebasura, del pan y circo, de la “política” salsa rosa, reivindica un lema tremendamente realista: no hay futuro, ni presente, sin el poder del pueblo.

Es un auténtico privilegio haber podido vivir el inicio de esta hermosa revolución, y haber podido contribuir con un granito de arena a ella. ¡Nunca pensé que el fruto de mi trabajo lo vería en vida, ni llegaría tan rápido! Aunque, por supuesto, yo no soy el autor intelectual de nada, simplemente puse mi granito de arena en esta causa en la que todos, o casi todos, estamos interesados. Es imposible saber de dónde salieron las ideas para hacer las cosas como se están haciendo. Tal vez yo haya contribuido algo. Tampoco me importa. Lo realmente importante es que el pueblo ha empezado a despertar. ¡Éstas son las revoluciones de la era de Internet! Revoluciones horizontales, anónimas, sin líderes espirituales, sin autores, con el máximo protagonismo posible de las masas. Donde no es posible ir a por los cabecillas porque no los hay. Esta revolución no puede descabezarse. ¡Y esto es lo que más les jode! ¡Andan desesperados buscando quién está detrás de esta “conspiración”! Detrás de esta Revolución, que no conspiración (la conspiración permanente es la suya contra la sociedad), están muchos ciudadanos indignados, asqueados, que llevan acumulando mucho asco durante mucho tiempo. ¡Pero, temblad, élites que nos habéis dominado hasta ahora! Los ciudadanos no sólo están indignados, ¡están concienciados! Sabemos ya, sin ninguna duda posible, lo que falla: el propio sistema. No ha valido

eso de desviar la atención hacia chivos expiatorios o hacia la superficie de las cosas, nosotros apuntamos lejos, disparamos cargas de profundidad, de mucha profundidad. Decían el viernes 20 de mayo de 2011, en vísperas de la jornada que llaman reflexión (ellos, quienes dominan la sociedad, que siempre se han esforzado para que no reflexionemos de verdad) de las elecciones municipales, desde los altavoces de la Comuna de Madrid, la nueva Puerta del Sol, que vendrían los policías a informar sobre la prohibición de las concentraciones y que multarían a los responsables, pero cuando desde dichos altavoces también se dijo que no había ningún responsable, toda la plaza estalló en júbilo.

Desgraciadamente, probablemente, aún no podremos prescindir por completo de los liderazgos. ¡Pero el pastor es cada vez más prescindible! ¡Estamos cada vez más cerca de “abolir” el rebaño! Las revoluciones pueden surgir espontáneamente, sin liderazgos, sin grandes liderazgos, sin liderazgos visibles o claros, como así ha sido muchas veces (no hay más que recordar el mayo del 68 o la Revolución rusa de 1905, no tanto la de 1917). Pero no todo el mundo puede reunirse simultáneamente en asambleas populares para aplicar la democracia directa, no todo el mundo puede negociar simultáneamente con el enemigo vencido para hacer la transición. En las sociedades de *millones* de habitantes no tenemos más remedio que delegar en ciertas personas para representar al resto. Debemos aprender a discutir directamente, a debatir en primera persona, a pensar por nosotros mismos, a practicar la democracia *directa* que practicaban los antiguos griegos en sus ágoras, pero también a delegar, y a controlar a quienes delegamos, correctamente, suficientemente, a practicar la democracia *representativa*. No podemos prescindir de ninguna de las dos. Ambas se complementan, son dos caras de la misma moneda. La democracia es democracia representativa, pero participativa, y democracia directa. No podemos organizarnos exactamente igual a cómo lo hacíamos cuando vivíamos en comunidades pequeñas, aunque debemos rescatar de esas épocas ciertas cosas y adaptarlas a los tiempos actuales. La democracia *real* deberá desarrollar la democracia *representativa* para que lo sea de verdad, pero deberá también implantar la democracia *directa* allá donde sea posible, en los ámbitos más locales. Internet, por otro lado, ayudará decisivamente al desarrollo de la democracia, como lo está haciendo para la lucha por la democracia. Tal vez llegue un momento en que podamos fusionar las democracias representativa y directa, en que todos los ciudadanos podamos decidir por vía electrónica. Quizás la democracia *electrónica*, la *ciberdemocracia*, sea la síntesis de la democracia representativa y directa. Esto sólo lo podremos saber con el tiempo, si logramos un contexto suficiente para poder desarrollar la democracia sin obstáculos.

Quien quisiera saber lo que es una revolución no tenía más que haberse paseado por las plazas más céntricas de las principales ciudades del Estado español en la primavera del despertar del pueblo. Esa primavera del año 2011 que pasará a la historia, independientemente de cómo acabe el proceso que sólo está en sus inicios. Quienes han participado saben muy bien lo que se siente cuando el pueblo despierta y se une. Yo mismo no lo sabía realmente hasta que tuve ocasión de participar en primera persona, junto con mis seres queridos, en la Comuna de Madrid. Uno siente una felicidad compartida inédita. Lo que demuestra irrefutablemente que los seres humanos somos ante todo seres *sociales*. Somos más felices cuando compartimos nuestra felicidad, cuando nos relacionamos con armonía, es decir, en condiciones de

igualdad, con los demás. Ahora comprendo a quienes hablaban sobre la felicidad experimentada por las personas que vivieron la proclamación de la Segunda República española o la Revolución rusa. ¡Aprendamos también que esa felicidad puede transformarse en tragedia, que puede ser efímera! Una revolución se caracteriza, como decía Trotsky, por el trascendental hecho de que las masas asumen el protagonismo. Y eso es lo ocurrido en las ágoras de la primavera española del despertar. La revolución se caracteriza también por el hecho de que la historia se acelera. La historia que parece perezosa durante años y años, de repente, se quita las telas de araña y se pone a correr en pocos días, casi se nos escapa de las manos, nos produce vértigo. ¡A mí me desbordaron los acontecimientos e incluso tuve que pasar algunas noches en vela escribiendo artículos para expresar mis opiniones sobre cómo debían hacerse las cosas en la Spanish Revolution, que me pilló desprevenido, a pesar de propugnarla desde hacía unos pocos años, desde que yo mismo desperté del letargo en el que estaba sumido! Yo pensaba seriamente que era posible, pero por supuesto no sabía ni cuándo, ni cómo surgiría. Incluso barajaba la posibilidad de que no surgiera. La historia está abierta. No ocurrió como yo pensaba que iba a ocurrir, ni cuando yo pensaba que iba a ocurrir, aunque tampoco me pilló totalmente por sorpresa. Pero desde luego yo pensaba que no iba a ser tan espontánea, que iban a estar detrás de manera más visible ciertas vanguardias. Que indudablemente han existido, como siempre, pero que no han tenido el protagonismo que yo esperaba. ¡El ser humano es imprevisible! ¡Afortunadamente! Pero tampoco *totalmente* imprevisible. Cuando hablamos de la historia humana nos movemos en los márgenes de lo *probable*, podemos prever, hasta cierto punto, el advenimiento de ciertos acontecimientos, incluso algo su evolución, pero estamos bastante perdidos, y seguramente lo estaremos siempre, si no tendríamos serios motivos para ponernos a temblar, en cuanto al momento y la manera en que suceden las cosas en la sociedad del Homo Sapiens. Aunque, como digo, a pesar de todo, podemos prever hasta cierto punto. No por casualidad la Spanish Revolution surgió en la España de la crisis económica más profunda de sus últimas décadas, del Internet y de la generación joven más preparada, pero con menos perspectivas de la historia española.

¡Estamos haciendo historia! El pueblo, por lo menos una parte de él de manera activa (con el apoyo de la mayoría de ciudadanos, según revelan algunas encuestas), se ha levantado ejemplarmente y está empezando a desmontar el sistema, por lo menos cuestionándolo y amenazándolo, sin que el sistema pueda hacer su habitual represión para evitarlo. Esto tenía que ocurrir en los países del llamado Primer Mundo donde las democracias, aunque insuficientes, han llegado por lo menos a un mínimo grado de civilización en el cual la represión brutal, sino imposible, es mucho más difícil. El Estado no se atreve a reprimir por la fuerza bruta todo lo que quisiera (no así mediante otros métodos más indirectos) un movimiento tan masivo, tan cívico, y tan pacífico. Cuando lo intenta se producen a veces efectos rebote. El sistema tiene miedo de reprimir violentamente, tiene miedo a la reacción popular. Ya lo dijeron en reiteradas ocasiones los dirigentes de nuestro país: las protestas, incluso habiendo desobedecido la ley, esa absurda ley que pretendía acallar la voz del pueblo, que pretendía declarar ilegal la rebelión, han sido totalmente pacíficas. Y esto lo dijeron dichos dirigentes casi lamentándose. ¡Pero la revolución no entiende de leyes! ¡Mejor dicho, entiende de la primera ley, la básica: el poder es del pueblo! ¡El pueblo tiene derecho, como mínimo, a la protesta, a la pacífica rebelión! ¡Ése es el camino, ciudadanos del mundo, no dar

NINGUNA opción al enemigo para justificar su ansiada violencia, la única que le puede mantener en el poder! El poder no renunciará así como así, pero no se lo pongamos fácil. La #SpanishRevolution (¡en estos tiempos de la globalización no podía ser de otra manera que la revolución española fuese bautizada en inglés y con el carácter # de las redes sociales de Internet!) se lo está poniendo muy difícil al poder. ¡El pueblo, sin armas, con la razón, con la unión, con el civismo, con el ejemplo, le está impidiendo al Estado burgués ejercer su habitual y macabra hoja de ruta para su protección! Las “civilizadas” élites que nos toman por bárbaros, que justifican su sociedad jerárquica como la única posible “civilización”, irán siendo poco a poco, quizás no tan poco a poco, quién sabe, despojadas del poder de manera civilizada, sin comillas, por el pueblo. Éste le está dando una lección al Estado. En pocos días la gente fue capaz de organizar un Estado dentro de un Estado. En la Puerta del Sol, rebautizada como la República de Sol, se construyó, a pequeña escala, simbólicamente, pero también de manera práctica, una sociedad alternativa, donde la gente colaboraba entre sí desinteresadamente, en vez de competir, donde la gente participaba mediante la democracia directa, en vez de escuchar sumisa y apáticamente, donde se repartían alimentos y bebidas gratuitamente, en vez de hacer negocio, etc., etc., etc. ¿Qué mejor manera de cuestionar el capitalismo que practicando el anticapitalismo? ¿Qué mejor manera de reivindicar la democracia real que practicándola?

¡Cómo no vamos a tener fe en una sociedad humana mejor, en el ser humano! En unos pocos días esa solidaridad, que parecía que ya no existía, alcanzó cotas casi inimaginables para quienes nos hemos acostumbrado demasiado a pensar que el egoísmo es consustancial al ser humano, que el ser humano es esencialmente egoísta. Si después de tantos y tantos siglos de capitalismo, después de toda la labor machacona que hacen los grandes medios de desinformación diariamente para desmovilizar, para desanimar, para acobardar y dividir a las personas, en pocos días brota con fuerza la movilización, la solidaridad, la alegría, la valentía, es que el ser humano, que indudablemente tiene sus miserias, sus contradicciones, tiene también sus virtudes, grandes virtudes. Dicho sea de paso, resultaba patético ver cómo dichos medios de desinformación manipulaban y negaban la evidencia de lo que se conoció rápidamente en muchas partes del mundo, menos para ellos, como la Revolución española. Cuando las masas presionan sistemáticamente en las calles pidiendo cambios más o menos profundos del sistema político y económico, cuando discuten directamente ellas mismas en sus plazas públicas, convertidas en las ágoras donde se practica la democracia directa, sobre las posibles soluciones a los grandes problemas que la clase política es incapaz de resolver, cuando los ciudadanos empiezan a organizarse ellos mismos para luchar por cambios sistémicos: ¿eso no es revolución? Como no podía ser de otra manera en este sistema capitalista para el cual la revolución social es tabú, la revolución no será televisada, por lo menos como tal. La burguesía, como era de esperar, hará todo lo posible para que el movimiento 15-M se pare o no llegue a ningún resultado concreto peligroso para el statu quo burgués. El sistema se defenderá de mil maneras: por la fuerza siempre que pueda y no le perjudique (no provoque efectos rebote), mediante la desinformación, mediante la intoxicación ideológica (que se intensificará), e incluso negando la propia naturaleza revolucionaria del movimiento iniciado el 15 de mayo de 2011 en España. Provocando así que incluso muchos participantes en dicho movimiento nieguen, al menos por

ahora, la naciente revolución, haciendo que al considerar que sólo son protestas ellos mismos renuncien a la revolución que han iniciado. ¡El dominio ideológico burgués nos afecta a todos, incluso a quienes luchamos contra él! ¡La guerra ideológica se intensifica cuando hay una revolución, cuando la lucha de clases se agudiza!

¿Podemos imaginarnos cómo será el ser humano en una sociedad que fomente durante años y años, durante siglos y siglos, sus mejores características, en vez de al revés? ¿No debemos tener fe en que encontraremos la forma de hacernos cada vez mejores? Nunca debemos olvidar que sólo seremos lo que nosotros decidamos ser, que tenemos cierto libre albedrío (no infinito desde luego, pero tampoco nulo) que debemos utilizar. Lo que ocurrirá con la Spanish Revolution sólo el tiempo lo sabe, este libro se acabará antes de poder saber su resultado final. Su resultado final podremos “leerlo” en el libro de la práctica, en la realidad viva, lo viviremos intensamente en primera persona. Pero una cosa está clara: se nos abren interesantes posibilidades. Una cosa está clara: el pueblo puede tomar las riendas de su destino cuando se lo propone. Pero, cuidado, también puede perderlas. Aunque las perdamos, nunca debemos olvidar que las podemos recuperar, que las tuvimos en algún momento, que cuando nos lo proponemos las podemos tomar. Como mínimo, el movimiento del 15-M ha servido para despertar y agitar conciencias. Por ahí se empieza. Esto, como mínimo, puede suponer el despertar del pueblo. Ese despertar debe ser contagiado activamente a la mayoría de la población que, sin embargo, ya ha mostrado su apoyo a la #SpanishRevolution. De lo que se trata ahora es de que el pueblo en general, la mayor parte de él, pase a la acción, siguiendo las líneas generales del movimiento 15-M: no violencia, horizontalidad (mínimos y rotatorios liderazgos controlados en todo momento desde las bases), democracia directa en las asambleas populares, lucha insistente en distintos frentes, presión popular sostenida en el tiempo (aunque de diversas maneras), apartidismo (que no apoliticismo). El objetivo (la democracia real) y las líneas maestras de la estrategia a seguir ya están bastante claras, ahora se trata de concretar y de luchar obstinada y masivamente (de que se vayan sumando activamente cada vez más ciudadanos a la lucha) para lograr cambios sistémicos suficientes, por lo menos para iniciar una *dinámica* de cambios. ¡Hemos empezado la marcha, pero el camino a recorrer será largo y dificultoso, no estará exento de obstáculos! Pero, por lo menos, ahora sabemos hacia *dónde* hay que ir y *cómo* hacerlo. La clave está en la democracia, en alcanzarla y a su vez en practicarla de camino. En los medios también está el fin. Sólo podremos alcanzar la democracia real si la vamos practicando todo lo posible desde el principio del camino en su búsqueda. *Tal vez* no logremos nada, pero si no lo intentamos entonces *seguro* que no lograremos nada. En verdad ya hemos logrado algo: aumentar nuestra conciencia. Muchos ciudadanos, cada vez más, ya no podemos evitar ver, hemos despertado sin vuelta hacia atrás posible, a nosotros ya no nos engañan; además, nos hemos desprendido del miedo y de la apatía; nos hemos indignado lo cual significa que hemos recuperado la dignidad pues sólo quien no tiene dignidad no se indigna. ¡Estamos más vivos que nunca! Los frutos del proceso revolucionario iniciado el 15 de mayo de 2011 en la Puerta del Sol madrileña se recogerán al cabo de cierto tiempo, tal vez mucho tiempo, tal vez no tanto, esto nadie puede saberlo. Pero sí sabemos que para recoger frutos hay que sembrar, sembrar, sembrar y trabajar, trabajar, trabajar. Sí sabemos que los frutos no caen del cielo. Sí sabemos que la libertad, la emancipación, hay que conquistarla, nunca es regalada. En cuanto a esto la historia ha hablado con

contundencia, y no va a cambiar por mucho tiempo: las élites *nunca* ceden si no es por la presión de las masas, si el pueblo no lucha en contra de ellas por sus derechos. Cuanto más presionemos hacia arriba más probabilidad tendremos de lograr cambios que merezcan la pena. No hay evolución sin revolución, como decía uno de los históricos lemas de la Puerta del Sol revolucionaria.

La indignación produce rebelión y la esperanza, es decir, la fe, encauza dicha rebelión hacia la revolución, hacia la búsqueda de soluciones que combatan la causa de nuestra rebelión. ¡Pero la indignación y la esperanza, a su vez, no nacen de la nada, se enraízan en las condiciones *materiales* de existencia! Nos rebelamos porque nuestras necesidades físicas nos empujan a ello, pero también porque *creemos* que así podremos lograr algo, aunque no podamos tener la certeza de que así será, luchamos porque *creemos* que es mejor intentarlo que no hacer nada, porque *creemos* que quien lucha *puede* perder (o sea, *puede* ganar) mientras que quien no lucha *ya está* perdido. Como casi todo en la vida, la fe es buena, es factible, dentro de ciertos límites. La absoluta falta de fe es imposible. Todo ser viviente que piense no puede evitar sucumbir ante cierto grado de fe, puesto que la vida tiene una alta componente de imprevisibilidad, puesto que el mundo es muy complejo, puesto que no somos capaces de abarcar dicha complejidad por completo, puesto que no podemos comprender *todo* lo que nos rodea, no tenemos más remedio que movernos en un mundo lleno de incertidumbres. Si no tuviéramos *nada* de fe estaríamos paralizados, si esperáramos a comprender *todo* a nuestro alrededor antes de actuar, no actuaríamos, sin algo de fe no podríamos hacer nada, más que apenas sobrevivir. Incluso, según se mire, para sobrevivir también hace falta cierta fe. El cazador o el cultivador tienen fe en encontrar alimentos cuando se desplazan o cuando explotan cierto terreno. Si entendemos por fe la creencia en algo de lo que no podemos estar seguros, en algo que no podemos probar por completo, entonces todo ser viviente tiene algo de fe. Pero el exceso de fe también tiene sus peligros. Si tenemos demasiada fe perdemos de vista la realidad y actuamos erráticamente, desperdiciamos nuestra energía vital, puesto que aunque en nuestro mundo hay un alto grado de incertidumbre, éste no es infinito, la certidumbre también existe, el mundo tiene también sus leyes más o menos cognoscibles. Actuar con demasiada fe equivale a no tener en cuenta dichas leyes, a no tener en cuenta la realidad, su parte determinista. Nuestra fe debe adaptarse al mundo en que vivimos para no volverse contra nosotros. La fe es, ante todo, una necesidad vital. No podemos vivir sin ella, pero también podemos morir si padecemos sobredosis de ella, debemos acotar la fe todo lo posible.

La parte aleatoria, imprevisible, casual, desconocida, incognoscible del mundo nos obliga a tener cierta fe; la parte determinista, comprensible, causal, conocida, cognoscible nos obliga a poner coto a dicha fe. Si yo me tiro por un barranco, por mucha fe que tenga, moriré, la gravedad es ineludible. Podemos necesitar también tener fe para llevar mejor la dura existencia, el hecho tan traumático, para todo ser viviente, sobre todo para todo ser consciente, de la muerte. Pero dicha fe en otra vida posterior a la muerte no debe ser excesiva o sustituir a la fe en esta vida. Si así ocurre, caemos totalmente presos de la religión, ponemos en peligro nuestra supervivencia, renunciamos a mejorar este mundo y nos limitamos a esperar sumisamente nuestro paso al otro, depositamos nuestra esperanza en la imaginación, en lo desconocido, en lo incognoscible, y no en la realidad que nos rodea, no en lo conocido, no en lo

cognoscible. La religión es, como decía Marx, el opio del pueblo, de aquellos que realmente ya no tienen fe en este mundo, en esta vida. La religión no es fe, es fe en otro mundo, es pérdida de fe en éste. La falta de religión no es ausencia de fe, es sustitución de una fe por otra. La religión es fe ciega. La ciencia es ponerle ojos a la fe, es ponerle el máximo límite posible a la fe, es acorralarla todo lo posible, no es extirparla, es acotarla, es dar preponderancia a la razón sobre la fe, es aspirar a comprender todo lo posible, es aspirar a probar y demostrar todo lo posible, es renunciar a una fe ciega, pero no a *toda* fe, puesto que no es posible exterminar la fe, puesto que no es posible la certeza absoluta.

En suma, al ser humano no sólo le mueven necesidades puramente materiales, sino que también necesidades inmateriales, psicológicas, espirituales, o como demonios quieran denominarse (sin perder de vista que estas necesidades tienen en verdad su origen, allá a lo “lejos”, en lo material que nos rodea). El ser humano no es sólo un conjunto de células interconectadas, de materia “pura”, es materia que toma *conciencia* de sí misma. El ser humano no necesita sólo comer, dormir o reproducirse, necesita también *sentirse* libre, *sentirse* humano, en el más amplio sentido de la palabra, necesita también *creer* en algo. El materialismo dialéctico no es un simple y vulgar materialismo. Marx no niega la importancia de la componente psicológica en el ser humano, como así han interpretado, de manera simplista, algunos autodenominados “marxistas”. ¿No decía Marx que el obrero tenía más necesidad de respeto que de pan? Marx tampoco pudo escapar a la fe. Nadie puede hacerlo. Él tenía fe en el ser humano, él creía que la sociedad humana podía superar su estado actual. Él tenía menos fe, mejor dicho, tenía otro tipo de fe, que sus predecesores los socialistas utópicos, pero también tenía algo de fe, pues cuando alguien postula sobre el desconocido futuro, no tiene más remedio que moverse entre la incertidumbre, no tiene más remedio que tomar ciertas dosis de fe. Moverse entre lo desconocido, entre la incertidumbre, no puede hacerse sin proveerse de cierta fe. La diferencia entre el socialismo científico y el utópico estriba en el *grado* de fe empleado en ambos. ¡Y no sólo en eso! Sino que incluso también en el *tipo* de fe, pues Marx redefine a la propia fe. En el socialismo científico el grado de fe es el mínimo posible, por lo menos dicho socialismo a eso aspira. Aunque Marx *crea* que es posible otra sociedad, una sociedad comunista, no clasista, él tiene serios *indicios*, sustentados en la realidad actual y pasada observada (y no en los sueños) de que es posible dicha sociedad comunista. Su fe es alimentada por cierto grado de certidumbre, no nace de la nada, tiene sus raíces bien profundas en la misma realidad. Su fe es producto de la razón, en vez de su antítesis. Su certidumbre no es absoluta, está también impregnada de cierta fe. En este sentido, fe puede equipararse a intuición razonada, fe equivale a previsión. La fe “marxista” no es profecía, no es adivinanza. No es certeza infundada, es una “semicerteza” fundada. La fe en Marx está íntimamente relacionada con la voluntad, con el libre albedrío. Si el futuro fuera completamente determinista, no haría lugar ni para la voluntad, ni para el libre albedrío, ni para la fe; pues el mundo sería perfectamente previsible, no nos haría falta creer, nos bastaría con ver y calcular, o dicho de otra manera, nuestras previsiones serían exactas, sabríamos perfectamente todo lo que podría ocurrir, una vez conocidas las leyes y las condiciones iniciales. La fe existe porque el mundo no es completamente previsible, completamente conocido, completamente cognoscible. La fe en Marx es la capacidad de alterar el futuro, de alterar la realidad. Es una fe “activa” y no “pasiva”. No es una fe contemplativa, no es

la creencia de que el mundo será de tal o cual manera sin que haga falta nuestra intervención, es la *creencia*, precisamente, de que podemos intervenir en el devenir del mundo. El acto de fe de Marx se resume en la declaración que constituye la razón de ser del propio marxismo: no se trata sólo de comprender la realidad, se trata de transformarla. Pero su fe, como no podía ser de otra manera para el descubridor de la dialéctica materialista, no es una fe metafísica, no es una fe absoluta, es una fe dialéctica, íntimamente ligada a la razón, es una fe relativa.

El materialismo dialéctico reconcilia la fe en un mundo futuro mejor con la certidumbre observada del pasado y del presente. Nos abre las puertas para poder controlar, hasta cierto punto, el destino, para tomar sus riendas. Llega al equilibrio adecuado entre certidumbre e incertidumbre, entre razón y fe. Y esto es así porque el materialismo dialéctico se reconcilia con la realidad, en la cual hay una parte certera y otra aleatoria, indisolublemente unidas. Tal como es imposible separar la parte imprevisible de la parte previsible del Cosmos, es imposible separar la fe de la razón. El materialismo dialéctico, en definitiva, nos permite comprender mejor el mundo que nos ha tocado vivir. Y no sólo eso, nos permite también movernos mejor en él, actuar mejor en él, nos permite combinar de manera más acertada el libre albedrío con las necesidades ineludibles, el voluntarismo con el determinismo, la fe con la razón. ¡El marxismo no niega la fe, la redefine, la coloca en su justo lugar! Con Marx, la fe y la razón superan su pasada dicotomía, se integran dialécticamente, pasan a formar parte de lo mismo, de un ente que las engloba a ambas, de una totalidad. Lo mismo podemos decir en cuanto al ideal (el “debe ser”) y lo real (el “ser”). Ver mi artículo *Relativizando el relativismo*. El ideal tiene que ver con la fe, lo real con la razón. Nuestro mundo tiene una componente temporal. El futuro no está escrito por completo, está indeterminado, aunque no *completamente* indeterminado, pero no está *completamente* determinado. Sin futuro no hay fe. Sin tiempo no hay fe. La fe se corresponde fundamentalmente con la dimensión temporal de nuestro Cosmos, la razón se corresponde primordialmente con las dimensiones espaciales. Con Marx la fe vuelve a ser terrenal, es robada a los dioses y recuperada para los seres humanos, es rescatada de otros mundos para ubicarla en éste. La fe vuelve a su lugar de origen, al único posible, del que escapó en su día. La fe en Marx tiene que ver con la realidad tangible, observable, con la parte no previsible de dicha realidad, no pertenece a otra realidad imaginaria, sino que a esta realidad, a *la* realidad, a la única de la cual tenemos certeza de su existencia. Con el marxismo, es decir, con el materialismo dialéctico, la fe se reconcilia con la razón, éstas se complementan, se oponen también, pero no en el sentido metafísico, sino en el sentido dialéctico, es decir, se oponen para formar parte de dos tendencias contrapuestas de algo superior, de algo que no puede dividirse en dos compartimentos estancos e independientes. Con Marx la fe se une indisolublemente con la razón. Forman parte de una totalidad.

¡Tantas falsas dicotomías desaparecen, se superan en verdad, con la dialéctica materialista! Los conceptos antaño absolutos se vuelven relativos unos a otros. Los conceptos antaño opuestos, independientes, pasan a integrarse. Antes la cara era cara y la cruz era cruz. Ahora la cara es el otro lado de la moneda, es cara *respecto* de la cruz, y viceversa. Antes considerábamos que la cara podía existir sin la cruz, ahora nos damos cuenta de que la una existe *porque* existe la otra, de que la una no puede existir sin la otra, de que ambas forman parte de la moneda. Antes dividíamos la

realidad, ahora la vemos tal como es, es decir, indivisible, pero sin perder de vista que existen partes contrapuestas que la componen, que la integran. Antes sólo veíamos las partes aisladas, mutuamente excluyentes, ahora las vemos como lo que realmente son: partes integradas, pertenecientes a un todo. Ahora vemos el puzzle entero más o menos resuelto en sus líneas generales, por lo menos sabemos cómo encajar unas piezas con otras, sabemos que unas piezas van unidas a otras. Antes sólo veíamos sus piezas sueltas y pensábamos que iban sueltas, aunque intuíamos que algo no cuadraba, que nos faltaba algo. Ahora todo cobra una forma más coherente. Antes veíamos caos, cada vez menos caos, pero seguíamos en el caos. Ahora, por fin, vemos orden. Antes comprendíamos poco, no lográbamos ver la ley general, ahora, por fin, comprendemos globalmente. El materialismo dialéctico es, ni más ni menos, que la ley general del Universo, su fundamento más básico, la ley de leyes, el principio elemental. Sienta las bases para entender el mundo. En sus líneas generales, no en detalle. Cualitativamente, no cuantitativamente. El materialismo dialéctico es la *lógica* que rige el Cosmos. Éste evoluciona de acuerdo con aquél. La dialéctica materialista es el lenguaje en que se expresa el tiempo en nuestro Universo, es el conjunto de leyes que rigen la *dinámica* del mundo. O dicho de otra manera, recordando que en verdad el tiempo forma parte del propio Universo, que éste tiene tres dimensiones espaciales y una temporal, la dialéctica materialista es el lenguaje del mismo Cosmos. Así como no es posible separar la dimensión temporal del resto de dimensiones espaciales, tampoco es posible concebir el materialismo sin la dialéctica, la dialéctica sin el materialismo. El materialismo dialéctico es la sintaxis del espacio-tiempo. Remito al capítulo *Voluntarismo vs. Determinismo* del libro *Manual de resistencia anticapitalista*.

A medida que la sociedad humana se desarrolla, que se hace más compleja, que los individuos que la componen están más interrelacionados (sobre todo en lo económico); es decir, a medida que el ser humano se hace más social, toma conciencia de su naturaleza social. El capitalismo, la socialización de la producción económica, le hace tomar más conciencia de su naturaleza social, pero también de las contradicciones sociales, que se agudizan. Así, el *socialismo* se presenta como el producto de la concienciación *social* del ser humano. En el capitalismo el ser humano toma conciencia verdaderamente de su carácter social; en el socialismo, con dirección al comunismo, el ser humano pretende realizarse como ser social, cada vez más social. A medida que el ser humano complejiza su sociedad, se hace consciente del materialismo dialéctico, de la interrelación mutua, valga la redundancia, de los distintos factores existentes en todo sistema complejo. No por casualidad el marxismo surge con la maduración de la sociedad capitalista. El carácter dialéctico materialista de la sociedad humana, en determinado momento histórico, ya no puede pasar desapercibido al ser humano. Éste, inevitablemente, de una u otra manera, tarde o pronto, toma conciencia de la realidad que le rodea, que le reclama poderosamente la atención. Una vez concienciado de la naturaleza dialéctica materialista de su sociedad, el ser humano se percató de que la propia naturaleza también se rige por dicha ley de leyes. No por casualidad el materialismo histórico precedió al materialismo dialéctico, cuando aquél es en verdad un caso particular de éste. El ser humano se concienta de lo general extrapolando, generalizando, su conocimiento de lo particular, de lo más inmediato a él.

Esto lo explica Marx en los *Grundrisse* de la siguiente manera:

La sociedad burguesa es la más compleja y desarrollada organización histórica de la producción. Las categorías que expresan sus condiciones y la comprensión de su organización permiten al mismo tiempo comprender la organización y las relaciones de producción de todas las formas de sociedad pasadas, sobre cuyas ruinas y elementos ella fue edificada y cuyos vestigios, aún no superados, continúa arrastrando, a la vez que meros indicios previos han desarrollado en ella su significación plena, etc. La anatomía del hombre es una clave para la anatomía del mono. Por el contrario, los indicios de las formas superiores en las especies animales inferiores pueden ser comprendidos sólo cuando se conoce la forma superior. La economía burguesa suministra así la clave de la economía antigua, etc. Pero no ciertamente al modo de los economistas, que cancelan todas las diferencias históricas y ven la forma burguesa en todas las formas de sociedad. Se puede comprender el tributo, el diezmo, etc., cuando se conoce la renta del suelo. Pero no hay por que identificarlos.

La manera en que surgió el propio materialismo dialéctico, como doctrina del pensamiento humano, es la mejor demostración de su propia validez. El ser humano descubrió el materialismo dialéctico como resultado de la propia dinámica dialéctica materialista de su sociedad, del Cosmos en general. Con el tiempo, el Cosmos produce materia, ésta se hace viva, toma conciencia, altera su entorno y, por mor de la dialéctica, la materia inteligente se hace cada vez más inteligente, es decir, consciente, hasta que acaba desarrollando una sociedad que le hace concienciarse de la ley básica que rige la dinámica de su sociedad, y del mismo Universo: la dialéctica materialista. Así como la materia muerta sufre una transformación esencial cuando se vuelve viva, la materia que va siendo cada vez más consciente, en determinado momento histórico, también sufre la conversión de la cantidad en calidad: cuando la materia consciente toma conciencia de la ley básica que rige el Cosmos; es decir, cuando descubre el materialismo dialéctico. Al producirse este trascendental hito, toda especie inteligente empieza a controlar verdaderamente su propio destino, a controlarlo de manera consciente. La materia consciente, cada vez más consciente, que alteraba cada vez más el Cosmos, su entorno más inmediato, en sus dimensiones espaciales fundamentalmente, empieza, por fin, a alterarlo también en su dimensión temporal; pues ahora su futuro ya no es sólo producto del azar o de oscuras y desconocidas fuerzas, ahora, el ser humano no es sólo víctima del tiempo, sino también verdugo.

Dejemos que György Lukács, en *Historia y conciencia de clase*, nos explique todo esto de otra manera, de una manera un poco más concreta:

Cuanto más débil es el papel de la circulación de mercancías en la vida de la sociedad en su conjunto, más vive cada una de sus partes prácticamente en autarquía económica (comunidades locales), o bien no representa ningún papel en la vida propiamente económica de la sociedad, en el proceso de producción en general (como ocurría con importantes fracciones de ciudadanos en las ciudades griegas y en Roma), y menos fundamento real en la vida real de la sociedad tienen la forma unitaria y la cohesión organizativa de la sociedad y del

Estado. Una parte de la sociedad lleva una existencia «natural», prácticamente independiente del destino del Estado. «El organismo productivo simple de estas colectividades autárquicas que se reproducen constantemente bajo la misma forma y que, si por azar son destruidas, se reconstruyen en el mismo lugar y con el mismo nombre, ofrece la clave del misterio de la inmutabilidad de las sociedades asiáticas, inmutabilidad que contrasta de manera tan contundente con la disolución y la renovación constantes de los Estados asiáticos y con los incesantes cambios de dinastías. La estructura de los elementos económicos fundamentales de la sociedad no es alterada por las tempestades que agitan el cielo de la política.» Otra parte de la sociedad lleva, por su lado, una vida económica enteramente parasitaria. El Estado, el aparato del poder estatal, no son para ella, como para las clases dominantes en la sociedad capitalista, un medio de imponer, si es preciso por la violencia, los principios de su dominación económica, o de conseguir por la violencia las condiciones de su dominación económica (como ocurre con la colonización moderna); no es, pues, una mediación de la dominación económica de la sociedad sino que es inmediatamente esa dominación misma. Y éste no es solamente el caso cuando se trata pura y simplemente de apoderarse de tierras, de esclavos, etc., sino también en las relaciones «económicas» denominadas pacíficas. Así dice Marx, hablando de la renta del trabajo: «En estas condiciones, la plusvalía para los propietarios nominales de la tierra, sólo se puede obtener por una coerción extraeconómica. En Asia, la renta y los impuestos no son más que una cosa, o más bien, no existen impuestos distintos de esta forma de renta de la tierra.» E incluso la forma que reviste la circulación de mercancías en las sociedades precapitalistas no le permite ejercer una influencia decisiva en la estructura fundamental de la sociedad; queda en la superficie, sin poder dominar el proceso de producción, en particular sus relaciones con el trabajo. «El comerciante podía comprar cualquier mercancía, salvo el trabajo como mercancía. Sólo se le toleraba como proveedor de productos artesanales», dice Marx.

A pesar de todo, semejante sociedad forma también una unidad económica. Sólo hay que preguntarse si esa unidad es tal que la relación de los diversos grupos particulares que componen la sociedad con la totalidad de la sociedad pueda tomar, en la conciencia que pueda serle adjudicada, una forma económica. Marx hace resaltar, por una parte, que la lucha de clases en la antigüedad se ha desarrollado «principalmente en la forma de una lucha entre acreedores y deudores». Pero añade con toda razón: «Sin embargo, la forma monetaria —y la relación entre acreedor y deudor posee la forma de una relación monetaria— no hace sino reflejar el antagonismo entre condiciones de vida económicas mucho más profundas». Este reflejo se ha revelado como simple reflejo para el materialismo histórico. Las clases de esa sociedad ¿tenían acaso, como quiera que fuese, la posibilidad objetiva de elevarse a la conciencia del fundamento económico de sus luchas, de la problemática económica de la sociedad que ellas padecían? Esas luchas y esos problemas no tenían que tomar necesariamente para ellas —conforme a las condiciones de vida en que estaban— formas ora «naturales» y religiosas, ora estatales y jurídicas. La división de la sociedad en estados, en castas, etc., significa

justamente que la fijación tanto conceptual como organizativa de esas posiciones «naturales» continúa siendo económicamente inconciente, que el carácter puramente tradicional de su simple crecimiento debe verse inmediatamente en moldes jurídicos. Porque, al carácter, más suelto, de la cohesión económica en la sociedad, corresponde una función, diferente que en el capitalismo, tanto objetiva como subjetivamente, de las formas jurídicas y estatales constituidas aquí por las estratificaciones en estados, los privilegios, etc. En la sociedad capitalista, estas formas son simplemente una fijación de interconexiones cuyo funcionamiento es puramente económico, hasta el punto que las formas jurídicas pueden a menudo —como Karner lo ha demostrado pertinentemente— abarcar estructuras económicas modificadas, sin variar su forma o su contenido. En cambio, en las sociedades precapitalistas, las formas jurídicas tienen que intervenir necesariamente de manera constitutiva en las conexiones económicas. No hay aquí categorías puramente económicas —y las categorías económicas son, según Marx, «formas de existencia, de determinación de la existencia»— que aparezcan en formas jurídicas, que sean verdaderas en otras formas jurídicas. Pero las categorías económicas y jurídicas son efectivamente, por su contenido, inseparables y entrelazadas entre sí (basta pensar en los ejemplos mencionados más arriba, de la renta de la tierra y el impuesto, de la esclavitud, etc.) La economía no ha alcanzado, tampoco objetivamente, hablando en términos hegelianos, el nivel del ser-para-sí, y por eso mismo en el interior de tal sociedad no hay posición posible a partir de la cual pudiera hacerse conciente el fundamento económico de todas las relaciones sociales.

[...]

La relación entre la conciencia de clase y la historia es por consiguiente muy diferente en los tiempos precapitalistas y en la época capitalista. Porque, en los tiempos precapitalistas, las clases no podían ser desprendidas de la realidad histórica inmediata, sino por intermedio de la interpretación de la historia dada por el materialismo histórico, mientras, que ahora las clases son esa realidad inmediata, histórica de por sí. Por eso no es en modo alguno un azar —como lo hizo resaltar Engels— el hecho de que ese conocimiento sólo se haya hecho posible en la época capitalista. Y no solamente, como piensa Engels, a causa de la simplicidad mayor de esa estructura en contraste con las «conexiones complicadas y ocultas» de los tiempos pasados, sino, ante todo, porque el interés económico de clase, como motor de la historia, sólo apareció en toda su pureza con el capitalismo. Las verdaderas «fuerzas motrices» que «están detrás de los móviles de los hombres que actúan en la historia» no podían, por consiguiente, llegar a la conciencia (ni siquiera como conciencia simplemente adjudicada) en los tiempos precapitalistas. Esas fuerzas han permanecido, en verdad, ocultas tras los móviles como potencias ciegas de la evolución histórica. Unos momentos ideológicos no solamente «encubren» los intereses económicos, no son solamente banderas y lemas de combate, también forman parte integrante y son elementos de la lucha real. Es cierto que si buscamos el sentido sociológico de estas luchas por medio del materialismo histórico, esos intereses pueden ser descubiertos, sin duda alguna como momentos de

explicación finalmente decisivos. Pero la diferencia infranqueable con el capitalismo consiste en que, en la época capitalista, los momentos económicos ya no están ocultos «tras» la conciencia sino que están presentes en la conciencia misma sólo que inconcientes o reprimidos, etc. Con el capitalismo, con la desaparición de la estructura de estados, y con la constitución de una sociedad con articulaciones puramente económicas, la conciencia de clase ha llegado al estado en que puede hacerse conciente. Ahora la lucha social se refleja en una lucha ideológica por la conciencia, por el descubrimiento o la disimulación del carácter de clase de la sociedad. Pero la posibilidad de esta lucha anuncia ya las contradicciones dialécticas, la disolución interna de la pura sociedad de clases. «Cuando la filosofía, dice Hegel, pinta en gris sobre gris, es porque una forma de la vida ha envejecido y no se puede rejuvenecer con gris sobre gris; simplemente ella se deja reconocer; la lechuza de Minerva no levanta el vuelo hasta que cae la noche.»

[...]

La conciencia no está más allá de la evolución histórica real. No es el filósofo quien la introduce en el mundo; el filósofo no tiene, por tanto, derecho a lanzar una mirada arrogante sobre las pequeñas luchas del mundo y despreciarlas. «Nosotros le mostramos simplemente (al mundo) por qué lucha en realidad, y la conciencia de ello es algo que él se ve obligado a adquirir, aunque no lo quiera.» Sólo se trata, pues, de «explicarle sus propias acciones».

El cambio social ocurre si se da cierta combinación de factores, objetivos y subjetivos. Cuando la sociedad madura objetivamente, cuando sus contradicciones se agudizan, cuando las necesidades materiales se hacen ineludibles, la conciencia se dispara, la posibilidad de los cambios aumenta considerablemente. Pero la sociedad humana no se rige por un determinismo absoluto, fuerte. El futuro está abierto, no *totalmente* abierto, pero no está cerrado, no está por completo escrito, no está predeterminado. Existen diversas *tendencias* que pueden dar lugar a un abanico (no infinito desde luego) de *posibilidades*, de posibles futuros.

Como dice Lukács:

Cuando ha comenzado la crisis económica final del capitalismo, el destino de la revolución (y con ella el de la humanidad) depende de la madurez ideológica del proletariado, de su conciencia de clase.

Así se define la función única de la conciencia de clase para el proletariado, en oposición a su función para otras clases. Justamente porque el proletariado sólo puede liberarse como clase suprimiendo la sociedad de clases en general, su conciencia, la última conciencia de clase en la historia de la humanidad, debe coincidir, por un lado, con la revelación de la esencia de la sociedad y, por el otro, debe constituir una unidad cada vez más íntima de la teoría y la práctica. Para el proletariado, su ideología no es un «estandarte» bajo el cual combata, ni un pretexto que encubra sus propios fines; la ideología es el fin y el arma. Toda táctica sin principios rebaja al materialismo histórico hasta hacer de él una simple «ideología» y obliga al proletariado a un método de lucha burgués (o pequeño burgués); le priva de sus mejores fuerzas, asignando a su

conciencia de clase el papel de una conciencia burguesa, un simple papel de acompañamiento o de freno (freno para el proletariado), en lugar de la función motriz que le corresponde a la conciencia proletaria.

[...]

La victoria revolucionaria del proletariado no es, pues, como para las clases anteriores, la realización inmediata del ser socialmente dado de la clase; es, como ya el joven Marx lo había reconocido y subrayado claramente, su superación de sí mismo. En el Manifiesto comunista se formula esta diferencia como sigue: «Todas las clases que en el pasado han conquistado el poder trataron de consolidar la situación que ya habían adquirido, sometiendo a toda la sociedad a las condiciones de su modo de apropiación. Los proletarios no pueden apoderarse de las fuerzas productivas sociales si no es suprimiendo el modo de apropiación que era el suyo hasta entonces, y, por tanto, todo el modo de apropiación existente.» Esta dialéctica interna de la situación de clase hace aún más difícil el desarrollo de la conciencia de clase proletaria, al contrario que la burguesía, que podía, desarrollando su conciencia de clase, quedarse en la superficie de los fenómenos, al nivel del empirismo más burdo y abstracto, mientras que para el proletariado, ya en etapa muy primitiva de su desarrollo, era un imperativo elemental de su lucha de clase ir más allá de lo inmediato.

[...]

El proletariado sólo se realiza suprimiéndose, llevando hasta el fin su lucha de clase e implantando así la sociedad sin clases. La lucha por esa sociedad, de la cual la dictadura del proletariado es una simple fase, no es solamente una lucha contra el enemigo exterior, la burguesía, sino también una lucha del proletariado contra sí mismo: contra los efectos devastadores y degradantes del sistema capitalista sobre su conciencia de clase. El proletariado no habrá logrado la victoria verdadera hasta que haya superado esos efectos en sí mismo. La separación entre los diferentes sectores que deberían estar reunidos, los diferentes niveles de conciencia a que ha llegado el proletariado en los diferentes dominios permiten medir exactamente el punto que se ha alcanzado y lo que falta por conseguir. El proletariado no debe retroceder ante ninguna autocrítica, porque solamente la verdad puede traer su victoria, y la autocrítica debe ser, por tanto, su elemento vital.

La autocrítica debe ser el elemento vital del proletariado, la única clase, objetivamente, por su propia naturaleza, por el hecho de ser la más explotada, y la mayoritaria, que podrá superar la sociedad clasista. Como dice Marx: *Cuando el proletariado anuncia la disolución del estado de cosas existente, no hace sino enunciar el secreto de su propia existencia, pues él mismo constituye la disolución efectiva de ese estado de cosas.* La conciencia del proletariado es la cumbre evolutiva de la conciencia del ser humano social, y ello es así, como no podía ser de otra manera si recordamos la ley de leyes de la sociedad, y del Cosmos, la dialéctica materialista, porque las condiciones materiales de la sociedad le hacen despertar a ésta, a su parte que más sufre dichas condiciones, la conciencia de la naturaleza clasista de la sociedad y de su posibilidad y

necesidad de ser superada. Sin embargo, esa misma autocrítica es la que hay que aplicar *siempre* para superar los errores. El proletariado debe superar la sociedad clasista luchando también contra sí mismo, *contra los efectos devastadores y degradantes del sistema capitalista sobre su conciencia de clase*, como dice Lukács. Pues bien, como estoy intentando demostrar en el presente libro, uno de esos efectos devastadores es el propio concepto de la dictadura del proletariado, el talón de Aquiles del marxismo. Esta *simple fase* que dice Lukács, es infranqueable, es un cuello de botella, impide la superación de la sociedad clasista. Y lo impide porque dicho concepto es un reflejo especular de la concepción burguesa, es decir, clasista, de la sociedad humana. El proletariado debe superar la concepción burguesa de la sociedad, debe liberarse intelectualmente del dominio ideológico burgués. El marxismo supuso un enorme paso adelante en la concienciación del proletariado, pero no está exento de rémoras ideológicas burguesas. La principal es el concepto de la dictadura del proletariado. Éste es uno de esos frenos para el proletariado de los que hablaba Lukács. Le impide ir más allá de lo inmediato, le impide superarlo. Debemos purgar al marxismo de las influencias de la ideología burguesa, de aquellas que impiden la superación de la sociedad burguesa.

En cuanto a la discusión que teníamos acerca de la fe versus la razón, antes de Marx se pensaba que la razón podía sustituir por completo a la fe, o viceversa, que se trataba de lo uno o de lo otro. Ahora esto ya no es así. Por el contrario, ahora es lo uno y lo otro, ahora es posible integrar la fe y la razón, unirlas, como los dos polos de un imán. Antes de Marx eran dos monedas distintas, ahora son dos caras de la misma moneda. ¡Qué gran paso supuso el materialismo dialéctico! Materialismo dialéctico es equilibrio, es síntesis, sintoniza el pensamiento humano con la realidad que le rodea. El mundo existe porque tiene cierto equilibrio entre tendencias contrapuestas. La realidad la comprendemos ahora mejor porque los conceptos que antaño oponíamos, llegan también a cierto equilibrio. Por fin tenemos una visión de *conjunto* de la realidad. Vemos el todo y no sólo sus distintas partes, vemos cómo éstas se interconectan, en el espacio y en el tiempo. Reconciliamos el equilibrio existente en nuestras mentes, entre nuestros conceptos, con el equilibrio objetivo de la realidad que nos rodea. El equilibrio subjetivo ahora concuerda más con el objetivo. Nuestra imagen mental del mundo está ahora más acorde con el mundo real. Esto es lo que significa, ni más ni menos, que tener una concepción del mundo más realista. **El Universo es esencialmente materialismo dialéctico en acción.** Éste es el Santo Grial buscado por largo tiempo, es el secreto más profundo del Cosmos. En cuanto entendemos, plenamente, profundamente, lo que significa el materialismo dialéctico, en cuanto consideramos sus demoledoras y profundas implicaciones, el mundo, en sus líneas generales, se nos hace mucho más comprensible. Por supuesto, nos falta el poder describir *cuantitativamente* y con cierta precisión el funcionamiento del Cosmos, la física sigue buscando su particular Santo Grial, esa teoría unificadora que permita explicar con números el Universo como un todo, que permita conectar las teorías que describen el Cosmos a distintas escalas, pero la concepción del mundo proporcionada por el marxismo nos permite ya una comprensión *global* del mismo, a grandes rasgos, de una manera aproximada, cualitativamente hablando.

No hemos hecho más que *empezar*, ahora sí, a comprender el mundo. Necesitamos conectar aún muchas de nuestras teorías parciales para dar con la teoría general que

lo explique todo. Tal vez lo logremos no tanto conectando dichas teorías parciales sino que reformulando una nueva teoría general cuyos distintos casos particulares sean las actuales teorías parciales. En cualquier caso, lo que es evidente, es que necesitamos una teoría general que explique tanto en detalle como de manera global todo el Universo, que explique tanto la materia (o la energía) a gran escala como a muy pequeña escala, la materia muerta como la viva, como incluso la materia consciente. El Cosmos es un todo cuyas distintas partes se interrelacionan más o menos intensamente, cuyas distintas partes no están aisladas o separadas por fronteras estancas. El materialismo dialéctico es la *guía* que nos proporciona el modo de ir descifrando el puzzle. Aún nos queda mucho para descifrarlo, pero ahora sabemos, a grandes rasgos, cómo hacerlo. Tal como nos dice la dialéctica, la ciencia, la filosofía, además de fusionarse, vuelven a sus orígenes, a la visión integradora que tenían los antiguos griegos, pero a unos orígenes más evolucionados, más enriquecidos. Necesitamos ir integrando las distintas ciencias y doctrinas filosóficas, además de seguir desarrollándolas. ¿Necesita la ciencia, en general, adoptar con mayor profundidad la concepción marxista del mundo? ¿Si dicha nueva concepción del mundo fuese realmente tenida en cuenta, si fuese estudiada, desarrollada, en vez de marginada, no podría esto ayudar a encontrar en la física esa teoría de teorías, no podría esto ayudar a integrar las distintas ciencias que se centran en distintos aspectos del todo? ¿Somos realmente conscientes del enorme paso que supuso para la humanidad la concepción marxista del mundo? ¿No estamos aún *empezando* a descubrir lo que significa ese gran paso? ¿Si tan correcta parece ser dicha nueva concepción, si tantas implicaciones tiene, no podemos concluir que el marxismo, por lo menos en sus líneas maestras, puede sernos muy útil para construir nuestro futuro? ¿Quién se atreve en su sano juicio a tirar a la basura *todo* el marxismo, una vez que lo conoce realmente?

Volviendo a la Rusia del siglo XXI, la población de ese país ha perdido mayoritariamente la fe en el comunismo, en el socialismo, en lo que los rusos creen que es comunismo y socialismo. Ellos creen que el socialismo es lo mismo que el estalinismo porque éste se encargó machaconamente de comer el coco a la población de que así era. En este sentido la propaganda estalinista ha hecho tanto daño al socialismo como la propaganda capitalista. Sin embargo, poco a poco, con el tiempo, como así les va pasando a los españoles, como así les pasa a los ciudadanos de la mayor parte de países, los rusos se darán cuenta de que es posible y necesario tener más democracia. A medida que la gente vaya descubriendo las “virtudes” del capitalismo, y su “democracia” vacía de contenido, irá poco a poco cuestionándolo, el pueblo ruso irá también perdiendo la fe en el capitalismo, como ya le está pasando al resto de la población mundial. En el momento de escribir estas líneas el partido comunista ruso tiene serias perspectivas de ganar las próximas elecciones parlamentarias y presidenciales, por lo menos de obtener grandes resultados. Pero incluso aunque ganase dicho partido, eso no invalidaría lo aquí dicho en cuanto al lastre del estalinismo para construir alternativas al capitalismo en ese país. Si el “socialismo real” hubiese sido realmente socialismo, dicho partido comunista hubiera obtenido grandes resultados electorales en cuanto el pueblo ruso hubiese “disfrutado” un poco del capitalismo mafioso que sucedió al anterior sistema. En verdad, probablemente, el socialismo no hubiera colapsado. Si volviera al poder político el partido comunista ruso ahora, habría necesitado nada más y nada menos que dos

décadas para hacerlo. Y todo esto a pesar del nefasto capitalismo que surgió en la Rusia post-soviética. El capitalismo siempre es nefasto, pero el de la Rusia actual, y sobre todo el de la Rusia inmediatamente posterior a la caída de la URSS, lo es especialmente.

A medida que el capitalismo internacional ya no pueda dar más de sí, irá poco a poco llegando a un callejón sin salida. No podrá ni siquiera proporcionar unas mínimas condiciones dignas materiales de existencia a la mayor parte de la gente, ya no lo hace en muchos países. Tal vez estemos más cerca de lo que pensamos del Armagedón capitalista. Esto nadie puede saberlo realmente. ¡Pero el Armagedón capitalista puede ser también el de la propia civilización humana! ¡La humanidad deberá evitar que el capitalismo la arrastre en su caída! ¡El capitalismo necesitará un empujón para sucumbir! Necesitará la ayuda del socialismo. Y éste la ayuda de los humanos. El socialismo no caerá del Cielo por obra del Espíritu Santo. Mientras los rusos no redescubran que otro tipo de socialismo es posible, que el estalinismo no es el verdadero socialismo, que la planificación económica, que la propiedad social de los grandes medios de producción, deben ser acompañadas de la más amplia y profunda democracia, política y económica, el “socialismo” allí, en la gran Rusia, será non grato, un mal recuerdo, sólo tendrá pasado y no futuro, será una amenaza y no una esperanza, una posibilidad a evitar y no una posibilidad a buscar. Sólo un partido comunista ruso (que no renuncie al socialismo) que sea capaz de renegar del estalinismo, que lo condene claramente, que, al mismo tiempo, apueste decididamente por la combinación propiedad social de los medios de producción-democracia, tendrá serias posibilidades de alcanzar el poder y de volver a intentar el socialismo. Pero siempre que se aprenda de los errores del pasado. Por supuesto, siempre cabe la posibilidad de que el partido comunista ruso alcance el poder político con un discurso reformista, convirtiéndose así a la socialdemocracia (algo nada descartable puesto que hay claras tendencias socialdemócratas en el actual Partido Comunista de la Federación Rusa, PCFR). Yo estoy hablando de las posibilidades de que un partido que defienda el socialismo, en la teoría y en la práctica, alcance el poder político en Rusia de manera democrática, hablo de un partido para el cual la conquista del poder político no sea un fin en sí mismo sino que un medio, un medio para construir una sociedad alternativa a la capitalista.

El nuevo socialismo ruso del siglo XXI no puede ser calcado del de la URSS del siglo XX. Habrá que retomar los aciertos de este último, pero habrá también que desprenderse de sus errores, algunos de ellos muy graves. Esta vez hay que apostar por hacer el socialismo *contando* con el *máximo* protagonismo de las masas, de *todo* el pueblo. Rusia puede desempeñar un papel muy importante en la posible nueva revolución socialista mundial del siglo XXI. Rusia tiene mucho que aportar a la causa del socialismo internacional, aunque sólo sea por el hecho de haber sido el primer país que lo intentó implementar en la historia de la humanidad. El PCFR es uno de los partidos comunistas más importantes del mundo, uno de los pocos que todavía no ha desaparecido del mapa político de los países capitalistas. La URSS ha pasado a la historia, para bien y para mal, como ejemplo a seguir en algunas cosas, como ejemplo a no seguir en otras. Su legado es colosal, para bien y para mal. Es un antecedente histórico que no puede obviarse. Exagerando un poco, pero no mucho, la historia del siglo XX fue la historia de la URSS. Muchos historiadores, de hecho, consideran que el

siglo XX empezó realmente con el triunfo de la Revolución rusa y acabó con el colapso de la Unión Soviética. El siglo XX no puede desaparecer de la historia. El siglo XXI no puede dar la espalda al que le precedió. Pero no sólo la URSS es un caso único en la historia, a considerar inevitablemente, sino que también lo es el paso del estalinismo al capitalismo en la Rusia post-soviética, pues en este país el proceso privatizador, auténtico expolio de los bienes públicos, supone la mayor transferencia de propiedad a manos privadas en la historia de la humanidad. Rusia, una vez más, destaca poderosamente, esta vez en el sentido contrario a cómo lo hizo a principios del siglo XX. Lo acontecido en el país más extenso del planeta, tanto en un sentido como en otro, tanto en el siglo XX como en el XXI (si consideramos que el XXI empezó realmente con la caída del muro de Berlín y del imperio estalinista), no puede ser despreciado. Rusia puede volver a desempeñar un gran papel, puede volver a estar en la vanguardia de la historia. Pero, insisto, siempre que se aprenda de los errores del pasado. Por ahora, sólo podemos soñar con la “restauración” del socialismo (a no confundir con el estalinismo) en Rusia, con la implantación del verdadero socialismo en el país más grande de la Tierra, con un nuevo intento de superar el capitalismo en el gigante euroasiático. Tal vez, las experiencias de otros intentos en otros lares (como Latinoamérica), sirvan de antesala del nuevo socialismo ruso. Tal vez. El tiempo dirá. A este respecto la creación de la Quinta Internacional podría ser decisiva para intercambiar experiencias prácticas, presentes y pasadas, para revitalizar a la izquierda anticapitalista mundial. El internacionalismo se nos presenta hoy más necesario que nunca, al mismo tiempo que más posible que nunca. El capitalismo es hoy más global que antaño. El mundo está hoy más interconectado que nunca. ¿A qué esperamos para usar las posibilidades que nos brindan la tecnología y la ciencia actuales?

Como decía, el tiempo hablará. Pero el tiempo también ha hablado ya. ¡Debemos escucharle de par en par, con la mente bien abierta! No cabe duda de que, desde el punto de vista práctico, es difícil imaginarse mejor contrarrevolución que la que aconteció en Rusia en el siglo XX. Como dice Anton Pannekoek en su libro *Los consejos obreros: Al usurpar el nombre de comunismo para su sistema de explotación de los trabajadores y su política de persecución de los adversarios, a menudo cruel, hizo de este nombre, que hasta entonces había sido expresión de elevados ideales, un objeto de oprobio, aversión y odio incluso entre los trabajadores*. Esto explica en gran parte la situación actual, a principios del siglo XXI. El capitalismo, a pesar de estar llegando a un extremo autodestructivo exacerbado y más que evidente, no parece tener rival. A pesar de estar poniendo en serio peligro de extinción a la propia humanidad y a su hábitat, la gran parte de los seres humanos todavía cree que no hay sistema alternativo. ¡Incluso en los países que probaron cierto “socialismo”! Si me dijeran que Stalin fue un agente capitalista infiltrado para hacer fracasar y degenerar al socialismo desde dentro, yo, francamente, a primera vista, analizando lo ocurrido en la URSS con una perspectiva temporal amplia, podría estar tentado a creérmelo. Me haría comprender mucho mejor lo que ocurrió y lo que ocurre. De hecho, la mayor parte de los viejos bolcheviques que lideraron la Revolución de Octubre fue exterminada mientras los antiguos enemigos de los bolcheviques, mencheviques e incluso zaristas, fueron promocionados en la burocracia estalinista. Quienes fueron acusados de contrarrevolucionarios por los bolcheviques en tiempos de Lenin pasaron a asumir cargos de responsabilidad en tiempos de Stalin.

Como nos explica Pierre Broué en su libro *El partido bolchevique*:

Tras la muerte de Stalin, Jruschov, para explicar la «gran purga», aludiría a la personalidad del Secretario General, a su «manía persecutoria», a su carácter que cada vez era más «caprichoso, irritable y brutal», y a la influencia de Beria, que utilizaba estas «debilidades» y le impulsaba a «sostener con todos los métodos posibles la glorificación de su propia persona». Veinte años antes, Trotsky había escrito acerca de él un análisis más satisfactorio que esta explicación psicológica: «Los medios dirigentes eliminan a todo aquel que les recuerde el pasado revolucionario, los principios del socialismo, la libertad, la igualdad, la fraternidad, las tareas pendientes de la revolución mundial. La ferocidad de la represión da buena prueba del odio que la casta privilegiada siente por los revolucionarios. En este sentido, la depuración aumenta la homogeneidad de las esferas dirigentes y efectivamente parece robustecer el poder de Stalin». En efecto, los cuadros que vienen a sustituir a los veteranos bolcheviques han sido formados dentro del molde uniforme del partido estaliniano.

Pero incluso aunque eso fuera cierto, aunque Stalin hubiese sido un agente capitalista con la misión de torpedear al socialismo desde dentro, no explicaría por sí mismo lo que aconteció. Sin cierto contexto, sin ciertos errores ideológicos, sin ciertas metodologías, sin cierta mentalidad de la mayor parte de la gente, sin la complicidad de quienes le rodeaban, Stalin no hubiera podido hacer lo que hizo. Por otro lado, no hay que perder de vista que Stalin puso en práctica políticas claramente encaminadas al socialismo, al menos implementando ciertas características esenciales del mismo, aunque no así una de sus principales como la gestión democrática de los medios de producción, de la sociedad socialista en general. La burocracia estalinista no se alió con las fuerzas procapitalistas, como los kukaks o los Nepmen, durante la crisis de la economía soviética de 1928, todo lo contrario. Cuando el Ejército Rojo liberó a la Europa oriental del yugo nazi, la burocracia estalinista no mantuvo sino que abolió la propiedad privada de los medios de producción en dichos países, si bien también aplastó toda forma de poder obrero directo. El estalinismo, si bien jugó cierto papel revolucionario, sobre todo al principio, por lo menos en Rusia, no tanto a nivel internacional, fue al mismo tiempo contrarrevolucionario, pues su metodología lo era, sembraba el terreno de la vuelta hacia atrás. El estalinismo posibilitó un crecimiento económico casi sin parangón en la historia, gracias a la planificación central de la economía, por el hecho de hacer los medios de producción estatales, pero también supuso un freno al socialismo cuando sus contradicciones emergieron, cuando su metodología pasó de ser, a pesar de todo, un impulso hacia el socialismo, aun siendo también *en parte* obstáculo, a ser un obstáculo insalvable para el desarrollo del socialismo, a ser *sólo* obstáculo. El socialismo necesitaba, además de medios de producción no privados, democracia económica, sustentada en la más amplia democracia política posible.

El problema, al margen de cuestiones éticas obvias, es que el método empleado por Stalin, que se nutría del marxismo-leninismo llevando al extremo algunas medidas transitorias y haciéndolas permanentes, era pan para hoy y hambre para mañana. Posibilitaba el desarrollo del socialismo a corto plazo pero lo imposibilitaba a largo plazo. Sembraba la semilla de la restauración capitalista, muy a su pesar, al mismo

tiempo que cosechaba el socialismo. El problema fundamental de fondo, por lo menos uno de los principales, es siempre la mentalidad de ovejas de la mayoría de los seres humanos. Ese problema, la raíz de los problemas de la sociedad humana, debe ser el gran objetivo de la transformación social. Ese problema no podrá resolverse de la noche a la mañana. Pero hay que tenerlo en cuenta siempre, hay que protegerse frente a él. Como mínimo, se trata de evitar que empeore, que se agudice. Cualquier revolución debe intentar prioritariamente, por todos los medios posibles, evitar que la gente se deje llevar *ciegamente* por ciertas minorías, evitar que la delegación en las vanguardias sea un cheque en blanco *incondicional*. Incluso en las peores circunstancias.

Al contrario de lo que propugnó Lenin en su día, cuando decía en *Las tareas inmediatas del poder soviético*, artículo publicado en 1918: *La revolución [...] exige hoy la subordinación incondicional de las masas a la voluntad única de los dirigentes del proceso de trabajo*. Ése fue uno de sus mayores errores, le abrió así las puertas de par en par a Stalin o a cualquier burocracia. La disciplina se convertía así en el principal enemigo de la Revolución. La disciplina traspasaba así el umbral a partir del cual pasa de ser beneficiosa a ser perjudicial. A la disciplina, al liderazgo, les pasa como a la sal de la sopa. Son necesarios en su justa medida. Pueden ser beneficiosos pero también contraproducentes. La vanguardia propiciaba, sino protagonizaba ya, la contrarrevolución. La disciplina, en caso de ser necesaria, nunca debe ser *incondicional*. Puede ser necesario recurrir a la disciplina, pero ésta nunca debe ser un cheque en blanco, sea cual sea el contexto. Cualquier persona puede entender la necesidad de ser disciplinada en determinado momento. Apelar a la disciplina *incondicional* demuestra tener muy poca fe en las personas, en las masas, en su capacidad de asumir responsabilidades, de comprender la necesidad en determinados momentos de hacer sacrificios. Esa falta de fe en la gente sencilla, incluso en las personas analfabetas, es siempre un gran obstáculo para la revolución social. Si ya el liderazgo es siempre peligroso, cuando la gente se somete a él *ilimitadamente, acríticamente*, entonces dicho liderazgo deja de tener ventajas para tener sólo inconvenientes. La revolución rusa demostró sus inconvenientes. Lo beneficioso que puede ser el liderazgo, pero también lo perjudicial en que puede convertirse.

Lenin se contradecía a sí mismo. De decir que las masas debían ser las protagonistas en la construcción del socialismo a decir que debían obedecer ciegamente a la vanguardia, hay un cambio verdaderamente muy drástico. ¿Cómo se explica esa transición tan radical? ¿Fueron los duros acontecimientos los que la provocaron? ¿O en verdad Lenin y sus camaradas pretendían desde el principio controlar y dominar la Revolución rusa a su antojo? Es muy difícil responder a estas preguntas. Pero debemos intentarlo.

2.8. El cuestionamiento de la Revolución bolchevique

Para algunos analistas, los bolcheviques eran contrarrevolucionarios desde el principio. Incluso existen teorías que afirman que fueron financiados por grandes capitalistas. Antony Sutton en su libro *Wall Street y los bolcheviques* afirma: *los capitalistas monopólicos son enemigos acérrimos de los empresarios del tipo laissez-faire y, dadas las debilidades de la planificación centralizada socialista, el Estado socialista totalitario es un mercado cautivo perfecto para los capitalistas monopólicos siempre que se pueda establecer una alianza con los operadores del poder político socialista*. En base a este argumento central, Sutton establece su teoría, sustentada en multitud de documentos, de que los bolcheviques fueron financiados por grandes capitalistas internacionales (estadounidenses, alemanes, suecos, etc.), de que *la Revolución bolchevique fue una alianza de estadistas: estadistas revolucionarios y estadistas financieros aliados contra los elementos genuinamente libertarios en Rusia*.

Sin embargo, es muy discutible que los capitalistas monopólicos vieran a los empresarios más acérrimos defensores del laissez-faire como sus principales enemigos. El socialismo es realmente el principal enemigo de todo capitalista pues propugna el que los medios de producción sean de propiedad social. Yo creo que es evidente que para un gran capitalista el principal enemigo es el socialismo, y no otro capitalismo. Los empresarios compiten entre sí de acuerdo con ciertas reglas del juego, entre las cuales la posesión *privada* de los medios de producción es la esencial, es la regla número uno, la base del capitalismo. Sin esta regla básica no hay grandes capitalistas, no hay capitalismo (privado). Además, precisamente, el laissez-faire, la desregulación, la ley de la jungla, del más fuerte, es la que posibilita la acumulación del capital, es la que ha permitido que el capitalismo llegue a su fase monopólica. El gran capitalista monopólico tiene muy poco que temer del capitalista "laissez-faire", si asimilamos éste con el pequeño capitalista que compete con él a trancas y barrancas. Es muy poco probable que ningún capitalista no aspire al monopolio. Todo capitalista aspira a dominar cualquier mercado. Es la regla de oro del capitalismo: domina o serás dominado. Es la ley de la jungla trasladada a la "civilización". La dinámica, la lógica, del capitalismo conduce al monopolio, a los oligopolios como mínimo. Todo capitalista, en cuanto puede, deja de ser "laissez-faire", de defender la libre competencia (si entendemos así el "laissez-faire"), y se convierte en monopólico. El capitalista sólo es partidario de la libre competencia cuando él aún no ha dominado un mercado, cuando necesita competir para crecer. En cuanto crece y se hace un gigante aspira a eliminar la competencia, a obstaculizarla, a hacerse monopólico. La competencia sólo es reivindicada por el pequeño capitalista, que la necesita para crecer y sobrevivir, pero es combatida en cuanto pone en peligro los intereses del antaño defensor del libre mercado. Para el capitalista lo único que cuenta es su capital, las ideologías son sólo un disfraz, un medio, tan pronto las usa como se desprende de ellas. Los capitalistas no tienen ideología, su única "ideología" es ganar dinero, cuanto más mejor. Bien es cierto que el gran capitalista combate la competencia, desde su posición monopólica, pero el socialismo combate *toda* la estructura capitalista, por lo menos la pone en serio peligro. Con socialismo no hay competencia, "libre" o no, entre los capitalistas

privados, por lo menos entre los grandes, no hay grandes capitalistas, no hay capitalistas monopólicos. El socialismo es mucho más peligroso para el capitalista monopólico que el capitalista “laissez-faire”. ¿Fueron financiados los bolcheviques por ciertos grandes capitalistas? Tal vez. Probablemente sí. Pero eso no significa necesariamente que al gran capitalista le interese el “totalitarismo socialista”, el monopolio estatal de la economía en ningún país. El monopolio estatal es un mal ejemplo para los capitalistas monopólicos (privados). Ejemplo que podría salpicar a sus propios países.

Pero vayamos un poco más allá. ¿Qué significa realmente el capitalismo “laissez-faire”? La desregulación, el que el mercado vaya por sí solo y se someta a las mínimas restricciones legales posibles, la mínima intervención de los gobiernos. ¿A quién interesa que el mercado no esté regulado? Al fuerte, al gran capitalista. A éste no le interesa, por ejemplo, que se combata a los oligopolios o a los monopolios, que se combata la competencia desigual o desleal, que se fomente el mercado verdaderamente libre. ¿Cuándo un mercado es más libre? Cuando sus distintos actores pueden competir de la manera más igualitaria posible (para los liberales cuanto menos intervención en el mercado haya, puesto que para ellos *libertad* es en verdad *libertinaje*, para ellos es posible la libertad en la vida en sociedad sin igualdad, es decir, sin regulación). ¿Cuándo es menos libre? Cuando las empresas que lo dominan imponen su ley. ¿Cuándo pueden imponer su ley? Cuando no hay ley, cuando la única que rige es la del más fuerte, cuando impera el “laissez-faire”. ¿Quién dominaba en el salvaje Oeste norteamericano? El que mejor manejaba el revólver. ¿Por qué? Porque allí aún no había ley. ¿La gente era más libre en el salvaje Oeste? ¿Qué gente? ¿El que manejaba bien el revólver? ¿El que lograba aislarse del resto de sus congéneres? Sólo es posible la libertad en la vida en sociedad cuando se garantiza la igualdad para todas las personas, cuando nadie domina a nadie. Y esto sólo es posible mediante el imperio de la ley. La cuestión es que la ley sea justa y posibilite realmente la libertad de todos. La cuestión es que la ley sirva a los intereses generales, de toda la sociedad, y no a los de ciertas minorías. Por último, ¿el neoliberalismo (cuyo pilar es el “laissez-faire”) ha impedido el crecimiento de los grandes emporios empresariales o no?, ¿ha puesto en peligro a los grandes capitalistas monopolistas o no? Yo creo que es evidente que, tras décadas de políticas neoliberales, los grandes capitalistas se han reforzado, la riqueza se ha concentrado todavía más en unos pocos actores económicos. Lejos de lo que proclama Sutton, la filosofía del laissez-faire ha favorecido a los grandes capitalistas monopólicos. A los hechos podemos remitirnos. Nuestros razonamientos, nuestro sentido común, concuerdan con, se ven ratificados por, lo observado en la realidad.

Así pues esa dicotomía que nos plantea Sutton, Capitalistas monopolistas vs. Capitalistas “laissez-faire”, es en verdad falsa. Los capitalistas “laissez-faire” y los capitalistas monopólicos son los mismos. En todo caso sí existe una cierta dicotomía Pequeños capitalistas vs. Grandes capitalistas. Pero esta dicotomía es secundaria. Los pequeños capitalistas prefieren la regulación, sin la que la competencia libre es imposible. Pero el pequeño capitalista en cuanto se vuelve grande prefiere el “laissez-faire”, sin el que no puede ejercer su dominio tranquilamente, sin límites. La verdadera dicotomía es Capitalismo vs. Socialismo, Medios de producción *privados* vs. Medios de producción *públicos*, *Dictadura* económica vs. *Democracia* económica. El hecho de

que, en determinados momentos, ciertos capitalistas decidan financiar a ciertos revolucionarios socialistas no demuestra que el socialismo interese a esos capitalistas. De hecho, si esa apuesta tuviera riesgos para sus propios países, para sus propios intereses, dejarían de financiarlos al momento. Si, en todo caso, financian a ciertos grupos revolucionarios extranjeros es porque piensan (correctamente o no) que la revolución extranjera no pone en peligro su statu quo nacional, incluso, al contrario, porque piensan que beneficia a su statu quo nacional e internacional. Incluso admitiendo que ciertas facciones del capitalismo internacional financiaron la Revolución rusa, lo que parece evidente es que, en la actualidad, el capitalismo no sólo no financia, sino que combate cualquier intento de implementar el socialismo en el mundo. El capitalismo aprendió también una lección básica de la Revolución bolchevique (que estuvo a punto de ser propagada como la pólvora por Europa, de no ser por el fracaso de la Revolución alemana en 1919): el socialismo, incluso el estatista, en cualquier país, pone en peligro al capitalismo internacional, es un peligro *potencial* para cualquier gran capitalista de cualquier país. Por esto, ahora, de esto no hay duda posible, la burguesía internacional acosa todo lo que puede a cualquier gobierno socialista (verdaderamente socialista, o con cierto socialismo potencial o embrionario, ya sea estatista o no), financia a los grupos opositores a dicho gobierno (véase Venezuela, Ecuador, Bolivia, etc.). El capitalismo no necesita el socialismo estatista para controlar los recursos naturales o la economía de un país (véase el caso de Latinoamérica o de los países petroleros de Oriente Medio, en la actualidad). Lo que necesita es que en dichos países haya ciertos actores políticos y económicos a su servicio, que antepongan sus intereses a los de su país, que renuncien a la soberanía nacional, más aún a la popular (sin la que la soberanía nacional siempre está en la cuerda floja). El enemigo número uno del capitalismo es el socialismo (incluso el estatista). En verdad la democracia, pues ésta no sólo puede conducir al socialismo sino que puede hacer que éste funcione y sobreviva, pues sin soberanía popular no hay realmente soberanía nacional, o ésta siempre está amenazada por los intereses de la oligarquía nacional que no duda en venderse a las oligarquías extranjeras con tal de enriquecerse, a costa de su propio pueblo. Sin democracia no hay socialismo que pueda sobrevivir. **El enemigo más acérrimo del capitalismo es la democracia**, pero no el único.

Sutton afirma que las debilidades de la planificación centralizada socialista les permitirían a los grandes capitalistas internacionales controlar el mercado ruso. Pero, ¿cómo saber de las debilidades del socialismo hasta que éste no se implemente? ¿No representa un riesgo importante financiar a un enemigo potencial? Cualquier sistema que pone en peligro al capitalismo, pone en peligro a cualquier capitalista. No es probable que un gran capitalista, con una gran perspectiva internacionalista (inevitable si desea sobrevivir en un capitalismo cada vez más global), no ya sólo financie, sino que mire con buenos ojos cualquier revolución socialista. Y si así fuera, si el socialismo interesara a ciertos grandes capitalistas, ¿por qué toda revolución socialista ha sufrido, por el contrario, tanta resistencia por parte del capitalismo internacional? ¿Por qué no se financia a Castro? ¿Por qué los grandes lobbies no presionan ante el gobierno norteamericano para levantar el embargo económico a Cuba? ¿Por qué se apoya y financia el golpe contra Chávez en 2002? ¿Por qué se apoyó y financió el golpe de Estado contra Allende?

En todo caso, aun admitiendo que fuera cierto (y hay grandes indicios de que así fue) que ciertos capitalistas financiaran a los bolcheviques con la intención de controlar Rusia y su gran y suculento mercado, o con cualquier otra intención, aun admitiendo incluso la financiación por parte del gobierno alemán para debilitar internamente a Rusia, aun admitiendo la financiación extraoficial del gobierno norteamericano para ganar posiciones frente al gobierno alemán por el mercado ruso, es decir, aun admitiendo que la financiación o apoyo de distintos países capitalistas no fuese más que la lucha de unos imperialismos frente a otros, aun admitiendo cualquier motivo por el cual ciertos capitalistas ayudaran económicamente a la Rusia soviética, todo eso no demostraría necesariamente nada en cuanto a las intenciones de los dirigentes bolcheviques, que es lo que nos interesa aquí. Éstos pueden haber aprovechado la financiación de ciertos capitalistas o de ciertos gobiernos para su lucha revolucionaria. Las disputas entre distintos capitalistas o gobiernos capitalistas pueden haber sido explotadas por los revolucionarios rusos para asentar su revolución. No sería la primera vez en la historia, ni mucho menos, que ciertos revolucionarios se aliaran, por interés, temporalmente, con ciertos enemigos. Incluso el mismo Lenin abogaba por ciertas alianzas contra-natura en determinados momentos (por ejemplo entre el proletariado y la burguesía en contra de la aristocracia). En cualquier guerra se producen alianzas, a priori antinaturales, entre ciertos enemigos, en contra de los enemigos comunes, con tal de ganar la guerra. Incluso podría explicarse dicha financiación de los bolcheviques por el simple hecho de que ciertos capitalistas que vieran a los bolcheviques como los inevitables líderes de la nueva Rusia, que vieran como inevitable el triunfo de la Revolución rusa liderada por los bolcheviques, decidieran financiarlos para luego obtener suculentos contratos económicos.

Y tampoco sería muy descabellado pensar que un gran capitalista, o incluso un gobierno imperialista, financiara al mismo tiempo a los bandos enfrentados (burguesía rusa y distintos revolucionarios rusos) con el fin de, sea quien sea el ganador, obtener beneficios, cobrar por los servicios prestados, posicionarse por delante de la competencia para hacer negocios con los nuevos líderes del gran y suculento mercado ruso. Según Walter Graziano, *la élite sabe, desde hace mucho tiempo, que la única forma de controlar los conflictos es controlando sus dos bandos*. E, indudablemente, quien financia controla, o por lo menos lo intenta. Según nos explica el escritor argentino en su libro *Hitler ganó la guerra*, Wall Street financió tanto a los bolcheviques como a los nazis, con el objeto de controlar los acontecimientos históricos. Según el propio Sutton, algunas empresas norteamericanas financiaron simultáneamente a los bandos opuestos de la Primera Guerra Mundial. Asimismo, según dicho escritor, desde Wall Street se financió simultáneamente al Ejército Blanco y a los bolcheviques. El autor de *Wall Street y los bolcheviques* interpreta la ayuda de algunos capitalistas a distintos partidos políticos rusos como el social-revolucionario de Kerensky o el bolchevique de Lenin, a los distintos bandos enfrentados en Rusia, como el intento de *ganar influencia política y económica sobre el nuevo régimen, cualquiera que fuese su ideología*. Según Sutton, *era la explotación comercial de Rusia lo que excitaba a Wall Street*.

El capitalista sólo ve, en principio, sus intereses económicos más inmediatos. Siempre que éstos no le pongan en peligro. ¡Pero de ahí a afirmar que al gran capitalista monopolista le interesa que triunfe el socialismo (estatista) hay mucho trecho! Afirmar

o insinuar que los capitalistas monopólicos y los bolcheviques, los marxistas centralistas en general, son aliados naturales es, como mínimo, muy pero que muy discutible, cuando no sospechoso. Convertir una alianza antinatural, temporal, esporádica, excepcional, en permanente o natural parece muy arriesgado e inapropiado. Normalmente, la inmensa mayoría de burgueses defienden a la burguesía. ¡Pero no siempre! Existen ciertas personas idealistas (no en el sentido filosófico de la palabra) que superan el egoísmo, que miran por los intereses generales. Por ejemplo, Marx y Engels, que aun no siendo proletarios (siendo burgueses) defendieron los intereses del proletariado, de la humanidad en general. Es, cuando menos, muy sospechoso que Antony Sutton en su libro *Wall Street y los bolcheviques*, cuando habla de Olof Aschberg, el banquero sueco que ayudó económicamente a los bolcheviques, así como a diversos movimientos revolucionarios internacionales, conocido como el banquero bolchevique, o más en general como el banquero de la Revolución mundial, no mencione que dicho banquero simpatizaba con los movimientos de izquierdas. ¿Por qué? ¿Para dar a entender que dicho banquero sólo financiaba a los bolcheviques para enriquecerse? ¿Para manchar la imagen del bolchevismo? ¿Por qué no menciona Sutton que Aschberg también financió, por ejemplo, al frente popular español de la Segunda República? ¿Qué intereses económicos podría buscar el banquero sueco en el pequeño y poco atractivo mercado español de los años 30? ¿No puede ser que dicho banquero, simplemente, financiara a ciertos movimientos revolucionarios por simpatía con ellos, por razones ideológicas? El hecho de que un banquero simpatizara con el marxismo no sería en todo caso más que anecdótico, un hecho muy excepcional, pero no imposible, en base al cual no podría generalizarse y decir que a los grandes capitalistas les interesa el triunfo del socialismo estatista. Si Aschberg financió a los bolcheviques por puro interés económico eso no tendría nada de particular, formaría parte de la mentalidad capitalista de hacer una inversión más o menos arriesgada; si lo hizo por razones ideológicas, eso representaría un caso excepcional (sería la excepción que confirma la regla, para bien o para mal, los seres humanos no nos comportamos de manera completamente determinista). Y en cualquiera de los casos, eso no demostraría nada en cuanto a los propios bolcheviques, que es lo que realmente nos interesa a nosotros los anticapitalistas, los que aspiramos a superar el capitalismo.

Sutton, en su libro *Wall Street y los bolcheviques*, al mismo tiempo que dice que la causa de que distintos capitalistas y gobiernos capitalistas apoyaran a distintos bandos en Rusia era fundamentalmente económica, geopolítica, imperialista, nos dice que la Revolución bolchevique fue una alianza entre estatistas socialistas y capitalistas en contra de los libertarios. Pero yo me pregunto, ¿es que los libertarios representaron un serio peligro para nadie? Es verdad que existió el Ejército Verde y el Ejército Negro, además del Rojo y el Blanco. Pero estos dos últimos eran mucho más numerosos y mejor organizados. Los otros ejércitos tuvieron cierta importancia en ciertas zonas puntuales del imperio ruso (sobre todo en Ucrania) y sus efectivos apoyaron en determinados momentos al Ejército Rojo o al Blanco. Los dos principales contendientes eran los ejércitos Blanco y Rojo. Quienes deseaban controlar el escenario ruso tras la guerra civil debían apostar por uno de estos dos ejércitos, o mejor aun, por ambos. ¿No hubiera sido más sencillo y seguro apoyar sólo al Ejército Blanco, si se quería asegurar el fracaso de los anarquistas, de la revolución libertaria? ¿Hubiera podido sobrevivir la Revolución rusa sin los bolcheviques? ¿Hubieran podido

luchar los anarquistas contra la burguesía? ¿Lo han podido hacer alguna vez? ¿El triunfo de la Revolución rusa, ya sea controlada por los bolcheviques o por los anarquistas, no era potencialmente peligroso para el capitalismo internacional? Si desde Wall Street se hubiera querido financiar también a otro de los bandos (los anarquistas), para asegurarse el control del mercado ruso, sea cual fuere el bando ganador, ¿a quién hubieran recurrido? ¿Existían líderes anarquistas con los que poder negociar? ¿Existían organizaciones anarquistas, suficientemente importantes, que pudieran ser financiadas por Wall Street?

Lo más probable, más que la Revolución bolchevique fuese una alianza en contra de los libertarios, es que sencillamente éstos no se consideraban como los posibles ganadores de ninguna revolución. Ellos estaban fuera del tablero del ajedrez. Y lo estaban porque los propios anarquistas se excluyen del juego por el poder. Los anarquistas tenían muy pocos representantes en los soviets elegidos por los obreros, campesinos y soldados. De hecho, muchos libertarios boicoteaban a los soviets, por ser órganos del poder. Los anarquistas no batallaron por el control de toda Rusia, por la conquista del Estado, pues eso va en contra de su filosofía (la autodeterminación, la autogestión, el rechazo de todo Estado, de todo poder más o menos centralizado). Tan sólo se defendieron en sus ámbitos particulares o protagonizaron rebeliones locales contra el derrotero que tomaba la Revolución. Sólo podía triunfar aquel bando que contara con más apoyo popular y también que estuviese mejor organizado. Aquel bando que aspirara a controlar *todo* el país, no que se limitase a defenderse o a asentar sus posiciones locales. Y las organizaciones anarquistas, si bien tuvieron cierto apoyo popular, no estaban organizadas hasta tal punto de representar un serio peligro de control de *toda* Rusia. A pesar de la gran influencia del anarquismo en la Revolución rusa, sobre todo poco después de Octubre de 1917, en las calles o en el campo, pero no en las instituciones como los soviets, donde realmente tenía lugar la lucha por el poder, Rusia no iba a ser la patria de los anarquistas. Éstos tenían enfrente a enemigos que sí estaban dispuestos a luchar por el control de todo el país. Quien quisiera apoyar a algún bando posiblemente ganador, no podía hacerlo a los anarquistas. Simplemente porque éstos tenían muy pocas posibilidades, sino nulas, simplemente porque no había nadie con quien hablar en nombre de todos los anarquistas de todas las Rusias.

La explicación más plausible de la financiación de los bolcheviques por parte de ciertos capitalistas y gobiernos capitalistas extranjeros consiste simplemente en que ellos (los bolcheviques) eran quienes mas posibilidades tenían de controlar la situación. El Ejército Rojo era el más numeroso, también el más motivado. Todo militar sabe perfectamente el poder de la motivación en los ejércitos. Las masas obreras apoyaban mayoritariamente a los bolcheviques. Y para quienes quisieran conquistar el mercado ruso éstos representaban la apuesta más segura. Pero dichos capitalistas no lo hicieron mayoritariamente por simpatías con la causa bolchevique o por miedo a un derrotero más libertario de la Revolución rusa (que obviamente no interesaba), sino por simples cálculos estratégicos comerciales. Los capitalistas simpatizaban sobre todo con las fuerzas contrarrevolucionarias, a quienes también financiaron, a quienes sus gobiernos apoyaron públicamente (a pesar de que la situación en el país no era nada favorable para la burguesía y la aristocracia rusas). Pero debían asegurarse entrar en el enorme mercado ruso, fuese quien fuese el ganador de la guerra civil rusa.

Y los bolcheviques eran la apuesta más segura, para su desgracia, al margen de simpatías o afinidades ideológicas. Pero con un gobierno de derechas también podrían haber controlado el mercado ruso. De hecho, antes de la Revolución rusa, el emergente capitalismo ruso era controlado por capital extranjero. Éste necesitaba seguir estando presente en Rusia, fuese quien fuese el gobierno. Y un gobierno de derechas, además de permitir el acceso al mercado ruso, era más seguro, ideológicamente hablando, para los intereses generales de la burguesía internacional. El problema es que las masas estaban en contra de la burguesía rusa y de los antiguos zaristas. Muchos efectivos del antiguo ejército zarista se pasaron a las filas bolcheviques. Para desgracia del capitalismo internacional las fuerzas contrarrevolucionarias no contaban con muchos apoyos en Rusia, la situación estaba prácticamente fuera de su control. Pero a pesar de esto, muchos ejércitos extranjeros, hasta 21, las apoyaron, pues evidentemente la apuesta más deseable para el capitalismo internacional era el triunfo de la contrarrevolución.

Por consiguiente, si bien no puede descartarse taxativamente, la Revolución bolchevique no fue, probablemente, ninguna alianza entre estatistas capitalistas y socialistas. Si éstos últimos fueron apoyados, hasta cierto punto, por los primeros fue, tan sólo, probablemente, por simples intereses comerciales y políticos, por cuestiones puramente imperialistas, y no ideológicas, puramente estratégicas. No parece creíble deducir del financiamiento de los bolcheviques por parte de ciertos capitalistas una afinidad de intereses ideológicos entre capitalistas monopolistas y socialistas estatistas. El propio Antony Sutton lo reconoce cuando dice: *Sería cometer un grueso error de interpretación presuponer que la asistencia a los bolcheviques estuvo motivada ideológicamente en cualquier sentido estricto. Los financistas estaban motivados por el poder y, por lo tanto, apoyaron a cualquier vehículo que les ofreciese un acceso al poder. Trotsky, Lenin, el Zar, Kolchak, Denikin – todos recibieron ayuda, en más o en menos. Es decir: todos, menos aquellos que deseaban una sociedad individualista realmente libre.* En lo que no estoy tan de acuerdo con Sutton es en la última parte, en su afirmación de que los capitalistas no financiaron a los anarquistas por razones ideológicas o porque éstos supusieran una amenaza a sus intereses. Lo que le faltó a Sutton para ilustrarnos más, es habernos dado una estimación de la ayuda recibida por los distintos bandos enfrentados en Rusia. Esto nos hubiera proporcionado una clara idea de por dónde iban realmente los intereses de los capitalistas que intervinieron en los acontecimientos rusos.

Los capitalistas no entienden realmente de ideologías, sólo de intereses. Mejor dicho, la ideología es para ellos sólo un medio, se supedita a los intereses económicos. Cualquier capitalista se convertiría de inmediato al socialismo si en éste lograra más beneficios económicos, si, por ejemplo, el Estado adjudicara a su empresa el monopolio de cualquier sector estratégico. A los grandes capitalistas les interesaba, por encima de todo, salvaguardar sus intereses económicos en Rusia, como en cualquier lugar. Y Rusia no es cualquier país, es el más extenso. Pero, además, les interesaba que el ejemplo de Rusia no se trasladara a otros países, menos a los suyos. Por esto, a los capitalistas les interesaba sobre todo el triunfo de la contrarrevolución, porque así no sólo se aseguraban sus intereses económicos en Rusia, sino que no se ponía en peligro, no se cuestionaba, su statu quo internacional y nacional, así el capitalismo no era amenazado. Pero, por si acaso, ellos debieron

apostar también por el enemigo para asegurarse el acceso al mercado ruso. Esa fue la gran contradicción de los capitalistas que no se quedaron de brazos cruzados para ver cómo la Revolución se iba asentando en el país más grande de nuestro planeta. Debieron incluso financiar también a sus enemigos mortales (porque, en contra de lo que dice Sutton, los principales enemigos de los capitalistas son los socialistas, de cualquier tipo), con la esperanza así de no sólo hacer negocios con ellos (el capitalista es capaz de vender su alma al diablo con tal de ganar dinero), sino también de controlar, en la medida de lo posible, el derrotero de la primera revolución proletaria triunfante de la historia. Hubiese sido una actitud muy irresponsable quedarse de brazos cruzados. Como nos dice Walter Graziano, la mejor manera de controlar los acontecimientos históricos es controlar *todos* los posibles derroteros, es relacionándose con todos los bandos enfrentados. Y quien financia controla en cierta medida. Los anarquistas, mal que le pese a Sutton, y a muchos anarquistas, o simples simpatizantes con ellos, como yo mismo, no contaban en la carrera por el control de Rusia. Estaban fuera de juego. Por esto, probablemente, los capitalistas ni se preocuparon de ellos. La propia filosofía de lucha anarquista imposibilita el triunfo de la revolución anarquista. De esto eran muy conscientes no sólo los marxistas (que tantas veces lo denunciaron), sino que los propios burgueses. Las experiencias históricas pasadas habían hablado con contundencia. No podía haber dudas. No las había.

Nos dice Sutton en su libro que *Trotsky estaba a favor de la revolución mundial, a favor de una dictadura mundial; en una palabra: fue un internacionalista. Bolcheviques y banqueros tienen, pues, en el internacionalismo una importante área compartida. La revolución y la finanza internacional no se contradicen en absoluto si el resultado de la revolución consiste en establecer una autoridad más centralizada. La finanza internacional prefiere tratar con gobiernos centrales. Lo último que la comunidad bancaria desea es una economía del laissez-faire y un poder descentralizado porque éstos dispersarían el poder.*

¡Esta cita de Sutton no tiene desperdicio! Pasemos a desmontar sus argumentos de la manera más breve posible. Dice Sutton que Trotsky estaba a favor de la revolución mundial y el escritor británico añade que a favor de una dictadura mundial. Esto es en parte cierto, pero más que discutible. Trotsky, como marxista declarado, apoyaba el concepto de la dictadura del proletariado. Pero Sutton, haciendo un alarde de simplismo muy sospechoso, traduce dictadura del proletariado por simple dictadura. Se olvida, en primer lugar, de que el concepto de la dictadura del proletariado tenía diversas interpretaciones. Para él, el socialismo estatista, el comunismo, son siempre sinónimos de totalitarismo. Para él no hay diferencias entre lo proclamado en la teoría y lo practicado. No parece existir para él la distorsión o tergiversación de las ideas. Para él, el comunismo es prácticamente lo mismo que el fascismo o el nazismo. En segundo lugar, Sutton olvida que Trotsky defiende, en todo caso, la dictadura del *proletariado* mundial frente a la dictadura del *capital* mundial. Olvida también que el “dictatorial” Trotsky decía que la economía necesita la democracia como el ser humano el oxígeno. Olvida que los marxistas hablaban de la dictadura del proletariado en contraposición de la dictadura burguesa disfrazada de democracia liberal.

Luego Sutton, ya digo que ese párrafo suyo no tiene desperdicio, dice que *bolcheviques y banqueros tienen, pues, en el internacionalismo una importante área compartida.* ¡Por supuesto, como dos ejércitos que se enfrentan tienen en el campo de

batalla una importante área compartida! *La revolución y la finanza internacional no se contradicen en absoluto si el resultado de la revolución consiste en establecer una autoridad más centralizada.* ¡Por supuesto, dos ejércitos del mismo tamaño no se contradicen, se enfrentan! ¿Es posible que un ejército pequeño pueda enfrentarse a uno gigante? ¿Es posible vencer al centralismo capitalista desde un socialismo totalmente descentralizado? ¡Precisamente eso es lo que quieren los capitalistas! La dispersión de las fuerzas opuestas. Divide y vencerás. A los capitalistas les interesa promocionar ideológicamente el anarquismo, sobre todo mientras éste no sea capaz de agrupar fuerzas, de concentrarlas. ¡Y encima nos venden la idea de que el capitalista monopolista necesita tener enfrente a un enemigo grande y centralizado! ¡Por favor! Al señor Sutton se le ve el plumero, con todos los respetos. El internacionalismo de Trotsky, del marxismo en general, no es más que la constatación de que el capitalismo sólo puede ser superado por la revolución proletaria mundial. El internacionalismo del socialismo es sólo una consecuencia del estado del capitalismo que se ha vuelto internacional, de la globalización económica que diríamos ahora.

Dice Sutton que la finanza internacional prefiere tratar con gobiernos centrales. Tiene en parte razón. Pero sobre todo prefiere tratar con organismos *privados* centrales. Los gobiernos centrales son un mal necesario, son admisibles siempre que se sometan a la finanza internacional. De hecho, los gobiernos cada vez se someten más a organismos internacionales prácticamente centralizados, pero de facto *privados* (por mucho que formalmente se declaren como públicos), como el Banco mundial o el FMI, desde luego nada democráticos, sin control público. De todas formas, a la finanza internacional no le preocupa tanto el tamaño de los gobiernos con los que trata. Si es capaz de someter al gobierno de un gran país, no tendrá muchas dificultades para someter a cualquier comuna. Al igual que una empresa grande se come a una pequeña. Las empresas pequeñas son siempre más succulentas y fáciles de comprar, que haya muchas empresas pequeñas diseminadas no es un obstáculo serio para el gran capitalista. La clave para la finanza internacional es que nadie se le oponga a su escala, internacionalmente. Los enemigos pequeños o diseminados no son problema. Los gobiernos son para ella un mal necesario. Cualquier gran empresario siempre prefiere tratar con organismos privados, en los que la democracia no es ni siquiera imaginable (pues las empresas son gobernadas totalitariamente), que con los molestos gobiernos “democráticos” con el pesado lastre de la soberanía popular, aunque ésta sea escasa y casi simbólica. Para convencer a los gobiernos todavía hay que esforzarse en comer el coco a la ciudadanía. En una empresa esto es casi innecesario, los empleados obedecen sin rechistar, cada vez más. Un gran empresario siempre prefiere tratar con otro empresario porque en la economía capitalista sí que está realmente concentrado y centralizado el poder: en unas pocas personas que sólo responden ante sí mismas. Cualquier banquero prefiere no tener que tratar con gobiernos. El gobierno ideal para el gran capitalista es el inexistente. No por casualidad el capitalismo está desmontando el Estado de bienestar, además del molesto Estado democrático. Dentro de poco, si nadie lo remedia, los gobiernos no pintarán nada, serán (si no lo son ya) figuras superfluas, decorativas, reductos de una época pasada desagradable para los empresarios, los grandes empresarios, en la que aún no les dejaban hacer lo que realmente les daba la gana, en la que aún no había suficiente “laissez-faire”.

Como ya dije anteriormente, la economía del *laissez-faire*, precisamente, es la que le permite a la finanza internacional prosperar. El *laissez-faire* le deja hacer a la finanza internacional lo que le dé la gana, le permite que nadie se oponga a su poder cada vez mayor, cada vez más imparable, cada vez más centralizado. El *laissez-faire*, principalmente, ha sido la causa de la crisis económica que desde 2007 azota al planeta puesto que la finanza internacional ha podido especular a su antojo hasta que la economía estalló. El *laissez-faire* posibilita que el poder descentralizado se centralice rápidamente, pero no en manos de los desagradables y arcaicos gobiernos, no en manos del pasado de moda poder político, sino en manos de cuatro grandes empresarios, del gobierno mundial en la sombra, que en verdad sí está siendo concentrado, pero precisamente en manos privadas, gracias al *laissez-faire*. Como vemos, lejos de lo que proclama Antony Sutton en su libro *Wall Street y los bolcheviques*, el *laissez-faire* es el mejor aliado de los grandes capitalistas monopolistas. ¡Dejad hacer, dejad hacer, a la gran banca, a las grandes multinacionales! ¡Ya vamos viendo, hay que estar ciego para no verlo, a qué nos está conduciendo el *laissez-faire*, el neoliberalismo!

Lo último que la comunidad bancaria desea es una economía del laissez-faire y un poder descentralizado porque éstos dispersarían el poder. Esta joya de frase no tiene desperdicio. O sea que lo último que desea la comunidad bancaria es una economía del *laissez-faire*. ¡Ya lo vemos! Y, encima, en esta joya de frase, que debería ser enmarcada y declarada patrimonio de la humanidad (de lo que es capaz de hacer la humanidad para llegar a grados inauditos de estupidez o de manipulación), nos dice Sutton que la comunidad bancaria, el capitalismo podríamos decir en general, desea que su enemigo tenga un poder centralizado porque si no eso dispersaría el poder. ¡Bravo! Ahora resulta que un ejército prefiere tener enfrente a un enemigo centralizado, unido, porque si no eso dispersaría el poder. ¡Y tanto! Pero el poder del enemigo de enfrentarse, de luchar. Cualquier ejército de cualquier guerra de cualquier época hubiera dado lo que sea por tener semejante analista como el señor Sutton, semejante estrategia militar, que le recomienda tener enfrente a un enemigo grande en vez de muchos pequeños, dispersos y desunidos. Es verdad que es también complicado combatir contra un enemigo disperso, que casi no se ve, como en la guerra de guerrillas, pero más difícil y peligroso es luchar contra un enemigo cuyo poder está muy concentrado y organizado. No por casualidad los Estados Unidos de América no se enfrentaron militarmente a la Unión Soviética, eludieron el enfrentamiento directo con ella, y, sin embargo, sí hicieron la guerra contra Vietnam, Irak o Afganistán. La idea que está defendiendo constantemente en su libro Antony Sutton, presunto historiador, es que la única forma de luchar contra el capitalismo es mediante el anarquismo, que la única forma de luchar contra un enemigo poderoso, muy centralizado, es mediante la dispersión de fuerzas, mediante la más absoluta descentralización desde el principio.

¡Sutton nos está intentando vender la moto! Pero de una manera muy poco elegante. Nos avasalla en su libro con un montón de datos, con una ingente cantidad de cartas y documentos, y todo para decirnos que la Revolución bolchevique fue una alianza entre marxistas estatistas y capitalistas monopólicos. Todo para vendernos la idea de que el marxismo tiene en el fondo muchos intereses comunes con el capitalismo más agresivo y monopólico. Todo para desprestigiar al marxismo, la única teoría que hasta

el momento ha posibilitado un serio intento de superar el capitalismo. Y, de paso, para crear un poco más de confusión en la gente (por si no había ya suficiente). De paso, para desprestigiar al bolchevismo y a todo movimiento socialista “estatista”. ¿A quién beneficia la teoría del señor Sutton? ¿Hace falta decirlo? ¿Quién ha financiado el libro del señor Sutton? ¿Nos podría explicar dicho analista por qué los anarquistas no han logrado ni siquiera poner en peligro a la burguesía (más que en el mundo de las ideas y los sueños, desgraciadamente)? Este libro de Antony Sutton beneficia claramente a los capitalistas puesto que la conclusión que uno saca al leerlo es que la Revolución bolchevique fue una traición al proletariado por la alianza entre capitalistas monopolistas (¡como si hubiera capitalistas que no soñaran con serlo!) y los marxistas estatistas, peor aun, que la única posibilidad de triunfo de la Revolución rusa, de cualquier revolución, es el anarquismo, una inmediata y profunda descentralización. ¡Justo lo que desea la burguesía! Que el proletariado no se una y luche de forma desorganizada. Que cada uno, que cada pueblo, que cada comarca, haga la revolución por su cuenta, declare su comuna esperando que el cielo no le caiga encima, como dirían los antiguos galos.

Esto que hace Sutton en su libro presuntamente científico (que, a pesar de todo, es interesante por cuanto nos muestra los entresijos del poder económico, de la capacidad del capitalismo de inmiscuirse en los asuntos de cualquier lugar del mundo, ésta es su verdadera, su única, utilidad) es una estrategia muy vieja: si no puedes convencer a tus enemigos, confúndelos, divide y vencerás. Este libro de Sutton es un perfecto ejemplo de la guerra ideológica, de cómo algunos presuntos intelectuales le hacen el juego a sus amos, queriendo o sin querer (aunque después de leer unas cuantas páginas de *Wall Street y los bolcheviques*, casi al final del libro, ya no puedo tener dudas en cuanto a las intenciones de su autor). Sí, ya sé que el lector podría decirme que Sutton, según la Wikipedia, fue perseguido, censurado y apartado de su carrera académica, pero lo que se deduce de su libro, al menos lo que deduzco yo, es que sirvió a los intereses del gran capital. Le sirvió intelectualmente. No sería la primera vez en la historia que se escondiera tras alguien que, aparentemente, denuncia al sistema, un lacayo del sistema que hace un importante papel ideológico. Las quintas columnas han existido siempre. ¿Por qué no también en la guerra ideológica? Lo que dice Sutton respecto de los bolcheviques y de los capitalistas podría aplicarse también a él mismo. Espero no haber sido injusto con él, pero no he podido evitar llegar a las conclusiones a las que he llegado tras leer su libro. No debo dejarme impresionar por el currículum de su autor. Lo que se desprende, lo que al menos desprendo yo, de su libro es lo que he relatado. El lector juzgará si estoy equivocado o no. Sería un buen ejercicio que leyera él directamente *Wall Street y los bolcheviques* y contrastara su opinión con la mía.

La idea central que nos quiere transmitir Sutton en su libro, rodeada de un montón de prejuicios y afirmaciones gratuitas (como, por ejemplo, que la Revolución de Octubre fue tan sólo un golpe de Estado), es que los grandes capitalistas de Wall Street deseaban monopolizar el succulento mercado ruso, fuese quien fuese el nuevo gobierno en Rusia, que deseaban acapararlo frente a otros capitalistas (esto sí es creíble y razonable). Y que, para ello, su mejor estrategia, su única nos sugiere incluso Sutton, era financiar a los *estatistas*, tanto de un bando como de otro (esto es lo discutible, la insistencia en apoyar sólo a los *estatistas*, no en apoyar a los distintos

bandos). Que los grandes capitalistas monopolistas (lo de grandes y monopolistas es realmente una redundancia, el gran capitalista es monopolista o aspira a serlo) necesitaban que hubiera pocos interlocutores en Rusia y acaparar las relaciones con ellos, por esto apoyaban sólo a los estatistas. Que los anarquistas o los capitalistas o liberales del tipo "laissez-faire" (entendido esto como el libre mercado, las libertades individuales), eran los verdaderos enemigos de los capitalistas monopolistas. El problema es que el escritor británico, además de no argumentar suficientemente su teoría, nos suelta unos cuantos argumentos, cuando menos muy discutibles, como ya he analizado. Pero, incluso, además de las dudas generadas por sus distintos razonamientos (mínimos, por cierto), podemos incluso cuestionar su idea central: la necesidad de un poder centralizado en Rusia para que los capitalistas monopolistas norteamericanos pudieran penetrar en dicho país y dominar su mercado, es decir, para hacer suculentos negocios.

Porque las experiencias históricas prácticas, tanto del pasado más remoto, como del más reciente, nos han demostrado, sin dudas, que el capitalismo no necesita, menos los grandes capitalistas, que el poder (político o económico) de ningún país esté concentrado. Lo que necesita es poder penetrar en esos países y campar a sus anchas todo lo posible. El capitalista monopolista, como ya comenté, vive gracias al laissez-faire. En los países donde los grandes capitalistas internacionales han podido penetrar, las condiciones que han necesitado no es que el poder esté centralizado o no, sino más bien que existiera el laissez-faire. De hecho, el poder concentrado de algunos países ha sido un obstáculo. Como, por ejemplo, en Cuba, en la actual Venezuela o incluso en China (hasta hace poco no podían acceder las empresas capitalistas a su enorme mercado, el más grande del mundo). ¿Es que las grandes empresas multinacionales están ahora más cómodas con Chávez, y su política de nacionalizaciones, que antaño, por ejemplo, con Carlos Andrés Pérez? ¿Es que el capitalismo internacional no estuvo más cómodo con Pinochet, que puso en marcha el experimento neoliberal (es decir, el laissez-faire), que con Allende, que pretendía nacionalizar (es decir, concentrar el poder económico)? Si ahora muchas empresas y sectores de la economía venezolana están más concentrados, al estar en manos del Estado, es decir, si ahora el poder político o económico, está más centralizado, ¿por qué los grandes capitalistas acosan constantemente al gobierno bolivariano en vez de intentar negociar con el nuevo interlocutor que ahora concentra en sus manos más poder? Porque Chávez no se somete a la oligarquía internacional. Ha salido una oveja negra. Para la oligarquía internacional, el problema de Chávez no es que sea populista o un "dictador" (como tanto insisten machaconamente los medios de comunicación internacionales burgueses), sino que no se vende, al menos no tanto como muchos desearían, al menos hasta ahora, al contrario de lo que han hecho tantos y tantos dictadores o gobernantes presuntamente democráticos. El poder concentrado, por consiguiente, no es garantía de nada. Al contrario, puede ser un problema.

Un capitalista se comporta en el mercado, en la economía, como un guerrero, cuyo ejército son sus trabajadores, siendo sus ejecutivos el cuerpo de oficiales. Para el capitalista la actividad económica es la guerra, eufemísticamente llamada competencia. En cualquier guerra vence el ejército más poderoso, el más grande, el más coordinado, el más centralizado, el mejor organizado, el que mejor estrategias desarrolla. Como en cualquier guerra, el campo de batalla ideal es aquel en el que el

enemigo está descoordinado, es pequeño, es débil. El mejor enemigo para un gran capitalista no es otra empresa grande, no es un gobierno poderoso, que concentra en sus manos mucho poder, altamente centralizado. Por el contrario, el mejor enemigo, el que puede vencerse más fácilmente, es el pequeño enemigo, el descentralizado, el gobierno débil, con poca capacidad de negociación, con poco margen de maniobra. Un ejército poderoso prefiere enfrentarse a varios ejércitos pequeños y desunidos, descoordinados (a pesar de los inconvenientes de la dispersión de fuerzas a combatir), que a un solo ejército grande y coordinado, altamente centralizado. Todo esto también es válido en la guerra económica.

Para los capitalistas monopolistas, para todo gran capitalista, lo ideal, precisamente, es un mercado virgen, en el que no haya interlocutores que concentren mucho poder. Como en la ley de la oferta y la demanda, si en una de las partes hay mucho poder, la otra tiene poco. Un poder centralizado en Rusia era perjudicial para cualquier gran capitalista porque si quería penetrar en el mercado ruso debía, por fuerza, negociar con el gobierno, someterse a sus condiciones. Esto es aún más válido si ese gobierno pretende superar el capitalismo, es decir, pretende combatir el capitalismo y sus reglas, pretende superar la guerra económica de todos contra todos. Ese gobierno estatista centralizado tiene la sartén por el mango. Si hay muchos gobiernos que quieren hacer negocios en Rusia, si dichos gobiernos deben todos ellos negociar con un mismo interlocutor que, como dice Sutton “centraliza” el poder, si en este país, además, no se permite la iniciativa privada, el poder de negociación es claramente beneficioso para el gobierno central de dicho país, y perjudicial para los ofertantes, para los países que desean entrar en la economía rusa. Los imperialismos norteamericano, inglés, alemán, francés o japonés deben competir entre ellos por ganarse a *un* solo interlocutor. Además, dicho interlocutor puede recurrir a unos u otros según para qué cosas, puede elegir entre ellos. En ningún caso el hecho de que haya un poder central en Rusia garantizaba el negocio a ninguna de las facciones del capitalismo internacional. Sí es cierto, sin embargo, que una vez ganado el favor del nuevo gobierno ruso central, el gran capitalista no tendría competencia en el interior de Rusia, pero antes de entrar en dicho mercado debía competir en condiciones nada favorables. Y, además, en cualquier momento, el gobierno ruso podría revertir la situación, recurrir a los favores de otros países capitalistas. Apostar por el triunfo de un gobierno estatista (sobre todo anticapitalista) era muy arriesgado y contraproducente.

Sutton convierte la *necesidad* de ciertos capitalistas de financiar a una de las posibles facciones ganadoras en Rusia, a la que tenía más probabilidad de vencer, en una *virtud*. Si los capitalistas monopolistas hubieran podido, sin duda, hubieran financiado a los liberales tipo “laissez-faire” rusos o a los anarquistas que, no lo olvidemos, defienden sobre todo el colectivismo, no el estatismo, es decir, una especie de capitalismo “popular” donde las empresas pertenecen a los trabajadores pero no al conjunto de la sociedad, donde los medios de producción no son socializados en sentido estricto y compiten entre sí casi a la manera capitalista. Para un capitalista hubiera sido más fácil penetrar en el mercado ruso si éste no era controlado por ningún interlocutor único, si en el nuevo régimen imperaban leyes económicas más parecidas al capitalismo tradicional, es decir, la iniciativa privada (o semiprivada) y la competencia. ¿Es que, de manera natural, no se hubieran impuesto las grandes multinacionales en un mercado ruso abierto y no centralizado por el Estado? ¿Cómo

se han impuesto los grandes capitalistas en la mayor parte de países? Gracias al mercado “libre”, es decir, no centralizado ni controlado por el Estado, por ningún agente único. El tigre se impone en la jungla de manera natural. No necesita ayuda. Lo que necesita es que le quiten los obstáculos del camino, que la jungla siga siendo jungla. El poder central es un obstáculo, si encima es socialista más todavía. Toda la tesis central de Sutton se basa en la hipótesis de que el enemigo del capitalista monopolista, es decir, del gran capitalista, es la filosofía del “laissez-faire”. ¡Cuando gracias al laissez-faire el pequeño capitalista puede convertirse en gran capitalista y el gran capitalista se vuelve monopolista! Esto es como decir que el tigre necesita que la jungla deje de ser jungla, que necesita para sobrevivir en la jungla un guarda que lo proteja. Si nadie lo caza (especialmente o únicamente los humanos) el tigre sobrevive en la jungla perfectamente, se convierte en dueño y señor de la jungla, siempre que la jungla siga sus leyes naturales, siempre que a la jungla se le deje hacer. Quienes necesitarían ser protegidos en la jungla son, por el contrario, las víctimas del tigre, si admitimos que el tigre no tiene enemigos, si excluimos al hombre.

Todo esto que digo lo demuestra el hecho de que en los últimos años los países capitalistas (entre ellos la nueva Rusia capitalista) se han desregulado, han practicado las privatizaciones, es decir, la desconcentración del poder económico, mejor dicho la transferencia de poder centralizado del ámbito público al privado. El poder económico público se descentraliza, en verdad desaparece, mientras el privado crece y se centraliza. Y no puede creerse a estas alturas que los gobiernos que han practicado el neoliberalismo, lo hayan hecho en contra de las oligarquías, de los capitalistas monopolistas, de los grandes capitalistas. Todo lo contrario. No hay más que ver qué recomiendan al unísono todas las voces del capitalismo: flexibilización, liberalización, desregulación. En suma, desconcentración del poder (estatal). Al gran capitalista le interesa que el poder (ajeno) esté lo más descentralizado posible, pues así el pez grande (centralizado) se come al chico (pequeño o descentralizado) y así, como los agujeros negros supermasivos existentes en los centros de las galaxias, no para de crecer. Al pez grande le interesa enfrentarse a peces pequeños no a otros peces grandes. Toda la estrambótica teoría de Sutton, aunque él no es el único que la defiende, también lo hacen los “anarquistas” capitalistas, los libertarios, no es más que una trampa ideológica para asentar el capitalismo, para anular ideológicamente a su principal enemigo, el socialismo, el verdadero, la auténtica democracia. Lo que realmente necesita el capitalismo es que el poder no lo ostente el pueblo. La falsa libertad defendida por el liberalismo, por el neoliberalismo, incluso por el “anarquismo” capitalista o individualista, es el sustento ideológico del capitalismo. Y lo es, precisamente, porque sin igualdad no es posible la libertad en la vida en sociedad. Y sin regulación no es posible la igualdad. En la jungla el tigre domina porque no es igual a sus víctimas, porque él es más fuerte que ellas. En la jungla impera la ley del más fuerte. El capitalismo, y todos sus derivados “ideológicos”, sólo defienden el libertinaje, la ley del más fuerte disfrazada de la falsa libertad individual. Sutton en su libro hace esencialmente lo mismo. Remito a mi libro *Las falacias del capitalismo*.

También puede ser cierto que, simplemente, el señor Sutton estuviera equivocado y sucumbiera ante la ideología dominante capitalista, o ante alguna de sus facciones, como el libertarismo. Animo al lector a que saque también sus propias conclusiones, incitándole a leer el susodicho libro, para que pueda contrastar sus conclusiones con

las mías. En cualquier caso, lo que está claro es que, queriendo o sin querer, Antony Sutton en su libro *Wall Street y los bolcheviques*, a pesar de las apariencias de denunciar al capitalismo monopolista, le hace un gran favor ideológico al capitalismo. En cualquier caso, por lo que a nosotros nos interesa, ese libro no demuestra nada en cuanto a las verdaderas intenciones de los bolcheviques con respecto a la Revolución rusa. Ese libro, a pesar de las sospechas que despierta con respecto al bolchevismo, no nos permite saber por qué la Revolución rusa acabó traicionando al proletariado, al pueblo ruso en general, al proletariado mundial. No nos da ni siquiera ninguna pista seria. Por supuesto, Sutton no hace ninguna mención a la democracia existente en los soviets o en el partido bolchevique en los inicios de la nueva Rusia soviética. Ninguna mención a los principales postulados del marxismo. Eso sí, nos lo presenta, de manera muy sutil, casi imperceptible, como algo maligno y cómplice con el capitalismo. Nos hace sospechar de él. Por supuesto, las masas, el proletariado, el pueblo, están desaparecidos en combate en su libro. El principal protagonista de la Revolución rusa no aparece en el libro de Sutton. Por supuesto, nada de hablar de los factores objetivos, de las condiciones materiales, del contexto. Pero eso sí, un montón de páginas para hablarnos del protagonismo judío entre los bolcheviques y los marxistas, en general entre los partidos de izquierdas (a pesar de que el propio Sutton diga en el libro, en determinado momento, que el carácter judío de muchos dirigentes bolcheviques no probaba nada), unas cuantas páginas también para hablarnos del vil asesinato del zar y su familia (dirigido por un bolchevique judío a las órdenes de Lenin), unas cuantas páginas para decirnos que el régimen zarista no era tan malo, que el zar y su familia son considerados por muchos rusos en la actualidad como mártires, que los rusos de su época realmente lo amaban (¿entonces por qué no lo defendieron las masas?, me pregunto yo).

El zar Nicolás II, apodado en su época como Nicolás el sanguinario, como por arte de magia, cosas de la manipulación de la memoria histórica, pasa de ser verdugo a ser víctima, casi santo de la devoción de todos los rusos de todas las Rusias. Según Sutton fue “un hombre decente, generoso, humano y honorable”. Bien es cierto que el último zar fue canonizado por la Iglesia ortodoxa rusa, pero como ésta misma dice, fue “por su atroz muerte, no por su reino ni por su vida”. Tal decisión, según el jefe de la Comisión Sinodal de canonización, textualmente, “no significa de ninguna manera la canonización de una forma monárquica de gobierno”. Pero estos detalles no los menciona el escritor británico. Él llega a decir que el pueblo ruso de la época quería a su zar. Que los rusos actuales lo están redescubriendo. Sutton en los apéndices de su libro se delata. ¡Con lo bien que se había currado su aparente trabajo de “investigación”! Lo que no me entra en la cabeza es: ¿Por qué si el zar era tan querido por su pueblo, fue expulsado del poder por su propio pueblo? Si uno observa la realidad actual que le rodea, le es muy difícil, en verdad imposible, explicarse cómo es posible que un dirigente querido provoque una revolución para expulsarlo del poder. ¡Si ya es difícil que la gente se rebele, cuando lo hace es que, precisamente, no debe ser muy querido quien ostenta el poder! ¡Cuántos dirigentes nada queridos se mantienen por mucho tiempo, por demasiado tiempo, en el poder!

Yo creo que es obvio que cuando un pueblo se subleva, es que ya no puede más, es que tiene muchísimos motivos para sublevarse. Pero ciertos “historiadores” nos quieren hacer creer que las masas se sublevan sin motivo, simplemente porque unos

cuantos conspiradores, con muchos menos medios que el poder establecido, son capaces de comer el coco a la gente. Todo con tal de no recurrir a la explicación más sencilla, más probablemente verídica: que existían condiciones objetivas más que suficientes para la rebelión de las masas. Un rey, un zar, tanto por activa como por pasiva, es responsable de la situación de su país. Lo que ocurre con muchas monarquías (sobre todo absolutas, como así era el régimen de Nicolás II) es que se parapetan tras sus ministros, convertidos así en chivos expiatorios. Pero incluso aun admitiendo que el apodo de sanguinario que le dio el pueblo a su zar fuese sólo culpa de Rasputín (lo cual es muy, pero que muy discutible), el zar fue también responsable de las masacres y de la situación en que vivía su pueblo. Sólo por esto no puede uno creerse la versión de que a pesar de todo era una buena persona mal aconsejada. Y en todo caso, eso demostraría lo peligroso e inútil que es un régimen de tipo monárquico, un régimen donde su máximo representante no es culpable o responsable de nada, salvo de vivir la dulce vida. Las masas rusas se sublevaron contra el régimen zarista, y no tanto contra el zar. Pero no cabe duda de que el carácter sanguinario de éste, o de sus ministros que estaban a sus órdenes, que no dudaron en reprimir a su pueblo a golpe de sables, contribuyó mucho a la Revolución. Por todo esto, practicando el simple y elemental sentido común, es inevitable llegar a la conclusión de que es un insulto a la inteligencia del lector, decir, ni siquiera insinuar, que el zar en verdad fue una víctima inocente de los rojos, como así hace Sutton descaradamente. Podremos condenar la manera en que fue ejecutado, que yo también condeno, pero de ahí a afirmar que era una buena persona, querida por su pueblo, hay mucha distancia.

Cuando uno lee el libro de este escritor británico, la idea que se le queda a uno impregnado en la mente es que *desde el principio* los bolcheviques implantaron una férrea dictadura. Peor aun, que tenían la *intención* de hacerlo con la complicidad de ciertos capitalistas extranjeros, que los marxistas eran enemigos de los más elementales derechos humanos, que el pueblo ruso se sublevó (mejor dicho se dejó llevar, pues realmente no tenía motivos para rebelarse, sus desgracias sólo fueron consecuencia de la Primera Guerra Mundial) engañado por unos cuantos conspiradores bolcheviques que tomaron el poder por su cuenta, mejor aun que realmente la Revolución rusa no fue una revolución, fue un simple golpe de Estado perpetrado por unos malvados judíos marxistas que anhelaban el poder, y encima apoyados por unos capitalistas monopólicos (¡ya decía yo que el marxismo no era la solución para superar el capitalismo!, pensará el lector más ingenuo que no haya tenido ocasión de conocer de primera mano la ideología marxista). O sea, la consabida y trillada confabulación judeo-masónica (-capitalista monopólica-estatista, es la original contribución de Sutton) de la que tanto pudimos oír hablar a la extrema derecha (Hitler, véase su obra “maestra” titulada *Mi lucha*, Franco, Mussolini o Pinochet). ¡Nada de distinguir entre marxismo, leninismo o estalinismo! ¡Nada de explicar sus principales postulados! ¡Nada de hablar del difícil y duro contexto en que tuvo lugar la Revolución rusa! ¡Nada de hablarnos de las condiciones del proletariado antes de 1917! Basta con insinuar, con razonar de manera muy escueta, con avasallar con un montón de información repetitiva, con sustituir *calidad* de información con *cantidad* de “datos”, con enumerar o hablar de los crímenes de sólo uno de los bandos, con afirmar gratuitamente, con dar datos sólo cuando interesa. ¡Todo un ejemplo de desinformación! Esta manera de “informar” me suena mucho.

Recientemente analicé un supuesto documental “informativo” sobre la Venezuela de Chávez que usaba tácticas parecidas de “información”. Remito al artículo *De la desinformación*.

En suma, la versión de Sutton sobre la Revolución rusa, está acorde con la ideología capitalista dominante: los bolcheviques tomaron el poder en contra del pueblo ruso, el marxismo es una ideología dañina que atenta contra los intereses de la ciudadanía mundial (con claros indicios de ser una confabulación judía), la historia se decidió por el papel de ciertos individuos ávidos de poder, más todavía por el dinero. ¡Lo de siempre! Diría uno que no conoce la historia o que está dominado por el pensamiento único capitalista. Así se implanta en el ciudadano la idea de que en el fondo siempre ha sido todo igual, y lo que es más importante para el statu quo de las minorías dominantes actuales, como así siempre será. ¡Así el ciudadano se vuelve derrotista! O, por lo menos, se queda con la idea de que la única opción que merece la pena es el *laissez-faire* o el anarquismo, lo que ya existe en verdad o los sueños. Así se aleja el fantasma de la revolución. Así se garantiza ideológicamente el orden establecido. ¡Y encima creyendo el lector que ha accedido a información privilegiada, que ha leído un libro que cuestiona lo establecido! Lo dicho, casi una obra maestra de manipulación histórica, de guerra ideológica. Probablemente, yo mismo, sin ir más lejos, hubiera caído en la trampa ideológica que supone este libro que pretende ser “rebelde”, “transgresor”, hace unos pocos años, antes de que mi conciencia sufriera un salto cualitativo, antes de que sufriera la transformación de la cantidad en calidad. Yo no tengo ninguna dote especial, simplemente me he informado y formado más en los últimos años, como nunca lo había hecho. Tengo más entrenada la mente para cuestionar, además de que procuro siempre contrastar todo lo posible. Si yo leo sólo esta versión de la historia de los bolcheviques, con mucha probabilidad, su autor hubiera logrado su objetivo, que no era desde luego informar, sino adoctrinar.

¡Es fundamental contrastar! ¡Aunque nos creamos inmunes a la manipulación! ¡Nadie lo es! La manipulación nos amenaza constantemente a todos, merodea permanentemente alrededor de nuestros cerebros, mejor dicho, los invade imperceptiblemente a todas horas. Nadie vive aislado en sociedad. La ideología dominante está por doquier: en los grandes medios de comunicación, en la educación, en la familia, en nuestras amistades, en el trabajo, en el ocio, incluso en los libros presuntamente antisistema. ¡Debemos estar siempre alerta! El lector podrá comprobar en las referencias bibliográficas de este libro que hay escritos de diversas ideologías, desde el fascismo al anarquismo y al marxismo, pasando por la socialdemocracia, el liberalismo y el conservadurismo. Por supuesto, hay muchas más obras del marxismo y del anarquismo, puesto que yo he decidido profundizar en ambas ideologías, por haberme parecido más interesantes y correctas, puesto que este libro intenta contribuir a revitalizar la teoría revolucionaria, para lo cual no hay más remedio que contar con el anarquismo y sobre todo con el marxismo. Si bien, aunque yo no hubiera deseado profundizar en el marxismo o en el anarquismo, simplemente el hecho de ser ideologías marginadas, ya justificaría cierta discriminación positiva frente al liberalismo (conocido éste de sobras, pues sus ideas nos las meten hasta en la sopa diariamente). Pero, a pesar de todo, también hay que leer siempre, por lo menos un mínimo, a las ideologías opuestas. Yo he leído un cierto número de obras, sobre todo del liberalismo, para saber los argumentos del contrincante y para contrastar con los

postulados marxistas o anarquistas. Y, desde luego, para mí no hay color, invito al lector a hacer ese contraste en primera persona. Sí me permito aconsejarle que recele de aquellos escritos confusos, difíciles de entender, que juegan con unos razonamientos enrevesados para llevarnos por los derroteros que al autor interesa y para evitarnos percibir las trampas “racionales” que nos ponen en el camino. Las falacias están a veces muy escondidas, bajo el disfraz de complejidad en las formas se ocultan necesidades muy simples. En general, por mi propia experiencia, puedo afirmar que cuanto más complejos son los escritos, más debemos desconfiar de ellos. Es posible expresar ideas complejas de manera sencilla. Quien no lo hace es porque no puede (con lo cual no es un buen transmisor de ideas, puesto que el objetivo esencial de alguien que desea transmitir información u opinión es ser comprendido, a diferencia del escritor que, por el contrario, lo que desea es recrearse en el lenguaje, que convierte a éste en el mismo fin, como por ejemplo los novelistas o los poetas), o porque no quiere (con lo cual nos enfrentamos a un probable manipulador). En cualquier caso siempre es imprescindible contrastar y leer de manera activa, sin dar un cheque en blanco al autor. Siempre hay que desconfiar, pero especialmente cuando el autor no nos facilita la labor de rebatirle, cuando no nos facilita la comprensión y asimilación de sus ideas.

Pero el ejercicio del contraste siempre ha de ser, forzosamente, limitado, pues el tiempo del que disponemos, sobre todo los trabajadores, lo es. No podemos leer de todo. Pero sí debemos intentar leer un mínimo, si debemos contrastar suficientemente. Por encima de cierto umbral el contraste que sigamos haciendo ya no nos aportará mucho más, pero hay que procurar superar ese umbral. En el apartado *Libros* de mi blog (<http://joselopezsanchez.wordpress.com/>) recomiendo las principales obras de las principales ideologías políticas. Debemos conocer en sus líneas generales los principales postulados o argumentos de las distintas ideologías políticas. Lo mismo podemos decir cuando intentamos analizar los hechos históricos. El contraste a todos los niveles (entre ideas opuestas, entre versiones distintas, entre la teoría y la práctica, etc.) es el ABC del método científico, el mejor método “inventado” o “descubierto” hasta la fecha para acercarnos a la verdad. No es una pérdida de tiempo el conocer las ideas opuestas, al contrario. Una vez que hemos contrastado suficientemente podemos profundizar en aquellas teorías que más nos convenzan, que más concuerden con nuestro sentido común y sobre todo con lo que observamos y vivimos en primera persona (la experiencia práctica propia es siempre la mejor, que no única, fuente de conocimientos). Además, al contrastar ejercitamos la mente, nos protegemos frente a la manipulación, asentamos y desarrollamos nuestras ideas, las enriquecemos, nuestra mente se desarrolla en general, nuestra capacidad de razonar se dispara. Si leemos suficientemente y lo hacemos con cierta actitud activa, no sumisa, ciertamente, aprendemos a cuestionar, perfeccionamos nuestra capacidad de rebatir las ideas, nos acercamos a la verdad y nos hacemos más libres. Lo importante sobre todo es leer cosas diversas y leerlas con cierta actitud. Tampoco vale leer mucho ni leer sumisamente sin cuestionar nada de lo que leemos, sin comprenderlo o sin asimilarlo.

La versión, según ciertos historiadores, de que la Revolución de Octubre fue en verdad un golpe de Estado perpetrado por los bolcheviques es, de sobras, conocida. Para otros analistas, el contexto les hizo contradecirse y cambiar radicalmente. Tampoco

puede descartarse el intento de desprestigio del bolchevismo, como nos explican Ted Grant y Alan Woods en sus diversos escritos (*Rusia: de la revolución a la contrarrevolución*, o *Lenin y Trotsky, qué defendieron realmente*). Al fin y al cabo, los bolcheviques lograron que la primera revolución proletaria alcanzara el poder político. Y esto es siempre potencialmente muy peligroso, sobre todo para la gran burguesía (para la inmensa mayoría de personas que la componen, salvo, tal vez, para algún bicho raro). Puestos a practicar un poco la paranoia, podemos hacerlo de diversas maneras. Tanto para poner al bolchevismo como verdugo, como para ponerlo como víctima. Es muy difícil saber la verdad, sobre todo en los aspectos políticos y económicos, pues hay muchos intereses contrapuestos.

Probablemente, le será más fácil a la humanidad descubrir los secretos del Cosmos, antes que la verdad sobre su propia sociedad humana, sobre la política, la economía o la historia. De hecho, ya somos capaces de enviar seres humanos al espacio exterior pero todavía no hemos logrado alimentar a toda la población humana, el hambre sigue afectando a cientos de millones de personas. Estamos cada vez más cerca de conocer los profundos misterios del Universo y aún no somos capaces de comprender realmente lo que nos acontece a nosotros mismos, los humanos. Cualquier ciencia no relacionada con la sociedad humana (la física, la biología, la química, etc.) está mucho más adelantada que cualquier ciencia relacionada con la sociedad humana (la economía, la sociología, la psicología, la política, etc.). Es obvio que cualquier científico de cualquier disciplina que no tenga que ver con la política o la economía, es decir, con el dinero, con la sociedad humana en general, trabaja en condiciones de mucha más libertad. Cuando hay dinero de por medio, la objetividad se reduce a la mínima expresión o desaparece.

Como dijo Lenin en su artículo *Tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo*:

En una sociedad que tiene como base la lucha de clases no puede existir una ciencia social "imparcial". De uno u otro modo, toda la ciencia oficial y liberal defiende la esclavitud asalariada, mientras que el marxismo ha declarado una guerra implacable a esa esclavitud. Esperar que la ciencia sea imparcial en una sociedad de esclavitud asalariada, sería la misma absurda ingenuidad que esperar imparcialidad por parte de los fabricantes en lo que se refiere al problema de si deben aumentarse los salarios de los obreros disminuyendo los beneficios del capital.

Ahora bien, que no haya parcialidad en la sociedad actual no significa que no debamos aspirar a ser imparciales, para encontrar la verdad, y por tanto para transformarla. Pero, indudablemente, debemos considerar el estado actual de la sociedad, debemos desconfiar de las apariencias de imparcialidad. Las ciencias sociales son las menos exactas de todas, y no sólo por el carácter intrínsecamente complejo, aleatorio, por lo menos en gran parte, del ser humano, sino también por los intereses existentes alrededor del poder, del dinero en general (intereses, "extrañamente", no mencionados o infravalorados por la "ciencia" oficial en que se sustenta el capitalismo). Un ejemplo muy claro lo tenemos en la economía, supuestamente científica. La economía oficial se parece más a la religión que a la ciencia (ver mi artículo *Contra la crisis, democracia*). El marxismo es acusado por el liberalismo de ser parcial, pero éste dista mucho de ser imparcial. Simplemente la

burguesía, a diferencia del proletariado, se esmera mucho más en disimular su parcialidad. Pero hay una diferencia sustancial entre unos y otros: al proletariado le interesa el enfrentamiento ideológico con su enemigo de clase porque sabe que lleva las de ganar (la mayoría está, potencialmente, de su lado, así como la razón), porque sabe que su parcialidad es más cercana a la verdad que la parcialidad de la burguesía. Ésta que se proclama imparcial, evita a toda costa el cuestionamiento de sus postulados. La “verdad” de la burguesía huye del debate o lo reduce a ciertos círculos escondidos de la sociedad, de las masas. Siempre debemos sospechar de quienes eluden el contraste, el debate libre, el enfrentamiento igualitario entre teorías opuestas. Los neoliberales, los apologistas del capitalismo en general, lo eluden sistemáticamente, como así lo denuncian sus rivales.

Desde la escuela de Austria se cuestionó la teoría económica marxista. Eugen von Böhm-Bawerk fue uno de los primeros desde esa escuela económica en refutar la teoría del valor de Marx. Esta crítica fue rebatida desde filas marxistas principalmente por Nikolai Bujarin y Rudolf Hilferding. Incluso la escuela económica austríaca (junto con la escuela de Chicago, los principales referentes del actual neoliberalismo) fue duramente contestada desde el propio liberalismo, siendo Milton Friedman, Paul Krugman, Bryan Caplan y Gordon Tullock sus principales críticos. Dicha escuela de Austria, la rama más radical del liberalismo, ha sido acusada desde distintos ámbitos (el marxista y el liberal, desde la escuela menos radical de Chicago) como anticientífica, por negarse a contrastar con la evidencia práctica observable, por renunciar a la modelización matemática, en definitiva por prescindir del método científico. Sin embargo, siendo la escuela austríaca bastante refutada en el mundo académico de la economía, por lo menos en una parte importante de él, el neoliberalismo actual se nutre de ella. El problema es que la gente común se cree que el neoliberalismo es científico, es la verdad alcanzada producto de debates en el mundo de la ciencia económica, cuando no es así. Y esta visión falsa de la economía oficial es producto del hecho de que el debate en el campo de la economía no trasciende, o apenas lo hace, a la opinión pública. Y esto es así porque los principales postulados del liberalismo (más todavía del neoliberalismo, no digamos ya del ultraliberalismo representado por la escuela austríaca), como la propiedad privada de los medios de producción, el “libre” mercado, la desregulación, las privatizaciones, el *laissez-faire*, benefician a las clases privilegiadas que controlan los resortes del Estado, la educación y los medios de comunicación, es decir, a la gran burguesía. Cada cierto tiempo, más aún en tiempos de crisis como el actual, desde el campo del mundo académico de la economía, algunos de sus profesionales denuncian el carácter anticientífico de la economía oficial. Recientemente diversos colectivos difundieron sendos manifiestos reivindicando la libertad de pensamiento y de crítica en la economía: *Manifiesto por la libertad del pensamiento económico* (Rebelión, 27 de mayo de 2010); *La Ciencia y la Universidad reivindican el pensamiento crítico* (Rebelión, 9 de junio de 2010); *Crisis y deuda en Europa: 10 falsas evidencias, 22 medidas a debate para salir del impasse (Manifiesto de los economistas aterrados)* (Rebelión, 21 de septiembre de 2010).

Una de las mejores defensas del enfoque científico de la economía marxista nos la encontramos en el pequeño (por breve) pero gran (por didáctico) libro *Introducción al marxismo* de Henri Lefebvre:

Todo idealismo se origina en el hecho de que el pensamiento no dialéctico aísla y separa el sujeto del objeto, el pensamiento de la naturaleza, la razón del devenir, la conciencia de sus condiciones objetivas. Los economistas de la escuela idealista aíslan la economía y la ciencia económica; la desvinculan no sólo de toda metodología general, sino también del resto de lo humano, y de la historia humana. Y es precisamente porque aíslan «hechos económicos», mediante una descripción o un análisis superficial, que su labor tiene tan poco que ver con la economía política científica.

El marxismo afirma, por el contrario, que no hay hechos económicos aislables, definibles como tales, y por lo tanto psicología económica. Según Marx (y aunque ello sea muy distinto de las ideas que se le atribuyen generalmente), la economía política no tiene ningún derecho al título de ciencia autónoma, independiente, que se ocuparía de pretendidos hechos económicos. ¿Qué es la economía política? Es una ciencia histórica, que descubre leyes históricas (es decir, leyes del devenir), y estudia una formación económico-social determinada, el capitalismo, en su estructura y su devenir.

Si el capitalismo no es más que un fragmento de una trayectoria más amplia recorrida por los hombres, si es un proceso histórico, social, objetivo, se comprende por qué la descripción psicológica de los individuos no pasa de la superficie y de la apariencia. No es falsa, sino sólo superficial. Llega a ser falsa cuando pretende y cree tener valor explicativo.

Se comprende también por qué esta formación económico-social particular sólo puede ser conocida racionalmente por quienes la vuelven a situar en el devenir, en la historia; es decir, por quienes estudian su nacimiento, su crecimiento, su apogeo, su decadencia, su desaparición, y por lo tanto la determinan en el conjunto (la totalidad) de su proceso.

La estructura dialéctica (contradictoria) del capitalismo se descubre desde el momento en que dejamos de aislar ciertos hechos, bautizándolos con nombres pomposos: hechos económicos, factores económicos, actividad económica, etc.

Todo esto nos suena verdaderamente muy razonable. Cuando uno lee los postulados marxistas en verdad que parecen muy coherentes. Lefebvre, así como Marx hizo en su día, sustenta sus afirmaciones en ejemplos concretos. Pero la prueba del algodón de cualquier teoría es siempre la práctica. Realmente sólo podremos saber si el modelo económico propugnado por Marx, el socialismo, o cualquier otro, es válido o no más que por el enfrentamiento de igual a igual entre las ideas y sobre todo por la experiencia práctica, es decir, mediante el método científico. Pero sí podemos saber a ciencia cierta que Marx, a diferencia de la mayor parte de sus contrincantes liberales, no fue reconocido como uno de los grandes intelectuales de la historia (al contrario, fue sistemáticamente perseguido y censurado en los diversos países donde tuvo que exiliarse, y fue olvidado todo lo posible en la actualidad por la ciencia oficial, especialmente la económica); sí podemos saber con certeza que los críticos de Marx, a diferencia de él, pudieron ejercer su labor cómodamente con el apoyo de las

instituciones de todo tipo, sin persecuciones de ningún tipo (los que sufrieron ciertas persecuciones en los países llamados “comunistas” y pudieron refugiarse en otros países, actuaron en éstos con toda libertad y fueron reconocidos internacionalmente e incluso en sus propios países cuando el “socialismo real” colapsó, no así le ocurrió a Marx, que fue perseguido en mayor o menor medida en todos los países donde vivió y que nunca fue reconocido ni apoyado por ninguna autoridad, no desde luego en su época, en vida, salvo en los países “comunistas” donde se le rindió culto, una vez muerto, al mismo tiempo que se incumplían los principales postulados marxistas, empezando por su filosofía, por el método científico y el librepensamiento); sí podemos asegurar que las ideas capitalistas tienen una amplia y constante difusión, a diferencia de las anticapitalistas, que fueron y son sistemáticamente marginadas (por lo menos en las supuestas democracias “neutras” capitalistas); sí podemos asegurar que los premios Nóbel de economía se dan a economistas capitalistas, pero nunca a los anticapitalistas, ni siquiera a quienes cuestionan el capitalismo, a la teoría económica oficial (¿qué podemos esperar si el premio Nóbel de la paz se da, cuando apenas lleva unos meses en el cargo y recogiendo dicho premio con un discurso belicista, al presidente de la primera potencia militar, el país que interviene militarmente sistemáticamente por todo el mundo practicando el imperialismo más agresivo habido y por haber, saltándose a la torera la legislación internacional cuando así le conviene?); sí podemos asegurar que siempre que cualquier gobierno intenta transformar el sistema económico capitalista, ocurren “casualmente” golpes de Estado; sí podemos asegurar que la proclamada “democracia” liberal no avanza y, por el contrario, degenera, que cualquier intento por ampliarla o mejorarla es reprimido. Los gobiernos socialistas (verdaderamente socialistas), a diferencia de los que se someten sumisamente a los postulados capitalistas, de los que no tocan sus piedras angulares (especialmente la propiedad privada de los medios de producción), deben gobernar contra viento y marea.

La burguesía no se queda de brazos cruzados cuando se pone en peligro, aunque sólo sea potencialmente, sus intereses económicos. Por todo ello, como mínimo, debemos sospechar de quienes dicen que el marxismo está muerto, de quienes defienden o no cuestionan “casualmente” el statu quo de las clases dominantes, de quienes no se enfrentan al enemigo ideológico en igualdad de condiciones, de quienes nos dicen que las ideas marxistas o anarquistas, anticapitalistas en general, son todas ellas imposibles, utópicas o incorrectas, pero simultáneamente, por si acaso, no les dan ninguna opción práctica, reprimen rápidamente todo intento de aplicarlas, incluso cuando un partido político que propugna el socialismo, o ciertas formas embrionarias de socialismo, alcanza el poder mediante las reglas del juego de la propia democracia liberal. Hay demasiadas evidencias que apuntan a que el liberalismo, la supuesta ideología capitalista es, como mínimo, cuestionable, es, como mínimo, sospechosa de ser incorrecta, es, como mínimo, sospechosa de ser acientífica. Quien se cree poseedor de la verdad, quien cree estar en lo correcto, no reprime al contrincante, no lo elude, al contrario. Quien piensa de verdad que el capitalismo es el único sistema posible no se preocupa de los intentos de superarlo pues piensa que éstos colapsarán por sí mismos. **Una de las pruebas más contundentes de que el capitalismo puede ser superado es la misma reacción capitalista de aniquilar de raíz y de la manera más rápida posible cualquier intento, por tímido que sea, de superar el**

propio capitalismo. La burguesía se delata a sí misma, por sus contradicciones, por el gran contraste existente entre lo que dice y lo que hace.

Toda la parafernalia “ideológica” de que se provee tiene un único y claro objetivo: conservar la propiedad de los medios de producción en sus manos, sin la cual dejaría de ejercer su dominio sobre el conjunto de la sociedad, mantener el orden (burgués) establecido. La libertad para la burguesía es *su* libertad, la libertad de seguir campando a sus anchas, de dominar al resto de la sociedad. Es sólo la libertad de la propiedad *privada* de los medios de producción, la única que realmente le importa. Es la libertad del más fuerte frente al débil, de unos pocos frente a la mayoría, es la defensa de sus privilegios, de acapararlos para ella “libremente”. La libertad de los burgueses es el libertinaje, es la ley del más fuerte, es la consagración de la “suerte” o de lo “divino” como sustento o justificación del orden social. Para ellos no hay contradicciones en la sociedad, su tan proclamado derecho a la propiedad *individual* (de los medios de producción), accesible sólo en la práctica para unos pocos, no entra en conflicto con el derecho a un trabajo digno o a una existencia digna de la inmensa mayoría de los seres humanos. Para ellos los derechos de unos pocos (en verdad los privilegios) no se contraponen a los derechos de la mayoría. Ellos niegan ese conflicto o aun admitiéndolo no proponen ninguna solución para resolverlo, sólo se preocupan de que la gente acepte que es lo natural, que es inevitable, que es “ley de vida”, contra la cual no puede hacerse nada. Para ellos el derecho a poseer una empresa es igual o más importante que el derecho al trabajo, a la alimentación, a la vivienda, a la sanidad, a la educación, incluso a la libertad de expresión (en la práctica acaparada por unos pocos que se dedican a promocionar el pensamiento único burgués).

No todas las ideas pueden ser igualmente conocidas por el público en general. Cualquiera puede expresar más o menos sus ideas en su círculo privado, en la intimidad de su familia (contra esto no puede ni la más férrea dictadura), incluso en ciertos círculos académicos (aunque esto es cada vez más difícil pues se pone en juego muchas veces la carrera profesional, siempre es peligroso atentar contra lo establecido), pero en público la cosa es radicalmente distinta: unos pocos acaparan los grandes medios a través de los cuales sólo es posible acceder a las grandes masas. Y esos pocos, precisamente, defienden de una u otra manera el orden establecido. No se ven voces críticas con el sistema en los grandes medios, a pesar de todo el ruido que montan para aparentar pluralidad. No es posible acceder a la crítica anticapitalista, ni siquiera ya a la crítica al neoliberalismo por parte del neokeynesianismo. Ni siquiera es posible acceder a críticas a la *versión* actual oficial del capitalismo: el neoliberalismo. Ni siquiera los capitalistas críticos tienen voz, o si la tienen es marginal. Salvo en Internet, convertido en el talón de Aquiles de las “democracias” burguesas. El pensamiento único se impone artificialmente, al contrario que la verdad, que sólo puede abrirse camino mediante la competencia libre (de igual a igual) entre todo tipo de ideas (ya sean mayoritarias o minoritarias, la verdad no entiende de mayorías). La democracia no consiste en elegir por voto mayoritario qué es verdad o mentira, en preponderar unas ideas supuestamente mayoritarias, o verdaderas, sobre otras supuestamente minoritarias, o falsas, en marginar unas a costa de otras, sino en que la ciudadanía pueda conocer *por igual* todo tipo de ideas, y en base a la libre información, decida por mayoría. El ciudadano de a pie tiene el derecho a estar bien informado, a conocer la verdad y a ser partícipe del debate por

alcanzar las verdades que le afectan directa o indirectamente. Tiene derecho a conocer las distintas versiones de los hechos, las distintas ideologías, las opiniones mayoritarias, oficiales, y las minoritarias, críticas con lo establecido. La democracia debe aplicarse para las decisiones sobre cómo actuar, y su prerequisite es disponer de la mejor información posible. La mejor elección se toma cuando se conoce por igual *todas* las opciones posibles, y no sólo unas. Quienes nos aseguran que el capitalismo es el sistema “natural”, que es “eterno”, que es el mejor de los posibles, se preocupan muy mucho de que no estemos informados sobre sus posibles alternativas, de que sólo contemos con una de las opciones (con la que “casualmente” les favorece, más les favorece), de que cualquier sistema que intente superar el sistema actual muera de muerte prematura, de manera antinatural, se preocupan de asesinar cuanto antes dicho intento de sistema alternativo. Según ellos cualquier otro sistema distinto al capitalismo es antinatural, es imposible, pero ellos, por si acaso, no esperan que muera por causas “naturales”, al contrario, se aseguran de que ni siquiera nazca, de que no sea posible *explícitamente*.

El acoso al posible sustituto del capitalismo, el socialismo, se produce de mil maneras y a todos los niveles: mediático, ético, militar, “filosófico”, incluso “científico”. Es cuando menos curioso ver que desde muchas filas liberales se haya puesto más empeño en estudiar por qué el socialismo, un sistema por descubrir, por desarrollar, por inventar, es imposible, que en comprender cómo funciona el capitalismo ya existente desde hace varios siglos (según los apologistas más fanáticos del capitalismo, desde el principio de los tiempos). Al mismo tiempo que no son capaces de explicar lo que acontece o lo que puede acontecer en el futuro a corto plazo con el sistema actual, nos explican pormenorizadamente que el socialismo es económicamente inviable, son capaces de prever en el largo plazo que un nuevo sistema, que funcionará con otros parámetros radicalmente distintos, con una filosofía totalmente distinta, no puede funcionar. Acusan al marxismo de “profético”, por anunciar que en el capitalismo se encuentra el *germen* del socialismo, que éste *puede* sustituir a aquél, cuando Marx se cuidó muy mucho de profetizar, ni siquiera de especular sobre muchas cuestiones, con el consiguiente problema de ambigüedad (como con respecto a la dictadura del proletariado), y ellos, los apologistas del capitalismo, “demuestran”, en verdad profetizan, que el socialismo nunca podrá funcionar, bajo ninguna de sus formas. Así de claros y contundentes son. Así de seguros están. ¡Amén! La demostración más palpable es lo ocurrido en la URSS y en los países estalinistas en general. Para esos “científicos” el que el “socialismo” en dichos países haya prescindido de una de sus características más esenciales, críticas, como es la gestión *democrática* de la economía, es un detalle sin importancia. ¡Cuando precisamente es la explicación más probable del colapso “socialista”, es decir, estalinista! Lo que ocurrió en los países estalinistas es más parecido a un capitalismo de Estado que al propio socialismo, que se caracteriza, precisamente, principalmente, por el control *democrático* de la economía. La posesión social de los medios de producción es sólo un prerequisite para el socialismo. El socialismo no es nada sin la democracia más amplia posible, sobre todo en la economía. Pero este “detalle” no tiene ninguna importancia para los “analistas” liberales “honestos” que buscan la “verdad”, es decir *su* verdad. Tampoco importa para ellos el que la Revolución socialista se haya quedado aislada en Rusia, que no se haya producido en Europa occidental. Los marxistas ya decían desde el principio que el socialismo sólo

podía prosperar si triunfaba a nivel internacional, especialmente en la “metrópolis” capitalista, en los países capitalistas más avanzados donde las condiciones estuvieran más maduras para el socialismo. Pero este detalle tampoco tiene importancia para los “historiadores” burgueses. Para ellos todos los caminos conducen a Roma, al origen del que parten, al que deben llegar sea como sea: el único sistema posible es el capitalista, la propiedad *privada* de los medios de producción es ineludible, es el pilar del funcionamiento de la economía humana, no puede prescindirse de ella. ¡Amén! ¡Palabra del señor! ¡Por los siglos de los siglos! No pueden decir ahora que la propiedad privada de los medios de producción es mandato de Dios porque ahora son otros tiempos, hay que elaborar más la propaganda, el adoctrinamiento. ¡Qué tiempos aquellos en los que el pueblo era tan ignorante que no distinguía una pera de una manzana! Ahora hay que elaborar un poco más las mentiras. Ahora la religión no tiene el poder de antaño, no tanto. Ahora hay que usar la Razón, la Ciencia, para ir contra la misma Razón, contra la misma Ciencia. Religión disfrazada de ciencia. Pseudociencia. Profecías disfrazadas de razonamientos. Si tan seguros están de sus postulados quienes defienden a capa y espada que el capitalismo es el único sistema posible, ¿por qué no dan ninguna opción a sus enemigos ideológicos?, ¿por qué se empeñan en imponer su pensamiento único?

Decíamos que sólo podremos saber realmente qué sistema puede funcionar mediante el método científico. Pero, a su vez, sólo podremos usar el método científico si tenemos suficiente libertad, es decir, con una democracia que merezca tal nombre. **La democracia es la infraestructura imprescindible para construir un sistema económico que pueda funcionar.** Sin ella no podremos superar las actuales contradicciones del capitalismo o las sustituiremos por otras. **La guerra por transformar el sistema tiene un primer hito ineludible: la conquista de la democracia.** La ciencia es imprescindible, pero es imposible (por lo menos en el ámbito de la economía, de las ciencias sociales en general), sin la democracia y la libertad. La verdad debe sustituir al impuesto artificialmente pensamiento único. La primera es consecuencia de la ciencia, el segundo de la falsa ciencia, de la religión, del adoctrinamiento. La primera es consecuencia de la competencia igual entre las ideas, el segundo de la imposición de unas sobre otras. No es posible la competencia libre entre las ideas si existen minorías que controlan la circulación de las ideas por la sociedad, sin una prensa libre, sin una educación libre, sin un Estado al servicio del conjunto de la sociedad. La oligocracia es incompatible con la libertad en todos los ámbitos, incluida la ciencia económica. La ciencia económica sólo podrá ser realmente científica cuando se libere del control de las clases minoritarias dominantes. **Sin ciencia no hay verdad. Sin libertad no hay ciencia. Sin democracia no hay libertad.**

No debemos obviar el hecho de que si ya podemos ver que lo que acontece en la actualidad se distorsiona enormemente, no digamos ya lo tergiversado, consciente o inconscientemente, que puede estar todo aquello que intente explicar lo que ocurrió hace décadas o siglos. Si ya podemos ver que lo que vivimos hoy en día tiene explicaciones muy contrapuestas, muy contradictorias, no digamos ya lo que ocurrió hace bastante tiempo. Sólo podemos acercarnos a la verdad contrastando todo lo posible. El problema es que cuando hablamos del pasado sólo podemos hacerlo con lo escrito, mientras que con lo vivido en la actualidad podemos, además, contrastar

con lo que observamos de la realidad en primera persona. El pasado no podemos observarlo directamente, no podemos viajar en el tiempo. Pero aun teniendo en cuenta esta seria limitación para conocer la historia, si contrastamos suficientemente, si razonamos mínimamente, podemos acercarnos bastante a la verdad, por lo menos podemos intentarlo, debemos intentarlo. Es imprescindible conocer la historia. Somos también lo que recordamos. Si no recordamos no somos. Si no fuera por la memoria no podríamos ser nosotros mismos. Esto bien lo saben quienes sufren enfermedades como el Alzheimer, bien lo saben las personas que los cuidan. Lo mismo podemos decir en general de la humanidad.

La sociedad humana es como es, entre otras razones, por lo que recuerda de sí misma. La memoria histórica es siempre uno de los campos más importantes de la batalla ideológica, política y económica. Y no por casualidad. Los vencedores son quienes escriben la historia, como suele decirse. O como decía George Orwell en su novela *1984: El que controla el pasado, controla también el futuro. El que controla el presente, controla el pasado*. Sólo podemos aprender de nuestros errores si los recordamos, si somos capaces de saber qué ocurrió y por qué ocurrió. Si no aprendemos del pasado, si no recordamos, nos condenamos a repetirlo, o a no volver a intentar superarlo. Quienes quieren evitar a toda costa perder sus privilegios, cualquier élite dominante, procura, de manera casi obsesiva, que la historia se olvide o se tergiverse según sus intereses. Esto es algo que nunca debemos olvidar. Cuando intentamos, por tanto, conocer el pasado, nos enfrentamos con una labor muy difícil, debemos tener en cuenta siempre las limitaciones con las que trabajamos, debemos ser muy prudentes con todo aquello que leemos o escribimos. Le invito al lector a ser también muy prudente con todo lo que yo digo, a cuestionarlo también. Yo hago lo que hago con la mejor intención posible, pero puedo cometer errores, seguro que los cometo. Y, además, el lector tiene derecho a no fiarse de mí, nunca debe fiarse por completo de nadie. En una sociedad plagada de mentiras como la nuestra, la búsqueda de la verdad se convierte demasiadas veces en toda una aventura titánica. Nunca debemos descartar la alta posibilidad de haber caído en las trampas que nos ponen. Nadie puede asegurar no haber sucumbido ante alguna que otra mentira, ante muchas de ellas. Pero aun así, hay que procurar no caer en ellas, debemos intentar buscar la verdad. Es una labor difícil, pero no imposible. Contamos con nuestras capacidades intelectuales y sobre todo con nuestra actitud.

En España sabemos muy bien lo que es la batalla por la memoria histórica. Los vencedores, los franquistas y sus herederos, han procurado por todos los medios reescribir la historia reciente de este país, tanto por lo que respecta a la Segunda República, como al franquismo, como a la llamada Transición. Si se demoniza la Segunda República, por ejemplo, si se mete el miedo en el cuerpo a la gente sobre la palabra *República*, se combate el posible advenimiento de la Tercera República española. Invito al lector a abrir el debate sobre la Tercera República en cualquier foro de Internet, de los diarios oficiales, de los más conocidos, y podrá comprobar en primera persona las tácticas de quienes quieren evitarla a toda costa. Los foros de Internet están plagados de gente que se comporta como si fueran los guardianes ideológicos de lo establecido. En mi artículo *Ciberactivismo eficiente* doy algunos consejos sobre cómo detectarlos y enfrentarse a ellos. No parece muy descabellado pensar que quienes controlan ideológicamente a la sociedad, procuren evitar que en

los cocederos de ideas, surjan o se propaguen ideas peligrosas para el statu quo. La batalla ideológica está en su apogeo en Internet. Ésta se ha convertido en muy peligrosa para la élite. Los ciudadanos, por primera vez en la historia, podemos leer y escribir libremente. Internet *puede* contribuir decisivamente a lograr una auténtica revolución democrática mundial. Todos los ciudadanos podemos y debemos colaborar *activamente* para que así sea. Como cualquier revolución, la democracia auténtica no vendrá por sí sola. Este humilde ciudadano que escribe estas líneas, como tantos otros, como espero así haga el lector, está en ello. Esto es algo que nos atañe a todos, todos podemos y debemos poner nuestro granito de arena.

La hipótesis del carácter consciente y premeditadamente contrarrevolucionario de los bolcheviques tampoco puede descartarse del todo, pero no cuadra con su actitud revolucionaria defendida ferviente e insistentemente desde el principio ni con los hechos, pues si los bolcheviques estaban en contra de la revolución lo lógico hubiese sido coaligarse con las fuerzas contrarrevolucionarias, como los mencheviques. Si uno lee la historia de la Revolución rusa, contrastando entre diversas versiones, es muy difícil no concluir que los bolcheviques, con Lenin a la cabeza, lucharon con todas sus fuerzas por la revolución socialista. El partido político que más luchó por la revolución fue sin ninguna duda el partido bolchevique, la facción bolchevique cuando aún no era partido. Teniendo en cuenta el clima de fervor, de auténtica rebelión que tenían las masas proletarias en los principios de la Revolución rusa, ¿cómo se explica que los bolcheviques lograran poco a poco convertirse en el partido más apoyado por los obreros? La explicación más lógica, más plausible, es que se ganaron ese apoyo porque los proletarios vieron en ellos a los mejores que podían canalizar sus ansias revolucionarias. Porque fueron financiados por capitalistas poderosos dirán algunos. Pero yo les contesto: ¿es que los partidos políticos burgueses rusos no fueron financiados por la burguesía y la aristocracia nacionales e internacionales? La financiación, no cabe duda, es un factor importante. Pero en él no reside la clave.

Si los bolcheviques no tenían apoyo popular, ¿cómo lograron el poder frente al Estado burgués, que tenía a su disposición el ejército? ¿Es posible alcanzar el poder político cuando no se tiene el apoyo popular y cuando no se dispone de ejército? ¿Alguien ha visto alguna vez un golpe de Estado perpetrado por unos cuantos conspiradores armados? Los golpes de Estado son ejecutados por los ejércitos, o por ciertas facciones de los mismos. Si la Revolución de Octubre fue tan sólo un golpe de Estado, ¿por qué las fuerzas contrarrevolucionarias, el ejército del Estado burgués, heredero del ejército zarista, no pudieron sofocarlo de forma inmediata? ¿Qué se lo impidió? ¿Cómo puede haber una guerra civil cuando una de las dos partes no tiene apoyo popular o ejército regular? ¿Por qué ganó el Ejército Rojo frente al Ejército Blanco, mejor organizado (aunque también sufrió de cierta falta de coordinación entre sus distintos cuerpos internacionales, el ejército zarista ya existía mucho antes que el rojo), mejor armado y apoyado por diversas potencias extranjeras? ¿Son creíbles las versiones que dicen que la Revolución rusa fue protagonizada exclusivamente por una minoría bolchevique? Demasiadas cosas no cuadran como para creerse la versión de ciertos “historiadores” de que la Revolución de Octubre fue simplemente un golpe de Estado perpetrado por un grupo minoritario de conspiradores.

Las respuestas más creíbles a todas estas dudas es que las masas apoyaban mayoritariamente a los revolucionarios, con los bolcheviques a la cabeza. El Estado

burgués se vio desbordado por la situación, que ya no controlaba porque gran parte de la población (y no una minoría de conspiradores), incluida gran parte del ejército (sobre todo en la capital Petrogrado), estaba en su contra. Cuando un gobierno se ve desbordado por las masas que se rebelan, y por su propio ejército que le desobedece, eso se llama revolución, sublevación, y no golpe de Estado. Si la Revolución bolchevique hubiese sido tan sólo un golpe de Estado perpetrado por unos pocos conspiradores sin apoyo popular, el ejército del Estado burgués (o por lo menos una parte de él) se hubiera enfrentado inmediatamente (o casi) a los bolcheviques (desde Octubre de 1917 hubo fuerzas contrarrevolucionarias que se opusieron puntualmente a la toma del poder bolchevique, pero la guerra civil rusa, en toda su dimensión, no comenzó realmente hasta finales de mayo de 1918). Si el Estado burgués no se enfrentó inmediatamente a los bolcheviques en Octubre de 1917, fue porque detrás de los bolcheviques estaban las masas y otros partidos revolucionarios (a pesar de sus discrepancias), fue porque la burguesía y la aristocracia sabían que no podían parar la revolución en ese momento, fue porque sabían que esa batalla no podían ganarla y debían reagruparse y esperar a mejor ocasión. Y eso lo sabían por el gran apoyo popular de los revolucionarios, porque el pueblo se enfrentaba a la oligarquía y sus lacayos, porque gran parte del ejército desobedecía al gobierno burgués y se ponía del lado de los revolucionarios. Sin contar el apoyo del proletariado internacional que no estaba dispuesto a luchar contra el proletariado ruso. No puede obviarse tampoco la presión, por ejemplo, de los trabajadores británicos y franceses para evitar que sus respectivos gobiernos interviniesen contundentemente contra la nueva Rusia roja. Ni el hecho de que las tropas de los ejércitos extranjeros enviados a Rusia se amotinaron. Los gobiernos de los países capitalistas no pudieron intervenir todo lo que hubieran deseado contra la Revolución rusa. Por múltiples motivos: el proletariado de sus países ejerció cierta resistencia contra esa posibilidad, sus soldados se resistían a luchar contra el Ejército Rojo, y asimismo, no hay que olvidarlo, estábamos en plena guerra mundial todavía cuando surgió la Revolución bolchevique. Aun así, el Ejército Blanco ruso, una vez pudo reagruparse, fue apoyado por múltiples potencias capitalistas. Esto ya de por sí demuestra que las fuerzas revolucionarias no eran nada despreciables. No hubiera hecho falta la intervención de 21 ejércitos extranjeros para sofocar una rebelión minoritaria. En cualquier caso, ningún grupo minoritario de conspiradores hubiera podido enfrentarse a ningún ejército, menos a un *conjunto* de ejércitos nacionales e internacionales. Si fue posible vencer a las fuerzas militares contrarrevolucionarias fue gracias a un gran apoyo popular, nacional e internacional.

El golpe de Estado en la URSS contra Gorbachov en 1991 fracasó porque no tuvo apoyo popular (todo lo contrario, las masas salieron a la calle para protestar contra el golpe) y porque no todo el ejército lo apoyó. El golpe de Estado contra Chávez en Venezuela en 2002 fracasó porque no tuvo apoyo popular (todo lo contrario, fue contestado en las calles por los partidarios de la Revolución bolivariana) y una parte importante del ejército no lo apoyó. El golpe de Estado contra Zelaya en Honduras en 2009 triunfó a pesar de no tener apoyo popular porque el ejército lo apoyó. El golpe de Estado en España en 1936 triunfó sólo tres años después, tras una dura y larga guerra civil (que por cierto empezó *inmediatamente* después del fracasado golpe de la extrema derecha), porque el pueblo se resistió. Un golpe de Estado sólo puede triunfar si la mayor parte del ejército, sino todo, lo apoya, o bien, si aun habiendo facciones enfrentadas en el ejército, el pueblo permanece pasivo. Un golpe de Estado es

protagonizado por el ejército o una parte de él, no por las masas. El pueblo permanece pasivo o se enfrenta al golpe, pero no lo protagoniza. En la Revolución rusa de Octubre de 1917, por lo menos en Petrogrado, no se vio ninguna resistencia del ejército burgués contra los bolcheviques, ni se vio ninguna resistencia por parte del pueblo ruso frente a la toma de poder bolchevique, más bien al contrario. ¡Y no puede decirse que en esos tiempos las masas rusas permanecían impasibles ante los acontecimientos! Los bolcheviques tomaron el poder porque las masas les apoyaban, directa o indirectamente, explícita o implícitamente. No hay otra explicación más satisfactoria. Eso se llama revolución y no golpe de Estado.

La toma del poder bolchevique en Octubre de 1917 fue una sublevación armada *popular*, no un simple golpe de Estado. El acto de la toma del poder no significó más que eso, un acto. No hay que sacarlo del contexto de la época, ni hay que reducir todos los acontecimientos revolucionarios a ese simple acto. Es como si se redujera una guerra de varios años a una sola batalla. Una cosa es la guerra y otra una batalla. Hay batallas decisivas, no cabe duda, pero están enmarcadas en un contexto general. O los soviets tomaban el poder del país entero, o se arriesgaban a ser disueltos violentamente por la burguesía. El gobierno de Kerensky maniobraba para disolverlos, sabedor de que eran una amenaza para la burguesía. La toma del poder bolchevique no hubiera podido hacerse sin apoyo popular. De hecho, Lenin y su partido trabajaron paciente e insistentemente durante años para ganarse el apoyo de las masas proletarias antes de tomar el poder político, conscientes de que no sería posible el triunfo sin el apoyo popular. El propio Trotsky habla de *golpe de Estado* en su libro *Cómo hicimos la Revolución rusa*, pero también dice que dicha insurrección armada fue aprobada democráticamente en los órganos de discusión que representaban a los soldados, obreros y campesinos, en los soviets, en los cuarteles, que dicho golpe fue, caso único en la historia, anunciado y explicado públicamente, antes y después de su ejecución. En España hemos sufrido muchos golpes de Estado, somos un país “rico” en ese tipo de acontecimientos, pero yo nunca he visto un golpe de Estado discutido y decidido democráticamente, abiertamente, de manera transparente (hasta cierto punto, claro), como el “golpe” que ocurrió en Rusia. Si llamamos golpe de Estado a la toma por la fuerza militar de los principales edificios del Estado, desde luego, lo que ocurrió el 25 de octubre de 1917 en Petrogrado, fue un golpe de Estado. Cualquier revolución, cualquier cambio en el poder político por vías ajenas a las elecciones democráticas, lo sería. Recientemente, a principios de este año 2011, hemos visto cómo han sido expulsados del poder político varios dirigentes árabes. ¿Ha habido elecciones para expulsarlos del poder? No. ¿Debemos por tanto considerar que las masas han hecho un golpe de Estado en Egipto o en Túnez? Obviamente, no. Las masas han expulsado por la fuerza a dichos dirigentes del poder. Por la fuerza de su mayoría, sin violencia, pero han *forzado* la situación, no han esperado a ningunas elecciones, han exigido en la calle la renuncia inmediata de sus mandatarios políticos.

Si consideramos que un golpe de Estado es normalmente protagonizado por ciertas facciones del ejército, y apoyado por ciertas *minorías* políticas o económicas, lo acontecido en el Octubre rojo dista mucho de ser un simple golpe de Estado, por lo menos de un golpe de Estado “clásico”. Normalmente, tras cualquier golpe de Estado “tradicional”, de esto sabemos mucho en España, los militares, o sus cómplices, toman el poder, no lo someten a ningún parlamento o asamblea, no lo ponen a disposición de

nadie. Al contrario, disuelven cualquier resto de asamblea o parlamento. Sobran ejemplos. ¿Hace falta recordarlos? Yo pienso que no. Los bolcheviques no disolvieron los soviets, acudieron a ellos y se sometieron a ellos. Normalmente, un golpe de Estado no es anunciado ni decidido públicamente antes de cometerlo. ¡Todo lo contrario! Se decide en secreto, lo decide un pequeñísimo grupo de personas. Yo creo que es más apropiado hablar de una insurrección armada popular con respecto a lo ocurrido en Rusia en 1917. A pesar de que algunos protagonistas, como Trotsky, usen el término *golpe de Estado*. Como mínimo, debería decirse que fue un golpe muy especial, como mínimo, debería decirse que fue apoyado por las masas. Los historiadores burgueses, sin embargo, nos quieren hacer ver que fue tan sólo un golpe de Estado más, como tantos y tantos que han ocurrido a lo largo de la historia, de una minoría contra el conjunto del pueblo. Nada de decir que fue un golpe discutido y aprobado por los principales protagonistas, nada de decir que se consultó a los soldados y marineros, que el poder tomado fue puesto a disposición de las masas en sus órganos de representación más vivos del momento, como los soviets, que la toma del poder fue sometida a votación en dichos órganos de representación democrática. Estos detalles no tienen importancia para esos “historiadores”. Yo creo que ha habido pocas revoluciones tan democráticas como la acontecida en Rusia en octubre de 1917. Que me den algún ejemplo de una revolución más democrática. Otra cosa fue su posterior evolución. En Rusia la gente no sólo salió a la calle para exigir cambios, sino que además discutió en asambleas populares sobre las acciones a adoptar. Pocos casos como estos ha habido en la historia, por no decir casi ninguno. Esto no ocurrió ni en China, ni en Cuba, ni en ninguna de las recientes revoluciones del mundo árabe, por poner unos pocos ejemplos, ni siquiera en la gran Revolución francesa de 1789 donde las masas tuvieron menos opciones que sus camaradas rusos de principios de siglo XX para discutir en asambleas sobre los acontecimientos que protagonizaban, en la Francia del siglo XVIII quienes decidieron fueron unos cuantos burgueses en sus parlamentos. Las revoluciones burguesas fueron protagonizadas por ciertas élites que actuaban muchas veces en contra de las masas. No por casualidad finalmente se volvieron dichas revoluciones contra el proletariado, contra el propio pueblo. La Revolución rusa también fue protagonizada en exceso por ciertas élites, pero en mucha menor medida que sus antecesoras las burguesas. En ella las masas participaron de manera notoria, por lo menos al principio.

Lenin y Trotsky discreparon sobre el momento de implementar la toma del poder. Por cierto, esta discrepancia es obviada por muchos historiadores interesados en mostrar una imagen de los bolcheviques que toman el poder en contra de la voluntad mayoritaria. No hay que olvidar que el gobierno burgués de Kerensky no tenía apoyo popular e intentó tomar medidas en contra de los soviets y de las clases trabajadoras. No respondía a las expectativas de paz y reparto de la tierra. El gobierno burgués seguía eludiendo la imprescindible reforma agraria y seguía participando en la Primera Guerra Mundial, enviaba tropas de soldados, mayoritariamente campesinos, al frente, negándose muchas de dichas tropas a luchar. Las deserciones estaban a la orden del día. El caos en el país era generalizado. El descontento con dicho gobierno era masivo y no paraba de crecer. Ese descontento posibilitó el triunfo de la Revolución bolchevique en Octubre sin casi derramamiento de sangre (por lo menos en la capital Petrogrado, no así en Moscú). La situación era cada vez más revolucionaria, los factores subjetivos se sumaban a los objetivos. Sin situación revolucionaria no hay

revolución. Y en la Rusia de 1917 la situación no podía ser más revolucionaria. Sólo faltaba el factor subjetivo. El partido bolchevique fue ese factor subjetivo que colmó el vaso, que permitió la revolución, la sustitución del viejo orden por uno nuevo, el intento de cambios sistémicos. Trotsky pensaba que era mejor esperar al congreso de los soviets, donde los bolcheviques ganarían la mayoría, antes de tomar el poder. Lenin pensaba que había que actuar cuanto antes, pues cada día de retraso jugaba a favor de la contrarrevolución. Según nos explica Stalin, además, Lenin estaba a favor de una insurrección inmediata porque el soviet de Petrogrado cometió el error, la indiscreción, de señalar abiertamente la fecha de la insurrección, y dicho error sólo podía ser enmendado por la insurrección efectiva antes de la fecha anunciada, por lo menos no más allá de ella. Finalmente la insurrección coincidió prácticamente con el inicio de dicho congreso. Pero a pesar de las discrepancias sobre el momento oportuno para tomar el poder, tanto Trotsky, como Lenin, como Stalin, como cualquier dirigente bolchevique, sabían que ya tenían el apoyo de la mayoría del proletariado, incluso de gran parte del campesinado, del pueblo en general. Y lo sabían porque los bolcheviques, y sus aliados, ya eran abrumadora mayoría en los soviets. El Segundo Congreso de los soviets tenía un resultado cantado: si los bolcheviques eran mayoría en los soviets, lógicamente, la iban a tener en el congreso de todos los soviets, en la federación general de soviets.

Trotsky simplemente pensaba que ese apoyo debía formalizarse. Pero, indudablemente, todos los componentes del Comité Central del partido bolchevique que aprobó la insurrección armada, a instancias de Lenin, contaban con que los bolcheviques obtendrían la aplastante mayoría en el congreso de los soviets. De hecho, al día siguiente de la toma del poder político por la fuerza en la capital Petrogrado, aunque casi sin derramamiento de sangre, se inició el Segundo Congreso de los soviets, en el que los bolcheviques y sus aliados (eseristas de izquierdas) obtuvieron una mayoría aplastante, en el que los mencheviques y los socialistas revolucionarios de derechas perdieron la mayoría y quedaron a mucha distancia respecto de las fuerzas revolucionarias. En dicho congreso los bolcheviques sometieron a votación la toma del poder político perpetrada por ellos y se aprobó el gobierno soviético encabezado por Lenin. En los siguientes congresos de los soviets de toda Rusia el apoyo a los bolcheviques aumentó considerablemente, pasando de un 51% en octubre de 1917 a 66% en julio de 1918. Antes, durante y después (por lo menos durante cierto tiempo) de Octubre de 1917 las masas apoyaban a los bolcheviques. Si Trotsky planteaba la toma del poder después de las elecciones en el segundo congreso era para ganar legitimidad moral, por razones de táctica política. Pero todos los dirigentes bolcheviques, por lo menos los principales, como es lógico, sabían que si no contaban con el apoyo popular no hubiera sido posible la toma del poder. Tanto Lenin como Trotsky, como la mayor parte de los dirigentes bolcheviques, huían del aventurerismo irresponsable. Lenin en varias ocasiones tuvo que luchar contra posturas aventuristas en su propio partido que propugnaban la toma violenta e inmediata del poder. Él, por el contrario, propugnaba la estrategia de ganar poco a poco, con tesón, a las masas. Su conocido lema era “explicar pacientemente”. Hasta que Lenin no logró que su partido fuese apoyado masivamente, no se planteó la toma del poder político. En Octubre de 1917, el trabajo de muchos años (intensificado desde la Revolución de Febrero del mismo año, en la que los bolcheviques eran minoría aún)

ya estaba más que maduro: las masas (sobre todo en las ciudades) apoyaban a los bolcheviques.

Basta con recordar lo que decía Lenin a este respecto:

Con la vanguardia sola es imposible triunfar. Lanzar sola a la vanguardia a la batalla decisiva, cuando toda la clase, cuando las grandes masas no han adoptado aún una posición de apoyo directo a esta vanguardia o, al menos, de neutralidad benévola con respecto a ella [...] sería no sólo una estupidez, sino, además, un crimen. Y para que realmente toda la clase, para que realmente las grandes masas de los trabajadores y de los oprimidos por el capital lleguen a ocupar esa posición, la propaganda y la agitación, solas, son insuficientes. Para ello se precisa la propia experiencia política de las masas. Tal es la ley fundamental de todas las grandes revoluciones, confirmada hoy, con fuerza y realce sorprendentes, no sólo por Rusia, sino también por Alemania. No sólo las masas incultas, y en muchos casos analfabetas, de Rusia, sino también las masas de Alemania, muy cultas, sin un solo analfabeto, necesitaron experimentar en su propia carne toda la impotencia, toda la veleidad, toda la flaqueza, todo el servilismo ante la burguesía, toda la infamia del gobierno de los caballeros de la II Internacional, toda la ineluctabilidad de la dictadura de los ultrarreaccionarios (Kornílov en Rusia, Kapp y compañía en Alemania), única alternativa frente a la dictadura del proletariado, para orientarse decididamente hacia el comunismo.

Y basta con recordar también lo que decía en *El marxismo y la insurrección*, poco antes de la toma del poder bolchevique, en septiembre de 1917:

Para que la insurrección se vea coronada por el éxito, ha de apoyarse, no en un complot, ni en un partido, sino en la clase avanzada. Esto en primer término. La insurrección debe hacer pie en el ímpetu revolucionario del pueblo. Esto en segundo lugar. La insurrección debe hacer palanca en un recodo de la historia de la revolución creciente, en el momento en que la actividad de las masas populares alcanza su más alto nivel, y que coincide con el instante en que también alcanzan el suyo las vacilaciones de las filas enemigas y las de los amigos débiles de la revolución, equívocos e indecisos. Esto en tercer lugar. El marxismo se diferencia del blanquismo por esta manera de plantear las tres condiciones de la insurrección.

Se podrá criticar o no ciertos métodos bolcheviques, ciertas decisiones tácticas o estratégicas, pero decir que la Revolución rusa fue sólo un golpe de Estado perpetrado por una facción de conspiradores minoritaria es absolutamente falso, además de absurdo e inverosímil. La toma del poder por parte de las masas, directa o indirectamente, es, precisamente, lo que caracteriza a una revolución. A diferencia de un golpe de Estado, una revolución es siempre triunfante si la apoyan las masas, si la protagonizan, aunque en ciertos momentos no sean éstas las protagonistas *directas*. La Revolución de los claveles en Portugal en 1974, precisamente, se llama *revolución*, a pesar de que fueron ciertos militares quienes tomaron el poder por la fuerza para derrumbar el régimen dictatorial salazarista, porque tuvo gran apoyo popular (a pesar de los continuos llamamientos radiofónicos de los *capitanes de abril* a la población

para que permaneciera en sus hogares, miles de portugueses ganaron las calles mezclándose con los militares sublevados). Lo que distingue a una revolución de un golpe de Estado es el carácter popular, el apoyo de las masas. Cuando las masas apoyan la toma del poder, aunque ésta sea por la fuerza, hablamos de revolución. ¿Por qué los burgueses no cuestionan el carácter revolucionario de la gran Revolución francesa de 1789, y sin embargo, sí lo cuestionan en el caso de la Revolución rusa de Octubre? ¿Es que la toma de la Bastilla no fue por la fuerza? El asalto a los principales edificios de Petrogrado fue en comparación con la toma de la Bastilla un pacífico paseo. Como dice Eric Hobsbawm en su *Historia del siglo XX: Se ha dicho que el número de heridos fue mayor durante el rodaje de la gran película de Eisenstein Octubre (1927) que en el momento de la ocupación real del Palacio de Invierno el 7 de noviembre de 1917. El gobierno provisional, al que ya nadie defendía, se disolvió como una burbuja en el aire.*

Y, sin embargo, los burgueses cuestionan la Revolución socialista y no la suya. ¿Puede esto sorprendernos? ¿No es evidente por qué lo hacen? Golpe de Estado siempre sugiere la toma del poder en contra del pueblo. Es la antítesis de la revolución. Quienes nos venden la idea de que la Revolución rusa fue un golpe de Estado, nos intentan convencer de que los bolcheviques actuaron en contra del pueblo, y no sólo en contra de la burguesía, desde el principio. Esa versión no resiste el más mínimo análisis serio. La toma del poder por parte de los bolcheviques sólo pudo ser posible por el apoyo popular, incluido el de los soldados, la mayor parte de ellos campesinos. Otra cuestión es cómo evolucionaron posteriormente los acontecimientos. Pero de lo que no puede caber duda es que la toma del poder en Octubre de 1917 en Rusia sólo pudo ser posible gracias al apoyo masivo de la población. Aunque el acto principal de dicha toma de poder no fuese protagonizado por grandes masas de personas, el simple hecho de saber que éstas apoyaban a los que físicamente tomaron los principales edificios estratégicos de la capital, permitió a los sublevados actuar y sobre todo impidió la resistencia de los contrarrevolucionarios, que sabían que no tenían nada que hacer, pues sabían que sus enemigos tenían a las masas y a gran parte de las tropas detrás. El gobierno de Kerensky apenas pudo resistir y debió esperar a reagrupar más tarde las tropas fieles del ejército que no estaban en la capital, pues en ella las tropas fieles eran mucho menos numerosas que las revolucionarias. De hecho, muchas tropas del gobierno se pasaron al lado de la Revolución. De esto se aseguraron los bolcheviques antes de actuar.

Una revolución, a diferencia de un golpe de Estado, no triunfa sin apoyo popular. El factor clave en toda revolución reside en el apoyo popular, en las masas. El principal elemento a considerar cuando se analiza una revolución, cualquier fenómeno histórico en general, reside en las condiciones materiales objetivas (en las contradicciones de la sociedad). Una revolución, a diferencia de un golpe de Estado, no se puede provocar sólo con dinero. El dinero puede influir en ella, pero nada más, y nada menos. El dinero, como ciertos individuos, puede ejercer un papel decisivo en el devenir de los acontecimientos, pero ni el dinero ni los individuos pueden, por sí mismos, por sí solos, provocarlos (por lo menos los que tienen que ver con la participación *masiva* de la población en una revolución). ¡Se puede comprar a unas pocas personas con cierto poder, pero no a grandes masas! ¡Se puede provocar un golpe de Estado, comprando a unas cuantas personas, pero no una revolución! Si no hay razones objetivas para

que las masas se rebelen, éstas permanecen pasivas. Aunque bien es cierto que se puede “ayudar” a que las masas estallen, pero éstas no lo harán si no tienen motivos suficientes. Sin las condiciones objetivas necesarias las masas no se rebelan. La necesidad es la que manda en última instancia. Quienes acusan a los bolcheviques de instigadores de la revolución, de ser los únicos culpables de que se produjera, se olvidan de la causa principal de toda revolución: la necesidad *objetiva* que tiene la mayor parte de la gente de rebelarse frente al sistema, las deficiencias de éste, sus intensas contradicciones. Sin factores objetivos suficientemente maduros, los factores subjetivos no pintan nada. La principal causa de la revolución rusa fue que el sistema zarista y su breve heredero, el sistema burgués vigente entre febrero y octubre de 1917, actuaban en contra de los intereses del pueblo, lo alienaban, lo sometían a la miseria y a la guerra. El sistema monárquico cayó porque el pueblo exigía cambios. El sistema burgués tampoco respondió a las expectativas de cambios y también cayó. No por casualidad los bolcheviques se ganaron a las masas con el lema “pan, paz y tierra”.

Lo que sí fue un golpe de Estado fue el perpetrado por el general Kornilov en agosto de 1917, golpe reaccionario que fracasó gracias, precisamente, a las masas revolucionarias, sobre todo a los soldados, que apoyaban a los bolcheviques. Este solo hecho demostraría irrefutablemente cuán falsas son aquellas versiones, que especialmente proliferan mucho en la actualidad, que dicen que la revolución rusa fue tan sólo un golpe de Estado perpetrado por Lenin y su camarilla. ¿Por qué muchos soldados del Estado zarista y burgués se pasaron al lado de la Revolución, desobedeciendo las órdenes, rompiendo la jerarquía militar? Porque se pusieron del lado del pueblo, porque los soldados eran hijos del pueblo, eran mayormente campesinos. Si los bolcheviques no hubiesen sido apoyados por el pueblo, por una gran parte de él, los soldados no hubieran apoyado a los bolcheviques, se hubieran mantenido fieles a sus oficiales y a su gobierno. Si los bolcheviques no hubieran contado con un gran apoyo popular, el golpe reaccionario del general monárquico Kornilov hubiera triunfado. ¿Por qué triunfó el “golpe” bolchevique y no el golpe monárquico? Porque el primero contaba con el apoyo de las masas y el segundo no. Porque el primero fue un alzamiento *popular* armado y el segundo fue tan sólo un golpe de Estado. Porque el primero fue una revolución.

Algunos historiadores nos dicen que los bolcheviques fueron financiados por Wall Street (esto parece que está bastante documentado, según dichos historiadores), pero esto lo interpretan por el interés de ciertos capitalistas en que triunfara el socialismo estatista, centralista. Esto es lo realmente discutible, la interpretación que hacen esos historiadores de ciertos datos, de ciertos documentos, de ciertos hechos, de la financiación de los bolcheviques por ciertos capitalistas o gobiernos. Y luego resulta que en el Ejército Blanco participaron fuerzas estadounidenses, que el gobierno americano no reconoció al nuevo gobierno ruso hasta 1933. ¿Es que los grandes capitalistas norteamericanos no tenían poder de influencia sobre su propio gobierno para apoyar a los bolcheviques? ¿Por qué no lo hicieron? Porque a los capitalistas no les interesaba, en general, el triunfo del bolchevismo, de ningún socialismo (ya sea estatista o no, aunque pudiera parecer incluso que fuera mejor para ellos el estatista, al menos a primera vista, como mal menor). Lo cual no contradice el hecho de que algunos le financiaran para acceder al mercado ruso. De hecho, los mismos

capitalistas que financiaron a los bolcheviques, al mismo tiempo, ayudaron al Ejército Blanco, directa o indirectamente. En la actualidad es un hecho muy conocido el que la industria armamentística (es decir, grandes capitalistas y gobiernos) financian, arman, por igual, a los bandos opuestos de muchas guerras. No puede haber guerras si los bandos enfrentados no tienen cierta igualdad de medios. Y sin guerras no hay industria armamentística (una de las más rentables). En el caso de la Rusia de 1917, probablemente, la causa del posible doble financiamiento de los dos bandos no fue la expansión de la industria armamentística, no fue tanto el negocio de la guerra, fue sobre todo el garantizarse el acceso al mercado ruso fuese quien fuese quien finalmente gobernase en Rusia, el país más grande de la Tierra, uno de los países más ricos en recursos naturales (gas, petróleo, etc.).

¿Fueron los bolcheviques, con Lenin a la cabeza, cual Maquiavelo, una quinta columna contrarrevolucionaria? ¿Manipularon a las masas para dominarlas? Yo lo que digo es que sin recurrir a la hipótesis de que la vanguardia revolucionaria tenía desde el principio malas intenciones es posible explicar esa chocante transición, el paso del marxismo-leninismo al estalinismo, de la que hablábamos. A lo largo de este libro parto de la hipótesis de que la Revolución de Octubre no fue un golpe de Estado (hay muchos indicios, demasiados, que apuntan a ello) y de que el partido bolchevique tenía inicialmente sinceras intenciones revolucionarias (también hay demasiados indicios favorables a esta hipótesis). De esta manera, estoy intentando demostrar que, aun así, es perfectamente posible explicar la degeneración de la Revolución rusa.

2.9. Las causas de la degeneración de la Revolución rusa

El contexto realimentó las peligrosas contradicciones del marxismo-leninismo hasta hacer que la revolución degenerara, hasta que la cantidad se convirtió en calidad, hasta que se produjo la negación de la negación, hasta que la revolución se transformó en contrarrevolución. Todas las personas somos contradictorias. Y todas las ideologías también. Las contradicciones forman parte del ser humano, así como de la naturaleza. Las experiencias prácticas nos ponen a prueba y hacen que unas tendencias se impongan sobre otras. El leninismo, el marxismo, tenían también contradicciones (algunas de ellas, las principales, las analizo también en el libro *Los errores de la izquierda*) y las difíciles circunstancias hicieron que unas se impusieran sobre otras. En cualquier caso, lo que demuestran irrefutablemente los acontecimientos de la Revolución rusa es que **toda vanguardia es siempre inherentemente muy peligrosa para toda revolución, al margen de las verdaderas intenciones de dicha vanguardia**. Si la vanguardia rusa actuó de forma contrarrevolucionaria, lo más probable es que esto fuese así porque se equivocó, no porque pretendiera ser un obstáculo para la revolución. En mi opinión, la revolución rusa degeneró por culpa de graves errores tácticos, estratégicos y sobre todo ideológicos, además de por el contexto. Ciertos errores estratégicos se nutrieron de errores ideológicos. La misma vanguardia que posibilitó la revolución, provocó la contrarrevolución. Toda vanguardia es siempre al mismo tiempo revolucionaria y contrarrevolucionaria. Toda revolución debe protegerse del concepto vanguardia, inherentemente contradictorio, altamente contradictorio, peligrosamente contradictorio. Toda revolución es por sí misma contradictoria, es también contrarrevolución. La dialéctica nos permite comprender la sociedad humana y todos sus acontecimientos, incluidas las revoluciones, los acontecimientos más dialécticos habidos y por haber.

Al usar una metodología contrarrevolucionaria, basada en una filosofía revolucionaria altamente contradictoria, la revolución dio paso a la contrarrevolución. **No es posible hacer la revolución de manera contrarrevolucionaria. El método es determinante, afecta directamente al resultado.** *El fin está contenido en los medios como el árbol en su semilla; de un medio injusto no puede resultar un fin justo*, decía Gandhi. Si, como reconocía Lenin, *la clase obrera es más revolucionaria que el partido más revolucionario*, quienes estaban más capacitados para saber qué era contrarrevolucionario o no eran las propias masas, las bases, el proletariado, los trabajadores, los ciudadanos. Sin embargo, la élite se erigió en “guardiana” de la revolución, cuando en verdad fue su sepulturera. Los trotskistas acusaban, y acusan, a los estalinistas de contrarrevolucionarios. Los estalinistas acusaban, y acusan, a los trotskistas de contrarrevolucionarios. Y lo mismo ocurre en el enfrentamiento entre marxistas y anarquistas, por lo menos entre algunas facciones de dichas ideologías. Podemos tener dudas sobre quién tiene razón, sobre qué versiones de los acontecimientos históricos son las verdaderas. Que, honestamente, muchas veces las tenemos. Basta con atreverse a leer los argumentos de las posturas enfrentadas. Basta con contrastar. Pero una cosa es indudable, de esto quien escribe estas líneas no tiene *ninguna* duda: la verdad sólo puede abrirse camino con la libertad más

ilimitada posible, con el debate libre, cuando las masas pueden contrastar por completo y por igual entre todas las opciones o versiones. **La revolución sólo puede prosperar en el marco de una democracia lo más amplia y profunda posible.**

Como decía Lenin en determinados momentos (aunque en otros decía cosas opuestas, como cuando apelaba a la disciplina incondicional de las masas respecto de la dirección revolucionaria), son las propias masas, las bases, quienes deben decidir, quienes pueden salvaguardar la revolución, y no las élites. Es la libertad la que salvaguarda la revolución, y no la represión. La razón, y no la censura. El argumento, y no la calumnia. La ciencia, y no la religión. La democracia, y no la dictadura (sea cual sea su forma). La dictadura del proletariado, la democracia menguada o podada, no era la solución. Al contrario, posibilitaba la contrarrevolución, como así fue. En esto, en el planteamiento de la dictadura proletaria como sustituta de la dictadura burguesa, estaban equivocados Lenin, Marx y Engels. Lenin se equivocó en su concepción de la dictadura del proletariado, que dio pie al partido único, algo que de ningún modo propugnaron Marx ni Engels. Pero éstos se equivocaron en plantear el mismo concepto de la dictadura del proletariado. Trotsky denunció la burocratización del Estado proletario de la URSS en los siguientes términos: *La supresión de los partidos soviéticos llevó a la supresión de las tendencias. La supresión de las tendencias llevó a la consolidación de la burocracia. [...] En nuestro caso, los soviets han sido burocratizados como resultado del monopolio político de un solo partido que a su vez se había burocratizado.* Trotsky reconocía la importancia de la democracia, el error del sistema basado en el partido único. Ésta es una dura lección que hubo de aprender tras sufrir él mismo la lógica revolucionaria basada en una progresiva disminución de la democracia, en una represión política in crescendo, lógica en la que él también participó. Sin embargo, Trotsky no cuestiona el concepto de la dictadura del proletariado, simplemente lo matiza, reivindica la dictadura del proletariado sustentada en la democracia obrera, en la cual debería haber varios partidos *socialistas*. Parafraseando a Trotsky y llevando su razonamiento un poco más lejos, podríamos decir que la supresión de partidos burgueses, es decir, no socialistas, llevó a la supresión de los partidos soviéticos.

El problema venía de más lejos, había que buscar más hacia atrás, había que llegar a las raíces ideológicas de semejante *dinámica* revolucionaria. El problema radicaba en el mismo concepto de la dictadura del proletariado, en la idea de que había que limitar la democracia, en la idea de que había que imitar al Estado burgués, en su esencia, pero adaptándolo al proletariado. Se le imitó tanto, que no fue posible superarlo, que incluso se reprodujeron sus peores características, que hasta se lo empeoró. El problema era que el Estado burgués, es decir, el Estado clasista, la dictadura de una clase, no se adaptaba a las clases populares, a las clases mayoritarias dominadas. Era un Estado diseñado a la medida de minorías poderosas, con cierto monopolio, con cierto control de la sociedad, con poder económico en el caso del capitalismo (en el caso de la URSS el poder fue político, derivado del monopolio del proceso revolucionario), para la dominación de la sociedad, y no para su liberación, para asentar la sociedad clasista, y no para erradicarla. Lejos de posibilitar la superación de la sociedad clasista, era una máquina de creación o reproducción clasista, creó una nueva "clase" muy peculiar: la burocracia del partido único que se autoerigía como representante del proletariado y de todo el pueblo. En sentido estricto, la burocracia

“comunista” no era una clase social, pues no era propietaria, al menos formalmente, de los medios de producción, se trababa más bien de una capa social privilegiada. Esa máquina clasista sólo podía reproducir un nuevo tipo de sociedad clasista, y finalmente se autodestruyó a sí misma y posibilitó la vuelta al viejo Estado clasista burgués. El concepto de la dictadura del proletariado, la raíz ideológica de la degeneración de la URSS y de su colapso, sentaba un peligroso precedente, abría la veda, iniciaba un *modus operandi* que a la larga supuso el paso del Estado obrero, la dictadura proletaria, al Estado burgués, la dictadura burguesa, pasando por el burocratismo, la dictadura del partido único. El capitalismo necesita evitar la democracia. El socialismo, por el contrario, la necesita desarrollar. La burguesía sobrevive con la democracia aparente y simbólica, con su dictadura más o menos camuflada. El proletariado, las clases populares, por el contrario, sólo pueden gobernar bajo la democracia sin disfraz, con la verdadera democracia, con el poder popular. La dictadura burguesa debe ser sustituida por la democracia, no por la dictadura proletaria, ni por ninguna dictadura. Cualquier limitación de la democracia juega a favor del capitalismo, de la burguesía, del burocratismo, de cualquier élite, y juega en contra del socialismo, del proletariado, del pueblo. **La democracia es el combustible del socialismo. Sólo es posible superar a largo plazo el capitalismo definitivamente desarrollando la democracia hasta las últimas consecuencias, sin límites.**

El método empleado para hacer la revolución garantizaba, o por lo menos facilitaba en exceso, la contrarrevolución. Esto es algo que muchos marxistas-leninistas no quisieron o no supieron ver a tiempo, incluidos el propio Lenin, Trotsky y gran parte de la vieja guardia bolchevique. Que ni siquiera quisieron o pudieron prever Marx y Engels. Porque ellos también pecaron de imprudentes al plantear el concepto de la dictadura del proletariado de la manera en que lo hicieron, sin ni siquiera concretar un poco. Marx y Engels cometieron, como mínimo, el error de no prever la posibilidad de que su idea fuese tergiversada de manera muy peligrosa, despreciaron la posibilidad, tan habitual en la historia de la humanidad, de que las ideas fuesen distorsionadas para pasar del blanco al negro. Ellos que tanto conocían la historia, que tanto nos proporcionaron las herramientas para comprenderla mejor, paradójicamente, increíblemente, contradictoriamente, ignoraron la alta probabilidad de que sus ideas fuesen mal interpretadas, no se esforzaron suficientemente para evitarlo. Éste fue uno de sus mayores errores. Muchas de sus ideas, dispersas entre múltiples, numerosos y a veces voluminosos escritos, no fueron suficientemente aclaradas, incluso fueron a veces contradictorias, como así ocurrió con el concepto de la dictadura del proletariado, facilitando así (como si el ser humano no tuviera ya la tendencia a hacerlo) la tergiversación grotesca de sus ideas.

En la revolución rusa de 1917 teníamos presente la semilla de la contrarrevolución. El fuerte liderazgo de la revolución rusa era potencialmente peligroso para la propia revolución. Los acontecimientos fueron poco a poco dependiendo demasiado de demasiadas pocas personas. El protagonismo inicial del pueblo fue progresivamente suplantado por cierta vanguardia. El terreno estaba claramente abonado para la contrarrevolución. Había antecedentes muy peligrosos (ciertas actuaciones más que discutibles, como la disolución de la Asamblea Constituyente) y existía además un concepto teórico muy peligroso: la *dictadura* del proletariado. Teniendo en cuenta todo esto, la dictadura de la élite era más que previsible. Aun admitiendo las buenas

intenciones de los bolcheviques y su élite (no todo el mundo coincide en esto, la derecha y ciertas facciones de la izquierda nos presentan a los bolcheviques como los malvados de la historia), la forma de hacer las cosas posibilitó primero el triunfo de la revolución proletaria (el acceso al poder político), pero también el fracaso posterior de la revolución socialista (la degeneración del régimen soviético). Si partimos de la hipótesis de que las intenciones de la vanguardia que dirigió la revolución rusa de 1917 eran buenas, a pesar de esto, encontramos que existen causas, que se pueden identificar claramente, del fracaso a medio y largo plazo de dicha revolución. De esto se trata. De identificar los fallos del proceso revolucionario ruso. De aprender de los errores del pasado. De aprender de la revolución más importante de la historia. De unos acontecimientos que marcaron la historia de las siguientes décadas en el mundo entero, pues la manera de hacer las cosas en Rusia se exportó a muchos países de su entorno y de otras latitudes. Algunos regímenes “comunistas” en la actualidad son herederos directos de la burocracia soviética de la extinta URSS, de su visión de cómo debía hacerse la revolución socialista, como así ocurrió en los regímenes estalinistas de Europa oriental, diseñados directamente por Stalin desde Moscú.

Se trata de tener en cuenta el contexto en su justa medida, de no obviarlo, pero tampoco de justificarlo *todo* en base a él, de no infravalorarlo pero tampoco de sobrevalorarlo. Si lo justificamos *todo* en base a las duras circunstancias, entonces *nunca* podremos identificar los errores cometidos y estaremos condenados a repetirlos. Y se trata, por supuesto, de no extrapolar métodos aplicados en ciertos contextos a otros contextos diferentes. Aun admitiendo que la revolución rusa en 1917 no podría haberse hecho de otra manera, lo cual es muy discutible, lo que es indiscutible es que la situación actual, en los principios del siglo XXI, es distinta, por lo menos en muchos aspectos. Por tanto, es imperativo evitar los errores que se cometieron en el pasado y asimismo considerar el contexto actual para rediseñar las estrategias revolucionarias. Éstas deben siempre adaptarse al tiempo y al espacio. Ésta fue una de las principales lecciones que nos enseñaron los revolucionarios de finales del siglo XIX y de principios del XX. Tampoco se trata de desechar por completo las experiencias y postulados de quienes posibilitaron o intentaron la revolución. Se trata de separar los aciertos, que también los hubo, de los errores.

De esta manera, con una revolución excesivamente controlada por ciertas élites, los soviets rusos, que pretendían ser el órgano de representación popular del proletariado, de los trabajadores de las ciudades y del campo, de los soldados, es decir, de la mayor parte de la población, que lo fueron al principio, se transformaron en los instrumentos políticos de dominio de una nueva casta burocrática. El soviet supremo se convirtió en el parlamento donde el partido único ejercía su poder, de arriba hacia abajo. El parlamento burgués, expresión del poder de la oligarquía capitalista, se convirtió en el soviet supremo, expresión del poder de la nueva élite: la burocracia del partido “comunista”. Se sustituyó una élite por otra, una clase dominante por otra. Ambas élites sin control popular o con un control muy insuficiente. En el Estado soviético, al cabo de poco tiempo, el poder cambió de sentido. En vez de ir de arriba hacia abajo, como así fue al principio, acabó yendo de arriba hacia abajo. La revolución por tanto fracasó como tal. Bien es cierto que se lograron ciertos éxitos importantes en la economía, se alcanzaron ciertos logros sociales que fueron incluso exportados a los países capitalistas (como la sanidad pública, gratuita y universal), se

forzó al capitalismo internacional a ceder en algunas cuestiones, como el desarrollo del Estado de bienestar, por la presión que ejercía el “peligro comunista”, pero el poder no recayó en el pueblo, o se alejó definitivamente de él. El objetivo esencial de la Revolución comunista, a saber, una nueva sociedad sin clases, donde la explotación del hombre por el hombre fuese un mal recuerdo del pasado, una sociedad donde el individuo fuese verdaderamente libre, una sociedad donde todas las personas tuviesen las mismas oportunidades, donde todos pudiesen satisfacer todas sus necesidades, no se alcanzó, a pesar de ciertas conquistas sociales nada desdeñables. Bien es cierto que el comunismo llegaría con el tiempo tras el socialismo, pero la tendencia en la Rusia “socialista” no apuntaba hacia el comunismo, o no suficientemente, no claramente. El Estado, lejos de ir menguando, crecía y crecía y se hacía más y más autoritario. El nuevo Estado “proletario” degeneraba más y más, superaba incluso al burgués en cuanto a muchos de sus males. Se lograron ciertos logros materiales, bastantes mejoras sociales, pero insuficientes, y lo que es peor, la libertad del individuo, de la sociedad en conjunto, no sólo no avanzó, sino que retrocedió. Sin contar, como si no contara, con la barbarie en que degeneró el estalinismo.

De la barbarie capitalista se pasó a la barbarie estalinista. De dejar morir a la gente por no satisfacer sus necesidades, como así hace el capitalismo como mínimo (cuando no reprime a quienes se oponen a él), se pasó al genocidio, a matar sistemáticamente a los disidentes, a todo aquel que no conjugaba con la doctrina imperante, incluso a los antiguos camaradas de la vieja guardia bolchevique. Si uno lee a Marx, se pregunta dónde demonios estaba el marxismo en los regímenes estalinistas, cómo podían ser llamados dichos regímenes “comunistas”. Sin embargo, los errores del marxismo también contribuyeron a la degeneración de la *dictadura del proletariado*. Concepto que ya era de por sí muy polémico y que podía ser interpretado de manera muy peligrosa, como finalmente así fue. **Este concepto de la dictadura del proletariado fue, en mi opinión, el principal error ideológico del marxismo.** Pero tanto el marxismo como el anarquismo, a pesar de sus errores, también tienen muchos aciertos.

La mayor parte de los análisis de las causas de la degeneración de la revolución rusa realizados por las distintas facciones de la izquierda se hacen para resaltar la validez de las ideas propias y para desautorizar ideológicamente al “enemigo”, se hacen sin el más mínimo atisbo de autocrítica, o con una autocrítica superficial e insuficiente, autorreprimida. En el caso de los trotskistas, se usa a Stalin casi como chivo expiatorio. En el caso de los estalinistas se hace lo propio con Jruschov, Brézhnev y Gorbachov. Es curioso ver cómo los trotskistas acusan a los estalinistas prácticamente de las mismas cosas que los estalinistas a los trotskistas o a los revisionistas. En el caso de los anarquistas se achaca la culpa a los bolcheviques. En todos los casos se usa el contexto como justificación de los males propios sobre todo. Los bolcheviques explican la degeneración de la revolución por las fatales circunstancias, por las herencias del zarismo, por ciertos errores tácticos, justifican sus métodos dirigistas por el analfabetismo del proletariado ruso. Los anarquistas explican el fracaso de la revolución por la incultura del pueblo ruso, por su falta de conciencia, y por el uso de esa incultura por parte de una élite que se aprovechó de ella. Para los bolcheviques sus errores no fueron profundos, no fueron ideológicos o metodológicos. Y tres cuartos de lo mismo podemos decir de los libertarios, cuando analizan las revoluciones

anarquistas o los episodios de protagonismo libertario en la revolución rusa. Bien es cierto que todas las causas esgrimidas con toda probabilidad fueron ciertas, influyeron notablemente en los acontecimientos. Pero hay que intentar explicar lo que ocurrió yendo al fondo de las cuestiones, llegando incluso a las ideologías. Con semejantes análisis superficiales y limitados, conscientemente limitados para no atentar contra los dogmas de la ideología propia, en algunos casos incluso infantiles, con ese nefasto sectarismo, no es posible reconstruir una teoría revolucionaria acorde con los tiempos actuales. Desde el dogmatismo no es posible dar con todas las causas, con las más profundas, con las explicaciones completas, de la degeneración de la más importante revolución proletaria de todos los tiempos. Esos analistas presuntamente revolucionarios atentan contra el más elemental espíritu revolucionario: la búsqueda de la verdad. Sólo es posible acercarse a la verdad mediante el uso del pensamiento libre y crítico, sin miedo de cuestionar lo incuestionable, de replantear nuestras más profundas convicciones. **La crítica, pero también la autocrítica, son el ABC de la ciencia revolucionaria. Deben practicarse hasta las últimas consecuencias.**

3) Los casos de China y Cuba

En la China actual, sus dirigentes se dejan embaucar cada vez más por la filosofía capitalista, dando prioridad al crecimiento económico, a la creación de riqueza, sobre el reparto de ésta. Allí se está implementando un capitalismo donde muchos empresarios son los mismos gobernantes, o sus familiares, enriquecidos al convertirse en los principales accionistas o ejecutivos de las empresas privatizadas. El aumento del número de capitalistas privados, la inversión capitalista extranjera, la apertura a los mercados internacionales de una mano de obra barata, junto con cierta racionalidad, cierta planificación de la economía, explicarían el éxito de la economía china, en cuanto a su crecimiento. En los últimos años en China ha aumentado el número de multimillonarios, pero también la pobreza y las desigualdades sociales. Queda por ver si China sucumbirá totalmente ante el capitalismo, si logrará tener un capitalismo dirigido donde se compagine crecimiento económico con cierta justicia social, o si el capitalismo chino dará finalmente lugar al socialismo. No en vano las autoridades chinas han afirmado en no pocas ocasiones que el desarrollo del capitalismo en China es una etapa necesaria para la construcción del socialismo. **El control ejercido por el mercado, la iniciativa privada, es decir, el capitalismo, posibilita el crecimiento económico, pero no el reparto de la riqueza. Sólo es posible que la riqueza sea bien repartida, que beneficie al conjunto de la ciudadanía, si el pueblo controla a los gobiernos.** Cuanto más control popular haya, más y mejor se repartirá la riqueza. Mucho me temo que China se encamina hacia el capitalismo puro y duro. Por lo menos existe un riesgo muy fuerte de restauración capitalista (mejor dicho, implantación, pues antes de la llegada al poder del partido comunista chino, el capitalismo era prácticamente inexistente en dicho país asiático). El desarrollo del capitalismo chino puede ser irreversible e imposibilitar el socialismo, no tiene por que dar lugar automáticamente al socialismo. Esto dependerá de quien controle el proceso político y económico del país. El monopolio político en China es muy peligroso. Unas pocas personas decidirán el futuro del país más poblado del planeta.

La China actual se parece en muchos aspectos a los Estados Unidos de América cuando allí reinaba el keynesianismo, salvo algunas diferencias formales políticas y culturales. En el país americano tenemos el gobierno del “bi-partido único”, una democracia formal, una dictadura disfrazada. En China tenemos el partido “comunista” único (existen otros partidos pero están supeditados al partido comunista, son puramente testimoniales), una dictadura sin ningún disfraz. En ambos casos una oligocracia. En el país americano quien manda es la oligarquía privada. En China, por ahora, la burocracia aún controla la situación, la oligarquía privada es todavía embrionaria. Tal vez en el futuro la propia burocracia actual se convierta en la nueva oligarquía o contribuya a engrosar las filas de la naciente clase rica, de hecho ya lo va haciendo. Muchos cargos del partido comunista se convierten en los nuevos empresarios. La burocracia comunista parece haber iniciado una huída hacia el capitalismo. No sólo porque el régimen en conjunto viaja firmemente hacia el capitalismo, sino también porque muchos dirigentes “comunistas” lo hacen personalmente, se convierten ellos mismos en capitalistas. La *dictadura del proletariado* está derivando allí en la dictadura de los mercados.

Antes del triunfo de la Revolución, en China reinaba más bien el feudalismo. El partido comunista está haciendo lo que la casi inexistente burguesía china no pudo hacer: construir el capitalismo. Esto, por cierto, da alas al capitalismo internacional en el sentido de negar alternativa alguna al actual sistema. Lo cual, junto con el hecho de ser China un gran mercado, el más suculento del planeta, explicaría el poco acoso de la prensa capitalista internacional a China (comparado con otros países), a pesar de que allí se conculcan muchos derechos humanos. Si bien, es probable una nueva guerra fría entre Estados Unidos y China, pues el gigante asiático amenaza el dominio mundial del país americano. La evolución en la China “comunista” tiene una causa muy clara: en ese país realmente no triunfó la revolución socialista, sino la estalinista, allí nunca hubo ningún poder obrero, no hubo consejos obreros, la revolución fue protagonizada desde el principio desde arriba, allí Mao Zedong, a imagen y semejanza de Stalin, desde el principio concentró todo el poder tras la victoria militar contra las tropas nacionalistas apoyadas por Estados Unidos, el Estado “obrero y campesino” chino ya nació degenerado. Allí desde el principio se impuso la dictadura *contra* el proletariado, contra el campesinado, contra el pueblo en general. Bien es cierto que la clase trabajadora china, obrera y campesina, se benefició de la planificación económica, que el país mejoró notablemente desde 1949, pero con el tiempo muchos logros se van poco a poco perdiendo, o se ven seriamente amenazados, a medida que el capitalismo se va implantando por todo el país. Y está claro que la burocracia china tomó bien nota de lo acontecido con su “hermana” la burocracia soviética. Los sucesos de la plaza de Tian’anmen en Pekín en 1989 demuestran claramente las intenciones del partido comunista chino: no perder el poder, controlar la situación, no perder en ningún caso sus privilegios, entre ellos, como mínimo, el de erigirse en el guardián de la revolución, en monopolizarla. Con los métodos estalinistas, es decir, con la dictadura del partido único, existe un serio peligro de restauración capitalista. Ya sea porque el sistema colapsa y deriva en el capitalismo privado, tradicional. Ya sea porque la élite estalinista gobernante, con tal de no perder el poder, con tal de mantener o incluso aumentar sus privilegios, sus riquezas materiales, sacrifica el socialismo y dirige ella misma la transición al capitalismo. Con la excusa de que es necesario desarrollar el capitalismo para construir el socialismo, es posible el triunfo del capitalismo, esto está exclusivamente en manos de la élite gobernante. Si el proletariado, el pueblo en general, no tiene el control de la situación, el capitalismo acaba triunfando sobre el socialismo. O por lo menos el riesgo de que así sea se dispara. **El socialismo debe ser obra del propio proletariado, de las clases trabajadoras. Nadie en su nombre puede construirlo.** Sólo él, o ellas, pueden hacerlo. Sólo es posible la transición al socialismo mediante el control popular. Cuando los partidos se someten a las masas. Cuando las élites gobernantes se responsabilizan ante el pueblo por su gestión. Cuando existe libertad a todas las escalas y a todos los niveles. En suma, cuando el pueblo protagoniza en todo momento la transición al socialismo.

Sin democracia no es posible realizar el socialismo. Por el contrario, sin democracia, el capitalismo prospera perfectamente, se asienta. **Sólo la democracia puede superar el capitalismo.** El antídoto contra el capitalismo es una dosis intensa, extensa y profunda de democracia. Esto lo sabe perfectamente la burocracia china, la burguesía de cualquier país capitalista, cualquier élite privilegiada, cualquier minoría dominante. Por esto a dicha burocracia, por lo menos a una gran parte de ella, no le

importa la restauración del capitalismo, no le importa la traición a los principios originales más básicos de la revolución que le aupó al poder. El tiempo dirá cómo acabará la China “comunista”. Pero, desde luego, para quienes aspiramos a superar la barbarie capitalista, los augurios no son muy halagüeños para ese país. China no es el ejemplo a seguir para la izquierda mundial. Aunque, por si acaso, no habrá que perder de vista la evolución del gigante asiático. También es cierto que a medida que se desarrolla el capitalismo chino, a medida que su sociedad se proletariza, las condiciones para el verdadero socialismo van madurando. No puede preverse qué ocurrirá en el país con más proletarios del mundo. Pero sí puede sacarse, a pesar de todo esto, una conclusión muy clara: **el estalinismo es, al menos potencialmente, enemigo del socialismo.** De esto ya no puede quedar dudas. Ésta es una lección vital para las posibles revoluciones del futuro. No sabemos si surgirán, dónde lo harán, cómo lo harán ni cuándo lo harán, podemos tener indicios, podemos hablar de probabilidades, pero nada más. Pero sí sabemos que si surgen sólo pueden prosperar si aprendemos de los errores del pasado. Sí sabemos qué es lo que hay que hacer para que puedan prosperar. Si para algo nos han servido los fracasos es precisamente para aprender de ellos. No hay mejor forma de aprender que intentar y fracasar, siempre que analicemos con total libertad, sin miedo de cuestionar nada, sin dejar que los dogmas aprisionen nuestras mentes. El peor error es el miedo al error, es no intentarlo. Y el segundo peor error es no aprender del pasado, es repetir los errores del pasado.

En la Cuba actual ocurre algo parecido a lo que aconteció en la Unión Soviética.

Si bien hay una diferencia fundamental que tal vez explique por qué en la isla caribeña sobrevivió y no degeneró tanto la revolución (a pesar del duro, inédito en la historia, criminal e inhumano bloqueo estadounidense). Los padres de la Revolución cubana siguen vivos, han podido liderar y continuar directamente durante bastante tiempo la revolución que iniciaron. El problema inherente de todo liderazgo, de todo protagonismo excesivo de cierta élite, se suaviza si ésta tiene buenas intenciones, si las personas que hacen la revolución política, que conquistan el poder político, también hacen la revolución social. Si el liderazgo al más alto nivel permanece en las mismas personas, se dificulta la traición a los ideales de dicha élite, al espíritu inicial de la revolución. Lo peor es que la revolución la dirija una élite sin el suficiente apoyo popular y que, además, sus máximos dirigentes no prosigan la labor iniciada por quienes les precedieron. Los herederos de los padres de cualquier revolución pueden traicionar sus principios, pueden desvirtuar sus métodos, pueden transformar los medios en fines. Así ocurrió en la URSS. Siempre es más fácil que otras personas traicionen los principios de uno, que uno mismo. Aunque esto último, traicionarse a sí mismo, traicionar los principios propios, contradecirse a sí mismo, también es posible, pero es menos probable. Es más fácil ser traicionado por otros que traicionarse a uno mismo. Es más fácil que otros no comprendan los principios o métodos empleados por uno. Lenin, Marx y Engels, probablemente, no fueron comprendidos realmente, por lo menos en ciertos aspectos importantes fueron mal interpretados. Si ellos hubieran dirigido directamente la revolución social iniciada, intentada, en Rusia, probablemente, los acontecimientos históricos hubieran tomado otro derrotero, aun no habiendo tomado el derrotero ideal pues la revolución no debe ser monopolizada por ninguna minoría. Pero, indudablemente, si esa minoría es más competente y mejor intencionada, los resultados son mejores. Cualquier élite ideológica debe

imperativamente, prioritariamente, evitar el error de hacer cualquier revolución excesivamente dependiente de ella, debe esmerarse en dejar sus ideas bien claras, en evitar las malas interpretaciones, en dificultar todo lo posible las tergiversaciones. Nadie es inmortal, ni perfecto. Nadie debe hacerse imprescindible, menos todavía *ideológicamente* imprescindible.

En cualquier caso, siempre es más seguro para cualquier revolución popular, que ésta sea protagonizada por el propio pueblo, que no dependa de unas pocas personas, que no sea monopolizada por ningún grupo, por ningún partido político. Si la información de que dispongo es correcta, la cual siempre debe tomarse con mucha precaución, si bien la burocracia cubana también tiene sus problemas, como toda burocracia que no es controlada suficientemente desde el exterior, por el hecho de que el máximo liderazgo lo sigan ejerciendo quienes posibilitaron la revolución, los padres de la revolución, ésta no ha podido ser traicionada como lo fue la rusa, por lo menos no tanto. En Rusia los jefes de la revolución, fueron rápidamente apartados de la dirección del proceso, alguno de ellos por causas naturales, como el propio Lenin (éste fue el gran drama de la Revolución rusa, la muerte prematura de su padre ideológico), otros porque fueron apartados del poder, incluso exterminados físicamente por sus antiguos camaradas. En la élite rusa se impuso la peor camarilla. **Una revolución dirigida por una minoría es siempre peligrosa.** Si en esa minoría se imponen los peores elementos, la revolución se transforma a la velocidad de la luz en contrarrevolución, el nuevo sistema empeora los vicios del anterior que se pretendía sustituir, como mínimo los reproduce en muy poco tiempo.

A pesar de esa importante diferencia con la Revolución rusa, el modelo empleado en Cuba peca de ciertos vicios profundos, tiene defectos de fondo, errores metodológicos, sustentados en los mismos errores ideológicos, agravados en parte pero compensados también en parte por las circunstancias particulares. En Cuba, a diferencia de lo que ocurrió en Rusia en 1917, la Revolución de 1959 no fue protagonizada por el proletariado, o, dicho de otra manera, su protagonismo fue mucho menor que en la Rusia de Lenin. El movimiento liderado por Fidel Castro, de hecho, no era inicialmente comunista. Aunque, según algunas versiones, Castro era desde el principio un marxista-leninista convencido, pero lo ocultó por cuestiones de táctica ideológica, sabedor del anticomunismo existente en la Cuba de Batista. En cualquier caso, Castro no militaba en el partido comunista de la época. Los comunistas cubanos de la época pre-revolucionaria jugaron un papel errático, vacilante, cuando no contrarrevolucionario, influidos por la doctrina estalinista de colaboración con la burguesía. La Revolución cubana surgió al margen de Moscú, y casi *a pesar* de los comunistas cubanos de la época. Sobre todo al principio, pues poco a poco muchos miembros del partido comunista cubano (llamado en esa época Partido Socialista Popular) se fueron uniendo al movimiento liderado por Fidel Castro. Dada la hostilidad de Estados Unidos, la cual aceleró el viraje hacia la izquierda, la radicalización de la inicialmente moderada revolución que no tenía intención de superar el capitalismo (al menos en apariencia), Cuba se dejó influenciar por la URSS. Y todo ello, es decir, el protagonismo excesivo de una élite desde el principio, sin el contrapeso de un movimiento de masas (en Cuba, cuando triunfó la Revolución, no hubo soviets ni un partido revolucionario de masas, como el bolchevique en Rusia), más la influencia del estalinismo vigente en la URSS en esa época, en el que no tuvo más remedio que

apoyarse la Revolución cubana, provocó una rápida burocratización del régimen de Fidel Castro.

Así explicaba Ernesto “Che” Guevara el proceso de burocratización ocurrido en la Cuba revolucionaria:

Nuestra Revolución fue, en esencia, el producto de un movimiento guerrillero que inició la lucha armada contra la tiranía y cristalizó en la toma del poder. Los primeros pasos como Estado revolucionario, así como toda la primitiva época de nuestra gestión en el gobierno, estaban fuertemente teñidos de los elementos fundamentales de la táctica guerrillera como forma de administración estatal. El guerrillerismo repetía la experiencia de la lucha armada en las sierras y campos de Cuba en las distintas organizaciones administrativas y de masas, y se traducía en que solamente las grandes consignas revolucionarias eran seguidas -y muchas veces interpretadas de distintas maneras- por los organismos de la administración y de la sociedad en general.

La forma de resolver los problemas concretos estaba sujeta al libre arbitrio de cada uno de los dirigentes. [...] Después de un año de dolorosas experiencias llegamos a la conclusión de que era imprescindible modificar totalmente nuestro estilo de trabajo y volver a organizar el aparato estatal de un modo racional, utilizando las técnicas de la planificación conocidas en los hermanos países socialistas.

Como contramedida, se empezaron a organizar los fuertes aparatos burocráticos que caracterizan esta primera época de construcción de nuestro Estado socialista, pero el bandazo fue demasiado grande y toda una serie de organismos, entre los que se incluye el Ministerio de Industrias, iniciaron una política de centralización operativa, frenando exageradamente la iniciativa de los administradores. Este concepto centralizador se explica por la escasez de cuadros medios y el espíritu anárquico anterior, lo que obligaba a un celo enorme en las exigencias de cumplimiento de las directivas. [...] Así comienza a padecer nuestra Revolución el mal llamado burocratismo.

La Revolución cubana nace desde el principio demasiado dependiente de una élite, una élite acostumbrada sobre todo a la lucha guerrillera. Aunque por lo menos dicha élite se mantiene y puede hacer su trabajo, no es traicionada, ni se traiciona a sí misma. El problema no es tanto la élite (no como en la URSS de Stalin) sino sobre todo el propio hecho de la excesiva dependencia de una élite. Las circunstancias agravan la burocratización del régimen cubano, por la falta de protagonismo proletario (si bien las masas apoyan a Castro, se movilizan para defender la Revolución, participan en ella, sin embargo, no participan activamente en las decisiones fundamentales, más generales y no sólo locales, la Revolución es dirigida esencialmente desde arriba, aunque apoyada desde abajo), por la influencia del, aunque afortunadamente no completa subordinación al, estalinismo del amigo ruso. Pero las circunstancias también compensan en parte esa burocratización, por la influencia del liderazgo de Fidel Castro, el padre de la revolución cubana que, a diferencia de Lenin en Rusia, tuvo suficiente tiempo para liderarla, para encauzarla. La

Revolución cubana empieza donde acaba la rusa. En Rusia las masas fueron perdiendo protagonismo con el tiempo, al contrario que en Cuba, donde las masas van ganando poco a poco más protagonismo (un hecho muy significativo fue la creación de las Asambleas del Poder Popular en 1976). En la actualidad, los ciudadanos tienen gran protagonismo en la justicia, en sus asuntos locales (e incluso cada vez más en los generales), en los procesos electorales, etc. Los trabajadores participan en la gestión democrática de sus empresas, desde luego mucho más que cualquier trabajador de cualquier país capitalista. Al menos todo esto se deduce del libro *¿Cuba: dictadura o democracia?* de Marta Harnecker. Si bien, a pesar de esta tendencia positiva, a pesar de sus logros, la Revolución cubana sigue siendo aún excesivamente dependiente de su élite. Y como nos dice la dialéctica, como pudimos comprobar en multitud de experiencias históricas, el liderazgo puede transformarse de factor revolucionario a factor contrarrevolucionario. Parece que la actual élite cubana es consciente de que el *principal* peligro de la revolución es sobre todo interno, y no tanto externo ya (si bien la amenaza del Imperio yanqui nunca desaparece, ni el constante embargo económico). Nadie es eterno, y una nueva élite podría representar un serio peligro contrarrevolucionario. Este peligro se amortigua si la revolución depende menos, lo menos posible, de personas individuales concretas, si depende del *conjunto* del pueblo.

Los padres de la revolución deben dar paso a los hijos. El pueblo debe tomar el relevo. El pueblo no debe depender de ningún padre, por bienintencionado o competente que pudiera ser éste. Las ovejas deben emanciparse por sí mismas. El pastor debe ceder el paso al rebaño, que debe aprender a conducirse por sí mismo. En el país caribeño, ejemplar en muchos aspectos en cuanto a su modelo de democracia, sobre todo en el ámbito local, el poder en las más altas instancias siempre permanece en las mismas manos. Incluso se traspasa entre hermanos. A pesar de que en 1992 se reformara la Constitución para permitir el voto directo y secreto para elegir a los miembros del parlamento nacional y las asambleas provinciales. Dando así un paso importante, aunque todavía insuficiente, hacia una democracia de mayor calidad. Este paso demuestra que la democracia representativa es necesaria, que no puede prescindirse de ella. Sin embargo, los cubanos no pueden aún elegir directamente a su jefe de Estado, al poder ejecutivo. Éste es elegido por el parlamento (como ocurre en España también, por cierto). El liderazgo de los Castro es tan fuerte que dicha familia está en la cúpula de la jerarquía política cubana desde hace más de 50 años. Algo que desde luego no puede gustar a ningún demócrata. Y no puede gustar porque no es bueno que nadie, ninguna persona, ninguna dinastía, ningún partido, se aferre al poder, lo monopolice. Por esto Lenin planteaba la elegibilidad, el sueldo parecido al resto de los trabajadores y la amovilidad de cualquier funcionario, la rotación en los cargos burocráticos. Para combatir el mal de la burocracia, el mal de un poder político que se perpetúa a sí mismo y se sitúa por encima del pueblo. La poca o nula movilidad en la cúpula del poder político cubano es, además de indeseable, algo muy peligroso para quien desea que la revolución se asiente y no dependa de unas pocas personas. Una revolución que depende tanto de tan pocas personas está en la cuerda floja. Sin desmerecer los innegables logros sociales (sanidad, educación,...), económicos (a pesar del embargo), especialmente en cuanto al reparto de la riqueza, logros respaldados por los datos de la misma ONU, incluso reconociendo importantes logros

en cuanto a la participación popular en el sistema político, la democracia allí falla sobre todo en la parte de arriba de la jerarquía estatal.

En una democracia que se precie ningún partido debe ser el único legal, aunque luego no se presente como tal a las elecciones, lo cual parece altamente contradictorio. ¿De qué sirve un partido político que no puede hacer política? Si la democracia cubana es una democracia sin partidos, ¿por qué no desaparece el partido comunista? Porque la ideología del único partido legal se impone legalmente. Es una democracia sin partidos pero también sin ideologías alternativas, mejor dicho, es una democracia de ideología única. Se ha camuflado la dictadura del partido único y se la ha sustituido por la dictadura de la ideología única, del único partido legal. Si bien el partido comunista no se presenta a las elecciones, las personas que se presentan deben asumir su ideario. La unidad en torno a la Revolución no debe imponerse artificialmente, no hay que confundir la unidad con la unanimidad. La primera es necesaria, la segunda es peligrosa. Incluso Lenin en peores circunstancias abogaba por el pluripartidismo. Marx y Engels nunca dijeron que la dictadura del proletariado coincidía con un régimen de partido único. Que el pueblo haya ratificado mediante referéndum la Constitución cubana que impone el socialismo, no significa que dicha decisión sea democrática. Que la gente apruebe mediante votación popular medidas antidemocráticas, que atentan contra ciertos derechos humanos elementales (como la libertad de opinión, de prensa, de expresión, de reunión o de asociación), no convierte automáticamente al sistema en democrático. La democracia tiene sus límites. Si la gente decide mediante referéndum una dictadura, o una monarquía, como en España, eso no convierte al sistema en democrático. Si se decide mediante votación mayoritaria restringir o anular ciertas libertades inalienables, el sistema no puede considerarse como democrático, como una democracia suficiente. Remito a mi artículo *Los derechos humanos*. Aunque en Cuba se han intentado tomar medidas para que el Partido no se identifique por completo con el Estado, el primero influye demasiado en el segundo, en la sociedad en general. La omnipresencia del Partido es siempre peligrosa. Cualquier excesivo protagonismo, cualquier monopolio, es siempre peligroso, como mínimo potencialmente peligroso. La democracia debe combatir cualquier monopolio. Ya sea político, económico, ideológico o cualquier otro. En las democracias burguesas unos pocos partidos (generalmente dos) monopolizan el poder porque unos pocos grandes empresarios monopolizan el poder económico, que controla al político. En una democracia popular no hay que sustituir unos monopolios por otros, sino que hay que combatir *todo* monopolio. Monopolio es palabra no grata en la democracia. Sólo es asumible cuando el Estado monopoliza ciertos sectores estratégicos de la economía, pero siempre que nadie monopolice al propio Estado, siempre que el Estado esté controlado por el conjunto de la ciudadanía. El monopolio político es incompatible con la democracia, con el socialismo. El socialismo sólo puede prosperar si los monopolios desaparecen. Se mire como se mire, algo no cuadra en la democracia cubana. **Por el propio bien de la Revolución cubana, su democracia debe desarrollarse todavía mucho más.** O no hay partidos políticos o hay pluripartidismo.

Negar la posibilidad de existencia de partidos políticos es negar el derecho a la ciudadanía de organizarse políticamente como ella desee. ¿Por qué? ¿Es eso democrático? ¿Por qué forzar a la gente a hacer política sin agruparse? Nosotros que

desde la izquierda reivindicamos siempre el individuo *social*, ¿vamos a negar el sujeto político *social*?, ¿vamos a impedir que los individuos se organicen políticamente de manera *social*, colectiva, agrupándose en partidos políticos? ¿No es eso contradictorio, no es incoherente? Negar la posibilidad de partidos políticos es negar o imposibilitar la capacidad *social* de los individuos en una de sus facetas fundamentales: la política. ¿Por qué debe haber un modo de producción *social* y no un sistema político *social*? ¿Por qué aspirar a una economía *social* negando la posibilidad de hacer política *socialmente*? ¿Es posible la autoorganización de los ciudadanos y al mismo tiempo negarles la posibilidad de organizarse políticamente como ellos deseen? **En una democracia auténtica los ciudadanos deben poder presentarse a las elecciones de manera individual o de forma colectiva bajo las siglas de los partidos. Hay que permitir que los ciudadanos se organicen políticamente de la manera más libre posible.** Que las democracias pluripartidistas burguesas se hayan convertido en partitocracias, no significa que haya que erradicar el pluripartidismo, ni siquiera los partidos políticos. Hay que poner los medios para que la competencia por el poder sea igualitaria, para que los partidos o las personas de diversas tendencias tengan las mismas opciones, para que el poder económico se mantenga al margen (en una auténtica democracia el poder económico es del pueblo, las oligarquías tienden a desaparecer), para que los partidos políticos estén al servicio de la ciudadanía y no al revés.

Que la democracia burguesa haya desvirtuado sus principios teóricos no significa que haya que renunciar a éstos, a todos necesariamente, que haya que suponer que sólo pueden llevarse a la práctica de una sola manera, a la manera burguesa. Esto equivale a interiorizar el pensamiento burgués, la forma de hacer las cosas de la burguesía. Porque la burguesía haya tergiversado las libertades formales, entre ellas la de libre asociación política, no significa que haya que renunciar a dichas libertades. Por el contrario, significa que hay que trabajar para ver cómo implementarlas sin distorsionarlas. Hay que ver cómo llevarlas a la práctica de otra manera. No hay que renunciar a llevarlas a la práctica. **El mal uso de ciertos conceptos teóricos no significa que haya que renunciar a dichos conceptos. Hay que procurar un uso distinto de los mismos, acorde con su espíritu original.** Tan erróneo es descartar por completo a la democracia liberal como asumirla por completo. Hay que retomar lo bueno que tenga y mejorarlo, posibilitar que se lleve a la práctica, y hay que descartar lo malo que tenga. En cualquier ciencia no siempre se descarta por completo, en bloque, una teoría entera. No siempre se hace borrón y cuenta nueva. No siempre se vuelve a partir de cero. Lo normal es basarse en lo preexistente. Muchas veces se trata de retocar una antigua teoría, de mejorarla, de ampliarla. También se trata de ver por qué ha fallado su puesta en práctica antes de descartarla por completo, de analizar las causas de su fracaso. ¿Por qué no hacer lo mismo en la ciencia revolucionaria? Si suponemos que el socialismo aplicado en la era soviética fracasó, pero no es el único posible, ¿por qué no hacer lo mismo con la democracia, incluso con la democracia liberal, por lo menos con algunos aspectos de la misma? ¿Es posible prescindir de algunas facetas teóricas de la democracia burguesa?

Cuba debe resolver las obvias contradicciones de su sistema político si desea asentar sus logros sociales, si desea avanzar en el camino al socialismo, si desea evitar la vuelta al capitalismo. En la democracia cubana todo el mundo puede

presentarse a las elecciones, el proceso de elección de candidatos es, en muchos aspectos, ejemplar, pero, como consecuencia del artículo 62 de su constitución, ningún representante de la Asamblea Nacional tiene derecho a pedir un cambio en el sistema socialista sin arriesgarse a ser castigado. Es decir, en dicha “democracia” los representantes no se pueden salir del guión marcado por las leyes. ¿De qué sirve entonces alcanzar las instituciones políticas si luego uno debe ceñirse estrictamente al guión? ¿Ha de extrañarnos así que la política seguida sea siempre la misma? ¿Que los candidatos que se presenten siempre consoliden el poder que hay arriba? No parece probable, en esas condiciones, que alguien que no esté de acuerdo con el socialismo, ni siquiera con la versión del socialismo implementado, se vaya a presentar a dichas elecciones. Ahí está la trampa de la “democracia” cubana: todo el mundo puede presentarse pero luego no hay que salirse de lo marcado. Cualquiera puede acceder a las instituciones políticas, al menos en teoría, pero una vez en dichas instituciones el juego político está muy restringido. En estas condiciones, lo lógico es que sólo se presenten los candidatos que comulguen con la ideología permitida. Quienes no comulgan, no se presentan porque, además de que no les serviría de nada, les podría ocasionar incluso algún castigo, como mínimo ciertos problemas. Esto explicaría de manera bastante convincente el hecho de que la cúpula del poder en Cuba sea siempre la misma, a pesar de ciertas apariencias democráticas. O tal vez no. Quizás la cúpula lo está haciendo tan bien que la gente siempre les apoya. Pero, si lo hacen tan bien, ¿por qué impiden que existan otros partidos?, ¿por qué imponer el socialismo, *su* socialismo? Cuando alguien tiene fe en lo que hace, cuando sabe que está haciendo lo correcto, no teme el enfrentamiento libre, de igual a igual, con sus contrincantes. Al contrario.

Sólo sabremos el verdadero apoyo popular que tiene el partido comunista cubano cuando haya pluripartidismo. Cuando dicho partido se someta a la libre competencia frente a otros partidos. Cuando el pueblo pueda elegir entre diversas opciones, entre alternativas contrapuestas, sin limitaciones o con muchas menos limitaciones (los únicos límites de toda democracia deben ser siempre los derechos humanos más elementales). Si el régimen cubano se niega a evolucionar, cava su propia tumba. Ahora que se ha derrotado a la burguesía, esto es evidente, es cuando puede de verdad construirse allí una democracia completa y verdadera. ¿Por qué no hacerlo? Si la dictadura del proletariado era una forma *transitoria* de vencer por la fuerza la oposición de la burguesía a los avances democráticos, si dicha oposición ha desaparecido, ¿por qué no se transforma dicha dictadura temporal en una democracia popular, en una auténtica democracia? Es en estas condiciones cuando el partido comunista cubano puede obtener el poder con el apoyo popular, es cuando el enfrentamiento político con otros partidos, con la derecha, puede dar frutos a la izquierda. La izquierda puede vencer a la derecha en igualdad de condiciones. La razón, la ética, están del lado de la izquierda. Ésta representa los intereses generales. La derecha sólo puede sobrevivir y vencer en el marco de una democracia viciada, vendida, controlada, falsa. **La derecha gobierna gracias a la oligocracia. ¡Pero la izquierda no! La izquierda necesita la democracia para no degenerar. La burocracia no es más que otra forma de oligocracia.** Para el pueblo, para el proletariado, no hay grandes diferencias entre la oligocracia capitalista o la burocracia “socialista”, más allá de discursos o formalidades. Aunque la élite burocrática “socialista” sea enemiga también de la oligarquía capitalista, para el proletariado, para

las masas, ambas élites son sus enemigos. **Para el pueblo, cualquier élite, es el enemigo.** Como decía el comunista húngaro Gyula Hay: *En modo alguno pueden coexistir varias cracias ¿Es el demos quien gobierna o el buró? Entre ambos existen incompatibilidades, a la vez en el terreno de los principios y en el puramente práctico.* Si en Cuba la oligarquía ya no manda, ya no existe, entonces hay grandes posibilidades de construir una democracia de verdad. Y en dicha democracia la izquierda tiene muchas posibilidades de vencer, pero convenciendo, no imponiendo. **La izquierda debe diferenciarse de la derecha no sólo en sus objetivos, sino que también en sus métodos.** Los objetivos de la izquierda no pueden alcanzarse con los métodos de la derecha. **Los objetivos alcanzados están determinados por las metodologías utilizadas.** Pero esto no significa que los métodos de la izquierda no puedan utilizar ciertos aspectos de los métodos de la derecha. Tampoco significa que haya que partir de cero por completo. Remito, una vez más, a mi artículo *Izquierda vs. Derecha.*

Si Cuba se empeña en no avanzar democráticamente, en no resolver sus llamativas contradicciones políticas, entonces se arriesga a que le ocurra lo mismo que ya le pasó a la URSS. Esto sería el peor favor que podría hacerse a la revolución y sus logros. Todo el trabajo hecho se iría al traste. Sin contar con el efecto psicológico negativo en la izquierda internacional. Como ya pasó con la caída del muro de Berlín y de todo el bloque soviético. ¡Amigos cubanos, tenéis una gran responsabilidad, y no sólo a nivel nacional, también a nivel internacional! Tenemos ciertos síntomas esperanzadores de que el proceso cubano está avanzando hacia una democracia plena. En 1976 el pueblo aprobó en referéndum la Constitución. En 1992 el parlamento la reformó para establecer el voto directo y secreto en las elecciones provinciales y nacionales. Lo deseable hubiese sido que esta reforma constitucional fuese aprobada también en referéndum popular. Pero no cabe duda de que se están dando pasos, aunque lentos y demasiado tímidos, en la dirección correcta. Fidel Castro ha advertido ya de los peligros internos que podrían hacer revertir la revolución: *Este país puede autodestruirse por sí mismo; esta Revolución puede destruirse, los que no pueden destruirla hoy son ellos* (refiriéndose a los enemigos externos, los norteamericanos sobre todo); *nosotros sí, nosotros podemos destruirla, y sería culpa nuestra.* Como dice Alan Woods, *el crecimiento de la desigualdad, los privilegios y la corrupción está socavando la revolución desde dentro.* Raúl Castro dijo no hace mucho que *la falsa unanimidad resulta perniciosa y se requiere estimular el debate y la sana discrepancia, de donde salen generalmente las mejores soluciones.* Pero la ideología única, el partido único, limitan notablemente la sana discrepancia. El problema es que se está priorizando la apertura a la economía de mercado sobre el desarrollo democrático. Para hacer la economía más eficiente se está permitiendo poco a poco ciertas concesiones capitalistas, y mientras el control popular sigue siendo insuficiente. La manera que tiene allí la burocracia de evitar el colapso económico es posibilitando que el mercado la controle en vez del pueblo. Esto tiene el peligro de la restauración capitalista, como ya vimos en el caso chino. Lo que, a mi parecer, debería hacerse es justo lo contrario, primero desarrollar la democracia política para posibilitar un eficaz control popular y, si esto fuera insuficiente, entonces plantearse ciertas medidas económicas de corte capitalista. Pero esto último sólo en caso estrictamente necesario y como última opción, no como primera. De esta manera podría conseguirse una mayor eficiencia económica pero sin poner en peligro los

logros sociales, sin correr el riesgo de aumentar las desigualdades sociales, sin arriesgar el proceso socialista.

El proceso democrático cubano, muy superior en muchos aspectos a las democracias liberales (al menos aparentemente, según puede desprenderse de las propias leyes cubanas, empezando por su Constitución), se desvirtúa por el hecho de imponer constitucionalmente una ideología, un partido. Si dicha democracia adoptara el pluripartidismo, por lo menos si no se impusiera ninguna ideología, estaríamos muy cerca de la auténtica democracia. **El socialismo no puede construirse desde la imposición.** Con la razón de la fuerza. Debe construirse con la fuerza de la razón. No hay que tener miedo al enfrentamiento ideológico y político con el enemigo. **La imposición artificial del socialismo en Cuba es una muestra de debilidad de su revolución, es una falta de confianza en su propio pueblo. Es pan para hoy y hambre para mañana.** Insisto: no hay que perder de vista lo que le ocurrió a la Unión Soviética. Hay que aprender de las lecciones prácticas de la historia. Por el propio bien del socialismo, **Cuba debe admitir el pluripartidismo**, debe asentar el socialismo pero no mediante la fuerza sino mediante la razón. Esto sería una prueba de fortaleza por parte del socialismo cubano y quitaría muchos argumentos a la burguesía internacional. Podría explicar Cuba a la comunidad internacional que la etapa transitoria de partido único fue necesaria para combatir la contrarrevolución, pero que el socialismo es democrático por naturaleza. Es mucho más democrático que el capitalismo. Porque además de retomar algunos de los principios básicos de la democracia liberal y de llevarlos eficazmente a la práctica (como la democracia representativa, el pluripartidismo o la separación de poderes), el socialismo expande la democracia por todos los rincones de la sociedad, incluido el económico. El socialismo compatibiliza la democracia *representativa* con la *directa*, hace participar al pueblo en todas las esferas de la sociedad y a todas las escalas, desde abajo hasta arriba.

La adopción del pluripartidismo en Cuba y el triunfo de la revolución socialista enfrentándose de igual a igual, abiertamente, democráticamente, sin limitaciones, a sus enemigos, impulsarían la revolución socialista mundial, empezando por la revolución bolivariana en Venezuela y continuando por toda Latinoamérica. Si en Cuba hubiera pluripartidismo y el partido comunista cubano ganara unas elecciones democráticas, limpias, avaladas por observadores internacionales, con una mayoría aplastante, esto daría alas al socialismo cubano y al internacional. Por el contrario, el colapso del socialismo cubano (o la restauración económica capitalista “a la china”) supondría un serio revés para la izquierda internacional, un gran triunfo para el capitalismo internacional. El pueblo debe estar convencido de que el socialismo, es decir, la democracia auténtica, es el mejor camino. El socialismo debe echar raíces en el pueblo de forma natural. Éste es el gran trabajo de cualquier liderazgo socialista. **Construir el socialismo dando el máximo protagonismo al pueblo.** Evitar que el devenir de la historia dependa de unas pocas personas, de un partido. Éste fue el principal error de muchas revoluciones marxistas: la excesiva dependencia de las vanguardias, de los liderazgos, de las burocracias. ¿Cuándo aprenderemos esta vital lección?

Evidentemente, la imagen que tengamos de la actual Cuba (de China, de la extinta URSS, de cualquier país, incluso del propio, de la realidad en general) es radicalmente diferente en función de nuestras fuentes de información. Es muy difícil saber la verdad.

Y esto es especialmente cierto por cuanto respecta a la política. Hay muchos intereses de por medio. La mentira, la desinformación, la propaganda, dificultan enormemente la búsqueda de la verdad. Si a esto añadimos el hecho de que quien escribe estas líneas es un simple ciudadano corriente español que no vive en Cuba, ni ha tenido ocasión de visitarla, es decir, que no puede contrastar lo leído o visto en los medios de información con la realidad in situ, entonces se puede comprender que todo lo dicho por él acerca de lo que acontece en ese país, de lo que aconteció, hay que tomárselo siempre con mucha prudencia. ¡No digamos ya cuando intentamos analizar lo que ocurrió en el pasado en cualquier lugar, especialmente en cualquier país extranjero! Sin embargo, las enormes dificultades existentes para buscar la verdad no deben desanimarnos. ¡Al contrario! A pesar de todo es posible acercarse a la verdad. Para buscar la verdad no hay más remedio que practicar el contraste y usar intensivamente la razón. Cuanto más se haga esto, más aumentan las posibilidades de acercarse a la verdad. Pero nunca la alcanzamos por completo. Como puede comprobar el lector en el apartado de *Referencias bibliográficas* al final de este libro, he procurado contrastar todo lo posible, en cualquier tema relacionado con lo dicho en este libro, entre versiones opuestas. De un extremo al otro pasando por las posturas intermedias. Cuando uno lee cosas tan opuestas, a veces, francamente, uno se desespera un poco, piensa que esta titánica labor es infructuosa. ¡Hay que leer mucho para sacar conclusiones acertadas, mínimamente correctas! ¡Y también hay que mantener la mente bien despierta!

¿Cómo puede saberse si A tiene razón cuando dice blanco o si es B quien la tiene cuando dice negro? En primer lugar, la verdad no pertenece por completo a nadie. Está distribuida, aunque no de manera uniforme. Existen muchas verdades. No una sola. Nadie tiene razón al cien por cien, ni está equivocado al cien por cien. Dicho de otra manera, no *todo* lo dicho por cualquier persona es, normalmente, salvo casos extremos, cierto, ni mentira. Aquí radica el principal peligro, la principal dificultad. Las mentiras están entremezcladas con verdades, de tal manera que muchas veces es muy difícil distinguir las unas de las otras. Las técnicas de desinformación son muy sofisticadas. Todos sucumbimos de alguna manera ante ellas. Pero no por igual. Cuanto más y mejor contrastemos, cuanto más y mejor razonemos, menos sucumbimos. Si A dice blanco y B dice negro, lo primero es intentar ver cuál de los dos, A o B, es más coherente. Las contradicciones delatan. Si analizamos suficientemente lo que dicen A y B, si no nos reprimos, si somos despiadados, si estamos atentos, casi con toda seguridad que encontraremos incoherencias tanto en A como en B. Es muy difícil, por no decir imposible, encontrar alguna postura o versión totalmente libre de contradicciones. Ahora bien, si tanto A como B muestran incoherencias, ¿de cuál de los dos debemos fiarnos? De quien menos coherencias muestre. Pero hay contradicciones y contradicciones. Las hay más graves que otras. Podemos tener menos incoherencias en una de las versiones, pero más importantes, más llamativas. Es decir, debemos tener en cuenta tanto la cantidad de incoherencias como su “calidad”. Como vemos, la cosa se nos va complicando. Pero, como vemos también, tenemos ciertas reglas que nos permiten encaminarnos en la dirección adecuada. Debemos escuchar los argumentos de las partes enfrentadas y debemos procesar dichos argumentos. Contrastar y razonar. La búsqueda de la verdad es en esencia la identificación de contradicciones. Una versión es más fiable que otra cuando presenta menos contradicciones, cuando sus contradicciones son menos

graves, cuando es más sencilla. Ante dos explicaciones igualmente coherentes, al menos con unos grados de coherencia similares, se toma la más sencilla como la verdadera. Éste es un principio básico empleado en el método científico llamado la navaja de Ockham. En definitiva, debemos usar el método científico, para lo cual se necesita espíritu científico. Debemos adoptar una actitud abierta, debemos practicar el librepensamiento, intentar desprendernos de nuestros prejuicios (lo cual nunca logramos del todo, pero debemos intentarlo). Sólo así podemos acercarnos a la verdad.

En base a este método, a este espíritu, es como yo he intentado acercarme a ciertas verdades expresadas en este libro. El lector juzgará si lo he logrado o no. Él mismo puede contrastar las verdades expresadas por mí. Al final de este libro tiene las referencias bibliográficas en las que yo me he basado.

A la hora de buscar la verdad por lo que respecta a los temas tratados en este libro debemos tener en cuenta los siguientes puntos:

- 1) Los medios de información no son fiables. Uno no puede fiarse por completo de ningún medio, menos todavía de los grandes medios de masas, dominados por el gran capital (cualquiera puede comprobar en la actualidad la manipulación sistemática que hacen los grandes medios, basta con acceder de vez en cuando a la prensa alternativa en Internet), pero en general de ninguno por completo. ¡Es imprescindible contrastar entre medios opuestos! En general, no debemos fiarnos por completo de nadie. Es imprescindible practicar la duda razonable sistemáticamente.
- 2) La verdad no es necesariamente mayoritaria. La humanidad (la inmensa mayoría de las personas, por no decir todas), creía que la Tierra era el centro del Universo hasta hace no mucho, y eso no era cierto.
- 3) Siempre hay que preguntarse a quién beneficia, sobre todo económicamente, tal o cual versión, tal o cual hecho.
- 4) Debemos desconfiar especialmente de quienes se limitan a descalificar sin razonar, a afirmar sin sustentar sus afirmaciones en datos, de quienes no nos indican las fuentes de sus datos, de quienes defienden acriticamente cierta postura, ...

Por lo que respecta a Cuba (por cierto, lo mismo puede decirse en general sobre la Venezuela bolivariana) hay varias consideraciones ineludibles. Todo lo dicho por mí se refiere a la información accesible desde España. ¿Por qué se habla tanto de la “dictadura” de Cuba? ¿Alguien había oído hablar de las dictaduras que están cayendo en los países árabes de nuestro entorno? ¿Tiene tanta cobertura mediática la dictadura recién implantada en Honduras? ¡Hay tantas dictaduras en el mundo! ¿Por qué siempre Cuba (con ahora la “competencia” de Venezuela) es el centro del Universo informativo en cuanto a regímenes dictatoriales? Es cuando menos curioso que algunos críticos con Cuba digan que la “dictadura” castrista ocurra en la más completa indiferencia internacional. A mí me parece que es justo lo contrario. ¿Quién no ha oído hablar del régimen de Castro? ¿Ha habido alguna otra “dictadura” en la historia que haya sufrido un bloqueo económico tan largo? Yo no conozco ningún otro

caso. ¿Es que no hay dictadura en Arabia Saudita, donde rige una monarquía absoluta de tipo feudal, donde se conculcan multitud de derechos humanos, donde no existen elecciones de ningún tipo (salvo las inéditas elecciones municipales del año 2005), donde no hay partidos políticos? ¿Se oye hablar del régimen absolutista, anclado en la Edad Media, en dicho país? ¿Por qué no? ¡Y podríamos poner multitud de ejemplos más! Aquí ya vemos que existen grandes incoherencias. Pero prosigamos.

Resulta que yo vivo en un país, España, en el que hemos “disfrutado” hasta hace poco de una dictadura que duró casi cuarenta años. Resulta que en dicha dictadura, según las estimaciones más fiables, como puede comprobarse en la Wikipedia (la cual no creo que pueda ser tachada de “comunista”), en dicho régimen desaparecieron unas 150.000 personas, según los datos aportados en el auto de la Audiencia Nacional de 16 de octubre de 2008, en la frustrada investigación que inició el juez Garzón en España, por la cual dicho juez fue apartado de su cargo. Resulta que en nuestro país no se pueden investigar los crímenes contra la humanidad perpetrados por la dictadura franquista, atentando contra el derecho internacional que dice que los crímenes de lesa humanidad nunca prescriben, desoyendo a organismos internacionales como la ONU o Amnistía Internacional que instan, en repetidas ocasiones, a España a investigar los crímenes del franquismo. Resulta que muchos de quienes critican a Cuba por ser, como dicen algunos textualmente, “la más bárbara dictadura habida y por haber”, atacan vehementemente al juez Garzón por abrir la Caja de Pandora de los crímenes de la dictadura sufrida en este mismo país. No parece haber un censo de desaparecidos o muertos en el régimen cubano de Castro con una cifra que ni siquiera se aproxime a los 150.000 desaparecidos, es decir, asesinados, que aún reposan en fosas comunes escondidas de España. Quienes hacen la vista gorda con lo ocurrido en su propio país, con el genocidio franquista, se ceban con la “dictadura” cubana o venezolana. Estas contradicciones no pueden pasar desapercibidas por poco que se piense con un poco de criterio propio.

Sin embargo, esto no quiere decir necesariamente que muchas de las cosas dichas por los críticos con el castrismo no sean ciertas. ¡Sigamos razonando un poco más! Se acusa a Cuba de atentar contra los Derechos Humanos y, como puede comprobarse fácilmente en la Wikipedia, resulta que Cuba es miembro fundador del Consejo de Derechos Humanos de la Organización de las Naciones Unidas, siendo elegida para la vicepresidencia del mismo en 2010. Además tiene uno de los mayores IDH (Índice de Desarrollo Humano, elaborado por las Naciones Unidas) del continente americano. También es cierto que la Wikipedia dice textualmente que “el respeto y defensa de los derechos humanos proclamado con la firma de estos acuerdos, sin embargo, no se ha reflejado completamente en los hechos”. No seré yo quien justifique el incumplimiento de ciertos derechos humanos en Cuba, como ya he explicado. ¡Pero tampoco seré yo quien diga que mi país es un ejemplo en esto respecto de Cuba o de ningún país! Cualquiera que lea la Constitución española podrá comprobar cómo muchos de los derechos allí proclamados son simplemente papel mojado. Mis derechos al trabajo, a una vivienda digna, por poner un par de ejemplos, nadie me los garantiza. Y, que yo sepa, un derecho no es nada si no es garantizado. Yo no puedo expresar libremente mis ideas en la mayor parte de medios de comunicación de mi país, si no comulgan con la línea ideológica defendida por dichos medios. ¡Invito a cualquier ciudadano español a criticar a la monarquía, por poner un ejemplo, en los grandes medios de

comunicación de mi país! Sus opiniones non gratas no tendrán eco en la opinión pública, sólo podrán aparecer, en el mejor de los casos, en ciertos foros internautas de los diarios más importantes (no sin el acoso de ciertos defensores a capa y espada del orden establecido que harán todo lo posible por cansarlo, provocarlo, callarlo o expulsarlo del foro). Afortunadamente, Internet está empezando a romper poco a poco el monopolio de la información y de la opinión que detentan las grandes corporaciones capitalistas. Este libro no existiría, como ninguno de mis escritos, si no existieran medios alternativos en la Red de Redes. ¿Para qué escribir si nadie puede leerte?

Uno puede leer en la prensa española artículos donde se habla de la Cuba actual como, y digo textualmente otra vez, “ruina y servidumbre”. Y resulta que según la ONU, Cuba es uno de los países americanos con mayor IDH, con mejor cobertura médica, con mejor educación, con menos desigualdades sociales. No sé qué entenderán esos señores por “ruina”. Tal vez se refieran al hecho de que unos pocos no puedan enriquecerse a costa del resto. Nadie niega las carencias y dificultades económicas del régimen, pero no puede descartarse, como se apresuran algunos a hacer, que se deba al duro embargo económico que sufre la isla caribeña. Por otro lado, no hay que olvidar que es un país del Tercer Mundo, las comparaciones hay que hacerlas con los países latinoamericanos de su entorno. Pero incluso si comparamos con los países vecinos ricos del norte, en algunas cuestiones sociales Cuba sale mejor parada, lo cual es mucho más meritorio si no olvidamos que se trata de un país tercermundista al que se le somete a un largo, intenso e inédito bloqueo. No sé qué entenderán por “servidumbre”. Yo creo que más bien Cuba destaca por no plegarse ante los deseos del amo del mundo, por ser uno de los países con más soberanía nacional. Hay muchísimos ejemplos de países donde la soberanía nacional es simplemente una ilusión. No creo, por ejemplo, que mi país sea menos siervo que Cuba. Si Cuba de alguna manera recurrió a la Unión Soviética en su día para su defensa, esto fue por el enorme y constante acoso del vecino del norte. ¿Pero España qué excusa tiene? Ahí están las bases de la OTAN, o los vuelos para misiones militares que atraviesan nuestro espacio aéreo, etc., etc. No creo que un país como la actual España, cuyos gobiernos toman ciertas medidas políticas y económicas, que “casualmente” perjudican siempre a sus clases populares, a quienes menos responsabilidad tienen por la actual crisis económica, por orden de los mercados o de los organismos internacionales, nada democráticos, o de otros países más poderosos, pueda hablar ni siquiera de “servidumbre”, pueda criticar a otros países o gobiernos por su “servidumbre”. Más bien todo lo contrario, yo creo que España, que quienes la dirigen, o quienes colaboran de una u otra manera con el orden establecido, como los “periodistas” que trabajan a sueldo del gran capital o de sus lacayos, lo que deberían hacer es callarse, si les queda algo de vergüenza o dignidad. Mejor dicho, pues no me gusta que nadie se calle, quienes no piensan como ellos deberían tener la oportunidad de hablar también en público. No creo que quienes critican la servidumbre de otros puedan dar ejemplo, cuando precisamente ellos, queriendo o sin querer, dicen justo lo que les interesa a los dueños del mundo, a los países más poderosos, a los grandes capitalistas.

Dicen que el embargo de Estados Unidos no explica la “ruina” de Cuba, que en verdad no sirve de nada, que realmente no existe en la práctica ¡pero bien que se guarda Estados Unidos de levantarlo!, ¡bien que se guardan quienes proclaman que el

bloqueo no sirve de nada de pedir que se levante o se suavice! Dicen que Cuba es una amenaza para Estados Unidos. O sea que un pequeño país tercermundista es una amenaza para la primera potencia mundial, para el ejército más poderoso del planeta, el cual dispone del arsenal nuclear más fabuloso. ¿Es que nos toman por tontos a los ciudadanos? ¿Es que lo somos tanto ya? Dicen que los gobernantes de la gran potencia no pueden levantar el embargo para no perder los posibles votos de los cubanos residentes en Miami, ¡pero no sólo no lo levantan sino que lo intensifican! Hasta el punto de perjudicar a los propios cubanos residentes en Estados Unidos que cada vez tienen más dificultades para tener contactos con su país de origen. Bloqueo único en la historia de la humanidad, condenado hasta la fecha en 19 ocasiones por las Naciones Unidas. También es cierto que Amnistía Internacional o la Comisión de Derechos Humanos de la ONU han denunciado al régimen de Castro por las persecuciones políticas a los disidentes cubanos. Insisto: si es cierto que en Cuba se reprime al disidente político, y hay síntomas de que así es, lo que es evidente es que en la Constitución cubana se dice en el artículo 62 que quienes actúen contra el socialismo se arriesgan a sufrir sanciones, este hecho no puede dejar de condenarse, y yo lo hago. Hay que ser coherentes.

En cualquier régimen democrático lo suyo es permitir que quienes no comulgan con la ideología dominante puedan luchar, pacíficamente, siguiendo las reglas del juego político, por sus ideas, siempre que éstas no atenten contra los más elementales derechos humanos. Y esto no se cumple en Cuba. Si bien tampoco se cumple en los llamados países democráticos, como España, donde tal vez haya menos represión política, pero la hay también. Además, incluso aunque no haya represión explícita en muchos países capitalistas, aun admitiendo eso, la lucha por las ideas no es igualitaria. No todos pueden defender sus ideas en igualdad de condiciones. Ya sea porque en unos casos se les reprime explícitamente, ya sea porque en otros se les margina, no se les da la más mínima opción de defender sus ideas ante la opinión pública, por el monopolio ideológico capitalista. Cambian las formas de represión (explícita vs. implícita, directa vs. indirecta), de dominio ideológico, pero se mantiene en esencia el fondo, el propio hecho del monopolio. El monopolio es incompatible con la democracia. Toda “democracia” sustentada en cierto tipo de monopolio no es realmente democracia. La dictadura burguesa es más sutil, más sofisticada, más inteligente. El monopolio ideológico se da tanto en países autoproclamados socialistas donde la ideología dominante (socialista) se impone claramente en la ley, como en los países autoproclamados democráticos donde la ideología dominante (capitalista) se impone de facto, en la práctica (al hacer que los poderes dependan en última instancia del poder económico, el gran capital, al incumplir el principio elemental de la separación de poderes, al no haber una prensa de masas libre, es decir, independiente, al hacer que los partidos se financien de tal manera que se subordinen al gran capital, al hacer que los sindicatos dependan del poder político, ...).

Incluso en algunos países capitalistas, como España, sutilmente (o no tanto) se impone el capitalismo en su Constitución (ver el artículo 38 donde se dice textualmente que “se reconoce la libertad de empresa en el marco de la economía de mercado”). Si en la España actual llegara al gobierno un partido que propugnara el socialismo, el verdadero, se encontraría con serios obstáculos legales, entre otros. Pero no sólo tendría problemas un partido realmente socialista, sino que también, si nadie lo

remedia, también los tendrá un partido realmente socialdemócrata. En el momento de escribir (en verdad de repasar) estas líneas el presidente de gobierno Zapatero, con el apoyo del principal partido de la “oposición”, ha decidido hacer una reforma constitucional sin consultar al pueblo, prescindiendo de un referéndum (el Estado “democrático” español se delata cada vez más). Una reforma en la que se pretende imponer constitucionalmente, siguiendo los “consejos”, es decir, los dictados de países más poderosos, cierto límite en el déficit de las arcas del Estado, es decir, en la que se pretende imponer ciertas políticas tendentes a disminuir, sino erradicar, por lo menos dificultar, el Estado de bienestar, en la que se pretende realmente blindar legalmente todavía más al capitalismo, a su actual corriente el neoliberalismo. La supuesta democracia liberal tiene bien poco de democracia, el supuesto Estado neutral tiene bien poca neutralidad. Es en verdad el Estado burgués, la dictadura de la burguesía, la “democracia” capitalista en la que el socialismo está prohibido. Dictadura sutil, camuflada (aunque cada vez menos). Dictadura que se quita el disfraz cuando es seriamente puesta en peligro. No hay más que recordar qué ocurre cuando en las democracias burguesas llegan al poder partidos que intentan hacer profundas reformas políticas y económicas (Chile en 1970, España en 1936, Venezuela en la actualidad).

Yo condeno la “dictadura” cubana por reprimir a quienes defienden el capitalismo, pero también condeno la “democracia” española por reprimir también (aunque de otra manera más sutil) a quienes defienden el socialismo. Pero quienes critican la “dictadura” cubana, por imponer el socialismo, no condenan la “democracia” española, por imponer el capitalismo, no mueven un dedo para que nuestra “democracia” avance. Al contrario. Dicho sea de paso, al revés también ocurre: muchos izquierdistas defienden la república *socialista* (reivindican la Tercera República española *socialista*) al mismo tiempo que critican a Zapatero por imponer constitucionalmente el neoliberalismo. Debemos ser coherentes: ni el socialismo, ni el capitalismo, ni ninguna ideología debe ser impuesta constitucionalmente. Una Constitución “tan sólo” debe establecer unas justas reglas del juego democrático, donde *todas* las opciones políticas tengan realmente las *mismas* opciones, valga la redundancia. Que alguien plantee la cuestión de la Tercera República española y verá la reacción de tales “demócratas” que critican a Cuba mientras hacen la vista gorda ante lo que ocurre delante de sus propias narices. ¿Pero qué puede esperarse de semejantes “demócratas” que justifican el franquismo, que pretenden hacer la vista gorda ante sus crímenes, que justifican en pleno siglo XXI la institución monárquica, que en España está todavía más deslegitimada por ser heredera directa de una dictadura fascista? Si somos coherentes, debemos denunciar *todo* tipo de represión política, debemos reivindicar que *todas* las ideas, siempre dentro de los límites de los derechos humanos (usando como marco de referencia la Declaración Universal de la ONU), tengan las *mismas* opciones para ser conocidas por la gente, que *todas* las opciones políticas (capitalistas y anticapitalistas) tengan las *mismas* oportunidades de llegar al gobierno e implementar su programa, de acuerdo con el mandato popular.

Yo no vivo en Cuba y por consiguiente no puedo *asegurar* realmente lo que ocurre allí. Pero sí tengo algo que decir acerca de lo que yo vivo en mi propio país, bajo el régimen supuestamente “democrático”. Yo sí puedo asegurar que en mi trabajo no tengo voz ni voto, que debo someterme al totalitarismo de los jefes de mi empresa,

que debo callar, que debo autorreprimirme, que debo acatar las órdenes, si no quiero perder el sustento, que vivo bajo la permanente amenaza de acabar en la calle pidiendo limosna, como tantos y tantos trabajadores. En este sentido, el capitalismo es un totalitarismo mucho más eficaz que cualquier otro, no necesita reprimir explícitamente a los individuos, ellos lo hacen por sí mismos. Y lo que es peor, ellos no son conscientes de su esclavitud, ellos se esclavizan a sí mismos, ellos aceptan su propia esclavitud, la consideran algo natural, inevitable, o incluso muchos la aman (con tal de no luchar). Yo sí puedo asegurar que no puedo elegir a los candidatos políticos, que sólo puedo ver en los grandes medios, a horas razonables, siempre a los mismos partidos políticos, las mismas ideas, que tengo cada vez menos opciones donde elegir, que sea cual sea el partido ganador de cualquier elección, mis problemas, como los de la inmensa mayoría de mis conciudadanos, siguen igual o peor, que día a día pierdo poder adquisitivo, que día a día pierdo los pocos derechos que tenía, que cada vez me cuesta más acceder a los pomposamente proclamados “derechos” de mi Constitución, etc. ,etc., etc. Ya conozco yo la “democracia” existente en mi país. Esa democracia de los cinco minutos cada cuatro años, el tiempo que se tarda en depositar el voto “útil”, el voto al mal menor, ese voto que realmente sólo es útil al sistema para legitimarlo. Ya conozco yo cómo “responden” los gobernantes supuestamente elegidos por el pueblo.

Ese pueblo adormecido y apático que cada vez tiene menos fe en esta “democracia” pero que, por ahora, sigue votando casi por inercia, por tradición, por miedo de que gane el otro partido o candidato que, en esencia, hará la misma política, que vota por si acaso, a ver si esta vez ocurre el milagro de que algún gobernante sea digno o competente, o que tan sólo vota porque tal candidato le cae más simpático que tal otro. Esa democracia con minúsculas, cuyo pueblo es un sujeto político, muy poco sujeto, muy poco político. Cuyo pueblo está prácticamente muerto políticamente. Cuyos “ciudadanos” actúan lo mínimo, son controlados en vez de controlar, como las marionetas. Pasan de la política, pero como borregos obedientes votan. Hacen lo que quieren las élites que controlan su forma de pensar, ni más ni menos. Actúan sólo lo justito, durante esos cinco minutos en que tardan en cumplir con su obligación moral de buenos ciudadanos responsables. Ese pueblo tan poco vital, en todos los aspectos. Ese sistema político donde la política es un permanente show de imagen, imagen y nada más que imagen. Esa política sin contenido. Esa política apolítica. Esa política única, reflejo del pensamiento único que, “casualmente”, beneficia a las clases ricas. Esa democracia sin opciones reales, donde sólo se trata de elegir caras o siglas, tras las cuales siempre hay la misma política económica. Esa democracia superficial que se permite el lujo de dar lecciones a cualquier otra, que se autoerige en la auténtica, en la única. Esa democracia que se guarda muy mucho de desarrollarse a sí misma, que al contrario, procura retroceder para que el pueblo sea cada vez más sumiso, tenga cada vez menos poder, que procura que sus ciudadanos dejen de serlo para ser tan sólo súbditos. Uno de los síntomas más contundentes de la escasa calidad democrática de un país consiste en la mortandad política e ideológica de su pueblo. Y el pueblo español, sin duda, por ahora, lo está. Aunque parece que, por fin, un 15 de mayo del presente año, 2011, puede haber empezado a despertar. ¡Ojalá! Un pueblo con el mayor índice de paro de Europa que permanece pasivo esperando el milagro de la recuperación económica, que aguanta estoicamente todas las palizas que le propinan desde arriba, que traga, traga y traga hasta atragantarse. Esa sociedad muy poco social, donde el individuo sólo se mueve para lo suyo o los suyos, para salvar su

pellejo o el de sus seres queridos (a veces ni eso, ni siquiera lucha por lo propio), donde el espabilamiento egoísta es la principal regla social, la base de la supervivencia, donde todos intentan robar todo lo posible, en vez de combatir la corrupción generalizada. Esa sociedad corrupta de arriba a abajo, donde hipócritamente se critica la corrupción de los de arriba mientras silenciosamente casi todos la envidian, casi todos la practican en sus escalas particulares. ¡Gilipolla el último! ¡Pringao el honrao!

Quiero dejar bien claro, una vez más, que cuando yo hablo de más y mejor democracia, no me refiero a la falsa, simbólica y superficial democracia burguesa que “disfruto”. Indudablemente, de la democracia liberal pueden aprovecharse ciertas cosas, deben llevarse a la práctica algunos de sus principios teóricos, pero, indudablemente también, la democracia burguesa es claramente insuficiente, es realmente una dictadura de la clase burguesa, es una dictadura más camuflada, es una oligocracia, una plutocracia. Esto no quiere decir que yo justifique los males de otros modelos por los males propios, quiere decir que, al mismo tiempo que condeno cualquier dictadura, o cualquier democracia falsa o insuficiente, condeno también la hipocresía y cinismo de quienes sólo ven la paja en el ojo ajeno mientras no ven la viga en el propio. Yo reivindico el *poder del pueblo*, el verdadero, para todos los países del mundo, empezando por el mío. Remito al capítulo *Los defectos de nuestra “democracia”* de mi libro *Rumbo a la democracia* y al libro *Las falacias del capitalismo*.

Podríamos seguir y seguir, pero por no prolongarme demasiado, simplemente quería argumentar un par de cosas más respecto del caso cubano. Yo me pregunto: si yo fuese alguien que simplemente desea enriquecerse, ¿para qué complicarme la vida e ir contra el orden establecido?, ¿para qué enfrentarme al país más poderoso de la Tierra?, ¿para qué enfrentarme al poder económico? Por otro lado, ¿para qué aferrarme al poder político si no me beneficio económicamente? Si Fidel Castro sólo desea enriquecerse, ¿no hubiese sido más fácil, más lógico, hacer como han hecho tantos y tantos dictadores, como el mismo Batista que le precedió, sin ir más lejos, como tantos y tantos políticos de las presuntas democracias? Algo no cuadra. Y por acabar, me pregunto, si la gente en Cuba puede o no votar, ¿por qué vota? No olvidemos que en Cuba el voto no es obligatorio y que las participaciones en los distintos procesos electorales son muy altas (inimaginables en nuestras “democracias”). Porque si no votas te fichan, dirán algunos. Pero si el voto es secreto y uno no está de acuerdo con el régimen, ¿por qué no votar en blanco? Según la Wikipedia, en febrero de 1993 se celebraron elecciones a las que estaban convocados siete millones y medio de cubanos, de los cuales votó un 97%. Los grupos opositores internos llamaron a votar en blanco o nulo como fórmula de rechazo al gobierno de Castro, esperando obtener más de un 30% de voto nulo o blanco, pero obteniendo sólo un 10%. La presencia policial en las urnas fue discreta, únicamente se contó con la vigilancia de escolares. En las elecciones legislativas de 2008 votó el 97% del censo y hubo poco más de un 4% de votos nulos o en blanco. En las elecciones municipales de 2010 votó el 94% del censo y los votos nulos o en blanco fueron casi el 9%. Si estos datos son ciertos, y no parece que podamos dudar de ellos, si no lo fueran estoy convencido de que los críticos con el régimen cubano nos lo hubieran dicho hasta la saciedad, no parece haber mucha oposición a dicho régimen.

Mucha gente en mi país no se explica cómo el régimen de Castro sigue vivo, no se explica por qué los cubanos no se rebelan. Tal vez sea que la gente está contenta con dicho régimen. Tal vez. Esto concordaría mucho más con otras cosas. Por ejemplo, con la gran participación en los procesos electorales y con la poca presencia de los votos nulos o en blanco. Si yo estuviera en contra del régimen y tuviera miedo de expresar mi opinión, de ser fichado por no votar, me agarraría a un clavo ardiendo, votaría en blanco o nulo. Como vemos, poca gente lo hace en Cuba. Yo en mi país me agarro también a un clavo ardiendo: o voto a alguna fuerza anticapitalista que merezca mi confianza (que muestre coherencia entre lo que dice y lo que hace, que se oponga activamente al capitalismo, que luche decididamente por reformas democráticas profundas, a favor de las clases populares,...) o me abstengo de votar, como forma de no realimentar al sistema en el que no creo, a este paripé de democracia, a esta oligocracia. Como ya dije, aquí mucha gente vota porque cree que si no lo hace puede gobernar el otro partido, el cual realmente aplicará una política muy parecida, casi idéntica en lo económico, mucha gente vota porque cae en la trampa del voto “útil”, en la filosofía de votar a la opción menos mala, con la esperanza de que las cosas no vayan a peor, no se desmadren, votan más *en contra de* que *a favor de*. Esa filosofía del voto “útil” es la que perpetúa el bipartidismo, esa dictadura de la economía única disfrazada de democracia formal, sustentada en el pensamiento único. Esto explica, en mi opinión, el hecho de que la abstención no alcance, por ahora, cotas desproporcionadas en la oligocracia española. Aun así la tendencia es a que la abstención aumente en las falsas democracias. Poco a poco la gente se va dando cuenta de que su voto sirve de bien poco. Pero si la gente en Cuba sabe que sea quien sea quien gane siempre se aplicará una política socialista, ¿para qué votar? Tal vez la gente vote allí para elegir al más competente, porque siente que su participación sirve de algo. Tal vez. Esta explicación a mí me parece la más probable, a tenor de los datos de los que dispongo, que ya he compartido con el lector. ¡Pero en España también se vota para que gobierne el más competente! Podría replicarme el lector. ¡Sí, pero además en España se elige, supuestamente, una opción política! ¿Cómo se explica que en la “democracia” española donde además de elegir al más competente, debemos elegir cierta línea ideológica, más que en Cuba, sin embargo, la gente participe menos en los procesos electorales? ¿No será porque mucha gente en España, en cualquier democracia burguesa, cada vez más, piensa que su voto no sirve de nada, porque piensa que cualquiera de las dos opciones es igual de mala, que hay poco donde elegir, que las opciones minoritarias no pintan nada? Hay muchas cosas que nos dicen en los grandes medios por lo que respecta a Cuba que no cuadran. ¿A quién beneficia que el régimen cubano actual sucumba? Al capitalismo en general. ¿Quién está detrás de los grandes medios de comunicación de masas? ¿Cree el lector que cualquiera puede montar un medio de comunicación de masas? Hay tantos y tantos problemas en el mundo, tantas y tantas dictaduras, tantos y tantos gobiernos corruptos, tantos y tantos regímenes podridos de arriba a abajo, empezando por el propio, que uno se pregunta, ¿por qué esa obcecación con Cuba y Venezuela?

Apliquemos el principio de la navaja de Ockham, la explicación más sencilla es la más probable, y llegaremos a interesantes conclusiones. El lector ya conoce las mías. Le invito a que saque sus propias conclusiones, a practicar él mismo el método que mejor nos acerca a la verdad: el método científico, el contraste y el razonamiento. Quien escribe estas líneas, tras hacer un gran esfuerzo para contrastar versiones

contrapuestas, ha llegado a ciertas conclusiones. Invito al lector a desprenderse de prejuicios y a informarse por otros lares por sí mismo. A incitar también a hacerlo a sus conocidos. Debemos poco a poco despertar como ciudadanos, correr la voz de que hay otras versiones de los hechos, de que hay otras ideas, otra prensa, otros libros. Contrastar, contrastar, contrastar. Razonar, razonar, razonar. No hay otra fórmula mágica.

En cualquier caso, le recuerdo al lector que ciertos errores que pudieran cometerse en este libro no invalidan necesariamente *todo* lo dicho en el mismo. Podemos tener dudas acerca de lo que acontece o aconteció en Cuba, en China, en la URSS. Quien no las tiene es porque no actúa honestamente, pues es muy difícil, en verdad imposible, conocer *exactamente* lo que ocurre en cualquier país en cualquier época. Pero de lo que el autor de este libro no tiene absolutamente ninguna duda es acerca de la imperiosa necesidad de desarrollar la democracia en cualquier país, es acerca de la absoluta insuficiencia de las democracias liberales, como la española, así como de ciertas democracias autoproclamadas socialistas, como la cubana. Puedo tener dudas en cuanto a saber qué democracia, o dictadura, es peor, si la cubana o la española. Pero no puedo tener dudas acerca de la insuficiencia de la democracia liberal porque vivo en uno de los países en los que existe esa supuesta “democracia” que según algunos es la única posible, que según algunos es lo máximo a que puede aspirarse. No puedo tener dudas en cuanto a que nuestra “democracia” es muy mejorable y ampliable porque nada es perfecto, porque aún estamos muy lejos de la perfección. Una democracia donde el pueblo vive cada vez peor no es en verdad una democracia. La miseria, real o potencial, hoy o mañana, alcanzada o amenazante, del pueblo es incompatible con el *poder del pueblo*. El pueblo sólo podrá ser realmente libre, sólo podrá vivir en condiciones dignas, sólo podrá ser dueño de su propio destino, sólo podrá mejorar continuamente su existencia sin ser amenazado por la involución, sólo podrá avanzar sin retroceder en sus condiciones de existencia físicas y psicológicas, cuando tenga el poder, cuando controle la situación. Aún estamos lejos de esto en la mayor parte de países, por no decir en todos. Hay que combatir *toda* dictadura, sea cual sea la forma que adopte, sea cual sea su grado de intensidad. Si en Cuba existe una dictadura yo la condeno, pero también condeno las falsas democracias, como la que existe en España. Realmente es maniqueísmo decir que en ciertos países hay dictadura y en otros hay democracia.

En verdad que en la mayor parte de países hay dictaduras bajo distintas formas, con distintos grados de intensidad. La dictadura cubana es peor que la española en algunos aspectos, como en el hecho de que en ella haya un partido único, una ideología única permitida legalmente, hecho que yo condeno, como ya he explicado, pero es mejor que la española en otros aspectos, como en los relacionados con la participación popular, sobre todo en el ámbito local, como en el hecho de que allí exista la revocabilidad, cierto control popular. La alta participación en las elecciones cubanas, y el bajo porcentaje de votos nulos o en blanco, serían un síntoma claro de la mayor calidad de la democracia cubana respecto de la española, por lo menos en ciertos aspectos. Otro síntoma inequívoco sería las innegables mejoras sociales que se han producido en dicho país, mejoras avaladas por organismos internacionales como la ONU. La prueba del algodón de una democracia es si el pueblo se beneficia de ella o no, si el pueblo logra vivir mejor o no. Cuando el pueblo vive mejor,

normalmente, es que su sistema es más democrático, pues *el poder del pueblo* es el que le puede permitir mejorar su existencia a largo plazo. Caso aparte es la cuestión de la represión política. Si la hay en verdad en Cuba yo también la condeno, como también condeno la que hay en mi país, que también la hay. En España se practica la tortura, como ya han denunciado reiteradamente organismos internacionales, como la ONU o Amnistía Internacional. Yo condeno cualquier violencia, cualquier represión en cualquier país, cualquier atentado contra los derechos humanos. Por otro lado, formalmente en España hay pluripartidismo, pero realmente, de facto, en España, así como en la mayor parte de democracias liberales, sólo gobiernan partidos que defienden el capitalismo, incluso el neoliberalismo. El bipartidismo, desde el punto de vista práctico, la alternancia en el poder político de dos partidos que en lo esencial, es decir, en lo económico, son prácticamente iguales, es lo mismo que la dictadura del partido único. Desde el punto de vista práctico, las democracias liberales son también dictaduras de ideología única. En España también tenemos un régimen de partido único, pero dividido en dos facciones. En España también tenemos una dictadura, pero bajo otras formas, disfrazada de democracia. Una democracia formal, pero una dictadura real, la del capital. Juzguemos el contenido de la botella sin dejarnos engañar por la etiqueta. Quien gobierna en España, como en la mayor parte de países capitalistas, sino en todos, es el poder económico. Las diferencias entre unos países capitalistas y otros son más bien de forma y de grado, de cómo y cuánto domina el capital. No creo que la gente se crea en verdad con poder en la mayor parte de países llamados democráticos. Más bien al contrario, se siente impotente ante gobiernos que siempre machacan a los de abajo mientras benefician a los de arriba. En unos países más que en otros, indudablemente. Quienes no se explican por qué los cubanos participan en las elecciones de su “dictadura”, deberían preguntarse también por qué los españoles participan en su “democracia”, aun sabiendo que en verdad su participación es estéril, aun sabiendo que sea quien sea quien gane en las elecciones políticas, el pueblo siempre será el último beneficiado, cuando lo es. Remito al capítulo *Los defectos de nuestra “democracia”* de mi libro *Rumbo a la democracia*, donde critico la democracia burguesa.

Como vemos, las diferencias entre la dictadura cubana y la española, entre el “socialismo real” y el “capitalismo real” son sobre todo formales, por lo menos en el campo político. Debemos superar esa dicotomía, dictadura burguesa vs. dictadura proletaria, democracia capitalista vs. democracia socialista. La democracia no debe ser capitalista ni socialista. Debe permitir que el pueblo elija a sus gobernantes entre todas las opciones posibles. Todas ellas deben tener las mismas oportunidades. Debe permitir que el pueblo pueda elegir y diseñar también el sistema, y no sólo el gobierno. Que puedan llegar al gobierno partidos de distintas ideologías, no sólo partidos que defienden distintas formas de implementar la ideología única. El pluripartidismo formal es necesario, pero insuficiente. Debe ser acompañado de la igualdad de oportunidades real entre todas las opciones políticas posibles (siempre dentro de los límites de los derechos humanos). Cuba no cumple la necesaria condición del pluripartidismo formal. Pero las democracias liberales, como la española, no cumplen la necesaria igualdad de oportunidades entre partidos de distintas ideologías. En un caso no hay pluripartidismo *formal*, en el otro sólo hay pluripartidismo *formal*. En ambos casos no hay pluripartidismo *real*. Desde el punto de vista práctico, el partido único es prácticamente lo mismo que el pluripartidismo donde unos pocos partidos

monopolizan el poder. La falta de competencia por el poder político es lo mismo que la competencia desleal, desigual, sustentada en reglas tramposas, donde unos tienen muchas más oportunidades que otros, donde unos tienen opciones *reales* y otros sólo *formales*. En ambos casos el poder político está monopolizado, ya sea por un partido, ya sea por dos, por una ideología o por otra, la socialista o la capitalista. La ideología única legal es lo mismo que el pensamiento único de facto. Producen los mismos efectos: el monopolio del poder. En ambos casos, el poder del pueblo no es real, está muy limitado. No debemos conformarnos tampoco con la oligocracia, que es lo que realmente impera en el mundo, cuando no adopta una forma dictatorial más descarada. La democracia está en el horizonte, a ella debemos dirigirnos. Remito al capítulo *El desarrollo de la democracia* de mi libro *Rumbo a la democracia*.

4) Lecciones históricas

4.1. La necesidad e inevitabilidad de las vanguardias

Daniel Guérin en el prefacio de su libro *Rosa Luxemburgo y la espontaneidad revolucionaria* nos sintetiza de esta manera la relación entre las masas y las vanguardias revolucionarias:

*Simple, como todos los fenómenos de la naturaleza, elemental, como el hambre o el deseo sexual, esta fuerza tiene como motor primario, como impulso original, el instinto de conservación de la especie, la necesidad de subsistencia, el aguijón del interés material. Los trabajadores se movilizan, abandonan la pasividad, la rutina y el automatismo del gesto cotidiano, dejan de ser moléculas aisladas y se sueldan con sus compañeros de trabajo y de alienación, no porque un “conductor” los incite a ello, tampoco, lo más a menudo, porque un pensamiento consciente los despierte y fanatice, sino, simplemente, porque **la necesidad los empuja** a asegurar o a mejorar sus medios de subsistencia y, si éstas han alcanzado ya un nivel más alto, a reconquistar su dignidad de hombres.*

Este movimiento existe permanentemente, en estado latente, subterráneo. La clase explotada no deja en ningún momento de ejercer una relativa presión sobre sus explotadores para arrancarles, en primer lugar, una ración menos mezquina, y luego un mínimo de respeto. Pero, en los períodos de baja, esa presión es sorda, invisible, heterogénea. Se manifiesta en débiles reacciones individuales o de pequeños grupos aislados. El movimiento de masas se halla atomizado, replegado sobre sí mismo.

*Sin embargo, en ciertas circunstancias ocurre que reaparece bruscamente en la superficie, se manifiesta como una enorme fuerza colectiva homogénea, ocurre que estalla. El exceso de miseria o de humillante opresión, no sólo económica, sino también política, provoca en cada una de sus víctimas un grito tan alto que todas las víctimas se sienten gritando juntas –a veces, por otra parte, uno o dos gritos se adelantan a los otros, aun en el más espontáneo de los movimientos. Como decía un obrero: **“Siempre hay alguien que comienza la espontaneidad”**–; y la unanimidad de ese grito les da confianza en sí mismos; y su protesta se convierte en un alud, el contagio revolucionario se extiende al conjunto de la clase.*

Lo que confiere su particularidad al movimiento de masas es el carácter concreto, pero limitado, de sus objetivos. Inconsciente, al menos en sus comienzos, difiere por su naturaleza de las acciones de los grupos políticos conscientes, o pretendidos tales. Puede, en ciertas circunstancias, proyectar su impulso a través de un partido, pero aún así no se produce una verdadera fusión. El movimiento de masas continúa obedeciendo a sus propias leyes,

*persiguiendo sus fines particulares, como el Ródano, que luego de verter sus aguas en el lago Lemán prosigue su propio curso. **La disparidad entre los móviles de la acción de las masas y aquellos de los partidos políticos es el origen de toda suerte de errores y desencuentros, de tácticas y diagnósticos falsos.***

[...]

La masa de los trabajadores, encadenados desde el alba a la noche a su dura labor, aplastados por la fatiga, los problemas domésticos y, en las grandes aglomeraciones urbanas, por la lentitud y la incomodidad de los transportes, atontados por los “mass media”, monopolizados por la clase dominante, carentes de tiempo libre y de medios propios de información, en su conjunto no alcanzan a relacionar la lucha por mejoras materiales con un objetivo superior sin el cual, como el trabajo de Sísifo, esa lucha deberá perpetuamente recomenzar.

*Sin embargo, a pesar de todo, **una minoría proletaria, más instruida y lúcida, compuesta principalmente por obreros calificados, logra elevarse por sobre el estrecho horizonte del pan cotidiano. De esta manera el inconsciente relativo de la clase puede ser esclarecido por el consciente.** Si esta elite obrera se muestra capaz de dar cuenta de las particularidades y de las leyes complejas del movimiento de masas, si vela sin desmayos para que la asociación de ideas juegue constantemente entre las reivindicaciones inmediatas de sus compañeros de trabajo y el objetivo revolucionario propuesto, si se dedica a sugerir, a explicar, nunca a “dirigir”, entonces la fusión tiene probabilidades de realización.*

Tal fusión es indispensable, pues ambas fuerzas se necesitan absolutamente. ¿Qué puede hacer una elite sin las masas? ¿Qué pueden las masas sin las elites sino, luego de una breve explosión, de efímeras conquistas, retirarse decepcionadas, sintiéndose vencidas?

Cierto es que a veces la elite y el movimiento de masas se dedican a un siniestro juego de escondite. El segundo está preparado para el combate y ya se ha lanzado a la pelea. Sería suficiente que algunos militantes conscientes le ayudaran a trascenderse. Pero, en el preciso instante en que sería necesaria, esa elite no existe o, si está presente, no logra elevarse a la altura de la situación. La conciencia ha fallado en su tarea, o la clase dominante ha logrado ponerla a su servicio. El instinto, abandonado a sí mismo, luego de algunas violentas sacudidas y escaramuzas de retaguardia, se pierde en la arena. Revolución frustrada.

Puede también ocurrir lo contrario. Después de haber aprendido la lección de anteriores experiencias, una minoría consciente se muestra capaz de seguir hasta el fin. Se vuelve al movimiento de masas y requiere su apoyo, pero las masas no interpretan el llamado, o en ese momento están adormecidas, porque están ocupadas en la digestión de las migajas arrancadas al enemigo o porque el recuerdo de un reciente fracaso o de una represión brutal ha

dispersado al movimiento. Reducida a sus magras fuerzas, la minoría consciente se agita y se agota en vano. Revolución frustrada.

La victoria surge de la conjunción de las dos fuerzas, el día que, a pesar de sus diversidades, sus diferencias de formación y de óptica, sus intereses divergentes, se lanzan juntas a la batalla. Octubre de 1917.

Sin embargo, aun cuando se trate de una formación política que se reivindique del proletariado, cuyos intereses coincidan por un momento con los del proletariado, como fue el caso del partido bolchevique en el otoño de 1917, no es posible generalizar a partir de tal ocasional conjunción, ni se puede estar de acuerdo con Gramsci cuando el marxista italiano sostiene que la “teoría” –denotando con ese término una “dirección política del proletariado”– y “espontaneidad” “no pueden oponerse entre sí”. Tal optimista afirmación revela idealismo, y ha sido cruelmente desmentida por la historia.

Ernest Mandel en *Introducción al marxismo* nos habla en estos términos de la relación entre las masas y su vanguardia:

No hay ninguna oposición entre la espontaneidad de las masas y la necesidad de construir una organización revolucionaria de vanguardia. Una se apoya en la otra, la prolonga, la completa y le permite triunfar concentrando su energía en el punto neurálgico: el derrocamiento del poder político y económico del capital.

En mi libro *La causa republicana* analizo los distintos factores del cambio social:

El cambio en la sociedad se intenta normalmente cuando existe una necesidad real, cuando hay una conciencia sobre dicha necesidad suficientemente desarrollada y cuando la conciencia sobre la posibilidad de hacerlo sobrepasa cierto umbral. La conciencia de la posibilidad de cambio depende de la conciencia de la necesidad de cambio pero también de las condiciones objetivas del sistema a cambiar. Cuando existen hitos a corto plazo fácilmente identificables entonces la conciencia de la posibilidad del cambio se dispara. Éste es el caso de los países atrasados que tienen como modelo a los más adelantados. Pero también, aunque no existan dichos hitos, cuando la necesidad es apremiante y, como consecuencia, la conciencia de ésta es grande, entonces la sociedad se esfuerza en buscar soluciones, en ver las posibilidades de cambiar. El cambio puede realizarse con éxito cuando, además, existen organizaciones capaces de liderarlo, de diseñar y ejecutar una clara estrategia.

Los factores del cambio no son independientes, se realimentan mutuamente, siendo el factor primario la necesidad. Existen distintas combinaciones de estos factores que pueden producir el cambio. Sin embargo, cuanto mayor y más básica es la necesidad, mayor probabilidad de que la conciencia de dicha necesidad alcance el grado suficiente para que la conciencia de la posibilidad de hacerlo alcance un grado mínimo. Sin embargo, se necesita además la estrategia. Si el pueblo no es capaz de unirse y organizarse, la probabilidad de la revolución disminuye considerablemente.

Los ingredientes básicos del cambio son pues: necesidad, conciencia y estrategia. Si no se dan todos ellos en las proporciones adecuadas el cambio se hace poco probable o sus posibilidades de éxito son pequeñas.

*La necesidad es el principal factor objetivo y los otros factores mencionados son los principales factores subjetivos. Los **factores objetivos** se corresponden con las condiciones materiales, políticas, económicas, de la sociedad. Los **factores subjetivos** se corresponden con las condiciones intelectuales, psicológicas, culturales, de la sociedad. Los unos influyen en los otros. Un pueblo con problemas económicos graves es el paradigma de los factores objetivos favorables al cambio. Un pueblo formado e informado es el paradigma de los factores subjetivos favorables al cambio. Un pueblo con graves problemas económicos y un nivel cultural avanzado (del propio pueblo preferentemente o por lo menos de su vanguardia) es el paradigma de la revolución. Normalmente existen factores objetivos y subjetivos, en distintas proporciones, a favor y en contra del cambio. La historia se decanta hacia la revolución o hacia la involución en función de qué parte de la sociedad lleve la iniciativa, si el pueblo o las clases dominantes, en función a su vez de las proporciones relativas de aquellos factores.*

*La ley del desarrollo desigual y combinado de la sociedad indica que ciertos países atrasados, acuciados por la necesidad, factor primario del cambio, pueden bajo determinadas circunstancias, es decir, cuando la combinación de los factores del cambio es la adecuada, realizar un salto cualitativo y adelantar a los países que inicialmente estaban por delante. **Es posible influir en las condiciones subjetivas para favorecer el cambio, para cambiar las condiciones objetivas.** El destino de la sociedad humana no está predeterminado. Tenemos cierto margen de libertad para construirlo.*

Esto quiere decir que sin ciertas condiciones objetivas sociales dadas el cambio no se produce, las masas no se rebelan. Despreciar la importancia del espontaneísmo es equivalente a olvidarse de que el cambio sólo puede producirse si la gente lo necesita imperiosamente. Pero, por otro lado, las condiciones subjetivas son necesarias para que el cambio se produzca también. Sin conciencia y sin estrategia (es decir, sin organización) tampoco es posible la revolución. La conciencia no se desarrolla suficientemente de manera espontánea. La gente se concienza sólo hasta cierto punto por su propia experiencia. Yo mismo, aun teniendo cierta formación por encima de lo habitual, he necesitado leer un mínimo para aumentar la cantidad y la calidad de mi conciencia. Por mis propias experiencias vitales he sido capaz de concienciarme de la necesidad de cambiar el sistema, pero hasta cierto punto. Sólo tras haber leído, sólo tras haberme informado más, después de contrastar lo que ya conocía en los medios de comunicación más conocidos con los medios de la prensa alternativa, he podido llegar a concienciarme de la posibilidad *real* de cambiar las cosas. Mi conciencia era insuficiente, era embrionaria, antes de haber accedido a otras ideas e informaciones. Gracias a las influencias ideológicas externas mi *intuición* se convirtió en *comprensión*, mi conciencia se disparó, la cantidad se transformó en calidad. La lucha por las ideas es el primer paso para cambiar la sociedad. Esto es algo de lo que son muy conscientes las élites que nos gobiernan. No por casualidad la educación y los medios

de comunicación son controlados por ellas hasta el más mínimo detalle, obsesivamente. La gente necesita, además, ser contagiada por ciertas ideas, su visión particular de la realidad debe ser contrastada con otras visiones particulares y con otras visiones más generales. Además, sin la organización adecuada no es posible vencer al enemigo, que está muy organizado, pues el Estado y los grandes medios de adoctrinamiento ideológico están de su lado.

Despreciar los factores subjetivos equivale a sobreestimar el espontaneísmo, es decir, a subestimar el papel de las vanguardias. Los factores objetivos y los subjetivos se relacionan dialécticamente (las causas y los efectos se intercambian), por tanto también se relacionan así las masas y las vanguardias. No es posible la revolución sin la combinación adecuada entre factores objetivos y subjetivos, sin la combinación adecuada entre masas y vanguardia. Los factores objetivos y subjetivos son ambos necesarios. Las masas y las vanguardias son ambas necesarias. Los primeros son los que mandan. Como dijo Rosa Luxemburgo: *Lo inconsciente precede a lo consciente. La lógica del proceso histórico precede a la lógica subjetiva de los seres humanos que participan en el proceso histórico.* Sin masas, sin condiciones objetivas, sin necesidad, no hay cambios posibles. Pero esas condiciones objetivas no son suficientes. Las rebeliones no se transforman en revoluciones, en cambios sociales, si no hay una vanguardia que las canalice, que las lidere, que prepare el terreno paciente y obstinadamente mucho antes de que las masas estallen. El avance social se produce cuando la gente se rebela y cuando, además, sus acciones se dirigen a transformar en profundidad y de manera concreta el sistema que le ha empujado a la rebelión. Avanzar no es moverse sin dirección, es moverse en determinada dirección. Esa dirección viene marcada por la conciencia y la estrategia, es decir por las vanguardias. Éstas marcan el camino que sólo pueden recorrer en conjunto las masas. Si la revolución no es protagonizada por la inmensa mayoría de la gente, tarde o pronto fracasa. La vanguardia debe marcar la dirección, debe, en todo caso, proporcionar cierto empujón inicial, pero no debe ser ella quien protagonice exclusivamente la revolución. El movimiento debe ser *social*, lo más ampliamente social posible. La sociedad sólo puede cambiar si la mayoría de sus miembros lo hacen, si contribuyen al cambio. Que unos contribuyan más (como las vanguardias) no significa que los demás (como las masas) no deban ni puedan contribuir. La sociedad sólo puede cambiar entre todos. Todos, por lo menos la mayoría, deben participar en el cambio, aunque no lo hagan por igual.

Lenin, en *La enfermedad infantil del 'izquierdismo' en el comunismo*, nos habla de las condiciones en que puede producirse una revolución:

La ley fundamental de la revolución, confirmada por todas las revoluciones, y en particular por las tres revoluciones rusas del siglo XX, consiste en lo siguiente: para la revolución no basta con que las masas explotadas y oprimidas tengan conciencia de la imposibilidad de seguir viviendo como viven y exijan cambios; para la revolución es necesario que los explotadores no puedan seguir viviendo y gobernando como viven y gobiernan. Sólo cuando los "de abajo" no quieren y los "de arriba" no pueden seguir viviendo a la antigua, sólo entonces puede triunfar la revolución. En otras palabras, esta verdad se expresa del modo siguiente: la revolución es imposible sin una crisis nacional general (que afecte a explotados y explotadores). Por consiguiente, para hacer

la revolución hay que conseguir, en primer lugar, que la mayoría de los obreros (o, en todo caso, la mayoría de los obreros conscientes, reflexivos, políticamente activos) comprenda a fondo la necesidad de la revolución y esté dispuesta a sacrificar la vida por ella; en segundo lugar, es preciso que las clases dirigentes atraviesen una crisis gubernamental que arrastre a la política hasta a las masas más atrasadas (el síntoma de toda revolución verdadera es que se decuplican o centuplican el número de hombres aptos para la lucha política pertenecientes a la masa trabajadora y oprimida, antes apática), que reduzca a la impotencia al gobierno y haga posible su rápido derrocamiento por los revolucionarios.

Asimismo en *La bancarrota de la II Internacional* dice:

*Para un marxista resulta indudable que **la revolución es imposible si no se da una situación revolucionaria, pero no toda situación revolucionaria conduce a la revolución.** ¿Cuáles son, en términos generales, los signos distintivos de una situación revolucionaria? Estamos seguros de no equivocarnos al señalar estos tres signos principales: 1) La imposibilidad para las clases dominantes de mantener su dominio en forma inmutable; tal o cual crisis en las “alturas”, una crisis de la política de la clase dominante, abre una grieta por la que irrumpen el descontento y la indignación de las clases oprimidas. Para que estalle la revolución no basta que “los de abajo no quieran” vivir como antes, sino que hace falta también que “los de arriba no puedan vivir” como hasta entonces. 2) Una agravación, superior a la habitual, de la miseria y las penalidades de las clases oprimidas. 3) Una intensificación considerable, por las razones antes indicadas, de la actividad de las masas, que en tiempos “pacíficos” se dejan expoliar tranquilamente, pero que en épocas turbulentas son empujadas, tanto por la situación de crisis en conjunto como por las “alturas” mismas, a una acción histórica independiente.*

*Sin estos cambios objetivos, independientes no sólo de la voluntad de tales o cuales grupos y partidos, sino también de la voluntad de estas o aquellas clases, la revolución es, por regla general, imposible. El conjunto de estos **cambios objetivos** es precisamente lo que se llama **situación revolucionaria**. Esta situación se dio en Rusia en 1905 y en todas las épocas revolucionarias en Occidente; pero también existió en la década del 60 del siglo pasado en Alemania, en 1859-1861 y en 1879 en Rusia, sin que hubiera revoluciones en esos casos. ¿Por qué? Porque **la revolución no surge de toda situación revolucionaria, sino sólo de una situación en la que a los cambios objetivos antes enumerados viene a sumarse un cambio subjetivo, a saber: la capacidad de la clase revolucionaria para llevar a cabo acciones revolucionarias de masas lo bastante fuerte como para destruir (o quebrantar) al viejo gobierno, que jamás “caerá”, ni siquiera en las épocas de crisis, si no se lo “hace caer”.***

En estos párrafos de Lenin vemos la profunda interrelación entre los factores objetivos y subjetivos. Conciencia, comprensión, deseo, tienen que ver con las condiciones *subjetivas* de la revolución. Crisis, explotación, opresión, tienen que ver con las condiciones *objetivas*. Pero dichas condiciones se relacionan entre sí dialécticamente.

La conciencia, la comprensión, el deseo, dependen de las condiciones objetivas. Cuanto más explotado es uno, cuanto menos disimulada es su explotación, más se conciencia. Y la crisis, la explotación o la opresión tienen también una componente subjetiva, pues no todas las personas se sienten igualmente explotadas ante la misma situación objetiva de explotación.

Trotsky, en el *Manifiesto de la Cuarta Internacional sobre la guerra imperialista y la revolución proletaria mundial*, sintetiza de la siguiente manera la teoría revolucionaria marxista:

La experiencia histórica estableció las condiciones básicas para el triunfo de la revolución proletaria, que fueron aclaradas teóricamente: 1) el impasse de la burguesía y la consecuente confusión de la clase dominante; 2) la aguda insatisfacción y el anhelo de cambios decisivos en las filas de la pequeña burguesía, sin cuyo apoyo la gran burguesía no puede mantenerse; 3) la conciencia de lo intolerable de la situación y la disposición para las acciones revolucionarias en las filas del proletariado; 4) un programa claro y una dirección firme de la vanguardia proletaria. Éstas son las cuatro condiciones para el triunfo de la revolución proletaria.

Como nos recuerda Alan Woods en *El marxismo y el Estado*:

Lenin explicaba que toda revolución real siempre empieza por arriba, con una crisis de confianza en la clase dominante, que se siente incapaz de gobernar al viejo estilo. La segunda condición es que la clase media debería estar en un estado fermento, oscilando entre la burguesía y el proletariado. La tercera condición es que la clase obrera debería estar preparada para luchar por la transformación de la sociedad. La condición final es la existencia de un fuerte partido revolucionario con una dirección experimentada y previsor.

La insigne marxista Marta Harnecker, que ha ejercido una gran labor didáctica en forma de muchos escritos asequibles al gran público, además de haber sido asesora de diversos gobiernos socialistas, nos sintetiza de la siguiente manera los rasgos esenciales de toda revolución socialista en su libro *Reflexiones acerca del problema de la transición al socialismo*:

*Existen, por lo tanto, rasgos fundamentales a toda revolución, que tienen trascendencia mundial, es decir, que son históricamente inevitables y que, por lo tanto, se repiten a escala universal. Ellos forman parte de lo que podríamos denominar: **la teoría general de la revolución**. Y otros rasgos que son propios de cada país, que se adaptan a sus características concretas y que conforman lo que podríamos denominar: **la estrategia particular de la revolución en un determinado país**.*

Los rasgos fundamentales a toda revolución serían los siguientes:

Primero. *Las revoluciones no dependen de la voluntad de determinados individuos, partidos o clases sociales. Si no existen determinadas condiciones objetivas la revolución es imposible. La actitud de la*

vanguardia sólo puede acelerar o retardar el triunfo de la revolución partiendo de las condiciones existentes en cada país.

Segundo. *Para que las revoluciones lleguen a producirse es necesario que junto a estas condiciones objetivas se produzca un cambio subjetivo en las clases revolucionarias: su disposición a pasar de la simple protesta a acciones revolucionarias contra el régimen.*

Tercero. *Esto sólo es posible en las revoluciones de nuestro siglo si existe una vanguardia que represente los intereses de la clase más avanzada: el proletariado y que, con su correcta conducción política, sea capaz de dotar de una voluntad revolucionaria única a las clases revolucionarias.*

Cuarto. *Toda revolución provoca la resistencia más enconada de las clases hasta entonces dominantes, las que utilizarán todos los medios a su alcance para recuperar el poder perdido.*

Quinto. *La resistencia de los explotadores exige la dictadura de las clases oprimidas.*

Sexto. *Para mantenerse en el poder los revolucionarios deben lograr ganar para sus posiciones a la mayoría del pueblo y contar con el apoyo solidario internacional. El internacionalismo contrarrevolucionario sólo puede ser vencido con el apoyo internacional, tanto de los países socialistas como de las fuerzas revolucionarias, democráticas y progresistas de los países no socialistas.*

Séptimo. *Una vez destruido el Estado burgués el nuevo poder revolucionario debe ir paso a paso construyendo la nueva sociedad. Mientras más atrasado y aislado esté el país más etapas intermedias existirán entre la situación en que éste se encuentra al iniciarse la revolución y su meta final.*

Ahora, cómo se gestan las condiciones objetivas; qué factores determinan el salto cualitativo de las clases revolucionarias hacia acciones revolucionarias de masas; de qué manera se constituye la vanguardia y cómo logra arrastrar tras sus posiciones a la inmensa mayoría del pueblo; a través de qué vías y métodos de lucha se accede al poder; qué forma asume la resistencia de los explotadores y de qué manera se estructura el poder revolucionario para defender la revolución; cómo se vertebran los diferentes pasos para ir avanzando en la construcción de la nueva sociedad, son todos problemas que se refieren a los aspectos peculiares de la revolución en cada país.

En relación con este tema es interesante observar cómo las revoluciones triunfantes tienden a proyectar algunas de sus características peculiares como principios generales y de esa manera, en forma quizá inconsciente exportan, no la revolución -cosa que es imposible de exportar, como hemos visto- pero sí un cierto modelo de ella.

A mi parecer, si en el quinto punto de las leyes generales de la revolución indicadas por Harnecker sustituimos la palabra *dictadura* por *democracia* (con los mecanismos necesarios para protegerse frente a la resistencia de los opresores), o por la hegemonía de las clases oprimidas, menos opulentas, que son las mayoritarias, estas leyes siguen siendo perfectamente válidas en los tiempos actuales.

El capitalismo ha demostrado que es necesario superarlo. Sus contradicciones, que no sólo no se resuelven, pues son irresolubles, sino que tarde o pronto se agudizan, forman las condiciones objetivas de la necesidad del cambio social. Sólo es posible cambiar el sistema a fondo haciendo la revolución. Ahora bien, la revolución no consiste sólo en salir a la calle y hacer barricadas. Existen muchas formas de presión popular, como la abstención, la retirada masiva del dinero de los bancos (lo cual provocaría el colapso del sistema, pues la banca es su sustento, la base), las huelgas, los boicots, los sabotajes, las recogidas de firmas, las manifestaciones, la desobediencia civil, etc., etc. Todas ellas se complementan, aunque no cabe duda de que la mejor forma de presión popular es la toma masiva de las calles y las huelgas. En suma, las masas deben paralizar el país para hacerse oír. **En los tiempos actuales hay que procurar hacer la revolución de forma pacífica.** Y esto no sólo por razones éticas, sino también por razones prácticas. No es posible enfrentarse a los tanques o a los misiles con simples fusiles o con piedras. El grado de desarrollo tecnológico de los actuales ejércitos hace que la lucha armada popular esté condenada de antemano. Si en algún momento histórico tuvo sentido la lucha armada, ahora ya no, por lo menos ya no tanto. El nivel de sofisticación de las armas, de las estrategias militares, hace que sea imposible, o por lo menos muy difícil, más que antaño, que el pueblo se enfrente violentamente a cualquier ejército. Y esto es tanto más cierto cuanto más poderoso sea el ejército, es decir, es más cierto para los países más avanzados. Y sobre todo, insisto, es más difícil enfrentarse a un ejército profesional formado durante muchos años y con técnicas de lucha y armas muy sofisticadas. Cuando el pueblo está unido y firme, cuando actúa masivamente, es posible vencer a los ejércitos. Las minorías no pueden dominar a la mayoría cuando ésta ejerce su verdadera fuerza: el número. Los soldados de los ejércitos, esto nunca hay que olvidarlo, son también gente del pueblo. Y, en última instancia, son también seres humanos. El día que haya ejércitos formados sólo por robots, tal vez, la causa popular estará perdida de antemano. En ese caso, tal vez, no quede más remedio que recurrir a la lucha armada desesperada, o a la lucha por el control de los robots. Por si acaso, habrá que trabajar intensa e ininterrumpidamente para evitar que llegue ese fatídico día, para evitar que la sociedad llegue a un grado de sofisticación tecnológica que no se vea acompañado de un desarrollo social, ético, moral, político.

La estrategia revolucionaria debe adaptarse a las circunstancias, al contexto espacial y temporal. En el presente la lucha armada está prácticamente fuera de lugar. Ya no es necesaria, ni posible. Sobre todo en los países del llamado Primer Mundo. Cuando las masas están unidas, cuando se muestran decididas, cuando no caen en la provocación de la violencia, los ejércitos se dividen, sus bases se sienten próximas a los ciudadanos y empieza a cundir la complicidad con ellos, los soldados enviados a las calles para controlar la situación o para reprimir a los ciudadanos empiezan a confraternizar con éstos, empiezan a surgir las divergencias entre las distintas facciones de la oficialidad. Esto lo acabamos de ver, en el momento de

escribir estas líneas, en el caso de Egipto. En menos de tres semanas cayó un régimen que llevaba férreamente instaurado 30 años. Esto lo vimos también en el golpe de Estado contra Chávez en Venezuela en 2002. Esto es, ni más ni menos, que el poder del pueblo, poder que cuando despierta es imparable. A todo esto hay que añadir que en los tiempos actuales cualquier gobierno tiene una gran presión moral y material, incluso internacional, contra el uso de la acción violenta en contra de las masas desarmadas. Ningún país puede vivir aisladamente en este mundo del siglo XXI tan globalizado. Las masas populares pueden presionar a los gobiernos para a su vez presionar a cualquier gobierno que pretenda aferrarse al poder violentamente en contra de su propio pueblo. Cualquier gobierno que actúe indiscriminadamente contra su propia población se arriesga a que su país sea intervenido militarmente por la comunidad internacional (aunque bien es cierto que en verdad el humanitarismo sirve muchas veces de excusa para intervenir por causas económicas, imperialistas). Ahora ya no es tan fácil como antaño atacar a la gente desarmada en las calles. Aunque desde luego no es imposible. Existen muchos casos históricos en que las masas fueron reprimidas violentamente. No olvidemos que el régimen libio de Gadafi, en el momento de escribir estas líneas, parece estar reprimiendo con extrema dureza las protestas en su país. No olvidemos lo ocurrido, por ejemplo, en el famoso Domingo Rojo en Rusia en 1905, que desencadenó la primera revolución proletaria en ese país. No olvidemos lo ocurrido, por ejemplo, en China en la plaza de Tian'anmen en Pekín en 1989. Si bien, tal vez, si las manifestaciones hubieran sido allí todavía más masivas y las masas no se hubieran disuelto de la plaza y dispersado por sus alrededores, el ejército no se hubiera atrevido a disparar contra la gente. Esto nunca puede asegurarse. El comportamiento humano no es completamente previsible. Pero sí podemos, hasta cierto punto, prever ciertos rasgos del comportamiento humano. Unos soldados que ven enfrente a grandes masas de población indefensas y pacíficas siempre tendrán más dudas para disparar que si se encuentran a pocas personas atacándolas violentamente. Cuanta más gente se manifieste pacíficamente, y cuanto más unida y concentrada esté en un lugar, más *probabilidad* de que el ejército dude, de que se una a ellas. Pero, indudablemente, esto es fácil de decir. Hay que estar allí. E, indudablemente, no siempre ocurre así.

Cuando el pueblo es capaz de enfrentarse masiva y pacíficamente a los ejércitos, además, este acto de valentía no pasa desapercibido ante los soldados, que siempre valoran mucho la valentía, pues es una de las facetas que más se desarrolla en ellos. Si un soldado que va en un tanque ya duda frente a un solitario ciudadano que se le enfrenta pacíficamente (no hay más que recordar la famosa escena en que un ciudadano chino se oponía al avance de un tanque que se dirigía a la plaza de Tian'anmen, imágenes que dieron la vuelta al mundo como un acto de valentía sin igual), más lo hará cuando no pueda avanzar porque se encuentra enfrente a una gran masa de ciudadanos. No es posible enfrentarse solo a un tanque, pero sí masivamente. Cuando un soldado se enfrenta a una muchedumbre pacífica que le dice que está de su lado, que el soldado es también del pueblo, que ella sólo pide justicia, la disciplina militar entra en conflicto con la conciencia, con la esencia más profunda del ser humano. Sólo así, recurriendo a las facetas humanas más profundas de justicia, ética, valentía, integridad, es posible deshacer moralmente a los ejércitos, conseguir que los soldados cambien su fidelidad a los mandos por la del pueblo al que pertenecen, su fidelidad a las órdenes por la de sus propias conciencias. A un soldado,

educado para la defensa de la *patria*, siempre le cuesta más disparar contra la población de su propia patria que contra personas de otros países. Cuando los soldados ven que las masas se mantienen firmes y decididas para luchar, para ganar, el temor a los oficiales es superado. Un soldado no va a arriesgarse si piensa que la rebelión popular no va a triunfar porque ve poca fuerza de voluntad en las masas. Igual ocurre en las huelgas con los trabajadores. Cuando éstos perciben que la huelga no va a ser secundada masivamente, no se arriesgan a hacerla, la huelga fracasa. Todo trabajador sabe que si realiza él solo la huelga se expone a ser despedido. Sin embargo, si la huelga la hacen decididamente todos los trabajadores, o por lo menos la gran mayoría, éstos pueden lograr sus objetivos sin poner en peligro sus puestos de trabajo. Un empresario no puede despedir de repente a toda su plantilla. **La fuerza de los oprimidos, de los débiles, reside siempre en su unidad. El número sólo cuenta cuando todos ellos actúan al unisono. El pueblo cuenta con la fuerza de la razón y el número.** Cuando se muestra decidido las posibilidades de éxito aumentan notablemente porque las posibilidades de que gran parte del ejército le apoye se disparan.

En toda revolución el ejército decide en última instancia la situación. No hay que olvidar que en la Revolución rusa de 1917 gran parte del ejército se puso del lado del proletariado. Como decía Lenin, el Estado consiste fundamentalmente en *grupos de hombres armados en defensa de la propiedad*. O como decía Trotsky: *La dominación de la burguesía, es decir, el mantenimiento de la propiedad privada de los medios de producción, es inconcebible sin la ayuda de las fuerzas armadas. El cuerpo de oficiales constituye la guardia del gran capital. Sin él, la burguesía no podría mantenerse ni un solo día.* El ejército es el principal actor que marca el devenir de los acontecimientos en toda situación revolucionaria, pero lo hace también en función de cómo actúen las masas. Cuando el pueblo se manifiesta de forma pacífica, masiva e insistente, aumentan mucho las posibilidades de que el ejército, o una parte importante del mismo, se ponga de su lado. Las masas deben ganarse pacíficamente a los soldados, y no enfrentarse a ellos violentamente. La violencia la provoca la élite gobernante que se aferra al poder, no el pueblo. Beneficia a las minorías dominantes, no a la mayoría dominada. La única forma que tiene la mayoría dominada de dejar de ser dominada es negándose, pacíficamente, pero masivamente también, a seguir siéndolo. El poder, en última instancia, es siempre del pueblo. El problema es que este poder sólo surge en momentos muy excepcionales. Sólo será posible transformar el actual sistema cuando dicho poder no sea la excepción sino la regla, cuando el pueblo aspire a conquistarlo, ejercerlo y mantenerlo. Las armas del pueblo son la fuerza de la razón, la más elemental ética, el pacifismo, el civismo, y sobre todo la unidad y determinación de las masas. La verdadera fuerza del pueblo reside, por encima de todo, en el número. Cuando la gente se rebela *masivamente*, las minorías poco pueden hacer. Sin embargo, toda revolución triunfante debe tomar medidas para asegurarse la fidelidad de los militares a la democracia, al pueblo.

Toda regla tiene sus excepciones. La aparente brutal represión de Gadafi sobre su propio pueblo a raíz de la rebelión popular, contagiada por la ola revolucionaria árabe de principios del año 2011, nos recuerda que no siempre es posible enfrentarse pacíficamente al poder. Hay muchos ejemplos en la Historia de tiranos que se aferraron al poder usando la violencia contra su propio pueblo. Cuando el tirano de

turno se aferra al poder, recurre a la violencia, por lo menos lo intenta. El poder rara vez cede sin violencia, de una u otra forma, más o menos intensa. En Túnez también hubo muertos. Mubarak en Egipto también ejerció la violencia. Envío aviones a sobrevolar las manifestaciones populares, en un intento evidente de intimidación, incluso envió a partidarios suyos para intentar reventar las protestas populares, provocando enfrentamientos violentos. Intentó la clásica estrategia de desgastar y cansar a la ciudadanía, de ceder mínimamente, de hacer cambios superficiales, de dilatar las cosas (como al comprometerse a no presentarse a las siguientes elecciones), etc., etc. En la revolución egipcia también hubo muertos, cerca de 400 según algunas estimaciones. El caso libio desde luego parece distinto. Gadafi no es Mubarak. Libia no es Egipto. Libia, en el momento de producirse lo que ya podemos calificar como guerra civil en 2011, es el país de África con mejor Índice de Desarrollo Humano (IDH) y con más alto Producto Interior Bruto (PIB). Nadie puede negar que el petróleo libio pueda ser un factor determinante en este conflicto. No por casualidad la “comunidad internacional” tiene el ojo puesto en Libia (ya desde hace tiempo, recordemos los bombardeos que sufrieron Trípoli y Bengasi en el año 1986 por parte de Estados Unidos), mientras hace la vista gorda con otras masacres populares, como en Palestina. También nos decían que en el Irak de Sadam Hussein había armas de destrucción masiva, y luego nadie las vio por ningún lado. También, “casualmente”, Irak es uno de los países con más reservas petrolíferas. Lo ocurrido en Libia es muy confuso, mucho más que lo ocurrido en sus países vecinos a principios del año 2011, año en el que se escribe este libro. Yo mismo he tenido que reescribir estas líneas varias veces.

No podemos fiarnos de los grandes medios de comunicación. Esto es algo que nunca debemos olvidar, tenemos ejemplos continuos de manipulación sistemática de la verdad. De Libia nos llegan informaciones muy contradictorias. Por un lado, nos presentan a Gadafi como un tirano que no duda en reprimir violentamente a su propio pueblo. Por otro lado, nos llegan informaciones que desmienten esta versión de los hechos, incluso testimonios por Internet de personas españolas que viven allí desde hace cierto tiempo que contradicen lo que vemos u oímos a diario en los grandes medios. Debemos ser muy prudentes con las conclusiones que saquemos siempre sobre los acontecimientos históricos. ¡La propaganda y la desinformación están por doquier! Si Gadafi es un tirano que reprime brutalmente a su pueblo, no podemos más que condenarlo. Una cosa está clara: lleva más de 40 años al frente del país, su familia parece tener cierta omnipresencia en la sociedad libia. Pero tampoco hay que descartar la posibilidad de que, tal como les ha pasado a otros países, la Libia de Gadafi esté sufriendo una campaña de desinformación masiva. Según algunas informaciones, el líder libio se habría enfrentado desde hace algún tiempo a parte de su burocracia para repartir mejor la riqueza generada por el petróleo entre el pueblo, afectando esto también a los intereses de las petroleras extranjeras, estaría intentando de hecho dismantelar la burocracia ministerial para sustituirla por una gestión directa del ejecutivo por órganos populares, siendo esa parte de la élite libia la que hubiera instigado las revueltas populares, sustentadas en viejas rencillas tribales y aprovechando el tirón de la ola revolucionaria árabe. Así como en Egipto las protestas populares parecían claramente sugerir que la inmensa mayoría del pueblo estaba en contra de Mubarak, no parece haber ocurrido lo mismo en Libia. Insisto, no disponemos de información suficiente y fiable para sacar conclusiones. Sólo podemos

especular. Lo que sí podemos asegurar es que quienes hasta hace poco apoyaban a las dictaduras árabes ahora se nos han convertido en adalides de la “libertad” y la “democracia”. Lo que sí podemos asegurar es que los grandes medios de “información” que tanto nos han machacado con las “dictaduras” de Cuba o Venezuela, hasta ahora, han obviado las dictaduras que teníamos a pocos kilómetros de distancia, siguen ignorando muchas de ellas. La hipocresía de los gobiernos y de los grandes medios de comunicación capitalistas es más que evidente. ¿Pero qué puede esperarse de una sociedad donde la mentira campa a sus anchas, donde ya nadie se fía de nadie?

En cualquier caso, por lo que respecta a la cuestión que estábamos tratando, lucha pacífica vs. lucha armada, lo que está claro es que no siempre es posible la lucha popular pacífica. Pero incluso cuando el poder ejerce su violencia más despiadada, el poder se va resquebrajando. Esa violencia despiadada ejercida sobre el pueblo indefenso provoca fisuras en el poder. En cualquier caso, el pueblo, muchas veces, aunque no siempre, lejos de amedrentarse cuando es sometido a la despiadada y cobarde violencia de sus dirigentes, al contrario, se crece. La indignación y la rabia populares aumentan. Las muertes producidas, lejos de acobardar a la gente, la envalentona. Las muertes no pueden ser en vano. Por mucho que el poder pueda bombardear una ciudad desde el aire, sólo es posible controlar la situación en tierra. Ni siquiera los ejércitos más poderosos del planeta pueden dominar un territorio desde el aire. Y cuando los ejércitos de tierra toman contacto con las masas sublevadas, crecen las probabilidades de que confraternicen con ellas. No todas las revoluciones son iguales. Ni todas las rebeliones son igualmente populares, ni todas tienen los mismos objetivos. Ni todas acaban igual. Si bien hay que procurar la lucha pacífica (pues es la que interesa al pueblo, a las masas oprimidas), en ciertas circunstancias, es inevitable cierta lucha armada. La violencia nunca puede aprobarse, pero en ciertos casos es comprensible. ¿Es posible defenderse pacíficamente cuando a uno le agraden violentamente? ¿Hasta qué punto es posible?

El pueblo sólo puede vencer si permanece unido, si se rebela en masa. La gente debe organizarse para poder llevar a cabo la revolución. Y dicha organización siempre surgirá de una vanguardia. Vanguardia que no siempre adopta las mismas formas, que no siempre es igualmente visible, que no siempre es tal o cual organización preexistente. No todos los ciudadanos van de repente y simultáneamente a concienciarse y organizarse. El proceso de concienciación y organización surge poco a poco, no de la noche a la mañana. Primero unos pocos ciudadanos se conciencian, van por delante de sus conciudadanos, se organizan y procuran reclutar o movilizar a más ciudadanos, o lo hacen indirectamente, sin querer, porque se convierten en ejemplos a seguir, en el detonante de la rebelión de las masas. La vanguardia siempre existe, incluso en las organizaciones anarquistas. El lector y el autor de este trabajo también son vanguardia. Las revoluciones espontáneas en los países árabes también han tenido su vanguardia. Unos pocos ciudadanos se rebelaron, se inmolaron, frente a la injusticia en Túnez y eso provocó una reacción en cadena. A su vez, esta rebelión ejerció de vanguardia para el resto del mundo árabe. Y, no lo olvidemos, no basta con rebelarse. Hay, además, que lograr cambios sistémicos. Si es posible una rebelión de carácter bastante espontáneo, donde casi no hay vanguardia, no es, sin embargo, posible, o por lo menos es mucho más difícil, que se produzcan cambios profundos

sociales sin una vanguardia que los lidere. La cuestión por tanto no consiste en despreciar o prescindir de las vanguardias o de los liderazgos, en pensar de manera ilusoria que la revolución surgirá repentina o espontáneamente en las masas, sin ningún tipo de vanguardias, sino en considerar los liderazgos como algo necesario, inevitable, pero potencialmente peligroso. Incluso en el estallido social más espontáneo siempre hay cierta vanguardia. La diferencia estriba en el *grado* de liderazgo ejercido, en su visibilidad, en su organización, pero siempre hay ciertas personas que se ponen por delante de las demás. Cualquier estallido social, cualquier revolución, sólo puede prosperar si existen ciertas personas u organizaciones capaces de canalizar y coordinar los deseos del pueblo, de las masas rebeladas.

Una revolución no triunfa sólo cuando se expulsa del poder a cierto dirigente, a cierto partido, o a cierta clase, sino cuando, además, se producen cambios sistémicos profundos. Y para ello el pueblo debe ejercer una labor de vigilancia permanente en todo el proceso de transición. Esa labor debe ejercerla su vanguardia, a su vez vigilada por las masas. No todas éstas pueden participar *directamente* en el proceso de transición, no es posible que todas ellas se reúnan con los dirigentes encargados de hacer la transición. Esto sólo pueden hacerlo unas pocas personas, la vanguardia, los líderes. Tarde o pronto, no es posible evitar los liderazgos, incluso no es posible que éstos suplanten en cierta medida a las masas, pero sí es posible minimizar esa suplantación. Se trata de construir los liderazgos con el objetivo de posibilitar la revolución pero procurando que no se conviertan posteriormente en su principal enemigo. Se trata pues de minimizarlos, de acotarlos, de controlarlos todo lo posible. Siempre es mejor que la vanguardia revolucionaria sea un conjunto de personas más que una persona, un conjunto de partidos más que uno solo. En cualquier caso, **toda vanguardia debe ser consciente de los peligros que ella misma representa para cualquier revolución. Toda vanguardia revolucionaria debe aspirar a limitar todo lo posible su poder, a someterse todo lo posible a las bases, al pueblo, a las masas.** De esta necesaria relación dialéctica, bidireccional, de mutuo control, entre las masas y sus líderes deben ser conscientes tanto los líderes como las masas. Todo líder debe advertir a quienes lidera del peligro que él representa para ellos, del peligro de cualquier liderazgo. Y las bases, las masas, deben ser conscientes de la necesidad de los liderazgos, pero de la necesidad también de limitarlos y controlarlos en todo momento. La élite revolucionaria debe *fecundar* la actividad del partido o partidos y no *controlarla*, debe *desarrollar* el movimiento de las masas en vez de *restringirlo*, como decía Rosa Luxemburgo. Y la única manera de que dicha élite cumpla con su papel revolucionario es haciendo que sea controlada en vez de que controle, es obligándola a que responda ante las bases, ante las masas.

Y debe hacerlo de manera concreta, sin limitarse a meras declaraciones de intenciones, sin depender de las intenciones o actitudes de las personas. Debe organizarse de la manera más democrática posible desde el principio, poniendo todos los medios posibles para evitar que la democracia disminuya. Al contrario, la democracia debe ir aumentando y mejorando en el tiempo. Si bien la vanguardia debe asumir cierto protagonismo al principio (en el proceso de transición entre el viejo y el nuevo sistema), éste debe tender cuanto antes a ir disminuyendo todo lo posible. Sólo así es posible hacer la revolución y evitar que surja la contrarrevolución, por lo menos desde las filas de los propios revolucionarios. **La vanguardia es necesaria para que**

surja la revolución, para que se asiente, pero también es un obstáculo para su evolución. La vanguardia es a la vez el catalizador de la revolución y una de sus principales enemigas. Es por sí misma contradictoria, como el propio ser humano. Hay siempre que recordar la naturaleza contradictoria de la vanguardia revolucionaria para protegerse de sus contradicciones, para intentar controlarlas. Sin vanguardia no hay revolución, pero la vanguardia es potencialmente contrarrevolucionaria. Lo mismo podemos decir de la disciplina. Se trata por tanto de llegar a un equilibrio y evitar que se rompa. Se trata de usar la vanguardia y la disciplina para posibilitar la revolución, pero también de evitar que impidan el avance revolucionario. Esto sólo puede lograrse mediante la democracia más radical, mediante el desarrollo continuo de la democracia. La democracia debe realimentar a la revolución, posibilitando que el protagonismo de la revolución sea cada vez más de las bases, del proletariado, de todo el pueblo, partiendo de una democracia suficiente. Si se parte de una democracia insuficiente la contrarrevolución es muy probable, por no decir inevitable. La democracia es la garantía de la revolución, es por lo menos la infraestructura que posibilita el avance social. No es de por sí suficiente, pero es imprescindible. Sin ella la revolución, tarde o pronto, degenera. Sin ella la vanguardia se traiciona a sí misma.

Lo *ideal* sería una revolución sin vanguardias, donde el pueblo asumiera *todo* el protagonismo desde el principio y hasta el final. Pero dado que el ser humano no puede cambiar de la noche a la mañana, dado que los individuos estamos acostumbrados desde hace siglos a dejarnos llevar por ciertas minorías, es muy poco probable, por no decir imposible, que triunfe una revolución sin cierta vanguardia, sin cierto liderazgo. Además de por ciertos problemas “técnicos”, como ya hemos comentado. No es posible aplicar la democracia *directa* a grandes grupos de personas, menos todavía en situaciones transitorias donde se producen grandes cambios políticos en muy poco tiempo. Como decía Lenin: *Aquellos que esperan ver una revolución social ‘pura’ no vivirán para verla. Esas personas prestan un flaco servicio a la revolución al no comprender qué es una revolución.* Las revoluciones anarquistas, de hecho, prácticamente han sido inexistentes y las que tuvieron lugar sólo lograron cierto éxito muy limitado en el espacio y en el tiempo, fueron rápidamente vencidas. Por ejemplo, la Comuna de París duró apenas un par de meses y la Revolución española de 1936 apenas unos meses, casi un año. Las vanguardias, los liderazgos, nos gusten o no, que no nos gustan, son, por lo menos actualmente, tal como es hoy el ser humano, necesarios. Incluso quienes propugnan el espontaneísmo de las masas, la necesidad y posibilidad de la revolución sin vanguardias, se contradicen a sí mismos. Por el simple hecho de opinar sobre cómo debe hacerse la revolución, ellos ya se convierten en cierta medida, quieran o no, en vanguardia. El anarquismo tiene también su vanguardia, sus padres ideológicos, como Bakunin, Kropotkin, Proudhon, Malatesta, etc. La mayor parte de estos intelectuales anarquistas, además de propugnar la espontaneidad de las masas, reconocieron la necesidad de cierta vanguardia, por lo menos ideológica.

Todo movimiento social, la sociedad humana en general, siempre tiene ciertas personas que se colocan, en la teoría y/o en la práctica, por delante de las demás. Las vanguardias forman parte de la historia humana. No ha habido ningún avance en cualquier faceta de la sociedad humana sin vanguardias. La diferencia entre unas vanguardias y otras estriba en si se implican en el campo de la teoría o en el de la

práctica, o en ambos, y en cuánto y cómo se implican. Las vanguardias anarquistas, por ejemplo, se implican lo menos posible y generalmente en el campo de la teoría. Se limitan a decir cómo ellas creen que deben hacerse las cosas, pero no intervienen en la praxis, o si lo hacen, es mínimamente. Esperan a que las masas actúen por sí mismas. Esto tiene la ventaja de que dichas vanguardias no suplantán a las masas, pero al mismo tiempo las deja desvalidas, pues éstas son capaces de organizarse, y concienciarse, hasta cierto punto. Todos los seres humanos tenemos limitaciones a la hora de concienciarnos, unos más otros menos, pero todos las tenemos. Cuanto más contrastemos, más nos concienciaremos. Debemos contrastar entre lo que nos dicen y lo que observamos a nuestro alrededor, entre lo que oímos y lo que vivimos, entre la teoría y la práctica. Pero también entre ideas distintas. El pensamiento humano no parte de cero. Debemos diversificar nuestras fuentes de conocimiento, cuanto más mejor. Pero no basta con concienciarnos, debemos también organizarnos.

No se ve por ningún lado, en estos principios de siglo XXI, organizaciones de tipo anarquista con cierta presencia, salvo algunos sindicatos. No hay un movimiento político de corte anarquista organizado con cierta presencia, al menos en el Estado español. Y si los hay, son marginales, puramente anecdóticos. ¿Por qué? Si las masas son capaces de organizarse por sí mismas, espontáneamente, ¿por qué no lo hacen? ¿Es que podemos escudarnos ahora en la incultura o el analfabetismo del pueblo? Es que el pueblo no es consciente, me dirán los anarquistas. Cierto. Al menos en parte. ¿Y por qué? Porque existe una élite, la burguesía, que se encarga de que así sea. Lo cual demuestra que la gente se comporta como ovejas. Y el problema es que por mucho que las ovejas estén mejor formadas ahora que antaño, se comportan cada vez más como ovejas. Por esto estamos viviendo una fase de involución a todos los niveles, salvo algunos episodios revolucionarios, por ahora, excepcionales. Los retrocesos sociales no ocurren por casualidad. ¿Cómo los evitamos pues? Contrarrestando la influencia de esa élite. ¿Quién puede hacerlo? Otra "élite". La vanguardia revolucionaria. La gente necesita un pequeño empujón, por lo menos inicialmente. Las ovejas necesitan ser agitadas por las ovejas negras. El pastor es la élite social dominante. Las ovejas negras constituyen la vanguardia revolucionaria. Incluso los anarquistas reconocen todo esto implícitamente, indirectamente. El problema es que ellos dan un empujón insuficiente, que se limita a la cuestión teórica, sobre todo en el ámbito político, se limitan a no intervenir, por miedo tal vez de suplantarse a las masas. El problema es que si uno tiene miedo de hacer lo incorrecto, puede no hacer nada. No hacer nada para evitar los errores, tal vez, sea el peor error. No arriesgarse es peor que arriesgar y fracasar. Se podrá criticar a los movimientos de corte marxista-leninista, y no seré yo quien no les critique (hay que criticar siempre todo, constructivamente), pero por lo menos ellos se implicaron hasta las últimas consecuencias, no se quedaron a medias, no se limitaron a aconsejar desde los despachos y a ejercer de espectadores, no se limitaron a la lucha sindical, se implicaron en la política. **La vanguardia revolucionaria debe implicarse de principio a fin, en las ideas y en sus realizaciones prácticas, en el ámbito local e internacional, en la lucha sindical y en la política. Pero debe implicarse de manera limitada para no hacer depender en exceso la revolución de ella. Sin ella no hay revolución pero con demasiado protagonismo de ella tampoco.**

Hasta la vanguardia anarquista se organizó políticamente en su día. Bakunin participó activamente en la lucha política, creó la Alianza Internacional de la Democracia Socialista, ingresó incluso en la Primera Internacional fundada por Marx y Engels. Mucha gente desconoce que existe en la actualidad una organización transnacional anarquista llamada Internacional de Federaciones Anarquistas (IFA). Si bien las organizaciones anarquistas no existen para las masas. No es de extrañar que sean desconocidas por la opinión pública. Yo mismo las desconocía hasta hace poco. ¡Y no vale excusarse con que los medios burgueses no las promocionan! Tampoco lo hacen en el caso de las organizaciones marxistas, y, sin embargo, éstas son más conocidas. Poca gente (mínimamente informada) no ha oído hablar de la Cuarta Internacional, o de la petición de una Quinta Internacional. Sin embargo, la IFA es una perfecta desconocida, incluso para mucha gente informada y concienciada. En contra de lo que cree mucha gente, incluidos muchos anarquistas, el anarquismo no se opone a toda forma de organización, tan sólo estipula otras formas de organización: el federalismo, organizaciones horizontales donde el poder fluya desde abajo hacia arriba, donde la libertad y la igualdad sean los sustentos de todo grupo humano.

Rudolf Rocker en *Anarquismo y organización* defiende la necesidad de organizaciones anarquistas, combate la idea que identifica *anarquismo* con *individualismo*:

*En la organización hay un campo de actividad para todos. La estrecha cooperación de los individuos por una causa común es un medio poderoso para el levantamiento de la fuerza moral y de la conciencia solidaria de cada miembro. **Es absolutamente falso el afirmar que en la organización se pierden la individualidad y el sentimiento personal. Todo lo contrario, justamente por el constante contacto con iguales se despliegan recién las mejores cualidades de la personalidad.** Si se entiende por individualismo nada más que el constante pulimiento del propio YO y el ridículo temor de que en todo contacto estrecho con otros hombres reside un peligro para la propia persona, se olvida que justamente ahí yace el mayor obstáculo para el desarrollo de la individualidad. Cuanto más estrechamente está ligado un hombre a sus prójimos y cuanto más profundamente siente sus alegrías y sus dolores, más hondo y rico es su sentimiento personal y más grande su individualidad. Se puede afirmar tranquilamente que **el sentimiento personalista de un hombre se desarrolla directamente de su sentimiento social.***

*Por eso el anarquismo no es contrario a la organización, sino su más ferviente defensor, claro está, suponiendo que se trata de una **organización natural de abajo arriba, que nace de las relaciones comunes de los hombres y encuentra su expresión en una cooperación federativa de las fuerzas.** Por eso combate también toda imposición de esa cooperación que se impone desde arriba sobre los hombres; porque destruye las relaciones naturales entre ellos, que es la base de toda organización real y convierte a cada individuo en una parte automática de una gran máquina que se dirige por privilegiados y trabaja para determinados intereses particulares.*

Anarquía no es desorden, no es falta de orden, es otro orden, un orden social alternativo. El anarquismo, por lo menos sus corrientes mayoritarias socialistas, el

socialismo o comunismo libertario, no considera al individuo *asocial*, al contrario, estipula que el individuo se realiza verdaderamente cuando convive en sociedad, el anarquismo propugna relaciones de igualdad entre los seres humanos, no propugna el aislamiento del individuo. **El anarquismo es federalista, no individualista.** Para el anarquismo la libertad de los seres humanos, como individuos, se realiza en sociedad, la libertad de uno no acaba donde empieza la de otro, sino que empieza donde empieza la de otro. Uno no puede ser libre si no lo son sus semejantes, quienes conviven con uno. En esto el anarquismo no se diferencia tanto del marxismo, en contra de lo que cree mucha gente. Sus diferencias no son tan insalvables. En determinados momentos históricos el marxismo se aproximó al anarquismo, y viceversa. Y esto ocurrió así, probablemente, porque la Verdad no está del todo en ninguna de las dos ideologías, porque el marxismo tiene en parte razón y el anarquismo tiene también en parte razón. Cuando uno lee a los principales intelectuales anarquistas es muy difícil no ver influencias del marxismo, y viceversa. **El anarquismo y el marxismo no se diferencian en los principios básicos, en los objetivos finales. Se diferencian sobre todo en la manera de alcanzar dichos objetivos, en los objetivos marcados a corto plazo.** El marxismo, aun coincidiendo en esencia con el anarquismo en cuanto a la sociedad deseada, considera que no es posible alcanzarla a corto plazo, estipula un periodo transitorio. La sociedad comunista final es en esencia equivalente a la sociedad anarquista. Una sociedad sin clases, sin explotación del hombre por el hombre, donde los individuos son libres, es decir, donde se relacionan en condiciones de igualdad. Ciertas interpretaciones autoritarias del marxismo en verdad se distancian de ciertos postulados esenciales del propio marxismo, como aquel que dice que el individuo sólo puede ser libre en sociedad si se relaciona con sus semejantes en igualdad de condiciones, si en la sociedad no hay pastores ni ovejas, como aquel que reivindica que el proletariado debe emanciparse por sí mismo. Muy sintomático es el hecho de que tanto Marx como Bakunin reivindicaron la Comuna de París, para ambos el camino es el marcado en dicha experiencia revolucionaria.

El “socialismo autoritario” realmente surgió a partir de ciertas interpretaciones del marxismo, alimentadas por ciertas contradicciones del propio marxismo. El talón de Aquiles del marxismo, el concepto de la dictadura del proletariado, posibilita interpretaciones muy peligrosas. El marxismo ha sufrido interpretaciones contrapuestas en algunos aspectos esenciales. Incluso Lenin en determinados momentos se aproxima a los postulados menos autoritarios, más anarquistas. Aunque en otros momentos se aleja del anarquismo y deriva en cierto autoritarismo, que con el tiempo dio pie al estalinismo. El centralismo propugnado por Lenin, indudablemente, se aleja del federalismo anarquista. Pero, precisamente, por eso mismo la revolución bolchevique triunfa, alcanza el poder político en el país más grande de la Tierra, no así las revoluciones anarquistas que sólo triunfan temporalmente en ámbitos espaciales muy limitados. Y también ese centralismo que posibilita que el poder político lo alcance el proletariado, o un partido que actúa en su nombre, posibilita que la revolución degenera. El centralismo facilita, en principio, el triunfo sobre la burguesía, pero el federalismo se nos aparece como el que realmente puede garantizar que la revolución no degenera. Tienen razón los marxistas cuando dicen que la manera más eficaz de combatir a la burguesía es mediante el centralismo (siempre que la dirección sea la adecuada, pues si no el centralismo se convierte en la mejor manera de hacer que

fracase la revolución), pero tienen razón también los anarquistas cuando dicen que la revolución social debe hacerse sobre todo desde abajo, recurriendo al federalismo. Probablemente, la solución esté en cierto compromiso entre ambos extremos, en la combinación entre cierto centralismo y cierto federalismo. En centralizar en algunas cuestiones y en algunos momentos, y en descentralizar en otras cuestiones y en otros momentos. Tanto en el periodo anterior a la conquista del poder político (revolución política) como en el periodo posterior de ejercer dicho poder (revolución social y económica).

Tanto el centralismo como el federalismo tienen sus ventajas y sus inconvenientes. En ambos extremos existen peligros contrarrevolucionarios. El centralismo puede facilitar el triunfo sobre la burguesía cuando la dirección es la correcta (como así ocurrió en Rusia en 1917), pero puede facilitar también el fracaso anticipado, la renuncia a la lucha, a la conquista del poder político, cuando la dirección no es la correcta (como así ocurrió en Alemania en 1918-1919). El centralismo puede ser también un obstáculo para la conquista del poder político, y siempre lo es, tarde o pronto, para la larga labor de transformar la sociedad. El centralismo, cierto grado importante del mismo, se nos aparece como imprescindible para despojar a la burguesía del poder político, en la rápida dinámica de la revolución política, pero se nos aparece también como indeseable en el lento proceso de la revolución social. Por el contrario, el federalismo, cierto grado mínimo de descentralización, se nos hace imprescindible para evitar los inconvenientes de una mala dirección en la revolución política, de hecho para evitar que la dirección sea incorrecta, y debe incrementarse notablemente a medida que la revolución social avanza y se asienta. El peligro del centralismo, de su exceso, es la contrarrevolución (ya sea porque una mala dirección impide la conquista del poder político, ya sea porque la conquista del poder político hace que la revolución degenera progresivamente al ser monopolizada por una élite que sucumbe ante el burocratismo), consiste en anular la autonomía del individuo, la iniciativa espontánea de las masas, el control ejercido por las bases. Y el peligro del federalismo, de su exceso, es la descoordinación que impide el triunfo sobre la burguesía en escalas temporales y espaciales suficientemente amplias. El federalismo posibilitó la resistencia obrera española frente al golpe de Estado de Franco en 1936, pero su exceso, entre otros motivos, impidió la toma del poder político en la Segunda República española, la generalización de la revolución a *toda* España, facilitando así el triunfo de la reacción. Lo mismo ocurrió en la Comuna de París, en general en las revoluciones de corte anarquista, donde el proletariado se organiza espontáneamente y en base a un federalismo excesivo desde el principio. El centralismo posibilitó el triunfo de la Revolución bolchevique, pero su exceso facilitó la contrarrevolución estalinista. El centralismo imposibilitó la Revolución alemana en 1918-1919, pues la dirección, a la que estaban sometidas las bases, no estuvo a la altura de las circunstancias.

Como vemos, **es necesario cierto equilibrio entre centralismo y federalismo.** Se necesita un mínimo de centralismo y un mínimo de federalismo. Antes de despojar a la burguesía del poder político y del control de la sociedad, se necesitan altas dosis de centralismo (pero también ciertas dosis de federalismo para no anular las iniciativas locales y sobre todo para hacer que las bases controlen a las élites revolucionarias), pero una vez que el pueblo controla la situación, por lo menos mínimamente, se hace

necesario ir aumentando progresivamente todo lo posible el federalismo en detrimento del centralismo, pero siempre que no degenera en un falso autonomismo, siempre que la organización territorial del Estado no degenera en reinos de Taifas. Centralización para coordinar lo que debe ser común a todos los ciudadanos, descentralización para gestionar lo local, para acercarse a los problemas cotidianos de los ciudadanos. Pero nunca hay que perder de vista que el problema no es tanto si centralizar o descentralizar, sino sobre todo democratizar. Lo verdaderamente importante es dar el máximo protagonismo al pueblo. El poder debe fluir desde abajo hacia arriba, en cada escala considerada. Los vecinos de un barrio deben ser quienes protagonicen la gestión de sus asuntos locales. En lo general, quienes deben hacerlo son los ciudadanos de todo el país. Los vecinos de un barrio de una ciudad deben someterse a la voluntad de todos los ciudadanos del país en cuanto a los asuntos que atañen a todos los ciudadanos de dicho país. Sólo en este caso la voluntad popular se supedita a una instancia superior: la voluntad popular de otros ciudadanos, de más ciudadanos. Sólo en esos casos el poder fluye de arriba hacia abajo, aunque en verdad también viene de abajo, de los propios ciudadanos, pero no de una pequeña parte de ellos, sino de una parte todavía mayor. Todos los organismos, tanto locales, como generales, como los intermedios, deben existir, tan "sólo", para que el poder popular fluya lo mejor posible allá donde deba fluir, para gestionar las decisiones tomadas por los ciudadanos. Cuando el poder venga desde arriba en determinado momento y en determinado lugar, debe ser porque a su vez venía desde abajo, desde otro lugar más amplio que abarca al propio. El origen de toda decisión debe estar siempre abajo, en el universo de ciudadanos a considerar. Ese universo estará constituido por unos pocos ciudadanos cuando se trata de asuntos locales, pero ese universo estará formado por muchos ciudadanos de muchas zonas cuando se trate de asuntos que incumben a todas esas zonas. Pero para ello, para que toda decisión tenga su origen siempre abajo, es imprescindible que en cada escala considerada los ciudadanos tengan el verdadero control de la situación. Todas las decisiones que incumben a los ciudadanos deben ser tomadas por los mismos ciudadanos de la manera más democrática posible. Dependiendo del tamaño del grupo humano considerado habrá que emplear unos métodos democráticos u otros, pero el principio básico debe ser siempre el mismo: los ciudadanos deben tener el máximo protagonismo posible en todo momento. Dicho protagonismo no puede ser el mismo cuando hablamos de unos pocos centenares de ciudadanos que cuando hablamos de millones, pero en cada caso debe buscarse la fórmula adecuada de participación que maximice el poder ciudadano. Recordemos que el burocratismo surge cuando la burocracia toma decisiones sin control externo, sin control popular. La burocracia se aleja de la sociedad, se sirve de ella en vez de servirla, cuando la primera no rinde cuentas ante la segunda. Todo gestor debe rendir cuentas ante sus correspondientes gestionados. Sólo así la gestión se hace por el interés general, sólo así la gestión es más eficiente.

Para los asuntos generales de un país no hay más remedio que usar la democracia representativa (pero desarrollándola suficientemente, no basta la democracia "representativa" burguesa heredada, la cual es muy poco representativa). Para los asuntos locales se debe recurrir a la democracia directa. Y los organismos locales y generales deben coordinarse adecuadamente aplicando el federalismo. El poder popular debe estar presente a todas las escalas, no debe perderse en la maraña jerárquica de un Estado. Cada funcionario, cada dirigente político, debe sentir muy

presente el control popular, tanto desde arriba como desde abajo. Dicho control se ejercerá de distinta manera dependiendo de la escala considerada, pero debe ejercerse siempre eficazmente. La obsesión de cualquier sistema democrático debe consistir, en todo momento, en cómo ejercer dicho control, en cómo mejorarlo, en cómo corregir sus errores. **La democracia es sobre todo control popular.** La elegibilidad sirve de bien poco si no va acompañada del control popular. Esto lo sabemos de sobras quienes hemos “disfrutado” de la simbólica democracia burguesa. El control se implementa a través de la transparencia, de la revocabilidad, del mandato imperativo, de la separación de poderes, de las asambleas. Los gobernantes deben responder por sus gobiernos de distintas maneras y deben sentir siempre cercana la presión popular, la permanente amenaza de ser preguntados por su gestión, de ser incluso destituidos directamente por los gestionados, de responder por sus errores o su incompetencia. Ningún funcionario público, ningún trabajador, ningún ciudadano en general, debe sentirse impune. Todos debemos controlarnos a todos. Todos debemos controlar, y ser controlados. Por igual. Éstas son las reglas básicas de la auténtica democracia. Sus ingredientes fundamentales son: libertad, igualdad y control.

Obviamente, el problema de la centralización vs. descentralización es mucho más complejo que las líneas generales expuestas aquí brevemente y se sale por completo del objeto principal del presente libro. Para quien desee profundizar en dichas cuestiones le recomiendo el libro coordinado por Marta Harnecker titulado *La descentralización ¿fortalece o debilita el Estado nacional?* En él puede asistirse a un interesante debate sobre el asunto, protagonizado por diversos intelectuales así como por políticos que han tenido experiencias reales en diversos países, sobre todo americanos.

Como decíamos, el marxismo y el anarquismo se han aproximado en determinados momentos, se han influenciado notablemente. Podemos encontrar ciertas citas de Lenin, claramente influidas por el anarquismo, como por ejemplo:

La clase obrera es más revolucionaria que el partido más revolucionario.

No queremos que las masas nos crean sin más garantía que nuestra palabra. No somos charlatanes, queremos que sea la experiencia la que consiga que las masas salgan de su error. [...] La misión de los bolcheviques es estimular de forma real tanto la conciencia de las masas como su iniciativa local, audaz y decidida, estimular la realización espontánea, el desarrollo y consolidación de las libertades democráticas, del principio de posesión de todas las tierras por todo el pueblo.

Una de las tareas más importantes, si no la más importante, de la hora presente consiste en desarrollar con la mayor amplitud esa libre iniciativa de los obreros y de todos los trabajadores y explotados en general en su obra creadora de organización. Hay que desvanecer a toda costa el viejo prejuicio absurdo, salvaje, infame y odioso de que sólo las llamadas ‘clases superiores’, sólo los ricos o los que han cursado la escuela de las clases ricas, pueden administrar el Estado, dirigir la estructura orgánica de la sociedad capitalista.

Una minoría, el Partido, no puede implantar el socialismo. Podrán implantarlo decenas de millones de seres cuando aprendan a hacerlo ellos mismos.

En el libro *Marx anarquista* de Maximilien Rubel y Louis Janover, pueden encontrarse bastantes citas de Marx y Engels de corte claramente anarquista. E, incluso, podemos encontrar citas de anarquistas como Bakunin reivindicando la organización y la disciplina:

Por hostil que yo sea referente a lo que en Francia se llama disciplina, debo no obstante reconocer, que cierta disciplina no automática sino voluntaria y razonada es y será siempre necesaria allí donde se junten voluntariamente varios hombres para una obra común o deseasen una acción común para afianzar un movimiento. Esta disciplina no es más que voluntario acuerdo razonado para un común propósito y para la unificación de todas las energías individuales para un fin común.

No cabe duda de que también podemos encontrar citas de Lenin criticando al anarquismo o de Bakunin criticando al socialismo autoritario o estatista. Y no cabe duda de que podemos encontrar muchas citas de otros marxistas muy influidas por el anarquismo, y viceversa. En cualquier caso, hay puentes de comunicación entre el marxismo y el anarquismo. En ambos casos el individuo se considera social, la libertad del individuo se realiza en sociedad, no se opone a la libertad social. En ambos casos se propugna un nuevo orden social, que es en esencia el mismo. En ambos casos se aboga por que los proletarios se organicen. En ambos casos se dice que la emancipación del proletariado debe ser obra del propio proletariado. Incluso Lenin lo afirma, aunque también es verdad que luego en la praxis se contradice a sí mismo en determinados momentos, pero dichas contradicciones hay que comprenderlas dentro de un contexto que hace muy difícil ser fiel a las convicciones propias. Incluso los anarquistas se contradijeron a sí mismos en determinados momentos históricos (como cuando la CNT decide participar en el gobierno de la Segunda República española, atentando contra el dogma de la no participación en el Estado). Las diferencias fundamentales entre el marxismo y el anarquismo tienen que ver sobre todo con la estrategia revolucionaria, residen en cómo alcanzar la sociedad comunista o anarquista. El marxismo apuesta por liderazgos más fuertes, más comprometidos, el anarquismo por la menor intervención posible de la vanguardia. El anarquismo tiene más fe en el espontaneísmo de las masas. Y lo que les diferencia sobre todo es la cuestión del Estado. Para el marxismo no es posible prescindir de él a corto plazo, el proletariado debe conquistarlo, usarlo y transformarlo para superar la sociedad clasista. Con el tiempo el Estado se extinguirá. Para el anarquismo, por el contrario, el Estado debe abolirse *inmediatamente*. No es posible superar la sociedad clasista con el Estado. Para ambas ideologías el Estado sólo puede ser clasista. En esto coinciden también. Ambas caen en cierto determinismo fuerte en la cuestión del Estado, derivado de un relativismo mal calculado (remito a mi artículo *Relativizando el relativismo*). Para ambas el Estado sólo puede seguir siendo como así ha sido en el pasado. Ambas identifican el Estado *burgués, oligárquico* en general, con el Estado. El diagnóstico de la situación, así como el objetivo final, incluso la previsión en el futuro del *estado* del Estado, que ambas ideologías asocian a su *naturaleza* (el Estado sólo puede ser clasista, porque lo es por definición), son idénticos en el marxismo y en el anarquismo. No así la estrategia a corto plazo. El marxismo apuesta decididamente por la lucha política, adaptándose lo necesario al estado actual de la sociedad. El marxismo se arriesga a adaptarse demasiado al estado actual de la sociedad,

imposibilitando el salto definitivo. El anarquismo, por el contrario, apuesta decididamente por dar un salto brusco inmediato, arriesgándose a no poder darlo, a no poder conectar el presente con el futuro. El marxismo corre el riesgo de volver al pasado, por dar un salto insuficiente. El anarquismo corre el riesgo de no poder partir del presente, de no poder dar el salto, por obviar la necesaria transición, por no adaptarse a las circunstancias actuales. En este aspecto de la estrategia a corto plazo para superar la sociedad clasista ambas ideologías están en las antípodas. ¿Cómo lograr el salto? ¿Cómo lograr partir del presente sin volver a él? ¿Combinando tal vez algo de marxismo con algo de anarquismo? El marxismo y el anarquismo deben reencontrarse otra vez. De hecho, partieron juntos y posteriormente se separaron. Las experiencias prácticas, la realidad de la praxis, son las que posibilitan dicho reencuentro. La teoría revolucionaria del siglo XXI, indudablemente, debe considerar tanto al marxismo como al anarquismo (incluso en parte a la socialdemocracia y al liberalismo), aunque no necesariamente en las mismas proporciones. Debe integrar dichas ideologías dialécticamente, despojándolas también de ciertos errores comunes (remito, una vez más, y perdón por la insistencia, al artículo *Relativizando el relativismo*, así como al libro *Los errores de la izquierda*).

Decíamos que el anarquismo no se opone a la organización. De hecho, el anarquismo se organizó en su día, incluso políticamente, no sólo sindicalmente. ¿Por qué ahora los anarquistas no se organizan políticamente, o si lo hacen pasan completamente desapercibidos, por qué sólo se ciñen prácticamente al ámbito sindical? Los anarquistas tienen mucho que aportar en la lucha política, pero mientras no se organicen seriamente *políticamente*, su presencia será meramente testimonial, anecdótica. El anarquismo debe ir superando esa contradicción esencial que le condena a la marginalidad, que le impide organizarse seriamente por no sucumbir ante la idea de las vanguardias, que le impide ser vanguardia activa por miedo de ser una mala vanguardia. **El anarquismo debe aspirar a crear vanguardias menos autoritarias que sus rivales de la izquierda, vanguardias construidas y controladas en todo momento desde las bases.** Vanguardias que posibiliten la revolución, ese empujón inicial tan necesario, pero que permitan que la revolución evolucione y se expanda, se realimente a sí misma. Si los principios organizativos libertarios son válidos, son eficaces, son potencialmente eficaces por lo menos, ¿quiénes pueden demostrarlos mejor que quienes los propugnan? La mejor manera de dar con aquellos métodos organizativos que nos permitan llegar a ese equilibrio que posibilite la revolución pero que no la traicione, es que las distintas alternativas organizativas compitan libremente entre sí, pero no sólo en el campo de la teoría, sino también en el campo de la práctica. El centralismo democrático de Lenin demostró que era capaz de tomar el poder político, de vencer políticamente a la burguesía, de despojarla del control de la sociedad, aunque presentó el grave efecto secundario de la degeneración revolucionaria. El federalismo libertario demostró que era capaz de organizar a los trabajadores desde abajo en la lucha sindical. Basta recordar la importancia de la CNT en su día en España, de la CGT en Francia actualmente, de la CGT en la España actual que va poco a poco recuperando el terreno perdido por la CNT de antaño. La política equivocada de la actual CNT, que se mantiene al margen del sistema sindical actual para no ser contaminada, se traduce en su casi nula presencia entre los trabajadores, salvo en el caso de algunos conflictos puntuales

donde ha tenido un papel decisivo. Basta recordar el protagonismo del anarquismo en los inicios de la gran Revolución rusa.

¿Es posible combinar la lucha política centralista con la lucha sindical basada en el federalismo? ¿Es posible la lucha sindical sin la política? ¿Es posible la lucha política basada en organizaciones anarquistas? El marxismo-leninismo dio sus respuestas, aunque puede incluso aún evolucionar, pero ya tiene mucho que aportar, avalado por ciertas experiencias prácticas exitosas en algunos aspectos. El anarquismo debe aportar sus experiencias prácticas, además de sus ideas. **El anarquismo debe intentar organizarse políticamente.** Mientras renuncie a la política no podrá más que limitarse a criticar cómo hacen los demás las cosas. De esta manera no podrá tener una importante presencia entre el pueblo, entre el proletariado. La gente también, sobre todo, valora la experiencia práctica. Los bolcheviques se ganaron al proletariado ruso, con una gran presencia de las ideas anarquistas, porque avalaron sus ideas con la praxis, demostraron que eran capaces de organizar la revolución sobre el terreno y no sólo desde el banquillo de los espectadores. Mientras la vanguardia anarquista se empeñe en no llevar a la práctica sus ideas, o lo haga tan sólo a medias, esas ideas no podrán conquistar a las gentes. Como decía el Che Guevara, **la mejor pedagogía es el ejemplo.** O como decía Lenin, que bastante puede aportar en cuanto a cuestiones organizativas: *Para las masas, unos gramos de práctica valen más que una tonelada de teoría.* Para Lenin, la espontaneidad era la forma embrionaria de la organización. Era condición necesaria pero no suficiente. Existía, era un factor primordial, pero no el único. Había que pasar del estado embrionario de organización a una organización fuerte y sólida capaz de coordinar y liderar la revolución. Sólo con espontaneidad no se lograba hacer la revolución. Las experiencias prácticas han demostrado sobradamente cuanta razón tenía Lenin. No por casualidad triunfó la revolución en Rusia y fracasaron las experiencias de la Comuna de París, la Revolución alemana de 1918-19, o el mayo del 68 francés, por poner algunos ejemplos. Cuando a la espontaneidad de las masas se sumó una correcta y firme dirección revolucionaria, la revolución política triunfó, la revolución social tuvo alguna oportunidad. Cuando no hubo organizaciones que pudieran liderar a las masas, o cuando las que hubo frenaron a las masas o no se situaron a su altura, las revoluciones fracasaron. La historia ha hablado con contundencia.

Reivindicar una revolución sin vanguardias es desconocer la naturaleza humana, es pura utopía, es cerrar los ojos ante las experiencias históricas, es no querer ver ciertos problemas “técnicos” insuperables. Ahora bien, tan erróneo es creer en el espontaneísmo absoluto, en que la gente será capaz por sí misma de hacer la revolución sin partir de ciertas ideas, sin que existan previamente ciertas organizaciones que propugnen o canalicen el cambio, en que la revolución debe ser puramente práctica y nacer de la nada porque el pueblo repentinamente se dará cuenta de que es posible hacerla, como erróneo es despreciar la posibilidad de las masas de organizarse en determinado momento sin fuertes liderazgos, minimizando éstos. Tan erróneo es pensar que la revolución puede triunfar sin vanguardia como pensar que sólo puede prosperar con vanguardia, como pensar que la vanguardia no puede ir poco a poco cediendo protagonismo a las masas. Tan erróneo es pensar que la revolución puede hacerse sin vanguardia como pensar que puede hacerse tan sólo con vanguardia. Tan erróneo es pensar que la vanguardia lo es todo como pensar que

las masas son las únicas que cuentan. La revolución se produce cuando las masas toman cierto protagonismo, impulsadas y ayudadas por cierta vanguardia. Las masas pueden iniciar el movimiento revolucionario, sobre todo a escala local, la revolución a escala más amplia debe ser coordinada por cierta organización vanguardista. Lo cual no significa que dicha organización no haya podido surgir de las propias masas. Pero, incluso en el grupo más espontáneo, siempre hay cierta vanguardia, ciertos líderes que arrastran a los demás, que toman la iniciativa. La *rebelión* social no se traduce en *revolución* social si a las masas no se suman las vanguardias. **La revolución es igual a combinación de masas y vanguardia.** Tan erróneo es tener fe ciega y absoluta en las masas, como no tener ninguna. Tan erróneo es sobreestimar al espontaneísmo como subestimarlo. Y lo mismo podemos decir de las vanguardias. Tan erróneo es pensar que sólo vale la praxis como pensar que sólo valen las ideas. Tan erróneo es dejar todo en manos de la improvisación como pensar que todo debe estar preparado de antemano. Tan erróneo es pensar que se trata sólo de que las *masas* actúen como pensar que sólo debe cambiar el *individuo*. Las revoluciones son fenómenos sociales muy complejos donde intervienen individuos de manera desigual, donde unos asumen más iniciativa, más responsabilidad, más protagonismo, que otros. Como en todo fenómeno social, la dialéctica está muy presente. Los individuos se interaccionan mutuamente. Las vanguardias y las masas se influyen mutuamente. Un movimiento inicial, local, de huelga puede derivar en una revolución global, cuando la cantidad se convierte en calidad. La gota de aceite puede contaminar toda el agua. En este fenómeno dialéctico de las revoluciones, las interacciones son muy complejas, los efectos y las causas se intercambian. Las masas pueden ceder el protagonismo a las vanguardias o viceversa. Si no se considera la naturaleza dialéctica de las revoluciones, tal vez los acontecimientos sociales más complejos de la sociedad humana, no se comprende realmente dichos fenómenos, se cae en el simplismo. Hay que criticar las experiencias revolucionarias pero sin caer en el simplismo, para lo cual nunca hay que olvidar la naturaleza dialéctica de la sociedad humana, especialmente en los momentos más dialécticos, como las revoluciones.

Quien sobrevalora el espontaneísmo lo hace porque infravalora las ideas, porque cae en cierto materialismo metafísico. Quien, por el contrario, subestima la importancia del espontaneísmo lo hace porque sobrevalora las ideas e infravalora las condiciones materiales de existencia, porque cae en cierto idealismo. Si comprendemos realmente el materialismo dialéctico evitamos caer en ambos extremos. El materialismo dialéctico nos dice que, en última instancia, lo que más cuenta es lo material, las condiciones materiales de existencia, más en concreto la situación económica. Esto concuerda con el hecho de que el primer y más básico ingrediente de la sopa revolucionaria lo constituyen los factores objetivos, las necesidades materiales. Es más *probable* que la gente se rebele sobre todo cuando no tiene más remedio, cuando tiene imperiosa necesidad de hacerlo, cuando sus necesidades más básicas no son satisfechas o están en peligro, pero a su vez cuando su descontento puede expresarse de alguna manera. Pero el materialismo *dialéctico* también nos dice que las ideas tienen su importancia, que pueden convertirse en *causas* además de ser en última instancia *efectos* de lo material. La gente se rebela también, aunque de manera mucho menos probable, cuando sus necesidades más básicas no están en peligro. O dicho de otra manera, mientras que en algunos casos la gente tiene más necesidad objetiva de rebelarse, lo hace menos, o no lo hace, por la influencia de las ideas, o al revés. La

religión desempeña un papel nada despreciable de contención de la revolución. Muchas personas en países del Tercer Mundo no se rebelan porque sus creencias religiosas les incitan a aceptar sumisamente su presente, su destino. Por el contrario, muchas personas de países más avanzados, aun viviendo en mejores condiciones físicas, se rebelan más por la influencia de ciertas ideas que les incitan a ello. Las ideas influyen en el hecho de rebelarse, incluso en la manera de rebelarse. Cuando la gente no es consciente de la posibilidad de cambiar el sistema se rebela de forma desesperada, cuando se rebela. Cuando es consciente de que es posible cambiarlo, y sabe además cómo, se rebela de otra manera, lucha por ciertos objetivos. En el primer caso las masas se limitan a destruir, actúan ciegamente. Tan sólo se sublevan. En el segundo caso, por el contrario, construyen, saben lo que quieren, además de lo que no quieren. En este caso es posible la revolución social.

El carácter dialéctico de la sociedad humana nos ayuda a comprender la importancia de la conciencia, de las ideologías. El materialismo dialéctico, por contraposición al metafísico, al materialismo mecánico, nos recuerda que los factores subjetivos también son muy importantes. Las ideas también deben ser consideradas. Y dado que las ideas son normalmente desarrolladas por ciertas vanguardias que, entre otros motivos, tienen más tiempo para leer y pensar, es decir, que se pueden liberar más que el resto de los comunes mortales del tiempo perdido en satisfacer sus necesidades fisiológicas más básicas, las vanguardias juegan un papel importante en la concienciación de las masas. La realidad objetiva sufrida por todo trabajador le permite concienciarse. No hay nada más eficaz cómo sufrir en propia carne para concienciarse. Pero las ideas desarrolladas por ciertos intelectuales le ayudan a aumentar y mejorar notablemente dicha concienciación. Los factores objetivos y los subjetivos se relacionan dialécticamente, se influyen mutuamente. Cuanto más nos alejamos del materialismo dialéctico más nos equivocamos en cuanto al análisis del por qué, del cómo o del cuándo pueden producirse las revoluciones. El peor pecado es negar el espontaneísmo, es decir, negar que el motor del cambio es la necesidad. Pero caer en el culto al espontaneísmo es también erróneo porque supone despreciar o no comprender el carácter dialéctico de la sociedad humana. La mayor parte de los errores teóricos y prácticos en que caen muchos revolucionarios tiene casi una única causa profunda: la incompreensión del materialismo dialéctico. Cualquier subestimación o sobreestimación de cualquiera de los factores de los que depende la revolución social tiene que ver con la incompreensión del materialismo dialéctico. Evidentemente, no existe una fórmula mágica que nos diga de manera *exacta* cuándo se produce la revolución. Es imposible valorar *exactamente* todos los factores en su *justa* medida. Sin embargo, sí es posible detectar las sobreestimaciones o subestimaciones más burdas. Los errores más gordos y fáciles de detectar son cuando algunos de los factores pasan casi a desaparecer, o cuando se invierte el orden de importancia de los mismos. Cuando alguien da más importancia a las ideas que a los factores objetivos se equivoca de manera muy reconocible. Cuando alguien niega la influencia de las ideas, de las vanguardias, también. Cuando alguien da toda la importancia al espontaneísmo comete un error obvio. Lo mismo podemos decir cuando da toda la importancia a la vanguardia. El peor pecado es atentar contra el materialismo (los factores objetivos son los preponderantes), el segundo es pecar contra la dialéctica, es negar la importancia de las vanguardias (los factores subjetivos son también esenciales), o separar a ambos de manera estanca, es no considerar que los factores

objetivos y subjetivos se realimentan mutuamente. Lo mismo podemos decir en cuanto a la teoría y la práctica. Quien sobrevalora la teoría cae en cierto idealismo. Quien sobrevalora la práctica cae en el materialismo metafísico. La teoría y la práctica se relacionan también dialécticamente. El trabajador se concientiza a través de su propia experiencia, espontáneamente, pero, además, al leer a las vanguardias intelectuales, al intercambiar opiniones e informaciones con otras personas, al contrastar sus vivencias particulares con otras, se concientiza más y altera su entorno material, o por lo menos lo intenta.

Todo revolucionario debe ser ante todo idealista, realista, paciente, perseverante, esforzado, fuerte (psicológicamente hablando, por supuesto), activo, inteligente, astuto, coherente, independiente, solidario, comprometido, tolerante pero al mismo tiempo firme, rebelde pero al mismo tiempo disciplinado. Más que ninguna otra persona, debe aprender y volver a aprender a levantarse tras cada caída, pues la lucha revolucionaria es una sucesión de inevitables caídas. No hay nada más difícil y complejo que intentar cambiar el mundo. Todas esas cualidades las reunía de un modo nada usual Lenin. Él además era muy organizado, tenía don de gentes, razonaba bien, poseía gran elocuencia, convencía, tenía las ideas claras, luchaba contra viento y marea por sus ideas, incluso cuando éstas eran minoritarias, rectificaba en función de los acontecimientos, tenía una gran capacidad de análisis y de adaptabilidad a la realidad cambiante. En definitiva, era un líder revolucionario nato. No es el único personaje en la historia que haya reunido todas esas cualidades, pero casi. Lenin destacó poderosamente por su personalidad, por sus aptitudes y sobre todo por su actitud, para bien y para mal. El problema es que su liderazgo fracasó por cuanto hizo depender demasiado el devenir de los acontecimientos de él mismo. También es cierto que en esa época los liderazgos tenían tendencia a ser demasiado autoritarios. Cuando la gente está más formada, los liderazgos tienden a ser menos fuertes. Lenin tuvo éxito en cuanto a que contribuyó decisivamente al triunfo de la revolución bolchevique pero fracasó en cuanto a que no pudo evitar su degeneración, que él mismo posibilitó sin querer. Su mayor fracaso consistió en dejar un testamento (que por cierto fue incumplido, pues Stalin no fue apartado del poder). El hecho de dejar por escrito lo que él creía que debía hacerse demuestra que no logró contagiar sus ideas y su espíritu a quienes le rodeaban. Su mayor fracaso consistió en que en su nombre se traicionaran los principios más básicos del leninismo. Pero a pesar de su fracaso parcial en cuanto a su liderazgo, su papel fue decisivo a la hora de demostrar que el proletariado es capaz de organizarse, tomar el poder político e intentar transformar la sociedad. ¡Bastante hizo ya! Nunca antes de su liderazgo esto fue posible a gran escala. No es de extrañar que sea el enemigo público número uno de la oligarquía de toda la historia humana, junto con Marx. No es de extrañar que sus errores hayan sido utilizados para desprestigiarlo por completo a él y a la Revolución rusa. Nunca se ha estado tan cerca de superar el capitalismo. A pesar de los pesares.

Si uno desea ser justo, debe considerar las luces y las sombras, y no sólo las sombras, ni sólo las luces. No es de extrañar que se haya cubierto su persona de un pesado manto de silencio histórico, a pesar de haber embalsamado su cuerpo, en contra de sus deseos, por cierto. A pesar de todo, Lenin lo conoce todo el mundo, pero realmente poca gente sabe lo que defendió, lo que hizo, lo que escribió. Sus errores han sido muy publicitados, pero no así sus aciertos. Yo mismo tenía una imagen muy

distinta de él. Según la visión burguesa de la historia de la Revolución rusa, Lenin fue una persona autoritaria que instauró una dictadura en contra del pueblo, que manipuló al pueblo para dominarlo y alcanzar el poder. Por supuesto, no se considera el contexto de la época. Muchos de los que acusan a Lenin de autoritarismo, que sí lo tuvo en determinados momentos, son ellos mismos más autoritarios, en circunstancias mucho más favorables. A pesar del contexto, en el partido de Lenin, una vez superada la fase de clandestinidad, la democracia era obvia. Simplemente no hay más que leer las discusiones que tenían lugar, incluso en las bases, en los congresos del propio partido bolchevique. Que podría haber habido más democracia. Sí. Que fue degenerando. Sí. Ya lo hemos visto en detalle. Pero esa democracia está totalmente desaparecida en combate en los partidos de las democracias burguesas actuales. Los partidos hacen lo que sus dirigentes dictan sin ninguna discusión, especialmente los partidos de derechas. Incluso sus máximos dirigentes son designados a dedo por la gracia divina de sus caudillos. Incluso unas elecciones primarias en cierta federación de un partido socialdemócrata como el PSOE es noticia. Lo que sería noticia es que en cualquier partido político de nuestras “democracias” contemporáneas se produjera algún debate con contenido. La hipocresía que desprende la derecha, y sus cómplices disfrazados de progresismo, de izquierda, es un insulto a la inteligencia. La misma imagen que nos transmiten de Lenin, nos la transmiten en la actualidad de aquellos líderes que intentan hacer cambios profundos, que afectan a los intereses burgueses. Según esa versión simplista, interesadamente simplista, de la historia, no hubo una transición entre el leninismo y el estalinismo. Según esa visión, el marxismo, el leninismo y el estalinismo son prácticamente lo mismo. Así intentan alejar definitivamente el peligro de la revolución popular. Pero la verdad, tarde o pronto, de una u otra manera, resurge. El problema también es que desde cierta parte de la izquierda se presentan las cosas de manera sectaria. O bien se defiende a Lenin acriticamente. O bien se le demoniza. Así no conseguimos avanzar.

Que Lenin cometió errores. Por supuesto, algunos muy graves, casi imperdonables. Si no consideráramos el contexto, eliminaríamos el “casi”, los calificaríamos rotundamente de incomprensibles e imperdonables. Lenin también tuvo sus miserias personales, como toda persona. En particular, pecó de cierta soberbia, la cual le impidió darse cuenta de algunos de sus errores más graves, hasta cuando ya fueron más que evidentes, hasta que fue demasiado tarde. Pero quien desea el poder o las riquezas materiales, no lucha contra lo establecido hasta agotarse, no intenta cambiar al sistema, por el contrario, se adapta a él para beneficiarse. Quien desea el poder, el enriquecerse, se alía con quien ya es poderoso, no se enfrenta a él. Lenin cometió sus errores, aunque también algunos de ellos fueron una consecuencia de los errores del marxismo. No se libró de estos errores porque no criticó suficientemente a Marx, a pesar de que dijera que el marxismo no era un dogma sino una guía para la acción. Y eso también fue un error por su parte, el no practicar suficiente pensamiento libre y crítico, el caer en cierto dogmatismo (aunque en mucha menor medida que sus contemporáneos o que muchos marxistas del presente). Muchos de sus errores son muy comunes sobre todo entre los intelectuales, tanto de antaño, como de ahora. Pero Lenin, le pese a quien le pese, guste o no, también tuvo sus aciertos. No ha habido un líder y estrategia política como él. No hay más que leer sus escritos para percibirlo. No hay más que considerar el hecho de que posibilitó el triunfo de la primera revolución proletaria a gran escala en toda la historia de la humanidad. Esto nunca hay que

olvidarlo. Muchos de quienes le acusan de haber hecho degenerar la Revolución rusa, se olvidan de que también la posibilitó. Muchos de quienes nos dicen que sus métodos no son los correctos, no son capaces de decirnos cuáles son los correctos, no nos dan serias alternativas, o las que dan suenan a cantos celestiales. No son capaces de darnos ningún ejemplo en la historia de revoluciones exitosas sin liderazgos, sin fuertes liderazgos, sin fuertes organizaciones delante de las masas. De lo que se trata es de separar los aciertos de los errores del leninismo, del marxismo-leninismo, de cualquier ideología o concepción. ¿Y por qué fijarnos más en el marxismo-leninismo que en el anarquismo? Simplemente porque el anarquismo no ha estado ni siquiera cerca de lograr el éxito. A pesar de que a mí en particular, lo reconozco, las ideas del anarquismo me gustan más. Pero una cosa es los deseos, los gustos de uno, y otra cosa distinta la realidad. La realidad es que el socialismo ha estado más cerca de implementarse, a pesar de haber degenerado grotescamente, con el marxismo-leninismo que con el anarquismo. Desde el librepensamiento, desde el espíritu científico, debemos considerar las ideas más válidas, no necesariamente las que más nos gusten, independientemente de etiquetas, de demonizaciones, de prejuicios. El día que triunfe la revolución anarquista, habrá que reconsiderar las cosas. Lo cual tampoco puede descartarse por completo. Aunque hay muchas evidencias, unos cuantos casos históricos concretos, que nos dicen que es muy poco probable, por no decir imposible. Las teorías deben tener en cuenta a las realizaciones prácticas. La verdad postulada debe ser contrastada con la realidad observada. Esto es la esencia del método científico. Es la única forma de acercarnos a la verdad. Es la única manera de avanzar.

El día que las cualidades que poseía el líder ruso estén más o menos distribuidas entre las personas normales, ya no serán necesarios los peligrosos liderazgos. Quienes tanto los critican, y no sin razón, se olvidan de que las cualidades de las personas que son capaces de hacer la revolución, de lograr su éxito, brillan por su ausencia en el común de los mortales (y esto es todavía más cierto, si cabe, en nuestros días). Si queremos prescindir de liderazgos, debemos fomentar dichas cualidades entre todas las personas, deberemos distribuir el enorme esfuerzo de cambiar la sociedad. Mientras, no tendremos más remedio que depender, en cierta medida, de los liderazgos, de esas pocas personas que reúnen las necesarias aptitudes y sobre todo actitudes para hacer la revolución. ¿Es éste, tal vez, el principal motivo de que ahora no haya perspectivas revolucionarias en el Primer Mundo? ¿La ausencia de líderes? ¿El que nadie quiera o pueda asumir cierto liderazgo? Las revoluciones que se están dando en diversos países de Latinoamérica están siendo protagonizadas, demasiado diría yo, por ciertos liderazgos personales más o menos contundentes. ¡Que me enseñen una revolución sin líderes! Yo estoy deseando fervientemente ver una revolución protagonizada por el propio pueblo, sin líderes, o con líderes que estén casi en la sombra. Nada más lejos de mis deseos que el pueblo asuma su protagonismo y deje de comportarse como un rebaño de ovejas. Pero una cosa son los deseos y otra la cruda realidad. La cruda realidad es que el ser humano, por el momento al menos, necesita de los líderes. Reivindicar hoy una revolución sin líderes, espontánea, es, casi (por ser prudentes) pedir lo imposible, desgraciadamente.

Las experiencias históricas nos han demostrado que las vanguardias, los liderazgos, son necesarios para que surjan o prosperen las revoluciones, pero

que también pueden poner en peligro las propias revoluciones si se llevan demasiado lejos. Sólo es posible construir un sistema que beneficie al conjunto de la sociedad, llámese socialismo o como se quiera llamar, si el pueblo participa **directamente**, lo más directamente posible, en dicha construcción, si la protagoniza, si, en primer lugar, el pueblo lo desea, además de necesitarlo. Habrá ciertos momentos en los que el pueblo deberá delegar, en los que no podrá controlar *directamente* el proceso. Esto es especialmente cierto en los momentos de transición, cuando cae un sistema y se sustituye por otro, cuando se expulsa del poder político a cierto dirigente, cierto partido o cierta clase. Pero los líderes revolucionarios, deben procurar que el pueblo tome el control de la situación lo antes posible. Nunca hay que caer en el error, de primer orden, elemental, de construir el socialismo, cualquier sistema que pretenda responder a los intereses del pueblo, por encima del pueblo. De esta manera nunca es posible construir el auténtico socialismo, sólo es posible, en todo caso, implementar algunas de sus facetas, pero no la principal. El objetivo fundamental del socialismo, de cualquier revolución social de índole popular, es beneficiar al conjunto del pueblo. Si cualquier vanguardia no es capaz de hacer comprender esto al pueblo, a las masas, entonces dicha “revolución” está abocada, tarde o pronto, al fracaso. El éxito de la revolución empieza por hacer comprender al conjunto de la ciudadanía de la necesidad de hacerla, de construir la nueva sociedad *entre todos*, de hacer ciertos sacrificios a corto plazo para luego recoger los frutos, cuando así sea imprescindible. La ciudadanía es capaz de sacrificarse, hasta cierto punto, siempre que el sacrificio sea compartido por todos de igual manera. Es incompatible apelar al sacrificio del pueblo al mismo tiempo que se consienten los privilegios de ciertas capas de la población. Cuando se apela al sacrificio de las masas, lo primero es dar ejemplo con hechos concretos. Además, los sacrificios deben ser recompensados lo antes posible con resultados exitosos concretos. En cualquier caso, esos sacrificios nunca deben ser impuestos por la fuerza a la ciudadanía, ésta debe estar convencida de su necesidad. Y, como decía el Che, la mejor pedagogía es el ejemplo. **No puede hacerse la revolución popular de manera antipopular, en contra del pueblo, prescindiendo del método científico y de su hermana gemela la libertad en el sentido más amplio y profundo de la palabra. El socialismo no puede imponerse de ninguna de las maneras.** El pueblo es el que debe luchar por él. El objetivo primordial de cualquier vanguardia es convencer a la ciudadanía, concienciarla y en todo caso encauzarla. Ayudarla a desarrollar la capacidad de protagonizar su destino, fomentar su iniciativa y su responsabilidad, formarla e informarla. Nunca sustituir a las masas, ni situarse por encima de ellas. Debe servirles a ellas y no servirse de ellas. Y para ello debe utilizar el método adecuado que lo posibilite. Ese método se puede resumir en una sola palabra: *democracia*. Cualquier vanguardia revolucionaria debe obsesionarse incluso por desarrollar suficientemente la democracia, sin la que es imposible hacer la revolución social, sin la que la vanguardia puede convertirse en el peor enemigo del pueblo, de la revolución. A los hechos históricos podemos remitirnos. Las experiencias prácticas nos han hablado con contundencia. Escuchémoslas.

Maurice Brinton, en su interesante trabajo *Los bolcheviques y el control obrero 1917-1921*, nos explica la diferencia entre *dirigir* y *controlar*.

*Hay dos situaciones posibles. En una, la clase obrera (el productor colectivo) toma todas las decisiones fundamentales. Lo hace directamente, por medio de organismos escogidos por ella misma con los que se identifica completamente o que siente que puede dominar completamente (Comités de fábrica, Consejos obreros, etc.). Esos organismos, compuestos de delegados elegidos y revocables se federan probablemente sobre una base regional o nacional. Deciden (concediendo el máximo de autonomía posible a las unidades locales) lo que hay que producir, cómo producirlo, a qué precio, y quién pagará lo que hay que producir. La otra situación posible es una situación en la que se toman las decisiones «en otra parte», «desde fuera», o sea que las toma el Estado, el partido, u otro órgano sin raíces profundas y directas en el propio proceso productivo. Lo que se mantiene así es la «separación entre los productores y los medios de producción» (la base de toda sociedad de clases). Los efectos opresivos de ese tipo de solución no tardan en hacerse sentir por sí mismos. Y eso ocurre por muchas que sean las buenas intenciones revolucionarias de la instancia en cuestión, y cualesquiera que sean las disposiciones que tome (o que no tome) para que la línea política sea sometida de vez en cuando a una ratificación o a una corrección. Hay palabras para describir esas dos situaciones. **Dirigir** es tomar uno mismo las decisiones, en tanto persona o colectividad soberana, con entero conocimiento de todos los elementos pertinentes. **Controlar** es supervisar, examinar o verificar decisiones tomadas por otros. «Control» implica pues una limitación de soberanía, o, en el mejor de los casos, un estado de dualidad de poderes, en el que algunos determinan los objetivos, mientras que otros tratan de que se utilice los medios más apropiados para alcanzarlos. Históricamente, es en esas condiciones de doble poder económico cuando han solido estallar las controversias sobre el control obrero.*

Esto suena muy bonito y no puedo estar más de acuerdo con ello, pero que alguien me explique cómo es posible gobernar un país entero, ni siquiera una gran ciudad, mediante la democracia directa, cómo es posible prescindir de algún tipo de delegación, llámese dirección o representatividad o gobierno o como se quiera llamar. Hay que procurar dirigir por uno mismo todo lo posible, pero cuando no hay más remedio que delegar algo, hay que recurrir al control. La cuestión radica en priorizar la dirección sobre el control, pero en maximizar éste cuando no haya más remedio que delegar. Hay que delegar lo menos posible, hacerlo de tal forma que no sea un cheque en blanco, pero no es posible prescindir de algún tipo de delegación. No todos podemos decidir sobre todo en todo momento. Y esto es tanto más cierto cuanto más grande es el grupo humano al que pertenecemos. Según el anarquismo esto se resuelve mediante el federalismo, que en el fondo significa delegar en ciertas personas que en nombre de las demás deciden o discuten sobre los asuntos a mayor escala. Por ejemplo, un consejo elige a sus delegados y éstos acuden a un congreso federal donde se habla y se decide. Aun admitiendo que todo esto se haga de la manera más democrática posible, sometiendo posteriormente cada decisión tomada en dicho congreso al beneplácito del consejo, sometiendo las decisiones tomadas arriba a la opinión de los de abajo, ¿es posible ponerse de acuerdo en todo? ¿No podría eso llevar a un reino de taifas ingobernable si cada uno sólo mira por sus intereses más inmediatos, más cercanos? ¿Cómo evitar que el poder popular se pierda al hacer

sucesivas delegaciones? Si los delegados al más bajo nivel son elegidos directamente por las bases, pero a partir de ahí a medida que ascendemos en la jerarquía federal, quienes eligen son los delegados, ¿no es posible que las decisiones tomadas al más bajo nivel se distorsionen?

Quien nos representa, de alguna manera, inevitablemente, nos resta soberanía. El problema no es sólo que quienes nos representen tomen ciertas decisiones, sino que las discusiones las protagonicen ellos en vez de nosotros. No sólo delegamos las decisiones a tomar, delegamos también las discusiones hechas para tomar esas decisiones, los planteamientos, las opciones, la manera de defender las alternativas. Si bien podemos procurar que las decisiones tomadas arriba sean refrendadas abajo, no así podemos hacer con las mismas discusiones. Las soluciones a adoptar dependen también de cómo se planteen las cosas. Por consiguiente, cualquier delegación, por pequeña que sea, es inevitable y potencialmente peligrosa. No se trata de evitar el control y asumir una *dirección* social, totalmente utópica, impracticable, se trata de garantizar un control satisfactorio. No se trata de plantear la ilusión de que todos gobernemos por igual, sino de garantizar que quienes lo hagan, lo hagan en nombre de todos, lo hagan de verdad en nombre de todos. Este sistema federalista basado en la democracia directa, precisamente, ya se probó en la Rusia soviética, donde al principio los soviets se federaban. Los anarquistas explican la degeneración de la revolución rusa por la intervención del partido bolchevique, por su concepción centralista, pero no aportan explicaciones convincentes de las razones por las cuales se pasó del federalismo inicial al centralismo. Descartan, sin argumentar suficientemente, cualquier problema organizativo del federalismo. Así como muchos marxistas-leninistas no aportan explicaciones convincentes acerca de la degeneración del leninismo en estalinismo, muchos anarquistas no explican convincentemente cómo el federalismo degeneró en más y más centralismo, por qué apenas tuvieron presencia los anarquistas en los soviets. Así como el centralismo tiene sus limitaciones, sus inconvenientes, también lo tiene el federalismo. Por tanto, si el *control* es inevitable, por contraposición a la *dirección*, que sólo podrán ejercer realmente unos pocos, de lo que se trata es de aspirar al *máximo* control posible, a tener *mucho* control y *buen* control por parte de las bases, del proletariado, del pueblo.

Maurice Brinton, en su mencionado libro, denuncia la progresiva usurpación del poder de los soviets rusos por parte de los bolcheviques, reconoce la necesidad de cierta centralización, pero critica la manera en que ésta se hizo, desde el exterior de la clase obrera. Pero lo que demuestra Brinton al denunciarla es que los soviets no fueron capaces de evitar dicha usurpación, nos muestra implícitamente, queriendo o sin querer, la debilidad de la lucha anarquista:

La desorganización que produjeron la guerra y la resistencia de los patronos (sabotaje y desertión de sus puestos en las empresas) exigía indiscutiblemente que se redujeran a un mínimo, y a ser posible se eliminaran, las luchas innecesarias entre Comités de fábrica (luchas provocadas por la escasez de combustible y de materias primas, por ejemplo). No cabe la menor duda de que era necesario coordinar en gran escala la actividad de los comités -y muchos de los elementos más activos de esos comités eran perfectamente conscientes de esa necesidad. Lo que discutimos aquí no es si era o no necesario que hubiera una diferenciación funcional de los diversos órganos del poder de la

*clase obrera (soviets, Comités de fábrica), ni cómo había que dar con una definición de lo que eran tareas locales y lo que eran tareas regionales y nacionales. Las modalidades de una diferenciación de ese tipo hubieran podido ser determinadas –y probablemente lo hubieran sido- por el Congreso de los Comités de fábrica que había sido previsto. Lo decisivo es que una instancia elaboró e impuso **desde fuera** un modelo jerarquizado de diferenciación -y esa instancia no la componían los productores mismos.*

¿Cómo fue posible que *desde fuera* se impusiera un modelo jerarquizado, centralizado, para satisfacer las necesidades nacionales de Rusia? Esto sólo pudo ser posible porque los obreros organizados en sus soviets, o bien lo consintieron, lo aprobaron, o no pudieron hacer nada por evitarlo, o se dejaron engañar. Pero en los soviets existía la democracia, los asuntos se discutían libremente. Si los bolcheviques lograron poner al proletariado de su lado fue, entre otros motivos, porque supieron hacerlo mejor que sus contrincantes, como los anarquistas. Los bolcheviques estaban mejor organizados, contaban con un fuerte liderazgo, por parte de una persona muy inteligente y hábil como Lenin, y lograron, poco a poco, con paciencia, convencer a las masas proletarias. Y si los soviets no pudieron evitar la usurpación de su poder, si ésta se realizó en efecto en contra de su voluntad, entonces eso demostraría su escasa capacidad defensiva. Eso demostraría la incapacidad, desde la falta de cierta coordinación, de cierta centralización, de combatir a un enemigo que impone sus métodos. Si hubiese existido una organización obrera coordinada, o si hubiese existido alguna organización anarquista con cierta capacidad de posibilitar que el *conjunto* de soviets no se dejara dominar desde fuera, esa supuesta usurpación externa (que pudo ser cierta, o por lo menos que era un serio peligro real), no se hubiera podido producir.

Se quejan los anarquistas, tal vez con razón, al menos en parte, de los métodos bolcheviques porque atentaban contra la espontaneidad de las masas proletarias, porque imponían desde el exterior, desde arriba, ciertas formas organizativas, pero ¿podemos imaginarnos, qué hubiera ocurrido sin la existencia de los bolcheviques, con la burguesía y sus fuerzas lacayas? ¿Hubieran tenido alguna opción, por pequeña que fuese, las ideas anarquistas, que, indudablemente, como reconocen los propios libertarios se empezaron a aplicar al principio en la Rusia soviética, antes, durante y hasta poco después de los acontecimientos de octubre de 1917? Probablemente no. La represión de la burguesía, aliada con la aristocracia y las fuerzas políticas reformistas, hubiera sido demoledora y tajante. La revolución rusa, probablemente, no hubiera durado ni siquiera unos pocos días, o meses en el mejor de los casos, si no hubiera existido cierta unidad general, cierta coordinación nacional, cierto centralismo. La guerra civil contra las fuerzas contrarrevolucionarias se hubiera perdido. Sin un ejército Rojo, la Revolución hubiera perecido. Es verdad que luego degeneró. Pero sin el ejército Rojo no hubiera tenido ni siquiera opción de degenerar o no. El proletariado sólo puede vencer a la burguesía si se une, si los obreros no luchan de forma aislada. Y para ello es necesario que se organice de forma nacional, con cierto centralismo, con cierta coordinación a gran escala. Las experiencias de la Comuna de París en 1871 y de los levantamientos en España en 1873 ahí estaban para aprender de ellas. Si los bolcheviques, que estaban del lado de los obreros, aunque se pueda discutir hasta qué punto y si de la manera acertada, pudieron con los soviets, la burguesía y la

aristocracia, sin duda, hubieran logrado sus objetivos de manera mucho más contundente.

Las quejas de los anarquistas respecto de la supuesta usurpación del poder proletario demuestra la debilidad organizativa del anarquismo. Esta ideología no dice cómo evitar dicha usurpación, cómo combatir contra los enemigos del proletariado, se conforma con decir que los obreros deben organizarse por sí mismos, pero no orienta suficientemente sobre cómo pueden defenderse para poder hacerlo. Pretende hacer la lucha revolucionaria sin combatir, sin estrategias generales, confiando exclusivamente en la espontaneidad e improvisación de las masas. Si, como reconoce Brinton, el pueblo ruso era inculto y eso fue un factor clave para explicar cómo fue degenerando la revolución, ¿por qué no se preocuparon suficientemente los anarquistas de concienciar al pueblo, de organizarlo, si ellos mismos reconocían su incapacidad para hacerlo, sus grandes limitaciones? ¿Es posible que la espontaneidad de las masas, en principio algo bienvenido, vaya más allá de las actuaciones locales? Dicho de otra forma, ¿cómo puede extenderse una revolución que ha surgido espontáneamente en cierta zona de un país? ¿Es posible que las masas se coordinen a gran escala y de manera duradera *espontáneamente*? No parece posible que sin organizaciones que aglutinen a las masas, que canalicen la siempre bienvenida pero insuficiente espontaneidad, pueda propagarse o prosperar cualquier movimiento revolucionario. El espontaneísmo de las masas no parece que pueda prosperar a gran escala, espacial y temporal, si no hay ciertas organizaciones que coordinen los acontecimientos. Y dichas organizaciones no parece que puedan formarse de la noche a la mañana, al mismo tiempo que las masas se rebelan. Lo más lógico, lo más sensato, es que ya existan ciertas organizaciones que preparen el terreno, que ayuden a los ciudadanos a rebelarse, y a coordinarse una vez que se rebelen. Es decir, el espontaneísmo de las masas debe ser acompañado de, complementado con, la planificación revolucionaria. Ésta no debe ahogar a la espontaneidad de las masas, debe encauzarla.

Pero el problema del espontaneísmo no reside sólo en su incapacidad de generar una coordinación a gran escala, no sólo tiene serias limitaciones en cuanto a las cuestiones organizativas. Es que, además, es muy poco probable que una lucha sindical derive en una lucha política si no hay un mínimo de concienciación. Las luchas obreras surgen normalmente en las empresas cuando los trabajadores se concentran en mejorar *sus* condiciones laborales. El trabajador se preocupa en primer lugar de *su* sueldo, de *su* horario, de *su* seguridad en el puesto de trabajo. No le interesa en principio más que eso. No tiene mayor perspectiva que mejorar *sus* particulares condiciones. No es consciente de que sus problemas son comunes a muchos otros trabajadores de otros lugares más o menos lejanos. No es consciente de que el problema estriba en el sistema económico y político y no sólo en su empresa. Hasta que alguien le conciencia de ello. Alguien que sí tiene mayor perspectiva, mayor amplitud de miras, mejor formación, mejor información. Y ese alguien ha sido normalmente a lo largo de la historia cierta persona perteneciente a la burguesía o a la nobleza, cierto intelectual que se rebelaba contra el orden establecido (Marx, Engels, Bakunin, Kropotkin,...).

Como nos explica Lenin en *¿Qué hacer?*:

La conciencia socialista es algo introducido desde fuera en la lucha de clases del proletariado, y no algo que ha surgido espontáneamente de ella. [...] La clase obrera tiende de modo espontáneo hacia el socialismo, pero la ideología burguesa, la más difundida (y constantemente resucitada en las formas más diversas), se impone, no obstante, espontáneamente más que nada al obrero.

[...]

La historia de todos los países atestigua que la clase obrera, exclusivamente con sus propias fuerzas, sólo está en condiciones de elaborar una conciencia tradeunionista, es decir, la convicción de que es necesario agruparse en sindicatos, luchar contra los patronos, reclamar del gobierno la promulgación de tales o cuales leyes necesarias para los obreros, etc. En cambio, la doctrina del socialismo ha surgido de teorías filosóficas, históricas y económicas que han sido elaboradas por representantes instruidos de las clases poseedoras, por los intelectuales. Por su posición social, también los fundadores del socialismo científico contemporáneo, Marx y Engels, pertenecían a la intelectualidad burguesa.

En los tiempos actuales el capitalismo no ha tenido más remedio que formar mejor a sus proletarios, provocando así el advenimiento de los obreros *mentales*. El desarrollo tecnológico ha posibilitado que ahora los propios trabajadores, al menos potencialmente, puedan concienciarse más y mejor. Y no sólo porque ahora deben estar mejor formados para realizar sus trabajos sino también porque las tecnologías de la información han permitido democratizar las comunicaciones. Internet es una poderosa herramienta de concienciación. Es una importante grieta en el muro ideológico del sistema. Está rompiendo el monopolio de la información y de la opinión. Puede contribuir decisivamente a erradicar el artificial pensamiento único. Puede ayudar al espontaneísmo de las masas. Pero la concienciación es el primer paso. Los ciudadanos deben, además, organizarse, actuar conjuntamente de manera coordinada.

En cualquier caso, si el trabajador no recibe cierta información, cierta formación, si no es mínimamente concienciado, entonces sus luchas particulares no van más allá. Sin conciencia de clase no hay lucha de clases. La lucha de clases es una lucha política. La lucha política necesita de la organización y de la conciencia. El espontaneísmo produce una lucha de clases a escala insuficiente. *El "elemento espontáneo" no es en el fondo otra cosa que la forma embrionaria de lo consciente*, afirma Lenin. El espontaneísmo es una condición necesaria para la revolución, pero insuficiente. Los trabajadores no sólo deben luchar en sus particulares ámbitos para suavizar las condiciones de su explotación, deben, además, luchar a mucha mayor escala. Deben luchar contra el *sistema* que les condena a esa explotación. ¿Estamos las masas más preparadas para *espontáneamente* hacer la revolución ahora que hace un siglo? En principio parecería que sí puesto que ahora, por lo menos en Europa, el analfabetismo está prácticamente erradicado. Entonces, ¿por qué no nos rebelamos? Porque estar mejor formado no es suficiente. El capitalismo nos forma para trabajar, pero nos "deforma" intelectualmente, nos forma también para ser explotados y aceptar el orden establecido. Si es cierto que las masas pueden *espontáneamente* estallar y luchar, ¿por qué casi sólo lo hacen, por lo menos a gran escala, cuando hay organizaciones

que convocan huelgas generales o manifestaciones? ¿Por qué no se autoorganizan los desempleados? Ellos son, en el momento de escribir este libro, casi 5 millones de personas en España. Si se organizaran, aunque sólo fuera para manifestarse en las calles, se harían oír con contundencia. Pero no lo hacen. No suficientemente. Falta coordinación. Falta concienciación. El mayo del 68 francés demostró que las masas son capaces, en determinadas ocasiones, de rebelarse espontáneamente, pero también que sin organizaciones que las canalicen, que las coordinen, esas rebeliones no se transforman en revoluciones. La rebelión de las masas es condición necesaria pero insuficiente. Avanzar significa ponerse a andar en cierta dirección, no moverse sin rumbo. El rumbo lo marca la concienciación, las vanguardias intelectuales. Para avanzar hay que moverse, pero no basta con moverse. Sin rebelión no hay revolución, pero puede haber rebelión sin revolución.

Revolución es igual a masas populares más vanguardia, espontaneísmo más planificación. Revolución es organización de las masas. Vanguardia es la parte más avanzada y activa de los ciudadanos que se prepara para la revolución, que posibilita la organización de las masas, que canaliza su rebelión en cierta dirección. ¿Es casualidad que poco después de que Marx o Engels difundieran sus ideas se produjeran tantas revoluciones, entre ellas la más importante de la historia? No. Absolutamente no. Sólo cuando hubo una ideología socialista, que decía científicamente que el socialismo debía y podía sustituir al capitalismo, se intentaron las revoluciones socialistas. Sólo cuando hubo organizaciones preparadas, suficientemente fuertes, dichas revoluciones triunfaron, posibilitaron sustituir a la burguesía en el poder político. Fue posible intentar la revolución social. En 1917 triunfó la revolución proletaria en Rusia porque, entre otros motivos, existía un partido revolucionario fuerte que se había ganado a las masas, a diferencia de lo que ocurrió en 1905 cuando la espontaneidad de los obreros pilló desprevenidos a los partidos revolucionarios, que todavía no estaban preparados para posibilitar la revolución, para canalizar la rebelión de las masas.

En el siguiente pasaje del libro *Reformismo o Revolución*, Alan Woods nos ilustra perfectamente sobre la necesidad de la teoría revolucionaria, sobre el peligro y las limitaciones de confiar exclusivamente en el espontaneísmo:

Aquellos que niegan la necesidad de la teoría revolucionaria alegan que las masas pueden aprender todo lo que necesitan saber a través de su propia experiencia, sin la ayuda de partidos o dirigentes. Esta idea es completamente pueril. Si necesitas instalar un cuarto de baño tendrás que pedir ayuda a un fontanero. ¿Qué pensarías de un fontanero que te dice que nunca ha reparado un grifo o estudiado fontanería, pero que está seguro de que puede resolver el problema mediante aproximaciones sucesivas? ¿Qué pensarías de un dentista que, cuando llegas con un dolor de muelas te dice tranquilamente que nunca ha extraído una muela ni estudiado odontología, pero que está dispuesto a experimentar contigo? Ninguna persona sensata permitiría que este dentista se acercase a su boca. No obstante, parece que las revoluciones, donde hay mucho más en juego que una muela cariada, se pueden abordar de una manera totalmente frívola. Ésta es una receta para el desastre.

*La teoría ocupa el lugar en las revoluciones que la estrategia militar ocupa en la guerra. Una estrategia equivocada en la guerra inevitablemente llevará a errores en la táctica y en las operaciones prácticas. Eso socavará la moral de las tropas y llevará a todo tipo de errores graves, derrotas y pérdidas de vida innecesarias. Ocurre lo mismo en la revolución. **Los errores en la teoría tarde o temprano se reflejarán en errores en la práctica.** Un error en la vida cotidiana a menudo se puede rectificar. Los errores cotidianos normalmente no son cuestiones de vida o muerte, pero las revoluciones son luchas a vida y muerte, y los errores se pueden pagar muy caros. Por consiguiente, **los revolucionarios consecuentes deben prestar una atención seria a la teoría. Deben estudiar cuidadosamente las revoluciones pasadas y sacar las lecciones y conclusiones necesarias de ellas.***

No puedo estar más de acuerdo con el marxista Alan Woods. Sin embargo, como él muy bien dice, *los errores en la teoría tarde o temprano se reflejarán en errores en la práctica*. Por consiguiente, cuando ha habido errores en la práctica lo que no se puede hacer, como Alan Woods hace contradiciéndose a sí mismo, es descartar por completo de antemano que no provengan de errores en la teoría. Lo mínimo que debe hacer un revolucionario consecuente es, de acuerdo con lo que él mismo dice, *estudiar cuidadosamente las revoluciones pasadas y sacar las lecciones y conclusiones necesarias de ellas*. Y sin embargo, para Woods la teoría marxista-leninista es correcta desde que se formuló, no hay que retocarla en lo más mínimo. En esto no puedo estar de acuerdo. Ahora se trata de demostrar que en todo caso esto es así. No se puede afirmar alegremente. El fracaso en la práctica hace, como mínimo, sospechosa a la teoría de contener errores. Y si aún se sigue pensando que la teoría es correcta, lo mínimo que hay que hacer es demostrarlo, es razonarlo suficientemente. ¡No basta con simplemente afirmarlo señor Woods! Si tan seguro está de que la teoría en la que cree es perfecta, debe demostrarlo. Cuando un científico hace un experimento fracasado en base a cierta teoría, está obligado ante la comunidad científica a demostrar que su teoría es verdadera. La verdad, al contrario que la inocencia en un juicio, hay que demostrarla, no se presupone. Una teoría cuya praxis ha fracasado está en el banquillo de los acusados y debe defenderse. Y no basta con afirmar que es inocente, esto hay que demostrarlo. La teoría marxista-leninista está en el banquillo de los acusados de la historia. Este libro pretende juzgarla de la mejor manera posible. Esa es al menos mi intención. Como estoy intentando demostrar, esa teoría es a grandes rasgos correcta, pero contiene ciertos errores importantes que no pueden despreciarse, que la desvirtúan globalmente. El marxismo-leninismo ha demostrado que es posible que el proletariado tome el poder político, que es posible intentar transformar la sociedad hacia el socialismo, pero también que ese proceso puede degenerar y colapsar. Es imperativo comprender realmente por qué degeneró y colapsó. Debemos considerar *todas* las causas posibles de su degeneración, incluidas las ideológicas. No debemos desechar ninguna, por remota que pudiera parecer a simple vista. Los errores en la teoría se pagan tarde o pronto en la práctica. Las experiencias prácticas nos obligan a replantear las distintas teorías revolucionarias. El marxismo, el leninismo y el anarquismo.

El fracaso de las revoluciones anarquistas tiene que ver con esa ausencia de organizaciones a gran escala que estén mínimamente preparadas y sean capaces de

canalizar a las masas. En Rusia el proletariado fue canalizado por ciertos partidos políticos, destacando poderosamente el partido bolchevique. ¿Hubiera triunfado la Revolución rusa sin ese partido? Difícil de responder. Probablemente no. Casi con toda seguridad que no. Pero sí podemos responder rotundamente a la siguiente pregunta: ¿Ha habido alguna revolución anarquista que haya triunfado en todo un país alguna vez? No. Así de sencillo y de fácil es responder en este caso. ¿Las revoluciones anarquistas que surgieron a pequeña escala duraron un mínimo tiempo para poder intentarse la revolución social? No. Unos pocos días en unos casos, unos pocos meses en el mejor de los casos. En la España de 1936 la revolución anarquista, surgida en la zona republicana, Cataluña sobre todo, fue liquidada por los comunistas (estalinistas) y por el resto de fuerzas políticas republicanas, no duró más allá de unos meses, pero ¿cuánto hubiera durado si su enemigo hubiese sido la burguesía, su facción más agresiva que se alineó con Franco? Probablemente mucho menos. No lo podemos saber con certeza. Pero sí podemos recordar lo que ocurrió en España en 1873. Distintas ciudades se rebelaron constituyéndose en cantones independientes, aplicando de forma inmediata el principio anarquista de *autonomía*, luchando cada una por su lado. Resultado: la revolución anarquista duró apenas unos días, fue sofocada sin casi resistencia por el ejército burgués. Sin organización, sin coordinación, sin unidad, es imposible vencer a un enemigo poderoso. Esto es el ABC de la lucha proletaria, de cualquier lucha.

Los anarquistas se quejan de la represión que sufren los movimientos espontáneos de las masas como si un soldado que acudiera al frente se quejara de que el enemigo dispara. Los anarquistas se olvidan de que la lucha por la emancipación es una guerra contra ciertos enemigos. Ellos los obvian y se contentan con decir que la revolución surgirá espontáneamente de las masas, que el Estado debe abolirse de forma inmediata, ni Dios ni amo, etc., etc. ¿Pero cómo piensan lograr sus objetivos en este mundo real? ¿Sin luchar? ¿Sin organizarse? ¿Sin tener en cuenta que enfrente hay un enemigo muy poderoso? La actitud del anarquismo en general con respecto a la lucha política y al Estado es parecida a la que tiene mucha gente en nuestros días con respecto a la política, cuando se contenta con decir que todos los políticos son unos corruptos y habría que despedirlos a todos (y no les falta bastante razón, pero hay unos pocos honestos que no pueden ser juzgados por igual). Pero, entonces, si despedimos a todos los políticos, ¿quién haría política?, ¿cómo es posible gobernar o gestionar un país sin política?, ¿qué entendemos por política? ¿Es que un ciudadano corriente que suba al poder político no se convertiría en político? ¿Es que muchos ciudadanos corrientes no actúan, en su particular escala local, como muchos políticos? Criticar un mal liderazgo, un mal gobierno, un Estado corrupto, diciendo que hay que prescindir del liderazgo, de todo gobierno y del Estado es palabrería barata que no lleva, en la práctica, a ningún lado, que sólo sirve para perpetuar la situación supuestamente denunciada. Convertir el *mal* liderazgo, Estado o gobierno en que *todo* liderazgo, Estado o gobierno es por sí mismo un mal, es un gran error que la izquierda no puede permitirse, conduce a un callejón sin salida. Una denuncia debe ser concretada, razonada, las quejas deben ser acompañadas de propuestas factibles para superar los males detectados. Si no es así, hablamos por hablar. Como las personas que dicen que los políticos son unos sinvergüenzas pero luego no son capaces de aportar soluciones, por lo menos de intentarlo, diciendo que no entienden, más bien deberíamos decir que se desentienden. Muchas de esas personas que

critican así a la clase política en general, dicho sea de paso, son las que contribuyen decisivamente a perpetuar esa clase política, votando como borregos, legitimando el sistema que tanto se aprestan a criticar tan tajantemente, y tan superficialmente. El anarquismo, a grandes rasgos, hace un poco lo mismo. Se contenta con decirnos que hay que prescindir de todo liderazgo, de todo gobierno, de toda autoridad, del Estado, pero no nos dice cómo. ¡Basta con decir que las masas espontáneamente harán la Revolución! Así de fácil. De decir, que no de hacer.

El anarquismo siempre tropieza con la misma piedra, con la madre de todas sus contradicciones: propugna la revolución pero deja al proletariado desnudo, sin armas con las que luchar, o con unas armas insuficientes, sin organización política. Propugna la lucha política pero sin entrar en el terreno de la política. Y luego se queja de que otras fuerzas le venzan. La revolución es una lucha de clases. La lucha de clases no es sólo una lucha sindical, es también, sobre todo, una lucha política. Como tal lucha hay que proveerse de las armas necesarias. Esas armas son la conciencia y la organización. Sin organización no hay unidad. Los reinos de Taifas no pueden luchar cada uno por su lado contra un imperio (nunca mejor dicho para el caso de la Rusia zarista). Sin una amplia unidad, que abarque a todo un país, no es posible vencer a cualquier enemigo de ámbito nacional, en primer lugar a la burguesía con su Estado nacional. El anarquismo siempre espera que la lucha sea sin enemigos. De esta manera siempre sucumbe. No dura ni dos asaltos. Por lo menos en cuanto a las luchas globales, a la lucha política. La lucha política sólo es posible hacerla mediante organizaciones políticas que abarquen el ámbito geográfico de que se trate. Las grandes debilidades del anarquismo son su renuncia a la batalla política, su fe ciega en la espontaneidad y la improvisación de las masas, su impaciencia por aplicar de forma inmediata sus postulados, su despreocupación en cuanto a cómo hacer la transición desde la sociedad actual a la sociedad anarquista.

Si el federalismo era un método eficaz, ¿por qué dio lugar al centralismo? Si garantizaba el poder popular desde abajo, ¿por qué el proletariado lo perdió? Recordemos que los soviets rusos nacieron espontáneamente, desde abajo. La revolución rusa, inicialmente protagonizada por las masas, acabó siendo controlada por cierta élite. ¿Por qué? ¿No demuestra eso mismo que toda revolución sólo puede prosperar mediante cierto liderazgo, cierto centralismo? ¿Cómo es posible defender a la revolución frente a un enemigo tan disciplinado y coordinado, si desde el principio recurrimos al federalismo, inherentemente más lento? La mayor parte, por no decir todas, las revoluciones de corte anarquista fracasaron muy rápido, precisamente, porque no pudieron luchar contra sus enemigos, ya sean éstos la burguesía o los marxistas centralistas, estatistas. Mientras los libertarios no sean capaces de resolver estas cuestiones, sus ideas, muchas de ellas, sonarán muy interesantes, pero poco realistas, poco alcanzables. ¿Cómo pasar de una sociedad centralizada, dominada por fuerzas centralizadas que se oponen al cambio (esta oposición nunca hay que olvidarla, en ella está el quid de la cuestión), aplicando la *inmediata* descentralización? Y si se recurre temporalmente al centralismo para luchar contra el centralismo burgués, ¿cómo evitar que degenera la revolución? Éstas son las cuestiones principales a resolver. Las respuestas más lógicas a estas preguntas, avaladas por las experiencias históricas, es que si se desea iniciar y sobre todo proseguir la revolución, no hay más remedio que recurrir al principio a cierto centralismo y tampoco hay más

remedio que procurar que éste vaya disminuyendo, una vez asentado el poder revolucionario. Y para evitar los peligros inherentes, que los hay y muchos, del centralismo, hay que recurrir a la democracia representativa. No basta con la democracia directa y el federalismo. Dicho de otra forma hay que establecer canales de comunicación directos entre la parte más alta de la jerarquía política y las bases, el pueblo. Esos canales de comunicación directa constituyen lo que llamamos *democracia representativa*.

Ésta es una de las principales lecciones de la revolución bolchevique pero también de las revoluciones anarquistas como la Comuna de París o la Revolución española. Si bien la experiencia de la Comuna de París también fue reivindicada por los marxistas, incluido Lenin. En dicha experiencia los proletarios se organizaron desde abajo, prescindiendo del aparato estatal burgués. El Estado embrionario construido en París entre marzo y mayo de 1871 se caracterizó, entre otras cosas, por la implantación del sufragio universal y la autogestión obrera. Todos los funcionarios eran elegibles, revocables en cualquier momento y tenían un sueldo máximo parecido al de cualquier trabajador. Los diputados de los cuerpos representativos de la Comuna se regían además por el mandato imperativo. Marx describió la Comuna de París como el primer ejemplo concreto de una dictadura del proletariado, a lo que Bakunin respondió que al no depender de una vanguardia organizada y al no haber arrebatado el poder al Estado francés o intentado crear un Estado revolucionario, la comuna parisina era anarquista. En cualquier caso, al margen de la cuestión del Estado, en la que marxistas y anarquistas discrepan, pues ellos interpretan la experiencia parisina de distinta manera, el hecho descrito por Bakunin en cuanto a la *manera* en que se hizo la revolución, la convierte en anarquista, en el sentido de no depender de una vanguardia revolucionaria, de no haber arrebatado el antiguo Estado a la burguesía, motivo por el cual ésta pudo reagruparse, contraatacar y aniquilar a la Comuna en apenas dos meses. El gran error de la experiencia parisina de 1871 consistió en no atacar al gobierno de Versalles, pues aunque desde esta ciudad no se controlaba inicialmente al resto de Francia (las provincias mostraban más bien su apoyo a la capital), el gobierno de Thiers tuvo suficiente margen de maniobra para recuperar el ejército bonapartista prisionero en Prusia firmando la paz con este país sometándose a las condiciones impuestas por Bismarck (incluso éste prestó ciertas tropas del emperador Guillermo al gobierno burgués francés) para finalmente contraatacar y vencer a la Comuna parisina. La revolución sólo puede prosperar si en todo el ámbito geográfico de que se trate, del país correspondiente, se despoja del poder a la clase dominante. Si allá dónde está concentrado el poder burgués se le vence. Ni siquiera es suficiente con controlar la capital en un país tan centralizado como Francia. La burguesía no da opciones y no perdona los errores de sus enemigos. No deja que las masas se autoorganicen. No consiente crear un Estado alternativo dentro del suyo. No consiente un poder paralelo. Es obligatorio despojarla a ella del poder *explícitamente*. Ésta es una lección histórica que nunca hay que olvidar. Otra cuestión es *cómo* despojarla del poder. Esto ya depende del lugar y del momento histórico. La resistencia de la burguesía a perder el poder, el control de la sociedad, no puede despreciarse. Hacerlo supone uno de los errores más graves.

A pesar de los grandes problemas de la Revolución rusa, por lo menos allí hubo cierta opción de intentar cambios, aunque insuficientes. Sólo ha sido posible expropiar los

medios de producción a la burguesía a gran escala mediante revoluciones inspiradas en el marxismo-leninismo (en ciertos aspectos de esta ideología), de manera directa o indirecta. Conquistando el Estado burgués, transformándolo y usándolo. Enfrentándose a la burguesía, despojándola del poder político a gran escala, en todo un país. Esto se hizo en todos los países en la órbita (ideológica) de la URSS, en el Chile de Allende o en la Venezuela de Chávez (aunque en estos casos se haya hecho de manera mucho más limitada). En todos esos casos se usó el Estado preexistente alterándolo más o menos, mejor o peor. Expropiar a la oligarquía no es suficiente, pero es necesario. Y esto no ha sido posible hacerlo en ninguna revolución anarquista, más que a escalas temporal y espacial muy limitadas, prácticamente anecdóticas, claramente insuficientes. En los casos de las revoluciones anarquistas no hubo prácticamente opciones. El anarquismo infravalora o directamente obvia el principal obstáculo de la revolución socialista: la existencia de la burguesía, que no se queda de brazos cruzados precisamente. ¿Cómo proponen los libertarios luchar contra la resistencia burguesa? De ninguna de las maneras. Este problema para ellos prácticamente no existe (por supuesto son conscientes de la resistencia de las élites a perder el poder, el control de la sociedad, pero no aportan soluciones concretas para vencerla, se conforman con la concienciación de las masas). Cuando, precisamente, es el principal problema para la revolución. Ellos hablan de sus métodos organizativos, pero suponen que pueden probarse desde el principio en las condiciones ideales, sin ningún obstáculo, cuando por el contrario, las condiciones para intentar las revoluciones han sido y son de lo más hostiles que pueden ser. Con esto no quiero decir que la sociedad no pueda organizarse a la manera anarquista en determinado momento, nada más lejos de mis deseos, pero esto parece del todo imposible hacerlo de la noche a la mañana, en las condiciones reales actuales, con el consentimiento de las actuales élites, sin enfrentarse a ellas. El sentido común, la razón y las experiencias prácticas nos lo dicen con toda contundencia, desgraciadamente. Para cambiar la realidad, lo primero es tenerla en cuenta, ser realista, además de soñar con cambiarla. Hay que fijarse metas (no puedo estar más de acuerdo con muchas de las metas del anarquismo), pero hay que tener en cuenta las condiciones de las que partimos, nos gusten o no.

El revolucionario marxista italiano Antonio Gramsci nos resume de la siguiente manera la lucha del proletariado en su artículo *Necesidad de una preparación ideológica de la masa*:

La lucha del proletariado contra el capitalismo se desenvuelve en tres frentes: el económico, el político y el ideológico. La lucha económica tiene tres fases: de resistencia contra el capitalismo, esto es, la fase sindical elemental; de ofensiva contra el capitalismo para el control obrero de la producción; de lucha para la eliminación del capitalismo a través de la socialización. También la lucha política tiene tres fases principales: lucha para contener el poder de la burguesía en el Estado parlamentario, es decir, para mantener o crear una situación democrática de equilibrio entre las clases que permita al proletariado organizarse y desarrollarse; lucha por la conquista del poder y por la creación del Estado obrero, es decir, una acción política compleja a través de la cual el proletariado moviliza en torno a sí todas las fuerzas sociales anticapitalistas (en primer lugar la clase campesina), y las

conduce a la victoria; fase de la dictadura del proletariado organizado en clase dominante para eliminar todos los obstáculos técnicos y sociales, que se interpongan a la realización del comunismo.

La lucha económica no puede separarse de la lucha política, y ni la una ni la otra pueden ser separadas de la lucha ideológica.

*En su primera **fase sindical**, la lucha económica es **espontánea**, es decir, nace ineluctablemente de la misma situación en la que el proletariado se encuentra en el régimen burgués, pero no es por sí misma revolucionaria, es decir, no lleva necesariamente al derrocamiento del capitalismo, como han sostenido y continúan sosteniendo con menor éxito los sindicalistas. Tanto es verdad, que los reformistas y hasta los fascistas admiten la lucha sindical elemental, y más bien sostienen que el proletariado como clase no debiera realizar otra lucha que la sindical. Los reformistas se diferencian de los fascistas solamente en cuanto sostienen que si no el proletariado como clase, al menos los proletarios como individuos, ciudadanos, deben luchar también por la democracia burguesa; en otras palabras, luchar sólo para mantener o crear las condiciones políticas de la pura lucha de resistencia sindical.*

*Puesto que la lucha sindical se vuelve un factor revolucionario, es menester que el proletariado la acompañe con la lucha política, es decir, que el proletariado tenga **conciencia** de ser el protagonista de una lucha general que envuelve todas las cuestiones más vitales de la organización social, es decir, que tenga conciencia de luchar por el socialismo. **El elemento “espontaneidad” no es suficiente para la lucha revolucionaria, pues nunca lleva a la clase obrera más allá de los límites de la democracia burguesa existente. Es necesario el elemento conciencia, el elemento “ideológico”, es decir, la comprensión de las condiciones en que se lucha, de las relaciones sociales en que vive el obrero, de las tendencias fundamentales que operan en el sistema de estas relaciones, del proceso de desarrollo que sufre la sociedad por la existencia en su seno de antagonismos irreductibles, etcétera.***

Si sustituimos *dictadura del proletariado* por *democracia* auténtica, y si eliminamos la referencia al campesinado (en el sentido de no darle tanta importancia, pues esta clase en la actualidad es minoritaria en la mayor parte de países, sobre todo del Primer Mundo, se ha visto superada con creces por la clase trabajadora de las ciudades), este resumen que nos presenta Gramsci puede, esencialmente, seguir aplicándose a nuestros tiempos.

Asimismo en *El partido comunista y los sindicatos* Gramsci justifica de la siguiente manera la necesidad del Partido, es decir, la insuficiencia de la lucha sindical:

La actividad específica del movimiento sindical se realiza en el campo de la producción con la conquista de la autonomía industrial por parte de los trabajadores. En la fábrica se verifica hoy esta división jerárquica de las clases; en la base está la clase obrera, que tiene una tarea puramente ejecutiva; arriba está la clase capitalista, que organiza la producción según planes nacionales e internacionales correspondientes a sus intereses más estrechos; en el medio

está la clase pequeñoburguesa de los técnicos y de los especialistas, que transmiten a la clase trabajadora los órdenes de producción dependientes de los planes generales y que también controlan que los trabajadores las ejecuten con precisión y al mínimo precio de costo. Las relaciones de organización de esta jerarquía industrial están fundadas en el terror.

Para la clase obrera, realizar su propia autonomía significa romper esta escala jerárquica, eliminar del campo industrial la figura del propietario capitalista, y producir según planes de trabajo establecidos no por la organización monopolista de la propiedad privada, sino por un poder industrial mundial de la clase obrera.

Para alcanzar la autonomía en el campo industrial, la clase obrera debe superar los límites de la organización sindical y crear un nuevo tipo de organización de base representativa y no más burocrática, que incorpore a toda la clase obrera, aun a la que no adhiere a la organización sindical. *El sistema de los consejos de fábrica es la expresión histórica concreta de la aspiración del proletariado a su propia autonomía. La lucha en este campo se verifica según algunas fases que se suceden lógicamente, aunque no siempre cronológicamente; a) lucha por la organización y funcionamiento de los consejos; b) lucha por la organización centralizada de los consejos de una determinada rama industrial y de todas las industrias entre sí; c) lucha por el control nacional de toda la actividad productiva.*

En el primer momento, la lucha se verifica fábrica por fábrica por objetivos inmediatos, fácilmente comprensibles para todas las maestranzas: control sobre los horarios y los salarios establecidos por los contratos, de una manera más rígida y sistemática de cuanto pueda hacerlo el sindicato; control de la disciplina de fábrica y de los agentes que el capitalismo propone para la misma disciplina; control sobre la toma y despido de la mano de obra. En el segundo momento, entramos al campo del control sobre la producción propiamente dicho: aquí se tiende a regular la distribución de las materias primas disponibles entre las fábricas de una misma rama industrial y también a suprimir las empresas parasitarias salvaguardando los intereses vitales de la clase obrera. En la tercera fase, la clase obrera llama a la lucha también a las otras clases explotadas de la población demostrando prácticamente ser la única fuerza social capaz de frenar los males determinados por el capitalismo en el periodo de su derrumbe.

Trotsky al analizar el fracaso de la Comuna de París (que él achaca a la ausencia de un partido que la haya podido liderar) nos resume de esta manera el papel del partido político proletario en *Las lecciones de la Comuna*:

El partido no crea la revolución a su gusto, no escoge según le convenga el momento para tomar el poder, pero interviene activamente en todas las circunstancias, pulsa en todo momento el estado de ánimo de las masas y evalúa las fuerzas del enemigo, determinando así el momento propicio para la acción definitiva. Esta es la más difícil de sus tareas. El partido no cuenta con una solución que valga para todos los casos. Necesita una teoría justa, un

estrecho contacto con las masas, una acertada comprensión de la situación, una visión revolucionaria y una gran decisión. Cuando más profundamente penetra un partido revolucionario en todas las esferas de la lucha revolucionarias y cuanto más cohesionado está en torno a un objetivo y por la disciplina, mejor y más rápidamente puede llevar a cabo su misión.

La dificultad consiste en ligar estrechamente esta organización de partido centralizado, soldado interiormente por una disciplina de hierro, con el movimiento de las masas, con sus flujos y reflujos. No se puede conquistar el poder sin una poderosa presión revolucionaria de las masas trabajadoras. Pero, en esta acción, el elemento preparatorio es inevitable. Y cuanto mejor comprenda el partido la coyuntura y el momento, mejor preparadas estarán las bases de apoyo, mejor repartidas estarán las fuerzas y sus objetivos, más seguro será el éxito y menos víctimas costará. La correlación entre una acción cuidadosamente preparada y el movimiento de masas es la tarea político-estratégica de la toma del poder.

Por consiguiente, el proletariado necesita organizarse políticamente, además de sindicalmente. Su lucha es en primer lugar sindical, pero también política.

Por si todo lo dicho en este capítulo acerca de la imposibilidad de la revolución espontánea fuese poco, basta recordar, además, que dado que el capitalismo es internacional, ya nadie puede dudar de ello, sólo podrá superarse si se hace internacionalmente. Esto no quiere decir que el socialismo deba vencer al capitalismo simultáneamente en todos los países, lo cual sería imposible, pero sí que hasta que el socialismo no triunfe en amplias zonas del planeta, especialmente en la metrópolis capitalista, el capitalismo no sucumbirá. Como nos recuerda Ernest Mandel en *Necesidad de una organización internacional revolucionaria*:

La experiencia ha confirmado ahora y siempre que es absolutamente imposible alcanzar un nivel elemental de coordinación y de acción internacional sobre una base puramente espontánea. Sería una utopía total el pensar que el grado de internacionalismo en la teoría y en la acción que exige la presente etapa de la lucha de clases y de las luchas revolucionarias a escala mundial, podría ser alcanzado de cualquier manera, sin una preparación consciente y deliberada en la que participen miles, decenas de miles de cuadros y militantes, durante muchos años antes de que emerja la Internacional revolucionaria de masas de mañana.

4.2. La importancia del método organizativo

La revolución no se hace, sino que se organiza, decía Lenin, que, como organizador principal de la revolución más importante de todos los tiempos, algo debe entender del tema. Sin caer en el extremo de considerar que la revolución no es más que una cuestión organizativa, lo que sí parece evidente es que dicha cuestión es central en la revolución. De lo que se trata para hacer la revolución, por consiguiente, es, entre otras cosas, de organizarnos adecuadamente. Para tomar el poder político, pero también para que la revolución no degenera. Para lo primero parece razonable considerar la teoría de Lenin, pues él contribuyó mucho, decisivamente tal vez, en el éxito de alcanzar el poder político. Muchos de quienes critican sus métodos, no sin algo de razón en muchos casos, sin embargo, se olvidan de que dichos métodos posibilitaron también el triunfo de la mayor revolución de todos los tiempos. Quienes apelan al culto al espontaneísmo, quienes piensan que con él basta, olvidan que con él solo *nunca* ha triunfado una revolución proletaria a gran escala, que los éxitos cosechados en la práctica con la sola espontaneidad de las masas han sido muy insuficientes. Las revoluciones han triunfado cuando la espontaneidad de las masas se ha visto acompañada de ciertas organizaciones que la han canalizado, que han podido transformar la rebelión en revolución. Si deseamos dar con el método organizativo que posibilite el triunfo de la revolución, la expulsión de la burguesía del poder político, deberemos considerar las experiencias prácticas. La teoría y la praxis de Lenin no pueden obviarse, deben ser imperativamente consideradas. No hacerlo contradeciría el método científico. Éste nos dice que una teoría es avalada por la práctica. Las teorías que propugnan la fe ciega en el espontaneísmo han sido contradichas por la experiencia, no así la teoría de Lenin. El líder ruso demostró en la práctica que con su manera de organizar al proletariado, éste podía alcanzar el poder. Sin embargo, su teoría, sus deficiencias, también demostraron que eso no es suficiente, que existe el serio peligro de que el poder se lo arrebatase al pueblo una minoría, la propia vanguardia revolucionaria. La teoría de Lenin habrá por tanto que considerarla, pero de manera crítica y adaptándola a los tiempos presentes. Para lo segundo, para evitar la degeneración de la revolución, sin embargo, habrá que replantear la teoría leninista, habrá que considerar otras teorías, muy especialmente al anarquismo. Probablemente, habrá que llegar a cierto equilibrio que compagine lo mejor de las distintas teorías. La experiencia nos irá guiando. La pasada, la presente y la futura. Y para ello, al estudiar las revoluciones que han existido, es ineludible analizar los métodos usados para organizarlas. Si la revolución es ante todo una cuestión organizativa, los posibles aciertos o fracasos de las experiencias prácticas tendrán que ver ante todo con las metodologías organizativas utilizadas. Es imprescindible, por tanto, analizar a fondo las estrategias generales, las ideologías en las que se sustentaron dichas metodologías. No basta con fijarse en los contextos, en las decisiones personales o en ciertas tácticas.

El éxito de la Revolución rusa, éxito en cuanto a que el proletariado alcanzó el poder político, se debió a diversos factores. Si nos ceñimos a las cuestiones organizativas, la Revolución rusa se caracterizó por dos hechos igualmente importantes: las masas se organizaron en soviets, y existió un partido, el partido bolchevique, que fue capaz de

coordinar a las masas para la toma del poder. Los soviets sirvieron para que las masas proletarias pudieran protagonizar todo lo posible la revolución. Pero con ellos no bastaba, si no se coordinaban entre ellos no sería posible vencer a la burguesía y a la aristocracia. Lenin captó perfectamente esto y trabajó tenazmente, durante varios años, para que su partido fuese integrado con las masas, trabajó intensamente para ganar el apoyo de los soviets. En cuanto lo tuvo se produjo el golpe final, el asalto decisivo al poder. La Revolución rusa no se hubiera producido sin esa relación dialéctica entre las masas, organizadas en soviets, y la vanguardia, organizada en su partido político. Ésta es una de las grandes lecciones de Octubre. Lección que no debe olvidarse. **Cuando las masas se organizan, cuando la vanguardia se organiza, cuando ambas partes se integran sin anularse mutuamente, el pueblo puede alcanzar el poder.** Cualquier revolución que aspire a transformar el sistema radicalmente debe basarse tanto en las masas organizadas como en la vanguardia organizada. Ambas organizaciones deben coordinarse y realimentarse mutuamente. Ésta es una condición necesaria, pero no suficiente. Cualquier revolución donde sólo haya una organización, una élite, que dirija todos los acontecimientos corre el grave y rápido riesgo de degenerar. Si ya degeneró la Revolución rusa, en la que las masas tuvieron un gran protagonismo, cualquier revolución donde las masas se dejan llevar por la vanguardia desde el principio degenera con más probabilidad, más y antes. No hay más que comparar la revolución china de 1949 con la rusa de 1917.

Las masas deben organizarse para hacerse oír, pero también la vanguardia, que debe erigirse como el Estado mayor de la Revolución. ¿Cómo deben organizarse las masas? Como ellas estimen conveniente de acuerdo al lugar y al momento de que se trate. Las formas organizativas de las masas proletarias son muy variadas: asambleas populares, sindicatos, comités, consejos, soviets, etc. Pero todas ellas coinciden en lo básico: en todas ellas las masas se organizan mediante la democracia directa. Sin embargo, las masas deben ser conscientes de que se necesita, además, coordinación, un cuartel general que centralice la acción. Lo ideal es que ese cuartel general esté compuesto por varios partidos, que sea elegido democráticamente por las bases. Lo ideal. La realidad es mucho más compleja. En las épocas revolucionarias los acontecimientos se aceleran y muchas veces no es posible hacer las cosas de la manera ideal. Pero, indudablemente, si consideramos qué es lo ideal y tendemos hacia ello, haremos las cosas mejor. La vanguardia debe ir poco a poco preparando el terreno para que la improvisación se reduzca a lo mínimo inevitable cuando llegue el caso, para que se sepan y se apliquen las líneas maestras de cómo actuar. El principal peligro de degeneración de cualquier revolución reside en la vanguardia, por ello vamos a centrarnos sobre todo en las cuestiones organizativas de ella. Las masas deben ser también orientadas, pero ellas deben ser quienes deban organizarse llegado el caso. Las masas lo harán de manera más o menos espontánea, ellas introducirán el necesario factor de espontaneidad. La vanguardia, por el contrario, debe aspirar a planificar, a preparar, a reducir en todo lo posible el factor espontáneo. La vanguardia introduce orden en la acción revolucionaria. Es por esto que sólo ella puede organizarse de manera concreta y planificada mucho antes de que las masas estallen.

Sólo cuando los estallidos sociales de las masas coincidan con organizaciones vanguardistas preparadas, capaces de canalizarlas y liderarlas, es cuando es posible

que la rebelión dé lugar a la revolución. Una revolución social es siempre el resultado de la combinación entre la espontaneidad de las masas y la organización de su vanguardia. Cuando ambas componentes se dan en las proporciones adecuadas y se relacionan dialécticamente, para realimentarse mutuamente, y no para contradecirse, es cuando hay más probabilidades de que se dé la revolución, y, lo que es tan importante, de que dicha revolución tenga serias opciones de no degenerar. Debe haber un mínimo de espontaneidad y un mínimo de organización, de preparación, de no espontaneidad. Si la espontaneidad de las masas no alcanza un mínimo umbral, la revolución depende demasiado de una élite con el consabido riesgo que ello conlleva. Si no hay espontaneidad es que no hay masas, es que no hay factores objetivos favorables al cambio, es que no hay verdadera necesidad *social* de cambio. No es posible planificar el momento y la manera en que las masas van a estallar. Sólo es posible detectar ciertas probabilidades, ciertos indicios, pero nada más. El ser humano no actúa de manera completamente determinista, no es totalmente previsible. Y esto es especialmente cierto cuando hablamos de “masas”, de mucha gente. Otra cosa ocurre con las élites. El elemento espontáneo disminuye cuando hablamos de pequeños grupos de personas coordinados. No es posible una verdadera revolución social sin las masas, es decir, sin cierta espontaneidad. Pero si la rebelión de las masas no alcanza un mínimo de organización, si tenemos un exceso de espontaneidad, la rebelión no va más allá, se hace muy difícil, por no decir imposible, alcanzar el poder, el verdadero cambio no surge. Sólo se consiguen cambios superficiales, en el caso de que se consigan. **En ese delicado equilibrio dialéctico entre masas y vanguardia, entre espontaneidad y organización, entre improvisación y planificación, está el quid de la cuestión.** La vanguardia debe organizarse teniendo en cuenta dicho equilibrio dialéctico. Debe posibilitar concienciar, dirigir y coordinar a las masas pero sin anularlas, sin suplantarlas. La comunicación entre la vanguardia y las masas, entre élites y bases, debe ser bidireccional. ¡Fácil de decir! Pero, por lo menos, debemos tener clara la teoría. Si tenemos claro cómo actuar tendremos más posibilidades de hacerlo correctamente. La teoría revolucionaria debe estar lo más clara posible, debemos intentar cerrar todos los flancos posibles, aunque sepamos que no es posible preverlo todo.

Evidentemente, las formas organizativas dependen del lugar y del momento. Sin embargo, podemos estipular ciertas líneas generales. Aquí hablaremos sobre todo de cómo debe organizarse la vanguardia revolucionaria en las democracias burguesas. Obviamente, en una dictadura no podría dicha vanguardia organizarse de la misma manera. El contexto influye mucho. En *¿Qué hacer?* Lenin resume su concepción de la organización revolucionaria de la siguiente manera:

Yo afirmo: 1) que no puede haber un movimiento revolucionario sólido sin una organización de dirigentes estable que guarde la continuidad; 2) que cuanto más vasta sea la masa que se incorpore espontáneamente a la lucha – y que constituye la base del movimiento y participa en él –, tanto más imperiosa será la necesidad de semejante organización y tanto más sólida deberá ser ésta (pues con tanta mayor facilidad podrán los demagogos de toda laya arrastrar a los sectores atrasados de la masa); 3) que dicha organización debe estar formada, en lo fundamental, por hombres que hagan de las actividades revolucionarias su profesión; 4) que en un país autocrático, cuanto más

restringamos el contingente de miembros de dicha organización, incluyendo en ella sólo a los que hacen de las actividades revolucionarias su profesión y que tengan una preparación profesional en el arte de luchar contra la policía política, tanto más difícil será “cazar” a esta organización, y 5) tanto mayor será el número de personas de la clase obrera y de las otras clases de la sociedad que podrán participar en el movimiento y colaborar en él de un modo activo.

Es evidente que la concepción del centralismo democrático, la concepción leninista del partido, está muy influida, decisivamente influida, por el contexto. Los bolcheviques tuvieron que luchar, en sus principios, durante bastante tiempo, de manera clandestina. El régimen zarista era totalitario. La censura y la represión política eran el pan nuestro de cada día. En una organización ilegal no ha lugar la democracia, ésta ha de restringirse forzosamente. No pueden hacerse reuniones a gran escala, no pueden anunciarse públicamente. Incluso en una organización secreta no se conocen todos los miembros. El partido bolchevique, indudablemente, adoptó peligrosos modos de comportamiento en su etapa clandestina, se sentaron peligrosos precedentes, se adquirieron ciertos hábitos que le marcaron para siempre. La lucha ilegal endureció a los hombres y mujeres que la protagonizaban, generalizó la desconfianza ante todo y ante todos, la cual era el pasaporte para la supervivencia. En esas condiciones, no es muy difícil comprender que las críticas o las discrepancias bienintencionadas fueran interpretadas muchas veces de manera equivocada como contrarrevolucionarias. La desconfianza mutua deriva poco a poco en paranoia. Ideológicamente, por otro lado, la lucha era encarnizada. En toda lucha de clases la lucha ideológica es intensa. Cuando la primera está en su apogeo la segunda se recrudece. El enemigo intenta confundir, dividir, llevar a las ideas por malos derroteros para hacerlas sucumbir. Las quintas columnas trabajan sin parar. Es muy difícil discernir entre quienes actúan con buena fe y quienes lo hacen para hacer fracasar la revolución. Además, las masas proletarias en Rusia eran analfabetas. Bajo esas circunstancias, una persona mejor formada, más inteligente, que deseaba el bien de sus conciudadanos (vamos a suponer esto, hay muchos indicios de que así era), que se implica, que desea obstinadamente, fervientemente, sacar adelante la lucha proletaria, que cree estar en lo correcto, inevitablemente, se vuelve un fuerte líder, inevitablemente, siente que el proceso depende de unas pocas personas, con ella a la cabeza. Las dificultades le hacen a uno más fuerte si no sucumbe. Los obstáculos moldean a los verdaderos líderes. El fuerte liderazgo que van adquiriendo se convierte también en un serio peligro para ellos mismos. El líder sigue para adelante a pesar de todo, contra viento y marea, hasta el punto de no escuchar todo lo que debiera, hasta el punto de no distinguir entre la crítica constructiva y la destructiva. Un líder fuerte habla más que escucha, influye más que es influido, exporta sus errores a los demás. Su liderazgo deslumbra a quienes le rodean, que caen presos del culto a su persona. Su ego se realimenta así de manera peligrosa. Ya casi nadie de su alrededor se atreve a corregirlo (máxime cuando ha demostrado tantas veces en el pasado estar en lo correcto). Todas estas cosas le pasaron en mayor o menor medida a Lenin. Cualquier liderazgo, cuando éste crece demasiado, fomenta el autoritarismo. Si a esto añadimos las situaciones extremas y muy cambiantes, es casi un milagro que ningún líder no sucumba ante el autoritarismo. El leninismo es ante todo un producto de la Rusia zarista y de las duras circunstancias del momento histórico. Despreciar el contexto en el que se forjó es no comprender por qué se forjó ni comprender por qué evolucionó como lo hizo. Los

seres humanos actuamos por inercia, los principios nos marcan mucho, a veces decisiva e irremediamente. No digamos ya las malas o duras experiencias. Lo mismo les ocurre a las organizaciones humanas. Por inercia, realimentado por el duro y complejo contexto, el partido bolchevique agravó algunas de sus peligrosas tendencias hasta degenerar por completo.

El marxismo-leninismo, es decir, el marxismo “a la rusa”, es un producto histórico, de la Rusia de la época, como también lo es el propio marxismo. Marx y Engels fueron influenciados por el contexto de su Alemania natal, y sobre todo por Inglaterra, donde desarrollaron gran parte de su trabajo, por Europa Occidental en general. Nadie puede escapar a las influencias de las circunstancias en las que vive. Asimismo, Lenin no pudo escapar a las suyas, ni, por supuesto, Stalin. Lenin fue un ruso muy influenciado por la Europa Occidental, donde pasó largas temporadas. Rusia, a su vez, es un país enorme, entre dos continentes. Podemos decir que hay fundamentalmente dos Rusias: una europea y otra asiática. Lenin fue un producto sobre todo de la Rusia europea (sin embargo, no totalmente independiente de la asiática). Stalin fue sobre todo un producto de la Rusia asiática. No en vano Stalin era de origen georgiano. A este respecto, es sumamente interesante el siguiente pasaje del libro *Comunismo: Principio y fin de un sueño*, de Eduardo Durán-Cousin:

El poder estaliniano no se afincaba sólo en la represión, también a cuenta del convencimiento comenzó a tejer sus raíces entre el pueblo de Rusia. Stalin, como ningún otro de los dirigentes bolcheviques era él mismo expresión de la naturaleza profunda de Rusia, de su carácter semi-asiático y de su espíritu saturado de religiosidad. Seminarista en su juventud, nadie como él dentro del Partido, se había empapado tanto de esta categoría, dominante en la cultura rusa. Él conocía la religiosidad de las masas rusas, su pietismo y su sincera predisposición a la devoción por una fe o por un mito. Stalin sabía que las masas rusas eran así, porque él mismo era así.

A partir de ello y a medida que ascendía en el poder comenzó a presentar su propia imagen del marxismo, ya no como una doctrina científica sino más bien como un esquemático credo laico. Comenzó cuando Lenin aún vivía, mas sería durante sus funerales cuando sentó las bases de una forma cuasi-religiosa de marxismo al que denominaría más adelante como “marxismo leninismo”, auto-otorgándose el carácter de oficiador principal del nuevo credo, como el más fiel continuador de la obra y del pensamiento de Lenin.

Stalin fue el encargado de organizar las ceremonias fúnebres en honor del fallecido y allí aprovechó para hacer escuchar al consternado pueblo ruso su versión sacralizada y dogmática de la ideología socialista; hasta con el tiempo lograr hacer de ella, como diría Marx, hablando al respecto de Rusia mismo: “una cuestión de fe antes que de hecho”.

El marxismo de Lenin había estado matizado por importantes rasgos religiosos, que eran propios de la rusificación a que le sometiera, pero lo que en Lenin eran rasgos, en Stalin pasaron a ser aspectos substanciales del contenido y de la forma de la doctrina. Stalin llegaría con el marxismo, donde Lenin no había

alcanzado a llegar, hasta el corazón de las masas: Rusia era religiosa, pues aquí tendría el mundo una versión religiosa del marxismo.

[...]

La rusificación del marxismo y su erigimiento como doctrina nacional de Rusia había implicado la completa absorción de los rasgos religiosos propios del espíritu del pueblo ruso, de su tradición bizantina y de las formas cristiano ortodoxas de su cultura. Era otra solución de continuidad que se producía en el proceso de erección de la forma socialista en la Rusia atrasada.

Tal como nos dice el materialismo dialéctico, las ideas se nutren, en última instancia, de las condiciones materiales de existencia. Pero la manera en que lo material influye en lo inmaterial no es siempre directa, no es siempre mecánica, no es siempre evidente, ni mucho menos simple. El materialismo marxista es *dialéctico*, no metafísico. A su vez, las ideas son influenciadas por otras ideas e influyen en lo material. El marxismo-leninismo fue influenciado por el marxismo alemán, el original, pero también fue influenciado por el carácter ruso, producto de las particulares circunstancias, materiales e ideológicas, de la Rusia de la época. No puede obviarse el contexto ruso en las ideas de quienes dirigieron la Revolución rusa, en la manera cómo interpretaron las ideas marxistas, en la manera en que concibieron la revolución socialista.

El problema es que esta concepción de la revolución dirigida por una élite, aun admitiendo que era imprescindible para el surgimiento de la revolución en esas circunstancias rusas de la época, a su vez, facilitó la degeneración de la revolución, una vez conquistado el poder político. Las circunstancias realimentaron la excesiva dependencia de la Revolución rusa respecto de su élite. Esta dependencia, probablemente, posibilitó la revolución, como mínimo la facilitó, disparó las probabilidades de que triunfara, pero también posibilitó su posterior degeneración. En esa excesiva dependencia estaba la contradicción fundamental de la Revolución rusa, de cualquier revolución en general. Contradicción que finalmente estalló y se agravó hasta límites muy peligrosos, haciendo que la revolución se traicionara irremisiblemente a sí misma, cuando la élite que dirigió inicialmente la Revolución rusa fue sustituida por otra, con distintas intenciones. Lenin infravaloró o despreció la contradicción existente en “su” revolución. Supuso que la élite que la inició, la continuaría, supuso que cualquier élite que surgiera de su partido tendría sus mismas intenciones. Sólo al final de sus días se dio cuenta realmente de que la evolución de la revolución que tanto protagonizó no era la deseable, percibió el peligro de la degeneración monstruosa de la Revolución rusa, se dio cuenta de que el “Estado obrero y campesino con deformaciones burocráticas”, como él decía desde hacía unos años cuando ya se detectaron ciertos problemas, algunos de ellos incluso causados por él mismo, se estaba transformando en un Estado burocrático, incluso entonó el “mea culpa”, y advirtió del peligro de Stalin, tal vez intuyendo el peligro del totalitarismo. Pero ya era demasiado tarde.

La cuestión que debemos resolver ahora en pleno siglo XXI es si los postulados de Lenin siguen siendo válidos o no, es determinar cuáles lo son y cuáles no, si es posible reutilizar algunos de ellos o no. Reutilizarlo todo o desecharlo todo parece ser

igualmente erróneo porque equivale, respectivamente, a suponer que el contexto actual es *exactamente* el mismo que a principios del siglo XX en Rusia, o *totalmente* distinto. El contexto ha cambiado, ¿pero hasta qué punto? Ésta es la cuestión. Los principios 4 y 5 expuestos por Lenin sí podemos desecharlos actualmente puesto que en nuestros días las organizaciones políticas y sindicales son legales (en las democracias burguesas, como España). Desde este punto de vista, ahora no es necesaria una dirección muy reducida y astuta para eludir a la policía política. Actualmente, por ahora, no hace falta luchar en la clandestinidad. Ahora tenemos marginalidad pero no ilegalidad (por regla general). Uno de los principales factores que casi obligaron a tener una reducida élite revolucionaria ha desaparecido, por tanto esa élite ya no es imperativo que sea tan reducida. Algo hemos avanzado, bastante. Sin embargo, aunque ahora no haya policía política, sigue habiendo demagogia, sigue habiendo “policía ideológica”, mucho más sofisticada y por esto mucho más peligrosa, sigue siendo necesaria una pertinaz y continua lucha ideológica contra los manipuladores de la verdad. Desde este punto de vista, toda organización revolucionaria empeñada en hacer la revolución, por lo menos en preparar el terreno, debe tener una dirección estable, una continuidad. Es más, ahora, a diferencia de la época de Lenin, más que inconciencia de clase hay una falsa conciencia de clase. Esto requiere una obstinada y persistente labor de concienciación, peor aun, de reconciliación.

Es claro que en nuestros días, como antaño, se necesita una dirección estable, que insista e insista, que sea coherente, que luche de manera sostenible. En este punto no hay tantas diferencias con respecto a la época de Lenin. Cuando uno lee las dificultades con que se topaban los bolcheviques, sobre todo en la guerra ideológica, se da cuenta de que ahora ocurre algo muy parecido. En la guerra ideológica no han cambiado tanto las cosas. Pero, ahora, tenemos Internet, ahora el pueblo no es tan inculto, ahora hay unas experiencias prácticas a considerar. Ahora no tiene sentido la lucha armada, pero la lucha sigue siendo necesaria. Ahora hay más aptitudes, pero también hay peor actitud. La gente está más formada pero también más acomodada. La apatía generalizada es ahora, a diferencia del analfabetismo en la época de Lenin, el gran obstáculo. La vanguardia revolucionaria del siglo XXI debe concentrarse en la formación, como siempre, aunque ahora esta labor sea menos titánica que antaño, debe limitarse sobre todo a posibilitar ciertas lecturas, a seleccionarlas, a facilitarlas; pero ante todo debe centrarse en despertar el imprescindible espíritu de lucha, sin el que es imposible cualquier revolución. Si alguien me preguntara qué factor clave explicaría el éxito de Lenin (en cuanto al acceso al poder político del proletariado), mi respuesta sería muy clara y contundente: su espíritu combativo, más que ninguna otra cosa. Su gran ejemplo fue su actitud. El tesón, el empuje, la fuerza, el no dejarse desanimar por las dificultades, el batallar por las ideas correctas, por las que él creía correctas, la fe que tenía en él mismo y en las masas (lo cual no impedía ser realista para considerar sus limitaciones, ni para reconocer sus propias limitaciones o errores). No hay más que leer sus escritos para percibir esa enorme fuerza que tenía, ese espíritu indomable. Ese espíritu en estos principios de siglo XXI está casi extinguido. Ni se ven dirigentes ni ciudadanos con él, salvo ciertos atisbos en algunas honrosas e insuficientes excepciones. Es absolutamente imprescindible adoptar ese espíritu de lucha sin el que la lucha es pura ficción. ¡Y la revolución es ante todo lucha! Pero lucha organizada. Lucha individual y colectiva.

Es cierto, por consiguiente, que se sigue necesitando en la actualidad esa dirección estable (ante las dificultades siempre es necesaria, aunque éstas cambien; la revolución, cualquier lucha, siempre necesita una gran fuerza de voluntad, una gran coherencia, una enorme insistencia), pero la lección, la dura lección, que hemos aprendido es que hay que protegerse frente a los peligros inherentes, demostrados con las experiencias reales, de un liderazgo excesivamente personalista, más en general de un excesivo liderazgo. La manera de tener una dirección más estable, visto a corto plazo, es que las mismas personas estén en ella, como así lo entendió Lenin en su época. Con lo que no contó Lenin es con su muerte prematura. Hipotecó demasiado el futuro de la revolución a ciertas personas concretas, empezando por él mismo. Él se hizo demasiado imprescindible. Y esto fue un grave error que se pagó a un precio muy caro. Por tanto, ahora debemos seguir aplicando el principio de que se necesita una gran estabilidad en la organización revolucionaria pero esa estabilidad debe redefinirse, no debe significar que las mismas personas dirijan el proceso. Debe significar que sean quienes sean las personas que conduzcan el proceso, que ostenten los máximos cargos de responsabilidad en la vanguardia revolucionaria, los principios básicos, las grandes líneas estratégicas (no así las tácticas puntuales), se mantengan en el tiempo. Aquellas personas que en determinado momento destaquen por sus aptitudes y sobre todo por sus actitudes, deberán contagiar éstas a su alrededor, si no, la revolución está condenada al fracaso, tarde o pronto, de una u otra manera.

Ahora, en estos tiempos de Internet, donde todo el mundo puede acceder a todo tipo de opinión e información, al menos potencialmente (y una de las labores de la vanguardia revolucionaria es precisamente promocionar lecturas de obras esenciales, es hacer publicidad de la prensa alternativa), donde la gente está mejor formada, es cuando ya no son necesarios, por lo menos no tanto, los grandes liderazgos personales. Hasta cierto punto, pues mucha gente aún se deja embaucar por las personas. Si bien también existe una tendencia a que las personas dejen de tener protagonismo. Vivimos una época altamente contradictoria, de transición tal vez. La izquierda debe hacer todo lo posible para dar el máximo protagonismo al *conjunto* de las organizaciones, empezando por las bases, lo cual no significa prescindir por completo de los protagonismos personales, sino limitarlos todo lo posible. Sobre todo la lucha revolucionaria no debe depender en exceso ni de la dirección ni de las personas que la ocupan. Las organizaciones deben fijarse programas estratégicos de lucha donde sus grandes líneas y objetivos se planteen a largo plazo, es decir, donde se asuma que hay que ejecutarlas de manera continua y persistente en el tiempo, por cierto periodo suficientemente amplio, al mismo tiempo deben establecerse ciertas tácticas y objetivos a corto y medio plazo, más cambiantes, de acuerdo con el cambiante contexto. Y, en cualquier caso, deben establecerse unos principios fundamentales intocables, permanentes: el objetivo es superar el capitalismo, la democracia debe desarrollarse todo lo posible, tanto en el interior de las organizaciones revolucionarias, como en el conjunto de la sociedad. En cuanto a estas piedras angulares de los objetivos esenciales a largo plazo y de las reglas del juego debe haber unanimidad. En cuanto a cómo ir avanzando poco a poco debe haber unidad de acción, pero diversidad de opiniones. La unanimidad no podrá encontrarse más que restringiendo la democracia. Y en el momento en que se restringe la democracia la contrarrevolución avanza, incluso prematuramente, antes de que la

revolución pueda iniciarse. La historia ha hablado con contundencia para quien quiera escuchar.

Como las experiencias históricas nos han demostrado, cuando toda revolución es controlada, demasiado controlada, por cierta élite, tarde o pronto, dicha revolución degenera. Así ocurrió con la Revolución rusa. Así mismo ocurrió también con la Revolución francesa. **Toda revolución debe ser protagonizada todo lo posible por el pueblo, por todo él.** Si no es así, tarde o pronto, se traiciona a sí misma. Las élites acaban traicionando al pueblo. Élite y pueblo son dos conceptos antagónicos. **Las élites deben protegerse de sí mismas recurriendo al poder popular, deben someterse al control directo del pueblo.** Y las bases de cualquier movimiento político, sindical o social, deben a su vez protegerse de la élite, pero también de sí mismas, de su tendencia a dejarse llevar. Todo liderazgo debe, prioritariamente, fomentar insistentemente el activismo de cada individuo. En esto está la clave del éxito. La actitud de cada individuo es vital para el devenir de los acontecimientos. Los individuos deben unirse a la hora de pasar a la acción, pero sin anularse, sin convertirse en ovejas que siguen ciegamente a su pastor. En este delicado equilibrio está la clave para posibilitar el inicio de la revolución, el triunfo político, pero también, al mismo tiempo, la continuación de la revolución, el triunfo económico y social. Se debe hacer ver a cada individuo que todo liderazgo es un mal necesario que hay que limitar desde el principio. Un líder debe limitarse a dar un empujón inicial, pero ese empujón no debe ser continuo. **Todo liderazgo debe autolimitarse.** Debe saber hasta dónde debe llegar y debe hacer implicarse a los demás para seguir, para tomarle el relevo. Cualquier líder debe impedir por todos los medios que las masas dependan de él. Si no lo consigue, fracasará como líder. Un líder triunfa si sus ideas, sus realizaciones prácticas, sus actitudes y sobre todo su espíritu de lucha son contagiados a quienes le rodean, a las masas. Si las ideas y los hechos dejan de depender de él. Si la dinámica de los acontecimientos no está hipotecada a su persona. Un buen padre ayuda inicialmente a sus hijos pero no los hace dependientes, los hace responsables, les deja cometer sus propios errores, les enseña a asumir sus propios destinos, a dejar de ser niños. Un líder debe crear líderes a su alrededor, cuantos más mejor. Debe aspirar a que todos los individuos que participan en la lucha sean líderes, protagonicen sus pensamientos y sus actos, se involucren *personalmente* hasta el límite de sus posibilidades. Si esto no se consigue, entonces la revolución, la verdadera, no puede avanzar. Toda revolución debe madurar suficientemente en las mentes de las personas antes de pasar a la acción. Lo cual tampoco significa esperar a una maduración perfecta, que nunca llegará.

Toda vanguardia debe aspirar a serlo lo menos posible, debe posibilitar que lo vaya siendo cada vez menos, en vez de al revés. Si la vanguardia va cobrando cada vez más protagonismo, en vez de lo contrario, deben encenderse todas las luces rojas, deben dispararse todas las alarmas. La revolución se encamina hacia la contrarrevolución. **El principal síntoma de degeneración de toda revolución es cuando el protagonismo se desplaza desde la mayoría, desde la ciudadanía, hacia las minorías, hacia las élites.** Cualquier protagonismo de carácter minoritario, de unas pocas personas, de cualquier índole, es potencialmente muy peligroso para cualquier revolución. En ese caso, urge que dicho protagonismo cambie de sentido, que tienda a ser mayoritario. Urge afianzar, desarrollar, ampliar, intensificar los

métodos democráticos. En cualquier caso si partimos de un buen comienzo se minimizan las posibilidades de contrarrevolución. Desde el principio hay que establecer una metodología escrupulosamente democrática, que garantice el control popular, que lo aumente en el tiempo y no al contrario. Hay que partir de una democracia mínima que suponga el máximo posible del momento, de una democracia más amplia y completa de la que disfrutaba el pueblo antes de la revolución, y no al contrario. En verdad lo prioritario antes de emprender cualquier cambio social es proveerse de los mecanismos imprescindibles para llevarlo a cabo. Dichos mecanismos constituyen la **democracia política**.

Otro síntoma muy claro de la degeneración de cualquier revolución es cuando el debate de las ideas se transforma en el enfrentamiento personal, cuando las ideas ceden protagonismo a las personas que las defienden o las crearon, cuando en vez de rebatir cierta idea tan sólo se la descalifica (sin explicar suficientemente, mínimamente, por qué se la califica de tal o cual manera), ya sea tachándola de *contrarrevolucionaria, anti-marxista, menchevique, anarquista, centralista* o ... Cuando los argumentos no son combatidos con otros argumentos, cuando se los demoniza, cuando se juzga a la etiqueta de la botella en vez de a su contenido, la razón da paso a la fe, la ciencia se va transformando en religión, las ideas en dogmas, la revolución en contrarrevolución. Los críticos se convierten en los enemigos de la revolución. Cuando en realidad la revolución, como la verdad en general, sólo puede avanzar mediante la crítica y la autocrítica. Los métodos delatan a los fines o los traicionan. Cuando hay caza de brujas es que ya no hay revolución, peor aun, es que ya es imposible que la haya. Cuando los personalismos (una forma particularmente peligrosa de protagonismo minoritario) crecen, la contrarrevolución se va asentando. Cuando en vez de *socialismo* se empieza a hablar sobre todo de *marxismo, de leninismo, de trotskismo, de estalinismo, de maoísmo*, mal asunto, muy mal asunto. Uno de los grandes problemas del propio *marxismo* es su mismo nombre. Marx tiene demasiado protagonismo en sus ideas, en sus teorías. Probablemente, muy a su pesar. Él mismo decía que no era marxista, tal vez medio en broma medio en serio. Él y Engels decían que su doctrina no era un dogma sino una guía para la acción. Pero yo creo que Marx y Engels podrían haber hecho más, que deberían haber hecho todo lo posible, para evitar el culto a sus ideas y a sus personas, empezando por evitar que sus propias teorías se llamaran *marxismo*. Los marxistas corren el grave riesgo de caer en el culto a las ideas y a las personas, y de hecho caen o han caído. Porque el culto a la personalidad, criticado por los propios marxistas, ejercido por Stalin hasta llegar al éxtasis (aunque paradójicamente, o quizás no, la traición a las ideas marxistas fue máxima con él en el gobierno), se nutrió del mismo marxismo, que en su mismo nombre alienta dicho culto. Ésta es una de las grandes contradicciones del marxismo: su propio nombre. Una teoría científica que se llama como su autor, cayendo en el culto a la personalidad, inherentemente anticientífico. No es la única ciencia que tiene esta contradicción, pero en el caso del marxismo es muy notoria.

Según Henri Lefebvre esta contradicción (aunque para el filósofo francés no lo es, al menos no lo dice explícitamente, soy yo quien afirma que es una contradicción llamar a las ideas marxistas “marxismo”) se superará cuando la denominación de *marxismo* sea sustituida por *materialismo dialéctico*:

Considerado en toda su amplitud, como concepción del mundo, el marxismo se denomina materialismo dialéctico. Sintetiza y unifica, en efecto, dos elementos que Marx halló separados y aislados en la ciencia y en la filosofía de su tiempo: materialismo filosófico, ciencia ya avanzada de la naturaleza, por una parte; y, por otra, esbozo de una ciencia de la realidad humana, dialéctica de Hegel, es decir, teoría de las contradicciones.

La denominación de «materialismo dialéctico» se ajusta a la doctrina así designada más exactamente que el término habitual de marxismo. Muestra mejor, en efecto, los elementos esenciales de esta vasta síntesis, y permite, sobre todo, captar mejor en esta doctrina la expresión de una época —no la de un individuo— sin separarla por ello de la obra de Marx propiamente dicha.

Así pues, el día que el *marxismo* pase a denominarse *materialismo dialéctico* y se hable de los descubrimientos de Marx y Engels, basados en esta nueva concepción del mundo (síntesis de muchas concepciones parciales preexistentes), como el materialismo histórico, la plusvalía capitalista, o el papel del proletariado como principal actor para superar la sociedad capitalista, tal vez, así, alejemos definitivamente el peligro del culto a Marx o a sus ideas, tan contraproducente para el propio marxismo. Mientras, si deseamos que nuestros congéneres nos comprendan, deberemos seguir usando el peligroso término “marxismo”. Pero siempre poniéndonos muy alerta para no caer en el dogmatismo, tan anticientífico, que atenta contra la misma esencia del “marxismo”.

El dogmatismo y el sectarismo son las grandes lacras de la izquierda, de las que no se libra ninguna de sus corrientes, y en especial la marxista. Esto es un mal general del género humano. La derecha no sucumbe tanto ante él porque en verdad hay muy poca ideología en ella. Todas sus corrientes o facciones son pura ilusión, son espurias. Como decía Bertolt Brecht, *no hay nada más parecido a un fascista que un burgués asustado*. La derecha defiende al capital, al dinero, al poderoso en general, lo establecido, aunque de distintas formas. Cuando la oligarquía está en peligro, cuando todas las clases pudientes se sienten amenazadas, todas las supuestas diferencias entre las distintas facciones de la derecha desaparecen como por arte de magia, la santa alianza general de la derecha surge casi espontáneamente sin ningún esfuerzo. Todas las derechas defienden a las clases pudientes pero no necesariamente a las mismas clases opulentas, ni las defienden necesariamente de las mismas maneras. Las derechas se diferencian por defender los intereses de minorías de distintas zonas geográficas, como los nacionalismos burgueses, o de distintas minorías en el seno de una misma zona, como la aristocracia o la burguesía. Todas las derechas defienden intereses minoritarios (más o menos disfrazados del interés general), se diferencian por las minorías defendidas, por las maneras de defenderlas o por rivalidades puramente personales. Incluso las antiguas clases rivales se alían cuando sus privilegios corren peligro. Su enemigo común es el pueblo, la verdadera democracia.

Algunas monarquías han sobrevivido hasta nuestros tiempos por la alianza entre la aristocracia y la burguesía. La revolución democrático-burguesa puede poner en peligro, *potencialmente*, a la propia burguesía, además de a la aristocracia. Si la burguesía logra desarrollarse sin reformas políticas importantes, y si la aristocracia mantiene sus privilegios aunque deba ceder algo de poder formal, mejor que mejor. A

la izquierda le cuesta mucho unirse, coordinarse, pero a la derecha no le cuesta casi nada. Las rivalidades *ideológicas* entre las derechas son prácticamente inexistentes. Las derechas y las clases que las sustentan se enfrentan sólo por el poder, por el dominio de la sociedad, ninguna pone en cuestión el orden establecido, las reglas del juego. Las derechas aceptan y practican el juego para ganar. La izquierda pretende cambiar las propias reglas del juego. Las derechas no luchan *contra* el poder, luchan *por* el poder. No luchan por cambiar la sociedad, luchan por someterla a sus intereses. Para el pueblo no hay muchas diferencias entre unas derechas y otras, entre unas minorías dominantes y otras. En las izquierdas hay más diferencias en los objetivos y sobre todo en las estrategias para alcanzarlos. La labor de la izquierda es mucho más ambiciosa: transformar la sociedad. Y por tanto mucho más compleja. La labor de la derecha es mucho más simple: perpetuar los privilegios de las clases minoritarias poderosas, de unas o de otras, de unas más que de otras, de todas en general. La izquierda busca establecer un nuevo orden. La derecha mantener el orden establecido o asentarlo. La izquierda busca cambios profundos. La derecha sólo pretende cambios superficiales o aparentes, en el mejor de los casos. La izquierda busca que no haya minorías. La derecha sólo se preocupa de cambiar unas por otras. La izquierda nada contracorriente. La derecha se deja llevar por la corriente. Las diferencias en las ramas de la derecha son mínimas y de matices. Basta con ver la cantidad de literatura que hay en la izquierda y la poca que hay en la derecha. Basta con echar un vistazo a la Wikipedia para ver la cantidad de material escrito que hay relacionado con la ideología de la izquierda y lo poco que hay con respecto a la de la derecha. La izquierda es rica ideológicamente, la derecha muy pobre. Quienes defienden a los pobres son mucho más ricos, *ideológicamente*.

El fascismo, bajo sus distintas formas, no es más que el último muro de defensa de las clases ricas. Cuando la democracia burguesa no puede impedir el acceso al poder de fuerzas de la auténtica izquierda, se pone rápidamente en marcha la santa alianza derechista para proteger o restablecer el orden establecido que beneficia a todas las minorías opulentas, la dictadura toma el relevo de la dictadura disfrazada, la derecha se quita el disfraz o se lo cambia por otro. El fascismo es derecha pura y dura disfrazada de "proletarismo", es derechona disfrazada del más intenso populismo. No por casualidad Hitler llamó a su partido Nacional *Socialista*, cuando el enemigo número uno de su "ideología" era el marxismo, junto con el judaísmo (basta con leer su "obra maestra" titulada *Mi lucha*, o recordar quienes fueron sus principales víctimas). El fascismo captó a una parte importante del proletariado para proteger a los enemigos del proletariado. La extrema derecha se diferencia sobre todo de la derecha en la manera más radical, agresiva o contundente de defender al capital. Bajo regímenes fascistas nunca ha habido socialismo. Puede haber habido cierto sector público importante, ciertas dosis de capitalismo de Estado, pero la burguesía privada ha prosperado enormemente, a diferencia de los países llamados "comunistas" donde desapareció (aunque fue sustituida por una nueva élite). Si el socialismo en la URSS acabó siendo una caricatura del socialismo, en el régimen nazi el socialismo nunca fue tal, no tuvo el más leve síntoma de serlo. Socialismo es cuando los grandes medios de producción, la inmensa mayoría, son nacionalizados o colectivizados, cuando los trabajadores controlan democráticamente la producción, cuando no hay burguesía, por lo menos gran burguesía, cuando no hay grandes capitalistas privados. Bajo el "socialismo" de la URSS no hubo grandes capitalistas privados y los medios de

producción, la inmensa parte, sobre todo los grandes, fueron nacionalizados, pero los obreros no controlaron la producción democráticamente, la economía fue controlada por una élite: la burocracia de un partido único. Bajo el fascismo sólo hubo ciertas nacionalizaciones de algunos sectores estratégicos, pero la gran burguesía prosperó, los pilares del capitalismo no se tocaron y la democracia económica tuvo la misma suerte que la política. **Socialismo es sobre todo democracia económica.** La democracia económica pone en serio peligro de extinción a cualquier oligarquía, privada o pública, llámese burguesía o burocracia. Toda élite que pretenda dominar la sociedad, controlar la economía, perpetuar su riqueza, sus privilegios, huye de la democracia, sobre todo de la económica, como de la pólvora.

Cuando uno compara los debates que se producían en el seno de la izquierda en los finales del siglo XIX y principios del XX con los “debates” actuales en las instituciones políticas o en los grandes medios de comunicación, dominados la mayor parte de ellos por la derecha (incluso en aquellos que se autoproclaman de izquierda, pero que pertenecen a grandes capitalistas o a gobiernos del sistema capitalista), se da cuenta de la gran diferencia existente. En un caso teníamos debates políticos, donde se discutía sobre la organización de la sociedad, sobre la naturaleza del ser humano, donde había filosofía, ética, ideales, ciencia. En el otro tenemos puro cotilleo político, debates banales, superficiales, intrascendentes, francamente muy aburridos. La derecha ha casi finiquitado la política. La política de verdad, la política con mayúsculas, sólo resurgirá cuando resurja la izquierda. La derecha no tiene nada que decir, simplemente hace mucho ruido y pocas nueces, desvía la atención desde lo trascendente hacia lo banal, desde lo profundo hacia lo superficial. Mientras el sistema no cambie, mientras el poder en la sombra, el poder económico, sobreviva, se asiente, la derecha se limitará a hablar de las hojas o de las ramas del árbol, pero nunca del tronco ni de las raíces, procurará que los ciudadanos se entretengan con nimiedades para evitar que se replanteen lo esencial, lo establecido. Los esfuerzos de la derecha se encaminan sobre todo a evitar el debate profundo, a demonizar a la izquierda auténtica, a reescribir la historia, a adoctrinar a la ciudadanía vendiendo sus dogmas como postulados científicos, etc., etc., etc. En definitiva, la derecha se centra en imponer su pensamiento único. No por casualidad cuando colapsó la URSS, cuando la izquierda sucumbió ideológicamente, se impuso a nivel mundial el pensamiento único. La derecha es pensamiento único, precisamente porque es acientífica. La derecha no necesita hablar de política porque la derecha no hace política, se limita a obedecer a sus amos para facilitarles la vida, para que el capitalismo, o cualquier sistema económico que beneficie a las élites dominantes de turno, sobreviva y se asiente. La derecha sólo pretende evitar los cambios sociales, sobre todo los que pudieran posibilitar una sociedad verdaderamente civilizada, acorde con los intereses *generales* de la humanidad. La derecha, como la religión, no necesita el debate. Al contrario, necesita eludirlo para sobrevivir e imponerse. No necesita buscar la verdad, porque su “verdad” la impone a la población gracias a todos los medios técnicos de los que dispone (la educación y los medios de desinformación). La izquierda, la auténtica, que también hay una derecha disfrazada de izquierda, por el contrario, necesita el debate, la ciencia, porque busca transformar la realidad, luchar contra la realidad impuesta artificialmente por las élites dominantes. Por esto los métodos de la auténtica izquierda son, deben ser, **RADICALMENTE** opuestos a los de la derecha. Cuando la izquierda practica los métodos de la derecha, la izquierda deja de ser izquierda, la revolución se

convierte en involución, la sociedad sólo cambia en las apariencias para reproducir el viejo orden bajo otras formas. Como así ocurrió en la URSS

El culto a la personalidad es intrínsecamente contrarrevolucionario, es muy peligroso, es poco científico, facilita el paso de la razón a la fe. El culto de cualquier tipo es anti-científico, por tanto anti-revolucionario, pues la revolución es ante todo búsqueda y construcción de la verdad. La palabra *culto* forma parte del diccionario religioso, no así del científico. La izquierda es ciencia. La derecha es religión. Culto es una palabra de derechas. Cuando la izquierda practica cualquier culto, ya no es izquierda, es derecha. Los personalismos son contrarrevolucionarios porque atentan contra el espíritu profundo y general de la revolución *popular*: el protagonismo debe ser de las masas, del pueblo, del conjunto de la ciudadanía. Los protagonismos personales son inevitables, pero deben ser acotados, no puede permitirse que crezcan en el tiempo. Al contrario, hay que procurar que vayan disminuyendo. **La revolución es un proceso colectivo. La revolución avanza cuando dicho proceso es cada vez más colectivo, retrocede cuando lo es cada vez menos. Los liderazgos son uno de los principales enemigos de la revolución, y muy especialmente los personales.** La revolución debe ser dirigida, coordinada, por un *conjunto* de organizaciones populares que sean controladas *directamente* desde las bases y en las que las personas no tengan protagonismo o éste sea mínimo y transitorio.

La verdad debe ser contagiada, no debe estar recluida en unas pocas personas. Los liderazgos intelectuales, como todos los liderazgos, deben ir progresivamente desapareciendo, lo más rápidamente posible. Una revolución popular no debe tener “guardianes ideológicos”. Podrán existir ciertos “padres ideológicos”, pues toda idea en la humanidad fue creada y desarrollada inicialmente por unas pocas personas, pero esos padres ideológicos deben procurar minimizar su propio protagonismo. Podrán ser consultados, podrán exponer sus ideas, podrán aclararlas, convendrá que lo hagan, siempre que estén vivos, pero sus ideas deberán ser siempre sometidas a crítica, sus realizaciones prácticas deberán ser sometidas a la más radical democracia. En caso de que esos padres ideológicos ya no vivan, deberá someterse a debate, al más libre debate posible, las interpretaciones contrapuestas de sus ideas. Los liderazgos de la clase trabajadora deben ser asumidos por los propios obreros. Los intelectuales debieran limitarse a aconsejar, a orientar, a opinar, pero no a dirigir los partidos o los sindicatos. Los líderes deben ser próximos a las masas. Un trabajador que asume cierto liderazgo siempre podrá comunicarse mejor con sus bases, siempre podrá comprenderlos mejor, siempre podrá hablarles en su propio lenguaje, en un lenguaje asequible a todo el mundo. De esta manera es más fácil que el líder contagie a sus compañeros la idea de la necesidad de entre todos asumir las responsabilidades. De esta manera es más probable que el líder se identifique con las bases y viceversa. De esta manera, la imprescindible comunicación bidireccional, dialéctica, entre arriba y abajo se fortalece. El ser humano es capaz de alcanzar la verdad, de aproximarse a ella, si las ideas se enfrentan entre sí de igual a igual. Este enfrentamiento ideológico, junto con el contraste con la práctica, forman la esencia del método científico. El ser humano es capaz de comprender la verdad si se tiene la paciencia y el acierto de explicársela. Mediante la libertad, la razón y la perseverancia se puede alcanzar la verdad y se puede explicarla. La verdad nunca puede ni debe ser impuesta, ni para alcanzarla ni para explicarla. Si una revolución empieza a depender demasiado de las

decisiones de unas pocas personas, si la verdad empieza a ser impuesta por la fuerza y no por la razón, si las bases, las masas, empiezan a actuar sin comprender, si empiezan a sustituir la razón por la fe, entonces podemos asegurar que crece peligrosamente la semilla de la contrarrevolución.

Los cargos de responsabilidad dentro de las organizaciones revolucionarias deben ser siempre limitados en el espacio y en el tiempo. **Es imperativa la dirección colegiada y rotatoria. Es imperativa la máxima separación de poderes.** Los sindicatos deben ser independientes del poder político (del Estado y de los partidos políticos). Debe haber muchos partidos políticos, el pluripartidismo es esencial. La ideología única conduce inevitablemente a la contrarrevolución. Y bajo ningún concepto ningún partido debe fusionarse con los sindicatos o con el propio Estado, menos aun cuando el partido es único.

Los errores organizativos en la Revolución rusa fueron notorios y evidentes, de primer orden. No pueden justificarse por completo por el contexto. Había un problema evidente de fondo, de filosofía revolucionaria. La filosofía en la que se apoyaban los máximos dirigentes de la Revolución bolchevique tenía unos problemas muy serios que representaban un enorme peligro contrarrevolucionario, como así advertían diversas corrientes de la izquierda. La forma de hacer las cosas llevaba inexorablemente a la contrarrevolución, al fracaso de la revolución, a su colapso, a su degeneración. Lo realmente sorprendente, milagroso podríamos incluso decir, hubiese sido que usando esos métodos organizativos la revolución no hubiese degenerado, incluso en las mejores circunstancias. Tal vez un mejor contexto hubiese servido como pretexto para aplicar dicha metodología “revolucionaria” no tanto para sobrevivir sino que para prosperar, no tanto por la supervivencia de la revolución sino que por su eficiencia. El resultado, quizás, hubiese sido el mismo. Esto nunca podremos saberlo. Si en el futuro se intenta de nuevo hacer la revolución en circunstancias más favorables, podremos salir de dudas. Pero una cosa es indudable: el método usado en la Revolución rusa era muy peligroso, tenía grandes y evidentes riesgos. Dicha revolución indudablemente degeneró y parece muy lógico pensar que el método empleado influyó mucho, como mínimo, en dicha degeneración.

Deben establecerse mecanismos organizativos concretos que al mismo tiempo que posibiliten la eficacia impidan que la vanguardia de cualquier organización acabe por suplantar a las bases, por tener demasiado protagonismo. ¡Fácil de decir! ¡Pero hay que decirlo, no debe perderse de vista nunca!

En el debate Centralismo vs. Federalismo está la clave para encontrar aquella organización que posibilite la revolución, que la inicie, pero que no la obstaculice. ¿O no? El centralismo es más eficaz pues si la clave en la lucha de clases es la unidad proletaria, la unidad de acción es mayor con la solución centralista. El federalismo, por el contrario, es menos eficaz para la acción, pero lo es más para evitar la contrarrevolución. Si el poder está más dividido, es menos probable que la dirección se sitúe por encima de las bases. A este respecto Maurice Brinton, en su interesante trabajo *Los bolcheviques y el control obrero 1917-1921*, nos aporta la siguiente reflexión:

Vale la pena señalar aquí que no creemos que la descentralización esté dotada de virtudes intrínsecas, como piensan algunos anarquistas. La Comuna de París, un Congreso de Soviets revolucionarios (o un comité de shop stewards, de delegados de taller, o un comité de huelga, para tomar ejemplos actuales), muestran que puede haber organizaciones centralizadas -y muy democráticas. Y el feudalismo muestra cómo la descentralización puede combinarse con el autoritarismo. El verdadero problema es saber si el aparato «centralizado» está controlado desde abajo (con delegados elegidos y revocables) o si se separa a sí mismo de aquellos en cuyo nombre pretende actuar.

Tal vez la clave no sea tanto si centralismo o si federalismo, sino, en cualquier caso, democracia. La descentralización parece inherentemente ser más democrática, pues la democracia no es más que la descentralización del poder. La democracia *directa* es el paradigma de la descentralización del poder, pues en ella deciden *todas* las personas que se reúnen. Cuanto más descentralizada esté una organización, menos concentrado está el poder y, así, en teoría, potencialmente, más democracia podemos tener. Por tanto, aunque el federalismo no garantice la democracia, como así nos recuerda Brinton, sí parece facilitarla más. Cuanto más descentralizado está el poder, menor *probabilidad* de que sea usado en contra de las bases. Una mínima descentralización se nos presentaría así como una condición necesaria pero no suficiente. La cuestión pues sería saber hasta cuánto hay que descentralizar, hasta cuánto puede hacerse para compaginar *democracia* y *eficiencia*. Más federalismo implica más democracia, y más centralismo implica más eficiencia (en cuanto a las cuestiones generales, globales, que atañen a todo un país, a todo un partido, a todo un grupo humano). Esto sólo podrá saberse mediante la experiencia práctica. En cualquier caso, independientemente de cuánto esté descentralizada la organización o el país, la clave reside en que las bases tengan el máximo control posible. Cuanto más federalismo tengamos, más podemos basarnos en la democracia directa. Cuanto más centralismo tengamos, más necesitamos, además, a la democracia representativa. Como no será posible tener una organización (o un país) totalmente centralizada, ni totalmente descentralizada, necesitaremos a ambos tipos de democracia. A la democracia representativa, suficientemente desarrollada, verdaderamente representativa, lo más participativa posible, y a la democracia directa. Las bases deben elegir y controlar a sus más cercanos representantes en la jerarquía política (mediante la democracia directa), pero también a sus representantes más lejanos en la jerarquía (mediante la democracia representativa). Cualquier cargo, desde más abajo hasta más arriba, debe ser elegido y controlado, por lo menos en parte, *directamente* desde abajo, desde las bases. La democracia *directa* permite elegir y controlar a los de más abajo (además de permitir discutir sobre los temas sin intermediarios), la democracia *representativa* y *participativa* permite elegir y controlar a los de más arriba. Inevitablemente, es más difícil que las bases controlen *directamente* a los cargos que están más arriba en la jerarquía. No pueden hacerse asambleas populares con miles de personas, menos con millones. Pero hay que establecer ciertos mecanismos mínimos de comunicación *directa* entre dichos cargos y las bases. Como mínimo, dichos cargos deben ser elegidos y revocados también por las bases, no sólo por los cargos de abajo o arriba en la jerarquía. Cualquier cargo debe responder ante sus superiores y ante sus subordinados en la jerarquía, pero también ante las mismas bases. Debe haber una comunicación lo más directa y fluida posible a lo largo de toda

la jerarquía política, siendo las bases las que tengan la última palabra. Aunque haya zonas en la jerarquía donde la comunicación sea inevitablemente más fluida, más directa (por ejemplo entre las bases y sus representantes locales más cercanos, entre cierto cargo y los inmediatamente superiores o inferiores), debe haber un mínimo de comunicación entre arriba y abajo, pasando por todas las capas intermedias.

Sólo así puede garantizarse que las bases tengan presencia, la máxima posible, en toda la jerarquía de toda organización. Todo esto que nos parece de puro sentido común, debe ser ratificado por la experiencia práctica. Debemos analizar las experiencias prácticas del pasado, del presente, pero también debemos seguir experimentando nuevas formas de organización. El marco natural para hacer esos experimentos son las organizaciones de la izquierda. Las formas organizativas democráticas tienen aún mucho camino por delante. La democracia no ha hecho más que comenzar, en el mejor de los casos. Está todavía en pañales en la mayor parte del mundo. El desarrollo de la democracia implica necesariamente la descentralización, pero ésta tiene sus límites. Y, además, cabe distinguir entre el periodo en que hay que superar la resistencia de la burguesía (que se opone a la verdadera democracia) y la etapa posterior en que dicha resistencia ha sido superada. Sólo en esta última etapa puede llevarse la descentralización hasta el límite de lo posible. No es posible aplicar de forma *inmediata* una profunda descentralización de la sociedad. Esto sólo puede hacerse gradualmente. La descentralización en la sociedad no implica sólo más democracia, porque los asuntos locales son decididos *directamente* por los implicados, sino que también más eficiencia, porque lo que es local es gestionado localmente, mientras que lo que es global es gestionado globalmente. La descentralización debe ser administrativa y democrática. Ambas deben ir a la par. Cada institución funciona mejor si tiene bien delimitadas sus competencias y se dedica a lo suyo, si funciona democráticamente, si además se coordina bien con el resto de instituciones territoriales, de ámbito superior o inferior. No puede pretenderse que los asuntos locales se resuelvan rápida y satisfactoriamente por funcionarios que no tienen contacto *directo* con ellos. Un funcionario que dedica tiempo y recursos a asuntos que en verdad él no puede resolver bien, además, no puede dedicar tiempo y recursos a los asuntos que sí podría resolver bien, que sí deberían ser de su competencia territorial. Una adecuada descentralización se nos presenta así como la mejor manera que tiene una sociedad de organizarse. Pero, nunca hay que olvidarlo, es muy difícil luchar contra un enemigo muy organizado y centralizado de manera muy descentralizada. En la lucha de clases, como en cualquier lucha, se requiere tomar en ciertos momentos decisiones muy rápidas, y esto es muy difícil con organizaciones muy descentralizadas. En muchas cuestiones estratégicas y tácticas se necesita mucha coordinación y rapidez para vencer al enemigo. Hay que tender hacia la descentralización, pero no puede prescindirse de cierto centralismo, especialmente hasta que se venza la resistencia de las clases contrarrevolucionarias. Y esto siempre conlleva el peligro de la burocratización, de que el necesario centralismo inicial no dé paso al necesario federalismo posterior. Tanto en la solución centralista como en la federalista, la clave reside en que las bases tengan la última palabra, el control de la situación, aunque sólo sea en última instancia, o para las cuestiones de principios más generales. El burocratismo es siempre un serio peligro en toda revolución. Un peligro del que deben ser conscientes todos los revolucionarios, desde las bases a los líderes.

Toda organización revolucionaria debe permanecer *siempre* en alerta frente a dicho peligro.

Antonio Gramsci nos habla en *El partido comunista y los sindicatos* del problema de la burocracia en cualquier organización proletaria:

*Para mantener y perpetuar sus posiciones de predominio, la burocracia sindical reformista trata de modificar incesantemente la estructura confederal, de manera de volver cada vez más débil el control de la masa organizada sobre los burós dirigentes. Los comunistas creen que **una organización obrera es más vigorosa y tiene una mayor capacidad de desarrollo revolucionario en relación directa a la mayor participación de las grandes masas en la administración y en el gobierno.** Pues bien: en cuanto creen todo ello quieren, en cambio, que la estructura confederal sea simplificada y que se acerque a la vida local intensa de la clase obrera; para los comunistas, **el poder de la burocracia sindical debe ser reducido al mínimo y, en cambio, debe ser valorizada al extremo la voluntad inmediata de las masas.** La cuestión de la unidad organizativa de la clase obrera italiana está estrechamente ligada a dicho problema de una **mayor democracia en la organización**; cuanto más luchen los comunistas en este sentido, tanto más facilitarán el advenimiento de la unidad y tendrán una respuesta en las masas sindicalistas que hoy están fuera de la confederación.*

En el mismo trabajo mencionado, también nos advierte el revolucionario italiano de los peligros inherentes a la absorción de la élite de las organizaciones proletarias por parte de la democracia burguesa (¿nos suena esto?):

*La invitación dirigida a los sindicatos para que participen directamente del gobierno puede tener entonces un solo significado: la absorción de los actuales dirigentes sindicales en el sector gubernativo para que cumplan en la sociedad un trabajo similar al cumplido por el capataz en la jerarquía de fábrica, para que aseguren al capitalismo el consentimiento pacífico de la clase obrera a una intensificación de la explotación. La invitación no sería entonces otra cosa que la fase actual de un fenómeno que siempre se ha verificado en la historia de la clase obrera: **con el fin de disgregar la organización, el capitalismo nunca ha dejado de apelar a todos los recursos para corromper y colocar a su servicio a los elementos obreros que a través de la actividad sindical se han distinguido por su capacidad de inteligencia. Impedir que del seno de la masa obrera surja una capa dirigente autónoma, decapitarla periódicamente, empujándola al caos y a la indiferenciación: estos son aspectos de la lucha del capitalismo contra el proletariado.***

La subsunción de las organizaciones obreras por parte de la sociedad capitalista, para pasar de ser instrumentos del proletariado en contra de la burguesía a ser, por el contrario, instrumentos de la burguesía para controlar al proletariado, es un riesgo que no puede despreciarse. Las experiencias históricas nos han demostrado que los sindicatos o los partidos políticos proletarios se pueden volver en contra del proletariado, pueden convertirse en el principal obstáculo de la lucha obrera. No hay más que observar en la actualidad el papel de los sindicatos mayoritarios españoles

en la presente crisis. En el momento de escribir estas líneas han pasado ya varios meses desde la huelga general del 29 de septiembre de 2010, y los sindicatos mayoritarios siguen con su política de “negociación” con el gobierno supuestamente socialista. Incluso se han sometido para aceptar una reforma de las pensiones tan injusta como innecesaria. En la España de principios de 2011 sabemos muy bien lo que es el peligro real de que organizaciones que se dicen obreras negocien la rendición de la clase obrera sin ni siquiera luchar un mínimo. El PSOE (Partido Socialista Obrero Español) y los grandes sindicatos como UGT (Unión General de Trabajadores) o CCOO (Comisiones Obreras), se han convertido en los mejores aliados de la oligarquía, pues gobiernan en contra de las clases populares y a favor de las minorías opulentas en un caso, y consienten en el otro, no pudiendo ni siquiera disimular su actitud colaboracionista con el gobierno, todo ello en nombre de los trabajadores, o en nombre del “mal menor”. Pasito a pasito, de mal menor en mal menor, nos van liquidando los pocos derechos que nos quedaban, el mal es cada vez más mayor. Tal es la actitud colaboracionista de los grandes sindicatos que convocar una huelga general es “una gran putada” para ellos, como así declaró textualmente uno de sus dirigentes. Más “putada” para ellos fue comprobar que la huelga que convocaron tuvo, en contra de sus propias expectativas, un seguimiento importante. Más “putada” porque les delata. Ellos esperaban justificar su actitud pasiva por el fracaso de dicha huelga. Al convocar la huelga cumplían “expediente”, y al fracasar se les daba la mejor justificación para proseguir con su estrategia de mirar para otro lado, más allá de declaraciones demagógicas. El problema es que la huelga, por el contrario, tuvo un éxito inesperado. La clase trabajadora española estuvo, en líneas generales, a la altura de las difíciles circunstancias. El problema es que tras un largo periodo de enfriamiento, tras la rendición en cuanto a la exigencia de retirada de la reforma laboral, los trabajadores sienten que su riesgo, su esfuerzo, fue en vano. De esta forma se les incita la próxima vez a no secundar la huelga. Así el proletariado se va rindiendo sin presentar casi lucha. Así los grandes sindicatos cumplen con su papel en la sociedad burguesa: contener al proletariado. En nombre de los trabajadores tenemos un gobierno que los va retrotrayendo poco a poco a las condiciones de las épocas de las grandes luchas obreras, y unos sindicatos colaboracionistas que, lejos de usar las armas de las que disponen, lejos de movilizar al proletariado de manera certera y continua, lo moviliza sólo simbólicamente para a continuación desmovilizarlo y rendirse frente al gobierno (que no retira la reforma laboral, razón por la cual se convocó la huelga del 29-S), con el inevitable resultado de que prenda el desánimo entre los trabajadores. Toda la experiencia práctica de las luchas obreras se va al traste con semejantes “sindicatos”. La única manera que le queda al proletariado de resistir frente al descomunal ataque neoliberal es la movilización masiva, contundente, firme, coherente y sostenida. Justo lo contrario de lo que están haciendo los sindicatos burocratizados españoles, que sólo miran por sus intereses, coincidentes con los de la clase política podrida: mantenerse en sus posiciones privilegiadas. La aristocracia obrera está al servicio de la burguesía.

¿Cómo resolver esta situación de unos sindicatos amarillos que se han convertido en el principal aliado de la oligarquía para desmovilizar al proletariado? Con más y mejor democracia. Separando al poder sindical del político. Evitando que los sindicatos sean financiados, es decir, comprados, por el poder político, a su vez financiado por el poder económico. ¿Cómo van a luchar los sindicatos contra quienes les financian?

¿Cómo un partido político va a aplicar medidas en contra de la oligarquía que le mantiene económicamente? Los sindicatos, como los partidos políticos, deben ser financiados *exclusivamente* por sus afiliados. En estos tiempos de Internet se pueden abaratar notablemente los costes. Los sindicatos, como los partidos políticos, despilfarran dinero y lo emplean para cuestiones secundarias que se apartan de su razón de ser. Remito al libro *Rumbo a la democracia* (capítulo *El desarrollo de la democracia*) donde hablo de cómo y por qué los sindicatos y los partidos políticos pueden autofinanciarse. Siempre nos topamos con la imperiosa necesidad de desarrollar la democracia. La separación de poderes es uno de los pilares esenciales de toda democracia. El problema es, precisamente, que la proclamada separación de poderes es papel mojado, pues unos poderes dependen, directa o indirectamente, de otros. Y todos, en última instancia, del poder económico, el verdadero poder en la sombra. Esta dependencia de todos los poderes respecto del económico es lo que, principalmente, convierte a la democracia en plutocracia. A su vez, toda organización proletaria que quiera evitar el burocratismo, es decir, que siga queriendo ser proletaria, debe funcionar internamente de la manera más democrática posible. **Las bases deben tener el control absoluto de la situación en todo momento. La democracia en las organizaciones proletarias se vuelve una cuestión de vida o muerte para ellas.** El problema de los sindicatos amarillos es un problema esencialmente político. De cómo organizar internamente los sindicatos y de cómo deben éstos relacionarse con el resto de la sociedad, de cómo evitar que dependan del resto de poderes, de cómo evitar que se anule en la práctica su capacidad de lucha. El problema que tenemos con los grandes sindicatos amarillos demuestra de manera contundente que la lucha del proletariado es también política, no puede prescindir de las cuestiones políticas, siendo en ellas el concepto de democracia el central.

Si bien los principios anarquistas de autogestión y de federalismo no parece posible aplicarlos de forma inmediata al conjunto de la sociedad, sin embargo, sí son más factibles de aplicar a corto plazo en las organizaciones de la izquierda, tanto políticas como sindicales. A pesar de sus limitaciones, dichos métodos son más aplicables en las organizaciones de la izquierda, que en la sociedad entera. Es en dichas organizaciones, donde, de hecho, pueden y deben madurar mediante la experimentación práctica. **Los trabajadores, los ciudadanos, las clases populares, deben organizarse dando prioridad a la democracia directa sobre la representativa, al federalismo sobre el centralismo.** En caso de necesitarse ciertos mecanismos de la democracia representativa, ésta debe desarrollarse todo lo posible para que sea participativa, para que el control lo tengan en todo momento las bases. Si no hay más remedio que tener ciertas dosis de centralismo, éste debe ser mínimo y debe garantizar que el poder fluya primero desde abajo hacia arriba y a continuación desde arriba hacia abajo. Los organismos centrales deben servir sobre todo, sino exclusivamente, para la coordinación. El centralismo debe en todo caso evitarse todo lo posible. Las organizaciones populares, siendo la vanguardia de la sociedad, pueden practicar métodos organizativos nuevos, pueden experimentar a escala local los postulados propugnados a escala global, pueden ser los conejillos de indias de la nueva sociedad a construir. A diferencia del conjunto de la sociedad, en dichas organizaciones no existen (o existen en mucha menor medida) los obstáculos impuestos por la burguesía y todo su aparato militar, estatal y mediático. De esta manera la izquierda va desarrollando su teoría revolucionaria en base a la práctica

ejercida a pequeña escala, sin nunca olvidar que no todos los resultados obtenidos podrán extrapolarse necesariamente a toda la sociedad, pero indudablemente la práctica ejercida, además de permitir estar mejor preparados para cuando las condiciones objetivas posibiliten cambios sistémicos, será una fuente importante de conocimientos. La experiencia práctica siempre es la mejor fuente de conocimientos, aunque no la única.

En cualquier caso, el liderazgo de la vanguardia nunca debe depender de la buena fe de las personas, ni de una mera declaración de principios. Por el contrario, deben establecerse mecanismos organizativos *concretos* que minimicen la dependencia del funcionamiento de la organización respecto del carácter de las personas que ostenten ciertos cargos de responsabilidad y que garanticen esos principios. El conjunto de dichos mecanismos organizativos lo llamamos *democracia*. Los coordinadores o responsables de la organización deben ser simplemente los *ejecutores* de las decisiones tomadas en asambleas populares de base mediante la democracia directa. En dichas organizaciones, que deben ser lo más horizontales posible, las decisiones deben tomarse democráticamente mediante el *voto directo y secreto* (siempre que sea posible, por lo menos para las decisiones más importantes), es ineludible implementar la *elegibilidad* de todos los cargos, la *revocabilidad*, el *mandato imperativo* y la más absoluta *libertad* de opinión. Al mismo tiempo que debe imponerse la *disciplina*, pero sólo en cuanto al acatamiento de las decisiones tomadas democráticamente y los principios básicos, así como en cuanto a las más elementales reglas de funcionamiento. Asimismo es muy conveniente la rotación en los cargos, de tal manera que la sangre fluya por la organización, de tal manera que las bases alimenten a las capas altas y éstas vuelvan a las bases. Hay que procurar tender a la situación en que todos hagan de todo, en que el militante de base pueda en determinado momento ejercer cierta responsabilidad, y en que quien ha ejercido cierta responsabilidad vuelva a hacer trabajo de calle, de simple militante. Esto facilita la comunicación entre todas las partes de la organización y posibilita un aprendizaje sin igual de la propia tarea de organizarse. Si la revolución es sobre todo cuestión de organizarse, no hay mejor manera de prepararla que practicando, que conociendo de primera mano todas las partes de una organización. Quien ha estado haciendo labor de currito comprenderá perfectamente los problemas de las bases cuando alcance cierto grado de responsabilidad, y viceversa. Por supuesto, quien no haya todavía recorrido ciertas partes básicas de la organización, no podrá acceder a ningún cargo de responsabilidad. De esta manera, quienes dirigen en determinado momento la organización son los mejor preparados, tanto en el campo de la teoría como sobre todo en el de la práctica. En cualquier caso, siempre es imprescindible limitar los mandatos de cualquier cargo. Cuanta más rotación haya, menos probabilidad de que surjan los problemas inherentes a toda organización burocrática. Siempre hay que evitar los excesivos protagonismos personales. En todo caso aquellas personas que hayan demostrado su valía podrían formar parte de una especie de comité de “sabios”, que no tendría más que una función puramente consultiva, orientativa. Por supuesto, dicho comité debería ser elegido democráticamente por toda la organización. Cualquier cargo de cualquier tipo siempre debe ser elegible y revocable. Indudablemente no todas las personas tienen las mismas capacidades y actitudes y no hay que restringir la creatividad en las organizaciones, pero dicha creatividad no puede suplantar en ningún caso la democracia, hay que evitar los reinos de Taifas. Que

alguien protagonice en determinado momento los debates no debe impedir que cualquier decisión se someta al voto directo y secreto del comité de turno. Aun así, es recomendable, a pesar de todo, evitar los excesivos protagonismos personales, sólo debería admitirse, como máximo, ciertos protagonismos en cuanto a las opiniones, pero siempre sometidas a cuestionamiento ilimitado.

Las ideas son las que deben protagonizar los debates. Las ideas deben constituir el flujo sanguíneo de dichas organizaciones. Los personalismos, los dogmatismos, los sectarismos, deben ser el enemigo número uno. El pensamiento crítico y libre debe ser fomentado todo lo posible, mientras que el pensamiento de grupo debe ser combatido. En suma, **en las organizaciones revolucionarias la democracia y la libertad deben ser máximas y deben garantizarse mediante mecanismos organizativos concretos.** En cuanto a los salarios tan importante es que las diferencias no sean demasiado grandes (para evitar los privilegios y por tanto las luchas por el “poder”) como demasiado pequeñas (para evitar que quienes más se esfuerzan dejen de hacerlo). Lo ideal sería, por supuesto, que quienes forman parte de las organizaciones políticas o sindicales no fuesen profesionales, sino proletarios que dedican parte de su tiempo libre a las cuestiones organizativas de manera desinteresada. Pero esto es irrealista, el trabajador no tiene tiempo ni ganas de dedicarse a la organización política o sindical tras una larga y dura jornada laboral. No hay más remedio que “profesionalizar” la actividad política y sindical, por lo menos en la sociedad actual. Es inevitable la burocratización del sindicalismo y de la política. Toda organización burocrática tiene ciertas tendencias peligrosas, inevitables, pero que pueden y deben ser acotadas, cuya degeneración sí es evitable. Dichos peligros siempre deben ser prioritaria y obsesivamente controlados para que no vayan a más. Toda organización debe tener mecanismos concretos que vigilen permanentemente su funcionamiento y atajen a tiempo cualquier desviación peligrosa. A este respecto recomiendo encarecidamente el trabajo *La burocracia* de Ernest Mandel.

Uno de los factores clave de la lucha de clases es la conciencia. La guerra de clases es ante todo una guerra ideológica. Y la única manera de alcanzar la suficiente conciencia masiva para disparar las probabilidades de una profunda y verdadera transformación social, es mediante la libertad de expresión y de pensamiento ilimitadas. A este respecto quisiera incluir un par de pasajes del libro *Los consejos obreros* de Anton Pannekok:

El desarrollo espiritual es el factor más importante para la toma del poder por el proletariado. La revolución proletaria no es producto de una fuerza brutal, física; es una victoria del espíritu. Resulta de la puesta en marcha de las fuerzas de las masas obreras, pero estas fuerzas son también espirituales. Los obreros no vencerán porque tengan grandes puños: los grandes puños se dejan engañar fácilmente por un cerebro astuto, por los estafadores, y se vuelven fácilmente contra sí mismos. Las masas no vencerán porque sean la mayoría: sin organización, sin saber, esta mayoría es impotente frente a una minoría bien organizada, capaz y consciente de sus fines. Sólo vencerán porque la mayoría que ellas constituyen desarrollará su poderío moral e intelectual hasta un nivel más elevado que el enemigo. Cada gran revolución de la historia sólo triunfó porque nacían en las masas nuevas fuerzas espirituales. Una fuerza bruta e imbécil sólo puede destruir. Las revoluciones,

por el contrario, son construcciones nuevas que resultan de formas nuevas de organización y de pensamiento. Las revoluciones son períodos constructivos de la evolución de la humanidad. Y más aún que todas las revoluciones del pasado, la transformación que convertirá a los obreros en dueños de la sociedad, la instalación de una organización del trabajo en el mundo entero, exigirán enormemente la contribución de su espíritu y de su fuerza moral.

Libertad de discusión sin límite: tal es la condición vital para el desarrollo de la lucha de los obreros. Limitar esta libertad, censurar la prensa, equivale a impedir que los obreros adquieran la conciencia para alcanzar la liberación. Cada despotismo, cada dictadura, de ayer o de hoy, ha comenzado limitando esta libertad o incluso aboliéndola; cada limitación de esta libertad constituye en realidad un paso en el camino que lleva a los obreros al yugo. Sin embargo, se dirá, hay que proteger a los obreros contra las mentiras, los venenos y las tentaciones de una propaganda enemiga, o incluso ellos mismos deben evitar exponerse al contagio. Como si se pudiera, mediante una celosa protección contra las malas influencias y recurriendo a una tutela espiritual, aumentar las propias fuerzas y lograr así la capacidad necesaria para vencer. ¡Es justamente todo lo contrario! El conocimiento de las otras opiniones, incluida la de los enemigos, y a partir de fuentes directas, desempeña un papel clarificador porque estimula el cerebro y lo obliga a desarrollar su fuerza de pensamiento. Pero si ocurre también que el enemigo se presenta como un amigo, que las diversas corrientes se acusan unas a otras de ser un peligro para la clase obrera ¿quién debería separar lo verdadero de lo falso? Sin ninguna duda los obreros mismos: ellos deben descubrir por sí cuál es su camino entre todos los caminos posibles. Podría ocurrir que los obreros de hoy, con toda conciencia y honestidad, condenaran ciertas opiniones por considerarlas malas, mientras que mañana esas opiniones servirán de base a un progreso. Pero esto no impide que sólo abriendo de par en par puertas y ventanas para dejar entrar todas las ideas que existan en el mundo, ejercitando el cerebro en compararlas unas con otras, y eligiendo entre ellas por sí mismo, se sentarán las bases que permitirán a la clase obrera obtener la superioridad espiritual que necesita para vencer al capitalismo.

Nadie, casi nadie, responde si no es controlado por otros. Todo colectivo debe ser controlado desde el exterior, por personas independientes como mínimo, por los propios gestionados si es posible. Esto es algo que todo ciudadano puede percibir en su vida cotidiana. Si no controlamos a quienes nos ofrecen ciertos servicios, a quienes nos gestionan, entonces éstos acaban por hacer lo que les da la gana y perjudicarnos. El gestionado debe controlar al gestor. El interesado debe ser el que controle *directamente* que se haga lo correcto, que las cosas se hagan bien, de acuerdo con sus intereses. Si no se establecen mecanismos concretos que posibiliten un eficaz y verdadero control por parte de las bases de cualquier organización, entonces los burocratismos, tarde o pronto, surgen con mayor o menor intensidad. Si las organizaciones que lideran la revolución social logran evitar el burocratismo, entonces las probabilidades de degeneración de la propia revolución disminuyen considerablemente. La degeneración del Estado soviético ruso fue a la par de la degeneración del partido bolchevique que la lideró. La revolución rusa degeneró, entre

otros motivos, porque el partido bolchevique degeneró, además de porque dicho partido, al convertirse en el único, se identificó con el Estado. Y dicha degeneración del partido se produjo por el excesivo centralismo, por el excesivo liderazgo.

Afortunadamente, parece que poco a poco la izquierda va aprendiendo de sus errores del pasado. El proceso bolivariano, aun no exento de errores, parece ir en la dirección correcta. Es decir, el *socialismo del siglo XXI* propugnado por Chávez trata de construirse con la máxima participación popular, apelando a la democracia más amplia y profunda posible. En la Venezuela bolivariana se está intentado construir un Estado verdaderamente democrático que compagine la democracia directa (consejos comunales, consejos obreros, etc.) con la democracia representativa (parlamentos regionales, parlamento nacional). La democracia se está desarrollando a todos los niveles. Se está construyendo la democracia directa en los ámbitos locales al mismo tiempo que se producen importantes reformas para ampliar y mejorar la democracia representativa. En la Venezuela de Chávez se está intentando implementar, no sin dificultades, un sistema político y económico que llegue a un equilibrio entre centralismo y federalismo. A este respecto recomiendo encarecidamente el libro *Herramientas para la participación* de Haiman El Troudi, Marta Harnecker y Luís Bonilla. Esperemos que la experiencia bolivariana prospere en el tiempo, que se asiente, pues aun yendo en la dirección correcta hay todavía mucho camino por recorrer, ni el resultado está asegurado (nunca lo está), pero en cualquier caso la experiencia adquirida allí es muy útil para volver a intentar la transición al socialismo en este siglo XXI en cualquier país del mundo.

El proceso acontecido en Venezuela no es irreversible, como la historia nos ha demostrado con otros casos que parecían incluso más irreversibles. Desde ciertas facciones de la izquierda, tanto de la marxista como de la anarquista, se está criticando el derrotero que está tomando en los últimos tiempos la Revolución bolivariana. Dicha revolución tiene aún evidentes peligros. A este respecto, recomiendo encarecidamente leer los libros *La Revolución bolivariana* de Alan Woods (que intenta aportar su grano de arena desde la perspectiva marxista-leninista) y *Venezuela: la Revolución como espectáculo* del anarquista Rafael Uzcátegui, que hace una demoledora crítica del proceso protagonizado por Hugo Chávez, acusando a su revolución de pura apariencia, de no concordar los hechos con los discursos. Por supuesto, quien escribe estas líneas, que no vive en Venezuela, que nunca la ha visitado, sólo puede *especular* sobre lo que allí ocurre basándose en diversos canales de información y opinión. En función del canal empleado la imagen de la Venezuela bolivariana es muy distinta. Como siempre, es imprescindible contrastar todo lo posible y usar al máximo nuestra capacidad de raciocinio, nuestro pensamiento crítico, nuestro librepensamiento. Incluso, y esto nunca hay que olvidarlo, ni siquiera las personas que viven en primera persona ciertas experiencias se ponen de acuerdo sobre las mismas, las interpretan de manera distinta. Pero, insisto, la historia nunca está escrita de antemano, ni es irreversible. La Revolución venezolana tiene aún mucho camino por delante, no ha hecho más que comenzar. Como en cualquier revolución, sólo será posible avanzar con la más amplia libertad, con la democracia como método, como bandera. Cualquier límite que se ponga a la libertad de crítica, a la democracia, juega en contra de la revolución. No hay nada más contrarrevolucionario que la represión o marginación de las ideas opuestas, sean cuales sean las formas en que se hagan. La

dinámica de acusar a todo aquel que discrepa de lo oficial como contrarrevolucionario conduce inexorablemente hacia la contrarrevolución, como la historia nos ha demostrado tantas veces. Debemos luchar contra las fuerzas contrarrevolucionarias, pero en el marco de la lucha ideológica y política más libre posible, es decir, enfrentándonos a dichas fuerzas *en igualdad de condiciones*. La izquierda debe diferenciarse de la derecha no sólo en cuanto a sus *objetivos*, sino que también, en verdad como consecuencia de lo anterior, en cuanto a sus *métodos*. El fin está contenido en los medios. Quienes buscamos sinceramente la verdad, quienes deseamos una sociedad más justa y libre, no podemos prescindir del método científico, es decir, de la libertad de discusión y experimentación, es decir, de la democracia. De esto quien escribe estas líneas sí que no tiene duda alguna.

Por supuesto, en cada país y en cada época se producen circunstancias particulares que requieren soluciones no exportables directamente a otros lugares o épocas. Pero indudablemente, ciertas líneas generales, ciertos principios básicos, sí pueden ser aplicados a la mayor parte de países y a la mayor parte de épocas. Y esto es así porque los seres humanos de distintos lugares y de distintas épocas, a pesar de sus diferencias culturales, tienen muchas cosas en común. Si no pensáramos así este libro no haría lugar; no tendría sentido plantear una teoría revolucionaria; Marx, Engels, Lenin, Trotsky, Bakunin, y tantos y tantos intelectuales y políticos, no se hubieran molestado en teorizar sobre la revolución, el socialismo, el comunismo, el anarquismo o cualquier otro sistema social humano; no existiría la ciencia revolucionaria; no existiría ninguna ciencia social, como la política o la economía, o que tuviera que ver con los individuos humanos, como la psicología.

Como siempre, debemos mantenernos en cierto equilibrio para no caer en ninguno de los dos extremos. En aquel que estipula que cada revolución es única y no puede reaprovecharse nada de ella para otro lugar o época. Ni en aquel que estipula que existe una fórmula revolucionaria única que debe aplicarse mecánicamente, por igual, sin salirse de guión, en todos los lugares y en todas las épocas. Si este equilibrio entre principios generales (relacionados con aquello que tienen en común todos los seres humanos) y principios particulares (debido a las diferencias culturales, históricas, entre los seres humanos de distintos lugares y épocas) es necesario considerarlo para todas las facetas de la sociedad humana, más si cabe cuando se trata de hacer algo nuevo, que no está ni mucho menos claro y prefijado de antemano, como es el caso de la construcción de un sistema social alternativo al capitalismo. El socialismo es un terreno inexplorado. No se trata de volver a un comunismo primitivo, lo cual es imposible porque el ser humano se ha desarrollado de tal manera que sus condiciones de existencia son radicalmente opuestas a las de hace miles de años, sino que se trata de construir un sistema que nadie sabe realmente cómo podrá ser *exactamente*. Sólo podemos especular sobre él, pero también podemos entrever ciertas líneas maestras, y sobre todo sólo podemos saber con seguridad que sólo es posible construir un sistema que beneficie al conjunto de la humanidad si toda ella participa en su construcción. No sabemos realmente si será posible superar el capitalismo (¡esperemos que sí!), no sabemos realmente si el socialismo funcionará, la forma que adoptará, cómo será ese sistema que sustituirá al capitalismo, si ciertas características de éste sobrevivirán en el tiempo, pero sí podemos asegurar que sólo encontraremos las respuestas correctas con el método adecuado. Y ese método se llama

democracia. No sabremos a dónde nos conducirá la democracia, como el científico no sabe qué descubrirá aplicando el método científico, pero sí sabemos que la democracia es imprescindible para llegar a buen puerto, como el científico sí sabe que el método científico es imprescindible para acercarse a la verdad. **La clave está en el método. Ésta es la idea central de este libro.**

4.3. La madre de todos los errores: el concepto de la dictadura del proletariado

Los errores en la praxis revolucionaria fueron causados también por errores en la teoría revolucionaria. Las contradicciones o inconcreciones teóricas provocaron contradicciones y degeneraciones prácticas. Los errores en la teoría marxista no fueron los únicos causantes del fracaso de las experiencias sustentadas o inspiradas en el marxismo, pero contribuyeron notablemente. La prueba del algodón de toda teoría es la experiencia práctica pero no es imprescindible esperar a aplicar ciertas ideas para comprobar su falsedad. Si en el propio campo de la teoría ya hay intensas contradicciones, si es posible rebatir ciertas ideas de manera más o menos contundente sin necesidad de aplicarlas, es que dichas ideas son, como mínimo, candidatas a ser erróneas. Es que, como mínimo, hay que desarrollarlas todavía más, es imperativo madurarlas. El concepto de la dictadura del proletariado era candidato, por lo menos, a ser erróneo, era un concepto problemático, el más problemático de toda la teoría marxista. Debería haber sido madurado primero en el campo de la teoría antes de llevarlo a la práctica. Dio pie a muchas polémicas, a interpretaciones contrapuestas, entre los propios ideólogos de la revolución socialista. Si no fuese posible llegar a ciertas verdades en el campo de la teoría, el debate no haría lugar, el propio desarrollo de la teoría sería casi imposible. No siempre pueden comprobarse las ideas en la práctica. A veces las ideas sólo pueden ser probadas al cabo de mucho tiempo. A veces la relación entre los efectos y las causas no son tan inmediatas, tan directas, la relación entre los errores en la práctica y en la teoría no son tan evidentes. A veces las ideas no pueden ser totalmente comprobables en la práctica de forma fácil e inmediata (como en la Cosmología). La teoría debe ser realimentada por la práctica pero no puede ser completamente diseñada de antemano por la experiencia, no puede estar completamente hipotecada o subordinada a la práctica. Cualquier teoría, antes de llevarse a la práctica, debe ser desarrollada todo lo posible. Si no fuese posible prever la realidad en base a la teoría, ésta casi no existiría. La práctica, el experimento, la observación de la realidad, tienen la última palabra, pero no la única. A veces, en la propia teoría es posible identificar contradicciones, las más importantes, por lo menos errores potenciales, ideas sospechosas. El método empírico es necesario, ineludible, cuando no es posible prever nada en el campo de la teoría, es posible usarlo cuando el contexto lo permite, cuando hay tiempo, cuando los experimentos se hacen sin obstáculos, en las mejores condiciones posibles. En el campo de la ciencia revolucionaria los experimentos sociales siempre se hacen con muchos obstáculos, con poco tiempo, en las peores condiciones posibles. Por esto, la ciencia revolucionaria necesita, más que ninguna otra, madurar suficientemente, todo lo posible, las ideas antes de llevarlas a la práctica. **Las inconcreciones, las contradicciones, las improvisaciones, son muy peligrosas en la ciencia revolucionaria.** Se pagan a un precio muy caro, como ya hemos visto.

La izquierda debe considerar las teorías preexistentes y reformularlas teniendo en cuenta las experiencias prácticas históricas. La reformulación de las teorías revolucionarias debe tener en cuenta al marxismo, al anarquismo, a la socialdemocracia, a la Ilustración, incluso a ciertos aspectos del liberalismo. **Lo más**

importante es el espíritu científico y el librepensamiento para dar con la fórmula adecuada que permita la transformación de la sociedad con el objetivo último de alcanzar una sociedad libre y justa. Sólo será posible dar con dicha sociedad si nos proveemos de los instrumentos necesarios. Y aquí es dónde, tal vez, esté la clave del fracaso tanto de la vía revolucionaria como de la reformista. Intentar cambiar la sociedad sin proveerse de los medios adecuados para hacerlo. Intentar la transformación de la economía sin el sistema político adecuado. Sin la democracia o con una democracia insuficiente o incompleta.

En el caso de la vía revolucionaria marxista, en la mayor parte de los casos se prescindió de la democracia representativa. En la Rusia soviética se adoptó inicialmente la democracia obrera de base pero ésta dio lugar a un centralismo democrático que degeneró rápidamente en el centralismo burocrático. En este caso la democracia directa a nivel local se transformó en una dictadura a nivel global porque los ciudadanos, no todos pero sí la mayor parte (una pequeña parte de la población no tenía derecho a votar, lo cual ya era de por sí criticable), sólo elegían *directamente* a sus representantes más cercanos, en las escalas más bajas, más locales, de la jerarquía política, y éstos, los representantes elegidos, no ya el pueblo, eran los que luego elegían a los gobernantes al más alto nivel. El poder popular empezaba a fluir desde abajo pero se perdía en el camino hacia arriba. Por otro lado, los representantes elegidos sólo podían serlo de cierto partido o ideología. **El poder popular siempre está constreñido cuando un partido es el único legal, o cuando una ideología es la única permitida.** En el caso de Rusia todos los partidos políticos, salvo el bolchevique que acabó llamándose el Partido Comunista de la Unión Soviética, acabaron siendo prohibidos. **El partido único y el sistema electoral en el que el poder popular sólo hacía acto de presencia en las capas más bajas de la jerarquía política federal, junto con la filosofía ideológica de la dictadura del proletariado, o de cierta interpretación de dicho concepto, posibilitaron la degeneración del régimen soviético.** Stalin también contribuyó notablemente. Pero no puede achacarse toda la culpa a él. El sistema de elección facilitaba que la burocracia se distanciara del poder popular puesto que la mayor parte del aparato burocrático era elegido por la propia burocracia, salvo al nivel más bajo. La burocracia se realimentaba de esta manera a sí misma y se distanciaba cada vez más del pueblo, del proletariado.

El problema es que por un lado ciertos marxistas, de la rama leninista fundamentalmente, se decantaron por la dirección centralizada de la economía, de las masas en general, si bien apoyada dicha dirección en las bases, al menos inicialmente; y por otro lado, los anarquistas propugnan la democracia directa aplicada en todos los ámbitos, suponiendo que con ella es posible también gobernar a grandes poblaciones. En ambos casos se prescinde de la democracia representativa. En un caso la gestión de la economía, de las bases, degenera hasta ir contra éstas, y en el otro las masas no son capaces de aplicar sus modos de gestión a grandes escalas, temporales y espaciales. Quienes tanto critican a la revolución rusa, a la bolivariana de Venezuela, al Chile de Allende, no son capaces de dar ejemplos de revoluciones triunfantes, que dieran resultados suficientemente amplios, con un mínimo de ámbito temporal o espacial, con métodos alternativos a la conquista del Estado previamente existente, en base a la lucha política liderada por partidos políticos. Nos hablan de que

cualquier liderazgo es intrínsecamente malo, de que cualquier dirección o delegación degenera inevitablemente, pero no son capaces de decirnos cómo demonios millones de personas pueden *autogobernarse*, cómo pueden iniciar la revolución sin coordinarse, sin recurrir a cierto centralismo. Siempre nos hablan de la autogestión obrera a pequeña escala, en las empresas, y nos dicen que con el federalismo podría gobernarse a todo un país. Si tan es así, ¿por qué no ha habido ninguna revolución libertaria que haya triunfado en un país entero, por lo menos durante cierto tiempo más allá de unos pocos días o meses? Lenin demostró que con su método era posible tomar el poder político. A pesar de sus errores, algunos de ellos graves, fue un estrategia político de primer orden, tal vez el mejor de la historia. Indudablemente, Lenin puede aportar mucho para dar con la estrategia adecuada que permita el acceso al poder político, por lo menos. La cuestión que queda por resolver es cómo evitar que dicho método impida que el poder tomado se torne contra la revolución. Pero la revolución rusa fue la única proletaria que triunfó a gran escala (y en el país más grande del planeta), que tuvo cierta oportunidad de transformar radicalmente el modelo social. Fue la que llegó más lejos, a pesar de su colapso final y de su rápida degeneración (aunque las revoluciones anarquistas desaparecieron a una velocidad mucho mayor que la degeneración de la Revolución rusa). Debemos aprender tanto de sus aciertos como de sus errores.

Las causas de la degeneración del Estado soviético no son sólo ideológicas o circunstanciales, también son técnicas. Los métodos organizativos políticos de dicho Estado contribuyeron también notablemente a su colapso definitivo. La principal causa fue la falta de control popular. La burocracia no fue controlada desde fuera de ella. En las dictaduras de derecha el Estado se encarga de la política, facilita el capitalismo. Pero el funcionamiento de la economía depende esencialmente de los empresarios. Ellos gestionan las empresas. Ellos se responsabilizan de ellas. Ellos de alguna manera pagan las consecuencias de su mala gestión. No así ocurrió en las dictaduras de “izquierdas”. En el capitalismo la economía va por sí sola, en todo caso es encauzada por el poder político. La anarquía económica puede sobrevivir más y mejor que el mal gobierno económico, que la planificación equivocada. Es más contraproducente un mal gobierno que la falta de gobierno. Toda gestión debe ser controlada por algo externo, ya sea esto el mercado, como en el sistema capitalista, ya sea el pueblo en el socialismo. Si no es así, las posibilidades de una mala gestión son muy altas o unos resultados pueden ser a costa de otros parámetros más importantes.

En una auténtica democracia debe haber muchos partidos políticos así como muchos sindicatos independientes. Aunque esto no es suficiente. Es sólo necesario. Por otro lado, no es de recibo imponer constitucionalmente ninguna ideología, ningún modelo social, prohibir la oposición ideológica. Tan condenable es imponer el capitalismo, como así hacen las democracias liberales, como imponer el socialismo. **El pueblo debe tener la completa libertad de elegir su destino, sin corsés, sin ataduras. Ninguna ideología debe imponerse por la fuerza. Ni directa ni indirectamente.** La democracia liberal no prohíbe la oposición explícitamente sobre el papel, pero sí sutilmente, sí de facto. Al imposibilitar la igualdad de oportunidades entre los distintos partidos, al hacer depender la financiación de los partidos de la oligarquía, al controlar ésta los medios de comunicación, al realimentar el bipartidismo, ..., la izquierda transformadora no tiene casi ninguna opción, salvo casos

excepcionales. En Latinoamérica la democracia burguesa no ha podido evitar el acceso al poder político de partidos que ponen en peligro los intereses burgueses. En ocasiones, la democracia burguesa impone sobre el papel su ideología, prohíbe también atentar contra el capitalismo marcado a fuego en la Constitución. En el hipotético y altamente improbable caso de que un partido que propugnara el socialismo, el verdadero, llegara al poder actualmente en España, no podría hacerlo sin reformar la propia Constitución. Se encontraría serias dificultades técnicas, sino insalvables.

En una democracia auténtica cualquier idea debe tener las mismas opciones, con las únicas limitaciones de los derechos humanos, por lo menos de los más esenciales (y la propiedad, sobre todo de los medios de producción, no parece desde luego más esencial que el derecho a alimentarse, a vivir en una casa digna, a tener una cobertura sanitaria, a la libertad de expresión y de pensamiento, por poner unos pocos ejemplos). En muchos aspectos, en lo esencial, muchas democracias de corte “socialista” son la imagen especular de las democracias capitalistas. Basta con cambiar la palabra *socialismo* por *capitalismo* y ambos tipos de “democracia” se comportan igual. Imponen, de manera directa o indirecta, sobre el papel o de facto, la ideología para la que están diseñadas. Esto no es democracia. Democracia es el poder del pueblo. **El pueblo es el que debe elegir su sistema y no sólo las políticas aplicadas en él.** El pueblo no sólo debe poder determinar la política socialista o capitalista a hacer, sino la propia naturaleza del sistema, debe poder elegir si desea socialismo o capitalismo o cualquier otro sistema. Debe tener margen de maniobra para construir el tronco, el árbol entero, y no sólo las ramas.

En el caso de las democracias liberales, el ciudadano puede elegir a sus representantes en los niveles más altos de la jerarquía estatal (menos al jefe de Estado en algunos casos, como en la monarquía española), incluso puede elegir a los alcaldes, pero el poder, el poco que tiene el pueblo, rápidamente se pierde hacia abajo. El problema, uno de los muchos que tiene la democracia burguesa, es que la mayor parte de candidatos son designados por los partidos políticos de forma poco democrática. La democracia existe desde arriba hacia abajo, pero no al revés. Así, el poder popular se pierde también. Además, en una democracia dominada por el dinero, el poder económico es el que controla la situación. Las democracias burguesas incumplen incluso sus propios postulados, como la separación de poderes, y degeneran rápidamente en oligocracias. Realmente ya nacen como oligocracias, pero con el tiempo son cada vez más oligocracias. La burguesía hizo su propia revolución política engañando al pueblo, utilizándolo, para posibilitar su revolución económica: el desarrollo del capitalismo. Desde este punto de vista, la revolución burguesa triunfó pues posibilitó la implantación de un sistema político hecho a su medida, a la medida del capital. A diferencia de las revoluciones de carácter socialista, el sujeto político, la burguesía, sí supo construir los medios políticos adecuados para desarrollar el sistema económico que pretendía. **La democracia liberal está hecha a la medida del capitalismo.** Dicha democracia es en sí misma contradictoria, tiende a anular algunos de sus preceptos, porque está diseñada para que la oligarquía sea la que realmente mande. En verdad **la democracia liberal es la oligocracia disfrazada de democracia, la dictadura de la burguesía disfrazada del poder del pueblo.**

En todo caso, lo que demuestra la democracia liberal es que **la economía puede ser controlada desde la política**, es que el sistema económico depende también notablemente del sistema político. La relación dialéctica entre la economía y la política hace que ésta, además de ser una consecuencia de aquella, controle a aquella. El capitalismo existe, se desarrolla, además de porque el modo de producción capitalista se convierte en determinado momento en mayoritario, al menos en emergente, porque la burguesía es capaz de construir un sistema político que lo posibilite, que le dé rienda suelta. La burguesía sintoniza el sistema político al sistema económico y viceversa. Como decía Engels: *El Estado moderno no es, a su vez, más que la organización que la sociedad burguesa se da para mantener las condiciones exteriores generales del modo de producción capitalista contra las intrusiones provenientes tanto de los obreros como de los capitalistas particulares. El Estado moderno, cualquiera que sea su forma, es una máquina esencialmente capitalista: el Estado de los capitalistas, el capitalista colectivo ideal.* El capitalismo sobrevive, se salva del colapso, de la amenaza permanente de autoextinción, por la intervención decisiva del Estado capitalista, de la política. Esto puede verse perfectamente en la presente crisis. **Sin Estado capitalista no hay capitalismo. Sin sistema político capitalista tampoco hay economía capitalista.** La democracia liberal es *efecto* del modo de producción que se hace capitalista pero es también *causa* de que dicho modo de producción se desarrolle y sobreviva, se realimente a sí mismo. ¡La dialéctica, marginada oficialmente por el pensamiento burgués, es, sin embargo, empleada a fondo por la propia burguesía!

La naturaleza clasista del Estado burgués, su adecuación a cierto sistema económico, fue comprendida por el marxismo cuando postuló la idea de la *dictadura del proletariado*. El problema es que Marx y Engels se equivocaron tanto por la manera lingüística de defender el Estado proletario frente al burgués, llamándolo *dictadura* (como forma de recordar que el Estado burgués también era una dictadura), como sobre todo por la inexistencia de su descripción teórica. Y como consecuencia de las deficiencias teóricas de dicho concepto, así como del uso de un lenguaje inapropiado, la *dictadura del proletariado* fracasó estrepitosamente cuando se llevó a la práctica. El marxismo se conformó con sustituir la dictadura burguesa por la dictadura del proletariado, en vez de contraponer la democracia a la dictadura disfrazada, la verdadera democracia a la oligocracia. El marxismo interiorizó ciertos conceptos fundamentales de la burguesía. Fue impregnado, en algunos aspectos esenciales, como en la concepción del Estado, de pensamiento burgués. Asumió que el Estado siempre debía ser una dictadura de una clase y sólo aspiró a sustituir una clase por otra, en vez de aspirar a una concepción radicalmente distinta del Estado. El marxismo aceptó la naturaleza clasista del Estado. Supuso que el uso hecho del Estado por parte de la burguesía y de las clases dominantes del pasado era el único posible. Supuso que la razón de ser del Estado era la dominación de una clase. Que el Estado nació para eso y por tanto sólo podía servir para eso. Ni se planteó la posibilidad de que el Estado pudiera evolucionar de tal manera que contradijera su razón de ser inicial, aun admitiendo que ésta fuese sólo el dominio clasista. O lo hizo de manera insuficiente, poco creíble, como cuando postuló que mediante la dictadura del proletariado el Estado se iría extinguiendo poco a poco. Poco creíble porque supuso que la naturaleza clasista del Estado iría desapareciendo si lo dominaba una clase en vez de otra. Poco creíble porque no explicó cómo podía implementarse en la práctica

la dictadura del proletariado, cómo una gran masa de personas, la mayoría de la sociedad, podía gobernar, ocupar el aparato estatal, cómo unos pocos (pues los puestos del aparato estatal son pocos) podían gobernar a la mayoría en nombre de ésta, en beneficio del conjunto de la sociedad. En este aspecto, el marxismo cometió el mismo error que el anarquismo cuando afirma sus postulados pero no dice *cómo* llevarlos a la práctica de manera *concreta*.

El marxismo fue preso, en algunos momentos, en algunos aspectos, de un excesivo determinismo, de cierto fatalismo (contradiciéndose a sí mismo). Como al afirmar que el Estado sólo podía existir como lo había hecho hasta el momento. ¡El marxismo también tiene sus contradicciones! Como toda ideología, como toda persona. Por un lado decía que la sociedad podría, en determinado momento, organizarse sin Estado (como así ocurrió cuando el hombre era primitivo), pero al mismo tiempo, asumió que si el Estado siempre había sido en esencia de una manera (clasista), no podía ser de otra. En cuanto a la sustitución del Estado burgués por el proletario, renunció a cambiar el guión y se conformó con cambiar los actores, cuando el guión dependía de los actores. El proletariado, a diferencia de la burguesía o de la aristocracia, no deseaba dominar, al contrario, deseaba emanciparse. Por no extenderme demasiado, remito al mencionado libro *Los errores de la izquierda* donde desarrollo en profundidad todas estas ideas sobre la cuestión del Estado, que a más de algún marxista le pueden parecer afirmaciones hechas sin ton ni son. El precio de la concisión es la aparente falta de rigor.

Pero antes de proseguir, por si acaso, quisiera aclarar brevemente la cuestión de la naturaleza clasista del Estado. El marxismo reconoció dicha naturaleza. Fue, de hecho, sino su descubridor, por lo menos el promotor de dicha idea. Y la reconoció simplemente desprendiéndose de prejuicios, por lo menos de los principales, y estudiando la historia y observando cómo en todas las épocas el sistema económico producía una clase social dominante que ejercía su poder a través del Estado. Marx hizo un trabajo inmenso estudiando los distintos sistemas económicos a lo largo de la historia. Trabajo que le llevó muchos años y sacrificios. Cuando le criticamos, que lo debemos hacer cuando así lo estimamos oportuno, como así él hubiera deseado, como así desearía cualquier persona que ha aportado mucho y que desea que se siga refinando sus teorías, nunca obviamos ni negamos la inmensa labor que hizo. Al recordar esto podemos incluso comprender mucho mejor por qué también cometió errores, algunos de ellos aparentemente ingenuos. Nadie es perfecto y cuando uno se ve incluso desbordado por la inmensa labor que ha empezado no se pueden cerrar todos los flancos. El marxismo dejó flancos abiertos, algunos de ellos muy peligrosos, pero sentó las bases de la ciencia revolucionaria. Bases que hay que desarrollar todavía mucho más. Su inmensa labor debe continuar. Con la ventaja de que ahora nosotros, los habitantes del siglo XXI, contamos con un importante repositorio de experiencias prácticas basadas en sus ideas, aunque hubiese sido deseable que fueran experiencias más diversas, pues muchas de ellas fueron calcadas unas de otras.

Lo que Geoffrey St. Hilaire dijo de Darwin vale también para Karl Marx: que su destino y su gloria fueron haber tenido sólo precursores y discípulos; afirma Karl Korsch en uno de sus artículos. ¡Ya les hubiera gustado a Marx o a Engels contar con el repositorio de experiencias prácticas de que disponemos nosotros! ¡Ellos sí se

hubieran puesto rápidamente manos a la obra para corregir, refinar, ampliar, actualizar y mejorar sus propias teorías! ¿Hubieran sido acusados de anti-marxistas, de contrarrevolucionarios? ¿Qué hubieran pensado al vernos en debates eternos sin casi avanzar nada en el campo de la teoría? ¿Cómo se hubieran sentido al ver que sus postulados se convierten en dogmas, al ver que muchos de sus supuestos defensores se conforman con repetir hasta la saciedad lo que ellos ya dijeron, con “analizar” y “analizar” las ideas marxistas sin hacerlas evolucionar? Probablemente, si eran librepensadores, si tenían auténtico espíritu científico, como yo así creo que era, no les hubiera gustado nada. Y si no es así, tampoco importa mucho. ¡Debemos seguir avanzando! ¡La vida sigue! Ya sé que a más de uno le podrá parecer sacrilegio que un simple ciudadano corriente como yo se permita el lujo de criticar ni más ni menos que a Marx, a Engels o a Lenin. Y encima usando un lenguaje sencillo y popular, rompiendo esa tradición, esa regla no escrita, de pedantería usada tan intensivamente por cierta clase intelectual (muchas veces, en realidad, para ocultar su ignorancia o incapacidad en lo esencial, sofisticación en las formas para disfrazar la simpleza en el fondo, o tal vez para mantener su statu quo de élite intelectual, para hacer inalcanzables sus conocimientos a la plebe).

Nada más lejos de mi intención que ser pretencioso. Pero prefiero pecar de pretencioso que no decir lo que considero que debo decir. Prefiero hacer el ridículo que callarme y no dar la ocasión, tal vez, de aportar algo. Aunque, por supuesto, procuro asegurarme antes de afirmar nada, procuro razonar suficientemente antes de llegar a ninguna conclusión. Está en juego mucho para dejar que los orgullos personales nos paralicen o nos condicionen. Está en juego el resurgimiento de la izquierda, sin el que la sociedad se encamina rápidamente hacia su autoextinción o su degeneración. Dejémonos de tonterías y vayamos al grano, a lo importante, a las ideas. Sin importarnos quienes las defiendan, sin dejarnos impresionar por las autoridades intelectuales. Las autoridades intelectuales nos dijeron durante milenios que la Tierra era plana y el centro del Universo. Hasta que algunos individuos se sublevaron intelectualmente. Hasta que algunos cuestionaron lo incuestionable. Hasta que algunos cometieron sacrilegio. Con esto tampoco quiero decir que haya que cuestionar sin ton ni son, que cualquier cuestionamiento es siempre válido. Pero el cuestionamiento es siempre mejor que la aceptación sumisa y acrítica de lo establecido. Si, además, es un cuestionamiento razonable, suficientemente argumentado, basado en suficiente información, suficientemente contrastado con la realidad observada, entonces, como mínimo, debe ser considerado. El lector juzgará si mis ideas son suficientemente razonables o no. Si ha llegado hasta aquí es que, al menos, le ha dado cierta oportunidad. Espero que al acabar este libro, por lo menos, le haya hecho replantearse ciertas cosas, le haya despertado la curiosidad por ir más allá de donde yo he ido. En verdad muchas de las ideas expuestas en este libro no son nada nuevas. Otras tal vez sí. No lo sé. A veces distintas personas llegan a las mismas conclusiones por caminos separados. Algunas ideas que yo he desarrollado previamente en este libro han sido posteriormente confirmadas por lo que he podido leer, lo cual me condujo a pensar que podrían ser válidas. Este libro no se ha escrito *tras* un periodo de lecturas, sino *simultáneamente*. A medida que he ido escribiendo he ido leyendo y viceversa. Este libro se ha escrito “dialécticamente”. He procurado confirmar o negar lo escrito por mí leyendo otras obras, y también al leer estas obras he ido desarrollando mi pensamiento y por tanto su plasmación por escrito. El trabajo

intelectual de la humanidad es siempre un trabajo en equipo entre hombres y mujeres de distintos lugares y de distintas épocas. Unos toman el relevo de otros. ¡Temblad élites, el pueblo está empezando a razonar! Las masas nos vamos poco a poco concienciando, informando y formando. ¡Os hemos perdido el respeto intelectual! Al menos algunas ovejas negras, que haremos todo lo posible para aumentar el ejército de ovejas negras para abolir el rebaño, procuraremos que las propias ovejas nos vayamos concienciando unas a otras. Esta oveja negra que escribe estas líneas así lo pretende, humildemente.

El materialismo histórico nos da las claves para comprender los acontecimientos de la sociedad humana fijándonos en el motor de la sociedad: el sistema económico. El Estado burgués es el reflejo del capitalismo, del sistema económico en el cual la burguesía adquiere tal poder, que domina la sociedad, que se convierte en clase dominante. El problema planteado un poco más arriba sobre la naturaleza clasista del Estado, puede replantearse de otra manera. Si admitimos que el Estado siempre ha sido clasista y siempre lo será, entonces parece inevitable plantear la sustitución de la burguesía por el proletariado, entonces parece lógico plantear la sustitución de la dictadura burguesa, llamada democracia liberal, por la dictadura del proletariado. Es por esto que Marx y Engels plantearon este concepto. El problema es que cuando no es posible gobernar una sociedad sin Estado, por lo menos una sociedad que ha sido acostumbrada durante demasiado tiempo a él, cuando no es posible una sociedad autogobernada inmediatamente posterior a una sociedad gobernada, como así reconocieron los marxistas (por esto plantearon la *transición* al socialismo y a su vez éste se definía como la *transición* al comunismo), como no reconocieron los anarquistas (éstos se quitaron el problema teórico y práctico de encima de un plumazo), **¿cómo evitar que quienes gobiernan, quienes ocupan físicamente el aparato estatal, aun en nombre del bien común, o de cierta clase, actúen en su propio interés, o en el interés de ciertas minorías, en contra del bien común o de la clase que dicen representar?** Éste es el problema de fondo a resolver. Y no se resuelve cambiando simplemente a los inquilinos del aparato estatal ni negando a éste, ni planteando la ilusoria posibilidad de prescindir *inmediatamente* del Estado o del gobierno. Se soluciona llevando a la práctica ciertos mecanismos concretos que maximicen las probabilidades de que *todo* gobierno responda ante el pueblo.

Los marxistas acusaban a los burgueses de gobernar para satisfacer sus propios intereses bajo la apariencia del interés general, les acusaban de usar el Estado para sus intereses de clase bajo la apariencia de situarse por encima de las clases, al margen de ellas. Les acusaban de la naturaleza clasista del Estado, en contra de la autoproclamada neutralidad por la burguesía que controlaba el Estado. Y les acusaban con toda la razón. Esto podemos comprobarlo en nuestros días también. No hay más que fijarse en las políticas fomentadas y aplicadas incluso por gobiernos que se dicen favorables a las clases populares en la presente crisis. El problema es que el marxismo no fue más allá, no se dio suficientemente cuenta de que el problema en su esencia más profunda tenía que ver con el hecho de que no podía prescindirse de forma rápida (por lo menos) del Estado, pero que tan poco podía ocupar dicho Estado la población entera, ni siquiera una clase entera. Sólo podían ocupar los puestos del Estado cierta minoría, cierta representación de la sociedad o de una parte de ella. La orquesta sólo puede ser dirigida por una persona, no por toda la orquesta al mismo

tiempo, por lo menos hasta que la orquesta aprenda a autodirigirse, si es que ello es posible alguna vez. Al no poder implementarse la democracia directa para grandes conjuntos de personas, el Estado, por mucho que se declare neutral, por mucho que incluso se declare proletario, siempre es ocupado, usado, por ciertas minorías, por ciertas personas concretas. El Estado no se hace proletario porque se declare solemnemente como tal. El Estado tampoco se hace neutral porque se diga que lo es. El Estado en las sociedades capitalistas, en todas las sociedades en mayor o menor medida, no es de todos, es de unos pocos, de quienes ocupan sus puestos de mayor responsabilidad y de quienes controlan a éstos. Como se suele decir el Estado somos todos, pero unos más que otros. ¡Ni el Estado desaparece por arte de magia porque se le niegue! El Estado no podrá abolirse, ni transformarse, de palabra, sólo podrá serlo de hecho, siempre que detrás de la praxis haya una teoría correcta, mínimamente completa, mínimamente coherente, suficiente, y que además sea realimentada por la práctica. Es decir, mediante el método científico, es decir, mediante la libertad, la democracia. El Estado proletario en Rusia no perteneció realmente al proletariado, menos al pueblo, salvo en sus momentos iniciales. Una minoría autoproclamada como benefactora del pueblo, como proletaria (aunque inicialmente apoyada por una parte importante del pueblo, por la inmensa mayoría del proletariado), lo ocupó. Y al cabo de poco tiempo reprodujo los mismos males del Estado burgués, incluso acrecentándolos de manera muy notoria. La dictadura *del* proletariado se transformó en poco tiempo en la dictadura *contra* el proletariado y *contra* el pueblo en general.

¿Por qué? Entre otros motivos (muchos de ellos los hemos analizado en páginas anteriores: el contexto, la manera de hacer las cosas,...) por razones teóricas. **El concepto de la dictadura del proletariado no resolvió la contradicción esencial del Estado moderno. Al contrario, la agravó.** ¿Si el Estado, su aparato logístico, es ocupado por unas pocas personas, cómo evitar que esas personas gobiernen para satisfacer sus propios intereses o los de ciertas personas afines, en contra de los intereses de cierta clase o del propio pueblo? Este problema no lo tenía la burguesía porque los intereses de quienes ocupaban el Estado eran los mismos que los intereses generales de la propia burguesía: enriquecerse, mantener el orden establecido, favorecer el desarrollo del capitalismo, la reproducción de la burguesía. Cuando dichos intereses no coinciden, algo poco probable pero no imposible en la democracia burguesa, la burguesía, que controla la sociedad, mueve todos los resortes, ideológicos, económicos e incluso militares llegado el caso, para expulsar del poder político a quienes han osado usarlo en contra de sus intereses. Pero en el caso del Estado proletario, en su concepción teórica, ideal, en lo que se buscaba, esto ya no era así. La burguesía tenía un poder económico y controlaba al poder político en base a dicho poder económico, pero los trabajadores no tienen ningún poder, ellos no pueden controlar al poder político más que por la democracia. Su única fuerza es la de la mayoría, la de la razón, la de la ética. Su fuerza sólo hace acto de presencia cuando los trabajadores se unen en la acción. Siempre es más difícil la unión y coordinación de millones de personas, que las de unos centenares o millares. Los trabajadores no buscan enriquecerse, buscan sobre todo emanciparse. Por lo menos así era cuando la burguesía, esa enfermedad contagiosa de la que nos hablaba Pasolini, no se había propagado tanto. Aunque a muchos individuos en la actualidad les gustaría

enriquecerse, la mayoría se conformaría, por lo menos, con no ser explotados, con sobrevivir en condiciones dignas, con asegurar el sustento.

Y en esta disparidad de intereses, en esta disparidad de las naturalezas, sobre todo en cuanto al poder ostentado, de la clase burguesa (o de cualquier clase con poder económico) y la clase proletaria (o de cualquier clase sin poder económico), es donde estaba y está la clave. Estas disparidades fueron obviadas por el marxismo, o no fueron consideradas plenamente. Aquí es donde radica el error profundo del concepto de la dictadura del proletariado. En no considerar o en infravalorar las diferencias drásticas, cualitativas, entre la clase burguesa, entre cualquier minoría dominante, y la clase proletaria, cualquier clase mayoritaria dominada. Los métodos empleados por la burguesía para dominar la sociedad no pueden ser extrapolados, menos calcados, por el proletariado, por cualquier clase popular, por el pueblo. Y en dichos métodos está incluido, entre otras cosas, el Estado, el sistema político. Usar los métodos de la derecha garantiza el fracaso de la izquierda, su transformación en la derecha, su degeneración. Como así ocurrió en el sistema político más izquierdista que se intentó instaurar. La izquierda en la Rusia soviética se acabó convirtiendo en la peor derecha habida y por haber. O dicho de otra forma, los errores metodológicos, sustentados en los ideológicos, propiciaron el nacimiento de una nueva derecha que se impuso sobre la izquierda. Tan es así que imitó muchos de los comportamientos de la extrema derecha. El estalinismo, en muchos aspectos, fue una forma de fascismo.

El estalinismo se nutrió del leninismo, pero a su vez éste se nutrió del marxismo. Los errores se produjeron en cadena. Los errores ideológicos fueron acrecentándose hasta convertir el blanco en negro. Los métodos de la derecha, sustentados en los conceptos de la derecha, hacen que sea ésta la que prospere, ya sea creando nuevas derechas, ya sea haciendo que las derechas existentes sean las que se impongan y sobrevivan. La máquina de hacer derechas produce derechas, ya sea partidos de derecha, ya sea políticas de derechas, incluso en los partidos declarados de izquierdas. Debemos implementar la máquina de hacer izquierdas. Esa máquina es la democracia. Con la verdadera democracia la derecha está condenada, sólo puede sobrevivir y prosperar la izquierda, aquellas fuerzas políticas que defiendan realmente, de facto, los intereses generales, los de la mayoría, los del conjunto de la sociedad.

La única manera de evitar que una minoría que gestiona el Estado lo haga sólo o sobre todo mirando por sus intereses es que responda ante quienes son gestionados, ante quienes desean controlarla. Quienes son gobernados deben tener el poder para controlar a quienes gobiernan. La burguesía, la oligarquía, lo tiene ejerciendo su poder económico. Las clases populares sólo lo pueden ejercer con la democracia. La oligarquía no necesita la democracia, al contrario, ésta pone en peligro su monopolio del poder político, prolongación de su monopolio del poder económico. Entonces si resulta que de lo que se trata, para cualquier clase que no tenga el poder económico, para el pueblo en general, es de democracia, ¿por qué no hacer ya que sea *todo* el pueblo el que controle el Estado y no sólo una parte de él? Si, en determinado momento, es posible que una minoría responda ante un grupo exterior de personas mucho más grande, ¿por qué limitarnos sólo a una parte de la población? Y si entonces logramos que responda ante *toda* la población, ¿no desaparecería la naturaleza clasista del Estado? Aunque las clases sociales no desaparezcan (si desaparecen, esto llevará mucho tiempo), si el Estado responde ante

toda la sociedad mediante una verdadera democracia, se gobernará por el interés *general* de la sociedad, de las clases que representen a la *mayoría* de la población. De esta manera, conseguimos en primer lugar evitar el dominio de cualquier minoría, y, además, al irse imponiendo el interés general, poco a poco, las clases se irán diluyendo, como explico en detalle en mi libro *Rumbo a la democracia*. A él remito por no extenderme demasiado.

No luchar contra el Estado clasista es perpetuar la sociedad clasista, es perpetuar el Estado aristocrático o burgués, aunque bajo otras formas. No considerar la actual naturaleza clasista del Estado es imposibilitar su transformación en un Estado no clasista. De lo que se trata es de reconocer la situación actual, el *estado* del Estado, pero de lo que se trata también es de cambiarla, sin considerar necesariamente que el *estado* actual es el único posible, sin identificar el *estado* con la *naturaleza*. Si asumimos que el *estado* del Estado es su *naturaleza*, nos echamos la soga al cuello, imposibilitamos la superación del Estado clasista, y por tanto de la sociedad clasista. Se me podría decir que si el *estado* del Estado siempre ha sido el mismo es que entonces el *estado* es la *naturaleza*, es que el Estado sólo puede ser como ha sido. Pero, entonces yo podría contestar lo siguiente. ¿Si la explotación siempre ha existido en la sociedad humana desde que ésta dejó la vida primitiva, eso significa que *nunca* podremos erradicarla? ¿Que la sociedad humana haya tenido un *estado* permanente de explotación de la mayoría por ciertas minorías, significa que la *naturaleza* de la sociedad sea la explotación, significa que la explotación *siempre* estará presente en la sociedad humana? ¿En base a qué podemos concluir en un caso que el Estado no puede ser de otra manera pero que en el otro caso la mayoría de la sociedad puede dejar de ser explotada? ¿No es contradictorio decir al mismo tiempo que el Estado no puede ser de otra manera y que la sociedad puede ser globalmente emancipada? ¿Podemos concluir que como la sociedad humana primitiva no conoció la explotación, la sociedad civilizada puede liberarse de ella? ¿Podemos asegurar que dado que la humanidad en sus orígenes vivió sin Estado, puede ahora vivir sin él? ¿Podemos asegurar que no es posible otro tipo de Estado? Todas estas preguntas sólo podremos contestarlas mediante las experiencias prácticas. Pero si antes de intentar los cambios nos autolimitamos, los cambios serán menos importantes, serán insuficientes, fracasarán, no daremos el salto evolutivo necesario. El fin último de la historia humana es la emancipación social e individual. Ésta fue la razón de ser del marxismo, del anarquismo, incluso de la Ilustración. De lo que se trata es de *transformar* la realidad y no sólo de conocerla. Ésta fue la declaración de intenciones de Marx. No puede haber una declaración más idealista que ésta (idealista no en su sentido filosófico sino en el corriente, en el de buscar un ideal). Debemos aspirar a transformar todo lo posible la realidad. No debemos limitarnos en los objetivos, en los sueños. ¡Pero tampoco debemos perder de vista la realidad actual! ¿Cómo podemos transformar la realidad radicalmente partiendo del presente? Aplicando la dialéctica. Introduciendo ciertos cambios que permitan que la cantidad se convierta en calidad. El Estado que sustituya al burgués debe introducir ciertos cambios que permitan ese gran salto cualitativo. Esos cambios vienen agrupados en una palabra “mágica”: democracia. Sólo la democracia más amplia posible permitirá superar el estado clasista del Estado, sentará las bases de la superación de la sociedad clasista y explotadora.

Para transformar la realidad debemos considerarla, pero no debemos caer en la trampa de asumirla fatalmente, de confundir el *estado* de las cosas con su *naturaleza*. Si lo hacemos perpetuamos ese estado, restringimos los cambios, nos autorrestringimos. Revolución equivale a cambiar el *estado* de la sociedad. Si asumimos que el *estado* es la *naturaleza*, que el *estado* es perpetuo, entonces imposibilitamos la revolución. Y si la sociedad se organiza en torno al Estado, entonces si no cambiamos el *estado* del Estado la sociedad no cambia, sólo reproduce sus antiguos males bajo otras formas. Nos conformamos con cambios superficiales, aparentes. ¡Debemos aspirar a cambiar la historia de la manera más radical y ambiciosa posible! El futuro no tiene por que ser como el pasado. ¡Pero el futuro sólo puede partir del presente, debe considerar al pasado! En este delicado equilibrio entre el realismo (la consideración de lo que *ha sido*) y el idealismo (la consideración de lo que *puede ser*, la búsqueda del *ideal*) es muy fácil caer en cualquiera de los dos extremos: en ser demasiado “realista” (en verdad fatalista) hasta el punto de no aspirar a cambiar el futuro, de asumir que lo que ha sido sólo puede seguir siendo así, de aceptar la realidad, o en ser demasiado soñador hasta el punto de desconectar el futuro del presente. En un caso el futuro es en esencia como el presente. En el otro el futuro es un sueño irrealizable. La revolución consiste en tener en cuenta la realidad actual para transformarla, no para someterse a ella, en *comprender* la realidad para poder cambiarla, pero no en *aceptarla*. Comprender no debe llevar a aceptar. Las leyes descubiertas de la sociedad humana hay que tenerlas en cuenta pero no deben considerarse como eternas. La práctica nos dirá la última palabra. Como decía Murphy, *la única forma de descubrir los límites de lo posible es traspasarlo en dirección a lo imposible*. El determinismo puede hacerse demasiado exacerbado y derivar en fatalismo. Nunca debemos obviar las leyes de la sociedad humana, pero nunca debemos olvidar que ésta tiene un carácter dialéctico muy acentuado. Y dialéctica significa sobre todo cambio. Las leyes de la sociedad humana pueden cambiar. A diferencia de las leyes de la naturaleza, que es por definición menos cambiante. La sociedad humana la hacen los seres humanos en última instancia.

Tan peligroso es el fatalismo como el utopismo. En ambos casos la realidad no cambia. En la revolución social se trata de cambiar gradualmente el guión partiendo de la realidad existente y no sólo de cambiar los actores principales. ¡Pero si no aspiramos a cambiar el guión éste no cambiará! Se trata de reconocer la enfermedad pero no de curarla con lo mismo que la provoca, no de ahondar en la enfermedad. El Estado debe ser protagonizado por el conjunto de la ciudadanía, por el pueblo, y no por cierta clase. **Cambiar de clase dominante en el Estado, es perpetuar el guión, es perpetuar la sociedad clasista, en vez de combatirla. Cambiar una clase poderosa por otra clase no poderosa, sin desarrollar la democracia, es simplemente imposible. Si se mantiene el Estado clasista, sólo es posible sustituir una élite por otra.** El Estado clasista es el Estado dominado por una minoría antidemocráticamente. Por esto el Estado proletario, la dictadura del proletariado, era simplemente una ilusión sin ninguna oportunidad de realización práctica. El contexto no debe impedirnos ver los errores ideológicos, teóricos de fondo. Las ramas no nos deben impedir ver el bosque. Mientras la izquierda transformadora no se perciba de este error fundamental en cuanto a la concepción del Estado, no habremos aprendido casi nada. Si asumimos en la teoría un Estado clasista, no podremos construir en la práctica una nueva sociedad no clasista, sólo cambiaremos sus formas, en el mejor de

los casos. Hay que superar los errores teóricos para conseguir otra praxis. Si los corregimos entonces habrá alguna opción para que en la práctica avancemos, si no, no habrá ninguna, no haremos más que dar vueltas sobre lo mismo, la pescadilla se seguirá mordiendo la cola, seguiremos en el círculo vicioso.

La democracia es el antídoto contra la división clasista de la sociedad. Suficientemente desarrollada, con el tiempo, la democracia, que se sustenta en la libertad y en la igualdad, tiende a eliminar las desigualdades sociales. La democracia sirve al principio, como mínimo, para liberar al Estado del dominio de cualquier *minoría*. La clave para superar la división de la sociedad en clases, no reside en que una clase sustituya a otra, aun en el hipotético caso de que fuera posible que una clase entera (mayoritaria y explotada) pudiera hacerse cargo del Estado, sino en liberar al Estado de cualquier dominio. O bien dicho de otra manera, haciendo que el Estado sólo pueda ser dominado por quienes deben dominarlo: la mayoría. Es más, haciendo que ese dominio no sea estático, posibilitando la sustitución de unos dominios por otros, haciendo que nadie, por lo menos de la dirección, eche el ancla en el Estado a perpetuidad. Si admitimos que el Estado debe ser inevitablemente dominado, por lo menos que lo sea por la mayoría. Si admitimos que nunca es posible una mayoría suficientemente amplia (lo cual es muy discutible), que, por lo menos, los dominios sean temporales. ¿Cómo lograr que domine la mayoría? ¿Cómo lograr que nadie se aferre al Estado indefinidamente? Con elegibilidad, con revocabilidad, con mandato imperativo, con separación de poderes,... En una palabra: con democracia. Pero cuando hablamos de democracia no nos confundamos. Hablamos de la auténtica democracia. No del paripé que existe en la mayor parte de países en la actualidad. Democracia no es sinónima de democracia *liberal*. Desde la izquierda hemos consentido que la burguesía se apropie de la palabra *democracia*, cuando ella es, de facto, su principal enemiga. ¡No debemos consentirlo! Si así lo hacemos no podremos ganar la guerra ideológica. Y si no ganamos la guerra de las ideas, nunca podremos llevarlas a la práctica. La Revolución empieza en las ideas. Aunque éstas también provengan de la praxis.

El concepto defendido por Marx y Engels no resolvía las causas profundas de la dictadura burguesa, más en concreto, de la dictadura de cualquier minoría que ocupa el Estado. La dictadura del proletariado era una huída hacia delante del problema, no era la solución al problema, no se enfrentaba cara a cara a la cuestión de fondo, sólo lo hacía de refilón. Y en este caso el problema era incluso mucho mayor. Porque en el caso de la burguesía quienes ocupan el Estado son controlados por la propia burguesía, pero no así en el caso del proletariado. Éste no puede controlar a la minoría gobernante más que por la democracia. La cuestión no era sustituir una dictadura de una clase por otra, que en el caso del proletariado nunca podía ser la dictadura de una clase, en este caso sólo podía producir una nueva clase: la burocracia "proletaria", que inevitablemente se separaría del proletariado, si no se desarrollaba notablemente la democracia. La verdadera solución consistía en sustituir la dictadura burguesa, la dictadura de cualquier clase, la falsa democracia, por la verdadera democracia, no por otra dictadura. **La dictadura del proletariado era un concepto teórico erróneo por sí mismo, era una trampa teórica que no podía, bajo ninguna de las maneras, producir resultados prácticos buenos para el pueblo, ni siquiera para el proletariado.** La dictadura *del* proletariado iba a derivar,

inevitablemente, por lo menos muy probablemente, al margen de las circunstancias, del contexto, en la dictadura *contra* el proletariado. **La dictadura del proletariado es un concepto contradictorio por sí mismo, su contradicción profunda es irresoluble. Equivale a la cuadratura del círculo. El contexto aceleró e intensificó el problema, pero no lo creó.**

El problema de fondo no era sustituir una clase por otra, algo imposible porque una clase *entera* no puede ocupar los cargos de responsabilidad del Estado, sino que consistía en cómo lograr que quienes ocupan dichos cargos respondieran ante otras personas, ante una clase o ante el conjunto de la sociedad. Admitir la *naturaleza* (en vez del *estado*) clasista del Estado era perpetuar el problema esencial de fondo. Y plantear que la *clase* proletaria pudiera ocuparlo una quimera. El Estado clasista existe porque la minoría que lo ocupa tiene idénticos intereses que la clase a la que sirve, porque dicha minoría es creada por la clase a la que sirve, y porque la clase dominante lo es porque tiene poder económico. Ninguna de estas condiciones las reúne el proletariado, ni ninguna clase popular. **El Estado clasista es un concepto burgués (o aristocrático, oligárquico en general) que fue interiorizado por el marxismo.** Esto, que puede parecer absurdo, puesto que el marxismo lucha contra la burguesía, sin embargo, fue previsto por el propio marxismo cuando afirmaba que la clase dominante impone su pensamiento, es *ideológicamente* dominante. Nadie puede evitar sucumbir en mayor o menor grado ante el pensamiento dominante de su época, ni siquiera quienes luchan contra él. Yo tampoco. El marxismo tampoco, que como proclama él mismo, es también un producto histórico, de la sociedad burguesa que se encontraron Marx y Engels. La concepción del Estado por parte del marxismo es también un producto histórico, es una consecuencia del Estado burgués del siglo XIX. Y esa concepción fue muy influida, como no podía ser de otra manera, por el pensamiento burgués de la época. Aunque la influencia fuese sólo para crear ideas *aparentemente* contrapuestas, pero que en el fondo eran la imagen especular de otras ideas burguesas.

El Estado *proletario* propugnado por el marxismo (o por ciertas interpretaciones del mismo) es la imagen especular del Estado *burgués*. Y, como tal imagen especular, responde a sus mismos principios de base: el Estado *clasista*. El Estado proletario “marxista” y el Estado burgués son en esencia lo mismo, simplemente basta cambiar la palabra *burgués* por la palabra *proletario*. ¡Y aquí radica el problema de fondo! El proletariado es una clase *radicalmente* distinta a la burguesía o a la aristocracia. Mayoría vs. Minoría. Dominados vs. Dominadores. Izquierda vs. Derecha. Democracia vs. Dictadura. Cualquier minoría necesita un Estado clasista, es decir, dictatorial, para imponerse. Las clases populares, por el contrario, necesitan un Estado neutro, es decir, verdaderamente democrático. El Estado clasista está diseñado para que una minoría domine a la mayoría. Debe ser, por definición, un Estado “tramposo”, viciado. El Estado democrático, por el contrario, es el único en el cual la mayoría explotada puede dominar. En el primer caso el dominio es *artificial*. En el segundo es *natural*. El Estado debe cambiar *radicalmente* para que la mayoría sea la que domine verdaderamente. Asumir la concepción clasista del Estado es evitar que la mayoría domine, es seguir con un Estado viciado que viciará la sociedad (aunque ésta también vicia a aquél, la cuestión consiste en romper el círculo vicioso, en jugar con las relaciones causa-efecto dialécticas, el círculo vicioso debe romperse diseñando e

implementando un nuevo tipo de Estado, esto también lo reconoció el marxismo cuando conjeturó acerca del Estado proletario).

El marxismo, mejor dicho ciertas interpretaciones del mismo, sólo aspiró, en el fondo, a pesar de lo proclamado, a *usar* el Estado burgués (encima despojándolo de lo poco que era válido en él, al menos en el campo de la teoría) en vez de *transformarlo* en profundidad. El marxismo cayó, por lo que respecta al concepto de la dictadura del proletariado, en un determinismo excesivo, al asumir que el Estado era por naturaleza, inevitablemente, clasista, al deducir que si el Estado había sido hasta el momento clasista, sólo podía seguir siendo clasista. Postuló que el Estado siempre iba a ser clasista (en vez de romper con él en el campo de la teoría y diseñar la transición a un Estado no clasista) y depositó sus esperanzas en que la clase proletaria lo usaría para poco a poco extinguirlo (sin saber cómo, cómo lo ocuparía *toda* la clase proletaria y cómo extinguirlo en el tiempo). Esto es como pensar que cualquier grupo humano puede cambiar radicalmente en el tiempo con tal, tan sólo, de cambiar a quienes le dirigen, sin preocuparse de los *métodos* de dirección. El marxismo se despreocupó (o no se preocupó suficientemente) de concretar los *métodos* que podrían posibilitar ese salto cualitativo tan necesario y vital para el socialismo. Se conformó con decir que la transición debía consistir en que el proletariado conquistara el Estado burgués para ir posteriormente transformándolo. El marxismo pecó en este aspecto de cierto “subjetivismo”, al despreocuparse de cómo *objetivamente* iba a ser posible que el Estado burgués conquistado por el proletariado se fuera transformando, al pensar que el Estado cambiaría por el simple hecho de que una nueva clase lo ocuparía, además de no explicar suficientemente cómo una parte del proletariado podría representar al resto del proletariado. No se preocupó de concretar bajo qué condiciones *concretas* mínimas iba a ser posible superar el Estado burgués heredado, de las imprescindibles cuestiones organizativas, simplemente se limitó a afirmar que se iría transformando. Pero si no se añade suficiente cantidad, ésta no se transforma en calidad. El Estado burgués sólo puede ser superado con más democracia. Si conseguimos implementar eficazmente, como mínimo, la separación de poderes (de todos, incluida la prensa), el mandato imperativo, el referéndum revocatorio, el salto es posible darlo. No se trataba de quitar, sino de añadir. No se trataba de restringir el sufragio universal, de reprimir a cierta parte de la población en cuanto a sus derechos democráticos, en cuanto a las libertades más elementales. Sino de aumentar la participación de *toda* la población en las decisiones que afectan a todos, de llevar a la práctica el principio de igualdad sin el cual la libertad es imposible en la vida en sociedad. Con la excusa de quitar derechos a la burguesía para proteger la democracia, se terminó quitando derechos a todo el pueblo, hiriendo de muerte así a la democracia. Esa filosofía de amputar la democracia, basada en un concepto de democracia restringida, esa *dinámica* de recortar derechos a ciertos colectivos, condujo finalmente a la total extinción de la democracia soviética.

A la democracia no se la protege restringiendo libertades y derechos, sino todo lo contrario. Al pueblo no se le protege asumiendo responsabilidades por él, sino, todo lo contrario, dándole toda la responsabilidad posible. Al hijo no se le ayuda sobreprotegiéndole, sino haciéndole desarrollar sus propias responsabilidades. No se trataba de quitar poder político a la burguesía, sino de dar el poder a *toda* la población, incluyendo la burguesía. No se trataba de quitar *derechos*, sino *privilegios*. No se

trataba de erradicar la libre competencia en el campo de la política y de las ideas sino de implementarla de manera eficaz. Se trataba sobre todo de limpiar la democracia, de evitar que ninguna minoría se impusiese sobre la mayoría. Con una eficaz separación de poderes, la democracia podría sustituir a la oligocracia (ver mi artículo *La separación de poderes*). No se trataba de prescindir de la democracia representativa, sino de desarrollarla para hacerla más participativa y complementarla con la directa en los ámbitos más locales. No se trataba de volver a partir de cero, sino de evolucionar a partir de la democracia liberal, llevando a la práctica sus principios, como la libertad y la igualdad. No se trataba de ponerle apellidos a la democracia o al Estado, o de cambiárselos, sino, por el contrario, de quitárselos. Se trataba de añadir la pizca de sal necesaria para que la sopa sufriera ese cambio cualitativo que la hiciera comestible. No se trataba de más de lo mismo, o incluso de menos, sino de implementar ciertas medidas *concretas* nuevas, mínimas, que posibilitaran que la democracia *liberal* dejara de ser *liberal*, que la cantidad se transformara en calidad, que la democracia sufriera un importante avance, y sobre todo que se iniciara una *dinámica* democrática, una dinámica dialéctica en la que las causas realimentaran a los efectos y viceversa, de tal forma que, como la bola de nieve que cae por la ladera de la montaña, la democracia creciera sin parar, irremediablemente (ver el capítulo *Voluntarismo vs. Determinismo* de mi libro *Manual de resistencia anticapitalista*). El pueblo debía irse acostumbrando a la democracia, a sentirla como algo propio e imprescindible, a no renunciar nunca más a ella, a percibir que en ella está la clave de todo, de sus condiciones de vida, de su futuro, de su supervivencia, de su felicidad, de su dignidad. El pueblo debía ir asumiendo, desde el principio, el protagonismo, debía asimismo aspirar a más y más participación en la construcción de la nueva sociedad. No bastaba con deseárselo, había que desarrollar las ideas *concretas* para posibilitarlo. No bastaba con dar ciertas pistas. Había que elaborar todo lo posible la teoría que posibilitara el salto, desde el Estado burgués a un Estado auténticamente democrático, el verdadero Estado alternativo al burgués. La antítesis de la dictadura burguesa, de la falsa democracia, del Estado clasista, no era la dictadura proletaria, era la auténtica democracia, el Estado neutral (ver el libro *Los errores de la izquierda*).

El proletariado no necesita la dictadura, ni siquiera la proclamada en su nombre, que sólo puede serlo formalmente, nunca de facto. Una dictadura siempre es en la práctica el gobierno de unos pocos sobre la mayoría. Por el contrario, el proletariado, las clases populares, necesitan imperiosamente la democracia más amplia y profunda posible. El Estado clasista, la dictadura de una clase, sólo es válido y realizable cuando esa clase necesita imponerse por la fuerza, cuando esa clase tiene poder económico, cuando desea dominar. El proletariado no necesita imponerse por la fuerza (pues es la clase mayoritaria), no tiene poder económico y no desea dominar. Por el contrario, desea emanciparse él y emancipar a toda la sociedad. El Estado clasista traiciona a los fines del proletariado. Los medios traicionan a los fines. Los objetivos determinan los medios. La emancipación de toda la sociedad necesita la democracia, sin la cual es imposible llevarse a cabo. El Estado clasista sirve para los intereses de la burguesía, de la aristocracia, o de cualquier clase minoritaria dominante, pero no para el proletariado, no para cualquier clase mayoritaria y dominada. Es un vehículo diseñado a la medida de las clases oligárquicas. Las clases populares necesitan otro vehículo: la auténtica democracia, el poder del pueblo. La democracia debe ser desarrollada todo lo posible. Sin ella no es posible el viaje de la emancipación social. La dictadura

del proletariado no es un traje diseñado a la medida del proletariado. Éste necesita, ni más ni menos, que la democracia. Cualquier dictadura, por mucho que se proclame del proletariado, por mucho que adopte el apellido de la clase mayoritaria a la que se supone debe servir, le traiciona, tarde o pronto. Lo más importante para el proletariado es la democracia. Sólo gracias a ella puede “dominar”. Una democracia sin límites, dinámica, que se realimenta a sí misma en el tiempo. Cualquier límite que se imponga a la democracia se convierte en una trampa mortal para el pueblo. Los únicos límites de la democracia deben ser sus principios básicos universales: la democracia no puede atentar contra los derechos humanos, reconocidos por igual para *todas* las personas (ver mi artículo *Los derechos humanos*).

El concepto de la dictadura del proletariado, como vemos, era muy problemático por varios motivos: surgió como consecuencia de una visión excesivamente determinista de la historia humana (el Estado sólo puede ser clasista *porque* así lo ha sido hasta el presente); no se concretó (incluso se le asoció a distintas formas políticas contrapuestas), lo cual posibilitó interpretaciones contrapuestas; la interpretación que se impuso, la marxista-leninista, suponía usar el Estado a la manera burguesa para beneficiar al proletariado, cuando la manera burguesa de emplearlo, de concebirlo, era incompatible con la distinta naturaleza de la clase proletaria respecto de la burguesía. Ésta fue una de las grandes contradicciones del Estado proletario conjeturado por el marxismo: emplear una visión burguesa del Estado, el Estado clasista, aunque adoptada al proletariado, pero insuficientemente adaptada, que en verdad era incompatible con los intereses y expectativas del proletariado. El Estado clasista burgués, el Estado clasista en general, estaba diseñado para dominar al resto de la población, para situarse por encima de la sociedad, y el proletariado, las clases populares, la mayoría, por el contrario, necesitaban un Estado para ser dominado por la sociedad, para situarse al servicio de la sociedad, por debajo de ella y no por encima.

El Estado clasista contradecía a los intereses de las clases populares. El pueblo necesitaba desarrollar todo lo posible la democracia y no implementar otro tipo de dictadura. Cualquier dictadura se volvería contra el pueblo tarde o pronto, no muy tarde. El marxismo, o ciertas interpretaciones del mismo, insisto, además de caer en demasiado determinismo, es decir, en cierto fatalismo (contradiciéndose a sí mismo, pues el marxismo postulaba un determinismo débil, como así explico en el capítulo *Voluntarismo vs. Determinismo* del libro *Manual de resistencia anticapitalista*), se equivocó en sus predicciones o especulaciones sobre el posible futuro porque no consideró o infravaloró las diferencias cualitativas esenciales entre la naturaleza de la clase burguesa y la clase proletaria. Supuso que ésta debía tomar el poder político de manera similar, demasiado similar, a cómo lo hizo la burguesía, cuando el proletariado se diferenciaba notablemente, críticamente, de la burguesía por varios motivos: no era una clase minoritaria, no era una clase con poder económico, no aspiraba a dominar sino a emanciparse ella misma y liberar a toda la sociedad de la explotación. **La clase proletaria no podía tomar el poder político de la misma manera que la burguesía, y sobre todo no debía ejercerlo de la misma manera.** El proletariado necesitaba otro tipo de Estado (esto ya lo decía el marxismo, pero el problema fue en lo que entendió por otro tipo de Estado), pero no sólo porque no debía estar al servicio de la burguesía sino porque debía cambiar su naturaleza (su *estado*) de la manera más

profunda posible, debía ser un Estado verdaderamente democrático controlado desde el exterior del mismo por el *conjunto* de la sociedad. No bastaba con cambiar los actores de la obra, se necesitaba cambiar el propio guión. El marxismo supuso que no era posible cambiar el guión, por lo menos a corto plazo. Y el problema, precisamente, es que si no se producía un salto a corto plazo, un cambio mínimo de guión, no sería posible ir progresivamente cambiando el guión, al contrario, éste se afianzaría o empeoraría, la involución sería tarde o pronto inevitable si no se producía un impulso, una chispa, un cambio concreto suficiente en la manera de organizar la sociedad, es decir, en la manera de concebir e implementar el Estado. En demasiados aspectos la Revolución rusa de 1917 se pareció demasiado a la Revolución francesa de 1789. Al interiorizarse la concepción burguesa del Estado, la revolución proletaria se mimetizó en exceso con la burguesa, imposibilitando así la superación de la sociedad burguesa, y haciendo que con el tiempo se volviera a ésta, que se vio reforzada, por lo menos temporalmente, por el fracaso del intento de superación del capitalismo. El concepto de la dictadura del proletariado supuso pues un importante contratiempo. ¡Es imprescindible superar ese error teórico para volver a intentarlo!

Esa contradicción del marxismo (interiorizar ideas burguesas aun pretendiendo luchar contra la burguesía) también puede explicarse con el mismo marxismo, más en concreto con la dialéctica. Todo son contradicciones. La naturaleza, el ser humano, la sociedad humana, las personas, las ideologías, son inherentemente contradictorios. Ahora bien, reconocer la naturaleza contradictoria de todo, no significa aceptarla sumisamente. Debemos luchar para identificar las contradicciones, para superarlas, siempre que puedan ser superadas. Como dice Karl Kosch: *El gran adelanto de Marx consiste en haber captado estas **contradicciones de clase** que la conciencia burguesa había elevado al plano de lo absoluto, y no ya como algo natural y absoluto, sino **como histórico y relativo**, y, por consiguiente, **como susceptible de ser suprimido teórica y prácticamente en una forma superior de organización social***. El problema, como decía, es que no fue posible suprimir las contradicciones en la práctica del capitalismo porque tampoco fue posible hacerlo en el campo de la teoría. El concepto de la dictadura del proletariado no superaba las contradicciones fundamentales de la sociedad burguesa, es más, suponía contradecir a las necesidades del proletariado, significaba hacerse el haraquiri para la clase trabajadora, era una peligrosa trampa. La dictadura del proletariado, lejos de lo proclamado, hacía un gran servicio a la burguesía porque suponía la continuidad de su sociedad, a pesar de cierto amago temporal de superarla. Aunque no podamos evitar sucumbir ante las contradicciones debemos imperativamente buscar la coherencia, pero primero en el campo de la teoría. Aunque nunca alcancemos la perfección (ésta podemos redefinirla como la ausencia de contradicciones), debemos perseguirla. Sólo así avanzamos. Si no la buscamos nos estancamos y retrocedemos. Como dice Eduardo Galeano en cuanto a la utopía (podemos equiparar ésta a la perfección): *La utopía está en el horizonte. Me acerco dos pasos, ella se aleja dos pasos. Camino diez pasos y el horizonte se desplaza diez pasos más allá. Por mucho que camine, nunca la alcanzaré. Entonces, ¿para qué sirve la utopía? Para eso: sirve para caminar*.

En verdad, en mi opinión, y en opinión también de muchos marxistas, cuando Marx y Engels plantearon el concepto de la dictadura del proletariado se referían a que dicha clase sólo podría imponerse en la sociedad dominando el Estado, se referían a que

era imperativamente necesario sustituir el dominio burgués, de cualquier minoría, por el proletario, por el de la mayoría; se referían a que era imprescindible el dominio *político*, a que el Estado burgués, tal cual existe en la actualidad, dificultaba, sino imposibilitaba, tal dominio. El problema fue que los padres del marxismo se equivocaron en varios aspectos: en usar la palabra “dictadura”, la cual podría provocar interpretaciones peligrosas (como así fue), y en no concretar dicho concepto, en no insistir en el hecho de que el proletariado, las clases populares, la mayoría, sólo podrían imponerse en el marco de una auténtica democracia, donde todas las ideas y opciones tuviesen las *mismas* opciones, en no insistir en la imperiosa necesidad de la libertad, es decir, de la democracia, en su sentido más amplio y profundo, en su acepción original, el *poder del pueblo*, para poder usar el método científico en la construcción de una sociedad nueva que respondiera al interés general. **La satisfacción del interés general de la sociedad equivale a la superación de la sociedad clasista. Sólo puede ser satisfecho dicho interés general si el Estado lo domina la mayoría de la sociedad.** La democracia es el dominio del interés general sobre el interés particular, al mismo tiempo que el respeto a los derechos elementales de los individuos. **El problema con la idea de la dictadura (hegemonía) del proletariado no fue el hecho de plantearla, sino la *manera* en que se hizo.**

Para superar el Estado clasista es preciso implementar un Estado donde todas las clases puedan luchar entre ellas en igualdad de condiciones, y no un Estado donde unas se impongan por la fuerza, artificialmente, sobre las otras. El Estado neutral, no clasista, no significa que ya no haya clases ni intereses contrapuestos en la sociedad, sino que dichas contradicciones puedan resolverse mediante el enfrentamiento igualitario. No significa que el Estado no sea dominado por ninguna clase (algo imposible, al menos por ahora, pues el Estado es el reflejo de la sociedad y la sociedad actual está compuesta de clases sociales), sino que significa que quienes dominan son las clases que componen la mayoría de la sociedad en determinado momento, significa incluso que dicho dominio no es estático, que tan pronto unas clases pueden dominar como otras, que el poder político es conquistado a veces por unas clases sociales y a veces por otras, que nadie lo acapara indefinidamente. Sólo así puede “triunfar” la verdad. Sólo así el interés general se impondrá. El interés general, es decir el interés de la mayoría, se impondrá cuando ésta pueda defender sus intereses particulares frente a otros intereses particulares, cuando sea la mayoría quien gobierne. Incluso los seres humanos somos capaces de renunciar a parte de nuestros intereses particulares cuando logramos comprender que existen ciertos derechos elementales inalienables, somos capaces de comprender que renunciar a ciertos intereses particulares, vistos con una perspectiva temporal y espacial estrecha, es necesario por el bien de la comunidad. Si no fuese así no sería posible la vida en sociedad, la sociedad humana no subsistiría, la convivencia sería utópica. A medida que todas las ideas puedan ser escuchadas por la sociedad, el sentido común, la razón, la ética, se irán imponiendo. El interés general será cada vez más general, no sólo porque se impondrá sobre los particulares, sino también porque éstos irán desapareciendo, porque los seres humanos iremos comprendiendo que los intereses del prójimo son también, en esencia, los propios. Esto, por supuesto, no ocurrirá de la noche a la mañana, pero con mucha probabilidad ocurrirá, siempre que se den las condiciones para que ocurra. No creer esto es no creer en la capacidad de la sociedad humana de ser civilizada. Si no lo ha sido hasta ahora, no es porque no sea capaz de

serlo, sino porque todavía no se han dado las condiciones necesarias para que lo sea. Esas condiciones que posibilitarán una sociedad humana más civilizada pueden resumirse en una sola palabra: *democracia*.

La democracia es el salto definitivo a la civilización. Una civilización se caracteriza principalmente por el hecho de que se conduce por el interés general. Mejor dicho, por el hecho de que el interés general y el individual se sintetizan. El interés general consiste en que todos los individuos puedan satisfacer sus necesidades físicas e intelectuales. En satisfacer las necesidades más básicas, como la comida, la vivienda, el transporte, la sanidad, y las menos básicas, pero también ineludibles, como la educación, como la de ser libres. Una sociedad es civilizada cuando todos sus miembros tienen las mismas posibilidades de satisfacer sus necesidades, y esto sólo es posible si las relaciones sociales se rigen por la igualdad. La libertad en la vida en sociedad sólo puede llevarse a cabo si es acompañada de la igualdad. Una sociedad civilizada alcanza el equilibrio entre las necesidades del individuo y las de la comunidad. Ese equilibrio sólo puede alcanzarse mediante la democracia. Una sociedad civilizada es una sociedad democrática. La civilización es la democracia. **Democracia o barbarie.** Éste es el gran dilema actual de la humanidad. La barbarie sólo puede llevarnos, tarde o pronto, a la autoextinción. La democracia es cuestión de vida o muerte para toda civilización. Tarde o pronto toda especie inteligente se enfrenta a este dilema. El resultado del mismo no está garantizado. Es preciso luchar por la democracia, por la supervivencia. Sobrevivir es, por definición, luchar.

La verdad no avanza con la represión, al contrario. La mayoría no necesita reprimir a la minoría, al contrario. A medida que el interés general se imponga, los intereses particulares irán desapareciendo, es decir, las diferencias sociales irán disminuyendo. **La idea esencial es que el Estado no debe ser acaparado, no debe estar secuestrado, por ninguna minoría. Sólo así podrá imponerse la mayoría. Sólo así podrá superarse o amortiguarse la sociedad clasista.** Ese es el pequeño y a la vez gran salto que se necesita: posibilitar que la democracia sea realmente democracia, que se traduzca en el poder del pueblo, que la mayoría ejerza su dominio natural, liberar al Estado del dominio artificial de ninguna minoría. Ningún partido puede autoerigirse en representante de ninguna clase, menos del pueblo entero. Son las masas quienes deben elegir qué partido debe gobernarles o representarles, pero deben hacerlo de tal forma que puedan conocer, en igualdad de condiciones, todas las opciones posibles, deben hacerlo de tal forma que no tengan limitaciones en cuanto a las distintas posibilidades. **La clave está en la igualdad. Éste es el ingrediente fundamental que se necesita añadir en abundancia a la democracia formal para que sea real.** La igualdad debe proclamarse formalmente (en muchos casos todavía no lo está, como en aquellos países donde hay un jefe de Estado elegido por la “gracia divina” y por encima de la ley, como es el caso de España), e igualmente, debe llevarse a la práctica de manera eficaz y prioritaria. **La hegemonía del proletariado sólo puede ocurrir con la democracia más amplia posible, y no con ninguna dictadura.**

El concepto de la dictadura del proletariado, aun siendo equivocado, aun planteado de manera inadecuada, como mínimo imprecisa, peligrosamente imprecisa, supuso, en el campo de la teoría (no así tanto en el de la práctica porque no estaba maduro y era muy peligroso), a pesar de todo, cierto avance. Y lo supuso sobre todo no por el

mismo concepto en sí, sino que por el propio hecho de plantearlo. El avance consistió sobre todo en reconocer la naturaleza (o el estado) clasista del Estado, por lo menos tal como éste ha existido hasta la actualidad. Si en algo ha sido útil el concepto de la dictadura del proletariado ha sido para desenmascarar la dictadura burguesa disfrazada de democracia liberal. Ha servido, y yo creo que ese fue el motivo principal por el que lo plantearon sus autores, para concienciar sobre la dictadura burguesa. El hecho de plantearlo, aunque se haya hecho poco y mal, es de por sí un avance. Porque se pone en agenda así la cuestión del Estado. La dictadura del proletariado sirvió para identificar algunos de los síntomas, los más superficiales, del mal, pero no para resolver el propio mal. Ayudó a concienciarse de la enfermedad, pero no para curarla. Éste fue uno de los grandes legados del marxismo: el cuestionamiento del *estado* actual del Estado (valga la redundancia) y la necesidad de cambiarlo. El problema es que el marxismo, a mi entender, confundió el *estado* del Estado con su *naturaleza*. Asumió que si siempre hubo un Estado clasista, siempre debía existir, siempre debía ser clasista, por lo menos al despojar a la burguesía de su dominio. Y esto condenaba al proletariado, a cualquier clase popular sin poder, a sucumbir frente al Estado, frente a cualquier Estado, en vez de a dominarlo. Si el pueblo, si las clases populares, desean controlar al Estado, éste debe imperativamente dejar de ser clasista, más aun, debe dejar de ser gobernado a su antojo por cualquier minoría, puesto que ésta es la auténtica raíz del problema: el dominio directo o indirecto de *cualquier* minoría. El problema no es que la minoría se llame *burguesía* o *aristocracia*, sino que exista la minoría. Esto fue comprendido por el anarquismo, pero éste se despreocupó de intentar resolver el problema. Se limitó a denunciar su existencia y a especificar el objetivo a alcanzar, pero sin mostrar el camino entre ambos, sin conectar el presente problemático con el futuro no problemático. Actuó como aquel médico que dice que la enfermedad de su paciente fue provocada por el agua contaminada, que necesita beber agua no contaminada, pero que no le dice cómo lograr esa agua no contaminada. El marxismo, por el contrario, lo intentó pero se equivocó porque no diagnosticó adecuadamente la enfermedad, no atajó la raíz del problema, ni siquiera en el campo de la teoría.

La implementación de la dictadura del proletariado en la URSS superó la primera fase del camino: erradicó el dominio del Estado por parte de la antigua oligarquía económica privada. En cuanto a esto fue todo un éxito. A pesar de que cierta parte de la intelligentsia zarista o burguesa siguiera ostentando cierto poder de gestión en la economía (el gobierno revolucionario no tuvo más remedio que recurrir a los viejos cuadros técnicos del capitalismo para gestionar las empresas). Pero al no ser la cuestión de la dictadura del proletariado una solución completa, al ser en verdad un cambio aparente, un parche, la segunda parte del problema, es decir, cómo evitar que *ninguna* minoría se situara por encima de la sociedad, controlara el aparato estatal, no se resolvió. La dictadura del proletariado solucionó ciertos problemas, parte del problema esencial, pero se crearon nuevos problemas, algunos de ellos superando incluso al problema original. Se cortó el cordón umbilical con las antiguas minorías que controlaban el Estado, pero se parió una nueva minoría que tomó posesión del “nuevo” Estado. Se quitó el poder a la burguesía y a la aristocracia, pero se creó una nueva “clase” dominante: la burocracia. Aunque ésta no provenía inicialmente de la economía, no era una clase en el sentido tradicional de la palabra, con poder económico, su monopolio político no fue una prolongación del monopolio en la

economía, su monopolio surgió por el monopolio del control de la revolución, se convirtió en una élite con el poder de controlar la economía, poder que fue poco a poco cobrando en forma de privilegios materiales. La nueva élite se convirtió en una nueva “burguesía” o “aristocracia” con formas muy peculiares. La peculiaridad de la Revolución rusa residió en que “inventó” una nueva forma de crear una nueva clase social, invirtió el sentido habitual en que eso había ocurrido hasta el momento. De ser el poder económico el que conquista el poder político, por el contrario, quienes controlaron la política acabaron por controlar la economía, naciendo así una nueva clase económica, aunque no en su acepción clásica.

La aplicación del concepto de la dictadura del proletariado contradecía así, aparentemente, uno de los postulados básicos del materialismo histórico, aquel que dice que la economía es la base del sistema social, que el poder político es el *efecto* del poder económico. Aparentemente, porque en verdad lo que venía a decir el materialismo histórico era que la dinámica *habitual* de la sociedad, *hasta el momento*, había sido de la manera en que lo describía Marx: la economía “producía” clases sociales con cierto poder que luego se traducían en el resto de facetas de la sociedad, como la política o la ideológica. Aparentemente, porque en verdad el materialismo histórico decía que el factor económico era el *principal*, pero no el *único*, porque en verdad no contradecía a la dialéctica, que decía que en determinado momento los *efectos* podían convertirse en *causas* y viceversa. Lo acontecido en la Rusia soviética es una confirmación de ciertos postulados marxistas (como el materialismo histórico y la omnipresencia de la dialéctica en el comportamiento de la sociedad humana) pero también una refutación de algunos de sus postulados (como la dictadura del proletariado). En verdad, **las experiencias prácticas no contradijeron en esencia a la teoría marxista en conjunto sino que exteriorizó, mostró con contundencia, visibilizó, las propias contradicciones teóricas del marxismo.** La experiencia de la Revolución rusa demostró, entre otras cosas, la validez de la dialéctica, la política puede convertirse en causa y controlar a la economía y a toda la sociedad, pero también la falsedad del concepto de la dictadura del proletariado, más en general, la falsedad de que la sociedad clasista puede superarse con otro tipo de clasismo, de que puede combatirse con cierto tipo de dictadura, de que la dictadura burguesa puede ser superada por la dictadura obrera, la falsedad de que el proletariado puede gobernar con su dictadura, en realidad con la dictadura de su vanguardia. La dictadura es inherentemente clasista. Cualquier dictadura perpetúa la división de la sociedad en clases sociales, en todo caso sustituye unas clases por otras. **No puede superarse la sociedad clasista más que con un Estado no clasista, con auténtica democracia, con la más profunda y amplia posible.**

Probablemente, si la teoría hubiese sido más desarrollada, nos hubiéramos ahorrado muchos problemas. Si la hubiésemos depurado más, hubiéramos superado ciertas contradicciones y éstas no se hubieran traducido en la práctica. No hubiera echo falta esperar a aplicar las ideas para detectar sus incoherencias. ¡Es muy importante madurar bien la teoría revolucionaria antes de llevarla a la práctica! Los errores en la teoría se pagan en la práctica muy caros. Los propios marxistas, sus padres y algunos de sus más ilustres alumnos aventajados, lo reconocieron pero no pudieron evitar sucumbir ante los errores teóricos. Se quiso dejar en demasía esa labor a la propia práctica, sin contar las graves consecuencias sobre las vidas de muchas personas,

presentes y futuras. Sin considerar que los errores en la praxis revolucionaria podían poner en peligro la posibilidad de nuevos intentos revolucionarios. No se consideró suficientemente las peculiaridades de la ciencia revolucionaria. En este caso el científico no hace sus experimentos cómodamente en su laboratorio, en condiciones idóneas, con suficiente tiempo, no se le da la opción de intentarlo todas las veces que necesite. **En la ciencia revolucionaria el madurar todo lo posible la teoría es cuestión de vida o muerte para el proceso revolucionario, a corto, medio y largo plazo.** Cualquier grieta ideológica hunde todo el barco irremisiblemente por mucho tiempo. Más de un siglo después todavía estamos pagando las grietas ideológicas del marxismo. Y lo que es peor, aún no se han visto serios intentos de taparlas. El marxismo establece unas sólidas bases, pero si no se corrige sus errores, la teoría revolucionaria no puede avanzar, la revolución no puede volverse a intentar o los intentos hechos a la manera improvisada, sin un claro guión, corren un enorme riesgo de ser infructuosos.

El Estado “proletario” ruso fusionó el poder económico y el político. Esto es una característica típica del capitalismo de Estado. En él la oligarquía económica coincide con la burocracia política, ambas se identifican por completo, son las mismas personas. En el capitalismo privado, liberal, tradicional, el poder económico controla al político pero no coincide exactamente con él. En este sentido es mejor el capitalismo privado porque el poder no está tan concentrado, porque hay una pequeña separación de poderes, entre el poder económico y el político. Al menos, en apariencia. En verdad esta apariencia es más ilusoria que real. En este otro sentido, el capitalismo liberal es peor porque engaña más. El Estado “proletario” ruso sufrió ciertos cambios importantes, pero más en las formas que en el fondo. El proletariado siguió siendo explotado, siguió sin ser protagonista de la sociedad, salvo en ciertos periodos muy breves. El Estado proletario tuvo cierto *amago* de transformar las relaciones de clase en profundidad, pero los cambios se quedaron finalmente en apariencias. Cambiaron los dueños de la sociedad, pero siguió habiendo dueños. La esencia del problema no se resolvió, hasta se agravó. La burocracia se situó por encima de la sociedad, e incluso la sometió hasta extremos totalmente denigrantes. En muchos aspectos fue peor el remedio que la enfermedad. Pero también, contradictoriamente, hubo algunos avances sociales importantes para las clases populares.

La Revolución rusa, como toda revolución, como todo acontecimiento social (aunque no en la misma medida), fue altamente contradictoria. En las revoluciones el carácter dialéctico del ser humano, de la sociedad, se dispara. Pero no hay que perder de vista que **las contradicciones en la práctica se nutrieron también de contradicciones teóricas. No puede desvincularse por completo la teoría de la práctica.** No puede afirmarse, como así hacen ciertos intelectuales, que los errores en la práctica ocurridos en las revoluciones marxistas no tienen absolutamente nada que ver con el marxismo. Es verdad que muchos postulados marxistas se tergiversaron, pero el propio hecho de haber sido tergiversados también tiene una explicación: los defectos de las teorías, sus flancos abiertos, sus inconcreciones, sus contradicciones. Tan erróneo es asumir que *todo* lo que se hizo en la práctica coincide *exactamente* con lo propugnado en la teoría (como así les interesa resaltar a los enemigos de dicha teoría), como asumir que la teoría no tiene *nada* que ver con sus realizaciones prácticas (como así hacen algunos “defensores” de la teoría, que, de facto, tal vez sin

querer, se convierten en sus sepultureros, pues una teoría que no evoluciona, que no considera las experiencias prácticas basadas o inspiradas en ella, muere). Si aspiramos a superar las contradicciones del capitalismo, además de identificarlas y combatirlas, debemos superar también las contradicciones de las propias teorías de los sistemas que pretenden sustituirlo. Si pretendemos volver a intentar cambios sistémicos debemos analizar y corregir las contradicciones, por lo menos las más profundas e importantes, de las teorías revolucionarias, especialmente del marxismo, pero también del anarquismo.

La revolución proletaria se distinguía de la burguesa, y de cualquier otra del pasado, en un aspecto esencial: se trataba de emancipar al conjunto de la sociedad. La burguesa camufló el acceso al poder de una nueva clase con la emancipación social. Pero la revolución socialista buscaba la propia emancipación social, llevarla a la práctica. El anarquismo fue incluso más lejos y pretendía abolir de manera inmediata el Estado. El marxismo aspiró a cambiar los actores principales de la obra, sin cambiar un ápice el guión de la misma (por lo menos al principio, hipotecando la evolución futura del Estado, creyendo que el Estado proletario dominado por cierta élite se iría poco a poco extinguiendo, justo lo contrario de lo que en realidad ocurrió), y el anarquismo cortó por lo sano y aspiró a cambiar radicalmente la propia obra, sin preocuparse de cómo hacer la transición de una sociedad estatal a una sociedad sin Estado. En un caso se pecó de poca ambición, en el otro de demasiada ambición, en cuanto al salto dado al despojar a la burguesía del poder político. En este aspecto el marxismo y el anarquismo estaban en las antípodas, en los extremos opuestos. El marxismo planteó una solución incompleta, ambigua y profundamente errónea. El anarquismo se olvidó del problema. Detectó el problema de la “solución” propuesta por el marxismo, pero no se preocupó de plantear alternativas, se conformó con decir que *todo* Estado y *toda* autoridad debían ser aniquilados. El marxismo posibilitó que se intentara una solución, aunque el tiro saliera por la culata. El anarquismo, como ideología, no así muchos sinceros y ejemplares revolucionarios anarquistas, se quedó en este aspecto teórico y en otros aspectos prácticos (como en la organización política de las masas) prácticamente cruzado de brazos. En un caso se posibilitó el batacazo, en el otro ni el intento. No ha habido ninguna revolución de corte anarquista que haya durado más allá de unos pocos meses, en el mejor de los casos, a pesar de los grandes esfuerzos y el sacrificio heroico de muchos militantes anarquistas. Francamente no sé cuál de las dos “soluciones” aportadas fue peor. Debemos basarnos en sus experiencias y en sus ideas (porque muchas de ellas son interesantes, correctas, reutilizables), pero debemos dar un gran paso hacia delante si deseamos que haya nuevos intentos o si queremos que los que parecen estar implementándose no se estrellen también. Porque los errores revolucionarios los pagamos muy caros. La confusión y la desmoralización general cuestan mucho tiempo remontarlos.

La clave, por tanto, reside en identificar monopolios, en evitarlos. Monopolio implica dominio. Si deseamos una sociedad libre, un Estado libre de dominios, debemos impedir todo tipo de monopolios. La revolución socialista, popular, lucha contra los monopolios, pero debe hacerlo de tal manera que nadie ostente el monopolio de la propia revolución. Si no es así, sustituiremos unos dominios por otros porque sustituimos unos monopolios por otros. La única herramienta que hemos

inventado los humanos para evitar, o por lo menos para minimizar, los monopolios es la democracia, la que garantiza la igualdad de oportunidades a todos los niveles, a todas las escalas, entre ideas y entre personas. Sin una revolución basada en métodos escrupulosamente democráticos no resolveremos los problemas de fondo, la razón de ser de la propia revolución. La revolución no puede hacerse contrarrevolucionariamente. Siempre nos topamos con la misma idea: la clave es la democracia. Ya sé que me reitero, pero es que cuanto más razonamos, sea cual sea el camino que usemos en los laberintos de la razón, más llegamos, más rápidamente llegamos, más contundentemente llegamos, al mismo destino. Esta idea de la tremenda importancia de la democracia no ha sido suficientemente comprendida por la izquierda (fue la principal causa ideológica de fondo de los fracasos históricos). Y sigue sin ser comprendida, en su plenitud, en profundidad, por muchas facciones de la izquierda actual. Hasta que la izquierda no se conciencie de su enorme importancia, de que es el factor clave, la izquierda no abanderará la causa democrática, la única que la puede hacer resurgir y triunfar.

La lucha por la democracia puede ser el catalizador de la reunificación de la izquierda. A su vez, la verdadera democracia es la única que puede posibilitar la transformación social, objetivo último de la izquierda. Los objetivos de la izquierda son dos: a corto plazo desarrollar la democracia, conquistar una mínima y suficiente democracia, y a continuación, una vez asentada la democracia con mayúsculas, usarla para transformar la sociedad con la complicidad, mejor dicho, con el protagonismo de la sociedad. Si no se alcanza el primer hito, el segundo se hace imposible. La izquierda, cierta parte importante, la mayor parte, tanto la revolucionaria como la reformista, pensó que podía saltarse la primera etapa o la infravaloró. Cuando la primera etapa es realmente la esencial. Mientras no se logre una democracia que merezca tal nombre, no lograremos grandes cambios, no atacaremos a los problemas de raíz, sólo podremos aspirar a ciertos parches, en el mejor de los casos. Pues cuando las ideas puedan fluir libremente por la sociedad, el sentido común, la ética, la razón, se impondrán de forma natural, más rápida que lentamente. **Hete aquí la hoja de ruta de la auténtica izquierda. Alcanzar la democracia y usarla. Construir la imprescindible infraestructura política y emplearla para transformar la sociedad, especialmente la economía. Hete aquí la razón de ser de la verdadera izquierda: canalizar el poder popular, pero primero posibilitarlo.**

El principal error teórico del marxismo fue la concepción política del socialismo. Fue no desarrollar suficientemente la teoría del sistema político socialista. Mejor dicho, del sistema político en el cual sería posible desarrollar el socialismo. El marxismo se centró sobre todo en el estudio del capitalismo y a partir de él postuló la *posibilidad* del socialismo, como contraposición del modelo económico capitalista, diseccionado como nadie por Marx. Pero éste se limitó sólo a *conjeturar* sobre el sistema económico socialista y sobre el Estado *político* que debía sustentar el modo de producción socialista. Marx y Engels hablaron de las grandes líneas maestras y objetivos del socialismo y del comunismo. Pero no explicaron el *cómo*, ni por lo que respecta al sistema económico socialista, ni por lo que respecta al sistema político que lo posibilitaría. Tan “sólo” dijeron que el socialismo sería la transición del capitalismo al comunismo y que a su vez la dictadura del proletariado sería la que posibilitaría la transición al socialismo, del Estado dominado por la burguesía al Estado donde el

proletariado se convertiría en la clase hegemónica. Tan “sólo” se habló de que los medios de producción serían *sociales* en el socialismo, de que el socialismo se nutría de la contradicción esencial capitalista entre producción *social* y propiedad *privada* de los medios de producción. Ni más ni menos. ¡Bastante hicieron ya! ¿O no? Fieles a su concepción materialista y a su enfoque científico, y probablemente desbordados por el trabajo que acometieron, dejaron a las futuras generaciones detallar dichas líneas maestras someramente esbozadas, confiaron en que la experiencia práctica iría diciendo qué hacer y cómo hacerlo. Confiaron demasiado. No se preocuparon lo suficiente del sistema político que debería posibilitar la *transición* al socialismo desde el capitalismo. Lógicamente, sólo la experiencia práctica podrá decirnos en concreto, exactamente, cómo desarrollar el sistema económico socialista, pero era absolutamente imprescindible, primero, desarrollar la herramienta *política* necesaria para su construcción, desarrollar la teoría del sistema político de transición, como así hizo la burguesía para posibilitar el desarrollo del capitalismo emergente. No por casualidad la propiedad privada fue uno de los santos y señas de la Revolución burguesa. Sin esa herramienta básica (el sistema político), mínimamente desarrollada, no sería posible *iniciar* la transición al socialismo con ciertas garantías. El socialismo emergente no podría emerger. El socialismo *potencial* que se le apareció a Marx como una posibilidad real tras analizar el capitalismo, y en general la historia humana, mediante la dialéctica materialista, no podría dejar de ser *potencial*.

Así como Marx se proveyó de las herramientas adecuadas para desarrollar sus teorías, el materialismo y la dialéctica, que fueron combinados para obtener el materialismo dialéctico, nosotros debemos construir la herramienta adecuada para transformar la sociedad. Esta herramienta se resume en una sola palabra: democracia. Lo realmente revolucionario de Marx fue su método. Éste le posibilitó desarrollar ideas revolucionarias, no sólo porque explicaban, por primera vez, de manera verdaderamente científica y coherente la historia humana, sino que, además, y como consecuencia de lo anterior, porque proporcionaban la posibilidad, por primera vez también, de que la humanidad controlara su propio destino de manera consciente y realista. Marx vislumbró que era *científicamente* posible el socialismo, que no era tan sólo un sueño. Él pudo entrever que las contradicciones del capitalismo podrían derivar en otro sistema llamado socialismo. Sus críticos le acusan de haberse equivocado en algunas de sus predicciones, para con esa excusa enterrar por completo todas ellas, incluso las más generales, que sólo podrán comprobarse a largo plazo, o le acusaron de falso profeta. Aprovechan ciertos errores puntuales para desacreditar en bloque *todo* el marxismo. Pero Marx no profetizó, simplemente, en base a sus análisis científicos, se atrevió a prever, hasta cierto punto por supuesto. El método de Marx, el materialismo dialéctico, le posibilitó a la humanidad abrir la puerta de la comprensión de su sociedad y por tanto de su control. El materialismo dialéctico, la principal aportación de Marx, posibilitó un gran salto en la conciencia de la humanidad sobre sí misma. La humanidad es así, potencialmente, por fin, realmente capaz de ser dueña de su propio destino, de vislumbrarlo y de tener una cierta guía de acción para implementarlo. Pero esa guía está incompleta, tan sólo acaba de empezar a escribirse, como los mismos Engels o Marx advertían. No está exenta de errores, pero esos errores en los detalles no invalidan la idea general: **el ser humano puede controlar el destino de su sociedad**. Quienes acusan a Marx de atentar contra la libertad del individuo y de la sociedad se equivocan por completo. Muy al contrario, el

marxismo le dice al ser humano, tanto al individuo como a toda la sociedad, que puede controlar su destino. El marxismo supone un gran paso en la conquista de la libertad. Mayor control es mayor libertad. Mayor control de uno mismo. Marx nos dice que el individuo puede luchar por su futuro. Que la sociedad puede controlar conscientemente su historia, además de conocerla. Esa guía de acción que nos proporcionó el marxismo fue posible empezar a escribirla, va a ser posible continuar escribiéndola, gracias a la metodología empleada: la dialéctica materialista junto con el método científico.

Uno de los grandes frentes ideológicos abiertos, desde el principio, por los enemigos del marxismo, es decir, del proletariado, de la humanidad en general, fue atacar a dicha metodología, al materialismo, a la dialéctica, y al carácter supuestamente científico del marxismo. El método empleado por Marx es el verdadero peligro para quienes quieren seguir controlando el destino de la humanidad, para quienes dicen defender la libertad y se esmeran todo lo posible en que la humanidad, el conjunto de la sociedad, no tome el control de sí misma, siga en manos de ciertas minorías, siga controlada por éstas. Así como el desarrollo del materialismo dialéctico fue la clave para que Marx pudiera hacer todos sus descubrimientos e incluso para que pudiera sentar las bases de la construcción de un futuro consciente, de que la humanidad tomara el control de sí misma; de la misma manera, la construcción de un sistema político adecuado es la clave para poder transformar la sociedad, para que ese control *potencial* sea *real*. El sistema político es el que le va a permitir a la humanidad llevar a la práctica de manera *concreta* las ideas revolucionarias de Marx, sobre todo sus métodos.

Con todo esto que digo acerca de la guerra ideológica no quiero negar el hecho de que haya sanas, sinceras y bienintencionadas discrepancias en el campo de la economía, la filosofía, o la ciencia, pero sí que, francamente, después de todo lo visto en las últimas décadas, después de ver las evidentes incoherencias que demuestran quienes defienden el orden establecido, que podemos observar en el día a día en el presente también, a mí en particular ya no me queda la menor duda sobre las malas intenciones de muchos de quienes critican al marxismo en bloque, por completo, con la clara intención de enterrarlo para siempre. Se les ve el plumero. Quien no lo ve es porque está ciego o no quiere ver. Porque tal vez no ha contrastado suficientemente. Quienes critican malintencionadamente (porque lo tergiversan) al marxismo con la intención de desacreditarlo por completo no son coherentes, se contradicen a sí mismos, tanto entre distintas cosas que dicen como sobre todo entre lo que dicen y lo que hacen. La hipocresía de la burguesía y de su infantería ideológica a mí ya no me puede pasar desapercibida. Me cuesta mucho creer que personas formadas y con todo el tiempo del mundo (como así han sido muchos “ilustres” críticos del marxismo que han escrito voluminosos y muchas veces aburridísimos tratados) no hayan podido comprender ciertos postulados elementales del marxismo. Yo soy una persona más bien normalita y que no dispone de todo el tiempo que quisiera, y he sido capaz de comprender en esencia qué dice el marxismo, bien es cierto que dedicando más tiempo del que hubiera deseado. Yo más bien creo que dichos “ilustres” críticos han tergiversado los postulados marxistas a propósito con el objeto de desacreditar por completo al marxismo, su objetivo esencial no declarado. Como cuando le acusan de fatalismo, de profético, al mismo tiempo que erróneo por no ser capaz de predecir

exactamente, como cuando confunden materialismo con materialismo *dialéctico*, determinismo con causalidad, determinismo *débil* con determinismo *fuerte*, etc., etc., etc.

Sí, sí, incluso he visto críticas que decían al mismo tiempo que Marx profetizaba un futuro inevitable pero que se equivocaba en sus predicciones o no las concretaba y por tanto los errores o inconcreciones en sus predicciones demostraban su incorrección global, o sea se le acusaba al mismo tiempo de visionario y de no poder prever, de excesiva concreción y de insuficiente inconcreción, se le criticaba a la vez el hecho de decir que el futuro estaba totalmente escrito y de no especificarlo por completo. Todo con tal de no reconocer que lo que hizo Marx fue, simplemente, decir que en el capitalismo existía el *germen* del socialismo, que éste *podría* aparecer a partir de él como el capitalismo surgió a partir del feudalismo y sus contradicciones, que existía una cierta *probabilidad*, que no seguridad, de que el socialismo surgiera a partir del capitalismo por la propia dinámica de éste. Todo con tal de negar las contradicciones del capitalismo, de negar que como siempre ha sido con cualquier cosa humana, es un producto *histórico* que como tal está condenado a morir tarde o pronto, que no es eterno ni perfecto. Si eso no es tergiversar las ideas ajenas, a ver qué es.

Sí, sí, incluso he llegado a leer a algún “ilustre” crítico liberal decir al mismo tiempo que el socialismo es inviable (esto ya lo anunciaban algunos “profetas”, incluso antes de aplicarlo o en sus inicios), acusar al marxismo de totalitario, identificando por completo al estalinismo con el marxismo (lo cual es totalmente deshonesto si uno estudia mínimamente los escritos de Marx y Engels), y decir también que el liberalismo en verdad no se ha aplicado en su plenitud en la mayor parte de países, que se le acusa de muchos males sociales de los que no es responsable. O sea resulta que un sistema totalmente nuevo que se intenta implementar en condiciones muy hostiles (acoso político, económico, mediático, militar, ideológico, incluidas hambrunas, guerras mundiales y guerra civil) durante un periodo relativamente corto en la historia de la humanidad (70 años apenas es nada, visto con una amplia perspectiva temporal) no es viable, y se acusa al marxismo de todos sus males, empezando por el burdo totalitarismo en que degeneró; y, sin embargo, un sistema como el liberal, que lleva varios siglos funcionando aún no ha podido probarse en verdad, el liberalismo que normalmente se aplica masivamente con todo a su favor, una vez superada la etapa traumática de las revoluciones burguesas, en la actualidad (sin golpes de Estado, con el apoyo de todas las instituciones habidas y por haber, incluidos premios de todo tipo, como los Nóbel, con el apoyo de todos los grandes medios de comunicación de masas, de los organismos internacionales que chantajea a los gobiernos, etc.), el pobre todavía no ha podido asegurarse que es malo porque no se le ha dejado campar a sus anchas, porque se ha visto reprimido por diversos tipos de socialismos más o menos edulcorados, como el keynesianismo, que son realmente los culpables de los males del capitalismo. Los males del socialismo embrionario que se ha intentado probar, rodeado de un mundo capitalista, son todos del socialismo; pero, sin embargo, los males del sistema capitalista, que domina el planeta, son del socialismo amenazante. ¡Lo que hay que leer! Si esto no es ser incoherente, a ver qué es.

Lo que no son capaces de explicar los defensores de la “libertad”, es decir, de la libertad del capitalista, de la propiedad privada de los medios de producción, es cómo evitar las enormes desigualdades sociales que genera el capitalismo. Acusan a Marx

de equivocarse al achacar al acaparamiento de la clase capitalista de la plusvalía la explotación capitalista, pero ellos no son capaces de explicar por qué unos, los capitalistas, se enriquecen, mientras otros, los proletarios, se empobrecen o sólo pueden prosperar mínimamente o temporalmente. Para los apologistas capitalistas la explotación no existe o simplemente la desigualdad social es algo inevitable y natural, es ley de vida. Ocurre porque los trabajadores no se atreven a ejercer de empresarios. Pero, ¿por qué? Porque, según los analistas liberales, se acomodan a las condiciones legales no lo facilita suficientemente. Algo de verdad habrá en esto. Pero si esas condiciones afectan a todas las personas, ¿por qué unas sí se atreven a ejercer de empresarios y otras no? Porque no todas las personas somos iguales y algunos son más valientes o más trabajadores. Eso es todo. Nada de hablar de las condiciones iniciales que se encuentran las personas al nacer. No influye ni la familia en la que se nace, ni la clase social. Todo el mundo puede prosperar pero sólo lo hace el que mejor aptitudes tenga o el que más empeño ponga. ¡Así de simple! Por supuesto, nada de hablar de que la mayor parte de empresarios, sobre todo de grandes empresarios, nacen en familias que lo son desde hace varias generaciones, nacen para ser empresarios, su destino ya está escrito, pero no en las estrellas, sino en la familia o clase en la que nacen. “Casualmente” quien vale para ser empresario nace en una familia de empresarios. “Casualmente” el dueño de una empresa hereda el cargo de su padre o su madre. Y esto no ocurre sólo en los grandes imperios empresariales, incluso ocurre en las numerosas pequeñas empresas familiares. En esta sociedad de la “libertad” económica, quien nace en una familia de empresarios está “condenado” a ser empresario, y quien nace en una familia de trabajadores está condenado (esta vez sin comillas) a ser trabajador, quien nace rico lo seguirá siendo y quien nace pobre lo seguirá siendo también. Por término medio, siempre hay alguna excepción, que confirma la regla. Ésta es la pomposamente declarada “libertad” en la que creen los liberales. En la libertad de elegir familia. Pero que me enseñen a alguien que haya podido elegir en qué familia o clase social nacer.

Este hecho fundamental, la enorme dependencia de nuestra existencia del hecho de dónde nazcamos, del determinismo, mejor dicho casi fatalismo, a que nos condena el sistema capitalista, el apologista del capitalismo, del liberalismo, de la libertad económica lo niega o lo infravalora. Para él, simplemente, quien no prospera es porque no vale o no quiere. Esto siempre ha sido así y siempre será así, dice. ¡Ley de vida! ¡Y luego tienen la desfachatez de acusar al marxismo de fatalista! Ellos que nos dicen que las cosas no pueden ser de otra manera. Que siempre han sido así y que siempre serán así. Los hay incluso que niegan que haya ahora más desigualdades, se agarran a analizar ciertos periodos históricos en los que disminuyeron, hacen de la excepción norma. Nos llegan a decir que cualquier obrero de ahora vive mejor que cualquier aristócrata de hace un par de siglos. ¡Increíble, pero cierto! ¡Ver para creer! ¿Se referirán a que ahora el obrero puede hacer sus necesidades en un cuarto de baño con agua corriente? Así dicen algunos liberales para justificar el capitalismo. ¿No es casualidad que esos periodos en los cuales los proletarios mejoraron sus condiciones de vida coincidan con, o sean inmediatamente posteriores a, épocas de muchas luchas obreras? ¿Es casualidad que ahora que el “comunismo” ya no parece amenazar el orden capitalista, que el movimiento proletario no se mueve, las desigualdades vuelvan a aumentar? Los hay incluso que justifican las revoluciones y los estallidos sociales porque hay unos agitadores marxistas o anarquistas que comen

el coco a los proletarios incultos. O sea, resulta que los capitalistas, con los liberales como su infantería ideológica, que tienen todos los medios a su favor para comer el coco a la ciudadanía (educación, religión, medios de comunicación, etc.), que llevan haciéndolo durante unos cuantos siglos, no pueden influir en las mentes de los trabajadores y, sin embargo, unos cuantos conspiradores “antisistema”, a pesar de no tener medios a su favor, a pesar de ser reprimidos y marginados en todos los frentes, a pesar de la represión policial y militar que en muchos casos sufren, son capaces de “alterar” el orden en poco tiempo. ¿No será que el “orden” ya está realmente alterado, potencialmente alterado? ¿No será que ya hay unas condiciones materiales objetivas claramente favorables a que la gente en determinado momento estalle? ¡Pues no señores! Algunos intelectuales, por llamarlos de alguna forma, burgueses por supuesto, niegan incluso que haya razones objetivas para la rebelión popular. Niegan que en la Rusia zarista la gente viviera mal, niegan que hubiera represión, el zar Nicolás II era un santo que fue martirizado por los “rojos”, unos cuantos agitadores que encendieron a las masas sin necesidad. Incluso he llegado a leer a algún autor liberal diciendo que antes de la Primera guerra mundial no había la miseria que los marxistas denunciaban, que el socialismo fue la verdadera causa de la guerra (tal vez tengan algo de razón, el capitalismo provocó esa guerra, además de por causas imperialistas, para combatir el socialismo amenazante, pero ellos tuercen las cosas y dicen que el culpable es el socialismo y no el capitalismo que se defiende agresivamente, que ataca para no ser atacado). Todo con tal asentar en las mentes de la gente que el capitalismo es el mejor sistema de los posibles, el único en verdad. Para asentar esta idea todo vale. Mentir, engañar, confundir, tergiversar la ideología enemiga, negar la evidencia, obviar la realidad, reescribir la historia, invertir causas y efectos, simplificar burdamente, demonizar, asustar, etc., etc., etc. Todas estas tácticas de la guerra ideológica podemos comprobarlas también en nuestros días. ¡En España sabemos muy bien de estas tácticas! Basta con abrir el frente ideológico de la lucha por la Tercera República en cualquier foro de Internet de cualquier diario conocido para comprobarlas en primera persona. Basta comprobar lo que está ocurriendo con la actual crisis. Resulta que se nos propone las mismas recetas que la han provocado: el neoliberalismo. Se nos dice que se necesita más desregulación, más privatizaciones, más “flexibilidad” laboral, más “laissez-faire”, cuando, precisamente, el “laissez-faire”, la falta de regulación, la falta de control, en el sector financiero ha sido la principal causa técnica de la crisis, como reconocen muchos economistas capitalistas honestos, que también los hay, aunque cada vez se les margina más. Los “expertos” que salen en la tele, esa meca de la desinformación, son cada vez menos expertos, son simples lacayos que recitan como loros machaconamente lo que sus amos les ordenan. Lo siento pero a estas alturas no puede tener ya dudas.

Los liberales se olvidan de que es imposible la libertad en la vida en sociedad sin igualdad. De su lema tradicional *libertad, igualdad y fraternidad*, se ha perdido por el camino la igualdad (sin la que no es posible la libertad) y la fraternidad (que no es posible sin la combinación de libertad e igualdad). Nosotros desde la izquierda transformadora seguimos reivindicando dicho lema, defendemos la libertad de la civilización frente a la “libertad” a secas de la jungla, es decir, frente al libertinaje.

Como digo en *Las falacias del capitalismo*:

En la vida en sociedad, la libertad de uno acaba donde empieza la de otro. Según este principio, sólo puede maximizarse la libertad de la mayoría de los individuos, es decir, sólo puede maximizarse la libertad de la sociedad, mediante la igualdad de oportunidades. Si no PUEDO elegir, si no tengo OPCIÓN, entonces realmente no ELIJO (aunque quiera) y por tanto no soy libre (o soy mucho menos libre que otro que sí tiene más opciones, su libertad no acaba donde empieza la mía porque la mía simplemente no empieza, su libertad traspasa el límite de la mía). Igualdad y libertad son dos caras indisociables de los derechos del hombre. La libertad debe estar “equitativamente distribuida” entre los individuos de una sociedad. Como dijo Noam Chomsky, “una libertad sin opciones es un regalo del diablo”. No debemos consentir que se nos venda la idea de que libertad implica inevitablemente desigualdad porque es justo lo contrario. **No puede existir libertad (en la vida en sociedad) sin igualdad de oportunidades.** Las grandes desigualdades sociales son realmente consecuencia del libertinaje (de la desigualdad de oportunidades, de la preponderancia de unas libertades “secundarias” de una minoría sobre las libertades “básicas” de la mayoría, del acaparamiento desigual de las libertades). Admitiendo que la igualdad absoluta es imposible (y también injusta), es antinatural, la desigualdad excesiva tampoco es lógica ni justa ni natural. No todos tenemos las mismas capacidades, no todos debemos ganar igual, pero nadie puede trabajar cientos (ni siquiera decenas) de veces lo que otros y por tanto tampoco debería ganar cientos (ni decenas) de veces lo que otros (no digamos ya el caso de unos pocos que se enriquecen con el trabajo ajeno). Es lógico que haya ciertas desigualdades (debido a nuestra desigualdad “natural”) pero no es lógico que sean excesivas (debido a las desigualdades “antinaturales”). Los seres humanos somos distintos pero tampoco demasiado distintos.

El liberalismo (la presunta ideología del capitalismo, presunta porque en realidad la única ideología del capitalismo es el capital) “olvida” que no se puede ejercer la libertad de la misma manera cuando alguien vive al margen de la sociedad, individualmente, que cuando vive con otras personas, socialmente. No se puede aplicar los mismos criterios de libertad en contextos opuestos. **El liberalismo asume la libertad asocial en la sociedad.** O dicho de otra forma, convierte la sociedad en una jungla porque asume que la libertad en la sociedad humana se puede ejercer de la misma manera que en la jungla. **El liberalismo proclama solemnemente la libertad del individuo, pero se desentiende de cómo llevarla a la práctica en la vida en sociedad.** Para el liberalismo, la sociedad no necesita ser regulada, al contrario, conviene desregularla para aumentar la libertad del individuo. Lo que ocurre es que, así como en la jungla el fuerte domina al débil (la cruda ley de la naturaleza), en la sociedad desregulada propugnada por el capitalismo, la libertad sólo existe para el más fuerte. La libertad en el capitalismo consiste en la posibilidad del más fuerte de dominar a su antojo. La libertad sólo existe para unos pocos para quitársela a la mayoría. En suma, **el liberalismo institucionaliza la ley del más fuerte.**

Mientras la libertad no vaya de la mano de la igualdad, la fraternidad no será más que un sueño, la lucha de clases protagonizará la sociedad humana. Quienes tanto nos dicen que el marxismo está muerto, que es cosa del pasado, parece que se empeñan en que resurja con fuerza al recrudecer la lucha de clases, de las clases altas contra las bajas. Pero ellos mientras nos atacan nos quieren convencer de que la lucha es cosa del pasado. ¿Es que nos toman por tontos? ¿No tienen límites su cinismo e hipocresía? ¿Es que hemos llegado a tal grado de estupidez y alienación que no somos capaces ni siquiera de reaccionar? Pretenden que volvamos al siglo XIX y lo aceptemos sumisamente. Si volvemos al siglo XIX, el marxismo, el anarquismo, el socialismo, bajo distintas formas, tal vez con otros nombres, resurgirán con fuerza inevitablemente. ¿O no? ¡Debemos luchar para que así sea! No podemos ni debemos esperar a que el proletariado reaccione espontáneamente. Tampoco será suficiente que la gente proteste o estalle, además, se necesitará que esté suficientemente concienciada sobre la necesidad y posibilidad de cambiar el *sistema*, y, además, deberá organizarse, unirse.

Como digo en mi libro *La causa republicana* (capítulo *Sin estrategia no hay cambio*):

*Los tres ingredientes fundamentales del cambio son la necesidad, la conciencia de dicha necesidad y la conciencia de la posibilidad de hacer el cambio. Estos tres ingredientes son los que posibilitan que se intenten los cambios, que salte la chispa. Pero, además, para que el cambio tenga éxito se necesita una o varias estrategias para llevarlo a cabo. Para salir de la oscuridad del túnel, dirigirnos a la luz, y alcanzarla, necesitamos un vehículo que nos lo posibilite, necesitamos saber cómo ir hacia ella. El vehículo puede ser nuestras piernas o algún medio de transporte dependiendo de la dificultad del camino, de la distancia a la luz, etc. **Tan importante es saber hacia dónde queremos ir como determinar cómo tenemos que ir.** Tan importante es fijarse objetivos, etapas, como estrategias para alcanzarlos. Y para diseñar las estrategias adecuadas es imprescindible conocer la realidad. Para alcanzar la luz, necesitamos diseñar el vehículo adecuado que se adapte al terreno, para lo cual debemos primero conocer bien el terreno a recorrer.*

La luz es una sociedad libre y justa. El vehículo es la democracia. Las clases populares no pueden evitar, tarde o pronto, la lucha por la democracia. Sin democracia el proletariado está condenado a la miseria o a la amenaza permanente de caer en ella, a la intranquilidad, a la inseguridad, al retroceso. Sólo con una democracia que merezca tal nombre será posible superar los grandes males que afectan al conjunto de la sociedad, las clases populares, el pueblo en general, podrán vivir en condiciones dignas, será posible alcanzar la fraternidad. La democracia es la única que puede implementar la combinación libertad-igualdad. Se nos avecinan tiempos movidos. Mal que nos pese, los trabajadores tendremos que sacudirnos las telas de araña de la comodidad y la apatía y volver a luchar por la dignidad, por la libertad, por la igualdad. Sólo la lucha de las clases bajas, de la inmensa mayoría trabajadora, contra las clases altas, los parásitos que viven a nuestra costa, podrá superar la sociedad clasista, condenada a la lucha de clases. La lucha de clases no será abolida por las clases privilegiadas. Muy al contrario. Como estamos comprobando perfectamente en la actualidad. La lucha de clases la han reanudado, mejor dicho la han intensificado, las clases altas. Éstas no pueden vivir y perpetuar sus privilegios más que machacando a

las clases populares, de una u otra manera. ¡Sólo el proletariado está destinado a superar la sociedad clasista! Sólo él *puede* hacerlo. Como dice Etienne Balibar en su libro *Sobre la dictadura del proletariado: el socialismo es un proceso en cuyo curso la condición proletaria se generaliza al mismo tiempo que se transforma y tiende a desaparecer*. La lucha de clases no se extinguirá por sí misma. Pasará al baúl de los recuerdos cuando ya no haya clases privilegiadas minoritarias que dominen la sociedad humana, cuando alcancemos una sociedad donde el conjunto de ella la controle. Pero esa sociedad, la democracia, no llegará sola. Habrá que traerla. Como así ha sido siempre hasta ahora a lo largo de nuestra historia. Los derechos sociales nunca han sido regalados. La libertad no es otorgada, es siempre conquistada. Habrá que volver a explicar y practicar el ABC de la lucha proletaria.

La fuerza de la clase obrera es la organización. Sin organización de las masas, el proletariado no es nada. Organizado, lo es todo. Estar organizado significa unidad de acción, la unidad de la actividad práctica. Lenin.

El marxismo tiene también sus errores, sus contradicciones, como yo estoy intentando analizar, pero sus más acérrimos críticos antimarxistas le superan con creces. Para criticar algo de manera honesta, lo primero es comprenderlo y no tergiversarlo. Yo no me puedo creer que una persona formada y con todo el tiempo del mundo (como así están o han estado muchos críticos burgueses o aristócratas del marxismo) no sean capaces de comprender los principios más elementales del marxismo, empezando por el materialismo dialéctico, su sustento. Puedo comprender que no lo comprenda un trabajador que apenas tiene formación o tiempo para leer, pero no me lo creo de un intelectual. Esto, por supuesto, como muchas de las cosas dichas por mí, es una apreciación personal. ¡Pero no he legado a ella sin motivos! Me he tenido que tragar unos cuantos libros para llegar a ella, algunos de ellos bastante tochos y soporíferos, todo sea dicho.

A lo largo de este libro he dado numerosos ejemplos de las incoherencias de los ideólogos burgueses o que defienden el actual orden establecido. Incito al lector a ejercer por sí mismo el contraste entre quienes atacan *globalmente* al marxismo, quienes nos dicen que *nada* de él es válido, y quienes lo defienden, incluso quienes lo defienden diciendo que *todo* de él es válido (a mi modo de ver erróneamente). Para mí está claro que el marxismo es en líneas generales válido, a pesar de ciertos errores, que desde luego hay que corregir. En ello está este humilde ciudadano. En aportar un granito de arena. Cuanto más leo a sus más acérrimos detractores más me convengo de que en líneas generales el marxismo, es decir, el materialismo dialéctico, es correcto (gracias a que también he leído las mismas fuentes del marxismo, es decir, gracias a que he contrastado suficientemente). Y también está claro que a la gran burguesía le interesa finiquitar *por completo* al marxismo pues éste le perjudica claramente. Para saber la verdad sobre las cosas, ardua labor, debemos además de contrastar entre ideas o entre versiones opuestas, contrastar también entre lo dicho y lo hecho, entre lo oído y lo vivido, y debemos, además, preguntarnos siempre quién se beneficia económicamente por tal o cual ideología. A la gran burguesía le beneficia el liberalismo (la propiedad *privada* de los medios de producción, que “casualmente” están en sus manos), a pesar de que éste se nos presente a veces como víctima (¡como si no tuviera medios de comunicación de masas favorables a su doctrina!), y le perjudica el marxismo (la propiedad *social* de los medios de producción, el hecho de

que la sociedad pueda tomar el control de su destino y liberarse del dominio de cualquier clase dominante), y en menor medida el anarquismo. En menor medida porque la burguesía sabe perfectamente que sin una lucha política organizada no es posible despojarla del control que ostenta de la sociedad. Esto es de perogrullo. El anarquismo le sirve a la burguesía muchas veces para dividir a la clase trabajadora y para crear el confucionismo entre el proletariado. ¡Pero esto no quiere decir que el marxismo o ciertas corrientes socialistas deban reprimir al anarquismo o despreciarlo! El proletariado debe por sí mismo, mediante la libertad más absoluta, por propia experiencia práctica, dilucidar qué estrategia es la mejor para sus intereses. Ninguna vanguardia revolucionaria debe ostentar el monopolio ideológico. El marxismo y el anarquismo deben competir entre sí de igual a igual para ganarse al proletariado. Incluso, deberían colaborar. Así como el marxismo tiene mucho que aportar, del anarquismo también se pueden retomar ideas muy interesantes, el anarquismo puede sintetizarse con el marxismo si ambos son despojados de sus respectivos errores. Ambos pueden sintetizarse dialécticamente. La teoría revolucionaria debe ser también dialéctica, no debe considerar que sus distintas corrientes son totalmente incompatibles, que están separadas por compartimentos *estancos*. Como el lector habrá notado a lo largo de este libro, así como en otros libros míos (*Los errores de la izquierda*), yo pienso que es posible, y necesaria, cierta síntesis entre marxismo, anarquismo e incluso algunas ideas de la Ilustración.

Los intentos de llevar a la práctica las ideas marxistas, la metodología marxista, fracasaron porque no fueron acompañados de una democracia suficiente. El método político revolucionario permitirá realizar la revolución social. El método es esencial. De él depende lo que se pueda hacer. Gracias al método del materialismo dialéctico, más que a las aptitudes intelectuales de Marx, éste pudo desarrollar todas sus teorías. Lo que de verdad le hizo superior a Marx respecto del resto de intelectuales fue su método de trabajo. O dicho de otra manera, el genio de Marx consistió sobre todo en desarrollar su método más que en las ideas que en base a él posteriormente desarrolló. Porque no ha habido ideas más revolucionarias que las de Marx. Pero estas ideas no se hubieran desarrollado sin el método con que lo fueron. El socialismo científico es un producto del materialismo histórico. El materialismo histórico no es más que la aplicación del materialismo dialéctico al caso particular de la historia humana. Y a su vez, las experiencias prácticas socialistas son un producto del socialismo científico. Incluso las conquistas sociales en los países capitalistas, el Estado de bienestar, son un producto (indirecto) del marxismo. No creo que sea casualidad que tras las revoluciones socialistas y mientras existían muchos países en Europa con regímenes socialistas (aunque sólo en parte), existiera y se desarrollara el Estado de bienestar en Europa occidental. Ni creo que sea casualidad que ahora que el marxismo parece muerto, que ahora que ya no hay la amenaza “comunista”, el Estado de bienestar en Europa occidental se esté desmantelando. Desde este punto de vista las revoluciones socialistas fueron un éxito parcial. El marxismo sienta las bases, unas sólidas bases, de la transformación de la sociedad. A partir de Marx el socialismo deja de ser una utopía para convertirse en una posible realidad. Lo cual demuestra la solidez del socialismo científico, sus enormes posibilidades. El problema es que esa solidez ha sido hasta ahora insuficiente, más potencial que real. Ha permitido serios intentos pero éstos finalmente han fracasado. Con una teoría aún más sólida, aún más completa, las probabilidades de implementación del socialismo

umentan. De esto se trata, de perfeccionar y ampliar la teoría para aumentar las posibilidades de éxito en la práctica. De sentar las bases de una nueva fase de revoluciones socialistas. De que el socialismo vuelva a intentarse pero con renovadas fuerzas, con mayores probabilidades de éxito.

Una prueba irrefutable de lo corrompido que está nuestro sistema actual a todos los niveles, incluido el ideológico, el científico, es la marginación de las ideas marxistas. Ellas que, por primera vez, nos proporcionan la llave para comprendernos a nosotros mismos, son obviadas por el pensamiento dominante. Y esto es así porque la ideología dominante no busca servir a la humanidad sino que a la clase dominante. En una sociedad clasista, como la actual, la ideología dominante es la ideología de la clase dominante. ¿Es que no es servir a la humanidad el posibilitarle comprenderse a sí misma y por consiguiente el posibilitarle tomar el control de sí misma? Es obvio que sí. Es uno de los mayores servicios que se puede hacer a la humanidad. La cuestión es que la clase dominante no desea que la humanidad tome el control de sí misma. Dicha clase no desea que el control lo tome el *conjunto* de la humanidad. Desea controlar *ella* a la humanidad, perpetuar su dominio. La censura y marginación que sufre el marxismo se nos presenta así como una de las pruebas más irrefutables y contundentes de que la mayor parte de sus postulados son correctos. El marxismo es el enemigo ideológico público número uno de la burguesía, de cualquier minoría dominante. Y esto es así porque pone en serio peligro el orden burgués, el orden oligárquico. El marxismo debe ser tomado en cuenta de manera inequívoca, pero hay que despojarlo también de sus errores. De esos errores que tan bien le han venido a la burguesía para declararlo *globalmente* inválido, para “abolirlo” solemnemente ante la opinión pública. De esos errores que posibilitaron el esperpento del estalinismo. ¡Qué gran papel ha hecho el estalinismo para finiquitar al marxismo! ¡Qué bien le ha venido el estalinismo a la burguesía! Como intento demostrar a lo largo de este libro, el concepto de la dictadura del proletariado, por su envoltura lingüística, por la manera en que se expresó, además de por su contenido, además de por su concreción, es la gota de aceite que ha manchado al marxismo. **Debemos emplear el método marxista para intentar encontrar las contradicciones y errores del propio marxismo.** Los errores del marxismo no invalidan sus aciertos, pero sí de alguna manera ensucian su imagen global. Debemos corregir los errores del marxismo, no sólo porque así logramos avanzar en la teoría, sino también porque así revitalizamos al marxismo, le lavamos la cara, lo podemos volver a presentar en sociedad como una teoría válida y útil. En la lucha de clases no sólo cuenta la verdad, sino también la manera de presentarla, de venderla, de explicarla. La guerra ideológica es la lucha por vender ideas, por convencer a las masas. Si las ideas son demonizadas, si sus errores son empleados para desprestigiarlas globalmente frente a la opinión pública, dichas ideas son rechazadas por la mayoría de la población. Negarse a corregir los errores del marxismo es el mejor favor que se les puede hacer a sus enemigos. Debemos intentar corregirlos, para lo cual, lo primero es admitir la posibilidad de que existan. El que escribe estas líneas así lo está intentando. No es una labor fácil. Pero hay que intentarlo. Si yo no lo logro, le incito al lector a intentarlo él. Tal vez, por lo menos, le habré hecho reflexionar y replantearse algunas cosas. Por ahí se empieza. No se trata de orgullos personales. Si mi crítica (constructiva) al marxismo es fallida, lo importante es que alguna otra persona lo intente. No me importa fracasar. No busco ningún reconocimiento. Ni tampoco me preocupa hacer el ridículo. Lo verdaderamente

importante es intentar que la izquierda resurja. Y para ello, lo primero, es la teoría revolucionaria. Sin teoría revolucionaria no hay práctica revolucionaria.

De la importancia del instrumento político para superar el capitalismo eran plenamente conscientes Marx y Engels. El capitalismo sentaba las bases de una posible transición al socialismo, pero no la garantizaba. El socialismo iba madurando con el desarrollo del capitalismo, pero no surgiría espontánea ni automáticamente. Si así fuera, si así hubieran pensado Marx y Engels, no se hubieran molestado en escribir todo lo que escribieron, ni en organizar al proletariado para la revolución socialista. Por esto, por la capital importancia del instrumento político, plantearon el concepto de la dictadura del proletariado. Sin embargo, no se preocuparon en exceso de desarrollarlo en el campo de la teoría. Sin ese desarrollo mínimo teórico, su desarrollo práctico se dejaba en manos de la improvisación y de la espontaneidad, de demasiada improvisación, de demasiada espontaneidad. Las cuales, en exceso, son muy peligrosas cuando el enemigo acosa constantemente. En cualquier revolución la improvisación se paga muy cara, porque los experimentos se hacen en condiciones adversas, muy duras, difíciles y hostiles, porque no hay tiempo, porque cualquier error, por pequeño que sea, puede ser mortal para el proceso revolucionario. Cualquier general de cualquier ejército sabe perfectamente el peligro que entraña la excesiva improvisación en el campo de batalla, es consciente de la crítica importancia de tener un plan, un guión, lo más elaborado posible. Y nunca hay que olvidar que una revolución, es ante todo, una declaración de guerra al sistema viejo, a quienes lo dominan. Éstos nunca se quedan de brazos cruzados. Por supuesto que el sistema político de transición al socialismo deberá irse perfeccionando en el tiempo en base a las experiencias prácticas (como así hicieron los burgueses con su democracia liberal, que fue “perfeccionada” para asentar el poder de la burguesía, para evitar ser despojada del poder económico y político, es decir, para que su sistema democrático sea cada vez menos democrático, para que su oligocracia se perpetúe), pero sin un marco *mínimo* imprescindible no podía darse el salto. **El marxismo habló de la dictadura del proletariado, lo cual ya de por sí fue un error, pero además no concretó en qué debía consistir exactamente, por lo menos con cierto mínimo grado de aproximación, dicha dictadura, ni siquiera se molestó en decir en qué no debía consistir.** En algunos momentos se dijo que debía ser algo parecido a la Comuna de París, pero en otros se asociaba a la República democrática. Esta descripción era claramente insuficiente y contradictoria. Esto dio pie a diversas interpretaciones, algunas contrapuestas, algunas muy peligrosas, y finalmente facilitó la implantación de una dictadura incluso peor que la dictadura burguesa. Lenin en este sentido contribuyó a la degeneración del concepto de la dictadura del proletariado, facilitándole el terreno, muy a su pesar, a Stalin, a la burocracia en general.

El marxismo, o cierta interpretación del mismo, se conformó con denunciar a la democracia burguesa y renunciar a ella sin considerar ninguna de sus importantes aportaciones, como la democracia representativa, la separación de poderes, las distintas libertades formales (como las de reunión, de asociación, de pensamiento o de expresión), el pluripartidismo, etc. Características que suficientemente desarrolladas, que llevadas a la práctica (de esto se trataba, de pasar de lo formal a lo real, de profundizar, de ampliar y no de reducir), que complementadas con la democracia directa, de base, obrera, serían necesarias para el propio proyecto socialista. Pues el

socialismo debe construirse con el protagonismo del pueblo. Y para que el pueblo tenga el máximo protagonismo la democracia y la libertad deben ser máximas. Aquí, **en el insuficientemente desarrollado concepto de la dictadura del proletariado está la causa ideológica profunda, última, del fracaso de las experiencias basadas o inspiradas en el marxismo.** Todo lo bueno y correcto que aportó el marxismo, empezando sobre todo por su concepción del mundo y su método, se fue al traste por el inconcreto, difuso, ambiguo y peligroso concepto de la dictadura del proletariado. Es necesario retomar las grandes aportaciones del marxismo, la inmensa mayoría de sus postulados, pero también es imperativo adaptarlo a los tiempos actuales y sobre todo despojarlo de sus errores, especialmente del concepto de la dictadura del proletariado, su talón de Aquiles. Este error lo pagó muy caro la izquierda, lo está pagando todavía. La derecha lo ha explotado hasta la saciedad y ha procurado, y en sumo grado logrado, desprestigiar globalmente al marxismo por ese grave error. También hay que reconocer que, probablemente, Marx y Engels, se vieron desbordados por su trabajo. ¡Bastante tuvieron ya con postular una nueva concepción del mundo, con diseccionar y denunciar al capitalismo, además de con organizar al proletariado internacional! Pero, aun así, cometieron el error de plantear un concepto sin estar mínimamente maduro, sin explicarlo suficientemente, se equivocaron, además, al usar un lenguaje peligroso que podía dar lugar a interpretaciones muy peligrosas, como, de hecho, así fue. Jugaron con fuego y al final sus ideas fueron grotescamente tergiversadas, “quemaron” a toda la izquierda.

Sin duda, el principal error de Marx y Engels tiene nombre y apellidos: dictadura del proletariado. Un error, por otro lado, bastante comprensible, pues ambos intelectuales fueron también presos de su época. Una época donde no había experiencias prácticas suficientes que permitieran identificar dicho error, ambos intelectuales tampoco pudieron evitar sucumbir, en parte, en determinados momentos, al desarrollar algunas de sus ideas, al pensamiento burgués de su época, en el cual la palabra democracia era sinónima de democracia *burguesa*, en el cual el Estado *clasista* era sinónimo del mismo Estado. Como explico en *Relativizando el relativismo*, el error ideológico del concepto de la dictadura del proletariado se nutrió de un exceso de determinismo, relacionado con un mal cálculo del relativismo. ¡Nadie puede escapar de su época! Nadie puede huir por completo del pensamiento dominante de su época, del contexto histórico. Puede huir en parte, pero no por completo. El avance intelectual de la humanidad se produce a saltos, pero esos saltos no son infinitos y siempre se nutren de, y están hipotecados, al pasado, al presente. Hegel posibilitó un gran avance en la filosofía, en la concepción del mundo, al rescatar del pasado la dialéctica y al desarrollarla, pero no pudo huir del pensamiento idealista burgués de su época, si bien sentó las bases para que posteriormente un Marx sí pudiera hacerlo gracias también a un contexto diferente. Lo mismo podemos decir respecto de algunos postulados del marxismo, no tanto respecto de su concepción del mundo, que supuso un gran salto intelectual, pero sí de algunas de las conclusiones que sacaron los padres del marxismo al aplicar el nuevo método materialista dialéctico. Dicho sea de paso, dicho método también nos ayuda a explicarnos los errores del marxismo, los cuales se nutrieron de las influencias materiales e ideológicas de la época en que se gestó. Además, lógicamente, cuando se descubre un nuevo método, es inevitable cometer ciertos errores al aplicarlo, se necesita cierto tiempo para asimilarlo, incluso para quienes lo desarrollan. Marx y Engels dieron con un método que se ha mostrado

correcto, muy superior a los otros existentes hasta el momento, pero cometieron errores al emplearlo. Además, dicho método debe evolucionar en el tiempo, debe perfeccionarse, como así se ha ido haciendo, como así hicieron algunos discípulos marxistas. Marx y Engels nos mostraron el camino a recorrer, el cual estaba en la buena dirección, pero no lo recorrieron por completo. ¡Nadie por sí mismo puede recorrerlo por completo!

El trabajo, material e intelectual, de la humanidad es siempre un trabajo en equipo de muchos hombres y mujeres de distintas épocas. Unos toman el relevo de sus antecesores y añaden a veces una pizca de sal que produce un cambio de la cantidad en calidad. Esto es lo que hizo Marx con respecto a Hegel y los materialistas metafísicos que le precedieron. Esto es lo que también hay que hacer con el propio Marx en la actualidad, con la diferencia de que corregir el error de la dictadura del proletariado no supone un cambio cualitativo importante respecto del marxismo, no atenta contra la concepción más profunda del mundo por parte del marxismo. ¡Al contrario! Corregir al marxismo en base a las experiencias prácticas supone ser fiel al método marxista. Despojarlo del exceso de determinismo que posibilitó el error del concepto de la dictadura del proletariado, equivale a rescatar la dialéctica, sin la cual es posible caer en un marxismo vulgar, en el cual también cayeron en parte los propios padres del marxismo, en el cual han caído tantos marxistas bienintencionados. Llevamos muchos siglos pensando de manera metafísica, mecánica, y lógicamente es muy fácil desviarnos del método dialéctico, el cual es todavía prácticamente nuevo. No digamos ya cuando dicho método es marginado en los círculos intelectuales oficiales. **El materialismo dialéctico tiene aún mucho camino por delante, tanto para evolucionar él mismo, como para ser conocido y aplicado correctamente por el conjunto de la humanidad. Estamos sólo ante el principio de una nueva manera de pensar y de actuar.** El marxismo fue mucho más revolucionario de lo que pueda parecernos a primera vista. Supuso sobre todo, en primer lugar, una nueva concepción del mundo. Sentó las bases para que la humanidad pueda conocerse mejor a sí misma y, como consecuencia de esto, controlarse a sí misma, ser dueña de su propio destino, que hasta entonces era sólo producto del azar y de los dioses de turno. Parafraseando a Neil Armstrong cuando llegó a la Luna, el materialismo dialéctico, supuso un pequeño paso para la mente de una persona, Marx, el cual “sólo” se limitó a combinar el materialismo y la dialéctica previamente existentes, pero supuso también un gran paso para la humanidad.

A veces, ciertos marxistas justifican la expresión *dictadura* del proletariado diciendo que en esa época tenía distintas connotaciones a las actuales. Pero el simple hecho de las polémicas surgidas en la misma época en que fue formulada demuestra que esa expresión era polémica, tenía connotaciones negativas, sino idénticas, muy parecidas a las actuales. Como cuando afirma Engels en la introducción de *La Guerra Civil en Francia: Últimamente las palabras "dictadura del proletariado" han vuelto a sumir en santo terror al filisteo socialdemócrata. Pues bien, caballeros, ¿queréis saber qué faz presenta esta dictadura? Mirad a la Comuna de París: ¡he ahí la dictadura del proletariado!* Bien es cierto que la palabra *dictadura* a lo largo de la historia ha tenido distintas connotaciones, pero la idea de fondo ha sido siempre básicamente la misma: que una persona o un colectivo ejerce un poder absoluto, aunque fuese temporal. El propio hecho de denunciar la *dictadura* burguesa, como así hacían Marx o Engels

cuando hablaban de la democracia liberal, denotaba un sentido ciertamente negativo de alguien, en este caso de una clase, que se impone por la fuerza sobre el resto. El problema es que dichos intelectuales denominaron al Estado alternativo al burgués con la misma palabra con que denunciaban a éste. En su caso, desde luego fueron menos hipócritas que sus contrincantes ideológicos, pero de alguna manera se situaron a su misma altura, en vez de aspirar a superarlos decisivamente. En cualquier caso, lo que es evidente, es que la expresión *dictadura del proletariado* fue polémica desde el principio, y no sólo ahora. Pero incluso aun admitiendo que en la época en que se formuló esa expresión tenía distintas connotaciones a las actuales (lo cual es muy discutible), lo que es obvio, es que en el siglo XXI esa expresión es inadecuada, asusta a mucha gente, ha habido y hay realizaciones prácticas basadas en ella muy negativas y claras. Si bien es cierto que la implementación práctica no tiene por qué coincidir con su expresión teórica, también es cierto que tan importantes como las ideas son las maneras de defenderlas. Si podemos decir las mismas ideas de manera más “vendible”, mejor que mejor, puesto que el objetivo en el fondo de toda guerra ideológica es vender ideas, convencer al mayor número posible de personas. Y, para ello, tan importante como la validez de las ideas, es su presentación, el lenguaje utilizado para hacerlas comprender a los demás. La expresión *dictadura del proletariado* llevó y sigue llevando a mucha confusión, a muchas interpretaciones contrapuestas.

Aun admitiendo que el concepto de la dictadura del proletariado fuera válido (que en mi opinión tampoco lo es), lo mínimo que hay que hacer es, vistas las polémicas habidas, vistas las malas interpretaciones, visto el pánico que desata en amplias masas de la población, cambiar su denominación, aunque sólo fuese por cuestiones tácticas en la guerra ideológica. Pero, por el contrario, muchos revolucionarios actuales se siguen aferrando tanto al concepto como a su envoltura lingüística. ¿Es que se empeñan en impedir la revolución? ¿No dijeron sus “padres espirituales” que la estrategia debe adaptarse al tiempo y al espacio, a las experiencias prácticas? El mismo hecho de que Marx, y Engels sobre todo, debieran recurrir a explicar lo que querían decir con *dictadura del proletariado*, demuestra que se equivocaron en su denominación, además de en no concretar ni desarrollar dicho concepto. Ellos mismos deberían haber rectificado, pero no lo hicieron, presos quizás de demasiada soberbia. Cuando uno se enfrenta a un enemigo hipócrita, tiende a asentar sus propios errores, aunque sólo sea por orgullo o por no permitir que el enemigo malintencionado se salga con la suya. Esto creo yo que les pudo ocurrir a Marx y Engels, que al fin y al cabo eran también personas, con sus imperfecciones y sus egos.

Muchos revolucionarios en la actualidad prefieren el concepto de *democracia obrera* o *democracia popular*. Esto ya es un avance, por lo menos táctico, pero debemos aspirar a un avance ideológico también. El mismo concepto debe evolucionar o incluso ser desechado. La democracia no debe tener apellidos. Ponerla cualquier apellido significa distorsionarla, amputarla, tergiversarla. La democracia representativa, participativa o directa no son más que las distintas *componentes* de la auténtica democracia, de la democracia a secas, del *poder del pueblo*. Son distintas maneras de implementar la democracia en distintos ámbitos, pero siempre con la idea central de dar el máximo poder a *todo* el pueblo, a *toda* la ciudadanía, y no sólo a una parte de ella o a una más que a otra. Obviamente la democracia debe aplicarse para cierto

ámbito. No parece justo ni lógico que en las decisiones de una comunidad de vecinos participen vecinos de otras comunidades. Lo mismo podemos decir, hasta cierto punto, en las empresas. *Hasta cierto punto* porque en la sociedad todo está interrelacionado. Si los obreros deben decidir sólo ellos democráticamente, deben tener cierto protagonismo por encima de otros colectivos, es sobre todo en el ámbito laboral, en sus respectivas empresas, o incluso en la economía de todo un país (pues ellos son parte esencial). Pero la sociedad es más que la economía, no mucho más, pero sí algo más. En la sociedad entera, en las decisiones que afecten al conjunto de la población, deben participar *todos* los ciudadanos. Limitar la participación política a una parte es antidemocrático, como también no posibilitar la igualdad de participación. En la política de todo un país deben participar *todas* las personas que vivan en él. En su economía, además, sobre todo, son los trabajadores los que deben de participar, puesto que las decisiones tomadas les afectan primordialmente a ellos. **La idea de la democracia es que participen todas aquellas personas en todo lo que les pueda afectar, pero también que quienes son más afectados, más directamente afectados, puedan participar más.** En el mundo laboral, quienes más deben participar son los propios trabajadores. Por ejemplo, en su legislación laboral. Quienes *más*, pero no quienes *sólo*. Pero en el ámbito político general la democracia debe extenderse a *todo* el mundo, a *todas* las clases sociales.

4.4. Del “socialismo” del siglo XX al socialismo del siglo XXI

A pesar de sus errores, sobre todo de la madre de todos sus errores, como fue el concepto de la dictadura del proletariado, del insuficiente desarrollo de la teoría política de lo que podría ser el sistema político socialista o comunista, las economías basadas en los postulados marxistas, por lo menos en algunos de sus postulados, indiscutiblemente, por lo menos durante ciertos periodos, funcionaron, posibilitaron un crecimiento casi sin parangón en la historia. Rusia pasó en pocos años de ser uno de los países más atrasados de Europa a ser una superpotencia mundial. El primer objeto, el primer ser vivo, el primer hombre y la primera mujer lanzados al Cosmos fueron rusos de la época soviética.

Como nos explica Alan Woods en su libro *Reformismo o Revolución*:

Rusia en 1917 era considerablemente más atrasada que Pakistán hoy en día. Bajo espantosas condiciones de atraso económico, social y cultural, el régimen de democracia obrera establecido por Lenin y Trotsky fue reemplazado por la dictadura burocrática de Stalin. Esto fue un revés terrible, que significó la liquidación del poder político de la clase obrera, pero no de las conquistas socio-económicas fundamentales de Octubre, las nuevas relaciones de propiedad, que tenían su expresión más clara en la economía nacionalizada y planificada.

La viabilidad del nuevo sistema productivo fue puesta a prueba de un modo severo en 1941-45, cuando la Unión Soviética fue invadida por la Alemania nazi con todos los recursos de Europa a su disposición. A pesar de la pérdida de 27 millones de vidas, la URSS derrotó a Hitler y siguió, después de 1945, reconstruyendo su economía arruinada en un periodo de tiempo relativamente corto, transformándose en la segunda potencia mundial. De un país atrasado, semifeudal y en su mayor parte analfabeto en 1917, la URSS se convirtió en un país moderno, con una economía desarrollada, con una cuarta parte de los científicos del mundo, con una sanidad y educación iguales o superiores a las que podíamos encontrar en Occidente, capaces de lanzar el primer satélite y de poner al primer hombre en órbita.

Estos asombrosos avances, en un país que partió de un nivel más atrasado que el Pakistán de hoy, deben hacernos pensar. Uno puede tener simpatía por los ideales de la Revolución Bolchevique, o puede oponerse a ella, pero una transformación tan destacable en un periodo de tiempo tan breve exige la atención de personas que estén dispuestas a pensar. En un periodo de 50 años, la URSS aumentó su producto interior bruto nueve veces. A pesar de la terrible destrucción de la Segunda Guerra Mundial, incrementó su PIB cinco veces de 1945 a 1979. En 1950, el PIB de la URSS era sólo el 33 por ciento del de los EEUU, y en 1979 ya era del 58 por ciento. A finales de los años 70, la Unión Soviética era una poderosa potencia industrial, que en términos

absolutos ya había sobrepasado al resto del mundo en toda una serie de sectores clave.

La URSS era el segundo productor industrial después de los EEUU y era el mayor productor de petróleo, acero, cemento, tractores y otra maquinaria. El programa espacial soviético era la envidia del mundo. Tampoco está todo el éxito expresado en estas cifras. Todo esto se consiguió sin desempleo, un mal que era prácticamente desconocido en la Unión Soviética. De hecho, desde un punto de vista legal, el desempleo era considerado un crimen. Además, durante la mayor parte del periodo de posguerra no hubo inflación. La burocracia aprendió la verdad en la advertencia de Trotsky, que dijo que “la inflación es la sífilis de la economía planificada”. Después de la Segunda Guerra Mundial, durante bastante tiempo la burocracia se preocupó de mantener la inflación bajo control. Esto es particularmente cierto en relación a los precios de los productos de consumo básicos. Antes de la Perestroika (reconstrucción) la última subida de los precios de la carne y de los productos lácteos había sido en 1962: 20 años antes. La URSS tenía unos presupuestos equilibrados e incluso algunos años hubo superávit. Es interesante observar que ningún gobierno occidental ha sido capaz de conseguir este resultado (como muestran las condiciones de Maastricht), del mismo modo que tampoco han conseguido el objetivo de pleno empleo e inflación cero, elementos que sí existían en la Unión Soviética. Los críticos occidentales de la URSS nunca dicen nada sobre esto, ya que demostraba las posibilidades de una economía de transición, sin hablar de lo que sería el socialismo.

Y como nos explica Trotsky en *¿Hacia el capitalismo o hacia el socialismo?*, escrito en 1925:

Ningún país había quedado más devastado y agotado por una serie de guerras que la Rusia soviética. Los países capitalistas que más han sufrido durante la guerra, sin excepción, no han podido alzar cabeza sin la ayuda de capitales extranjeros. Sólo el país de los soviets, una vez el más atrasado de todos, el más devastado y el más agotado por las guerras y las conmociones revolucionarias, se ha levantado de la pobreza completa por sus propias fuerzas, a pesar de la intervención hostil de todo el mundo capitalista. Sólo gracias a la abolición completa de la propiedad feudal y de la propiedad burguesa, gracias a la nacionalización de todos los medios de producción fundamentales, gracias a los métodos socialistas de Estado, y gracias a la movilización y distribución de los recursos necesarios, la Unión Soviética se ha levantado del polvo y se convierte en un factor cada vez más poderoso de la economía mundial.

La vuelta al capitalismo supuso para los antiguos países de la URSS y del Este de Europa el deterioro generalizado de las condiciones de vida y la caída de las economías. Rusia pasó de ser una de las potencias económicas de primer orden (la URSS era la segunda potencia económica) a ser casi un país tercermundista.

El informe sobre desarrollo humano del año 1999 de las Naciones Unidas declara:

Los países de Europa oriental y la CEI (Comunidad de Estados Independientes, formada por muchos países de la extinta URSS) iniciaron la dramática transición de sistemas económicos de planificación centralizada a democracias de mercado.

[...]

Las economías en transición de Europa oriental y la CEI han experimentado el aumento más rápido de la desigualdad que se ha conocido jamás. Rusia tiene ahora el mayor grado de desigualdad: la parte que corresponde en el ingreso al 20% más rico es once veces la del 20% más pobre.

[...]

La transición de las economías de planificación centralizada a las economías de mercado fue acompañada de grandes cambios en la distribución de la riqueza y el ingreso nacionales. Los datos relativos a la desigualdad de ingreso indican que esos cambios fueron los más rápidos de los que ha habido constancia jamás.

[...]

En los países de la OCDE el problema consiste en que la mundialización ha reducido los servicios estatales y ha empujado más hacia los servicios privados. Muchos comentaristas sociales protestan por el consiguiente deterioro de la calidad.

En las economías en transición de Europa Oriental y la CEI esas tendencias han sido dramáticas, contribuyendo al enorme costo humano de la transición. El desmantelamiento y debilitamiento del Estado benefactor ha significado reducciones y deterioro - generalizado - de los servicios de salud y educación, lo que ha contribuido al deterioro de los resultados en términos humanos.

El Producto Interior Bruto (PIB) cayó en picado en la mayor parte de países ex-“comunistas”, pero, además, el número de pobres se disparó, la esperanza de vida bajó notablemente, etc., etc., etc. Todo esto se tradujo en que mucha gente de esos países piensa que el socialismo era una buena idea pero que se aplicó mal, al menos así lo reflejaron ciertas encuestas. El descontento en la población de esos países no es nada despreciable, como es lógico. Bien es cierto que en los últimos años Rusia ha logrado cierta recuperación económica, pero a un alto precio social, la decepción con el “paraíso” capitalista soñado es inevitable. El capitalismo tiene sus virtudes, no cabe duda, pero también sus inconvenientes. El capitalismo tiene sus límites, no puede hacer milagros, sobre todo por cuanto respecta a todo aquello que tenga que ver con justicia social.

China, por su lado, está liderando actualmente el crecimiento económico mundial. Si bien muchos liberales, los anticomunistas más fanáticos, explican el importante crecimiento económico de los países “socialistas” por el solo hecho de la disciplina militar a la que fue sometido el proletariado ruso en su día, a la que es sometido el proletariado chino en la actualidad. Pero lo que no logran explicar los apologistas del neoliberalismo es por qué esos crecimientos logrados en la Rusia de los soviets o en

la actual China nunca han sido alcanzados en ningún país capitalista (por lo menos en el último siglo), a pesar de que los trabajadores de muchos países capitalistas hayan sido sometidos también a una enorme disciplina. Esos crecimientos, por cierto, contrastan enormemente con el descalabro generalizado de la economía (sin contar, ¡como si no contara!, con el altísimo costo social), que se produjo con el paso del socialismo, del semi-socialismo que había en Rusia, al capitalismo. Bien es cierto que toda transición, que todo cambio traumático, necesita su tiempo, pero todavía no hemos visto el prometido milagro económico capitalista en los países ex-“comunistas”. En la transición al socialismo, a ese semi-socialismo que se implementó en la URSS, dicho país en apenas una década logró despegar espectacularmente (la Revolución bolchevique triunfó en 1917 y a partir de 1928 la Unión Soviética lograba un gran crecimiento económico, el cual sorprendió a todo el mundo). En la actual transición al capitalismo ya llevamos dos décadas y no se ve por ningún lado semejante crecimiento (la URSS colapsó en 1991 y estamos, en el momento de escribir estas líneas, en 2011). Y no olvidemos que la URSS en su día tuvo que hacer la transición a un sistema completamente nuevo y con el mundo entero en su contra, con dos guerras mundiales y una dura y larga guerra civil de por medio, en circunstancias mucho más hostiles que la actual transición al capitalismo (es difícil imaginarse más obstáculos que los que tuvo la Rusia soviética en sus principios). Sin embargo, el paso del capitalismo al socialismo, a cierta forma de socialismo, supuso al cabo de unos pocos años (apenas una década, repito) un crecimiento económico impresionante, casi (por ser prudente) inédito en la historia, además de una mejora sustancial y generalizada de las condiciones de vida de la gente, a pesar de ciertas contradicciones, a pesar de las barbaridades cometidas por el régimen de Stalin. Por el contrario, la vuelta al capitalismo produjo grandes costos sociales (aunque, desde luego, en este caso no hubo gulags) y una caída bestial de la economía (una crisis comparable al crack capitalista de 1929), seguida de una recuperación moderada en los últimos años. A pesar, repito una vez más, y perdón por la insistencia, de que en el segundo caso se vuelve a un sistema archiconocido y probado (que tiene unos cinco siglos de existencia) y con gran apoyo internacional (pese a que muchos capitalistas no se hayan atrevido a invertir en la inestable e imprevisible Rusia, pese a que la ayuda recibida por la nueva Rusia capitalista haya sido menor de la esperada), en unas circunstancias mucho menos dramáticas, nada comparables a las de la época de Lenin.

¿No nos da un poco que pensar dicho contraste? ¿No podemos concluir fácilmente que algo no cuadra cuando nos repiten hasta la saciedad que el capitalismo es el único sistema posible, que el socialismo es inviable? Es verdad que la Rusia de principios del siglo XX estaba muy atrasada, que había mucho camino por delante por recorrer, pero, ¿no estaba la URSS también muy atrasada respecto de Occidente en 1991, no estaba su economía estancada desde hacía cierto tiempo, no nos decían que el “socialismo” no funcionaba? ¿Qué entendemos por un sistema económico que funciona? ¿Uno que crece? La Rusia capitalista no pareció crecer mucho. ¿Uno que satisface las necesidades sociales? No parece que la Rusia capitalista supere en esto a la “socialista”, a pesar de lo poco socialista que era la URSS. El tiempo, como siempre, tendrá la última palabra. Es cierto que en los últimos años Rusia parece recuperarse del shock producido por la transición al capitalismo, tanto en cuanto a crecimiento económico como en cuanto a redistribución de la riqueza, gracias sobre

todo a los ingresos obtenidos por las ventas en materias energéticas (petróleo y gas) y a un aumento de las inversiones extranjeras, pero el capitalismo internacional muestra signos cada vez más evidentes de decadencia. Lo que es evidente es que la transición al capitalismo ocurrida en Rusia no supuso un gran crecimiento económico, todo lo contrario, la economía se derrumbó, y sólo ahora se consiguen ciertos crecimientos moderados, pero desde luego nada comparables con los logrados en los inicios de la URSS, a pesar de un contexto actual mucho más favorable. Lo que es evidente es que el capitalismo trajo en su equipaje lo de siempre: una muy insuficiente distribución de la riqueza, grandes costos sociales. Y es que el beneficio se lleva mal con la justicia social. Tarde o pronto el primero se impone sobre la segunda. El capitalismo puede generar durante ciertos periodos cierta riqueza que puede ser más o menos distribuida (y esto puede que ocurra en los próximos años en Rusia, no en vano es el país más grande del planeta y tiene muchos recursos naturales por explotar aún), pero tarde o pronto, las contradicciones irresolubles del capitalismo emergerán con fuerza. La lógica de la acumulación del capital impone su ley, no es posible huir de la ley que impone el capital en el capitalismo. Los rusos ya han empezado a ver el rostro del capitalismo. Pueden pensar que la gran crisis inicial de finales del siglo XX fue provocada inevitablemente por la traumática transición del “viejo” sistema al “nuevo” (ese “viejo” sistema que pretendía sustituir al que ahora es “nuevo”), pero cuando vaya pasando el tiempo, los rusos se darán cuenta de que el capitalismo es en sí mismo un sistema en crisis. Con el tiempo, tal vez no tanto, Lenin volverá de ultratumba para hablar de ese nuevo sistema que en Rusia pasó a ser viejo. Sólo que esta vez Lenin deberá ser despojado, como Marx o Engels, de sus errores, para que la historia, por fin, dé un salto hacia adelante.

Decía que la disciplina a que fue sometida el proletariado ruso o chino no pueden explicar por sí misma esos enormes crecimientos de las economías de la URSS y de la China “comunista”. Los trabajadores capitalistas son también sometidos a una gran, aunque más sutil, disciplina. Los derechos laborales en muchos países (capitalistas) del Tercer Mundo en la actualidad son simplemente ciencia ficción. Los derechos laborales en los países (capitalistas) del Primer Mundo están en franco retroceso. La disciplina a que es sometida la clase trabajadora mundial, de facto, está en un crescendo imparable. El paro masivo y creciente, la precarización a la que son sometidas amplias capas de trabajadores, cada vez más amplias, disciplinan a la población sin necesidad de ningún decreto o medida gubernamental. El trabajador bajo el capitalismo cada vez más agresivo no necesita ser explícitamente reprimido, él mismo se autorreprime si desea conservar su puesto de trabajo. El desempleo es la espada de Damocles que pende continuamente sobre la clase trabajadora en su conjunto. El comunismo de guerra, indudablemente, implantó durante determinado tiempo una fuerte disciplina laboral en Rusia, pero no hay que olvidar el contexto enormemente hostil de la época. La Rusia soviética luchaba contra viento y marea por sobrevivir y transformar radicalmente la sociedad. ¡Al mismo tiempo! Luchaba por reconstruir el país tras la Primera Guerra Mundial y la guerra civil, y por implementar, por primera vez en la historia de la humanidad, el socialismo. Rusia estaba rodeada de capitalismo por todos los frentes, en el interior y en el exterior. Y tampoco olvidemos que la URSS tuvo que volverse a levantar por sí sola, sin ningún plan Marshall, sin ninguna ayuda exterior, tras la Segunda Guerra Mundial, en la que murieron más de 27 millones de soviéticos, en la que la URSS fue la más devastada de todas las

potencias aliadas, en la que tuvo más muertes que todos los demás aliados juntos, incluso el número de muertos de la URSS es casi equivalente al número total de muertos de todos los demás países juntos. Sin embargo, el actual capitalismo impera por casi todo el globo, no tiene las hostilidades que sufrió la URSS, campa a sus anchas. El capitalismo es la guerra *permanente* del capital contra el proletariado. El capital disciplina constantemente, cada vez más, al proletariado. Dicha guerra se recrudece en los últimos tiempos. Y sin embargo, las economías capitalistas, no sólo no crecen, sino que se estancan, incluso están cada vez más cerca del colapso. Y, por supuesto, dicho estancamiento, además, viene acompañado de un retroceso generalizado en lo social.

No puede explicarse el enorme y rápido crecimiento de la economía en la URSS y en la china actual simplemente como consecuencia de la disciplina a la que se somete a los trabajadores. Si bien es cierto que la clase obrera de dichos países fue sometida a unas condiciones muy duras, peores que en muchos países capitalistas en ciertos periodos, la planificación centralizada de la economía y la nacionalización de los medios de producción parecen tener algo que ver, probablemente bastante, con el éxito de dichos crecimientos. Por lo menos, no pueden descartarse fácilmente como factores causantes del gran crecimiento de dichas economías. Además, tampoco puede descartarse el factor motivación. No es muy descabellado pensar que quienes se jugaron la vida para defender la Revolución proletaria, como así hicieron los obreros y campesinos rusos luchando en las filas del Ejército Rojo, se esforzaran también en trabajar para levantar el país (de hecho, existieron los sábados o domingos comunistas, que eran días de trabajo voluntario no remunerado). Los ideólogos liberales sí admiten que la mala planificación y gestión de la economía fue un factor importante para explicar el colapso de la URSS, pero sin embargo, incoherentemente, no son capaces de admitir que una mejor planificación, o que la motivación de los trabajadores rusos, pudieran contribuir notablemente al crecimiento económico, inédito en la historia, de la economía de la URSS. Para ellos el problema no es la *calidad* de la planificación económica sino la propia planificación. Para los anticomunistas los éxitos del “socialismo” son debidos exclusivamente a cuestiones meramente coyunturales, a la disciplina a la que se somete a la clase trabajadora (desapareciendo del mapa los otros factores hostiles del contexto), pero sus fracasos, por el contrario, sí son achacables al propio sistema socialista, que, según ellos, es inviable. No parece una postura muy honesta la de dichos “economistas”. No parecen ser muy objetivos sus análisis. Los regímenes llamados “comunistas”, guste o no, han tenido sus luces y sus sombras. Tenemos serios indicios de que otro sistema alternativo al capitalismo es posible, a pesar de los graves problemas que hubo en los regímenes “socialistas” basados en la filosofía de la dictadura del proletariado. Remito a mi artículo *Otro sistema es posible*.

Durante cierto tiempo la economía soviética creció de forma espectacular y fue capaz de satisfacer las necesidades materiales de las personas. El principal problema surgió de la ineficaz gestión de las élites que gobernaban sin ningún control exterior. La burocracia que, como toda élite, sólo miraba por sus privilegios, por sus intereses, o por lo menos que miraba demasiado por sus propios intereses, no respondió adecuadamente, el sistema económico fue degenerando poco a poco hasta que incluso dejó de funcionar. La corrupción y la ineficiente gestión burocrática paralizaron

toda la economía. Como en el Estado soviético todo dependía de la élite dirigente, cuando ésta se durmió en los laureles, preocupada sólo o sobre todo de su bienestar, cuando la riqueza generada de forma poco eficiente la acaparaba la burocracia, entre otras causas, la sociedad “comunista” en conjunto acabó colapsando. A ello contribuyó también el enorme coste de la carrera armamentística. Tampoco hay que olvidar que se intentó el socialismo en un país donde el capitalismo no estaba suficientemente maduro. Como explicaba Ernest Mandel, *en lugar de concentrarse en un proceso de creación de nuevas relaciones de producción y nuevas normas de distribución, los líderes de las sociedades en transición han tenido que centrar sus esfuerzos en expandir ellos mismos las fuerzas productivas*. Ni tampoco puede obviarse el aislamiento inicial de la Revolución rusa. Aislamiento que marcó los acontecimientos posteriores. El socialismo no se intentó en los países capitalistas más avanzados, en aquellos países con mayor tradición democrática. El colapso del “comunismo” en la URSS y en sus países satélites ya estaba cantado mucho antes de la caída del muro de Berlín, del muro de la vergüenza. Dicho muro era en sí mismo, dicho sea de paso, el máximo símbolo del fracaso de la vía tomada en esos países hacia el socialismo. Ese colapso anunciado, que era un secreto a voces, probablemente, dio alas a la derecha y los gobiernos de Reagan y Thatcher contribuyeron a la liquidación del “comunismo”, inaugurando una nueva era de ataque del capital internacional, llamada *neoliberalismo*. Éste, junto con la “guerra de las galaxias”, el proyecto de Reagan de desarrollar costosísimas tecnologías como el láser de rayos gamma o los misiles interceptores para crear toda una serie de escudos espaciales contra las armas nucleares enemigas, probablemente, aceleraron la caída del muro y de la propia URSS.

El keynesianismo, junto con el contexto posterior a la Segunda Guerra Mundial, es decir, junto con la oportunidad de crecimiento que depara toda reconstrucción (el crecimiento continuo buscado por el capitalismo se ve ayudado por los ciclos de destrucción-construcción) posibilitó una etapa más o menos estable de crecimiento de la economía capitalista al tiempo que de mejora sustancial del nivel de vida de las clases populares de los países capitalistas, alejando así el fantasma de la revolución socialista en ellos. Sin embargo, llegó un momento, allá por los años 70 del pasado siglo XX, en que las contradicciones capitalistas, siempre latentes y amenazantes, hicieron acto de presencia, volvieron a escena. La inflación se disparó y surgieron las crisis monetarias. La tasa de beneficio de los capitalistas disminuyó drásticamente. El neoliberalismo tomaba el relevo del keynesianismo. El objetivo era recuperar la tasa de beneficio. No cabe duda de que el neoliberalismo también tuvo su razón de ser en la economía, en las contradicciones de la economía capitalista, en la imperiosa necesidad de recuperar la tasa de ganancia. Pero en la economía también cuenta la lucha de clases. Con una clase trabajadora más atomizada y acomodada, con un “socialismo real” en clara decadencia y al borde del colapso, el neoliberalismo tenía el camino despejado de serios obstáculos. El capital retomaba la iniciativa. El “socialismo real” colapsaba mientras que el capitalismo, a pesar de sus recurrentes crisis, sobrevivía, incluso se afianzaba.

En el sistema capitalista, aunque haya corrupción, la riqueza generada depende de manera más o menos inmediata de, es gestionada directamente por, la propia clase capitalista. Ésta es la que se preocupa de invertir, de producir, de distribuir, de vender,

de crecer. Si esto no lo hace bien entonces el capitalista sucumbe, incluso se arruina. Por lo general. A veces el Estado burgués rescata a algunos grandes capitalistas. Incluso al sistema financiero cuando la crisis bancaria pone en peligro a todo el sistema económico capitalista. Pero, normalmente, un empresario que gestiona mal su empresa es perjudicado de alguna forma por su ineficiente gestión. Esto no ocurría en la URSS. Por poco o mal que se produjera, por poco o mal que se distribuyera, la élite estaba protegida, blindada. No necesitaba gestionar eficazmente la economía. “Papá Estado” garantizaba el bienestar de la élite que controlaba la economía, dicha casta dominante no pagaba las consecuencias de su mala gestión. En su día el teórico marxista Nikolai Bujarin dijo que la fuerza económica impulsora bajo el capitalismo de Estado eran las necesidades de consumo de la clase dirigente, y dado que estas necesidades están físicamente limitadas, el crecimiento económico bajo este sistema se estancaría. A la clase dirigente estalinista le bastaba con satisfacer sus propias necesidades y, además, sobre todo, su mala gestión no tenía consecuencias para ella. El capitalista privado, de alguna manera, paga o cobra por lo que hace, aunque desde luego cobra mucho más que los obreros y paga mucho menos que ellos, pero por lo menos paga o cobra algo, y por consiguiente se esfuerza en gestionar mejor que el burócrata, que haga lo que haga sigue igual. La competencia, el afán de lucro, la iniciativa privada, desde luego, guste o no, también posibilitan el crecimiento económico, cierta eficacia económica. El capitalismo tiene también sus virtudes, aunque se ve claramente superado por sus pecados. Igualmente, la economía planificada y centralizada, no podemos decir que democrática porque en verdad todavía no se ha probado la democracia en la economía, tiene sus aciertos. Tan es así que, paradójicamente, por ahora al menos, un país “comunista”, como la actual China, está salvando al capitalismo internacional del colapso. Aunque el socialismo en la URSS o en China carecieran de algunas de sus características esenciales, especialmente del control democrático de la producción, el carácter planificado y racional de la economía ha dado grandes resultados. Esto no puede negarse. Si, además de tener una economía racional, planificada, donde se produce en base a las necesidades reales y globales de la sociedad, se tiene un control totalmente democrático de la economía, ¿podemos imaginarnos adónde podríamos llegar? ¿Qué ocurriría si lográramos compaginar racionalidad, ética y eficiencia?

Una economía no es racional si no satisface las necesidades sociales, los intereses generales. Una economía no es ética si se basa en la explotación de unos seres humanos por otros. Una economía no es eficiente si no genera riqueza, si no es rentable. Ningún sistema económico puede prescindir del concepto rentabilidad. Quien dice rentabilidad dice productividad. Un sistema que consume más riqueza de la que produce, tarde o pronto, entra en crisis, incluso puede colapsar. La riqueza es generada, en última instancia, a partir de la naturaleza mediante el trabajo humano. La riqueza puede adoptar diversas formas, puede transformarse, pero el origen último de la riqueza no puede ser otro que la naturaleza explotada por el hombre, como describía Marx en *El Capital*. La economía mundial no puede funcionar sin la naturaleza, la fuente última de toda riqueza. La energía no nace ni muere, se transforma. Lo que los humanos llamamos riqueza económica es, ni más ni menos, que el robo que le hacemos a la naturaleza de parte de su energía. Nuestra energía vital (trabajo humano) es utilizada para transformar la energía proporcionada por la naturaleza (materias primas, alimentos) en otra energía. Quien dice energía, dice

materia, pues ambas son intercambiables. Un sistema económico que pierde de vista la fuente última de la riqueza, es decir, la naturaleza, entra en una fase de extinción. Un sistema económico que destruye la fuente última de toda riqueza, es decir, la naturaleza, se autodestruye. Un sistema económico que atenta contra el hábitat de sus individuos, pone en peligro de extinción a su sociedad. ¿No podemos decir que el capitalismo pone en peligro de existencia a la misma humanidad? ¿No es un claro síntoma de decadencia que la economía capitalista sea cada vez más artificial, que se base cada vez más en la especulación, que convierta al dinero en un fin en sí mismo, que pierda de vista que la riqueza debe surgir de la naturaleza? ¿Tiene futuro un sistema económico que obvia o destruye la única fuente posible de toda riqueza? ¿Sirve de mucho un sistema que es capaz de generar riqueza (aunque cada vez menos) pero no de repartirla? ¿A quién sirve? ¿Al conjunto de la sociedad o a ciertos individuos? ¿Tiene futuro un sistema económico antisocial, que da prioridad a los intereses de ciertas minorías frente a los de la mayoría?

Eduardo Durán-Cousin, en su libro *Comunismo: Principio y fin de un sueño*, nos explica de esta manera el colapso de los regímenes estalinistas:

En efecto, al cumplir las dictaduras comunistas su meta histórica de modernización, al realizar en los países atrasados la revolución industrial y diversificar el universo de producción volvieron obsoleto su mecanismo de control económico ultracentralizado y, al subir el nivel socio-cultural de la población, cultivando amplias capas de profesionales, crearon una vigorosa fuerza social deseosa de obtener reconocimiento y participación política, en directa oposición al sistema político centralizado y exclusivista que no le tomaba en cuenta.

La diversificación productiva propia del acceso a sociedades desarrolladas de consumo, así como la diversificación y promoción de los intereses de la población motivada por el desarrollo socio-cultural, destruirían la continuidad del sistema comunista, al menos en su forma monolítica, hipercentralizada y totalitaria como había sido forjado y vuelto inamovible. Como hemos dicho, desde un punto de vista económico, el manejo hipercentralizado del aparato productivo resultó ventajoso en el período de construcción de una economía industrial de base, cuya simpleza posibilitaba un manejo desde un único centro, pero cuando ésta misma economía adquirió la complejidad de una sociedad de consumo, simplemente el esquema centralizado bolchevique dejó de funcionar. Y es que, en las sociedades de consumo, la excesiva diversificación de los productos y la gran complejidad y mutabilidad del público impiden que el conjunto pueda ser planificado desde un único centro. Consiguientemente el esquema de conducción económica de los países de dictadura bolchevique debía ser sustituido por el de una economía de mercado, bajo pena de una severa crisis.

No obstante, el factor decisivo que acabaría con las instituciones políticas del comunismo, no estaba en la economía, sino fundamentalmente tenía que ver con el desarrollo político de la sociedad civil promovido por el propio sistema.

Según Durán-Cousin el problema fundamental de los regímenes estalinistas, en cuanto a lo económico, era el exceso de centralismo en la gestión (y en esto no le falta razón, no en vano los propios regímenes estalinistas han tenido que descentralizar, han sentido esa necesidad). Pero en lo que discrepo de Durán-Cousin es en el hecho de decir, o insinuar, que la *única* (o por lo menos la principal) alternativa era la economía de mercado (a pesar de que al final de su libro dicho autor dice, muy someramente, que aún es posible otro tipo de socialismo). Sí lo era para la burocracia, para mantenerse en el poder, para mantener sus privilegios, pues el principal enemigo de ésta era la democracia. La dictadura del mercado no es tan peligrosa para las élites estalinistas (véase el caso de China, donde la élite estalinista ha sobrevivido perfectamente, incluso enriqueciéndose, al liberalizar, en gran parte, el mercado chino; véase lo que le ocurrió a Rusia donde muchos actuales grandes capitalistas son antiguos burócratas estalinistas). Yo me pregunto: ¿no era posible un socialismo más democrático? ¿El socialismo postulado por sus grandes teóricos no era, precisamente, la gestión *democrática* de la economía por los propios productores? ¿Es que sólo hay dos alternativas para la economía: *dictadura* centralizada de una élite burocrática (régimen estalinista) o *dictadura* descentralizada de una clase empresarial (régimen capitalista)? ¿No debemos, no podemos, aspirar, precisamente, a una gestión más o menos descentralizada, más o menos centralizada, pero *democrática* de la economía? Sólo podremos responder a estas preguntas cuando probemos la democracia en la economía, lo cual todavía no se ha hecho. Hay dos parámetros, relacionados entre sí, pero no idénticos, a tener en cuenta a la hora de hablar de la gestión de la economía, de cualquier gestión en general: centralización vs. descentralización, dictadura vs. democracia. Una gestión eficaz requiere llegar a un equilibrio entre la máxima centralización y la máxima descentralización. En algunas cuestiones parece lógico centralizar más que en otras. ¿Pero no es más eficaz también, además de más ética, una gestión controlada por los gestionados, es decir, más democrática? No puede descartarse de antemano la posibilidad de otro tipo de socialismo. No puede olvidarse que el socialismo implementado bajo los regímenes estalinistas carecieron de una de sus características *esenciales, definitorias*: la democracia obrera, la democracia en su sentido más amplio y profundo, en la política y en la economía. Sin la democracia no es posible el socialismo porque el socialismo es, por definición, sobre todo, democracia. La apropiación de los medios de producción por parte del Estado es una condición necesaria para el socialismo, pero no suficiente. El Estado debe ser, a su vez, también apropiado: por la ciudadanía en conjunto. El Estado debe también ser gestionado *democráticamente* por el conjunto de la sociedad. El capitalismo de Estado no es el socialismo. Es un paso hacia el socialismo, pero no es socialismo todavía. El socialismo implica llegar a una gestión planificada, racional, más o menos centralizada, de la economía. ¡Pero también, sobre todo, una gestión *democrática* de la economía, independientemente del grado de centralización o descentralización adoptado, una gestión democrática de la sociedad en general, en todas sus facetas! Lo que caracteriza al socialismo, más que el grado de centralización o descentralización adoptado, es sobre todo el carácter *democrático* de la gestión económica, social en general. De esta característica, *esencial*, repito, se olvidan muchos críticos del estalinismo, tanto de la izquierda como de la derecha, de manera inconsciente o consciente.

En cualquier caso, un país no puede sobrevivir mucho tiempo si consume más riqueza de la que produce, aunque la producción de su riqueza no sea directamente la explotación de sus propios recursos naturales. Si el socialismo, a diferencia del capitalismo, no tiene como centro de gravedad la rentabilidad, el beneficio, sin embargo, no puede hacer que dicho concepto desaparezca del mapa. El socialismo no se obsesiona con el beneficio, pero no puede obviarlo. En el socialismo se busca sobre todo satisfacer las necesidades sociales, repartir la riqueza generada de la manera más equitativa posible, pero para ello primero hay que generar riqueza, para ello debe lograrse también una economía rentable. La rentabilidad debe existir en cualquier economía. La diferencia radica en la importancia que se la dé y en la manera en que se canalice en la sociedad la riqueza generada gracias a su búsqueda. Generar riqueza es lo mismo que lograr rentabilidad. El socialismo, a diferencia del capitalismo, busca primordialmente compaginar rentabilidad con equidad de reparto, dando prioridad a esta última. El capitalismo busca sobre todo la rentabilidad y espera que la riqueza generada en base a su búsqueda se distribuya de alguna manera, pero la rentabilidad es la que manda, la economía capitalista gira en torno al beneficio y logra cierta rentabilidad (entendiendo por rentable que genera riqueza) haciendo que cada individuo busque obsesivamente el beneficio propio, haciendo que cada uno se busque la vida, tal como se hace en la selva. El problema es que en esa guerra de todos contra todos por el beneficio personal no todos los contendientes batallan en igualdad de condiciones, tal como así se hace también en la selva. El fuerte domina. Es más, el fuerte se hace cada vez más fuerte. Con el tiempo, esa batalla es cada vez más desigual. Es decir, la jungla es cada vez más jungla.

De esta manera, el capitalismo, sustentado inicialmente en un equilibrio dinámico en el cual se piensa que el egoísmo de cada individuo será el motor de la economía y logrará un reparto no demasiado desigual que posibilite cierta cohesión social, con el tiempo, pierde ese equilibrio, se hace inestable y amenaza con colapsar. Perder ese delicado equilibrio quiere decir que las contradicciones se agudizan, que la economía deja de crecer (puesto que lo producido no se corresponde con lo consumido, como consecuencia de un reparto cada vez más desigual de la riqueza generada), que la cohesión social peligra (puesto que al aumentar las capas de población que no pueden satisfacer sus necesidades más básicas, las probabilidades de conflictos sociales se disparan, la sociedad se rompe). Pedirle al capitalismo que erradique la sociedad clasista es como pedirle peras al olmo. La lucha de clases es consustancial al capitalismo. No es en verdad un concepto “socialista”, es un concepto “capitalista”. Los socialistas sólo *constatan* que la lucha de clases es inevitable en la sociedad clasista, que ésta sólo podrá superarse mediante la lucha de clases, cuando ésta sea ganada por las clases populares, por las clases explotadas ¡Pero, cuidado, el socialismo científico no dice que el resultado de la lucha de clases esté predeterminado! La lucha de clases puede derivar en socialismo o en barbarie, es decir, en más capitalismo, o en otro sistema peor, si es que ello es posible. Los socialistas se ponen del lado del proletariado en dicha guerra, le dicen a los trabajadores que se defiendan y luego ataquen, que puede y debe superarse la sociedad actual. Los capitalistas, independientemente de todo esto, practican cotidianamente su lucha de clases, por mucho que la nieguen, por mucho que digan que es algo del pasado. No se trata de modas, sino de necesidades. Incluso cuando las clases bajas hace tiempo que no practican la lucha de clases, pues apenas se defienden, la lucha de clases se niega a

desaparecer y se intensifica en las épocas de crisis, cuando el sistema muestra su auténtico rostro, cuando el Estado se quita el disfraz y evidencia su carácter clasista, burgués, cuando las clases altas vuelven a atacar, no contentas todavía con lo que tienen. Lo dicho, mientras haya clases, por lo menos mientras el contraste entre las mismas sea importante, habrá lucha de clases. Negar la lucha de clases es negar la materia prima de la sociedad capitalista. Con el tiempo la desigualdad en el capitalismo tiende a realimentarse a sí misma y amenaza al propio orden capitalista, a la misma sociedad humana. Con el tiempo la lucha de clases se agudiza. Podrá haber altibajos, pero la tendencia a largo plazo del capitalismo es clara e inevitable.

El socialismo busca, precisamente, un equilibrio más sólido en la sociedad humana, busca explícitamente, y no implícitamente, dicho equilibrio. No espera que ese equilibrio se alcance espontáneamente. De aquí proviene, fundamentalmente, la dificultad del socialismo respecto del capitalismo, pues en éste se deja todo en manos de la naturaleza, se espera que el orden se alcance por sí mismo, dejando que los individuos actúen en aras de su supervivencia o de su afán de prosperidad individual, dejando que el mercado funcione por sí mismo, dejando que las fuerzas de la naturaleza actúen por sí mismas, en vez de controlarlas, haciendo así que el ser humano sea dominado por la economía, por su sistema de convivencia, en vez de dominarlo, haciendo así que la sociedad humana sea víctima en vez de dueña de sí misma, haciendo así que el individuo esté al servicio de la economía, en vez de al revés. Mientras el ser humano no tome el control de sí mismo, su evolución irá en su contra en vez de a su favor, le conducirá a su propia destrucción en vez de a su liberación. El ser humano que va poco a poco dominando la naturaleza, inevitablemente, se topa con el desafío de, además de evolucionar tecnológicamente, hacerlo también socialmente, de controlar las fuerzas sociales que rigen su propia sociedad, y no sólo las fuerzas de la naturaleza muerta. La ley de la jungla funciona espontáneamente, la civilización hay que construirla. Aunque la jungla, por mor de la evolución, es decir, como consecuencia de la dialéctica materialista, el ADN del Universo, tiende de forma natural hacia la civilización. En verdad que la civilización también es naturaleza, una naturaleza más sofisticada, más evolucionada, más elaborada. La civilización es la combinación de naturaleza y tiempo. La civilización es la naturaleza “bruta” manufacturada por el tiempo y por ella misma. La misma naturaleza tiende, con el tiempo, a negarse a sí misma, como nos dice la dialéctica. O dicho de otra forma, la naturaleza se transforma a sí misma con el tiempo, mediante la ley básica que rige el Universo: la dialéctica materialista. La progresiva complejidad del Universo, en base a la cual la energía toma la forma de materia, en base a la cual surge la vida, es decir, en base a la cual la materia muerta se vuelve viva, en base a la cual la materia viva toma conciencia de sí misma, es una consecuencia directa de dicha ley básica, de la lógica universal: la dialéctica materialista.

El capitalismo no puede escapar a dicha lógica. Nada puede escapar a ella. Nada por lo menos de este Universo. El capitalismo sucumbirá ante ella, pero no necesariamente de una sola manera. El capitalismo *tiende* al socialismo, por mor de su propia lógica, la cual es también la lógica del materialismo dialéctico, es decir, la lógica del propio Universo, pero, por mor de esa misma lógica, el socialismo no tiene garantizado su existencia. Dicha lógica también puede conducir a la extinción de toda civilización. La lógica de la dialéctica materialista es la lógica de las contradicciones,

las cuales no siempre se resuelven de la misma manera, es la lógica de las tendencias. En el capitalismo, en principio, basta con proteger la propiedad privada de los medios de producción y dejar que el mercado, que la naturaleza, haga el resto. En principio, porque poco a poco el capitalismo debe combatir el creciente descontento popular, el inevitable cuestionamiento de la población, debe enfrentarse a su propia negación, producto natural del tiempo, como así fue su afirmación. El capitalismo debe construirse cada vez más, en verdad el orden capitalista debe trabajarse cada vez más, el capitalismo debe prescindir cada vez más del espontaneísmo, el mismo capitalismo va poco a poco negándose a sí mismo. El sistema ya no se sostiene por sí mismo, debe ser rescatado, debe controlarse cada vez más el pensamiento de las masas, para que el proletariado, la mayoría de la población, no ponga en peligro el orden establecido, que cada vez es menos orden, que cada vez está menos establecido. El capitalismo, sustentado en la no intervención humana, en una mínima intervención, debe ser cada vez más intervenido por los humanos. En definitiva, como decía el marxismo, el socialismo poco a poco se va abriendo paso. El capitalismo *tiende* hacia el socialismo. Quienes proclaman que no hay que intervenir, contradiciéndose a sí mismos, poniéndose en evidencia ante los demás, cada vez intervienen más. Quienes niegan la posibilidad de que el destino sea controlado por la humanidad, tienden a controlarlo cada vez más. El socialismo científico, que básicamente consiste en la idea de la posibilidad de controlar consciente y globalmente el destino de la sociedad humana, es decir, en la idea del autocontrol social consciente, va siendo poco a poco validado por los mismos capitalistas, muy a su pesar. El capitalismo, como cualquier sistema de un Universo donde la dimensión temporal existe, es un producto histórico, es decir, nace, crece y muere, en verdad se transforma en otra cosa. El capitalismo, justificado como un sistema producto del tiempo, pretende parar el tiempo, pretende contradecir la ley esencial del Universo de que todo cambia, de que todo, tarde o pronto, acaba, muta. Los apóstoles del capitalismo, que lo justifican como algo natural, como el lógico producto de la naturaleza, niegan la ley más básica de la naturaleza: que todo, incluida la propia naturaleza, cambia. El capitalismo, lejos de lo proclamado por sus apóstoles, no es el fin de la historia, es, al contrario, el fin de la prehistoria humana, es la antesala de la verdadera historia humana. Quienes justifican el capitalismo por ser algo natural, lo van poco a poco convirtiendo en artificial, se oponen al curso natural de la historia. Así como el capitalismo tuvo su razón de ser, tendrá su razón de dejar de ser. De la misma forma que el capitalismo sustituyó al feudalismo, el socialismo sustituirá al capitalismo. ¿De la misma forma? No exactamente. Ahora, por primera vez, la humanidad tiene capacidad de autodestruirse. Ahora, por primera vez, la humanidad tiene también la capacidad de autoemanciparse, de dar el verdadero salto evolutivo del primitivismo a la civilización. La humanidad se encuentra realmente por primera vez en la encrucijada a la que probablemente llega tarde o pronto cualquier especie inteligente: civilización o barbarie, mejor dicho, supervivencia o autodestrucción.

En el capitalismo la búsqueda del beneficio es la prioridad, es un fin, el reparto de la riqueza es secundario, pero también es necesario, al menos en parte, para que la sociedad capitalista no colapse, para que la sociedad no se desintegre, no estalle en mil pedazos. Sin embargo, como los hechos van demostrando poco a poco, la búsqueda obsesiva del beneficio no es suficiente, es incluso contraproducente. Se abre paso la idea de que es posible y necesario compaginar la creación de riqueza con

su reparto. En el socialismo, por el contrario, el beneficio es algo secundario, es un medio de generar riqueza, la prioridad es el reparto de la riqueza generada. En ambos sistemas, como en cualquier sistema económico, existen tanto la rentabilidad, la búsqueda de generación de riqueza, como el reparto de la riqueza generada. La diferencia estriba en la prioridad que se le den. En lo que en un caso es prioritario en el otro es secundario, en lo que en un caso es un medio, en el otro es un fin. Reparto vs. Rentabilidad. Planificación vs. Espontaneísmo. Racionalización vs. Anarquía. Orden vs. Caos. Ciencia vs. Religión. Civilización vs. Jungla. Sociedad vs. Individuo. Socialismo vs. Capitalismo. El socialismo busca compaginar racionalidad, ética y eficiencia. El socialismo es civilización. Por esto Rosa Luxemburgo decía: *Socialismo o barbarie*. Quien dice socialismo dice democracia. ¿De qué otra manera es posible lograr un sistema al servicio de *toda* la sociedad más que cuando *toda* ella decide, más que cuando *toda* ella lo construye?

Probablemente, el sistema económico del futuro, por lo menos en un futuro no demasiado lejano (la mentalidad capitalista llevará tiempo superarla, si es que se supera), si el futuro existe, si la humanidad es capaz de controlarlo *toda* ella y no sólo ciertas minorías, será algún sistema mixto que combine lo mejor del capitalismo y lo mejor del socialismo. Tal vez se llegue a una síntesis dialéctica entre capitalismo y socialismo, entre rentabilidad y reparto, entre individuo y sociedad, entre espontaneísmo y planificación. Hay grandes evidencias que apuntan a ello. Cuando mejor funciona aparentemente el capitalismo, desde el punto de vista del conjunto de la sociedad, es cuando el Estado asume ciertos postulados socialistas. El keynesianismo produjo mejores resultados que el neoliberalismo, aunque también generó problemas importantes, como fuertes inflaciones. Por supuesto que las distintas versiones del capitalismo llegan de una u otra manera a un callejón sin salida, las crisis son inherentes al capitalismo porque éste es altamente contradictorio. Como dice Alan Woods: *El neoliberalismo y el keynesianismo son sólo la bota derecha y la bota izquierda del capitalismo. Es la elección entre la inflación y la deflación. Pero para el obrero sólo es una elección entre la muerte en la horca o la muerte lenta ardiendo en la hoguera, es decir, no es en absoluto ninguna elección*. Las crisis capitalistas no son más que la exteriorización de sus numerosas e intensas contradicciones internas, de unas u otras, de unas u otras maneras. Pero, indudablemente, el neoliberalismo ha provocado mayores y más frecuentes crisis que el keynesianismo. La crisis actual es sólo comparable al crack de 1929. Cuando mejor funciona aparentemente el socialismo es cuando se permite cierta libre competencia, por lo menos entre los pequeños productores. *Aparentemente* porque en verdad mientras no se intente un mayor control democrático de la economía por los propios trabajadores no podrán sacarse conclusiones definitivas. Todos los países que han intentado el socialismo no han tenido más remedio que permitir cierta iniciativa privada, por lo menos a pequeña escala. Y no han tenido más remedio que recurrir al mercado porque no han querido aumentar y mejorar el control democrático de la burocracia gobernante. Países como los escandinavos demuestran que combinando ciertas características del capitalismo con ciertas características del socialismo se logra compaginar crecimiento económico, por lo menos cierta producción de riqueza, con cierta igualdad social. El problema es que el capitalismo actual, como todo sistema donde el modo de producción capitalista sea preponderante, está dominado por ciertas élites que imposibilitan el bienestar de la mayoría. El sistema actual tiende hacia el empobrecimiento de la mayoría de la

población, además de a su alienación, además de poner en serio peligro de extinción a la humanidad y su hábitat. Quizás en el sistema del futuro haya ciertas dosis de capitalismo, pero limitado, controlado por el Estado. Cuando hay grandes capitalistas ya hemos visto que el Estado degenera y realimenta al capitalismo en una espiral autodestructiva. Tal vez la sociedad del futuro sea un sistema socialista en el que haya *pequeños* capitalistas pero no *grandes* capitalistas. Una sociedad socialista a gran escala pero capitalista a pequeña escala. Una sociedad fundamentalmente socialista con islas de capitalismo. O quizás no.

Por otro lado, tampoco sabemos si funcionará mejor el *colectivismo* (cada empresa pertenece a sus propios trabajadores, ellos mismos la poseen y la gestionan), o el *estatismo* (cada empresa pertenece al Estado, al conjunto de la sociedad). El colectivismo tiene la ventaja de que los trabajadores, los gestores y los poseedores de los medios de producción son los mismos. El estatismo tiene la ventaja de que la economía puede planificarse mejor de manera global, de acuerdo con el interés general. Colectivismo implica mayor autonomía y libertad de los trabajadores, siempre que todos tengan las mismas opciones de pertenecer a cualquier empresa. Estatismo implica mejor planificación central de la economía. El colectivismo tiene como inconveniente que puede provocar desigualdades entre trabajadores de diversas empresas o sectores, puede crear ciertas formas de capitalismo, además de descoordinación general. Las empresas compiten entre sí pero pertenecen a todos sus trabajadores, convertidos así en nuevos “capitalistas”. El estatismo tiene como inconveniente que los trabajadores son gestionados por otros. En este caso la figura del capitalista que posee la empresa desaparece, pues se sustituye por el Estado, por el conjunto de la sociedad, pero son funcionarios, o sus representantes en la empresa, quienes se encargan de gestionarla, de tomar las decisiones estratégicas de acuerdo con el interés general (suponiendo un Estado verdaderamente democrático). El estatismo puede derivar, y de hecho así fue, en un capitalismo de Estado. El colectivismo, por su parte, puede derivar en un capitalismo semi-privado, en una especie de capitalismo popular.

El capitalismo actual se caracteriza por dos cosas, desde el punto de vista de las relaciones sociales de producción: las empresas pertenecen a ciertas personas y, como consecuencia de esto, son gestionadas (en sus líneas maestras) dictatorialmente por dichas personas, o por otras personas que les sirven a sus órdenes, todas ellas ajenas a los propios trabajadores, a la inmensa mayoría de ellos. Es decir, el modo de producción capitalista se caracteriza por la propiedad *privada* de los medios de producción y, por tanto, por su gestión *privada*, es decir, por la falta de democracia en su gestión. Un modo de producción se caracteriza por las relaciones que se establecen entre los distintos actores que intervienen en él. Las relaciones de producción capitalistas consisten esencialmente en el *dominio* de unas minorías sobre el resto de la población. La economía pertenece a los capitalistas, sobre todo a los grandes capitalistas. En el modo de producción capitalista el sujeto protagonista (el que decide) es la gran burguesía. Como consecuencia de esto la riqueza generada es acaparada por los dueños de la economía. Los trabajadores no poseen las empresas ni las gestionan (en sus líneas estratégicas más importantes), y, como consecuencia de esto, apenas recogen los frutos de su trabajo, los cuales son acaparados fundamentalmente por las minorías que poseen dichas empresas o que las gestionan.

La riqueza pública así se privatiza. La riqueza que en su origen era social, que se genera socialmente, deja de ser social, no es disfrutada socialmente. Y esto es una consecuencia directa del carácter privado de los medios de producción. Ésta es la gran contradicción del modo de producción capitalista de la cual beben el resto de contradicciones: la riqueza se genera *socialmente*, es creada *públicamente*, proviene de algo que era en principio *público* (la naturaleza), pero es acaparada por ciertos *individuos*, es disfrutada primordialmente de manera *privada*.

El capitalismo es un modo de producción *social* en el que los medios de producción son *privados* y, como consecuencia inmediata de esto, la riqueza generada es *privada*, es decir, es acaparada fundamentalmente por ciertas minorías, no por casualidad por aquellas que poseen dichos medios. La sociedad en conjunto es así desposeída de la riqueza que en verdad debería poseer. El origen de la desigualdad social radica principalmente en el hecho de que ciertas personas posean los medios de producción. La desigualdad en la posesión de las “máquinas” generadoras de riqueza, en su gestión, provoca, lógicamente, como no podía ser de otra forma, la desigualdad del reparto de la riqueza generada y todos los conflictos sociales que de ella se derivan. La lucha de clases va pareja a dicha desigualdad. Dicha desigualdad con el tiempo va aumentando si no se contrarresta la tendencia natural del capitalismo. Dentro del capitalismo dicha desigualdad sólo puede suavizarse temporalmente. Dicha desigualdad sólo puede desaparecer, por lo menos disminuir considerablemente, si desaparece el capitalismo. Y esto sólo puede producirse si en el curso de la guerra de clases vence una clase que aspira a la erradicación de *toda* explotación: la clase más explotada, el proletariado, la mayoría dominada. Esto sólo puede producirse también si dicha clase ejerce verdaderamente el control de la sociedad y si toma las medidas técnicas adecuadas, para lo cual se hace imprescindible un diagnóstico correcto del mal a erradicar, para lo cual también se hace imprescindible una metodología adecuada.

La metodología es clara, no puede ser otra: la democracia. El diagnóstico es claro, hace tiempo que lo es: el origen del mal reside en la propiedad *privada* de los medios de producción. A no confundir con la propiedad de los productos del trabajo. El socialismo aspira a socializar los medios de producción para redistribuir la riqueza, para devolverle a la sociedad lo que en verdad es suyo. El socialismo no busca la erradicación de *toda* propiedad privada, no la de los bienes particulares de las personas, no la del *producto* del trabajo de las personas, sino que “sólo” la de los medios de producción, la de los *medios* para que cada persona pueda hacer su trabajo. Busca expropiar a los expropiadores, a quienes acaparan la riqueza social acaparando los medios para generarla. Con el socialismo la propiedad de los bienes de los ciudadanos aumentará notablemente, a la par que disminuirá notablemente (buscándose su desaparición) la de los actuales poseedores de la economía (pero no la de sus bienes particulares, sino que la de sus empresas o tierras de producción agrícola o ganadera). En el socialismo la sociedad entera es dueña de su economía. La economía es pública, mejor dicho, es bastante pública, más pública que en el capitalismo, pero menos que en el comunismo. Más que en el capitalismo porque no sólo la producción es social, sino que también su gestión, sino que también sus medios, que son de propiedad social. Menos que en el comunismo porque la riqueza

generada no es *totalmente* social, no es puesta en conjunto, todavía, a disposición de *toda* la sociedad.

Cada individuo en el socialismo recibe acorde con su contribución, la cual depende también de su capacidad. El individuo más capaz, y con mejor actitud, es decir, el trabajador que trabaja más, porque puede y porque quiere, recibe más. Esto ya ocurre en parte en el capitalismo. El socialismo se diferencia en cuanto a que desaparecen quienes viven de los trabajadores, es decir, quienes no se someten a esta ley de que tanto trabajas tanto eres recompensado. En el socialismo desaparecen los capitalistas, los poseedores de los grandes medios de producción que sólo invierten y acaparan la riqueza generada por sus empleados. Además, en el socialismo, esa ley se aplica por igual a todo el mundo, todo es más transparente. Parte de la riqueza generada en el socialismo es puesta a disposición de toda la sociedad y parte es repartida entre quienes la generan, y en función de sus particulares contribuciones. El socialismo busca fundamentalmente pasar de una sociedad donde cada cual recibe en base a su propiedad, producto muchas veces de la suerte, y no tanto en base a su trabajo, a una sociedad donde cada cual recibe en base al trabajo que realmente aporta. El socialismo busca llevar a la práctica el principio “de cada cual según su capacidad, a cada cual según su trabajo”. El socialismo busca que cada cual reciba el producto de su trabajo, que cobre por el trabajo verdaderamente realizado. Es decir, el socialismo busca, entre otras cosas, de paso, erradicar el parasitismo social. Al hacer que todos los individuos trabajen, cada uno trabajará menos, el trabajo podrá repartirse mejor, la jornada laboral podrá disminuirse notablemente. El socialismo busca que cada cual reciba por lo que aporta, procurando que todos aporten igual, o lo más parecido posible. En el socialismo el derecho de los productores es proporcional al trabajo que han rendido; la igualdad aquí consiste en que se mide a todos por el mismo rasero: por el trabajo. El socialismo tendrá aún ciertas rémoras del capitalismo. Llevará cierto tiempo desprenderse del lastre del capitalismo. En el socialismo, el ciudadano, es decir, el trabajador (porque todo ciudadano será trabajador), es premiado en base a su *capacidad*, y no en base a la *propiedad* que tiene al nacer, cada ciudadano recoge el fruto de *su* propio trabajo, y no el de las generaciones pasadas, prospera en función de lo que hace en la vida y no por lo que se encuentra al nacer, no por lo que le dejaron sus muertos, no por lo que hicieron otros en otras vidas. Al menos esto es lo que pretende el socialismo: “a cada cual según su capacidad”. En el socialismo, la suerte, pilar de la sociedad capitalista, deja de protagonizar el destino (en la vida en sociedad, por lo que respecta a la vida económica) de las personas. Las personas en el socialismo tienen más oportunidades de controlar su propio destino.

El comunismo va mucho más allá. Busca liberar a los seres humanos de sus limitaciones en cuanto a sus capacidades. Busca dar al individuo en base a sus reales necesidades, y no en base a su capacidad. Representa un paso más en la búsqueda de una sociedad más justa, es decir, más libre. Busca liberar al ser humano de sus defectos, de sus debilidades, de sus desigualdades naturales, de tal forma que una persona con menos capacidad pueda satisfacer igualmente sus necesidades que otra más capaz, de tal forma que todas las personas, con distintas capacidades y distintas necesidades, satisfagan todas sus necesidades. El comunismo busca garantizar la supervivencia de *todos* los seres humanos. El comunismo va todavía más lejos que el socialismo y busca erradicar el propio concepto de propiedad, el cual es en verdad el

verdadero origen del mal, la manzana mordida que hizo que la humanidad haya sido expulsada del paraíso. Pero el comunismo no busca quitarle a la gente lo que es suyo, lo que siente suyo, sino que busca que la gente no necesite poseer, que *sienta* que nada es de nadie, que todo es de todos. El comunismo busca llevar a la práctica el principio “de cada cual según su capacidad, a cada cual según sus necesidades”. En el comunismo se aspira a tal estado de desarrollo, material y espiritual, que los individuos satisfacen todas sus necesidades independientemente de su capacidad para hacerlo, incluso independientemente de cuáles sean sus necesidades. El comunismo es el paraíso perdido, el paraíso recuperado. La humanidad, por mor de la evolución, es decir, por mor de la dialéctica materialista, abandonó el comunismo, y, por mor de la misma evolución, lo recuperará, pero a un nivel superior. La humanidad se negó a sí misma “momentáneamente”, pero negará esa negación, para volver a ser ella misma, por mor de la ley dialéctica de la negación de la negación.

El comunismo no sólo busca erradicar las desigualdades sociales, sino que incluso las “naturales”. Pero no negando éstas, no uniformizando a todos los individuos para que sean todos clones, sino que liberando a cada individuo de las necesidades más básicas, liberándolo en el sentido de garantizar la satisfacción de dichas necesidades, en el sentido de que ya nadie tenga que preocuparse por la supervivencia. La igualdad, como escribió Engels, significa abolir las diferencias de clase, pero no las de carácter individual. En el comunismo, por fin, cada individuo puede realizarse, pues dispone de mucho más tiempo libre, pues no debe preocuparse de su mantenimiento físico, el cual le llevará mucho menos esfuerzo y tiempo (recordemos que el trabajo es necesario para sobrevivir, es decir, gran parte del tiempo que dedicamos a trabajar es tiempo dedicado a la supervivencia). Con el comunismo todos los seres humanos, y no sólo ciertas minorías, pueden, por fin, dedicarse a vivir, a las artes, al ocio, al placer intelectual y físico, y no sólo a sobrevivir. El comunismo es la conquista del tiempo libre. El comunismo posibilita, además de la satisfacción de nuestras necesidades físicas, y precisamente porque la garantiza, la satisfacción de nuestras necesidades intelectuales, haciéndonos así más humanos, realimentando así la evolución del mono desnudo que deja de ser mono. Con el comunismo el tiempo dedicado a la supervivencia disminuye al mínimo necesario. El comunismo no erradica al individuo para que sea subsumido por la colectividad. ¡Al contrario! En él, el individuo, liberado de sus ataduras materiales (todo lo que puede liberarse), puede realizarse verdaderamente como ser humano, deja de ser un *animal* parlante y pensante. En el comunismo el ser humano alcanza su verdadera esencia humana, abandonando, por fin, su animalidad. La inteligencia se afirma a sí misma, supera su negación, la inteligencia potencial se hace real. El comunismo es el *inicio* de la civilización humana, en su sentido más profundo. Es el salto evolutivo definitivo, pero no el fin de la historia humana, al contrario, su verdadero principio. Todo lo acontecido hasta él es la transición desde el primitivismo hasta la civilización, del mundo animal al mundo espiritual. Con el comunismo la sociedad humana será, por fin, realmente *humana*, abandonará la animalidad de la que proviene. Con el comunismo la sociedad humana será, por fin, realmente *sociedad*, posibilitará la convivencia armónica entre los humanos. Con el comunismo el ser *social*, por fin, se realiza *socialmente*. El ser realmente es.

El ser humano, ser *social*, realmente se realiza cuando la sociedad lo es realmente, cuando se lleva a la práctica el principio elemental de igualdad en las relaciones entre los individuos, sin el cual no es en verdad posible la vida en sociedad, no por mucho tiempo. Una sociedad sustentada en la guerra permanente entre sus individuos llega en determinado momento, cuando su tecnología alcanza cierto nivel, a una crucial encrucijada: civilización o barbarie, supervivencia o extinción. El comunismo representa la civilización, la supervivencia. El capitalismo la barbarie, la autodestrucción. El ser social inteligente no puede sobrevivir como los animales. La supervivencia animal trasladada a la civilización, la barbarie, conduce a la extinción. La supervivencia debe sufrir el cambio de la cantidad en calidad cuando el ser social se hace suficientemente inteligente. La libertad en la jungla no puede ser la misma que la libertad en una sociedad civilizada. La ley del más fuerte, el libertinaje, debe dar paso a la igualdad (bien entendida, no la de ser y actuar todos de la misma manera). El egoísmo, que en la vida salvaje es el pasaporte de la supervivencia, en la vida civilizada es el pasaporte de la muerte. ¿Y cómo es posible que el egoísmo derive en solidaridad? Por la dialéctica materialista. En la vida salvaje en verdad que también era necesaria para la supervivencia cierta solidaridad. La solidaridad no aparece repentinamente, ya existía. Nada en el Universo nace y muere, sino que se transforma. La muerte es en realidad el paso a otra forma de existencia. Nuestro cuerpo no desaparece sino que es transformado. El misterio que nos queda por resolver es lo que le ocurre al pensamiento, al “software”, a lo que llamamos alma. ¿Desaparece por completo? Esto sólo podemos resolverlo, por ahora, mediante la religión, es decir, mediante la fe ciega, tanto para afirmar una opción (que el alma existe y va a otra dimensión, llámese como se quiera, esté en este Universo o en otro) como para negarla (que no hay alma, que al morir nuestro “software” simplemente se evapora). ¿Tal vez la muerte suponga una síntesis dialéctica superior entre cuerpo y alma?

Las condiciones materiales de existencia desarrollaron la inteligencia del ser humano: la liberación de las manos al pasar de la postura cuadrúpeda a la bípeda posibilitó el desarrollo del cerebro. La evolución de las especies postulada por Darwin sólo puede explicarse y comprenderse realmente si se considera y entiende el materialismo dialéctico. Las necesidades materiales, junto con ciertas casualidades probablemente (sin las cuales sería muy difícil explicar por qué evolucionaron unas especies y no otras, por qué no todas las especies evolucionaron de la misma manera), hicieron que las manos del mono antecesor del hombre fueran liberadas. Esto le posibilitó al homo sapiens desarrollar herramientas para satisfacer mejor sus necesidades materiales, es decir, le posibilitó el desarrollo intelectual y a su vez éste aumentó todavía más la posibilidad de alterar su entorno físico. De esta manera el cerebro y las manos se realimentaron mutuamente en una típica relación dialéctica enraizada en lo material. La bola de nieve, una vez que inició su caída por la ladera de la montaña, fue aumentando su tamaño a lo largo del tiempo. La inteligencia es también un producto de la ley de leyes del Universo, lo cual nos sugiere que tanto la vida como la vida inteligente no son la excepción, a no confundir con lo habitual. Que son raras, en cuanto a que la mayor parte del Universo está poblado de materia muerta, pero que no son tan raras, que el caso humano no es único. Probablemente, a la humanidad le quedan dos grandes hitos que marcarán decisivamente su historia: la resolución de la contradicción civilización-barbarie y el encuentro con otros seres extraterrestres

(especialmente con otras inteligencias), si el anterior hito se resuelve a favor de la supervivencia. Pero éstos son otros temas que se apartan del propósito de este libro. ¡Tiene tantas implicaciones la dialéctica materialista! ¡Se trata de una nueva concepción del mundo!

Con el tiempo la inteligencia y la solidaridad fueron aumentando de tal manera que el ser humano se hacía cada vez más social. En verdad no podemos decir esto de esta manera tan metafísica, no podemos separar las causas de los efectos: el ser humano se hacía más social a medida que se hacía más inteligente, y viceversa, el ser humano se hacía más solidario a medida que se hacía más inteligente, y viceversa,... Combínese estos tres conceptos, inteligencia, sociabilidad, solidaridad, de todas las maneras posibles y se tendrá una visión más realista de lo que ocurrió, es decir, más dialéctica. O bien, dicho de otra manera: una vez encendida la mecha de la inteligencia, una vez que se produce un cambio cualitativo decisivo (que la cantidad se transforma en calidad) en la especie llamada homo sapiens, con el tiempo, el individuo hace al sistema, es decir, lo va alterando, y a su vez el sistema hace al individuo, es decir, lo va cambiando, lo va haciendo cada vez más social. Podríamos redefinir la inteligencia como la capacidad de alterar el entorno y a su vez ser alterado por él. Más precisamente, la capacidad de ir alterando *cada vez más* el entorno y a su vez ser alterado *cada vez más* por él. Entendiendo el entorno en su sentido más amplio. Como el entorno físico, la naturaleza, pero también como la propia sociedad de la especie inteligente de que se trate. Las abejas también alteran su entorno físico, pero dicha alteración no cambia a lo largo del tiempo, por lo menos no tanto como la alteración que hace el ser humano. La especie humana es la única de la Tierra que ha sobrepasado cierto umbral de inteligencia. No es la única especie inteligente, pero sí la única que ha superado el punto crítico de la inteligencia a partir del cual la evolución se acelera. Inteligencia implica cambio. Cuanta más inteligencia más cambio. Y dado que el cambio tiene mucho que ver con la dialéctica, de hecho, es consustancial a ella, esto quiere decir que la inteligencia es efecto y al mismo tiempo causa de la dialéctica materialista. Ésta, la lógica del Cosmos, se realimenta a sí misma. El Universo se hace cada vez más dialéctico, es decir, más cambiante, más complejo, a medida que pasa el tiempo. La inteligencia crítica es la sal que dispara el proceso dialéctico sustentado en la materia, es decir, que dispara la evolución. Aquellas especies que no superan cierto umbral de inteligencia se estancan, no evolucionan, o sucumben ante circunstancias ajenas a ellas. La inteligencia abre las puertas a cualquier especie para prolongar su existencia, pero siempre con el riesgo también de acortarla bruscamente. La inteligencia pone el destino de una especie en sus propias manos. No es que su destino dependa *sólo* de ella, es que depende *también* de ella, en gran parte de ella. Pero como todo en la vida, como nos dice claramente la dialéctica, tiene sus lados contrapuestos, todo lo bueno que tiene la inteligencia tiene su lado oscuro, su otra cara de la moneda. Sobrevive, es decir, no sucumbe ante sí misma, aquella especie inteligente que resuelve las contradicciones inherentes a la inteligencia en el sentido "positivo", es decir, en el sentido de armonizar, en vez de oponer, a la especie y su entorno. Más en general, sobrevive aquella sociedad inteligente que es capaz de resolver sus contradicciones en el sentido positivo. El comunismo supone la resolución de las contradicciones de la inteligencia en el sentido positivo.

Al hacerse más social el ser humano aumentaba considerablemente el tamaño de sus sociedades, hasta alcanzar la escala planetaria, donde por necesidad de supervivencia, una vez más (la materia es la que manda en última instancia), no tuvo más remedio que evolucionar hacia una sociedad todavía más solidaria, donde no tuvo más remedio que sintetizar dialécticamente egoísmo y solidaridad, donde dichas contradicciones se resuelven en el sentido de que prevalezca la solidaridad, pues sólo ella podrá salvar a una especie tan numerosa y que altera tanto su entorno. El individuo egoísta que busca su supervivencia como individuo no tiene más remedio que hacerse solidario para sobrevivir *junto* al resto de sus congéneres. Al hacerse suficientemente social, el antaño egoísmo se transforma en solidaridad. O lo que es lo mismo, el individuo se hace solidario por egoísmo, no tanto como una elección ética (aunque también pues la ética se sintetiza dialécticamente con la simple necesidad), sino que sobre todo por pura necesidad de supervivencia (acorde con la dialéctica *materialista*). El egoísmo era la supervivencia del individuo aislado, o poco social. La solidaridad es la supervivencia del individuo social, muy social. Podríamos incluso decir que la solidaridad es el egoísmo social, el egoísmo inteligente. Y todo esto ocurre de manera inconsciente al principio, durante mucho tiempo, hasta que por fin el ser humano toma consciencia de sí mismo y del Universo, hasta que descubre la ley de leyes que lo rige y la utiliza a su favor. Así pues, podemos decir que el comunismo es el “triumfo” de la solidaridad sobre el egoísmo, así como del lado positivo de la inteligencia sobre su lado negativo, la estupidez (a medida que el ser humano se hace más inteligente también se vuelve más estúpido, si consideramos a la estupidez como la mala utilización de la inteligencia potencial). El comunismo es la cumbre evolutiva de toda sociedad, de todo ser social, es decir, de todo ser pues todo ser es siempre social, más o menos social. Pero, insisto, la evolución no es lineal, ni predeterminada. Al comunismo, probablemente, no llegan todas las especies inteligentes, muchas de ellas se quedan en el camino, se autoextinguen. El día que conozcamos otros casos, otras especies inteligentes, podremos confirmar o refutar todas estas teorías.

La humanidad sólo está empezando a *intuir*, por primera vez en su historia, su posible futuro. Cuando tome las riendas de sí misma esa *intuición* se transformará en construcción consciente, en verdadero *conocimiento*. ¿Podemos imaginarnos siquiera, en los albores del siglo XXI, lo que esto significa? El socialismo *científico* nos permite prever, hasta cierto punto, y construir, hasta cierto punto, el futuro y no sólo adivinarlo como se hacía hasta hace poco. El futuro ya no pertenece a cuatro iluminados, a los brujos o a los profetas, sino que a toda la humanidad. ¿Nos damos cuenta de lo que nos legó el marxismo?

La sociedad comunista es una sociedad más cohesionada, más armónica, más pacífica, más libre, más justa, más próspera, más segura, más estable (por tanto más duradera) porque es realmente *la sociedad*, porque supone el fin del camino del primitivismo a la civilización, es decir, a la vida en sociedad, en una sociedad inteligente, en grandes sociedades. Con el comunismo la sociedad *de clases* desaparecerá, pero no la propia sociedad que, por fin, merecerá tal nombre. El Estado *clasista* desaparecerá, pero no necesariamente el propio Estado (el cual, indudablemente, adoptará otras formas), pues la sociedad necesitará seguir organizándose. En esto discrepo de ciertas visiones del comunismo que afirman que el Estado se extinguirá, en verdad esta aseveración tiene que ver con lo que entendamos

por Estado. La *explotación* dará paso a la verdadera *organización*. El *dominio* a la *colaboración*. La *competencia*, es decir, el *egoísmo*, a la *solidaridad*. El egoísmo será reducido a la mínima expresión, pues ya no será necesaria la lucha *individual* por la supervivencia. Pues la solidaridad tomará el relevo del egoísmo. O dicho de otra manera, el exceso de egoísmo se transformará en solidaridad, por mor de la conversión de la cantidad en calidad. El exceso de egoísmo llevará a la humanidad a resolver el dilema socialismo o barbarie. El egoísmo, el motor de la supervivencia en la vida animal, y en su transición a la vida civilizada, dará paso a la solidaridad, el motor de la supervivencia en la vida civilizada, es decir, social. La guerra, sustentada en el egoísmo, dará paso a la paz, sustentada en la solidaridad. No es muy difícil imaginarnos que en tal sociedad los individuos podrán comunicarse a un nivel jamás realizado, pues la solidaridad aumentará la empatía. Ni tampoco es muy difícil imaginarnos que en tal sociedad el desarrollo de la inteligencia se disparará, causando en el tiempo un notable aumento del cerebro. Tal vez los seres humanos aprendan a comunicarse telepáticamente. Pero no nos vayamos por el terreno de la ciencia ficción, no especulemos tanto sobre el futuro.

En el comunismo existe tal abundancia de bienes que el concepto de propiedad pierde todo su sentido, pues la propiedad surge de la necesidad de acceder a lo que no es abundante, a lo que no es fácilmente accesible. Nadie aspira a poseer lo que es abundante, lo que es accesible a todos. A nadie se le pasa por la cabeza poseer el aire. Sin embargo, en el capitalismo, se aspira incluso a poseer lo que en principio es abundante, ya sea haciéndolo escaso, ya sea dificultando su acceso. Cuando surgió el excedente de la producción en la sociedad humana apareció la propiedad privada. Dicho excedente, al no ser abundante, fue acaparado por ciertas minorías, que lo hicieron, además, inaccesible. En la sociedad primitiva la única riqueza disponible era la propia naturaleza, y al ser esta riqueza abundante y fácilmente accesible, el ser humano no sentía la necesidad de poseer nada. El comunismo primitivo fue el sistema mediante el cual la humanidad vivió durante milenios. Cuando dicho excedente de la riqueza producida por la humanidad supere cierto umbral, cuando se alcance la abundancia, y cuando ésta sea accesible a toda la sociedad, para lo cual deberá ser controlada por *toda* ella, la propiedad se extinguirá. ¡Pero siempre que la sociedad sobreviva y sea *en conjunto* dueña de sí misma! Actualmente estamos cada vez más cerca de cumplir la primera condición: somos ya capaces de generar mucha riqueza. Pero aún estamos lejos de la segunda condición: la gran riqueza generada es acaparada por unos pocos, no es puesta a disposición de *toda* la sociedad, no es accesible a *toda* ella. Sin propiedad *privada* no hay propiedad. Sólo puede uno poseer cuando otro no lo hace, cuando simultáneamente se desposee a otro. Las comunidades primitivas no conocían lo que era la propiedad, más allá quizás de unos pocos bienes muy personales, por razones sentimentales, tal vez ni siquiera eso. Por consiguiente, dichas sociedades primitivas no conocían el dinero. El comunismo del futuro abolirá el dinero. El mercado desaparecerá. El comunismo es el reino de la abundancia. Quien dice abundancia dice libertad. Cuando la riqueza es abundante y accesible a todos, entonces tenemos comunismo, entonces surge el reino de la libertad. Cuando uno es más libre es más feliz. Las tribus primitivas que han sobrevivido hasta nuestros días se han caracterizado (y esto es algo que ha sorprendido a los antropólogos) por ser más felices, precisamente, porque se sentían libres, porque vivían en un régimen comunista (que por supuesto no tiene nada que

ver con el estalinismo). El comunismo es el reino de lo común, donde todo lo necesario es accesible a todos. Lo que es común no puede ser poseído. El comunismo es el fin de la propiedad privada, es decir, el fin de la misma propiedad. El comunismo “civilizado” se diferenciará del comunismo primitivo en cuanto a que será el resultado de la *abundancia* de excedente productivo, y no de su *ausencia*. O bien, dicho de otra manera, la abundancia en la que se sustentaba el comunismo primitivo provenía *directamente* de la naturaleza, la propia naturaleza virgen era la única fuente de abundante riqueza. La abundancia en la que se sustentará el comunismo del futuro será la obtenida *indirectamente* de la naturaleza, será la naturaleza manufacturada y no la propia naturaleza. Y esa abundancia de la riqueza, obtenida a partir de la naturaleza “procesada”, se alcanzará cuando procesemos mejor, cuando el desarrollo científico y tecnológico se corresponda con el desarrollo social, es decir, político y económico, en vez de oponerse a él, cuando tengamos una tecnología puesta al servicio de toda la sociedad, cuando seamos capaces de organizarnos mejor. El desarrollo social realimentará al tecnológico, y viceversa, tal como nos dice la dialéctica. No por casualidad el socialismo científico surgió en plena Revolución industrial. El horizonte del comunismo se aclarará a medida que la tecnología se vaya desarrollando todavía más, una vez que dicho horizonte se despeje de espejismos, de falsas imágenes. El comunismo es el triunfo de la razón y, al mismo tiempo, de la fe. De la razón puesto que la sociedad se vuelve lógica, puesto que todo vuelve a su lugar natural, puesto del revés en la sociedad capitalista. De la fe puesto que la humanidad vuelve a soñar y porque sus sueños se convierten en realidad. De ambas puesto que el materialismo dialéctico las integra, las complementa, como ya vimos. Su síntesis teórica, en la filosofía de la *praxis*, conduce a su síntesis práctica.

El comunismo supone una etapa histórica que se alcanzará (mejor dicho, que podría alcanzarse) en determinado momento, no puntual desde luego, como resultado de una *evolución* a partir del capitalismo, mediante una *transición* más o menos larga llamada socialismo. El comunismo no llegará de repente un día, no se decretará. Irá poco a poco constituyéndose, ¡pero no por sí solo! El comunismo será una construcción consciente de la propia humanidad. El comunismo supondrá la “abolición” de los pilares de la sociedad capitalista: el cambio y el trabajo asalariado. Y, como consecuencia de esto, la desaparición del Estado, por lo menos del Estado clasista. El comunismo, a diferencia del socialismo, destruye la *lógica* mercantil del capitalismo. Supone el establecimiento de una nueva lógica en la economía y por tanto una reorganización y transformación de toda la sociedad. Una lógica más coherente y racional. Según Anton Pannekoek, el capitalismo es producción para la acumulación de valor, mientras que el comunismo es producción para el valor de uso, para la satisfacción de las necesidades sociales. Con el comunismo el ser humano vuelve a vivir en comunidad. El comunismo primitivo, como ya dije, era la vida en comunidad cuando no había excedente de producción (porque prácticamente no había producción), cuando la abundancia provenía de la propia naturaleza virgen. El comunismo de la civilización futura es la vida en comunidad de sociedades avanzadas, cuya tecnología y organización social han alcanzado tal nivel de desarrollo, que es posible generar y gestionar la riqueza (abundante, obtenida mediante la transformación de la riqueza ofrecida por la propia naturaleza), sin el mercado, sin la propiedad (y por tanto sin la propiedad de la fuerza de trabajo ni de los medios de producción, es decir, sin la explotación del hombre por el hombre). Para Marx la

explotación sólo puede abolirse mediante la abolición del trabajo asalariado, la cual es una consecuencia de la división del trabajo.

Según nos explica Leszek Kolakowski en *Las principales corrientes del marxismo*:

El hecho de que la fuerza de trabajo sea una mercancía significa que el hombre actúa como cosa, que sus cualidades y capacidades personales son compradas y vendidas como cualquier otra mercancía; sus cerebros y músculos, su energía física y facultades creativas se reducen así a un estado en el que sólo el valor de cambio cuenta para algo. Esta reificación, la conversión de la persona en cosa, es la medida de la degradación humana bajo el capitalismo.

[...]

La idea de Marx es que la división del trabajo consiguiente a la mejora de los instrumentos de producción, es la fuente primordial del proceso de alienación y, a través de él, de la propiedad privada. Esto sucede porque la división del trabajo lleva necesariamente al comercio, es decir, a la transformación de los objetos producidos por el hombre en vehículos con un valor de cambio abstracto. Cuando las cosas se convierten en mercancías, existe ya la premisa básica de la alienación. La desigualdad, la propiedad privada y las instituciones políticas alienadas para la protección de los privilegios, son todos ellos fenómenos derivados del mismo proceso. El fenómeno del «trabajo alienado» continúa actuando y recreándose en la producción. Cuando el trabajo físico y mental se divorcian mutuamente se produce una forma peculiar de alienación.

[...]

Dado que la división del trabajo es la primordial fuente de la desigualdad y de la propiedad privada, el principal objetivo del comunismo será abolir la división del trabajo. El comunismo supone unas condiciones en las que los hombres no estén limitados a un determinado tipo de trabajo, sino que pueda tomar parte sucesivamente en todos los tipos, consiguiendo así un desarrollo global.

[...]

Pero para abolir la alienación son necesarias dos condiciones. Primero, el estado de servidumbre debe ser intolerable, las masas deben estar privadas de posesiones y ser totalmente opuestas al orden existente. Segundo, el desarrollo técnico debe haber alcanzado una etapa avanzada; el comunismo en una etapa primitiva no sería más que la pobreza generalizada. Además, este desarrollo debe ser mundial; el comunismo sólo puede aparecer cuando el mundo sea un solo mercado y todos los países sean económicamente dependientes entre sí. Debe producirse por una revolución simultánea en los países más avanzados y dominantes; un proletariado capaz de llevar a cabo la revolución debe ser una clase que exista a escala mundial.

[...]

Marx y Engels estaban interesados en demostrar que el comunismo no es un ideal de un mundo mejor arbitrariamente construido, sino una parte natural del proceso histórico. Hasta que no se hayan cumplido por completo las condiciones previas a un cataclismo social, no importa cómo y con qué frecuencia se proclama la idea de este cataclismo. Pero la revolución comunista es fundamentalmente diferente de todas las anteriores. Éstas han alterado la división del trabajo y la distribución de la actividad social; pero la revolución comunista abolirá la división de clases y la división del trabajo y también abolirá las clases y naciones como divisiones de la especie humana. El comunismo producirá por vez primera una transformación universal de los términos de producción e intercambio; considerará a todas las anteriores formas de desarrollo social como obra del hombre, sometiénolas a la autoridad de los individuos unidos.

[...]

La restauración de la plena humanidad del hombre, que acaba con la tensión entre las aspiraciones individuales y el interés colectivo, no implica una negativa por parte de Marx de la vida y libertad del individuo. Ha sido una errónea interpretación tanto de marxistas como de antimarxistas suponer que consideró a los seres humanos meramente como especímenes de clases sociales, y que la «restauración de su esencia de especie» significaba la aniquilación de la individualidad o su reducción a una naturaleza social común.

[...]

Según Marx, la afirmación de la propia individualidad supone la restauración del «carácter social» del hombre o de su «naturaleza de especie» como algo distinto y opuesto al estado de «contingencia», es decir, a su esclavizamiento de unas fuerzas alienadas. Bajo el comunismo, la desaparición del antagonismo entre las aspiraciones personales y la especie no es una cuestión de identificación, ya sea forzosa o voluntaria, entre ambas, es decir, una mediocridad y uniformidad generalizadas. Lo que significa es que las condiciones serán tales que los individuos podrán desarrollar plenamente sus aptitudes, no en conflicto con los demás, sino de forma socialmente útil, en vez de ser la superioridad un privilegio o un medio de subyugación de los demás.

En el apéndice C he incluido la recapitulación que hace Leszek Kolakowski sobre lo que entendía Marx por comunismo. Creo que es interesante conocer la concepción del comunismo por parte del padre del marxismo para contrastarla con los regímenes que se autoproclamaron comunistas, para contrastarla también con la imagen que nos vende la burguesía acerca del comunismo.

El comunismo del futuro se alcanzará, si es que la especie sobrevive a sí misma, cuando la producción llegue a cierto estadio y cuando su organización sea la adecuada y permita llegar a dicho estadio productivo, cuando el ser humano libere a la producción capitalista de las fuerzas que se oponen a ella, de aquellas fuerzas que la posibilitaron, que permitieron su crecimiento pero que ahora la obstaculizan. Cuando la producción se haga *totalmente social* y se libere de la rémora *privada*. En el comunismo del futuro la economía vuelve a su lugar lógico y natural. ¡El comunismo sí

es natural, y no el capitalismo! Lo único que tiene de natural el capitalismo es que es una etapa necesaria en la evolución de la propia naturaleza para llegar a una sociedad inteligente que pueda sobrevivir, para pasar de un estado natural a otro. El comunismo es más natural porque perdurará más en el tiempo, porque supone un estado más estable de la naturaleza (la civilización inteligente es un estadio evolutivo de la propia naturaleza). Como proclaman muchos comunistas, el comunismo es la reconciliación del hombre y la naturaleza, más aún la reconciliación del ser humano con sí mismo. El comunismo es la síntesis dialéctica (materialista) de las contradicciones de toda sociedad que está a mitad de camino entre el primitivismo y la civilización. Con el comunismo, la sociedad humana, toda sociedad inteligente podríamos incluso decir, alcanza el equilibrio. Un equilibrio estable y no inestable, un equilibrio sólido que le permite sobrevivir a sí misma e iniciar su verdadera historia. ¡Incluso el propio materialismo dialéctico sucumbe ante sí mismo, sintetiza medio y fin! El comunismo es la realización práctica de la dialéctica materialista en la sociedad (*fin*), y al mismo tiempo es el *método* que puede permitir alcanzar dicho fin.

¿Palabrería simplemente, por muy bella y coherente que pudiera parecer? El tiempo dirá. Sobre todo la práctica dirá. Siempre que la práctica pueda hablar. Siempre que existan *condiciones* para que pueda hablar libremente. Esas condiciones constituyen el método científico, el cual es a su vez hijo de la dialéctica, es la síntesis dialéctica entre práctica y teoría, de la dialéctica *materialista*, que es lo que significa que manda la práctica. El método científico aplicado a la sociedad humana, a las ciencias sociales (economía, política,...) se llama *democracia*. ¿Es el comunismo un sueño? Tal vez. ¡Pero qué hermoso sueño! ¡Qué necesario sueño! El socialismo científico, sustentado en el materialismo dialéctico, por primera vez en la historia de la humanidad, nos posibilita la realización de dicho sueño. El capitalismo, por el contrario, nos conduce a una pesadilla. ¡Es ya una pesadilla! El socialismo, con destino al comunismo, nos libera de dicha pesadilla capitalista. Ese sueño se alcanzará, si es que se alcanza, en no poco tiempo. Probablemente en siglos. Todo sistema necesita siglos para desarrollarse. El capitalismo ha necesitado también unos cuantos. Ese sueño no se alcanzará al primer intento. Todo experimento necesita varios intentos. La verdad no se alcanza sin numerosos errores en el camino. Sólo podremos saber si ese sueño del comunismo es realizable si lo intentamos realizar, si la sociedad es capaz, toda ella, en conjunto, de tomar las riendas de su propio destino. El comunismo aspira a un nuevo ser humano. Pero, siendo fiel al materialismo dialéctico, sin el cual toda comprensión de la realidad se hace imposible o insuficiente, sin el cual, por consiguiente, toda transformación de dicha realidad es sólo utopía, el comunismo postulado por el marxismo sienta primero las bases de un desarrollo *material* suficiente, aunque a su vez realimentado, dialécticamente, por un desarrollo intelectual. Si la sociedad no está *materialmente* preparada para el comunismo, será imposible el paso del reino de la capacidad al de la satisfacción de las necesidades, será imposible la liberación del ser humano. El ser humano se liberará *mentalmente* si primero se libera *físicamente*, para lo cual también deberá empezar liberándose mínimamente también *intelectualmente*. ¡Ah, la dialéctica! Pero sin perder de vista que todo está enraizado en lo *material*. ¡Ah, el materialismo dialéctico! El comunismo, el verdadero, no el esperpento que hemos conocido en el siglo XX, es realmente el reino de la libertad pues nos libramos incluso de los límites, o defectos, físicos, o psicológicos, que nos diferencian los unos de los otros, esos defectos que nos impiden

satisfacer nuestras necesidades como así hacen nuestros prójimos, lo cual no significa que tengamos todas las mismas necesidades. Pues, ¿qué es la libertad sino la posibilidad de satisfacer todas nuestras necesidades?

Quedará por ver si el comunismo será posible o no, pero lo que está claro es que sólo podrá serlo con el tiempo y si la sociedad es dueña de sí misma. Lo que está claro es que si no intentamos evolucionar no lo lograremos. Lo que ahora está claro es que, gracias al método marxista, es decir, gracias a la dialéctica materialista, los humanos podemos controlar nuestro propio destino, por lo menos en gran parte. De nosotros, aunque no sólo de nosotros, depende nuestro futuro. El marxismo no sólo pretende devolver a la sociedad su riqueza material, el poder político, sino que también, por encima de todo, pretende devolverle al ser humano el protagonismo de la sociedad humana, incluso pretende adueñarle de su propio destino. ¡El marxismo es el verdadero humanismo! ¡El marxismo le devuelve la esperanza a la humanidad, pero sin perder de vista la realidad, precisamente por eso se la devuelve! El marxismo hace posible el Cielo en la Tierra, pero nos dice que el Cielo está también en la misma Tierra, que podemos construirlo desde la propia Tierra. El paraíso soñado por la humanidad durante milenios, por fin, se nos aparece en el horizonte, ¡pero de la propia Tierra! Lo tenemos ante nuestras narices. Nuestro destino ya no depende de la Providencia, sino que de la ciencia. No depende de los Dioses, sino que de nosotros mismos: los humanos.

El comunismo no es *el* futuro, sino *un* posible futuro, el cual se puede vislumbrar someramente observando el presente y conociendo la *dinámica* de los acontecimientos históricos, sabiendo cómo el pasado derivó en el presente y por tanto cómo el presente puede derivar en el futuro. ¡El destino no está *completamente* escrito! ¡Pero tampoco está libre *por completo* de ciertas leyes! Comprender en su esencia la dialéctica materialista significa comprender cómo la historia se hace. El comunismo no es una amenaza para la humanidad, es una esperanza. Mejor dicho, es una amenaza sólo para aquellas minorías que viven a costa del resto de la humanidad. Es una de las posibilidades que se nos presenta en el horizonte temporal, la mejor de las que se nos presenta, pero no la única. Nadie puede conocer *exactamente* cómo será el futuro, pero tampoco esto significa que no podamos tener ciertos *indicios*, que no podamos *prever* algo algunos de los posibles futuros. Y esto es así por la propia lógica del Universo, de la cual no puede escapar la sociedad humana. Dicha lógica nos dice que todo es dinámico, que existen múltiples futuros posibles porque existen contradicciones que pueden resolverse de una u otra manera. Si conocemos dichas contradicciones y cómo pueden resolverse, entonces podremos resolverlas de cierta manera. El método marxista nos pone en nuestras propias manos nuestro destino. El comunismo es uno de esos futuros, uno que tiene ciertas probabilidades de alcanzarse si las contradicciones en la dinámica de la evolución de la sociedad humana se resuelven de cierta manera. El conocer las posibilidades nos brinda la oportunidad de trabajar activamente por la realización de aquella que más nos convenga. La voluntad humana no sólo nos sirve para conocer, para prever, sino que también para construir. El conocimiento de la ley fundamental de la evolución del Cosmos, y por tanto de nuestra sociedad humana también, nos permite construir nuestro futuro, además de vislumbrarlo. Ésta es, sin duda, la gran aportación de Marx. ¿Puede existir mayor conquista que el conocimiento de la *lógica* del Universo?

El socialismo, la transición desde el capitalismo, se conforma con menos que el comunismo, aunque ya supone un gran paso respecto del capitalismo. No en vano el socialismo es la etapa intermedia entre el capitalismo y el comunismo. El socialismo busca satisfacer a la sociedad, busca armonizar el modo de producción *social* con el reparto *social*, para lo cual los medios de producción deben pertenecer a la sociedad y deben ser gestionados socialmente. El socialismo busca resolver las irresolubles contradicciones del capitalismo, mejor dicho, busca establecer las *bases* para resolverlas, sienta las bases del comunismo. Ni más ni menos. Con el socialismo, lejos de lo proclamado por sus enemigos o por sus falsos profetas (que en verdad sólo buscan sustituir a los actuales acaparadores de la riqueza generada), la democracia, por fin, será real. Con el socialismo la democracia política se complementa a, y a su vez se nutre de, la democracia económica (¡esa omnipresente dialéctica!). Esa contradicción del capitalismo en la que la “democracia” política convive con la dictadura económica se resuelve, pero no en el sentido de desnaturalizar la democracia política (como así ocurre con el capitalismo, que necesita mantener a toda costa el totalitarismo económico en el que se sustenta, para lo cual debe desposeer a la democracia de su sujeto teórico, el pueblo, para lo cual debe vaciar de contenido a la escasa y simbólica democracia liberal). El socialismo expropia a los expropiadores capitalistas, tanto en lo económico como en lo político. Con el socialismo el poder vuelve al pueblo, la riqueza vuelve al pueblo. En verdad que con el socialismo, por fin, es posible el poder del pueblo, puesto que desarrollar el socialismo es desarrollar la democracia. Con el socialismo, por fin, se vislumbra la posibilidad de una sociedad que merezca tal nombre.

Las desigualdades sociales existentes en el sistema capitalista no pueden justificarse en base *sólo* al obvio hecho de que no todos tenemos las mismas capacidades o necesidades. Esta última desigualdad natural no se corresponde con aquellas desigualdades sociales, las cuales son artificiales. Nadie tiene miles de veces la capacidad (o necesidad) de otras personas, sin embargo, hay personas que acumulan una riqueza como la de muchos millones de personas. Esto sólo puede comprenderse si se comprende que el juego social está viciado, que sus reglas no son justas, que posibilitan que algunos hagan trampas. La trampa de la sociedad actual consiste en que unos tengan más opciones que otros, en la falta de igualdad de oportunidades, en una gran desigualdad de oportunidades. Ésta es verdaderamente la raíz de fondo del problema de nuestra sociedad capitalista. La tan proclamada libertad del capitalismo es falsa, está acaparada de manera desigual, es en verdad libertinaje. Unos son mucho más libres que otros, tienen muchas más opciones que otros. Uno es más libre cuantas más opciones tenga. Unos someten a otros, es decir, explotan a otros, porque poseen los medios de producción, porque los acaparan. El trabajador es “libre” de vender su fuerza de trabajo o no, pero si no lo hace no puede sobrevivir. ¿Qué libertad es esa que nos da *una* sola opción a elegir? El trabajador es “libre” de convertirse en capitalista, pero si no tiene dinero no puede hacerlo. ¿Qué libertad es esa que nos *imposibilita* elegir? ¿Qué libertad es esa que está hipotecada a las condiciones iniciales de nuestra existencia, las cuales no dependen de nosotros? ¿Qué libertad es esa que es “poseída” por la suerte? El trabajador puede elegir dónde ser explotado, pero no puede huir de la explotación. Puede minimizarla, puede acotarla, pero no eliminarla. Al menos así les ocurre a muchos trabajadores, a cada vez más trabajadores, a la inmensa mayoría. Incluso ya el ser explotado se convierte en un

bien, en un lujo. Ahora mismo el poder trabajar, aunque sea por un sueldo mísero, aunque sea sin tener casi tiempo libre, es a lo máximo a que pueden aspirar muchos y muchos trabajadores, empezando por los jóvenes, a los cuales se les roba su futuro. ¡Bienvenida sea la explotación! Proclaman los desempleados, ese ejército de reserva del capitalismo, como así los llamaba Marx.

La explotación en la sociedad se da cuando algunos individuos juegan con ventaja respecto a otros, cuando en la carrera de la vida unos salen de posiciones mucho más ventajosas que otros. En la sociedad capitalista la ventaja proviene del hecho fortuito de que se posea dinero al nacer, de que se nazca en tal o cual familia, en tal o cual clase social, en tal o cual país, incluso con tal o cual capacidad. Muy “civilizado” este sistema donde el individuo sólo puede prosperar cuando nace en un sitio que ya es próspero. Muy “civilizado” este sistema donde el individuo depende por completo de la suerte, de haber nacido aquí o allí, o, así o asá. Muy “civilizado” este sistema que se sustenta en unas relaciones desiguales entre los individuos que lo componen, una sociedad basada en la guerra de todos contra todos, en el dominio de unas clases sobre otras. ¿Cómo va a haber paz social en tal tipo de sociedad? Nos dicen que los conflictos entre los humanos son inevitables, que son una cosa “natural”, y, sin embargo, tenemos un sistema sustentado en relaciones tramposas, donde unos dominan a otros. Tenemos una sociedad que no combate la posibilidad de conflictos, sino que la fomenta. ¿No influirá la manera en que nos organizamos en el estado permanente de guerra en que está sumida la sociedad humana? Sí, precisamente, los seres humanos no somos perfectos, si tenemos nuestras miserias, ¿no es imperativo organizarnos de tal manera que dichas miserias puedan minimizarse, en vez de avivarse?, ¿no es imprescindible para ello construir una sociedad en base a unas reglas donde todos los individuos puedan relacionarse entre sí de la manera más igualitaria posible? Las respuestas son obvias. Entonces, ¿qué ocurre? Ocurre que quienes son dueños de la economía, lo son también de la política, de la ideología. Controlan la información y la opinión de tal manera que controlan la manera de pensar y actuar de la gente. Ocurre que su dominio, material e inmaterial, junto con una sabia política de ceder un mínimo, especialmente cuando el orden establecido corre peligro (entre otras cosas, muy resumidamente, y de manera un poco simplificada, pero no mucho), impide que la sociedad pueda organizarse de otra manera, impide la revolución social, que no es más que la reorganización de la sociedad, que no es más que el establecimiento de unas nuevas reglas de funcionamiento. Ocurre así que lo lógico no es lo normal. Ocurre así que el sentido común se vuelve el menos común de los sentidos. Ocurre así que la sociedad se vuelve del revés. El individuo está al servicio de la economía, en vez de al revés. Los medios se transforman en fines y viceversa. El dinero se convierte así en el verdadero dueño de la sociedad. Ocurre que la sociedad humana no pivota alrededor del ser humano, sino alrededor del vil metal. Ocurre que la sociedad humana se deshumaniza cada vez más. Etc., etc., etc. Remito a mi pequeño libro *Las falacias del capitalismo*.

La acumulación de dinero por parte de unos pocos, la cual conlleva su dominio político e ideológico, es decir, su dominio de la sociedad entera, proviene del hecho de que ellos posean los medios de producción. La propiedad *privada* de los medios de producción, formal o real, teórica y sobre todo práctica, es el origen del mal, de la sociedad basada en la explotación. Expropiar a la gran burguesía, a los expropiadores,

es un “pequeño” paso, un primer paso primordial, pero no es el único necesario. La propiedad de dichos medios debe ser, además de formal, real. En los regímenes basados en la dictadura del proletariado fue esencialmente formal, fue “sólo” formal. Esto supuso un paso adelante respecto del capitalismo, donde dicha posesión no es ni siquiera formal, pero supuso un paso insuficiente. La manera de que los medios de producción sean *realmente* sociales es mediante la democracia, política y económica. Cuando los trabajadores son quienes los gestionan (no sólo en cuanto a las decisiones técnicas, secundarias, sino que también, sobre todo, en cuanto a las decisiones más importantes), junto con el Estado, controlado verdaderamente por el pueblo, entonces es cuando realmente es posible superar la sociedad explotadora, es cuando realmente se ponen los cimientos de una nueva sociedad no clasista, de una sociedad más armónica, más pacífica, más estable, más lógica, más ética,... Sólo es posible cambiar la esencia de la sociedad si se cambia radicalmente su modo de producción, lo cual no significa que sólo pueda *empezarse* por cambiar éste. Mientras el proletariado no tenga el poder *político* no será posible iniciar la transformación del modo de producción. Sólo es posible gestionar *en conjunto*, construir el futuro *en conjunto*, cuando se aplica la democracia a todos los niveles. Sólo es posible empezar a transformar el modo de producción cuando se empieza a gestionarlo. Lo primero de todo es que la sociedad tome el control político, y lo segundo, lo antes posible, el control económico. En paralelo debe tomar también el control ideológico. Pero que la sociedad tome el control ideológico, al contrario de lo que significa cuando así lo hace cualquier minoría, supone en verdad posibilitar la libre circulación de las ideas, su enfrentamiento igualitario. La toma del control ideológico, la democratización de las ideas, equivale a posibilitar el método científico para las ciencias sociales, para comprender y transformar la propia sociedad humana. No es posible comprender la sociedad, ni cambiarla, sin dicho método. La ciencia de esta manera no sólo le sirve al ser humano para combatir las inclemencias del clima, para comer mejor, para desplazarse más rápido, o para entretenerse, sino que le sirve, ¡por fin!, para vivir más dignamente, para liberarse, para poder ser más feliz. Una vez tomado el control de la sociedad por el conjunto de ella misma, para lo cual primero habrá que despojar del mismo a las élites que actualmente lo ostentan, será posible administrarla de acuerdo con el interés general, para ir gradualmente transformándola. La clave está pues en la toma del control por parte del *conjunto* de la sociedad, por parte de las clases populares, de la mayoría. Esta toma del control equivale a la conquista de la democracia.

Mientras no se ataque a la madre de todas las causas de la pobreza o de las escandalosas desigualdades, seguiremos en esencia igual. Atacar a dicha madre de todas las causas equivale a atacar al núcleo del capitalismo. En la vida en sociedad una libertad sin igualdad (de oportunidades, de derechos), es una libertad vacía de contenido, es una libertad formal pero no real, que se queda en papel mojado. Luchar por la igualdad, formal y real, es luchar contra el capitalismo. Luchar por la igualdad en la política equivale a luchar por la democracia, en contra de la oligocracia, la forma política del capitalismo, la manera que tiene la oligarquía de gobernar, de controlar al Estado y a toda la sociedad engañando al pueblo, creándole la falsa ilusión de que él gobierna. La democracia económica, es decir, la igualdad de oportunidades económica, supone el fin del sistema económico capitalista, de la dictadura económica. Pero, ¿es posible una *democracia* política conviviendo con la *dictadura*

económica?, ¿es posible gestionar lo que *no* se posee? Obviamente, una sociedad realmente democrática será aquella en la cual tanto en la política como en la economía se lleve a la práctica el elemental principio de igualdad. Obviamente, la posesión social de los principales medios de producción es condición sine qua non para poder tener una economía democrática, una condición necesaria pero insuficiente.

El estatismo supera al capitalismo en cuanto a que toda la sociedad posee los medios de producción, pero no en cuanto a que los trabajadores siguen sin gestionar directamente sus empresas. El colectivismo supera al capitalismo en cuanto a que los trabajadores son quienes gestionan directamente sus empresas, pero sólo lo supera en parte en cuanto a que los medios de producción siguen sin pertenecer al *conjunto* de la sociedad. En este caso todos los trabajadores son poseedores de medios de producción, pero no de los mismos. El objetivo del socialismo sería, por un lado, que todos los medios de producción pertenecieran a *toda* la sociedad (por lo menos los más grandes), que todos los trabajadores poseyeran *todos* los medios, y que los trabajadores gestionaran sus propias empresas con la mayor autonomía posible. En cualquier caso, la riqueza generada debe ser distribuida entre los trabajadores, entre todos los que la producen. Pero, ¿la riqueza generada por una empresa pertenece sólo a esa empresa o a toda la sociedad?

Probablemente, la solución consistirá en combinar de alguna manera estatismo y colectivismo, planificación central y autogestión. En combinar algunos postulados del marxismo con algunos del anarquismo (sin olvidar nunca que ambas ideologías tienen bastantes puntos comunes). Las experiencias históricas prácticas sugieren esta idea: la necesidad de combinar de alguna manera la planificación central de la economía con la autogestión, la necesidad de llegar a un equilibrio centralización-descentralización. Tan malo es el exceso de centralismo como su defecto. Todo sistema que ha probado el centralismo ha tendido con el tiempo a intentar la descentralización, y viceversa, toda experiencia colectivista ha tendido hacia cierto grado de centralización, de coordinación entre las unidades productivas autogestionadas. En la URSS Jruschov y Gorbachov intentaron la descentralización. En Cuba se está en un proceso de descentralización que ya lleva intentándose desde hace unos cuantos años. En la Revolución española a partir de la colectivización se intentó tender hacia cierta forma de centralización, en el caso anarquista llamada federalismo. En esta solución mixta, las empresas podrían pertenecer en su mayor parte al Estado y en una pequeña parte a los propios trabajadores de las mismas. Las grandes decisiones estratégicas de cada empresa podrían tomarse conjuntamente entre el Estado y los empleados que trabajan en ella (de acuerdo con sus respectivas participaciones en la propiedad de la empresa, dando preponderancia al Estado), pero las decisiones de tipo más técnico, más local, podrían tomarse exclusivamente por los trabajadores de la empresa. Esto permitiría combinar el interés general, la planificación central de la economía, con la autonomía (aunque limitada) de los trabajadores. Además, al poseer éstos parte de la empresa, al gestionarla en gran medida, se implicarían más en su funcionamiento, la productividad aumentaría. Parte de la riqueza creada iría al Estado y parte a los trabajadores de la empresa que la han generado directamente. De alguna manera, el sentimiento de avaricia seguiría presente, pero ya no sería el motor de la economía (como lo es en el capitalismo), o por lo menos no

tanto, sería un pequeño mal necesario residual (que tal vez, con el tiempo, desaparecería, éste debería ser el objetivo). En este caso de estatismo combinado con colectivismo, de planificación central complementada por la autogestión, como vemos, deberían adoptarse distintas formas de democracia, la directa en las empresas, la representativa a nivel estatal. Sea cual fuere la opción implementada, la democracia es esencial tanto para lograr soluciones éticas como eficientes. No olvidemos que el socialismo busca no sólo repartir la riqueza generada, sino que también producir suficiente riqueza. El socialismo no pretende distribuir pobreza, pretende distribuir riqueza, para lo cual es necesario crearla. Como dice Ernest Mandel en su magnífica *Introducción al marxismo: Una sociedad igualitaria basada en la abundancia y no en la pobreza —ése es el objetivo del socialismo— sólo puede desarrollarse a partir de una economía avanzada, en la cual el sobreproducto social es tan elevado que permite que todos los productores se liberen de un trabajo embrutecedor y que conceda suficientes ocios a toda la comunidad para que ésta pueda realizar colectivamente las funciones dirigentes en la vida económica y social (función de acumulación).*

Todo lo dicho para la economía es también válido para la política. Este equilibrio entre centralismo y autogestión debería aplicarse a todos los asuntos sociales, a la gestión de la sociedad en general. Lo dicho para las empresas es trasladable a las regiones, los ayuntamientos, los barrios, las comunas, etc. El conjunto de la sociedad debe administrarse combinando la democracia directa en los ámbitos locales con la democracia representativa, participativa, en los ámbitos más generales. La clave, por tanto, parece radicar en alcanzar el equilibrio adecuado, en descentralizar adecuadamente, y no ilimitadamente. En cualquier caso, al margen de nomenclaturas, deberá haber una gestión centralizada de aquellas cuestiones que afecten globalmente al país o zona de que se trate, pero procurando descentralizar todo lo posible. Si llamamos Estado a aquellas instituciones relacionadas con las cuestiones que afectan al *conjunto* de individuos que conforman una sociedad, es decir, a aquellas instituciones *centrales*, el Estado existirá en tanto en cuanto haya necesidad de gestión centralizada. El Estado, lejos de lo proclamado por algunas facciones de la izquierda, no parece que pueda ser algo de lo que pueda prescindirse, por lo menos a corto y medio plazo, tal vez tampoco a largo plazo. A esta verdad, de una u otra manera, llegan quienes la niegan. Por identificar el Estado *burgués* con el Estado niegan la necesidad del Estado, pero tarde o pronto, no tienen más remedio, de una u otra forma, que aceptar su necesidad. Incluso el sindicato anarquista CNT español tuvo que participar, en determinado momento en la España de la Segunda República, en el Estado, del que tanto reniega ideológicamente el anarquismo. Ahora bien, si el Estado no parece prescindible, sí lo es el burgués, el oligárquico, el Estado nada o poco democrático. Que la sociedad necesite gestionarse en algunos asuntos de manera centralizada no significa que sólo pueda hacerlo de una sola manera. Si bien debe tenderse a minimizar el estatismo, no parece que sea posible prescindir por completo de él. Pero sí parece posible disminuirlo e implementarlo de otra manera.

La perestroika de Gorbachov, precisamente, buscaba combinar de cierta forma el colectivismo con el estatismo, la justicia social con la eficiencia económica. A este respecto recomiendo echar un vistazo al trabajo *Perestroika: La revolución de las esperanzas* donde Marta Harnecker entrevista en septiembre de 1987 a Kiva Maidanik, investigador soviético de dicho proceso, miembro destacado del Partido

Comunista de la Unión Soviética y responsable del Instituto de Economía Mundial y Relaciones Internacionales de la URSS. Lo interesante de la perestroika, al margen de su fracaso, fue su planteamiento, el hecho de que quienes probaron el estatismo durante 70 años se dieron cuenta de la necesidad de combinarlo con cierto colectivismo, y sobre todo de la imperiosa necesidad de democratizar la gestión económica, toda la sociedad socialista. El propio estalinismo, al menos algunas de sus facciones, se dio cuenta de que sin democracia el sistema podía colapsar. El socialismo no es casi nada sin democracia. El socialismo necesita imperiosamente la democracia para sobrevivir, y no sólo para prosperar. El problema es que las facciones más conservadoras estalinistas no estaban dispuestas a perder sus privilegios, la democracia era para ellos inadmisibles. Preferían que el sistema colapsase a perder el poder. Y de hecho, así fue, el “socialismo real” colapsó pero muchos dirigentes estalinistas siguieron teniendo privilegios, se convirtieron en la nueva clase política o en los nuevos empresarios. Los hay quienes acusan a Gorbachov y a la perestroika del colapso de la URSS, pero el “socialismo real” fracasó porque no era real, no del todo. Porque le faltaba su ingrediente fundamental: la democracia. Gorbachov intentó salvar el sistema (que realmente ya estaba colapsando) reformándolo, pero el sistema no estaba dispuesto a ser reformado. Quien hizo fracasar al “socialismo real” fue el estalinismo. China ha sobrevivido, pero ¿a qué precio? Al precio de restaurar el capitalismo. Las opciones para cualquier burocracia estalinista son muy claras: o democracia y la burocracia pierde el poder o restauración capitalista y la burocracia mantiene el poder y sus privilegios (aunque sea para convertirse en la nueva oligarquía capitalista). El estalinismo lleva de una u otra manera, tarde o pronto, al capitalismo. El socialismo sólo puede vencer mediante la democracia. El estalinismo, el “socialismo” no democrático, construido sólo desde arriba, es enemigo del socialismo. El socialismo o es democrático o no es socialismo, es otra cosa. El socialismo o se hace democrático o deja de ser socialismo, conduce, tarde o pronto, de una u otra manera, al capitalismo. Socialismo no democrático es un contrasentido, una contradicción irresoluble. Se resuelve hacia el socialismo, si la democracia se desarrolla, o hacia el capitalismo, si la democracia no se desarrolla suficientemente.

Si combinamos capitalismo, socialismo, estatismo y colectivismo, podríamos tener el siguiente panorama. Las grandes empresas pertenecerían en su mayor parte al Estado y en una pequeña parte a los trabajadores de las mismas. El Estado las gestionaría mayoritariamente con la complicidad de los propios trabajadores. En las grandes empresas, especialmente de los sectores más estratégicos de la economía, el Estado tendría un papel preponderante, pero los trabajadores participarían también en su gestión. Por otro lado, las pequeñas empresas podrían o bien pertenecer a sus actuales dueños (opción capitalista), o mejor aún, a todos sus trabajadores (opción colectivista). Podríamos incluso distinguir entre empresas pequeñas o medianas. Se podría consentir el trabajador autónomo, las empresas de un solo trabajador totalmente privadas. El trabajador autónomo no rendiría cuentas ante nadie (en cuanto a su gestión, por supuesto), lo cual no significa que no deba someterse a la ley. En cualquier caso se debería poner un límite a partir del cual la empresa debiera ser colectivizada o nacionalizada. Las empresas pequeñas y medianas serían ajenas al Estado. Por lo menos éste no intervendría en ellas directamente, aunque sí indirectamente puesto que los clientes de muchas pequeñas empresas serían las

grandes empresas y el propio Estado. Socialismo y estatismo a gran escala. Capitalismo y colectivismo a pequeña escala.

Al ser el Estado quien globalmente controla la economía, y no un conjunto de personas que luchan unas contra otras como los capitalistas actuales, la economía en su conjunto tendería a satisfacer las necesidades generales de la sociedad, el motor de la economía ya no sería el beneficio personal, la avaricia de unos pocos, sino el interés general. Sin embargo, al no depender todo del Estado, al haber cierto sector privado, al ser los trabajadores responsables de sus pequeñas empresas y co-responsables de las grandes, al no desaparecer por completo la competencia (ésta dejaría de protagonizar la economía, pero se mantendría residualmente, temporalmente) el individuo debería esforzarse para que su empresa no fracasase o para que mejore, para obtener cierto lucro, aunque siempre limitado. No parece posible que el socialismo o el comunismo, o cualquier otro modelo alternativo al actual, puedan implantarse en las mentes de las personas desde el principio. La transición habrá que hacerla manteniendo algo del sistema anterior pero priorizando otros parámetros nuevos sobre lo antiguo; jugando con las relaciones causa-efecto dialécticas. Ernest Mandel nos describe pormenorizadamente cómo debe hacerse dicha transición en su trabajo *La economía en el periodo de transición*. Es evidente que sólo será posible superar el capitalismo gradualmente. En este sistema mixto se podría ir incentivando unas soluciones sobre las otras, se podría ir dirigiendo el proceso para que se imponga la tendencia más ética o más eficiente, mejor dicho, haciendo que lo ético sea también eficiente, buscando la manera concreta de hacer más eficiente la solución más ética. Por ejemplo, si deseamos tender hacia la socialización, las condiciones laborales en las grandes empresas deberían ser mejores para los trabajadores que en las más pequeñas. Pero al mismo tiempo, los trabajadores de las grandes empresas deberían sentir la amenaza de perder sus puestos de trabajo para no relajarse.

Mientras no superemos la mentalidad capitalista, deberemos mantener cierto grado de coerción sobre los trabajadores. Es preferible que esa coerción sea la competencia que la disciplina militar (como la usada en la URSS). La competencia tampoco es tan mala. El problema es sobre todo cuando es desmesurada o cuando es desigual. Hay que tender a que la gente colabore más que compita, pero si por el momento conseguimos que compitan todos contra todos en igualdad de condiciones, en mayor igualdad de condiciones que en la actualidad por lo menos, ya sería un gran paso hacia delante. Además, mientras el capitalismo no sea superado en todo el planeta, cualquier país que intente el socialismo o cualquier otro sistema, deberá sobrevivir en el capitalismo mundial. Por lo menos deberá competir mínimamente para sobrevivir. Aunque ya no compita tanto, porque su objetivo no será generar riqueza indefinidamente, sino generar la suficiente para repartirla entre su población, de alguna manera deberá competir a nivel internacional con otros países. Dicho país deberá procurar ser lo más autosuficiente posible en los productos más básicos (para evitar subordinarse demasiado al mercado capitalista mundial), como en los agrícolas, pero inevitablemente deberá comprar algo en el extranjero, para lo cual deberá también vender a precios competitivos. Guste o no, la competencia deberá seguir presente durante cierto tiempo en la economía de transición al socialismo.

Nadie en ninguna empresa debe sentirse impune y totalmente seguro (ningún trabajador, ni ningún gestor o propietario). Los funcionarios deben tener las mismas condiciones laborales básicas que el resto de trabajadores. Si deseamos dar ciertas ventajas a los trabajadores de unos sectores (los socialistas sobre los capitalistas, los estatistas sobre los colectivistas o al revés) debemos buscar incentivos, no necesariamente en forma de dinero. Por ejemplo, en ventajas sociales (horarios, vacaciones, guarderías, ayudas fiscales,...). El Estado podría dar facilidades a los trabajadores de las pequeñas empresas que todavía no han sido colectivizadas para que sus trabajadores las compren a sus dueños. Incluso, aun en las empresas privadas, podría obligarse a una gestión lo más democrática posible. Aunque el dueño sea el que acapare los beneficios (si bien dicho acaparamiento podría limitarse), debería gestionarla de acuerdo con sus trabajadores. Se trataría de hacer cierta discriminación positiva hacia las tendencias que deseamos desarrollar, pero manteniendo unas condiciones laborales mínimas dignas para toda la población, al mismo tiempo que distribuyendo el trabajo con una drástica reducción de la jornada laboral. El trabajador que está en el sector socialista debe sentir la amenaza de acabar en el capitalista, donde tendrá peores condiciones, aunque en ningún caso las que tiene en el capitalismo actual. Si se impone el sentido común, si los mismos trabajadores y el Estado desean que sus empresas funcionen bien, desearán contratar a los mejores profesionales, incluidos los autónomos o los de las pequeñas empresas. El trabajador de la empresa capitalista o el autónomo debe desear incorporarse en una empresa colectivizada o socializada, debe esforzarse para entrar en ellas. Y, por otro lado, el trabajador de la empresa colectivizada o socializada debe desear permanecer en su empresa, debe esforzarse para mantenerse en ella. La iniciativa, en cualquier caso, debe ser recompensada, aunque no necesariamente con dinero. Podrían darse ciertos premios o recompensas materiales en especie, como vacaciones pagadas regaladas por la empresa, o inmateriales como el reconocimiento moral ante el resto de los trabajadores por tal o cual idea (¿por qué no?), etc., etc. No puede pretenderse que los trabajadores acostumbrados a siglos de mentalidad capitalista, se vayan a desprender de ella de la noche a la mañana. Aunque, tal vez, las experiencias prácticas nos deparen agradables sorpresas. Yo mismo no puedo evitar sucumbir en parte a la mentalidad capitalista y muchas de las cosas que digo son consecuencia de ella, por mucho que me declare como anticapitalista. Nadie escapa totalmente a la ideología dominante.

El peligro de hacer convivir al capitalismo con el socialismo es que el primero, impregnado en las mentes de las personas, acabe restaurándose. Para ello el nuevo sistema tiene que fomentar con medidas decididas, realistas, imaginativas e inteligentes los nuevos sectores, y tiene que trabajar también intensamente en el campo ideológico. La educación será una herramienta imprescindible para transformar la sociedad. Hay que fomentar las mejores facetas del ser humano, al mismo tiempo que combatir las peores. La plena democratización de los medios de comunicación debe permitir que las ideas fluyan libremente por la sociedad, que todas ellas tengan las mismas opciones de ser conocidas e implementadas. ¿Entonces hay que dar también las mismas opciones al capitalismo? El capitalismo ya lleva más de cinco siglos demostrando sus posibilidades, ya ha monopolizado los intentos. Aun así, si las ideas socialistas pudieran competir en igualdad de condiciones con las capitalistas, probablemente, las superarán en relativamente poco tiempo. El problema es que el

capitalismo juega con mucha ventaja. Con unos cuantos siglos de ventaja. La mentalidad burguesa se ha impregnado en la mente de la mayor parte de la gente, de toda, en mayor o menor medida, incluido el lector y el que escribe. Es hora de dar opción a otros sistemas. Pero la verdad sólo puede abrirse camino mediante el libre debate, es decir, mediante el enfrentamiento de igual a igual entre las ideas. El capitalismo parte con mucha ventaja, pero las ideas socialistas, si son verdaderas, si son correctas, como así creo yo que son, superarán con creces esa desventaja inicial. Las mentiras son rápidamente derrotadas en cuanto acuden al campo de batalla ideológico. Sobreviven sólo cuando no acuden al ring, o cuando las reglas del juego y el árbitro están a favor de ellas. Durante milenios la humanidad creyó que la Tierra era el centro del Universo y en unos pocos años esa mentira fue superada a pesar de todos los obstáculos que impuso la Iglesia. Todas las ideas deben tener las mismas oportunidades de ser conocidas por la ciudadanía (actualmente no lo son, las ideas capitalistas monopolizan los grandes medios). El enfrentamiento ideológico de igual a igual es imprescindible siempre que se desee avanzar. Es la piedra angular del método científico.

El socialismo debe siempre construirse con el consentimiento y la participación *directa* del pueblo. En general, cualquier sistema social debe construirlo el propio pueblo. Aunque esto no significa que deba o pueda hacerlo espontáneamente o solo. El pueblo debe ser el *principal* protagonista, pero no el *único*. El gobierno elegido y controlado por el pueblo también debe posibilitarlo. Debe haber una comunicación bidireccional entre arriba y abajo, entre el director de orquesta y la orquesta, entre el individuo y la sociedad, entre el músico y el resto de la orquesta. La sociedad humana es dialéctica y hay que jugar con todas sus relaciones bidireccionales causa-efecto. En cualquier caso, la clave está en que todos nos controlemos a todos, en que toda persona controle y sea controlada. Y esto sólo es posible mediante la democracia más universal y desarrollada posible.

En fin, como vemos, hay muchas ideas que podrían probarse para ver cuáles funcionan y cuáles no. Todo esto que conjeturamos sólo podremos saberlo realmente mediante la libre experiencia práctica, suficientemente amplia en el tiempo y en el espacio. Hasta ahora se han hecho pocos experimentos, en condiciones muy hostiles, y sin las herramientas adecuadas (la democracia). En la Rusia soviética se apostó por un estatismo en el cual los trabajadores no participaban en la gestión de sus empresas, en el cual la férrea disciplina se usó como herramienta principal para aumentar la productividad. El problema fue, además, que esa solución estatista no fue acompañada de la necesaria democracia. Si ya tiene sus inconvenientes el estatismo puro, no digamos ya cuando el Estado no funciona de forma democrática. En el capitalismo de Estado ruso, el trabajador no percibió grandes diferencias entre el sistema antiguo y el "nuevo". Esa solución funcionó durante cierto periodo, posibilitó un gran crecimiento económico, para luego colapsar. En la Revolución española se probó el colectivismo y rápidamente se detectaron ciertos problemas. Se generó un neocapitalismo obrero. Sin embargo, la experiencia española fue muy breve para sacar conclusiones definitivas. Y del capitalismo ya sabemos sus ventajas y sus inconvenientes. ¡Pero seamos inteligentes y usemos sus ventajas! Debemos aprender de *todas* las experiencias, de las buenas y de las malas. Nada es perfecto. Ni puro. Tampoco puede ni debe desecharse todo por completo del capitalismo. Si no somos

realistas, imposibilitaremos superarlo. ¡A ver si al ser anticapitalistas dogmáticos nos convertimos en los salvadores del capitalismo! El capitalismo se ha afianzado ahora, a pesar del gran riesgo de colapso que corre, porque los sistemas alternativos probados han fracasado. A veces correr es peor que ir poco a poco pero seguro. La tortuga llega antes que la liebre aunque ésta corra más. Siempre que primero se despeje el camino de obstáculos, en esto sí que hay que ser rápidos y contundentes. Lo más importante es sentar las *bases* del avance *continuo*. Es construir la infraestructura necesaria para avanzar: la democracia. Éste es el gran salto que sí que hay que dar, para iniciar el camino y para poder seguir avanzando. Revolución política vs. Reformismo económico. Lo más inmediato es también desarmar a la oligarquía capitalista para que no pueda impedir el avance.

En cualquier ciencia, normalmente, cuando una teoría se cuestiona, no se hace necesariamente globalmente. Siempre se trata primero de analizar qué partes de esa teoría son válidas y cuáles no. La teoría de la relatividad de Einstein no invalidó por completo a la teoría de la gravitación universal de Newton, la completó, la amplió. Einstein explicó ciertos fenómenos que no podían ser explicados por Newton. La teoría de Einstein es una generalización de su predecesora. A veces las teorías también deben ser desechadas por completo. A veces. Pero antes de hacerlo hay que asegurarse de que es necesario tirar a la basura dichas teorías. Si ciertos acontecimientos reales concuerdan, por lo menos en parte, con la teoría entonces ésta contiene partes certeras, no puede desecharse por completo. La teoría marxista ha demostrado varias cosas: ha explicado como ninguna otra la evolución del sistema capitalista, ha demostrado que la dialéctica es la que mejor explica el funcionamiento de la sociedad, pues las revoluciones socialistas han sido pura dialéctica en acción (desde la política se alteró, por lo menos en parte, el sistema económico), ha demostrado que el materialismo histórico no sólo permite explicar el pasado sino también construir el futuro, ha demostrado que el Estado puede transformarse (para bien y para mal), ha demostrado que es posible otros tipos de democracia (como la obrera), ha demostrado que la clase trabajadora puede tomar el poder político, etc. Pero también las experiencias basadas en el marxismo han tenido serios problemas. El Estado clasista no se superó, al contrario. La democracia no avanzó, o lo hizo sólo en parte o temporalmente. El estalinismo y su relación con el marxismo-leninismo no pueden despreciarse.

Si analizamos lo ocurrido e intentamos asociarlo a la teoría, inevitablemente, nos topamos con que lo válido del marxismo es su método (el materialismo dialéctico), y a partir de él las conclusiones a las que lleva ineludiblemente (la lucha de clases como motor de la historia, la economía como motor de la sociedad, la posibilidad de transformar la sociedad, etc.), y con que lo que parece inválido, como mínimo sospechoso, es la dictadura del proletariado. Por consiguiente, antes de desechar por completo al marxismo (lo cual sería un grave error puesto que sus aciertos son muy importantes para la humanidad) y sustituirlo por una nueva teoría completamente nueva (que habría que probar en la práctica, lo cual llevará siempre mucho más tiempo que refinar una teoría preexistente y volver a intentar a aplicarla de mejor manera), se trata sobre todo de hacer evolucionar la teoría que ya existe, incluso de aprovechar las distintas teorías y combinar lo mejor de ellas. Desde este punto de vista, la nueva teoría revolucionaria debe considerar al marxismo, al anarquismo e

incluso a las ideas de la Ilustración. De hecho, estas distintas teorías se influenciaron mutuamente, tienen algunos puntos importantes en común. No son tan mutuamente excluyentes, por lo menos no por completo. Podrán serlo en algunos aspectos, pero no en todos. Más que de construir una nueva teoría debemos arreglar, completar, ampliar, la existente. Si la sopa ha salido mala por culpa de la sal no se trata de desecharla por completo, sino de echar la sal justa. No se trata de cambiar todos sus ingredientes sino de eliminar o retocar los que la han estropeado. Más que de socialismo *del* siglo XXI se trata de implementar el socialismo *en* el siglo XXI. En el siglo XXI debemos reaprovechar la teoría del socialismo científico, sus principales postulados, pero debemos corregirla y adaptarla a los tiempos actuales, debemos considerar seriamente sus experiencias prácticas en el siglo XX. Pero esto no significa volver a partir de cero. No significa rechazar todo del marxismo, significa considerar lo válido de él (que es mucho, sino la gran mayoría de sus postulados) y eliminar lo inválido o sospechoso.

El socialismo en el siglo XXI no puede prescindir del marxismo. Como dijo Rosa Luxemburgo de una manera muy elocuente (ella siempre era muy elocuente): *La teoría marxista dio a la clase obrera de todo el mundo una brújula para que se orientara por el torbellino de los acontecimientos cotidianos, para que dirigiera en todo el mundo la táctica de lucha hacia la inamovible meta final.* El socialismo en el siglo XXI debe nutrirse del que se implementó en el siglo XX, pero no debe ser calcado a él, ni mucho menos. Y si las experiencias prácticas, si los métodos a emplear, no deben ser calcados, entonces tampoco pueden serlo sus teorías. Debe haber cierta continuidad entre la teoría elaborada en el siglo XIX y aplicada en el siglo XX, y la del siglo XXI. ¡Pero debemos lograr que la cantidad se transforme en calidad! La evolución de la teoría del socialismo científico debe posibilitar que la teoría dé un gran salto adelante, para que la praxis así lo haga también. Se mire como se mire, siempre llegamos a la misma conclusión: **es inevitable retocar la teoría revolucionaria.** El factor que puede posibilitar ese gran salto es la democracia. Ésta puede convertirse en el catalizador de dicho salto. En ese ingrediente crítico que haga que la sopa sea comestible. Si la *dictadura del proletariado* es sustituida por la *democracia* en el más amplio y profundo sentido de la palabra, el marxismo puede resurgir como el ave fénix con inusitada fuerza. En verdad, como nos recuerda Eduardo Durán-Cousin, *el socialismo desde la óptica marxiana implicaba no sólo la socialización de la economía, sino esencialmente la socialización del poder.* Quien dice *socialización del poder* dice *democracia política.* **El socialismo es democracia política y económica.** Sin la una no puede existir la otra, a largo plazo. Lo cual no significa que ambas deban surgir al mismo tiempo, que la una no pueda conducir a la otra. La democracia política conducirá a la democracia económica y ésta realimentará a aquella en el tiempo (dialéctica). El anarquismo, que defiende la democracia directa y la autogestión obrera (como el marxismo), y las ideas de la Ilustración, es decir, la democracia representativa (con sus distintos pilares como la separación de poderes y todas las libertades políticas), pueden enriquecer notablemente al marxismo alrededor del cual deberá nacer la nueva teoría revolucionaria. Muchos marxistas ya advirtieron en su día del peligroso concepto de la dictadura del proletariado, ya advirtieron de la imposibilidad de prescindir de la libertad de opinión y de asociación, entre otras. Con un concepto de democracia más completo (que abarque a los distintos tipos de democracia y que se sustente en la más amplia y profunda libertad) sustituyendo al

concepto de la dictadura del proletariado (como mínimo, este concepto debería ser defendido con otras palabras), el marxismo se revitalizaría enormemente.

Socialismo implica democracia económica. Pero, ¿es posible controlar, gobernar, algo que no se posee? Desde luego no parece muy probable. En todo caso dicho control estaría muy limitado. La única manera de tener el *pleno* control sobre algo es poseyéndolo. Es decir, si el conjunto de la sociedad desea tener el control de la economía, si desea gobernar la economía, es ineludible que los medios de producción pertenezcan al *conjunto* de la sociedad. Por consiguiente, la nacionalización de los medios de producción, por lo menos de los principales, es condición *necesaria* para el socialismo, para superar el capitalismo. Éste se basa en la propiedad *privada* de los medios de producción. Toda la sociedad capitalista pivota en torno a este principio básico. Como decía Marx, *el modo de producción capitalista consiste en que las condiciones materiales de la producción son atribuidas a los no-trabajadores bajo forma de propiedad capitalista y de propiedad de la tierra, mientras que la masa no posee más que las condiciones personales de producción, la fuerza de trabajo*. El dominio de la burguesía sobre toda la sociedad, en todas sus facetas, se basa en su dominio de la economía, que a su vez es una consecuencia *directa* de la posesión de las empresas. Esta posesión, este monopolio de los medios de producción, le permite al empresariado comprar la fuerza de trabajo, la mano de obra de los proletarios y explotarlos, acumular riqueza en base a la *plusvalía*, el exceso de valor producido por el trabajador que va a parar al bolsillo del capitalista. El trabajador trabaja más tiempo de lo necesario para mantenerse. Trabaja de más y ese exceso es acaparado por el empresario. El capital tiene su origen en la plusvalía. Sin plusvalía no hay capital. Sin capital no hay capitalismo. Sin plusvalía no hay capitalismo. Como ya explicó Marx hace tiempo: *Propietarios de sólo la fuerza de trabajo, propietarios de capital y propietarios de la tierra, cuyas fuentes de ingresos respectivas son el salario, la ganancia y la renta de la tierra, constituyen las tres grandes clases de la sociedad moderna basada en el modo de producción capitalista*. Sin la apropiación de la plusvalía por parte de los dueños de los medios de producción no hay capitalismo. Sin el monopolio de los medios de producción no hay acaparamiento de la plusvalía, de la riqueza generada por la sociedad. Sin la posesión *privada* de los medios de producción no hay apropiación *privada* de la plusvalía. La única manera de repartir la riqueza generada por la sociedad es haciendo que los medios de producción sean *sociales*.

El origen de las desigualdades sociales no reside tanto en la distinta manera de ser de los individuos, sino sobre todo, en su distinta posición *social* de partida, en su posición respecto de los medios de producción. La sociedad se compone esencialmente de poseedores de medios de producción y de proletarios (que sólo poseen su capacidad de trabajar). Poseedores vs. Poseídos. Explotadores vs. Explotados. Capitalistas vs. Trabajadores. Algunos nacen con muchas más opciones que otros. La sacrosanta competencia libre proclamada por los apóstoles del capitalismo es una de las grandes falacias de este sistema (remito a mi libro *Las falacias del capitalismo*). La competencia entre las personas es muy desigual, no es libre. El capitalismo es la ley de la jungla, del más fuerte. No hay libertad, hay libertinaje. La libertad existe más para unos pocos que para la gran mayoría. En la carrera por la competencia en el sistema capitalista los corredores no salen del mismo punto de partida. De hecho, muchos de

ellos ni siquiera pueden correr. La pobreza y las desigualdades sociales sólo podrán reducirse y erradicarse repartiendo la riqueza generada, y esto sólo será posible si los medios de producción pertenecen al *conjunto* de la sociedad y no a ciertas minorías. En todas las sociedades desde que la humanidad se volvió “civilizada” ha existido plusvalía. Ésta ha sido acaparada por ciertas minorías. Las diferencias entre las distintas sociedades históricas residen en el quién, el cómo y el cuánto, en las formas en que se ha generado plusvalía y en que ha sido acaparada, así como en quiénes la han generado y quiénes la han acaparado. En el capitalismo la plusvalía generada y acaparada es, con mucho, la mayor de la historia. La explotación ha llegado a su cumbre evolutiva. Se ha vuelto al mismo tiempo más cuantiosa y sofisticada. El gran triunfo del capitalismo es que los acaparadores de la riqueza acaparan mucha más plusvalía que sus históricos antecesores y, además, esto se hace de manera mucho más sutil y disimulada. Tal vez en verdad como consecuencia del carácter oculto, camuflado, de la explotación, junto con el gran desarrollo de la ciencia y la tecnología, la plusvalía es mucho mayor y sus acaparadores dejan en ridículo a sus antecesores históricos.

La mayor parte de la gente encuentra que es algo lógico, natural, e incluso justo, que el empresario, que es el que invierte y se arriesga, acapare los beneficios. Yo mismo pensaba así cuando estaba mucho menos consciente. Lo que no se plantea mucha gente es por qué el empresario puede arriesgar y por qué la mayoría de los trabajadores no. El primero arriesga sobre todo su capacidad de enriquecerse, el segundo exclusivamente su sustento. El primero tiene muchas más opciones que el segundo y arriesga menos. Parte con mucha ventaja. Y esto es tanto más cierto cuanto más rico es el empresario, se aplica sobre todo para el gran burgués. El control ideológico del capitalismo procura evitar que la gente se conciencie, que lo haga mínimamente, que en todo caso su concienciación vaya a más o se traduzca en acciones peligrosas. La apatía y el derrotismo se apoderan de las masas. Y no por casualidad. El capitalismo perfecciona la explotación, el acaparamiento de plusvalía, el control de la sociedad por parte de las minorías acaparadoras de la riqueza generada. Potencialmente, la humanidad tiene actualmente la capacidad tecnológica más que suficiente para que toda su población pueda vivir en condiciones más que dignas. Potencialmente. La pobreza, la miseria, el hambre, el endeudamiento masivo, son una consecuencia del desigual *reparto* de la riqueza, no de la falta de riqueza. El socialismo aspira a que esa potencialidad se convierta en realidad. A que la riqueza generada por el conjunto de la sociedad sea disfrutada por *toda* ella y no sólo por una parte muy minoritaria. Si queremos erradicar o mitigar los grandes males de la sociedad actual debemos combatirlos radicalmente, de raíz. El socialismo bien entendido, es decir, la democracia, supone un importante salto evolutivo para la humanidad. Supone pasar de la ley de la jungla a la auténtica civilización. Marx nos ayudó a comprender nuestra sociedad, nos mostró dónde estaba la causa “técnica” de la explotación en el sistema capitalista y, por tanto, nos abrió las puertas para tomar el control consciente de nuestro destino.

Todo esto nos lo explica de manera muy elocuente Trotsky en su trabajo *El pensamiento vivo de Karl Marx*:

*A la parte del producto que contribuye a la subsistencia del trabajador la llama Marx producto **necesario**; a la parte excedente que produce el trabajador le*

*llama sobreproducto o **plusvalía**. El esclavo tenía que producir plusvalía, pues de otro modo el dueño de los esclavos no los hubiera tenido. El siervo tenía que producir plusvalía, pues de otro modo la servidumbre no hubiera tenido utilidad alguna para la clase media hacendada. El obrero asalariado produce también plusvalía, sólo que en una escala mucho mayor, pues de otro modo el capitalista no tendría la necesidad de comprar la fuerza de trabajo. **La lucha de clases no es otra cosa que la lucha por la plusvalía. Quien posee la plusvalía es el dueño de la situación, posee la riqueza, posee el poder del Estado, tiene la llave de la iglesia, de los tribunales, de las ciencias y las artes.***

No me resisto a incluir la explicación que da Trotsky del proceso degenerativo del capitalismo. Esto nos ayuda a comprender lo que está ocurriendo en la actualidad. Una de las pruebas del algodón de cualquier teoría es su capacidad de previsión. El marxismo ha demostrado con creces su capacidad de previsión, lo cual quiere decir que muchos, sino la inmensa mayoría, de sus postulados son correctos. Sobre todo el método marxista, el materialismo dialéctico, ha resultado muy eficaz para comprender lo que ocurre y para prever lo que puede ocurrir. ¡No puede prescindirse del marxismo!

Las relaciones entre los capitalistas que explotan a los trabajadores están determinadas por la competencia, que actúa como el resorte principal del progreso capitalista. Las empresas grandes gozan de mayores ventajas técnicas, financieras, de organización, económicas y políticas que las empresas pequeñas. El capital mayor capaz de explotar al mayor número de obreros es inevitablemente el que consigue la victoria en una competencia. Tal es la base inalterable del proceso de concentración y centralización del capital.

*Al estimular el desarrollo progresivo de la técnica, la competencia no sólo consume gradualmente a las capas intermediarias, sino que se consume también a sí misma. Sobre los cadáveres y semicadáveres de los capitalistas pequeños y medianos surge un número cada vez menos de magnates capitalistas cada vez más poderosos. De este modo, la competencia honesta, democrática y progresiva engendra irrevocablemente el monopolio dañino, parásito y reaccionario. Su predominio comenzó a afirmarse hacia el año 1880 y asumió su forma definida a comienzos del siglo XX. Ahora bien, la victoria del monopolio es reconocida abiertamente por los representantes oficiales de la sociedad burguesa. Sin embargo, cuando en el curso de su pronóstico **Marx fue el primero en deducir que el monopolio es una consecuencia de las tendencias inherentes al capitalismo**, el mundo burgués siguió considerando a la competencia como una ley eterna de la naturaleza.*

***La eliminación de la competencia por el monopolio señala el comienzo de la desintegración de la sociedad capitalista.** La competencia era el principal resorte creador del capitalismo y la justificación histórica del capitalista. Por lo mismo, la eliminación de la competencia señala la transformación de los accionistas en parásitos sociales. La competencia necesita de ciertas libertades, una atmósfera liberal, un régimen democrático, un cosmopolitismo comercial. El monopolio necesita en cambio un gobierno todo lo más autoritario que sea posible, murallas aduaneras, sus “propias” fuentes de materias primas*

y mercados (colonias). La última palabra en la desintegración del capital monopolista es el fascismo.

[...]

El marasmo ha adquirido un carácter particularmente degradante en la esfera más antigua de la actividad humana, en la más estrechamente relacionada con las necesidades vitales del hombre: la agricultura. No satisfechos ya con los obstáculos que la propiedad privada, en su forma más reaccionaria, la de los pequeños terratenientes, opone al desarrollo de la agricultura, los gobiernos capitalistas se ven obligados con frecuencia a limitar la producción artificialmente con la ayuda de medidas legislativas y administrativas que hubieran asustado a los artesanos de los gremios en la época de su decadencia. Deberá ser recordado por la historia que los gobiernos de los países capitalistas más poderosos concedieron premios a los agricultores para que redujeran sus plantaciones, es decir, para disminuir artificialmente la renta nacional ya en disminución. Los resultados son evidentes por sí mismos: a pesar de las grandiosas posibilidades de producción, aseguradas por la experiencia y la ciencia, la economía agraria no sale de una crisis putrescente, mientras que el número de hambrientos, la mayoría predominante de la humanidad, sigue creciendo con mayor rapidez que la población de nuestro planeta. Los conservadores consideran que se trata de una buena política para defender el orden social que ha descendido a una locura tan destructiva y condenan la lucha del socialismo contra semejante locura como una utopía destructiva.

¡Y estas líneas fueron escritas en 1939! ¿No explica esto de manera muy convincente lo que le está ocurriendo a la sociedad del siglo XXI? La degeneración que vemos a todos los niveles, incluida la involución democrática, es perfectamente comprensible al leer estas pocas líneas del mencionado trabajo de Trotsky, el cual recomiendo encarecidamente. Como dice el revolucionario ruso: *si la teoría estima correctamente el curso de la evolución y prevé el futuro mejor que las otras teorías, sigue siendo la teoría más adelantada de nuestra época, aunque tenga ya muchos años de edad.* Esto mismo podemos seguir diciendo en el presente. A pesar de que se haya intentado desprestigiar globalmente al marxismo, la mayor parte de sus postulados siguen siendo válidos. La mayor parte. Pero debemos despojarlo de sus errores. ¡Por lo menos debemos intentarlo! Que haya algunos errores, que haya habido algunas previsiones erróneas, no significa que *todo* lo estipulado por el marxismo sea erróneo. Esto es lo que desean que creamos los burgueses, quienes ven, con razón, que el marxismo es muy peligroso para sus intereses económicos. Pero tampoco hay que caer en el extremo opuesto de pensar que *todo* es correcto. Esto contradice al hecho de que nada es perfecto, al materialismo dialéctico, que dice que las contradicciones están por doquier. ¡Decir que el marxismo es perfecto, está libre de contradicciones, de errores, equivale a contradecir al propio marxismo!

Erradicar el capitalismo equivale a disminuir y repartir la plusvalía, lo cual es imposible si los medios de producción pertenecen a ciertas personas y no al conjunto de la sociedad, pues, como dijimos, sin ese monopolio de los medios de producción el trabajador no tendría que vender su fuerza de trabajo y no sería expuesto a ser

explotado. La explotación se produce porque el trabajador vende su capacidad de trabajar al empresario (porque no tiene más remedio para sobrevivir, pues él no posee los medios de producción) y éste la usa del modo que desee. Si queremos eliminar la explotación (objetivo último “técnico” de la revolución económica), debemos disminuir la plusvalía y repartirla (el trabajador debe también producir para satisfacer las necesidades sociales y no sólo las propias, pero no para mantener a una clase ociosa), debemos expropiar a los grandes capitalistas. La plusvalía a generar debe ser la necesaria para el conjunto de la sociedad. Y no debe ser acaparada por ninguna minoría. Actualmente se genera demasiada plusvalía (por la necesidad imperiosa de competir del capitalista, por su infinita avaricia también) y además ésta es acaparada por la clase capitalista. Por tanto, mientras no se ataque al núcleo de la máquina capitalista, la propiedad *privada* de los medios de producción, no será posible superar el capitalismo. Todo lo demás son simples ilusiones. Como la historia reciente nos ha demostrado, no es posible un capitalismo de rostro más humano. El capitalismo sirve al capital, no al ser humano. Esta contradicción profunda emerge tarde o pronto, de una u otra forma.

Como dice Trotsky de manera muy contundente:

Para salvar a la sociedad no es necesario detener el desarrollo de la técnica, cerrar las fábricas, conceder premios a los agricultores para que saboteen la agricultura, depauperizar a un tercio de los trabajadores ni llamar a los maníacos para que hagan de dictadores. Ninguna de estas medidas, que constituyen una burla horrible para los intereses de la sociedad, es necesaria. Lo que es indispensable y urgente es separar los medios de producción de sus actuales propietarios parásitos y organizar la sociedad de acuerdo con un plan racional. Entonces será realmente posible por primera vez curar a la sociedad de sus males. Todos los que sean capaces de trabajar deben encontrar un empleo. La jornada de trabajo debe disminuir gradualmente. Las necesidades de todos los miembros de la sociedad deben asegurar una satisfacción creciente. Las palabras “pobreza”, “crisis”, “explotación”, deben ser arrojadas de la circulación. La humanidad podrá cruzar finalmente el umbral de la verdadera humanidad.

El revolucionario ruso nos habla también de la inevitabilidad del socialismo, de la inevitabilidad no de su implantación, la cual depende de la lucha de clases también, sino de su planteamiento como posibilidad, de la inevitabilidad de que el capitalismo sea puesto en cuestionamiento por las masas, de que sus contradicciones estallen y le pongan en peligro, en los siguientes términos:

“Al mismo tiempo que disminuye constantemente el número de magnates del capital – dice Marx- crecen la masa de la miseria, la opresión, la esclavitud, la degradación, la explotación; pero con ello crece también la revuelta de la clase trabajadora, clase que aumenta siempre en número, disciplinada, unida y organizada por el mismo mecanismo del proceso de la producción capitalista... La concentración de los medios de producción y la socialización del trabajo alcanzan finalmente un punto en que se hacen incompatibles con su integumento capitalista. Este integumento es roto en pedazos. Suena el toque de difuntos de la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son

expropiados”. Ésta es la revolución socialista. Para Marx, el problema de reconstruir la sociedad no surge de prescripción alguna motivada por sus predilecciones personales; es una consecuencia –como una necesidad histórica rigurosa- de la potente madurez de las fuerzas productivas por un lado; de la ulterior imposibilidad de fomentar esas fuerzas a merced de la ley del valor por otro lado.

Las lucubraciones de ciertos intelectuales sobre el tema de que, prescindiendo de la teoría de Marx, el socialismo no es inevitable sino únicamente posible, están desprovistas de todo contenido. Evidentemente, Marx no quiso decir que el socialismo vendría sin la voluntad y la acción del hombre: semejante idea es sencillamente un absurdo. Marx previó que la socialización de los medios de producción sería la única solución del colapso económico en el que debe culminar, inevitablemente, el desarrollo del capitalismo, colapso que tenemos ante nuestros ojos. Las fuerzas productivas necesitan un nuevo organizador y un nuevo amo, y dado que la existencia determina la conciencia, Marx no dudó de que la clase trabajadora, a costa de errores y derrotas, llegaría a comprender la verdadera situación y, más pronto o más tarde, extraería las necesarias conclusiones prácticas.

Que la socialización de los medios de producción creados por los capitalistas representa un tremendo beneficio económico se puede demostrar hoy día no sólo teóricamente, sino también con el experimento de la Unión de los Soviets, a pesar de las limitaciones de ese experimento. Es verdad que los reaccionarios capitalistas, no sin artificio, utilizan el régimen de Stalin como un espantajo contra las ideas socialistas. En realidad, Marx nunca dijo que el socialismo podría ser alcanzado en un solo país, y además, en un país atrasado. Las continuas privaciones de las masas en la Unión Soviética, la omnipotencia de la casta privilegiada que se ha levantado sobre la nación y su miseria y, finalmente, la desenfrenada ley de cachiporra de los burócratas, no son consecuencias del método económico socialista, sino del aislamiento y del atraso de la Rusia Soviética cercada por los países capitalistas. Lo admirable es que en esas circunstancias excepcionalmente desfavorables, la economía planificada se las haya arreglado para demostrar sus beneficios insuperables.

Todos los salvadores del capitalismo, tanto de la clase democrática como de la fascista, pretenden limitar, o por lo menos disimular, el poder de los magnates del capital para impedir “la expropiación de los expropiadores”. Todos ellos reconocen, y muchos de ellos lo admiten abiertamente, que el fracaso de sus tentativas reformistas debe llevar inevitablemente a la revolución socialista. Todos ellos se las han arreglado para poner en evidencia que sus métodos para salvar al capitalismo no son más que charlatanería reaccionaria e inútil. El pronóstico de Marx sobre la inevitabilidad del socialismo se confirma así plenamente mediante una prueba negativa.

En lo que no estamos de acuerdo con Trotsky es en achacar los métodos estalinistas simplemente al contexto. Podremos tener dudas en cuanto a la inevitabilidad del socialismo, pero lo que es absolutamente claro es que si llega no lo hará por sí solo. En estos tiempos donde la apatía y el individualismo predominan, cuando nos hablan

Marx o Trotsky de la revuelta de la clase trabajadora, unida y organizada, desgraciadamente nos suena casi a ciencia ficción. El tiempo dirá si esta situación es pasajera y finalmente se cumplirán las previsiones marxistas de la inevitabilidad del socialismo. Pero de lo que no cabe ninguna duda es que las previsiones en cuanto a la evolución del capitalismo, a grandes rasgos, se están cumpliendo. De lo que no cabe duda es que para superar el capitalismo hay que atacar a la raíz del sistema capitalista: la propiedad *privada* de los medios de producción.

Sin embargo, para posibilitar la transición al socialismo, inevitablemente, ese salto dado al expropiar los medios de producción, deberá tener una longitud limitada. De alguna manera, habrá que conservar ciertas facetas del capitalismo. Todos los países que han intentado construir el socialismo han tenido que mantener o restablecer cierta iniciativa privada, han tenido que consentir cierta propiedad privada de ciertos medios de producción. La cuestión, por tanto, reside en nacionalizar las empresas más grandes y estratégicas del país para tener el control de la mayor parte de la economía, pero, al mismo tiempo, al menos por ahora, mantener la propiedad privada a pequeña o a mediana escala. Decíamos que la nacionalización de los grandes medios de producción es una condición *necesaria* para el socialismo, pero no es *suficiente*. Debe ser acompañada de una *profunda* democratización de toda la sociedad, incluida la economía. De poco sirve que las grandes empresas pertenezcan al Estado, si éste no funciona de forma plenamente democrática, si sigue siendo dominado por ciertas minorías. Ciertas corrientes de la izquierda (sobre todo anarquistas) abogan por otro modelo de socialización: la colectivización. Ya hemos hablado de todo esto, de la colectivización vs. la estatalización. La idea que quería resaltar ahora es que el socialismo tiene dos requisitos fundamentales: la socialización (nacionalización o colectivización) de los medios de producción y su gestión democrática. El segundo no es posible sin el primero. Y el primero casi no merece la pena sin el segundo. Socialismo es el gobierno de *toda* la sociedad por ella misma, por el *conjunto* de la sociedad, de la economía y de todo lo demás. Capitalismo es el gobierno de la economía, y por consiguiente de la sociedad, por ciertas minorías. Ni el socialismo ni el comunismo niegan la propiedad privada de los bienes de las personas. Abogan por la propiedad social, pública, de los medios de producción. El socialismo es ni más ni menos que la posesión de la sociedad por ella misma, mientras que el capitalismo es la posesión de la sociedad por ciertas minorías.

En la práctica hay ciertos síntomas que nos dicen de manera inequívoca si estamos avanzando hacia el socialismo o no, si estamos construyendo un nuevo tipo de capitalismo en vez de superarlo. Basta con recordar los pilares fundamentales del socialismo y del capitalismo y compararlos con lo que de verdad acontece para sacar interesantes conclusiones. Esto no es más que practicar el método científico, el contraste entre la teoría y la práctica. Si los obreros siguen sin participar en la gestión de sus empresas, es que vamos por mal camino. Para ellos su situación prácticamente no ha cambiado. Simplemente han cambiado las formas. Han sustituido sus jefes por otros, pero siguen trabajando a las órdenes de jefes de manera dictatorial, siguen siendo explotados. Esto es lo que acabó ocurriendo en la URSS. El burócrata tomó el relevo del antiguo capitalista. En muchos casos, incluso físicamente, fueron las mismas personas, pues el gobierno bolchevique recurrió a muchos cuadros técnicos del antiguo régimen para hacer funcionar las empresas. Si la jornada laboral no

disminuye y las condiciones de trabajo no mejoran, es que vamos por mal camino. Pues si superar el capitalismo consiste en disminuir la plusvalía y en evitar que la que quede sea usada por unas minorías ociosas, y la plusvalía es en esencia un exceso de jornada laboral, entonces esta jornada tiene que ir descendiendo progresivamente, más todavía si se consigue aumentar la productividad. En el caso de la URSS no fue así, al contrario, se impusieron jornadas incluso mayores que en los países capitalistas, sobre todo al principio cuando Rusia debió construir su casi inexistente industria. Lo mismo podemos decir de las condiciones laborales, éstas tienen que ir mejorando sustancialmente a medida que avanzamos hacia el socialismo.

Francamente, si se analiza lo ocurrido en la Rusia soviética, es muy difícil no concluir que lo allí implementado tenía poco que ver con el socialismo. Realmente lo ocurrido allí fue una especie de capitalismo de Estado, aunque con formas originales, inéditas, muy peculiares. En ese sistema el mercado se subordinó al poder político, los medios de producción pasaron a pertenecer al Estado, la competencia entre los productores fue sustituida por la planificación central de la economía (sobre todo a gran escala), el beneficio dejó de ser la piedra angular del sistema para dar paso a la productividad, ésta se convirtió sobre todo en el medio de satisfacer las necesidades generales, de generar riqueza para distribuirla. En cuanto a esto se superó claramente al capitalismo. Pero los trabajadores siguieron siendo explotados (en algunos casos todavía más que en el capitalismo). Siguieron sin participar en la gestión de los medios de producción y siguieron generando plusvalía que fue a parar a manos del Estado, en parte dedicada a satisfacer las necesidades sociales, y en parte acaparada por una nueva "clase": la burocracia "comunista". Se generó riqueza y se repartió, pero insuficientemente, desigualmente. Los nuevos "capitalistas" eran los burócratas. Lo bueno que tiene el capitalismo, la autorregulación (hasta cierto punto), el hecho de que a pesar de la anarquía en la producción el sistema encuentra cierto equilibrio inestable, en el caso de la URSS desapareció y por consiguiente el sistema acabó finalmente colapsando. Las profundas contradicciones del sistema soviético, con ciertas características del socialismo y ciertas características del capitalismo, finalmente estallaron y dieron lugar al capitalismo. Todo periodo de transición al socialismo desde el capitalismo será inevitablemente contradictorio, el sistema tendrá algunas viejas características, modificadas algunas, y nuevas características, será una mezcla de socialismo y de capitalismo. Pero dichas contradicciones sólo pueden ser favorables al socialismo si éste es implementado en sus principales facetas, entre ellas la cuestión democrática. La democracia es la que puede decantar la balanza a favor del socialismo. **Toda restricción de la democracia juega a favor del capitalismo** porque éste sobrevive con la falta de democracia, al contrario que el socialismo. El fracaso del "socialismo real" consistió básicamente en que no fue un socialismo real. Lo que hizo fracasar ese simulacro de socialismo fue la falta de democracia. La burocracia miró por sus intereses y prefirió que colapsara el sistema a colapsar ella misma. Como decía Trotsky: *la burocracia ante todo está preocupada por su poder, su prestigio y sus ingresos. Se defiende a sí misma mucho mejor que defiende a la URSS. Se defiende a sí misma a expensas de la URSS y a costa del proletariado mundial.* Mientras la economía rusa estaba muy atrasada fue posible un gran crecimiento económico, a pesar de la burocracia. Pero una vez llegado a cierto punto, el crecimiento económico fue imposible. Como ya previó Trotsky en su día, la burocracia de ser un freno *relativo* se convertiría en un freno *absoluto* para el

desarrollo de las fuerzas productivas. Según Trotsky, en la URSS había dos tendencias muy claras: el establecimiento del verdadero socialismo, es decir, la democracia económica, si el proletariado despojaba a la burocracia del poder mediante la revolución política, o la restauración del capitalismo. Esto lo decía Trotsky mucho antes del colapso de la URSS. Finalmente las propias contradicciones de la burocracia soviética estallaron y aceleraron la caída de la URSS. El golpe de Estado de la parte más conservadora de la burocracia contra Gorbachov supuso el acto final de la obra “socialista” en Rusia: la disolución de la URSS y la restauración capitalista. La burocracia “comunista” sobrevivió al colapso del “socialismo” y una parte importante de ella, o sus descendientes, se convirtió en la nueva oligarquía capitalista. Muchos antiguos dirigentes del Partido Comunista de la Unión Soviética, o sus familiares, se convirtieron en empresarios o en los gobernantes de la nueva “democracia”. Una gran parte de la clase política y de la clase empresarial de la actual Rusia es heredera directa de la burocracia soviética.

El capitalismo se sustenta en el mercado, en la competencia entre los productores. Cuando esta competencia desaparece y se sustituye por una planificación *sin control externo*, tarde o pronto, el sistema colapsa. Todo sistema necesita ser controlado, regulado, de alguna manera para que funcione. El capitalismo se autorregula. Aunque de manera anárquica, tan pronto se produce el crecimiento como el colapso. Las crisis en el capitalismo son consecuencia directa de su autorregulación anárquica, son los estallidos de sus contradicciones inherentes que nunca se superan más que temporalmente en un proceso continuo de construcción-destrucción. Pero, sin embargo, el capitalismo más o menos sobrevive, hasta que colapse por completo o se cargue al planeta y todo lo que contiene, si es que finalmente lo hace, nadie puede asegurarlo. El socialismo debe ser regulado explícitamente, conscientemente. En el capitalismo ese control lo ejerce más o menos el mercado (si bien el Estado también interviene para que el sistema no colapse), sin olvidar el decisivo papel de las crisis que, como dice Víctor Serge, *se convierten así en las grandes reguladoras de la vida económica; son las que reparan, a expensas de los trabajadores, de las clases medias inferiores y de los capitalistas más débiles, los errores de los jefes de la industria*. Como suelen decir los propios economistas capitalistas, el sistema es regulado por la mano invisible del mercado. En el socialismo ese control lo debe hacer el *conjunto* de la sociedad mediante la democracia más completa posible. El socialismo no puede sobrevivir sin democracia. El capitalismo perfectamente. De hecho, el capitalismo sobrevive si no hay democracia, si ésta es simbólica o insuficiente. El capitalismo necesita, para sobrevivir, evitar la democracia, reducirla a la mínima expresión. Al contrario que el socialismo. Por esto las dictaduras de derechas funcionan desde el punto de vista económico. Y las dictaduras de “izquierdas” no. Acaban colapsando o asumiendo economías de derechas, más o menos capitalistas. “Dictadura de izquierdas” es un contrasentido, encierra una profunda contradicción irresoluble, que estalla tarde o pronto. No es posible un sistema económico de izquierdas (*democracia económica*) conviviendo con un sistema político de derechas (*dictadura política*). Al contrario, el capitalismo (*dictadura económica*) convive armónicamente con la democracia burguesa (*dictadura política disfrazada de democracia*), con la dictadura fascista (*dictadura política sin disfraz*) o con la dictadura “socialista” (*dictadura burocrática disfrazada de dictadura del proletariado*).

El socialismo sólo puede prosperar si los medios de producción son socializados y democratizados por completo, si la sociedad en conjunto se democratiza, si la economía es regulada conscientemente por el *conjunto* de la ciudadanía, si quienes la controlan en nombre de los demás responden ante éstos. Cuanto más se desarrolle la democracia más probabilidad de implementar el socialismo, más posibilidad de que prospere. El capitalista responde ante el mercado, aunque no responde todo lo que debiera. El propietario de una empresa, o sus ejecutivos, pagan por sus malas decisiones, aunque no pagan lo mismo que los trabajadores. Quienes defienden el capitalismo por el hecho de que la iniciativa privada es el motor de la economía, por el hecho de que el empresario le interesa gestionar bien su empresa para no pagar las consecuencias de su mala gestión, se olvidan, precisamente, de que los ejecutivos al servicio del capitalista cuando pagan por sus malas actuaciones, que no siempre lo hacen, son recompensados con suculentas indemnizaciones, se olvidan de que dicho propietario nunca es destituido de su *statu quo* por mal que gestione, sólo paga su mala gestión cuando se arruina o su empresa quiebra, cuando antes los trabajadores (que no suelen tener ahorros u otros medios de ganar dinero, al contrario que el empresario que invierte en bolsa o en otras empresas) han perdido el sustento. ¿Qué ocurriría si en la empresa quienes gestionan, los propietarios o los ejecutivos, pagaran *por igual* su incompetencia que el resto de los trabajadores? Yo creo que es obvio que cuando alguien paga más por sus actuaciones, responde mejor. Es muy gracioso ver cómo algunos defensores a ultranza del liberalismo, es decir, de la sacrosanta propiedad *privada* de los medios de producción, nos dicen que el socialismo, bajo ninguna de sus formas, ni siquiera la colectivista, puede funcionar porque los gestores socialistas no se esmerarían en hacer funcionar las empresas por no pagar por las consecuencias de su mala gestión (parece que dichos apologistas se olvidan de que sí podrían pagar por esa mala gestión, mediante el control democrático de su gestión), cuando en la sociedad capitalista actual, los ejecutivos o los propietarios de las empresas nunca pagan, salvo en casos extremos, por las consecuencias de sus malas gestiones o de sus prácticas fraudulentas. Y no hace falta recordar mucho ni irse muy lejos: basta con observar lo que ha ocurrido en la actual crisis, que en el momento de escribir este libro, principios de 2011, sigue azotando al mundo entero. ¿Dónde están los responsables? ¿Alguien ha pagado las consecuencias de esta crisis, producto de comportamientos especulativos, consentidos por los gobiernos políticos? Sí. Los trabajadores o los pensionistas, los menos culpables, los menos responsables.

A pesar de todo, el capitalista, aunque poco, responde algo de su gestión frente al mercado. El gestor del sistema socialista lo hace, lo debe hacer, ante la sociedad. En el capitalismo quien manda es el mercado. En el socialismo son las personas, el conjunto de la ciudadanía. En cualquier caso quien gestiona tiene que responder ante alguien o algo, si no el sistema, llámese como se llame, no funciona. En el capitalismo ese algo es el mercado. En el socialismo ese alguien es el conjunto de la ciudadanía. En el primer caso quien manda es la mano invisible del mercado. En el segundo es la mano visible, que debe ser bien visible, de la ciudadanía. En el primer caso es el capital el que manda. En el segundo las personas, la sociedad entera quien debe hacerlo. El capitalismo acaba siendo sometido a algo impersonal, no humano, llamado *mercado, dinero* o *capital*. Por esto Marx hablaba de fetichismo. Porque en la sociedad humana capitalista los humanos son dominados por cosas no humanas, aunque desde luego inventadas por los humanos. En el capitalismo el ser humano no está al servicio

del ser humano. Está al servicio del dinero. En la sociedad humana capitalista, el mercado, el dinero, las cosas, se convierten en sus dueños, en sus ídolos. La sociedad capitalista es el culto al dinero, convertido en el rey de los fetiches. Bien es cierto que el dinero no es una invención del sistema capitalista, pero ningún sistema como éste le da la importancia que tiene. Con el capitalismo el progresivo deterioro de la sociedad humana, la progresiva deshumanización, la progresiva “fetichización”, llega a su cumbre. El capitalismo no nació de la nada, los sistemas que le precedieron lo posibilitaron, contenían su germen. En verdad que el capitalismo es la forma que adopta una sociedad alienada donde el dinero iba poco a poco dominando al ser humano. Pero así como el capitalismo se nutrió de los sistemas anteriores, a su vez, él puede sentar las bases del sistema que puede sustituirlo: el socialismo. Con la diferencia de que el socialismo supone un paso en el sentido de negar a su predecesor. Así como el capitalismo fue una continuación de las tendencias pasadas, el socialismo, por el contrario, puede suponer una ruptura, no una simple evolución, sino una profunda transformación como consecuencia de la resolución de las contradicciones capitalistas, una síntesis dialéctica. Por primera vez en la historia humana, al ser humano se le ofrece la posibilidad de controlar conscientemente su destino, de elegirlo él, no de someterse a fuerzas oscuras que le dominan y le controlan, de resolver las contradicciones sociales en un determinado sentido, y no en otro. Estamos, indudablemente, en un momento histórico crucial (un momento que ya lleva durando aproximadamente un par de siglos, un instante en la historia de la humanidad).

El socialismo pretende invertir la tendencia de la historia humana, volver a situar al ser humano en el lugar que le corresponde: en el centro de su sociedad. El socialismo reivindica una sociedad verdaderamente humana, donde los seres humanos sean los protagonistas, y no cosas como el dinero, el capital o el mercado. En este aspecto, socialismo es humanismo, es devolver al ser humano el protagonismo perdido. El socialismo debe ser sometido a las personas, si no vuelve al capitalismo o colapsa. Los defensores del capitalismo nunca se plantean la posibilidad de que la economía pueda ser gestionada democráticamente. Ellos que propugnan, por lo menos de palabra, bien es cierto que con la boca pequeña, la democracia política, no quieren ni oír hablar de la democracia en el ámbito de la economía. Si la democracia se reconoce como el mejor sistema para que un grupo humano conviva y prospere, para que se gestione a sí mismo, ¿por qué aplicarla en unos ámbitos y no en otros? ¿Por qué sí en la política y no en la economía? Ésta es una de las grandes contradicciones de la “ideología” capitalista, de la “ciencia” económica y política capitalista. Esa contradicción sólo puede superarse o resolverse de dos maneras: o bien eliminando la democracia política (como así hace progresivamente el capitalismo, donde el mercado acaba suplantando a los gobiernos, donde el capital se pone por encima de la soberanía popular, no hay más que ver lo que está ocurriendo en la actual crisis donde gobiernos incluso socialdemócratas se someten a la dictadura de los mercados, del capital), o bien expandiendo la democracia desde el ámbito político al económico (como así propugnan los socialistas, los verdaderos). El capitalismo está progresivamente exterminando la democracia política, la poca soberanía popular que logramos alcanzar. La dictadura del capital necesita evitar la democracia política, y sobre todo la económica. La democracia económica es el fin del capitalismo. El capitalismo es la dictadura económica. Dictadura o Democracia. Capitalismo o

Socialismo. He ahí el dilema. ¡Pero no confundamos estalinismo con socialismo! ¡Ni confundamos la democracia burguesa, o sea la oligocracia, con la verdadera democracia! No confundamos lo proclamado con lo real, la etiqueta de la botella con su contenido.

Un sistema que no es regulado por el mercado ni por la ciudadanía, acaba colapsando. El capitalismo de Estado tiene poco futuro. Por esto todos los regímenes que implementan un socialismo insuficiente, con una escasa democracia, tarde o pronto, reintroducen la iniciativa privada, el mercado. Acaban dando pasos decisivos para la restauración del capitalismo. La democracia, por tanto, se nos presenta imprescindible no sólo para iniciar el camino hacia el socialismo, sino para proseguirlo. **La democracia debe acompañar al socialismo desde el principio hasta el final.** En cuanto se separen, el socialismo está condenado al fracaso. Al contrario de lo que piensan muchos izquierdistas, **la democracia es el ADN del socialismo.** El problema es que se dejan engañar por el mal uso hecho de la democracia por la burguesía, asocian *democracia a democracia burguesa*, le hacen el juego a la burguesía en el sentido de permitir que ésta se apropie del concepto genérico de democracia, cuando en verdad la democracia es el enemigo público número uno de la burguesía, como de cualquier élite social dominante. El problema también es que dichos izquierdistas rechazan por completo la democracia burguesa, cuando algunos aspectos de ésta deben ser inevitablemente utilizados, mejorados, ampliados, llevados a la práctica.

Hay ciertos intelectuales de izquierdas que cuestionan ciertas premisas básicas del marxismo, que piensan que es posible construir un sistema alternativo al capitalista sin tocar la propiedad privada de los medios de producción. Esos intelectuales son acusados por los marxistas de reformistas, de utópicos, de reproducir los mismos errores que en su día tuvieron Proudhon en el siglo XIX y otros socialistas idealistas. Alan Woods en su libro *Reformismo o Revolución* refuta de una manera muy contundente las ideas de Heinz Dieterich Steffan. Es sumamente interesante leer a ambos intelectuales. Podremos tener dudas en cuanto a quién tiene razón (aunque yo, francamente, no las tengo mucho), pero hay una cosa absolutamente indiscutible: para saber la verdad es condición sine qua non la libre discusión y la experimentación práctica. El sistema político capitalista actual no permite dicho debate ni dicha práctica. El debate no trasciende a la opinión pública. La burguesía no permite ningún experimento práctico. Antes de poder concluir qué sistema económico puede funcionar o no, necesitamos la imprescindible infraestructura para poder discutir abiertamente, seriamente, profundamente, masivamente, entre las distintas alternativas y, sobre todo, necesitamos poder probarlas suficientemente. Esa infraestructura esencial que permite la aplicación del método científico para la construcción y perfeccionamiento de la sociedad es la democracia. Se podrá discutir sobre qué sistema económico funcionará o no, sobre cuál será mejor o no, pero si no podemos probarlo entonces no podremos estar seguros.

El socialismo es democracia en el sentido más amplio, profundo y completo de la palabra. Socialismo es sinónimo de democracia. Capitalismo es sinónimo de oligocracia. Mientras la economía no sea controlada por *toda* la sociedad, ésta pertenecerá a unas pocas personas. La economía es el motor de la sociedad. No puede existir la democracia en general mientras no exista en el motor, en el núcleo, alrededor del cual todo gira en la sociedad humana. El capitalismo necesita evitar el

desarrollo de la democracia política. **El socialismo sólo podrá implementarse desarrollando todo lo posible la democracia política. La democracia política posibilitará la democracia económica.** Una de las muchas y grandes contradicciones del sistema capitalista es que el poder político está sometido al económico. La sociedad no puede ser gobernada por ella misma mientras la economía, su parte más fundamental, su núcleo, sea gobernada por ciertas minorías. **No puede coexistir la democracia política con la dictadura económica. Por esto la democracia política en el capitalismo es pura ficción. El socialismo aspira a superar esta profunda contradicción.** A que la democracia política sea acompañada de, complementada por, la democracia económica. Como decía Marx en *La guerra civil en Francia, la dominación política de los productores es incompatible con la perpetuación de su esclavitud social*. O dicho de otra forma, el socialismo, la democracia más amplia y completa posible, aspira a que la política haga política, a que pueda hacerla, a que pueda gobernar de verdad al conjunto de la sociedad, a que la economía se someta a la política. A reconciliar la economía con la política (contrapuestas en el capitalismo). Los gobiernos políticos capitalistas no gobiernan de acuerdo con los intereses generales de la sociedad porque son títeres del poder económico. Esto puede observarse en su plenitud en las crisis económicas, como la actual. La política en el sistema capitalista está vacía de contenido porque está atada de manos. El objetivo es la emancipación de los ciudadanos, de los trabajadores. Y ello sólo es posible democratizando por completo la economía, el motor de la sociedad humana, su núcleo, su epicentro en torno al cual gira todo lo demás. En palabras de Marx: *Emancipado el trabajo, todo hombre se convierte en trabajador, y el trabajo productivo deja de ser un atributo de clase*. Para posibilitar dicha emancipación se necesita por orden de prioridad: la democracia política, la expropiación de la oligarquía y la gestión democrática del sistema productivo. Estas tres condiciones son todas necesarias pero cada una depende de su predecesora. Sin democracia política no es posible expropiar a la burguesía o bien esto se convierte en casi estéril. Y sin la expropiación no es posible la gestión democrática por los mismos trabajadores o por la sociedad en general. No puede gobernarse lo que no se posee.

Con el sistema socialista la ciudadanía gobierna en *todos* los rincones de la sociedad. Capitalismo es dictadura económica y como consecuencia de esto oligocracia política, disfrazada de democracia. El capitalismo es inherentemente antidemocrático. Es verdad que el capitalismo, en determinado momento histórico, supuso ciertos avances democráticos (la burguesía debía conquistar el poder político con la complicidad del proletariado). Pero en la actualidad la democracia se ha convertido en un estorbo para el capitalismo. Por esto estamos sufriendo una clara involución democrática. Superar el capitalismo quiere decir construir la democracia, a todos los niveles, a todas las escalas. Al contrario de lo que piensan muchos izquierdistas, no se trata de evitar la democracia (asociada, erróneamente por ellos a un concepto burgués, la democracia *liberal* no es la única posible), sino, precisamente, todo lo contrario, se trata de implementar la verdadera democracia, la única que puede finiquitar al capitalismo o a cualquier sistema dominado por ciertas élites minoritarias. **La democracia supone el fin del capitalismo.** De esto son perfectamente conscientes los capitalistas que procuran por todos los medios que la democracia no avance, al contrario, que retroceda. En el capitalismo la democracia es sólo formal. En el socialismo, en el verdadero, es real. El disfraz de democracia formal procura vender la ilusión de la

democracia real para evitarla. La democracia real extingue al capitalismo. Por lo menos, es la única que puede extinguirlo. El capitalismo sobrevive con la democracia formal, meramente simbólica, pero muere, tiene una gran probabilidad de morir, con la real.

Otra de las grandes contradicciones del capitalismo es que el capital se contrapone a las personas. Como dijimos, la economía capitalista es regulada, controlada, por el mercado. El sistema capitalista está al servicio del mercado, del capital. El sistema socialista (siempre hablamos del verdadero socialismo no de las caricaturas estalinistas), por el contrario, está controlado por las personas. En el capitalismo el mercado manda sobre los gobiernos políticos y éstos sobre la ciudadanía (esto puede comprobarse perfectamente en la actual crisis, como en cualquier crisis las caretas se caen y los hechos hablan por sí mismos). En el socialismo, por el contrario, la ciudadanía manda sobre los gobiernos políticos y éstos sobre los mercados. En el capitalismo la economía está por encima de las personas, éstas sirven a aquella. En el socialismo es justo al revés, la economía está al servicio de las personas. El socialismo busca poner todo en su sitio lógico, todo lo que está al revés en el capitalismo. El socialismo supone un sistema al servicio de las personas, una sociedad verdaderamente humana, civilizada. En el socialismo el protagonismo es del ser humano y no del dinero. Quien manda es el conjunto de la sociedad, las necesidades reales de la población. Ese es el objetivo. Y para alcanzarlo, los gobernantes deben responder de manera eficaz ante la ciudadanía, la sociedad debe imperativamente poseer y gestionar democráticamente los medios de producción. El socialismo busca en definitiva resolver la contradicción central del capitalismo: producción *social* vs. propiedad *privada* de los medios de producción. Pero los medios de producción pertenecen a la sociedad si ésta además de ser *formalmente* su dueña, lo es *realmente*, de facto, si los gestiona democráticamente, si el Estado es controlado por la ciudadanía. El socialismo no sólo resuelve esa contradicción central. La resolución de esa contradicción en la economía, en el motor de la sociedad, posibilita la superación en cascada de toda una serie de contradicciones: carácter social de la producción vs. apropiación privada de la riqueza, planificación dentro de las empresas vs. anarquía global de la economía, trabajo vs. capital, política vs. economía, individuo vs. sociedad, personas vs. dinero, proletariado vs. burguesía, mayoría vs. minorías, miseria vs. opulencia, consumidor vs. productor, necesidad vs. beneficio, etc., etc., etc. Remito, una vez más, a mi libro *Las falacias del capitalismo*. Con el tiempo el socialismo debería permitir superar la división de la sociedad en clases, toda explotación humana. El socialismo, por tanto, *empieza* con la expropiación de los medios de producción, pero, ni mucho menos, acaba con ella. Como decía Trotsky: *El socialismo es la organización de la producción social planificada destinada a satisfacer las necesidades humanas. La propiedad colectiva de los medios de producción no es el socialismo, sólo es su premisa legal*. Pero, como mínimo, esa expropiación debe ser precedida o acompañada de una auténtica revolución democrática, la democracia debe dar un importante salto cuantitativo y cualitativo. Esa transformación democrática debe suponer que la cantidad se convierta en calidad, debe posibilitar el despejar el camino de obstáculos, el romper la presa para que el río pueda fluir libremente.

El problema es que si se expropia los medios de producción antes de haber desarrollado mínimamente la democracia política, se corre el riesgo de implementar

una especie de capitalismo de Estado. Entendiendo éste como un sistema donde el Estado controla la economía pero el conjunto de la ciudadanía no controla todavía al Estado. Esto es lo que ocurrió en esencia en la URSS. Al no preceder la construcción de la democracia política (o al ser ésta insuficiente) a la expropiación de los grandes medios de producción, la economía fue controlada por la burocracia estatal y ésta no fue controlada por la sociedad, en verdad por nadie. Se situó por encima del pueblo. Por consiguiente, lo lógico sería primero hacer la revolución política, establecer un marco democrático político suficiente y a continuación expropiar a la burguesía. Pero aquí tenemos otro peligro, otro gran inconveniente: mientras la burguesía controle la economía hostigará todo lo posible y procurará evitar la revolución. Esto es lo que ocurre en esencia en la Venezuela actual. Allí Chávez ha optado primero por desarrollar la democracia política y a continuación por realizar ciertas expropiaciones, por el momento insuficientes. Aproximadamente. En verdad estos dos procesos se vienen realizando casi simultáneamente, aunque se ha dado prioridad al primero. Chávez inicialmente sólo aspiraba a suavizar las contradicciones del capitalismo, pero con la experiencia práctica se ha dado cuenta de que de lo que se trata es de superarlas. Él ha llegado al socialismo por la vía de la experiencia práctica, empíricamente, sin ser inicialmente socialista. La solución ideal, que hay que procurar implementar en la práctica, y por tanto que hay que madurar todo lo posible en el campo de la teoría, es *simultáneamente* establecer un sistema político plenamente democrático y expropiar a la oligarquía los grandes medios de producción. O en todo caso, *primero* hacer las reformas constitucionales para establecer una nueva democracia política que suponga un gran salto respecto de la anterior democracia burguesa y *poco* después (lo antes posible) realizar las nacionalizaciones necesarias. De esta manera puede iniciarse el camino al socialismo de manera más segura. Más segura para evitar que la antigua oligarquía torpedee la transición. Más segura también para evitar que a la antigua oligarquía le suceda otra. Es por esto, por el hecho de que se requiere hacer mucho en poco tiempo, que en el campo de la teoría es primordial tener todo lo más claro posible de antemano. La hoja de ruta debe estar perfectamente diseñada antes de implementarla. La improvisación y la espontaneidad, por lo menos para *iniciar* el camino hacia el socialismo, para superar los obstáculos iniciales (no así tanto para el resto del camino), deben ser evitadas todo lo posible. Cuestión de vida o muerte para la transición al socialismo. La revolución debe superar el punto crítico para que la cantidad se convierta en calidad. Una vez liberado el camino de obstáculos, el recorrido será más tranquilo, la improvisación y la espontaneidad serán bienvenidas.

Cuando se han intentado cambios sociales profundos de la manera más democrática, más pacífica, partiendo de la democracia liberal, hasta ahora, todos ellos han fracasado, han acabado en golpes de Estado y en dictaduras, como bien sabemos en España donde además tuvimos una dura y larga guerra civil. Los actuales casos de Latinoamérica pueden sentar importantes precedentes. A este respecto, recomiendo encarecidamente echar un vistazo a los libros escritos por Marta Harnecker, marxista muy activa que hace una gran labor pedagógica y de asesoría a gobiernos socialistas revolucionarios. Veremos cómo acaban los interesantes experimentos democráticos en Latinoamérica. Como dijo Adam Przeworski: *El problema estratégico de una transición estriba en conseguir la democracia sin morir a manos de quienes detentan las armas ni de hambre por obra de quienes controlan los recursos productivos*. La

izquierda debe intentar resolver esta contradicción: cómo alcanzar la democracia *democráticamente*, superando los obstáculos de la burguesía, que no duda en liquidar la democracia cuando ésta llega demasiado lejos para sus intereses. La dictadura del proletariado se planteó precisamente para contrarrestar la resistencia por la fuerza de la burguesía. El problema es que fue casi peor el remedio que la enfermedad. ¿O no? ¿Es peor que degenera una revolución o que no triunfe, que no tenga ninguna opción? Si no triunfa esto puede hacer cundir el desánimo en el sentido de que no es posible un poder popular. Pero si triunfa y luego el poder “popular” se vuelve contra el pueblo, también. ¿Cómo vencer la resistencia de la burguesía? ¿Cómo superar esa resistencia sin poner en peligro la *dinámica* revolucionaria? Éste es el gran problema de fondo para la izquierda transformadora.

Debemos buscar soluciones teóricas y debemos experimentar con ellas, pero siempre procurando minimizar la espontaneidad y la improvisación, pues la burguesía no nos dejará trabajar en condiciones mínimamente favorables, no nos dará tiempo. Como, de hecho, así nos lo han demostrado los acontecimientos históricos. Esto ya estaba previsto. Era totalmente previsible. ¡Y necesitamos mucho tiempo! ¡Y tenemos mucho que hacer! La historia nos ha demostrado también que es muy difícil que las masas se levanten, incluso aunque se tengan condiciones objetivas claramente favorables para la revolución. Trotsky pensaba que las masas en la URSS se rebelarían contra la burocracia estalinista reaccionaria, y no fue así. Dado que es muy difícil que las masas se rebelen, dado que los fracasos pasados las desalientan, hay que procurar por todos los medios posibles que el guión de la revolución esté lo más perfecto posible. Es imperativo repasar y repasar cuantas veces sean necesarias la teoría, máxime cuando se han producido fracasos en la praxis. Hay que buscar obsesivamente las inevitables contradicciones en la teoría. Es un error gravísimo hacer la vista gorda, no querer mirar. El propio marxismo nos proporciona la llave para buscar sus errores: el método del materialismo dialéctico. Descuidar la teoría se traduce en errores en la práctica que se pagan muy caros por muy largo tiempo. No puede esperarse que las masas se vayan a levantar constantemente para refinar la revolución. La teoría revolucionaria debe estar de antemano lo más refinada posible para intentar minimizar los errores. Más que en ninguna otra ciencia, en la ciencia revolucionaria los errores en la teoría se pagan a un precio muy caro: al precio de no poder volver a intentarlo, o de hacerlo muy tarde, demasiado tarde tal vez. En la ciencia revolucionaria, más que en ninguna otra, la teoría es fundamental, pues hay muy pocas ocasiones de llevarla a la práctica.

En el libro *Los errores de la izquierda* (el cual es un extracto del libro *Rumbo a la democracia*) planteo mis modestas aportaciones. Las expropiaciones a los grandes capitalistas posibilitan desarmar a éstos en lo económico, pero no garantiza el funcionamiento de la economía ni el poder popular, mientras no se sepa gestionar adecuadamente, mientras el Estado y la economía no se democratizan por completo. Y esto no puede hacerse de la noche a la mañana. Los bolcheviques se encontraron con grandes dificultades para hacer funcionar el sistema económico. Debieron introducir o perpetuar ciertas desigualdades que no deseaban, debieron recurrir a los viejos cuadros técnicos de la economía capitalista para hacer funcionar las empresas. No basta con hacer los grandes medios de producción públicos. Hay, además, que hacerlos funcionar. Y hay, además, que cambiar las mentalidades de las personas. Tampoco basta con cambiar las relaciones de propiedad de dichos medios, hay que

cambiar las relaciones de clase. No basta con declarar solemnemente un Estado *proletario*. Hay que construirlo. No basta con tomar el poder político, hay que ejercerlo para transformar por completo la sociedad. La izquierda tiene mucha POLÍTICA y ECONOMÍA, ambas con mayúsculas, que teorizar y practicar, a diferencia de la derecha.

Como bien dice Maurice Brinton:

*Los medios de producción pueden cambiar de manos (pasar, por ejemplo, de manos de los propietarios privados a manos de una burocracia que los posee colectivamente) sin que eso transforme de modo revolucionario las relaciones de producción. En ese caso, y cualquiera que sea el tipo formal de propiedad, la sociedad sigue siendo una sociedad de clases, ya que la producción sigue estando dirigida por una instancia separada de los productores mismos. En otras palabras, **las relaciones de propiedad no reflejan necesariamente de modo adecuado las relaciones de producción.** Pueden servir para enmascararlas y, de hecho, eso es lo que suele ocurrir.*

Los problemas de la transición del capitalismo al socialismo no pueden obviarse. Son muchos y graves. ¿Cómo luchar de forma pacífica y democrática contra un enemigo que no duda en recurrir a la violencia y a la dictadura? ¿Cómo implantar la democracia económica sin que el funcionamiento de la economía se resienta a corto plazo? ¿Cómo dirigir técnicamente una empresa sin quienes lo hacían antaño, o cómo convencerles para que lo hagan sin tener que mantener o acrecentar las desigualdades en los sueldos o en el poder de decisión? ¿Cómo evitar que las concesiones temporales al capitalismo se conviertan en permanentes, impidan la superación del capitalismo? ¿Cómo deshacer el dominio ideológico de la derecha? ¿Cómo hacer cambios radicales en poco tiempo? ¿Cómo evitar que si se hacen dichos cambios poco a poco, se pierda la senda de la revolución? Estos son los grandes problemas de la transición al socialismo. Problemas que hipotecaron la evolución de la gran Revolución rusa, que toda revolución socialista sufre. La izquierda debe ganarse a todo el proletariado, incluido al personal más técnico, con mayores conocimientos tecnológicos, políticos y económicos. La forma de evitar el ruido de sables, los golpes de Estado, es controlando a los ejércitos, depurándolos, reformándolos. Incluso recurriendo a las milicias populares, a la integración del pueblo en el ejército. Uno de los peligros de un ejército profesional es que se separa más del pueblo (no todo van a ser ventajas), si bien la clave está sobre todo en el cuerpo de oficiales. El pueblo debe protagonizar la lucha democrática, para iniciarla, defenderla y proseguirla. La lucha popular no acaba con la conquista del poder político, como las experiencias nos han demostrado sobradamente. La defensa popular de la democracia es tan importante como su conquista. Saber defender la democracia puede ser la clave para lograr la transición, para afianzarla. Todo gobierno revolucionario debe instruir al pueblo sobre las diversas formas de resistencia popular. El pueblo debe hacer valer su principal arma: la fuerza de la mayoría. Un pueblo unido, consciente, activo y responsable es casi invencible. Todo poder político revolucionario debe perseguir desde el principio, prioritariamente, obsesivamente, aumentar todo lo posible el poder del pueblo. Debe concienciarlo desde el primer día para superar las dificultades, pero sin nunca recurrir a la ciega sumisión. El pueblo debe percibir que el nuevo poder político es diferente, habla de modo diferente y sobre todo actúa de modo

diferente. El nuevo poder político debe despertar el pensamiento libre y crítico de las masas. Debe hacerlas desconfiar incluso de sí mismo. Debe hacerlas ver los peligros de la contrarrevolución, interiores y exteriores. Debe explicar a la ciudadanía que una revolución excesivamente dependiente de ciertas vanguardias, de ciertas minorías, está siempre en la cuerda floja. **La revolución debe siempre echar raíces en el pueblo. Si no lo hace, tarde o pronto, de una u otra manera, sucumbe.** ¡Pero todo esto es fácil de decir!

En suma, el nuevo gobierno revolucionario debe demostrar, de todas las maneras posibles, con palabras y con hechos, que se apoya en el pueblo y sirve al pueblo. Si al pueblo se le habla con franqueza, si se le dice la verdad, por dura que ésta sea, si se le permite que pueda contrastarla libremente, públicamente, el pueblo responderá. Los ciudadanos serán capaces de sacrificarse temporalmente por el futuro de la revolución, por su propio bien. No creer esto es no tener ninguna fe en el pueblo. Es pensar que las masas siempre se comportarán como ovejas, en vez de como seres humanos, como niños en vez de como adultos. Y si no se tiene ninguna fe en el pueblo, ¿para qué demonios hacer la revolución? Ahora bien, tener fe en el pueblo, no significa no reconocer sus debilidades, sus limitaciones. Que a las masas haya que darles un empujón inicial no significa que ellas nunca puedan pensar o actuar por sí mismas. Hay que convencerlas para que no dependan de élites, o por lo menos para ir gradualmente disminuyendo dicha dependencia. Y esto hay que hacerlo desde el principio, aunque los resultados no puedan lograrse a corto plazo. Desde el principio hay que procurar darles todo el protagonismo posible. Desde el principio dicho protagonismo debe ir aumentando. Si el pueblo no es capaz de protagonizar la revolución, ésta habrá fracasado, degenerará tarde o pronto. De poco sirve tomar el poder si luego no se puede ejercer. Puede ser peor no tomar el poder que tomarlo para nada. Hay que tomarlo pero mantenerlo. En el momento en que una revolución no es protagonizada por el pueblo, la revolución ha fracasado, ya casi no merece la pena seguir. Si se mantiene el poder político a costa del pueblo, se traiciona la razón de ser de la revolución. Ninguna élite debe responsabilizarse por completo, de manera aislada, de ninguna revolución. Tarde o pronto la traicionará, perjudicará al pueblo. Tarde o pronto el pueblo reclamará su protagonismo, incluso en contra de quienes se autoerigen en sus benefactores. Una vanguardia revolucionaria que ya no tiene apoyo popular ya no es revolucionaria. Una vanguardia es revolucionaria si pretende cambiar radicalmente la sociedad apoyándose en la sociedad, dándole el máximo protagonismo. Si gobierna en contra de las masas es contrarrevolucionaria, por muchas buenas intenciones que tenga. Los logros sociales serán insuficientes o transitorios. La única forma de que el ser humano no degenera, no dé rienda suelta a sus peores facetas, es siendo controlado por otros seres humanos. Sólo es posible un sistema que beneficie al conjunto del pueblo con la más absoluta democracia, cuando todos nos controlamos a todos, cuando tendemos por lo menos hacia esa situación, cuanto más nos acercamos a ella. Democracia, democracia, democracia. Siempre la clave es la democracia. El pueblo sólo puede vivir dignamente si tiene el poder, con un sistema político que garantice el *poder del pueblo*. Esto *nunca* puede perderse de vista. Así como todos los caminos del imperio romano llevaban a Roma, todos los caminos revolucionarios llevan al mismo punto, a la misma idea central: la democracia.

4.5. La clave reside en la democracia

El gran aporte del marxismo fue su enfoque científico. Aportó numerosos instrumentos para comprender la sociedad humana, y por tanto de paso para transformarla también. El legado más importante de Marx, de Engels y de tantos otros, es su manera de hacer las cosas, sus intenciones, sus actitudes. **Sólo la verdadera democracia posibilitará la aplicación del método científico para transformar la sociedad.** En este aspecto, el marxismo establece las bases de la ciencia revolucionaria. Ciencia que, como toda ciencia, debe evolucionar mediante el cuestionamiento, el libre debate entre las ideas y la toma en consideración de la práctica, de las experiencias reales. **La democracia, la libertad, es la herramienta de la revolución social.**

Más que centrarse en desarrollar teorías sobre un posible sistema social del futuro, hay que dar prioridad sobre todo a construir el contexto adecuado que permita que dichas teorías puedan ser desarrolladas y probadas. Por esto, **la democracia se nos presenta como la infraestructura esencial** para desarrollar el socialismo, el comunismo, la anarquía, incluso el liberalismo (éste se ha convertido también, en gran parte, en un estorbo para el capitalismo), o en general cualquier otro sistema. La alternativa al sistema actual es en verdad la democracia. Una vez que tengamos una democracia que pueda considerarse como tal, suficiente, amplia, completa, mínimamente completa, podremos empezar realmente a transformar la sociedad, a controlar el destino de la misma, podremos lograr que dicho destino pertenezca al *conjunto* de la humanidad. Antes de construir nada necesitamos proveernos de las herramientas adecuadas. Una vez construidas éstas podremos empezar a construir, incluso podremos ir perfeccionando dichas herramientas a medida que así lo vayamos necesitando. **La lucha anticapitalista es, por tanto, equivalente a la lucha democrática.**

Con verdadera democracia, tarde o pronto, probablemente más pronto que tarde, el sentido común se irá imponiendo, lo racional triunfará sobre lo irracional, la ética ganará a la corrupción. Creer lo contrario es no tener fe en el ser humano. Yo tengo fe en el ser humano. A pesar de los pesares. Si no fuese así no estaría aquí escribiendo estas líneas. Ni el lector las estaría leyendo. Creo en la capacidad de raciocinio de los hombres y de las mujeres. Creo que, en las condiciones adecuadas, la razón y la ética pueden ganar. De lo que se trata es de construir dichas condiciones adecuadas. Creo en el pueblo. En la democracia. Sin embargo, dicha fe no es ciega. El ser humano tiene sus miserias además de sus virtudes. De lo que se trata es de realimentar las segundas y de reprimir las primeras. El ser humano es contradictorio, tiene tendencias opuestas. La forma de protegernos frente a nuestras miserias es haciendo que todos nos controlemos mutuamente, unos a otros. **La clave para lograr una sociedad civilizada, con posibilidades de futuro, reside en la democracia, en el más amplio y profundo sentido de la palabra.** En que el poder político, en primer lugar, emane *directamente* del pueblo y sea controlado *directamente* por él. A todas las escalas, en todos los ámbitos. Cualquier cargo público debe ser elegido *directamente* por el pueblo y debe ser controlado *directamente* por el mismo pueblo. En cualquier caso deben aplicarse siempre los principios de *elegibilidad*, *revocabilidad* y *mandato imperativo* (en cuanto a la política general a llevar a cabo, no tanto en cuanto a los detalles de

implementación), como mínimo. Técnicamente es más fácil implementar la democracia política que transformar la economía, pero la oposición de las actuales élites y la pasividad de la ciudadanía dificultan enormemente el desarrollo de la democracia política. La revolución democrática será un instante comparada con la revolución económica, pero ese salto democrático costará mucho hacerlo. Lo primero es despejar el camino de obstáculos para recorrerlo. Y esos obstáculos son la insuficiente democracia, el poder económico, ideológico y militar de la oligarquía, y la pasividad y desánimo de los ciudadanos.

Todo país que pretenda avanzar hacia el socialismo, o hacia cualquier sistema que pretenda superar el capitalismo, debe prioritariamente desarrollar la democracia y a continuación, con el apoyo popular, lo antes posible, socializar las partes estratégicas de la economía, expropiar a los grandes capitalistas. Ambos pasos son necesarios, imprescindibles. No sirve de nada desarrollar la democracia política si la oligarquía sigue dominando la economía, el motor de la sociedad. Dicha oligarquía hará todo lo posible para evitar la revolución, la contrarrevolución será una amenaza permanente mientras los grandes capitalistas ostenten el control económico del país. Pero tampoco sirve la nacionalización de las grandes empresas estratégicas del país si no se hace con el máximo control popular, si el Estado es dominado por cierta burocracia que no responde ante la ciudadanía. En este caso sólo se sustituye una élite por otra. Ya vimos lo que ocurrió en la URSS. La democracia es lo primero, lo prioritario. Lo segundo es la expropiación a los grandes capitalistas, es quitar el poder económico a la burguesía. Y complementándose a estos dos pasos esenciales, está el control del ejército. Hay que evitar que los militares finiquiten la democracia, impidan el proceso democrático. **El poder político debe asegurarse la fidelidad del ejército a la democracia, al pueblo.** Hay que purgar el cuerpo de oficiales, hay que renovarlo por completo, hay que incluso democratizar todo lo posible el funcionamiento del propio ejército. Finalmente, **hay que combatir a los medios de comunicación burgueses, pero no reprimiéndolos, sino que enfrentándose dialécticamente y en igualdad de condiciones a los mismos. Potenciando sobre todo los medios de comunicación públicos.** Hay que permitir que en estos medios públicos *todas* las ideas e informaciones puedan ser conocidas por la ciudadanía. **Los postulados de la izquierda se impondrán por la fuerza de la razón y no por la fuerza de la fuerza. Hay que combatir el pensamiento único burgués con pensamiento crítico y libre, el falso consenso con pluralidad, el dogma religioso con ciencia, el adoctrinamiento con información.** Los medios de comunicación públicos deben convertirse en la voz del pueblo, deben funcionar de forma escrupulosamente democrática, deben fomentar que la gente piense, razone, se exprese, pregunte, conozca, proponga, participe, critique, denuncie, disienta, ... La sociedad, el Estado, el pueblo, debe tomar el control político, económico y militar. Y debe liberarse del control ideológico de cualquier élite. Sólo así puede avanzar la revolución social y sólo así puede evitarse su degeneración. En una palabra con democracia, garantizando ésta. Las experiencias históricas, junto con el más elemental sentido común, nos llevan a estas conclusiones.

Y también las experiencias prácticas pasadas y presentes, y no hace falta tampoco irse muy hacia atrás en el tiempo, nos han demostrado que la burguesía no va a ceder fácilmente el control, el poder. La vía reformista, sin lugar a dudas, no posibilita la

erradicación de los grandes males del capitalismo, simplemente los suaviza y pospone, en el mejor de los casos, pero tarde o pronto reaparecen o se intensifican. Las contradicciones del capitalismo son numerosas y profundas, son irresolubles, de una u otra manera vuelven, salen a la luz. La socialdemocracia ha demostrado que es incapaz de conseguir mejores condiciones de vida para las clases populares, que en todo caso los logros alcanzados son finalmente finiquitados por la propia socialdemocracia, convertida en el principal aliado de la gran burguesía. Son siempre limitados y temporales. Como dice Ernest Mandel en *Lecciones de mayo del 68*:

Nunca podrá hacerse temblar el poder de la burguesía mediante una sucesión de pequeñas conquistas. Si no se da un cambio brusco y brutal de las relaciones de fuerzas, el capital encuentra, y siempre encontrará, los medios para integrar tales conquistas en el funcionamiento del sistema. Y cuando se produce un cambio radical de las relaciones de fuerzas, el movimiento de las masas se dirige espontáneamente hacia una conmoción fundamental del poder burgués. La dualidad de poder refleja una situación en que la conquista del poder es ya objetivamente posible debido al debilitamiento de la burguesía, pero en la que sólo la falta de preparación política de las masas, la preponderancia de tendencias reformistas y semirreformistas en su seno, detienen momentáneamente su acción en un nivel dado. [...] Toda la historia del capitalismo atestigua su capacidad para ceder en cuanto a reivindicaciones inmediatas cuando su poder está amenazado. Sabe perfectamente que, si conserva el poder, podrá recobrar en parte lo que ha dado (mediante el alza de precios, los impuestos, el paro, etc.), y, en parte, digerirlo con un aumento de la productividad. Además, toda burguesía enervada y asustada por una huelga de amplitud excepcional, pero que conserve su poder de Estado, tenderá a pasar a la contraofensiva y a la represión en cuanto refluya el movimiento de masas. La historia del movimiento obrero así lo demuestra.

Sólo es posible avanzar mediante la Revolución. El pueblo debe forzar la situación. La vanguardia revolucionaria debe preparar el terreno para canalizar decididamente el descontento popular, para que la rebelión se transforme en revolución, para posibilitar un salto político suficiente. Las vacilaciones en el campo de batalla suelen ser mortales. Ese salto democrático, la Revolución política, el avance social, estarán amenazados durante cierto tiempo con revertirse. Hasta que definitivamente se venza la oposición de la burguesía, o de cualquier élite que pretenda controlar a la sociedad, y el pueblo asuma decididamente su protagonismo. Ese salto, de hecho, lo llevamos persiguiendo ya desde hace tiempo. Ya se han hecho muchos saltos, pero hasta ahora han sido insuficientes. Habrá que seguir intentándolo, pero habrá también que aprender de los errores y prepararse para el nuevo salto. Sólo así la posibilidad de superar el capitalismo se hace cada vez más factible. La historia política de la civilización humana puede reducirse a la lucha por la conquista de la democracia. La lucha de clases es equivalente a la lucha por la democracia. Las clases bajas luchan por la democracia en contra de las élites de turno.

La lucha de clases ha tenido dos componentes: la lucha entre clases minoritarias poderosas (con cierto poder económico) que pretenden dominar al conjunto de la sociedad, sustituirse unas a otras, y la lucha del pueblo, de las clases populares, mayoritarias, contra cualquier clase dominante. No es lo mismo la lucha de la

burguesía contra la aristocracia, que la lucha del proletariado contra ambas. Por tanto, siendo los objetivos de ambos tipos de lucha de clases totalmente distintos, en un caso el dominio social, en el otro la liberación social, los métodos empleados han de serlo forzosamente, como mínimo no deben ser calcados. Algunos deberán ser parecidos, en particular el hecho de desarrollar el sistema político necesario para desarrollar el nuevo sistema económico, pero otros deberán ser radicalmente distintos, en particular deberá darse el *máximo* protagonismo al conjunto de la ciudadanía si se desea la emancipación social. Una clase que pretende dominar elude la democracia o utiliza sólo parte de ésta para liberarse de la anterior clase dominante, pero elude su desarrollo para no ser ella despojada del control de la sociedad. La democracia auténtica es un obstáculo para dicha clase. La oligocracia es su herramienta política esencial y la disfraz de democracia para evitar que el pueblo asuma el control. La emancipación, por el contrario, necesita imperiosamente la auténtica democracia, desarrollarla todo lo posible. **Sin democracia no es posible la emancipación. La emancipación es en verdad la propia democracia.** Mientras la burguesía implementó su *democracia liberal*, especialmente diseñada para dominar al pueblo bajo la apariencia del *poder del pueblo*, y en esto radica su eficacia, en el disfraz; el proletariado, el pueblo, por el contrario, deberá desarrollar una auténtica democracia, sin límites, que se retroalimente a sí misma, que aumente y mejore en el tiempo. Las minorías no pueden dominar con democracia. La mayoría sólo puede hacerlo con auténtica democracia. Un sistema político que sirva al interés general sólo puede lograrse si la democracia alcanza grado suficiente, si el verdadero control lo ostenta el *conjunto* de la ciudadanía. Pero la democracia no sólo debe posibilitar el gobierno de la mayoría, debe también evitar la tiranía de la mayoría. La democracia tiene sus límites: los derechos humanos. **La democracia consiste básicamente en llegar al equilibrio entre la libertad del individuo y la libertad del conjunto de la sociedad.**

Mientras la burguesía construyó su sistema político acorde con el sistema económico a desarrollar, el capitalismo, el proletariado también deberá construir su sistema político acorde con el sistema económico a desarrollar, el socialismo, o cualquier sistema alternativo que sirva a los intereses generales. Pero como el proletariado, el pueblo, no pretende dominar, tampoco quiere imponer su sistema económico, simplemente desea encontrar el sistema que posibilite el bienestar y el progreso de toda la sociedad. A diferencia de la burguesía, el proletariado pretende encontrar el mejor sistema posible sin imposiciones previas, sin limitaciones. El pueblo desea poder probar libremente *todas* las opciones. En suma, necesita el método científico. La burguesía, por el contrario, usó la falsa ciencia, la religión disfrazada de ciencia, el pensamiento único, el libertinaje disfrazado de libertad. Porque su objetivo era radicalmente distinto: *imponer* su modelo económico, el que le beneficia como clase. Objetivos distintos, métodos distintos. Pero algo en común: hay que partir de lo existente, hay que basarse en cierta teoría, hay que construir el sistema político adecuado, hay que considerar la naturaleza del ser humano y de su sociedad, en particular hay que tener en cuenta a la dialéctica (porque la burguesía también la tuvo en cuenta, aunque no lo reconozca, aunque tal vez no sea consciente de ello).

El mismo Marx reconocía la necesidad de conquistar el Estado burgués y de transformarlo radicalmente, cuando, por ejemplo, en algunos borradores del documento de la Asociación Internacional del Trabajo, escrito para analizar la

experiencia de la Comuna parisina, decía: *Pero el proletariado no puede, como lo hicieron las clases dominantes y sus diversas fracciones rivales inmediatamente después de su triunfo, tomar simplemente posesión del cuerpo del Estado existente y hacer funcionar ese aparato para sus propios fines. La primera condición para conservar el poder político es transformar el mecanismo actuante y destruirlo en tanto que instrumento de dominación de clase. [...] El instrumento político de su sumisión no puede servir de instrumento político de su emancipación.* El problema es que Marx no concretó, ni desarrolló suficientemente, estas ideas. No las llevó hasta las últimas consecuencias. Si el Estado conquistado, heredado, no puede servir al proletariado para su liberación, si hay que destruir el instrumento de *dominación* de clases, ¿no significa esto que el nuevo Estado tiene que aspirar a ser no clasista, a ser neutral? O el Estado, el instrumento de dominación clasista en palabras de Marx, es destruido inmediatamente, como así propugnaban los anarquistas de manera poco realista pero coherente, o es transformado radicalmente, de raíz, lo antes posible, como el mismo Marx reconocía. Sin embargo, Marx, y en mayor medida Engels, cometieron el error de no darse cuenta de que lo que diferenciaría al nuevo Estado del anterior sería, precisamente, la aspiración a ser neutral, un Estado verdaderamente democrático, el cual debería basarse en algunos principios de la democracia liberal, para llevarlos a la práctica, pero en el cual también deberían ser dichos principios completados, complementados, por nuevos principios. Marx y Engels, presos en este caso de un excesivo determinismo, no se atrevieron a afirmar explícitamente, claramente, tajantemente, que aunque el Estado había sido siempre, hasta el momento, clasista, la dictadura de una clase, podía, es más, debía, dejar de serlo para superar la sociedad clasista. Ellos afirmaron que no era posible prescindir de forma inmediata del Estado, que el Estado era por definición la dictadura de una clase, o de varias, pero al mismo tiempo dijeron que el Estado, tal cual, el Estado actual, no era válido, que debía sufrir un cambio cualitativo suficiente. Ese cambio cualitativo no podía ser más que despojar al Estado de su naturaleza *clasista*. Había que cambiar el *estado* del Estado, para lo cual lo primero era no confundir el *estado* con la *naturaleza*, lo primero era admitir que una cosa era el *estado* del Estado y otra su *naturaleza*. Pero quien decía que el Estado era, por naturaleza, por definición, clasista, que no podía ser más que clasista, no podía admitir esa posibilidad, o sólo la podía admitir sutilmente, indirectamente, casi inconscientemente, intuitivamente. ¿No es evidente que el marxismo estaba en un callejón sin salida ideológico? El peso del pasado fue excesivo para Marx y Engels. Ellos no podían contradecir o cuestionar las leyes descubiertas por ellos mismos. Durante demasiado tiempo, en verdad desde que la sociedad humana dejó la vida primitiva, el Estado había siempre sido clasista. ¡Parecía muy aventurado decir que el Estado, que durante milenios fue clasista, podía dejar de serlo! Pero si no se admitía esa posibilidad, por otro lado “insinuada” por la dialéctica materialista, no era posible salir del callejón sin salida en que estaba sumido el marxismo. El propio marxismo, su método, su esqueleto, nos daría las pistas para salir del laberinto. Retomando el propio marxismo, volviendo un poco para atrás y volviendo a caminar por el laberinto de las ideas, sin perder nunca de vista la realidad material, podemos reconducir al propio marxismo para salir del laberinto en el que se sumió, la pescadilla puede dejar de morderse la cola. Así como en la guerra una retirada a tiempo en una batalla puede conducir a la victoria total, así como a veces hay que desandar un poco el camino para volver a encontrar la dirección adecuada, si volvemos a los orígenes del marxismo, en concreto a su método, el materialismo dialéctico, podemos despojar al marxismo de

sus errores más importantes. El marxismo así se renueva a sí mismo. ¿Puede existir mejor prueba de la validez del método marxista que el hecho de que posibilita al propio marxismo despojarse de sus errores? ¿No es esto la prueba más evidente de la vigencia del marxismo, de sus postulados más centrales? ¡El propio marxismo nos da las pistas para su posible resurgimiento, cual ave fénix!

El principal error del marxismo consistió en confundir el *estado* del Estado con su *naturaleza*, en confundir *una* realización concreta del Estado con *la* única posible. Si admitimos la posibilidad de que el Estado pueda dejar de ser clasista, es decir, si consideramos que el *estado* del Estado puede cambiar, si consideramos que el que sea clasista tiene que ver con el *estado* del Estado y no con su *naturaleza* intrínseca, si admitimos que la razón de ser del Estado no es sólo el dominio de unas clases por otras, es decir, si no caemos en el determinismo fuerte, entonces esa contradicción subyacente e irresoluble del propio marxismo, de la cual no pudieron escapar sus fundadores ni sus principales discípulos, se resuelve, entonces el marxismo da un importante salto cualitativo, adopta una mayor coherencia, las piezas encajan por fin. Marx y Engels sólo insinuaron esa posibilidad de un cambio radical en la *naturaleza* del Estado, en verdad de su *estado*, incluso en algunos momentos se contradijeron a sí mismos, como al afirmar que la *dictadura* burguesa debía dar paso a la *dictadura* proletaria, perpetuando el *estado* del Estado, asumiendo que el Estado sólo podía ser siempre una *dictadura*, imposibilitando así ese cambio radical del Estado que ellos reconocieron como necesario. ¡No se atrevieron a romper el guión de la historia! Ese guión que tanto había costado descubrir, ese guión que tanto había sido ocultado a la humanidad. Tal vez pensaron que si proclamaban que era posible un Estado no clasista, pondrían en duda sus descubrimientos, al propio materialismo histórico que parecía llevar irremediabilmente a la conclusión de que no era posible un Estado no clasista, conclusión errónea producto de una insuficiencia dialéctica, de un materialismo excesivamente metafísico. Tal vez, ellos mismos cayeron en un materialismo demasiado poco dialéctico en algunos momentos, pensaron que las ideas no podrían adelantarse a sus realizaciones prácticas, que las causas y sus efectos no podrían intercambiarse en determinado momento.

Decir que el Estado *puede* dejar de ser, en determinado momento, si se cumplen ciertas condiciones, clasista, no contradice el decir que hasta ese momento el Estado *había* sido siempre clasista. Admitir la posibilidad de un Estado neutral, no clasista, no contradice los principales postulados del marxismo, su núcleo fuerte. Todo lo contrario. Está más acorde con la *dialéctica* materialista. La dialéctica nos dice que las causas y los efectos se intercambian, que las cosas cambian. Transformar el Estado equivale a transformar la sociedad, lo cual es la razón de ser del propio marxismo, incluso de la misma filosofía, como decía Marx. El marxismo no estipula el fatalismo, sino un determinismo débil. Y suponer que en determinado momento el *estado* del Estado puede cambiar concuerda con dicho determinismo débil, concuerda más incluso con la dialéctica, pues un Estado estático la contradice. La sociedad humana no se rige por leyes exactas. Considerar que es posible prescindir del Estado de forma inmediata, como así postulaban los anarquistas, contradice al determinismo descubierto por el marxismo, supone despreciar las leyes de la sociedad humana. Pero suponer que el Estado no puede dejar de ser clasista contradice al apellido “débil” del determinismo marxista, supone caer en un determinismo fuerte, sino en el fatalismo, supone darle un

carácter absoluto, exacto, a las leyes que rigen la sociedad humana, imposibilita el cambio, atentando contra el centro de gravedad del marxismo: la dialéctica. El socialismo científico no es una ciencia exacta. Suponer que el Estado es inmutable contradice esta concepción del mundo del marxismo. Así como Marx puso del revés la dialéctica de Hegel, para darle sentido, nosotros, ciudadanos del siglo XXI, que tenemos una perspectiva más amplia que Marx, pues el tiempo da más perspectiva, pues ahora disponemos de un repositorio más amplio de experiencias prácticas que Marx, podemos darle incluso más sentido al marxismo, sacarlo del laberinto en el que estaba preso, despojarlo de los restos de materialismo metafísico que aún tenía, pero sin caer en el idealismo. Es lógico que Marx, y sus discípulos, cayeran en un exceso de materialismo mecánico, metafísico, ellos debieron combatir el exceso de idealismo de su época, y cuando uno combate un extremo tiende a caer en el extremo opuesto, como el movimiento del péndulo. El tiempo, la experiencia, devuelve al péndulo a su posición correcta. Nosotros no tenemos mérito en esto, juega a nuestro favor el tiempo. El marxismo ha sido desarrollado por muchos de sus discípulos, el marxismo debe seguir siendo perfeccionado. ¡Pero ahora lo tenemos mucho más fácil que Marx y Engels, contamos con el método marxista! Es mucho más difícil descubrir un nuevo método, una nueva concepción del mundo, que desarrollarlos o aplicarlos. Marx y Engels nos proporcionaron la brújula, nosotros sólo debemos mejorarla y emplearla.

La democracia auténtica, el *poder del pueblo*, requiere de diversos mecanismos legales concretos que posibiliten que el poder, a todas las escalas, desde la más global a la más local, emerja del propio pueblo y, lo que es quizás más importante, sea controlado lo más directamente posible por el mismo pueblo. **La democracia con mayúsculas debe combinar la democracia representativa en el ámbito más global y la democracia directa en el más local. El pueblo debe participar todo lo posible en las decisiones tanto a nivel local como global. El poder popular debe fluir desde abajo hacia arriba y desde arriba hacia abajo.** Los ciudadanos deben elegir *directamente* a sus representantes tanto en las instituciones más generales como en las más locales. Además, la democracia debe proveerse de mecanismos eficaces para que los gobernantes o representantes o delegados (como se les quiera llamar) sean controlados y respondan ante la ciudadanía. Si el control no lo ostenta el pueblo en toda la jerarquía de un Estado, de una sociedad, entonces tenemos en esencia los mismos problemas. No importa que el pueblo elija a sus representantes arriba o abajo. No importa que se llamen voceros, delegados, gestores, administradores o representantes. No importa que la élite sea una u otra, ésta sólo mira normalmente por sus intereses y se olvida de los generales. Desde este punto de vista no hay mucha diferencia entre la democracia liberal y la llamada dictadura del proletariado. En ambos casos el poder no es del pueblo, o el poder que ostenta éste es puramente simbólico o muy insuficiente. En ambos casos tenemos oligocracia, aunque bajo distintas formas. El poder se pierde en su camino de arriba hacia abajo o de abajo hacia arriba.

Sólo es posible transformar la sociedad, tender hacia un modelo social que beneficie al conjunto de la población, si el poder lo ostenta toda la sociedad en todo momento. Y para ello se necesita de la democracia suficientemente desarrollada. Los revolucionarios que apostaron por crear el Estado proletario en base al concepto de la dictadura del proletariado no desarrollaron suficientemente la

democracia, prescindieron de la democracia representativa, necesaria para tomar decisiones a escala global y la sustituyeron por una dictadura de una élite que dejó en papel mojado la democracia directa aplicada en los ámbitos más locales. Los reformistas auténticos (no los que usaron la reforma como excusa para evitar la transformación social) pensaron que sería posible transformar la sociedad burguesa con los instrumentos que se dio la propia burguesía para perpetuarse. **No es posible transformar el sistema capitalista con su “democracia”, hecha a su medida.** Con la insuficiente democracia liberal, en concreto sin aplicar la separación de *todos* los poderes, especialmente del económico, no es posible superar el capitalismo, ni siquiera contenerlo. Por esto, entre otros motivos, el capitalismo se afianza (al mismo tiempo que sus propias contradicciones le ponen cada vez más en peligro, pero no es la democracia liberal la que le pone en peligro de extinción, ni la izquierda, por ahora). Por esto, la propia democracia burguesa degenera. Si no se separa al poder económico del resto de poderes la democracia se convierte inevitablemente en oligocracia, en plutocracia.

Los reformistas auténticos (si admitimos que los había) pensaron que se podía transformar poco a poco la economía sin apenas transformar el sistema político, o que en todo caso el sistema político podría reformarse con los propios instrumentos que dicho sistema proveía. Y éste fue su principal error. La democracia burguesa está diseñada para servir a la burguesía e impedir toda mejora democrática que pueda perjudicar a dicha clase. No es nada fácil, ni por supuesto inevitable, transformar la democracia burguesa. Los reformistas infravaloraron las dificultades de reformar sustancialmente la democracia burguesa. La democracia burguesa tiende con el tiempo a afianzar el poder de la burguesía, como los acontecimientos nos han demostrado. Y no al contrario, como pensaban los reformistas. Es muy difícil transformar la democracia liberal, pero tampoco es imposible. Además, la burguesía no se queda de brazos cruzados cuando el desarrollo de la democracia la pone en peligro. Ahí están los casos de Chile o de Venezuela, por poner un par de ejemplos conocidos.

Por otro lado, los revolucionarios pensaron que podían transformar la sociedad prescindiendo de la democracia representativa, de algunos postulados esenciales de la democracia liberal. Y éste fue su principal error. El pensar que no podía, que no debía, aprovecharse nada de la democracia burguesa, el no darse cuenta de que la propia democracia liberal ponía los cimientos para quitarle el poder a la burguesía, para darle el verdadero poder al pueblo, siempre que se consiguiera transformarla sustancialmente, siempre que se forzara su evolución, siempre que se aplicaran eficazmente algunos de sus principios teóricos. Los revolucionarios pensaron que había que partir de cero, pero el problema es que no había ni siquiera ninguna teoría suficientemente desarrollada en la que basarse puesto que, como ya dije, el problemático concepto de la dictadura del proletariado era inconcreto, ambiguo, confuso, no estaba suficientemente maduro, además de que era erróneo. Y este error se agravó por el hecho de improvisar en circunstancias hostiles. Si ya es problemático improvisar, lo es todavía mucho más cuando hay poco tiempo o cuando el enemigo hostiga todo lo posible para impedir los experimentos.

Obviamente, no puede pretenderse tener todo atado de antemano, las experiencias prácticas irán marcando decisivamente el camino, pero cuando el camino está lleno de

obstáculos, cuando el enemigo no se queda de brazos cruzados, hay que aspirar a improvisar lo menos posible, a tener lo más claro posible el guión, la teoría. Como decía Lenin, *sin teoría revolucionaria no hay práctica revolucionaria*. Y el problema, precisamente, fue que la teoría revolucionaria no estaba suficientemente desarrollada. Se descuidó la parte política y se la dejó en manos de demasiada improvisación. Ya vimos los resultados de dicha improvisación, del exceso de improvisación. La burguesía preparó mucho mejor su revolución en el campo de la teoría, especialmente de la teoría política. Comprendió mucho mejor la importancia de diseñar el sistema político adecuado, de madurarlo en el campo de la teoría. ¡Y eso que su revolución era mucho menos ambiciosa! En la revolución socialista se juntaron el hambre y las ganas de comer. Era una revolución mucho más ambiciosa, la más ambiciosa de las que puede haber, pero su preparación teórica, especialmente en el campo político, fue muy insuficiente. Quizás los marxistas cayeron presos de su excesiva fijación por el factor económico. Tal vez, pensaron que cambiando el modo de producción, cambiaría automáticamente, fácilmente, todo lo demás. ¡Pero se olvidaron, o no se preocuparon lo necesario, de saber cómo cambiar el propio modo de producción de forma eficaz! ¡Descuidaron la decisiva influencia del sistema político en el modo de producción! ¡No consideraron suficientemente que la economía y la política se relacionan dialécticamente, que la política puede transformar también el sistema económico, como mínimo, que puede ayudar decisivamente, por lo menos al principio! ¡Casi sólo se fijaron en uno de los sentidos de la relación dialéctica entre economía y política! Se centraron en la economía, en el objetivo, y descuidaron, o no se preocuparon lo necesario de la política, de los medios. A pesar de las declaraciones y de las apariencias.

Si bien es lógico pensar que en la revolución socialista nos moveremos en el futuro en terreno virgen, desconocido, razón de más para diseñar el vehículo adecuado para tener suficiente maniobrabilidad y movilidad. Ese vehículo es la democracia, en primer lugar la política. Sólo mediante la ciencia podremos dar con el sistema social que funcione, que garantice la supervivencia digna de la humanidad. Pero sólo mediante la libertad puede aplicarse la ciencia. Por tanto, es imperativo en primer lugar, prioritariamente, desarrollar la infraestructura que posibilite la transformación social. Dicha infraestructura no puede ser otra que la democracia. El desarrollo de la democracia se nos presenta pues como la condición previa de la revolución social. En cuanto a esto no puede haber dudas ni improvisación. Sólo mediante la crítica y la autocrítica es posible avanzar, superar los errores. **Sin libertad no hay crítica. Sin crítica no hay ciencia. Y sin ciencia no hay revolución.** Para llegar a estas simples conclusiones no hace falta experimentar en la práctica. Toda la ciencia desarrollada hasta el momento lo ha podido ser cuando ha habido algo de libertad. Cuando más libertad ha habido, más ha avanzado la ciencia. Esto es un hecho indiscutible, de puro sentido común, avalado por la experiencia práctica de la humanidad a lo largo de toda su historia. El desarrollo democrático, por consiguiente, no debe dejarse en manos de la improvisación o de la espontaneidad. Todo lo contrario. La teoría democrática debe desarrollarse todo lo posible antes de llevarla a la práctica, y debe, a su vez, ser realimentada por ésta, pero partiendo de un mínimo que asegure el desarrollo democrático. Por ejemplo, la libertad de pensamiento, de expresión, de opinión, son condiciones sine qua non del desarrollo de la propia democracia y de la ciencia. Las distintas libertades democráticas, como la de asociación o de reunión, son

imprescindibles. Deben desarrollarse todo lo posible partiendo de lo máximo posible. Las libertades formales no deben ser obviadas, al contrario, deben ser llevadas a la práctica de manera eficiente. **La libertad política, en su sentido más profundo y amplio, es esencial para el socialismo, para la superación del capitalismo. Lo mismo podemos decir de las libertades sindicales.**

El error de ambas tendencias de la izquierda, reformista y revolucionaria, consistió, en esencia, en no proveerse de las herramientas políticas adecuadas para efectuar los cambios perseguidos. En un caso se confió demasiado en la herramienta del enemigo, diseñada a la medida del enemigo, en el otro caso se desechó por completo la herramienta que ya había y se improvisó una nueva herramienta insuficientemente madura, además de incompleta y errónea. Quienes dicen que el marxismo no es viable, para de paso decir que sólo es posible el sistema actual, se olvidan de que si, a pesar de la falta de una teoría suficientemente desarrollada, las economías que aplicaron ciertos postulados marxistas, aunque no todos, ya dieron importantes resultados positivos, por lo menos durante cierto tiempo, entonces ¿qué podrá ocurrir cuando dichas teorías estén más maduras? Todo científico sabe perfectamente que incluso habiendo una teoría suficientemente desarrollada, se necesitan muchos intentos para lograr resultados prácticos exitosos. Y el marxismo, aun siendo una teoría incompleta, siendo, como reconocieron los propios marxistas, las bases de la ciencia revolucionaria, ya dio ciertos resultados positivos, incluso haciendo experimentos en condiciones muy hostiles (la burguesía no se queda de brazos cruzados).

Ambos modelos de democracia, la representativa y la directa, tienen virtudes que deben aprovecharse. Es más, se necesita una combinación de los mismos. La democracia directa sólo vale, por lo menos hasta ahora, para los ámbitos más locales. La democracia representativa es necesaria para los ámbitos más globales. No puede gobernarse un país entero mediante la democracia directa. Por lo menos, insisto, actualmente. En el futuro quién sabe. La tecnología, probablemente, posibilitará exportar la democracia directa desde los ámbitos más locales a los más globales. Hay que priorizar la democracia directa sobre la representativa. No debe gobernarse a nivel local sin la democracia directa. **Hay que tender hacia la democracia directa en todos los ámbitos posibles.** Pero mientras no sea posible aplicarla en ciertos ámbitos, en éstos deberá usarse la democracia representativa, suficientemente desarrollada, una democracia verdaderamente representativa y participativa. En definitiva, **hay que desarrollar también la democracia representativa** para mejorar su representatividad, para hacerla más participativa, para que el pueblo ejerza un verdadero control, llevando a la práctica una eficaz separación de todos los poderes, haciendo que los referendos sean vinculantes, al mismo tiempo que potenciándolos, procurando que los gobernantes puedan ser destituidos directamente por el propio pueblo mediante el referéndum revocatorio, forzando a los representantes a ejecutar sus programas en base a los cuales son votados mediante el mandato imperativo, etc., etc., etc. Hay que aplicar la democracia directa en todos los ámbitos más locales posibles, posibilitando que la gente se organice desde abajo, pero al mismo tiempo hay que posibilitar que el pueblo controle directamente, lo más directamente posible, también lo que ocurre arriba, a escala global.

El pueblo debe elegir *directamente* a todos sus representantes, desde más arriba hasta más abajo. El pueblo debe controlar *directamente* a todos ellos, desde los que están más arriba hasta los que están más abajo. Y eso debe hacerlo sin limitaciones ideológicas. Ningún partido ni ninguna ideología debe ser la única legal. Cuanto más controle el pueblo a toda la jerarquía política, desde más abajo, desde lo local, hasta más arriba, hasta lo estatal, menor probabilidad de que el poder popular se pierda en el camino a lo largo de dicha jerarquía, en el laberinto burocrático. El pueblo debe elegir *directamente* a sus delegados en las comunas o consejos, a sus alcaldes en sus ciudades, a sus gobernantes regionales, a los parlamentarios regionales, al poder legislativo estatal y al poder ejecutivo estatal. De esta manera los distintos poderes no sólo emanan *directamente* del pueblo, no sólo son controlados *directamente* por la ciudadanía, sino que incluso son más independientes entre sí. Además, todo político debe responder ante la ciudadanía que le ha elegido mediante ciertos mecanismos concretos, como la **revocabilidad** o el **mandato imperativo**. Además, hay que fomentar la participación popular *directa* no sólo en las decisiones tomadas sobre ciertos problemas sino que también incluso en la propia agenda de los problemas a considerar. El **referéndum** debe usarse con la mayor frecuencia posible. La tecnología ya casi posibilita una participación más intensa y frecuente en los asuntos públicos, incluso a todas las escalas. Pero, como mínimo, la **democracia directa** ya puede aplicarse en las escalas locales. **El voto debe ser siempre secreto.** En una democracia auténtica, plena, completa, debe haber parlamento nacional, parlamentos regionales, ayuntamientos y comunas o consejos. Todos ellos emanados *directamente* del pueblo y controlados *directamente* por él. La comuna, compuesta por los ciudadanos de cierta pequeña zona geográfica, por ejemplo un barrio de una ciudad o un pueblo o conjunto de pueblos, debe reunirse cada cierto tiempo para discutir y decidir *directamente* sobre sus asuntos particulares, eligiendo en todo caso a ciertos delegados para ejecutar las decisiones tomadas. Etc., etc., etc.

En la Yugoslavia de Tito, tal como nos explica Marta Harnecker en *El sistema político yugoslavo*, se intentó otra vía al socialismo. Una vía que combinaba la democracia representativa, en una forma superior a la democracia representativa burguesa en muchos aspectos, con la democracia directa; la delegación se complementaba al autogobierno. No cabe duda de que las experiencias históricas pueden todas ellas aportar mucho para la implementación del socialismo en el siglo XXI. Las experiencias de Rusia, China, Cuba, Yugoslavia o Chile deben ser todas ellas consideradas. Debemos aprender de los errores y aciertos de todas ellas. Debemos sacar conclusiones generales y también particulares. No todo es aplicable para todos los países o para todas las épocas. Pero sí podemos sacar ciertas conclusiones generales.

Se necesita, en suma, la democracia directa y la democracia representativa. Las dos. Ambas deben tener mecanismos concretos eficaces que garanticen el poder popular. Y en cualquier caso se necesita la libertad de pensamiento y de expresión. Sin libertad no hay democracia. La sociedad no avanza, al contrario, degenera. Y en la vida en sociedad quien dice libertad dice igualdad de oportunidades. **Todas las ideologías deben tener las mismas oportunidades de llegar al poder.** Con el único y consabido límite de los derechos humanos. Por lo menos, no deben

reprimirse los derechos humanos. Además, hay que aspirar a implementarlos, a garantizarlos. Pero no se trata de garantizar ciertos derechos humanos a costa de reprimir otros igualmente importantes. No se trata sólo de tener una población que satisfaga sus necesidades físicas más básicas, también deben satisfacerse las intelectuales, como las libertades. No se trata sólo de tener a la población bien alimentada, con una buena cobertura médica, viviendo en casas decentes y accesibles, bien formada. No se trata sólo de erradicar la pobreza y reducir drásticamente las desigualdades sociales. Se trata también de que, además, la gente sea libre. El objetivo es una sociedad justa y libre. Que el individuo, que todo individuo, tenga una vida digna. Y sin libertad tampoco es posible una vida digna. Además, para dar con la verdad, con una sociedad verdadera, que de verdad satisfaga el interés general, se necesita el método científico, la libertad. **Para el avance democrático es esencial la libertad de prensa. Todas las ideas, todas las informaciones, deben, por lo menos, ser igualmente conocidas por la ciudadanía.** Sin una prensa independiente de verdad la democracia no puede avanzar. En el capítulo *El desarrollo de la democracia* de mi libro *Rumbo a la democracia* planteo los retos del desarrollo democrático, las principales medidas técnicas que deben tomarse para ampliar y mejorar notablemente la democracia.

Vemos así que los distintos modelos de democracia, tradicionalmente considerados por distintas corrientes de la izquierda como contrapuestos, por el contrario, se complementan, en verdad son todos ellos necesarios, pero deben ser suficientemente desarrollados. **El dilema Reforma vs. Revolución se convierte así en una disyuntiva que no es tan trascendental, pues sólo es posible transformar la sociedad si la democracia se desarrolla en todos los ámbitos, a todas las escalas, si, además, la democracia se expande a todos los rincones de la sociedad, especialmente al económico, al motor de la sociedad.** Además de comunas, debe haber consejos obreros. Los trabajadores deben poder organizarse democráticamente en sus empresas. **La cuestión no es, por tanto, si reforma o revolución, la cuestión reside en cómo implementar la democracia.** Ni la reforma ni la revolución son posibles sin democracia, o con una democracia incompleta. La cuestión no radica tanto en la velocidad, profundidad o intensidad de los cambios a aplicar, sino en la imperiosa necesidad, en cualquier caso, de proveerse de las herramientas necesarias para llevarlos a cabo. ¡Si hubiéramos podido seguir el programa reformista desde hace un siglo, ya habríamos avanzado mucho! ¡No estaríamos volviendo al siglo XIX! La revolución equivale a reformas progresivas profundas, tanto del sistema político como del económico. No es posible transformar la sociedad de la noche a la mañana. Aunque no todos los cambios requieren los mismos tiempos. Los cambios políticos requieren, al menos técnicamente, en teoría, menos tiempo que los económicos. Pero no son posibles las reformas en un ámbito si no se hacen en otro. **No es posible cambiar el sistema económico si primero no se cambia el político.** Y no es posible iniciar la senda de las reformas sistémicas si primero no se produce una revolución mental de la mayor parte de los ciudadanos, si por lo menos, los ciudadanos no aspiran a protagonizar el sistema. **No es posible transformar la sociedad si el pueblo no asume su protagonismo, si no desea hacerlo.**

En verdad el dilema no es revolución o reforma. La cuestión fundamental, primaria, es hacer la revolución política, la transformación radical del sistema político burgués, la cual se puede hacer de manera más brusca (aunque no totalmente brusca), para posibilitar las progresivas reformas económicas, las cuales llevarán mucho más tiempo. Hay que forzar los acontecimientos para conseguir un gran salto democrático que posibilite los cambios sociales. A su vez hay que lograr también que la democracia pueda evolucionar continuamente en el tiempo. El sistema político debe fomentar su propia evolución, debe estar abierto a profundas reformas, debe alentarlas en vez de obstaculizarlas, debe ser un vehículo que se mueva hacia delante en vez de estar parado o retroceder, con suficiente maniobrabilidad y movilidad. La herramienta debe irse perfeccionando para realizar los cambios, para construir una nueva sociedad. **Revolución política vs. Reformismo económico.** La primera posibilita lo segundo. Sin la primera no es posible llevar a cabo lo segundo. **El poder del pueblo es lo que realmente posibilitará la transformación de la sociedad. El pueblo debe luchar activamente por el poder, por el verdadero poder, por la democracia completa y plena.** Ésta es la clave.

Incluso la reforma, en función de las circunstancias puede propiciar la revolución u obstaculizarla. Las famosas polémicas entre reforma y revolución a finales del siglo XIX y principios de siglo XX deben comprenderse en función del contexto. Quienes atacaban a los reformistas lo hacían porque en esas épocas en que la revolución social era factible, en que la conciencia de clase se disparaba, en que las ideas revolucionarias crecían como la espuma, plantear la reforma era frenar la revolución, era conformarse con pequeños o superficiales cambios. Sin embargo, en las épocas inmovilistas, como la actual, la reforma puede derivar en revolución, por lo menos puede ayudar. Por esto, la burguesía procura no hacer reformas, sobre todo políticas. Por esto, la democracia se estanca, incluso retrocede. Ahora bien, quienes en la actualidad plantean la reforma en países donde existe un proceso revolucionario, también juegan en contra del avance social. No es lo mismo plantear la reforma en países que intentan dar un gran salto, que intentan superar el capitalismo, que en países que están estancados o en retroceso. A este respecto quisiera incluir un pasaje de mi libro *Los errores de la izquierda*:

Se trata de conseguir una sociedad verdaderamente nueva en el menor tiempo posible. En realidad, la cuestión es que se necesita un proceso CONTINUO en el tiempo. Se necesita empezar a avanzar lo antes posible (aunque inicialmente el avance sea pequeño) y también se necesita no dejar de avanzar en ningún momento (para que con el tiempo la sociedad cambie radicalmente). Este es el dilema: ¿Empezamos a avanzar ya aunque sea poco o esperamos a que en cierto momento podamos avanzar mucho de golpe? Los cambios en la sociedad, desgraciadamente, no se pueden hacer en poco tiempo. Aunque esto no significa que haya que autolimitarse o frenar el ritmo de los cambios, no significa que no haya que aprovechar el momento histórico en el que las masas están ávidas de cambios para acelerar éstos. El verdadero obstáculo para imprimir cierto ritmo a los cambios es la pasividad de las masas, una vez que ésta es superada, una vez que el pueblo decide asumir el protagonismo (y una de las labores fundamentales de la izquierda es precisamente ayudar a “despertarle”), la historia se acelera. Lo que nunca tiene

sentido es frenar a las masas en esos momentos históricos tan excepcionales. Esa actitud sólo puede significar la traición al pueblo. Lo único que tiene sentido es tranquilizar a las masas si en el calor de los acontecimientos se desata la violencia innecesaria, pero nunca se deben reprimir los cambios sociales, en todo caso sólo hay que encauzarlos. No es lo mismo plantear la estrategia reformista cuando el pueblo está levantado (porque significa un freno a la revolución), que plantearla cuando está adormecido (porque en este caso puede suponer un impulso a la revolución).

No se puede aplicar la misma estrategia para todas las circunstancias. En ciertos momentos, un avance, por pequeño que sea, es todo un triunfo y puede suponer iniciar un movimiento continuo, puede suponer “quitar el freno de mano”, reiniciar el camino del cambio. Pero en otros momentos, cuando el pueblo aspira a hacer grandes saltos, cuando parece posible acelerar el ritmo de la historia, plantear un pequeño paso supone desaprovechar la ocasión de avanzar, supone ralentizar el cambio. En este caso el reformismo es en realidad contrarrevolución. Esto lo demuestra el hecho de que aquellos que plantean el reformismo en tiempos revolucionarios luego se olvidan de él cuando las aguas están tranquilas. ¿Por qué en la actualidad la socialdemocracia ha renunciado a su programa de reformas continuas? ¿Qué le impide aplicar su estrategia? Si afirmaba que las cosas había que hacerlas tranquilamente, paso a paso, ¿por qué ha detenido la marcha?, ¿por qué incluso ha puesto la marcha atrás? Con la perspectiva del tiempo, los acontecimientos pasados y presentes demuestran que tanto los anarquistas como los bolcheviques y otros marxistas tenían razón cuando acusaban a la socialdemocracia de traición al proletariado. **La historia ha demostrado que el papel de la socialdemocracia (en especial de la alemana) era servir a la burguesía para contener al proletariado desde dentro, para dividir a la izquierda desde sus propias entrañas.**

Parece que lo que se está intentando hacer en ciertos países de Latinoamérica va precisamente en la línea de lo explicado en este trabajo. Es decir, desarrollar la democracia burguesa, mejorando y ampliando la democracia representativa, haciéndola evolucionar hacia una democracia participativa, y, al mismo tiempo, implementando la democracia directa en los ámbitos más locales, en las comunas. El socialismo del siglo XXI (al margen de las polémicas sobre quién es el autor de la idea, o sobre si es una idea completamente nueva o no) intenta compaginar ambos tipos de democracia. Parece que poco a poco la izquierda se va concienciando de que el camino es el desarrollo pleno de la democracia en todas las escalas y rincones de la sociedad. Sólo así será posible transformar la sociedad, el modo de producción. Esto explicaría el gran acoso mediático a Venezuela. Este país es mucho más peligroso que Cuba, que China y que la URSS. La burguesía es perfectamente consciente de que el camino emprendido por Chávez es el que de verdad puede posibilitar la superación del capitalismo. La burguesía internacional tiene concentrada gran parte de su artillería ideológica, económica, política (incluso militar, no por casualidad la marina estadounidense reactivó recientemente la Cuarta Flota) en el caso venezolano. El camino que marcó Allende en el Chile de los años 70 es el menos grato para la oligarquía internacional. Y no por casualidad. Estados Unidos no aplica un bloqueo

económico a Venezuela como con Cuba porque depende del petróleo venezolano. Venezuela, uno de los mayores productores de petróleo del mundo, es peligroso, no sólo porque allí se están intentando verdaderos cambios democráticos profundos, viables, sino porque es un país rico, sobre todo en petróleo. La Venezuela de Chávez es el enemigo público número uno de la burguesía internacional. No puede romper con dicho país, no puede prescindir del intercambio económico con él, pero necesita desesperadamente que la Revolución bolivariana sucumba. El problema es que el pueblo venezolano apoya activamente a su gobierno. Incluso salió a la calle para defender la legitimidad democrática frente a los golpistas, auspiciados por la burguesía nacional e internacional. El protagonismo del pueblo venezolano está salvando, por ahora, la revolución bolivariana. Esto demuestra la importancia de la participación popular en toda revolución. Es un factor clave, aunque no el único. Otro de ellos es el ejército. Si éste apoya al gobierno democrático, si no se somete a la oligarquía, la revolución puede sobrevivir y avanzar. Como dice Chávez, la Revolución venezolana es pacífica pero está armada. Pero la Revolución bolivariana también tiene sus enemigos internos: la burocracia, el exceso de protagonismo del propio Chávez, la indecisión en algunos aspectos (como en las nacionalizaciones en los sectores estratégicos), las vacilaciones. Y esto ocurre así porque, entre otros motivos, sigue sin haber en la actualidad una teoría revolucionaria suficiente. En Venezuela están repensando el socialismo al mismo tiempo que intentan llevarlo a la práctica. Esta desnudez ideológica es potencialmente peligrosa porque la revolución siempre juega contra el tiempo.

La auténtica democracia es la que puede vencer al capitalismo, a cualquier sistema impuesto de manera antidemocrática. El verdadero peligro para la burguesía, para cualquier élite, es la democracia, la verdadera. Los países que desean superar el capitalismo, por lo menos que desean ser soberanos, no sometidos a los dictados imperialistas, deben coordinarse y solidarizarse para defenderse del acoso burgués internacional. A todos los niveles: políticamente, económicamente y también militarmente. ¿Por qué no una alianza militar latinoamericana? Evo Morales ha propuesto, de hecho, recientemente la creación de las fuerzas latinoamericanas antiimperialistas. La revolución sólo puede triunfar internacionalmente. Por lo menos debe triunfar inicialmente en ciertas zonas mínimamente amplias. Lo que está ocurriendo en Latinoamérica es una esperanza para toda la izquierda internacional. Parece que allí se están dando los pasos necesarios en la dirección correcta. Pero el camino no está todavía libre de obstáculos. La revolución no es irreversible. ¡Ni mucho menos!

En Venezuela existe un claro peligro de contrarrevolución, la oposición ha ganado en apoyo popular en las últimas elecciones legislativas. En los próximos años el gobierno de Chávez tiene que poner toda la carne en el asador para aumentar su apoyo popular, para conseguir resultados concretos prácticos a favor de las clases populares. Pero si Chávez dejara el poder por decisión de las urnas, eso sería menos peligroso para la Revolución mundial, y para la propia Revolución venezolana, que su propio colapso o degeneración, que el colapso de la URSS, o que el posible colapso del sistema socialista cubano. Sería un importante contratiempo, pero que podría superarse desde la oposición. Demostraría, de paso, que Chávez, que el socialismo del siglo XXI, es ante todo democrático. Sería un paso hacia atrás que podría

posibilitar más adelante dar dos pasos hacia delante, un nuevo impulso. La política aplicada por la derecha en Venezuela, si llega al poder, la delataría. A pesar de los errores de Chávez, la gente, tarde o pronto, volvería a votar a la izquierda. La pérdida momentánea del poder político en Venezuela no sería el fin del socialismo, sería una pausa. Convencería incluso a mucha gente, a muchos votantes de la derecha, de la falsedad de las ideas propagadas por la derecha en cuanto al carácter antidemocrático de Chávez. La gente vería el auténtico rostro de la derecha por sus actos, por el contraste de éstos con los del gobierno bolivariano.

Lo que tiene que hacer la izquierda es facilitarle al pueblo el contraste entre las ideas y los actos, entre la derecha y la izquierda. Si la izquierda consigue establecer unas bases democráticas profundas, si lo hace mínimamente bien, pondrá en evidencia a la derecha cuando llegue al poder. Si, por ejemplo, se acostumbra al pueblo al debate libre, profundo, de igual a igual, entre las distintas opciones políticas, entre todas ellas, incluso entre las radicalmente opuestas, en los medios de comunicación públicos, si luego la derecha los evita, entonces se delatará a sí misma. Hay que obligar a la derecha a hacer ciertas cosas que ella no hubiera deseado hacer por su propia iniciativa, so pena de ponerse en evidencia. Hay que sentar precedentes que se impregnen en la mentalidad de la ciudadanía. **Hay que acostumbrar sobre todo al pueblo a la democracia más profunda y amplia, para que así no renuncie a ella.**

La democracia auténtica posibilita la alternancia en el poder de fuerzas políticas antagónicas, incluso muy antagónicas. La democracia puede hacer que la izquierda revolucionaria pierda el poder político (es más, esto es deseable, sobre todo una vez afianzada mínimamente la revolución, pues cualquier gobierno que se asienta en el poder tiende a degenerar), pero si se mantiene, si se asienta en la ciudadanía, puede hacer volver a la izquierda al poder. Si la democracia no se desarrolla suficientemente, la derecha puede ejercer tal control ideológico que impida por siempre la vuelta al poder de la izquierda transformadora. La clave, como siempre, radica en la democracia. En desarrollarla todo lo posible. Es la inversión a corto, medio y largo plazo para la revolución. Sin suficiente democracia la revolución peligrará enormemente. Con suficiente democracia, aunque la izquierda auténtica pierda temporalmente el poder político, es posible volver a recuperarlo. Una de las claves está en la libertad de prensa. **La izquierda debe priorizar la más absoluta libertad de prensa, la posibilidad de que todas las ideas puedan ser defendidas en igualdad de condiciones, especialmente en los medios públicos.** Esto es pan para hoy y pan para mañana. El monopolio ideológico de la izquierda que gobierna en los medios públicos es pan para hoy y hambre para mañana. Porque si llega la derecha al poder, no sólo cambiará el monopolio ideológico en los medios públicos, sino que lo ostentará también en los privados. La auténtica izquierda desaparecería del espectro mediático. Sin embargo, si la gente se acostumbra a medios públicos plurales, entonces si la derecha los hace monopólicos se delatará a sí misma, el pueblo podrá comprobar que la derecha practica la censura, mientras que la izquierda no. Cuando la izquierda está en el poder debe explicar todo esto a la ciudadanía. Debe explicarle que sólo es posible llegar a la verdad desde la libertad de pensamiento, de expresión, mediante el contraste libre y de igual a igual entre ideas opuestas. Si al pueblo se le acostumbra a la democracia, entonces no sabrá renunciar a ella. Castigará en las urnas a quien

atente contra ella. La izquierda debe incluso forzar a la derecha a ejercer ciertas políticas izquierdistas, so pena de perder apoyo popular. En primer lugar, como mínimo, debe forzarla a no practicar la involución democrática. **La democracia debe echar raíces en el pueblo.** La izquierda debe practicar una radical *dinámica* de desarrollo democrático que sea irrenunciable para la ciudadanía. Debe forzar a la derecha a entrar en esa dinámica, por lo menos a no entorpecerla, sobre todo a no invertirla. La izquierda debe lograr que el pueblo perciba que otro sistema es posible, además de necesario. Con medidas concretas. Con resultados a corto plazo también.

La izquierda nunca debe renunciar al enfrentamiento ideológico y práctico con la derecha, con todos los riesgos que ello conlleva. El peor riesgo es evitar el enfrentamiento, es querer imponerse por la fuerza, es aferrarse al poder. La izquierda no sólo puede y debe trabajar desde el gobierno, también desde la oposición. Pero también debe preparar el terreno para que cuando ella vaya a la oposición, pueda ejercerla. Posibilitar que la oposición actual pueda hacer oposición es posibilitar también que el gobierno actual pueda hacer oposición cuando sea oposición, es posibilitar que el gobierno actual pueda volver al poder cuando lo haya perdido, es garantizar la verdadera alternancia en el poder. **La izquierda debe preocuparse prioritariamente por la democracia porque ésta es la única que puede permitir gobernar con el apoyo popular, pero también porque es la única que puede posibilitar la vuelta al poder tras ser despojado de él.** La democracia, no me cansaré de repetirlo, es una inversión en la revolución. Y esta inversión no debe ser vista de manera "cortoplacista". Es una irresponsabilidad no tener una perspectiva temporal y espacial amplia. Preocuparse sólo de lo local y de lo inmediato. Toda vanguardia revolucionaria debe prever la posibilidad de los altibajos, de los pasos hacia atrás, de las pausas, de los contratiempos, de los fracasos. Por esto debe trabajar para intentar evitar los fracasos pero también para que éstos sean en todo caso temporales y no definitivos. El proceso revolucionario debe ser visto como un largo y complejo camino que no debe depender del imperativo éxito en ciertos hitos. Se trata sobre todo de sentar las bases para que el proceso, aunque se suspenda temporalmente, no se extinga. Hay que ganar la guerra, hay que prever que ciertas batallas se perderán, pero hay que evitar que la derrota en una de ellas suponga la derrota total. La revolución es, en suma, un *largo* proceso *dinámico*. Se trata sobre todo de posibilitar que sea dinámico, de que la lógica revolucionaria no se detenga, incluso de que se realimente a sí misma. No se puede pretender hacerlo todo perfecto en todo momento. Los errores son inevitables. Hay que intentar evitarlos, minimizarlos, pero sobre todo hay que procurar a toda costa que no sean definitivos, mortales. **Hay que prever que en el largo camino de la revolución social nos caeremos y hay que poner los medios para que podamos levantarnos y proseguir el camino.** Esto no significa que debamos relajarnos y no preocuparnos por caer. Las caídas pueden ser mortales para el proceso revolucionario, de lo que se trata precisamente es de que no lo puedan ser. Debemos imperativamente intentar evitarlas, pero también debemos prepararnos para superarlas.

Si Chávez pasa a la oposición, puede trabajar desde allí para atacar a la política de la derecha, para hacer ver a sus conciudadanos que se equivocaron al votarla. En Nicaragua el Frente Sandinista de Liberación Nacional perdió las elecciones pero finalmente volvió al poder. Si la izquierda es expulsada del poder por el pueblo esto

debe ser visto como una oportunidad de corregir sus errores, de mejorar, de reconducirse, de superarse. Perder el poder no es un fracaso, no es el fin del mundo. El verdadero fracaso es imponerse por la fuerza. La revolución llevará tiempo. Será un proceso largo, con sus altibajos. Se ganarán ciertas batallas y se perderán otras. Pero sólo puede ganarse la guerra si se es coherente y si se respeta escrupulosamente la voluntad popular, si se construye y se respeta la infraestructura política necesaria: la democracia. Lo cual no significa dejar de luchar por convencer al pueblo si se cree que está equivocado. Pero no hay peor error que imponerse al pueblo, que no acatar sus decisiones, aunque sean erróneas. En verdad si el pueblo se equivoca es porque la vanguardia revolucionaria se ha equivocado, no ha sabido por lo menos explicarse, o simplemente no ha gobernado bien. El pueblo debe aprender de sus errores. Tiene derecho a cometerlos. Si no los comete no aprenderá y por tanto no podrá protagonizar su destino. La vanguardia debe reconocer sus propios errores, corregirlos, y hacerle ver a la ciudadanía que está equivocada, si es que lo está, pero permitiendo que ella se equivoque también. El socialismo debe ser construido, como mínimo, con el apoyo del pueblo. En verdad es el pueblo quien debe protagonizarlo. Para bien y para mal. Si el pueblo no está convencido, habrá que convencerlo, con palabras y sobre todo con hechos, pero nunca hay que suplantarlo. La lucha por el socialismo debe ser una lucha a largo plazo, con amplias perspectivas, espaciales y temporales, debe hacerse con mucha paciencia y tesón. Preferible es un retroceso que el colapso. Las experiencias históricas prácticas nos han hablado con contundencia.

Por otro lado, si Cuba consiguiese también alcanzar la verdadera democracia contribuiría mucho al triunfo de la revolución socialista internacional. Cuba debería fijarse más en su vecino Venezuela que en China. Debería centrarse más en desarrollar la democracia política que en la apertura de su economía a los principios capitalistas, sin descartar esto último, pero priorizando lo primero. A su vez, también Venezuela debe fijarse en los logros cubanos. Los países de Latinoamérica donde hay gobiernos de izquierdas dispuestos a realizar transformaciones sociales profundas, deben coordinar sus estrategias, intercambiar experiencias, ayudarse mutuamente. El capitalismo no puede ser vencido por un solo país. La creación de cierto mercado internacional latinoamericano al margen de Estados Unidos y de las instituciones internacionales al servicio del capitalismo, como el FMI, es imprescindible para avanzar en la implantación de un sistema económico alternativo al capitalismo y muestra que la izquierda en América Latina tiene bastante claro cómo hacer las cosas. Pero, insisto, no hay que confiarse, aunque los pasos dados van decididamente en la buena dirección, la burguesía nunca se queda de brazos cruzados. Esta lucha será larga y dura. Pero los países unidos contra el imperio, el pueblo unido contra la oligarquía, *pueden* vencer. La fuerza reside en la unión, del pueblo, del pueblo con sus gobiernos, de los gobiernos que apuestan por la transformación social, de los países que apuestan por la soberanía nacional y popular. Si el protagonismo lo llevan los pueblos, la revolución triunfará, por lo menos las posibilidades de triunfo serán grandes. **Los liderazgos deben servir para canalizar de forma eficaz el poder popular, no para suplantarlo. El poder popular debe aumentar en el tiempo, y no al revés. Debe ser realimentado.**

La izquierda internacional debería empezar a coordinarse y empezar también a adoptar los pasos latinoamericanos. En Europa debe iniciarse una lucha a gran escala por la democracia. Al enemigo hay que atacarlo por todos los flancos posibles. La reacción popular en la Europa del capital puede derivar, por inercia, siempre que haya un liderazgo adecuado, en el inicio del camino para liquidar dicha Europa capitalista. La defensa *puede* transformarse en ataque. Europa puede, debe, desempeñar también un papel central en la superación internacional del capitalismo. Realmente el capitalismo internacional no podrá ser superado si no se supera en el centro del mundo. Porque nos guste o no, que no nos gusta, el capitalismo tiene su metrópoli. El caldo de cultivo ahí está. **La Quinta Internacional se nos presenta así como ineludible. Urge la coordinación internacional de la izquierda anticapitalista.** Y dicha Internacional debe centrarse sobre todo en la cuestión democrática. Debe impulsar el desarrollo democrático mundial. De cada país y de las instituciones internacionales, como la ONU. **La Quinta Internacional debe abanderar la causa democrática mundial.** Debe desmarcarse de los errores del pasado, reconocerlos públicamente, contundentemente, sin paliativos, y actuar en consecuencia. La Quinta Internacional puede incluso suponer la reunificación de las distintas facciones de la izquierda, la inversión de las tendencias sectarias del pasado. Si la Quinta Internacional aspira a abanderar la causa de la auténtica democrática, deberá empezar por dar ejemplo, por practicar la democracia interna a todos los niveles. Si la burguesía impide el avance democrático en los países, ¿qué impide la aplicación de la democracia plena en los organismos de la izquierda, al margen de ella? La Quinta Internacional debe fundarse sobre la base del objetivo esencial de la superación del capitalismo, del desarrollo democrático, pero debe posibilitar el libre debate sobre cómo lograrlo. Unidad en los fines, diversidad de opinión en los medios. **Objetivo: la democracia. Metodología: la democracia.** La unidad debe lograrse, además de sobre la base de los objetivos esenciales, del anticapitalismo, planteando objetivos estratégicos concretos. A corto plazo, a medio plazo y a largo plazo. Si no se logra la unidad de acción en cuanto a todos los objetivos, por lo menos puede lograrse poco a poco. Primero para ciertos objetivos a corto plazo y así sucesivamente. No creo, por otro lado, que las distintas facciones de la izquierda auténtica no coincidan en los objetivos esenciales de la superación del capitalismo y del máximo desarrollo posible de la democracia, en cuanto a dar el máximo protagonismo a la ciudadanía.

Teniendo en cuenta esta idea central del desarrollo democrático es cuando el marxismo, el anarquismo y el reformismo pueden converger. El reformismo tiene en parte razón en cuanto a que hay que partir de la democracia liberal, en cuanto a que no puede prescindirse de algunos de sus principios (de lo que se trata es de llevarlos a la práctica), en cuanto a que no pueden lograrse los cambios de la noche a la mañana; el marxismo tiene en parte razón cuando dice que hay que conseguir un nuevo tipo de democracia, de Estado, en cuanto a que el sistema político debe diseñarse de acuerdo con el modelo económico a implementar, en cuanto a que la democracia actual está al servicio exclusivo de la burguesía, del capitalismo, y hay que aspirar a superarla, a transformarla radicalmente, en cuanto a la necesidad de superar el capitalismo, en cuanto al método científico a aplicar para la transformación social, en cuanto a la necesidad e inevitabilidad de una transición, de tomar el Estado y transformarlo; y el anarquismo tiene en parte razón cuando dice que de lo que se trata es de que no haya pastores ni ovejas en la sociedad humana, el objetivo técnico último es la búsqueda de

la autogestión y la democracia directa en todos los ámbitos posibles, el objetivo último esencial es la libertad del individuo y de la sociedad, es la emancipación individual y social.

Si damos el suficiente protagonismo al pueblo, el sistema social empezará a transformarse de tal manera que cada una de las ideas de las facciones de la izquierda se irá implementando sucesivamente. Si rompemos la presa y damos un salto democrático, si logramos en primer lugar reformar sustancialmente la democracia liberal, implementando sobre todo inicialmente el referéndum revocatorio, el mandato imperativo y la separación de poderes real y efectiva, la propia democracia posibilitará cada vez más los cambios democráticos, será posible implementar en determinado momento la democracia directa en los ámbitos más locales y conectarla eficazmente con la democracia representativa aplicada en los ámbitos más globales. Cuando la libertad de prensa sea real, como consecuencia de una verdadera separación de todos los poderes, se empezará a plantear la idea de expandir los métodos democráticos, la democracia directa especialmente, a todos los ámbitos de la sociedad, incluido el económico. El socialismo, entendido éste como la democratización de la economía, se nos aparecerá así casi como algo natural, inevitable, por la propia lógica del desarrollo democrático. No será necesario imponerlo. Será una consecuencia lógica del devenir de los acontecimientos. Una consecuencia que no llegará muy tarde, una vez tengamos una democracia suficiente, donde las ideas fluyan libremente por la sociedad. Y, con el tiempo, a medida que la tecnología y la política lo permitan, los postulados anarquistas se irán implementando, las élites no sólo perderán progresivo protagonismo sino que incluso irán desapareciendo. Pero nunca hay que olvidar la oposición de la burguesía actual a la democracia. Esta oposición debe ser vencida en lo ideológico, pero también hay que desarmar a dicha clase en lo económico y en lo militar. Mientras esto no se haga siempre existirá el riesgo de no avanzar y retroceder.

Nunca hay que perder de vista la razón de ser del concepto de la dictadura del proletariado, como así nos lo explicaba Lenin:

El paso del capitalismo al comunismo llena toda una época histórica. Mientras esta época histórica no finaliza, los explotadores siguen, inevitablemente, abrigando esperanzas de restauración, esperanzas que se convierten en tentativas de restauración. Después de la primera derrota seria, los explotadores derrocados, que no esperaban su derrocamiento, que no creían en él, que no aceptaban ni siquiera la idea de él, se lanzan con energía decuplicada, con pasión furiosa, con odio centuplicado, a la lucha por la restitución del 'paraíso' que les ha sido arrebatado, por sus familias, que antes disfrutaban de una vida tan regalada y a quienes ahora la 'canalla vil' condena a la ruina y a la miseria (o a un trabajo 'vil'...). Y tras de los capitalistas explotadores se arrastra una vasta masa de pequeña burguesía, de la que decenios de experiencia histórica en todos los países nos dicen que titubea y vacila, que hoy sigue al proletariado y mañana se asusta de las dificultades de la revolución, se deja llevar del pánico ante la primera derrota o semiderrota de los obreros, se pone nerviosa, se agita, lloriquea, pasa de un campo a otro.

Sustitúyase en este párrafo "comunismo" por cualquier sistema alternativo al capitalismo, incluido el propio comunismo, y lo dicho por Lenin sigue plenamente

vigente. La humanidad debe ser dueña de su propio destino, ella debe elegir con plena libertad su sistema social, llámese éste como se llame, sea éste el que sea. La burguesía actual, cualquier oligarquía, cualquier minoría dominante, lo impide. Es imprescindible vencer esta resistencia. Ésta nunca puede ser obviada. La cuestión radica en saber cómo vencerla sin caer en otros males, que impidan superar la actual sociedad clasista. De esto se trata fundamentalmente cuando hablamos de la revolución social. Por esto se planteó en la teoría marxista el concepto de la dictadura del proletariado. Este concepto tiene su razón de ser, la cual sigue vigente en nuestros días. Es ineludible la profunda transformación del Estado. Es imprescindible superar el Estado burgués. El problema, según mi opinión, es que la solución planteada no era la verdadera solución, ni siquiera se planteó de la manera adecuada. Era necesario plantearla, sigue siendo necesario en nuestros días, y en esto el marxismo aportó mucho, en el hecho de poner en la agenda revolucionaria la cuestión de cómo vencer la resistencia burguesa, de que no se trataba sólo de despojarla del poder político y económico, sino que también de impedir que lo volviera a tomar por la fuerza, de que se trataba además de transformar la maquinaria estatal heredada; pero la forma en que se hizo, la solución propuesta, no era la única posible y resultó desastrosa. El proletariado debe ganarse al resto de clases populares mediante la razón y no por la fuerza. El uso de la fuerza es pan para hoy y hambre para mañana y acaba yendo contra el propio proletariado. Las mayorías no necesitan ejercer el poder mediante la fuerza, su fuerza reside en su naturaleza mayoritaria. La mayoría se impone naturalmente, sin necesidad de la fuerza, mediante la democracia y la libertad, las auténticas, una vez despojadas las minorías dominantes de su dominio. En nuestras “democracias” capitalistas no ocurre así porque en verdad se tratan de oligocracias, porque existen minorías dominantes que controlan la sociedad. En cuanto la verdad puede enfrentarse de igual a igual a la mentira, la primera vence rápidamente (aunque no inmediatamente). En cuanto la verdad se impone por la fuerza, acaba siendo sustituida por la mentira. Verdad vs. Mentira. Libertad vs. Represión. Igualdad vs. Privilegios. Democracia vs. Dictadura. Hay que luchar por implementar la infraestructura necesaria para que la verdad venza. Esa infraestructura, repito una vez más, se llama *democracia*.

Sólo es posible desechar la idea de la dictadura del proletariado si se la sustituye por otra, pues no puede despreciarse la necesidad de vencer la resistencia burguesa a perder el control de la sociedad. Cuando afirmo que la dictadura del proletariado es un concepto erróneo que hay que desechar, lo que estoy diciendo en verdad es que la forma en que debe implementarse dicha “dictadura”, dicha hegemonía de las clases populares, es, precisamente, mediante la negación de toda dictadura, desarrollando todo lo posible la democracia. El primer “acto” de la revolución socialista debe consistir en expropiar a la gran burguesía, en controlar el ejército, en posibilitar una prensa libre donde todas las ideas, de cualquier signo, capitalistas y socialistas, puedan ser *igualmente* conocidas. Y el segundo “acto”, justo después del anterior, lo más rápidamente posible, debe consistir en dar a la burguesía las mismas opciones que a cualquier clase, en desarrollar la democracia para implementar realmente la igualdad de posibilidades. La mentalidad capitalista de la mayor parte de la población llevará tiempo superarla, pero sólo podrá ser superada mediante el método científico, es decir, con más libertad y democracia, y no con menos. La revolución deberá esforzarse por ganarse a las masas, para lo cual éstas deberán percibir rápidamente

mejoras *concretas* en su manera de vivir. En cuanto la burguesía pierda el monopolio político, militar, económico e ideológico, no hará falta reprimirla *explícitamente*, la democracia lo hará *implícitamente*, la mayoría se impondrá inevitablemente (siempre que todas las ideas tengan las mismas opciones, siempre que la igualdad de oportunidades sea real). No hace falta restringir la democracia, limitarla o excluir de ella a las minorías que detentaban el control social, por el contrario, lo que hay que hacer es expandir la democracia, lo que hace falta “sólo” es despojar a dichas minorías de sus privilegios, de dicho control, lo que hace falta tan “sólo” es que nadie tenga más opciones que nadie, lo que hace falta tan “sólo” es dar más protagonismo a las masas, el máximo posible. Ni más, ni menos. Si se hace de menos, si las antiguas oligarquías mantienen, aunque sólo sea en parte, su poder artificial (artificial porque ellas son minorías, porque lo obtienen por la fuerza, gracias a la desigualdad de oportunidades, gracias en última instancia a su posesión de los grandes medios de producción), la democracia no servirá de nada, en verdad no será aún democracia, será todavía oligocracia, tarde o pronto, más bien pronto, se producirá la contrarrevolución, ni siquiera podremos iniciar el camino de la emancipación social e individual. Si se hace de más, si se poda la democracia, si a dichas minorías se les despoja de derechos además de privilegios, tarde o pronto, tal vez un poco más tarde, pero inevitablemente, se creará una nueva capa social privilegiada que sustituirá a la anterior. La contrarrevolución acabará triunfando también. En esencia, no habremos avanzado mucho. No basta con sustituir unas minorías dominantes por otras, hay que eliminar *toda* minoría dominante. Esto sólo es posible con la democracia más amplia y profunda posible. **La verdadera revolución es la propia democracia.**

Decía Lenin que:

La dictadura del proletariado es una lucha tenaz cruenta e incruenta, violenta y pacífica, militar y económica, pedagógica y administrativa, contra las fuerzas y las tradiciones de la vieja sociedad. La fuerza de la costumbre de millones y decenas de millones de hombres es la fuerza más terrible.

Sustitúyase la expresión “dictadura del proletariado” por simplemente “democracia”, entendiéndola en su sentido original, el *poder del pueblo*, y seguirá siendo válido lo dicho por el revolucionario ruso. El pueblo debe luchar por la democracia, aspirando a hacerlo pacíficamente, pero evitando que los enemigos de la democracia usen la fuerza militar, el poder económico o ideológico para impedir el desarrollo democrático. El ejército debe ser prioritariamente controlado por el pueblo para que le sea fiel. El pueblo debe conquistar la democracia y saber defenderla. El pueblo es la mayoría, debe hacerse respetar, debe ejercer su verdadera fuerza: el hecho de que es la mayoría. Sólo puede dominar una minoría si la mayoría se deja dominar. La verdadera revolución consiste en que la mayoría aspire a ser dueña de sí misma. La revolución sólo puede prosperar también si cada individuo aspira a emanciparse, además de hacerlo colectivamente. La revolución depende de todos, de la mayoría por lo menos, y de cada uno. Se necesita una lucha individual y colectiva, las cuales no se contraponen sino que se complementan, se realimentan mutuamente. La sociedad no puede cambiar sólo con el esfuerzo de “cuatro” gatos mientras el resto se deja llevar. Mientras las masas se dejen llevar pasivamente la revolución será una utopía. Lo cual no significa que no puedan organizarse y actuar de manera disciplinada. Los métodos democráticos son los que pueden posibilitar llegar a compaginar disciplina con libertad,

son los que pueden posibilitar organizaciones que no traicionen a las bases, a los principios más elementales de la revolución. La democracia debe ser conquistada a su vez democráticamente. El fin está contenido en los medios. La emancipación sólo puede alcanzarse si se comienza a practicarla diariamente, de manera concreta, empezando por la misma lucha por la democracia. La democracia es la que puede permitir emanciparse al individuo al mismo tiempo que al conjunto de la sociedad. Es la única que puede compaginar la libertad individual con la libertad social. Es la que permitirá llegar al equilibrio en la sociedad, entre la libertad de cada individuo y la libertad de la sociedad en su conjunto. En la vida en sociedad no hay libertad sin igualdad. No hay igualdad sin democracia. No hay democracia sin igualdad. No hay fraternidad sin libertad. La libertad, la igualdad y la fraternidad sólo pueden venir juntas, cogidas íntimamente de la mano. Sólo la democracia podrá llevar a la práctica ese lema que usó la gran Revolución francesa. El proletariado, entendido en su sentido amplio, es decir, las clases populares trabajadoras, es el único que puede llevar a cabo la revolución que la burguesía abandonó en su día. Hay que retomar los ideales burgueses, algunos de sus principios y métodos, y llevarlos a la práctica, incluso desarrollarlos y superarlos. La democracia representativa, la democracia participativa o deliberativa, y la democracia directa no son mutuamente excluyentes, al contrario, se complementan, son tres partes de un todo: el *poder del pueblo*. Es necesario y posible desarrollarlas e integrarlas. En esto consiste el desarrollo de la democracia, la conquista del poder popular. En esto consiste la revolución.

Como explico en otros escritos míos (*Los errores de la izquierda* y *Relativizando el relativismo*), la sociedad clasista sólo puede ser superada si el Estado deja de ser clasista, si la “democracia” clasista da paso a la democracia no clasista, en la que las clases mayoritarias dominarán de forma natural, sin necesidad de imponerse por la fuerza, sin trucos, sin artificios, sin ventajas. La clase obrera ejercerá su dominio en el marco de la democracia sin apellidos, no en la democracia obrera. O dicho de otra manera, la democracia obrera es la propia democracia. ¿Por qué? Porque la clase obrera (entendida en su sentido amplio) es la clase mayoritaria. Y esto es más cierto ahora que nunca. En democracia se impone la mayoría, al mismo tiempo que se respetan los derechos elementales de las minorías y los individuos. La democracia burguesa no es en verdad democracia, es oligocracia. En una democracia no puede imponerse una minoría. No hay que confundir la etiqueta de la botella con su contenido. Que el sistema burgués se autodenomine *democracia* no significa que lo sea. La democracia es mucho más que el pluripartidismo o el sufragio universal. Si no hay igualdad de oportunidades la democracia deja de serlo, se desvirtúa por completo. La mayoría no necesita desvirtuar la democracia para gobernar, no necesita una democracia edulcorada. ¡Al contrario! Una democracia clasista es un contrasentido. Una auténtica democracia es no clasista. En ella ninguna clase se impone por la fuerza. En ella participan todas las clases por igual. En ella existen clases sociales al principio pero con el tiempo éstas van desapareciendo. Porque la igualdad de oportunidades (centro de gravedad ideológico de la democracia) va creando igualdad social gradualmente, el interés general se va imponiendo. El reparto del poder (que es en lo que consiste esencialmente la democracia) posibilita el reparto de la riqueza generada.

El dilema no era, por tanto, democracia burguesa vs. democracia obrera, o dictadura burguesa vs. dictadura proletaria, sino oligocracia vs. democracia, dictadura vs. democracia. Sin dar un salto suficiente entre la sociedad clasista y la transición a la sociedad no clasista, no será posible superar la sociedad clasista, no será posible hacer dicha transición. Ese salto debe empezar por la cuestión ideológica. Hay que desprenderse de la idea de que la sociedad clasista burguesa debe perpetuarse cambiando a su clase dominante. La *dictadura* del proletariado, es decir, la idea de que el proletariado debe imponerse *por la fuerza*, era el principal obstáculo ideológico para hacer la transición al socialismo, es decir, a la democracia, es decir, a la sociedad no clasista. Hay que aspirar desde el principio a que no haya ninguna clase social que se imponga por la fuerza. El proletariado ejercerá su *hegemonía* en el marco de una democracia plena y sin límites. La “dictadura” del proletariado es “simplemente” la democracia. La igualdad es ese ingrediente que puede posibilitar que la cantidad se convierta en calidad, que la democracia deje de ser clasista. El error principal del marxismo, heredado por el leninismo, fue no considerar suficientemente la distinta naturaleza del proletariado frente al resto de clases que le precedieron. El proletariado es una clase mayoritaria, y no minoritaria, explotada, y no explotadora, aspira a la emancipación, y no al dominio, no tiene poder económico. El proletariado no necesita un Estado o una democracia clasista para dominar, al contrario, necesita un Estado neutral (pero no sólo en el papel), una democracia que no reprima a las otras clases sociales, que dé realmente las mismas oportunidades a todas. Dicha “represión” se ejercerá de manera implícita, indirecta, en una democracia auténtica donde todas las opciones tengan las mismas opciones. La razón de la fuerza se vuelve contra el propio proletariado. Quienes la necesitan para imponerse son las clases minoritarias que pretenden dominar al conjunto de la sociedad. No así las clases populares. El Estado clasista, la dictadura de una clase, sólo es válido cuando una clase *minoritaria* desea imponerse.

El marxismo pecó de excesivamente determinista al considerar que el Estado clasista sólo podía seguir siendo clasista, y dicho error se debió también en parte a un mal cálculo relativista (remito a *Relativizando el relativismo*). No se trataba de conquistar el Estado burgués y usarlo “a la manera burguesa” para beneficiar a otra clase, sino de rehacerlo por completo, empezando por su propia filosofía de funcionamiento, por su propia concepción ideológica, aunque partiendo de lo existente, reaprovechando aquellos principios reaprovechables, llevándolos realmente a la práctica. Y eso significaba, significa, superar el Estado clasista, construir una democracia verdadera, en la que no se beneficie artificialmente a ninguna clase social. En el capítulo *El desarrollo de la democracia* de mi libro *Rumbo a la democracia* aporté mis modestas ideas para lograr una verdadera democracia, es decir, para lograr una igualdad real, por lo menos para ir implementándola, para mejorarla. Pero para lograr la igualdad real es preciso eliminar los privilegios, que no los derechos, es preciso que no haya explotadores, es preciso que los principales medios de producción pertenezcan al conjunto de la sociedad y no a unas pocas personas. No puede haber una sociedad verdaderamente democrática, suficientemente democrática, si el motor de la sociedad, el centro de gravedad, la economía, no funciona de forma democrática. Y no puede haber democracia en la economía si ésta pertenece a unas pocas personas. La expropiación a la oligarquía capitalista, a los grandes capitalistas, es una condición previa de la democracia auténtica, es el primer paso. ¡Pero no el único ni el último! Sin

embargo, dicha expropiación debe ser decidida democráticamente por el conjunto de la ciudadanía. El proceso democrático es dialéctico. La democracia sólo puede desarrollarse democráticamente. Lo primero es establecer unos mínimos suficientes, las *bases* de la democracia *política* que permita ir ampliándola y mejorándola continuamente en el tiempo, hasta alcanzar la democracia propiamente dicha, el verdadero poder del pueblo. Si todas las ideas pueden ser conocidas por la ciudadanía, tarde o pronto, la expropiación de la oligarquía entrará en agenda. A partir de ese momento, el camino a la democracia con mayúsculas puede asentarse. Aunque nunca está asegurado el destino. Siempre hay que luchar conscientemente por un futuro mejor. La involución siempre es un peligro latente. Lo más importante de todo es que el pueblo asuma el control, que lo haga cada vez más, que nunca renuncie a él. Lo primero es iniciar una *dinámica* de desarrollo democrático. Sin nunca perder de vista el objetivo final. Debemos saber hacia dónde dirigirnos y cómo hacerlo. En el libro *Rumbo a la democracia* explico en qué debe consistir la democracia y cómo luchar por ella. Se admiten ideas. La democracia nos atañe a todos. Todos debemos implicarnos.

5) Conclusiones

Lo más importante es romper la presa para que el río pueda fluir libremente y veamos hacia dónde nos lleva. **Lo esencial es la democracia, primero la política. Sin cambiar el sistema político no puede cambiar el sistema económico, objetivo último, esencial. No se trata tanto de reforma o de revolución, de la velocidad, profundidad o intensidad del cambio, sino de posibilitar el propio cambio.** Se trata de desarrollar la democracia, partiendo de lo existente, para dar paso a la reforma o a la revolución. En verdad la revolución es una sucesión de profundas reformas. Se trata sobre todo de construir la herramienta que posibilite la transformación social, de desarrollar la *infraestructura* necesaria. Lo primero es sentar las *bases* del cambio, sin las que éste es imposible. La *lógica* de la democracia, si ésta consigue hacerse suficientemente *dinámica*, puede incluso posibilitar que las reformas, incluso inicialmente superficiales, degeneren en revolución, en reformas sistémicas. Si el camino está libre de obstáculos, si por lo menos lo está suficientemente, si el mismo proceso de liberación de obstáculos se realimenta a sí mismo, si el desarrollo democrático se retroalimenta, partiendo de un mínimo imprescindible, entonces los cambios sociales pueden realimentarse a sí mismos, pueden hacerse progresivamente profundos.

Sin democracia no es posible la transformación social. La revolución consiste realmente en desarrollar la democracia. Se trata, en suma, de que el pueblo tome las riendas del destino, de que aspire a tomarlas *todo* lo posible. La transformación de la sociedad debe ser protagonizada por el propio pueblo, por *todo* él. Éste debe tener el control de la situación en *todo* momento. Debe tener el *máximo* margen de maniobra. Ninguna democracia puede construirse sobre la base de la ideología única. Ninguna democracia puede prescindir del sufragio universal. Los límites de la democracia deben ser mínimos, los más elementales derechos humanos. La democracia debe aspirar a *maximizar* la libertad, la pluralidad, la igualdad de oportunidades y la participación popular a todas las escalas, a todos los niveles.

¿Reforma o Revolución? Depende. El objetivo debe ser siempre la Revolución, los cambios sistémicos. Pero dependiendo de las circunstancias, la Reforma puede ser útil, siempre que sea verdadera y no sólo aparente. Cuando hay inmovilismo, cualquier cambio verdadero es potencialmente revolucionario. Cuando se está parado, dar un paso hacia delante, aunque sea pequeño, empezar a moverse, iniciar una dinámica, es siempre revolucionario. Cuando se está en movimiento, la Reforma es contrarrevolucionaria, obstaculiza la Revolución, frena el avance.

Incluso Lenin, uno de los mejores estrategas políticos de la historia, sino el que más, nada sospechoso de reformista, apostaba por la vía reformista, por la lucha parlamentaria en el seno del Estado burgués, en determinados momentos, en ciertas circunstancias. Para él *las reformas son un producto accesorio de la lucha revolucionaria de clase del proletariado:*

Hacer la guerra para derrocar a la burguesía internacional, una guerra cien veces más difícil, prolongada y compleja que la más encarnizada de las guerras corrientes entre Estados, y renunciar de antemano a toda maniobra, a explotar los antagonismos de intereses (aunque sólo sean temporales) que dividen a nuestros enemigos, renunciar a acuerdos y compromisos con posibles aliados (aunque sean provisionales, inconsistentes, vacilantes, condicionales), ¿no es, acaso, algo indeciblemente ridículo? ¿No viene a ser eso como si, en la difícil ascensión a una montaña inexplorada, en la que nadie hubiera puesto la planta todavía, se renunciase de antemano a hacer a veces zigzags, a desandar a veces lo andado, a abandonar la dirección elegida al principio para probar otras direcciones?

En cualquier caso, se necesita el vehículo adecuado para moverse, para avanzar hacia delante, para ascender la montaña. Ese vehículo es la democracia. Sin democracia no hay Reforma ni Revolución. Lo más prioritario es diseñar y construir ese vehículo. Ese vehículo debe tener suficiente potencia y maniobrabilidad. Ese vehículo debe irse perfeccionando en el tiempo de manera continua. **¿Reforma o Revolución? DEMOCRACIA.** Con mayúsculas, amplia, completa, plena, profunda. Democracia representativa, participativa y directa. Todas son imprescindibles. Todas deben desarrollarse todo lo posible. Aunque no todas deben ser igualmente priorizadas. El orden de prioridad (en cuanto a su aplicación, que no en cuanto a su desarrollo pues hay que partir de lo existente) debe ser: la democracia directa, a continuación la participativa y finalmente la representativa. Igualmente, el federalismo debe ser priorizado sobre el centralismo. Lo cual no significa que pueda o deba prescindirse por completo del segundo. En cualquier caso, nunca debe olvidarse que la democracia es un medio, un medio imprescindible para construir el socialismo, el cual es a su vez una etapa de transición entre la actual sociedad clasista, basada en la explotación del hombre por el hombre, y la sociedad no clasista emancipada. No es posible superar el capitalismo si no se despoja a la clase burguesa de la posesión de los grandes medios de producción, si no se vence la resistencia militar, ideológica, política y económica de la burguesía a perder el control de la sociedad, si no se despoja a dicha clase de sus privilegios, de su monopolio en todos los campos, sustentado en el económico, pero tampoco es posible avanzar en el socialismo si dicha expropiación económica no es acompañada de la más amplia y profunda democracia. Socialismo es planificación racional de la economía, más o menos centralizada, pero ante todo, sobre todo, democracia política y económica. Dicha planificación no puede ser eficaz ni satisfacer el interés general si no responde realmente ante el conjunto de la sociedad. Los gestionados deben elegir y controlar en todo momento a quienes les gestionan. A diferencia de lo que ocurre en el capitalismo, la democracia, la auténtica, es el ADN del socialismo.

El socialismo *empieza* con la expropiación de la burguesía y con el desarrollo democrático. La democracia debe sufrir un importante salto hacia delante al expulsar a la burguesía de su control monopólico de la sociedad. Pero el socialismo, ni mucho menos, termina o se asienta definitivamente con dichos pasos. La etapa de superación de la sociedad capitalista será larga y reversible, como la experiencia nos ha dicho, como ya se preveía. La experiencia práctica irá diciendo *cómo* superar la sociedad clasista, *cómo* ir avanzando en el socialismo, pero siempre que se aplique el método

científico, siempre que exista suficiente libertad, siempre que la democracia siga avanzando. El socialismo avanzará a la par que la democracia. A medida que se asiente la democracia, se asentará el socialismo. Todo alto en el camino, o todo retroceso, en el desarrollo democrático juegan a favor del capitalismo, que por largo tiempo prolongará su larga sombra en el emergente socialismo, que por largo tiempo amenazará con volver, que por largo tiempo permanecerá en el débil socialismo naciente. La educación y los medios de comunicación ejercerán una importante labor en la desintoxicación de la ciudadanía del pensamiento único capitalista, pero siempre que se basen en el debate libre entre las opciones opuestas, siempre que la izquierda se enfrente a la derecha en igualdad de condiciones. La verdad se abrirá camino enfrentándola de igual a igual, cara a cara, con la mentira, y no eludiendo ese necesario enfrentamiento. A medida que la gente pueda ir conociendo todo tipo de ideas, a medida que pueda contrastar entre ellas libremente, se irá convenciendo de los postulados defendidos por la izquierda revolucionaria. A medida que la gente vaya participando, de la manera más directa e intensa posible, en su práctica cotidiana en sus diversos asuntos, de los más locales a los más generales, de los más intrascendentes a los más trascendentes, en sus comunas, en sus ayuntamientos, en sus empresas, en sus parlamentos, y viendo que su participación produce resultados tangibles concretos, irá participando cada vez más. La democracia así se enraizará en el pueblo. La democracia se realimentará a sí misma, siempre que se establezca un marco mínimo imprescindible que sirva para dar un importante salto respecto de la democracia burguesa, y siempre que dicho marco permita, incluso fomente, la evolución continua de la propia democracia. La democracia debe sufrir el cambio de la cantidad en calidad y debe crecer dialécticamente interviniendo en todos los factores, materiales e ideológicos, que influyen en ella.

La izquierda reformista fracasó por confiar en exceso en la insuficiente y falsa democracia burguesa, diseñada e implementada a la medida de la burguesía para ejercer su dictadura de facto. Fracasó por no dar el salto necesario, por no llevar a la práctica los principios de la democracia liberal de libertad, igualdad y fraternidad, por no desarrollar la democracia desde la que se partía. La izquierda revolucionaria fracasó por caer en el extremo opuesto, es decir, por desechar *por completo* todo lo heredado de la democracia liberal, incluso aquellos principios que no podían ser desechados. Fracasó por dar un salto en el vacío insuficiente y en la dirección equivocada, la cual conducía al punto de partida. En ambos casos, en lo más esencial, en lo más profundo, se interiorizó, se impuso, la concepción burguesa de la sociedad, la cual imposibilita la superación de la sociedad clasista. La democracia burguesa y la dictadura del proletariado tienen en común una misma concepción del Estado como el instrumento de dominación de la sociedad, por la fuerza, mediante la desigualdad, por unas determinadas clases. La primera, la democracia burguesa, impide superar la sociedad capitalista, pues está diseñada, precisamente, para afianzar el orden capitalista. Es imposible superar el orden capitalista sin *profundas* reformas de la democracia burguesa. No es imposible alcanzar el poder político para transformar el orden existente mediante la democracia burguesa, pero casi. Y esto es cada vez más difícil cuanto más elaborada esté la “democracia” liberal, es decir, en los países capitalistas más desarrollados donde la burguesía ha aprendido mejor a controlar al pueblo. Cualquier partido anticapitalista, en el supuesto de que alcance el poder político mediante las reglas del juego burguesas, que desee avanzar hacia la

superación del capitalismo, se encuentra con serios obstáculos, necesita imperiosamente reformar de arriba a abajo el Estado conquistado. La segunda, la dictadura del proletariado, conduce, tarde o pronto, a pesar de ciertos avances temporales, de nuevo al capitalismo pues adolece de los mismos defectos básicos que la “democracia” capitalista: la imposición artificial, mediante la violencia, más o menos descarada, de unas clases sociales sobre otras; la imposibilidad, formal o real, de la igualdad, sin la que es imposible la democracia, sin la que es imposible superar una sociedad desigual. En ambos casos se renunció a hacer evolucionar la democracia liberal, a completarla, a ampliarla y a expandirla. Democracia que contenía la semilla de la destrucción de la propia sociedad burguesa. En la vía revolucionaria se volvió para atrás, implantando una dictadura. En la vía reformista no se avanzó, permitiendo así que la burguesía afianzara su dictadura disfrazada de “democracia”, su oligocracia, su plutocracia, permitiendo así la involución. En ambos casos, el capitalismo se impuso sobre el emergente o potencial socialismo. Y ello fue así porque la “democracia” liberal está diseñada para afianzar el capitalismo, porque dicha democracia es muy poco democrática, es una dictadura camuflada del capital, porque en ella el socialismo no puede *floreecer*. Y ello fue así porque la dictadura del proletariado era la imagen especular deformada de la dictadura burguesa, porque no estaba diseñada para las clases que conforman la mayoría de la sociedad, las que realmente pueden “imponerse” en una auténtica democracia, porque en ella no puede *prosperar* el socialismo.

El socialismo sólo puede desarrollarse con otro tipo de Estado, no con otro a imagen y semejanza del burgués. El socialismo y el capitalismo deben soportarse en Estados radicalmente distintos. No basta con sustituir unas clases por otras, hay que cambiar la misma esencia del Estado, sus cimientos. No es posible superar la sociedad clasista si a una dictadura de una clase la sucede otra dictadura de otra clase. La sociedad clasista sólo podrá superarse si a la dictadura de la clase burguesa actual la sucede la democracia, la verdadera, el *poder del pueblo*, en la que las clases populares ejercerán su hegemonía, pero no por la fuerza, en la que la verdad se impondrá, pero no por la razón de la fuerza sino que por la fuerza de la razón. Mientras no se supere dicha “democracia” liberal, mientras no se aspire a otro tipo de Estado, profundamente diferente, distinto en sus mismas entrañas, en su propia filosofía, asentado en otros pilares, es decir, mientras no se intente un Estado no clasista, neutral, no será posible superar el capitalismo, la sociedad clasista. Superar dicha “democracia” significa implementar la democracia, sin comillas. Implementar la democracia significa implementar la igualdad. Implementar la igualdad equivale a implementar la libertad. Implementar la libertad implica posibilitar la fraternidad, es decir, erradicar las clases sociales, por lo menos amortiguar las diferencias sociales. Sólo la democracia puede conducir a una sociedad libre y justa, más igualitaria, a no confundir con uniforme. En una sociedad más igualitaria, es decir, donde todas las personas tengan las mismas opciones de realizarse como seres humanos, la diversidad será, al contrario, mayor. La igualdad puede entenderse de distintas maneras, pero no debe confundirse con el hecho de que todos seamos iguales, de que todos nos comportemos igual, de que todos tengamos los mismos gustos, de que todos nos vistamos igual. La igualdad, por el contrario, debe entenderse como la verdadera posibilidad de que cada individuo pueda ser él mismo, pueda desarrollar su individualidad. La igualdad es la otra cara de la moneda de la libertad. En la vida en sociedad no es posible la libertad sin la

igualdad de opciones. En cualquier caso, la desigualdad se combate con igualdad, no con otro tipo de desigualdad.

Mientras haya clases, habrá lucha de clases. Mientras la sociedad esté dominada por alguna minoría, habrá sociedad clasista, pues dicha clase minoritaria sólo puede mantener su dominio por la fuerza, practicando su lucha sistemática contra otras clases que aspiran a sustituirla, o a expulsarla, pues su dominio se sustenta en la explotación de otras clases. Aunque el proletariado no desee luchar, se verá forzado tarde o pronto, de una u otra manera, a hacerlo. Como la experiencia práctica nos ha demostrado. El proletariado sólo podrá vencer a la burguesía mediante la lucha de clases, pero ésta debe adoptar otra forma, acorde con las diferencias radicales entre las dos principales clases en disputa. El proletariado, a diferencia de la burguesía, y de todas las clases que le precedieron en la lucha por el poder, es una clase explotada, y no explotadora, pretende emanciparse ella y a toda la sociedad, y no dominar, representa a la mayoría de la sociedad, y no a una minoría. No es posible superar la sociedad clasista eludiendo la lucha de clases, pues sólo con ella será posible expulsar a la minoría que perpetúa la sociedad clasista, pues dicha minoría no deja de practicar la lucha de clases, la cual se recrudece y sale a la superficie sin ningún disimulo en las épocas de crisis económicas, las cuales son una consecuencia inevitable de la sociedad capitalista, es decir, de la sociedad clasista. Las clases populares, todas las clases, están condenadas a la lucha de clases en la sociedad clasista, es decir, en la sociedad dominada por cualquier clase minoritaria. Sin embargo, sólo es posible superar la sociedad clasista si la lucha de clases practicada por el proletariado, por las clases populares, adopta otra forma, si posibilita que la mayoría vaya poco a poco imponiéndose, si el interés general va predominando. A medida que el interés general vaya dominando sobre los particulares, éstos irán desapareciendo, es decir, la sociedad clasista irá extinguiéndose. El interés general sólo podrá imponerse mediante la democracia, la cual es, por definición, la imposición del interés general, entendido éste de la manera más profunda posible, pues no se trata sólo de intereses materiales o económicos, sino que también espirituales. También forma parte del interés general la emancipación de cada individuo, sus derechos básicos, su libertad. La democracia satisface al mismo tiempo la libertad de la colectividad y de cada individuo. La democracia posibilita el equilibrio entre el individuo y la sociedad. No hay realmente convivencia social sin democracia. Ésta posibilita una sociedad armónica, civilizada. Pues no es posible la libertad en sociedad sin igualdad, y la democracia es la síntesis dialéctica entre libertad e igualdad. La democracia es el sustento de toda sociedad civilizada. **La conquista de la democracia es la conquista de la civilización. La sociedad humana se volverá, por fin, realmente civilizada cuando alcance la democracia.**

La izquierda debe luchar *prioritariamente* por la democracia. Por tres motivos: 1) porque sin democracia no es posible superar el capitalismo, la verdadera democracia es la única que puede sepultarlo (si recordamos que el capitalismo es dictadura económica, bajo sus distintas formas); 2) porque sin democracia el socialismo no puede prosperar, ni siquiera sobrevivir; y 3) porque la burguesía, a diferencia del concepto *socialismo*, no puede combatir contra el concepto de la *democracia*, ampliamente aceptado por la ciudadanía. Dado que la burguesía ha utilizado el concepto de democracia para afianzar su oligocracia, no puede más que aparentar

que ésta es aquella. La izquierda lo que debe hacer es desenmascarar a la burguesía ante la opinión pública. Debe hacer ver a ésta que el sistema actual dista aún mucho del *poder del pueblo*. Debe reivindicar más y mejor democracia. Debe luchar por mejoras concretas y continuas de la democracia. Debe plantear reformas como el que los referendos sean siempre vinculantes (en España no lo son actualmente), como una verdadera separación de poderes, como la revocabilidad, como el mandato imperativo, como una financiación de los partidos políticos para que éstos se independicen del poder económico, como una ley electoral verdaderamente democrática donde todos los votos valgan igual (uno de los principios básicos de la democracia es la igualdad), como el derecho a que el pueblo elija su régimen (Monarquía o República), etc., etc., etc.

Es decir, hay que batallar para llevar a la práctica los principios teóricos de la democracia liberal, contra los cuales la propia burguesía no puede combatir ideológicamente, pues forman parte de su discurso, de su supuesta ideología. De lo que se trata es de obligar, de forzar, a la burguesía a aplicar sus propios y supuestos principios. La izquierda debe poner en evidencia a la derecha y sus aliados ante la opinión pública. Pero, además de *reformular* la democracia liberal, en verdad de lograr que muchos de sus principios más básicos pasen del papel a la realidad, de lograr una democracia verdaderamente *representativa*, hay que *superar* la democracia liberal, hay que reivindicar la democracia *participativa*, así como la *directa* allá donde sea factible (comunidades, consejos obreros, etc.). La izquierda debe luchar para profundizar y ampliar la democracia, así como para expandirla por todos los rincones de la sociedad, incluido el económico. Si centra su estrategia en el concepto de democracia, en el sentido más amplio y profundo de la palabra, las posibilidades de ganar ideológicamente a la burguesía aumentan notablemente. **Toda la lucha de la izquierda, a corto y medio plazo, debe pivotar alrededor del concepto *democracia*.** Frente a la democracia burguesa de los cinco minutos, la izquierda debe reivindicar la democracia permanente. De la democracia *formal* hay que pasar a la democracia *real*, de la democracia en minúsculas a la DEMOCRACIA en mayúsculas, de la democracia simbólica, abstracta y estática a la democracia con contenido, concreta y dinámica. Hay que mejorar y expandir en el espacio y en el tiempo la participación popular. El ciudadano debe participar en todas aquellas decisiones que le incumben, tanto a nivel local como a nivel general, tanto para determinar la agenda de discusiones, como para discutir, como para decidir, como para controlar la ejecución de las decisiones.

La nueva teoría revolucionaria del siglo XXI no puede prescindir del marxismo. Es más, éste tendrá un papel central en la misma, pero siempre que se le despoje de sus principales errores, en particular de la madre de todos ellos. El concepto de la dictadura del proletariado atenta contra el materialismo dialéctico por no considerar que los fines están contenidos en los medios y, como consecuencia de esto, por imposibilitar el necesario salto cualitativo para superar la sociedad burguesa, es decir, clasista, basada en la explotación de unos seres humanos por otros. Al despreciar el principio de que los fines están contenidos en los medios, al no usarse el método adecuado, la cantidad no aumenta suficientemente y no puede transformarse en calidad, el agua líquida no es calentada suficientemente y no pasa al estado de vapor, la democracia no es desarrollada suficientemente (incluso lo es

contradictoriamente, incluso retrocede) y no puede pasarse con decisión del capitalismo al socialismo. Asimismo, dicho concepto de la dictadura del proletariado es una consecuencia de un mal cálculo a la hora de aplicar el relativismo: la verdad de que el Estado es clasista se prolonga demasiado en el tiempo futuro, se la expande demasiado en el tiempo (ver el artículo *Relativizando el relativismo*), imposibilitando así la superación del Estado clasista y por tanto de la sociedad clasista. No se puede prescindir a corto plazo del Estado, como bien estimó el marxismo, pero no es posible superar el Estado clasista si no se intenta dar cierto salto, si ese salto no es el adecuado, si la cantidad no aumenta suficientemente, si no se produce cierta ruptura en los medios, si no se considera suficientemente a la dialéctica materialista. En suma, por paradójico que parezca, los padres del marxismo no usaron hasta las últimas consecuencias, suficientemente, adecuadamente, el gran descubrimiento que hicieron, el cual es al mismo tiempo una nueva *concepción* del mundo, válida para entenderlo mejor, y un nuevo *método* para transformarlo: el materialismo dialéctico.

El marxismo es a grandes rasgos correcto, pero tiene algunas contradicciones: la dictadura del proletariado, además de ser malsonante (y por tanto ineficaz en la guerra ideológica contra la burguesía), además de ser un concepto impreciso y ambiguo, es un concepto erróneo (en cuanto a lo que da a entender de que el proletariado debe imponerse por la fuerza sobre el resto de la sociedad), fundamentalmente porque atenta contra el mismo método marxista, que tan buenos resultados ha dado para entender mejor la sociedad humana. Lo bien que se aplicó el método marxista para comprender la actual sociedad y vislumbrar las posibilidades futuras, no fue tan bien aplicado para intentar transformar la realidad y construir cierto futuro. Si queremos una sociedad no clasista no pueden emplearse de manera calcada, incluso agravándolos, los métodos de la sociedad clasista. No podemos usar métodos *radicalmente* nuevos (porque si no es imposible hacer la transición, conectar el presente con el futuro, lo real con lo ideal), pero tampoco *demasiado* parecidos a los del pasado (porque si no es imposible cambiar el futuro, desprenderse del pasado, transformar lo real). Ésta es la gran contradicción del marxismo: el *medio* de la dictadura del proletariado no está acorde con el *fin* buscado porque no tiene en cuenta al *método* marxista que dice que los medios y los fines se interconectan dialécticamente. El error de Marx y de Engels no sólo no fue corregido por sus discípulos sino que fue agravado. Y esto ocurrió así por no usar, al menos no en la cuantía necesaria, el mismo espíritu librepensador de los padres del marxismo, gracias al cual ellos sí pudieron superar los errores de quienes les precedieron. Nadie es perfecto, pero sólo aplicando el método científico, sólo con la actitud adecuada, es posible superar los errores de quienes nos preceden, incluso nuestros propios errores. El gran legado de los autores del Manifiesto Comunista es en verdad su actitud, su espíritu científico. El marxismo es sobre todo método científico aplicado para el estudio de la sociedad humana. Ésta no se comporta igual que la materia muerta, que otras sociedades de otras especies, pero también tiene sus leyes, aunque éstas no sean exactas. En la sociedad humana la componente de aleatoriedad, de imprevisibilidad, es alta, pero no infinita. Nuestra sociedad se rige de acuerdo con un determinismo débil. Es posible, hasta cierto punto, comprenderla y prever su evolución. Donde hay leyes, donde hay causalidad, hay campo para la ciencia. Con Marx y con Engels se abrió la puerta de la comprensión de nuestra sociedad porque con ellos se inauguró un enfoque científico para estudiarla.

Sólo con ese enfoque podremos verdaderamente comprenderla y por tanto transformarla. Sólo con ese enfoque superaremos nuestros inevitables errores.

Si sustituimos el concepto de la dictadura del proletariado por el concepto de democracia, en su sentido más amplio y profundo posible, en su sentido original, el gobierno del pueblo, del conjunto de la sociedad, concepto que se nutre de la insuficiente democracia liberal, pero que no coincide con ella, entonces el marxismo es liberado de dicha contradicción, ésta se resuelve en el campo de la teoría y por tanto también es posible resolverla en la práctica. La transición del capitalismo al socialismo debe hacerse desarrollando la propia democracia burguesa, para superarla, llevando a la práctica sus principales postulados, logrando una democracia realmente representativa, pero también complementando ésta con la democracia directa en los ámbitos donde sea posible aplicarla, pero también expandiendo la democracia por todos los rincones de la sociedad, especialmente al económico, al centro de gravedad de la sociedad humana, pero también despojando a dicha democracia liberal de aquellos principios que contradicen al resto, como la propiedad privada de los medios de producción, por lo menos de los grandes medios de producción. La democracia formal debe dar paso a la real. La falsa libertad burguesa, el libertinaje, debe dar paso a la verdadera libertad, la cual debe estar forzosamente acompañada de la igualdad de oportunidades. La ley del más fuerte debe dar paso al imperio de la ley. La ley de la jungla a la ley social. En la vida en sociedad no es posible la libertad sin igualdad. En la sociedad burguesa está el germen de la sociedad no clasista, como en el capitalismo está el germen del socialismo. De lo que se trata es de desarrollar aquellas partes de la sociedad actual que puedan dar paso a la nueva sociedad deseada. De lo que se trata es de iniciar una *dinámica*, de desatascar la historia, de reanudarla desde el punto donde la pararon los burgueses, de dar un salto cualitativo para por fin posibilitar la superación de la actual sociedad, tan poco social. La revolución socialista es la continuación de la revolución burguesa. El marxismo es la continuación de las ideas de la Ilustración. Entendiendo por continuación, la evolución, la superación. Ese salto debe darse desarrollando la democracia, *empezando* por aplicar ciertas medidas *concretas* (elegibilidad de todos los cargos públicos, revocabilidad de todos ellos, ley electoral donde todos los votos valgan igual, o lo más parecido posible, referendos frecuentes y siempre vinculantes, mandato imperativo, verdadera separación de *todos* los poderes, especialmente respecto del poder económico, libertad de prensa,...) que permitan que el control lo tome suficientemente el pueblo, pero aspirando a que dicho control mejore y aumente cada vez más en el tiempo. Hay que partir de la democracia burguesa para superarla amplia y definitivamente. No podemos prescindir de algunos de sus principios, deberemos llevarlos a la práctica de manera eficaz, deberemos prescindir de algunos otros, deberemos liberarla de contradicciones, y deberemos también desarrollar y aplicar nuevos principios.

Por consiguiente, hay que olvidarse de la dictadura del proletariado, tal como se la ha concebido, tal como se la ha defendido. Lo cual no significa despreciar su razón de ser, que sigue siendo muy vigente, que lo seguirá siendo mientras haya una sociedad clasista, mientras exista una minoría dominante que se resista a perder el control de la sociedad. Lo cual tampoco significa pasar al otro extremo de confiar en la democracia burguesa. La democracia burguesa no es la democracia. Aquella dista aún mucho de ésta. Pero tampoco ésta puede prescindir de algunos principios teóricos proclamados

por aquella. Incluso conviene, desde el punto de vista de la estrategia ideológica, centrarse sobre todo en el concepto de la democracia más que reivindicar el socialismo, puesto que sólo con la auténtica democracia será posible superar el capitalismo y construir el socialismo. Éste surgirá, mejor dicho se desarrollará, de manera natural en cuanto la democracia se asiente, como la simple extensión de los métodos democráticos al núcleo de la sociedad, a la economía. En todo caso, si se reivindica el socialismo, se debe al mismo tiempo e insistentemente desvincularlo del estalinismo. En la guerra ideológica hay que tener en cuenta la situación actual para ser más eficaces, para tener alguna opción de triunfar. Las palabras *marxismo*, *anarquismo*, *comunismo* o *socialismo* han sido demonizadas. Esto bien lo saben los propagandistas del orden establecido. ¡Están deseando que las usemos! Al usarlas, los prejuicios incrustados en las mentes de muchos ciudadanos entran en funcionamiento automáticamente. No podemos luchar contra dichos prejuicios de la noche a la mañana. Debemos superar esos obstáculos. Debemos defender las ideas prescindiendo de ciertas palabras, para evitar que dichos prejuicios le impidan a la gente seguir escuchando, abrirse a otras ideas, desprenderse del pensamiento único que la burguesía se trabaja sistemáticamente, diariamente, durante años y años, con todos los grandes medios a su disposición. Ésta es la cruda realidad, nos guste o no. Sólo podemos cambiar la realidad teniéndola en cuenta, siendo realistas a la vez que idealistas. La opinión pública está altamente intoxicada por la propaganda burguesa, además de por las malas experiencias históricas basadas en dichas palabras demonizadas. Si pretendemos desintoxicar a la opinión pública debemos tener en cuenta su grado de intoxicación. Debemos acercarnos a las masas y no esperar a que ellas se acerquen a nosotros. Pero acercarnos a ellas no significa someternos al pensamiento único que las domina, sino, precisamente, combatirlo, pero con habilidad y astucia. Luchar por la democracia no es olvidarse del socialismo, al contrario, es, precisamente, posibilitarlo.

El socialismo sólo podrá surgir mediante la democracia, sólo podrá construirse con ella. Democracia es socialismo. Socialismo es democracia. En la batalla ideológica lo que cuenta sobre todo son las propias ideas, más que su envoltura lingüística. Si hay ciertas palabras con las que es más difícil defender ciertos conceptos que con otras, por desgastadas, por demonizadas, por confusas, por ambiguas, entonces hay que usar otras palabras. Como el verdadero socialismo es democracia, a la izquierda nos basta con usar esta última. Si logramos la democracia, lograremos el socialismo. ¡Debemos defender el socialismo con la palabra *democracia*! ¡Debemos defender la democracia a secas! Contra la idea de la democracia, la burguesía no puede hacer nada, más que convencer a la ciudadanía de que ya no puede alcanzarse más democracia o de que no merece la pena aumentarla o mejorarla. ¡Que lo digan si se atreven! En nombre de la democracia la burguesía alcanzó el poder político y asentó su poder económico, en su nombre también los perderá. ¡Usemos sus propias armas contra ella! Por supuesto, la estrategia debe adaptarse al país y a la época, a la situación concreta. Todo lo dicho en estas líneas se aplica sobre todo a los países capitalistas dominados por la burguesía, es decir, a la mayoría de países del mundo en el año 2011, como España, el país desde el que se escribe este libro, pero también a los países que han sufrido el estalinismo en sus distintas formas.

Muchas veces se habla en los círculos de la izquierda revolucionaria acerca de la siguiente contradicción: quienes intentan superar el Estado burgués, sin embargo, no pueden escapar de la notable influencia de la ideología burguesa dominante, la cual acaba subsumiéndolos. ¿Cómo superar el Estado burgués al mismo tiempo que partiendo del mismo? Es obvio que si no se tienen en cuenta las condiciones iniciales de partida no es posible emprender el camino hacia una nueva sociedad. Para poder llegar a buen puerto es preciso partir de la situación real, para lo cual habrá que adaptarse en cierta medida a la misma, es preciso fijarse una meta a largo plazo y unas metas menos ambiciosas intermedias, para lo cual habrá que ser en cierta medida más o menos idealista, respectivamente, y es preciso proveerse del vehículo adecuado, para lo cual habrá que establecer cierta estrategia general a largo plazo y ciertas tácticas a corto plazo. ¿Pero cómo superar la sociedad burguesa partiendo de la sociedad burguesa? La respuesta no es tan obvia pero puede intuirse por todo lo dicho en este libro y en otros escritos míos: usar en parte la propia ideología burguesa contra la burguesía y llevarla a la práctica hasta las últimas consecuencias. **En la misma sociedad burguesa está el germen de destrucción de la sociedad burguesa. En nombre de la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad, surgió la moderna sociedad burguesa, y en su nombre se extinguirá.** La burguesía, consciente de ello, no ha llevado realmente a la práctica su ideología, conformándose tan sólo con implementar la propiedad privada de los medios de producción, pilar de la sociedad capitalista. Llevando a la práctica la democracia representativa (la cual no es prescindible), la separación de poderes (de todos los poderes, especialmente respecto del poder económico), las libertades formales para que sean reales, la igualdad de oportunidades, además de añadiéndole ciertas características a dicha democracia que harán que se produzca el salto, que la cantidad se convierta en calidad, como la revocabilidad o el mandato imperativo, además de desarrollando la democracia directa en los ámbitos locales, además de expandiendo los métodos democráticos a los medios de producción, será posible superar la sociedad burguesa partiendo de la propia sociedad burguesa, será posible resolver esa contradicción de la que hablábamos, será posible llegar al necesario equilibrio entre realismo e idealismo, sin el cual no hay cambios sistémicos.

Como proclama la dialéctica, en el capitalismo existe la semilla del socialismo y del comunismo. *La burguesía se daba cuenta muy claramente, dice Marx, de que todas las armas que ella había forjado contra el feudalismo se volvían contra ella misma, que todos los medios de instrucción que ella había instituido se volvían contra su propia civilización, que todos los dioses que ella había creado la abandonaban.* Es preciso regar adecuadamente dicha semilla para que florezca la nueva sociedad. El agua a usar para regarla es la democracia. De lo que se trata es de usar las contradicciones de la burguesía contra ella misma. ¡Forcémosla a practicar lo que predica! De esta forma, podrá *iniciarse* una *dinámica* que podrá superar su falsa y simbólica democracia para alcanzar la auténtica democracia, sin la cual no será posible construir una sociedad al servicio del interés general. Sin democracia no hay emancipación posible. La clave, como no me cansaré de repetir, es la democracia. Esto bien lo sabe la burguesía, que se esmera en perpetuar su oligocracia disfrazada de democracia. Sin oligocracia no hay oligarquía. Recuperemos el verdadero significado original de la palabra *democracia* que inventaron los antiguos griegos: el poder del pueblo, el gobierno del pueblo. Y adaptemos dicho significado al siglo XXI: el pueblo es *toda* la

población mundial, sin distinción de *ningún* tipo. *Todas* las personas deben participar de manera *igual* en las decisiones que les incumben colectivamente en cierto ámbito. Éste es el ideal democrático hacia el que debemos dirigirnos para acercarnos lo más posible. Cuanto más nos acerquemos al mismo, más nos acercaremos a la sociedad emancipada que buscamos. Pero debemos acercarnos a él de manera dialéctica, no mecánica. El fin y los medios se relacionan dialécticamente. Todo influye en todo y es influido por todo, aunque no de la misma manera, no con la misma intensidad. La sociedad se sustenta en la economía, mientras ésta no cambie radicalmente no cambiará radicalmente la sociedad, pero esto no significa que no sea posible *empezar* a cambiar el modo de producción desde la política, mientras lo material no cambie no se lograrán cambios radicales, pero los cambios pueden ser provocados también por las ideas. Como dice Lukács: *Paralelamente a la lucha económica, se libró una lucha por la conciencia de la sociedad. Ahora bien, volverse conciente, para la sociedad, es sinónimo de poder dirigir la sociedad. [...] El medio de lucha más importante en este combate por la conciencia, por la dirección social, es el materialismo histórico.* Éste nos permite conocer mejor nuestra actual sociedad y por tanto nos permite transformarla. El materialismo histórico nos dice que hay que cambiar el modo de producción económico, la raíz del mal, pero que es posible cambiarlo mediante la ideología, mediante la política. La dialéctica nos dice que en el capitalismo existe su negación latente, que las contradicciones de la historia humana pueden conocerse y solucionarse de una u otra manera.

Debemos superar la sociedad burguesa, pero esto no significa que no pueda o no deba hacerse desde la propia sociedad burguesa, incluso usando *parte* de su ideología oficial, aquella que contradice el orden general capitalista, que lo pone en serio peligro de extinción. La ideología burguesa tiene grandes contradicciones. Se trata de explotarla ideológicamente, de ponerlas en evidencia ante la ciudadanía, con el fin de resolverlas. No hay un solo camino hacia el socialismo, no hay una sola vía para superar la falsa democracia burguesa. Pero todos los caminos deben responder a ciertos principios generales. El peor error que puede cometer la izquierda es emplear la fuerza, es decir, emplear los métodos de la derecha, aunque lo haga de manera menos disimulada, menos hipócrita. Si así lo hace, la derecha se ve legitimada ante la opinión pública. Sus métodos ilegítimos se legitiman. El mejor favor que le puede hacer la izquierda a la derecha es adoptar su metodología, es aceptar las reglas del juego impuestas por ella, es asumir su concepción del mundo, de la sociedad clasista. Desde la propia democracia liberal los partidos de la auténtica izquierda deben luchar, con todos los medios pacíficos posibles, legales y alegales, que no ilegales, si es posible, en las instituciones y en la calle, en Internet y en los medios de comunicación más tradicionales, para acorralar al sistema capitalista, para, como mínimo, forzar a la burguesía a llevar a la práctica sus principios pomposamente declarados, empezando por la libertad de expresión y la igualdad de oportunidades. La izquierda debe hacerse oír ante la opinión pública, debe denunciar a todos los niveles, tanto en los tribunales nacionales como internacionales, los atentados contra los derechos humanos que se producen en las oligocracias. La primera batalla debe ser la lucha por la libertad de expresión, para que todas las ideas, incluidas las anticapitalistas, o las republicanas en España, puedan llegar a las masas. Hay que batallar primero para que la democracia liberal sea mínimamente democrática. Esto para empezar, sin perder de vista el horizonte al que dirigimos. El reformismo, el verdadero, en este sentido, especialmente

en épocas de involución o estancamiento, puede ser útil a la revolución, siempre que sea un medio y no un fin, siempre que no nos detengamos en el camino. El reformismo puede servirnos para arrancar. La estrategia revolucionaria debe adaptarse a las circunstancias. La guía para la acción debe ser dinámica y flexible, y no estática y rígida. La sociedad humana es dialéctica en acción, y la revolución social es la acción más dialéctica habida y por haber. Dialéctica es cambio. También debe cambiar la manera de intentar los cambios sociales. Nunca debemos perder de vista el materialismo *dialéctico*. Gracias a él podemos comprender nuestra sociedad, podemos adaptarnos a los inevitables cambios. Sin comprender nuestra sociedad no es posible cambiarla. Sin adaptarnos, mínimamente, a no confundir con someterse, a los cambios que sufre la sociedad, no podemos dirigirlos en la dirección deseada.

La democracia puede realimentarse a sí misma si se toman ciertas medidas concretas decisivas para hacerla *dinámica*, para desbloquear su actual estancamiento. Tal como nos dice la dialéctica, la teoría posibilita cierta práctica y ésta, a su vez, realimenta a aquella. Siempre que se inicie una *dinámica*, siempre que se establezca una *infraestructura* política *básica*, mínima, suficiente, que posibilite dicha dinámica. El estancamiento actual de las democracias liberales, mejor dicho, de las oligocracias capitalistas, no es casual. Las minorías dominantes son perfectamente conscientes de que cualquier reforma democrática, incluso por pequeña que sea, puede iniciar una *dinámica* peligrosa para ellas. Peligrosa porque la “democracia” *formal* liberal puede desarrollarse de tal manera que cruce el umbral que la convierta en una democracia *real*. El desarrollo de la democracia es la mayor amenaza para la oligarquía y su oligocracia. Por esto, comprendiendo la dialéctica de la sociedad humana, ciertas medidas puntuales, aparentemente inofensivas o insuficientes, como la revocabilidad de los cargos públicos electos, como el mandato imperativo, como la efectiva separación de todos los poderes, pueden conducir, tarde o pronto, más pronto que tarde, a la auténtica democracia. Por mor de la dialéctica, la ciudadanía, al comprobar los resultados concretos *materiales* del desarrollo democrático en sus vidas cotidianas, reclamará cada vez más democracia. Las ideas democráticas se desarrollarán en paralelo a la práctica democrática. Las ideas democráticas nutrirán la praxis democrática y viceversa. Así la democracia se realimenta a sí misma, entra en una espiral ineluctable que provoca la extinción de la oligocracia, y por tanto de la oligarquía.

La burguesía está entre la espada y la pared: no puede negar oficialmente la democracia (en base a la cual accedió al poder, en nombre de la cual construyó su sociedad), pero tampoco puede desarrollarla (pues su desarrollo, con el tiempo, extingue su sociedad clasista). A la burguesía sólo le queda una salida: convencer a la ciudadanía de que ya no es posible, o necesario, o deseable, aumentar y mejorar la actual democracia. Sin embargo, a la burguesía le cuesta cada vez más convencer a la ciudadanía, que poco a poco va percatándose de que algo falla, de que algo no cuadra en las democracias liberales: el poder no es en verdad del pueblo, en contra de lo proclamado. La praxis contradice cada vez más a la teoría oficial en la sociedad burguesa. Las crisis recurrentes y cada vez más intensas del capitalismo, que poco a poco parece aproximarse a su crisis final, a su callejón sin salida, evidencian cada vez más la falsedad de las “democracias” burguesas. ¿Cómo superar la sociedad burguesa? Empezando por exigir a la burguesía que lleve a la práctica lo que

proclama de palabra. Así la burguesía no puede defenderse ideológicamente, por lo menos lo tiene mucho más difícil, pues no puede negar oficialmente su propia supuesta ideología. La burguesía está en una trampa ideológica insalvable, está presa de sí misma. ¡Explotemos dicha trampa, saquémosla partido! Las contradicciones en que cae la burguesía (y sus clases cómplices, como la monarquía y su corte), cada vez más llamativas, no pueden pasar ya desapercibidas. La izquierda anticapitalista debe ayudar al pueblo a concienciarse definitivamente, a dar ese salto imprescindible en la conciencia para superar la contradictoria sociedad capitalista. La izquierda debe evidenciar ante la opinión pública las contradicciones de la burguesía, de quienes hablan de democracia, pero, al mismo tiempo, se niegan a llevarla a la práctica, se niegan incluso a hablar seriamente de posibles reformas, o, como máximo, sólo consienten o fomentan algunas de ellas, aquellas más inofensivas, aquellas que suponen un retroceso, un afianzamiento del capitalismo.

La estrategia iniciada con la *Spanish Revolution*, producto del movimiento iniciado, mejor dicho, visibilizado, el 15 de mayo de 2011 en España reivindicando una democracia real ya, nos muestra el camino a tomar: forzar a la burguesía a llevar a la práctica sus principios democráticos hasta las últimas consecuencias, procurando primero implementar sobre todo aquellas medidas que provoquen la *dinámica* democrática, que la presa se rompa y deje *fluir*, por fin, el agua. La burguesía aspira, por lo menos, a detener la historia, pues sabe que el movimiento iniciado, o acelerado, por ella misma la condena. La izquierda debe lograr que la historia reinicie su marcha en la dirección apuntada por la misma burguesía. ¡Y puede hacerlo más eficazmente usando ciertas partes de la misma ideología burguesa! Si en nombre de la democracia se fuerza a la burguesía a desarrollarla, si esto se hace sin recurrir a las ideologías demonizadas por la burguesía ante la opinión pública (gracias al control ideológico que ostenta a través sobre todo de los medios de comunicación de masas), es decir, si se desarma ideológicamente a la burguesía por reclamarle lo que en teoría ella defiende, por imposibilitar, o dificultar, el uso de los prejuicios que ha impregnado en las mentes de la mayoría de los ciudadanos, entonces la historia vuelve a ponerse en marcha. La burguesía accedió a su dominio de la sociedad en nombre de la democracia, en su nombre la vacía de contenido, contradiciendo lo proclamado con lo realizado, impidiendo tomar sencillas y concretas medidas que pudieran resolver dichas contradicciones, y en nombre de la democracia, la burguesía será despojada de su control artificial, por la fuerza, de la sociedad. Al desarrollarse la democracia, tarde o pronto, tal vez no muy tarde, el socialismo entrará en la agenda política, pues la extensión de los métodos democráticos a la economía es sencillamente lo que llamamos socialismo. El desarrollo de la democracia equivale al desarrollo del socialismo. La democracia es la que puede hacer superar la sociedad capitalista, la sociedad clasista en general. Por esto la actual clase dominante ha detenido la historia. Por esto la contiene, como la presa contiene el agua. Por esto prefiere la barbarie a la civilización, es decir, a la evolución. La sociedad humana *tiende* hacia el socialismo, pero tiene el serio riesgo de quedarse en el camino porque la actual clase dominante antepone sus intereses particulares, como no podía ser de otra manera en cualquier minoría opulenta dominante, a los intereses generales de toda la humanidad. ¡No podemos permitir que dichas minorías nos roben el futuro, paren la evolución, o nos condenen irremisiblemente a un solo futuro posible, o lo que es peor, a ningún futuro! En cuanto la mayoría se conciencie definitivamente y pase a la acción, la

sociedad capitalista empezará a extinguirse, pero sin extinguirse también la propia humanidad.

Decimos que la sociedad humana *tiende* hacia el socialismo, pero esto no significa, ni mucho menos, que el socialismo vaya a sustituir de manera *automática*, certera, al capitalismo. Como dice György Lukács: *Es verdad que una revolución proletaria también sería inconcebible, si sus condiciones y presupuestos económicos no se hubieran producido ya en el seno de la sociedad capitalista por la evolución de la producción capitalista. Pero la diferencia enorme entre los dos tipos de evolución (feudalismo a capitalismo, capitalismo a socialismo) reside en que el capitalismo se ha desarrollado ya, como modo económico, en el interior del feudalismo, destruyéndolo, mientras que sería una utopía fantástica imaginarse que en el interior del capitalismo puede desarrollarse en dirección del socialismo otra cosa que, de una parte, las condiciones económicas objetivas de su posibilidad, que no pueden ser transformadas en elementos reales del modo de producción socialista sino después de la caída y como consecuencia de la caída del capitalismo, y de otra parte el desarrollo del proletariado como clase.* En el capitalismo existe cierta *tendencia* hacia el socialismo, pero también existen ciertas tendencias en contra del socialismo. El futuro que se nos aparece en el horizonte parece bifurcarse en dos opciones muy claras: socialismo o barbarie, es decir, capitalismo cada vez más agresivo. Incluso existe una tercera opción que ya no puede despreciarse: la autoextinción de la especie humana. El futuro de la humanidad no es certero, depende también de la propia humanidad.

El marxismo, es decir, el materialismo dialéctico, establece las bases más sólidas del socialismo científico, de la toma consciente por parte de la humanidad del control de su destino. Es ante todo, como sus mismos autores dijeron, una guía para la acción revolucionaria, no es un dogma intocable, ni eterno. Quienes renuncian a la acción, a la revolución social, renuncian a la razón de ser del marxismo. Pero dicha guía debe ser perfeccionada, dichas bases deben ser enriquecidas, adaptadas a los tiempos y sobre todo despojadas de errores. El principal gran error del marxismo fue el concepto de la dictadura del proletariado, el cual se convirtió en su talón de Aquiles. El problema en la teoría revolucionaria no fue el propio planteamiento de la dictadura del proletariado, pues la resistencia de la burguesía a perder el control social no puede obviarse, el acceso al poder político del proletariado es un prerrequisito para superar la sociedad burguesa, el problema no consistió en plantear la necesidad de superar el Estado burgués, pues en él el proletariado no puede ejercer la hegemonía que le corresponde, pues en él la mayoría no puede gobernar, pues en él el *gobierno del pueblo* sigue siendo una utopía, el problema consistió en *cómo* se planteó el concepto de la dictadura del proletariado, en la solución presentada y en la manera de presentarla. En plantear la necesidad de un Estado *obrero* como sustituto del *burgués*, pero en esencia igual, y en las palabras usadas para plantearlo (en la palabra “dictadura”), en su ambigüedad, la cual dio pie a peligrosas interpretaciones, en la insuficiencia teórica para explicar cómo vencer la resistencia inicial burguesa pero también cómo impedir que surgiera el burocratismo, cómo impedir que ciertas medidas represivas *temporales* se convirtieran en *permanentes*, cómo impedir que el estado de *excepción* se convirtiera en *regla*, cómo impedir que la élite revolucionaria suplantara al proletariado. En el presente libro su autor ha intentado dar sus respuestas. Si éstas no son correctas o son poco convincentes, sobre todo si no son avaladas por la

experiencia práctica, entonces habrá que desecharlas. ¡Pero el problema sigue ahí! Lo que no se puede hacer es mirar para otro lado. La conquista del poder es ineludible. El proletariado debe conquistar el Estado burgués y transformarlo radicalmente. Quien aspira al socialismo, o a cualquier sistema que satisfaga el interés del conjunto de la sociedad, quien aspira a superar el capitalismo, no puede hacer la vista gorda ante estos problemas: cómo vencer la resistencia burguesa a perder el poder, y, no menos importante, cómo impedir que la burguesía sea sustituida por otra élite que imposibilite el avance hacia el socialismo o hacia cualquier sistema alternativo. No se trata sólo de *iniciar* el camino hacia el socialismo (para lo cual es imprescindible despejar el camino de obstáculos), se trata también de *seguir avanzando*, sin detenerse, en la dirección correcta (para lo cual habrá que usar el vehículo adecuado, que, en mi opinión, como ya he razonado extensamente en el presente trabajo así como en otros, no puede ser otro que la auténtica democracia). Se trata sobre todo de tomar las riendas del destino, de que la humanidad, en conjunto, elija su propio destino en base al interés general y no en base a intereses particulares. ¡La experiencia práctica es la mejor fuente de conocimientos! ¡No podemos olvidarnos del pasado sin aprender de él! ¡Se admiten ideas! Si el lector cree que tiene mejores ideas que las aquí expresadas, ¡que las comparta con el resto de ciudadanos, por favor! Y si cree que las aquí expuestas son correctas, o por lo menos interesantes, que pueden aportar algo, ¡que las divulgue, por favor!

Todos los ciudadanos corrientes debemos ir implicándonos activamente en la construcción de una sociedad mejor. En la medida de nuestras posibilidades, que no son nulas, que, al contrario, son ahora mayores gracias a Internet. Sólo así, a medida que los ciudadanos de a pie vayamos asumiendo más protagonismo, lograremos un sistema político, económico, social, al servicio del interés general. La democracia no se nos otorgará. La libertad nunca es regalada, es conquistada. Ningún avance social se logró sin luchar. Podrán cambiar las formas de lucha, pero no el propio hecho de que las élites dominantes nunca renuncian por su propia voluntad a dicho dominio, a sus privilegios. Debemos luchar por una sociedad donde todos tengan los mismos derechos, donde nadie tenga privilegios. Aun siendo conscientes de que la perfección es imposible, debemos aspirar a ella, a acercarnos todo lo posible a ella. Nunca alcanzaremos un sistema al servicio del interés general si dejamos su construcción exclusivamente en manos de cualquier élite. ¡Debemos empezar por las ideas! Pues sin teoría revolucionaria no hay práctica revolucionaria. ¡Pero también deberemos pasar a la acción! Este extenso pero modesto libro, junto con mis otros libros y artículos a los cuales remito, pretende que pasemos a la acción, pero sabiendo primero *cómo* hacerlo, hacia *dónde* dirigirnos. Avanzar es moverse hacia delante. Primero debemos saber cómo movernos y la dirección a tomar. Afortunadamente, no partimos de cero, debemos reconsiderar la experiencia revolucionaria del pasado, pero de manera *crítica* para aprender de ella. No se trata de reinventar la rueda, nada más lejos de las intenciones de quien escribe estas líneas, se trata de perfeccionarla, de usar el mismo método que la posibilitó para mejorarla. Y ese método no puede ser otro que el científico, sustentado en la libertad más amplia y profunda, empezando por la libertad de pensamiento y de expresión. El gran objetivo a largo plazo es la emancipación del individuo y de la sociedad, pero dicha emancipación sólo puede alcanzarse si se la practica cada vez más. El fin no justifica los medios. Éstos determinan aquél. Sin los medios adecuados no es posible alcanzar el fin, ni siquiera

acercarse a él, hacer el viaje de la emancipación. Como la experiencia práctica nos ha demostrado contundentemente. La conquista final sólo se alcanzará alcanzando de camino conquistas parciales, para lo cual habrá que hacer camino, para lo cual habrá que usar el vehículo adecuado y dirigirlo en la dirección correcta. Se hace camino al andar, pero también hay que proveerse de una brújula y de unas botas adecuadas. El horizonte es muy claro: una sociedad más justa, más libre, más civilizada. El vehículo a emplear, para quien escribe estas líneas, espero que también ahora para quien las lee, también es muy claro: la democracia. ¡Pongámonos en marcha! ¡Empecemos por concienciarnos y por concienciar a nuestro alrededor! ¡Aportemos cada uno nuestro granito de arena!

El paso del capitalismo al socialismo, con rumbo al comunismo, el verdadero, no el esperpento que hemos conocido en el siglo XX, es mucho más difícil que el paso del feudalismo al capitalismo. En general, la transición de una sociedad clasista a otra sociedad no clasista es mucho más ambiciosa, y por tanto compleja, que la de una sociedad clasista a otra sociedad clasista. Aquella transición no puede hacerse de la misma manera que ésta. La dictadura del proletariado es, en este sentido, ineficaz, pues no posibilita dicha transición. Responde al segundo tipo de transición: de una sociedad clasista a otra sociedad también clasista. No basta con sustituir el dominio de una clase por el de otra clase para superar la sociedad clasista. Así no se cambia el guión de la historia. El proletariado necesita, entre otras cosas, una transformación más radical del sistema político. Necesita la auténtica democracia, y no otro tipo de dictadura. Necesita una nueva concepción del Estado, y no la imagen especular de la preexistente. Esto ya lo dijeron los propios padres del marxismo. La cuestión fundamental residía, reside, en el *cómo*. En *cómo* debe ser el Estado político para posibilitar la transición del modo de producción capitalista al modo de producción socialista. En el *cómo* es donde yo creo que Marx, Engels y muchos de sus discípulos se equivocaron. En la formulación (escasa) del concepto de la dictadura del proletariado, además, de en su envoltura lingüística, lo cual le facilitó sobremanera las cosas a la burguesía en la guerra ideológica.

Por un lado hace falta una transición, sin la cual es imposible “conectar” el futuro con el presente. Pero, por otro lado, hace falta también que dicha transición reciba un impulso suficiente, que se produzca un salto, una conversión de la cantidad en calidad, sin la cual no puede superarse el presente, sin la cual seguimos presos del presente y del pasado. El anarquismo falló, falla, por olvidarse de la necesaria e inevitable transición. El reformismo falló, falla, por confiar en exceso en el propio sistema burgués para superarlo, sistema que está diseñado para perpetuar todo lo posible la sociedad burguesa. Y el marxismo falló, por un lado, en no concretar suficientemente *cómo* debía hacerse la transición y, por otro lado, en no propiciar un salto *suficiente*, una mínima *ruptura* con la sociedad burguesa. Y no lo hizo al postular o insinuar un Estado demasiado parecido, en su esencia, al burgués, a pesar de proclamar la necesidad de transformarlo. No sólo se necesita cierta ruptura con la sociedad clasista que se pretende superar, sino que también, y no menos importante, se necesita identificar con *qué* debe, o puede, romperse y con *qué* no. El marxismo, o ciertas interpretaciones del mismo, fallaron también en identificar aquellas cosas de la sociedad burguesa con las que había que romper, y aquellas cosas con las que no debía o no podía romperse. Renunció a ciertas concepciones burguesas,

precisamente a aquellas que posibilitarían su superación, desde sus mismas entrañas, como, por ejemplo, la aspiración a un Estado neutral, renunció al desarrollo eficaz de muchos postulados de la democracia liberal, como la libertad y la igualdad, en general aplicadas a *todos* los individuos de la sociedad. En la misma sociedad burguesa existe el germen de su destrucción, se trata de regarlo adecuadamente. Si así se hace, entonces la transición sí es posible, por basarnos en lo que ya existe, en ciertas cosas preexistentes, pero al romper con otras y al desarrollar otras suficientemente se produce también el deseado, el imprescindible salto. No se trataba de partir de cero, sino de aprovechar lo que ya existía que pudiera posibilitar el salto y añadirle otras cosas. Se trataba, se trata, de desarrollar la democracia *representativa* (ineludible en sociedades formadas por millones y millones de individuos) y de complementarla con la democracia *directa* en los ámbitos locales. **Se trataba, se trata, de desarrollar la democracia y de expandirla por todos los rincones de la sociedad humana, especialmente la economía.**

Sin embargo, no debemos perder de vista el gran objetivo a largo plazo: la libertad, la emancipación de la sociedad, de cada individuo. Como decía Bakunin: *La emancipación real y completa de cada individuo humano es el verdadero, el gran objeto, el fin supremo de la historia.*

La mayor parte de la gente se comporta como ovejas que se dejan llevar. En ello influye la formación, pero ésta tampoco es un factor determinante. La clave está en la conciencia de clase. Cuando triunfa la falsa conciencia o la inconciencia, además de la apatía o la comodidad, las masas no se mueven, o sólo se mueven al son del pastor. O, en todo caso, se mueven sin rumbo, espontáneamente, cuando la necesidad aprieta. Esto lo sabe muy bien quien trabaja para la gente. Cualquier sindicalista, cualquier político, cualquier periodista, cualquier profesor, cualquier artista,... Tener fe ciega en el espontaneísmo de las masas es despreciar el hecho de que la sociedad, nos guste o no, que no nos gusta, se comporta como un rebaño que se deja llevar. Para que el rebaño se rebele, para transformarlo, para disolverlo, hay que luchar contra el pastor, las ovejas negras deben concienciar, agitar, a las ovejas blancas. Las ovejas deben organizarse contra el pastor. Pero no son las ovejas blancas las que espontáneamente se van a concienciar y luchar, son las ovejas negras las que las van a hacer despertar, por lo menos las que las van a hacer rebelarse contra el pastor, las que las van a hacer cambiar de bando. Las ovejas blancas sólo pueden, por ahora, estar en cierto bando, sólo saben, prefieren, dejarse llevar. Las ovejas negras deben reclutarlas para que se dejen llevar por ellas y no por el pastor. Muchas ovejas blancas, la mayoría, de hecho, querrían seguir siendo ovejas, querrían seguir dormidas. Pero los acontecimientos, poco a poco, junto con la labor de las ovejas negras, las van despertando.

El tiempo corre. Tal vez, el tiempo para que la mayor parte de las ovejas se vuelvan negras es mayor que el tiempo que le queda al rebaño entero para acabar en el matadero. Las ovejas negras deben concienciar a sus compañeras de que el pastor las quiere llevar al matadero. Pero no sólo esto. Las ovejas negras deben ir más allá e intentar organizarse como vanguardia, asumiendo lo que son. Si las ovejas blancas no despiertan por sí mismas, si no van a dejar de comportarse como ovejas blancas de la noche a la mañana, ¿cómo van a luchar contra el pastor si no las dirigen las negras, si éstas no se comportan *en parte* como su nuevo pastor?, ¿cómo luchar contra el pastor

y su ejército de perros guardianes si las ovejas no se organizan, si no se unen?, ¿cómo va a luchar cada oveja negra por su cuenta frente al pastor y sus perros?

Las ovejas negras deben unirse y reclutar al resto de ovejas, procurando también que éstas dejen de ser blancas. Pero por lo menos deben reclutar a las ovejas blancas, al mayor número posible. Aunque aún se comporten como ovejas blancas, por lo menos estarán del lado que puede posibilitarles la emancipación. Las ovejas negras pueden ayudarlas a emanciparse, el pastor siempre las alienará porque le va en ello su supervivencia como pastor, su statu quo. Sólo así, organizándose en torno a las ovejas negras, tiene alguna opción el rebaño de vencer al pastor. Sólo así, una vez vencido el pastor, puede intentarse una sociedad sin ovejas ni pastores. El rebaño no se disolverá por arte de magia. Se extinguirá cuando las ovejas, primero venzan al pastor actual, y segundo, experimenten con total libertad métodos organizativos alternativos para tener varios pastores que sean las propias ovejas turnándose y de tal manera que deban responder de manera eficaz ante el resto de las ovejas. Sólo será posible disolver el rebaño al cabo del tiempo, si es que es posible, cuando las ovejas hayan aprendido a dejar de comportarse como tales, para lo cual, lo primero es vencer al actual pastor que de ninguna de las maneras desea dejar su puesto, que, de todas las maneras posibles, incita a las ovejas a comportarse como tales cada vez más. Por ahora, las ovejas blancas deben dejarse llevar por las negras, mientras ellas no aprendan a dejar de ser ovejas blancas. Por ahora, las ovejas negras deben adoptar ciertas tácticas del pastor para contrarrestarlas. Pero deben hacerlo de tal manera que ellas no se conviertan en el nuevo pastor. No luchar contra el pastor, en parte, a su manera, asumiendo ciertas maneras de él, condena la lucha al fracaso a corto plazo, impide iniciar el camino de la emancipación social, o la pospone indefinidamente, peligrosamente. No renunciar, por lo menos en parte, a los métodos del pastor, usar sus métodos exactamente igual, condena al rebaño a seguir siéndolo, convierte en espuria toda la lucha anterior, sólo consigue sustituir unos pastores por otros, nos devuelve al inicio del camino emprendido.

Las ovejas negras deben organizarse y concienciar a sus compañeras cuanto antes. Deben hacerlas ver la esencia del problema de fondo. Que todas ellas, a pesar de ciertas diferencias superficiales, aparentes, son ovejas, que existen dos clases principales en su sociedad: los dominantes, el pastor, y los dominados, las ovejas. Deben concienciarlas de su carácter de clase dominada. Deben concienciarlas de su fuerza: ellas son la inmensa mayoría, sin ellas el pastor no tiene nada que hacer, si se unen el pastor y sus perros guardianes no pueden hacer nada. Si logran que las ovejas blancas se conviertan en negras mejor que mejor, si no, por lo menos que estén de su lado. En cualquier caso, las ovejas negras sí pueden vigilarse entre ellas, controlarse mutuamente, para que ninguna de ellas pueda convertirse en el nuevo pastor. La clave reside en que las ovejas negras se organicen de tal manera que sea posible luchar contra el pastor actual pero al mismo tiempo que sea muy difícil que surja un nuevo pastor. Sus métodos de organización tendrán ese doble objetivo. Deberán mezclar algunas características de los métodos antiguos del pastor con nuevas maneras. Deben organizarse para preparar la rebelión y para sustituir el orden impuesto por el pastor por otro verdaderamente alternativo. Las ovejas deben gradualmente ir aboliendo el rebaño aprendiendo a dejar de comportarse como tales. Al organizarse, aunque al principio con métodos parecidos a los del pastor, ya

empiezan a poner la primera piedra para transformar el rebaño. Si la mayor parte de ovejas acaba organizándose alrededor de las ovejas negras, si éstas van progresivamente dejando de comportarse como las dirigentes, si enseñan a las blancas a tener iniciativa, a responsabilizarse, el rebaño poco a poco se va disolviendo. Pero lo primero, es expulsar al pastor, al mismo tiempo que evitar que las ovejas negras se conviertan en un nuevo pastor parecido al anterior.

¿La sociedad humana actual es más rebaño que hace un siglo o no? ¿Tenemos suficiente tiempo para esperar a que los ciudadanos nos despertemos todos *espontáneamente*? ¿Despertaremos a tiempo para evitar que el capitalismo arrastre a toda la sociedad humana y su hábitat al abismo? ¿Podemos arriesgarnos a esperar el despertar *espontáneo* del rebaño? ¿Las ovejas negras deben arriesgarse a sustituir en parte al pastor, con el consiguiente riesgo de comportarse como él, o deben esperar y conformarse con decir a las ovejas blancas que el rebaño debe disolverse?

Mientras el actual pastor esté en su puesto, mientras la mayor parte de ovejas le sigan, no hay nada que hacer. El pastor se hace cada vez más fuerte y las ovejas lejos de dejar poco a poco de serlo, al contrario, lo son cada vez más. Sólo puede combatirse esta tendencia provocada por el pastor con otra tendencia provocada por las ovejas negras. Éstas deben contrarrestar la nefasta y potente influencia del pastor. Si dejan a las ovejas blancas que se rebelen espontáneamente, el pastor las domina cada vez más, la rebelión se aleja más y más, o si surge, no se transforma en revolución. Las ovejas negras no tienen más remedio que dar un empujón a sus compañeras, que ser activas, que implicarse, por su propio bien, pues ellas pertenecen también al rebaño y éste se encamina al matadero. La mala influencia del pastor sólo puede ser combatida con la influencia de las ovejas negras. Una influencia sólo puede ser combatida con otra, no con la ausencia de influencia. Las ovejas son muy influenciables, por esto son ovejas. Dejar que el pastor las influencie solo es permitir que sean cada vez más ovejas. El pastor es el dueño de la situación, tiene sus perros guardianes, cuenta con todos los medios a su favor, incluso con la tradición, controla el presente y por tanto el pasado y el futuro, pero las ovejas negras cuentan con la verdad, con la razón, con la ética, con los hechos. El pastor recurrirá a la fe, a la razón de la fuerza, al pensamiento único impuesto con todos los medios de los que dispone, huirá del enfrentamiento ideológico, disfrazará la religión de falsa ciencia. Las ovejas negras, por el contrario, recurrirán a la fuerza de la razón, al pensamiento crítico y libre, al contraste entre las ideas y entre éstas y la realidad, a la verdadera ciencia. El pastor vive de las mentiras. Las ovejas negras persiguen y propagan la verdad. El pastor no contrasta sus “verdades” porque es consciente de que no lo son. Las ovejas negras persiguen fervientemente contrastar sus verdades porque saben que lo son, porque desean profundizar, porque quieren saber la verdad y difundirla. El pastor practica la soberbia para imponer sus verdades, las ovejas negras la humildad. El pastor recurrirá a su autoridad intelectual como forma de convencer de sus verdades, pero no permitirá que éstas puedan ser contrastadas con sus radicales oponentes. Las ovejas negras, al contrario, rechazarán cualquier autoridad intelectual y apelarán al enfrentamiento igual y desnudo entre las ideas, como única forma de saber cuáles son ciertas y cuáles no.

Los acontecimientos también les ayudan a las ovejas a concienciarse, por lo menos de la necesidad de cambiar. Pero el pastor se encarga de que las ovejas, aunque se

desesperen, no vean salidas. Cuando el rebaño se desmadra el pastor recurre a sus perros para restablecer el orden. Las ovejas negras deben concienciar a sus compañeras de que no sólo otro sistema es necesario, sino que posible. Las ovejas negras no sólo deben despertar a las blancas sino que deben canalizar el despertar espontáneo de algunas blancas. No sólo deben forzar la situación sino que deben encauzarla cuando cambie al margen de ellas. Porque las ovejas blancas también pueden despertar por sí mismas, por lo menos algunas de ellas. Pero las ovejas que despierten deben también contribuir activamente a despertar a otras, ese despertar debe servir también para unirse a las que ya están despiertas, a las negras. Ese despertar debe profundizarse, complementarse con la acción y la organización. En cualquier caso las ovejas negras no deben desdeñar la posibilidad de un despertar espontáneo, pero tampoco deben tener fe ciega y absoluta en él, no pueden depender de él, deben intentar forzar la situación y preparar el terreno para la revolución, para aprovechar la ocasión en que las ovejas blancas, intuyendo que se acercan al matadero, intuyendo que el pastor es un mal pastor, se rebelen, o lo intenten.

Contra la nefasta influencia del pastor no vale confiar ciegamente en el espontaneísmo, porque éste desprecia o infravalora al pastor, porque no considera el estado actual del rebaño, porque se olvida del principal problema: las ovejas son ovejas porque se dejan llevar y hay un pastor que las dirige a todas horas desde hace mucho tiempo. La única manera de salvar a las ovejas es en primer lugar dirigir las *temporalmente* en dirección contraria al matadero, oponiéndose a la influencia del pastor, y posteriormente enseñarlas a no ser dirigidas. Sin embargo, las ovejas negras no pueden, no deben, dirigir a sus hermanas las blancas de la misma manera en que lo hace el pastor. La única manera que tienen las ovejas negras de ganarse la confianza de sus compañeras las ovejas blancas, y de evitar convertirse ellas mismas en su enemigo, el pastor, es diferenciándose del pastor radicalmente por algunos de sus métodos. Ellas, a diferencia del pastor, les dirán a sus compañeras blancas que no confíen en nadie, ni siquiera en ellas mismas, las negras. Ellas, a diferencia del pastor, les incitarán a contrastar todo lo posible, a cuestionar todo, incluso lo que ellas digan. Ellas buscan la verdad, al contrario que el pastor. Deben comportarse por consiguiente de manera radicalmente opuesta en algunos aspectos. Las ovejas blancas no deben reconocer en las ovejas negras otros pastores que hacen la competencia al actual pastor. Deben verlas como compañeras suyas que simplemente han logrado mayor nivel de conciencia, que luchan contra la *figura* del pastor, y no tanto contra *quién* ocupa actualmente su puesto. Esperar a que las ovejas se rebelen por sí mismas, sin darlas ningún empujón, es dejar que el pastor las lleve al matadero. Son ovejas, no hay que olvidarlo. Sólo pueden dejar de serlo *potencialmente*. Su mutación debe ser catalizada por un factor externo. Ese factor externo puede provenir de las circunstancias, las ovejas blancas pueden en determinado momento convertirse en ovejas negras. Pero como el pastor no deja de influenciar, las circunstancias por sí solas son insuficientes. Los factores objetivos (estallido de las contradicciones sociales, necesidad real de cambios) deben ser acompañados de factores subjetivos (conciencia y estrategia). Además, el tiempo apremia, las ovejas negras deben acelerar la evolución de los acontecimientos, incluso deben aspirar a generarlos. Las ovejas que, por el motivo que sea, ya iniciaron esa mutación, que dejaron de ser blancas para ser negras, deben colaborar activamente para que el rebaño se salve. Casi la única esperanza reside en lo que hagan las ovejas negras. Si éstas se quedan

de brazos cruzados, si se conforman con decir que el rebaño hay que abolirlo sin pasar a la acción, los acontecimientos se precipitan por derroteros muy peligrosos. Confiar en el espontaneísmo de las ovejas blancas cuando el pastor domina cada vez más la situación y se acerca al matadero es hacerse el harakiri, es tirar la toalla, es, como mínimo, arriesgar mucho. ¡Las ovejas negras debemos actuar!

El pastor busca dominar. Las ovejas negras buscan la liberación de todo el rebaño. Ellas deben luchar contra la actual dominación y al mismo tiempo deben evitar que surja otro tipo de dominación. Deben influenciar al resto de las ovejas, para contrarrestar la influencia del pastor, pero sin llegar a dominarlas, para no transformarse en el nuevo pastor. Influencia contra dominio. ¿Cómo lograrlo? Influenciando y al mismo tiempo liberando, por lo menos en cierto grado, del dominio actual. Las ovejas negras deben incitar a la rebelión frente al viejo orden, pero también a la construcción de un nuevo orden. Con las armas de la razón y la verdad, junto con los métodos libres de toda sospecha, y mucha paciencia y tesón, es posible convencer a las ovejas blancas. Si no es posible que las ovejas blancas dejen de ser blancas de forma inmediata, por lo menos es posible lograr que no sean tan blancas, que ellas aprendan a desconfiar, a no dejarse dominar por completo. Una vez delatado el pastor, el dominio de éste sucumbirá rápidamente, pero ahora el peligro estará sobre todo del lado de las ovejas negras, de que ellas sientan la tentación de aumentar su influencia hasta convertirse en dominio también. Las ovejas negras deben advertir al conjunto del rebaño del peligro, del viejo (pues el pastor intentará recuperar su puesto), y del nuevo (pues las ovejas negras se pueden convertir en el nuevo pastor). Las ovejas negras deben hacer participar todo lo posible en la revolución a todas las ovejas para evitar o contrarrestar ambos peligros. Ninguna oveja negra debe tener el monopolio de la revolución, pues dicho monopolio es el pasaporte para convertirse en el nuevo pastor, para sustituir el viejo orden por otro similar, o incluso peor. La clave reside en cómo se *organicen* las ovejas, en que su organización posibilite la expulsión del actual pastor, pero también impida su sustitución por otro pastor similar.

Las ovejas negras, como vanguardia que son, deben estar preparadas para el despertar masivo del rebaño, pero deben también promocionarlo activamente. Deben estar a la cabeza de la rebelión para llevarla al éxito, al despido del pastor y a la transformación radical del rebaño, y no a la cola para no suponer un lastre. La vanguardia debe facilitar y forzar el avance y no convertirse en un obstáculo. Es una vanguardia y no una retaguardia. Debe comportarse como tal. Pero en ningún caso debe comportarse como un pastor, por lo menos como el antiguo pastor, ni siquiera temporalmente, porque si no corre un serio peligro de convertirse en el nuevo pastor, en un calco del antiguo. No sirve de nada, o sirve de muy poco, expulsar al pastor actual para sustituirlo por otro similar. El objetivo primario y esencial de la revolución es que no haya pastores, o, como mínimo, que los nuevos pastores lo sean mucho menos para progresivamente dejar de serlos completamente. La razón de ser de la revolución es que el rebaño se organice de otra manera para cambiar globalmente y profundamente. Con un nuevo pastor que se comporte igual o peor que el antiguo, el rebaño no puede abolirse, ni siquiera transformarse. El problema de fondo es que hay pastor y ovejas. El rebaño existe porque hay pastor y ovejas. El rebaño se perpetúa si sigue habiendo pastor y sigue habiendo ovejas.

La reforma propugnada por el pastor o sus perros guardianes busca tan sólo suavizar las contradicciones del rebaño, busca perpetuarlo, mejorándolo. La reforma sólo quiere que las ovejas se sientan un poco mejor, pero no que dejen de ser ovejas. La reforma es una concesión del pastor para perpetuar el rebaño, para que éste sobreviva. Cuando el peligro de la revolución desaparezca el pastor deshará la reforma. El pastor y sus lacayos no propugnan reforma cuando no hay peligro revolucionario. Las ovejas negras deben hacer ver a sus hermanas las contradicciones del pastor, deben ponerlo en evidencia frente a todo el rebaño. Mientras el rebaño siga siendo rebaño, los problemas de fondo seguirán vigentes. La reforma sólo busca que las ovejas pasten mejor, pero no combate la idea de que el pastor las domine y las quiera llevar al matadero, no lucha contra el hecho de que el destino de las ovejas esté en manos del pastor, no libera a las ovejas, simplemente amortigua sus cadenas. La reforma sólo busca que los esclavos se sientan menos esclavos, no que dejen de serlo. Las ovejas negras deben convencer a todas las ovejas de la necesidad de la revolución. La reforma debe ser vista, en todo caso, como un paso intermedio, como una manera gradual de hacer la revolución. La reforma puede ser un modo de avanzar cuando se está parado, pero también puede ser un modo de ralentizar o evitar el avance existente. Las ovejas negras usarán la reforma según sus intereses y circunstancias para facilitar o posibilitar la revolución. Cuando el rebaño esté paralizado o en retroceso, la reforma será útil a la revolución. Pero cuando esté en movimiento, cuando se aleje del matadero, la reforma será peligrosa porque puede frenar el avance. La revolución busca transformar el rebaño para que desaparezca, para que las ovejas no vayan al matadero, para que sean libres y puedan sobrevivir. El rebaño no puede desaparecer si sigue habiendo un pastor, con los mismos o parecidos métodos que el antiguo pastor. En cualquier caso, reforma o revolución, las ovejas deben proveerse de las herramientas necesarias para garantizar el avance continuo, para evitar las paradas o los retrocesos, para evitar que la reforma sea una trampa, para alejar el fantasma de la involución. Esas herramientas constituyen la manera de organizarse: la democracia política. Esas herramientas deben ser diseñadas y construidas prioritariamente para que las ovejas negras se organicen y tras el triunfo de la revolución política, tras la expulsión del pastor, para organizar a todo el rebaño de manera diferente a cómo lo organizaba el antiguo pastor, para garantizar en primer lugar que el control lo tenga el rebaño entero. Sólo así podrá constituirse un nuevo orden, podrán hacerse las transformaciones sociales y económicas.

La diferencia entre el nuevo pastor y las ovejas debe disminuir de golpe de manera importante al expulsar al antiguo pastor y debe seguir disminuyendo continuamente en el tiempo. Sólo así podrá lograrse en determinado momento que el rebaño deje de serlo. Las ovejas negras deben dirigir *temporalmente* la sociedad con el protagonismo absoluto de *todas* las ovejas. El nuevo pastor, aun siendo temporalmente necesario, inevitable (pues no todas las ovejas podrán aprender a dejar de comportarse como tales de la noche a la mañana), debe diferenciarse claramente del anterior, por sus discursos, por sus actos, por su manera de hacer las cosas, a todos los niveles, a todas las escalas. El nuevo pastor es muy poco pastor, lo mínimo necesario. Es un pequeño mal necesario y temporal. Procura despertar a todas las ovejas para que asuman su destino. Procura que las ovejas conozcan el destino a que les condenaba el viejo pastor. El nuevo pastor se convierte en el *servidor* del rebaño, al contrario que

el antiguo que era su *dueño*. El nuevo pastor debe responder ante todas las ovejas, porque al triunfar la revolución se cambian las reglas del juego, se obliga a que cualquier pastor actúe en beneficio de todo el rebaño, por lo menos de la mayoría, se garantiza que así sea, que todas las ovejas sean quienes controlen la situación. El objetivo último de la revolución es que las ovejas se conviertan en seres humanos, en el completo sentido de la palabra, es que los niños se conviertan en adultos, asumiendo sus propias responsabilidades, su destino.

Este símil con el rebaño de ovejas, como cualquier símil, debe tomarse con mucha prudencia. Al fin y al cabo los seres humanos no somos ovejas. El símil nos vale porque en algunos aspectos, demasiados tal vez, nos comportamos como ovejas. El símil nos vale como una forma de explicar el comportamiento de la sociedad humana, como una manera de acercarnos a la verdad de nuestras sociedades. En suma, esto no es más que un *modelo* que simplifica la realidad pero que nos ayuda a explicarla de manera más asequible. La cuestión radica en saber cuánto se separa ese modelo de la realidad. A mi modo de ver, por cuanto observo a mi alrededor, desgraciadamente, la comparación de la sociedad humana con un rebaño de ovejas es bastante válida. ¡Debemos aspirar a una sociedad humana, en todos sus aspectos! De todos nosotros depende. Sobre todo de las ovejas negras.

Notas finales:

Mientras estaba escribiendo este libro, como ya mencioné brevemente en él en determinados momentos, empezó en España en mayo de 2011 lo que se dio a conocer a nivel mundial como la #SpanishRevolution. En esta revolución, el clásico dilema Reforma vs. Revolución, tal como escribía yo en este libro antes de que surgiera dicho acontecimiento, tiende a superarse. El pueblo español, su vanguardia más consciente, debido a su especial situación (que ya expliqué en su día en mi libro *La causa republicana*, escrito un año antes de que el movimiento 15-M empezara a andar en España), ha comprendido que la clave está en la democracia. La revolución española del siglo XXI nace con el lema “¡Democracia real, ya!”. Esta revolución, no reconocida como tal por mucha gente, incluso de la izquierda más combativa (pues sigue presa de sus rígidos y anticuados esquemas revolucionarios, pues sigue presa de sus dogmas), se caracteriza fundamentalmente por ser: horizontal (liderazgos mínimos, apenas visibles), “digital” (Internet ha desempeñado un papel fundamental para que las masas se conciencien, se informen y se organicen), pacífica (no dando así al sistema la ansiada excusa para aplicar su hoja de ruta habitual de represión mediante la violencia física, la cual no ha podido ser, por lo menos hasta el momento de escribir estas líneas, todo lo contundente y masiva que hubiera deseado, a pesar de ciertos episodios puntuales, por muy llamativos que hayan sido, como la represión brutal de los acampados en Barcelona el 27 de mayo), apartidista, que no apolítica (impidiendo así que el sistema haga un uso eficaz de los prejuicios que tanto ha impregnado en las mentes de los ciudadanos).

Independientemente del resultado final de la naciente revolución, el movimiento 15-M muestra el camino a adoptar en las revoluciones del siglo XXI, por lo menos en los países del llamado Primer Mundo. Tanto en cuanto a los objetivos (democracia real)

como en cuanto a las líneas generales de la estrategia a emplear (la renuncia a usar cualquier tipo de signo ideológico preexistente, la renuncia a declararse de tal o cual ideología, la renuncia a constituirse como partido político, la organización desde abajo mediante asambleas populares con democracia directa, el pacifismo, el civismo más ejemplar habido y por haber). Por lo menos, así empieza esta revolución. Siempre existe el peligro, por supuesto, de que el camino emprendido, tan bien emprendido, con una estrategia tan acertada, se extravíe, de que se cometan errores estratégicos que nos hagan perder el rumbo. ¡Pero lo importante es darse cuenta de la posibilidad que se nos ha abierto! La estrategia, en sus líneas maestras, con que ha nacido esta revolución, es la que nos puede posibilitar la conquista de la democracia, y por consiguiente, la transformación real de la sociedad. La revolución española, inspirada en las revoluciones árabes, de Egipto y Túnez fundamentalmente, pero también en la revolución islandesa (silenciada por los grandes medios, pero que gracias a Internet ha podido ser conocida por el resto de Europa), sin embargo, ha aportado ciertas características esenciales: el objetivo es la democracia real, no basta con la formal, la estrategia debe estar libre de ideologías y basarse en la no violencia. No en vano, en Grecia y en Francia (en menor medida), en el momento de escribir estas líneas, ya han empezado a adoptar el modelo de la Spanish Revolution, es decir, el objetivo y la estrategia emprendidos en España. La revolución española empieza a propagarse por el resto del mundo. ¡Hemos descubierto cómo atacar al sistema desde el propio sistema, cómo superar los obstáculos que nos pone la burguesía! El camino no estará libre de obstáculos, pero por lo menos ahora sabemos por *qué* debemos luchar, el destino que debemos alcanzar, y *cómo* hacerlo, cómo recorrer el camino para alcanzarlo. Por supuesto, estas nuevas revoluciones tendrán muchas características en común con las de toda la vida, pero estamos en pleno siglo XXI e, indudablemente, las revoluciones actuales tendrán también sus propias características. Las revoluciones del siglo XXI no serán exactamente iguales a las del siglo XX. Tendrán algunas cosas en común, pero también tendrán algunas peculiaridades inéditas, como no podía ser de otra manera en la época de Internet. Este libro es, sin ir más lejos, producto de esta época en la que cualquier ciudadano corriente, como el que suscribe, puede acceder a todo tipo de ideas, e incluso puede convertirse en escritor, aunque sólo sea en escritor aficionado.

La #SpanishRevolution nos dice claramente que hay que luchar por la democracia, que no hay que hacerlo bajo ninguna bandera (por lo menos preexistente), que el movimiento ciudadano debe desvincularse de cualquier partido político, de cualquier organización, de cualquier ideología (salvo la propia "ideología" democrática), impidiendo así que el sistema pueda combatir ideológicamente mediante sus habituales armas, mediante el uso de los prejuicios que tanto ha trabajado durante tantas décadas. De esta manera se inutiliza, al menos en gran parte, la estrategia ideológica de la burguesía. ¡Defendamos las ideas *concretas* sin etiquetas! Esta revolución es la respuesta práctica al dilema planteado en el presente libro: *¿Reforma o Revolución?* Es la respuesta porque lo realmente importante es la *democracia*, porque suficientes *reformas* democráticas pueden ser *revolucionarias*, porque en la propia democracia liberal burguesa está el germen del exterminio de la misma sociedad burguesa, porque la democracia desatascada, dinámica, cuyo desarrollo se realimenta a sí mismo, en suma, la democracia real, conducirá inexorablemente, con el tiempo, a la transformación radical de la sociedad. De lo que se trata sobre todo,

primeramente, es de construir la *infraestructura* política necesaria, sin la cual es imposible construir una sociedad mejor. En mi artículo *Sin estrategia no hay revolución*, escrito al calor de los acontecimientos de mayo de 2011 en España, indico las líneas generales de la que, a mi modo de ver, y de acuerdo con todos mis escritos, incluido el presente libro, pero superando lo teorizado hasta ahora (la práctica, alimentada por la teoría, a su vez, nos ha dado la solución teórica, ¡esa omnipresente dialéctica!) debe ser la estrategia general de la lucha por la democracia real, por lo menos en los países del Primer Mundo que “disfrutan” de la “democracia” capitalista: una lucha pacífica en la calle, sostenida en el tiempo y alrededor de algún movimiento ciudadano apartidista, sin ataduras ideológicas preexistentes. Esto no quiere decir que la izquierda ya no tenga su papel. ¡Todo lo contrario! La izquierda debe unirse y canalizar políticamente las aspiraciones de dicho movimiento ciudadano. De esta forma las masas se agrupan alrededor de una causa común, libres de prejuicios, pero las masas también empiezan a vislumbrar que existen ciertas organizaciones políticas que recogen sus aspiraciones, y otras no. Así, poco a poco, la ciudadanía redescubrirá la auténtica izquierda, quiénes están a favor del pueblo y quiénes lo engañan, siempre que la izquierda sea capaz de regenerarse y abanderar las aspiraciones democráticas de la ciudadanía, siempre que la izquierda se deshaga de los lastres del pasado, de los errores ideológicos del pasado (que tanto ha explotado la derecha), tal como he intentado yo en el presente libro. Sólo con una democracia *real* la auténtica izquierda tendrá alguna posibilidad de gobernar. Sólo con una democracia *real* será posible transformar la sociedad. Sólo con una democracia *real* será posible la civilización, será posible evitar la barbarie. Sólo con una democracia *real* la humanidad podrá ser dueña de su propio destino, podrá sobrevivir. ¡Pero la democracia *real* habrá que conquistarla, no vendrá sola! ¡Habrá que luchar contra quienes intentan evitarla! ¡Pero, al fin, ya sabemos *cómo* hacerlo!

Sin embargo, toda revolución necesita cierta organización, cierta coordinación, cierto liderazgo. La nueva revolución nos dará nuevas respuestas. Tal vez sea posible establecer un nuevo tipo de liderazgo, mínimo, débil (en cuanto a que no tiene casi nombres y apellidos) pero fuerte (precisamente por no depender de ciertas personas concretas), temporal (donde quienes ejercen ciertas responsabilidades lo hacen transitoriamente), nacido directamente de las propias masas autoorganizadas, controlado en todo momento por ellas. Un liderazgo al servicio de las masas, en vez de al revés. En verdad que en esta revolución, como en toda revolución, ya existe cierto liderazgo, ya hay ciertas personas (más o menos anónimas, más o menos conocidas, inicialmente desconocidas muchas de ellas) que están por delante de las demás intentando organizar a las masas, existen ciertas referencias (o liderazgos, llámese como se quiera) intelectuales. Ciertas personas, famosas y anónimas, intentaron encender la llama de la revolución, despertar las conciencias. Ciertas personas decidieron pasar a la acción e iniciar un movimiento el 15 de mayo de 2011 en España. El liderazgo en esta revolución también ha existido, existe, pero es mínimo, es disperso, no está concentrado en unas pocas personas famosas, y está al margen de las organizaciones políticas o sindicales clásicas, al menos no está estrechamente vinculado a ellas. Si las masas son capaces de organizarse de tal manera que sea posible la coordinación a nivel estatal, de tal manera que quienes ostenten mayores responsabilidades en el proceso revolucionario respondan ante las masas, ante la ciudadanía, entonces la naciente revolución prosperará y posibilitará

cambios sistémicos tanto en España como en el resto del mundo. Tal vez la idea de la Spanish Revolution prospere mejor en otros países. El tiempo dirá. Pero no podemos obviar las experiencias históricas. No podemos despreciar la necesidad de la coordinación, de la unidad de las masas, de que éstas en determinados momentos estén representadas por ciertos líderes o portavoces que, como mínimo, deberán dar a conocer las ideas defendidas por el movimiento revolucionario ante la opinión pública, deberán negociar con los representantes del actual sistema una transición.

Como toda revolución, la Spanish Revolution tiene sus peligros. Y entre ellos está el que la energía espontánea de las masas se desperdicie, por no ser adecuadamente canalizada. La posible originalidad de esta nueva revolución residirá, probablemente, además de en la estrategia utilizada de luchar contra el sistema de manera pacífica y apartidista, sin banderas ideológicas, en el surgimiento de un liderazgo desde las propias masas, pero sometido a ellas. Si esto lo consigue esta nueva revolución, quizás podamos así resolver los problemas planteados en este libro, tal vez, se superen los problemas históricos de toda revolución pasada. En este enorme desafío, sin duda, la tecnología, Internet, tendrá, tiene ya, un papel protagónico, pero no único. Internet puede ser ese factor decisivo que nos permita revolucionar la propia manera de hacer las revoluciones, que nos permita superar los problemas innatos a las revoluciones “clásicas”. Esta revolución nace con algunas características netamente anarquistas (horizontalidad, democracia directa, ausencia de fuertes liderazgos, apartidismo), pero a diferencia del anarquismo, no propugna la abolición del Estado, sino que reclama un Estado realmente democrático. Propugna una sociedad diferente, pero desde el realismo de considerar que para ello se necesita una democracia real, un nuevo sistema político que reforme, más o menos, el actual. Internet puede ayudar a superar las limitaciones clásicas de las revoluciones anarquistas en cuanto a la falta de coordinación de las masas, en cuanto a la falta de unidad en la lucha contra el Estado burgués. La historia juega en contra de las revoluciones anarquistas, que nunca han logrado éxitos a largo plazo. ¡Pero la historia cambia! ¡Las leyes de la sociedad humana, incluidas las leyes de las revoluciones, no son *todas* totalmente inmutables! Tal vez Internet, las enormes posibilidades que propugnan las tecnologías actuales de la comunicación en general, posibiliten superar las limitaciones históricas de las luchas de estilo (aunque no necesariamente fin) anarquistas. Quizás, por fin, las masas puedan autoorganizarse horizontalmente gracias a la tecnología. Pero, por si acaso, tampoco hay que caer en el extremo de confiar plena y ciegamente en la tecnología. La democracia *real* necesita una revolución *real*, es decir, la presencia *real* de gente en las calles, la presión *real* de las masas contra el sistema que desean cambiar, la negociación entre personas *reales* que representen a las masas y personas *reales* que representan al sistema político actual. Las revoluciones *reales* del siglo XXI serán, como siempre, protagonizadas por personas *reales*, aunque ahora puedan contar con una tecnología que posibilite mayor concienciación y coordinación entre las propias masas, aunque la tecnología pueda disminuir la dependencia de ciertos liderazgos personales, aunque la tecnología nos permita generar un nuevo tipo de liderazgos más impersonales, menos concentrados en pocas manos, más sociales, más colectivos.

Las masas pueden organizarse ahora de manera más horizontal. Pero nunca lograremos organizarnos de manera *totalmente* horizontal, pues siempre en

determinados momentos unas pocas personas deberán hablar más que otras, organizar más que otras, hacer o decir por otras. ¡No podemos todos hacer o hablar por igual, pues somos muchos! ¡No podemos reunirnos todos con todos pues ahora la sociedad humana se compone de millones y millones de personas! No podemos eliminar por completo los líderes, los portavoces, los representantes. ¡Pero sí podemos aspirar a minimizarlos, sí podemos aspirar a nuevos tipos de liderazgos! El pasado juega en nuestra contra (la mentalidad de las personas no puede cambiarse bruscamente, de la noche a la mañana), pero el presente, el futuro, la tecnología, sí juegan a nuestro favor. La historia humana, contradictoria como el propio ser humano, por un lado se opone a los cambios, y por otro, los propugna. El sistema político y económico actual, el capitalismo, por un lado propugna el inmovilismo social, o la involución, pero por otro lado, contradictoriamente, no puede evitar que el avance tecnológico, consecuencia directa de ese mismo sistema, pueda usarse para avanzar también socialmente. ¡Ah, la omnipresente dialéctica! Gracias a la dialéctica (materialista), el destino no está *totalmente* escrito, el guión de la historia está abierto, pues sus contradicciones nos generan bifurcaciones en el camino.

En cualquier caso, sea cual sea la forma que adopte el liderazgo en esta revolución, siempre, tanto los líderes, como las propias masas, la ciudadanía en general, deberán ser conscientes de la necesidad de los liderazgos, de la inevitable necesidad de la representación de grandes grupos de personas por unas pocas (por lo menos en ciertos momentos puntuales, pero decisivos), como de sus peligros. El antídoto contra dichos peligros, como ya hemos expresado en este libro, es la propia democracia, el control *permanente* de los líderes por parte de las bases, de los portavoces por sus grupos, de los representantes por los representados. **Sólo mediante la propia democracia será posible alcanzar la democracia.** Sea cual sea la organización alrededor de la cual los ciudadanos canalicen sus ansias y esfuerzos revolucionarios, dicha organización deberá practicar la más amplia y profunda democracia posible, para exportar esa democracia al conjunto de la sociedad, para lograr cambios en el sistema político general encaminados a desarrollar la democracia todo lo posible en *toda* la sociedad, en *todos* sus rincones. Si las masas revolucionarias consiguen organizarse democráticamente de manera eficaz, entonces la democracia será conquistada por la sociedad, entonces la revolución triunfará, no sin una larga y dura lucha popular, pues el poder nunca cede fácilmente sin ofrecer resistencia. Tal vez no se logre esta vez, aunque esperemos que sí, pero en cualquier caso el precedente ya está ahí. Si luchas puedes perder, si no luchas ya estás perdido. Toda lucha es siempre una fuente de conocimientos, pues la experiencia práctica es la *mejor* fuente de conocimientos, aunque no la *única*. Los aciertos y errores de cualquier experiencia revolucionaria particular son patrimonio de la humanidad entera, suponen un paso más en el largo camino de la emancipación humana (social e individual). Siempre que se analicen con el espíritu más libre posible de prejuicios. Sin librepensamiento no hay revolución. Sin combinación dialéctica entre teoría y práctica, entre espontaneísmo y organización, entre líderes y masas, entre factores objetivos y subjetivos, no hay revolución.

Apéndice A: El materialismo dialéctico

El materialismo dialéctico está formado y se ha desarrollado dialécticamente. Henri Lefebvre.

El método dialéctico es el resumen del estudio del desarrollo histórico: la más alta conciencia que el hombre real puede tomar de su formación, de su desarrollo y de su contenido viviente. Henri Lefebvre.

Bajo la forma de teoría general del devenir y de sus leyes, o de teoría del conocimiento, o de lógica concreta, el materialismo dialéctico no puede ser más que un instrumento de investigación y de acción, jamás un dogma. Henri Lefebvre.

La praxis es el punto de partida y el de llegada del materialismo dialéctico. Henri Lefebvre.

El pensamiento dialéctico no ha cesado nunca de desarrollarse y de aparecer bajo nuevos aspectos. Henri Lefebvre.

Marx y Engels, llaman metafísica a la concepción que, frente a los fenómenos de la realidad factual de la naturaleza, de la historia humana y de nuestra propia actividad espiritual, los elabora en conceptos y tesis individuales, y enfrenta dichos conceptos y tesis individuales al mundo como verdades absolutas. Por el contrario, se llama dialéctica a aquella forma de pensar que concibe "al mundo histórico, natural y espiritual" como un "proceso evolutivo", no existiendo ya, por tanto, para ella ninguna verdad absoluta. Karl Korsch.

Se decidió concebir el mundo real -la naturaleza y la historia- tal como se presenta a cualquiera que lo aborde sin quimeras idealistas preconcebidas; se decidió sacrificar implacablemente toda quimera idealista imposible de conciliar con los hechos considerados en sus propias relaciones y no en relaciones fantásticas. Y el materialismo no significa verdaderamente nada más. Friedrich Engels.

Lo que falta a todos estos señores (los críticos burgueses de Marx), es la dialéctica. Continúan viendo, aquí sólo la causa, allí, sólo el efecto. Es una abstracción vacía, en el mundo real semejantes antagonismos polares metafísicos no existen más que en las crisis, pero todo el gran curso de las cosas se produce bajo la forma de acción y reacción de fuerzas, sin duda muy desiguales, el movimiento económico de las cuales es, con mucho, la fuerza más poderosa, la más inicial, la más decisiva, aquí no hay nada absoluto y todo es relativo, todo esto, qué quieren ustedes, ellos no lo ven; para ellos, Hegel no ha existido. Friedrich Engels.

La gran idea fundamental de la dialéctica materialista es que el mundo no debe ser considerado como un complejo de cosas acabadas, sino como un complejo de procesos en que las cosas, aparentemente estables, al igual que sus reflejos

intelectuales en nuestro cerebro, los conceptos, se desarrollan y mueren pasando por un cambio ininterrumpido en el curso del cual, finalmente, a pesar de todos los azares aparentes y todos los retrocesos momentáneos, un desarrollo progresivo acaba por abrirse paso. Friedrich Engels.

El texto de este apéndice se basa en gran parte en el apartado “El materialismo dialéctico” de la página web dedicada a la filosofía: <http://www.webdianoia.com>. Sin embargo, yo he añadido algunas citas de Engels y Marx.

La dialéctica es la ciencia de las leyes generales del movimiento y la evolución de la naturaleza, la sociedad humana y el pensamiento. Friedrich Engels.

El materialismo dialéctico es la ciencia de la interconexión universal. Friedrich Engels.

Causa y efecto son representaciones que no tienen validez como tales, sino en la aplicación a cada caso particular, y que se funden en cuanto contemplamos el caso particular en su conexión general con el todo del mundo, y se disuelven en la concepción de la alteración universal, en la cual las causas y los efectos cambian constantemente de lugar, y lo que ahora o aquí es efecto, allí o entonces es causa, y viceversa. Friedrich Engels.

Cuando sometemos a la consideración del pensamiento la naturaleza o la historia humana, o nuestra propia actividad intelectual, se nos ofrece por de pronto la estampa de un infinito entrelazamiento de conexiones e interacciones, en el cual nada permanece siendo lo que era, ni como era ni donde era, sino que todo se mueve, se transforma, deviene y perece. Esta concepción del mundo, primaria e ingenua, pero correcta en cuanto a la cosa, es la de la antigua filosofía griega y ha sido claramente formulada por vez primera por Heráclito: todo es y no es, pues todo fluye, se encuentra en constante modificación, sumido en constante devenir y perecer. Friedrich Engels.

El pensamiento dialéctico es al pensamiento metafísico lo que la matemática de las magnitudes variables a la matemática de las magnitudes invariables. Friedrich Engels.

La dialéctica llamada objetiva domina toda la naturaleza, y la que se llama dialéctica subjetiva, el pensamiento dialéctico, no es sino el reflejo del movimiento a través de contradicciones que se manifiesta en toda la naturaleza, contradicciones que, en su pugna constante en lo que acaba siempre desapareciendo lo uno en lo otro que lo contradice o elevándose ambos términos a una forma superior, son precisamente las que condicionan la vida de la naturaleza. Friedrich Engels.

La lógica dialéctica, por oposición a la vieja lógica puramente formal, no se contenta, como ésta, con enumerar y colocar incoherentemente unas junto a otras las formas en que se mueve el pensamiento. Por el contrario, derivan estas formas la una de la otra, las subordina entre sí en vez de coordinarlas y desarrolla las formas superiores partiendo de las inferiores. Friedrich Engels.

Incluso la lógica formal es ante todo método para el hallazgo de nuevos resultados, para progresar de lo conocido a lo desconocido, y eso mismo es la dialéctica, aunque en sentido más eminente, pues rompe el estrecho horizonte de la lógica formal y contiene el germen de una concepción del mundo más amplia. La misma situación se encuentra en la matemática. La matemática elemental, la matemática de las magnitudes constantes, se mueve en el marco de la lógica formal, por lo menos a grandes rasgos; en cambio, la matemática de las magnitudes variables, cuya parte principal es el cálculo infinitesimal, no es esencialmente más que la aplicación de la dialéctica a cuestiones matemáticas. Friedrich Engels.

Parece justo comenzar por lo real y lo concreto, por el supuesto efectivo; así, por ejemplo, en la economía, por la población que es la base y el sujeto del acto social de la producción en su conjunto. Sin embargo, si se examina con mayor atención, esto se revela [como] falso. La población es una abstracción si dejas de lado, por ejemplo, las clases de que se compone. Estas clases son, a su vez, una palabra huera si desconozco los elementos sobre los cuales reposan, por ejemplo, el trabajo asalariado, el capital, etc. Estos últimos suponen el cambio, la división del trabajo, los precios, etc. El capital, por ejemplo, no es nada sin trabajo asalariado; sin valor, dinero, precios, etc. Si comenzara, pues, por la población, tendría una representación caótica del conjunto y, precisando cada vez más, llegaría analíticamente a conceptos cada vez más simples: de lo concreto representado llegaría a abstracciones cada vez más sutiles hasta alcanzar las determinaciones más simples. Llegado este punto, habría que reemprender el viaje de retorno, hasta dar de nuevo con la población, pero esta vez no tendría una representación caótica de un conjunto, sino una rica totalidad con múltiples determinaciones y relaciones. El primer camino es el que siguió históricamente la economía política naciente. Los economistas del siglo XVII, por ejemplo, comienzan siempre por el todo viviente, la población, la nación, el Estado, varios Estados, etc.; pero terminan siempre por descubrir, mediante el análisis, un cierto número de relaciones abstractas determinantes, tales como la división del trabajo, el dinero, el valor, etc. Una vez que estos momentos fueron más o menos fijados y abstraídos, comenzaron [a surgir] los sistemas económicos que se elevaron desde lo simple –trabajo, división del trabajo, necesidad, valor de cambio– hasta el Estado, el cambio entre las naciones y el mercado mundial. Este último es, manifiestamente, el método científico correcto. Lo concreto es lo concreto porque es la síntesis de múltiples determinaciones, por lo tanto, unidad de lo diverso. Aparece en el pensamiento como proceso de síntesis, como resultado, no como punto de partida, aunque sea el verdadero punto de partida, y, en consecuencia, el punto de partida también de la intuición y de la representación. En el primer camino, la representación plena es volatilizada en una determinación abstracta; en el segundo, las determinaciones abstractas conducen a la reproducción de lo concreto por el camino del pensamiento. He aquí por qué Hegel cayó en la ilusión de concebir lo real como resultado del pensamiento que, partiendo de sí mismo, se concentra en sí mismo, profundiza en sí mismo y se mueve por sí mismo, mientras que el método que consiste en elevarse de lo abstracto a lo concreto es para el pensamiento sólo la manera

de apropiarse lo concreto, de reproducirlo como un concreto espiritual. Pero esto no es de ningún modo el proceso de formación de lo concreto mismo. Karl Marx.

El materialismo dialéctico, cuya presentación como tal se debe más a la actividad de Engels que a la del propio Marx, ha sido considerado tradicionalmente como la toma de posición filosófica de Marx y Engels frente al idealismo hegeliano, es decir, como el resultado de su crítica del idealismo y, como tal, se ha presentado por la mayoría de los estudiosos del marxismo como el marco de referencia conceptual desde el que desarrolla el materialismo histórico, que sería la expresión propiamente científica de su pensamiento. La exposición del materialismo dialéctico se encuentra fundamentalmente en las obras de Engels: "Anti-Dühring", (con contribuciones de Marx, publicado en 1878), y "Sobre la dialéctica de la naturaleza", (escrito entre 1873 y 1886), obra, esta última, también conocida por Marx, cuyos contenidos nunca rechazó y que, dada la estrecha colaboración entre ambos hasta su muerte, se suele considerar también como expresión del pensamiento propio de Marx.

Oposición al idealismo y al mecanicismo

Totalmente al contrario de lo que ocurre en la filosofía alemana, que desciende del cielo sobre la tierra, aquí se asciende de la tierra al cielo. Es decir, no se parte de lo que los hombres dicen, se representan o se imaginan, ni tampoco del hombre predicado, pensado, representado o imaginado, para llegar, arrancando de aquí, al hombre de carne y hueso; se parte del hombre que realmente actúa y, arrancando de su proceso de vida real, se expone también el desarrollo de los reflejos ideológicos y de los ecos de este proceso de vida. También las formaciones nebulosas que se condensan en el cerebro de los hombres son sublimaciones necesarias de su proceso material de vida, proceso empíricamente registrable y sujeto a condiciones materiales. La moral, la religión, la metafísica y cualquier otra ideología y las formas de conciencia que a ellas corresponden pierden, así, la apariencia de su propia sustantividad. No tienen su propia historia ni su propio desarrollo, sino que los hombres que desarrollan su producción material y su intercambio material cambian también, al cambiar esta realidad, su pensamiento y los productos de su pensamiento. No es la conciencia la que determina la vida, sino la vida la que determina la conciencia. Desde el primer punto de vista, se parte de la conciencia como del individuo viviente; desde el segundo punto de vista, que es el que corresponde a la vida real, se parte del mismo individuo real viviente y se considera la conciencia solamente como su conciencia. Karl Marx (La filosofía alemana).

El materialismo dialéctico se opone al idealismo, en el sentido en que considera que no existe más realidad fundamental que la materia; pero la materia no es una realidad inerte, sino dinámica, que contiene en sí la capacidad de su propio movimiento, como resultado de la lucha de los elementos contrarios, (siendo la contradicción la esencia de la realidad, al igual que para Hegel), que se expresa en el movimiento dialéctico. Así, el movimiento hegeliano de la idea a la cosa y a su reconciliación, queda invertido, según la famosa frase de Marx, pasando a convertirse en un movimiento que va de la cosa a la idea y a su futura reconciliación. Todo el bagaje conceptual de la dialéctica

hegeliana es conservado por el materialismo dialéctico, pero orientado ahora en la dirección opuesta.

Para Hegel el proceso del pensar, al que convierte incluso, bajo el nombre de idea, en un sujeto autónomo, es el demiurgo de lo real; lo real no es más que su manifestación externa. Para mí, a la inversa, lo ideal no es sino lo material traspuesto y traducido en la mente humana. Karl Marx.

El materialismo dialéctico no se opone sólo al idealismo hegeliano, sino a toda concepción mecanicista y atomista de la naturaleza, es decir, no finalista. "La comprensión del total error por inversión del anterior idealismo alemán llevó necesariamente al materialismo, pero, cosa digna de observarse, no al materialismo meramente metafísico y exclusivamente mecanicista del siglo XVIII" (Engels, *Anti-Dühring*). Se opone, pues, a la concepción que había predominado en la ciencia en el siglo XVIII y que lo seguiría haciendo en los siglos XIX y XX. Es propia del idealismo hegeliano la afirmación de un final feliz de la historia, de una reconciliación de la realidad consigo misma en el Espíritu Absoluto, como resultado mismo del movimiento dialéctico, una finalidad que no desaparecerá del materialismo dialéctico, al conservar, como lo hace, la dialéctica hegeliana para explicar el movimiento en la naturaleza.

*Y así hemos vuelto a la concepción del mundo que tenían los grandes fundadores de la filosofía griega, a la concepción de que toda la naturaleza, desde sus partículas más ínfimas hasta sus cuerpos más gigantescos, desde los granos de arena hasta los soles, desde los protistas hasta el hombre, se halla en un estado perenne de nacimiento y muerte, en flujo constante, sujeto a incesantes cambios y movimientos. Friedrich Engels (*Dialéctica de la naturaleza*).*

Las propiedades que el materialismo dialéctico atribuye a la materia derivan de su concepción de la misma como única realidad objetiva, que es captada mediante los sentidos, permitiendo así su conocimiento. Del análisis de la materia se desprende que es infinita en duración, extensión, profundidad y movimiento. Que la materia es infinita en duración quiere decir que es eterna, increada e indestructible, por lo que el tiempo será concebido como una forma de existencia de la materia, constituyendo la eternidad y la temporalidad dos contrarios dialécticos de la materia. Que es infinita en extensión supone afirmar la infinitud del espacio. La afirmación de que es infinita en profundidad se refiere a la inagotable variedad de formas materiales, que se encuentran sometidas a un cambio perpetuo, es decir, a un movimiento infinito: movimiento y materia son inseparables.

*Pero el movimiento de la materia no es únicamente tosco movimiento mecánico, mero cambio de lugar; es calor y luz, tensión eléctrica y magnética, combinación química y disociación, vida y, finalmente, conciencia. Friedrich Engels (*Dialéctica de la naturaleza*).*

Las formas de conciencia

En cuanto a la conciencia, se distinguen cuatro formas o tipos de conciencia: la conciencia de sí, por la que accedemos al conocimiento de nuestro propio ser; la conciencia psicológica, por la que conocemos nuestra propia identidad y la

diferenciamos de la de los demás y de las otras cosas; la conciencia de clase, por la que accedemos al conocimiento de los intereses del grupo social al que pertenecemos; y la conciencia social, que se forma en las sociedades humanas como una especie de trasfondo ideológico, por el que asumimos creencias y costumbres al margen de toda consideración crítica.

La relación de la materia con la conciencia no dejará de plantear problemas, al ser concebida la conciencia como el resultado de las fuerzas materiales, que la determinan, no quedando, según la formulación tradicional del problema, espacio para la acción de una conciencia libre, de una conciencia que se autodetermina. La conciencia es necesariamente un producto, una manifestación, de la materia, inseparable de ella. Como tal, representa la capacidad que tiene el ser humano de comprender, pero también de amar y de decidir libremente (voluntad). Pero ¿cuál puede ser el papel de la voluntad en una conciencia que deriva de una materia que existe independientemente del ser humano y de su propia conciencia?

Hegel ha sido el primero en exponer rectamente la relación entre libertad y necesidad. Para él, la libertad es la comprensión de la necesidad. "La necesidad es ciega sólo en la medida en que no está sometida al concepto." La libertad no consiste en una soñada independencia respecto de las leyes naturales, sino en el reconocimiento de esas leyes y en la posibilidad, así dada, de hacerlas obrar según un plan para determinados fines. Esto vale tanto respecto de las leyes de la naturaleza externa cuanto respecto de aquellas que regulan el ser somático y espiritual del hombre mismo: dos clases de leyes que podemos separar a lo sumo en la representación, no en la realidad. La libertad de la voluntad no significa, pues, más que la capacidad de poder decidir con conocimiento de causa.

Cuanto más libre es el juicio de un ser humano respecto de un determinado punto problemático, con tanta mayor necesidad estará determinado el contenido de ese juicio; mientras que la inseguridad debida a la ignorancia y que elige con aparente arbitrio entre posibilidades de decisión diversas y contradictorias prueba con ello su propia libertad, su situación de dominada por el objeto al que precisamente tendría que dominar. La libertad consiste, pues, en el dominio sobre nosotros mismos y sobre la naturaleza exterior, basado en el conocimiento de las necesidades naturales; por eso es necesariamente un producto de la evolución histórica. Friedrich Engels (Anti-Dühring, XI, Moral y derecho. Libertad y necesidad).

Las leyes de la dialéctica

Las leyes de la dialéctica se abstraen, por tanto, de la historia de la naturaleza y de la historia de la sociedad humana. Dichas leyes no son, en efecto, otra cosa que las leyes más generales de estas dos fases del desarrollo histórico y del mismo pensamiento. Y se reducen, en lo fundamental, a tres:

Ley del trueque de la cantidad en cualidad, y viceversa;

Ley de la penetración de los contrarios;

Ley de la negación de la negación.

*Las tres han sido desarrolladas por Hegel, en su manera idealista, como simples leyes del pensamiento: la primera, en la primera parte de la Lógica, en la teoría del Ser; la segunda ocupa toda la segunda parte, con mucho la más importante de todas, de su Lógica, la teoría de la Esencia; la tercera, finalmente, figura como la ley fundamental que preside la estructura de todo el sistema. El error reside en que estas leyes son impuestas, como leyes del pensamiento, a la naturaleza y a la historia, en vez de derivarlas de ellas. De ahí proviene toda la construcción forzada y que, no pocas veces, pone los pelos de punta: el mundo, quiéralo o no, tiene que organizarse con arreglo a un sistema discursivo, que sólo es, a su vez, producto de una determinada fase de desarrollo del pensamiento humano. Pero, si invertimos los términos, todo resulta sencillo y las leyes dialécticas, que en la filosofía idealista parecían algo extraordinariamente misterioso, resultan inmediatamente sencillas y claras como la luz del sol. Friedrich Engels (*Dialéctica de la naturaleza*).*

El materialismo dialéctico nos propone, pues, una interpretación de la realidad concebida como un proceso material en el que se suceden una variedad infinita de fenómenos, a partir de otros anteriormente existentes. Esta sucesión, no obstante, no se produce al azar o arbitrariamente, ni se encamina hacia la nada o el absurdo: todo el proceso está regulado por leyes que determinan su evolución desde las formas más simples a las más complejas, y que afectan a toda la realidad, natural y humana (histórica).

*La materia se mueve en un ciclo perenne, ciclo que probablemente describe su órbita en períodos de tiempo para los que nuestro año terrestre ya no ofrece una pauta de medida suficiente; en el que el tiempo del más alto desarrollo, el tiempo de la vida orgánica y, más aún, el de la vida consciente de sí misma y de la naturaleza, resulta medido tan brevemente como el espacio en el que se hacen valer la vida y la autoconciencia; en el que toda modalidad finita de existencia de la materia, ya sea sol o nebulosa, animal concreto o especie animal, combinación o disociación química, es igualmente perecedera y en el que nada hay eterno fuera de la materia en eterno movimiento y de las leyes con arreglo a las cuales se mueve y cambia. Pero, por muchas veces y por muy implacablemente que este ciclo se opere también en el tiempo y en el espacio; por muchos millones de soles y de tierras que puedan nacer y perecer y por mucho tiempo que pueda transcurrir hasta que lleguen a darse las condiciones para la vida orgánica en un solo planeta dentro de un sistema solar; por innumerables que sean los seres orgánicos que hayan de preceder y que tengan que perecer antes, para que de entre ellos puedan llegar a desarrollarse animales dotados de un cerebro capaz de pensar y a encontrar por un período breve de tiempo las condiciones necesarias para su vida, para luego verse implacablemente barridos, tenemos la certeza de que la materia permanecerá eternamente la misma a través de todas sus mutaciones; de que ninguno de sus atributos puede llegar a perderse por entero y de que, por tanto, por la misma férrea necesidad con que un día desaparecerá de la faz de la tierra su floración más alta, el espíritu pensante, volverá a brotar en otro lugar y en otro tiempo. Friedrich Engels (*Dialéctica de la naturaleza*).*

Las leyes según las cuales la materia se mueve y se transforma son leyes dialécticas. Al igual que ocurre con la dialéctica hegeliana, que es simultáneamente un método y la expresión misma del dinamismo de la realidad, la dialéctica de Marx y Engels encerrará ese doble significado. No se puede convertir, sin embargo, la dialéctica en un proceso mecánico, en el que se suceden los tres momentos del movimiento (tesis, antítesis y síntesis), como se hace a menudo con Hegel, en un esquema mecánico sin contenido alguno. *La dialéctica no es más que la ciencia de las leyes generales del movimiento y la evolución de la naturaleza, la sociedad humana y el pensamiento*, dice Engels en el *Anti-Dühring*.

La dialéctica nos ofrece, pues, leyes generales, no la particularidad de cada proceso. Que son leyes generales quiere decir que son el fundamento de toda explicación de la realidad, pero también que afectan a toda la realidad (naturaleza, sociedad, pensamiento) y que son objetivas, independientes de la naturaleza humana. Marx y Engels enunciarán las siguientes tres leyes de la dialéctica:

1. Ley de la unidad y lucha de contrarios

Mientras contemplamos las cosas como en reposo y sin vida, cada una para sí, junto a las otras y tras las otras, no tropezamos, ciertamente, con ninguna contradicción en ellas. Encontramos ciertas propiedades en parte comunes, en parte diversas y hasta contradictorias, pero en este caso repartidas entre cosas distintas, y sin contener por tanto ninguna contradicción. En la medida en que se extiende este campo de consideración, nos basta, consiguientemente, con el común modo metafísico de pensar. Pero todo cambia completamente en cuanto consideramos las cosas en su movimiento, su transformación, su vida, y en sus recíprocas interacciones. Entonces tropezamos inmediatamente con contradicciones. El mismo movimiento es una contradicción; ya el simple movimiento mecánico local no puede realizarse sino porque un cuerpo, en uno y el mismo momento del tiempo, se encuentra en un lugar y en otro, está y no está en un mismo lugar. Y la continua posición y simultánea solución de esta contradicción es precisamente el movimiento.

*Si ya el simple movimiento mecánico local contiene en sí una contradicción, aún más puede ello afirmarse de las formas superiores del movimiento de la materia, y muy especialmente de la vida orgánica y su evolución. Hemos visto antes que la vida consiste precisamente ante todo en que un ser es en cada momento el mismo y otro diverso. La vida, por tanto, es también una contradicción presente en las cosas y los hechos mismos, una contradicción que se pone y resuelve constantemente; y en cuanto cesa la contradicción, cesa también la vida y se produce la muerte. También vimos que tampoco en el terreno del pensamiento podemos evitar las contradicciones, y que, por ejemplo, la contradicción entre la capacidad de conocimiento humana, internamente ilimitada, y su existencia real en hombres externamente limitados y de conocimiento limitado, se resuelve en la sucesión, infinita prácticamente al menos para nosotros, de las generaciones, en el progreso indefinido. Friedrich Engels (*Anti-Dühring*, XII. Dialéctica. Cantidad y cualidad).*

Siguiendo los pasos de Heráclito y Hegel, Marx y Engels consideran que la realidad es esencialmente contradictoria. Todos los fenómenos que ocurren en la Naturaleza son el resultado de la lucha de elementos contrarios, que se hallan unidos en el mismo ser o fenómeno, siendo la causa de todo movimiento y cambio en la Naturaleza, en la sociedad y en el pensamiento. Con esta ley se explica, pues, el origen del movimiento.

Entre los argumentos que se aportan para justificar esta explicación predominan los procedentes de las ciencias (Física, Ciencias naturales, Matemáticas, Economía), pero también de la Historia y de la Filosofía. Entre las parejas de contrarios puestas como ejemplos podemos citar: atracción y repulsión, movimiento y reposo, propiedades corpusculares y ondulatorias, herencia y adaptación, excitación e inhibición, lucha de clases, materia y forma, cantidad y cualidad, sustancia y accidentes.

2. Ley de transición de la cantidad a la cualidad

Hemos visto ya antes, a propósito del esquematismo universal, que con esta línea nodal hegeliana de relaciones dimensionales en la que, en un determinado punto de alteraciones cuantitativas, se produce repentinamente un cambio cualitativo, el señor Dühring ha tenido la pequeña desgracia de que en un momento de debilidad la ha reconocido y aplicado él mismo. Dimos allí uno de los ejemplos más conocidos, el de la transformación de los estados de agregación del agua, que a presión normal y hacia los 0° C pasa del fluido al sólido, y hacia los 100° C pasa del líquido al gaseoso, es decir, que en esos dos puntos de flexión la alteración meramente cuantitativa de la temperatura produce un estado cualitativamente alterado del agua.

Habríamos podido aducir en apoyo de esa ley cientos más de hechos tomados de la naturaleza y de la sociedad humana. Así por ejemplo, toda la cuarta sección de El Capital de Marx -producción de la plusvalía relativa en el terreno de la cooperación, división del trabajo y manufactura, maquinaria y gran industria- trata de innumerables casos en los cuales la alteración cuantitativa modifica la cualidad de las cosas de que se trata, con lo que, por usar la expresión tan odiosa para el señor Dühring, la cantidad se muta en cualidad, y a la inversa. Así, por ejemplo, el hecho de que la cooperación de muchos, la fusión de muchas fuerzas en una fuerza total, engendra, para decirlo con las palabras de Marx, una "nueva potencia de fuerza" esencialmente diversa de la suma de sus fuerzas individuales. Friedrich Engels (Anti-Dühring, XI, Moral y derecho. Libertad y necesidad).

Podemos expresar esta ley, para nuestro propósito, diciendo que, en la naturaleza, y de un modo claramente establecido para cada caso singular, los cambios cualitativos sólo pueden producirse mediante la adición o sustracción cuantitativas de materia o de movimiento (de lo que se llama energía).

Todas las diferencias cualitativas que se dan en la naturaleza responden, bien a la diferente composición química, bien a las diferentes cantidades o formas de movimiento (energía), o bien, como casi siempre ocurre, a ambas cosas a la vez. Por consiguiente, es imposible cambiar la cualidad de un cuerpo sin añadir o sustraer materia o movimiento, es decir, sin un cambio cuantitativo del cuerpo de que se trata. Friedrich Engels (Dialéctica de la naturaleza).

Hablamos de cambio cualitativo cuando una cosa se transforma en otra que es esencialmente distinta. ¿Por qué unas cosas se transforman en otras que tienen propiedades diferentes a las de las cosas de las que proceden? Según la ley de transición de la cantidad a la cualidad, el aumento o disminución de la cantidad de materia influye en la transformación de una cosa en otra distinta. La acumulación o disminución de la materia es progresiva, mientras que el cambio de cualidad supone una modificación radical de la cosa, una revolución. Con esta ley se explica el desarrollo de los seres y los fenómenos naturales, sociales, etc.

Todos los objetos de la Naturaleza poseen características mensurables, por lo que su esencia, su cualidad, es inseparable de los aspectos cuantitativos. Cuando una cosa pasa de poseer una cualidad a poseer otra hablamos de "salto cualitativo". Como todo movimiento es el resultado de la lucha de elementos contrarios, el salto cualitativo supone la resolución de una contradicción, que da lugar a una nueva realidad, que representa un avance en el desarrollo de la Naturaleza. El salto cualitativo no supone el mero cambio de una cualidad por otra, sino por otra que supera, de alguna manera, a la anterior.

3. Ley de negación de la negación.

En la dialéctica, negar no significa simplemente decir no, o declarar inexistente una cosa, o destruirla de cualquier modo. Ya Spinoza dice: omnis determinatio est negatio, toda determinación o delimitación es negación. Además, la naturaleza de la negación dialéctica está determinada por la naturaleza general, primero, y especial, después, del proceso. No sólo tengo que negar, sino que tengo que superar luego la negación.

Tengo, pues, que establecer la primera negación de tal modo que la segunda siga siendo o se haga posible. ¿Cómo? Según la naturaleza especial de cada caso particular. Si muelo un grano de cebada o aplasto un insecto, he realizado ciertamente el primer acto, pero he hecho imposible el segundo. Toda especie de cosas tiene su modo propio de ser negada de tal modo que se produzca de esa negación su desarrollo, y así también ocurre con cada tipo de representaciones y conceptos. Friedrich Engels (Anti-Dühring, XIII. Dialéctica. Negación de la negación).

Ya hoy debe desecharse como no científica cualquier fisiología que no considere la muerte como elemento esencial de la vida que no incluya la negación de la vida como elemento esencial de la vida misma, de tal modo que la vida se piense siempre con referencia a su resultado necesario, la muerte, contenida siempre en ella en estado germinal. No otra cosa que esto es la concepción dialéctica de la vida. [...] Vivir es morir. Friedrich Engels (Dialéctica de la naturaleza).

La ley de negación de la negación completa la anterior, explicando el modo en que se resuelve la contradicción, dando paso a una realidad nueva que contiene los aspectos positivos de lo negado. El primer momento del movimiento dialéctico, el de la afirmación, supone la mera existencia de una realidad; el segundo momento, el de la negación, supone la acción del elemento contrario que, en oposición con el primer momento, lo niega. El tercer momento, negando al segundo, que era ya, a su vez, la

negación del primero, se presenta como el momento de la reconciliación, de la síntesis, recogiendo lo positivo de los dos momentos anteriores.

Una vez alcanzado este estadio del movimiento nos encontramos ante una nueva realidad que entrará de nuevo en otro ciclo de transformación dialéctica, dando lugar, así, al desarrollo progresivo de la Naturaleza, de la sociedad humana y del pensamiento. Un desarrollo que se dirige hacia formas más completas, más perfectas, más integradoras, de la realidad.

Bibliografía recomendada:

- *Introducción al marxismo* (capítulos finales *La dialéctica materialista* y *El materialismo histórico*). Ernest Mandel.
- *Introducción al marxismo*. Henri Lefebvre.

Apéndice B: Las tesis sobre Feuerbach

Las tesis sobre Feuerbach fue escrito por Karl Marx en la primavera de 1845. Fue publicado por primera vez por Friedrich Engels en 1888 como apéndice a la edición aparte de su *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*. En este breve documento Marx nos resume su concepción del materialismo dialéctico. A continuación transcribo el contenido íntegro de *Las tesis sobre Feuerbach*.

- 1) El defecto fundamental de todo el materialismo anterior -incluido el de Feuerbach- es que sólo concibe las cosas, la realidad, la sensoriedad, bajo la forma de *objeto* o de *contemplación*, pero no como *actividad sensorial humana*, no como *práctica*, no de un modo subjetivo. De aquí que el lado *activo* fuese desarrollado por el idealismo, por oposición al materialismo, pero sólo de un modo abstracto, ya que el idealismo, naturalmente, no conoce la actividad real, sensorial, como tal. Feuerbach quiere objetos sensoriales, realmente distintos de los objetos conceptuales; pero tampoco él concibe la propia actividad humana como una actividad *objetiva*. Por eso, en *La esencia del cristianismo* sólo considera la actitud teórica como la auténticamente humana, mientras que concibe y fija la práctica sólo en su forma suciamente judaica de manifestarse. Por tanto, no comprende la importancia de la actuación "revolucionaria", "práctico-crítica".
- 2) El problema de si al pensamiento humano se le puede atribuir una verdad objetiva, no es un problema teórico, sino un problema *práctico*. Es en la práctica donde el hombre tiene que demostrar la verdad, es decir, la realidad y el poderío, la terrenalidad de su pensamiento. El litigio sobre la realidad o irrealidad de un pensamiento que se aísla de la práctica, es un problema puramente *escolástico*.
- 3) La teoría materialista de que los hombres son producto de las circunstancias y de la educación, y de que por tanto, los hombres modificados son producto de circunstancias distintas y de una educación modificada, olvida que son los hombres, precisamente, los que hacen que cambien las circunstancias y que el propio educador necesita ser educado. Conduce, pues, forzosamente, a la sociedad en dos partes, una de las cuales está por encima de la sociedad (así, por ejemplo, en Robert Owen).

La coincidencia de la modificación de las circunstancias y de la actividad humana sólo puede concebirse y entenderse racionalmente como *práctica revolucionaria*.

- 4) Feuerbach arranca de la autoenajenación religiosa, del desdoblamiento del mundo en un mundo religioso, imaginario, y otro real. Su cometido consiste en disolver el mundo religioso, reduciéndolo a su base terrenal. No advierte que, después de realizada esta labor, queda por hacer lo principal. En efecto, el que la base terrenal se separe de sí misma y se plasme en las nubes como reino independiente, sólo puede explicarse por el propio desgarramiento y la contradicción de esta base terrenal consigo misma. Por tanto, lo primero que hay que hacer es comprender

ésta en su contradicción y luego revolucionarla prácticamente eliminando la contradicción. Por consiguiente, después de descubrir, v. gr., en la familia terrenal el secreto de la sagrada familia, hay que criticar teóricamente y revolucionar prácticamente aquélla.

- 5) Feuerbach, no contento con el *pensamiento abstracto*, apela a la *contemplación sensorial*; pero no concibe la sensoriedad como una actividad sensorial humana *práctica*.
- 6) Feuerbach diluye la esencia religiosa en la esencia *humana*. Pero la esencia humana no es algo abstracto inherente a cada individuo. Es, en su realidad, el conjunto de las relaciones sociales.

Feuerbach, que no se ocupa de la crítica de esta esencia real, se ve, por tanto, obligado:

- A hacer abstracción de la trayectoria histórica, enfocando para sí el sentimiento religioso (Gemüt) y presuponiendo un individuo humano abstracto, *aislado*.
 - En él, la esencia humana sólo puede concebirse como "género", como una generalidad interna, muda, que se limita a unir *naturalmente* los muchos individuos.
- 7) Feuerbach no ve, por tanto, que el "sentimiento religioso" es también un *producto social* y que el individuo abstracto que él analiza pertenece, en realidad, a una determinada forma de sociedad.
 - 8) La vida social es, en esencia, *práctica*. Todos los misterios que descarrían la teoría hacia el misticismo, encuentran su solución racional en la práctica humana y en la comprensión de esa práctica.
 - 9) A lo que más llega el materialismo *contemplativo*, es decir, el materialismo que no concibe la sensoriedad como actividad práctica, es a contemplar a los distintos individuos dentro de la "sociedad civil".
 - 10) El punto de vista del antiguo materialismo es la sociedad "*civil*"; el del nuevo materialismo, la sociedad *humana* o la humanidad socializada.
 - 11) Los filósofos no han hecho más que *interpretar* de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de *transformarlo*.

Apéndice C: El comunismo según Marx

Por su interés, reproduzco parte del capítulo titulado *Recapitulación* del primer tomo de la obra *Las principales corrientes del marxismo*, donde Leszek Kolakowski nos resume la concepción del comunismo que tenía Karl Marx.

- 1) El punto de partida de Marx es la cuestión escatológica derivada de Hegel: ¿cómo puede el hombre reconciliarse consigo mismo y con el mundo? Según Hegel esto es posible una vez el Espíritu, tras desarrollar el trabajo de la historia, llega finalmente a comprender al mundo como una exteriorización de sí mismo; asimila y ratifica al mundo como su propia verdad, le despoja de su carácter objetivo y realiza en él todo lo que originalmente era sólo potencial. Marx, siguiendo a Feuerbach, sitúa en el centro de su esquema la «realidad terrenal» del hombre, en oposición al Espíritu hegeliano que se desarrolla a través de los individuos empíricos o, que usa a éstos como instrumentos. «Para el hombre, la raíz es el propio hombre» la realidad básica, derivada de sí y en sí mismo justificada.
- 2) Marx, al igual que Hegel, prevé la reconciliación final del hombre con el mundo, consigo mismo y con los demás. Una vez más siguiendo a Feuerbach, y en contra de Hegel, no considera esto en términos del reconocimiento del ser como un producto del autoconocimiento, sino en el reconocimiento de las fuentes de alienación de la suerte terrenal del hombre y en la superación de esta situación. Rechazando el «principio crítico» jovenhegeliano, se niega a aceptar el eterno conflicto entre el autoconocimiento negativo y la resistencia de un mundo sin respuesta, pero concibe un estado desalienado en el que el hombre se afirme a sí mismo en un mundo de su propia creación. Por otra parte, está en desacuerdo con la idea de Feuerbach de que la alienación deriva de la conciencia mitopoética que hace de Dios la concentración de los valores humanos; en vez de esto, considera a la propia conciencia como producto de la alienación del trabajo.
- 3) El trabajo alienado es la consecuencia de la división del trabajo, que a su vez se debe al progreso tecnológico y es por ello un rasgo inevitable de la historia. Marx concuerda con Hegel, y en contra de Feuerbach, en considerar a la alienación no meramente como algo destructivo e inhumano, sino como la condición del futuro desarrollo general de la humanidad. Sin embargo, disiente de Hegel en considerar a la historia anterior al presente no como la conquista progresiva de libertad, sino como un proceso de degradación que ha alcanzado su punto más bajo en la sociedad capitalista madura. Sin embargo, para la futura liberación del hombre es necesario que atravesase por los extremos de aflicción y deshumanización, pues no se trata de recuperar un paraíso perdido, sino de reconquistar a la humanidad.
- 4) La alienación significa la subyugación del hombre por sus propias obras, que han asumido la función de cosas independientes. El carácter de mercancía de los productos y su expresión en una forma monetaria tiene por efecto que el proceso social de intercambio se regule por factores que operan independientemente de la voluntad humana, a la manera de leyes naturales. La alienación determina la propiedad privada y crea las instituciones políticas. El Estado crea una comunidad

ficticia para suplir la carencia de una comunidad real en la sociedad civil, mientras que las relaciones humanas toman necesariamente la forma de conflicto de egoísmos. La esclavitud de la colectividad en relación a sus propios productos determina el mutuo aislamiento de los individuos.

- 5) La alienación no se cura entonces pensando acerca de ella, sino suprimiendo sus causas. El hombre es un ser práctico y sus pensamientos son el aspecto consciente de su vida práctica, aunque este hecho esté oscurecido por la falsa conciencia. El pensamiento está gobernado por las necesidades prácticas y la imagen del mundo en la mente humana está regulada no por la calidad intrínseca de los objetos, sino por sus tareas prácticas. Una vez sabemos esto, nos damos cuenta de la nulidad de las preguntas que se han planteado sólo porque los filósofos no entendían las condiciones que las originaban, a saber, la separación de la actividad intelectual de la actividad práctica. Negamos la validez de los problemas metafísicos y epistemológicos derivados de la falsa esperanza de alcanzar una realidad absoluta situada más allá del horizonte práctico de los seres humanos.
- 6) La trascendencia de la alienación es lo mismo que el comunismo, es decir, la transformación total de la existencia humana, la recuperación de la esencia de especie del hombre. El comunismo pone fin a la división de la vida pública en las esferas privada y pública y a la diferencia entre la sociedad civil y el Estado; acaba con la necesidad de instituciones políticas, de la autoridad política y de su origen en la división del trabajo. Destruye el sistema de clases y la explotación; cura la escisión de la naturaleza del hombre y el desarrollo mutilado y unilateral del individuo. Contrariamente a lo que piensa Hegel, la distinción entre el Estado y la sociedad civil no es eterna. También, al contrario de las ideas de la Ilustración liberal, la armonía social no se conseguirá mediante una reforma legislativa que reconcilie el egoísmo de cada individuo con el interés colectivo, sino aboliendo las causas del antagonismo. El individuo absorberá en sí a la sociedad: gracias a la desalienación, reconocerá a la humanidad como su propia naturaleza interiorizada. La solidaridad voluntaria, y no la compulsión o la regulación legal de los intereses, asegurará la armonía de las relaciones humanas. La especie puede afirmarse entonces en el individuo. El comunismo destruye el poder de las relaciones objetivadas sobre los seres humanos, les devuelve el control sobre sus propias obras, restaura la actuación social de su mente y sentidos y salva la distancia entre la humanidad y la naturaleza. Es el total cumplimiento de las exigencias humanas, la reconciliación de la esencia y la existencia de la vida humana. Igualmente afirma la conciencia del carácter práctico, humano y social de la actividad intelectual, y rechaza la falsa independencia de las formas existentes de pensamiento social: filosofía, derecho, religión. El comunismo hace realidad la filosofía, y al hacerlo, la suprime.
- 7) El comunismo no priva al hombre de individualidad o reduce las aspiraciones y facultades personales a la mediocridad. Al contrario, las fuerzas del individuo sólo florecerán cuando las considere como fuerzas sociales, valiosas y efectivas dentro de una comunidad, y no aisladamente. El comunismo también hace posible el uso adecuado de las capacidades humanas: gracias a la variedad del progreso técnico asegura que la actividad específicamente humana estará libre de la constricción de

las necesidades físicas y de la presión del hambre, siendo así verdaderamente creativa. Es la realización de la libertad, no sólo de la explotación y del poder político, sino de las necesidades corporales inmediatas. Es la solución al problema de la historia y también el final de la historia que hemos conocido, en la que la vida individual y la colectiva estaban sometidas a la contingencia. A partir de entonces el hombre podrá determinar su propio desarrollo en libertad, en vez de estar esclavizado por fuerzas materiales que ha creado pero que escapan a su control. Bajo el comunismo, el hombre no será una víctima del azar, sino el dueño de su destino, el creador consciente de su propia vida.

- 8) Al contrario de lo que suponen los socialistas utópicos, el comunismo no es un ideal en oposición al mundo real, una teoría que podía haber sido inventada y puesta en práctica en cualquier momento de la historia. El comunismo es él mismo una tendencia de la historia moderna, que despliega las premisas de este movimiento y tiende inconscientemente hacia él. Ésta es la razón por la que la época actual significa el máximo de deshumanización: por una parte degrada al trabajador haciendo de él una mercancía y por otra reduce al capitalista al status de una entrada en el libro de contabilidad. El proletariado, siendo como es el epítome de la deshumanización y la pura negación de la sociedad civil, está destinado a producir una revolución que pondrá fin a las clases sociales, incluida ella misma. El interés del proletariado, y el de ninguna otra clase, coincide con las necesidades de la humanidad en general. Por ello, el proletariado no es una mera suma de sufrimiento, degradación y miseria, sino también el instrumento histórico por el que el hombre tiene que recuperar su herencia. La alienación del trabajo ha creado al proletariado, y éste será el agente de su destrucción.
- 9) Pero el proletariado es algo más que el instrumento de un proceso histórico impersonal: cumple su destino siendo consciente de su destino y de su propia situación excepcional. La conciencia del proletariado no es una mera conciencia pasiva de la parte que se le ha asignado en la historia, sino una libre conciencia y una fuente de iniciativa revolucionaria. Aquí desaparece la oposición entre libertad y necesidad, pues lo que es de hecho la inevitabilidad de la historia toma de hecho la forma de una libre iniciativa en la libre conciencia del proletariado. Al comprender su propia situación, el proletariado no sólo comprende el mundo sino que *ipso facto* se propone cambiarlo. Esta conciencia no es un mero reconocimiento hegeliano y una asimilación de la historia anterior; se dirige hacia el futuro, en un impulsivo acto de transformación. Al mismo tiempo no es, como pudieran pensar Fichte y los jóvenes hegelianos, una mera negación del orden existente, sino la necesidad de crear un movimiento, ya potencialmente existente, es decir, una tendencia innata de la historia, pero que sólo puede ponerse en movimiento por la libre iniciativa de los seres humanos. De esta forma, la situación del proletariado combina la necesidad histórica con la libertad.
- 10) Mientras que el comunismo es la transformación social de todas las esferas de la vida y conciencia humana, la fuerza motriz de la revolución que lleva a cabo debe ser el interés de clase del proletariado explotado. La revolución tiene una tarea negativa a realizar que consiste en que el proletariado debe proseguir su lucha, contra las clases dominantes hasta cuando sea necesario. El comunismo no se establece meramente aboliendo la propiedad privada; requiere un largo período de

convulsión social, que debe tener su fin en el momento exigido por la historia y en la mejora de los instrumentos de producción. Una condición previa del comunismo es un avanzado desarrollo técnico en un mercado mundial, que cederá su puesto a un desarrollo técnico aún más intensivo; sin embargo, este desarrollo no se volverá contra sus creadores como en el pasado, sino que les ayudará a conseguir una plena realización como seres humanos.

Referencias bibliográficas

La mayor parte de las referencias indicadas pueden encontrarse y obtenerse gratuitamente por Internet introduciendo el título entrecomillado en cualquier buscador.

Los escritos de José López pueden descargarse directamente desde su blog (<http://joselopezsanchez.wordpress.com/>) y pueden distribuirse libremente. Asimismo, también pueden encontrarse en multitud de páginas web, basta con buscarlos con cualquier buscador.

Escritos de José López:

- *Ciberactivismo eficiente.*
- *Contra la crisis, democracia.*
- *De la desinformación.*
- *El papel de la izquierda en la #SpanishRevolution.*
- *Izquierda vs. Derecha.* (Este artículo es un extracto del capítulo *Sin estrategia no hay cambio* del libro *La causa republicana*).
- *La causa republicana* (capítulos *La ley del desarrollo desigual y combinado de la sociedad*, *Necesidad y conciencia de cambio*, *Sin estrategia no hay cambio* y *El cambio en la actualidad*).
- *La estrategia de la #SpanishRevolution*
- *La libertad de prensa.*
- *La separación de poderes.*
- *Las falacias del capitalismo.*
- *Los derechos humanos.*
- *Los errores de la izquierda.* (Este libro es un extracto del libro *Rumbo a la democracia*).
- *Los errores prohibidos de la #SpanishRevolution.*
- *Manual de resistencia anticapitalista* (capítulo *Voluntarismo vs. Determinismo*).
- *Nacionalismos y nacionalismos.* (Este artículo es un extracto del capítulo *El cambio en la actualidad* del libro *La causa republicana*).
- *Otro sistema es posible.*

- *¿Qué es la democracia real?*
- *Relativizando el relativismo.*
- *Rumbo a la democracia (capítulos Los defectos de nuestra “democracia”, El desarrollo de la democracia, Los desafíos de la izquierda en el siglo XXI, Los errores de la izquierda y Conclusiones).*
- *Sin estrategia no hay revolución.*

Otros libros y artículos:

- *Burocracia y régimen soviético.* Ángel-Manuel Abellán.
- *Concepción del Estado en Marx y en la tradición marxista.* Joaquín Abellán.
- *Brasil: Sobre la “democracia participativa” o una nueva forma ingeniosa de engañar a los trabajadores.* Basilio Abramo.
- *Hacia una democracia de mínimos: del mandato imperativo al mandato representativo.* Rafael Enrique Aguilera Portales.
- *El capitalismo tardío: la interpretación de Ernest Mandel del capitalismo contemporáneo.* Jesús Albarracín & Pedro Montes.
- *La sociedad de control.* José F. Alcántara.
- *La vía chilena hacia el socialismo.* Salvador Allende.
- *La revolución imaginaria.* Armando Añel.
- *Veinte preguntas sobre Cuba.* Asociación Iberoamericana por la Libertad.
- *Revolución proletaria y guerra campesina en China (1925-1949).* Bárbara Areal.
- *En la Unión Soviética se vivía mejor.* Juan Carlos Argüello.
- *Los pueblos no son traicionados, se equivocan.* Luí Arranz Notario.
- *Salvador Allende, ¿sueño o proyecto?* Jorge Arrate.
- *Democracia y emancipación social.* Antoine Artous.
- *La democracia en España: Engaño y utopía.* Francisco Badarán.
- *Dios y el Estado.* Mijail Bakunin.
- *El patriotismo.* Mijail Bakunin.
- *El principio del Estado.* Mijail Bakunin.
- *La Comuna de París y la noción de Estado.* Mijail Bakunin.

- *La política del Consejo.* Mijail Bakunin.
- *Socialismo sin Estado: Anarquismo.* Mijail Bakunin.
- *Sobre la dictadura del proletariado.* Etienne Balibar.
- *La ley.* Frédéric Bastiat.
- *De la lucha contra el tirano a la dictadura totalitaria: las revoluciones de Cuba (1959) y Nicaragua (1979).* Gilles Bataillon.
- *La guerra civil española.* Antony Beevor.
- *A veinte años de la Perestroika.* José Bell Lara.
- *Una refutación al materialismo filosófico y al determinismo físico.* Alberto Benegas Lynch.
- *Comunismo y estalinismo. Una respuesta al libro negro del comunismo.* Daniel Bensaïd.
- *El ABC del Comunismo Libertario.* Alexander Berkman.
- *La rebelión de Kronstadt.* Alexander Berkman.
- *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia.* Eduard Bernstein.
- *El comunismo no ha empezado todavía.* Claude Bitot.
- *La abolición del trabajo.* Bob Black.
- *Stalin y el culto a la personalidad: ¿Qué hay de cierto?* William B. Bland.
- *Marx y la dialéctica idealista.* Ernst Bloch.
- *Marx y el Estado.* Norberto Bobbio.
- *Una contradicción no resuelta en el sistema económico marxista.* Eugen von Boehm-Bawerk.
- *Relativismo ético y democracia.* Enrique Bonete Perales.
- *Víctor Serge: Totalitarismo y capitalismo de Estado.* Philippe Bourrinet.
- *Los bolcheviques y el control obrero 1917-1921.* Maurice Brinton.
- *El partido bolchevique.* Pierre Broué.
- *La revolución y la guerra de España.* Pierre Broué & Emile Témime.
- *El ABC del comunismo.* Nikolai Bujarin & Evgueni Preobrazhenski.
- *La economía política del rentista (Crítica de la economía marginalista).* Nikolai Bujarin.

- *El marxismo como ciencia: desafíos históricos y desarrollo teórico.* Michael Burawoy.
- *Reflexiones sobre la revolución francesa.* Edmund Burke.
- *La escuela austríaca de economía.* Juan Carlos Cachanosky.
- *La estrategia del imperio norteamericano.* Alex Callinicos.
- *Las ideas revolucionarias de Karl Marx.* Alex Callinicos.
- *Un manifiesto anticapitalista.* Alex Callinicos.
- *Aquella Habana, días de felicidad y esperanza.* Frank Calzón.
- *¿Por qué fracasa el socialismo?* Juan Fernando Carpio.
- *Böhm-Bawerk refuta la teoría de la explotación capitalista.* José Ignacio del Castillo.
- *El diálogo de civilizaciones.* Fidel Castro Ruz.
- *El imperio por dentro.* Fidel Castro Ruz.
- *Apuntes sobre anarquismo.* Noam Chomsky.
- *Crisis global económica.* Noam Chomsky.
- *Democracia y mercados en el nuevo orden mundial.* Noam Chomsky.
- *El control de los medios de comunicación.* Noam Chomsky.
- *El control de nuestras vidas.* Noam Chomsky.
- *La democracia en las sociedades industriales.* Noam Chomsky.
- *La Unión soviética versus el socialismo.* Noam Chomsky.
- *Las 10 estrategias de manipulación mediática.* Noam Chomsky.
- *Las intenciones del tío Sam.* Noam Chomsky.
- *Pasión por los mercados libres: exportando los valores norteamericanos a través de la nueva Organización Mundial de Comercio.* Noam Chomsky.
- *Sobre mantenerse informado y la “defensa propia” intelectual.* Noam Chomsky.
- *100 preguntas y respuestas sobre Cuba.* Colectivos de Jóvenes Comunistas.
- *¿Qué socialismo para el siglo XXI?* Andreu Coll i Blackwell.
- *Las contradicciones del capitalismo al umbral del siglo XXI.* Michel Collon.
- *Socialismo y poder.* Marcelo Colussi.

- *Vigencia del marxismo*. Marcelo Colussi.
- *Historia del partido Comunista (Bolchevique) de la URSS*. Comité Central del PC (B) de la URSS.
- *El gran terror*. Robert Conquest.
- *En busca de un holocausto soviético*. Jeff Coplon.
- *La larga marcha hacia el capitalismo en China*. Corriente Marxista Internacional.
- *El libro negro del comunismo*. Stéphane Courtois y varios autores más.
- *¿Por qué Lenin prohibió las facciones internas en el partido comunista ruso?* Diego Crenzel.
- *La democracia realmente existente*. Cuadernos del Sureste.
- *Perestroika: poner el dedo en la llaga*. Ariel Dacal Díaz.
- *Rusia: del socialismo real al capitalismo real*. Ariel Dacal & Francisco Brown.
- *Declive y resurgimiento de la perspectiva comunista*. Gilles Dauvé & François Martin.
- *El castrismo*. Regis Debray.
- *Crítica de la razón dialéctica*. Wilfrid Desan.
- *Democracia y planificación económica*. Pat Devine. Síntesis de Marta Harnecker y Camila Piñeiro.
- *El castrismo, crónica de una tiranía infame*. Fernando Díaz Villanueva.
- *Hugo Chávez y el socialismo del siglo XXI*. Heinz Dieterich Steffan.
- *Una teoría marxista del neoliberalismo*. Gérard Duménil & Dominique Lévy.
- *Comunismo: principio y fin de un sueño*. Eduardo Durán-Cousin.
- *Cuba: cuarenta años después*. Jorge Edwards.
- *Historia de Trotsky y del trotskismo*. José Antonio Egido.
- *¿Por qué socialismo?* Albert Einstein.
- *Carta a José Bloch*. Friedrich Engels.
- *Crítica del programa de Erfurt*. Friedrich Engels.
- *De la autoridad*. Friedrich Engels.
- *Del socialismo utópico al socialismo científico*. Friedrich Engels.

- *Dialéctica de la naturaleza*. Friedrich Engels.
- *Discurso ante la tumba de Marx*. Friedrich Engels.
- *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Friedrich Engels.
- *El programa de los emigrados blanquistas de la Comuna*. Friedrich Engels.
- *La ideología alemana*. (Capítulo I: Feuerbach, oposición entre las concepciones materialista e idealista). Friedrich Engels & Karl Marx.
- *La revolución de la ciencia de Eugenio Dühring ("Anti-Dühring")*. Friedrich Engels.
- *Los bakuninistas en acción*. Friedrich Engels.
- *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*. Friedrich Engels & Karl Marx.
- *Principios de comunismo*. Friedrich Engels.
- *Sobre Carlos Marx*. Friedrich Engels.
- *¿Quién fue realmente George Orwell?* Albert Escusa.
- *La ley de Memoria Histórica: Una ley para la impunidad franquista y la manipulación de la historia*. Diego Farpón.
- *La conflictividad político-social mundial en el siglo XX*. Ramón Fernández Durán.
- *Auge y caída del comunismo*. Antonio Fernández García.
- *La ética y el marxismo*. Manuel Fernández del Riesgo.
- *Herramientas para un chequeo de la dinámica democrática*. Armando Fernández Steinko.
- *La revolución rusa (1891-1924). La tragedia de un pueblo*. Orlando Figes.
- *La dictadura invisible*. Orlando Fondevila.
- *Los crímenes de las grandes compañías farmacéuticas*. Teresa Forcades i Vila.
- *El horror económico*. Vivianne Forrester.
- *¿Hacia dónde va China?* Peter Franssen.
- *Libertad de elegir*. Milton y Rose Friedman.
- *¿Qué es la socialdemocracia?* Fundación para la Socialdemocracia de las Américas.
- *¿El fin de la historia?* Francis Fukuyama.
- *Stalin y la lucha por la reforma democrática*. Grover Furr.

- *Las venas abiertas de América Latina.* Eduardo Galeano.
- *El neoliberalismo contrastado.* José María Gallardo.
- *La escuela de Austria contrastada: pseudociencia en economía.* José María Gallardo.
- *Cincuenta años de la Revolución cubana: del mito al futuro incierto.* Franco Gamboa Rocabado.
- *La revolución de las conciencias.* Diego García.
- *El sindicalismo alternativo del siglo XXI.* Pepe García Rey.
- *El mito del neoliberalismo.* Enrique Gherzi.
- *La tercera vía. La renovación de la socialdemocracia.* Anthony Giddens.
- *Aprender y atreverse a pensar bien.* Iñaki Gil de San Vicente.
- *Control social, control mediático y represión.* Iñaki Gil de San Vicente.
- *La dialéctica como arma, método, concepción y arte.* Iñaki Gil de San Vicente.
- *La obra de Carlos Marx y Federico Engels frente al siglo XXI.* Iñaki Gil de San Vicente.
- *Prensa, arma de contrainsurgencia. Guerra de baja intensidad e industria de la manipulación.* Iñaki Gil de San Vicente.
- *Anarquismo: lo que significa realmente.* Emma Goldman.
- *La lección del golpe de 2002: sólo el pueblo salva al pueblo.* Gonzalo Gómez /Equipo editorial Aporrea.
- *Los misterios de Hernando de Soto: Comentario al libro "El misterio del capital".* Efraín Gonzales de Olarte.
- *La perestroika, 20 años después.* Mijail Gorbachov.
- *Contra el pesimismo.* Antonio Gramsci.
- *Cuadernos de la cárcel.* Antonio Gramsci.
- *El Estado y el socialismo.* Antonio Gramsci.
- *El partido comunista y la agitación obrera en curso.* Antonio Gramsci.
- *El partido comunista y los sindicatos.* Antonio Gramsci.
- *El partido político.* Antonio Gramsci.
- *Espontaneidad y dirección consciente.* Antonio Gramsci.

- *La poda de la historia.* Antonio Gramsci.
- *La revolución contra el capital.* Antonio Gramsci.
- *Lucha política y guerra militar.* Antonio Gramsci
- *Necesidad de una preparación ideológica de la masa.* Antonio Gramsci.
- *Notas sobre la Revolución rusa.* Antonio Gramsci.
- *Nuestra orientación sindical.* Antonio Gramsci.
- *Socialismo y cultura.* Antonio Gramsci.
- *Teoría y práctica.* Antonio Gramsci.
- *Un partido de masas.* Antonio Gramsci.
- *Lenin y Trotsky, qué defendieron realmente.* Ted Grant & Alan Woods.
- *Rusia: De la revolución a la contrarrevolución.* Ted Grant.
- *Hitler ganó la guerra.* Walter Graziano.
- *El anarquismo: de la doctrina a la acción.* Daniel Guérin.
- *Marxismo y socialismo libertario.* Daniel Guérin.
- *Rosa Luxemburgo y la espontaneidad revolucionaria.* Daniel Guérin.
- *Historia de la Revolución cubana.* Sergio Guerra & Alejo Maldonado.
- *El origen del Estado.* Antonio Guerrero Torres & Moisés Vacaro Fernández.
- *Un resumen completo de El Capital de Marx.* Diego Guerrero.
- *¿Es posible demostrar la teoría laboral del valor?* Diego Guerrero.
- *Perfiles del régimen de Fidel Castro.* Alejandro Guevara Onofre.
- *De la revolución rusa de 1917 al totalitarismo estalinista.* Agustín Guillamón.
- *La noción del capital financiero en Hilferding y su importancia para la comprensión del capitalismo contemporáneo.* Arturo Guillén.
- *Orwell y la revolución rusa.* Pepe Gutiérrez.
- *Alianzas y frente político.* Marta Harnecker, Gabriela Uribe & Eduardo Varela Cid.
- *Capitalismo y socialismo.* Marta Harnecker.
- *Clases sociales y lucha de clases.* Marta Harnecker.
- *Cuba: ¿dictadura o democracia?* Marta Harnecker.

- *De los consejos comunales a las comunas. Construyendo el socialismo del siglo XXI.* Marta Harnecker.
- *Democracia, participación y socialismo en Venezuela: una mirada crítica.* Marta Harnecker.
- *Democracia y socialismo. El futuro enraizado en el presente. Anexo al libro: Inventando para no errar. América Latina y el socialismo del siglo XXI.* Marta Harnecker.
- *Dirigentes y masas.* Marta Harnecker & Gabriela Uribe.
- *El partido: su organización.* Marta Harnecker & Gabriela Uribe.
- *El partido: vanguardia del proletariado.* Marta Harnecker & Gabriela Uribe.
- *El sistema político yugoslavo.* Marta Harnecker.
- *Estrategia y táctica.* Marta Harnecker & Gabriela Uribe.
- *Explotación capitalista.* Marta Harnecker.
- *Explotados y explotadores.* Marta Harnecker.
- *Gobiernos comunitarios. Transformando el Estado desde abajo.* Marta Harnecker.
- *¿Ha llegado la hora de Cuba?* Marta Harnecker.
- *Haciendo camino al andar. Experiencias de ocho gobiernos locales de América Latina.* Marta Harnecker.
- *Imperialismo y dependencia.* Marta Harnecker.
- *Inventando para no errar. América Latina y el socialismo del siglo XXI.* Marta Harnecker.
- *La descentralización. ¿Fortalece o debilita el Estado nacional?* Marta Harnecker.
- *Los conceptos elementales del materialismo histórico.* Marta Harnecker.
- *Monopolios y miseria.* Marta Harnecker.
- *Perestroika: La revolución de las esperanzas.* Marta Harnecker.
- *Planificación participativa en la comunidad.* Marta Harnecker & Noel López.
- *Reconstruyendo la izquierda.* Marta Harnecker.
- *Reflexiones acerca del problema de la transición al socialismo.* Marta Harnecker.
- *Socialismo y comunismo.* Marta Harnecker.
- *“El Socialismo en un solo país” y la Revolución cubana.* Celia Hart.

- *Breve historia del neoliberalismo.* David Harvey.
- *Organizarse para la transición anticapitalista.* David Harvey.
- *Camino de servidumbre.* Friedrich A. Hayek.
- *La revolución bolchevique no fue un golpe de Estado.* Carlos Hermida Revillas.
- *Miguel Gorgachov: El octogenario cartero del imperio.* Roberto Herrera.
- *¡Indignaos!* Stéphane Hessel.
- *El capital financiero.* Rudolf Hilferding.
- *La crítica de Böhm-Bawerk a Marx.* Rudolf Hilferding.
- *Mi lucha.* Adolf Hitler.
- *¿Es posible el cálculo económico en las economías de tipo socialista?* Rubén Hitos Santos.
- *Historia del siglo XX.* Eric Hobsbawm.
- *Marx y la historia.* Eric Hobsbawm.
- *Cambiar el mundo sin tomar el poder.* John Holloway.
- *Libertad o socialismo.* Hans-Hermann Hoppe.
- *Deslegitimar el capitalismo. Reconstruir la esperanza.* François Houtart.
- *Liberalismo vs. Anarcocapitalismo.* Jesús Huerta de Soto.
- *Socialismo, cálculo económico y función empresarial.* Jesús Huerta de Soto.
- *Lo que está en juego en la crisis.* Michel Husson.
- *Introducción a la economía política.* Marcelo Isacovich.
- *Chile: revolución y golpe militar.* Izquierda revolucionaria.
- *Algún 1 de enero, en La Habana.* Federico Jiménez Losantos.
- *La estabilidad del miedo.* Matías Jove.
- *Che Guevara.* Juventudes Comunistas de Andalucía.
- *Cuba. Patria o muerte: ¡Venceremos!* Juventudes Comunistas de Andalucía.
- *URSS. Caminos de socialismo. 1917-1945.* Juventudes Comunistas de Andalucía.
- *Ernest Mandel y la teoría de las ondas largas.* Claudio Katz.
- *La democracia socialista del siglo XXI.* Claudio Katz.

- *Problemas teóricos del socialismo.* Claudio Katz.
- *La dictadura del proletariado.* Karl Kautsky.
- *Terrorismo y comunismo: una contribución a la historia natural de la revolución.* Karl Kautsky.
- *Teoría general del empleo, el interés y el dinero.* John Maynard Keynes.
- *La mente conservadora.* Russell Kirk.
- *¿Qué significa ser conservador?* Russell Kirk.
- *Introducción al pensamiento marxista.* Néstor Kohan & Claudia Korol.
- *La “manzana prohibida” del comunismo.* Néstor Kohan.
- *Rosa Luxemburg, la flor más roja del socialismo.* Néstor Kohan.
- *Las principales corrientes del marxismo.* Leszek Kolakowski.
- *Las raíces marxistas del estalinismo.* Leszek Kolakowski.
- *117 tesis tomadas de las fuentes.* Karl Korsch.
- *Diez tesis sobre el marxismo hoy.* Karl Korsch.
- *El estado actual del problema “marxismo y filosofía” (anticrítica).* Karl Korsch.
- *El marxismo y las tareas actuales en la lucha de clases proletaria.* Karl Korsch.
- *El punto de vista de la concepción materialista de la historia.* Karl Korsch.
- *En el corazón de la concepción materialista de la historia.* Karl Korsch.
- *Evolución del problema de los consejos obreros políticos en Alemania.* Karl Korsch.
- *La dialéctica de Marx.* Karl Korsch.
- *La filosofía de Lenin.* Karl Korsch.
- *La postura de Marx en la revolución europea de 1848.* Karl Korsch.
- *Lenin y la Komintern.* Karl Korsch.
- *Marxismo y filosofía.* Karl Korsch.
- *Quince tesis sobre el socialismo científico.* Karl Korsch.
- *Sobre la dialéctica materialista.* Karl Korsch.
- *Tesis sobre Hegel y la revolución.* Karl Korsch.
- *El individuo y la historia.* Karen Kosic.

- *La caída de la URSS: el mito del colapso económico.* David Kotz & Fred Weir.
- *El apoyo mutuo.* Piotr Kropotkin.
- *El Estado.* Piotr Kropotkin.
- *La conquista del pan.* Piotr Kropotkin.
- *La moral anarquista.* Piotr Kropotkin.
- *El retorno de la economía de la depresión y la crisis de 2008.* Paul Krugman.
- *Psicología de las masas.* Gustave Le Bon.
- *Psicología de las revoluciones.* Gustave Le Bon.
- *El socialismo no cae del cielo.* Michael A. Lebowitz.
- *¿Qué mantiene el capitalismo funcionando?* Michael A. Lebowitz.
- *El materialismo dialéctico.* Henri Lefebvre.
- *Introducción al marxismo.* Henri Lefebvre.
- *Cuba y sus retos actuales.* Raúl Leiva Jiménez.
- *Contribución a la historia del problema de la dictadura.* Lenin.
- *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática.* Lenin.
- *El derecho de las naciones a la autodeterminación.* Lenin.
- *El Estado y la Revolución.* Lenin.
- *El imperialismo, fase superior del capitalismo.* Lenin.
- *El marxismo y la insurrección.* Lenin.
- *En torno a la cuestión de la dialéctica.* Lenin.
- *La crisis del partido.* Lenin.
- *La economía y la política en la época de la dictadura del proletariado.* Lenin.
- *La enfermedad infantil del 'izquierdismo' en el comunismo.* Lenin.
- *La igualdad de derechos de las naciones.* Lenin.
- *La revolución proletaria y el renegado Kautsky.* Lenin.
- *Las tesis de abril.* Lenin.
- *Marxismo y reformismo.* Lenin.
- *Marxismo y revisionismo.* Lenin.

- *Pacifismo burgués y pacifismo socialista.* Lenin.
- *¿Qué hacer?* Lenin.
- *Sobre el Estado.* Lenin.
- *Sobre el significado del materialismo militante.* Lenin.
- *Tesis e informe sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado.* Lenin.
- *Tesis sobre la Asamblea Constituyente.* Lenin.
- *Tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo.* Lenin.
- *Un paso adelante, dos pasos atrás.* Lenin.
- *El siglo soviético.* Moshe Lewin.
- *El último combate de Lenin.* Moshe Lewin.
- *El ascenso de la clase obrera y el futuro de la revolución de China.* Minqi Li.
- *La caída de la Unión Soviética.* Armando Liwanag.
- *Camaradas, un alegato anticomunista. Respuesta a Robert Service.* Antonio Liz.
- *Toda una vida.* Víctor Llano.
- *Historia y conciencia de clase.* György Lukács.
- *Lenin (la coherencia de su pensamiento).* György Lukács.
- *Huelga de masas, partido y sindicato.* Rosa Luxemburgo.
- *La crisis de la socialdemocracia.* Rosa Luxemburgo.
- *La Revolución alemana de 1918-19.* Rosa Luxemburgo & Karl Liebknecht. (Fundación Federico Engels).
- *La Revolución rusa.* Rosa Luxemburgo.
- *El socialismo y las iglesias.* Rosa Luxemburgo.
- *Problemas organizativos de la socialdemocracia.* Rosa Luxemburgo.
- *Reforma o Revolución.* Rosa Luxemburgo.
- *La Anarquía.* Errico Malatesta.
- *El fascismo.* Ernest Mandel.
- *El pensamiento de León Trotsky.* Ernest Mandel.
- *Hagamos renacer la esperanza.* Ernest Mandel.

- *Iniciación a la economía marxista.* Ernest Mandel.
- *Introducción al marxismo.* Ernest Mandel.
- *Lecciones de mayo del 68.* Ernest Mandel.
- *La burocracia.* Ernest Mandel.
- *La descomposición de la URSS.* Ernest Mandel.
- *La economía en el periodo de transición.* Ernest Mandel.
- *La naturaleza del reformismo socialdemócrata.* Ernest Mandel.
- *La teoría leninista de la organización.* Ernest Mandel.
- *Los amargos frutos del “socialismo en un solo país”.* Ernest Mandel.
- *Necesidad de una organización internacional revolucionaria.* Ernest Mandel & John Ross.
- *Rosa Luxemburg y la socialdemocracia alemana.* Ernest Mandel.
- *7 piezas sueltas del rompecabezas mundial.* Subcomandante Marcos.
- *Defensa del marxismo.* José Carlos Mariátegui.
- *El trotskismo al servicio de la CIA contra los países socialistas.* Ludo Martens.
- *La URSS y la contrarrevolución de terciopelo.* Ludo Martens.
- *Otra mirada sobre Stalin.* Ludo Martens.
- *Un balance de la caída de la Unión Soviética.* Ludo Martens.
- *Crítica contra Karl Marx desde la Escuela Austríaca (y desde la Escuela Clásica).* Pablo Martín Pozzoni.
- *Ciencia, tecnología y democracia.* Sergio F. Martínez.
- *Contribución a la crítica de la economía política.* Karl Marx.
- *Crítica del programa de Gotha.* Karl Marx.
- *El 18 brumario de Luís Bonaparte.* Karl Marx.
- *El Capital.* Karl Marx.
- *El manifiesto comunista.* Karl Marx & Friedrich Engels.
- *Glosas marginales al programa del partido obrero alemán.* Karl Marx.
- *Grundrisse.* Karl Marx.
- *La guerra civil en Francia.* Karl Marx.

- *La sagrada familia*. Karl Marx & Friedrich Engels.
- *Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores*. Karl Marx.
- *Miseria de la filosofía*. Karl Marx.
- *Salario, precio y ganancia*. Karl Marx.
- *Tesis sobre Feuerbach*. Karl Marx.
- *Trabajo asalariado y capital*. Karl Marx.
- *Crisis y teoría de la crisis*. Paul Mattick.
- *Luxemburgo vs. Lenin*. Paul Mattick.
- *Sobre el materialismo histórico y otros escritos filosóficos*. Franz Mehring.
- *Bitácora de la Utopía: Anarquismo para el siglo XXI*. Nelson Méndez & Alfredo Vallota.
- *“Desarrollo sostenible” o control democrático de las fuerzas productivas*. José Ramón Mendoza.
- *Principios de economía política*. Carl Menger.
- *La comuna de Cronstadt. Crepúsculo sangriento de los soviets*. Ida Mett.
- *La revolución cubana: pasado, presente y futuro*. El Militante.
- *Autogestión y anarcosindicalismo en la España revolucionaria*. Frank Mintz.
- *El fin de la URSS*. Carlos Miranda.
- *La lenta muerte del castrismo*. Fernando Mires.
- *El cálculo económico en el sistema socialista*. Ludwig von Mises.
- *La acción humana*. Ludwig von Mises.
- *Liberalismo*. Ludwig von Mises.
- *El socialismo*. Ludwig von Mises.
- *Las falacias del neoliberalismo y la emergencia de los Derechos Humanos*. Alberto Moncada.
- *Viaje al corazón de Cuba*. Carlos Alberto Montaner.
- *Actualidad de las proyecciones teóricas de R. Hilferding*. Alejandro Montoya.
- *Crítica al marxismo*. Francisco Morales.
- *John Dewey, individualismo y democracia*. Juan G. Morán.

- *Problemas de organización*. Nahuel Moreno.
- *Las revoluciones del siglo XX*. Nahuel Moreno.
- *Revolución y contrarrevolución en España*. Félix Morrow.
- *Crítica de “El libro negro del comunismo”*. Movimiento Internacionalista Maoísta.
- *Crisis y renovación del socialismo democrático*. Sergio Moya Mena.
- *Principios aplicados del marxismo-leninismo*. Manuel Muñoz Navarrete.
- *Revisando a los revisionistas*. Manuel Muñoz Navarrete.
- *Marx más allá de Marx. Nueve lecciones sobre los Grundrisse*. Antonio Negri.
- *Los soviets: su origen, desarrollo y funciones*. Andreu Nin.
- *El crash del 2010*. Santiago Niño Becerra.
- *Conservadurismo*. Robert Nisbet.
- *La ley del desarrollo desigual y combinado de la sociedad*. George Novack.
- *Anarquía, Estado y utopía*. Robert Nozick.
- *Lecciones de Chile*. Nuevo Claridad.
- *La crisis que viene*. Observatorio Metropolitano.
- *La izquierda bolchevique y el poder obrero 1919-1927*. Michel Olivier.
- *Homenaje a Cataluña*. George Orwell.
- *Cuando comenzó el desplome*. Lisandro Otero.
- *La perestroika y el papel del individuo en la historia*. Lisandro Otero.
- *Lecciones de la Comuna de París en su 140º aniversario*. Greg Oxley.
- *FMI: el verdadero plan*. Greg Palast.
- *Los consejos obreros*. Anton Pannekoek.
- *Tesis sobre la lucha de la clase obrera contra el capitalismo*. Anton Pannekoek.
- *El anti-estalinismo es un arma a favor de nuestro enemigo*. Partido Laboral Progresista.
- *El fascismo*. Stanley G. Payne.
- *Reivindicación de la libertad (El triunfo moral del pensamiento ilustrado)*. Ignacio Pina Ledesma.
- *Los orígenes de la guerra civil española*. Pío Moa.

- *Los mitos de la guerra civil.* Pío Moa.
- *Propiedad y libertad.* Richard Pipes.
- *Cuba, 22 cuestiones que quizás no sepan.* Plataforma Canaria de Solidaridad con los Pueblos.
- *El materialismo histórico.* Georgi Plejánov.
- *El papel del individuo en la historia.* Georgi Plejánov.
- *El fracaso de la socialdemocracia.* Higinio Polo.
- *La sociedad abierta y sus enemigos.* Karl R. Popper.
- *Anarquismo y comunismo.* Evgueni Preobrazhenski.
- *La guerra civil española.* Paul Preston.
- *Hace 20 años comenzó la Perestroika.* Evgueni Priazhin.
- *Informe sobre desarrollo humano 1999.* Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).
- *El principio federativo.* Pierre-Joseph Proudhon.
- *Filosofía de la miseria.* Pierre-Joseph Proudhon.
- *La capacidad política de la clase obrera.* Pierre-Joseph Proudhon.
- *Qué es la propiedad.* Pierre-Joseph Proudhon.
- *Capitalismo y socialdemocracia.* Adam Przeworski.
- *Diez días que estremecieron al mundo.* John Reed.
- *Los soviets en acción.* John Reed.
- *La democracia digital.* Marno Ridao.
- *El fin del trabajo.* Jeremy Rifkin.
- *Anarcosindicalismo (Teoría y práctica).* Rudolf Rocker.
- *Anarquismo y organización.* Rudolf Rocker.
- *Marx y el anarquismo.* Rudolf Rocker.
- *El Monstruo de Birán, desde su nacimiento hasta la toma de poder.* Daniel Rodríguez Herrera.
- *Mitos del milenio. El fin del trabajo y los nuevos profetas del Apocalipsis.* Mauricio Rojas & Pedro Isern.

- *El “otro” movimiento obrero y la represión capitalista en Alemania (1880-1973)*. Karl Heinz Roth & Angelika Ebbinghaus.
- *Marx anarquista*. Maximilien Rubel & Louis Janover.
- *El trabajo científico de Marx y su noción de ciencia*. Manuel Sacristán.
- *Sobre el Anti-Dühring*. Manuel Sacristán.
- *Sobre el “marxismo ortodoxo” de György Lukács*. Manuel Sacristán.
- *La carga del escepticismo*. Carl Sagan.
- *Marx y el estalinismo*. Mario Salazar Valiente.
- *El cerebro del mundo: la cara oculta de la globalización*. Adrian Salbuchi.
- *El franquismo*. Jesús Sánchez Rodríguez.
- *La transición rusa al capitalismo: balance sociopolítico*. Bárbara Sarabia Martínez.
- *Democracia económica*. David Schweickart.
- *Apuntes teóricos para entender la crisis*. Seminari d’economia crítica Taifa.
- *La crisis en el Estado español: el rescate de los poderosos*. Seminari d’economia crítica Taifa.
- *El año I de la Revolución rusa*. Víctor Serge.
- *Lo que todo revolucionario debe saber sobre la represión*. Víctor Serge.
- *Camaradas. Breve historia del comunismo*. Robert Service.
- *Respuestas a Hernando de Soto*. Boletín temático Servindi.
- *La primera gran depresión del siglo XXI*. Anwar Shaikh.
- *La saga de Woods*. Israel Shamir.
- *Sobre “El Socialismo en un solo país y la Revolución Cubana - Aportación desde Cuba” de Celia Hart*. Israel Shamir.
- *La riqueza de las naciones*. Adam Smith.
- *Compendio de historia de la Revolución francesa*. Albert Soboul.
- *Cuba hoy: incertidumbres y certezas*. Frank Josué Solar Cabrales.
- *El misterio del capital*. Hernando de Soto.
- *El otro sendero*. Hernando de Soto.
- *La ética de Marx y del marxismo*. Justo Soto Castellanos.

- *El marxismo y la democracia: itinerario reflexivo desde Marx hasta Mariátegui.* José Antonio Soto Rodríguez.
- *Mentiras sobre la historia de la Unión Soviética.* Mario Sousa.
- *La implosión de la economía neoclásica.* Piero Sraffa.
- *Con motivo de la muerte de Lenin.* Józef Stalin.
- *El marxismo y la cuestión nacional.* Józef Stalin.
- *La Revolución de Octubre y la táctica de los comunistas rusos.* Józef Stalin.
- *Lenin.* Józef Stalin.
- *Los fundamentos del leninismo.* Józef Stalin.
- *Trotskismo o leninismo.* Józef Stalin.
- *El único y su propiedad.* Max Stirner.
- *Sobre la libertad.* John Stuart Mill.
- *Wall Street y los bolcheviques.* Antony Sutton.
- *La crisis financiera. Guía para entenderla y explicarla.* Juan Torres López y Alberto Garzón Espinosa.
- *1905.* León Trotsky.
- *Acerca de los sindicatos.* León Trotsky.
- *Cómo hicimos la Revolución rusa.* León Trotsky.
- *El nacionalismo y la economía.* León Trotsky.
- *El pensamiento vivo de Karl Marx.* León Trotsky.
- *El programa de transición.* León Trotsky.
- *¿Hacia el capitalismo o hacia el socialismo?* León Trotsky.
- *Historia de la Revolución rusa.* León Trotsky.
- *La degeneración de la teoría y la teoría de la degeneración.* León Trotsky.
- *La revolución china.* León Trotsky.
- *La Revolución española.* León Trotsky.
- *La revolución permanente.* León Trotsky.
- *La revolución traicionada.* León Trotsky.
- *Las lecciones de la Comuna.* León Trotsky.

- *Las lecciones de Octubre*. León Trotsky.
- *Problemas de la vida cotidiana*. León Trotsky.
- *Qué es el marxismo*. León Trotsky.
- *Resultados y perspectivas*. León Trotsky.
- *Stalin*. León Trotsky.
- *Su moral y la nuestra*. León Trotsky.
- *Terrorismo y comunismo*. León Trotsky.
- *Tesis sobre revolución y contrarrevolución*. León Trotsky.
- *Herramientas para la participación*. Haiman El Troudi, Marta Harnecker & Luís Bonilla.
- *Breve historia del análisis de redes sociales*. David de Ugarte.
- *De las naciones a las redes*. David de Ugarte, Pere Quintana, Enrique Gómez y Arnau Fuentes.
- *El poder de las redes*. David de Ugarte.
- *Salvador Allende. Un revolucionario para el siglo XXI*. Utopías.
- *Venezuela: La revolución como espectáculo*. Rafael Uzcátegui.
- *Hegel en la historia del marxismo*. Giuseppe Vacca.
- *El capitalismo del siglo XXI. Violencias y alternativas*. Camilo Valqui Cachi & Ramón Espinosa Contreras (coordinadores).
- *Mitos del derrumbe del socialismo soviético en la ideología neoliberal*. Camilo Valqui Cachi.
- *Democracia y transformación revolucionaria en Marx*. Gabriel Vargas Lozano.
- *¿Qué significa ser liberal?* Mario Vargas Llosa.
- *Crisis económica y resistencia obrera: la crisis mundial y sus efectos en España*. Varios autores (Endika Alabort, Luís Buendía, Gaspar Fuster, Mario Obispo & Lluís Rodríguez).
- *Crisis y deuda en Europa: 10 falsas evidencias, 22 medidas a debate para salir del impasse*. Varios autores (Philippe Askenazy, Thomas Coutrot, André Orléan y Henri Sterdyniak).
- *Democracia socialista y dictadura del proletariado*. (Resolución adoptada en el XI congreso mundial de la IV Internacional, 1979). Varios autores.

- *Elementos para entender la crisis mundial actual*. Varios autores (Víctor H. Palacio Muñoz, Miguel Ángel Lara Sánchez & Héctor M. Mora Zebadúa).
- *El libro negro del capitalismo*. Varios autores.
- *En defensa de la Revolución de Octubre*. Varios autores, Lenin & Alan Woods.
- *¡Indignados! 15M*. Varios autores (compilado por Fernando Cabal).
- *La teoría marxista hoy. Problemas y perspectivas*. Varios autores. Atilio A. Boron, Javier Amadeo & Sabrina González (compiladores).
- *Manifiesto por la libertad del pensamiento económico*. Varios autores (Fondo Sylos Labini).
- *Manual de ciencia política*. Varios autores. (Editor: Miquel Caminal Badia).
- *Preguntas frecuentes sobre el anarquismo*. Varios autores.
- *Reacciona*. Varios autores (José Luís Sampedro, Federico Mayor Zaragoza, Baltasar Garzón, Juan Torres López, Àngels Martínez i Castells, Rosa María Artal, Ignacio Escolar, Carlos Martínez, Javier López Facal, Javier Pérez de Albéniz, Lourdes Lucía).
- *Todo lo que siempre quiso saber sobre el anarquismo*. Varios autores.
- *El marxismo leninismo. Vigencia histórica*. Evelio Vilariño Ruíz.
- *La revolución desconocida*. Volin.
- *El político y el científico*. Max Weber.
- *El socialismo*. Max Weber.
- *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Max Weber.
- *Anarquismo en España*. [Wikipedia](#).
- *Comuna de París*. [Wikipedia](#).
- *Debate sobre el cálculo económico en el socialismo*. [Wikipedia](#).
- *Franquismo*. [Wikipedia](#).
- *Guerra civil española*. [Wikipedia](#).
- *Historia de Cuba*. [Wikipedia](#).
- *Historia de la República popular china*. [Wikipedia](#).
- *Historia de la Unión Soviética*. [Wikipedia](#).
- *Historia del anarquismo*. [Wikipedia](#).

- *Historia del capitalismo.* [Wikipedia](#).
- *Historia del comunismo.* [Wikipedia](#).
- *Historia del movimiento obrero.* [Wikipedia](#).
- *Mayo de 1968 en Francia.* [Wikipedia](#).
- *Perestroika.* [Wikipedia](#).
- *Renta básica universal.* [Wikipedia](#).
- *Revolución alemana de 1918.* [Wikipedia](#).
- *Revolución española de 1934.* [Wikipedia](#).
- *Revolución española de 1936.* [Wikipedia](#).
- *Revolución francesa.* [Wikipedia](#).
- *Revolución rusa de 1905.* [Wikipedia](#).
- *Revolución rusa de 1917.* [Wikipedia](#).
- *Transición española.* [Wikipedia](#).
- *¿Adónde va la revolución venezolana? Una contribución al debate sobre la propiedad y las tareas de la revolución.* Alan Woods.
- *El marxismo y el Estado.* Alan Woods.
- *En defensa del marxismo.* Alan Woods.
- *La revolución bolivariana.* Alan Woods.
- *La revolución china de 1949.* Alan Woods.
- *Razón y Revolución.* Alan Woods & Ted Grant.
- *Reformismo o Revolución.* Alan Woods.

